



STEPHEN KING

LA TIENDA



Lectulandia

Leland Gaunt abre una nueva tienda en Castle Rock llamada Cosas Necesarias. Todo el que entra en el establecimiento encuentra algún objeto que hace realidad sus sueños, por lo que Gaunt, al cerrar los tratos, siempre pide algo a cambio a los clientes. Estos «favores» empezana descontrolarse y, al poco tiempo, el pueblo entero está envuelto en una batalla, con varias muertes incluidas. El sheriff Alan Pangborn es el único que sospecha de Gaunt como instigador en la sombra de los crecientes sucesos violentos que están asolando a Castle Rock. «Un día se me ocurrió que en los ochenta todo había tenido su etiqueta con el precio. Los últimos artículos que quedaron por vender fueron el honor, la integridad, el respeto por uno mismo y la inocencia. Cuando llegué a casa, ya había decidido convertir los ochenta en una pequeña tienda llamada Cosas Necesarias y esperar a ver qué pasaba.» **Stephen King**

Lectulandia

Stephen King

La tienda

ePub r1.1

GONZALEZ 11.12.13

Título original: *Needful Things*

Stephen King, 1991

Traducción: Hernán Sabaté

Fotografía de portada: Stuart Hall / Riser / Getty Images

Diseño de portada: Serifa

Corrección de erratas: nixkevan

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

*Para Chris Lavin,
que no tiene todas las respuestas;
solo las que importan*

*¡Señoras y señores, atención, por favor!
¡Acérquense sin temor!
¡Una historia les voy a contar
que nada les va a costar!
(Y si ustedes se la creen,
nos vamos a entender bien.)*

STEVE EARLE, «Snake Oil»

He oído de muchos que andaban perdidos incluso por las calles del pueblo, cuando la oscuridad era tan densa que uno podía cortarla con un cuchillo, como reza el dicho...

HENRY DAVID THOREAU, *Walden*

TÚ HAS ESTADO AQUÍ ANTES

Claro que sí. Seguro. Yo nunca olvido una cara.

¡Ven, acércate, deja que te estreche la mano! Qué curioso: te he reconocido por tu manera de andar antes incluso de verte la cara. No podrías haber escogido un día mejor para regresar a Castle Rock. ¿No tiene un aspecto estupendo? Falta poco para que empiece la estación de caza y los bosques se llenen de esos estúpidos dispuestos a disparar sobre cualquier cosa que se mueva y no sea de color anaranjado chillón, y luego llegará la nieve y el hielo. Pero todo eso será más adelante; de momento, estamos en octubre y en Castle Rock dejamos que octubre dure todo el tiempo que quiera.

Para mí, esta es la mejor época del año. La primavera también es espléndida en esta región, pero yo, decididamente, prefiero octubre al mes de mayo. El oeste de Maine es una parte del estado que queda prácticamente olvidada cuando termina el verano y los ocupantes de los chalets junto al lago y el mirador regresan a Nueva York y a Massachusetts. La gente de aquí los ve llegar y marcharse cada año: hola, hola, hola; adiós, adiós, adiós. Está bien que vengan porque traen consigo los dólares de la ciudad, pero se agradece que se marchen porque también traen con ellos las neuras de la gran urbe.

De eso, de neuras, es de lo que quería hablar mayormente... ¿Te apetece sentarte conmigo un rato? Aquí, en los peldaños del quiosco de la banda, estaremos bien. El sol calienta y desde aquí, justo en medio del parque municipal, se alcanza a ver casi todo el centro comercial del pueblo. ¡Ah, pero cuidado con las astillas! Esos peldaños necesitan un buen lijado y otra capa de pintura. Es tarea de Hugh Priest, pero aún no se ha puesto a hacerlo. Hugh bebe, ¿sabes? No es ningún secreto. En Castle Rock se puede guardar un secreto —de hecho, alguno habrá—, pero hay que poner mucho empeño para mantenerlo oculto, y desde hace mucho tiempo casi todos sabemos que Hugh Priest y el trabajo duro están reñidos.

¿Qué era eso, preguntas?

¡Ah, eso! Vaya, muchacho, eso sí que es trabajar de firme, ¿no crees? ¡Esas hojas de propaganda están por todo el pueblo! Me parece que casi todas ellas las ha pegado con sus propias manos Wanda Hemphill (Don, su marido, es el propietario del supermercado Hemphill). Arranca una del poste y pásamela. No seas tímido, hombre; de entrada, nadie debería pegar octavillas como esas en el quiosco de la banda del parque municipal.

Fíjate en lo que ponen. Resulta infame, ¿verdad? Ese nombrecito, LOS DADOS Y EL DIABLO, impreso en la parte superior, en grandes letras rojas con humo saliendo de ellas, como esas cosas que mandaban de Tophet por correo especial. ¡Ja! Supongo que quien no conozca lo pequeño y somnoliento que es el pueblo podría pensar que lo estamos echando a perder. Pero ya sabes que a veces, en una población de este tamaño, las cosas se sacan de quicio. Y desde luego, en esta ocasión, el reverendo

Willie ha tenido una idea absurda. De eso no cabe duda. En las poblaciones pequeñas, las Iglesias de los diversos credos..., en fin, supongo que no necesito decirte cómo andan las cosas entre ellas: se toleran mutuamente —más o menos—, pero nunca están del todo en paz. Durante una temporada todo funciona pacíficamente y, de pronto, surge alguna disputa.

Sin embargo, esta vez, la disputa es bastante considerable y enciende un montón de pasiones. Los católicos, ¿sabes?, proyectan algo que llaman «Noche de Casino» en el Salón de los Caballeros de Colón, al otro extremo del pueblo. Según tengo entendido, lo celebrarán el último jueves de mes y los beneficios se destinarán al pago de las reparaciones del tejado de la iglesia. Me refiero a la iglesia de Nuestra Señora de las Aguas Serenas..., tienes que haber pasado por delante de ella, si venías por la parte de Castle View. Una capilla preciosa, ¿verdad?

Esa «Noche de Casino» fue idea del padre Brigham, pero son las Hijas de Isabel quienes han recogido la iniciativa y la han puesto en marcha. En especial, Betsy Vigue. Creo que a Betsy le gusta la idea de emperifollarse con su vestido negro más ajustado y servir cartas en la mesa de *blackjack* o hacer girar la ruleta mientras anuncia: «Hagan sus apuestas, damas y caballeros, coloquen sus fichas, por favor». Pero, en fin, supongo que a todas les complace de algún modo la idea. Es todo muy inocente, cosa de algunas monedas, pero a ellas les parece, de todos modos, un poco perverso.

A quien la idea no le ha parecido nada inocente es al reverendo Willie; tanto él como sus feligreses consideran el asunto bastante más que «un poco» perverso. Su verdadero nombre es reverendo William Rose y nunca ha sentido una gran simpatía por el padre Brigham, igual que a este tampoco le ha caído nunca bien su colega y rival. (De hecho, fue el padre Brigham quien empezó a llamarle «Willie, el barco de vapor», y el reverendo Rose lo sabe.)

En otras ocasiones ya han saltado chispas entre estos dos hechiceros, pero este asunto de la «Noche de Casino» es algo más que una chispa; supongo que podría llamarse un incendio de matorrales. Cuando Willie se enteró de que los católicos proyectan pasarse toda la noche jugando en el Salón de los C. de C., casi se dio con su cabecita puntiaguda contra el techo. Ha pagado de su bolsillo esas octavillas de LOS DADOS Y EL DIABLO, y Wanda Hemphill y sus amigas del ropero benéfico las han pegado por todas partes. Desde entonces, el único lugar donde católicos y baptistas se hablan es en la columna de Cartas de nuestro pequeño semanario, donde despotrican y divagan y se dicen unos a otros que irán de cabeza al infierno.

Mira ahí abajo y verás a qué me refiero. Esa que sale del banco es Nan Roberts. Es la dueña de la cafetería, Nan's, y supongo que es la persona más rica del pueblo ahora que el viejo Papi Merrill se ha ido a ese gran mercado de artículos de segunda mano que hay en el cielo. Nan, además, es baptista desde que Hector era un cachorro.

Y ese que viene en dirección contraria es Al Gendron, un tipo tan católico que, a su lado, el Papa resulta un descreído, y su mejor amigo es un irlandés, Johnny Brigham. ¡Ahora fíjate en ellos! ¿Ves cómo levantan la nariz? ¡Ja! Vaya escena, ¿no? Te apuesto dólares contra donuts a que la temperatura ha bajado veinte grados en el punto en que se han cruzado. Es lo que decía mi madre: la gente es más divertida que cualquier cosa, aparte de los caballos, y estos no cuentan.

Ahora mira allá. ¿Ves el coche patrulla del comisario aparcado junto al bordillo cerca del videoclub? Ese del coche es John LaPointe. Se supone que está atento a quién rebasa el límite de velocidad —el centro del pueblo es zona de velocidad regulada, sobre todo a la hora de salida de las escuelas—, pero si te resguardas los ojos de la luz y te fijas en él, verás que en realidad está contemplando una foto que ha sacado del billetero. Desde aquí no alcanzo a distinguirla, pero sé qué hay en ella igual que sé el apellido de soltera de mi madre. Es la instantánea que tomó Andy Clutterbuck de John y Sally Ratcliffe en la feria del estado, en Fryeburg, hace un año más o menos. John, en la foto, rodea el talle de Sally con su brazo, y ella sostiene el osito de peluche que John ha ganado para ella en el puesto de tiro al blanco, y los dos parecen a punto de estallar de felicidad. Pero eso fue entonces y ahora es ahora; hoy, Sally está comprometida con Lester Pratt, el profesor de educación física del instituto. Lester es un baptista practicante, igual que ella. John aún no se ha recuperado del golpe que significó perderla. ¿Ves cómo suspira? Es la viva estampa de la tristeza y la melancolía. Solo un hombre que aún está enamorado (o cree estarlo) es capaz de soltar un suspiro tan hondo.

¿Te has fijado alguna vez en que los problemas y las neuras se componen sobre todo de detalles poco espectaculares? Te pondré un ejemplo. ¿Ves a ese tipo que sube la escalinata del palacio de justicia? No, el hombre del traje no; ese es Dan Keeton, el presidente de nuestro Consejo Municipal. Me refiero al otro, al negro con el mono de trabajo. Es Eddie Warburton, el conserje de noche del edificio municipal. Obsérvalo un momento y fíjate en lo que hace. ¡Ahí está! ¿Ves cómo se detiene en el peldaño superior y mira calle arriba? Apuesto más dólares contra más donuts a que está mirando hacia la estación de servicio Sunoco. El dueño y encargado de la Sunoco es Sonny Jackett, y entre los dos ha habido cizaña desde que Eddie llevó allí su coche para que le revisaran la transmisión, hace un par de años.

Recuerdo muy bien ese coche. Era un Honda Civic, sin nada de especial, solo que era especial para Eddie porque era el primer y único coche de primera mano que había tenido en toda su vida. Y Sonny no solo le hizo una chapuza, sino que encima le cobró más de la cuenta por el apaño. Así es como cuenta la historia Eddie. Según la versión de Sonny, Warburton solo quería aprovecharse de su color para intentar librarse de pagar la factura. Ya sabes cómo son estas cosas, ¿verdad?

En fin, que Sonny Jackett llevó a Eddie Warburton a juicio y hubo algunos gritos,

primero en la sala y luego a la salida. Eddie dijo que Sonny le había llamado negro estúpido y Sonny respondió que no le había llamado negro, pero que el resto era bastante cierto. Al final, ninguno de los dos quedó satisfecho. El juez hizo que Eddie soltara cincuenta dólares, lo cual para Eddie era cincuenta dólares más de lo justo y para Sonny muchísimo menos de lo debido. El siguiente episodio fue un incendio en la instalación eléctrica del coche nuevo de Eddie; el Honda Civic terminó en el depósito de chatarra de las afueras del pueblo, y ahora Eddie conduce un Oldsmobile del 89 que pierde aceite. Eddie nunca se ha quitado de la cabeza la idea de que Sonny Jackett sabe mucho más de ese incendio de lo que ha confesado nunca.

La gente, muchacho, es más divertida que cualquier otra cosa, aparte de los caballos, y estos no cuentan. ¿No es todo esto más de lo que uno puede asimilar en un día de calor?

Pero no es más que la vida de una población pequeña, llámese Peyton Place, Grover's Corner o Castle Rock: solo son tipos que comen pastel y beben café y murmuran unos a espaldas de otros. Está Slopey Dodd, siempre solo porque los demás chicos se burlan de su tartamudez. También está Myrtle Keeton, y si parece un poco solitaria y confundida, como si no estuviera muy segura de dónde está o de qué sucede a su alrededor, es porque su marido (el tipo al que has visto subir los peldaños del edificio de los tribunales detrás de Eddie) no parece el mismo desde hace unos seis meses. ¿Te fijas en lo hinchados que tiene los ojos? Creo que ha llorado, o que no ha dormido bien, o ambas cosas, ¿no te parece?

Y allá va Lenore Potter, como si acabara de salir de una caja de sombreros. Seguro que va al Western Auto para ver si ha llegado ya su abono orgánico especial. Esa mujer tiene más clases de flores alrededor de su casa que píldoras para el hígado tiene Carter. Y está tremendamente orgullosa de ellas. No cuenta con las simpatías de las mujeres del pueblo, que la tienen por altiva debido a sus flores, a sus adornos llamativos y a sus permanentes de setenta dólares. La consideran engreída y, ahora que estamos aquí sentados en este escalón astillado del quiosco de música, te diré un secreto: creo que tienen razón.

Todo bastante normal, supongo que dirás, pero no todos nuestros problemas en Castle Rock son tan normales. Tengo que hacerte entender esto. Nadie ha olvidado a Frank Dodd, el guardavías que se volvió loco hace doce años y mató a esas mujeres, y tampoco se ha olvidado al perro, el que llegó con la rabia y mató a Joe Camper y al viejo borracho que vivía un poco más allá. El perro también mató al viejo comisario, el bueno de George Bannerman. Alan Pangborn se encarga del trabajo ahora, y es un buen hombre, pero a los ojos del pueblo nunca llegará a la altura de Big George.

Tampoco fue nada normal lo que le sucedió a Reginald «Papi» Merrill. Papi era el viejo avaro que llevaba la tienda de artículos de segunda mano del pueblo. El Emporium Galorium se llamaba. Estaba donde ese solar vacío al otro lado de la calle.

El local se incendió hace tiempo, pero en el pueblo hay gente que presenció lo sucedido (o declaró haberlo visto, en cualquier caso) y que, después de unas cervezas en El Tigre Achispado, te contará que fue mucho más que un simple incendio lo que destruyó el Emporium Galorium y acabó con la vida de Papi Merrill.

Su sobrino, Ace, aseguró que a su tío le sucedió algo misterioso antes del incendio. Algo en la onda de *La dimensión desconocida*. Por supuesto, Ace ni siquiera estaba presente cuando su tío murió. Cumplía una condena de cuatro años en el presidio de Shawshank por robo con escalo y fractura. (La gente siempre supo que Ace Merrill acabaría mal; cuando estaba en la escuela, era uno de los peores matones que ha visto nunca el pueblo, y debía de haber cien chicos que cruzaban al otro lado de la calle cuando veían que se acercaba Ace, con las cremalleras y las hebillas de su chaqueta de motorista tintineando y las calzas de sus botas de mecánico resonando acompasadas en la acera.) A pesar de ello, hubo gente que lo creyó, ¿sabes?; para mí, quizá sea cierto que hubo algo extraño en lo que le sucedió a Papi ese día, o tal vez solo sea un chisme más de los que circulan por la cafetería de Nan entre las tazas de café y las porciones de pastel de manzana. Muy probablemente, las cosas aquí son muy parecidas al lugar donde tú creciste. Gente enemistada por asuntos de religión, gente enamorada y no correspondida, gente que guarda secretos, gente que se guarda rencor... e incluso alguna que otra historia con elementos sobrenaturales, como lo que pudo suceder el día que Papi Merrill murió en su tienda de trastos viejos, para animar una velada aburrida. Castle Rock sigue siendo un buen lugar para vivir y para crecer, como anuncia el rótulo que uno ve cuando llega al pueblo. El sol ilumina primorosamente las aguas del lago y las hojas de los árboles, y los días despejados, desde el mirador de Castle View se alcanza a ver hasta Vermont. Los veraneantes se disputan los periódicos dominicales y de vez en cuando, algún viernes o sábado por la noche (a veces, ambos días), se producen peleas en el aparcamiento de El Tigre Achispado, pero los veraneantes siempre vuelven a sus casas y las peleas siempre se acaban. Castle Rock es un buen sitio, y cuando la gente se muestra irritada, ¿sabes qué solemos decir? Decimos: «Ya se le pasará».

Henry Beaufort, por ejemplo, está harto de que Hugh Priest dé puntapiés a la máquina de discos cuando se emborracha..., pero a Henry ya se le pasará. Wilma Jerzyck y Nettie Cobb están reñidas..., pero a Nettie ya se le pasará (probablemente), y para Wilma reñir con los demás es un modo de vida. El comisario Pangborn aún llora a su esposa y a su hijo pequeño, que murió prematuramente, y desde luego lo sucedido fue una gran tragedia, pero con el tiempo se le irá pasando. Polly Chalmers no mejora de su artritis —de hecho, va empeorando poco a poco— y tal vez no se recupere nunca, pero aprenderá a vivir con ella. Millones de personas han aprendido.

De vez en cuando, todos tenemos algún encontronazo con los demás, pero en general las cosas van tirando. O así ha sucedido hasta ahora. Pero tengo que confiarte

un secreto, amigo mío. Un secreto muy serio. Este ha sido el motivo principal de que te haya llamado cuando he visto que habías vuelto al pueblo. Creo que se avecinan problemas. Problemas de verdad. Los huelo en el horizonte, como una tormenta cargada de relámpagos fuera de temporada. La disputa entre los baptistas y los católicos acerca de la «Noche de Casino», los chicos que se burlan del pobre Slopey por su tartamudez, el enamoramiento de John LaPointe, la pena del comisario Pangborn... Me temo que todas esas cosas van a parecer fruslerías comparadas con lo que se avecina.

¿Ves ese edificio al otro lado de la calle principal, el que está tres puertas más arriba del solar vacío donde se levantaba el Emporium Galorium? Sí, el que tiene un toldo verde en la fachada. Los escaparates están pintados de blanco porque la tienda todavía no se ha inaugurado. COSAS NECESARIAS, dice el rótulo. ¿Qué diablos significará eso? No lo sé, pero al parecer ahí está el origen de mis malos augurios.

Justo ahí.

Echa otra mirada a la calle. Ves a ese chiquillo, ¿no? Ese que viene caminando con la bicicleta y que parece sumido en el ensueño más dulce que ha tenido nunca un chico... Fíjate bien en él, amigo. Creo que va a ser quien lo desencadene todo.

No sé qué va a suceder, ya te lo he dicho... No lo sé con exactitud. Pero observa a ese chiquillo. Se llama Brian no sé qué. Su padre es instalador de puertas y revestimientos de paredes en Oxford o South Paris, creo.

No apartes la vista de él, te repito. Fíjate bien en todo. Ya has estado aquí antes, pero las cosas están a punto de cambiar.

Lo sé.

Lo noto.

Se avecina una tormenta.

PRIMERA PARTE

GRAN FIESTA DE INAUGURACIÓN

UNO

1

En una población pequeña, la apertura de una tienda es una gran noticia. Aunque no lo era tanto para Brian Rusk como para otros vecinos; para su madre, por ejemplo. Durante el último mes, Brian la había oído comentando el asunto varias veces cuando hablaba por teléfono con su mejor amiga, Myra Evans, para ponerse al corriente de las noticias del pueblo (no debía llamarlos chismorreos, le había advertido la madre, porque chismorrear era una mala costumbre y ella no la tenía). Los primeros obreros habían llegado al viejo edificio que había albergado la compañía inmobiliaria y de seguros Western Maine Realty & Insurance casi coincidiendo con el reinicio de curso y, desde entonces, habían trabajado sin parar. Pero nadie en el pueblo sabía a ciencia cierta qué se tramaba en el local; lo primero que habían hecho los operarios había sido preparar un gran escaparate, y lo segundo, dejarlo opaco embadurnándolo con pasta blanca.

Hacía quince días, había aparecido en el cristal de la puerta un rótulo, colgado de un gancho adherido al cristal mediante una ventosa de plástico translúcido.

¡PRÓXIMA INAUGURACIÓN!

decía el rótulo.

COSAS NECESARIAS
UN NUEVO TIPO DE TIENDA
«¡NO DARÁ CRÉDITO A SUS OJOS!».

—Será otra tienda de antigüedades —dijo la madre de Brian a Myra. En aquella ocasión, Cora Rusk estaba reclinada en el sofá, sosteniendo el teléfono con una mano y comiendo cerezas cubiertas de chocolate con la otra mientras seguía el capítulo de *Santa Bárbara* en el televisor—. Solo otra tienda de antigüedades llena de imitaciones de muebles de los primeros colonos americanos y de mohosos teléfonos de manivela. Ya lo verás.

Eso había sido poco después de que se instalara el nuevo escaparate y los cristales fueran embadurnados con la pasta blanca, y su madre lo había dicho con tal rotundidad que Brian debería haberse convencido de que el asunto quedaba zanjado. Pero, con su madre, ningún caso podía considerarse por definitivamente cerrado.

Las especulaciones y suposiciones de que era capaz parecían tan infinitas como los problemas de los personajes de *Santa Bárbara* y de *Hospital General*.

Hacía una semana, la primera línea del rótulo colgado en la puerta había sido modificada para anunciar:

9 DE OCTUBRE, GRAN INAUGURACIÓN.
¡VENGA CON SUS AMISTADES!

Brian no estaba tan interesado en la nueva tienda como su madre (y como algunos de los maestros, a quienes había oído hablar del asunto en la sala de profesores de la escuela secundaria de Castle Rock cuando le había correspondido el turno de repartidor del correo), pero tenía once años, y un chico de su edad y lleno de salud se interesa por cualquier novedad. Además, el nombre del lugar le fascinaba: Cosas Necesarias. ¿Qué significaba aquello exactamente?

Había advertido el cambio en la primera línea del rótulo el martes anterior, cuando volvía de la escuela al atardecer. El martes era el día que llegaba más tarde a casa. Brian había nacido con el labio leporino y, pese a que le habían corregido quirúrgicamente el defecto cuando tenía siete años, aún debía acudir a reeducación del lenguaje. Si alguien le preguntaba, siempre mantenía obstinadamente que odiaba la clase de terapia, pero no era cierto. Brian estaba profunda y desesperadamente enamorado de la señorita Ratcliffe y esperaba con impaciencia toda la semana a que llegara el momento de su clase de educación especial. La jornada del martes parecía durar mil años y el chico siempre pasaba las dos últimas horas con un agradable hormigueo en el estómago.

En la clase solo había cuatro chicos más, y ninguno de ellos era del vecindario de Brian, de lo cual se alegraba. Después de pasar una hora compartiendo la misma habitación con la señorita Ratcliffe, se sentía demasiado exaltado para tolerar la compañía de nadie. Le gustaba volver a casa despacio a última hora de la tarde, casi siempre empujando la bicicleta en lugar de ir montado en ella, soñando con la señorita mientras caían a su alrededor hojas amarillentas y doradas entre los rayos sesgados del sol de octubre.

El recorrido le conducía por las tres manzanas de la calle principal, atravesando el parque municipal, y el día que había visto el rótulo que anunciaba la gran inauguración, había pegado la nariz al cristal de la puerta con la esperanza de descubrir qué había reemplazado los atestados estantes y las paredes amarillas industriales de la desaparecida agencia de la Western Maine Realty & Insurance. Su curiosidad se vio frustrada. Tras el cristal se había instalado una cortina que lo ocultaba todo. Brian no distinguió otra cosa que el reflejo de su rostro y de sus manos ahuecadas.

El viernes, día 4, había aparecido un anuncio de la nueva tienda en el semanario de Castle Rock, el *Call*. Venía enmarcado en un recuadro de líneas onduladas y debajo del borde superior había una orla de ángeles colocados espalda contra espalda

que hacían sonar largas trompetas. El anuncio en sí no decía nada que no pudiera leerse en el rótulo colgado de la ventosa: el nombre de la tienda era Cosas Necesarias, abriría al público a las diez de la mañana del 9 de octubre y, por supuesto, «No dará crédito a sus ojos».

No había la más ligera pista sobre el tipo de mercancías que el propietario o los propietarios de Cosas Necesarias se proponían ofrecer al público.

Aquello pareció irritar en gran medida a Cora Rusk; lo suficiente, al menos, para hacer una de sus escasas llamadas a Myra un sábado por la mañana.

—Te aseguro que yo sí daré crédito a mis ojos —declaró—. Cuando vea esas camas de somier de malla que se supone que tienen doscientos años, pero que cualquiera que se moleste en agachar la cabeza bajo los volantes de la colcha puede comprobar que llevan el marchamo de Rochester, Nueva York, estampado en la estructura, entonces te repito que creeré lo que vean mis ojos.

Myra dijo algo. Cora escuchó mientras metía los dedos en una lata de cacahuets tostados, los sacaba a pares y los masticaba rápidamente. Brian y su hermano pequeño, Sean, estaban sentados en el suelo del salón, viendo dibujos animados en el televisor.

Sean estaba completamente absorto en el mundo de los Pitufos y Brian no se sentía del todo ajeno a las aventuras de aquella comunidad de pequeños seres azules, pero mantuvo un oído atento a la conversación.

—¡Exaaacto! —había exclamado Cora Rusk con más rotundidad y firmeza incluso de lo habitual, después de que Myra hiciese algún comentario especialmente mordaz—. ¡Precios caros y mohosos teléfonos antiguos!

La víspera, lunes, Brian había pasado en bicicleta por el centro del pueblo con dos o tres amigos. Se detuvieron al otro lado de la calle, frente a la tienda nueva, y Brian se fijó en que, durante el día, alguien había instalado una marquesina verde oscuro. En la parte inferior, escrito en letras blancas, podía leerse COSAS NECESARIAS. Polly Chalmers, la encargada de la tienda de labores, estaba en medio de la acera, con las manos en sus caderas admirablemente redondeadas, contemplando el toldo verde con una expresión que parecía a medio camino entre el desconcierto y la admiración.

A Brian, que sabía un poco de toldos, también le causó admiración. Aquel era el único toldo auténtico de Main Street y daba un aire muy especial a la nueva tienda. La palabra «sofisticada» aún no formaba parte del léxico del muchacho, pero Brian reconoció enseguida que en todo Castle Rock no había otro comercio con aquel aspecto. El toldo hacía que pareciera uno de esos locales que salen en la televisión. Comparado con él, la Western Auto, al otro lado de la calle, parecía desaliñada y rústica.

Cuando llegó a casa, su madre estaba en el sofá viendo *Santa Bárbara*, comiendo un pastelillo de crema y bebiendo una Coca-Cola light. Su madre siempre tomaba

refrescos bajos en calorías mientras miraba el serial de la tarde. Brian no estaba seguro de por qué lo hacía, teniendo en cuenta las golosinas con que los acompañaba, pero sí sabía que, probablemente, sería arriesgado preguntárselo. Su madre podía incluso llegar a gritarle, y cuando empezaba a gritar, lo mejor era ponerse a cubierto.

—¡Eh, mamá! —exclamó, al tiempo que arrojaba los libros sobre el mostrador de la cocina y abría el frigorífico para sacar la leche—. ¿Sabes qué? Hay un toldo en la tienda nueva.

—¿Qué dices del polvo? —llegó la voz de su madre desde el salón.

Brian llenó el vaso y se asomó a la puerta.

—Toldo —repitió—. En la tienda nueva.

Cora se incorporó en el sofá, buscó el mando a distancia y pulsó el botón de cortar el sonido. En la pantalla, Al y Corinne continuaron su parlamento acerca de los problemas de Santa Bárbara en su restaurante favorito de Santa Bárbara, pero solo alguien capaz de leer los labios habría podido decir cuáles eran exactamente esos problemas.

—¿Qué? ¿Ese sitio... Cosas Necesarias?

—Ajá —asintió Brian, y tomó un trago de leche.

—¡No sorbas! —exclamó la madre, llevándose a la boca el resto del pastelillo—. Suena espantoso. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

Casi tantas como me has advertido que no hablara con la boca llena, pensó Brian, pero no dijo nada. Había aprendido las ventajas de la continencia verbal desde muy pequeño.

—Lo siento, mamá.

—¿Qué clase de toldo?

—De color verde.

—¿De plancha metálica o de aluminio?

Brian, cuyo padre era vendedor de revestimientos para paredes en la Compañía de Puertas y Revestimientos Dick Perry de South Paris, sabía muy bien a qué se refería su madre, pero si hubiera sido aquel tipo de toldo, casi no se habría fijado. Las marquesinas de aluminio y de plancha metálica eran baratas. La mitad de las casas de Castle Rock las tenía colocadas sobre las ventanas.

—No, no. Es de tela. De lona, creo. Sobresale de la fachada y hace sombra en la acera. Y es redondo, así. —Ahuecó las manos (con cuidado, para no derramar la leche) en un semicírculo—. Y lleva el nombre impreso en la parte inferior. Es realmente alucinante.

—¡Que me aspen si...!

Esa era la frase con la que Cora expresaba casi siempre su exasperación o su nerviosismo. Brian, cauto, retrocedió un paso por si se trataba de lo primero.

—¿Qué crees que será, mamá? ¿Un restaurante, tal vez?

—No lo sé. —Cora alargó la mano hacia el teléfono de la mesilla. Para alcanzarlo, tuvo que apartar al gato, Squeebles, la guía de televisión y una botella de litro de Coca-Cola light—. Pero suena ligeramente sospechoso.

—Mamá, ¿qué significa Cosas Necesarias? Parece...

—No me molestes ahora con eso, Brian; mamá está muy ocupada. Hay pan para bocadillos en la caja si quieres tomar algo. Pero hazte solo uno, que luego no cenas.

Cora ya estaba marcando el número de Myra y al instante las dos mujeres estaban enfrascadas con gran entusiasmo en sus comentarios acerca del toldo verde.

A Brian no le apetecía ningún bocadillo (quería mucho a su madre pero, a veces, verla comer le quitaba el apetito). Se sentó ante la mesa de la cocina, abrió el libro de matemáticas y empezó a hacer los deberes del día siguiente. Era un chico inteligente y trabajador, y los problemas de matemáticas eran la única tarea que no había terminado en la escuela. Mientras trasladaba metódicamente la coma de los decimales y luego dividía, escuchó parte de la conversación de su madre, quien decía una vez más a Myra que pronto tendrían en el pueblo una de esas tiendas de frascos de viejos perfumes apestosos y de fotos de los parientes difuntos de algún vecino, y que era una vergüenza cómo se comerciaba con aquellas cosas. Allá fuera había demasiada gente, decía Cora, cuyo lema en la vida era «toma el dinero y corre». Cuando se refería al toldo, hablaba como si alguien lo hubiera instalado deliberadamente para molestarla y hubiera conseguido de pleno su propósito.

Creo que mamá supone que alguien debería habérselo dicho, pensó Brian mientras movía el lápiz con tenacidad, sumando cifras y anotando resultados. Sí, eso era. En primer lugar, la reconcomía la curiosidad. Y, en segundo lugar, estaba resentida. Y la combinación de ambas cosas la estaba poniendo fuera de sí. En fin, pronto iba a enterarse de todo. Y entonces, tal vez le haría partícipe del gran secreto. Y si estaba demasiado ocupada, Brian se enteraría de todos modos escuchándola en alguna de sus conversaciones de media tarde con Myra.

Sin embargo, tal como resultaron las cosas, Brian se enteró de muchos secretos acerca de Cosas Necesarias antes que su madre, que Myra o que nadie más en Castle Rock.

2

La tarde anterior a la fecha anunciada para la inauguración de Cosas Necesarias, Brian apenas montó en la bicicleta durante el regreso de la escuela; estaba sumido en un cálido ensueño (un secreto que no habría traspasado sus labios aunque le hubieran amenazado con ascuas ardientes o con tarántulas peludas) en el que pedía a la señorita Ratcliffe que lo acompañara a la feria del condado de Castle Rock y ella

accedía.

—Gracias, Brian —dice la señorita Ratcliffe, y Brian advierte unas lagrimitas de gratitud en el rabillo de sus ojos azules, unos ojos de un color tan oscuro que casi parecen tempestuosos—. Es que..., verás, últimamente he estado muy triste. He perdido a mi novio, ¿sabes?

—Yo te ayudaré a olvidarlo —responde Brian con voz firme y al mismo tiempo tierna—, si me llamas... Bri.

—Gracias —susurra ella, y luego, acercándose lo suficiente para que él perciba su perfume, un encantador aroma a flores silvestres, añade—: Gracias..., Bri. Y como, al menos por esta noche, seremos chico y chica en lugar de maestra y alumno, tú puedes llamarme... Sally.

Brian le coge las manos. La mira a los ojos.

—No soy un niño pequeño —le dice—. Puedo ayudarte a olvidarlo..., Sally.

Ella parece casi hipnotizada ante esta comprensión inesperada, ante esta hombría imprevista; tal vez tenga solo once años, piensa, pero es más hombre de lo que Lester ha demostrado ser jamás. Sus manos aprietan las de él. Sus rostros se acercan más..., más aún...

—No —murmura ella, y ahora tiene los ojos tan abiertos y tan próximos que Brian casi parece ahogarse en ellos—, no debes, Bri..., no estaría bien...

—Tranquila, pequeña —replica él, y posa sus labios en los de Sally.

Al cabo de unos momentos, ella se aparta un poco y susurra con ternura...

—¡Eh, chico, mira por dónde coño vas!

Despertando de su ensueño con un sobresalto, Brian vio que había ido a parar delante del camión articulado de Hugh Priest.

—Lo siento, señor Priest —murmuró, rojo como un tomate.

Hugh Priest no era un tipo al que conviniera enfurecer. Trabajaba para el departamento de Obras Públicas y tenía fama de ser la persona con peor genio de Castle Rock. Brian lo miró fijamente. Si hacía ademán de saltar del camión, montaría en la bici y saldría pitando Main Street abajo casi a la velocidad de la luz. No tenía el menor interés en pasar el mes siguiente en el hospital por haberse embobado con la fantasía de llevar a la señorita Ratcliffe a la feria del condado.

Pero Hugh Priest tenía una botella de cerveza entre las piernas, en la radio sonaba Hank Williams, Jr., cantando «High and Pressurized», y se sentía demasiado a gusto para liarse a algo tan cansado como darle una somanta a un chiquillo un martes por la tarde.

—Mejor será que tengas los ojos bien abiertos —masculló, mientras daba un trago de la botella y miraba a Brian con aire amenazador—, porque la próxima vez no me molestaré en frenar. Sencillamente, te dejaré aplastado en la carretera. Te vas a enterar, chaval.

El camión arrancó y se alejó. Brian sintió el loco (y misericordiosamente breve) impulso de gritar «¡Que me aspen si...!» en dirección a Hugh Priest. Esperó a que el camión anaranjado doblara la esquina de Linden Street y continuó su camino. El ensueño sobre la señorita Ratcliffe, sin embargo, se había acabado por aquella tarde. Hugh Priest lo había devuelto a la realidad. La señorita Ratcliffe no había tenido ninguna pelea con su novio, Lester Pratt; aún llevaba su pequeño anillo de compromiso con un diamante y seguía usando el Mustang azul de Lester mientras esperaba a que le devolviesen su coche del taller.

Brian había visto a la señorita Ratcliffe y al señor Pratt aquella misma tarde, pegando esas octavillas de LOS DADOS Y EL DIABLO en los postes telefónicos de Lower Main Street, junto a un grupo de gente que acompañaba su trabajo con himnos religiosos. Lo más curioso fue que, tan pronto como el grupo se hubo marchado, se presentaron los católicos para arrancar los panfletos. Resultó bastante divertido, en cierto modo..., pero si hubiera sido mayor Brian habría puesto todo su empeño en proteger cualquier cartel que la señorita Ratcliffe hubiera pegado con sus adorables manos.

Brian evocó los ojos azul oscuro de su profesora, sus largas piernas de bailarina, y lo embargó la misma sombría estupefacción que experimentaba cada vez que recordaba que en enero ella se proponía cambiar su nombre de soltera, Sally Ratcliffe, que sonaba encantador, por el de Sally Pratt, que a Brian le sugería la imagen de una mujer gorda cayendo por un tramo de escalera corto y duro.

En fin, pensó, ciñéndose al otro bordillo y echando a andar lentamente por Main Street, tal vez su amada cambiara de idea. No era ningún imposible. O quizá Lester Pratt sufriera un accidente de tráfico o se le declarara un tumor cerebral o algo parecido. Incluso podía resultar que fuera un drogadicto. La señorita Ratcliffe jamás se casaría con un drogadicto.

Esos pensamientos proporcionaron a Brian cierto consuelo, pero no cambiaron el hecho de que Hugh Priest había desbaratado su fantasía cuando esta casi había llegado a su punto culminante (donde Brian le daba el beso a la señorita Ratcliffe e incluso llegaba a tocarle el pecho derecho en el Túnel del Amor de la feria). En cualquier caso, era una idea bastante desquiciada: un chico de once años que llevara a su maestra a la feria del condado. La señorita Ratcliffe le parecía muy guapa, pero también era bastante mayor. En una ocasión había dicho a los alumnos de la clase especial que cumpliría veinticuatro años en noviembre.

Así pues, Brian volvió a doblar su ensoñación por los pliegues, como si estuviera recogiendo un documento muy valioso y muchas veces consultado, y lo guardó en su lugar correspondiente, en la estantería del fondo de su mente. Luego se dispuso a montar en la bicicleta y pedalear el resto del camino hasta su casa.

Pero en aquel momento se dio cuenta de que estaba pasando ante la nueva tienda

y le llamó la atención un rótulo colgado en la entrada. Tenía algo distinto. Detuvo la bicicleta y se fijó mejor. El anuncio de

9 DE OCTUBRE, GRAN INAUGURACIÓN.
¡VENGA CON SUS AMISTADES!

había desaparecido, reemplazado por un pequeño cartel cuadrado, con letras rojas sobre fondo blanco.

ABIERTO

decía, y

ABIERTO

era lo único que decía. Brian permaneció inmóvil, con la bicicleta entre las piernas y la vista fija en el cartel, y el corazón empezó a latirle un poco más deprisa.

No vas a entrar ahí, ¿verdad?, se dijo a sí mismo. O sea, aunque realmente esté abierto un día antes de la inauguración, no vas a entrar, ¿verdad?

¿Por qué no?, se respondió a continuación.

Bueno..., porque el escaparate aún está blanqueado y la cortina de la puerta todavía está bajada. Si entras ahí, puede sucederte cualquier cosa. Cualquier cosa.

Claro. Seguro que el tipo de la tienda es una especie de Norman Bates, que se pone la ropa de su madre y mata a sus clientes a puñaladas. ¡Exaaacto!

Vamos, olvídalo, apuntó la parte tímida de su mente, aunque esa parte sonaba como si ya se supiera vencida de antemano. Resultaba curioso.

Pero, a continuación, Brian pensó en comentárselo a su madre, en decirle como si tal cosa: «Por cierto, mamá, ¿sabes esa tienda nueva, Cosas Necesarias? Pues ha abierto un día antes. Y he entrado a echarle un vistazo».

¡Segurísimo que, en cuanto lo oyera, su madre se apresuraría a pulsar el botón del mando a distancia para cortar el sonido! ¡Sí, seguro que querría saberlo todo!

La perspectiva le resultó irresistible.

Aparcó la bicicleta en el bordillo, apoyada en el pedal, dio unos pasos hasta quedar bajo la sombra del toldo —bajo el cual la temperatura parecía descender diez grados— y se acercó a la puerta de Cosas Necesarias.

Cuando puso la mano en el picaporte de metal, grande y muy anticuado, se le ocurrió que el rótulo sería un error. Probablemente, el cartel había estado junto a la puerta esperando al día siguiente y alguien lo había colgado sin reparar en lo que hacía. Brian no oía el menor ruido procedente del otro lado de la cortina echada, y el lugar parecía desierto.

Sin embargo, ya que había llegado hasta allí, probó el tirador de la puerta... y este

giró suavemente bajo sus dedos. El pestillo cedió con un chasquido y la puerta de Cosas Necesarias se abrió sin oponer resistencia.

3

El interior estaba en penumbra, pero no a oscuras. Brian advirtió que había instalados unos raíles de iluminación (una especialidad de la empresa de su padre) y que algunos de los focos montados en ellos estaban encendidos y dirigidos hacia una serie de vitrinas de cristal distribuidas por el espacioso local. Casi todas las vitrinas estaban vacías y los focos encendidos iluminaban las pocas que sí tenían algún objeto dentro.

El suelo, de madera desnuda cuando el edificio era la sede de la Western Maine Realty & Insurance, había sido cubierto en toda su extensión con una gruesa moqueta de color borgoña. Las paredes estaban pintadas de color blanco mate y una leve luz, tan blanca como las paredes, se filtraba a través del escaparate empastado.

Efectivamente, era un error, pensó Brian. La tienda ni siquiera había recibido la mercancía aún. Quien había colgado el rótulo de ABIERTO en la puerta por equivocación también había cometido el descuido de dejar la puerta sin cerrar.

Lo más educado que podía hacer en aquellas circunstancias era cerrar de nuevo la puerta, montar en la bici y largarse.

Sin embargo, se resistía a marcharse. Al fin y al cabo, estaba viendo con sus propios ojos el interior de la nueva tienda. Cuando su madre lo supiera, querría pasarse el resto de la tarde hablando con él. Pero lo exasperante era que no se sentía muy seguro de qué estaba viendo exactamente. En las vitrinas había media docena de *(piezas de exposición)*

de objetos sobre los cuales estaban dirigidos los focos —una especie de ensayo, probablemente—, pero Brian no conseguía distinguir qué eran. En cambio, de lo que sí estuvo seguro fue de lo que no eran: allí no había camas antiguas ni teléfonos de manivela viejos y mohosos.

—¿Hola? —preguntó dubitativo, sin pasar del umbral—. ¿Hay alguien aquí?

Se disponía a asir de nuevo el tirador y cerrar la puerta por fuera cuando una voz respondió:

—Sí, aquí estoy.

Una figura alta —que al principio le pareció imposiblemente alta— apareció en el hueco de una puerta tras una de las vitrinas. El vano estaba disimulado por una cortina de terciopelo oscuro. Brian sintió un pasajero y monstruoso retortijón de miedo. Después, el haz de luz de uno de los focos cruzó en diagonal el rostro del hombre y el miedo del muchacho se mitigó. El hombre era un anciano y tenía una expresión muy amable. Sus ojos miraban a Brian con interés y placer.

—La puerta no estaba cerrada —empezó a excusarse este—, así que pensé...

—Pues claro que no está cerrada —dijo el altísimo anciano—. He decidido abrir un rato esta tarde como una especie de... de preestreno. Y tú eres mi primer cliente. Entra, amigo mío. ¡Entra sin compromiso y deja aquí un poco de la felicidad que traes contigo!

El hombre sonrió y le tendió la mano. La sonrisa era contagiosa y Brian sintió una inmediata simpatía por el propietario de Cosas Necesarias. Tuvo que dejar atrás el umbral y entrar en la tienda para estrechar la mano de este, y lo hizo sin el menor titubeo. Detrás de él, la puerta se cerró y pasó el cerrojo por sí sola. Brian no lo advirtió. Estaba demasiado ocupado observando que el hombre tenía unos ojos azul oscuro del mismo tono exacto que los de la señorita Ratcliffe. Habrían podido pasar por padre e hija. El apretón de manos del hombre resultó firme y enérgico, pero no doloroso. Aun así, tuvo algo de desagradable. Algo... de lisonjero. Excesivamente firme, tal vez.

—Me alegro de conocerlo —dijo Brian.

Los ojos azul oscuro se concentraron en su rostro como dos faroles de ferrocarril.

—Yo también estoy encantado de verte —declaró el altísimo individuo. Y así fue como Brian Rusk se convirtió en la primera persona de Castle Rock en conocer al propietario de Cosas Necesarias.

4

—Me llamo Leland Gaunt —se presentó el hombre—, ¿y tú eres...?

—Brian. Brian Rusk.

—Muy bien, Brian Rusk. Y ya que eres mi primer cliente, creo que puedo ofrecerte un precio muy especial por el objeto que elijas.

—Gracias, señor —respondió Brian—, pero no creo que pueda comprar nada en un lugar como este. No me dan la paga semanal hasta el viernes y... —Dirigió una nueva mirada dubitativa hacia las vitrinas de cristal—. En fin, no parece que haya recibido aún todas sus mercancías...

Gaunt sonrió, mostrando los dientes torcidos que tenían un tono amarillento bajo la escasa luz, pero a Brian, pese a todo, siguió pareciéndole una sonrisa encantadora. De nuevo, se encontró casi obligado a devolvérsela.

—Es cierto —admitió Leland Gaunt—. Todavía no está todo. La mayor parte de mi... de mi mercancía, como la has llamado, llegará a última hora de hoy. De todos modos, ya tengo algunos artículos interesantes. Echa un vistazo, joven Brian Rusk. Me encantará conocer tu opinión por lo menos..., e imagino que tendrás una madre, ¿verdad? Claro que sí. Un jovencito como tú no puede ser huérfano, ¿me equivoco?

Brian movió la cabeza, sin dejar de sonreír.

—No, no. Mamá está en casa, ahora mismo. —Una idea le pasó por la cabeza—: ¿Quiere que vaya a buscarla?

Pero en el mismo momento en que la propuesta salía de sus labios, se arrepintió de haberla planteado. No tenía ningunas ganas de ir a buscarla. Al día siguiente, el señor Leland Gaunt pertenecería a todo el pueblo. Al día siguiente, su madre y Myra Evans empezarían a chismorrear acerca de él con las demás mujeres de Castle Rock. Brian calculó que el señor Gaunt habría dejado de parecer tan extraño y diferente a final de mes, o tal vez a final de semana, incluso, pero en aquel momento todavía lo era; en aquel momento pertenecía a Brian Rusk y solo a él. Y Brian deseaba que aquella situación no cambiara.

Por eso se alegró cuando el señor Gaunt levantó la mano (sus dedos eran extremadamente largos y finos, y Brian advirtió que el índice y el corazón tenían exactamente la misma longitud) y movió la cabeza en gesto de negativa.

—En absoluto —le oyó decir—. Eso es, precisamente, lo que no quiero que hagas. Sin duda, tu madre querría traer con ella a una amiga, ¿verdad?

—Sí —respondió Brian, pensando en Myra.

—Tal vez dos o incluso tres... No. Así es mejor, Brian..., ¿puedo llamarte Brian?

—Claro —respondió el chico, asombrado.

—Gracias. Y tú puedes llamarme señor Gaunt, ya que soy mayor que tú, aunque no necesariamente superior... ¿De acuerdo?

—Claro.

Brian no estaba seguro de a qué se refería el señor Gaunt con lo de mayores y superiores, pero le encantaba la voz de aquel hombre. Además, sus ojos eran realmente extraordinarios. Brian apenas era capaz de apartar la mirada de ellos.

—Sí, así es mucho mejor. —El señor Gaunt se frotó sus largas manos y estas produjeron un sonido siseante. Aquello gustó mucho menos a Brian. El sonido de las manos del señor Gaunt al frotarlas recordaba el de una serpiente alarmada y dispuesta a morder—. Luego hablarás con tu madre, tal vez incluso le muestres lo que has comprado, si es que encuentras algo que te guste...

Brian pensó en decirle al señor Gaunt que tenía en el bolsillo un espléndido total de noventa y un centavos, pero decidió no hacerlo.

—... y ella lo comentará con sus amigas, y estas con otras... ¿Te das cuenta, Brian? ¡Serás un anuncio más efectivo de lo que podría soñar serlo el del semanario local! ¡No sacaría más provecho de ti si te contratara para recorrer las calles del pueblo como hombre anuncio!

—Si usted lo dice... —asintió Brian. No tenía la menor idea de qué era un hombre anuncio, pero de lo que estaba seguro era de que ni muerto le obligarían a hacer de tal—. Quizá sea divertido echar un vistazo.

«A lo poco que hay que ver», se contuvo de añadir, por educación.

—¡Entonces, empieza a mirar! —insistió el hombre, señalando las vitrinas con un gesto. Brian advirtió que llevaba una chaqueta larga de terciopelo rojo. Pensó que tal vez era una auténtica chaqueta de media gala, como las de los relatos de Sherlock Holmes que había leído—. ¡A tu aire, Brian!

El muchacho se acercó lentamente a la vitrina más próxima a la puerta. Volvió la cabeza, seguro de que el señor Gaunt le estaría pisando los talones, pero el anciano todavía estaba junto a la entrada, observándolo con expresión burlona y divertida. Era como si le hubiera leído los pensamientos y hubiese descubierto cuánto le desagradaba que el dueño de una tienda le siguiera de cerca mientras examinaba las existencias. Brian suponía que la mayoría de los tenderos temía que rompiera algo, lo manchara, o ambas cosas.

—Tómate todo el tiempo que quieras —continuó el señor Gaunt—. Ir de compras es un placer cuando uno se toma su tiempo, y una molestia si se apresura.

—Oiga, ¿es usted extranjero? —preguntó Brian. El señor Gaunt tenía un acento ligeramente extraño que le recordaba al viejo que presentaba *Noche de teatro*, programa que su madre miraba a veces si la guía de televisión decía que era una historia de amor.

—Soy de Akron —respondió Gaunt.

—¿Eso está en Inglaterra?

—Está en Ohio —aclaró Leland Gaunt con voz grave. Y entonces enseñó su dentadura fuerte e irregular en una radiante sonrisa.

A Brian le pareció gracioso, igual que le solían parecer graciosos los diálogos de comedias de la tele como *Cheers*. De hecho, todo aquello le hacía sentirse como si se hubiera metido en un programa de televisión, uno que resultaba un poco misterioso pero, en realidad, no amenazador.

Rompió a reír. Por un instante, le preocupó que el señor Gaunt pensara que era un maleducado (quizá porque su madre siempre le acusaba de serlo y, como consecuencia de ello, Brian había llegado a creer que vivía en una telaraña enorme y casi invisible de convenciones sociales), pero el hombre no tardó en unírsele. Los dos se reían al unísono y, considerándolo todo, Brian no pudo recordar una tarde tan divertida como estaba resultando aquella.

—Vamos, mira —insistió el señor Gaunt con un gesto—. Ya charlaremos en otra ocasión, Brian.

Así que Brian miró. En la vitrina mayor, que podría haber contenido holgadamente veinte o treinta objetos, solo había cinco. Uno era una pipa. Otro, una foto de Elvis Presley con el pañuelo rojo al cuello y el mono deportivo con el tigre en la espalda. El Rey (así era como su madre se refería siempre a él) sostenía un micrófono ante sus labios carnosos. El tercer objeto era una cámara Polaroid. El

cuarto, una roca pulida con el interior hueco y lleno de cristales que recogían y reflejaban espléndidamente la luz del foco. El quinto era una astilla de madera casi del tamaño y del grosor del dedo índice de Brian.

El chico señaló la roca de los cristales.

—Una geoda, ¿verdad?

—Exacto. Eres un alumno aventajado, Brian. Tengo unos pequeños rótulos para la mayor parte de mis productos, pero todavía no están desembalados, como todo lo demás. Voy a tener que trabajar de firme si quiero inaugurar mañana.

Pero, a pesar de sus palabras, no parecía en absoluto preocupado y seguía tranquilamente donde estaba.

—¿Qué es eso? —preguntó Brian, y señaló la astilla mientras pensaba para sí que era una mercancía muy extraña para una tienda de un pueblo pequeño. Había tomado un intenso e inmediato afecto a Leland Gaunt, pero si el resto de sus artículos era como aquellos, no creía que la tienda durara mucho tiempo abierta en Castle Rock. Si uno quería vender cosas como pipas y fotos del Rey y astillas de madera, tenía que instalar la tienda en Nueva York, no en un pueblo. Al menos, esa era la conclusión que había sacado de las películas que había podido ver.

—¡Ah! —exclamó el señor Gaunt—. ¡Ese sí que es un objeto interesante! Voy a enseñártelo.

Cruzó el local, pasó por detrás de la vitrina, sacó un poblado manojo de llaves del bolsillo y seleccionó una sin apenas mirar. Abrió la vitrina y sacó el fragmento de madera con mucho cuidado.

—Extiende la mano, Brian.

—¡Oh! Será mejor que no... —replicó el muchacho. Como natural de un estado donde el turismo era una gran industria, Brian había visitado bastantes tiendas de regalos y había visto muchos letreros con aquella pequeña rima: «Puede mirarlo / puede tocarlo / pero si lo rompe / tiene que pagarlo». Podía imaginar la reacción horrorizada de su madre si rompía la astilla, o lo que fuera aquello, y si el señor Gaunt, ya no tan amigable, le decía que el objeto costaba quinientos dólares.

—¿Por qué no? —preguntó el hombre alzando las cejas (aunque, en realidad, eran una sola; una gran ceja tupida que se prolongaba sobre su nariz en una línea ininterrumpida).

—Porque soy bastante torpe.

—Bobadas —replicó el señor Gaunt—. Reconozco a los chicos torpes cuando los veo, y tú no eres de esos.

Dejó caer la astilla en la mano de Brian. Este la vio posada en su palma con cierta sorpresa, pues no se había dado cuenta de que la había abierto hasta el momento de notar el objeto en ella.

Lo cierto era que no tenía el tacto de una astilla de madera; más bien parecía...

—Parece piedra —murmuró dubitativo, y alzó la mirada hacia el señor Gaunt.

—Es las dos cosas —explicó este—. Madera petrificada.

—Petrificada... —repitió Brian maravillado. Examinó meticulosamente la astilla y pasó el dedo por uno de los lados. Era a la vez fino y desigual. Por alguna razón, la sensación no resultaba del todo agradable—. Debe de ser antigua...

—Tiene más de dos mil años —asintió el señor Gaunt con voz grave.

—¡Caray! —exclamó Brian.

Dio un respingo y la astilla estuvo a punto de caérsele. Cerró la mano en torno a ella para evitar cualquier accidente... y al momento le invadió una sensación extraña, distorsionada. De pronto se sintió... ¿Qué? ¿Mareado? No; mareado, no, sino lejos. Como si una parte de él hubiera escapado de su cuerpo y estuviera a gran distancia.

Vio que el señor Gaunt lo observaba entre curioso y divertido, y de pronto, los ojos del hombre parecieron aumentar al tamaño de unos platillos de té. Pero aquella sensación de desorientación no le producía miedo; resultaba más bien emocionante y, desde luego, más agradable que el tacto pulido de aquel pedazo de madera en el dedo que lo había explorado.

—Cierra los ojos —le invitó el señor Gaunt—. ¡Cierra los ojos, Brian, y dime qué notas!

Brian cerró los ojos y permaneció inmóvil un momento, con el brazo derecho extendido y, en su extremo, el puño cerrado en torno a la astilla. No vio que el labio superior del señor Gaunt se levantaba por un instante, en una mueca que recordaba la de un perro, dejando al descubierto sus dientes grandes y desiguales en lo que podía ser una expresión de placer o de expectación. Tuvo una vaga sensación de movimiento, una especie de balanceo o de espiral. También percibió un sonido, rápido y ligero: tudtud... tudtud... tudtud. Reconoció aquel sonido. Era...

—¡Una barca! —exclamó complacido sin abrir los ojos—. ¡Me siento como en una barca!

—Sí, eso es —respondió el señor Gaunt, y Brian oyó su voz a una distancia inimaginable.

Las sensaciones se intensificaron; ahora era como si subiera y bajara al ritmo de unas olas largas y lentas. Oyó el trino lejano de unos pájaros y, más cerca, las voces de muchos animales: mugidos, el piar de un polluelo, el bufido grave y huraño de un gato enorme (no un sonido de rabia, sino una expresión de aburrimiento). Durante un breve instante casi notó bajo sus pies una madera (la misma, estuvo seguro, de la que había formado parte una vez aquella astilla), y supo que sus propios pies no iban calzados con las deportivas Converse, sino con una especie de sandalias y...

Después todo desapareció, se encogió hasta formar un puntito brillante como el de la pantalla de un televisor cuando se corta la corriente. Finalmente, también el punto luminoso desapareció. Brian abrió los ojos, conmocionado y alborozado.

Sus dedos se habían cerrado en torno a la astilla con tal fuerza que tuvo que hacer un auténtico acto de voluntad para abrirlos, y las articulaciones le chirriaron como bisagras oxidadas.

—¡Eh, vaya! —musitó.

—Está bien, ¿verdad? —preguntó el señor Gaunt alegremente, y recuperó el fragmento de madera de la mano de Brian con la habilidad distraída de un médico al extraer una astilla clavada en la carne. Después devolvió el objeto a su sitio y cerró de nuevo la vitrina con un gesto grácil.

—Muy bien —asintió Brian, expulsando el aliento en un largo jadeo que casi era un suspiro. Se inclinó a contemplar la astilla y notó un ligero hormigueo en la mano que la había sostenido. Aquellas sensaciones: el cabeceo de la cubierta, el chapoteo de las olas en el casco, el tacto de la madera bajo los pies..., todo aquello permaneció en su recuerdo, aunque el muchacho supuso (con un sentimiento de auténtica pena) que se desvanecería como se borran los sueños.

—¿Conoces la historia de Noé y el Arca? —preguntó el señor Gaunt.

Brian frunció el ceño. Estaba seguro de que era una historia de la Biblia, pero no solía prestar atención durante los sermones dominicales y las clases nocturnas de Biblia de los jueves.

—¿Era una especie de barco que dio la vuelta al mundo en ochenta días?

El señor Gaunt sonrió una vez más.

—Algo parecido, Brian. Algo muy parecido. Pues bien, esa astilla se supone que procede del Arca de Noé. Desde luego, no puedo asegurar que lo sea, porque la gente creería que soy un farsante de la peor especie; hoy en día debe de haber en el mundo más de cuatro mil personas que intentan vender pedazos de madera asegurando que proceden del Arca y, posiblemente, más de cuatrocientas mil que tratan de colocar fragmentos de la auténtica Santa Cruz. Pero lo que sí puedo afirmar es que tiene más de dos mil años, porque ha sido fechada por el procedimiento del carbono, y que procede de Tierra Santa, aunque no fue encontrada en el monte Ararat, sino en el monte Boram.

Brian no entendió muy bien aquel discurso, pero no se le escapó el detalle más relevante.

—Dos mil años... —musitó—. ¡Vaya! ¿De veras está seguro de eso?

—Desde luego que sí —aseguró el hombre—. Tengo un certificado del MIT, donde hicieron la datación mediante el carbono, que acompaña al objeto, por supuesto. Pero ¿quieres que te diga una cosa? Estoy convencido de que puede proceder del Arca. —Contempló la astilla unos instantes, con aire pensativo, y luego volvió sus deslumbrantes ojos azules hacia los del chico, de color avellana. Brian quedó paralizado de nuevo por aquella mirada—. Al fin y al cabo, el monte Boram está a menos de treinta kilómetros del Ararat, en línea recta, y mayores errores que el

punto de ataque definitivo de una nave, por grande que fuera, se han cometido en las muchas historias del mundo, sobre todo cuando esas historias se han transmitido de forma oral durante generaciones antes de ser puestas finalmente por escrito. ¿No tengo razón?

—Sí —convino Brian—. Suena lógico.

—Además, produce una sensación extraña cuando uno la tiene en la mano, ¿no te lo ha parecido?

—¡Vaya que sí!

El señor Gaunt sonrió y le revolvió el cabello, rompiendo el hechizo.

—Me caes bien, Brian. Ojalá todos mis clientes estuvieran tan llenos de curiosidad como tú. La vida sería mucho más fácil para un humilde comerciante como yo, si el mundo fuera de esa manera.

—¿Cuánto... cuánto pediría usted por una cosa como esa? —quiso saber Brian, y señaló el pedazo de madera petrificada con un dedo no del todo firme. Solo en aquel momento empezaba a darse cuenta del profundo efecto que le había producido la experiencia. Había sido como llevarse una caracola al oído y escuchar el rumor del océano... pero en tres dimensiones y en *sensurround*. Deseó fervientemente que el señor Gaunt le permitiera sostenerlo de nuevo, aunque solo fuera un ratito, pero no supo cómo pedirlo y el señor Gaunt no se lo ofreció.

—Bueno... —El señor Gaunt recogió los dedos bajo el mentón y miró al chico con aire pícaro—. El precio de un objeto como ese, y de la mayoría de las cosas buenas que vendo, las realmente interesantes... depende del comprador. De lo que el comprador esté dispuesto a pagar. ¿Qué estarías dispuesto a pagar tú, Brian?

—No lo sé —dudó el chico, pensando en los noventa y un centavos que llevaba en el bolsillo, y tragó saliva—. ¡Un montón!

El señor Gaunt echó la cabeza hacia atrás y se rió con ganas. Brian advirtió entonces que se había equivocado en un detalle respecto al hombre. Al entrar, había creído que era canoso, y más viejo. Ahora observaba que solo tenía las sienes plateadas. Debía de haber sido cosa de la iluminación, de los focos, pensó el muchacho.

—Bueno, todo esto ha sido interesantísimo, Brian, pero ahora tengo mucho trabajo por delante hasta las diez de mañana, así que...

—Claro —asintió Brian, recordando de nuevo con un sobresalto las normas de urbanidad—. Yo también tengo que irme. Lamento haberle entretenido tanto...

—¡No, no, no es eso! Me has entendido mal... —El señor Gaunt posó una de sus largas manos en el brazo de Brian. El muchacho le rehuyó, evitando el contacto. Ojalá el hombre no se tomara a mal el gesto, pensó, pero no habría podido reprimirlo aunque así fuera. La mano del señor Gaunt era dura, seca y, no sabía bien por qué, desagradable. No tenía un tacto muy distinto, en realidad, de aquel pedazo de madera

petrificada que se suponía procedente del Arca de Noé, o de donde fuera. Pero el señor Gaunt estaba demasiado absorto en sus cosas para advertir el gesto instintivo de Brian. Al contrario, se comportó como si fuera él, y no Brian, quien había cometido una falta de educación—. Solo me refería a que deberíamos ir al grano. En realidad, es absurdo que sigas mirando el resto de las cosas que ya he desempaquetado; no son muchas y ya has visto las más interesantes. Sin embargo, conozco bastante bien mis existencias, aunque no tenga a mano el inventario, y tal vez tenga algo de tu gusto. Dime, Brian, ¿qué te gustaría?

—¿En serio?

Había mil cosas que le llamaban la atención, y ahí estaba en parte el problema; ante una pregunta tan directa, era incapaz de decidir cuál de las mil le gustaría más.

—Es mejor no pensar demasiado en estas cosas —le ayudó el señor Gaunt. Hablaba con despreocupación, pero no había ni un ápice de despreocupación en su mirada, que estudiaba minuciosamente la cara de Brian—. Si te digo: «Brian Rusk, ¿qué es lo que deseas más que cualquier otra cosa en el mundo en este momento?», ¿qué me contestas? ¡Deprisa!

—Sandy Koufax —respondió Brian sin vacilar. No se había dado cuenta de que tenía la mano extendida para recibir la astilla del Arca de Noé hasta que la había notado en la palma, y no había sabido qué iba a contestar al señor Gaunt hasta que oyó salir de su boca aquellas palabras. Pero en el momento de oírlas, comprendió que eran ni más ni menos lo que tenía en la cabeza.

5

—Sandy Koufax —murmuró el señor Gaunt pensativo—. ¡Qué interesante!

—Bueno, no Sandy Koufax en persona —se corrigió Brian—. El cromo de la colección de béisbol.

—¿La de Topps, o la de Fleers?

Brian no creía posible que la tarde pudiera resultar mejor, pero, de pronto, así era. El señor Gaunt también sabía de cromos de béisbol, además de ser un entendido en astillas y en geodas. Era asombroso; realmente asombroso.

—La de Topps.

—Supongo que el cromo que te interesa es el de su primer año como profesional —murmuró el señor Gaunt con aire algo abatido—. No creo que pueda ayudarte en eso, pero...

—No —le interrumpió Brian—. El de mil novecientos cincuenta y cuatro, no. El de mil novecientos cincuenta y seis, ese es el que me gustaría conseguir. Estoy haciendo la colección de cromos de béisbol de mil novecientos cincuenta y seis. Mi

padre me ayudó a empezarla. Me divierte buscarlos y solo hay unos pocos que sean realmente caros: Al Kaline, Mel Parnell, Roy Campanella y tipos así. Ya tengo más de cincuenta. Incluido el de Al Kaline. Me costó treinta y ocho dólares. He cortado un montón de césped para conseguir ese cromo.

—No lo dudo —dijo el señor Gaunt con una sonrisa.

—Pues bien, como le digo, la mayoría de los cromos de mil novecientos cincuenta y seis no son demasiado caros: cinco dólares, siete, a veces diez. Pero un Sandy Koufax en buen estado cuesta noventa o cien pavos. Ese año, Sandy no era un gran jugador, pero, por supuesto, más adelante se consagró. Y en esa época los Dodgers aún estaban en Brooklyn. Entonces todo el mundo los llamaba «Da Bums». Al menos, eso es lo que dice mi padre.

—Tu padre tiene toda la razón —afirmó el señor Gaunt—. Creo que tengo algo que te complacerá mucho, Brian. Espera aquí un momento.

Desapareció de nuevo tras la cortina por la que había aparecido y dejó a Brian junto a la vitrina donde guardaba la astilla, la Polaroid y la foto de El Rey. Brian casi saltaba de un pie a otro, lleno de esperanza y de expectación. Se dijo a sí mismo que debía dejar de comportarse como un manojo de nervios; aunque el señor Gaunt tuviera de verdad algún cromo de Sandy Koufax, y aunque fuera un cromo de Topps de los años cincuenta, probablemente resultaría ser uno del año 55, o del 57. E, incluso si fuera realmente el de la temporada del 56, ¿de qué le iba a servir, si no tenía ni un dólar en el bolsillo? Bueno, se dijo, por lo menos podría echarle un vistazo, ¿no? Mirar no costaba dinero, ¿verdad? Esa era otra de las frases favoritas de su madre.

Brian oyó tras la cortina el ruido de unas cajas al ser levantadas y movidas de sitio, y el golpe sordo al ser depositadas de nuevo en el suelo.

—Será solo un momento, Brian —le llegó la voz del señor Gaunt, algo jadeante—. Estoy seguro de que tengo por aquí una caja de zapatos que...

—¡Por mí no se moleste, señor Gaunt! —respondió Brian, deseando con todas sus fuerzas que el señor Gaunt se molestara todo lo necesario.

—Esa caja... tal vez esté en alguna de las remesas de género que aún no he recibido —apuntó el hombre con aire dubitativo.

A Brian le cayó el alma a los pies.

Luego el señor Gaunt añadió:

—De todos modos, estoy seguro de que... ¡Espera! ¡Aquí está! ¡Aquí lo tengo!

El corazón se le aceleró. Más incluso. Le dio un vuelco y amenazó con escapársele del pecho.

El señor Gaunt reapareció de detrás de la cortina. Iba un poco despeinado y tenía una mancha de polvo en la solapa de la chaqueta de media gala. Traía en las manos una caja que había contenido un par de zapatillas Air Jordan. Dejó la caja en el

mostrador y la destapó. Brian se acercó por la izquierda del hombre y observó el contenido. La caja estaba llena de cromos de béisbol, cada uno guardado en su correspondiente sobre de celofán, como los que Brian había comprado en alguna ocasión en la tienda de cromos de North Conway, New Hampshire.

—Pensaba que quizá habría una lista inventario del contenido, pero no ha habido suerte —comentó el señor Gaunt—. De todos modos, ya te he dicho que tengo una idea bastante precisa de lo que guardo en existencias. Esa es la clave para llevar un negocio en el que se vende un poco de todo, ¿sabes? Y estoy seguro de haber visto...

Dejó la frase en el aire y empezó a repasar rápidamente los cromos.

Brian los vio pasar a toda velocidad, mudo de asombro. El tipo de la tienda de North Conway tenía lo que su padre había denominado «una buena selección de feria de pueblo», pero el contenido de toda la tienda no le llegaba a la suela de los zapatos de los tesoros que guardaba aquella pequeña caja de calzado deportivo. Había cromos de tabaco de mascar con fotos de Ty Cobb y de Pie Traynor. Había cupones de paquetes de cigarrillos con fotos de Babe Ruth, de Dom DiMaggio, de Big George Keller y hasta de Hiram Dissen, el lanzador manco que jugó en el equipo de los White Sox en los años cuarenta. ¡LUCKY STRIKE GREEN SE HA IDO A LA GUERRA!, proclamaban muchos de los cupones de paquetes de cigarrillos. Y allí, apenas vislumbrado fugazmente, un rostro ancho y solemne sobre la camiseta de uniforme de Pittsburgh...

—¡Dios mío! ¿Ese no era Honus Wagner? —exclamó Brian. Notaba el corazón como un pajarillo que se le hubiera introducido en la garganta y ahora batiera allí las alas, atrapado—. ¡Es el cromo de béisbol más difícil de encontrar del universo!

—Sí, sí —murmuró el señor Gaunt con aire ausente. Sus largos dedos continuaron pasando sobres velozmente, dejando a la vista rostros de otra época atrapados bajo el celofán transparente; hombres que habían robado bases, lanzado bolas curvas y cubierto laterales, héroes de una época dorada, espléndida y pasada. Una época de la cual el muchacho aún albergaba sueños vívidos y llenos de felicidad—. Un poco de todo, esa es la base de un negocio próspero, Brian. La diversidad, el placer, el asombro, la satisfacción... Aun diría más: esa es la base de una vida próspera y feliz. No pretendo darte consejos pero, si me permites un comentario, no te iría mal recordar esta máxima. Pero veamos... por aquí..., por aquí... ¡Ajá!

Extrajo un cromo del centro de la caja como un prestidigitador que hiciera un truco y lo colocó en la mano de Brian con un gesto triunfal.

Era de Sandy Koufax.

Y era un cromo de Topps del año 56.

Y estaba firmado.

—«Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufak» —leyó Brian en un ronco susurro.

Y se encontró incapaz de añadir nada más.

6

Alzó la mirada hacia el señor Gaunt mientras abría y cerraba la boca sin articular palabra. El señor Gaunt sonrió.

—No lo he puesto yo, Brian. Ni siquiera tenía idea. Es solo una coincidencia..., pero una coincidencia estupenda, ¿verdad?

Brian seguía sin poder hablar, de modo que se limitó a un simple gesto de asentimiento con la cabeza. El envoltorio de celofán con su preciado contenido resultaba extrañamente pesado en su mano.

—Sácalo —le invitó el señor Gaunt.

Cuando por fin logró recuperar el habla, el sonido que emergió de su boca fue la voz ronca de un hombre muy viejo e inválido.

—No me atrevo...

—Entonces, lo haré yo —replicó el señor Gaunt. Tomó el sobre de la mano de Brian, lo abrió con la uña del índice, perfectamente cuidada, y extrajo el cromo. A continuación, lo depositó en la mano de Brian.

El muchacho notó unos ligeros surcos en la superficie, producidos por la punta del bolígrafo que había utilizado Sandy Koufax para estampar su nombre..., el nombre de los dos. La firma de Koufax era casi idéntica a la impresa en la foto, solo que en esta última ponía Sanford Koufax y en el autógrafo Sandy Koufax. Además, este era mil veces mejor porque era auténtico. Sandy Koufax había tenido aquel cromo en sus propias manos y había dejado en él su impronta, la impronta de su propia firma y de su nombre mágico.

Pero en aquella dedicatoria había también otro nombre: el de Brian. Algún chico que se llamaba como él había esperado junto al banquillo de Ebbets Field antes de algún partido, y Sandy Koufax, el auténtico Sandy Koufax, joven y fuerte, en vísperas de sus años de gloria, había cogido el cromo que le ofrecía el chico, y que probablemente aún olía a goma de mascar rosa y dulzona, y había estampado en él su nombre... Y el mío también, pensó Brian.

De pronto le sobrevino de nuevo la sensación que lo había invadido al tener en la mano la astilla de madera petrificada. Solo que, esta vez, era más intensa.

Mucho más.

Olor fragante a hierba recién cortada.

Sabor intenso a ceniza sobre cuero de caballo.

Gritos y risas en el banquillo de los bateadores.

—Hola, señor Koufax, ¿puede firmarme un autógrafo?

Una cara delgada. Ojos castaños. Cabello bastante oscuro. Se quita la gorra un momento, se rasca la cabeza justo encima de la frente y vuelve a ponerse la gorra.

—Claro, chico. —Coge el cromo—. ¿Cómo te llamas?

—Brian, señor... Brian Seguin.

El bolígrafo se desliza sobre el cartón. El autógrafo. La magia. El fuego impreso.

—¿De mayor querrás ser jugador, Brian?

La pregunta tiene un tono de fórmula rutinaria, y el hombre habla sin levantar la vista del cartón que sostiene en su gran mano diestra, para escribir con aquella zurda que poco después se hará mágica.

—Sí, señor.

—Entrena los fundamentos. —Y le devuelve el cromo.

—¡Sí, señor!

Pero él ya se aleja, y luego inicia un trote relajado por la hierba recién cortada en dirección al banquillo, con su sombra trotando tras él...

—¿Brian? ¡Brian!

Unos dedos muy largos chasqueaban bajo su nariz. Los dedos del señor Gaunt. Brian salió de su ensueño y encontró al señor Gaunt contemplándolo divertido.

—¿Estás ahí, Brian?

—Lo siento —respondió el chico, sonrojado. Sabía que debía devolver el cromo, dárselo a aquel hombre y salir de allí, pero parecía incapaz de soltar el cartón. De nuevo, el señor Gaunt lo miraba directamente a los ojos (directamente al cerebro, parecía) y, de nuevo, le resultó imposible eludir aquella mirada.

—Bien —dijo el hombre en voz baja—. Pongamos, Brian, que tú eres el comprador. Supongamos que lo eres. ¿Cuánto pagarías por este cromo?

Como un alud de rocas, el desaliento se desplomó sobre el corazón del muchacho.

—Solo tengo...

El señor Gaunt levantó la mano izquierda.

—¡Chist! —exclamó con gesto severo—. ¡Muérdete la lengua! ¡El comprador nunca debe decirle al vendedor cuánto dinero tiene! Eso sería como darle la cartera y vaciarse los bolsillos delante de él en plena transacción. ¡Si no eres capaz de mentir, quédate callado! Esa es la primera regla de un buen comerciante, Brian.

Aquellos ojos, tan grandes y oscuros. Brian experimentó la sensación de estar sumergido en ellos.

—Este cromo tiene dos precios, Brian. Mitad... y mitad. Una mitad es en dinero. La otra mitad consiste en hacer una cosa. ¿Lo has entendido?

—Sí —le respondió Brian. Volvía a sentirse lejos, lejos de Castle Rock, lejos de Cosas Necesarias, lejos de sí mismo, incluso. Lo único real en aquel lugar lejano eran los ojos del señor Gaunt, grandes y oscuros.

—El precio en dinero de este cromo de Sandy Koufax de mil novecientos

cincuenta y seis, autografiado, es de ochenta y cinco centavos —le oyó anunciar—. ¿Te parece justo?

—Sí —murmuró. Su voz sonaba remota y minúscula. Se sentía empequeñecer, menguar cada vez más... y aproximarse al punto en que se borraría cualquier recuerdo claro.

—Bien —continuó diciendo la voz acariciadora del señor Gaunt—. Nuestra transacción se ha desarrollado estupendamente hasta aquí. En cuanto a lo que debes hacer... ¿Conoces a una mujer que se llama Wilma Jerzyck, Brian?

—Sí, claro, Wilma —balbuceó Brian en su creciente ofuscación—. Vive cerca de nuestra casa, al otro lado de la manzana.

—Sí, eso creo —asintió el señor Gaunt—. Escucha con atención, Brian.

Y entonces debió de seguir hablando, pero Brian no logró recordar qué había dicho.

7

Lo siguiente de lo que tuvo conciencia fue que el señor Gaunt lo acompañaba amablemente hasta la puerta y lo dejaba en la acera de Main Street, mientras le decía lo mucho que le había encantado conocerlo y le pedía que contara a su madre y a todos sus amigos que había recibido un buen trato y que había hecho una buena compra.

—Desde luego —asintió. Estaba desconcertado..., pero también se sentía estupendamente, como si acabara de despertar de una siesta reconfortante de media tarde.

—Y vuelve por aquí —añadió el señor Gaunt antes de cerrar la puerta.

Brian se quedó mirando el cristal. El rótulo que colgaba en él decía ahora

CERRADO.

8

A Brian le parecía que había pasado horas en Cosas Necesarias, pero en el reloj de la fachada del banco eran solo las cuatro menos diez.

Había estado menos de veinte minutos en la tienda. Se dispuso a montar en la bicicleta, pero luego apoyó el vientre sobre el manillar mientras se llevaba la mano a los bolsillos traseros del pantalón.

De uno de ellos sacó seis brillantes monedas de cobre.

Del otro sacó el cromo autografiado de Sandy Koufax.

Al parecer, era cierto que habían hecho algún tipo de trato. De todas formas, Brian no habría sabido decir cuál era exactamente, aunque en ello le hubiese ido la vida. Lo único que recordaba de forma vaga era que se había mencionado el nombre de Wilma Jerzyck.

«Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufax.»

Un cromo como aquel valía prácticamente cualquier cosa.

Brian lo guardó en la mochila de los libros con cuidado de que no se doblara y empezó a pedalear deprisa hacia su casa. Hizo todo el trayecto con una sonrisa en los labios.

En las poblaciones pequeñas de Nueva Inglaterra, cuando se inaugura una tienda nueva, los vecinos —por rústicos que sean en muchas otras cosas— demuestran una actitud cosmopolita que sus primos de ciudad rara vez igualan. En Nueva York o Los Ángeles, una nueva galería de arte puede atraer a un pequeño núcleo de posibles clientes o de simples mirones antes de que las puertas abran por primera vez; un club recién abierto puede incluso congregarse una multitud, con barreras policiales y *paparazzi* armados con tarjetas de identificación y teleobjetivos esperando expectantes tras ellas. Hay un murmullo nervioso de conversaciones, como entre los habituales de los teatros de Broadway antes del estreno de una obra nueva que, sea un gran éxito o un fracaso sonado, no dejará de levantar comentarios.

En las poblaciones pequeñas de Nueva Inglaterra, cuando se inaugura una tienda, rara vez se congrega un grupo de gente antes de que abra las puertas. Y nunca se forma un tumulto. Cuando las persianas se levantan, las puertas se abren y el nuevo local se declara abierto al público, las clientas entran y salen de él en un goteo que, sin duda, cualquier forastero tomaría por apático... y, probablemente, por un mal presagio para la futura prosperidad del tendero.

Este aparente desinterés encubre a menudo una intensa expectación y una atención aún más aguda (Cora Rusk y Myra Evans no eran las únicas mujeres de Castle Rock que habían tenido ocupadas las líneas telefónicas con sus comentarios sobre Cosas Necesarias en las semanas previas a su apertura).

De todos modos, ese interés oculto y esa expectación no cambian el código de conducta conservador de la compradora de pueblo. Ciertas cosas, simplemente, no se hacen, sobre todo en los herméticos enclaves yanquis al norte de Boston. Se trata de comunidades que, durante nueve meses al año, viven prácticamente autosuficientes, y en ellas se considera de mal gusto demostrar un excesivo interés por algo demasiado pronto o, en cierto modo, denotar que se ha sentido algo más que un pasajero interés, por así decirlo.

Investigar un nuevo comercio en un pueblo y asistir a una fiesta que da prestigio social en una gran urbe son actividades que producen una buena dosis de excitación entre quienes van a participar, y existen normas para ambas; normas tácitas, que son inmutables y que resultan extrañamente similares. La principal de todas ellas es la de que no hay que ser el primero en llegar. Por supuesto, alguien ha de romper esta norma fundamental, o de lo contrario nadie llegaría nunca, pero una tienda nueva puede permanecer vacía al menos veinte minutos desde que el rótulo de cerrado ha

sido vuelto del revés para que diga abierto, y un observador un poco sagaz podría apostar con bastante seguridad a que los primeros en llegar lo harán en grupo: una pareja, un trío o, más probable aún, un cuarteto de mujeres. La segunda norma es que las compradoras que lleven a cabo la investigación exhiban una cortesía tan completa que roce la frialdad. La tercera, que nadie se interese (en la primera visita, al menos) por cuestiones personales o por el pedigrí del nuevo comerciante. La cuarta es que nadie lleve un regalo de bienvenida al pueblo, sobre todo si es algo tan cursi como una empanada o un pastel caseros. La última norma es tan inmutable como la primera: no hay que ser el último en marcharse.

Este majestuoso minué, que podría titularse «La danza de la investigación femenina», se prolonga entre dos semanas y un par de meses y no se produce cuando quien abre el negocio es alguien del pueblo. En este caso, la inauguración puede resultar como una cena parroquial de la Semana del Pueblo: un acto informal, animado y un poco soso. Pero cuando el nuevo comerciante es Forastero (siempre se dice así, de tal modo que uno puede oír la mayúscula), «La danza de la investigación femenina» es tan inapelable como el hecho de la muerte o la fuerza de la gravedad. Y cuando el período de prueba ha terminado (nadie pone ningún anuncio en el periódico que lo diga, pero todo el mundo lo sabe de algún modo), sucede una de dos: o el flujo de compradoras se normaliza y las clientas satisfechas vuelven con regalos de bienvenida —algo retrasados— e invitaciones de «venga a visitarnos»; o bien el nuevo comercio fracasa. En pueblos como Castle Rock, no es raro que los pequeños negocios sean calificados de «ruinosos» semanas o meses antes de que los desafortunados propietarios descubran el hecho por sí mismos.

Pero había en Castle Rock una mujer, al menos, que no se ceñía a las normas establecidas, por inmutables que pudieran parecer a las demás. Se trataba de Polly Chalmers, la dueña de Coser y Cantar. La mayoría no esperaba de ella una conducta normal; al contrario, la sociedad femenina de Castle Rock (y gran parte de la masculina) consideraba a Polly Chalmers una excéntrica. Polly planteaba problemas de todo orden a los autonombrados árbitros sociales de Castle Rock. De entrada, nadie estaba totalmente seguro del punto más básico: si Polly era Del Pueblo, o Forastera. Había nacido y había crecido en Castle Rock, eso era cierto, pero se había marchado con un regalo de Duke Sheehan en la tripa cuando tenía dieciocho años. Eso había sido en 1970, y solo había vuelto una vez por el pueblo antes de regresar para quedarse, en 1987.

Aquel breve regreso tuvo lugar a finales de 1975, cuando su padre agonizaba de un cáncer de intestinos. Después de su muerte, Lorraine Chalmers había sufrido un ataque cardíaco y Polly se había quedado a cuidar de su madre. Lorraine había sufrido un segundo ataque —este, fatal— a principios de la primavera de 1976. Después de enterrar a su madre en el cementerio Tierra Natal, Polly (que para

entonces había adquirido un auténtico «aire de misterio», según las mujeres del pueblo) había vuelto a marcharse.

«Esta vez es para siempre», había sido el consenso general, y cuando la última Chalmers superviviente, la anciana tía Evvie, murió en 1981 y Polly no asistió al funeral, tal opinión pareció un hecho consumado. Sin embargo, hacía cuatro años Polly Chalmers había vuelto al pueblo y había abierto la tienda de costura. Aunque nadie lo sabía con seguridad, parecía probable que hubiese utilizado el dinero de la tía Evvie para montar el negocio. ¿A quién si no iba a dejárselo aquella vieja chiflada?

Los más ávidos seguidores de la *comédie humaine* del pueblo (es decir, la mayoría de los vecinos) se convencieron de que, si Polly tenía éxito en su pequeño negocio y se quedaba, cuando llegara el momento les sería revelada la mayoría de las incógnitas que despertaban su curiosidad. Pero, en el caso de Polly, casi todos los asuntos permanecieron a oscuras. Resultaba realmente exasperante.

Había pasado algunos años en San Francisco; hasta ahí se sabía, pero poco más. Lorraine Chalmers había sido una tumba respecto a su hija descarriada. ¿Había estudiado allí, o en alguna parte? Llevaba el negocio como si hubiera seguido cursos de administración y les hubiera sacado mucho provecho, pero nadie podía decirlo con certeza. A su regreso estaba soltera, pero ¿se había casado alguna vez, en San Francisco o en alguno de los lugares donde tal vez (o tal vez no) había pasado parte del tiempo transcurrido entre «entonces» y «ahora»? Nadie sabía aquello, tampoco; solo se sabía que nunca se había casado con el chico de los Sheehan. Duke se había alistado en los Marines, se había reenganchado varias veces y ahora vendía terrenos en algún lugar de New Hampshire. Y Polly, ¿por qué había vuelto para quedarse, después de tantos años?

Sobre todo, el pueblo se preguntaba qué había sido del bebé. ¿Había abortado la bella Polly? ¿Había entregado el niño o la niña en adopción? ¿Se lo o la había quedado? En tal caso, ¿había muerto, o estaba vivo o viva (¡maldita fuera, no saber ni siquiera el sexo...!) en alguna escuela de alguna parte, y escribía a su madre alguna carta esporádica? Nadie tenía tampoco la más remota idea de estas cosas, y, en muchos aspectos, estas preguntas sin respuesta acerca del hijo (o hija) eran las más mortificantes. La muchacha que había dejado el pueblo en un autobús de la Greyhound con un regalo en la barriga era ahora una mujer de casi cuarenta años y llevaba ya cuatro instalada en el pueblo y dedicada a su tienda. Y nadie había podido averiguar siquiera si el bebé que la había obligado a marcharse había sido niño o niña.

Últimamente, Polly Chalmers había ofrecido al pueblo una nueva demostración de su excentricidad, por si no había dado aún suficientes: había estado saliendo con Alan Pangborn, el comisario del condado de Castle; y el comisario Pangborn había enterrado a su mujer y a su hijo pequeño hacía apenas un año y medio. Tal

comportamiento no era un completo escándalo, pero se consideraba definitivamente excéntrico, de modo que nadie se sorprendió demasiado al ver que Polly Chalmers avanzaba por la acera de Main Street, desde su puerta hasta la de Cosas Necesarias, a las diez y dos minutos de la mañana del 9 de octubre. Los vecinos ni siquiera se sorprendieron por el objeto que llevaba en sus manos enguantadas: un envase Tupperware que solo podía contener un pastel.

Era muy propio de ella, fue la opinión de los vecinos cuando, más tarde, comentaron el suceso.

2

El escaparate de Cosas Necesarias ya no tenía rastro de la pasta blanca y tras él se había distribuido una decena de objetos: relojes, un engaste de plata, un cuadro, un tríptico delicioso que solo esperaba a que alguien lo llenara con las fotos de sus seres queridos. Polly contempló los objetos con aprobación y se dirigió a la puerta.

El rótulo colgado en ella decía ABIERTO. Cuando empujó la puerta, encima de su cabeza sonó una campanilla, instalada después de la visita de Brian Rusk.

La tienda olía a moqueta nueva y a pintura reciente. La luz del sol bañaba el local, y al entrar y mirar a su alrededor con interés, se le ocurrió un nítido pensamiento: Esto es un éxito. Todavía no ha cruzado el umbral un solo cliente (salvo que yo lo sea) y ya es un éxito. Admirable.

Los juicios apresurados como aquel no eran muy propios de ella, ni aquella sensación de aprobación inmediata, pero resultaban innegables.

Un hombre alto estaba inclinado ante una de las vitrinas de cristal donde se exponían más objetos. Al oír la campanilla, el hombre levantó la cabeza y le sonrió.

—Hola —saludó.

Polly era una mujer práctica que sabía cómo le funcionaba la cabeza y, en general, le gustaba lo que había en ella; por eso, el instante de confusión que la embargó cuando su mirada se cruzó con la del hombre la dejó totalmente perpleja.

Lo conozco, fue el primer pensamiento claro que logró abrirse paso en aquella inesperada nube de desconcierto. Ya he visto a este hombre antes. ¿Dónde?

Pero no; no lo había visto nunca. Y el conocimiento, la certeza de esto último, le llegó un momento después. Era una impresión de *déjà vu*, se dijo; esa falsa sensación de recordar algo que todo el mundo experimenta de vez en cuando, una sensación que resulta desorientadora porque es a la vez fantasiosa y prosaica.

Durante un par de segundos perdió el hilo de lo que se proponía decir y solo consiguió dirigirle una débil sonrisa. Después movió la mano izquierda para sujetar mejor el recipiente del pastel y, al hacerlo, una intensa punzada de dolor le recorrió el

dorso de la mano hacia la muñeca, como dos púasafiladísimas. Parecía como si se le hubieran clavado profundamente en la carne los dientes de un gran tenedor cromado. Era la artritis, y le producía un dolor de mil diablos, pero, al menos, le ayudó a concentrar de nuevo la atención y a articular unas palabras sin que se le notara la vacilación, aunque a ella le pareció que el hombre quizá la había advertido de todos modos. Aquel individuo tenía unos brillantes ojos de color avellana que miraban como si fueran capaces de captar muchas cosas.

—Hola —respondió—. Me llamo Polly Chalmers y soy la dueña de la tiendecita de ropa y costura que hay un par de puertas calle abajo. He pensado que, puesto que vamos a ser vecinos, sería mejor acercarme a darle la bienvenida a Castle Rock antes de que se le llene la tienda.

El hombre sonrió y su rostro se iluminó. Polly notó que sus labios se abrían en otra sonrisa de respuesta, aunque la mano izquierda seguía doliéndole terriblemente. De no ser porque ya estaba enamorada de Alan, pensó, seguro que habría caído rendida a sus pies sin una protesta: «Llévame a la alcoba, amo, y te acompañaré en silencio».

Con un punto de ironía, se preguntó cuántas de las mujeres que se asomarían por la tienda para echar un breve vistazo antes de que acabara el día volverían a sus casas con una loca pasión por aquel hombre. Advirtió que este no llevaba anillo de boda; más leña al fuego.

—Encantado de conocerla, señora Chalmers —dijo el hombre, que avanzó unos pasos hacia ella—. Soy Leland Gaunt.

Se acercó a Polly tendiéndole la mano y frunció ligeramente el ceño cuando ella dio un corto paso atrás.

—Lo siento —se apresuró a decir la mujer—, pero nunca estrecho una mano. No lo tome como una descortesía, por favor. Tengo artritis, ¿sabe?

Dejó el envase de Tupperware sobre la vitrina más próxima y levantó las manos, enfundadas en guantes de cabritilla. No tenían nada de repulsivo, pero estaban claramente deformadas; la zurda un poco más que la diestra.

En el pueblo había mujeres que pensaban que Polly estaba incluso orgullosa de su enfermedad; ¿por qué si no se apresuraba tanto en proclamarla?

La verdad, sin embargo, era exactamente lo contrario. Aunque no era una mujer vanidosa, a Polly le preocupaba su aspecto hasta el punto de avergonzarse de la fealdad de sus manos, de modo que procuraba pasar lo antes posible el mal trago de enseñarlas. Y cada vez que lo hacía, le rondaba la cabeza durante un instante —tan fugaz que casi siempre pasaba inadvertido— el mismo pensamiento: Ya está. Ya ha pasado. Ahora, puedo seguir con lo demás.

Por lo general, la gente mostraba cierta incomodidad y desasosiego cuando les enseñaba las manos. Gaunt, no. La tomó por el antebrazo con una mano que se

apreciaba extraordinariamente fuerte y le dio el apretón de saludo. A Polly debería haberle parecido un gesto impropriamente íntimo por parte de una persona a quien acababa de conocer, pero no se lo tomó como tal. El ademán resultó amistoso, breve e incluso bastante gracioso. Al mismo tiempo, sin embargo, la mujer se alegró de que fuera rápido. Las manos de Gaunt tenían un tacto seco, desagradable, incluso a través del ligero abrigo de otoño que llevaba puesto.

—Debe de ser difícil llevar una tienda de costura con ese dolor en las manos, señora Chalmers. ¿Cómo se las arregla?

Era una pregunta que poca gente le había hecho y, a excepción de Alan, no recordaba que nadie en el pueblo se la hubiera planteado de una forma tan directa.

—Me dediqué por completo a la costura mientras pude —le respondió—. Se podría decir que soporté el dolor estoicamente. Ahora tengo a media docena de chicas que trabajan para mí a tiempo parcial, y yo me dedico más a los diseños. Pero todavía tengo algunos días buenos.

Eso último era mentira, pero a Polly le pareció que no hacía ningún daño, ya que lo decía sobre todo para sí misma.

—En fin, me alegro mucho de que haya venido. A decir verdad, tengo un terrible ataque de miedo escénico.

—¿En serio? ¿Por qué?

Normalmente, Polly Chalmers era aún más cauta en emitir juicios respecto a lugares o a hechos que en hacerlo sobre las personas; por eso le sorprendió —incluso le alarmó un poco— la rapidez y naturalidad con que se sentía cómoda en compañía de aquel hombre, al que había conocido hacía menos de un minuto.

—No hago más que preguntarme qué haré si no entra nadie, nadie en absoluto, en todo el día.

—Vendrán —le aseguró ella—. Querrán echar un vistazo a su mercancía. Nadie parece tener la menor idea de qué se vende en una tienda llamada Cosas Necesarias. Pero vendrán por una razón aún más importante: querrán echarle un vistazo a usted. Es que en un pueblo pequeño como Castle Rock...

—... nadie quiere parecer demasiado interesado, ¿no? —Gaunt terminó la frase por ella—. Ya lo sé. Tengo experiencia de otros lugares como este. Mi mente racional me asegura que esto que acaba de decir es la pura verdad, pero tengo en la cabeza otra vocecilla que me repite continuamente: «No vendrán, Leland, ¡oooh!, no, no vendrán. Todos se mantendrán a distancia, ya lo verás».

Polly se echó a reír al recordar de pronto que así era exactamente como se había sentido el día que había abierto las puertas de Coser y Cantar.

—Pero dígame, ¿qué es eso? —preguntó el hombre, tocando el recipiente de Tupperware con una mano. Y ella se fijó en lo que ya había advertido Brian Rusk: los dedos índice y corazón medían exactamente lo mismo.

—Es un pastel. Y si conozco el pueblo solo la mitad de lo que creo, puedo asegurarle que será el único que le traigan en todo el día.

Leland Gaunt sonrió, visiblemente complacido.

—Gracias. Muchísimas gracias, señora Chalmers. Me siento abrumado...

Y ella, que jamás había ofrecido a nadie que la llamara por su nombre de pila en su primer encuentro, a veces ni siquiera después de varios (y que siempre veía con malos ojos a cualquiera —agentes inmobiliarios, vendedores o agentes de seguros— que se apropiara de tal privilegio sin permiso), se quedó asombrada al oírse a sí misma diciendo:

—Ya que vamos a ser vecinos, ¿no debería llamarme Polly?

3

El pastel era de chocolate; a Leland Gaunt le bastó con levantar la tapa del envase y oler para comprobarlo. Luego pidió a Polly que se quedara a tomar una tajada con él. La mujer vaciló. Gaunt insistió.

—Debe de tener usted a alguien al cuidado de su tienda, ¿no? —dijo él—. Y en la mía, nadie se atreverá a poner el pie en la próxima media hora, por lo menos... Con ese tiempo debería ser suficiente. Además, tengo mil preguntas que hacerle acerca del pueblo.

Así pues, Polly accedió. El hombre desapareció tras la cortina de un pasillo al fondo de la tienda y ella le oyó subir unos peldaños —seguramente utilizaba el piso superior como vivienda, aunque fuera de modo provisional— para ir a buscar platos y tenedores. Mientras esperaba a que volviese, Polly recorrió el local inspeccionando los objetos.

Un rótulo enmarcado en la pared más cercana a la puerta por la que había entrado anunciaba que la tienda abriría de diez de la mañana a cinco de la tarde los lunes, miércoles, viernes y sábados. Estaría cerrada, «salvo citas concertadas», los martes y jueves, hasta finales de primavera... o hasta que volvieran a llegar —se dijo Polly, sonriendo para sí— aquellos turistas y veraneantes chiflados y ruidosos, agitando sus puñados de dólares.

Cosas Necesarias era, decididamente, una tienda de curiosidades. Una tienda de cosas curiosas a gran escala, habría dicho a primera vista, pero un examen más detenido de los objetos que ofrecía apuntaba a que no resultaba tan fácil de catalogar.

Los objetos que ya estaban expuestos cuando Brian había pasado por el local la tarde anterior —la geoda, la cámara Polaroid, la foto de Elvis Presley, y los demás— seguían allí, pero se les habían sumado cuatro o cinco decenas más. De una de las paredes pintadas de blanco mate pendía una pequeña alfombra que probablemente

valía una fortuna. Era turca, y antigua. En una de las vitrinas había una colección de soldaditos de plomo, probablemente antigua, pero Polly sabía que todos los soldaditos de plomo parecen antigüedades. Incluso los fundidos en Hong Kong una semana antes.

La oferta era de lo más variado. Entre la foto de Elvis, que le pareció el típico producto que se anunciaría rebajado a 4,99 dólares en cualquier feria rural del país, y una veleta con el águila norteamericana especialmente carente de interés, había una pantalla de lámpara de cristal emplomado que, desde luego, valía más de ochocientos dólares y podía llegar hasta los cinco mil. Una tetera con bastantes golpes y ningún atractivo aparecía flanqueada por un par de espléndidas muñecas de porcelana, y Polly no pudo ni siquiera aventurarse a pensar el precio que debían de tener aquellas hermosas muñecas francesas de mejillas sonrosadas y hermosas piernas con medias hasta los muslos.

También había una selección de cromos de béisbol y de cupones de paquetes de cigarrillos, un puñado de revistas de ciencia ficción de los años treinta (*pulps* como *Weird Tales*, *Astounding Tales* o *Thrilling Wonder Stories*), una radio de mesa de los cincuenta con ese desagradable tono rosa pálido que parecía el preferido de la gente de la época en lo tocante a los electrodomésticos, cuando no en política.

La mayoría de los objetos —aunque no todos— tenían ante ellos unas plaquitas. En una de ellas ponía: GEODA TRICRISTALINA, ARIZONA. En otra: JUEGO COMPLETO DE LLAVES DE CASQUILLO. La situada ante la astilla que tanto había asombrado a Brian rezaba: MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA. Las placas junto a los cromos y las revistas decían: MÁS SURTIDO EN EXISTENCIAS.

Polly observó que todos los objetos, fueran tesoros o cachivaches, tenían una cosa en común: ninguno de ellos tenía etiqueta con el precio.

4

Gaunt regresó con dos platillos —loza de Corning sencilla y vieja, nada interesante—, un cuchillo para el pastel y un par de tenedores.

—Ahí arriba lo tengo todo revuelto —confesó, mientras quitaba la tapa del Tupperware y la apartaba a un lado (vuelta del revés para no dejar un cerco de azúcar glaseado en la cómoda que utilizaba como mesilla)—. Buscaré una casa en cuanto haya terminado de poner orden aquí, pero de momento creo que voy a vivir encima de la tienda. Está todo en cajas de cartón. ¡Señor!, odio las cajas de cartón. ¿Qué le parece, Polly...?

—¡Un pedazo tan grande no! —protestó ella—. ¡Dios mío!

—Está bien —asintió Gaunt en tono alegre, dejando la abundante porción de

pastel de chocolate en uno de los platos—. Este será para mí. ¿Le parece bien así?

—Menos, todavía.

—No puedo cortarlo más fino —dijo él, y partió una delgada porción—. Huele de maravilla. Gracias de nuevo, Polly.

—No hay de qué.

Realmente, olía bien, y Polly no estaba a régimen, pero su negativa inicial había sido más que una norma de cortesía en un primer encuentro. Durante las tres últimas semanas había reinado un delicioso veranillo en Castle Rock, pero el lunes el tiempo había empeorado y, con el cambio de temperatura, tenía las manos fatal. El dolor remitiría, probablemente, cuando las articulaciones se habituaran al frío (al menos, así rogaba que fuese; así había sucedido siempre, aunque Polly no ignoraba el carácter progresivo de su enfermedad), pero aquella mañana, desde primera hora, le producían un dolor terrible. Cuando le cogía tan fuerte, no estaba segura de qué serían capaces de hacer aquellas manos traidoras, y su negativa inicial se había debido a esta preocupación y a la posibilidad de una situación embarazosa.

Entonces se quitó los guantes y flexionó la mano derecha tentativamente. Un agujonazo de dolor voraz le recorrió el antebrazo hasta el codo. La flexionó de nuevo y apretó los labios, esperando una nueva punzada. El dolor volvió, pero esta vez no fue tan intenso y Polly se relajó un poco. Todo iba a salir bien. No de maravilla, no todo lo agradable que debería ser tomar un pedazo de pastel, pero bastante bien. Asíó el tenedor con cuidado, doblando los dedos lo menos posible para agarrarlo. Mientras se llevaba el primer bocado a la boca, vio que Gaunt la miraba con aire compasivo. Ahora se compadecerá de mí, pensó con cierta melancolía, y me contará la artritis terrible que sufría su abuelo, o su ex esposa, o quién sabe.

Pero Gaunt no llegó a compadecerse. Tomó un bocado de pastel y puso los ojos en blanco en un gesto cómico.

—Olvídese de la costura y los patrones —comentó—. Debería usted abrir un restaurante.

—¡Oh!, el pastel no lo he hecho yo —confesó Polly—. Pero le transmitiré el elogio a Nettie Cobb, mi asistenta.

—Nettie Cobb... —murmuró él pensativo, al tiempo que cortaba otro bocado de su pedazo de pastel.

—Sí... ¿La conoce?

—Lo dudo mucho —le respondió Gaunt, como quien vuelve bruscamente a la realidad—. No conozco a nadie en Castle Rock. —Dirigió una mirada de astucia con el rabillo del ojo a la mujer y preguntó—: ¿Hay alguna posibilidad de que su asistenta quiera cambiar de casa?

—Ninguna —respondió Polly con una carcajada.

—Querría consultarle algo sobre los agentes de la propiedad. ¿Cuál es el que más

confianza le inspira de por aquí?

—Bueno, son todos unos ladrones, pero Mark Hopewell debe de ser tan de fiar como el que más.

El señor Gaunt reprimió una carcajada y se llevó una mano a la boca para evitar que le saltara una lluvia de migajas. Entonces se atragantó, y Polly le habría dado con gusto unas palmaditas en la espalda, si no le hubieran dolido tanto las manos. Por mucho que fuera la primera vez que lo veía, aquel hombre le caía muy bien.

—Lo siento —dijo él, todavía riéndose un poco—. De modo que todos son unos ladrones, ¿eh?

—Sí. Rotundamente.

De haber sido de otra manera, de haber sido una mujer menos reservada respecto a su propio pasado, Polly habría empezado en aquel mismo instante a hacer preguntas directas a Leland Gaunt. ¿Por qué había acudido a Castle Rock? ¿De dónde venía? ¿Cuánto tiempo se quedaría? ¿Tenía familia? Sin embargo, no era de esa clase de mujeres y por eso se contentó con responder a las preguntas de aquel extraño... De hecho, lo hizo encantada, ya que ninguna de ellas era de tipo personal. Gaunt quería información acerca del pueblo: si había mucha vida en Main Street durante el invierno, si había por allí algún lugar donde pudiera comprar un hornillo de campaña, cuáles eran los costos de los seguros y un centenar de cosas más. Sacó una fina libreta de notas con tapas de cuero negro del bolsillo de la chaqueta cruzada azul que llevaba puesta y, con gesto grave, fue apuntando los nombres que ella mencionaba.

Polly bajó la vista al plato y vio que se había terminado todo el pedazo de pastel. Las manos aún le dolían, pero las notaba mucho mejor que cuando había llegado. Recordó que había estado a punto de renunciar a acudir a la nueva tienda, por lo mucho que le molestaban, pero en aquel momento se alegraba de haber cambiado de opinión, a pesar de todo.

—Tengo que irme —dijo por fin, tras consultar el reloj—. Rosalie pensará que me he muerto.

Habían tomado el pastel de pie. Al oírla, Gaunt recogió los platos, colocó los tenedores encima y volvió a ajustar la tapa del recipiente de plástico.

—Se lo devolveré cuando haya terminado el pastel, ¿le parece bien?

—Perfecto.

—Entonces, lo tendrá probablemente para media tarde —añadió él con ademán grave.

—No es preciso que se dé tanta prisa —respondió Polly mientras Gaunt la acompañaba hasta la puerta—. Me he alegrado mucho de conocerlo.

—Gracias por venir —dijo él. Por un instante, Polly pensó que se disponía a tomarla por el brazo y experimentó una sensación de rechazo (estúpida, por supuesto) ante la idea de que la tocara. Sin embargo, Gaunt no llegó a hacerlo—. Ha hecho

usted muy fácil un día que preveía aterrador.

—No se apure, saldrá usted adelante. —Polly abrió la puerta e hizo allí una pausa. No había preguntado al hombre nada acerca de él, pero tenía curiosidad por saber una cosa. Demasiada curiosidad para marcharse sin preguntársela—. Tiene toda clase de cosas interesantes...

—Gracias.

—... pero ninguna lleva el precio. ¿Por qué?

—Es una pequeña excentricidad por mi parte, Polly —respondió Gaunt con una sonrisa—. Siempre he pensado que una venta que merezca la pena también merece cierto regateo. Creo que en mi última reencarnación debí de ser un comerciante de alfombras de Oriente Medio. De Irak, probablemente, aunque en estos tiempos no debería decirlo, por si las moscas...

—Entonces ¿ajusta usted sus precios a la situación del mercado? —insistió la mujer con un tonillo burlón.

—Podría decirse así —asintió él con aire serio, y Polly Chalmers volvió a asombrarse del intenso color avellana de sus ojos, de su extraña belleza—. Yo prefiero considerarlo como determinar el valor según la necesidad.

—Entiendo.

—¿De veras?

—Bueno..., creo que sí. Y eso explica el nombre de la tienda.

—Tal vez. —Gaunt sonrió—. Supongo que sí, ahora que lo dice.

—Bueno, señor Gaunt, le deseo un día espléndido...

—Leland, por favor. Mejor aún, llámeme Lee.

—Leland, pues. Y no se preocupe por los clientes. Creo que antes del viernes tendrá que contratar un guardia de seguridad para despejar la tienda a la hora de cerrar.

—¿Eso cree? Sería maravilloso.

—Adiós.

—*Ciao* —se despidió Gaunt, y cerró la puerta tras Polly.

Luego se quedó un momento tras el cristal, observando a la mujer que se alejaba calle abajo, colocándose de nuevo los guantes sobre aquellas manos tan deformadas y que tanto contrastaban con el resto de su cuerpo, delgado y agradable, aunque no tremendamente espectacular. La sonrisa del hombre se hizo aún más amplia. Y cuando sus labios se abrieron dejando a la vista su dentadura irregular, la sonrisa adquirió un inquietante aire depredador.

—Tú me servirás —murmuró en voz baja en la tienda vacía—. Me servirás muy bien.

La predicción de Polly resultó totalmente acertada. Cuando llegó la hora de cierre de la tienda aquella jornada inaugural, casi todas las mujeres de Castle Rock —todas las importantes al menos— y algunos hombres se habían detenido brevemente en Cosas Necesarias para echar una rápida ojeada al nuevo comercio. Y casi todos los visitantes se empeñaron en asegurar a Gaunt que solo tenían un momento, porque iban camino de algún otro recado.

Stephanie Bonsaint, Cynthia Rose Martin, Barbara Miller y Francine Pelletier fueron las primeras; Steffie, Cyndi Rose, Babs y Francie llegaron formando un grupo autoprotector apenas diez minutos después de que Polly fuera vista abandonando la nueva tienda (la noticia de su aparición a la puerta del local se había difundido rápida y completamente gracias al teléfono y al eficaz sistema de transmisión de rumores que funciona en los patios de vecindad de los pueblos de Nueva Inglaterra).

Steffie y sus amigas inspeccionaron la tienda entre exclamaciones de sorpresa e interés, tras asegurar a Gaunt que no podían quedarse mucho rato porque era el día de la partida de bridge (aunque no precisaron que, normalmente, no empezaban a jugar hasta pasadas las dos de la tarde). Francine le preguntó de dónde era y Gaunt le respondió que de Akron, Ohio. Steffie quiso saber si llevaba mucho tiempo en el negocio de las antigüedades y el hombre contestó que no se consideraba un anticuario... exactamente. Cyndi se interesó por saber si el señor Gaunt llevaba mucho tiempo en Nueva Inglaterra. Bastante, asintió él, bastante.

Más tarde, las cuatro mujeres coincidieron: la tienda era interesante —¡había tantas cosas curiosas!—, pero la entrevista había resultado muy decepcionante. El hombre era tan reservado como Polly Chalmers; más incluso, tal vez. Babs comentó entonces algo que todas ellas sabían (o creían saber) ya: que Polly había sido la primera persona del pueblo en entrar en la nueva tienda, y que había llevado un pastel. Babs aventuró que tal vez Polly Chalmers conocía a aquel señor Gaunt..., que lo conocía de antes, de esos años que había pasado fuera.

Cyndi Rose expresó su interés por un jarrón de estilo Lalique y preguntó al señor Gaunt (que no andaba lejos pero no las atosigaba con su presencia, según notaron todas con aprobación) cuánto costaba la pieza.

—¿Cuánto diría usted? —respondió el hombre con una sonrisa.

Ella le devolvió la sonrisa con cierta coquetería.

—¡Oh! ¿Es así como hace usted los negocios, señor Gaunt?

—Sí, en efecto.

—En fin, creo que tiene más posibilidades de salir perdiendo que de ganar, si se dedica a regatear con yanquis —declaró Cyndi Rose, mientras sus amigas contemplaban el diálogo con el concentrado interés de un grupo de espectadoras de un partido de tenis en el torneo de Wimbledon.

—Eso habrá que verlo —replicó Gaunt. Su tono de voz seguía siendo amistoso, pero ahora también había en él un leve matiz de desafío.

Cyndi Rose volvió a contemplar el jarrón, esta vez con más detenimiento. Steffie Bonsaint le cuchicheó algo al oído. Cyndi Rose asintió.

—Diecisiete dólares —dijo. En realidad, el jarrón tenía aspecto de valer cincuenta, y la mujer calculó que en una tienda de antigüedades de Boston estaría marcado a ciento ochenta.

Gaunt recogió los dedos bajo el mentón en un gesto que Brian Rusk habría reconocido.

—Creo que tendré que pedirle, al menos, cuarenta y cinco —replicó con cierta compunción.

A Cyndi Rose se le iluminaron los ojos. Allí había posibilidades. En un primer momento, el jarrón de estilo Lalique apenas había despertado en ella un ligero interés; en realidad, solo lo había utilizado como un recurso más para continuar la conversación con el misterioso señor Gaunt. En aquel momento, en cambio, al examinar el objeto con mayor detalle, vio que era realmente una obra notable que haría muy buen efecto en el salón de su casa. La orla de flores alrededor del cuello esbelto del jarrón era del mismo tono exacto que el papel pintado de las paredes. Hasta que Gaunt hubo respondido a su sugerencia con un precio que estaba solo un par de dedos más allá de su alcance, Cyndi Rose no se había dado cuenta de que deseaba tanto quedarse con aquel jarrón.

Consultó con sus amigas.

Gaunt observó al grupo sonriendo amablemente.

Entonces sonó de nuevo la campanilla de la puerta y entraron otras dos mujeres.

El primer día completo de negocio había empezado en Cosas Necesarias.

6

Cuando diez minutos más tarde las componentes del club de bridge de Ash Street dejaron Cosas Necesarias, Cyndi Rose llevaba una bolsa de plástico en cuyo interior, envuelto en papel de seda, estaba el jarrón Lalique.

Lo había adquirido por treinta y un dólares, más impuestos; era casi todo el dinero para imprevistos que tenía guardado, pero estaba tan encantada con aquel objeto que casi ronroneaba de satisfacción.

Por lo general, después de una compra tan impulsiva como la que acababa de hacer, Cyndi Rose se sentía insegura y un poco avergonzada de sí misma, convencida de haber pagado más de la cuenta o de haber sido claramente estafada. Pero en esta ocasión, no era así. Esta vez había salido ganando en la transacción. El señor Gaunt

incluso le había dicho que volviera, que tenía la pareja de aquel jarrón y que la recibiría en un envío aquella misma semana, tal vez aquel mismo día. El que acababa de comprar resultaría muy bien en la mesilla del salón, pero si tenía la pareja, podría ponerlos en ambos extremos de la repisa de la chimenea y el efecto sería estupendo.

Sus tres amigas también consideraron que había hecho una buena compra, y aunque algo frustradas por haber averiguado tan poca cosa del señor Gaunt, la opinión que les mereció el nuevo vecino fue, en conjunto, muy favorable.

—Tiene unos ojos verdes muy atractivos —comentó Francie Pelletier con cierta languidez.

—¿Verdes? —dijo Cyndi Rose un poco desconcertada. A ella le había parecido que eran grises—. No me he fijado.

7

A media tarde, Rosalie Drake, la empleada de Polly en Coser y Cantar, se dejó caer por Cosas Necesarias durante el descanso para el café, acompañada de Nettie Cobb, la asistente de su jefa. En la tienda había varias mujeres curioseando y, en el rincón del fondo, dos muchachos del instituto de Castle Rock revolvían una caja de cartón llena de tebeos antiguos e intercambiaban entusiasmados comentarios; era asombroso, se murmuraban el uno al otro, que en aquella caja hubiera tantas de las revistas que les faltaban para completar sus colecciones. Solo quedaba esperar que los precios no fueran demasiado elevados; era imposible saberlo sin preguntar, ya que no había etiquetas con el precio en las bolsas de plástico que protegían los tebeos.

Rosalie y Nettie saludaron al señor Gaunt y este pidió a la primera que diera de nuevo las gracias a Polly Chalmers por el pastel; luego sus ojos siguieron a Nettie, que se había alejado después de las presentaciones y estaba observando con aire bastante nostálgico una pequeña colección de objetos de cristal emplomado. Gaunt dejó a Rosalie estudiando la foto de Elvis colocada junto a la astilla de MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA y se aproximó a Nettie.

—¿Le gusta el cristal emplomado, señorita Cobb? —inquirió sin alzar la voz.

La mujer dio un pequeño respingo. Nettie Cobb tenía las facciones y el porte casi dolorosamente tímido de una persona hecha para sobresaltarse ante cualquier voz, por suave y amistosa que fuera, que sonara de pronto en sus proximidades. Se volvió y dirigió una sonrisa nerviosa al dueño de la tienda.

—Es señora Cobb —corrigió—. Aunque mi marido murió hace tiempo.

—Lamento oírlo.

—No es preciso que lo sienta. Ya han pasado catorce años. Mucho tiempo. En efecto, tengo una pequeña colección de piezas de cristal emplomado. —Nettie Cobb

casi pareció estremecerse, como haría un ratoncillo ante la cercanía de un gato—. Aunque no puedo permitirme unas piezas tan bonitas como estas. Son realmente encantadoras. Como deben de ser las cosas en el cielo.

—Bueno, le diré un secreto —respondió él—. Cuando compré estas piezas, adquirí muchas más y no salen tan caras como piensa usted. Y esas otras son mucho más bonitas aún. ¿No le apetecería pasarse por aquí mañana para echarles un vistazo?

La mujer dio un nuevo respingo y se apartó un paso, como si el señor Gaunt le hubiera propuesto que volviera al día siguiente para pellizcarle el trasero unas cuantas veces, quizá hasta hacerla gritar.

—¡Oh!, no creo que... El jueves tengo el día muy ocupado, ¿sabe...? En casa de Polly Chalmers... Los jueves hacemos la limpieza semanal, ¿sabe?

—¿Seguro que no puede pasarse ni un momento? —insistió él—. Polly me ha dicho que es usted quien ha hecho el pastel que ha traído esta mañana...

—¿Estaba bueno? —preguntó Nettie nerviosa. En sus ojos se leía que esperaba que Gaunt le respondiera: «No, no estaba bueno, Nettie, me ha dado retortijones, me ha provocado diarrea incluso, de modo que voy a hacerte daño, Nettie, voy a llevarte a rastras a la trastienda y voy a retorcerte los pezones hasta que te rindas...».

—Estaba estupendo —respondió el hombre en tono tranquilizador—. Me ha recordado los que hacía mi madre..., y han pasado muchos años desde entonces.

Aquel era el punto flaco de Nettie, quien había querido muchísimo a su madre a pesar de las palizas que había recibido de ella por sus frecuentes escapadas a los bares de copas y música. La mujer se relajó un poco.

—Bueno, está bien —dijo por fin—. Me alegro muchísimo de que le haya gustado. Naturalmente, ha sido idea de Polly. Es la mujer más encantadora del mundo.

—Sí —respondió Gaunt—. Después de conocerla, comparto su opinión. —Dirigió una mirada a Rosalie Drake, pero esta seguía inspeccionando los artículos de la tienda. Miró de nuevo a Nettie y añadió—: De todos modos, considero que le debo a usted algo...

—¡Oh, no! —exclamó Nettie, alarmada de nuevo—. No me debe nada en absoluto, señor Gaunt.

—Pásese por aquí mañana, por favor. Aprecio que tiene usted buen gusto para los cristales emplomados..., y así podré devolverle el recipiente en el que ha traído el pastel la señora Chalmers.

—Bueno..., supongo que podría encontrar un momento para venir durante el descanso de mediodía... —Los ojos de Nettie decían que la mujer no podía creer lo que estaba saliendo de sus propios labios.

—Espléndido —asintió el hombre, y se alejó de ella rápidamente, sin darle tiempo a cambiar de opinión. Se acercó a los muchachos del fondo y les preguntó qué

tal les iba. Los chicos, con aire dubitativo, le mostraron varios ejemplares antiguos de *El increíble Hulk* y de *La Patrulla X*. Cinco minutos más tarde, salían de la tienda con los tebeos en las manos y una expresión de perplejidad y satisfacción en el rostro.

Apenas acababa de cerrarse la puerta tras ellos, cuando volvió a abrirse y dejó paso a Cora Rusk y Myra Evans. Las dos mujeres miraron a su alrededor con los ojos brillantes y ávidos de unas ardillas en plena estación de recogida de provisiones, y se acercaron de inmediato a la vitrina de cristal que contenía la foto de Elvis. Cora y Myra se inclinaron a observarla, entre arrullos de admiración, exhibiendo unos traseros que fácilmente alcanzaban dos mangos de hacha de ancho.

Gaunt los contempló con una sonrisa.

La campanilla de la puerta volvió a sonar. La recién llegada era tan voluminosa como Cora Rusk, pero Cora estaba gorda y aquella mujer era robusta, como robusto es el aspecto de un leñador con barriga de bebedor de cerveza. En la blusa llevaba prendido un gran botón blanco con letras rojas que proclamaban:

NOCHE DE CASINO - ¡PARA PASAR UN BUEN RATO!

Las facciones de la mujer tenían el encanto de una palada de nieve. Sus cabellos, de un tono castaño deslucido y nada extraordinario, estaban cubiertos casi por completo por un pañuelo que llevaba anudado severamente bajo la ancha papada. Durante un par de segundos, la recién llegada inspeccionó el interior de la tienda con sus ojillos hundidos, volviendo la mirada velozmente a un lado y a otro como un pistolero que estudiara el interior de un *saloon* antes de abrir de golpe las puertas batientes y organizar un tiroteo. Después avanzó unos pasos.

Entre las mujeres que deambulaban ante las vitrinas, pocas le dedicaron algo más que una breve mirada, pero Nettie Cobb se quedó observando a la recién llegada con una expresión insólita, mezcla de odio y de consternación. Acto seguido, se apartó apresuradamente del cristal emplomado. Su movimiento llamó la atención de la mujer del pañuelo, que miró a Nettie con un ademán de patente disgusto, seguido de un gesto despectivo.

Instantes después, la campanilla de la puerta volvió a sonar mientras Nettie abandonaba la tienda.

El señor Gaunt observó todo lo sucedido con gran interés. Luego, se acercó a Rosalie y le comentó:

—Me temo que la señora Cobb se ha marchado sin usted.

Rosalie se volvió, sorprendida.

—¿Por qué...? —empezó a preguntar, pero sus ojos se fijaron en la recién llegada del distintivo con la leyenda de Noche de Casino firmemente prendido entre los pechos, quien, brazos en jarras sobre sus inmensas caderas, examinaba la alfombra turca colgada de la pared con el concentrado interés de un estudiante de arte en una

exposición—. ¡Oh! Discúlpeme, señor, pero tengo que marcharme ahora mismo —añadió entonces Rosalie.

—Por lo visto usted y esa señora no se llevan demasiado bien —apuntó el señor Gaunt.

Rosalie le lanzó una aturdida sonrisa. Gaunt volvió a mirar a la mujer del pañuelo y preguntó quién era. Rosalie arrugó la nariz.

—Wilma Jerzyck —respondió—. Discúlpeme... Tengo que alcanzar a Nettie. Es muy impresionable, ¿sabe usted?

—Desde luego que sí —contestó el hombre, y siguió con la mirada a Rosalie hasta que esta cerró la puerta. Luego añadió para sí: «¿No lo somos todos?».

A continuación notó unos golpecitos en el hombro y se volvió. Era Cora Rusk.

—¿Cuánto cuesta ese retrato de El Rey? —preguntó.

Leland Gaunt le dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas antes de contestar:

—Bien, hablemos de ello. ¿Cuánto calcula usted que vale?

TRES

1

El comercio recién inaugurado en Castle Rock llevaba ya casi dos horas cerrado cuando Alan Pangborn recorrió a marcha lenta Main Street en dirección al edificio municipal, donde el comisario tenía su despacho en la sede del departamento de policía de Castle Rock. Alan estaba al volante del colmo de los vehículos camuflados: un Ford de 1986, modelo cinco puertas. El coche de la familia. Se sentía desanimado y medio borracho. Solo había tomado tres cervezas, pero se le habían subido bastante.

Al pasar ante Cosas Necesarias, echó un breve vistazo al local y observó el toldo verde oscuro que sobresalía de la fachada. El detalle le agradó, igual que a Brian Rusk. Alan no era tan experto en aquellas cuestiones (no tenía un pariente próximo que trabajara en la Compañía de Puertas y Revestimientos Dick Perry, en South Paris), pero aun así le pareció que el detalle daba cierto toque de clase a la calle, donde la mayoría de los tenderos había añadido falsas fachadas y se había dado por satisfecha. Aún ignoraba qué se vendía en la tienda —Polly lo sabría, si había acudido a echar un vistazo por la mañana, como tenía pensado—, pero tenía aspecto de uno de esos acogedores restaurantes franceses donde uno lleva a la chica de sus sueños antes de convencerla con palabras tiernas para que se acueste con él.

La tienda se borró de su mente en cuanto la dejó atrás. Dos calles más allá, puso el intermitente de la derecha y tomó el estrecho pasaje entre el achaparrado edificio municipal de ladrillo y la estructura de madera blanca de la Compañía de Aguas. A la entrada del callejón, un rótulo anunciaba: SOLO VEHÍCULOS OFICIALES.

El edificio municipal tenía forma de una *e* invertida y en el ángulo que formaban las dos alas había un pequeño aparcamiento. Tres de las plazas estaban marcadas con el letrero OFICINA DEL COMISARIO. En una de ellas vio el desvencijado Volkswagen de Norris Ridgewick, un viejo «escarabajo». Alan aparcó en otra, apagó las luces y el motor y llevó la mano al tirador de la portezuela.

La depresión que lo había estado rondando desde que dejara el The Blue Door en Portland, que lo había estado cercando como los lobos acechan en círculos los fuegos de campamento en los relatos de aventuras que leía de chico, se abatió de pronto sobre él. Soltó el tirador y se quedó inmóvil, sentado tras el volante del automóvil familiar, esperando a que remitiera la opresión.

Alan se había pasado el día en el tribunal de distrito de Portland, testificando para la acusación en cuatro juicios seguidos. El distrito abarcaba cuatro condados —York,

Cumberland, Oxford y Castle—, y de todos los comisarios de estos condados, Alan Pangborn era quien tenía que acudir de más lejos. Debido a ello, los tres jueces de distrito hacían cuanto estaba en su mano para programar juntas las vistas en las que él debía intervenir, de modo que no tuviera que hacer más de un par de viajes al mes. Esto permitía a Alan pasar algún tiempo en el condado cuyo orden público había jurado proteger, en lugar de perderlo en la carretera entre Castle Rock y Portland, pero también hacía que, después de una de esas jornadas en los tribunales, se sintiera como un estudiante al salir del salón de actos donde acaba de efectuar las pruebas de selectividad. Debería haberse abstenido de añadir a ello las cervezas, pero Harry Cross y George Crompton se habían topado con él cuando se dirigían a The Blue Door, y habían insistido en que los acompañara. Había tenido una razón bastante buena para hacerlo: hablar de una serie de robos claramente relacionados que se había producido en el territorio de los tres. Sin embargo, la auténtica razón de que fuera con ellos había sido una que tienen en común la mayoría de las malas decisiones: entonces le había parecido una buena idea.

En aquel momento se encontraba sentado tras el volante del coche que había sido de la familia, recogiendo el fruto de lo que había sembrado por su propia voluntad. La cabeza le dolía ligeramente y experimentaba una considerable sensación de náusea. Pero lo peor era la depresión, que había vuelto con sed de venganza.

¡Hola!, le dijo alegremente desde su reducto en lo más hondo de su cabeza. ¡Aquí estoy, Alan! ¡Me alegro de verte! ¿Sabes una cosa? ¡Aquí estamos, al final de una dura jornada, y Annie y Todd siguen muertos! ¿Recuerdas esa tarde de sábado, cuando Todd derramó el batido en el asiento delantero? Justo debajo de donde ahora tienes el maletín, ¿verdad? ¿Y recuerdas que le gritaste? ¡Vaya!, no lo has olvidado, ¿verdad? ¿Verdad? En fin, tanto da, Alan, ¡porque aquí estoy para recordártelo! ¡Y recordártelo! ¡Y recordártelo!

Levantó el maletín y contempló el asiento. Sí, allí estaba la mancha. Y sí, había soltado un grito a Todd. «Todd, ¿por qué tienes que ser siempre tan torpe?» Algo parecido, nada extraordinario, pero en absoluto lo que uno le diría a su hijo si supiera que le quedaba menos de un mes de vida.

Consideró que el auténtico problema no eran las cervezas; era aquel coche, que no había sido limpiado a fondo como era debido. Durante todo el día, había conducido junto a los fantasmas de su esposa y de su hijo pequeño.

Se inclinó hacia delante, abrió la guantera para buscar el bloc de denuncias — tenía la inveterada costumbre de llevarlo siempre consigo, aunque se dirigiera a Portland para pasar el día testificando en el tribunal— e introdujo la mano. Sus dedos tocaron un objeto cilíndrico que cayó al suelo del vehículo con un ruido sordo. Alan dejó el bloc de denuncias sobre el maletín y se inclinó para recoger el objeto que había tirado de la guantera. Cuando lo tuvo, lo levantó a la luz de la bombilla de

sodio de la farola y se quedó observándolo largo rato, mientras en su interior notaba que se revolvía el sentimiento familiar y terrible de pérdida y de abrumador pesar. Polly tenía artritis en las manos; él, por lo visto, en el corazón. ¿Quién podía asegurar cuál de los dos padecía una enfermedad peor?

El objeto era una lata que, por supuesto, había sido de Todd. De Todd, que sin duda se habría quedado a vivir en la tienda de artículos de broma de Auburn, si le hubieran dejado. El pequeño había quedado extasiado con los extraños artículos de buhonero que se vendían allí: zumbadores de broma, polvos de estornudar, vasos trucados, jabón que dejaba las manos del incauto del color de la ceniza volcánica, excrementos caninos de plástico...

Esta lata sigue aquí. Hace diecinueve meses que murieron y esto sigue aquí. ¿Cómo diablos no la he visto antes? ¡Dios...!

Alan dio vueltas al objeto cilíndrico en sus manos mientras recordaba cuánto había insistido su hijo para que le permitiera comprarlo con su propio dinero de la paga semanal, y cómo él había puesto reparos citando la máxima de su padre: el dinero y los tontos están reñidos. Y cómo Annie había desechado sus reparos con su habitual suavidad.

¡Vaya, don Mago Aficionado! ¡Me encanta oírte hablar como un puritano! ¿De dónde crees que ha sacado tu hijo esa loca pasión por las bromas y los chistes? En mi familia nadie ha tenido nunca una foto enmarcada de Houdini en la pared, te lo aseguro. ¿Vas a decirme que no compraste un par de artículos de broma en tus días turbulentos y alborotados de juventud? ¿Que no habrías dado cualquier cosa por poder hacer ese truco de «la serpiente en el tarro de los frutos secos» si hubieras encontrado el artículo en algún escaparate?

Y él, replicando entre balbuceos, farfullando protestas como un pomposo moralista excesivamente rígido, hasta que había tenido que llevarse una mano a la boca para ocultar una sonrisa de vergüenza. Pero Annie la había descubierto. Annie siempre lo descubría todo. Era una especie de don..., y más de una vez había sido su salvación. El sentido del humor de Annie y su sentido de la perspectiva siempre habían sido mejores que los suyos. Más penetrantes.

Deja que se lo quede, Alan. Solo será joven una vez. Además, es un truco bastante gracioso.

De modo que Todd se había salido con la suya. Y...

... y tres semanas después derramó el batido en el asiento, y cuatro semanas después de eso, estaba muerto. ¡Los dos estaban muertos! ¡Vaya! ¿Te das cuenta? El tiempo pasa volando, ¿verdad, Alan? ¡Pero no te preocupes! ¡No te preocupes, porque yo seguiré recordándotelo! ¡Sí, señor! ¡Seguiré recordándotelo porque esta es mi misión, y me propongo realizarla!

La lata llevaba una etiqueta que decía FRUTOS SECOS CRUJIENTES Y SABROSOS. Alan

desenroscó la tapa y del interior saltaron cinco palmos de tela comprimida en forma de una serpiente verde; la cabeza de la serpiente golpeó el parabrisas y cayó rebotando sobre sus muslos. Alan se quedó mirándola, escuchó en su cabeza la risa de su hijo muerto y rompió a llorar. Su llanto fue poco espectacular, silencioso y exhausto. Le dio la impresión de que sus lágrimas tenían mucho en común con las pertenencias de los difuntos. Uno no terminaba nunca de librarse de ellas. Había demasiadas, y justo cuando empezaba a relajarse y a pensar que por fin se habían terminado, ordenaba algún rincón y allí aparecía otro objeto. Y otro. Y otro más.

¿Por qué había dejado que Todd comprara la dichosa lata? ¿Y por qué estaba todavía en la jodida guantera? Y sobre todo, ¿por qué había cogido el coche familiar para hacer el viaje?

Sacó el pañuelo del bolsillo de atrás y se secó las lágrimas del rostro. Luego, poco a poco, volvió a introducir la serpiente (un poco de papel rizado barato, de color verde, con un muelle de alambre enrollado en el interior) en la falsa lata de frutos secos. Enroscó la tapa e hizo saltar el objeto en la palma de la mano.

Deshazte del maldito juguete.

Pero no se sintió capaz de hacerlo. Al menos, por esa noche. Volvió a guardar el artículo de broma —el último que Todd había comprado en la que, para él, era la mejor tienda del mundo— en la guantera y la cerró. Después agarró el tirador de la portezuela del coche, asió el maletín y salió.

Al dejar el coche, aspiró profundamente el aire de primera hora de la tarde con la esperanza de que le ayudase a despejarse, pero no fue así.

Percibió un olor a madera descompuesta y a productos químicos, un olor nada atractivo que llegaba a menudo de las industrias papeleras de Rumford, situadas unos cincuenta kilómetros al norte.

Decidió llamar a Polly y preguntarle si podía pasarse a visitarla. Eso le ayudaría un poco.

¡Es la mejor idea que se te podía ocurrir!, asintió enérgicamente la voz de la depresión. *Y, por cierto, Alan, ¿recuerdas lo contento que estaba Todd con esa serpiente? Intentó la broma con todo el mundo. Norris Ridgewick estuvo al borde del infarto del susto que se llevó, y a ti te entró tanta risa que casi te meas en los pantalones, ¿recuerdas? Qué lleno de vitalidad estaba el pequeño, ¿verdad? ¡Qué estupendo era! Y Annie..., ¿recuerdas cómo se reía cuando se lo contaste? Ella también estaba llena de vitalidad, también era estupenda, ¿verdad? Por supuesto, al final no estaba tan animada, no era tan estupenda, pero tú no llegaste a darte cuenta de ello, ¿verdad? Porque tú tenías otras cosas más importantes que hacer. Ese asunto de Thad Beaumont, por ejemplo... Realmente, no podías quitarte de la cabeza lo que sucedió en su casa junto al lago y cómo, cuando todo hubo terminado, Beaumont solía emborracharse y visitarte. Y luego su esposa cogió a los gemelos y lo*

abandonó... Todo esto, añadido a los asuntos normales que se producían en el pueblo, te tenía bastante ocupado, ¿no? Demasiado ocupado para darte cuenta de lo que estaba sucediendo en tu propia casa. Una lástima que no prestaras atención. Si la hubieras prestado, tal vez los dos seguirían vivos aún. Esto es algo que tampoco deberías olvidar, de modo que seguiré recordándotelo... y recordándotelo... y recordándotelo. ¿De acuerdo? ¡De acuerdo!

El coche tenía en el lateral una rascada de un palmo de longitud, justo por encima del orificio del depósito de carburante. ¿Se la había hecho después de la muerte de Annie y Todd? No lograba recordarlo, y de todos modos no importaba mucho. Siguió el desperfecto con los dedos y se dijo de nuevo que debía llevar el vehículo a la Sunoco de Sonny para que se lo arreglara. Por otra parte, ¿para qué tomarse la molestia? ¿No sería mejor llevar el maldito coche a una tienda de Oxford y cambiarlo por otro más pequeño? El Ford familiar no había hecho muchos kilómetros y, probablemente, podría conseguir a cambio un vehículo bastante decente...

¡Pero Todd derramó el batido sobre el asiento delantero!, exclamó a gritos la vocecilla de su cabeza, indignada. ¡Lo hizo cuando aún estaba vivo, Alan, colega! Y Annie...

—¡Oh, calla ya!

Alan llegó al edificio y se detuvo. Aparcado junto a él, tan cerca que la puerta de la oficina le abollaría el lateral si se abría del todo, había un gran Cadillac Seville de color rojo. El comisario no tuvo necesidad de mirar las placas para saber qué matrícula llevaba el coche: KEETON 1. Pasó una mano sobre el suave asiento de cuero del vehículo y entró en el edificio.

2

Sheila Brigham se encontraba tras el cristal del mostrador de recepción, leyendo una revista y tomando un refresco. A excepción de ella y de Norris Ridgewick, el local donde tenía su sede el departamento de policía de Castle Rock estaba vacío.

Norris estaba sentado tras una vieja máquina de escribir eléctrica IBM, trabajando en un informe con la concentración agónica y sofocada que solo él era capaz de volcar en el papeleo. Miraba fijamente la máquina y luego, de pronto, se inclinaba hacia delante como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago y aporreaba las teclas en un acceso de actividad frenética. Permanecía en esta posición encogida el tiempo suficiente para leer lo que había escrito y después gruñía por lo bajo. A continuación, se escuchaba el sonido ¡clic-rap!, ¡cli-crap!, ¡clic-rap! de la cinta correctora de la IBM que el agente accionaba para enmendar algún error (utilizaba una cinta correctora a la semana, por término medio), y, finalmente, Norris se

enderezaba. Tras una pausa valorativa, el ciclo se iniciaba de nuevo. Al cabo de una hora dedicado a esta tarea, Norris se levantaba y dejaba el informe terminado en la cesta de ENTRADA de Sheila. Un par de veces por semana, esos informes incluso resultaban inteligibles.

Norris levantó la vista con una sonrisa mientras Alan cruzaba la pequeña zona de prevención.

—¡Eh, jefe! ¿Qué tal va?

—Bien. No tendré que volver a Portland hasta dentro de dos o tres semanas. ¿Ha habido algo importante por aquí?

—No. Lo de siempre. Oye, Alan, tienes los ojos rojos como mil diablos. ¿No habrás estado fumando otra vez esa... ese tabaco?

—¡Ja, ja! —replicó Alan secamente—. Me detuve a tomar unas copas con un par de policías y luego me he tragado cincuenta kilómetros viendo faros de frente. ¿Tienes por ahí una aspirina?

—Siempre —contestó Norris—. Ya lo sabes.

El último cajón del escritorio de Norris contenía su propia farmacia privada. Lo abrió, revolvió el interior, sacó una botella tamaño gigante de jarabe para la tos con sabor a fresa, miró la etiqueta durante unos instantes, volvió a dejarlo en el cajón y continuó revolviendo. Por fin, sacó un frasco de aspirinas de fórmula.

—Tengo un trabajillo para ti —dijo Alan, que había tomado el frasco y agitaba dos pastillas en la mano. Junto con ellas cayó un montón de polvo blanco, y se encontró preguntándose por qué las aspirinas de fórmula siempre producían más polvo que las de marca. Luego se preguntó si estaría perdiendo la razón.

—Mira, Alan, todavía me quedan por llenar dos de esos formularios E-Nueve y...

—Calma, Norris. —Alan se acercó a la máquina del agua y cogió un vaso de plástico del cilindro atornillado a la pared. Contempló las grandes burbujas, blub-blub-blub, del botellón mientras se llenaba el vaso—. Solo tienes que cruzar el vestíbulo y abrir la puerta por la que acabo de entrar. Tan sencillo que hasta un niño podría hacerlo, ¿verdad?

—¿Qué...?

—Pero no olvides llevar el bloc de denuncias —añadió Alan, y engulló las aspirinas.

Norris Ridgewick lo miró al instante con cautela.

—Tienes el tuyo ahí mismo, en el escritorio, junto al maletín.

—Ya lo sé. Y ahí se quedará, al menos por esta noche.

Norris lo miró largo rato.

—¿Buster? —preguntó finalmente.

Alan asintió.

—Buster. Ha aparcado de nuevo en el espacio reservado y la última vez que lo

hizo le dije que no volvería a advertirle.

El presidente del Consejo Municipal de Castle Rock, Danforth Keeton III, era apodado Buster por cuantos lo conocían, pero cualquier empleado del ayuntamiento que quisiera conservar su puesto tenía mucho cuidado en llamarlo Dan o señor Keeton cuando este andaba cerca. Solo Alan, que era un funcionario electo, se había atrevido a llamarlo Buster a la cara, y solo lo había hecho en dos ocasiones, ambas cuando estaba sumamente irritado. De todos modos, el comisario suponía que volvería a decírselo, pues Dan «Buster» Keeton era un tipo capaz de sacar de sus casillas a Alan Pangborn con mucha facilidad.

—¡Oh, vamos, Alan! —protestó Norris—. Hazlo tú mismo, ¿quieres?

—No puedo. Tengo la reunión de presupuestos con los administradores municipales la semana que viene.

—Buster ya me odia lo suficiente —apuntó Norris con cierto morbo—. Lo sé muy bien.

—Buster odia a todo el mundo, excepto a su esposa y a su madre —replicó Alan—, y no estoy muy seguro de que no odie también a su esposa. Pero lo que está claro es que ya le he avisado media docena de veces en lo que va de mes de que no dejara el coche en nuestro aparcamiento, que ya es demasiado pequeño para nosotros; a partir de ahora, le va a costar dinero.

—No; lo que va a costar es mi empleo. Me estás jugando una mala pasada, Alan. Lo digo en serio.

Norris Ridgewick parecía un anuncio viviente de *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*.

—Tranquilo —dijo Alan—. Tú le pones una multa de cinco dólares por estacionamiento indebido en el parabrisas. Buster viene a verme y, primero, me dice que te despida.

Norris emitió un gemido.

—Yo me niego. Entonces me dice que rompa la multa. Yo vuelvo a negarme. Luego, mañana a mediodía, cuando ya le he tenido rabiando el tiempo suficiente, cedo y me olvido de la multa. Y cuando acudo a la próxima reunión de presupuestos, Buster me debe un favor.

—Sí, pero... ¿y a mí? ¿Qué me debe a mí?

—Norris, todavía quieres un fusil con guía láser, ¿verdad?

—Bueno...

—¿Y qué me dices de un fax? Hace al menos dos años que estamos hablando de tener un fax.

¡Sí!, exclamó la vocecilla en su mente con fingido júbilo. *Empezasteis a hablar de ello cuando Annie y Todd aún estaban vivos, Alan. ¿Lo recuerdas? ¿Recuerdas cuando estaban vivos?*

—Supongo que sí. —Norris suspiró. Alargó la mano y recogió el bloc de denuncias con una expresión de tristeza y resignación marcada en el rostro.

—Buen chico —añadió Alan con una cordialidad que no sentía—. Estaré un rato en el despacho.

3

Cerró la puerta y marcó el número de Polly.

—¿Hola? —la oyó responder, y Alan supo de inmediato que no iba a hablarle de la depresión que se había adueñado de él de forma tan sutil y completa.

Aquella noche, Polly tenía sus propios problemas. Había bastado con aquella única palabra para que Alan se percatara de ello. La ele de «hola» había sonado ligeramente arrastrada, lo cual solo sucedía cuando Polly había tomado un Percodan, o tal vez más de uno, y solo los tomaba cuando el dolor era muy intenso. Aunque Polly nunca había llegado a comentarlo abiertamente, Alan tenía la impresión de que la mujer vivía aterrada ante la perspectiva de que, un día, el Percodan dejara de surtirle efecto.

—¿Qué tal estás, encanto? —preguntó, repantigándose en el asiento y llevándose una mano a los ojos. La aspirina tampoco parecía surtir demasiado efecto en su cabeza. Quizá debería pedir a Polly una de sus píldoras.

—Bien. Me encuentro bien. —Alan captó el cuidado con que hablaba la mujer, su modo de pasar de una palabra a la siguiente como si saltara de piedra en piedra para vadear un riachuelo—. ¿Y tú? Tienes voz de cansancio.

—Los abogados siempre me dejan así. —Alan abandonó la idea de ir a verla. Por supuesto, si se lo insinuaba, Polly aceptaría y se alegraría de verlo (casi tanto como él de verla a ella), pero la visita le produciría más tensión de la que necesitaba aquella noche—. Creo que iré a casa y me acostaré pronto. ¿Te importa si no paso a verte?

—No, cariño. En realidad, tal vez sea mejor que no vengas.

—¿Tan mal te encuentras?

—Me he encontrado peor —respondió ella con cautela.

—No es eso lo que te pregunto.

—No. No me encuentro demasiado mal.

Tu propia voz delata que estás mintiendo, querida mía, pensó Alan.

—Bien. ¿Qué hay de ese tratamiento de ultrasonidos que me comentaste? ¿Has sabido algo más?

—Bueno, sería estupendo si pudiera permitirme una estancia de un mes y medio en la clínica Mayo, pero es imposible. Y no me digas que puedo, Alan, porque estoy demasiado cansada para discusiones.

—Pensaba que habías dicho que en el hospital de Boston...

—El año que viene —lo interrumpió Polly—. Van a tener una unidad de terapia por ultrasonidos el año que viene. Tal vez.

Se produjo un instante de silencio, y Alan se dispuso a despedirse cuando la mujer volvió a hablar. Esta vez, su voz sonó un poco más animada.

—Esta mañana he pasado por la nueva tienda. Le pedí a Nettie que preparara un pastel y se lo llevé al dueño. Una extravagancia por mi parte, desde luego, porque las señoras no llevan pasteles a una inauguración. Es una norma prácticamente grabada en piedra.

—¿Qué tal es la tienda? ¿Qué vende ese hombre?

—Un poco de todo. Si me pusieras una pistola en la sien, diría que es una tienda de curiosidades y objetos de colección, pero en realidad desafía cualquier descripción. Tendrás que verlo con tus propios ojos.

—¿Has conocido al dueño?

—Sí. Es el señor Leland Gaunt, de Akron, Ohio —respondió Polly, y Alan captó en ese instante un asomo de sonrisa en su voz—. Y será el centro de atención de las mujeres bien de Castle Rock este año; al menos, esa es mi predicción.

—Y a ti, ¿qué impresión te ha dado?

Cuando Polly volvió a hablar, la sonrisa de sus labios se hizo aún más patente en la voz.

—Bueno, Alan, para serte franca... Yo estoy enamorada de ti y espero que tú lo estés de mí, pero...

—Desde luego —dijo Alan. El dolor de cabeza estaba remitiendo un poco y pensó que tal vez la aspirina de Norris Ridgewick estaba obrando su pequeño milagro.

—... pero ese hombre ha hecho que el corazón se me acelere. Y deberías haber visto a Rosalie y Nettie cuando han vuelto de hablar con él...

—¿Nettie? —Alan quitó los pies de encima del escritorio y se sentó muy erguido—. ¡Pero si Nettie se asusta hasta de su sombra!

—Sí, pero... Ya sabes que la pobre es incapaz de ir sola a ninguna parte, pero al ver que Rosalie la había convencido para que la acompañase a la tienda, cuando he llegado a casa esta tarde le he preguntado qué le había parecido el señor Gaunt. Créeme, Alan, que sus viejos ojillos nublados se han iluminado al escuchar el nombre. «¡Tiene cristales de colores!, me ha dicho. ¡Piezas de cristal emplomado muy bonitas! ¡Incluso me ha invitado a volver mañana y mirar unas cuantas más!» Creo que es la parrafada más larga que me ha dirigido Nettie en casi cuatro años. Entonces, le he dicho: «¡Caramba, es muy amable por su parte!», y Nettie ha añadido: «Sí, ¿y sabes una cosa?». Naturalmente, le he preguntado de qué se trataba y ella me ha contestado: «¡Me parece que iré!».

Alan soltó una carcajada sonora y sincera.

—¡Si hasta Nettie quiere encontrarse con él sin la compañía de una carabina, quiero conocer a ese hombre enseguida! ¡Tiene que ser un auténtico mago de la seducción!

—Bueno, resulta curioso... No es guapo, al menos al estilo de las estrellas de cine, pero tiene unos ojos color avellana divinos que le iluminan todo el rostro.

—Cuidado, encanto —gruñó Alan—. Empiezo a notar un hormigueo de celos.

Polly soltó una risilla.

—Creo que no tienes de qué preocuparte. Pero hay aún otra cosa.

—¿De qué se trata?

—Rosalie me ha dicho que Wilma Jerzyck entró en la tienda mientras estaba allí Nettie.

—¿Sucedió algo? ¿Se cruzaron alguna palabra?

—No. Nettie miró a Wilma y esta le dedicó una mueca de desprecio, según me contó Rosalie; luego Nettie salió de la tienda a toda prisa. ¿Te ha llamado Wilma Jerzyck últimamente para quejarse del perro de Nettie?

—No —contestó Alan—. No hay razón para que lo haga. Durante el último mes y medio he pasado media docena de veces por delante de la casa de Nettie después de las diez y el perro ya no ladra. Era cosa de cachorros, Polly. Ahora el animal ya ha crecido un poco y tiene una buena dueña. Nettie quizá no esté muy bien de la cabeza, pero ha educado como es debido a su perro... ¿Cómo lo llama?

—Raider.

—En fin, que Wilma Jerzyck tendrá que buscar otra excusa para quejarse, porque Raider está libre de culpas. Ya encontrará algo, supongo, porque las mujeres como ella siempre lo encuentran. En el fondo, el problema no ha sido en ningún momento el perro; Wilma era la única en el vecindario que se quejaba de él. No; el problema era Nettie. La gente como Wilma tiene buen olfato para la debilidad. Y Nettie Cobb da mucho que olfatear, en ese aspecto.

—Sí. —La voz de Polly sonó triste y pensativa—. ¿Sabes que Wilma la llamó una noche y le dijo que, si no hacía callar al perro, iría a su casa y cortaría el cuello al animal?

—Bueno, sé que Nettie te lo dijo —replicó Alan con voz pausada—. Pero también sé que Wilma le da muchísimo miedo a Nettie y que esta ha tenido... problemas. No digo que Wilma Jerzyck no sea capaz de hacer una llamada así, porque mentiría. Pero también es posible que solo fueran imaginaciones de Nettie.

Que Nettie había tenido problemas era decir muy poco, pero no había necesidad de extenderse; los dos sabían a qué se refería. Después de años de infierno casada con un bruto que abusaba de ella de todas las maneras que un hombre puede abusar de una mujer, Nettie Cobb le había atravesado el cuello con un tenedor de carne

mientras dormía. Nettie había pasado cinco años internada en Juniper Hill, una institución mental cerca de Augusta. La mujer había empezado a trabajar para Polly como parte de un programa de terapia ocupacional. En opinión de Alan, no podía haber caído en mejor compañía, y la constante mejoría de su estado así lo confirmaba. Hacía dos años, Nettie se había trasladado a su propia casa de Ford Street, a seis manzanas del centro del pueblo.

—Nettie tuvo problemas, es cierto —respondió Polly—, pero su reacción ante el señor Gaunt fue realmente asombrosa, de una dulzura increíble.

—Tengo que ver a ese tipo con mis propios ojos —comentó Alan.

—Cuéntame qué te parece. Y fíjate en esos ojos color avellana.

—Dudo que me susciten la misma reacción que parecen haber causado en ti —respondió Alan secamente. Ella volvió a reírse, pero esta vez a Alan le pareció que su risa era ligeramente forzada—. Ahora, intenta dormir un poco.

—Lo haré. Gracias por llamar, Alan.

—De nada. —Hizo una pausa—. Te quiero, cariño.

—Gracias, Alan... Yo también te quiero. Buenas noches.

—Buenas noches.

El comisario colgó el teléfono, dobló el mástil flexible de la lámpara del escritorio para enfocar la luz en la pared, puso los pies sobre la mesa y juntó las manos delante del foco, como si rezara. Luego extendió los dos índices. En la pared apareció la sombra de un conejo con las orejas levantadas. Alan deslizó los pulgares entre los dedos extendidos y el conejo movió el hocico. Alan hizo que el conejo avanzara a saltos a través de la zona iluminada de la pared. La figura que retrocedió por ella pesadamente era un elefante que balanceaba la trompa. Alan movía las manos con una destreza casi sobrenatural. Apenas se daba cuenta de los animales que iba creando; aquella era una vieja costumbre del comisario. Su manera de mirarse la punta de la nariz y decir «Om».

Pensaba en Polly; en ella y sus pobres manos. ¿Qué podía hacer por Polly?

Si hubiera sido un mero asunto de dinero, la habría hecho internar en una habitación de la clínica Mayo sin más demora: firmada, sellada y embalada. La habría obligado a ello aunque hubiese tenido que ponerle una camisa de fuerza y atiborrarla de sedantes para conseguir que abandonara el pueblo.

Pero no era solo cuestión de dinero. El tratamiento de la artritis degenerativa por ultrasonidos estaba en pañales. Con el tiempo, demostraría ser tan eficaz como la vacuna de Salk o tan espurio como la ciencia de la frenología. En cualquier caso, no era aún momento de intentarlo, pues había mil probabilidades contra una de que resultara un pozo seco. No era la pérdida en dinero lo que le preocupaba, sino el golpe para las esperanzas de Polly.

Un cuervo, tan estilizado y natural como el de un dibujo animado de Disney,

revoloteó lentamente a través del certificado de graduación de la Academia de Policía de Albany, enmarcado en la pared. Sus alas se alargaron y el animal se convirtió en un pterodáctilo prehistórico, con una cabeza triangular ladeada, que planeó hacia los cajones del archivador hasta salir de la zona iluminada por el foco.

Se abrió la puerta. Norris Ridgewick asomó por ella su afligido rostro de basset.

—Ya está, Alan —anunció con la voz de un hombre que confiesa el asesinato de varios niños.

—Bien, Norris. Verás cómo no te salpica la mierda de este asunto. Te lo prometo.

Norris lo observó un momento más con sus ojos llorosos y asintió con gesto dubitativo. Dirigió una mirada a la pared y dijo:

—Haz a Buster, Alan.

El comisario sonrió, movió la cabeza en un gesto de negativa y alargó la mano hacia la lámpara.

—Vamos, Alan —insistió Norris—. Le acabo de poner una maldita multa y me lo merezco. Haz a Buster, por favor. Me mata de risa.

Alan miró detrás de Norris, no vio a nadie y juntó las manos. En la pared, la sombra de un hombre gordo avanzó con su vientre prominente por la zona bañada por la luz. La sombra se detuvo un momento para levantarse los pantalones por detrás y luego continuó su avance, volviendo truculentamente la cabeza a un lado y a otro.

La risa de Norris resonó, estentórea y feliz como la de un niño. Por un instante, Alan se acordó forzosamente de Todd, pero apartó de su mente el recuerdo. ¡Por Dios, ya tenía suficiente por esa noche!

—¡Me muero de risa! —repitió Norris entre carcajadas—. Has nacido demasiado tarde, Alan... ¡Te habrías hecho famoso en *El show de Ed Sullivan*!

—Vamos, lárgate ya —replicó Alan.

Sin dejar de reírse, Norris cerró la puerta.

Alan hizo caminar por la pared a un Norris flaco y nada pomposo; después desconectó la lámpara y sacó una sobada libreta de notas del bolsillo posterior. Pasó las hojas hasta encontrar una en blanco y escribió: «Cosas Necesarias». Debajo, garabateó: «Leland Gaunt, Cleveland, Ohio». ¿Era aquello? No. Tachó «Cleveland» y escribió «Akron». Tal vez estaba perdiendo el juicio de verdad, pensó. En una tercera línea, añadió: «Comprobar».

Volvió a guardar el bloc de notas, pensó en marcharse a casa pero, en lugar de ello, encendió la lámpara otra vez. Pronto, el desfile de sombras chinescas cruzaba de nuevo la pared iluminada: leones, tigres y osos...

Como la niebla de Sandburg, la depresión volvió a acecharlo con sus pisadas felinas. De nuevo, la voz empezó a hablarle de Annie y de Todd. Al cabo de un rato Alan Pangborn comenzó a prestarle atención. Lo hizo contra su voluntad... pero con creciente concentración.

Polly estaba en la cama y, cuando terminó de hablar con Alan, se volvió sobre el costado izquierdo para colgar el teléfono. El auricular le resbaló de la mano y cayó al suelo. El pie del aparato se deslizó lentamente por la mesilla de noche, con el evidente propósito de reunirse con su otra mitad. Polly alargó la mano pero sus dedos chocaron con el canto de la mesa. Una monstruosa punzada de dolor atravesó la fina red que había extendido el calmante sobre sus nervios y le recorrió el brazo hasta el hombro. Tuvo que morderse los labios para reprimir un grito.

El pie del teléfono resbaló del borde de la mesilla y se estrelló contra el suelo con un único ¡cling! del timbre de su interior. Polly escuchó el zumbido monocorde e irritante de la señal de línea ascendiendo hacia ella. Sonaba como un enjambre de insectos retransmitido por onda corta.

Pensó en recoger el teléfono con las manos contraídas que ahora tenía apretadas contra el pecho; para hacerlo no podría cogerlo —en aquel momento, habría sido incapaz de mover los dedos— si no apretándolo, como si tocara un acordeón. De pronto, todo aquello fue demasiado, incluso algo tan simple como recoger un teléfono caído en el suelo fue demasiado, y Polly se echó a llorar.

El dolor volvía a estar completamente vivo, vivo y rabioso, convirtiendo sus manos —sobre todo la que se había golpeado— en simas de dolor. Permaneció acostada, contemplando el techo con los ojos anegados en lágrimas, y continuó llorando.

¡Oh, daría lo que fuese por librarme de esto! Daría lo que fuese, cualquier cosa, cualquiera...

A las diez de la noche de un día laborable de otoño, la calle principal de Castle Rock estaba tan herméticamente cerrada como una caja de caudales. Las farolas de Main Street proyectaban círculos de luz blanca en la acera y sobre las fachadas de los edificios comerciales, en perspectiva de disminución, dando al centro urbano el aspecto de un decorado desierto. Allí, uno podía pensar que no tardaría en aparecer una figura solitaria vestida de frac y con sombrero de copa —Fred Astaire, o tal vez Gene Kelly—, desplazándose con pasos de baile de un charco de luz al siguiente y cantando sobre lo solo que podía sentirse un chico cuando su amada le había dado calabazas y todos los bares estaban cerrados. Luego, por el otro extremo de Main Street, aparecería otra figura —Ginger Rogers, o tal vez Cyd Charisse— vestida con

un traje de noche, que se acercaría bailando hacia Fred (o Gene) y cantaría sobre lo sola que se puede sentir una chica cuando su novio la había plantado. Entonces, los dos se verían, harían una artística pausa y se pondrían a bailar delante del banco, o quizá frente a la puerta de Coser y Cantar.

Pero quien apareció en la calle fue Hugh Priest.

Hugh no se parecía en nada a Fred Astaire o a Gene Kelly, no había ninguna chica que avanzara desde el otro extremo de la calle hacia un imprevisto encuentro romántico con él y, definitivamente, no era un buen bailarín. Sí era, en cambio, un buen bebedor, y eso era lo que había estado haciendo en El Tigre Achispado desde las cuatro de la tarde: tomar una copa tras otra. A aquellas alturas de la fiesta, el mero hecho de caminar sin caerse ya era una hazaña para él, y no cabía ni imaginar que pudiera improvisar unos pasos de danza. Avanzaba lentamente, pasando de un charco de luz al siguiente mientras su sombra corría, altísima, por las fachadas de la barbería, de la Western Auto y de la tienda de alquiler de vídeos. Caminaba en un ligero zigzag, con los ojos enrojecidos fijos en lo que tenía delante de su barriga prominente, que formaba una curva uniforme de grandes dimensiones bajo la sudada camiseta azul de manga corta (en cuya parte delantera llevaba el dibujo de un mosquito enorme sobre la leyenda AVE DEL ESTADO DE MAINE).

El camión volquete del servicio de Obras Públicas de Castle Rock que conducía Hugh estaba aparcado todavía en el solar detrás del bar. Hugh Priest era el nada glorioso poseedor de varias condenas por conducir bajo los efectos del alcohol, y, después de la última —que había significado la suspensión del permiso de conducir por seis meses—, aquel cerdo de Keeton, y sus cerdos colaboradores Fullerton y Samuels, y el muy mamón de Williams, le habían dejado muy claro que habían llegado al límite de su paciencia. La siguiente condena significaría, probablemente, la pérdida definitiva del carnet y, con toda certeza, la de su empleo.

La amenaza no había hecho que Hugh dejara de beber —no había en la tierra poder capaz de lograrlo—, pero al menos lo había impulsado a tomar una firme resolución: se acabó el conducir bebido. Tenía cincuenta y un años y era un poco tarde para andar cambiando de trabajo, sobre todo cuando tenía una larga serie de informes de ir al volante con unas cuantas copas de más que lo seguía como una lata atada al rabo de un perro.

Esa era la razón de que aquella noche volviera a casa caminando. Y el camino era jodidamente largo. Y había cierto empleado del servicio de Obras Públicas que, por la mañana, debería tener una buena explicación, a menos que quisiera volver a casa con unos cuantos dientes menos de los que tenía al llegar al trabajo. Mientras pasaba ante la cafetería de Nan, empezó a caer una ligera llovizna, que no contribuyó a mejorar su humor.

Había preguntado a Bobby, quien todas las tardes pasaba junto a la casa de Hugh

camino de la suya, si se dejaría caer por El Tigre para tomar unas copas. «¡Pues claro, Hubert...!», le había dicho Bobby. Dugas siempre lo llamaba Hubert, que ni siquiera era su jodido nombre, y eso también iba a cambiar sin tardanza; de eso, podía estar seguro todo el mundo. «¡Pues claro, Hubert! Estaré ahí más o menos a las siete, como siempre.»

Así que, confiado en que le llevarían si se ponía un poco demasiado ebrio para conducir, había detenido el camión detrás del local hacia las cuatro menos cinco (había dado por terminada la jornada un poco pronto, casi hora y media antes de tiempo, de hecho, pero ¡qué diablos!, Deke Bradford no estaba) y había entrado en el local. Y, al dar las siete, ¿qué había sucedido? ¡Que Bobby Dugas no se había presentado! ¡Mierda! Y cuando se hicieron las ocho, y las nueve, y las nueve y media, ¿qué diríais que pasó? ¡Que las cosas siguieron igual, maldita fuera!

A las diez menos veinte, Henry Beaufort, el propietario y camarero de El Tigre Achispado, invitó a Hugh a cerrar la puerta por fuera, a ponerse alas y salir volando, a tocar retreta; en otras palabras, a largarse de una vez. Hugh se enfureció. Era cierto que le había dado un puntapié a la máquina, pero el maldito disco de Rodney Crowell había vuelto a atascarse.

—¿Qué querías que hiciera, quedarme aquí sentado escuchándolo? —había preguntado a Henry—. Tendrías que quitar ese disco de la máquina, y ya está. Ese tipo suena como si estuviera en pleno ataque epiléptico.

—Veo que todavía no has tomado suficiente —replicó a esto el dueño del local—, pero te aseguro que aquí ya has bebido bastante. El resto tendrás que sacarlo del frigorífico de tu casa.

—¿Y si me niego a irme? —lo desafió Hugh.

—Entonces, llamaré al comisario Pangborn.

Los demás clientes del bar, que no eran muchos a aquellas horas de la noche en un día entre semana, contemplaron el intercambio de palabras con interés. Todo el mundo procuraba tratar bien a Hugh Priest, sobre todo cuando había tomado unas copas de más, pero Hugh nunca ganaría el concurso de Tipo Más Popular de Castle Rock.

—No me gustaría hacerlo —continuó Henry—, pero le llamaré, Hugh. Estoy harto que des golpes a la máquina.

Hugh estuvo a punto de replicar: «Entonces, supongo que tendré que dártelos a ti, gabacho hijo de puta». Luego imaginó a aquel cerdo grasiento de Keeton entregándole la carta de despido por pelearse en el bar del pueblo. Naturalmente, si la carta llegaba de verdad, lo haría por correo. Siempre sucedía así; los cerdos como Keeton no se ensuciaban nunca las manos (ni corrían el riesgo de que les hincharan los morros) comunicándolo personalmente, pero era conveniente pensar que sí. Era una idea que le servía para contenerse un poco. Además, en su casa tenía, en efecto,

un par de cartones de seis latas de cerveza, uno en el frigorífico y otro en el cobertizo.

—Está bien —dijo—. De todos modos, esto ya me aburre. Dame las llaves.

Había entregado a Henry las llaves, como precaución, cuando se había sentado ante la barra hacía seis horas y dieciocho cervezas.

—No.

Henry se secó las manos en una toalla y miró a Hugh sin pestañear.

—¿No? ¿Qué diablos significa «no»?

—Significa que estás demasiado borracho para conducir. Mañana por la mañana, cuando despiertes, te darás cuenta de ello igual que yo lo veo ahora.

—Escucha —replicó Hugh en tono paciente—. Cuando te di las condenadas llaves, pensaba que iban a llevarme a casa. Bobby Dugas me dijo que vendría a tomar unas cervezas. No tengo la culpa de que ese cabrón no haya aparecido.

—Lo siento mucho... —Henry suspiró—. Pero eso no es asunto mío. Si atropellaras a alguien, podrían llevarme a juicio. No sé si eso te importa poco ni mucho, pero a mí sí. Tengo que proteger mi pellejo, amigo. En este mundo, nadie se ocupa de eso por uno.

Hugh experimentó una oleada de resentimiento, autocompasión y una extraña e incipiente animosidad que ascendía hasta la superficie de su mente como un líquido nauseabundo que rezumara de un bidón de residuos tóxicos enterrado mucho tiempo atrás. Miró las llaves, colgadas tras la barra junto a la placa que decía SI NO LE GUSTA NUESTRO PUEBLO, CONSULTE EL HORARIO DE AUTOBUSES, y volvió de nuevo la vista hacia Henry. Alarmado, se descubrió al borde de las lágrimas.

Echó un vistazo a los contados parroquianos que todavía seguían en el local y preguntó:

—¡Eh!, ¿alguno de vosotros va hacia Castle Hill?

Los clientes bajaron la vista a las mesas y permanecieron callados. Un par de ellos hicieron crujir los nudillos. Charlie Fortin se escabulló hacia el lavabo con esmerada lentitud. Nadie contestó.

—¿Lo ves? ¡Vamos, Henry, dame las llaves!

Henry movió la cabeza de un lado a otro con solemne determinación.

—Si quieres volver alguna vez por aquí a tomar una copa, tendrás que irte a casa dando un paseo.

—¡Está bien, lo haré! —exclamó Hugh. Su voz fue la de un chiquillo enfurruñado, al borde de una rabieta.

Atravesó el bar con la cabeza gacha y los puños apretados y tensos. Esperó que alguien se echara a reír. Casi deseó que alguien lo hiciera. Si se atrevían a reírse, haría una buena limpieza... y al diablo con el empleo. Pero el local permaneció en silencio, salvo la voz quejumbrosa de Reba McEntire cantando algo sobre Alabama.

—¡Vuelve mañana a por las llaves! —dijo Henry a su espalda.

Hugh no replicó. Al pasar junto a la maldita máquina de discos de Henry Beaufort, le costó un gran esfuerzo contener las ganas de propinarle una patada con sus reforzadas botas amarillas de trabajo. Después, sin levantar la cabeza, salió a la oscuridad de la calle.

7

La tenue llovizna había arreciado un poco y Hugh calculó que para cuando llegara a su casa ya se habría convertido en un auténtico chaparrón. Así era su perra suerte. Continuó caminando más recto, sin tanto zigzag como antes (el aire nocturno le ayudaba a despejarse) y volviendo la vista a un lado y a otro con gesto nervioso. Se sentía inquieto y habría deseado que pasara alguien y le diera conversación. Incluso un poco de conversación le serviría, esa noche. Pensó por un instante en el chico que había aparecido delante de su camión el día anterior por la tarde y, malhumorado, deseó haber arrollado al chiquillo, haberlo arrastrado por toda la calle. No habría sido culpa suya, de ninguna manera. En sus tiempos, los chicos sabían mirar por dónde iban.

Pasó junto al solar donde se había levantado el Emporium Galorium, junto a Coser y Cantar, junto a la tienda de maquinaria... y luego se encontró a la altura de Cosas Necesarias. Echó un vistazo al escaparate, volvió a mirar hacia Main Street (solo le quedaban un par de kilómetros; a lo mejor conseguiría llegar antes de que empezara a llover en serio) y, entonces, se detuvo de pronto.

Sus pies lo habían llevado más allá de la nueva tienda y tuvo que retroceder. En lo alto del escaparate había una única luz que difundía su suave fulgor sobre los tres objetos allí colocados. La luz también se derramó sobre su rostro, alumbrando en él una asombrosa transformación. De pronto, Hugh pareció un niño cansado que debería llevar horas acostado, un chiquillo que acabara de ver el regalo que deseaba en Navidad, el que tenía que recibir por Navidad porque nada en el mundo podría sustituirlo. El objeto central del escaparate estaba flanqueado por dos jarrones estriados (de aquel cristal emplomado que tanto apreciaba Nettie Cobb. Pero Hugh ignoraba aquel detalle aunque, de haberlo sabido, le habría dejado igualmente indiferente).

Era una cola de zorro.

De pronto, estaba otra vez en 1955, acababa de obtener el permiso de conducir y se dirigía al partido del Campeonato Escolar de Maine Occidental —Castle Rock contra Greenspark— en el Ford del 53 descapotable de su padre.

Era un día de noviembre inusualmente cálido, lo suficiente para quitar el capó de lona y guardarlo (sobre todo, para un grupo de chicos de sangre caliente dispuestos,

deseosos y capaces de armar una buena juerga), y en el coche viajaban seis. Peter Doyon había traído una botella de whisky Log Cabin, en la radio sonaba Perry Como, Hugh Priest iba sentado tras el volante blanco y en el extremo de la antena del coche ondeaba una larga y elegante cola de zorro, idéntica a la que ahora veía en el escaparate de la tienda.

Recordó haber alzado la vista a la cola de zorro que se agitaba al viento y haber pensado que, cuando tuviera su propio descapotable, pondría una igual.

También recordó haber rechazado la botella cuando le había llegado la ronda. Estaba conduciendo y, cuando uno llevaba un coche, no bebía; porque era responsable de la vida de otros. Y recordó otra cosa: la certeza de estar viviendo la mejor hora del mejor día de su vida.

El recuerdo le sorprendió y le dolió por su nitidez y por las evocaciones sensoriales tan completas: el aroma humoso del follaje, cuyo colorido era como el de un incendio; el sol de noviembre reflejado con un parpadeo en los reflectores del guardarraíl... Y allí, mientras contemplaba la cola de zorro en el escaparate de Cosas Necesarias, cayó de improviso en la cuenta de que, efectivamente, aquel había sido el día más feliz de su vida, uno de los últimos antes de que la bebida lo atrapara sin remedio con su abrazo elástico y dúctil y lo transformara en una penosa parodia de rey Midas: todo lo que había tocado desde entonces parecía haberse convertido en mierda.

De pronto, le asaltó un pensamiento: Puedo cambiar.

La idea tenía también aquella asombrosa nitidez.

Podría volver a empezar.

¿Eran posibles tales cosas?

Sí, creo que a veces lo son. Podría comprar esa cola de zorro y atarla a la antena del Buick.

Se reirían, seguro. La gente se reiría.

¿Qué gente? ¿Henry Beaufort? ¿Ese desgraciado de Bobby Dugas? ¿Y qué? Que se jodan. Compraría esa cola de zorro, la ataría a la antena y me largaría a...

¿Largarse? ¿Adónde?

Bueno, ¿qué tal a esa reunión de Alcohólicos Anónimos del jueves por la noche en Greenspark, para empezar?

Por un momento, la posibilidad lo dejó desconcertado y ansioso, igual que se puede sentir un preso condenado a una larga pena al ver que un carcelero descuidado se deja la llave maestra en la cerradura de la celda. Por un momento, se vio a sí mismo haciéndolo, acumulando fichas blancas, luego rojas, luego azules, manteniéndose sobrio día a día y mes a mes. Se acabó El Tigre Achispado. Una lástima, pero se acabaron también los terrores a que el día de la paga encontrara en el sobre un volante rosa de despido junto con el cheque, y eso estaba mucho mejor.

En aquel instante, mientras contemplaba la cola de zorro en el escaparate de Cosas Necesarias, Hugh vislumbró un futuro. Por primera vez en años, entrevió un futuro, y aquel hermoso rabo de zorro de pelaje anaranjado con la punta blanca flotaba en él como un estandarte de batalla.

Después, la realidad volvió a atenazarlo, y la realidad olía a lluvia y a ropa húmeda y sucia. Para él no habría cola de zorro, ni reuniones de Alcohólicos Anónimos, ni fichas, ni futuro.

Tenía cincuenta y un años y eran demasiados para andarse con sueños acerca del futuro. A los cincuenta y uno, había que seguir corriendo para, simplemente, escapar del alud de su propio pasado.

De todos modos, si hubiese pasado en otro momento, cuando la tienda estuviera abierta, habría entrado a echar un vistazo. Desde luego que lo habría hecho. Habría entrado, imponente y amenazador como una porra de policía, y habría preguntado cuánto costaba la cola de zorro del escaparate. Pero eran las diez de la noche, las tiendas estaban tan cerradas como el cinturón de castidad de una mujer frígida y al día siguiente, cuando se levantara por la mañana sintiéndose como si alguien le hubiera clavado un punzón para el hielo entre los ojos, habría olvidado por completo la encantadora cola de zorro con su vibrante color rojizo.

Sin embargo, se quedó allí un momento más, pasando los dedos sucios y encallecidos por el cristal como un chiquillo ante el escaparate de una juguetería. Una pequeña sonrisa asomaba en las comisuras de sus labios. Era una sonrisa apacible, que parecía fuera de lugar en el rostro de Hugh Priest. A continuación, en algún lugar cerca de Castle View, un coche hizo marcha atrás varias veces, con un petardeo seco como una ráfaga de fusil en el aire lluvioso, y Hugh volvió en sí, sobresaltado.

¡Maldita sea! ¿En qué diablos estás pensando?

Se apartó del escaparate y volvió el rostro en dirección a su casa, si podía llamarse así la cabaña de dos habitaciones con el cobertizo adosado donde vivía. Al pasar bajo el toldo, miró hacia la puerta y se detuvo otra vez.

El rótulo, por supuesto, decía

ABIERTO.

Como en un sueño, Hugh alargó la mano y probó el tirador. Este cedió bajo sus dedos. Sobre la puerta tintineó una campanilla de plata. El sonido parecía surgir de una distancia imposible.

En medio de la tienda había un hombre que pasaba un plumero por la tapa de una vitrina, tarareando una tonada. Cuando la campanilla sonó, el hombre se volvió hacia Hugh. No parecía sorprendido en absoluto de ver a alguien en la puerta de la tienda a las diez y diez de la noche de un miércoles. Lo único del hombre que llamó la atención de Hugh en aquel confuso momento fueron sus ojos, negros como los de un

indio.

—Se ha olvidado de darle la vuelta al cartel, amigo —se oyó decir a sí mismo.

—No, no —respondió el hombre con voz cortés—. Me temo que no duermo demasiado bien y algunas noches tengo el capricho de abrir hasta tarde. Nunca se sabe cuándo puede pararse ante la tienda alguien como usted... y encapricharse de algo. ¿Le apetece entrar a echar un vistazo?

Hugh Priest entró y cerró la puerta a sus espaldas.

7

—He visto una cola de zorro... —empezó a decir Hugh, pero tuvo que detenerse, carraspear y comenzar de nuevo, pues sus palabras habían salido en un balbuceo ronco e ininteligible—. He visto una cola de zorro en el escaparate.

—Sí —respondió el dueño de la tienda—. Hermosa, ¿verdad?

El hombre sostenía el plumero del polvo delante de sí y sus ojos negros como los de un indio contemplaron interesados a Hugh por encima del manojo de plumas, que ocultaba la mitad inferior de su rostro. Hugh no podía ver la boca del tipo, pero tuvo la certeza de que estaba sonriendo. Normalmente, se sentía incómodo cuando la gente le sonreía; sobre todo los desconocidos. Le hacía sentirse con ganas de pelea. En cambio, en aquel momento, la sonrisa del tipo no parecía importarle en absoluto. Tal vez porque aún estaba medio borracho.

—Muy hermosa, sí señor —asintió—. Mi padre tenía un descapotable con una cola de zorro igual que esa atada en la antena de la radio, cuando yo era joven. En este pueblo de mala muerte hay mucha gente que debe de creer imposible que alguna vez fuera joven, pero lo fui. Como todo el mundo.

—Por supuesto.

Los ojos del dueño de la tienda permanecieron fijos en los de Hugh, y empezó a suceder algo extrañísimo: aquellos ojos dieron la impresión de crecer. Hugh se sentía incapaz de apartar la vista de ellos. El contacto visual excesivamente directo era otra de las cosas que, por lo general, le provocaba ganas de pelea, pero también eso le parecía perfectamente normal aquella noche.

—Entonces pensaba que una cola de zorro era lo más cojonudo del mundo.

—Por supuesto.

—Cojonudo..., esta es la palabra que usábamos entonces. Nada de «guay» y toda esa mierda. O «chachi»... No tengo la más puñetera idea de qué narices es eso, ¿y usted?

Pero el propietario de Cosas Necesarias permaneció callado, inmóvil, observando a Hugh Priest con sus ojos indios por encima del follaje de su plumero.

—En cualquier caso, me gustaría comprarla. ¿Está en venta?

—Por supuesto —dijo Leland Gaunt por tercera vez.

Hugh se sintió aliviado y rebosante de una repentina felicidad. De pronto, le asaltó la certeza de que todo iba a salir bien. Todo. Era una absoluta locura, puesto que debía dinero a prácticamente todo el vecindario de Castle Rock y de los tres pueblos de los alrededores, había estado al mismísimo borde de perder el empleo durante los últimos seis meses y su Buick seguía funcionando de puro milagro..., pero, al mismo tiempo, era una sensación innegable.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó. De pronto, dudó si tendría suficiente para comprar aquella preciosidad y experimentó una punzada de pánico. ¿Y si no estaba al alcance de su bolsillo? Peor aún, ¿y si conseguía de algún modo reunir el dinero el día siguiente, o el otro, y luego resultaba que el tipo ya la había vendido?

—Bueno, eso depende.

—¿Depende? ¿De qué?

—De cuánto estés dispuesto a pagar —respondió Gaunt tuteándole.

Como si estuviera en un sueño, Hugh sacó el billetero del bolsillo posterior del pantalón.

—Guarda eso, Hugh.

¿Hugh? ¿Cuándo le he dicho mi nombre? No consiguió recordar que lo hubiera hecho, pero obedeció y guardó el billetero.

—Vacía los bolsillos. Aquí mismo, encima de esta vitrina.

Hugh vació sus bolsillos. Sacó una navajita, un paquete de cigarrillos, el encendedor Zippo y aproximadamente un dólar y medio en monedas salpicadas de hebras de tabaco, y lo dejó todo donde le había indicado. Las monedas tintinearón sobre el cristal.

El dueño de la tienda se inclinó hacia delante y estudió el pequeño montón.

—Parece suficiente —comentó, y pasó el plumero sobre el puñado de objetos. Cuando lo apartó de nuevo, la navaja, el encendedor y el tabaco seguían allí. Las monedas habían desaparecido.

Hugh observó todo aquello sin la menor sorpresa. Permaneció callado e inmóvil como un juguete sin pilas mientras el dueño de la tienda se acercaba al escaparate y volvía con la cola de zorro.

Después la dejó sobre la tapa de la vitrina, junto al disminuido montón de objetos diversos que Hugh había sacado de sus bolsillos.

Con un gesto lento, Hugh alargó una mano y acarició la piel. Tenía un tacto fresco y exquisito, y crepitaba de electricidad estática. Pasar la mano por ella era como acariciar una noche serena de otoño.

—¿Bonita?

—Preciosa —asintió Hugh con aire distraído, e hizo ademán de coger la cola de

zorro.

—No hagas eso —le ordenó el dueño de la tienda, y Hugh retiró la mano al instante, dirigiendo a Gaunt una mirada tan dolida que casi daba lástima—. Todavía no hemos terminado de discutir el precio.

—Es cierto —asintió Hugh. Estoy hipnotizado, pensó. ¡Que me cuelguen si este tipo no me ha hipnotizado! Pero no le importaba. En realidad, incluso resultaba... agradable.

Volvió a echar mano al billeteiro, con movimientos lentos como los de un hombre bajo el agua.

—Deja eso en paz, estúpido —masculló el señor Gaunt en tono impaciente, al tiempo que dejaba a un lado el plumero del polvo.

Hugh dejó caer de nuevo la mano al costado.

—¿Por qué será que tanta gente cree que todas las respuestas están en el billeteiro? —preguntó Gaunt con aire irritado.

—No lo sé —respondió Hugh. Jamás hasta entonces había pensado en ello—. Realmente, parece una tontería.

—¿Una tontería? ¡Mucho peor! —replicó Gaunt. Su voz había adoptado la cadencia regañona, ligeramente desigual, de quien está muy cansado o muy enfadado. Cansado lo estaba; había sido un día largo y agotador. Había conseguido mucho, pero el trabajo apenas había empezado—. ¡Es mucho peor! ¡Es una estupidez criminal! ¿Sabes una cosa, Hugh? El mundo está lleno de gente que no entiende que todo, todo, está en venta..., si se está dispuesto a pagar el precio correspondiente. La gente se limita a aparentar que está de acuerdo con este principio, eso es todo, y a hacer ostentación de su sano cinismo. Pero solo lo dice de boquilla, sin tomarlo en serio. ¡Esas declaraciones son basura! ¡Absoluta... basura!

—Basura —asintió Hugh mecánicamente.

—Para las cosas que la gente necesita de verdad, Hugh, el billeteiro no es la respuesta. La cartera más repleta de este pueblo no vale el sudor del sobaco de un trabajador. ¡Absoluta basura! ¡Y las almas! ¡Si tuviera una moneda por cada ocasión que he oído a alguien decir: «Vendería mi alma por tal cosa o tal otra», te aseguro que podría comprarme el Empire State! —Desde su gran estatura, Gaunt se inclinó aún más hacia Hugh y echó los labios hacia atrás, dejando al descubierto su dentadura desigual en una enorme sonrisa malsana—. Dime, Hugh, ¿para qué, en nombre de todos los bichos que se arrastran bajo la tierra, iba yo a querer tu alma?

—Probablemente, para nada. —A Hugh le pareció que su voz sonaba muy lejana, como si surgiera del fondo de una cueva profunda y oscura—. Creo que últimamente no está en muy buena forma.

De improviso, Gaunt se relajó y enderezó el torso.

—¡Basta ya de mentiras y medias verdades! Hugh, ¿conoces a una mujer llamada

Nettie Cobb?

—¿Nettie, la chiflada? Todo el mundo en el pueblo conoce a Nettie, la chiflada. ¡Mató a su marido!

—Eso dicen. Ahora escúchame, Hugh. Escúchame con atención. Después podrás coger esa cola de zorro y largarte.

Hugh Priest le escuchó con suma atención.

En la calle, llovía con más fuerza y el viento empezaba a soplar.

8

—¡Brian! —exclamó la señorita Ratcliffe en tono severo—. ¡Vaya, Brian Rusk! ¡Nunca lo habría creído de ti! ¡Ven aquí! ¡Inmediatamente!

Brian estaba sentado en la última fila del aula del sótano donde se impartían las clases de logopedia, y había hecho algo terrible —algo terriblemente malo, a juzgar por la voz de la señorita Ratcliffe—, pero no supo de qué se trataba hasta que se levantó. Entonces vio que estaba desnudo y lo invadió una oleada de vergüenza, pero también se sintió excitado. Cuando bajó la vista hacia el pene y vio que empezaba a ponerse rígido, se sintió a la vez alarmado y agitado.

—¡Ven aquí, te digo!

Brian avanzó lentamente hasta la primera fila de pupitres mientras los demás —Sally Meyers, Donny Frankel, Nonie Martin y el pobre tontito de Slopey Dodd— lo miraban con ojos como platos.

La señorita Ratcliffe estaba delante de su mesa con las manos en las caderas, los ojos centelleantes y una espléndida cabellera castaña rojiza flotando como una nube en torno a su cabeza.

—Eres un chico malo, Brian. Un chico muy malo...

Él asintió y bajó la cabeza en silencio, pero su pene siguió levantando la suya, de modo que parecía que a una parte de él, por lo menos, no le importaba en absoluto ser malo. Que, en realidad, disfrutaba siéndolo. La profesora le puso en la mano un pedazo de tiza y Brian notó una pequeña descarga de electricidad cuando sus manos se tocaron.

—Ahora —dijo la señorita Ratcliffe en tono severo— escribirás quinientas veces en la pizarra TERMINARÉ DE PAGAR EL CROMO DE SANDY KOUFAX.

—Sí, señorita Ratcliffe.

Empezó a escribir, de puntillas para alcanzar la parte superior del encerado, y notó un aire cálido en sus nalgas desnudas. Apenas había alcanzado a poner TERMINARÉ DE PAGAR cuando advirtió que la mano fina y lisa de la señorita Ratcliffe rodeaba su pene erecto y empezaba a acariciarlo con suavidad. Por un instante, le

dio tanto gusto que pensó que iba a caer desmayado.

—Sigue escribiendo —le ordenó ella, inflexible, a su espalda—. Mientras, yo seguiré con esto.

—Se... señorita Ra... Ra... Ratcliffe, ¿y mis ejercicios de le... lengua? —preguntó Slopey Dodd.

—Cállate o te pasaré por encima con el coche en el aparcamiento, Slopey —replicó la señorita—. ¡Te vas a enterar, pequeñajo!

Mientras hablaba, no dejaba de masturbar a Brian. Ahora, este gemía. Aquello estaba mal, lo sabía, pero resultaba estupendo. Resultaba absolutamente magnífico. Era lo que necesitaba. Ni más ni menos.

Entonces, Brian se volvió y no era la señorita Ratcliffe quien estaba detrás de él, sino Wilma Jerzyck, con su gran cara redonda y pálida y sus ojos castaño oscuros, como un par de pasas hundidas en la masa de una tarta.

—Si no terminas de pagar, te lo quitará —lo amenazó Wilma—. ¡Y eso no es todo, pequeñajo! Ese hombre te va a...

9

Brian Rusk despertó con un respingo que casi le hizo caer de la cama. Tenía el cuerpo bañado en sudor, el corazón le traqueteaba como un martillo neumático y su pene era una rama pequeña y dura bajo el pantalón del pijama.

Se incorporó hasta quedar sentado, temblando de la cabeza a los pies. Su primer impulso fue abrir la boca y llamar a gritos a su madre, como hacía cuando era pequeño y le perturbaba el sueño una pesadilla. Pero entonces se dio cuenta de que ya no era pequeño, de que tenía once años... y de que aquel no era precisamente el tipo de sueño que uno le contaría a su madre, ¿no?

Volvió a apoyar la cabeza en la almohada, con los ojos abiertos y fijos en la oscuridad. Echó un vistazo al reloj digital de la mesilla y vio que pasaban cuatro minutos de la medianoche. Captó el sonido de la lluvia, ya intensa, repicando contra la ventana del dormitorio bajo el impulso de fuertes ráfagas de viento ululante. Casi sonaba a granizo.

El cromo. Mi cromo de Sandy Koufax ha desaparecido.

No era así. Brian sabía que no había desaparecido, pero también sabía que no podría conciliar el sueño hasta que se hubiera asegurado de que el cromo seguía en su sitio, en la carpeta donde guardaba su creciente colección de cromos de Topps del año 56. Lo había comprobado el día anterior antes de salir para la escuela, había vuelto a hacerlo al llegar a casa y por la noche, después de cenar, había dejado plantado a Stanley Dawson mientras se lanzaban unas bolas en el patio de atrás para ir a

comprobarlo una vez más. A Stanley le había dicho que tenía que ir al baño. Por fin, le había echado una última ojeada antes de meterse en la cama y apagar la luz. Reconoció que aquel cromo se había convertido en una especie de obsesión para él, pero reconocerlo no alivió la tensión.

Se levantó de la cama y su cuerpo febril apenas advirtió que el frío le ponía la carne de gallina y le encogía el pene. Sin hacer ruido, cruzó la habitación hasta el armario. Detrás de él, sobre la sábana bajera, quedó la silueta de su cuerpo impresa en sudor. La gran carpeta estaba en lo alto del armario, en un charco de luz procedente de la farola de la calle.

La bajó, la abrió y pasó rápidamente las láminas cubiertas de celofán con las bolsas para colocar los cromos. Pasó, sin apenas prestarles atención, los de Mel Parnell, Whitney Ford y Earren Spahn, tesoros de los que hasta entonces se había enorgullecido enormemente. Tuvo un momento de pánico terrible cuando llegó a las últimas láminas de la carpeta, las que todavía estaban vacías, sin haber visto el Sandy Koufax. Entonces se dio cuenta de que, con las prisas, había pasado varias hojas de golpe. Volvió atrás y sí, allí estaba aquel rostro fino, aquella débil sonrisa, aquellos ojos consagrados que asomaban bajo la visera de la gorra. «Para mi buen amigo Brian, con mis mejores deseos, Sandy Koufax.»

Los dedos de Brian siguieron los trazos inclinados de la inscripción. Sus labios se movieron y volvió a sentirse en paz... o casi en paz. El cromo todavía no era del todo suyo. Lo tenía en una especie de... de custodia provisional. Había algo que debía hacer antes de que pasara definitivamente a su poder; Brian sabía que estaba relacionado con el sueño del que acababa de despertar y confiaba en que sabría cuándo había llegado

(¿mañana?, ¿aquella misma noche?)

el momento.

Cerró la carpeta (con la advertencia COLECCIÓN DE BRIAN ¡NO TOCAR! cuidadosamente escrita en la etiqueta pegada a la tapa con cinta adhesiva) y la dejó de nuevo en el armario. Después volvió a la cama.

Solo había una cosa que le preocupaba de tener el cromo de Sandy Koufax. Brian había pensado en enseñárselo a su padre. Al llegar a casa después de la visita a Cosas Necesarias, había imaginado la escena cuando le mostrara su adquisición. Él, Brian, le diría con estudiada indiferencia: «Oye, papá, hoy he comprado otro cromo de la colección del 56 en esa tienda nueva. ¿Quieres verlo?». Y su padre diría que sí, no muy interesado, y acompañaría a Brian a su habitación solo por complacerlo... pero ¡cómo se iluminarían sus ojos cuando vieran lo que su hijo había tenido la fortuna de encontrar! ¡Y cuando leyera la dedicatoria...!

Sí, se quedaría absolutamente asombrado y satisfecho. Seguro que le daba unas palmaditas en la espalda y le chocaba las manos como los deportistas.

Pero, y luego, ¿qué?

Luego vendrían las preguntas, por supuesto. Y ahí estaba el problema. Su padre querría saber, primero, de dónde había sacado el cromo, y segundo, cómo había conseguido el dinero para comprar un cromo como aquel, que: a) era raro, b) estaba en excelente estado y c) llevaba el autógrafo del jugador. Además, la firma impresa en el cromo decía Sanford Koufax, que era el nombre auténtico de aquel lanzador de leyenda, pero la firma autógrafa decía Sandy Koufax y, en el mundillo extraño y a veces sobrevalorado de los coleccionistas de cromos de béisbol, aquello significaba que su valor en el mercado podía alcanzar, sin especular, ciento cincuenta dólares.

Brian intentó encontrar una respuesta creíble.

—*Lo he encontrado en esa tienda nueva, Cosas Necesarias. El dueño me lo vendió con una rebaja verdaderamente IRRESISTIBLE... Me dijo que si corría la voz de que tenía unos precios tan bajos, la gente mostraría más interés en acudir a la tienda.*

De momento, no estaba mal, pero incluso un chico como él, a quien le faltaba todavía un año para pagar la entrada completa de adulto en el cine, sabía que no bastaría. Cuando uno decía que alguien le había ofrecido una auténtica ganga, todo el mundo mostraba mucho interés. Demasiado.

—*¿Ah, sí? ¿Qué rebaja te ha hecho? ¿El treinta por ciento? ¿El cuarenta? ¿Te lo ha vendido a mitad de precio? Incluso así, siguen siendo sesenta o setenta dólares, Brian, y sé perfectamente que no tienes esa cantidad en tu cerdito...*

—*Bueno..., en realidad, me ha costado un poco menos, papá.*

—*Muy bien, dime, ¿cuánto has pagado por él?*

—*Pues... ochenta y cinco centavos.*

—*¿Que te ha vendido un cromo de béisbol de Sandy Koufax del año mil novecientos cincuenta y seis, autografiado y en perfecto estado de conservación, por ochenta y cinco centavos?*

Sí, allí era donde empezaría el verdadero problema, sin duda.

¿Qué clase de problema? No lo sabía con exactitud, pero algo desagradable, de eso estaba seguro. Terminarían acusándole de algo; su padre tal vez no, pero su madre, sin la menor duda.

Quizá incluso intentarían obligarle a devolverlo, y eso no lo haría de ninguna manera. Aquel cromo no solo estaba firmado, sino que llevaba una dedicatoria: «Para Brian».

¡De ninguna manera!

¡Vaya!, si ni siquiera había sido capaz de enseñárselo a Stan Dawson cuando había venido a buscarlo para lanzar unas pelotas, aunque había sentido ganas de hacerlo. Stan se habría muerto de envidia. Pero Stan iba a quedarse a dormir el viernes por la noche y a Brian no le costó imaginarse a su amigo diciéndole a su

padre: «Eh, señor Rusk, ¿le ha gustado el cromo de Sandy Koufax de Brian? Superguay, ¿no?». Y lo mismo podía pensar del resto de sus amigos. Brian había descubierto una de las grandes verdades de los pueblos pequeños: muchos secretos — de hecho, todos los secretos realmente importantes— no podían compartirse. Porque siempre había una manera de que corriera la voz. Y que corriera deprisa.

Se halló, pues, en una situación extraña e incómoda. Había encontrado algo grande y no podía enseñarlo ni compartirlo. Aquello debería haber contrarrestado la satisfacción que sentía por su nueva adquisición, y lo hizo en cierto grado, pero también le proporcionó otra satisfacción furtiva, avarienta. Brian se encontró, más que disfrutando, regocijándose maliciosamente de poseer aquel cromo, y así descubrió otra gran verdad: disfrutar de algo en secreto también proporciona un placer muy especial. Era como si un rincón de su personalidad, casi siempre abierta y de buen corazón, hubiera sido tapiado y luego iluminado con una luz negra especial que distorsionaba y, a la vez, realzaba lo que se ocultaba en su interior.

Y no estaba dispuesto a devolver el cromo.

De ninguna manera. Ni hablar.

Entonces será mejor que termines de pagarlo, le susurró una voz desde el fondo de su mente.

Lo haría. Sin problemas. Era consciente de que lo que se le pedía que hiciese no estaba precisamente bien, pero también tenía la seguridad de que no estaba del todo mal. Era solo una... una...

Una travesura, le ayudó el susurro de la voz en su cabeza, y Brian vio los ojos del señor Gaunt, aquellos ojos azul oscuro, como el color del mar un día despejado, y extrañamente sedantes. *Solo eso. Una pequeña travesura.*

Sí, una travesura, fuera lo que fuese.

Sin problemas.

Se arrebujó bajo el edredón de plumas, se volvió de costado, cerró los ojos y empezó a conciliar el sueño al momento.

Mientras él y su hermano sueño se fundían en uno, se le ocurrió una idea. Era algo que había dicho el señor Gaunt. «¡Serás un anuncio más efectivo de lo que podría soñar serlo el semanario local!» Solo que no podía enseñar el maravilloso cromo que había comprado. Y si una reflexión como aquella estaba al alcance de un chico de once años como él, que no era ni siquiera lo bastante listo para guardar las distancias con Hugh Priest cuando este pasaba por la calle, ¿no debería haber caído en ello un tipo tan inteligente como aquel señor Gaunt? Bueno, tal vez. O tal vez no. Los adultos no pensaban igual que la gente normal, y además, el cromo lo tenía él, ¿no? Y estaba en su carpeta, en el lugar que le correspondía, ¿verdad?

La respuesta a ambas preguntas era afirmativa, de modo que Brian dejó de dar vueltas a la cuestión y volvió a sumirse en el sueño mientras la lluvia golpeaba contra

el cristal y el inquieto viento otoñal ululaba bajo el alero.

CUATRO

1

La lluvia había cesado al amanecer del jueves y a las diez y media, cuando Polly se asomó a la ventana de la fachada de Coser y Cantar y vio a Nettie Cobb, las nubes empezaban a levantarse. Nettie llevaba un paraguas cerrado y avanzaba a paso rápido por Main Street con el bolso sujeto bajo el brazo como si percibiera las fauces de alguna nueva tormenta abriéndose justo a su espalda.

—¿Qué tal las manos esta mañana, Polly? —preguntó Rosalie Drake.

Polly suspiró en silencio. Aquella tarde, suponía, tendría que responder satisfactoriamente a esa misma pregunta, pero formulada con más insistencia, cuando se encontrara con Alan, con quien se había citado para tomar café en Nan's alrededor de las tres. Una, se dijo, no podía engañar a quienes la conocían desde hacía mucho tiempo, pues enseguida apreciaban la palidez de su rostro y las bolsas violáceas bajo los ojos. Y, más importante todavía, advertían la mirada inquieta y perturbada de estos.

—Mucho mejor, gracias —contestó. Aquello era exagerar bastante la verdad; sus manos estaban mejor, pero ¿mucho mejor? En absoluto...

—Pensaba que con la lluvia...

—Eso es lo peor de todo: que no hay modo de predecir qué desencadenará el dolor. Pero ahora olvídate de mis manos, Rosalie, y ven enseguida a mirar por la ventana. Creo que vamos a presenciar un pequeño milagro.

Rosalie llegó junto a Polly a tiempo de ver la menuda figura que, con el paraguas asido con fuerza en una mano —posiblemente para usarlo como arma defensiva, a juzgar por cómo lo empuñaba—, se acercaba con paso rápido hacia el toldo de Cosas Necesarias.

—¿Nettie? ¿Es ella de verdad?

Rosalie se quedó boquiabierta.

—Sí, es ella.

—¡Dios mío, va a entrar ahí!

Sin embargo, por un instante, pareció que la predicción de Rosalie iba a resultar fallida. Nettie se acercó a la puerta... y volvió a apartarse de ella. Se pasó el paraguas de una mano a otra y se quedó observando la fachada de Cosas Necesarias como si fuera una serpiente a punto de morderla.

—Vamos, Nettie —murmuró Polly por lo bajo—. ¡Atrévete, querida!

—Debe de haber visto el rótulo de CERRADO en el escaparate —apuntó Rosalie.

—No. En la puerta de la tienda hay otro que dice MARTES Y JUEVES, SOLO CITAS CONCERTADAS. Lo he visto esta mañana, cuando he abierto.

Nettie se acercó de nuevo a la puerta, alargó la mano hacia el tirador y volvió a apartarla.

—¡Dios, esta si que es buena! —exclamó Rosalie—. Nettie me comentó que quizá volvería a esa tienda y sé muy bien cuánto le gusta el cristal emplomado, pero ni se me pasó por la cabeza que fuera a hacerlo de veras.

—A primera hora me ha preguntado si podía salir de casa en el descanso de media mañana para acercarse a lo que ha llamado «ese nuevo local» y recoger el recipiente del pastel —añadió Polly en otro murmullo.

—¡Esa es nuestra Nettie! —asintió Rosalie—. Hasta hace poco, incluso me pedía permiso para ir al baño.

—Me ha dado la impresión de que una parte de ella esperaba que le dijera que no, que había demasiado trabajo. Pero creo que otra parte de ella también deseaba oírme decir que sí.

Polly no apartó ni un instante la mirada de la lucha feroz que se desarrollaba a menos de cuarenta metros: una miniguerra entre Nettie Cobb y Nettie Cobb. Si terminaba por entrar, ¡qué gran triunfo sería para ella! Polly notó un dolor sordo y cálido en las manos, bajó la vista y observó que había estado retorciéndolas. Al instante, se obligó a bajarlas a los costados.

—No se trata del recipiente del pastel ni del cristal emplomado —comentó Rosalie—. Es ese hombre, el señor Gaunt.

Polly Chalmers se volvió hacia ella. Rosalie soltó una risilla y se ruborizó un poco.

—Bueno —añadió—, no quiero decir que Nettie esté colada por él ni mucho menos, aunque es cierto que tenía los ojos un poco soñadores cuando la alcancé en la calle, a la salida de nuestra visita a la tienda. Sencillamente, el señor Gaunt fue muy amable con ella. Amable y sincero.

—Hay mucha gente que se muestra agradable con Nettie —replicó Polly—. Alan siempre hace esfuerzos extraordinarios por mostrarse amable con ella, pero Nettie sigue rehuyéndolo con aire asustado.

—Pero el señor Gaunt posee una especie de amabilidad muy especial —se limitó a afirmar Rosalie, y como para corroborarlo, vieron que Nettie volvía a asir el tirador y lo hacía girar. La puerta se abrió y la mujer se quedó inmóvil en el umbral aferrada a su paraguas, como si el pozo poco profundo de su capacidad de decisión se hubiera agotado por completo. En aquel instante, Polly tuvo la certeza de que su asistente volvería a cerrar la puerta y se alejaría de la tienda a toda prisa. Sus manos, pese a la artritis, se cerraron en sendos puños.

Vamos, Nettie. Entra ahí. Arriégate. Vuelve al mundo.

Entonces Nettie sonrió en respuesta a alguien que Polly y Rosalie no alcanzaban a ver.

Las dos mujeres intercambiaron una breve mirada y luego se abrazaron entre risas.

—¡Vamos allá, Nettie! —exclamó Rosalie.

—¡Dos puntos para nosotras! —asintió Polly, y para ella el sol asomó tras las nubes un par de horas antes de que lo hiciera por fin en el cielo sobre Castle Rock.

2

Cinco minutos más tarde, Nettie Cobb estaba sentada en una de las lujosas sillas de respaldo alto que Gaunt había instalado a lo largo de una de las paredes de la tienda. El paraguas y el bolso de la recién llegada estaban caídos en el suelo junto a ella, olvidados. Gaunt se hallaba sentado a su lado, con las manos de Nettie entre las suyas y su mirada penetrante clavada en los ojos vagos de la visitante. En una de las vitrinas del local, junto al recipiente del pastel de Polly Chalmers, había una pantalla de lámpara de cristal emplomado. La pantalla era un objeto moderadamente espléndido que habría costado trescientos dólares o más en cualquier tienda de antigüedades de Boston; Nettie Cobb, sin embargo, acababa de adquirirlo por diez dólares y cuarenta centavos, todo el dinero que llevaba en el monedero al entrar en la tienda. Pero en aquel momento, hermosa o no, la pantalla estaba tan olvidada como el paraguas.

—Un favor... —murmuraba Nettie en aquel momento, como si estuviera hablando en sueños. Movié las manos ligeramente, como para asirse con más fuerza a las del señor Gaunt. Este reaccionó devolviéndole el apretón, y una sonrisa de placer iluminó las facciones de la mujer.

—Sí, un favor. En realidad, una cosilla sin importancia. Conoces al señor Keeton, ¿verdad?

—Sí, claro —respondió ella—. Los conozco a los dos, a Ronald y a su hijo. ¿A cuál de ellos se refiere?

—Al hijo —precisó Gaunt mientras se frotaba la palma de las manos con sus largos pulgares. Tenía las uñas muy largas y de color ligeramente amarillo—. El presidente del Consejo Municipal.

—Todo el mundo lo llama Buster, a sus espaldas. Lo han llamado así desde que era un chiquillo —asintió Nettie con una risilla que sonó áspera, un poco histérica.

Sin embargo, Leland Gaunt no dio muestras de alarma; al contrario, el sonido no del todo correcto de la risa de la mujer pareció agradarle.

—Pues bien, quiero que termines de pagar esa pantalla gastándole una broma a Buster.

—¿Una broma? —Nettie adoptó una expresión de ligera alarma.

—Una travesura inocente —la tranquilizó Gaunt con una sonrisa—. Y él nunca sabrá que has sido tú. Pensará que ha sido otra persona.

—¡Oh! —Nettie desvió la mirada de Gaunt y la dirigió a la pantalla de cristal emplomado. Por un instante, sus ojos se iluminaron con un destello penetrante... de codicia, tal vez, o solo de mero anhelo y placer—. Bueno...

—No sucederá nada, Nettie. Nadie lo averiguará nunca... y esa pantalla será tuya. Con voz pausada y reflexiva, la mujer murmuró:

—Mi marido solía gastarme muchas bromas. Quizá resulte divertido gastarle una a otro. —Miró de nuevo a Gaunt y, de pronto, el destello de sus ojos fue de alarma—. Siempre que no le haga daño. No quiero hacerle daño. A mi esposo se lo hice, ¿sabe?

—No te preocupes —respondió Gaunt con voz suave, acariciándole las manos—. No le hará el menor daño. Solo quiero que me ayudes a poner algunas cosas en su casa.

—¿Cómo voy a entrar en casa de Buster y...?

—Aquí tienes.

Gaunt le puso un objeto en la mano. Una llave. Nettie cerró el puño.

—¿Cuándo? —preguntó. Sus ojos soñadores volvían a estar fijos en la pantalla.

—Pronto. —Gaunt le soltó las manos y se levantó—. Y ahora, Nettie, tengo que ocuparme de embalar ese bello objeto en una caja para que se lo lleve. La señora Martin vendrá a ver un Lalique dentro de... —Consultó el reloj—. ¡Dios mío, dentro de quince minutos! De todos modos, no puedo expresarle lo contento que me siento de que se haya decidido a entrar. Hoy en día, muy pocas personas saben apreciar la belleza del cristal emplomado; y la mayoría de ellas son simples comerciantes, con cajas registradoras por corazón.

Nettie se incorporó también y contempló la pantalla con los ojos tiernos de una mujer enamorada. El nerviosismo angustiado con el que se había acercado a la tienda había desaparecido por completo.

—Es encantador, ¿verdad?

—Sí, muy encantador —asintió el señor Gaunt cálidamente—. Y no alcanzo a decirle..., no encuentro palabras para expresarle... lo feliz que me hace saber que esa pantalla tendrá una buena casa, un lugar donde alguien hará algo más que quitarle el polvo los miércoles por la tarde hasta que un día, después de años de hacerlo, la rompa en un momento de descuido y se limite a barrer los fragmentos para luego arrojarlos a la basura sin pensárselo más.

—¡Yo jamás haría una cosa así! —exclamó Nettie.

—Estoy seguro de que no —convino Gaunt—. Este es uno de sus encantos, Nettie.

La mujer lo miró, desconcertada.

—¿Cómo ha sabido mi nombre?

—Tengo un buen olfato para ellos. Nunca olvido un nombre ni una cara.

Leland Gaunt se retiró a la trastienda. Cuando volvió a aparecer tras la cortina, traía una lámina lisa de cartón blanco en una mano y un gran ovillo de papel de seda en la otra. Dejó el papel junto al recipiente de plástico del pastel (el ovillo de papel empezó de inmediato a expandirse, con breves crepitaciones y pequeños movimientos bruscos, hasta convertirse en algo que parecía un corpiño gigante) y empezó a doblar la plancha de cartón para hacer con ella una caja del tamaño exacto para la pantalla de la lámpara.

—Estoy seguro de que será usted una fiel custodia del objeto que acaba de comprar. Por eso se lo he vendido.

—¿De verdad? He pensado que... el señor Keeton... y la broma...

—¡No, no, no! —protestó el señor Gaunt, entre divertido y exasperado—. ¡Una broma puede gastarla cualquiera! ¡A la gente le encanta gastar bromas! Pero adjudicar objetos a las personas que los aman y los necesitan... eso es otro cantar. A veces creo que, en realidad, lo que vendo es felicidad... ¿Qué opina usted, Nettie?

—Bueno —respondió Nettie con franqueza—, yo solo sé que me ha hecho feliz, señor Gaunt. Muy feliz.

El dueño de Cosas Necesarias dejó a la vista sus dientes torcidos y desiguales en una amplia sonrisa.

—¡Estupendo! ¡Eso es estupendo! —exclamó. A continuación, comprimó el ovillo de papel de seda en la caja, protegió la pantalla con su crujiente blancura, cerró la caja y, con un gesto ceremonioso, aseguró la tapa con cinta adhesiva—. ¡Ya está! ¡Otra clienta satisfecha que ha encontrado su cosa necesaria!

El señor Gaunt le ofreció la caja y Nettie se hizo cargo de ella. Cuando sus dedos tocaron los de él, experimentó un estremecimiento de repulsión, aunque hacía unos momentos apenas los había estrechado entre sus manos con gran fuerza, con ardor incluso. Aquel interludio en las sillas ya empezaba, sin embargo, a parecer brumoso e irreal.

Gaunt colocó el recipiente del pastel sobre la caja blanca y Nettie advirtió que había algo en su interior.

—¿Qué es eso?

—Una nota para su patrona —explicó Gaunt.

Al instante, Nettie lo miró con expresión alarmada.

—¿No será sobre mí?

—¡Cielo santo, no! —respondió Gaunt con una breve carcajada, y Nettie se tranquilizó de inmediato. Cuando el señor Gaunt se reía, era imposible resistirse o desconfiar de él—. Cuide de su pantalla, Nettie, y vuelva por aquí otra vez.

—Lo haré —aseguró ella, y sus palabras podrían haberse referido a ambas cosas

pero, en lo más profundo de su corazón (aquel almacén secreto donde necesidades y miedos se atropellaban con continuos codazos, como incómodos pasajeros de un vagón de metro abarrotado), Nettie tuvo la certeza de que, si bien era posible que volviera por la tienda, aquella pantalla de lámpara era lo único que compraría jamás en Cosas Necesarias.

¿Y qué, si era así? Era un objeto hermoso, de los que siempre le habían gustado, y el único que necesitaba para completar su modesta colección. Por un momento, pensó en contarle al señor Gaunt que su marido quizá estaría vivo todavía de no haber roto a propósito, catorce años atrás, una pantalla de lámpara de cristal emplomado muy parecida a la que acababa de comprar. Aquella había sido la gota que había colmado el vaso, el incidente que la había sacado definitivamente de sus casillas. A lo largo de sus años en común, el hombre le había roto muchos huesos y ella le había permitido seguir viviendo. Hasta que, por fin, había roto algo que Nettie necesitaba realmente, y ella le había quitado la vida.

Decidió que no venía a cuento explicarle nada al señor Gaunt. Parecía el tipo de hombre que ya debía de saberlo.

3

—¡Polly, Polly! ¡Nettie ya sale!

Polly dejó el maniquí de modista donde había estado prendiendo un dobladillo con movimientos lentos y meticulosos, y corrió a la ventana. Rosalie y ella, codo con codo, vieron salir a Nettie de Cosas Necesarias en un estado que solo podía describirse como excesivamente cargado. Llevaba el bolso bajo un brazo, el paraguas bajo el otro y, en las manos, el recipiente de plástico Tupperware de Polly en equilibrio sobre una caja blanca cuadrada.

—Será mejor que vaya a ayudarla —sugirió Rosalie.

—No. —Polly alargó la mano y retuvo a su empleada suavemente—. Será mejor que no. Creo que solo conseguirías confundirla y ponerla nerviosa.

Siguieron con la mirada a Nettie, que se encaminó calle arriba. Ya no avanzaba a paso rápido, como si la persiguiera una tormenta; casi parecía deslizarse sobre la acera.

No, se dijo Polly. Deslizarse, no. Es más bien como si... como si flotara.

De pronto, su mente estableció una de esas extrañas asociaciones de ideas que eran casi como referencias recíprocas y soltó una carcajada.

Rosalie la miró y enarcó las cejas.

—¿A qué viene esa risa?

—Fíjate en su expresión —explicó Polly sin apartar la vista de Nettie, mientras

esta cruzaba Linden Street con pasos lentos y lánguidos.

—¿A qué te refieres?

—Parece una mujer que acaba de estar en la cama con alguien... y que ha tenido tres orgasmos seguidos.

Rosalie se ruborizó, observó a Nettie una vez más y, finalmente, estalló en carcajadas. Polly se unió a ella, y las dos, agarradas del brazo y meciéndose adelante y atrás, continuaron riéndose desenfrenadamente.

—¡Vaya! —exclamó Alan Pangborn desde la puerta de la tienda—. ¡Dos mujeres riéndose así cuando todavía falta un buen rato para el mediodía! Es demasiado temprano para que sea cosa del champán; ¿a qué vienen esas risas?

—¡Cuatro! —explotó Rosalie con una risilla incontenible, mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas—. ¡Parece que haya tenido más bien cuatro!

Y volvieron a troncharse de risa, balanceándose hacia delante y hacia atrás sin soltarse y aullando mientras Alan seguía mirándolas con las manos en los bolsillos de los pantalones del uniforme, con una sonrisa burlona e inquisitiva.

4

Norris Ridgewick llegó a la comisaría vestido de calle unos diez minutos antes de que sonara el silbato de mediodía en la fábrica. Le tocaba el turno de tarde, de doce a nueve, durante todo el fin de semana, y Norris estaba encantado con ello. Que otro se encargara de los atestados en los accidentes de las carreteras y caminos del condado que se produjeran después del cierre de los bares, a la una de la madrugada. Él podía hacer el trabajo, lo había hecho en muchas ocasiones, pero casi siempre acababa vomitando la cena. A veces había devuelto la cena incluso si las víctimas estaban conscientes, incluso si habían salido ilesas y rondaban en torno al coche accidentado gritando que no tenían que someterse a ninguna maldita prueba de alcoholemia, que conocían sus derechos constitucionales. El estómago de Norris siempre reaccionaba igual. A Sheila Brigham le gustaba chincharlo diciendo que parecía el agente Andy de *Twin Peaks*, pero Norris sabía que no era verdad. Cuando el agente Andy veía a alguien muerto, se ponía a gritar. Norris, en cambio, no gritaba, pero era fácil que le vomitara encima, como había estado a punto de hacerlo sobre Homer Gamache el día que lo encontró tirado en una cuneta junto al cementerio Tierra Natal, muerto a golpes con su propio brazo artificial.

Norris echó un vistazo al orden del día y comprobó que Andy Clutterbuck y John LaPointe estaban de patrulla. Después repasó la lista de turnos de guardia. No había nada para él y se sintió aún más satisfecho. Para redondear el día —al menos, aquella parte de la jornada—, le habían traído el uniforme de reserva de la lavandería... en la

fecha prometida, para variar. Así se ahorraría un viaje a casa para cambiarse.

Una nota prendida en la bolsa de plástico de la lavandería decía: «Eh, Barney, me debes cinco dólares y cuarto. Y esta vez no te escaquees, o serás un hombre más triste y más sabio cuando se ponga el sol». La nota iba firmada: «CLUT».

Ni siquiera el recado de la nota alteró el buen humor de Norris. Sheila Brigham era la única persona de la comisaría de Castle Rock que veía a Norris como un tipo sacado de *Twin Peaks*. (Norris tenía la impresión de que era también la única en todo el departamento de policía —además de él mismo, por supuesto— que seguía la serie.) Los demás —John LaPointe, Seat Thomas, Andy Clutterbuck— lo llamaban Barney, como el personaje de Don Knotts en el viejo *Andy Griffith Show*. A veces ese apodo lo irritaba. Pero aquel día no. Cuatro jornadas de segundo turno y tres días libres. Tenía ante él una semana entera de paz. De vez en cuando, la vida podía ser estupenda.

Sacó de la cartera un billete de cinco dólares y otro de uno y los dejó sobre la mesa de Clut. «Eh, Clut, no te amargues», anotó en el revés de un formulario de atestados. Firmó con su rúbrica y dejó el papel junto al dinero. Después rompió la bolsa de la lavandería para sacar el uniforme y se encaminó con él al aseo. Mientras se cambiaba de ropa empezó a silbar; a continuación contempló su reflejo en el espejo y movió las cejas en gesto de aprobación. Estaba listo para el servicio, sí señor. Estaba en perfecto orden de revista. Que los malhechores de Castle Rock se andaran con cuidado en las próximas horas, o...

Percibió en el espejo un movimiento a su espalda, pero antes de que pudiera hacer otra cosa que empezar a volver la cabeza, alguien lo agarró, le dio media vuelta y lo estrelló contra los azulejos de los urinarios. Norris se dio con la cabeza contra la pared, se le cayó la gorra y, un instante después, se encontró mirando el rostro redondo y rojo de ira de Danforth Keeton.

—¿Qué coño crees que estás haciendo, Ridgewick? —preguntó este.

Norris se había olvidado por completo de la multa que había colocado bajo el limpiaparabrisas del Cadillac de Keeton la noche anterior. De pronto, recordó toda la escena.

—¡Suéltame! —exclamó. Intentó dar a su voz un tono de indignación, pero lo que salió de su garganta fue un chillido de preocupación. Notó las mejillas cada vez más calientes. Siempre que se enfadaba o se asustaba (y en aquel momento sucedían ambas cosas), se sonrojaba como una colegiala.

Keeton, medio palmo más alto y casi cincuenta kilos más pesado que Norris, lo zarandeó enérgicamente unos instantes más, antes de soltarlo. Luego sacó la denuncia del bolsillo y la agitó ante las narices del agente.

—Este maldito papel lleva tu firma, ¿o no? —inquirió, como si Norris ya lo hubiera negado.

Norris sabía perfectamente que era su firma, estampada con el sello de goma pero perfectamente reconocible, y que la multa había sido cortada de su bloc de denuncias.

—Tenías el coche en nuestras plazas de aparcamiento —respondió, mientras se apartaba de la pared y se frotaba la parte posterior de la cabeza. Allí iba a estallar una buena, ¡vaya que sí! Al tiempo que remitía su sorpresa inicial (y Buster había estado a punto de hacerle saltar el corazón por la boca, no podía negarlo), crecía su cólera.

—¿Dónde?

—¡En el espacio reservado! —contestó a gritos. «¡Además, fue Alan en persona quien me ordenó que te pusiera la multa!», se disponía a añadir, pero se contuvo. ¿Por qué dar a aquella bola de sebo la satisfacción de cargarle la responsabilidad a otro?—. Ya te lo hemos advertido muchas veces, Bu... Danforth, y lo sabes muy bien.

—¿Qué me has llamado? —inquirió Danforth Keeton amenazadoramente. Sus mejillas y quijadas se habían llenado de manchas rojas del tamaño de cogollos de repollo.

—La multa sigue en pie —declaró Norris, ignorando la pregunta—. Por lo que a mí respecta, será mejor que la pagues. ¡Y tienes suerte de que no te denuncie, además, por agresión a un agente de la autoridad!

Danforth soltó una risotada, cuyo eco rebotó amortiguado en las paredes.

—¡No veo aquí a ningún agente de la autoridad! —replicó—. Solo veo un pedazo de mierda empaquetado como si fuera cecina de buey.

Norris se agachó a recoger la gorra. Tenía el estómago contraído de miedo —Danforth Keeton era un enemigo temible para cualquiera— y su cólera se había transformado en furia. Le temblaban las manos, pero, aun así, dedicó unos segundos a colocarse la gorra en la cabeza hasta dejarla perfectamente ajustada.

—Si quieres, puedes discutir el asunto con Alan...

—¡Lo estoy discutiendo contigo!

—... pero yo no pienso seguir hablando de ello. Asegúrate de pagar antes de treinta días, Danforth, o tendremos que ir a detenerte. —Norris se irguió cuanto le permitía su metro setenta de estatura y añadió—: Sabemos dónde encontrarte.

Hizo ademán de encaminarse a la puerta. Keeton, cuyo rostro ya parecía casi un crepúsculo en una zona arrasada por una explosión nuclear, avanzó una zancada para cerrarle el paso. Norris se detuvo y levantó la mano, señalándolo con el índice en un gesto de advertencia.

—Si me tocas, te meto en una celda, Buster. Lo digo en serio.

—Muy bien, ya es suficiente —replicó Keeton con voz lánguida, apagada—. Sí, ya tengo suficiente. Estás despedido. Ya puedes quitarte ese uniforme e ir buscando otro trab...

—No —intervino una voz detrás de los dos hombres, que se volvieron hacia donde había sonado. En el umbral de la puerta de los aseos estaba Alan Pangborn.

Keeton cerró los puños, apretando sus dedos gordos y lechosos.

—¡No te metas en esto!

Alan cruzó el umbral y la puerta se cerró lentamente tras él con un ruido silbante.

—No —repitió—. Fui yo quien ordenó a Norris que te pusiera la multa. También le dije que iba a perdonártela antes de la reunión de presupuestos. Es una multa de cinco dólares, Dan. ¿A qué diablos viene tanto alboroto?

La voz de Alan sonaba desconcertada. En efecto, el comisario estaba perplejo. Buster no había sido nunca un hombre de trato agradable, ni siquiera en sus mejores momentos, pero una reacción tan airada era excesiva incluso para lo habitual en él. Desde finales del verano, el presidente del Consejo Municipal parecía enfurecido y siempre a punto de perder los estribos —Alan había oído a menudo sus lejanos bramidos cuando los administradores municipales celebraban sus reuniones—, y sus ojos habían adoptado una mirada casi obsesionada. Por un instante, el comisario se preguntó si Keeton estaría enfermo, pero decidió dejar para más adelante sus especulaciones. De momento, tenía ante sí una situación bastante delicada.

—¡Ni alboroto ni niño muerto! —replicó Keeton con aire hosco, al tiempo que se alisaba el cabello, echándolo hacia atrás. Norris advirtió con cierta satisfacción que a Buster también le temblaban las manos—. ¡Pero estoy harto de imbéciles que se dan importancia como este agente tuyo...! Siempre intento hacer todo lo posible por el pueblo..., ¡qué diablos!, he hecho muchísimo por el pueblo... y estoy harto de esta persecución constante... —Hizo una breve pausa, la nuez de su cuello mantecoso tembló visiblemente, y luego exclamó—: ¡Me ha llamado Buster! ¡Y ya sabes cómo me molesta eso!

—Norris se disculpará —respondió Alan con parsimonia—, ¿verdad, Norris?

—No lo sé —replicó este. Tenía la voz temblorosa y seguía con el estómago en un puño, pero también seguía furioso—. Sé que no le gusta que lo llamen así, pero lo cierto es que me ha pillado por sorpresa. Yo estaba aquí, mirándome en el espejo para asegurarme de que llevaba la corbata recta, cuando me ha agarrado por detrás y me ha lanzado contra la pared. Me he dado un buen golpe en la cabeza. ¡Coño, Alan, no sé qué he podido decirle en ese momento!

Alan volvió la mirada hacia Keeton.

—¿Es cierto eso? —preguntó.

Keeton bajó la vista.

—Estaba furioso —murmuró, y Alan supuso que aquello era lo más parecido a una disculpa espontánea e indirecta que un hombre como Buster era capaz de expresar. Miró de nuevo a Norris para ver si su ayudante lo entendía así. Tuvo la impresión de que tal vez sí. Estupendo, pensó; era un primer paso fundamental para desactivar aquella especie de desagradable bomba fétida. El comisario se relajó un poco.

—Entonces ¿podemos dar por zanjado el incidente? —preguntó a los dos antagonistas—. ¿Podemos considerarlo agua pasada y hacer como si no hubiera sucedido?

—Por mí, de acuerdo —asintió Norris tras un momento.

Alan se conmovió. Norris era bastante torpe, tenía la costumbre de dejar latas de refrescos medio llenas en los coches patrulla que utilizaba, y sus informes y atestados eran horribles..., pero tenía un corazón de oro. Estaba dispuesto a ceder en la disputa, pero no porque tuviera miedo a Keeton. Si el corpulento presidente del Consejo Municipal pensaba que era por eso, cometía un gravísimo error.

—Siento haberte llamado Buster —añadió Norris. No lo lamentaba en absoluto, pero no perdía nada diciéndolo. Suponía.

Alan se volvió hacia el robusto hombretón de la llamativa chaqueta deportiva y la camisa de golfista de cuello abierto.

—¿Danforth?

—Está bien, no ha pasado nada —respondió el aludido. Lo dijo en un tono de ampulosa magnanimidad, y Alan se sintió invadido, como tantas veces, por una oleada de antipatía hacia él. Una vocecilla sumergida en las profundidades de su mente, la primitiva voz reptiliana del subconsciente, transmitió su mensaje, breve pero muy claro: ¿Por qué no te da un infarto, Buster? ¿Por qué no nos haces un favor a todos y te mueres?

—Muy bien —asintió—. Asunto olvidado...

Keeton levantó el índice y lo interrumpió:

—Asunto olvidado, si...

—¿Si...? —Alan arqueó las cejas.

—... si podemos hacer algo con la multa. —Keeton sacó el papel y, estrujándolo entre los dedos como si fuera un trapo con el que se hubiera limpiado alguna mancha de origen dudoso, se lo tendió a Alan. El comisario exhaló un suspiro.

—Vamos a mi despacho, Danforth, y hablaremos del asunto. —Se volvió hacia Norris y añadió—: Tienes trabajo, ¿verdad?

—Sí —respondió el agente. Aún tenía el estómago en un puño. Su buen humor había desaparecido, probablemente para lo que quedaba de día, por culpa de aquel cerdo cebón, y ahora Alan iba a perdonarle la multa. Norris lo comprendía, era cosa de la política, pero entenderlo no significaba que le gustara.

—¿Prefieres esperar por aquí? —preguntó Alan. Era lo más aproximado a «¿Es preciso que discutamos esto?» que el comisario podía decir con Keeton presente y mirándolos encolerizado.

—No —contestó Norris—. Tengo cosas que hacer y sitios que inspeccionar. Ya hablaremos más tarde, Alan.

El agente Ridgewick abandonó el cuarto de aseo, rozando a Keeton al pasar junto

a él, sin dirigirle la mirada. Aunque Norris no lo advirtió, Keeton tuvo que hacer un gran esfuerzo, casi heroico, para reprimir el impulso, irracional pero imperioso, de darle un puntapié en el culo para ayudarlo a salir.

Alan decidió contemplar por unos instantes el reflejo de su imagen en el espejo para dar tiempo a que Norris desapareciera de la vista. Mientras tanto, Keeton aguardó junto a la puerta, observándolo con impaciencia. Por fin, Alan salió de nuevo al pasillo donde estaban las celdas de la comisaría, con Keeton pisándole los talones.

Ante la puerta del despacho, sentado en una de las dos sillas allí colocadas, se encontraba un hombre menudo y aseado que leía de forma ostentosa un libro encuadernado en piel que solo podía ser una Biblia. Al comisario se le cayó el alma a los pies. Había tenido la fundada esperanza de que ya no sucedería nada demasiado desagradable aquella mañana (solo faltaban dos o tres minutos para mediodía, de modo que la esperanza resultaba bastante razonable), pero se había equivocado de medio a medio.

El reverendo William Rose cerró su Biblia (cuya cubierta de cuero casi hacía juego con la ropa que vestía) y se puso en pie de un brinco.

—Esto..., comisario Pangborn..., ¿podría hablar con usted, por favor? —se apresuró a decir. El reverendo Rose era uno de esos baptistas integristas que empiezan a comerse los finales de las palabras cuando están emocionalmente alterados.

—Deme cinco minutos, reverendo Rose. Tengo que atender a un asunto.

—Lo que vengo a decirle es... es de extrema importancia...

Seguro que sí, pensó Alan.

—Lo mío también. Cinco minutos.

Abrió la puerta e invitó a Keeton a pasar a su despacho antes de que el reverendo Willie, como le gustaba llamar al padre Brigham, pudiera añadir nada más.

5

—Será algo referente a la «Noche de Casino» —apuntó Keeton cuando Alan hubo cerrado la puerta del despacho—. Ten presente lo que te digo. El padre John Brigham es un irlandés testarudo, pero lo prefiero mil veces al tipo de ahí fuera. Rose es un pelmazo increíblemente arrogante.

Apártate que tiznas, le dijo la sartén a la cazuela, pensó Alan.

—Toma asiento, Danforth.

Keeton así lo hizo. Alan rodeó el escritorio, le mostró la multa, la rompió en pequeños fragmentos y los arrojó a la papelera.

—Ya está. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —asintió Keeton, e hizo ademán de levantarse.

—No, quédate un momento más.

Keeton frunció el ceño y sus cejas tupidas se juntaron bajo la frente rosada y despejada como una nube de tormenta.

—Por favor —añadió Alan, y se dejó caer en la silla giratoria. Sus manos se juntaron e intentaron hacer un mirlo; Alan las detuvo a tiempo y las unió con firmeza sobre el escritorio—. La semana que viene celebraremos una reunión del comité de asignaciones para tratar asuntos presupuestarios con vistas a la reunión del Consejo Municipal de febrero... —empezó a decir.

—Exactamente —gruñó Keeton.

—... y esto es un asunto político —prosiguió Alan—. Yo acepto la situación y tu también. Acabo de romper una multa de aparcamiento perfectamente válida por consideraciones puramente políticas.

Con una pequeña sonrisa, Keeton comentó:

—Bueno, Alan, llevas aquí el tiempo suficiente para saber cómo funcionan las cosas en el pueblo. Una mano lava la otra.

El comisario cambió de postura en la silla y esta emitió sus pequeños crujidos y chirridos, unos sonidos que Alan oía a veces en sueños después de una jornada larga y pesada. Una jornada como estaba resultando aquella.

—Sí —replicó—, una mano lava la otra. Pero solo hasta aquí.

Las cejas se juntaron de nuevo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hay un punto, incluso en los pueblos pequeños, donde la política debe dejarse aparte. No es preciso que te recuerde que no soy un funcionario contratado. Los administradores municipales controlarán los fondos, pero a mí me han elegido los votantes. Y me han elegido para que los proteja y para que preserve y haga cumplir la ley. He prestado juramento y pienso mantener mi palabra.

—¿Me estás amenazando? Porque si se trata de eso...

En aquel preciso instante, sonó el silbato de la fábrica. Allí dentro el sonido les llegó muy apagado, pero pese a ello, Danforth Keeton dio un respingo como si le hubiera picado una avispa. Por un momento, puso unos ojos como platos y sus manos se cerraron sobre los brazos del asiento como dos zarpas blancas.

De nuevo, Alan se sintió perplejo. Está más inquieto que una yegua en celo, pensó. ¿Qué diablos le sucede?

Por primera vez en la vida, se encontró preguntándose si tal vez el honorable Danforth Keeton, que era presidente del Consejo Municipal de Castle Rock desde mucho antes de que Alan hubiera oído hablar siquiera del pueblo, estaría metido en algún asunto no del todo claro.

—No te amenazo —respondió. Keeton empezaba a relajarse otra vez, pero con

cierta cautela..., como si temiera que el silbato volviera a sonar, solo para incordiarlo.

—Estupendo. Porque no es solo una cuestión de controlar los fondos, comisario Pangborn. El Consejo Municipal, junto con los tres comisionados del condado, posee competencias para la contratación de los ayudantes del comisario... y para su despido. Además de otras muchas competencias que conoces muy bien, sin duda.

—Pero esos trámites son una mera formalidad.

—Así ha sido siempre —corroboró Keeton. Sacó un habano del bolsillo interior de la chaqueta y lo hizo girar entre los dedos, haciendo crujir el celofán—. Pero eso no significa que haya de seguir siéndolo en adelante.

¿Quién amenazaba ahora a quién?, pensó Alan, pero se calló la pregunta.

En lugar de ello, se echó hacia atrás en su asiento y miró a Keeton. Este le sostuvo la mirada unos instantes; luego bajó la vista hacia el habano y empezó a quitarle el envoltorio.

—La próxima vez que aparques en las plazas reservadas, te pondré la multa yo mismo. Y no retiraré la denuncia —aseguró Alan—. Y si alguna vez vuelves a tocar a uno de mis agentes, te denunciaré por agresión a la autoridad. Lo haré por muchas presuntas competencias que tenga el Consejo. Porque, conmigo, la política tiene un límite. ¿Entendido?

Keeton mantuvo la vista fija en el habano un largo rato, como si meditara. Cuando alzó de nuevo el rostro hacia Alan, sus ojos se habían convertido en dos pequeños cristales, duros como el pedernal.

—Si quieres comprobar lo duro que tengo el culo, comisario, sigue empujándome.

El rostro de Keeton llevaba escrita la rabia que sentía, desde luego, pero Alan percibió algo más en sus facciones. Miedo, le pareció. ¿Era algo visible, o más bien se lo decía su olfato? No estaba seguro, pero esa no era la cuestión. Lo que sí podía ser importante era la causa de aquel miedo. Sin duda, eso podía ser muy importante.

—¿Entendido? —repitió.

—Sí —dijo Keeton. Quitó el celofán del habano con un gesto brusco y seco y arrojó el papel al suelo. Se llevó el puro a la boca, lo sostuvo entre los dientes y añadió—: Y tú, ¿me has entendido a mí?

La silla volvió a crujir y chirriar cuando Alan se inclinó hacia delante de nuevo y clavó su mirada en Keeton con expresión muy grave.

—Entiendo lo que dices, Danforth, pero te aseguro que no comprendo tu actitud. Nunca hemos sido grandes amigos...

—¡Desde luego que no! —lo interrumpió Keeton, y procedió a cortar el extremo del habano con los dientes.

Por un instante, Alan pensó que su interlocutor iba a arrojar al suelo la punta cortada y decidió no tomárselo en cuenta (una vez más, cosas de la política), pero

Keeton la escupió en la palma de la mano y la depositó en el cenicero impoluto de la mesa del comisario. Las hebras de tabaco rodaron hasta el fondo del cenicero como pequeños excrementos caninos.

—... pero siempre hemos mantenido unas relaciones de trabajo bastante cordiales —continuó el comisario—. Y ahora, esto. ¿Algo va mal, Danforth? Si es así y puedo ayudarte de alguna manera...

—No sucede nada —respondió Keeton, al tiempo que se incorporaba bruscamente. Volvía a estar enfadado; más que enfadado, en realidad. Alan casi pudo ver que le salía vapor por las orejas—. Es solo que estoy harto de esta... persecución.

Era la segunda vez que utilizaba aquella palabra. A Alan le sonó rara, inquietante. En realidad, toda la conversación le había resultado inquietante.

—Bueno, ya sabes dónde estoy —dijo por fin.

—¡Desde luego que lo sé! —contestó Keeton, y se encaminó hacia la puerta.

—Y haz el favor de recordar que esas plazas de aparcamiento están reservadas a la policía.

—¡A la mierda con el aparcamiento! —replicó Keeton, y abandonó el despacho dando un portazo.

Alan permaneció sentado detrás del escritorio y contempló largo rato la puerta cerrada, con una expresión de preocupación en el rostro.

A continuación se levantó, rodeó la mesa, recogió del suelo el cilindro de celofán arrugado, lo arrojó a la papelería y avanzó hasta la puerta para hacer entrar al reverendo Willie.

6

—El señor Keeton parecía bastante enfadado —comentó Rose al entrar. Con parsimonia, tomó asiento en la silla que el presidente del Consejo Municipal acababa de desocupar, miró con disgusto la punta de habano del cenicero y, por último, colocó su Biblia blanca con gran cuidado en el centro de su mezquino regazo.

—El próximo mes habrá muchas reuniones para discutir asignaciones presupuestarias —explicó Alan vagamente—. Seguro que todos los administradores municipales están nerviosos con los preparativos.

—Desde luego —asintió el reverendo Rose—. Porque Jesucristo nos dijo: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios».

—Ajá —murmuró Alan. De pronto, deseó tener un cigarrillo, uno de esos Lucky o Pall Mall que rebosaban de alquitrán y de nicotina—. ¿En qué puedo ayudarle esta tarde, reve... reverendo Rose? —El comisario advirtió horrorizado lo cerca que había estado de llamarlo «reverendo Willie».

Rose se quitó las gafas redondas y sin montura, limpió los cristales y volvió a colocárselas, ocultando las dos pequeñas marcas rojas en el puente de la nariz. Sus cabellos negros, repeinados y engominados con alguna loción capilar que Alan podía oler pero no identificar, brillaban bajo la luz de los tubos fluorescentes del techo.

—Se trata de esa abominación que el padre John Brigham da en llamar «Noche de Casino» —anunció por fin el reverendo—. Como recordará, jefe Pangborn, vine a verle poco después de enterarme de esta idea espantosa para exigirle que se negara a autorizar tal acto en nombre de la decencia.

—Reverendo Rose, recordará usted que...

Rose levantó una mano con gesto imperioso y se llevó la otra al bolsillo de la chaqueta, de donde extrajo un folleto casi del tamaño de un libro de bolsillo. Alan comprobó con desánimo, pero no con sorpresa, que se trataba de la versión abreviada del Código Penal del estado de Maine.

—Pues ahora —prosiguió diciendo el reverendo con voz altisonante— vuelvo para exigirle que prohíba el acto no solo en nombre de la decencia, sino también en nombre de la ley.

—Reverendo Rose...

—Aquí está: artículo veinticuatro, sección nueve, párrafo dos, del Código Penal del estado de Maine —lo interrumpió el reverendo, con las mejillas encendidas de excitación, y Alan pensó para sí que en los últimos minutos lo único que había hecho era pasar de un chiflado a otro—. «Salvo en los casos citados —leyó Rose, adoptando el tono de voz que utilizaba en el púlpito y que tan bien conocían sus feligreses más fervorosos—, los juegos de azar, según quedan definidos en el artículo veintitrés del presente Código, en los que se requiera apuestas de dinero como condición para participar, serán considerados ilegales.» —El reverendo cerró el folleto con un gesto enérgico y miró a Alan con ojos llameantes—. ¡«Serán considerados ilegales»! —repitió a voz en grito.

Por un fugaz momento, Alan estuvo tentado de levantar los brazos hacia el cielo y añadir: «¡Alabado sea el Señor!». Cuando hubo pasado, respondió:

—Conozco los artículos del Código que se refieren al juego, reverendo Rose. Los revisé después de su anterior visita y consulté con Albert Martin, que se encarga de la mayor parte del trabajo legal en el ayuntamiento. Martin opina que el artículo veinticuatro no afecta a actividades como la Noche de Casino. —Hizo una pausa y añadió—: Y debo decirle que yo comparto esa opinión.

—¡Imposible! —soltó Rose—. Esa gente se propone convertir la casa del Señor en un garito de juego, ¿y usted me dice que eso es legal?

—Tan legal como las sesiones de bingo que se llevan celebrando en el Salón de las Hijas de Isabel desde mil novecientos treinta y uno.

—¡Pero esto no es un bingo! ¡Se trata de la ruleta! ¡De juegos de cartas con

apuestas! ¡De... de... —al reverendo le tembló la voz— de partidas de dados!

De nuevo, Alan sorprendió sus manos tratando de dar forma a otro pájaro, y en esta ocasión las cerró con firmeza sobre el secante del escritorio.

—Hice que Albert escribiera una carta de consulta a Jim Tierney, el fiscal general del Estado, y su respuesta fue la misma. Lo siento, reverendo Rose. Sé que este asunto le molesta. A mí me sucede lo mismo con esos monopatines que usan los chicos. Si pudiera, los prohibiría, pero no puedo. En una democracia, a veces tenemos que tolerar cosas que no aprobamos o que no nos gustan.

—¡Pero estamos hablando de juegos de azar! —insistió el reverendo con una nota de verdadera aflicción en la voz—. ¡De jugar por dinero! ¿Cómo puede ser legal semejante ignominia si el mismo Código dice concretamente...?

—Tal como lo han planteado, no se jugará por dinero, en realidad. Cada... participante... ofrece un donativo al entrar en el local. A cambio, recibe una cantidad equivalente en fichas. Al final de la noche, se subastan varios premios. No dinero, sino premios, ¿entendido? Un vídeo, un horno-parrilla, un aspirador, una vajilla y cosas así. —Y un impulso irrefrenable le llevó a añadir—: Tengo entendido que el donativo inicial puede, incluso, ser deducible de impuestos.

—¡Es una abominación pecaminosa! —insistió el reverendo. Sus mejillas habían perdido el color y tenía dilatadas las ventanas de la nariz.

—Eso es un juicio moral, no legal. Este tipo de actos se celebra en todo el país.

—Es cierto —reconoció Rose. Se levantó, sosteniendo la Biblia ante sí como si fuera un escudo, y continuó—: Organizados por los católicos. A los católicos les encanta el juego. Pero yo me propongo poner fin a eso, jefe Pangborn. Con su ayuda o sin ella.

Alan también se puso en pie.

—Un par de cosas, reverendo. Primera, no es jefe, sino comisario Pangborn. Segunda, no soy quién para decirle a usted qué debe predicar desde su púlpito, igual que no puedo decirle al padre Brigham qué clase de actos debe celebrar en su iglesia, en el Salón de las Hijas de Isabel o en el de los Caballeros de Colón (siempre, claro está, que no estén expresamente prohibidos por las leyes del estado), pero sí puedo advertirle a usted que se ande con cuidado. De hecho, creo que es mi obligación advertírselo.

Rose le dirigió una mirada gélida.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que le veo muy exaltado. No tengo nada contra los pasquines que su gente ha pegado por todo el pueblo, ni contra las cartas en el periódico, pero existe un límite legal que no debe traspasar. Le aconsejo que se olvide del asunto.

—Cuando Jesucristo vio a las prostitutas y a los prestamistas en el templo, no consultó ningún Código Penal escrito, comisario. Cuando vio a esos hombres y

mujeres perversos profanando la casa del Señor, no tuvo en cuenta los límites legales. ¡Nuestro Señor hizo lo que Él consideraba correcto!

—Sí —replicó Alan sin alzar la voz—, pero usted no es Él.

Rose lo miró fijamente durante unos largos instantes, con los ojos llameantes como quemadores de gas encendidos, y Alan pensó que el reverendo estaba loco de remate.

—Buenos días, jefe Pangborn —se despidió Rose con frialdad.

Esta vez, Alan no se molestó en corregirlo. Se limitó a asentir y alargar la mano, perfectamente consciente de que su interlocutor no iba a estrecharla. El reverendo dio media vuelta y se dirigió a la puerta con la Biblia apretada todavía contra el pecho.

—Olvídese del asunto, ¿de acuerdo, reverendo? —insistió Alan a sus espaldas.

Rose no volvió la cabeza ni pronunció palabra. Salió del despacho y dio un portazo con tal ímpetu que hizo tintinear el cristal. Alan se sentó de nuevo tras el escritorio y se llevó las palmas de las manos a las sienes.

Momentos después, Sheila Bringham asomó la cabeza por la puerta con expresión tímida.

—¿Alan?

—¿Se ha marchado? —preguntó el comisario sin levantar la vista.

—¿El predicador? Sí. Ha salido dando un portazo y furioso como una ventolera de marzo.

—Elvis no está en el edificio —le murmuró Alan con voz hueca.

—¿Qué?

—Nada —contestó, y levantó la vista—. Me convendría una buena dosis de droga dura, te lo aseguro. ¿Podría buscar en el archivo de pruebas y ver qué tenemos allí, Sheila?

La mujer sonrió.

—Ya lo he hecho y me temo que la alacena está vacía. ¿Le bastaría con una taza de café?

Alan le devolvió la sonrisa. La tarde que acababa de empezar, se dijo, tenía que ser mejor que la mañana. Era preciso que lo fuera.

—Me bastará.

—Estupendo.

Sheila cerró la puerta y Alan, por fin, dejó que sus manos se movieran con entera libertad. Muy pronto, una bandada de mirlos volaba a través de una franja iluminada por los rayos directos del sol en la pared opuesta a la ventana.

Los jueves, la última parte de la jornada en la escuela secundaria de Castle Rock estaba dedicada a actividades complementarias, y Brian Rusk, que era un alumno distinguido y no tenía que participar en ninguna actividad escolar hasta que se llevara a cabo la elección de actores para la función teatral de invierno, tenía permiso para marcharse antes a casa, lo cual compensaba el hecho de tener que salir más tarde los martes.

Aquel jueves por la tarde, Brian cruzó la puerta lateral casi antes de que terminara de sonar el timbre de final de clases. En la mochila, cómicamente abultada, llevaba no solo los libros sino también el impermeable que su madre le había obligado a ponerse por la mañana.

El corazón le latía con fuerza mientras se alejaba de la escuela dándole a los pedales. Tenía algo

(un recado)

que hacer. Una pequeña tarea que cumplir. Una tarea que parecía divertida, en realidad. Por fin sabía de qué se trataba. Lo había recordado con toda claridad mientras estaba pensando en las musarañas durante la clase de matemáticas.

Mientras bajaba la cuesta de Castle Hill por la calle de la escuela, el sol apareció tras las nubes deshilachadas por primera vez en lo que iba de día. Brian miró a su izquierda, y sobre la calzada mojada, avanzando a la misma velocidad que él, vio la sombra de un chico montado en la sombra de una bicicleta.

Hoy tendrás que ir deprisa si no quieres que te deje atrás, sombra, se dijo. Tengo cosas que hacer y sitios que visitar.

Brian cruzó pedaleando la zona comercial sin volver la vista hacia Main Street, donde estaba Cosas Necesarias. Solo se detuvo brevemente en los cruces para mirar rutinariamente a un lado y a otro antes de pasar y continuar su marcha apresurada. Cuando llegó al cruce de Pond (la calle donde vivía) con Ford Street, dobló a la derecha en lugar de enfilear Pond Street arriba hasta su casa. En la intersección de las calles Ford y Willow, se desvió a la izquierda. Willow Street era paralela a Pond; los patios traseros de las casas de ambas calles eran colindantes y estaban separados, en la mayoría de los casos, por unas vallas de tablones.

Pete y Wilma Jerzyck vivían en Willow Street.

Aquí tengo que andarme con un poco de cuidado, se dijo.

Pero Brian sabía ir con cautela; había trazado su plan mentalmente durante el trayecto desde la escuela y las ideas le habían ido saliendo con toda fluidez, casi como si las hubiera tenido en la cabeza desde el principio. Igual que el recuerdo de la tarea que se le había encomendado.

En casa de los Jerzyck reinaba el silencio y el camino particular estaba vacío, pero eso no significaba necesariamente que ya pudiera confiarse. Brian sabía que Wilma trabajaba, al menos a tiempo parcial, en el supermercado Hemphill's, en la

carretera 117; lo sabía porque la había visto allí en alguna ocasión, manejando una caja registradora con su perpetuo pañuelo en la cabeza, pero eso no implicaba que estuviera trabajando en aquel momento. Y el pequeño Yugo desvencijado que conducía la mujer podía estar guardado en el garaje de la casa, donde no podía verlo.

Brian subió el camino particular a golpe de pedal, se apeó de la bicicleta y la apoyó en el caballete. Notaba los latidos del corazón en los oídos y en la garganta, como un redoble de tambores. Mientras cubría la distancia que lo separaba de la puerta delantera, repasó mentalmente las frases que diría si resultaba que, después de todo, la señora Jerzyck estaba en casa.

«Hola, señora Jerzyck, ¿me conoce? Soy Brian Rusk y vivo en la calle de atrás. Voy a la escuela secundaria y dentro de poco vamos a vender suscripciones a la revista escolar para recaudar fondos y comprar con ellos uniformes nuevos para la banda. Estoy preguntando a los vecinos si les interesa suscribirse, y así, cuando tenga las revistas, volveré a visitar a los que hayan aceptado. Los que consigan más suscripciones se llevarán premios, ¿sabe?»

Cuando había elaborado todo aquello en su cabeza, le había parecido una buena excusa y aún seguía pareciéndoselo, pero ello no le impedía sentir cierta inquietud. Al llegar a la puerta se detuvo unos momentos, pendiente de algún ruido en el interior de la casa: una radio, un televisor sintonizado en algún culebrón (pero no *Santa Bárbara*; faltaba todavía un par de horas para el capítulo diario de la serie), un aspirador, tal vez. No oyó el menor signo de actividad, pero aquel silencio podía resultar tan engañoso como la ausencia de coches en el camino.

Pulsó el timbre de la puerta y desde algún rincón lejano de la casa le llegó débilmente el sonido: ¡ding-dong!

Aguardó ante la puerta, volviendo varias veces la cabeza a un lado y a otro para comprobar si alguien había advertido su presencia, pero Willow Street parecía completamente dormida. Y el jardín delantero de la casa de los Jerzyck estaba rodeado por un seto, lo cual era estupendo. Cuando uno tenía que hacer

(*un recado*)

algo que la gente —los padres de uno, por ejemplo— no aprobaría del todo, un seto como aquel era lo mejor del mundo.

Esperó medio minuto más sin que apareciera nadie. De momento, todo marchaba sobre ruedas..., pero era mejor asegurarse y no correr riesgos. Volvió a pulsar el timbre dos veces seguidas y en las entrañas de la casa sonó el correspondiente ¡ding-dong! ¡ding-dong!

Tampoco entonces hubo respuesta.

Estupendo. Todo estaba saliendo a pedir de boca. De hecho, todo estaba resultando sencillamente fantástico y absolutamente superguay.

Pero, fantástico y superguay o no, Brian no pudo resistir el impulso de echar otro

vistazo —esta vez bastante furtivo— a ambos lados de la calle mientras empujaba la bicicleta, con el caballete aún bajado, entre la casa y el garaje. Allí, en la zona que los simpáticos obreros de la Compañía de Puertas y Revestimientos Dick Perry, de South Paris, denominaban el pasaje, dejó la bici antes de seguir hasta el patio trasero. El corazón le latía más fuerte que nunca. A veces, cuando el corazón se le aceleraba de aquella manera, la voz le temblaba, y Brian deseó fervientemente que si la señora Jerzyck andaba por allí plantando bulbos o algo parecido, la voz no lo traicionara mientras le contaba lo de la suscripción a la revista. Si la mujer se daba cuenta, tal vez sospecharía que no le estaba diciendo la verdad. Y no quería ni pensar en los problemas que ello le causaría.

Hizo un alto junto a la esquina posterior de la casa. Desde allí alcanzaba a ver parte del patio trasero de los Jerzyck, pero no todo. De pronto, lo que estaba haciendo ya no le parecía tan divertido. De pronto, le parecía una broma sin gracia; no más que eso pero, decididamente, tampoco menos. Una voz aprensiva sonó de improviso en su mente: ¿Por qué no montas otra vez en la bici, Brian? Vuelve a casa, tómate un vaso de leche y piénsate mejor todo esto.

Sí. Parecía una idea excelente, una idea muy sensata. Incluso empezó a dar media vuelta..., y entonces surgió en su cabeza una imagen. Y esa imagen resultó mucho más poderosa que la voz anterior. Vio un gran coche negro, un Cadillac o quizá un Lincoln Mark IV, que se detenía delante de su casa. La puerta del conductor se abría y aparecía por ella el señor Leland Gaunt. Pero el señor Gaunt ya no llevaba la chaqueta de media gala como la que vestía Sherlock Holmes en algunos relatos. El señor Gaunt que avanzaba por el paisaje imaginario de Brian lucía un formidable traje negro, el traje de un director de pompas fúnebres, y su expresión ya no resultaba amistosa. La cólera que despedían sus ojos azul oscuro les daba un tono aún más intenso. Sus labios dejaban a la vista la dentadura irregular, pero esta vez la mueca no era ninguna sonrisa. Sus piernas largas y delgadas recorrían el camino particular hasta la puerta de la casa de los Rusk como un par de tijeras y la sombra pegada a sus talones parecía la silueta del verdugo en una película de terror. Cuando llegara a la puerta, no se detendría a tocar el timbre, no señor. Sencillamente, irrumpiría en la casa. Si su madre trataba de interponerse en su camino, la apartaría de un empujón. Si su padre intentaba cerrarle el paso, lo derribaría de un puñetazo. Y si su hermano pequeño, Sean, salía en su defensa, el señor Gaunt lo enviaría volando al otro extremo de la casa, como un *quarterback* lanzando un pase largo. Después subiría la escalera a grandes zancadas, llamándolo a gritos, y las rosas del papel pintado de la pared se marchitarían cuando la sombra del verdugo pasara sobre ellas.

Y me encontraría, seguro, pensó Brian. Plantado allí, junto a la pared de la casa de los Jerzyck, su rostro era un compendio del desaliento. No serviría de nada que intentara esconderme, se dijo. No serviría de nada aunque me largara al mismísimo

Bombay. Me encontraría. Y cuando lo hiciera...

Intentó detener la imagen, desconectarla, pero fue en vano. Vio cómo los ojos del señor Gaunt se agrandaban hasta convertirse en dos abismos azules cuyo fondo se perdía en una aterradora eternidad añil. Vio cómo las manos longilíneas del señor Gaunt, con sus dedos índice y corazón extrañamente iguales, se convertían en sendas garras que descendían sobre sus hombros, y notó que la piel se le erizaba de repulsión al contacto con ellas. Y oyó la voz resonante del señor Gaunt: *¡Tienes una cosa que me pertenece, Brian, y no me la has pagado!*

¡Te la devolveré!, se oyó a sí mismo contestando en un alarido a aquel rostro contraído de furia. *¡Por favor, oh, por favor, te la devolveré, te la devolveré, pero no me hagas daño!*

Brian volvió en sí, tan confuso como se había sentido el martes por la tarde al salir de Cosas Necesarias. Pero esta vez la sensación no resultaba tan agradable como entonces.

La cuestión era que no quería devolver el cromo de Sandy Koufax.

No quería devolverlo, porque era suyo.

8

Myra Evans llegó bajo el toldo de Cosas Necesarias en el preciso instante en que el hijo de su mejor amiga se adentraba por fin en el patio trasero de Wilma Jerzyck. Las miradas de Myra, primero a su espalda y luego a la acera opuesta de Main Street, fueron aún más furtivas que las de Brian a ambos lados de Willow Street.

Si Cora —que era realmente su mejor amiga— se enteraba de que estaba allí y, sobre todo, de la razón que la había llevado a la nueva tienda, probablemente no volvería a dirigirle la palabra en toda su vida.

No importa, pensó Myra. Le vinieron a la mente dos refranes y ambos le parecieron adecuados a la situación. Uno era: «Quien da primero da dos veces». El otro: «Ojos que no ven, corazón que no siente».

Por si acaso, Myra se había colocado unas grandes gafas de sol Foster Grant antes de bajar al centro. «Más vale prevenir que curar» era otro refrán que merecía la pena tener en cuenta.

Con estos pensamientos, Myra avanzó lentamente hasta la puerta y estudió el rótulo colgado en ella:

MARTES Y JUEVES, SOLO CITAS CONCERTADAS.

Myra no tenía cita concertada. Había acudido hasta allí llevada de un impulso irrefrenable, suscitado por una llamada de Cora hacía apenas veinte minutos.

—¡Le he estado dando vueltas al asunto todo el día! Sencillamente, tengo que comprarlo, Myra. Debería habérmelo quedado el miércoles, pero solo tenía cuatro dólares en el bolso y no estaba segura de si ese hombre aceptaría un cheque. Ya sabes lo embarazoso que resulta que no te lo acepten. No he dejado de reprochármelo ni un minuto. ¡Vaya, si apenas he pegado ojo en toda la noche! Seguro que te parece una tontería, pero es cierto.

Myra no lo consideraba una tontería y sabía que Cora decía la verdad, porque ella tampoco había dormido en toda la noche. Y Cora se equivocaba al considerar que la foto tenía que ser suya por el mero hecho de haberla visto primero. ¡Como si eso le otorgara una especie de derecho divino, o algo parecido!

—De todos modos, no creo que fuera ella quien la vio antes —murmuró Myra en voz baja y mohína—. Me parece que yo la vi primero.

La cuestión de quién había sido la primera en descubrir aquella fotografía absolutamente deliciosa era, en cualquier caso, discutible.

Lo que resultaba incuestionable, se dijo, era lo que le pasaría por la cabeza cada vez que acudiera a casa de Cora y viera la foto de Elvis colgada sobre la repisa de la chimenea, justo entre la figura de cerámica de Elvis y la jarra de cerveza de porcelana con la imagen de El Rey. Cuando se lo imaginaba, a Myra se le revolvía el estómago y se le formaba un nudo como un trapo mojado. Le recordaba a como se había sentido durante la primera semana de la guerra contra Irak.

¡Qué injusticia!

Cora tenía toda clase de bonitos objetos relacionados con Elvis e incluso lo había visto en concierto en una ocasión. Había sido en el Centro Cívico de Portland, aproximadamente un año antes de que El Rey fuera llamado al cielo para estar junto a su querida madre.

—Esa foto tiene que ser mía —murmuró, y haciendo acopio de todo su valor, llamó a la puerta.

Casi sin darle tiempo a llevar la mano al tirador, la puerta se abrió y un hombrecillo de hombros estrechos que salía de la tienda estuvo a punto de arrollarla.

—Disculpe —murmuró el hombre sin levantar la cabeza, y Myra apenas tuvo tiempo de reconocer las facciones del señor Constantine, el farmacéutico del centro comercial LaVerdiere. El hombre cruzó la calle a toda prisa y penetró en el parque municipal, sosteniendo en las manos un pequeño paquete embalado, sin dirigir una sola mirada a un lado ni a otro.

Cuando Myra se volvió otra vez hacia la puerta, el señor Gaunt estaba en el umbral, con una sonrisa en sus ojos pardo cereza.

—No tengo cita concertada... —murmuró Myra con un hilo de voz. Brian Rusk, acostumbrado desde siempre a oír a la mujer pronunciarse sobre cualquier asunto con un tono de absoluta autoridad y firmeza, no habría reconocido aquella vocecilla

tímida ni en un millón de años.

—Ya la tiene, querida señora —respondió el señor Gaunt, quien se apartó a un lado sin dejar de sonreír—. ¡Bienvenida otra vez! ¡Pase sin compromiso y deje aquí un poco de la felicidad que trae con usted!

Tras una última mirada rápida a su alrededor, en la que no vio a nadie que conociera, Myra Evans entró furtivamente en Cosas Necesarias.

La puerta se cerró de inmediato detrás de ella.

Una mano de dedos largos, blanca como la de un cadáver, se levantó en la penumbra, encontró el cordón del tirador y bajó la persiana.

9

Brian no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que lo exhaló en un suspiro largo y sibilante.

En el patio trasero de la casa de los Jerzyck no había ni un alma.

Wilma, animada sin duda por la mejoría del tiempo, había tendido la colada antes de marcharse al trabajo o adondequiera que hubiese ido. La ropa colgaba de tres cuerdas al sol y a la brisa refrescante que soplaba. Brian se acercó a la puerta trasera de la casa y se asomó al interior, llevándose las manos a ambos lados de la cara y apoyando los bordes exteriores en el cristal para evitar los reflejos. La cocina estaba desierta. Estuvo a punto de llamar a la puerta, pero antes de hacerlo llegó a la conclusión de que con ello solo buscaba otra manera de escapar de su misión. En la casa no había nadie. Lo mejor era terminar el asunto y luego salir pitando.

Volvió a bajar lentamente los peldaños del porche hasta encontrarse de nuevo en el patio trasero. Las cuerdas de tender la ropa, con su carga de camisas, pantalones, ropa interior, sábanas y fundas de almohada, quedaban a su izquierda. A la derecha había un pequeño huerto donde ya se habían recolectado todas las verduras, salvo algunas calabazas de pequeño tamaño. Al fondo del patio se alzaba una valla de tablones de pino, al otro lado de la cual quedaba la propiedad de los Haverhill, cuya entrada principal estaba en la calle donde vivía Brian, a solo cuatro casas de la suya. El intenso chaparrón de la noche anterior había convertido el huerto en un cenagal, donde la mayoría de las calabazas por recoger estaban medio sumergidas en los charcos. Brian se agachó, cogió un puñado de tierra parda oscura del huerto en cada mano y avanzó luego hacia la ropa tendida, con unos regueros de agua marrón corriéndole entre los dedos.

La cuerda más cercana al pequeño huerto estaba ocupada en toda su longitud por varias sábanas aún húmedas, pero que la brisa contribuía a secar rápidamente. Las sábanas emitían sonidos lánguidos al aletear bajo su impulso, y despedían una

blancura purísima, prístina.

Adelante, le susurró en la mente la voz del señor Gaunt. *A por ello, Brian. Como lo haría Sandy Koufax. ¡Adelante!*

Brian llevó las manos atrás por encima de los hombros, con la palma hacia el cielo. No le sorprendió demasiado descubrir que tenía otra erección, como en el sueño. Y se alegró de no haberse echado atrás. Decididamente, aquello iba a resultar divertido.

Lanzó las manos hacia delante, con fuerza. El barro escapó de ellas en dos bolas marrones y alargadas que se abrieron en abanico antes de chocar con las sábanas henchidas por el viento, salpicándolas en sendas parábolas chorreantes y viscosas.

Brian volvió al huerto, cogió otros dos puñados de barro, los arrojó contra las sábanas, se agachó de nuevo, tomó dos más y los lanzó también. Se apoderó de él una especie de frenesí. Una y otra vez, repitió la operación, cogiendo sucesivos puñados de fango y arrojándolos uno tras otro contra la ropa tendida.

Podría haber seguido así toda la tarde, si alguien no hubiera gritado. Al principio, creyó que los gritos iban dirigidos a él. Se encogió rápidamente y escapó de sus labios un gemido aterrado, pero pronto advirtió que solo era la señora Haverhill, que llamaba a su perro al otro lado de la valla.

Aun así, tenía que largarse de allí, y deprisa.

Con todo, se detuvo un instante a contemplar su obra, y un pasajero escalofrío de vergüenza e inquietud le recorrió la espalda.

Las sábanas habían protegido la mayor parte de las otras prendas, pero habían quedado embadurnadas de barro. Solo quedaban en ellas unos pequeños islotes de blancura para recordar el color que habían tenido hasta unos minutos antes.

Brian se miró las manos, sucias de barro. A continuación, volvió corriendo a la esquina de la casa, donde había una boca de riego. Cuando hizo girar la llave de paso, surgió del grifo un chorro de agua muy fría. Metió las manos bajo el chorro y las frotó con fuerza. Se enjuagó hasta que hubo desaparecido todo el barro, incluso los restos bajo las uñas, sin hacer caso del entumecimiento que se adueñaba de sus dedos. Hasta metió los puños de la camisa bajo el grifo.

Después cerró la llave de paso, volvió hasta la bicicleta, levantó el caballete y la empujó por el camino particular de la casa hasta la acera de la calle. Pasó un momento de apuro cuando vio un pequeño utilitario amarillo que avanzaba hacia él, pero luego advirtió que no era un Yugo, sino un Civic. El coche pasó por su lado sin aminorar la marcha y sin que el conductor prestara la menor atención al chiquillo de manos enrojecidas y casi cuarteadas por el frío que empujaba la bicicleta en el patio delantero de los Jerzyck, a aquel chiquillo cuyo rostro era casi un anuncio con una palabra, ¡CULPABLE!, escrita en él.

Cuando el coche hubo pasado, Brian montó en la bici y empezó a pedalear a toda

máquina. No se detuvo hasta que se vio subiendo la cuesta del camino particular de su casa. Para entonces, empezaba a remitir el entumecimiento de sus manos, pero todavía le escocían y seguían visiblemente enrojecidas.

Al entrar, oyó que su madre le preguntaba desde la sala de estar:

—¿Eres tú, Brian?

—Sí, mamá.

Lo que acababa de hacer en el jardín trasero de los Jerzyck ya le parecía producto de un sueño. Desde luego, el chico que trasteaba en aquella cocina soleada y aseada, el chico que se acercaba al frigorífico y sacaba la leche del interior, no podía ser el mismo que había hundido las manos hasta la muñeca en el barro del huerto de los Jerzyck y luego había arrojado aquel barro una y otra vez contra las sábanas recién limpias de Wilma Jerzyck.

Desde luego que no.

Se sirvió un vaso de leche y se estudió las manos mientras lo hacía. Estaban limpias. Enrojecidas pero limpias. Guardó de nuevo la botella de leche. Su corazón había recuperado el ritmo normal.

—¿Has tenido un buen día en la escuela, Brian? —le llegó la voz de su madre.

—No ha ido mal.

—¿Quieres venir a ver la tele conmigo? Está a punto de empezar *Santa Bárbara*...

—Claro, mamá —respondió—, pero antes tengo que ir arriba un momento.

—¡No dejes el vaso de leche en la habitación! Luego se agria y apesta, y no hay manera de que el vaso quede limpio en el lavavajillas.

—Está bien, mamá. Lo bajaré.

—¡No te olvides de hacerlo!

Brian fue al piso de arriba y se pasó media hora sentado ante su mesa de estudio, embelesado con su cromo de Sandy Koufax. Cuando Sean entró a preguntarle si quería acompañarlo a la tienda de la esquina, Brian cerró el álbum de cromos de béisbol con un ruido seco y dijo a su hermano menor que se largara de la habitación y no volviera hasta que hubiese aprendido a llamar a la puerta cuando la encontrara cerrada. Instantes después, escuchó el lloriqueo de Sean en el pasillo, pero no sintió lástima alguna por él.

Al fin y al cabo, había una cosa que se llamaba buenos modales...

*tocaron rock and roll, todo se animó
y un cuate se paró y empezó a bailar el rock.*

El Rey aparece con las piernas separadas, los ojos azules llameantes y una vibración en los pantalones acampanados de su traje de fantasía. La pedrería del traje centellea bajo la luz de los focos. Un mechón de cabellos negro azulado le cae sobre la frente. Tiene el micrófono cerca de la boca, pero no tanto para ocultar a Myra la curva sobresaliente de su labio superior.

Myra está en la primera fila del público y desde allí domina todo el escenario.

De pronto, mientras la sección rítmica ataca una pieza, Elvis extiende una mano, se la tiende a ella, igual que Bruce Springsteen (que nunca será El Rey, ni en un millón de años, por mucho que se esfuerce) tiende la suya a la chica en el vídeo de «Dancing in the Dark».

Por un instante, Myra se queda demasiado aturdida para reaccionar, demasiado aturdida para moverse siquiera; luego unas manos la empujan hacia delante y su mano se cierra en torno a la muñeca de ella y la ayuda a encaramarse al escenario. Myra aspira su perfume, una mezcla de sudor, cuero viejo y piel cálida y limpia.

En un abrir y cerrar de ojos, Myra Evans se encuentra en los brazos de Elvis Presley.

El satén del traje de fantasía tiene un tacto suave bajo las yemas de sus dedos. Los brazos que la rodean son musculosos. Aquel rostro, su rostro, el rostro de El Rey, está a escasos centímetros del suyo. ÉL está bailando con ella, forman una pareja: Myra Josephine Evans, de Castle Rock, Maine, y Elvis Aron Presley, de Memphis, Tennessee. Entre pasos de baile descarados, al borde de la obscenidad, recorren de punta a punta el amplio escenario ante cuatro mil chillonas fans, mientras The Jordanaires repiten el viejo estribillo de los años cincuenta: «Let's rock... everybody let's rock...».

Las caderas de Elvis se mueven contra las suyas y Myra nota la presión de su entrepierna en erección contra su propio vientre. Después El Rey la hace girar varias veces, y la falda se le levanta dejando a la vista sus piernas hasta el encaje de las braguitas Victoria's Secret. La mano de Myra da vueltas dentro de la de él como un eje dentro de un engranaje de transmisión, y luego él la atrae de nuevo hacia sí y sus manos se deslizan por la espalda de Myra hasta la redondez de las nalgas y las aprieta con fuerza contra su pelvis. Por un instante, Myra se vuelve hacia el público y, allí abajo, fuera de la luz de los focos, descubre a Cora Rusk. La expresión de Cora está preñada de odio y de envidia.

Entonces Elvis la obliga a volver la cara hacia él y le murmura con ese acento almibarado y arrastrado del Medio Sur: «¿No se supone que tenemos que mirarnos el uno al otro, encanto?».

Antes de que Myra pueda responder, él posa sus labios sobre los de ella y su olor

y su tacto lo llenan todo. Después, de pronto, nota su lengua dentro de la boca. ¡El Rey del rock and roll la está morreando delante de Cora y de todo el cochino mundo!

Elvis la atrae de nuevo contra sí y, mientras la sección de metal entra en acción con un sobreagudo sincopado, Myra empieza a notar un calor extasiante entre los muslos. ¡Ah!, nunca ha experimentado nada parecido, ni siquiera en aquella ocasión con Ace Merrill junto al lago, hace tantos años. Desea gritar, pero aún tiene su lengua enterrada en la boca y no puede hacer otra cosa que hundir los dedos en el suave satén de su espalda y mover las caderas rítmicamente mientras la sección de metal arranca con el «My Way».

11

El señor Gaunt permaneció sentado en una de las lujosas sillas, observando a Myra Evans con clínica indiferencia mientras la mujer se estremecía en un orgasmo. Myra temblaba como si sufriera una crisis nerviosa total, con la foto de Elvis apretada con fuerza entre las manos y los ojos cerrados. Sus pechos se levantaban y descendían, jadeantes, mientras las piernas se le tensaban y relajaban una y otra vez. Su peinado había perdido los rizos de peluquería y los cabellos le caían aplastados sobre la cabeza y el rostro como un casco muy poco atractivo. El sudor le corría por la papada como lo hacía por la de Elvis cuando este se ponía a dar vueltas pesadamente por el escenario en sus últimos conciertos.

—¡Aaah! —exclamaba Myra, temblando como un tazón de gelatina sobre una bandeja—. ¡Aaah! ¡Ooooooh, Dios mío! ¡Ooooooooooh, Diosss! ¡OOOHHH...!

Con aire distraído, el señor Gaunt se pellizcó la pernera de los pantalones oscuros entre el pulgar y el índice y tiró de la tela hasta dejar la raya como la tenía antes, recta y afilada como una navaja de afeitar. Después se inclinó hacia delante y arrancó la foto de las manos de Myra. La mujer abrió de inmediato los ojos, con un destello de total consternación. Alargó la mano para recuperar la foto, pero el objeto ya se encontraba fuera de su alcance. A continuación, hizo ademán de levantarse de la silla.

—Vuelve a sentarte —le ordenó el señor Gaunt.

Myra se quedó absolutamente quieta, como si se hubiera convertido en piedra a medio incorporarse.

—Si quieres ver esa foto otra vez, Myra, vuelve a sentarte.

La mujer obedeció y miró al hombre con muda zozobra. Unas grandes manchas de sudor le asomaban bajo las axilas y a lo largo de los costados de los senos.

—Por favor... —murmuró. Las palabras surgieron de sus labios en un ronco gemido, acompañadas de un gesto de súplica con las manos extendidas.

—Señala un precio —le invitó Gaunt.

Myra reflexionó, con los ojos en blanco y el rostro sudoroso. La nuez del cuello le subió y bajó varias veces.

—¡Cuarenta dólares! —exclamó por fin.

Gaunt soltó una carcajada y movió la cabeza en gesto de negativa.

—¡Cincuenta!

—Eso es ridículo. Me parece que no deseas demasiado esa foto, Myra.

—¡Sí que la deseo! —Unas lágrimas le brotaron de los ojos y le resbalaron por las mejillas hasta mezclarse con el sudor de estas—. ¡De verdad!

—Está bien, la deseas —admitió Gaunt—. Acepto que quieres tenerla, pero... ¿la necesitas, Myra? ¿La necesitas de verdad?

—¡Sesenta! ¡Es todo lo que tengo, hasta el último centavo!

—¿Me tomas por un chiquillo, Myra?

—No...

—Me parece que sí. Ya tengo muchos años, más de los que puedas suponer, aunque he envejecido bastante bien, si me permites que opine así de mí mismo; sin embargo me da la impresión de que me has tomado por un chiquillo. Por un niño inocente capaz de creer que una mujer que vive en un dúplex recién estrenado a menos de tres manzanas del mirador solo tiene sesenta dólares a su nombre.

—¡Usted no lo entiende! Mi marido...

El señor Gaunt se levantó, con la foto en las manos aún. El hombre sonriente que se había hecho a un lado para franquearle la entrada había desaparecido de la tienda.

—No tenías cita concertada, ¿verdad, Myra? No señor. Te he recibido porque soy así de generoso. Pero ahora me temo que debo pedirte que te vayas.

—¡Setenta! ¡Setenta dólares!

—Estás insultando mi inteligencia. Haz el favor de marcharte.

Myra cayó de rodillas ante él, sollozando con entrecortados hipidos impregnados de pánico. Arrastrándose ante Gaunt, se agarró a sus pantorrillas.

—¡Por favor, señor Gaunt, se lo suplico! ¡Tengo que conseguir esa foto! ¡Es preciso que sea mía! Me hace... ¡No creería usted lo que me hace...!

Gaunt volvió la mirada a la foto de Elvis y un pasajero mohín de disgusto cruzó su rostro.

—Me parece que no quiero saberlo —respondió—. Me ha parecido algo extraordinariamente... sudoroso.

—Pero si me pide por ella más de setenta dólares, tendría que hacerle un talón y Chuck se enteraría. Querría saber en qué me he gastado el dinero y, si se lo dijera, me... me...

—Eso no es problema mío —replicó Gaunt—. Yo soy un comerciante, no consejero matrimonial. —Miró a la mujer arrodillada a sus pies y añadió, hablándole a la coronilla de su cabeza bañada en sudor—: Estoy seguro de que habrá alguna otra

persona, la señora Rusk, por ejemplo, que podrá pagar lo que vale esta fotografía tan original del difunto señor Presley.

Ante la mención del nombre de Cora, Myra levantó la cabeza como impulsada por un resorte. Sus ojos eran ahora dos puntos brillantes hundidos en el fondo de unas cuencas profundas y violáceas. Sus labios, en una tensa mueca, dejaban al descubierto la dentadura. En aquel instante, la mujer parecía loca perdida.

—¿Se lo vendería a ella? —musitó en un siseo casi inaudible.

—Defiendo la libertad de comercio —respondió el señor Gaunt—. Es lo que ha hecho grande a este país. Y haz el favor de soltarme, Myra. Tienes las manos empapadas en sudor. Voy a tener que enviar los pantalones a la lavandería e, incluso así, no estoy seguro de que...

—¡Ochenta! ¡Ochenta dólares!

—Te lo vendo exactamente por el doble —anunció Gaunt—. Ciento sesenta dólares —añadió, con una sonrisa que dejó a la vista sus dientes grandes e irregulares—. Y, a propósito, no tengo ningún problema en aceptar tu cheque, Myra.

La mujer emitió un aullido de desesperación.

—¡No puedo hacerlo! ¡Chuck me matará!

—Tal vez —convino el hombre—, pero tú estarías dispuesta a morir por un «amor ardiente», como dice la canción del tipo de la foto. ¿Verdad que sí, Myra?

—Cien —gimió Myra, agarrándose de nuevo a las pantorrillas de Gaunt cuando este intentó apartarse de ella—. ¡Cien dólares! ¡Por favor...!

—Ciento cuarenta —respondió Gaunt—. Y no puedo bajar más. Es mi última oferta.

—Está bien —asintió Myra con un jadeo—. Está bien, está bien, se los daré...

—Y tendrás que hacerme un trabajito, por supuesto —añadió entonces el hombre, lanzándole una sonrisa.

Myra levantó la mirada hacia él, con los labios en una O perfecta.

—¿A qué se refiere? —susurró.

—¡Una mamada! —le respondió Gaunt—. ¡Una felación! ¡Quiero que abras esa boca gloriosa llena de metal y me chupes la polla!

—¡Oh, Dios mío! —musitó ella.

—Como prefieras... —dijo Gaunt, iniciando un movimiento para apartarse de la mujer.

Myra lo agarró antes de que pudiera moverse. Un instante después, sus manos temblorosas pugnaban por abrirle la bragueta.

El hombre la dejó hacer unos momentos con expresión divertida; después apartó las manos de ella de un manotazo.

—Olvidalo —dijo—. El sexo oral me produce amnesia.

—¿Qué...?

—¡Que lo dejes, Myra!

Gaunt le lanzó la fotografía. La mujer alargó las manos agitándolas en el aire, consiguió coger la foto y la apretó contra el pecho.

—De todos modos, quiero que hagas otra cosa... —continuó él.

—¿Qué?

—¿Conoces al hombre que lleva el bar al otro lado del puente?

Myra se disponía a negar con un gesto, mientras un nuevo destello de alarma aparecía en su mirada, pero en aquel momento se le ocurrió a quién debía de referirse.

—¿Henry Beaufort?

—Sí. Creo que también es el dueño de un establecimiento que se llama El Tigre Achispado. Un nombre bastante interesante.

—Bueno, no lo conozco personalmente, pero sé quién es, creo.

Myra no había pisado El Tigre Achispado en su vida, pero, como todos los vecinos del pueblo, sabía perfectamente quién era el dueño y encargado del local.

—Pues bien, quiero que gastes una pequeña broma al señor Beaufort.

—¿Qué... qué clase de broma?

Gaunt alargó la mano, tomó una de las manos sudorosas de Myra y la ayudó a levantarse.

—Eso —respondió— es algo de lo que podemos hablar mientras extiende usted el cheque, Myra.

El dueño de la tienda sonrió una vez más y, con la sonrisa, volvió a su rostro todo el encanto de antes. Sus ojos castaños centellearon de animación.

—Y, por cierto, ¿quiere que le envuelva la foto para regalo?

CINCO

1

Alan tomó asiento frente a Polly en un reservado de la cafetería de Nan y advirtió al instante que la mujer aún sufría intensos dolores, tan intensos como para haber tomado un Percodan a primera hora de la tarde, cosa que no hacía con frecuencia. El comisario se dio cuenta de ello antes incluso de que Polly abriera la boca. Se lo notó en los ojos, en la especie de brillo que despedían. Alan había llegado a acostumbrarse a él, pero seguía sin gustarle. Y no creía que nunca llegara a aceptarlo. Se preguntó, no por primera vez, si ya sería adicta al medicamento, y supuso que, en la situación de Polly, tal adicción solo sería un efecto secundario, algo que cabía esperar, tener en cuenta y achacar al problema principal. Y este era, en pocas palabras, que la mujer tenía que vivir con un dolor que él, probablemente, era incapaz de imaginar siquiera.

Su voz no reflejó ninguno de aquellos pensamientos cuando preguntó:

—¿Qué tal van las cosas, cariño?

—Bueno, ha sido un día muy interesante —respondió ella con una sonrisa—. «Mmmuy... inderesande», como decía el tipo de aquella serie de humor, ¡A reír!

—¡Pero si no tienes edad suficiente para acordarte!

—Sí que la tengo. Alan..., ¿quién es esa?

El comisario se volvió y siguió la mirada de Polly a tiempo de ver pasar ante la gran vidriera de la cafetería a una mujer con un paquete rectangular en los brazos. La mujer caminaba con la vista fija al frente y un hombre que iba en dirección contraria tuvo que apartarse rápidamente para evitar una colisión. Alan repasó rápidamente el enorme archivo de nombres y rostros que guardaba en la memoria y obtuvo lo que Norris, quien estaba profundamente enamorado de la jerga policial, habría denominado sin duda «una identificación parcial».

—Evans. Mabel o Mavis o algo parecido. Es la mujer de Chuck Evans.

—Parece como si se acabara de fumar un porro de panameña roja de primera calidad —comentó Polly—. Qué envidia.

Acudió a tomarles nota Nan Roberts en persona. Nan era miembro de los Soldados Baptistas de Cristo del reverendo Rose, y ese día llevaba una pequeña chapa amarilla prendida sobre el pecho izquierdo. Era la tercera de tales chapas que Alan veía aquella tarde, y supuso que vería muchas más en las siguientes semanas. En el distintivo se veía una máquina tragaperras dentro de un círculo negro con una franja roja que lo cruzaba en diagonal. No llevaba ninguna leyenda escrita, pero dejaba perfectamente clara la opinión de su portadora respecto a la «Noche de Casino».

Nan era una mujer de mediana edad con unos pechos enormes y unas facciones dulces y bonitas que evocaban a uno a su madre y a los pasteles de manzana de la infancia. En su local, como bien sabían Alan y todos sus ayudantes, el pastel de manzana también era excelente, sobre todo con una gran bola de helado de vainilla derritiéndose encima. Era fácil dejarse confundir por el aspecto de Nan, pero muchos hombres de negocios, sobre todo los agentes inmobiliarios, habían comprobado las perniciosas consecuencias de caer en tal error. Detrás de aquel rostro dulce había una mente como un ordenador en pleno funcionamiento y debajo de sus abultados pechos maternos, donde debería haber tenido el corazón, había una pila de libros de contabilidad. Nan era propietaria de un buen pedazo de Castle Rock, incluidos cinco —al menos— de los edificios comerciales de Main Street, y ahora que Papi Merrill estaba enterrado, Alan sospechaba que era, probablemente, la persona más rica del pueblo.

Nan le recordaba a la madama de un burdel de Utica, a quien había detenido en una ocasión. La mujer le había ofrecido un soborno, y al ver que lo rechazaba, había intentado con todas sus fuerzas aplastarle los sesos con una jaula de pájaros. El inquilino de esta, un loro medio desplumado que a veces soltaba «Me he tirado a tu mamá, Frank» con voz malhumorada y pensativa, se encontraba en la jaula en aquella ocasión. A veces, cuando Alan veía marcarse la arruga vertical en el entrecejo de Nan Roberts, le daba la impresión de que la mujer era perfectamente capaz de hacer algo por el estilo. Y le pareció perfectamente natural que Nan, quien ya se limitaba a ocuparse de la caja registradora, acudiera en persona a tomar nota al comisario del condado. Era ese toque personal que tanto se apreciaba.

—Hola, Alan —saludó—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Dónde has estado?

—Aquí y allá —respondió él—. Dando vueltas por ahí.

—Bueno, no te olvides de tus viejos amigos mientras lo haces —continuó Nan, lanzándole unas de sus radiantes sonrisas maternas. Era preciso pasar mucho tiempo cerca de Nan, reflexionó Alan, para darse cuenta de las contadísimas ocasiones en que aquella sonrisa iluminaba el rostro de la mujer—. Pásate por aquí de vez en cuando.

—No hay para tanto, Nan —dijo el comisario—. Aquí me tienes.

Nan soltó una carcajada tan estentórea y sonora que los clientes de la barra, la mayor parte de ellos trabajadores de las compañías madereras, volvieron un instante la cabeza hacia ella. Más tarde, pensó Alan, aquellos hombres contarían a sus amigos que habían visto a Nan Roberts y al comisario conversando alegremente. Como grandes amigos.

—¿Café, Alan?

—Sí, por favor.

—¿Te apetece un pedazo de pastel para acompañarlo? Pastel casero, hecho con

manzanas del huerto de McSherry, del pueblo de Sweden. Cogidas ayer mismo.

Por lo menos, se dijo Alan, la mujer no intentaba venderles que las había arrancado del árbol con sus propias manos.

—No, gracias.

—¿Seguro? ¿Qué dices tú, Polly?

Polly dijo que no con la cabeza.

Nan fue a por el café.

—No te cae demasiado bien, ¿verdad? —preguntó Polly en voz baja.

Alan pensó en ello, un poco sorprendido. En realidad, no se trataba de si le caía bien o mal.

—¿Nan? No tengo nada contra ella. Es solo que me gusta saber cómo es realmente la gente, si puedo.

—¿Y saber también qué es lo que quiere realmente?

—Eso ya sería demasiado —respondió riéndose—. Me conformaría con saber qué es lo que trama.

Polly sonrió —a Alan le encantaba hacerla sonreír— y dijo:

—Aún terminaremos convirtiéndote en un filósofo yanqui, Alan Pangborn.

Él le acarició el revés de su mano enguantada y le devolvió la sonrisa.

Nan llevó el café en una gruesa taza de loza blanca y se alejó enseguida. Al menos, algo podía decirse en favor de ella, pensó Alan: la mujer sabía cuándo se habían cumplido las formalidades y era momento de desaparecer de escena. Era algo que no todas las personas con los intereses y ambiciones de Nan llegaban a aprender.

—Bueno —empezó a decir Alan entre sorbos de café—, cuéntame qué es eso tan interesante.

Polly empezó a contarle con todo lujo de detalles cómo Rosalie Drake y ella habían visto aquella mañana a Nettie Cobb acercarse a la nueva tienda y debatirse indecisa ante la puerta del establecimiento, hasta reunir finalmente el valor necesario para entrar.

—¡Eso es espléndido! —exclamó, y lo decía sinceramente.

—Sí, pero eso no es todo. Cuando salió de Cosas Necesarias, ¡había comprado algo! Jamás la he visto tan contenta y tan... animada como hoy. Sí, esa es la palabra: animada. ¿Te has fijado en lo pálida y cetrina que está normalmente?

Alan asintió.

—Pues bien, esta mañana tenía las mejillas encendidas y el cabello desordenado, y hasta ha soltado un par de veces una risilla.

—¿Estás segura de que solo ha estado de compras? —preguntó Alan, poniendo los ojos en blanco.

—¡No seas bobo! —exclamó Polly, como si ella no hubiera hecho la misma insinuación a Rosalie—. En cualquier caso, Nettie esperó a que te marcharas, como

de costumbre, y luego entró a vernos para enseñarnos lo que había comprado. ¿Sabes esa pequeña colección de objetos de cristal que tiene en su casa?

—No. Hay algunas cosas en el pueblo que han escapado a mi atención, aunque te parezca imposible.

—Tiene media docena de piezas, la mayoría de ellas heredadas de su madre. Una vez me dijo que había tenido más, pero algunas se habían roto. En cualquier caso, adora las pocas cosas que posee, y el hombre de la tienda le ha vendido la pantalla de lámpara de cristal emplomado más espléndida que he visto en años. Al principio he pensado que era una Tiffany. Por supuesto, no lo es. Imposible: Nettie no podría permitirse de ningún modo una pieza de auténtico cristal de Tiffany. Pero es una pieza absolutamente espléndida.

—¿Cuánto le ha costado?

—No se lo he preguntado, pero seguro que el calcetín o lo que sea donde guarda sus ahorros está vacío a estas horas.

Alan frunció el ceño ligeramente.

—¿Estás segura de que no la ha estafado?

—¡Vamos, Alan...! ¿Siempre has de ser tan suspicaz? Puede que Nettie no rija demasiado bien en algunas cosas, pero es una experta en piezas de cristal emplomado. Ha dicho que era una ganga y eso significa que probablemente lo es. Y está tan contenta...

—Bien, eso es estupendo. Justo Lo Que Buscaba.

—¿Qué...?

—Era el nombre de una tienda de Utica —explicó Alan—. Hace mucho tiempo de eso. Yo era un crío todavía. Justo Lo Que Buscaba.

—¿Y qué? ¿Tenía lo que tú buscabas? —inquirió ella en tono burlón.

—No lo sé. No entré nunca.

—Pues bien —continuó Polly—, al parecer nuestro señor Gaunt piensa que tal vez tiene lo que yo busco.

—¿A qué te refieres?

—Nettie me trajo de Cosas Necesarias el envase del pastel y dentro venía una nota. Del señor Gaunt. —Polly le acercó su bolso por encima de la mesa—. Búscala tú mismo. Esta tarde no estoy para mover mucho los dedos.

Alan no prestó atención al bolso, por el momento.

—¿Tan mal estás, Polly?

—Estoy mal —se limitó a responder—. He estado peor, pero no voy a engañarte: nunca he estado mucho peor. Llevo así toda la semana, desde que cambió el tiempo.

—¿Piensas ir a ver al doctor Van Allen?

—Todavía no —contestó la mujer tras un suspiro—. Seguro que pronto pasará. Cada vez que el dolor me da así de fuerte, empieza a remitir justo cuando empiezo a

pensar que voy a volverme loca en cualquier momento. Al menos, siempre ha sucedido así, aunque supongo que algún día el dolor no aflojará. Si el lunes no se ha calmado, iré a que me visite, pero, de todos modos, lo único que puede hacer el doctor es extenderme recetas, y no quiero terminar adicta a los calmantes, si puedo evitarlo.

—Pero...

—Ya basta, Alan —lo interrumpió ella—. Ya basta por hoy, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —asintió el comisario, un poco a regañadientes.

—Fíjate en la nota. Es muy amable... y bastante curiosa.

Alan abrió el cierre del bolso, vio un sobre delgado sobre el billetero y lo extrajo. El papel tenía un tacto agradable, casi cremoso. En la cara del sobre, escrito con una letra tan absolutamente pasada de moda que parecía sacada de un diario antiguo, se leía: «Sra. Polly Chalmers».

—Esta caligrafía es muy curiosa —comentó entre sorprendido y divertido—. Creo que dejó de utilizarse poco después de la era de los dinosaurios.

Sacó del sobre una solitaria hoja de papel de barba, en cuya parte superior había un membrete que decía:

COSAS NECESARIAS

Castle Rock, Maine

Leland Gaunt, propietario.

La caligrafía del texto no era tan florida y recargada como la del sobre, pero tanto el lenguaje que utilizaba como la letra seguían teniendo un delicioso aire anticuado.

Querida Polly:

Gracias de nuevo por la tarta de chocolate. Es mi favorita y estaba deliciosa. También quiero agradecerle su amabilidad y su consideración al haber pensado en mí; supongo que imaginaría lo nervioso que iba a estar el día de la inauguración, y más estando en plena temporada baja.

Tengo entre mis existencias (aunque todavía no dispongo de ellas, pues estoy pendiente de recibir las por transporte aéreo) un objeto que en mi opinión puede interesarle mucho. En realidad no es más que una chuchería, pero me acordé de él en cuanto usted se marchó de la tienda, y con el paso de los años, he comprobado que rara vez me equivoco en mis intuiciones. Espero recibirlo el viernes o el sábado. ¿Por qué no se pasa por la tienda el sábado por la tarde, si tiene ocasión? Estaré todo el día en el local, haciendo inventario de las existencias, y me sentiría encantado de mostrárselo. Por ahora, prefiero no extenderme más; el objeto al que me refiero hablará por sí mismo. En cualquier caso, permítame al menos expresarle una vez mi agradecimiento con una taza de té.

Espero que Nettie esté satisfecha con su adquisición. Es una mujer encantadora y esa pantalla parece haberla hecho muy feliz.

Sinceramente suyo,



LELAND GAUNT

—¡Qué misterioso! —comentó Alan, devolviendo la nota al sobre y este al bolso

de Polly—. ¿Piensas ir a husmear, como decimos en la jerga policial?

—Con una invitación tan formal, y después de ver la pantalla de lámpara de Nettie, ¿cómo podría negarme? Sí, creo que me dejaré caer por allí... si estoy mejor de las manos. ¿Querrás acompañarme, Alan? Puede que el señor Gaunt también tenga algo para ti.

—Tal vez. Pero quizá prefiera quedarme a ver el partido de los Patriots. Ya va siendo hora de que ganen alguno.

—Se te nota cansado, Alan. Tienes unas ojeras muy marcadas.

—Ha sido un día de perros. Para empezar, he tenido que intervenir justo a tiempo de evitar que el presidente del Consejo Municipal y uno de mis ayudantes se rompieran la cara a golpes en los aseos de la comisaría.

Polly se inclinó hacia delante con aire preocupado.

—¿De qué estás hablando?

El comisario le explicó la trifulca entre Keeton y Norris Ridgewick, y terminó refiriéndose al extraño comportamiento de Keeton y cómo este había utilizado repetidas veces a lo largo del día la palabra «persecución». Cuando acabó de hablar, Polly permaneció largo rato en silencio.

—¿Y bien? —inquirió Alan finalmente—. ¿Qué te parece?

—Estaba pensando que aún han de pasar muchos años hasta que te enteres de todo lo que necesitas saber acerca de Castle Rock. Probablemente, lo mismo puede decirse de mí. Estuve ausente del pueblo mucho tiempo y no le he contado a nadie dónde estuve ni qué fue de mi «pequeño problema», y me parece que hay mucha gente en el pueblo que no confía en mí. Pero tú vas recogiendo datos y te acuerdas de las cosas. ¿Sabes cómo me sentí cuando regresé a Castle Rock?

Alan movió la cabeza interesado. Polly no solía referirse al pasado, ni siquiera con él.

—Fue como ver un capítulo de un culebrón que has dejado de seguir hace tiempo. Aunque hayas estado un par de años sin ver un capítulo, reconoces de inmediato a los personajes y sus problemas porque, en realidad, no cambian nunca. Seguir de nuevo uno de esos programas es como volver a calzarse un par de cómodas zapatillas viejas.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que el pueblo es como un serial que aún no conoces en absoluto. Por ejemplo, ¿sabías que el tío de Danforth Keeton estuvo internado en Juniper Hill en la misma época que Nettie?

—No.

—Pues sí —continuó Polly—. Bill Keeton empezó a tener problemas mentales en torno a los cuarenta años. Según mi madre, era un esquizofrénico. No sé si es el término adecuado o si solo era una palabra que mi madre conocía de haberla oído en la televisión, pero de lo que no cabe duda es de que a ese hombre le sucedía algo.

Recuerdo haberle visto parar a la gente por la calle para largarle un discurso sobre cualquier cosa: la deuda nacional, la condición de comunista de John Kennedy o no sé qué más. En esa época, yo apenas era una cría. Pero una cosa sí recuerdo perfectamente, Alan: me daba mucho miedo cuando lo veía en aquel estado.

—Es muy lógico —asintió él.

—A veces deambulaba por la calle con la cabeza gacha, hablando consigo mismo en una voz que era sonora y, a la vez, refunfuñona. Mi madre me advertía de que no debía hablar con él cuando se comportaba de aquella manera, ni siquiera si íbamos camino de la iglesia y él también. Finalmente, Bill intentó matar a tiros a su esposa. Al menos, eso entendí, pero ya sabes cómo se distorsionan estas cosas con el paso del tiempo. Tal vez lo único que hizo fue exhibir la pistola reglamentaria delante de su mujer. Sucediera lo que sucediese, fue suficiente para que lo encerraran en la cárcel del condado. Luego se celebró una de esas audiencias para evaluar si era responsable de sus actos y, al terminar la vista, fue recluido en Juniper Hill.

—¿Y aún sigue allí?

—No, ya murió. Su estado mental degeneró bastante deprisa, una vez internado. Cuando finalmente falleció, estaba catatónico. Al menos eso he oído decir.

—¡Santo cielo!

—Pero las cosas no terminan ahí. Ronnie Keeton, el padre de Danforth y hermano de Bill, pasó cuatro años en el ala de enfermedades mentales del hospital de veteranos en Togus, a mediados de los setenta. En la actualidad está en un asilo. Enfermedad de Alzheimer. Y también hubo una tía abuela o una prima, no estoy segura, que se suicidó en los años cincuenta, después de un escándalo. No estoy segura de qué se trataba, pero en una ocasión oí comentar que le gustaban más las mujeres que los hombres.

—¿Qué pretendes decirme con eso? ¿Que toda la familia está loca?

—No —respondió Polly—. Solo estoy exponiendo una serie de hechos para que veas que conozco una historia del pueblo que tú ignorabas. Una historia de las que no se cuentan durante los discursos del Cuatro de Julio en el parque municipal. No pretendo sacar conclusiones; eso es asunto de la policía.

La mujer dijo esto último con tal seriedad que Alan soltó una risilla. Sin embargo, no pudo evitar una punzada de inquietud. ¿Era posible que la locura fuera hereditaria? En el instituto, en psicología, le habían enseñado que tal idea era un cuento de viejas. En cambio, años después, en la academia de policía de Albany, un conferenciante había afirmado que era cierto (al menos, podía serlo en determinados casos) que algunas enfermedades mentales podían rastrearse en los árboles genealógicos con la misma claridad que otros rasgos físicos, como los ojos azules o la barbilla partida. Uno de los ejemplos que había utilizado el ponente había sido el alcoholismo, pero Alan no logró recordar si también había dicho algo de la

esquizofrenia. Hacía ya tanto tiempo de su paso por la academia...

—Supongo que será mejor que empiece a investigar acerca de Buster —comentó lentamente—. Te aseguro, Polly, que la idea de que el presidente del Consejo Municipal de Castle Rock pueda estar convirtiéndose en una bomba ambulante no me alegra el día, precisamente.

—Claro que no. Y es probable que resulte una falsa alarma. Solo creía que debías saberlo. La gente del pueblo responderá a tus preguntas... si sabes plantear las adecuadas. Si no, todos te verán dar vueltas a ciegas y no harán nada por ayudarte.

Alan sonrió. Polly tenía toda la razón.

—Todavía no te lo he contado todo. Cuando he acabado con Buster, he recibido la visita del reverendo Willie...

—¡Chist! —soltó Polly con tal vigor que Alan calló, desconcertado. La mujer miró a su alrededor, se aseguró de que nadie había prestado atención a lo que estaban diciendo y se volvió de nuevo hacia Alan—. A veces me desesperas, Alan. Si no aprendes a ser discreto, podrías perder el cargo en las elecciones de dentro de dos años... y quedarte en la calle con una gran sonrisa de perplejidad en la cara, preguntándote qué ha sucedido. Tienes que andar con cuidado. Si Danforth Keeton es una bomba ambulante, el reverendo es un auténtico misil.

Alan se inclinó sobre la mesa, acercándose más a la mujer, y replicó:

—Reconozco que es un pelmazo santurrón y pomposo, pero tampoco hay para tanto.

—¿De qué se trata? ¿De esa «Noche de Casino»?

El comisario asintió. Polly posó sus manos sobre las de él.

—¡Pobre Alan! Tan tranquilo que parece el pueblo desde fuera, ¿verdad?

—Normalmente lo es.

—¿Cómo ha ido la visita? ¿El reverendo se ha marchado enfurecido?

—Desde luego que sí —respondió Alan—. Era nuestra segunda conversación sobre la legalidad de la «Noche de Casino». Supongo que tendremos varias más hasta que los católicos celebren esa maldita fiesta y podamos dar por zanjado el tema.

—Es un auténtico pelmazo santurrón, ¿verdad? —insistió Polly en voz aún más baja. Sus facciones eran serias, pero sus ojos centelleaban de animación.

—Sí. Y ahora el asunto de las chapas. Es la última novedad en la campaña.

—¿Qué chapas?

—Esas que, en lugar de una cara sonriente, llevan el dibujo de una máquina tragaperras tachado con un aspa. Nan lleva prendida una de ellas. Me pregunto de quién habrá sido la idea.

—Probablemente de Don Hemphill. Es un buen baptista y está en el comité republicano del estado. Don sabe bastante de campañas políticas, pero supongo que está comprobando que resulta mucho más difícil modificar la opinión pública cuando

se trata de un asunto de religión. —Polly le acarició las manos y añadió—: Tómalo con calma, Alan. Ten paciencia. Espera. Esta es la esencia de la vida en Castle Rock: tomarse las cosas con calma, tener paciencia y esperar a que el ocasional mal olor se desvanezca. ¿No tengo razón?

Alan le dedicó una sonrisa, alargó las manos y tomó las de ella con gran cuidado. Sí, con un cuidado extraordinario.

—Sí, tienes razón —respondió—. ¿Tienes ganas de compañía esta noche, encanto?

—Verás, Alan, no sé si...

—Tranquila, no estaba pensando en una juerga —le aseguró el hombre—. ¿Y si encendemos el fuego en la chimenea, nos sentamos frente a ella y me entretienes sacando unos cuantos muertos más del armario del pueblo?

Polly le dedicó una sonrisa lánguida.

—Creo que durante los últimos seis o siete meses te has puesto al corriente de todos los trapillos sucios que conozco, incluidos los míos. Si quieres profundizar en tus conocimientos acerca de los asuntos de Castle Rock, tendrías que hacer amistad con el viejo Lenny Partridge... o con ella. —Señaló con un gesto de cabeza a Nan y, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, añadió—: La diferencia entre Lenny y Nan es que el primero se contenta con enterarse de las cosas. A Nan Roberts, en cambio, le gusta utilizar lo que llega a su conocimiento.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Nan no siempre ha pagado el precio de mercado por las propiedades que ha adquirido —expuso Polly.

Alan la observó pensativo. Nunca había visto a Polly comportarse de aquel modo: introspectiva, habladora y deprimida, todo a una. Por primera vez desde que la mujer se había convertido en su amiga y, más adelante, en su amante, el comisario se preguntó si estaba oyendo a Polly Chalmers... o más bien al fármaco que había tomado.

—Me parece que esta noche es mejor que me dejes sola —continuó ella con súbita decisión—. Cuando me siento como hoy, no resulto una buena compañía. Me doy cuenta por la cara que has puesto.

—Eso no es verdad, Polly.

—Iré a casa a tomar un buen baño, largo y caliente. Y no voy a beber más café. Desconectaré el teléfono, me acostaré temprano y es posible que mañana por la mañana, cuando despierte, me sienta como nueva. Tal vez entonces podamos..., ya sabes, montar esa juerga que dejamos pendiente.

—Me tienes preocupado —respondió él.

Polly movió sus dedos con suavidad, delicadamente, entre los del hombre.

—Ya lo sé —musitó—. No sirve de nada, pero te lo agradezco, Alan. Más de lo

que te imaginas.

2

Hugh Priest redujo la marcha al pasar ante El Tigre Achispado camino de su casa, procedente del aparcamiento de camiones de Castle Rock; luego, volvió a acelerar. Llegó hasta su casa, aparcó el Buick en el camino particular y entró en la vivienda.

La casa tenía dos habitaciones: la que utilizaba como dormitorio y otra donde hacía todo lo demás. Una mesa de formica desportillada, cubierta de bandejas de aluminio de comida congelada (en la mayoría de las cuales había colillas de cigarrillo aplastadas en una salsa convertida en gelatina) presidía el centro de esta última. Hugh se acercó al armario abierto y, de puntillas, tanteó con la mano el estante superior. Por un momento, pensó que la cola de zorro había desaparecido, que alguien había entrado en la casa y se la había robado, y el pánico prendió fuego a una bola de calor en sus entrañas. Por fin, sus dedos tropezaron con la suavidad sedosa del preciado objeto, y Hugh exhaló un profundo suspiro.

Se había pasado casi todo el día pensando en la cola de zorro, en cómo iba a atarla a la antena del Buick y en el aspecto que tendría agitándose alegremente en el extremo. Ya había estado a punto de colocarla por la mañana, pero a aquella hora todavía estaba lloviendo y no le había gustado la idea de que el agua la convirtiera en un pedazo de piel peluda y empapada colgando sin gracia en el exterior del coche. En aquel momento, por fin, decidió que había llegado la hora de instalarla y salió con ella, apartando de un puntapié una lata vacía de zumo de frutas, mientras la acariciaba entre los dedos. ¡Qué tacto tan agradable tenía!

Hugh entró en el garaje (tan lleno de cachivaches que no quedaba espacio para el coche desde hacía años) y, después de rebuscar un rato, encontró un pedazo de alambre bastante recio. El hombre ya había hecho planes para aquella noche: primero sujetaría la cola de zorro a la antena de la radio del coche con el pedazo de alambre; luego cenaría algo, y a continuación viajaría a Greenspark, donde Alcohólicos Anónimos celebraba una reunión en el Salón de la Legión Americana, a las siete en punto. Tal vez era demasiado tarde para iniciar una nueva vida..., pero no para intentar averiguarlo, para saber con seguridad si era capaz o no de plantearse.

Hizo un pequeño nudo corredizo en el alambre y lo sujetó firmemente al grueso extremo de la cola de zorro. A continuación se dispuso a atar el otro extremo del alambre en torno a la antena, pero sus dedos, que habían iniciado la operación con gestos rápidos y precisos, no tardaron en perder aquella primera energía. Hugh notó que su confianza desaparecía y que, en el vacío que esta dejaba, empezaba a instalarse la duda.

Hugh se imaginó llegando al aparcamiento frente a la Legión Americana y entrando en la reunión. Hasta allí, todo iba bien. Pero entonces imaginó a un chiquillo, como aquel que había aparecido delante de su camión hacía poco, pasando ante el local de la Legión mientras él explicaba a los reunidos que se llamaba Hugh P. y que era incapaz de dominarse respecto al alcohol. Algo llama la atención del muchacho: un destello anaranjado que destaca bajo el resplandor blanco azulado de las lámparas de sodio que iluminan el aparcamiento. El chico se acerca al Buick y examina la cola de zorro. Primero la toca; después, la acaricia. El chico mira a un lado y a otro, comprueba que no hay nadie y tira del adorno, rompiendo el alambre...

Hugh casi pudo ver al chiquillo entrando en el local de máquinas de videojuegos y comentando con sus colegas: «¡Eh, mirad qué he cogido en el aparcamiento de la Legión! No está mal, ¿verdad?». Notó que le atenazaba el pecho una sensación de rabia y frustración, como si todo aquello no fueran simples especulaciones, sino hechos ya consumados. Acarició la cola de zorro y miró a su alrededor bajo la creciente penumbra de media tarde, como si esperara encontrar a una multitud de chavales de dedos largos congregada ya al otro lado de la calle, aguardando a que se metiera otra vez en casa y pusiera en el horno dos bandejas de comida precocinada para aprovechar el momento y arrebatarse el preciado objeto.

Decididamente, era mejor no ir a Greenspark. Los chicos no respetaban nada hoy en día. Eran capaces de llevarse cualquier cosa por el mero placer de robarla. Al cabo de un par de días, perdían interés por lo robado y acababan arrojándolo en una zanja o en un solar vacío. La imagen mental —muy nítida, casi como una visión— de su querida cola de zorro abandonada en algún basurero, empapada por la lluvia y perdiendo el color entre envoltorios de hamburguesas y latas de cerveza vacías, llenó a Hugh de una sensación de rabia e inquietud.

Correr un riesgo como aquel sería una locura.

Desenrolló el cable que sujetaba la cola de zorro a la antena, volvió con ella a la casa y la dejó de nuevo en el estante superior del armario. En esa ocasión ajustó la puerta del mueble, pero no pudo cerrarlo con llave.

Tengo que conseguir una cerradura decente, pensó. Los chicos son capaces de entrar en cualquier casa. Hoy en día no existe ningún respeto por la autoridad. Ninguno en absoluto.

Se acercó al frigorífico, sacó una lata de cerveza, la contempló unos segundos y volvió a guardarla. Tal como se sentía aquella noche, no le bastaría con una cerveza —ni siquiera con cuatro o cinco— para tranquilizarse. Abrió uno de los cajones inferiores de la despensa, donde guardaba el surtido de utensilios de cocina adquirido en una subasta benéfica, revolvió entre cazuelas y sartenes, y localizó finalmente la botella medio llena de Black Velvet que guardaba allí para una emergencia. Llenó un vaso pequeño hasta la mitad, meditó unos instantes y terminó de llenarlo hasta el

borde. Tomó un par de tragos, notó el estallido de calor en el estómago y volvió a colmar el vasito. Empezó a sentirse un poco mejor, un poco más relajado. Volvió la vista hacia el armario y sonrió. La cola de zorro estaba segura allá arriba, y lo estaría todavía más cuando comprara un buen candado en la Western Auto y lo instalara. Era estupendo conseguir por fin algo que uno ansiaba y necesitaba, pero era aún mejor cuando ese algo estaba guardado a buen recaudo. Eso era lo mejor de todo.

Acto seguido, su sonrisa se difuminó ligeramente.

¿Para eso la compraste? ¿Para guardarla en un estante, tras una puerta cerrada con llave?

Tomó un nuevo trago, lentamente. De acuerdo, pensó, tal vez no era tan buena idea, pero era mejor que arriesgarse a que se la robara algún chiquillo de dedos largos.

—Al fin y al cabo —dijo en voz alta—, ya no estamos en mil novecientos cincuenta y cinco. Hoy corren otros tiempos.

Asintió enérgicamente a sus propias palabras, pero la voz interior continuó insistiendo. ¿De qué le servía tener la cola de zorro allí dentro? ¿De qué le servía a él, o a nadie?

Sin embargo, un par o tres de copas acallaron aquel pensamiento. Un par o tres de copas consiguieron que el hecho de guardar su preciado objeto en el armario pareciera la decisión más lógica y razonable del mundo. Hugh decidió retrasar la cena. Una decisión tan sensata merecía ser celebrada con otro par de tragos.

Llenó de nuevo el vasito, tomó asiento en una de las sillas de la cocina, de patas tubulares de acero, y encendió un cigarrillo. Y allí sentado, mientras seguía bebiendo y echando la ceniza en una de las bandejas de comida congelada, se olvidó por fin de la cola de zorro y se puso a pensar en Nettie Cobb. Nettie, la chiflada. Iba a gastarle una broma a la mujeruca. Tal vez aguardara a la semana siguiente o acaso a la otra..., pero parecía preferible no retrasarlo tanto. El señor Gaunt le había dicho que no le gustaba perder el tiempo, y Hugh estaba seguro de que el tipo hablaba en serio.

La perspectiva lo llenó de expectación.

El asunto rompería la monotonía.

Hugh continuó bebiendo y fumando, y cuando, a las diez menos cuarto, cayó dormido por fin sobre las sucias sábanas de su cama estrecha en la habitación contigua, lo hizo con una sonrisa en los labios.

Wilma Jerzyck terminó su turno de trabajo en el supermercado Hemphill's a las siete, hora de cierre del establecimiento. A las siete y cuarto aparcaba el coche en el camino

particular de su casa. Tras las cortinas corridas de la ventana de la sala de estar escapaba una luz suave. La mujer entró en la casa y le llegó el aroma a macarrones y queso. Hasta allí, al menos, las cosas iban bien.

Pete estaba repantigado en el sofá, descalzo, viendo *La ruleta de la fortuna* con el *Portland Press-Herald* doblado sobre los muslos.

—He encontrado la nota —dijo al verla entrar, incorporándose rápidamente hasta quedar sentado como era debido, al tiempo que dejaba el periódico a un lado— y he puesto la cazuela al fuego. La cena estará lista a las siete y media.

El hombre miró a Wilma con sus ojos castaños, vivaces y ligeramente ansiosos. Como un perro con un intenso deseo de complacer a su dueño, Pete Jerzyck había sido adiestrado desde el principio a comportarse en casa como era debido. Aún tenía algunos deslices, pero hacía mucho tiempo que la mujer no lo encontraba tumbado en el sofá con los zapatos puestos, y aún más que no se atrevía a encender la pipa en la casa. Y, desde luego, era más fácil que nevara en agosto que Pete se olvidara de bajar otra vez la tapa del retrete después de orinar.

—¿Has recogido la colada?

Una expresión mezcla de sorpresa y de culpabilidad perturbó las facciones del rostro redondo y abierto del hombre.

—¡Vaya! Me he puesto a leer el periódico y se me ha olvidado. Voy por ella ahora mismo...

Pete ya estaba poniéndose los zapatos.

—Da igual —dijo ella, encaminándose a la cocina.

—¡No, Wilma, ahora salgo!

—No te molestes —replicó la mujer con voz dulce—. No quiero que dejes el periódico ni el concurso de la tele solo porque venga de pasar seis horas de pie detrás de una caja registradora. Quédate ahí sentado, Pete, y sigue disfrutando.

Wilma no tuvo que volver la cabeza para observar su reacción. Tras siete años de matrimonio, estaba sinceramente convencida de que Pete Michael Jerzyck ya no tenía secretos para ella. La expresión del hombre sería de dolida y débil desazón. Cuando ella abandonara la sala de estar, Pete se quedaría inmóvil unos instantes con el aire de alguien que acabara de salir del baño y no lograra recordar si había utilizado el papel higiénico; después, empezaría a poner la mesa y a servir los platos. Durante la cena, le preguntaría cómo había ido el día en el supermercado, escucharía sus respuestas muy atento y no la interrumpiría ni una sola vez con los detalles de su jornada de trabajo en Williams-Brown, la gran agencia inmobiliaria de Oxford donde estaba empleado (lo cual le iría de perlas a Wilma, ya que para ella no había tema más aburrido que la gestión inmobiliaria). Después de cenar, Pete recogería la mesa sin que se lo pidieran, mientras ella echaba un vistazo al periódico. Y el marido haría todo aquello voluntariamente, como compensación por haberse olvidado de una

pequeña tarea sin importancia. A Wilma no le molestaba en absoluto tener que ocuparse de recoger la ropa del tendedero —de hecho, le encantaba el tacto y el olor de la ropa secada al sol—, pero no tenía la menor intención de permitir que Pete lo advirtiera. Aquel era su pequeño secreto.

Wilma tenía muchos de tales secretillos, y todos ellos los ocultaba por la misma razón: en una guerra, una tenía que sacar provecho de todas las ventajas a su alcance. Algunas noches, cuando llegaba a casa, tenía que librar escaramuzas durante un par de horas hasta obligar a Pete a una retirada completa y conseguir reemplazar en su teatro de operaciones mental las banderas azules de este por las suyas rojas. Esta vez, en cambio, había ganado la batalla apenas dos minutos después de cruzar la puerta, y la situación le encantaba.

La mujer estaba convencida de que el matrimonio era una aventura permanente por el mundo de la agresión, y en una campaña tan larga —en la que no se podía prender prisioneros, ni dar cuartel, ni dejar sin arrasar parcela alguna del territorio marital—, las victorias tan fáciles como aquella terminarían un día por resultar insípidas. Sin embargo, ese día aún no había llegado, y Wilma salió de la casa en dirección al tendedero con la cesta de la ropa bajo el brazo y el corazón alegre bajo sus pechos prominentes.

Apenas había llegado al centro del patio cuando, de pronto, se detuvo desconcertada. ¿Dónde diablos estaban las sábanas?

Desde allí ya debería distinguir sus formas rectangulares, grandes y blancas, flotando en la oscuridad; sin embargo, no las veía por ninguna parte. ¿Habrían volado? Imposible, pensó. Aquella tarde había soplado una ligera brisa, pero en absoluto un ventarrón. ¿Acaso se las habían robado?

En aquel instante, se levantó una ligera racha de viento y la mujer captó una especie de aleteo relajado y sonoro. Muy bien, se dijo; las sábanas seguían allí..., en alguna parte. Cuando una era la hija mayor de un clan católico de trece hermanos, era capaz de reconocer sin la menor duda el sonido de una sábana tendida al oreo.

Sin embargo, en esta ocasión, el sonido tenía algo de extraño. Parecía demasiado pesado.

Wilma avanzó un paso más. Su rostro, que siempre tenía la expresión ligeramente sombría de una mujer que prevé problemas, se hizo aún más lúgubre. Por fin alcanzaba a distinguir las sábanas... o, al menos, unas formas que debían de corresponder a estas. Pero no eran blancas, sino oscuras.

Dio otro paso adelante, esta vez más corto, y la brisa recorrió de nuevo el patio. Las formas rectangulares aletearon en dirección a ella entonces, hinchándose, y algo pesado y viscoso la golpeó antes de que pudiera levantar la mano. Algo pegajoso le acarició las mejillas; algo pastoso y pringoso la envolvió, casi como si una mano fría y pegajosa intentara agarrarla.

Wilma no era una mujer que se asustara con facilidad o a menudo, pero en aquel instante lanzó un chillido de alarma y soltó la cesta de la ropa. El pesado aleteo llegó de nuevo a sus oídos y la mujer intentó apartarse de la silueta oscura que se cernía ante ella, pero su tobillo izquierdo tropezó con la cesta de mimbre y trastabilló hasta apoyar una rodilla en el suelo, evitando caer de bruces gracias solo a una combinación de suerte y de rapidez de reflejos.

Un objeto húmedo y pesado le recorrió la espalda y una sustancia densa y mojada le resbaló por los costados del cuello. Wilma soltó un nuevo chillido y se apartó gateando del tendedero. Unos mechones de cabello habían escapado del pañuelo que le cubría la cabeza y le colgaban a ambos lados del rostro produciéndole cosquillas. La sensación le resultaba desagradable, pero aún le resultaba más repulsiva aquella caricia húmeda y viscosa de la sábana oscura colgada de la cuerda del tendedero.

La puerta de la cocina se abrió con estrépito y la voz alarmada de Pete inquirió:

—¿Wilma? ¿Estás bien, Wilma?

Detrás de ella se produjo un nuevo aleteo, un sonido desagradable, como la risilla de unas cuerdas vocales cuajadas de barro. En el patio contiguo, el perro de los Haverhill empezó a ladrar histéricamente con su voz aguda y antipática, ¡guau! ¡guau!, ¡guau!, lo cual no contribuyó a mejorar el estado nervioso de Wilma.

La mujer se levantó y vio que Pete descendía cautelosamente los peldaños del porche.

—¿Wilma? ¿Te has caído? ¿Estás bien?

—¡Sí! —gritó ella furiosa—. ¡Sí, me he caído! ¡Y estoy perfectamente! ¡Enciende la luz, coño!

—¿Te has hecho daño...?

—¡Enciende la luz de una puñetera vez! —repitió Wilma exasperada, y se pasó la mano por la delantera del abrigo. Cuando la retiró, vio la prenda cubierta de una sustancia pegajosa y fría. Estaba tan furiosa que podía ver sus propios latidos como brillantes puntitos luminosos ante los ojos. Sobre todo, estaba furiosa consigo misma por haberse dejado llevar por el pánico. Aunque solo fuera durante un segundo.

¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

El condenado cachorro del patio vecino ladraba como un loco. ¡Señor, cuánto odiaba a los perros! Sobre todo, a los escandalosos.

La silueta de Pete subió de nuevo los peldaños de la cocina, abrió la puerta, introdujo la mano y, al instante, el patio quedó bañado en una luz radiante.

Wilma bajó la mirada y vio una amplia banda marrón oscura que cruzaba la pechera de su abrigo de entretiempo recién estrenado. Se pasó los dedos con furia por la mejilla, sostuvo la mano ante sí y comprobó que también estaba manchada de marrón. Notó, asimismo, un reguero que le caía, lento y viscoso, por el centro de la espalda.

—¡Barro!

Lo dijo tan estupefacta de incredulidad que no se dio cuenta de que hablaba en voz alta. ¿Quién podía haberle hecho aquello? ¿Quién se había atrevido?

—¿Qué has dicho, cariño? —preguntó Pete. El hombre, que había dado unos pasos hacia ella, se detuvo a prudente distancia. La expresión de Wilma temblaba de un modo que a Pete Jerzyck le resultó alarmante en extremo. Era como si un nido de víboras hubiera eclosionado bajo su piel.

—¡Barro! —volvió a gritar Wilma, extendiendo las manos hacia él..., contra él. Unas partículas pardas salieron despedidas de las yemas de sus dedos—. ¡Barro, he dicho! ¡Barro!

Pete dirigió la mirada más allá de ella, comprendiendo por fin. Y se quedó boquiabierto. Wilma se volvió, siguiendo su mirada. El foco colocado encima de la puerta de la cocina iluminaba el tendedero y el jardín con despiadada claridad, dejando a la vista todo lo que había que ver. Las sábanas que había colgado recién limpias pendían de las pinzas en amasijos decaídos y pastosos. No estaban simplemente salpicadas de fango; estaban embadurnadas, bañadas en barro.

Wilma estudió el jardín y observó unos profundos hoyos, de los cuales procedía el fango. Descubrió un rastro en la hierba por el cual había ido y venido el autor del desaguizado, primero cargando, luego avanzando hasta las cuerdas del tendedero, luego arrojando el barro y, finalmente, desandando sus pasos para coger nueva munición.

—¡Me cago en sus muertos! —gritó.

—Wilma..., entra en casa, cielo. Te... —Tras unos instantes de vacilación, Pete dio muestras de alivio cuando, por fin, se le ocurrió una idea aceptable—. Te prepararé un té.

—¡A la mierda el té! —aulló Wilma, al límite mismo de su capacidad vocal, y en la casa de al lado el perro de los Haverhill continuó como un poseso, guauguau, ¡oh, cuánto odiaba a los perros, aquel jodido escandaloso iba a volverla loca!

No pudo contener más la ira y cargó contra las sábanas. A zarpazos, empezó a recogerlas. Sus dedos tropezaron con la cuerda de tender más próxima y esta saltó como una prima de guitarra. Las sábanas colgadas de ella cayeron al suelo con un suspiro empapado, carnosos. Con los puños apretados y los ojos entornados como los de un niño en pleno berrinche, Wilma dio un único salto, que a Pete le recordó el de una rana, y aterrizó encima de una de ellas. La sábana soltó un cansino fluuus y se hinchó, salpicándole las medias de gotitas de barro. Era el toque final. La mujer abrió la boca y expresó su rabia con un alarido. ¡Ah, cuando encontrara a quien había hecho aquello...! Sí, ¡aquello! ¡Verlo para creerlo! ¡Cuando lo encontrara...!

—¿Todo anda bien por ahí, señora Jerzyck? —inquirió la voz de la señora Haverhill, trémula de alarma.

—¡Sí, maldita sea, estamos tomando una copa mientras vemos el programa de Lawrence Welk! ¿Por qué no hace callar a ese perro de una vez? —gritó Wilma con todas sus fuerzas.

Se apartó de la sábana embarrada, jadeante y con el cabello despeinado en torno a su rostro rojo de ira. Se lo echó hacia atrás con un gesto furioso. Aquel maldito perro iba a volverla loca. Aquel escandaloso cachorro de mierda...

Sus pensamientos se interrumpieron, se quebraron con un crujido casi audible.

Perros.

Jodidos perros escandalosos.

¿Y quién vivía casi a la vuelta de la esquina, en Ford Street?

Rectificación: ¿Qué mujer chiflada, dueña de un jodido perro escandaloso llamado Raider, vivía casi a la vuelta de la esquina?

Exacto: Nettie Cobb. La chiflada de Nettie.

Su perro se había pasado toda la primavera ladrando, lanzando aquellos agudísimos gañidos de cachorro que le ponían a una los nervios de punta. Finalmente, Wilma había llamado por teléfono a Nettie para decirle que, si no era capaz de hacer callar al perro, tendría que librarse de él. Una semana después, tras comprobar que las cosas no cambiaban (al menos, en la medida que Wilma consideraba aceptable), había telefoneado de nuevo a Nettie para decirle que, si no hacía que el perro dejara de ladrar, tendría que llamar a la policía. Y la noche siguiente, cuando el condenado cachorro había iniciado una vez más sus ladridos y gañidos, Wilma Jerzyck la había denunciado por teléfono.

Una semana más tarde, Nettie se había presentado en el supermercado. Al contrario que Wilma, Nettie parecía formar parte de ese tipo de gente que tiene que meditar detenidamente las cosas (que rumiarlas, incluso) antes de ponerse en acción. Una vez en el supermercado, se había puesto a la cola de la caja registradora de Wilma, aunque no había comprado ningún producto. Al llegarle el turno, la mujer había mirado a Wilma y le había dicho con una vocecilla chillona y sofocada:

—Deja de molestarnos a mí y a Raider, Wilma Jerzyck. Mi cachorro se porta bien y será mejor que dejes de buscarnos problemas.

Wilma, siempre a punto para una pelea, no había mostrado el menor desconcierto al verse abordada así en su puesto de trabajo. De hecho, incluso le había gustado.

—Nettie Cobb, todavía no sabes lo que son problemas. Pero si no eres capaz de hacer callar a tu maldito perro, te aseguro que pronto te enterarás.

Su interlocutora se había puesto pálida como la leche, pero se había mantenido erguida con aire de dignidad ofendida, asiendo el bolso con tal fuerza que los tendones de sus antebrazos flacos y huesudos se le marcaron desde la muñeca hasta el codo.

—Ya te he advertido —había respondido antes de abandonar el supermercado a

toda prisa.

—¡Oh, qué miedo! ¡Creo que me he meado encima! —había exclamado Wilma a voz en grito mientras Nettie se alejaba (el sabor a pelea siempre la ponía de buen humor), pero su interlocutora no se había vuelto; su única reacción había sido apretar un poco más el paso.

Después de aquel episodio, Wilma no había vuelto a oír al perro, lo cual la había decepcionado bastante puesto que los meses de primavera le habían resultado muy aburridos. Pete no daba la menor muestra de rebeldía y la mujer se había dejado invadir por una melancolía de final de invierno que el renovado verdor de árboles y hierba no parecía capaz de disipar. Lo que Wilma necesitaba de verdad para dar color y sabor a su vida era una buena disputa. Por unos momentos, le había parecido que Nettie Cobb interpretaría perfectamente el papel de contrincante, pero, con el cambio de modales del chucho, Wilma había empezado a convencerse de que debería buscarse la diversión en otra parte.

Entonces, una noche del mes de mayo, el perro había empezado a ladrar otra vez. Solo se había dejado oír unos minutos, pero Wilma había corrido al teléfono para llamar de nuevo a Nettie, cuyo número había anotado en la agenda por si se presentaba una ocasión como aquella.

Cuando Nettie contestó, Wilma no perdió el tiempo en cortesías sino que fue directamente al grano.

—Soy Wilma Jerzyck, querida. Llamo para decirte que, si no haces callar a ese perro, me encargaré de hacerlo yo misma.

—¡Ya ha callado! —había replicado Nettie a gritos—. ¡Lo he metido en casa tan pronto como he llegado y le he oído ladrar! ¡Déjanos en paz a los dos, Wilma, te lo advierto! ¡Si no lo haces, lo lamentarás!

—Y tú recuerda lo que te he dicho —había insistido Wilma—. Ya estoy harta. La próxima vez que ese maldito chucho empiece a alborotar, no me molestaré en llamar a la policía. ¡Yo misma me ocuparé de rebanarle el pescuezo!

Wilma había colgado sin dar tiempo a Nettie a añadir nada más. La norma fundamental en los enfrentamientos con el enemigo (fuera este un pariente, una vecina o su esposo) era que el agresor tenía que ser el último en hablar.

Desde aquel episodio, el perro no había vuelto a ladrar. Bueno, quizá sí pero, en tal caso, Wilma no se había dado cuenta. En primer lugar, en realidad los ladridos nunca habían sido tan molestos; además, Wilma había iniciado una disputa más productiva con la mujer que dirigía el salón de belleza de Castle View. A aquellas alturas, casi se había olvidado de Nettie y de Raider.

Pero tal vez Nettie no la había olvidado a ella. El día anterior, Wilma había encontrado a la vieja chiflada en la nueva tienda, y si las miradas matasen, reflexionó, habría caído fulminada allí mismo.

En aquel momento, plantada en medio del patio junto a las sábanas embarradas, recordó la expresión de miedo y desafío que había cubierto las facciones de aquella bruja loca, la mueca tensa de sus labios dejando al descubierto los dientes por un instante. Wilma conocía muy bien el destello del odio en una mirada, y era aquello lo que había advertido en los ojos de Nettie al cruzarse con ella la tarde anterior.

Te advertí... que lo lamentarías, pensó.

—Wilma, vamos adentro —sugirió Pete, al tiempo que posaba la mano en el hombro de la mujer con gesto cauto.

La mujer se la quitó de encima con una enérgica sacudida.

—Déjame en paz.

Pete retrocedió un paso. Pareció como si quisiera retorcerse las manos pero no se atreviera.

Tal vez Nettie también ha olvidado el incidente, pensó Wilma. Al menos, hasta que ayer volvió a verme en la tienda nueva. O quizá no ha dejado de darle vueltas a algún plan

(te lo advertí)

en esa cabeza suya medio loca desde entonces y nuestro encuentro la ha empujado finalmente a ponerse en acción.

En algún instante de aquellos últimos momentos, Wilma había tenido la certeza de que Nettie era la autora del hecho. No recordaba haberse cruzado durante el último par de días con nadie más que tuviera algún asunto pendiente con ella. En el pueblo había más gente con la que se llevaba mal, pero una jugarreta como aquella, una jugarreta cobarde y traicionera como aquella, encajaba perfectamente con la mirada que Nettie le había dirigido la tarde anterior. Aquella mueca, mezcla de miedo

(lo lamentarás)

y de odio. La expresión de Nettie había sido la de un perro, la de un chuco cobarde incapaz de morder si no era por la espalda y a traición.

Sí, había sido Nettie Cobb, sin duda. Cuantas más vueltas le daba Wilma, más convencida estaba de ello. Lo que había hecho era imperdonable. No porque hubiera dejado en aquel estado las sábanas recién lavadas, ni porque fuera una jugarreta cobarde. Ni siquiera porque fuese la acción de una persona que no estaba en sus cabales.

Era imperdonable porque la había asustado.

Solo durante un segundo, es cierto, durante aquel segundo en que la sustancia parda y viscosa había surgido de la oscuridad con su aleteo y le había envuelto el rostro, acariciándolo como si fuera la mano fría de algún monstruo..., pero incluso un único instante de miedo era demasiado. Era... imperdonable.

—¿Wilma? —inquirió Pete cuando la mujer volvió su rostro desabrido hacia él. No le gustó nada la expresión que vio a la luz del reflector del porche, que convertía

sus facciones en una sucesión de superficies blancas y relucientes y de hoyos sumidos en negras sombras. A Pete no le gustó en absoluto la mirada fija que observó en sus ojos—. ¿Te encuentras bien, cielo?

La mujer pasó junto a su marido sin prestarle la menor atención. Pete corrió tras Wilma mientras esta volvía a entrar en la casa... y se dirigía al teléfono.

4

Nettie estaba sentada en el salón de su casa, con Raider a sus pies y la pantalla de cristal emplomado recién adquirida en el regazo, cuando sonó el teléfono. Eran las ocho menos veinte. Dio un respingo y agarró la pantalla con más fuerza, volviendo la vista hacia el aparato con una mueca de temor y desconfianza. Por unos momentos tuvo la certeza —absurda, por supuesto, pero Nettie parecía incapaz de librarse de tales pensamientos— de que sería alguna Persona con Autoridad que la llamaba para decirle que debía devolver aquella hermosa pantalla, que pertenecía a otra persona, que un objeto tan maravilloso no podía en modo alguno formar parte de su pequeña colección de pertenencias, que la mera idea resultaba ridícula.

Raider alzó la mirada hacia ella unos instantes, como inquiriendo si pensaba contestar a la llamada, y volvió a bajar la cabeza hasta apoyar el hocico sobre las patas delanteras.

Nettie dejó a un lado la pantalla con sumo cuidado y descolgó el auricular. Probablemente sería Polly, que la llamaba para preguntarle si podría comprar algo para cenar en el supermercado Hemphill antes de entrar a trabajar la mañana siguiente.

—¿Dígame? —respondió con voz enérgica. Toda su vida había sentido terror a las Personas con Autoridad, y había llegado a la conclusión de que la mejor manera de afrontar aquel terror era hablar como si también ella fuera una Persona con Autoridad. Con ello no lograba ahuyentar el miedo, pero al menos podía mantenerlo a raya.

—¡Sé que has sido tú, bruja loca! —escupió una voz al otro lado de la línea. La exclamación la golpeó, tan brusca y horripilante como la estocada de un punzón para el hielo.

Nettie se quedó sin aliento, como si hubiera recibido un golpe en el vientre; una mueca de horror paralizante le heló el rostro y el corazón estuvo a punto de salirse por la boca. Raider volvió a levantar la testuz hacia ella, con aire inquisitivo.

—¿Quién...? ¿Quién...?

—Sabes perfectamente quién soy —espetó la voz. Y Nettie la reconoció, en efecto. Era Wilma Jerzyck. No cabía duda: era aquella mujer perversa.

—¡Raider no ha vuelto a ladrar! —exclamó entonces con voz aguda, con la voz débil y chillona de alguien que acabara de inhalar el contenido entero de un globo de helio—. ¡Ya ha crecido y no ha vuelto a ladrar! ¡Lo tengo aquí, a mis pies!

—¿Te lo has pasado bien arrojando barro a mis sábanas, vieja chiflada? —Wilma estaba furiosa. ¡Aquella idiota aún intentaba fingir que se trataba del asunto del perro!

—¿Sábanas? ¿Qué sábanas? Yo... —Nettie volvió la mirada hacia la pantalla de cristal emplomado y pareció sacar nuevas fuerzas de ella—. ¡Déjame en paz, Wilma Jerzyck! ¡La que está para que la encierren eres tú, no yo!

—Lo que me has hecho va a salirte caro. No tolero que nadie entre en mi patio y me ensucie las sábanas de barro aprovechando que no estoy. ¡Nadie! NADIE, ¿entendido? ¿Te lo has metido bien en esa cabezota chiflada? No sabrás dónde ni cuándo y, sobre todo, no sabrás cómo..., ¡pero me las pagarás! ¡Ya te pillaré!, ¿me oyes?

Nettie, paralizada, mantuvo el teléfono apretado contra la oreja. Su cara mostraba una palidez mortal, salvo una línea de color rojo subido que le cruzaba la frente de lado a lado a media altura, entre las cejas y el perfil del cuero cabelludo. Tenía los dientes apretados y las mejillas se le hinchaban y desinflaban como un fuelle mientras respiraba en acelerados jadeos por las comisuras de los labios.

—¡Déjame en paz o lo lamentarás! —chilló al fin con su voz aguda, desmayada, de helio. Raider se había incorporado, con las orejas erguidas y los ojos brillantes y ansiosos. El perro percibía una sensación de amenaza en la sala y soltó un solitario ladrido, muy serio. Nettie ni reparó en ello—. ¡Lo lamentarás muchísimo! ¡Yo... conozco gente! ¡Personas con Autoridad! ¡Las conozco muy bien! ¡No tengo por qué tolerar esto!

Con una voz grave, sincera y totalmente encolerizada, Wilma replicó, pronunciando despacio cada palabra:

—Venir a joderme ha sido la peor equivocación que has cometido en tu vida. No me verás llegar.

Se oyó un chasquido.

—¡No te atreverás! —aulló Nettie. Por sus mejillas corrían unas lágrimas. Lágrimas de terror, de rabia abismal e impotente—. ¡No te atreverás, mal bicho! ¡Te... te...!

Escuchó un segundo chasquido, seguido de la señal de línea.

Nettie colgó el auricular y permaneció sentada en la silla, muy erguida, mirando al vacío durante casi tres minutos. Luego empezó a sollozar.

Raider ladró otra vez y apoyó las patas delanteras en el borde de la silla. Nettie lo acarició y continuó llorando sobre su pelambre. El perro le dio un lametón en el cuello.

—No dejaré que te haga daño, Raider —murmuró. Aspiró el calor dulce y limpio

del can, tratando de encontrar consuelo en él—. No permitiré que esa mujer mala te haga daño. Ella no es ninguna Persona con Autoridad, en absoluto. Solo es un mal bicho, y si intenta hacerte daño... o hacérmelo a mí... lo lamentaré.

Se irguió por fin, encontró un Kleenex encajado entre el cojín de la silla y los barrotes del respaldo y lo utilizó para enjugarse las lágrimas. Estaba aterrorizada, pero también notaba la comezón de la rabia royéndole las entrañas. Era la misma sensación que había tenido antes de coger el espetón de la carne del cajón bajo el fregadero y clavárselo a su marido en el cuello.

Cogió la pantalla de cristal emplomado de encima de la mesa y la abrazó con ternura.

—Si intenta algo, lo lamentaré muchísimo —musitó.

Permaneció sentada en aquella postura, con Raider a sus pies y la pantalla de la lámpara en el regazo, muchísimo rato.

5

Norris Ridgewick patrullaba despacio por Main Street en el coche oficial, vigilando los edificios del lado oeste de la calle. Faltaba poco para terminar el turno y estaba contento. Recordaba lo bien que se había sentido por la mañana, antes de que aquel idiota lo agarrara por la espalda mientras estaba ante el espejo del cuarto de baño de la comisaría, ajustándose la gorra y pensando con satisfacción que estaba en perfecto orden de revista. Sí, recordaba el incidente, pero el recuerdo parecía muy antiguo, en tono sepia como una fotografía del siglo anterior.

Durante toda la jornada, desde que el idiota de Keeton lo había agredido hasta aquel instante, no había dado pie con bola. Se había detenido a almorzar en Cluck-Cluck Tonite, el puesto de pollo asado junto a la carretera 119. Allí, normalmente, la comida era bastante buena; sin embargo, en esta ocasión, le había producido un acceso agudo de indigestión y acidez, seguido de una inmediata descomposición de vientre. Hacia las tres había sufrido un pinchazo en la carretera local número 7, cerca de la vieja casa Camber, y había tenido que detenerse a cambiar la rueda. Mientras procedía a ello, se había limpiado los dedos en la pechera de la camisa de uniforme recién salida de la lavandería, sin darse cuenta de lo que hacía, pensando únicamente en secarse las yemas de los dedos para poder agarrar mejor las tuercas después de aflojarlas con la llave, y había dejado cuatro rayas grises oscuras de grasa perfectamente visibles cruzando la camisa. Luego, en el momento en que había descubierto con consternación el desaguizado, los retortijones de la descomposición le habían revuelto de nuevo las tripas y había tenido que internarse a toda prisa entre los matorrales, en una carrera para ver si conseguía bajarse los pantalones antes de

ensuciarlos. Norris consiguió ganar la carrera..., pero no le había gustado el aspecto de los matojos entre los que se había visto forzado a acucillarse. Los arbustos le habían parecido zumaques venenosos y el agente había pensado que, con el día que había tenido hasta entonces, lo más probable era que lo fuesen.

Norris continuó patrullando lentamente ante los edificios que formaban el centro comercial de Castle Rock: el Norway Bank and Trust, la Western Auto, la cafetería de Nan, el solar vacío donde se había levantado el emporio de chucherías de Papi Merrill, Coser y Cantar, la recién inaugurada Cosas Necesarias, la tienda de útiles y maquinaria...

De pronto, Norris pisó el freno y detuvo el coche. Acababa de ver algo asombroso en el escaparate de Cosas Necesarias. Al menos, le parecía haberlo visto.

Echó un vistazo por el retrovisor, pero la calle estaba desierta. El semáforo del extremo inferior de la zona comercial se apagó de repente y permaneció a oscuras unos segundos mientras, en su interior, varios relés entraban en acción con minuciosa precisión. Momentos después, en el semáforo se encendió la luz ámbar intermitente. Las nueve en punto, pensó Norris. La hora del relevo.

Dio marcha atrás calle arriba y detuvo el coche junto al bordillo. Volvió la vista hacia la radio, estuvo a punto de anunciar un 10-22 —agente abandonando el vehículo— y, finalmente, decidió no hacerlo. Solo tenía intención de echar una ojeada rápida al escaparate de la tienda. Subió un poco el volumen del receptor y bajó el cristal de la ventanilla antes de apearse. Con eso bastaría.

Seguro que no es verdad lo que te ha parecido ver, se previno a sí mismo, alzándose de un tirón los pantalones mientras cruzaba la acera. Imposible. Hoy es un día de disgustos y decepciones, no de descubrimientos afortunados. Seguro que solo es una vieja Zebco...

Pero no. La caña de pescar del escaparate de Cosas Necesarias estaba expuesta en un armonioso conjunto con una red y un par de brillantes botas de agua amarillas y, decididamente, no era una Zebco. Era una Bazun, y Norris no había visto ninguna desde la muerte de su padre, hacía dieciséis años. El muchacho tenía catorce por esa época y, desde entonces, había guardado un recuerdo sumamente grato de la caña de pescar Bazun por dos razones: por lo que era y por lo que representaba.

Respecto a lo primero, la Bazun era la mejor caña de pescar del mundo para ríos y lagos. Así de rotundo.

En cuanto a lo que representaba, Norris la relacionaba inmediatamente con sus mejores épocas. Ni más ni menos. Con los buenos tiempos cuando un muchachito espigado y delgaducho llamado Norris Ridgewick acompañaba a su padre. Con los buenos tiempos cuando los dos se internaban en los bosques junto a algún riachuelo en las cercanías del pueblo; con los buenos momentos pasados en el bote, sentados en medio del lago mientras, a su alrededor, la bruma que se alzaba de las aguas en

pequeñas columnas de vapor lo cubría todo con un manto blanquecino y les encerraba en su reducido mundo privado. Un mundo hecho solo para hombres. En otro mundo distinto y distante, las madres no tardarían en empezar a preparar el desayuno, y ese otro mundo también estaba bien, pero no tanto como el que disfrutaba con su padre. Ningún mundo había sido tan bueno como aquel, ni antes ni después.

Tras el infarto coronario que había acabado con su padre, la caña de pescar Bazun había desaparecido. Norris recordaba haberla buscado en el garaje después del funeral, sin éxito. Había revuelto el sótano e incluso había mirado en el armario del dormitorio de sus padres (aunque sabía que su madre habría preferido que Henry Ridgewick guardara allí un elefante que una caña de pescar), pero la Bazun había desaparecido. Norris siempre había sospechado de su tío Phil. En varias ocasiones había reunido el valor suficiente para preguntárselo, pero cada vez se había echado atrás al llegar el momento decisivo.

Ahora, al contemplar aquella caña —que bien podría haber sido la misma—, Norris se olvidó de Buster Keeton por primera vez en lo que iba de día. Estaba apabullado por un recuerdo sencillito y perfecto: su padre sentado en la proa del bote, con la caja de aparejos entre los pies, tendiendo la Bazun al muchacho para servirse una taza de café del gran termo rojo con franjas grises. Evocó el aroma del café, caliente y reconfortante, e incluso el olor de la loción para después del afeitado de su padre: Southern Gentleman era la marca.

De pronto, la vieja sensación de pérdida y de pesar se reavivó y lo envolvió en su abrazo gris, y Norris deseó tener aún a su padre. Después de todos aquellos años, el dolor que había sentido entonces volvía a roerle los huesos, tan vivo y voraz como el día en que su madre había vuelto del hospital y le había cogido las manos y había dicho: «Ahora tenemos que ser muy valientes, Norris».

El foco en lo alto del escaparate arrancaba brillantes reflejos de la carcasa de acero del carrete, y todo aquel amor de entonces, aquel amor oscuro y dorado, le embargó de nuevo. Norris contempló otra vez la caña de pescar Bazun y evocó el aroma a café recién hecho surgiendo del gran termo rojo con franjas grises y la superficie amplia y tranquila del lago. Volvió a sentir mentalmente la textura áspera del mango de corcho de la caña y, con un gesto lento, levantó la mano para restregarse los ojos.

—¿Agente? —preguntó una voz sosegada.

Norris soltó una pequeña exclamación y se separó del escaparate de un brinco. Por unos frenéticos instantes, pensó que finalmente iba a ensuciarse los pantalones: el final perfecto para un día perfecto. Después, el retortijón pasó y Norris volvió la cabeza. Un hombre alto con una chaqueta de tweed lo observaba con una sonrisa desde el umbral de la puerta abierta de la tienda.

—¿Le he sobresaltado? —inquirió el hombre—. Lo siento muchísimo.

—No —respondió Norris, y luego logró esbozar una sonrisa en correspondencia. El corazón aún le latía como un martillo pilón—. Bueno, tal vez un poco... Estaba observando esa caña de pescar y recordando viejos tiempos.

—Acabo de recibirla hoy mismo —explicó su interlocutor—. Es vieja, pero está en magníficas condiciones. Es una Bazun, ¿sabe? Una marca no muy conocida, pero apreciadísima entre los pescadores expertos. Es...

—... japonesa —apuntó Norris—. Lo sé. Mi padre tenía una.

—¿De veras? —La sonrisa del hombre se ensanchó aún más. La dentadura que dejó a la vista era irregular, pero a Norris siguió pareciéndole una sonrisa agradable—. Vaya coincidencia, ¿verdad?

—Desde luego que sí —asintió Norris.

—Soy Leland Gaunt, el dueño de este establecimiento.

El hombre le tendió la mano y una pasajera repulsión recorrió a Norris cuando aquellos largos dedos se cerraron en torno a su diestra. Con todo, el apretón de Gaunt solo duró un momento y, cuando cesó el contacto, la extraña sensación desapareció de inmediato. Norris decidió que era cosa de su estómago, aún revuelto por las almejas indigestas que había tomado en el almuerzo. La próxima vez que pasara por Cluck-Cluck Tonite, se limitaría a tomar pollo, que, al fin y al cabo, era la especialidad de la casa.

—Creo que podría hacerle una oferta ajustadísima por esa caña —sugirió el señor Gaunt—. ¿Por qué no entra un momento, agente Ridgewick, y hablamos de ello?

Norris se sorprendió un poco. Estaba seguro de que no se había presentado a aquel individuo y abrió la boca para preguntar cómo sabía su apellido, pero volvió a cerrarla de inmediato. En el uniforme, encima de la insignia, llevaba una placa con su nombre. Ahí estaba la explicación, naturalmente.

—En realidad, no debería —respondió, y señaló hacia el coche patrulla moviendo el pulgar por encima del hombro. Desde donde estaba, captaba la radio, aunque lo único que emitía eran las crepitaciones de la electricidad estática; no había recibido una sola llamada en toda la noche—. Estoy de servicio, ¿sabe? Bueno, acabo a las nueve pero, técnicamente, hasta que no devuelva el coche...

—Solo tardaremos un par de minutos —insistió Gaunt, y sus ojos estudiaron a Norris con regocijo—. Cuando me decido a hacer una oferta a alguien, agente Ridgewick, no pierdo el tiempo. Sobre todo cuando el hombre en cuestión recorre las calles en plena noche para proteger mi negocio.

Norris estuvo a punto de responder que las nueve en punto no eran, precisamente, plena noche y que en un pueblo pequeño y apacible como Castle Rock proteger las inversiones de los comerciantes locales era poco más que un trabajo rutinario. Entonces volvió a contemplar la caña Bazun, y la vieja añoranza, tan sorprendentemente intensa y fresca, volvió a inundarlo. Pensó en salir al lago con la

caña aquel mismo fin de semana. Salir a primera hora de la mañana con una caja de gusanos y un gran termo de café recién hecho de la cafetería de Nan. Sería casi como tener de nuevo con él a su padre.

—Bien...

—¡Oh, vamos, entre! —le instó Gaunt—. Si yo puedo hacer una pequeña venta fuera de horario, usted puede hacer una pequeña compra en horas de trabajo a cuenta del contribuyente. Y desde luego, agente Ridgewick, no creo que nadie vaya a robar el banco esta noche, ¿no le parece?

Norris volvió la mirada al banco, cuya fachada pasaba alternativamente del amarillo al negro bajo el medido parpadeo del semáforo intermitente, y soltó una breve carcajada.

—Sí, tiene razón.

—¿Y bien?

—De acuerdo —asintió Norris—. Pero si no cerramos el acuerdo en un par de minutos, tendré que dejarlo para otro momento.

Leland Gaunt emitió al unísono un gruñido y una risa.

—Me parece que ya escucho el suave sonido de mis bolsillos vueltos del revés —dijo—. Entre, agente Ridgewick; bastará ese par de minutos.

—Desde luego, me encantaría tener esa caña —admitió Norris. No era una buena manera de empezar una transacción y lo sabía, pero no pudo evitar el comentario.

—Y la tendrá —le aseguró Gaunt—. Voy a hacerle la mejor oferta de su vida, agente Ridgewick.

Hizo pasar a Norris al interior de Cosas Necesarias y cerró la puerta.

Wilma Jerzyck no conocía a su marido, Pete, tanto como ella creía.

Aquel jueves por la noche, Wilma se acostó tras tomar una decisión: lo primero que haría a la mañana siguiente sería trazar un plan respecto a Nettie Cobb y ocuparse del asunto. Sus frecuentes disputas con la gente terminaban, a veces, diluyéndose sin más; pero cuando las cosas iban a mayores, siempre era Wilma quien escogía el lugar y las armas para el duelo. La primera regla de su carácter peleón era: «Decir siempre la última palabra». La segunda era: «Hacer siempre el primer movimiento». Ese primer movimiento era lo que había bautizado «ocuparse del asunto», y por ello entendía encargarse de Nettie inmediatamente. Comentó a Pete que solo quería ver cuántas vueltas podía darle a la cabeza de aquella chiflada antes de que le saltara de los hombros.

Wilma estaba convencida de que pasaría casi toda la noche despierta y furiosa, tensa como la cuerda de un arco; no habría sido la primera vez. Sin embargo, cayó dormida apenas diez minutos después de acostarse, y al despertar, se sentía revitalizada y extrañamente tranquila. Sentada a la mesa de la cocina el viernes por la mañana, envuelta en la bata, se le ocurrió que tal vez fuera demasiado pronto para ocuparse del asunto para siempre. Con la llamada de la noche anterior, casi había matado del susto a Nettie; pese a lo furiosa que estaba, no se le había escapado el detalle. Solo alguien sordo como una tapia podría haberlo ignorado.

¿Por qué no dejar a miss Enferma Mental de 1991 colgando de un hilo durante algún tiempo? Dejar que fuera ella quien se pasara las noches en vela, preguntándose desde dónde caería la cólera de Wilma. Pasar unas cuantas veces con el coche por delante de su casa, tal vez hacer alguna llamada telefónica más. Mientras daba sorbos al café (Pete estaba al otro lado de la mesa, mirándola con aire atemorizado por encima de la sección de deportes del periódico), se le ocurrió que si Nettie estaba tan loca como todo el mundo decía, tal vez no tendría que ocuparse del asunto siquiera. Aquella podía resultar una de esas raras ocasiones en que los asuntos se ocupaban de sí mismos. La idea se le antojó tan estimulante que incluso permitió a Pete darle un beso mientras recogía la cartera y se preparaba para salir hacia el trabajo.

Wilma no sospechó en ningún momento que el ratón asustado que tenía por marido pudiera haberla drogado, pero aquello era precisamente lo que había hecho Pete Jerzyck. Y no era la primera vez.

Wilma sabía que tenía intimidado a su esposo, pero no se hacía idea de hasta qué punto. Pete no solo le tenía miedo; sentía por ella un pavor reverencial, como los

nativos de ciertas zonas tropicales que adoraban en otros tiempos, llenos de terror supersticioso, a la Gran Diosa Montaña del Trueno, que podía dominar en silencio sus apacibles vidas durante años, durante generaciones incluso, antes de estallar de repente en una mortífera erupción de lava ardiente.

Tales nativos, reales o hipotéticos, tenían sin duda unos rituales propiciatorios que tal vez no fueran de gran ayuda cuando la montaña despertaba y lanzaba sus rayos y truenos y sus ríos de fuego contra los pueblos, pero que sin duda contribuían a la tranquilidad de todos cuando la montaña estaba en calma. Pete Jerzyck no tenía ritos esotéricos con los que adorar a Wilma, de modo que tuvo que recurrir a medidas más prosaicas. A medicamentos con receta en lugar de hostias de comulgar, por así decirlo.

Concertó una cita con Ray van Allen, el único médico de cabecera de Castle Rock, y le dijo que quería algo que le aliviara la sensación de ansiedad. Estaba saturado de trabajo, le contó a Ray, y cuanto más subían sus porcentajes de comisiones, más le costaba dejar en la oficina los problemas laborales. Finalmente, había decidido que era hora de ver si el médico le recetaba algo que le calmara un poco aquellos nervios.

Ray van Allen no sabía nada de las presiones en el negocio de las inversiones inmobiliarias, pero tenía una idea bastante clara de cuáles debían de ser las presiones de vivir con Wilma. El médico sospechaba que Pete Jerzyck sufriría mucha menos ansiedad si no abandonara nunca la oficina, pero, por supuesto, no era quién para decirlo. Extendió una receta de Xanax, recitó las advertencias de costumbre y deseó al hombre buena suerte y el amparo divino. Viendo a Pete recorrer la senda de la vida en compañía de aquella furia, el médico estaba convencido de que necesitaría ambas cosas.

Pete había usado el Xanax, pero no había abusado. Tampoco le contó nada a Wilma. ¡Menuda le habría dado si se enteraba de que estaba «drogándose»! Tuvo buen cuidado de guardar siempre la receta en el portafolios, que contenía documentos sin el menor interés para Wilma. Tomaba cinco o seis pastillas al mes, la mayoría de ellas los días anteriores a que Wilma tuviera la regla.

Luego, el verano anterior, Wilma había tenido una trifulca con Henrietta Longman, la propietaria del salón de belleza The Beauty Rest, al final de Castle Hill. La discusión había surgido por una permanente chapucera. Después del intercambio inicial de gritos, las dos mujeres volvieron a pelearse al día siguiente en el supermercado Hemphill y, una semana después, tuvieron otro agarrón en Main Street. Este último estuvo a punto de degenerar en una riña a golpes.

Después de aquel episodio, Wilma había ido y venido por toda la casa como una leona enjaulada, jurando que iba a coger a aquella cerda e iba a mandarla al hospital.

—¡Necesitaré un buen salón de belleza, cuando haya acabado con ella! —había

mascullo Wilma con los dientes apretados—. No te quepa la menor duda. Mañana voy a subir ahí. Voy a presentarme allí y a ocuparme del asunto.

Pete se había dado cuenta con creciente alarma de que Wilma no lo decía por hablar; estaba decidida a hacerlo. Dios sabía qué escándalo podía montar. Había tenido visiones de Wilma sumergiendo la cabeza de Henrietta en una cuba de una sustancia viscosa y corrosiva que dejaría a la mujer tan calva como Sinead O'Connor durante el resto de la vida.

Había esperado que se produjera alguna moderación en el estado de ánimo de Wilma una vez pasada la noche, pero cuando su mujer se levantó a la mañana siguiente, estaba todavía más furiosa. Pete no lo habría creído posible, pero lo parecía. Las bolsas oscuras bajo los ojos eran una proclama de la noche en vela que había pasado.

—Wilma —le había dicho con un hilillo de voz—, creo que, en realidad, no es muy buena idea que vayas a The Beauty Rest esta mañana. Estoy seguro de que, si lo piensas un poco...

—¡Ya lo pensé suficiente anoche —había replicado Wilma, enfocando sobre él aquella mirada atterradoramente fija— y decidí que, cuando termine con ella, no va a quemar las raíces del cabello a nadie más! Cuando acabe con ella, necesitaré un perro lazarillo hasta para encontrar el camino del retrete. Y si me vuelves con monsergas, Pete, ya puedes irte buscando otro maldito pastor alemán de la misma camada.

Desesperado, sin estar seguro de si daría resultado pero incapaz de pensar en otra solución para prevenir la inminente catástrofe, Pete Jerzyck había sacado el frasco de la bolsa interior del portafolios y había dejado caer una tableta de Xanax en el café de Wilma. Después, se había marchado a la oficina.

En un sentido muy real, aquella había sido la Primera Comuni3n de Pete Jerzyck.

Había pasado el día en una agonía de suspense y había llegado a casa aterrorizado ante lo que pudiera encontrar (la fantasía que más se repetía en su cabeza era la de Henrietta Longman muerta y Wilma en la cárcel). Estuvo encantado de encontrar a Wilma en la cocina, tarareando.

Pete respiró hondo, se ajustó su chaleco a prueba de balas emocional y preguntó a su esposa qué había sucedido con la mujer del salón de belleza.

—No abre hasta mediodía y, para entonces, ya no me sentía tan furiosa —contestó Wilma—. De todos modos, subí a verla; me lo había prometido, así que lo hice. Y... ¿sabes qué? ¡Me invitó a una copa de jerez y me dijo que quería devolverme el dinero!

—¡Vaya! ¡Estupendo! —había respondido Pete, aliviado y satisfecho..., y así había terminado *l'affaire* Henrietta. Durante varios días había temido que volviera a estallar la cólera de Wilma, pero no lo hizo. Al menos, no estalló contra el mismo asunto.

Tras aquello, Pete había considerado la posibilidad de sugerir a Wilma que acudiera a la consulta del doctor Van Allen para que este le extendiera su propia receta de tranquilizantes, pero descartó la idea después de meditarla detenidamente. Wilma era capaz de mandarlo de cabeza al lago —de ponerlo en órbita a golpes, incluso— si se atrevía a sugerirle que se «drogara». «Tomar drogas» era cosa de yonquis, y los tranquilizantes eran para los medio yonquis. ¡No, gracias! Ella afrontaría la vida cara a cara. Además, pensó Pete a regañadientes, había una realidad innegable: a Wilma le gustaba enfadarse. Una Wilma poseída de una rabia ciega era una Wilma satisfecha, una Wilma imbuida de un propósito elevado.

Y él la amaba... igual que los nativos de esa hipotética isla tropical amaban, sin duda, a su Gran Diosa Montaña del Trueno. El pavor reverencial de Pete y su admiración temerosa por su esposa no hacían sino aumentar el amor que sentía por ella. Su mujer era WILMA, una furia desatada, y Pete decidió que solo intervendría para intentar desviarla de su curso cuando temiese que Wilma pudiera salir malparada..., lo cual, a través de una mística transubstanciación amorosa, repercutiría también en él.

Desde entonces, le había administrado Xanax en secreto en tres ocasiones. La última de ellas —y la más espantosa, con mucho— había sido la Noche de las Sábanas Embarradas. Pete había insistido casi frenéticamente en que su mujer tomara una taza de té, y cuando por fin la furia había consentido en ello (después del breve, pero absolutamente satisfactorio, diálogo telefónico con la loca de Nettie Cobb), el hombre había preparado la infusión muy cargada y le había añadido no una sino dos tabletas de Xanax. A la mañana siguiente experimentó un gran alivio al comprobar lo mucho que había descendido el termostato de su esposa.

Estos eran los detalles que a Wilma Jerzyck, confiada en el poder que ejercía sobre la mente de su marido, le habían pasado por alto; también fue lo que evitó que Wilma se limitara a irrumpir en casa de Nettie a bordo de su Yugo y dejara calva a tirones a la infeliz (o, al menos, lo intentara) aquel viernes por la mañana.

2

De todos modos, no era que Wilma se hubiera olvidado de Nettie, que la hubiera perdonado o que hubiera llegado a abrigar la menor duda respecto a quién había atentado contra sus sábanas; no había en la tierra medicina capaz de conseguirlo.

Poco después de que Pete se marchara al trabajo, Wilma subió al coche y avanzó despacio por Willow Street (en el parachoques trasero del pequeño Yugo amarillo llevaba una pegatina que proclamaba al mundo SI NO TE GUSTA CÓMO CONDUZCO, JÓDETE). Dobló a la derecha por Ford Street y redujo aún más la marcha al acercarse a

la pulcra casita de Nettie. Le pareció ver que se movía una de las cortinas y lo consideró un buen comienzo... pero solo un comienzo.

Dio la vuelta a la manzana (pasando ante la puerta de los Rusk, en Pond Street, sin dedicarle una sola mirada), volvió a pasar frente a su casa y enfiló por segunda vez Ford Street. En esta ocasión, tocó dos veces el claxon del Yugo al acercarse a la casa de Nettie y, a continuación, aparcó frente a su puerta con el motor al ralentí.

La cortina se movió de nuevo. Esta vez no había confusión posible: la mujer la estaba espiando. Wilma la imaginó tras la cortina, temblando de terror y de culpabilidad, y la escena le resultó aún más placentera que la imagen con que se había acostado, aquella en la que retorció el pescuezo a la loca hasta que la cabeza de esta giraba como la de la niña de *El exorcista*.

—¡Un, dos, tres; al escondite inglés! —murmuró con aire torvo cuando la cortina dejó de moverse—. ¡Te he visto!

Dio otra vuelta a la manzana y se detuvo por segunda vez frente a la casa de Nettie, haciendo sonar el claxon para avisar a su presa de que allí estaba de nuevo. En esta ocasión, permaneció sentada tras el volante frente a la casa durante casi cinco minutos. La cortina se movió dos veces. Por último, Wilma se alejó, satisfecha.

Esa loca pasará el resto del día buscándome, pensó mientras aparcaba el coche en el camino particular y se apeaba. Con el susto que le he dado, seguro que tendrá miedo a poner un solo pie fuera de casa.

Wilma entró en la suya, con paso ligero y el corazón alegre, y se dejó caer en el sofá con un catálogo. Poco después, ordenaba con aire feliz tres nuevos juegos de sábanas: uno blanco, otro amarillo y el último multicolor.

3

Raider se sentó sobre los cuartos traseros en el centro de la alfombra del salón, observando a su dueña. Por último, lanzó un inquieto gañido, como para recordar a Nettie que era un día laborable y ya llegaba media hora tarde. Aquella mañana tocaba pasar el aspirador por el piso de arriba de la casa de Polly y el hombre de la compañía telefónica iría con los aparatos nuevos, los que funcionaban con las grandes teclas. Se suponía que eran más cómodos para las personas que padecían una artritis tan terrible como la de Polly.

Pero ¿cómo podía marcharse?

Aquella loca polaca estaba allí fuera, en alguna parte, patrullando en su cochecito.

Nettie continuó sentada, con la pantalla de lámpara en el regazo. La había tenido en el regazo desde que la loca polaca había pasado ante la casa en el coche por primera vez. Luego había vuelto, había aparcado y había hecho sonar el claxon. Al

verla marcharse, Nettie había creído que el asunto había terminado, pero no: la mujer volvió por tercera vez. Nettie se había convencido de que la loca polaca intentaría entrar en la casa, y por eso se había quedado allí sentada, apretando contra sí la pantalla de cristal con un brazo y a Raider con el otro, preguntándose qué haría si la loca polaca lo intentaba realmente, cómo se defendería. No lo sabía...

Por fin, había reunido el valor suficiente para echar otro vistazo por la ventana, y la loca polaca había desaparecido. Su primera sensación de alivio dio paso rápidamente al pánico. Temió que la loca polaca estuviera patrullando las calles, esperando a que ella saliera; y aún le espantaba más la idea de que la loca polaca pudiera entrar en la casa vacía.

Que irrumpiera en la casa y viera la hermosa pantalla y la arrojara al suelo y la rompiera en mil pedazos.

Raider emitió un nuevo gañido.

—Ya lo sé —respondió ella con una voz que era casi un quejido—. ¡Ya lo sé!

Tenía que marcharse. Tenía una responsabilidad y sabía cuál era y a quién se la debía. Polly Chalmers se había portado bien con ella. Había sido Polly quien había escrito la recomendación que le había permitido salir de Juniper Hill, y había sido Polly quien había avalado en el banco el crédito para la casa. De no ser por Polly, cuyo padre había sido el mejor amigo del suyo, aún estaría viviendo en una habitación de alquiler al otro lado del puente.

Pero ¿y si la loca polaca volvía en su ausencia?

Raider no podía proteger la pantalla; era valiente, pero solo era un cachorro. Si intentaba enfrentarse a la loca polaca, esta era capaz de hacerle daño. Notó que la cabeza, atrapada en el torbellino de aquel terrible dilema, empezaba a darle vueltas. Lanzó un nuevo gemido.

Y de pronto, misericordiosamente, se le ocurrió una idea.

Se levantó del asiento, con la pantalla siempre acunada en sus brazos, y atravesó la sala de estar, en penumbra con las cortinas corridas. Cruzó la cocina y abrió la puerta de la esquina del fondo, que daba paso a un cobertizo anexo a la casa. Las sombras de la pila de leña y de los numerosos objetos allí almacenados se recortaron en la semioscuridad.

Una solitaria bombilla colgaba del techo al final de un cable. No había interruptor ni cadena de la que tirar; para encenderla, había que terminar de enroscarla en el portalámparas. Alzó la mano para hacerlo, pero interrumpió el gesto. Si la loca polaca acechaba en el patio de atrás, vería que se encendía la luz. Y, si la veía, sabría exactamente dónde buscar la pantalla de cristal emplomado, ¿verdad?

—¡Ah, no! ¡No me cogerás tan fácilmente! —masculló en un susurro mientras se abría paso a tientas entre el armario de su madre y la librería holandesa, hasta la pila de leña—. ¡Nada de eso, Wilma Jerzyck! No soy estúpida, ¿sabes? ¡Te lo advierto!

Sujetando la pantalla contra el vientre con la zurda, Nettie utilizó la mano derecha para despejar de telarañas viejas y llenas de polvo la única ventana del cobertizo. Después echó un vistazo al patio trasero, pasando la mirada casi espasmódicamente de un punto al siguiente. Permaneció de ese modo casi un minuto, sin apreciar el menor movimiento en el patio. En un momento determinado le pareció ver a la loca polaca agachada en el rincón izquierdo del fondo del patio, pero una mirada más detenida la convenció de que solo era la sombra del roble del patio de los Fearon, cuyas ramas bajas se extendían sobre el suyo. Las ramas se mecían un poco con el viento y por eso las sombras de aquel rincón habían parecido por un segundo la silueta de una mujer loca (de una polaca loca, para ser exactos).

Raider lanzó un gañido quejumbroso a su espalda. Nettie se volvió y lo encontró ante la puerta del cobertizo, una silueta negra con la cabeza ladeada.

—Ya lo sé —murmuró—. Ya lo sé, muchacho..., pero vamos a engañarla. Esa mujer cree que soy tonta, pero voy a demostrarle que anda muy equivocada.

Retrocedió a tientas. Sus ojos se estaban acostumbrando a la penumbra y decidió que, finalmente, no necesitaría enroscar la bombilla. De puntillas, pasó la mano por la repisa superior del armario hasta que sus dedos encontraron la llave del mueble. La que abría los cajones se había perdido hacía años, pero no importaba. Nettie tenía la que necesitaba.

Abrió el armario y depositó la pantalla de cristal emplomado en el interior, entre las pelusas de polvo y los excrementos de ratón.

—Merece lucir en un lugar mejor, lo sé —le susurró a Raider—. Pero aquí estará segura, y eso es lo que importa.

Volvió a introducir la llave en la cerradura, le dio la vuelta y comprobó que la puerta había quedado cerrada. Lo estaba, a toda prueba, y de pronto sintió como si su corazón se hubiera descargado de un lastre enorme. Probó de nuevo la puerta del armario, asintió enérgicamente y se guardó la llave en el bolsillo de la bata. Cuando llegara a casa de Polly, la ensartaría en una cuerda y se la colgaría al cuello. Sería lo primero que haría.

—¡Ven aquí! —le ordenó a Raider, que había empezado a menear el rabo, percibiendo tal vez que la crisis había pasado—. Ya nos hemos ocupado de esto y ahora debo ir a trabajar. ¡Llego tarde!

Cuando estaba poniéndose el abrigo, empezó a sonar el teléfono. Nettie dio dos pasos hacia él y, acto seguido, se detuvo.

Raider emitió su solitario y severo ladrido y la miró. ¿Acaso no sabía lo que tenía que hacer cuando sonaba el teléfono?, preguntaban sus ojos. Incluso él, que solo era un perro, lo sabía.

—No —murmuró Nettie.

¡Sé lo que has hecho, vieja loca, sé lo que has hecho, sé lo que has hecho y voy...

voy a... COGERTE!

—No pienso contestar. Me marcho al trabajo. Ella es la loca, no yo. ¡Yo no le he hecho nada! ¡Absolutamente nada!

Raider asintió con un ladrido.

El teléfono dejó de sonar.

Nettie se tranquilizó un poco, pero el corazón continuó latándole con fuerza.

—Sé buen chico —le dijo al perro con una caricia—. Volveré tarde porque me voy tarde. Pero te quiero, y si te acuerdas de eso, serás un buen chico todo el día.

Era el encantamiento de salir hacia el trabajo que Raider conocía bien, y meneó el rabo. Nettie abrió la puerta y miró en ambas direcciones antes de cruzar el umbral. Pasó un mal momento cuando distinguió un destello de amarillo, pero no era el coche de la loca polaca; el niño de los Pollard había dejado su triciclo Fisher-Price en la acera de la calle, nada más.

Nettie sacó la llave para cerrar la puerta; luego rodeó la casa hasta la parte trasera para comprobar que la puerta del cobertizo estaba cerrada. Perfecto. Se encaminó a la casa de Polly con el bolso colgado del brazo y pendiente de si veía el coche de la loca polaca (tratando de decidirse entre ocultarse tras un seto o, simplemente, mantenerse firme y desafiante, en el caso de que apareciera). Casi había llegado al final de la manzana cuando se le ocurrió que no había comprobado la puerta delantera con todo el cuidado que debía. Echó una ojeada nerviosa al reloj y retrocedió sobre sus pasos. Comprobó la puerta delantera. Estaba cerrada a cal y canto. Nettie exhaló un suspiro de alivio y, a continuación, decidió que debía comprobar también la puerta del cobertizo, solo para asegurarse.

—Más vale prevenir que curar —dijo para sí mientras se dirigía a la parte posterior de la casa.

Su mano se quedó paralizada en pleno gesto de asir el tirador de la puerta del cobertizo.

En la casa, el teléfono volvía a sonar.

—Está loca —dijo Nettie con un gemido—. ¡No le he hecho nada!

La puerta del cobertizo estaba cerrada, pero Nettie se quedó ante ella hasta que el teléfono enmudeció. Después puso rumbo al trabajo otra vez, con el bolso colgado del brazo.

Esta vez llegó a alejarse casi dos manzanas antes de que volviera a asaltarla, como una cuchillada, el convencimiento de que, finalmente, tal vez no había cerrado la puerta delantera. Sabía que lo había hecho, pero tenía miedo de equivocarse.

Se detuvo, indecisa, junto al buzón de correos azul de la esquina de Ford Street y Deaconess Way. Casi había decidido continuar adelante cuando vio un coche amarillo asomando en la intersección una calle más allá. No era el coche de la loca polaca, sino un Ford, pero Nettie pensó que tal vez era un presagio. Volvió rápidamente a su casa y comprobó de nuevo las dos puertas. Cerradas. Llegó otra vez a la acera antes de que se le ocurriera que también debía inspeccionar la puerta del armario y comprobar que seguía bien cerrada.

Sabía que lo estaba, pero tenía miedo de equivocarse.

Abrió la puerta delantera y entró en la casa. Raider saltó a su encuentro, agitando el rabo enérgicamente, y Nettie lo acarició un instante..., pero solo un instante. Tenía que cerrar la puerta de la casa, porque la loca polaca podía aparecer en cualquier momento.

¡En cualquier momento! Cerró de golpe, pasó el pestillo y volvió al cobertizo. La puerta del armario estaba cerrada, por supuesto. Regresó a la casa y se detuvo un momento en la cocina. Ya empezaba a inquietarse, a pensar que había cometido un error y que en realidad la puerta del armario no había quedado bien cerrada. Quizá no había tirado de la manija lo bastante fuerte para estar real y absolutamente segura al ciento por ciento. Quizá solo estaba encajada.

Volvió sobre sus pasos y, mientras se disponía a cerciorarse, empezó a sonar el teléfono. Regresó corriendo a la casa con la llave del armario agarrada en su mano derecha, sudorosa.

Se dio con la espinilla contra un taburete y lanzó un grito de dolor.

Cuando llegó a la sala, el teléfono había enmudecido otra vez.

—Hoy no puedo ir a trabajar —murmuró—. Tengo que... que...

(*montar guardia*)

Exacto. Tenía que montar guardia.

Descolgó el auricular y marcó el número rápidamente, antes de que su mente empezara a roerla de nuevo, como Raider roía sus juguetes de cuero sin curtir.

—¿Hola? —respondió Polly—. Aquí Coser y Cantar.

—Hola, Polly. Soy yo.

—¿Nettie? ¿Todo anda bien?

—Sí, pero llamo desde mi casa. Tengo el estómago revuelto. —Para entonces, eso no era ninguna mentira—. Quería pedirte si podría tomarme el día libre. Ya sé que hoy tocaba pasar el aspirador por el piso de arriba... y que viene el hombre del teléfono... pero...

—Está bien —dijo Polly de inmediato—. El hombre del teléfono no viene hasta las dos y hoy pensaba marcharme pronto, de todos modos. Las manos todavía me duelen demasiado para trabajar todo el día. Yo lo recibiré.

—Si me necesitas, cuenta conmigo...

—No, no, de verdad —le aseguró Polly con calidez, y Nettie notó el escozor de unas lágrimas. Polly era tan amable...

—¿Te encuentras muy mal, Nettie? ¿Quieres que llame al doctor Van Allen?

—No..., solo son unos retortijones. Pronto estaré mejor. Si puedo, iré por la tarde.

—Tonterías —replicó Polly enérgica—. No has pedido un día libre desde que trabajas para mí. Métete en la cama y duerme un rato más. Y te lo advierto: si se te ocurre venir, te mando a casa otra vez.

—Gracias, Polly —le dijo Nettie, al borde de las lágrimas—. Eres muy buena conmigo.

—Te lo mereces todo. Tengo que dejarte, Nettie... Hay clientes. Acuéstate. Te llamaré esta tarde para ver cómo te encuentras.

—Gracias.

—No tienes que dárme las. Hasta luego.

—Hasta luego —repitió Nettie, y colgó.

Rápidamente, acudió a la ventana y apartó la cortina de un manotazo. La calle estaba vacía..., de momento. Volvió al cobertizo, empleó la llave para abrir el armario y sacó la pantalla. Una sensación de calma y paz la embargó en cuanto tuvo el preciado objeto entre sus brazos. Lo llevó a la cocina, lo limpió con agua jabonosa tibia, lo enjuagó y lo secó con sumo cuidado.

Abrió uno de los cajones de la cocina y sacó el cuchillo de carnicero. Llevó este y la pantalla a la sala de estar y se sentó en la penumbra. Permaneció allí toda la mañana, muy erguida en el sillón, con la pantalla de cristal emplomado en el regazo y empuñando el cuchillo de carnicero con la derecha.

Hubo dos llamadas telefónicas.

Nettie no contestó ninguna de ellas.

SIETE

1

El viernes, 11 de octubre, fue un día excelente para la tienda más nueva de Castle Rock, sobre todo cuando la mañana dejó paso a la tarde y la gente empezó a cobrar la paga semanal. Tener dinero fresco en la mano era un incentivo para visitar la tienda, y también lo eran los comentarios favorables de quienes se habían detenido a husmear en ella el miércoles anterior. Naturalmente, cierto número de vecinos opinaba que no se podía confiar en el juicio de una gente lo bastante vulgar para entrar en un establecimiento el mismísimo día de la inauguración, pero quienes así pensaban eran una minoría, y la campanilla de plata de la puerta de Cosas Necesarias tintineó alegremente todo el día.

Desde el miércoles, el señor Gaunt había recibido o desembalado nuevas remesas de mercaderías. A los interesados en el asunto les resultaba difícil de creer que se hubiera efectuado una entrega de material, pues nadie había visto ningún camión de transporte, pero el detalle no tenía gran importancia, en cualquier caso. Aquel viernes, en Cosas Necesarias había muchos más objetos a la venta, y eso era lo que contaba.

Muñecas, por ejemplo. Y rompecabezas de madera bellamente trabajados, algunos por ambos lados. También había un juego de ajedrez único, cuyas piezas eran fragmentos de cristal de roca tallados en forma de animales africanos por alguna mano primitiva pero dotada de un talento fabuloso: jirafas a medio galope como caballos, rinocerontes con la cabeza agachada en actitud combativa en lugar de las torres, chacales por peones, reyes leones y sinuosos leopardos por reinas. Había un collar de perlas negras visiblemente caro —cuánto, nadie se atrevió a preguntarlo (al menos, aquel primer día)—, pero cuya belleza hacía casi doloroso admirarlo; varios visitantes de Cosas Necesarias volvieron a sus casas con una sensación de melancolía y de extraña inquietud, y con la imagen del collar de perlas meciéndose en la oscuridad justo detrás de sus ojos, negro sobre negro. Y no todos los que salían de la tienda en aquel estado eran mujeres.

También había una pareja de marionetas danzantes ataviadas como bufones y una cajita de música, antigua y tallada con maestría. El señor Gaunt comentó respecto a ella que estaba seguro de que al abrirla sonaba una melodía insólita, si bien no recordaba cuál era. La cajita estaba cerrada y el hombre no tuvo apuro en reconocer que el comprador tendría que encontrar a alguien que le fabricara una llave para ella, y comentó que aún había algunos viejos artesanos capaces de llevar a cabo tal encargo. Varias personas le preguntaron si podrían devolver la cajita de música en el

caso de que, efectivamente, consiguieran abrir la tapa y descubrieran que la melodía no era de su gusto. Ante tal pregunta, el señor Gaunt se limitó a sonreír y a señalar un rótulo nuevo colgado en la pared, que rezaba:

NO SE ADMITEN DEVOLUCIONES
NI SE EFECTÚAN CAMBIOS
CAVEAT EMPTOR!

—¿Qué significa eso? —preguntó Lucille Dunham. Lucille trabajaba de camarera en la cafetería de Nan y se había decidido a entrar con su amiga Rose Ellen Myers durante el descanso para el desayuno.

—Significa que si te da gato por liebre, tú te quedas el gato y él se queda los cuartos —respondió Rose Ellen. Al momento, vio que el señor Gaunt la había oído (aunque la mujer habría jurado que apenas un segundo antes lo había visto en el extremo opuesto de la tienda) y se puso roja como un tomate.

El señor Gaunt, sin embargo, se limitó a soltar una breve risilla.

—Exacto —dijo a continuación—. ¡Eso es exactamente lo que significa!

Un revolver de cañón largo en una caja, con una tarjeta ante ella que decía NED BUNTLINE ESPECIAL; una marioneta de madera de un chico pelirrojo, pecoso y con una sonrisa amistosa permanente (PROTOTIPO DE TÍTERE, decía la tarjeta); cajas de papel de carta y sobres, muy bonitos pero nada extraordinarios; una selección de postales antiguas; juegos de escritorio; pañuelos de lino; animales disecados. Parecía haber un objeto para cada gusto y —aunque no había una sola etiqueta de precio en todo el local— para cada presupuesto.

Aquel día, al señor Gaunt el negocio le fue de maravilla. La mayoría de los objetos que vendió eran bonitos, pero nada excepcionales. Con todo, consiguió hacer algunos tratos «especiales», y todos ellos se produjeron durante los contados períodos en los que solo había en la tienda un único cliente.

—Cuando el negocio se tranquiliza, yo me inquieto —le comentó con su amistosa sonrisa a Sally Ratcliffe, la profesora de dicción de Brian Rusk—. Y cuando me pongo nervioso, a veces me vuelvo atolondrado. Mala cosa para el vendedor, pero excelente para el comprador.

La señorita Ratcliffe era miembro devoto de la grey baptista del reverendo Rose, había conocido en la iglesia a su prometido, Lester Pratt, y además de la chapa con el lema NO A LA NOCHE DE CASINO lucía otra que decía ¡YO SOY UNO DE LOS SALVADOS! ¿Y TÚ? La astilla con la tarjeta MADERA PETRIFICADA DE TIERRA SANTA llamó de inmediato su atención, y no puso reparos cuando el señor Gaunt sacó el objeto de la vitrina y se lo depositó en la mano. Compró la reliquia por diecisiete dólares y la promesa de gastar una pequeña broma inocua a Frank Jewett, el director de la escuela secundaria de Castle Rock. Sally Ratcliffe dejó la tienda con aire lánguido y abstraído cinco

minutos después de entrar.

El señor Gaunt se había ofrecido a envolverle la compra, pero la maestra había rehusado diciendo que prefería llevarlo tal cual. Quien la viera alejarse por la acera no habría podido asegurar si sus pies tocaban el suelo o flotaban sobre él.

2

La campanilla de plata tintineó.

Cora Rusk entró en el local decidida a comprar la foto de El Rey y sufrió una terrible decepción cuando el señor Gaunt le dijo que ya la había vendido. Cora quiso saber quién la había comprado.

—Lo siento —le respondió el señor Gaunt—, pero fue una mujer de otro estado. El coche que conducía llevaba matrícula de Oklahoma.

—¡La hemos hecho buena...! —exclamó con voz colérica y con profunda zozobra. Cora no se había dado perfecta cuenta de lo mucho que codiciaba aquella foto hasta que el señor Gaunt le había informado de que ya no estaba.

Henry Gendron e Yvette, su esposa, estaban en la tienda durante aquel encuentro, y el señor Gaunt pidió a Cora que aguardara un minuto mientras los atendía. Creía tener otra cosa, le dijo, que quizá le resultaría aún más interesante. Cuando hubo vendido a los Gendron un osito de peluche —un regalo para su hija— y los hubo despachado, pidió a Cora que esperara un momento más mientras buscaba en la trastienda. Cora esperó, pero sin gran interés o expectación. Un plomizo abatimiento se había adueñado de ella. La mujer había visto cientos de fotos de El Rey, miles tal vez, y tenía media docena de ellas excelentes, pero aquella le había parecido... especial, de algún modo. Odió a la mujer de Oklahoma.

Momentos después, el señor Gaunt regresó con una funda de gafas de piel de lagarto. La abrió y enseñó a Cora unas gafas de aviador con los cristales ahumados de un tono gris intenso. A la mujer se le cortó el aliento y se llevó la mano derecha al cuello, presa de un temblor.

—¿Son las...? —empezó a decir, pero no pudo continuar.

—... las gafas de sol de El Rey —asintió el señor Gaunt con gesto grave—. Una de los sesenta pares que tenía. Aunque me han dicho que estas eran sus favoritas.

Cora compró las gafas de sol por diecinueve dólares y cincuenta centavos.

—También quiero que me proporciones una pequeña información. —El señor Gaunt miró a Cora con un destello en los ojos—. Llamémoslo un recargo, ¿te parece?

—¿Información? —inquirió Cora dubitativa—. ¿Qué clase de información?

—Mira ahí fuera, Cora.

Ella obedeció, pero sus manos no soltaron las gafas ni un instante. Al otro lado de

la calle, el coche 1 de la policía de Castle Rock estaba aparcado ante The Clim Joint. Alan Pangborn conversaba en la acera con Bill Fullerton.

—¿Ves a ese hombre? —preguntó Gaunt.

—¿Quién? ¿Bill Ful...?

—No, tonta —dijo Gaunt—. El otro.

—¿El comisario Pangborn?

—Exacto.

—Sí, lo veo.

Cora se sentía embotada y aturdida. La voz de Gaunt parecía llegarle desde una gran distancia. No podía dejar de pensar en su compra, en las maravillosas gafas de sol. Deseaba llegar a casa para probárselas... Pero, por supuesto, no podía marcharse hasta que Gaunt se lo permitiera, porque la transacción no estaría ultimada hasta que él lo dijera.

—Tiene todo el aspecto de lo que mis compañeros de profesión llaman una venta difícil —comentó el señor Gaunt—. ¿Qué opinas de él, Cora?

—Es listo —respondió ella—. Nunca será como el viejo comisario George Bannerman, según dice mi marido, pero es listo como un zorro.

—¿De veras? —La voz de Gaunt había adquirido de nuevo aquel tono insistente y cansino. Sus ojos, convertidos en dos rendijas, no se apartaron un solo instante de Alan Pangborn—. Bueno, ¿quieres saber un secreto, Cora? No me gusta demasiado la gente lista, y me molestan mucho las ventas difíciles. De hecho, me repugnan las ventas difíciles. No confío en la gente que siempre quiere repasar las cosas buscando taras antes de comprar.

Cora no dijo nada. Se limitó a seguir donde estaba, con la funda y las gafas de sol de El Rey en la mano izquierda y la vista perdida más allá del cristal de la puerta.

—Si quisiera que alguien vigilara las idas y venidas de un tipo listo como el comisario, ¿quién crees que sería el más indicado?

—Polly Chalmers —respondió Cora con voz narcotizada—. Está coladísima por él.

Gaunt movió la cabeza en un gesto seco de negativa. Su mirada siguió atentamente al comisario cuando este se acercó al coche patrulla, volvió la cabeza unos instantes hacia Cosas Necesarias, se sentó al volante y se alejó calle abajo.

—Polly no sirve.

—¿Sheila Brigham? —apuntó Cora dubitativa—. Es la encargada de la centralita en la comisaría.

—Buena idea, pero tampoco me sirve. Otra venta difícil. En todos los pueblos hay algunas, Cora. Una lástima, pero así son las cosas.

Cora siguió pensando en su estado distante y adormilado.

—¿Eddie Warburton? —propuso por fin—. Es el portero del ayuntamiento.

A Gaunt se le iluminó el rostro.

—¡El conserje! —exclamó—. ¡Sí! ¡Excelente! ¡Realmente excelente!

Se inclinó hacia Cora y le estampó un beso en la mejilla.

Ella se echó atrás con una mueca, restregándose frenéticamente la zona donde se había producido el contacto. Escapó de su garganta un breve sonido, como una náusea, pero Gaunt no pareció darse cuenta. Una sonrisa ancha y radiante le cruzaba el rostro.

Cora dejó la tienda (frotándose todavía la mejilla con la palma de la mano) en el momento en que entraban Stephanie Bonsaint y Cyndi Rose Martin, del club de bridge de Ash Street. Cora, en su apresuramiento, estuvo a punto de arrollar a Steffie Bonsaint; tenía unos deseos terribles de llegar a casa lo antes posible. De llegar a casa y ponerse de una vez aquellas gafas. Pero, antes de hacerlo, quería lavarse la cara y librarse de aquel beso repulsivo. Lo notaba en la piel, ardiente como una fiebre insidiosa.

Sobre la puerta, la campanilla de plata emitió su tintineo.

3

Mientras Steffie se detenía junto al escaparate, absorta en los dibujos cambiantes del viejo calidoscopio que había descubierto allí, Cyndi Rose se acercó al señor Gaunt y le recordó que en su visita del miércoles le había dicho que tal vez tendría un jarrón de Lalique a juego con el que había comprado ese día.

—Bueno —respondió el señor Gaunt, sonriéndole con una expresión que parecía preguntar a la mujer si era capaz de guardar un secreto—, quizá lo tenga. ¿Podría librarse de su amiga un par de minutos?

Cyndi Rose pidió a Steffie que se adelantara hasta la cafetería de Nan y fuera pidiéndole una taza de café; ella iría enseguida, le aseguró. Steffie obedeció, pero con una expresión de desconcierto.

El señor Gaunt pasó a la trastienda y regresó con un jarrón de Lalique. Cyndi Rose comprobó que no solo hacía juego con el que ya tenía, sino que era su pareja idéntica.

—¿Cuánto? —inquirió mientras acariciaba la suave curva del jarrón con un dedo no del todo firme. Entonces evocó con cierta desilusión la satisfacción que había sentido el miércoles al adquirir el anterior a precio de saldo.

El hombre, al parecer, no había hecho más que echarle el cebo. Y ahora que la tenía prendida en el anzuelo, empezaría a recoger el sedal. Aquel segundo jarrón no iba a ser una ganga de treinta y un dólares; esta vez, estaba segura de que el señor Gaunt le exprimiría el bolsillo. Pero, a pesar de todo, deseaba tenerlo para acompañar

al primero en la repisa de la chimenea del salón; sí, lo deseaba ardientemente.

Por eso, casi no pudo creer lo que oía cuando Leland Gaunt respondió:

—Ya que es mi primera semana, ¿por qué no lo dejamos en una oferta especial: dos por el precio de uno? Aquí tiene, querida; disfrútelo.

Su sorpresa fue tal que el jarrón estuvo a punto de resbalársele de las manos cuando el señor Gaunt lo depositó en ellas.

—Pero... he entendido que decía...

—Has entendido bien —la interrumpió él, y de pronto, Cyndi Rose descubrió que no podía apartar la vista de sus ojos. Francie se equivocó con ellos, pensó de forma vaga, remota y distraída. No son verdes, sino grises. Gris oscuro—. Aunque sí quiero pedirte a cambio una cosa.

—¿Una cosa?

—Sí... ¿Conoces a un ayudante del comisario que se llama Norris Ridgewick...?

La campanilla de plata de la puerta tintineó de nuevo.

Everett Frankel, el ayudante técnico sanitario que trabajaba para el doctor Van Allen, compró la pipa que Brian Rusk había visto en su visita previa a la inauguración de Cosas Necesarias; Frankel la adquirió por doce dólares y el compromiso de gastar una broma a Sally Ratcliffe. El pobre Slopey Dodd, el tartamudo que asistía a logopedia de los martes por la tarde con Brian, compró una tetera de peltre para el aniversario de su madre. Le costó setenta y un centavos... y la promesa, formulada sin reservas, de gastar una broma muy divertida a Lester Pratt, el novio de Sally. El señor Gaunt le dijo a Slopey que, cuando llegara el momento, él mismo le proporcionaría los contados objetos que necesitaría para llevar a cabo la broma. Slopey comentó que aquello se-se-sería estu-tu-tu-pendo. June Gavineaux, esposa de uno de los dueños de granjas lecheras más ricos de la región, se quedó una vasija de *cloisonné* por noventa y siete dólares y el compromiso de gastar una bromita al padre Brigham, de Nuestra Señora de las Aguas Serenas. No mucho después de que la mujer se hubiera marchado, el señor Gaunt cerró un trato que incluía gastar una broma parecida al reverendo Willie.

Fue un día ajetreado y fructífero, y cuando colgó por fin en el cristal de la puerta el rótulo de CERRADO y corrió la cortina, Gaunt estaba cansado pero satisfecho. El negocio había funcionado espléndidamente e incluso había dado un paso para asegurarse de que el comisario Pangborn no sería un estorbo. Eso era magnífico. La inauguración era la parte más agradable de su operación, pero siempre resultaba tensa y, en ocasiones, incluso podía ser arriesgada. Por supuesto, tal vez se equivocaba acerca de Pangborn, pero Gaunt había aprendido a fiarse de su instinto en tales asuntos, y el comisario le parecía un hombre del cual era mejor mantenerse a distancia... al menos hasta que estuviera en condiciones de enfrentarse a él llevando la iniciativa.

El señor Gaunt calculó que iba a ser una semana terriblemente atareada y que en el pueblo se armaría un buen número de líos antes de que terminara.

Sí, un buen montón de líos.

4

Eran las seis y cuarto de la tarde del viernes cuando Alan detuvo el coche en el camino particular de la casa de Polly y apagó el motor. La mujer estaba en la puerta, esperándolo, y lo besó cálidamente. Alan vio que se había enfundado los guantes incluso para aquella brevísima incursión al frío y frunció el ceño.

—No empecemos —protestó ella—. Hoy las tengo un poco mejor. ¿Has traído el pollo?

El comisario sostuvo en alto las bolsas blancas salpicadas de grasa.

—Soy vuestro servidor, señora mía.

Ella le hizo una pequeña reverencia.

—Y yo, la vuestra.

Tomó las bolsas de las manos de él y le hizo pasar a la cocina. Alan tomó una silla de las que circundaban la mesa, le dio la vuelta y se sentó a horcajadas, apoyando los brazos en el respaldo mientras la observaba despojarse de los guantes y colocar el pollo asado en una fuente de cristal. Había comprado el pollo en Cluck-Cluck Tonite. El establecimiento tenía un nombre horriblemente rural, pero el pollo era bastante bueno (las almejas eran otro cantar, según Norris). El único problema cuando uno vivía a treinta kilómetros de distancia era que el pollo se enfriaba..., pero precisamente para remediar aquello se habían inventado los hornos microondas, pensaba Alan. De hecho, a su modo de ver, los tres únicos servicios aceptables que podía ofrecer un microondas eran recalentar el café, hacer palomitas de maíz y dar el toque final a la comida preparada en lugares como el Cluck-Cluck Tonite.

—¿De veras notas una mejoría? —insistió mientras ella introducía la fuente en el horno y pulsaba los botones correspondientes. No era preciso ser más concreto; los dos sabían a qué se refería.

—Solo un poco —reconoció ella—, pero estoy bastante segura de que pronto estarán mucho mejor. Empiezo a notar hormigueos de calor en las palmas, y normalmente eso indica que empieza la mejoría.

Polly sostuvo las manos en alto. Al principio de conocer a Alan, se había sentido dolorosamente avergonzada de aquellas manos torcidas y deformadas, y aún le producía cierta incomodidad mostrárselas, pero había llegado a aceptar el interés del hombre como parte del amor que sentía por ella. Él, por su parte, seguía viéndolas rígidas y torpes, como si Polly llevara puestos unos guantes invisibles; unos guantes

confeccionados por un operario tosco y descuidado que se los hubiera enfundado y los hubiera cosido a sus muñecas para siempre.

—¿Has tomado alguna pastilla?

—Solo una. Esta mañana.

En realidad había tomado tres —dos por la mañana y una a primera hora de la tarde— y el dolor no había sido más soportable que el día anterior. Polly temía que el hormigueo al que se había referido no fuera otra cosa que figuraciones de su imaginación. No le gustaba engañar a Alan, pues estaba convencida de que el amor y las mentiras rara vez combinaban bien, y nunca a largo plazo; sin embargo, había estado sola mucho tiempo y una parte de ella aún se sentía aterrada ante la continua solicitud del hombre. Confiaba en él, pero le daba miedo que supiera demasiadas cosas de ella.

Alan se había vuelto cada vez más insistente con el tema de la clínica Mayo y Polly sabía que, si el hombre se hacía una idea cabal de lo terrible que era el dolor en aquella ocasión, se pondría aún más pesado. Ella no quería que sus malditas manos se convirtieran en el componente más importante de su amor... y quizá temía también el diagnóstico que pudiera resultar de una consulta en un lugar como la clínica Mayo. Se sentía capaz de vivir con el dolor; de lo que no estaba segura era de poder hacerlo sin esperanza.

—¿Quieres sacar las patatas del horno? —preguntó—. Quiero llamar a Nettie antes de sentarnos a cenar.

—¿Qué le sucede a Nettie?

—Tiene el estómago revuelto. Hoy no ha venido a trabajar y quiero asegurarme de que no es una gripe intestinal. Rosalie dice que hay una verdadera epidemia, y a Nettie le dan pánico los médicos.

Alan, que conocía el modo de pensar de Polly Chalmers mucho mejor de lo que la mujer habría creído posible, se dijo: ¡Vaya, mira quién fue a hablar!, mientras Polly se dirigía hacia el teléfono. Alan era un policía y no podía prescindir de sus dotes de observación cuando estaba fuera de servicio. Era un reflejo automático que ya ni siquiera intentaba reprimir. De haber sido un poco más observador durante los últimos meses de vida de Annie, quizá ella y Todd aún estarían vivos.

Había advertido los guantes que Polly llevaba puestos al acudir a la puerta. Había advertido que se los quitaba con los dientes, en lugar de tirar de ellos con los dedos de la mano contraria. La había observado mientras colocaba el pollo en la fuente y se había percatado de la ligera mueca que tensaba su boca al levantar la fuente para introducirla en el microondas. Todo aquello eran malas señales, y se acercó a la puerta que separaba la cocina del salón con la intención de observar si Polly marcaba el número con seguridad o con torpeza y esfuerzo. Aquel era uno de los métodos más fiables para medir la intensidad de sus dolores. Y lo que escuchó le proporcionó el

primer signo de esperanza. Al menos, por tal lo tomó.

Polly marcó el número de Nettie con gesto rápido y confiado, y desde el otro extremo de la sala, Alan no alcanzó a advertir que tanto el teléfono desde el cual hacía la llamada como los demás de la casa habían sido sustituidos aquel mismo día por unos aparatos de teclas más grandes de lo normal. El hombre volvió a la cocina, pero no dejó de prestar atención, aguzando el oído.

—¿Nettie? Hola... Estaba a punto de colgar. ¿Te he despertado...? ¿Sí...? ¡Oh...! Bueno, ¿qué tal estás...? ¡Ah, bien...! Me he acordado de ti... No, tengo la cena resuelta; Alan ha traído pollo asado de ese sitio de Oxford, el Cluck-Cluck... Sí, claro, ¿verdad?

Alan sacó una bandeja de uno de los armarios colgados sobre la encimera, mientras pensaba: Me esta mintiendo respecto a las manos. No importa lo bien que maneje el teléfono, las tiene tan mal como el año pasado, o incluso peor.

La idea de que Polly le hubiera mentido no lo desanimó apenas; su postura respecto a la ocultación de la verdad era mucho más indulgente que la de ella. Por ejemplo, estaba lo del niño. Lo había tenido a principios de 1971, unos siete meses después de dejar Castle Rock en un autobús de la Greyhound. Polly le había contado que el bebé —un varón al que había puesto el nombre de Kelton— había muerto en Denver a los tres meses de nacer. Síndrome de muerte súbita infantil; la peor pesadilla para la reciente madre. Era una historia perfectamente posible y Alan no había tenido la menor duda de que, en efecto, Kelton Chalmers estaba muerto. El relato de Polly solo tenía un problema: no era verdad. Alan era policía y reconocía una mentira en cuanto la oía.

(excepto si era Annie quien la decía)

Sí, pensó. Excepto si era Annie quien la decía. La excepción quedó debidamente anotada en el registro.

¿Qué le decía que Polly estaba mintiendo? ¿La rapidez del parpadeo de sus ojos, su mirada demasiado abierta y fija? ¿El gesto de su mano al levantarse para dar ligeros tirones del lóbulo izquierdo? ¿El movimiento de cruzar y descruzar las piernas, aquel ademán instintivo en los niños que venía a decir «estoy mintiendo»?

Todo ello y, a la vez, nada en concreto. Básicamente, era un zumbido que se le había disparado dentro de la cabeza, igual que se dispara la alarma de un arco de detección de metales en un aeropuerto cada vez que pasa por él algún tipo con una placa metálica en el cráneo.

La mentira no lo enfureció ni lo preocupó. Había quien mentía por interés, quien mentía por dolor, quien lo hacía por la simple razón de que la noción de decir la verdad le resultaba absolutamente ajena, y había personas que mentían porque esperaban el momento oportuno para revelar la verdad. A Alan le dio la impresión de que la falsa historia de Polly acerca de Kelton entraba en esta última categoría, y se

contentó con esperar. Algún día, ella se decidiría a confiarle sus secretos. No había prisa.

No había prisa. El mero hecho de pensar aquello ya era un lujo.

La voz de Polly —que le llegaba desde el salón, modulada y serena y, de algún modo, perfecta— también parecía un lujo. Alan todavía no había superado el sentimiento de culpabilidad por el mero hecho de estar allí y saber dónde guardaba Polly todos los platos y utensilios, de saber en qué armario del dormitorio tenía las medias de nailon y hasta dónde llegaba la línea exacta de su bronceado de verano, pero nada de aquello importaba cuando escuchaba su voz. Aquello solo tenía en realidad una explicación, un hecho simple que se imponía a todo lo demás: el sonido de la voz de Polly se estaba convirtiendo en el sonido del hogar.

—Puedo acercarme más tarde si quieres, Nettie... ¿De veras...? Bueno, sí; probablemente es lo mejor... ¿Mañana...?

Polly se echó a reír con un sonido claro, agradable, que a Alan siempre le hacía sentir que el mundo, de algún modo, se revitalizaba. El hombre reflexionó para sí que sería capaz de esperar mucho tiempo a que Polly le desvelase sus secretos, si seguía dedicándole risas como aquella de vez en cuando.

—¡Cielos, no! ¡Mañana es sábado! ¡Pienso pasarme el día acostada y pecando!

Alan sonrió. Abrió el cajón de debajo de la cocina, encontró un par de manoplas y abrió el horno convencional. Una patata, dos patatas, tres patatas, cuatro. ¿Cómo diablos se le había ocurrido a Polly que serían capaces de comerse cuatro patatas asadas grandes entre los dos? Pero, por supuesto, ya sabía por anticipado que iba a encontrar demasiadas, porque era típico de Polly. Sin duda, tras el hecho de aquellas cuatro patatas se ocultaba otro secreto, y algún día, cuando conociera todos los porqués (o la mayoría de ellos, o aunque solo fuera algunos), tal vez desaparecerían sus sentimientos de culpa y de indiferencia.

Sacó las patatas del horno. Un momento después, el microondas emitió su pitido.

—¡Tengo que dejarte, Nettie...!

—¡Ya está! —gritó Alan—. ¡Lo tengo todo bajo control! ¡No olvide que soy policía, señora!

—... pero llámame si necesitas algo. ¿Seguro que te encuentras bien...? Y si no, me lo dirías, ¿verdad, Nettie...? Está bien... ¿Qué...? No, solo preguntaba... Tú también... Buenas noches, Nettie.

Cuando Polly volvió a la cocina, Alan había puesto el pollo en la mesa y estaba ocupado pelándole una de las patatas en el plato.

—¡Alan, cariño! ¡No era preciso que lo hicieras...!

—Entra todo en el servicio, señora.

Otra cosa que Alan había acabado por comprender era que cuando Polly tenía las manos tan mal, la vida se convertía para ella en una serie de pequeños combates

terriblemente penosos; los gestos normales de la vida cotidiana se transformaban en una serie de obstáculos agotadores, y el castigo por el fracaso era la vergüenza, además del dolor. Llenar el lavaplatos. Echar leña al fuego de la chimenea. Utilizar el cuchillo y el tenedor para despojar de su envoltorio la patata asada.

—Siéntate —añadió Alan—, y ataquemos el pollo.

Polly lo abrazó y lo apretó contra sí con la parte interna de los antebrazos, en lugar de con las manos, como no le pasó por alto al observador infatigable que Alan llevaba dentro. Sin embargo, otra parte de él menos fría percibió cómo se apretaba contra el suyo el cuerpo apetecible de Polly y aspiró el dulce aroma de su champú.

—Eres el mejor de los hombres —le susurró ella.

Alan la besó, con ternura al principio, luego con más pasión. Sus manos se deslizaron desde la cintura de Polly hasta sus nalgas redondas y firmes.

—Alto, muchacho —dijo ella por fin—. Primero, comamos; después, ya veremos.

—¿Es una invitación formal? —Si realmente no tenía mejor las manos, pensó Alan, sería un sacrificio para ella.

—Formal y solemne —asintió Polly, sin embargo, y Alan tomó asiento satisfecho. Por el momento.

5

—¿Viene Al a pasar el fin de semana? —le preguntó Polly mientras recogían la mesa. El hijo superviviente de Alan estudiaba en la Milton Academy, al sur de Boston.

—Mmm... —respondió Alan mientras vaciaba de restos los platos.

Con una naturalidad un poco demasiado forzada, Polly continuó diciendo:

—Se me ha ocurrido que, como el lunes no hay clases porque es el día de Colón...

—Piensa ir a casa de Dorf, en Cape Cod —explicó Alan—. Dorf es Carl Dorfman, su compañero de habitación. Al llamó el martes para preguntarme si podía ir a pasar allí los tres días de fiesta, y le di permiso.

Polly le rozó el brazo y él se volvió a mirarla.

—¿Qué parte de eso es culpa mía, Alan?

—¿Qué parte de qué es culpa tuya? —replicó él, sinceramente sorprendido.

—Ya sabes a qué me refiero; eres un buen padre y no eres tonto. ¿Cuántas veces ha venido Al desde que empezó de nuevo el curso?

De pronto, Alan comprendió adónde pretendía ir a parar la mujer y, aliviado, le lanzó una sonrisa.

—Solo una —respondió—, y porque tenía que hablar con Jimmy Catlin, su

compinche de pirateo informático en el instituto. Algunos de sus programas favoritos no funcionaban en el nuevo Commodore Sesenta y cuatro que le regalé por su cumpleaños.

—¿Lo ves? A eso me refiero, Alan. Para él, estoy intentando ocupar el lugar de su madre demasiado pronto y...

—¡Oh, vamos! ¿Cuánto llevas dándole vueltas a la idea de que Al te ve como la Madrastra Malvada?

Polly frunció las cejas en un gesto enfurruñado.

—Espero que me perdonarás si no encuentro la idea tan divertida como por lo visto te resulta a ti.

Él la tomó suavemente por los brazos y la besó en la comisura de los labios.

—A mí tampoco me resulta divertida. A veces, y precisamente pensaba en eso hace un momento, estar contigo hace que me sienta un poco extraño. Me da la impresión de que es demasiado pronto. No es cierto, pero a veces me lo parece. ¿Entiendes a qué me refiero?

Ella asintió. Su ceño se relajó un poco, pero no por completo.

—Claro que sí. En las películas y en televisión, los personajes siempre pasan un poco más de tiempo llorando dramáticamente, ¿verdad?

—Acabas de poner el dedo en la llaga. En las películas tienes muchas más lágrimas y mucha menos pena. Porque la pena es demasiado real. La pena es... — Apartó suavemente las manos de los brazos de Polly, levantó lentamente un plato y empezó a limpiarlo—. ¡La pena es brutal!

—Sí.

—De modo que a veces me siento un poco culpable, es cierto. —Alan se quedó amargamente sorprendido del tono defensivo que había notado acechando en su voz—. En parte, porque parece demasiado pronto, aunque no lo sea, y en parte porque parece que me he consolado demasiado fácilmente, lo cual no es cierto. Esta idea de que debería sentir más pena aún está presente a veces, no puedo negarlo, pero debo decir en mi favor que sé que eso no es cierto..., porque una parte de mí, una gran parte de mí en realidad, sigue afligido.

—Debes de ser humano —respondió ella en un susurro—. ¡Qué fantásticamente exótico y que excitantemente perverso!

—Sí, supongo que sí. En cuanto a Al, también se está enfrentando al asunto a su manera. Y es una buena manera, lo suficiente para que me enorgullezca de él. Todavía echa de menos a su madre, pero si siente verdadera pena, y me temo que no estoy totalmente seguro de que así sea, es por Todd por quien llora. Pero esa idea de que no venga porque no apruebe tu presencia..., porque no apruebe nuestra relación... queda completamente descartada.

—Me alegro de que así sea. No sabes cuánto me alivia oírlo. De todos modos,

sigue pareciéndome que...

—¿... que lo nuestro no está del todo bien?

Ella asintió.

—Entiendo lo que sientes, pero la conducta de los chicos, aunque sea normal en un noventa y ocho coma seis por ciento, nunca parece completamente correcta a los adultos. A veces olvidamos la facilidad con que curan sus heridas y casi siempre olvidamos lo rápido que cambian. Al se aleja. De mí, de sus antiguos amigos como Jimmy Catlin, del mismo Castle Rock. Se aleja, eso es todo. Como un cohete cuando entra en acción la tercera fase del impulsor. Los jóvenes siempre lo hacen, y supongo que indefectiblemente es una especie de triste sorpresa para sus padres.

—De todos modos, parece muy pronto —insistió Polly con suavidad—. Diecisiete años parecen muy pocos para echar a volar solo.

—Es pronto, en efecto —asintió Alan. Lo dijo en un tono que no era exactamente de enfado—. Perdió a su madre y a su hermano en un accidente estúpido. Su vida estalló en pedazos, la mía también y los dos nos unimos como supongo que padres e hijos hacen siempre en tales circunstancias para ver si pueden recuperar el mayor número de pedazos posible. Nos las arreglamos bastante bien, me parece, pero estaría ciego para no darme cuenta de que las cosas han cambiado. Mi vida está aquí, Polly, en Castle Rock. La suya, no. Ya no. Pensaba que tal vez volvería a estarlo, pero la mirada que apareció en sus ojos cuando le sugerí que tal vez quisiera hacer el traslado al instituto del pueblo para el semestre de otoño me dejó las cosas muy claras. Al no quiere volver aquí porque encuentra demasiados recuerdos. Creo que esto podría cambiar... con el tiempo..., y por ahora no voy a insistirle. Pero no tiene nada que ver con nosotros dos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. ¿Alan?

—¿Mmm?

—La echas de menos, ¿verdad?

—Sí —se limitó a responder Alan—. Todos los días.

Perplejo, se descubrió de pronto al borde de las lágrimas. Dio media vuelta y abrió al azar uno de los cajones, intentando dominarse. La manera más fácil de hacerlo era desviar la conversación. Y deprisa.

—¿Cómo está Nettie? —preguntó, y constató con alivio que su voz sonaba normal.

—Dice que esta noche está mejor, pero ha tardado muchísimo en contestar al teléfono. He llegado a imaginármela tendida en el suelo, inconsciente.

—Debía de estar dormida.

—Me ha dicho que no, y no lo parecía, por la voz. ¿Sabes la voz que pone la gente cuando la despierta el teléfono?

Alan asintió. Era otra cosa de la que sabía bastante un policía. Muchas veces

había estado a un lado u otro de la línea, realizando o recibiendo una llamada que interrumpía el sueño.

—Decía que estaba revolviendo entre unas cosas viejas de su madre en el cobertizo, pero...

—Si tiene descomposición, lo más probable es que llamaras mientras estaba en el trono y no haya querido decirlo —apuntó Alan con voz seca.

Polly, al escuchar el comentario, se echó a reír.

—¡Seguro que es eso! ¡Resulta muy propio de ella!

—Claro —asintió él. Echó un vistazo al fregadero y cerró el grifo—. Cielo, ya está todo limpio.

—Gracias, Alan. —Polly le dio un leve beso en la mejilla.

—¡Oh, vaya, mira qué he encontrado! —dijo él, al tiempo que llevaba su mano tras la oreja de la mujer y sacaba de ella una moneda de medio dólar—. ¿Siempre guardas el dinero ahí, encanto?

—¿Cómo lo haces? —preguntó ella, contemplando la moneda con auténtica fascinación.

—¿Hacer qué? —La pieza de medio dólar pareció flotar sobre los nudillos de su mano derecha, que subían y bajaban armoniosamente. Alan pellizcó la moneda entre los dedos corazón y anular y volvió la mano. Cuando le dio la vuelta otra vez, el medio dólar había desaparecido—. ¿Crees que debería escaparme con algún circo?

Polly sonrió.

—No... Quédate conmigo. Alan, ¿crees que soy tonta por preocuparme tanto de Nettie?

—En absoluto —respondió él. Llevó la mano izquierda, donde había ido a parar la moneda, al bolsillo del pantalón, la sacó vacía y cogió un trapo de secar los platos—. La sacaste del asilo, le diste un empleo y la has ayudado a comprar una casa. Te sientes responsable de ella y supongo que, en cierto modo, lo eres. Si no te preocuparas por ella, me preocuparías tú a mí.

Polly cogió el último vaso del escurrer platos. Alan advirtió el súbito desaliento de su rostro y supo que la mano no iba a ser capaz de sostenerlo, aunque el vaso ya estaba casi seco. Reaccionó rápidamente, doblando las rodillas y extendiendo la mano. Efectuó el movimiento con tal agilidad que a Polly casi le pareció un paso de danza. El vaso cayó limpiamente en su mano, que lo esperaba con la palma hacia arriba a menos de un palmo del suelo.

El dolor que la había importunado toda la noche —y el temor añadido a que Alan descubriera lo terrible que era— quedó enterrado de pronto bajo una oleada de deseo tan intensa e inesperada que hizo más que sorprenderla; la asustó. Y llamar a aquello «deseo» era un poco pacato. Lo que sentía era más simple, era una emoción de cariz absolutamente primario. Lo que sentía era lascivia.

—Te mueves como un auténtico gato —comentó mientras él se incorporaba. Su voz sonó profunda y un poco arrastrada. Polly continuó admirando la agilidad con que había doblado las piernas, la felina flexión de los largos músculos de sus muslos, la curva suave de una pantorrilla—. ¿Cómo puede moverse tan deprisa un hombre de tu tamaño?

—No lo sé —respondió él, y la miró con sorpresa y perplejidad—. ¿Qué sucede, Polly? Te veo rara. ¿Te sientes mal?

—Me siento —dijo ella— a punto de correrme en las bragas.

Entonces, a él también lo invadió la lujuria. Sin más. La sensación no tenía nada de malo, ni tampoco de bueno. Simplemente, allí estaba.

—¿A ver si es verdad? —murmuró él, y se acercó a Polly con aquella misma agilidad, con aquella asombrosa rapidez de la que nadie le creería capaz viéndolo deambular por Main Street—. Vamos a comprobarlo.

Dejó el vaso en la repisa con la mano izquierda y deslizó la diestra entre las piernas de Polly antes de que ella supiera qué estaba sucediendo.

—Alan, ¿qué estás...? —Y en ese instante, mientras el pulgar del hombre presionaba con medida energía su clítoris, el «haciendo» se convirtió en un «¡haciendooh!» y Alan la levantó del suelo sin aparente esfuerzo, exhibiendo una fuerza sorprendente.

Polly le echó los brazos al cuello teniendo buen cuidado, incluso en aquel cálido momento, de sujetarse con los antebrazos; sus manos sobresalían tras la espalda de Alan como haces de pequeñas estacas rígidas, pero, de pronto, eran la única parte de su cuerpo con aquella rigidez. El resto parecía estar derritiéndose.

—¡Alan, déjame en el suelo!

—Ni pensarlo —replicó, y la levantó aún más. Cuando Polly empezó a escurrirse hacia atrás, él deslizó la mano libre entre sus omóplatos y la empujó hacia él. De pronto, Polly se mecía hacia delante y hacia atrás sobre la mano que la sostenía por la entrepierna, como en un caballito de cartón, y Alan la ayudaba a impulsarse, y ella se sentía como si estuviera en un columpio maravilloso con los pies al viento y el cabello en las estrellas.

—Alan...

—Agárrate fuerte, encanto —dijo él, y se reía, como si la mujer no pesara más que un saco de plumas. Ella se echó hacia atrás, casi ajena en su creciente excitación a la mano que la sostenía por la espalda, sabiendo solo que no la dejaría caer; luego, él la atrajo de nuevo hacia delante y con una mano le acarició la espalda mientras el pulgar de la otra seguía haciéndole cosas allá abajo, cosas que ella ni siquiera había imaginado, y volvió a mecerse hacia atrás murmurando su nombre con voz febril.

El orgasmo le llegó como una dulce bala explosiva que la desgarrara desde el centro en todas las direcciones. Sus piernas se agitaron hacia delante y hacia atrás a

medio palmo por encima del suelo de la cocina (una de sus zapatillas salió despedida y cruzó volando la estancia hasta caer en la sala de estar), la cabeza le cayó hacia atrás de modo que su negra melena se desparramó sobre el antebrazo del hombre como un torrente cosquilleante, y en el momento culminante de su placer, Alan la besó en la suave curva del cuello.

Después la dejó en el suelo... y tuvo que apresurarse a sostenerla de nuevo, al ver que le fallaban las rodillas.

—¡Oh, Dios mío! —Polly suspiró, iniciando una débil risilla—. ¡Oh, Dios mío, Alan, no volveré a lavar estas bragas nunca más!

Aquellas palabras despertaron la hilaridad del hombre, que soltó una sonora carcajada. Se derrumbó sobre una de las sillas de la cocina con las piernas extendidas ante sí y continuó riéndose, aullando casi, mientras se sujetaba el vientre con las manos. Polly dio un paso hacia él. Alan la agarró, la obligó a sentarse en su regazo unos momentos y luego se levantó, con ella en brazos.

Polly notó que la invadía de nuevo aquella oleada vertiginosa de emoción y de necesidad, pero en esta ocasión era más clara, mejor definida. Ahora, pensó. Ahora sí que es deseo. Deseo muchísimo a este hombre.

—Llévame arriba —murmuró—. Y si no puedes llegar hasta allí, llévame al sofá. Y si no puedes llegar hasta el sofá, échame aquí mismo, en el suelo de la cocina.

—Creo que al menos podré cargar contigo hasta el salón —replicó él—. ¿Qué tal las manos, cielo?

—¿Qué manos? —preguntó ella vagamente, y cerró los ojos. Se concentró en la radiante alegría de aquel momento, desplazándose a través del tiempo y del espacio en los brazos de Alan, moviéndose en la oscuridad rodeada por la fuerza de aquel hombre. Apretó la mejilla contra su pecho y, cuando él la depositó en el sillón, lo atrajo hacia sí... y esta vez utilizó las manos para hacerlo.

6

Estuvieron en el sofá casi una hora, y luego en la ducha durante un tiempo que Polly fue incapaz de calcular. En cualquier caso, hasta que el agua caliente empezó a acabarse y les obligó a parar. Entonces Alan la llevó a la cama, donde se quedó tendida, demasiado exhausta y demasiado satisfecha para hacer otra cosa que charlar un rato, envueltos en las sábanas.

Polly había previsto que aquella noche haría el amor con Alan, pero más por apaciguar la inquietud de este que por un auténtico deseo por parte de ella. Desde luego, no había esperado una serie de estallidos como la que se había producido..., pero se alegraba. Notaba que el dolor de las manos empezaba a molestarla otra vez,

pero esa noche no necesitaría un Percodan para dormir.

—Eres un amante fantástico, Alan.

—Tú también.

—¡Esto es unanimidad! —Ella rió, y reclinó la cabeza contra su pecho. Escuchó el pausado latir de su corazón, como si este dijera: «Bueno, lo de esta noche no ha sido ningún esfuerzo extraordinario, ni para mí ni para el jefe». Volvió a pensar, no sin un ligero eco de su voraz pasión de un rato antes, en lo rápido que era Alan; lo fuerte, también... pero, sobre todo, lo rápido. Lo conocía desde que Annie había empezado a trabajar para ella, era su amante desde hacía cinco meses y no había descubierto su rapidez de movimientos hasta aquella noche. Había sido como una versión con todo el cuerpo de los trucos con las monedas, los juegos con las cartas y las sombras chinescas que los niños y niñas del pueblo corrían a pedirle que repitiera cuando lo veían pasar. Resultaba inquietante, pero también maravilloso.

Advirtió que empezaba a quedarse dormida. Quería preguntar a Alan si pensaba quedarse toda la noche, y decirle que guardara el coche en el garaje si lo hacía, porque Castle Rock era un pueblo pequeño donde corrían pronto las habladurías, pero era demasiado esfuerzo. Alan se ocuparía. Alan, empezaba a pensar, siempre se ocupaba de todo.

—¿Algún nuevo encuentro con Buster o con el reverendo Rose?

Alan sonrió al escuchar su voz soñolienta.

—Tranquilidad en ambos frentes, al menos de momento. Cuanto menos veo a Keeton y al reverendo, mejor me caen. Y hoy, siguiendo este razonamiento, han ganado varios puntos.

—Estupendo —murmuró ella.

—Sí, pero aún hay algo mejor.

—¿Qué?

—Norris ha vuelto de buen humor. Le ha comprado una caña a tu amigo, el señor Gaunt, y solo habla de salir a pescar este fin de semana. Creo que se va a helar el culo..., el poco que tiene, claro; pero si Norris es feliz, yo también. Ayer lamenté muchísimo que Keeton lo apabullara de aquella manera. Hay quien se burla de Norris porque es larguirucho y parece un poco aturdido, pero en los últimos tres años se ha convertido en un agente de policía de un pueblo pequeño bastante aceptable. Y es tan sensible a las cosas como cualquiera. No es culpa suya que parezca medio hermano de Don Knotts.

—Hummm...

Flotaba. Se sumía en una dulce oscuridad donde no había dolor. Polly se dejó ir y, mientras el sueño se adueñaba de ella, en su rostro apareció una leve mueca gatuna de satisfacción.

A Alan le costó más conciliar el sueño.

La voz interior había vuelto, pero su tono de falsa alegría había desaparecido. Esta vez sonaba inquisitiva, quejumbrosa, casi perdida. *¿Dónde estamos, Alan?*, preguntaba. *¿No te has equivocado de alcoba, de cama, de mujer? Me parece que ya no entiendo nada.*

De pronto, Alan se descubrió sintiendo lástima por aquella voz. No era la autocompasión, pues la voz no le había parecido nunca tan ajena a él. Se le pasó por la cabeza que la voz tenía tan pocas ganas de hablar como él —el resto de él, el Alan que existía en el presente y el que proyectaba ser en el futuro— de escucharla. Era la voz del deber, de la pena. Y seguía siendo la voz de la culpa.

Hacía poco más de dos años, Annie Pangborn había empezado a sufrir dolores de cabeza. No eran graves o, al menos, eso decía ella, aunque le gustaba tan poco hablar del asunto como a Polly hablar de su artritis. Luego, un día, mientras estaba afeitándose —eso debió de ser muy a principios de 1990—, Alan había visto en el lavamanos, junto al jabón, la tapa del frasco familiar de Anacid 3. Se había dispuesto a enroscar la tapa, pero se había detenido de pronto, recordando haber cogido un par de aspirinas del frasco, que contenía doscientas veinte tabletas, a finales de la semana anterior. Entonces la había encontrado casi llena. En aquel momento, estaba vacía.

Alan se había limpiado a toda prisa los restos de crema de afeitar del rostro y había bajado a Coser y Cantar, donde trabajaba Annie desde que Polly Chalmers había abierto la tienda. Había llevado a su esposa a tomar un café, y a hacerle unas cuantas preguntas. Le había pedido explicaciones acerca del frasco de aspirinas.

Tumbado en la cama, recordó haberse sentido un poco asustado.

(Solo un poco, asintió, lúgubre, la voz interior).

Pero solo un poco, porque nadie toma ciento noventa tabletas de aspirina en una semana; nadie. Annie le replicó que no fuera tonto, que estaba limpiando la repisa junto al lavamanos y se le había caído dentro el frasco de Anacid; la tapa estaba mal cerrada y se había derramado de su interior un montón de tabletas. Como muchas de ellas se habían mojado y empezaban a deshacerse, las había tirado por el retrete.

Esa fue su explicación.

Pero Alan era policía y, aunque estuviera fuera de servicio, no podía abandonar los hábitos automáticos de observación que se adquieren con el paso del tiempo. Era incapaz de desconectar el detector de mentiras. Si se observaba a alguien mientras contestaba a las preguntas que uno le hacía, si se fijaba uno bien, casi siempre podía saber cuándo mentía. Alan había interrogado una vez a un hombre que señalaba cada

mentira hurgando con la uña del pulgar en el colmillo. La boca articulaba la mentira; el cuerpo, al parecer, estaba condenado a revelar la verdad. Así pues, Alan había extendido la mano por encima de la mesa en el reservado de la cafetería de Nan donde estaban sentados, había tomado las manos de Annie entre las suyas y le había pedido que le dijera la verdad. Y cuando, tras una breve vacilación, ella le había dicho que sí, que los dolores de cabeza eran un poco más fuertes y que, efectivamente, había estado tomando unas cuantas aspirinas para quitárselo, pero que no había tomado todas las píldoras que faltaban en el frasco, que era verdad que se le habían caído en el lavamanos, Alan la había creído. Se había dejado engañar por el truco más viejo del manual, ese que los timadores llaman «cambiar de palo»: si dices una mentira y te cogen, vuelve atrás y cuenta media verdad. Si se hubiera fijado mejor, se habría percatado de que Annie seguía engañándolo. La habría obligado a reconocer algo que entonces le había parecido casi imposible, pero de lo que ahora no cabía ninguna duda: que los dolores de cabeza eran lo bastante terribles para que tomara al menos veinte aspirinas al día. Y si ella lo hubiera reconocido, Alan la habría llevado a la consulta de un neurólogo de Portland o de Boston antes de que terminara la semana. Pero Annie era su esposa y, en aquellos tiempos, él era menos observador cuando estaba fuera de servicio.

Así pues, se había limitado a concertarle una cita con Ray van Allen, y Annie había acudido sin poner reparos. Ray no había encontrado nada y Alan no se lo había reprochado nunca. Ray había efectuado las pruebas de reflejos habituales, le había mirado los ojos con su fiel oftalmoscopio, le había hecho pruebas de visión para comprobar si había algún defecto y la había enviado al Hospital Regional de Oxford para unas radiografías. Sin embargo, no había solicitado un TAC y, cuando Annie dijo que los dolores de cabeza habían pasado, Ray la había creído. Alan sospechaba que había actuado bien al creerla. Sabía que los médicos son tan buenos conocedores del lenguaje corporal como los policías. Los pacientes son casi tan dados a mentir como los sospechosos, y por idéntico motivo: por miedo, simplemente. Y cuando Ray veía a Annie, no estaba fuera de servicio.

Así pues, era posible que los dolores de cabeza hubieran desaparecido realmente entre el momento en que Alan había hecho su descubrimiento y el día en que Annie fue a ver al doctor Van Allen. Era probable que hubieran desaparecido. Más tarde, durante una larga conversación que los dos hombres mantuvieron mientras compartían unas copas de coñac en la casa del médico en Castle View, Ray había explicado a Alan que, en los casos en que el tumor estaba situado encima del tronco cerebral, era habitual que los síntomas aparecieran y remitieran alternativamente. «A menudo, los tumores del tronco cerebral llevan asociados ataques epilépticos», le había contado a Alan. «Si Annie hubiera sufrido alguno...», y se había encogido de hombros. Sí. Tal vez. Y hasta era posible que un hombre llamado Thad Beaumont

fuera un copartícipe no encausado en la muerte de su esposa y de su hijo, pero Alan tampoco encontró en su corazón animosidad y rencor contra Thad.

No todo lo que sucede en un pueblo pequeño llega al conocimiento de los vecinos, por agudo que sea su oído y por larga que tengan la lengua. En Castle rock, la gente sabía de Frank Dodd, el policía que se había vuelto loco y había matado a aquellas mujeres en tiempos del comisario Bannerman, y sabían de Cujo, el San Bernardo que se había vuelto rabioso en la comarcal número 3, y sabían que la casa junto al lago de Thad Beaumont, novelista y celebridad del pueblo, había ardido hasta los cimientos en el verano de 1989, pero ignoraban las circunstancias del incendio y el hecho de que Beaumont hubiera sido acosado por un hombre que en realidad no era en absoluto humano, sino una criatura para la que no existía nombre alguno. Alan Pangborn, en cambio, estaba al corriente de aquellas cuestiones, y de vez en cuando, aún se le aparecían en sueños. Todo aquello había terminado tiempo antes de que Alan fuera plenamente consciente de los dolores de cabeza de Annie, excepto que no había terminado, en realidad. Gracias a las llamadas de borracho de Thad, Alan había sido testigo involuntario del hundimiento del matrimonio de Thad y de la progresiva erosión de la cordura del escritor. Y también estaba el asunto de su propia cordura. Alan había leído en la consulta de algún médico un artículo sobre los agujeros negros, unos grandes lugares vacíos del universo que por lo visto eran torbellinos de antimateria y que absorbían con voracidad todo lo que se ponía a su alcance. A finales del verano de 1989 y durante el otoño, el asunto Beaumont se había convertido en el agujero negro privado del comisario. Había días en los que se descubría cuestionando los más elementales conceptos de la realidad y preguntándose si de verdad había sucedido todo aquello. Había noches en que permanecía despierto en la cama hasta que el alba iluminaba el este, temeroso de dormirse y de que volviera a presentarse aquel sueño: un Toronado negro lanzado hacia él, un Toronado negro con un monstruo en descomposición al volante y un adhesivo en el parachoques trasero que decía HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA. Por esa época, la mera visión de un gorrión posado en el pasamanos del porche y dando pequeños saltos por el césped le hacía sentirse a punto de gritar. Si le hubieran preguntado, Alan habría dicho: «Cuando empezaron los problemas de Annie, estaba trastornado». Pero no había sido simplemente eso; en algún sitio, en lo más profundo de su mente, había estado librando una batalla desesperada por conservar la cordura. HIJO DE PUTA DE CATEGORÍA... ¡Cómo volvía aquello a su recuerdo! ¡Y cuánto lo asustaba! Eso, y los gorriones. Estaba trastornado aquel día de marzo cuando Annie y Todd habían montado en el viejo Scout que conservaban para hacer los recados en el pueblo y alrededores, y se habían marchado al supermercado Hemphill's. Alan había repasado hasta la saciedad su comportamiento de aquella mañana y no había encontrado en ella nada raro, nada fuera de lo normal. Estaba en su estudio cuando se marcharon. Todd

se había vuelto para decirle adiós con la mano antes de subir al Scout. Fue la última vez que los vio con vida. A cinco kilómetros de la casa por la carretera 117, y a menos de dos kilómetros del supermercado, el Scout se había salido de la calzada a gran velocidad y se había estrellado contra un árbol. La policía del estado calculó, por los daños, que Annie —de ordinario una conductora prudentísima— iba por lo menos a ciento diez kilómetros por hora. Todd llevaba puesto el cinturón de seguridad. Annie, no. Probablemente, ella había muerto al salir despedida a través del parabrisas, dejando atrás una pierna y medio brazo. Todd quizá estaba vivo todavía cuando el depósito de combustible estalló. Eso era lo que más angustiaba a Alan. Que su hijo de diez años, que escribía una columna de astrología en broma para el periódico de la escuela y que solo vivía para el béisbol, pudiera haber estado vivo todavía. Que pudiera haber muerto quemado mientras trataba de abrir el cierre del cinturón de seguridad.

Se había efectuado una autopsia y esta había revelado la existencia del tumor cerebral. Era pequeño, le había dicho Van Allen. Del tamaño de un cacahuete, habían sido sus palabras. Lo que se había callado era que habría sido operable, de haberse diagnosticado; esa parte de la información la dedujo Alan por la cara de circunstancias y por la mirada baja de Van Allen. El médico añadió que, en su opinión, Annie había sufrido el ataque que les habría alertado del verdadero problema, de haberse producido antes.

El ataque podía haber convulsionado su cuerpo como una poderosa corriente eléctrica, haciéndole pisar a fondo el pedal del acelerador hasta perder el control del vehículo. No contó a Alan todas esas cosas por propia iniciativa; lo hizo porque Alan lo interrogó sin piedad y porque Van Allen vio que, por mucho que le doliera, Alan quería saber la verdad... o, al menos, toda la que el médico, o cualquiera que no estuviese en el coche aquel día, podía llegar a saber. «Por favor», le había dicho Van Allen, mientras apretaba la mano del comisario afectuosa y brevemente. «Ha sido un accidente terrible, pero nada más que un accidente. Es preciso que encajes el golpe. Tienes otro hijo, y ahora te necesita tanto como tú a él.» Y Alan lo había intentado. El horror irracional del asunto de Thad Beaumont, del asunto de los

(gorriones, los gorriones están volando)

pájaros, había empezado a difuminarse, y Alan había intentado sinceramente reconstruir su vida: viudo, comisario de pueblo, padre de un adolescente que crecía y se alejaba de él demasiado deprisa, no por culpa de Polly, sino del accidente. A causa de aquel trauma horrible, entumecedor: «Hijo, tengo que darte una noticia terrible; ahora tienes que ser valiente...». Y entonces, claro, se había echado a llorar, y al poco rato, Al lloraba también.

Pese a todo, los dos habían emprendido la tarea de reconstrucción, y todavía estaban en ello. Con el tiempo, las cosas habían mejorado..., pero había dos detalles

que se negaban a borrarse del recuerdo.

Uno era el enorme frasco de aspirinas, casi vacío en apenas una semana. El otro era el hecho de que Annie no llevara el cinturón de seguridad abrochado.

Annie siempre llevaba el cinturón. Absolutamente siempre.

Después de tres semanas de noches agitadas e insomnes, concertó cita con un neurólogo de Portland a pesar de todo. Fue porque aquel hombre podía tener mejores respuestas a las preguntas que Alan sentía la necesidad de plantear, y porque estaba cansado de arrancárselas por la fuerza a Ray van Allen. El médico se apellidaba Scopes y, por primera vez en su vida, Alan utilizó su trabajo como escudo: le dijo a Scopes que sus preguntas estaban relacionadas con una investigación policial en marcha. El doctor confirmó las principales sospechas de Alan: en efecto, la gente con tumores cerebrales sufrían accesos de irracionalidad y, a veces, mostraban tendencias suicidas. Cuando una persona con un tumor cerebral se suicidaba, según Scopes, cometía el acto siguiendo un impulso, tras un período de reflexión que podía durar apenas un minuto o incluso unos segundos. Alan preguntó entonces si una persona en tal estado se llevaría consigo a otra.

Scopes se sentó tras su escritorio, se echó hacia atrás en el sillón con las manos entrelazadas en la nuca y no pudo observar las de Alan, juntas entre las rodillas y tan apretadas que los dedos tenían una palidez mortal. Sí, desde luego, respondió Scopes. No era un dato infrecuente en tales casos; los tumores del tronco cerebral provocaban a menudo comportamientos que un lego calificaría de psicóticos. Uno era la conclusión de que la aflicción que padece el enfermo es un sentimiento compartido por sus seres amados o por toda la raza humana; otra era la idea de que los seres amados del enfermo no querrían seguir viviendo si este moría. Scopes mencionó a Charles Whitman, el dirigente de los *boy-scout* que se había encaramado a lo alto de la torre Texas y había matado a dos docenas de personas antes de poner fin a su vida, y a una maestra suplente de enseñanza primaria de Illinois que había matado a varios de sus alumnos antes de marcharse a casa y pegarse un tiro en la cabeza. La autopsia había revelado la existencia de tumores cerebrales en ambos casos. Era un comportamiento observado, pero que no abarcaba todos los casos, ni siquiera la mayoría de ellos. Los tumores cerebrales provocaban a veces síntomas extraños, incluso exóticos; en ocasiones, no causaban ningún tipo de síntoma. Era imposible saberlo con seguridad.

Imposible saberlo. Así que olvídalo, había pensado Alan.

Buen consejo, pero difícil de tragar. Por lo del frasco de aspirinas. Y lo del cinturón de seguridad.

Sobre todo, era lo del cinturón lo que acechaba siempre en el fondo de la mente de Alan, como una pequeña nube negra que, simplemente, se negaba a desvanecerse. Annie jamás conducía sin atárselo. Ni siquiera para ir a la esquina. En cambio, Todd

llevaba puesto el suyo, como siempre. ¿Significaba algo aquello? Si ella había decidido, en algún momento después de que saliera marcha atrás del camino de la casa por última vez, matarse y llevarse consigo a Todd, ¿no habría insistido en que Todd se desabrochara también el suyo? Incluso deprimida, confusa y en un acceso de dolor, no habría querido que Todd sufriera, ¿verdad que no?

Imposible saberlo con seguridad. Así que olvídalo, se había recordado. Pero incluso en aquel momento, allí acostado en la cama de Polly, con ella dormida a su lado, le resultaba un consejo difícil de seguir. Su mente volvió a ello, como un cachorro enfrascado en roer un pedazo de cuero sin curtir, viejo y raído, con sus dientes pequeños y afilados.

Al llegar a aquel punto, siempre le venía a la cabeza una imagen, una idea dantesca que finalmente lo había empujado hacia Polly Chalmers, porque Polly era la mujer con quien más había intimado Annie en el pueblo (y, teniendo en cuenta el caso Beaumont y el precio que el asunto se había cobrado en el equilibrio psíquico de Alan, Polly había estado, probablemente, más pendiente de Annie que él durante sus últimos meses de vida).

La imagen de pesadilla era la de Annie desabrochándose el cinturón de seguridad, pisando el acelerador a fondo y apartando las manos del volante. Apartándolas porque tenía otro trabajo para ellas en aquellos últimos segundos.

Apartándolas para poder quitar el cinturón a Todd, también.

Esa era la imagen: el Scout rugiendo carretera abajo a ciento diez, desviándose a la derecha, saliéndose de la calzada en dirección a los árboles bajo un blanco cielo de marzo que prometía lluvia, mientras Annie luchaba por soltar el cinturón de seguridad de Todd, y este, asustado y llorando, le golpeaba las manos con sus pequeños puños para impedirse. Alan veía transformarse el rostro bienamado de Annie en la máscara diabólica de una bruja y veía la cara de Todd contraída de terror. A veces despertaba en plena noche, con el cuerpo envuelto en una pegajosa funda de sudor y la voz de Todd resonando en sus oídos: *¡Los árboles, mamá! ¡Cuidado con los ÁRBOLEES!*

Por eso un día, a la hora de cerrar la tienda, había acudido a ver a Polly para preguntarle si podía invitarla a su casa a tomar una copa o, en el caso de que no le pareciera buena idea, si le permitiría a él pasarse por la suya.

Sentado en la cocina de la casa que había compartido con Annie (*la cocina debida*, le dijo la voz interior), entre sorbos de una taza de té para Polly y otra de café para él, Alan había empezado a hablarle, lentamente y a trompicones, de su pesadilla.

—Necesito saber, si es posible, si Annie atravesaba períodos de depresión o de irracionalidad que me ocultaba o que no supe advertir —expuso—. Necesito saber si...

Hizo una pausa, momentáneamente impotente. Sabía qué palabras tenía que

pronunciar, pero cada vez le resultaba más difícil articularlas. Era como si el canal de comunicación entre su mente confusa y desdichada y su boca se hiciera cada vez más corto y estrecho y amenazara con quedar muy pronto completamente cerrado a la navegación.

Con un gran esfuerzo, prosiguió:

—Necesito saber si se suicidó. Porque no fue solo Annie quien murió, ¿entiendes? Todd murió con ella, y si Annie dio signos..., si tuvo síntomas que no supe advertir, entonces yo también soy responsable de la muerte del pequeño. Es una duda que debo resolver.

Se había detenido allí, con el corazón latiéndole pesadamente en el pecho. Se pasó una mano por la frente y se sorprendió un poco al ver que le quedaba empapada en sudor.

—Alan... —dijo ella, al tiempo que posaba una mano en la muñeca del comisario y sus ojos azul celeste clavaban la mirada en los de él—. Si yo hubiera detectado esos síntomas y no se lo hubiera contado a nadie, sería tan culpable como tú parece querer ser.

Alan recordaba que la había mirado, boquiabierto. En efecto, Polly podía haber descubierto algo en el comportamiento de Annie que a él se le hubiera escapado.

Hasta allí había llegado en su razonamiento. Pero la idea de que advertir una conducta extraña conllevara una responsabilidad de hacer algo al respecto no se le había pasado por la cabeza hasta aquel instante.

—¿Y no notaste nada? —preguntó por fin.

—No. He estado reflexionando mucho acerca del tema. No quiero menospreciar tu pena y tu sentimiento de pérdida, pero no eres el único que los siente. Y tampoco eres el único que ha hecho un minucioso examen de conciencia desde el accidente. He revivido mentalmente esas últimas semanas anteriores hasta quedar aturdida, repasando escenas y conversaciones a la luz de lo que estableció la autopsia. Ahora mismo vuelvo a hacerlo, teniendo en cuenta lo que me has contado del frasco de aspirinas. ¿Y sabes qué he encontrado?

—¿Qué?

—Nada. —Polly lo dijo con una falta de énfasis que resultó extrañamente convincente—. Nada en absoluto. Algunas veces me pareció encontrarla un poco pálida. Recuerdo un par de ocasiones en que la oí hablar sola mientras cosía el dobladillo de una falda o desembalaba una pieza de tela. Es lo más excéntrico que recuerdo haberle visto hacer, y yo misma confieso haber hecho lo mismo muchas veces. ¿Y tú?

Alan asintió.

—En general, Annie seguía siendo como cuando la conocí: alegre, amistosa, servicial... y una buena amiga.

—Pero...

La mano de Polly que lo sujetaba por la muñeca aumentó un poco la presión.

—No, Alan. Sin peros. Ray van Allen también está con lo mismo, ¿sabes? No trates de arreglarlo. Y tú, ¿le consideras responsable? ¿Te parece que Ray tiene la culpa de lo sucedido por no haber detectado el tumor?

—No, pero...

—¿Y qué dices de mi caso? Yo trabajaba con ella todos los días, codo con codo la mayor parte del tiempo; tomábamos café juntas a las diez, almorzábamos juntas a mediodía y tomábamos café juntas otra vez a las tres. Con el tiempo, llegamos a sincerarnos; nos conocíamos y simpatizábamos, Alan. Sé que estaba a gusto contigo, como compañero y como amante, y sé que quería a los niños. Pero si tenía tendencias suicidas a consecuencia de su enfermedad... nunca lo advertí. Así que dime: ¿me consideras responsable también a mí?

Y sus ojos azul celeste, francos y curiosos, se clavaron en los de él.

—No, pero...

La mano apretó de nuevo, levemente pero con gesto imperioso.

—Quiero preguntarte una cosa. Es importante, de modo que piénsalo bien.

Alan asintió.

—Ray era su médico y, si había algo, él no lo diagnosticó. Yo era su amiga y, si dio algún indicio, no lo vi. Tú eras su marido y, si le pasaba algo, tampoco tú te diste cuenta. Y piensas que ahí se acaba todo, que no hay más testimonios, pero no es verdad.

—No entiendo adónde pretendes llegar.

—Había alguien más que se relacionaba íntimamente con ella —había dicho Polly—. Alguien más cercano a ella, supongo, que incluso tú o yo.

—¿De quién estás hab...?

—¡Alan! ¿Qué hizo Todd?

Su única reacción fue mirarla desconcertado. Era como si acabara de escuchar una palabra en alguna lengua extranjera.

—¡Todd! —repitió ella en tono impaciente—. ¡Tu hijo Todd! ¡El que te tiene despierto por las noches! Es él, ¿verdad? No ella, sino él.

—Sí —reconoció Alan—. Él.

La voz le salió vacilante, completamente distinta de la suya, y notó que algo empezaba a moverse en su interior, algo grande y fundamental. En aquel momento, tendido allí en la cama de Polly, recordó aquel momento en torno a la mesa de la cocina de su casa con una nitidez casi sobrenatural: la mano de Polly en su muñeca bajo el rayo oblicuo del sol de última hora de la tarde, los cabellos de fino hilo de oro, sus ojos luminosos, su tierna inquietud.

—¿Acaso obligó a Todd a montar en el coche por la fuerza, Alan? ¿Lo viste

patalear, chillar, resistirse?

—No, claro que no; era su madre y...

—¿De quién fue la idea de que Todd la acompañara a comprar aquel día? ¿De Annie o del niño? ¿Lo recuerdas?

Alan empezó a negar, pero de pronto se acordó. Estaba sentado tras el escritorio del estudio, repasando unas órdenes de detención recién recibidas, y le llegaban sus voces, procedentes del salón.

Tengo que bajar al supermercado, Todd... ¿Quieres venir?

¿Puedo quedarme a ver los vídeos nuevos?

Supongo que sí. Pregúntale a tu padre si quiere algo.

—Fue idea de Annie —le dijo a Polly.

—¿Estás seguro?

—Sí. Pero se lo preguntó. No lo obligó.

Aquella cosa interior, aquella cosa fundamental, seguía moviéndose aún. Pronto iba a caer, pensó, y le arrancaría las entrañas cuando lo hiciera, porque sus raíces eran profundas y extensas dentro de sí.

—¿Todd tenía miedo de ella?

Era casi como si Polly lo interrogara, igual que él lo había hecho con Ray van Allen, pero parecía incapaz de detenerla. Y tampoco estaba seguro de querer hacerlo. Allí había algo, sin duda; algo que jamás se le había pasado por la cabeza en sus largas noches en vela. Algo que todavía estaba vivo.

—¿Todd, asustado de Annie? ¡Cielos, no!

—¿Ni siquiera durante los últimos meses antes del accidente?

—No.

—¿Ni en las últimas semanas?

—En esa época no estaba en buenas condiciones para observar las cosas, Polly. Acababa de suceder todo ese extraño asunto de Thad Beaumont, el escritor..., ese caso de locos...

—¿Quieres decir que estabas tan confuso que ni siquiera te dabas cuenta de la presencia de Todd y de Annie, o que no parabas mucho por casa?

—No... Sí... Quiero decir..., por supuesto que estaba en casa, pero...

Estar al otro lado del interrogatorio, recibiendo aquel fuego graneado de preguntas, producía una sensación extraña. Era como si Polly lo hubiera drogado con novocaína y luego hubiese empezado a usarlo como saco de entrenamiento. Y aquel algo fundamental, fuera lo que fuese, seguía en movimiento, seguía rodando hacia el límite en el que la gravedad empezaría a funcionar no para sostenerlo, sino para tirar de él hacia abajo.

—¿Alguna vez vino Todd a decirte que su madre le daba miedo?

—No.

—¿Vino alguna vez a decirte: «Papá, creo que mamá piensa matarse y llevarme consigo para hacerle compañía»?

—¡Polly! ¡Eso es ridículo! Yo...

—¿Lo hizo?

—¡No!

—¿Te contó alguna vez que Annie hacía o decía cosas raras?

—No...

—Y Al estaba en la escuela, ¿verdad?

—¿Qué tiene que ver todo esto con...?

—A Annie solo le quedaba un hijo en el nido. Cuando tú estabas fuera, trabajando, tenían ese nido para ellos dos. Annie cenaba con él, le ayudaba con los deberes de la escuela, veía la tele con él...

—Le leía... —añadió Alan. La voz le salió confusa, extraña. Casi no la reconoció.

—Probablemente, era la primera persona que Todd veía cada mañana y la última que contemplaba cada noche —continuó Polly. Su mano se posó sobre la muñeca de Alan. Sus ojos se fijaron directamente en los de él—. Si había alguien en situación de ver lo que se avecinaba, era la persona que murió con ella. Y esa persona nunca dijo una palabra.

De repente, aquello de su interior cayó. Empezó a mudársele el rostro. Notó que lo hacía: era como si desde una veintena de lugares distintos le hubiesen atado unas cuerdas y de cada una tirara una mano, suave pero insistentemente. Una oleada de calor le inundó la garganta e intentó sofocarla. La oleada de calor le bañó el rostro. Sus ojos se llenaron de lágrimas; la figura de Polly Chalmers se desdobló, tembló y luego se rompió en prismas de luz y de imagen. Hinchó el pecho, pero sus pulmones parecían no encontrar aire. Su mano se volvió con aquella escalofriante rapidez y se agarró a las de ella. El dolor debió de ser terrible, pero la mujer no emitió el menor quejido.

—¡La echo de menos! —le gritó a Polly, y un largo sollozo, transido de dolor, transformó sus palabras en un par de jadeos—. ¡Los echo en falta a los dos! ¡Dios, cómo los echo de menos!

—Lo sé —murmuró Polly con suavidad—. Lo sé. Eso es lo que te sucede en realidad, ¿verdad? Lo mucho que los echas de menos.

Alan rompió a llorar. Al había llorado todas las noches durante dos semanas y su padre había estado allí para abrazarlo y ofrecerle el consuelo de que era capaz, pero Alan no había llorado. Ahora lo hacía. Los sollozos se adueñaron de él y lo llevaron a su antojo; no tenía ningún poder para detenerlos o ponerles freno. No podía moderar su pena, y finalmente descubrió, con profundo e incoherente alivio, que no tenía ninguna urgencia para hacerlo.

A ciegas, apartó la taza de café y la oyó estrellarse contra el suelo en algún otro mundo, donde se rompió en pedazos. Posó sobre la mesa la cabeza acalorada y palpitante, cruzó los brazos en torno a ella y continuó llorando.

En algún momento, notó que Polly le levantaba la cabeza con sus manos frías, sus manos deformadas y cariñosas, y se la apoyaba en su vientre. Polly la mantuvo allí y Alan continuó llorando mucho, muchísimo rato.

8

El brazo de Polly resbalaba de su pecho. Alan lo movió con cuidado, consciente de que si le tocaba la mano, aunque solo fuera levemente, la despertaría. Con la mirada en el techo, se preguntó si Polly habría provocado deliberadamente su pena aquel día. Se inclinaba a pensar que sí, que había sabido o intuido que necesitaba expresar su dolor mucho más de lo que necesitaba encontrar unas respuestas que, casi con certeza, de todos modos no existían.

Aquel había sido el comienzo de su relación, aunque él no lo había reconocido como un comienzo; lo había tomado más bien como el final de algo. Entre aquella tarde y el día en que por fin había reunido el valor suficiente para pedir a Polly que saliera a cenar con él, había pensado a menudo en la mirada de sus ojos azules y en el tacto de su mano en la muñeca. Recordó la suave insistencia con que lo había empujado hacia unas ideas que había pasado por alto o a las que no había prestado suficiente atención. Y durante esa época había intentado contemplar con otros sentimientos la muerte de Annie; una vez levantado el bloqueo de carreteras entre él y su dolor, esos otros sentimientos habían irrumpido como un torrente. Entre ellos, el principal y más inquietante había sido una rabia demoledora hacia ella por haber ocultado una enfermedad que podía haberse tratado y curado... y por haberse llevado a su hijo con ella aquel día. Había hablado con Polly de aquellos sentimientos en Los Abedules una noche helada y lluviosa del último abril.

—Has dejado de pensar en suicidios para empezar a imaginar asesinatos —le comentó ella—. Por eso estás tan enfadado, Alan.

Él movió la cabeza y se dispuso a negarlo, pero Polly se inclinó sobre la mesa y le puso uno de sus dedos torcidos sobre los labios un momento. ¡Chitón! Y el gesto sobresaltó tanto a Alan que este enmudeció.

—Sí —continuó ella—. Esta vez no voy a sermonearte, Alan. Hace mucho tiempo que no salgo a cenar con un hombre y me gusta demasiado para interpretar el papel de fiscal jefe. Pero la gente no se enfada con los demás, al menos de la manera que tú lo haces, porque sufra un accidente, salvo que haya existido alguna negligencia grave por alguna parte. Si Annie y Todd hubieran muerto porque le fallaron los frenos

al Scout, podrías echarte la culpa por no haberlos comprobado, o podrías demandar a Sonny Jackett por haber hecho una chapuza la última vez que llevaste el coche a revisión, pero no le echarías la culpa a ella. ¿Tengo razón, o no?

—Supongo que sí.

—¡Claro que la tengo! Tal vez fue realmente un accidente de algún tipo, Alan. Sabes que pudo sufrir alguna especie de ataque mientras conducía, porque el doctor Van Allen te lo dijo. Pero ¿has pensado alguna vez que quizá dio un golpe de volante para evitar un ciervo? ¿Que pudo ser algo tan simple como eso?

Tal vez. Un ciervo, un pájaro o incluso un coche de frente que había invadido su carril.

—Sí, pero, el cinturón de seguridad...

—¡Olvida el maldito cinturón! —replicó ella con tanta energía y vehemencia que algunos de los comensales próximos se volvieron a mirarla brevemente—. Tal vez le dolía la cabeza y eso le hizo olvidarse de ponérselo, por una vez. Pero eso no significa que estrellara deliberadamente el coche. Y un dolor de cabeza, uno fuerte, explicaría por qué Todd, en cambio, lo llevaba puesto. Y tampoco esa es la cuestión.

—¿Cuál es, entonces?

—La cuestión es que aquí hay demasiados «tal vez» para que continúes alentando tanto rencor. Incluso si son ciertas tus peores sospechas, nunca lo sabrás con seguridad, ¿verdad?

—No.

—Y, aunque lo averiguaras... —Polly lo miró fijamente. Sobre la mesa, entre ellos, había una vela. A la llama de esta, sus ojos eran más oscuros y Alan vio en ellos un pequeño destello de luz—. En fin, un tumor cerebral también es un accidente. No hay culpables en eso, Alan, no hay..., ¿cómo lo llamáis en vuestro oficio...?, no hay acción dolosa. Hasta que no aceptes eso, no habrá ninguna oportunidad.

—¿Oportunidad de qué?

—Oportunidad para nosotros —replicó ella con calma—. Me caes muy bien, Alan, y no soy demasiado vieja para arriesgarme, pero tengo la edad suficiente para haber vivido unas cuantas experiencias tristes sobre adónde pueden conducirme mis emociones cuando escapan a mi control. Y no permitiré que se acerquen siquiera a tal punto hasta que seas capaz de dejar en paz a Annie y a Todd.

Alan la miró, sin habla. Ella lo contempló con expresión grave por encima de la mesa de la vieja taberna, cuya chimenea encendida bañaba de tonos anaranjados una de sus suaves mejillas y el lado izquierdo de su frente. Fuera, el viento daba una larga nota de trombón bajo las ramas.

—¿He sido indiscreta? —preguntó Polly—. En ese caso, me gustaría que me llevaras a casa, Alan. Me revienta tanto sentirme avergonzada como callarme lo que pienso.

Él alargó la mano por encima de la mesa y rozó levemente sus dedos.

—No, no has sido indiscreta. Me gusta escucharte, Polly.

Ella sonrió al oírlo. La sonrisa iluminó todo su rostro.

—Entonces, tendrás tu oportunidad —dijo.

Y así comenzó su relación. No se habían sentido culpables por verse, pero habían reconocido la necesidad de mantener el secreto, no solo porque estaban en un pueblo pequeño donde él era un funcionario electo y ella necesitaba de la aprobación de la comunidad para mantener a flote su negocio, sino también porque ambos se daban cuenta de la posibilidad de sentirse culpables. Al parecer, ninguno de los dos era demasiado viejo para correr riesgos, pero los dos estaban un poco crecidos para ser imprudentes. Era preciso andarse con cautela.

Más adelante, en mayo, Alan y Polly se habían acostado juntos por primera vez y ella le había contado lo que había hecho en los años transcurridos entre «antes» y «ahora»... Le había contado la historia que él no había creído a pies juntillas, la historia que Alan estaba convencido que algún día volvería a contarle sin aquella mirada demasiado directa y sin aquel gesto, demasiado repetido, de llevarse los dedos de la mano izquierda al lóbulo de la oreja.

Alan comprendía lo difícil que había sido para ella confiarle lo que le había contado en esa ocasión y se conformaba con esperar a que un día le explicara el resto. Tenía que conformarse con eso. Porque era preciso ser prudente. De momento, era suficiente, más que suficiente, enamorarse de Polly mientras transcurría, adormecedor y perezoso, el largo verano de Maine.

Y entonces, en la penumbra del dormitorio de Polly, con la mirada puesta en el techo de plancha de hojalata, se preguntó si había llegado el momento de hablar otra vez de matrimonio. Ya lo había intentado en una ocasión, en agosto, y ella había hecho de nuevo aquel gesto con el dedo. ¡Chitón! Alan suponía que...

Pero el hilo de sus pensamientos conscientes había empezado a romperse ya, y el sueño se adueñó de él sin resistencia.

9

En el sueño, estaba de compras en un inmenso supermercado, avanzando entre estanterías por un pasillo tan largo que se perdía en la distancia hasta reducirse a un punto. Allí había de todo, estaban todas las cosas que siempre había deseado y no había podido permitirse: un reloj sensible a la presión y un genuino sombrero fedora de fieltro de Abercrombie & Fitch, una cámara de cine de ocho milímetros Bell and Howell y cientos de objetos más... Pero había alguien detrás de él, justo detrás de su hombro, justo donde su vista no alcanzaba.

«Aquí abajo llamamos a eso cosa de locos, muchacho», comentó una voz.

Era una voz que Alan conocía. Pertenecía a aquel hijo de puta de categoría, al conductor del Toronado negro. A George Stark.

«Aquí abajo llamamos a esta tienda Terminal —continuó la voz—, porque es el lugar donde terminan todos los productos y servicios.»

Alan vio salir, deslizándose entre una enorme selección de ordenadores Apple bajo un rótulo que decía A DISPOSICIÓN GRATUITA DEL PÚBLICO, un enorme ofidio con cuerpo de pitón y cabeza de serpiente de cascabel. Dio media vuelta para huir, pero una mano sin líneas en la palma lo asió por el brazo y lo detuvo.

«Adelante —invitó la voz en tono persuasivo—. Coge lo que quieras, muchacho. Coge todo lo que quieras... y paga por ello.»

Pero cada uno de los objetos que escogió resultó ser el cinturón de seguridad quemado y consumido de su hijo Todd.

Danforth Keeton no sufría ningún tumor cerebral, pero sí tenía un terrible dolor de cabeza cuando, a primera hora de la mañana del sábado, tomó asiento en su despacho. Sobre el escritorio, junto a una pila de libros de registro de impuestos municipales de los años 1982 a 1989 encuadernados en rojo, había un montón de correspondencia revuelta: cartas de la oficina de tributación del estado de Maine y fotocopias de las comunicaciones que había remitido en respuesta.

Todo empezaba a derrumbarse a su alrededor y Keeton lo sabía, pero no podía hacer nada para evitarlo.

Keeton había viajado a Lewiston a última hora del día anterior, había regresado a Castle Rock hacia las doce y media y había pasado el resto de la noche deambulando inquieto de un extremo a otro del estudio mientras su esposa dormía el sueño de los sedantes en el piso de arriba. Durante aquellas horas se había descubierto una y otra vez con la cabeza vuelta hacia el pequeño armario situado al fondo de la estancia. En él había un cajón alto lleno de jerséis, la mayoría de ellos viejos y comidos por la polilla. Debajo de los jerséis había una caja de madera tallada que había hecho su padre antes de que la enfermedad de Alzheimer se abatiera sobre él como una sombra, despojándolo de todas sus considerables facultades y recuerdos. Dentro de la caja había un revólver.

Keeton se descubrió pensando en el revólver cada vez con más insistencia. No para usarlo consigo, no; al menos, en un primer momento. Para usarlo con Ellos. Con los Acusadores. Con sus Perseguidores.

A las seis menos cuarto, había salido de casa y había recorrido en coche las calles, silenciosas al alba, entre la vivienda y el ayuntamiento. Eddie Warburton, con una escoba en la mano y un Chesterfield en la boca (la medalla de oro macizo de san Cristóbal que había comprado en Cosas Necesarias el día anterior estaba a buen recaudo bajo su camisa azul de batista), le había observado subir con esfuerzo los peldaños hasta la segunda planta. Los dos hombres no habían cruzado palabra. Eddie ya se había acostumbrado a las apariciones de Keeton a horas intempestivas, que venían produciéndose desde hacía un año, más o menos, y Keeton hacía más tiempo todavía que no reparaba siquiera en la presencia de Eddie.

El presidente del Consejo Municipal recogió los papeles del escritorio, reprimió el impulso de, simplemente, romperlos en pedazos y esparcirlos por todas partes, y empezó a ordenarlos. La correspondencia de la oficina de impuestos en un montón y sus respuestas en otro. Keeton guardaba aquellos documentos en sendas carpetas en

el cajón inferior del archivador del despacho, un cajón cuya única llave guardaba en el bolsillo.

Al pie de la mayoría de las cartas constaba esta anotación: DK/sl. «DK», naturalmente, era Danforth Keeton. «sl» era Shirley Laurence, su secretaria, que tomaba dictados y mecanografiaba la correspondencia. Sin embargo, pese a que constaran sus iniciales, Shirley no había pasado a máquina ninguna de las respuestas de Keeton a las cartas de tributación.

Había cosas que era preferible guardar en secreto.

Mientras repasaba los escritos, le llamó la atención una frase: «... y advertimos discrepancias en la Liquidación Trimestral de Impuestos Locales número 11, del año fiscal 1989...».

Rápidamente, dejó la hoja a un lado.

Otra: «... y tras revisar cierto número de actas de la Seguridad Social correspondientes al último trimestre de 1987, tenemos serias objeciones a...».

Al montón.

Otra más: «... creemos que su solicitud para un aplazamiento de la inspección parece prematura en este momento...».

Las hojas pasaron borrosas ante sus ojos en un torbellino vertiginoso que le hizo sentirse como si estuviera en un carrusel de feria fuera de control.

«... cuestiones sobre esos fondos para empresas de producción maderera...»

«... no constan datos de que el Consejo Municipal haya remitido...»

«... el reparto de la aportación del estado a los fondos no ha quedado documentado debidamente...»

«... las facturas de las cuentas de gastos que faltan deben remitirse sin demora a...»

«... los recibos de compra no bastan para...»

«... puede requerir la documentación completa de gastos...»

Y, finalmente, aquella última carta, la que había llegado el día anterior. La que lo había llevado a Lewiston, donde había jurado no volver a poner los pies durante la temporada de carreras de trotones.

Keeton la contempló desolado. La cabeza le palpitaba pesadamente y una gran gota de sudor le resbalaba lentamente por el centro de la espalda. Bajo sus ojos, el agotamiento dibujaba dos bolsas oscuras. En la comisura de los labios tenía un afta.

El membrete, debajo del sello del estado, era como un grito:

OFICINA DE IMPUESTOS
Presidencia del Estado
Augusta, Maine, 04330

El encabezamiento, frío y formal, resultaba amenazador: «Al presidente del

Consejo Municipal de Castle Rock».

Solo eso. Nada, esta vez, de «querido Dan» o «apreciado señor Keeton». Nada de recuerdos a la familia en la despedida. La carta era fría y desagradable como la estocada de un punzón para el hielo.

Querían hacer una auditoría de los libros municipales.

De todos los libros.

Los registros de impuestos municipales, los registros de devoluciones de impuestos estatales y federales, los registros de gastos municipales, los registros de mantenimiento de carreteras, los presupuestos de la policía local, el presupuesto del departamento de parques y jardines, incluso los libros de contabilidad relativos a la empresa experimental de cultivo de árboles financiada por el estado de Maine. Ellos querían verlo todo, y querían verlo el 17 de octubre. Para esa fecha faltaban solo cinco días.

Ellos.

La carta iba firmada por el tesorero del estado, el interventor del estado y el más amenazador de los tres, el fiscal general de Maine (es decir, el policía supremo del estado).

—¡Ellos! —masculló Keeton a la carta. Agitó el papel entre los dedos y lo oyó crujir ligeramente. Al oír el sonido, repitió entre dientes—: ¡Ellosss!

Dejó de golpe la carta en el montón, encima de las demás. Cerró la carpeta. Mecanografiado en una etiqueta se podía leer claramente: CORRESPONDENCIA, OFICINA DE IMPUESTOS DE MAINE. Keeton contempló la carpeta cerrada durante unos instantes. Después cogió un bolígrafo del portaplumas (el juego de escritorio había sido un regalo del personal de los juzgados del condado) y garabateó sobre la carpeta las palabras OFICINA DE MIERDAS DE MAINE con letras grandes y temblorosas. Contempló unos momentos lo que había escrito y puso debajo OFICINA DE GILIPOLLAS DE MAINE. Mantuvo el bolígrafo entre sus dedos apretados, empuñándolo como un cuchillo. Después lo arrojó al otro extremo de la estancia, donde cayó en un rincón con un ligero ruido.

Keeton cerró la otra carpeta, la que contenía las copias de las cartas que había escrito él (y a las que siempre había añadido las iniciales en minúscula de la secretaria), cartas que había urdido durante largas noches de insomnio y que, en último término, habían resultado inútiles.

Notó que le latía una vena en el centro de la frente. Se levantó del asiento, llevó las dos carpetas al archivador, las guardó en el cajón del fondo, lo cerró con gesto enérgico y se detuvo a comprobar que había quedado bien cerrado. Después se acercó a la ventana, respiró hondo varias veces e intentó tranquilizarse mientras contemplaba el pueblo, aún dormido.

Se la tenían jurada. Sus Acusadores. Se descubrió preguntándose por enésima vez

quién los había azuzado contra él. Si conseguía dar con aquel tipo, con el Perseguidor Jefe, cogería el revólver de su escondite en la caja de madera bajo los jerséis agujereados por la polilla y acabaría con él. Pero no lo haría enseguida, nada de eso. Le iría volando un pedazo cada vez y haría que, mientras tanto, aquel hijo de puta cantara el himno nacional.

Su mente volvió a aquel agente larguirucho, Ridgewick. ¿Podía haber sido él? No parecía lo bastante listo..., pero ya se sabe que las apariencias engañan. Pangborn había dicho que Ridgewick había multado el Cadillac por orden suya, pero que lo dijera no significaba que fuera cierto. Y en el lavabo de la comisaría, cuando Ridgewick le había llamado Buster, en los ojos del policía había advertido una mirada de desprecio perspicaz y burlona. ¿Trabajaba ya Ridgewick en el departamento cuando habían empezado a llegar las primeras cartas de la oficina de impuestos? Keeton estaba seguro de que sí. Más tarde buscaría un momento para revisar el expediente del tipo, para confirmarlo.

¿Y qué había del propio Pangborn? Desde luego, era lo bastante listo y, casi con seguridad, lo odiaba (¿no lo odiaban todos?, ¿no odiaban todos Ellos a Danforth Keeton?); además, Pangborn conocía a mucha gente en Augusta. Conocía bien a todos Ellos. ¡Diablos, si se diría que hablaba con Ellos por teléfono cada día! La factura del teléfono, incluso con la nueva centralita, era astronómica.

¿No podía ser que ambos, Pangborn y Ridgewick, estuvieran conchabados en aquello?

—El Llanero Solitario y Tonto, su fiel compañero indio —murmuró en voz baja, y sonrió siniestramente—. Si has sido tú, Pangborn, lo lamentarás. Y si habéis sido los dos, lo lamentaréis ambos. —Sus dedos se cerraron en un firme puño—. No toleraré indefinidamente esta persecución, podéis estar seguros.

Sus uñas perfectamente cuidadas se clavaron en la carne, pero Keeton no se dio cuenta de la sangre que empezaba a manar de sus manos. Quizá Ridgewick. Quizá Pangborn. Quizá Melissa Clutterbuck, la zorra frígida que ocupaba el cargo de tesorera municipal. Quizá Bill Fullerton, el vicepresidente del Consejo (Keeton sabía a ciencia cierta que Fullerton ambicionaba su puesto y que no descansaría hasta arrebatárselo)...

O tal vez fueran todos ellos.

Todos juntos.

Keeton exhaló el aliento en un largo y torturado suspiro, formando una nubecilla de vaho sobre el cristal reforzado con alambre de la ventana del despacho. La cuestión era qué iba a hacer al respecto, qué iba a hacer entre aquel momento y el día 17.

Y la respuesta era muy simple: no lo sabía.

De joven, la vida de Danforth Keeton había sido en blanco y negro, sin matices, y al muchacho le había parecido estupenda. Había acudido a la escuela secundaria de Castle Rock y había empezado a trabajar por horas en la agencia de automóviles de la familia a los catorce años, lavando los coches de demostración y dando cera a los modelos del salón de exposición. Keeton Chevrolet era una de las franquicias Chevrolet más antiguas de Nueva Inglaterra y la piedra angular del edificio financiero de los Keeton. Un edificio que había sido muy sólido, al menos hasta fechas bastante recientes.

Durante los cuatro años en la escuela secundaria, había sido «Buster» para prácticamente todo el mundo. Había escogido asignaturas de la rama mercantil, había sacado un sostenido promedio de notables, había dirigido el consejo estudiantil casi sin ayuda y había continuado los estudios en la Escuela de Administración de Empresas Traynor, en Boston.

En Traynor había obtenido un sobresaliente tras otro y se había graduado con tres semestres de adelanto. Cuando regresó a Castle Rock, dejó enseguida bien sentado que sus días como «Buster» habían terminado.

Había sido una vida excelente hasta que, hacía nueve o diez años, Steve Frazier y él habían acudido a Lewiston. Fue entonces cuando empezó el problema; fue entonces cuando su vida de certidumbres, en blanco o negro, había empezado a llenarse de matices grises.

Danforth no había sido nunca amante del juego: ni cuando era Buster en la escuela del pueblo, ni cuando era Dan en la Traynor, ni cuando fue el señor Keeton, de Keeton Chevrolet y miembro del Consejo Municipal. Hasta donde sabía Danforth, nadie en su familia había sido jugador; de su infancia no recordaba ni siquiera pasatiempos inocentes como algún bingo casero o alguna pequeña apuesta al parchís. No existía ningún tabú contra aquellas cosas, ningún no se debe, pero nadie en su casa lo hacía. Keeton no había hecho una sola apuesta a nada hasta aquel primer viaje al hipódromo de Lewiston con Steve Frazier. Y, desde aquel momento, nunca había hecho una sola apuesta en ningún otro lugar, ni necesitaba hacerlo. El hipódromo de Lewiston era suficiente ruina para Danforth Keeton.

Por aquel entonces era miembro del Consejo Municipal, el tercero en el escalafón. Steve Frazier, que en la actualidad ya llevaba cinco años enterrado, era el presidente del Consejo de Castle Rock en esa época. Keeton y Frazier habían «subido a la ciudad» (siempre se referían así a los viajes a Lewiston) junto con Butch Neddeau, supervisor de Servicios Sociales del condado en el pueblo, y Harry Samuels, que

había pertenecido al Consejo la mayor parte de su vida adulta y que, probablemente, seguiría formando parte de él hasta la muerte. El motivo del viaje había sido una conferencia estatal de funcionarios de condado sobre las nuevas normas de distribución de los fondos de compensación... y habían sido esos fondos, por supuesto, lo que le habían causado la mayor parte de sus problemas. Sin ellos, Keeton se habría visto obligado a cavar su propia tumba a pico y pala. Gracias a ellos, había tenido a su alcance un recurso financiero para ir trampeando.

La conferencia había durado dos días. Por la noche, Steve había sugerido salir a divertirse un poco en la gran ciudad. Butch y Harry habían declinado la oferta. Keeton tampoco tenía interés en pasar la tarde con Steve Frazier, un fanfarrón gordo y viejo con cerebro de serrín; sin embargo, le había acompañado. Suponía que lo habría hecho aunque Steve le hubiera propuesto pasar la velada visitando los más profundos pozos de mierda del infierno. Al fin y al cabo, Steve era el presidente del Consejo. Harry Samuels se contentaría con mantenerse segundo, tercero o cuarto en el escalafón durante el resto de su vida, y Butch Nadeau ya había declarado que pensaba dejar el cargo al término de la legislatura. Danforth Keeton, por el contrario, tenía ambiciones y Frazier, por muy fanfarrón gordo y viejo que fuese, era la clave para hacerlas realidad.

Así pues, los dos habían salido de parranda. El primer alto lo hicieron en The Holly. PÁSELO EN GRANDE EN THE HOLLY, decía el rótulo sobre la puerta, y Frazier se lo había pasado realmente en grande, tomando whisky con agua como si a las copas les hubieran quitado el whisky y silbando a las chicas del *striptease*, casi todas gordas, casi todas viejas y absolutamente todas lentas. Keeton pensó que la mayoría de ellas parecían drogadas. Mientras estaba allí, se le antojó también que la velada iba a ser muy larga.

Pero, a continuación, habían acudido al hipódromo de Lewiston y todo había cambiado.

Habían llegado a tiempo para la quinta carrera y, pese a las protestas de Keeton, Frazier lo había empujado hacia las ventanillas de apuestas como un perro pastor conduciría a pequeños mordiscos hasta el rebaño a una oveja descarriada.

—Steve, yo no sé nada de esto y...

—¡No importa! —replicó Frazier alegremente, echándole el aliento de bebedor en pleno rostro—. ¡Esta noche vamos a tener suerte, Buster! ¡Lo presiento!

Keeton no tenía la menor idea de cómo se hacía una apuesta, y el parloteo constante de Frazier le impidió oír con claridad lo que decían los demás apostantes de la cola cuando llegaban ante la ventanilla con el rótulo 2 DÓLARES.

Cuando llegó a ella, empujó un billete de cinco dólares hacia el cajero y dijo:

—Número cuatro.

—¿Ganador, colocado o testigo? —preguntó el cajero.

Por un momento, Keeton fue incapaz de responder. Detrás del cajero descubrió algo asombroso. Tres empleados contaban una enorme pila de billetes y formaban fajos con ellos. Allí había más dinero del que Keeton había visto nunca junto.

—¿Ganador, colocado o testigo? —repitió el hombre con impaciencia—. Dese prisa, amigo. Esto no es la biblioteca pública.

—Ganador —dijo Keeton. No tenía la menor idea de qué significaba «colocado» o «testigo», pero «ganador» era una palabra que entendía perfectamente.

El cajero le devolvió un boleto y tres dólares de cambio: un billete de un dólar y otro de dos. Keeton observó este último con curiosidad e interés mientras Frazier hacía su apuesta. Sabía que existían billetes de dos dólares, pero no recordaba haber visto ninguno. Llevaba la efigie de Thomas Jefferson. En realidad, todo era curioso e interesante: el olor de los caballos, de las palomitas de maíz y de los cacahuets, los movimientos apresurados de la multitud, la atmósfera de urgencia. Aquel lugar estaba despierto de un modo que Keeton reconoció y al que respondió de inmediato. Había experimentado aquella especie de estado de alerta especial en su fuero interno, sí, muchas veces, pero en aquella ocasión la percibía por primera vez en el mundo exterior. Danforth «Buster» Keeton, que raramente se sentía parte de nada, se sintió integrante de aquello. Profundamente integrante.

—Esto es mucho mejor que The Holly —comentó a Frazier cuando este volvió a su lado.

—Sí, las carreras de trotones no están mal —respondió Frazier—. Nunca serán lo mismo que la Serie Mundial de béisbol, pero ya se sabe. Vamos a acercarnos a la barrera. ¿Por qué caballo has apostado?

Keeton no se acordaba. Tuvo que mirar el boleto.

—El número cuatro —dijo.

—¿Colocado o testigo?

—Esto... ganador.

Frazier hizo un gesto de disgusto bienhumorado con la cabeza y le dio una palmada en la espalda.

—Apostar a ganador es de incautos, Buster. Es de primos aunque la pizarra de premios diga lo contrario. Pero ya aprenderás.

Y había aprendido, desde luego.

En alguna parte, sonó un timbre con un potente ¡Brrrrrrannnggg! que sobresaltó a Keeton. Una voz exclamó: «¡Y allá VAAAN!», por los altavoces del hipódromo. Un rugido atronador se levantó de la multitud y Keeton notó una súbita descarga de electricidad que le recorría el cuerpo. Las pezuñas tatuaron la pista de arena. Frazier asió por el codo a Keeton con una mano mientras, con la otra, se abría paso entre el gentío hasta la valla, a menos de veinte metros de la línea de llegada.

El locutor del hipódromo retransmitía la carrera. El número siete, My Lass, en

cabeza en la primera curva, con el número ocho, Broken Field, segundo, y el número uno, How Do?, tercero. El número cuatro se llamaba Absolutely, el nombre más idiota para un caballo que había oído Keeton en su vida, e iba en sexto lugar. Apenas le prestó atención. Estaba extasiado con la velocidad de los caballos, con sus pelajes brillantes bajo los focos, con el torbellino de las ruedas de los *sulkies* al tomar la curva, con los brillantes colores de las sedas que llevaban los conductores. Cuando los caballos entraron en la recta de contrameta, Broken Field empezó a acosar a My Lass para hacerse con la cabeza. My Lass perdió el paso y Broken Field lo pasó como una centella. Al mismo tiempo, Absolutely empezó a remontar por el exterior. Keeton lo vio antes de que la voz incorpórea del locutor anunciara la noticia por todo el hipódromo, y apenas notó que Frazier le daba codazos; apenas oyó sus gritos.

—¡Ese es tu caballo, Buster! ¡Es tu caballo y tiene posibilidades!

Mientras los caballos enfilaban la recta final hacia el lugar donde estaban los dos hombres, todos los espectadores se pusieron a gritar y Keeton volvió a notar la corriente eléctrica que lo atravesaba. Pero esta vez no fue una chispa, sino un auténtico rayo, y se puso a gritar con ellos. Al día siguiente, estaría tan afónico que apenas podría articular unos susurros.

«¡Absolutely!», chilló. «¡Vamos, Absolutely, hijo de puta, CORRE!»

—Trotar —lo corrigió Frazier, riéndose tanto que le corrían las lágrimas por las mejillas—. Vamos, hijo de puta, y trotar. Eso es lo que debes decir, Buster.

Keeton no le prestó atención. Estaba mandándole ondas mentales al caballo, enyándole fuerza telepática a Absolutely por el aire.

«Ahora son Broken Field y How Do?, How Do? y Broken Field —entonó la voz divina del locutor—. Y Absolutely reduce distancias rápidamente cuando llegan a los últimos doscientos metros...»

Los caballos se acercaron, levantando una polvareda. Absolutely trotaba con el cuello arqueado y la cabeza estirada hacia delante, subiendo y bajando las patas como pistones. Superó a How Do? y a Broken Field, que venía flaqueando visiblemente, justo a la altura donde estaban Keeton y Frazier. Absolutely aún seguía ampliando la ventaja cuando cruzó la línea de llegada.

Cuando aparecieron los números en el marcador de apuestas, Keeton tuvo que preguntar a su acompañante qué significaban. Frazier echó una ojeada al boleto, luego al marcador, y emitió un mudo silbido.

—¿Recupero el dinero? —preguntó Keeton ansioso.

—Has hecho un poco más que eso, Buster. Absolutely estaba treinta a uno.

Esa noche, antes de abandonar el hipódromo, Keeton había ganado algo más de trescientos dólares. Y así empezó su obsesión.

Tomó el gabán del perchero del rincón de su despacho, se lo echó encima y se volvió para marcharse, pero se detuvo con la mano en el tirador de la puerta y echó un nuevo vistazo a la estancia. En la pared opuesta a la ventana había un espejo. Keeton lo miró durante un largo momento, con aire dubitativo, y luego se aproximó a él. Había oído cómo usaban Ellos los espejos; no se chupaba el dedo.

Acercó la cara al cristal, sin prestar atención al reflejo de su piel pálida y sus ojos inyectados en sangre. Se llevó una mano a cada mejilla para evitar los reflejos y entornó los ojos, buscando una cámara al otro lado. Buscándolos a Ellos.

No vio nada.

Tras unos momentos así, se retiró del espejo, frotó el cristal manchado con la manga del gabán, sin apenas fijarse en lo que hacía, y salió del despacho. No había nada, todavía. Eso no significaba que Ellos no fueran a acudir esa noche, a quitar el espejo y a reemplazarlo por otro de aquellos que permitían ver desde el otro lado. El espionaje era otra herramienta de trabajo para los Acusadores. En adelante, tendría que comprobar el espejo cada día.

—Pero soy capaz —dijo al pasillo vacío de la segunda planta—. Puedo hacerlo. Creedme.

Eddie Warburton estaba fregando el suelo del vestíbulo y no levantó la vista cuando Keeton salió a la calle.

Tenía el coche aparcado atrás, pero no se sentía con ganas de conducir. Estaba demasiado confuso para ponerse al volante; si lo intentaba, era probable que terminase metiendo el Caddy en algún escaparate. Sumido en su confusión, tampoco se dio cuenta de que se alejaba de su casa, en lugar de encaminarse hacia ella. Eran las siete y cuarto de la mañana del sábado y era la única persona que caminaba por el pequeño centro comercial de Castle Rock.

Su recuerdo volvió por unos instantes a aquella primera noche en el hipódromo de Lewiston. Parecía que no podía hacer nada mal. Steve Frazier había perdido treinta dólares y, después de la novena carrera, anunció que se iba. Keeton contestó que él pensaba quedarse un poco más. Apenas miró a Frazier y casi no se dio cuenta de que se había ido. Recordó haber pensado que era estupendo no tener a alguien al lado diciéndole todo el rato Buster esto, Buster lo otro. Odiaba aquel apodo, y Steve lo sabía, naturalmente. Por eso lo empleaba.

La semana siguiente había vuelto al hipódromo, esa vez solo, y había perdido sesenta dólares de sus anteriores ganancias. Apenas le importó. Aunque a menudo pensaba en aquellos enormes montones de fajos de billetes, no se trataba del dinero, en realidad; el dinero solo era el símbolo que uno se llevaba consigo, algo que decía que había estado allí, que había participado, aunque solo fuera por unos breves momentos, del gran espectáculo. Lo que le importaba de verdad era la excitación

tremenda, impresionante, que recorría a la multitud cuando sonaba el timbre, los cajones se abrían con su sonido seco, como un chasquido, y el locutor gritaba: «¡Y allá VAAAN!». Lo que le importaba era el rugido de los espectadores cuando el pelotón doblaba la tercera curva y se lanzaba furiosamente por la recta de contramonta, las exhortaciones histéricas —como salidas de una reunión religiosa— que atronaban en las gradas cuando los trotones salían de la cuarta curva y echaban todos sus restos en la recta final. Aquello le hacía sentirse vivo, ¡oh, sí!, muy vivo. Le hacía sentirse tan vivo que...

... que era peligroso.

Keeton había decidido que era mejor mantenerse apartado del hipódromo. Tenía un futuro claramente perfilado. Se proponía llegar a presidente del Consejo Municipal cuando Steve Frazier dejara por fin el cargo, y cuando llevara seis o siete años en él, intentaría presentarse para la Cámara de Representantes del Estado. Después, ¿quién sabía? Un cargo de ámbito nacional no estaba fuera del alcance de un hombre ambicioso, capaz... y cuerdo.

Ese era el verdadero problema del hipódromo. Al principio no se había dado cuenta, pero no tardó mucho en advertirlo. El hipódromo era un lugar donde la gente pagaba, cogía un boleto... y dejaba a un lado la cordura durante unos minutos. Keeton había visto demasiada locura en su propia familia para sentirse cómodo con la atracción que ejercía sobre él aquel hipódromo de Lewiston. Era un pozo de brocal resbaladizo, un cepo con dientes ocultos, un revólver cargado con el seguro quitado. Cuando iba, era incapaz de marcharse hasta que había terminado la última carrera de la velada. Lo sabía. Lo había intentado. En una ocasión, había conseguido llegar casi hasta las puertas giratorias de la salida, antes de que algo en lo más hondo de su cerebro, algo poderoso, enigmático y reptiliano, despertara de improviso, se adueñara de él y lo obligara a dar media vuelta. A Keeton le aterrorizó la idea de despertar del todo a aquel reptil. Era mejor dejarlo dormir.

Y eso había hecho durante tres años. Luego, en 1984, Steve Frazier se había retirado y Keeton había sido elegido presidente del Consejo. Fue entonces cuando empezaron los auténticos problemas.

Había vuelto a las carreras para celebrar su victoria y, ya que estaba de celebración, decidió hacerla por todo lo alto. Pasó sin detenerse ante las taquillas de dos y de cinco dólares y fue directamente a la de apuestas de diez dólares. Aquella noche había perdido ciento sesenta, más de lo que le resultaba cómodo reconocer (al día siguiente, le dijo a su esposa que solo habían sido cuarenta), pero, desde luego, no más de lo que podía permitirse. Rotundamente, no.

Regresó al hipódromo una semana después, dispuesto a recuperar lo perdido para poder retirarse en paces. Y casi lo consiguió. Casi. Esa era la palabra clave. Igual que casi había cruzado la puerta giratoria. La semana siguiente, perdió doscientos diez

dólares. Era un hueco en la cuenta del banco que Myrtle notaría, de modo que, para cubrir una parte, tomó prestado un poco de dinero de los fondos para pequeños gastos del municipio. Cien dólares. Una minucia, en realidad.

Pasado aquel punto, todo empezaba a hacerse borroso. El pozo tenía las paredes resbaladizas, en efecto, y cuando uno empezaba a deslizarse por ellas, estaba perdido. Uno podía desperdiciar energías clavando los dedos en las paredes para así conseguir frenar un poco la caída..., pero aquello, por supuesto, solo significaba prolongar la agonía.

Si había habido un punto sin retorno, había sido el verano de 1989. En verano había carreras de trotones cada noche, y Keeton asistió a todas las sesiones durante la segunda quincena de julio y todo el mes de agosto. Durante un tiempo, Myrtle había creído que utilizaba el hipódromo como excusa, que en realidad se estaba viendo con otra mujer, pero eso era ridículo. Realmente ridículo. A Keeton no se le habría empinado aunque la propia Diana hubiese descendido de la luna en su carro con la túnica abierta y un cartel de FÓLLAME, DANFORTH colgado al cuello. El recuerdo de lo mucho que había echado mano a los fondos municipales habría hecho que su pobre miembro se encogiera hasta el tamaño de una goma de borrar.

Cuando Myrtle se convenció por fin de la verdad, de que solo se trataba de las carreras después de todo, se había sentido aliviada. Aquello lo mantenía lejos de casa, donde tenía tendencia a ser un poco tirano, y no podía estar perdiendo demasiado, había razonado la mujer, ya que los extractos de cuenta no mostraban excesivas fluctuaciones. Sencillamente, Danforth había encontrado un entretenimiento que lo mantenía ocupado a sus años.

Solo carreras de caballos, después de todo, pensó Keeton a la vez que recorría Main Street con las manos hundidas en los bolsillos del gabán. Soltó entre dientes una carcajada extraña y alocada que habría hecho volver la cabeza a quien la hubiese oído. Myrtle no había perdido de vista la cuenta corriente. Jamás se le había ocurrido que Danforth pudiera saquear los bonos del Tesoro que constituían los ahorros de toda su vida. De igual modo, solo él sabía que Keeton Chevrolet estaba tambaleándose al borde de la quiebra.

Su mujer llevaba control de la cuenta corriente y de la contabilidad del hogar.

Él era un contable público.

En cuestiones de malversaciones, un contable público puede disimularlas mejor que la mayoría de la gente..., pero al final siempre termina por descubrirse el pastel. La cuerda y el papel y la caja que envolvían el pastel de Keeton habían empezado a romperse en otoño de 1990. Keeton había mantenido oculto el asunto lo mejor que había podido, con la esperanza de recuperarse en el hipódromo. Para entonces había conocido a un corredor, lo cual le permitía apostar cantidades mayores de las que se manejaban en las taquillas.

Sin embargo, aquello tampoco había cambiado su suerte.

Entonces, aquel verano, había empezado en serio la persecución. Hasta aquel momento, Ellos solo habían jugado con él. Ahora venían dispuestos a acabar con su presa, y el día del Juicio Final estaba a menos de una semana vista.

Los cogeré, pensó Keeton. Todavía no estoy acabado. Todavía tengo un par de triunfos en la manga.

Pero no sabía cuáles eran aquellos triunfos; ese era el problema.

No importa. Hay un modo. Sé que hay un mod...

Allí se detuvieron sus pensamientos. Se encontraba ante la nueva tienda, Cosas Necesarias, y lo que vio en el escaparate borró de su cabeza todo lo demás durante un par de segundos.

Era una caja de cartón rectangular, de colores brillantes, con un grabado en la parte frontal. Un juego de mesa, supuso. Pero era un juego de mesa sobre carreras de caballos, y Danforth Keeton habría jurado que el grabado, que mostraba a dos trotones llegando a la línea de meta cuello con cuello, representaba el hipódromo de Lewiston. Si aquello del fondo no era el graderío principal de Lewiston, estaba viendo visiones.

El nombre del juego era BOLETO GANADOR.

Keeton se quedó admirándolo casi cinco minutos, hipnotizado como un chiquillo ante una exposición de trenes eléctricos. Luego, con paso lento, se adentró bajo el toldo verde oscuro para ver si el establecimiento abría en sábado. En efecto, había un cartel colgado por dentro en la puerta, pero solo tenía escrita una palabra, y esa palabra, naturalmente, era

ABIERTO.

Keeton lo miró un momento, pensando —como había hecho Brian Rusk días antes— que debía de tratarse de un error. En Castle Rock, las tiendas de Main Street no abrían a las siete de la mañana, y mucho menos un sábado. A pesar de todo, tanteó el tirador de la puerta, que cedió fácilmente bajo su impulso.

Cuando la puerta se hubo abierto a medias, una campanilla de plata tintineó sobre su cabeza.

4

—En realidad, no es un juego —comentaba cinco minutos después Leland Gaunt—. En eso se equivoca usted.

Keeton estaba instalado en el mismo asiento de respaldo alto, cómodo y lujoso, donde aquella semana se habían acomodado Nettie Cobb, Cyndi Rose Martin, Eddie

Warbutton, Everett Frankel, Myra Evans y bastantes más vecinos del pueblo. Tenía en la mano una taza de buen café de Jamaica. Gaunt, que parecía un tipo muy agradable para ser forastero, había insistido en que la aceptara. En aquel momento, Gaunt se encontraba inclinado sobre el escaparate, del cual sacaba con cuidado la caja. Iba vestido con una chaqueta de media gala de color vino, sumamente elegante y ni un ápice fuera de lugar. Le había contado a Keeton que solía abrir a horas intempestivas porque padecía de insomnio.

—Desde que era un muchacho —había añadido con una risilla triste—, y de eso hace mucho tiempo.

Sin embargo, a Keeton le produjo la impresión de un hombre fresco como una rosa. Salvo los ojos, tan enrojecidos que parecía que aquel era su auténtico color natural.

Gaunt regresó con la caja y la depositó sobre una mesilla próxima a Keeton.

—Ha sido la caja lo que me ha llamado la atención —dijo este—. El grabado me recuerda mucho el hipódromo de Lewiston. De vez en cuando, me doy una vuelta por allí.

—Le gusta la acción, ¿no es eso? —inquirió Gaunt con una sonrisa.

Keeton se disponía a decir que nunca apostaba, pero cambió de idea. Aquella sonrisa no era simplemente amistosa; era una mueca de conmiseración, y de pronto comprendió que estaba ante un compañero de sufrimientos. Eso solo venía a corroborar lo descuidado que se estaba volviendo para los detalles, pues cuando había estrechado la mano al señor Gaunt, había experimentado una oleada de repulsión tan profunda e inesperada como si sufriera un espasmo muscular. Durante el instante que había durado el apretón, Keeton había tenido el convencimiento de que había encontrado al Perseguidor Jefe. Tendría que andarse con cuidado con aquello; era absurdo inquietarse por cualquier cosa.

—Alguna vez he apostado, para qué negarlo —asintió.

—Desgraciadamente, yo también —dijo Gaunt. Sus ojos inyectados en sangre clavaron la mirada en los de Keeton, y los dos hombres compartieron un momento de perfecto entendimiento... o eso fue lo que experimentó Keeton—. He apostado en casi todos los hipódromos del Atlántico al Pacífico, y estoy seguro de que el grabado de la caja es Longacre Park, en San Diego. Ya desaparecido, por supuesto; ahora, en el solar han edificado una urbanización.

—¡Oh! —exclamó Keeton.

—Pero permítame enseñarle esto. Creo que lo encontrará interesante.

Quitó la tapa de la caja y extrajo cuidadosamente una pista de carreras de hojalata, colocada sobre una plataforma, de aproximadamente un metro de larga por tres palmos de ancha. Tenía el aspecto de los juguetes que Keeton había tenido de niño, aquellos juguetes baratos fabricados en Japón después de la guerra. La pista era

una réplica de un circuito de dos millas. En ella había ocho finas ranuras y, detrás de la línea de salida, se encontraban ocho delgados caballos de latón, cada uno de ellos ensartado en una varilla de metal que sobresalía de la ranura correspondiente e iba soldada al vientre del animal.

—¡Vaya! —exclamó Keeton, y sonrió. Era la primera vez que lo hacía en varias semanas, y la expresión le pareció extraña y fuera de lugar.

—Pues aún no ha visto nada —replicó Gaunt, devolviéndole la sonrisa—. Este objeto fue fabricado en mil novecientos treinta o mil novecientos treinta y cinco, señor Keeton. Es una verdadera antigüedad. Pero, para algunos apostadores de la época, era mucho más que un simple juguete.

—¿Ah, sí?

—Desde luego. ¿Sabe usted qué es un tablero ouija?

—Claro. Ese juego en que uno pregunta algo y el tablero se supone que transmite la respuesta del mundo de los espíritus.

—Exacto. Pues bien, en tiempos de la Depresión, había muchos apostadores habituales para los que Boleto Ganador era una especie de tablero ouija de los caballos.

Sus ojos se clavaron de nuevo en los de Keeton, sonrientes y amistosos, y Keeton fue incapaz de apartar los suyos igual que lo había sido de abandonar el hipódromo antes de que terminara la última carrera en la única ocasión en que lo había intentado.

—Qué ridículo, ¿verdad?

—Sí —admitió Keeton. Pero no le pareció nada ridículo. Le pareció perfectamente..., perfectamente...

Perfectamente razonable.

Gaunt rebuscó en la caja y sacó de ella una pequeña llave de latón.

—Cada vez gana un caballo distinto. Supongo que en el interior lleva algún mecanismo aleatorio..., tosco pero bastante eficaz. Ahora observe.

Introdujo la llave en un agujero del lado de la plataforma de latón sobre la que se alineaban los caballos de latón y la hizo girar. Se oyeron unos ligeros chasquidos, chirridos y carraqueos, ruidos de resortes al enroscarse. Cuando la llave llegó al tope y dejó de girar, Gaunt la retiró.

—¿Cuál escoge? —preguntó.

—El cinco —dijo Keeton. Se inclinó hacia delante y se le aceleró el corazón. Era una estupidez (y la prueba definitiva, supuso, de su adicción irrefrenable), pero volvía a notar que lo invadía la misma excitación que en el hipódromo.

—Muy bien, yo llevaré el seis. ¿Quiere que apostemos un poco, solo para hacer interesante el juego?

—¡Claro! ¿Cuánto?

—No. Dinero, no —respondió Gaunt—. Hace muchos años que mis días de

apostar con dinero terminaron, señor Keeton. Esas son las apuestas menos interesantes de todas. Pongamos lo siguiente: si gana su caballo, le haré un pequeño favor. Lo que usted decida. Si gana el mío, será usted quien me haga ese pequeño favor.

—¿Y si gana alguno de los otros nos olvidamos de la apuesta?

—De acuerdo. ¿Está preparado?

—Lo estoy —dijo Keeton tenso, y se inclinó más aún sobre la pista de hojalata, con las palmas de las manos juntas entre sus gruesos muslos.

Junto a la línea de salida había otra pequeña ranura de la cual sobresalía una palanquita de metal.

—¡Y allá vaaan! —musitó Gaunt, al tiempo que la empujaba.

Los engranajes y ruedas bajo la pista empezaron a moverse. Los caballos dejaron atrás la línea de salida, deslizándose por sus respectivas calles. Al principio iban lentos, tambaleándose sobre las ranuras y avanzando a trompicones mientras un resorte principal, o una serie de ellos, se expandía en el interior del juguete; sin embargo, cuando se aproximaron a la primera curva, empezaron a tomar velocidad.

El caballo con el número dos se colocó en cabeza, seguido del siete; los demás iban detrás, en pelotón.

—¡Vamos, cinco! —exclamó Keeton con voz contenida—. ¡Vamos, corre, bicho!

Como si lo hubiese oído, el pequeño caballo de latón empezó a adelantarse al pelotón. A medio recorrido, había llegado a la altura del siete. El número seis —el caballo de Gaunt— también había empezado a asomar la cabeza.

El juego Boleto Ganador traqueteaba y vibraba sobre la mesilla. El rostro de Keeton se cernía sobre la pista de hojalata como una luna grande y llena de hendiduras. Una gota de sudor cayó de él sobre el pequeño *jockey* de latón que montaba el caballo número tres; de haber sido de verdad, tanto el *jockey* como su montura habrían quedado empapados.

En la tercera curva, el número siete aceleró y superó al dos, pero el número cinco de Keeton resistió con todas sus fuerzas y el seis de Gaunt se colocó a sus talones. Los cuatro salieron de la última curva en abanico, muy por delante del resto, vibrando violentamente en las ranuras.

—¡Vamos, estúpido hijo de puta! —aulló Keeton. Había olvidado que aquello solo eran unas piezas de hojalata moldeadas para darles una remota apariencia de caballos. Había olvidado que estaba en la tienda de un hombre a quien acababa de conocer. Aquella excitación incontrolable se había apoderado de él y lo zarandeaba como un terrier lo hace con una rata—. ¡Vamos, sigue adelante! ¡Corre, desgraciado, CORRE! ¡Échale huevos!

El cinco consiguió ponerse a la cabeza de la carrera... y pasó adelante. El caballo de Gaunt estaba pegado a su flanco cuando el de Keeton cruzó la línea de llegada,

vencedor. Al mecanismo se le acababa la cuerda, pero la mayoría de los caballos consiguió dar de nuevo la vuelta a la pista hasta la línea de salida antes de que se agotara del todo. Gaunt utilizó el dedo para empujar a los rezagados hasta su lugar correspondiente, a punto para otra carrera.

—¡Vaya! —exclamó Keeton, secándose el sudor de la frente. Se sentía completamente agotado... pero también mucho mejor de lo que se había sentido en muchísimo tiempo—. ¡Ha sido estupendo!

—Estupendo de verdad —asintió Gaunt.

—Antes sí que sabían hacer las cosas, ¿verdad?

—Desde luego. —Gaunt asintió de nuevo con una sonrisa—. Y me parece que le debo a usted un favor, señor Keeton.

—¡Oh!, olvídalo... Era una broma.

—No, en serio. Un caballero paga siempre sus deudas. Basta con que me haga saber con un par de días de antelación cuándo piensa ponerse en contacto con su corredor de apuestas.

Ponerse en contacto con su corredor de apuestas.

La frase hizo que lo recordara todo. ¡Corredores de apuestas! ¡Ellos serían quienes se pondrían en contacto con los corredores de apuestas! ¡Ellos! El jueves, serían Ellos quienes visitarían a los corredores y... y entonces ¿qué? Entonces ¿qué?

En su mente se formaron visiones de titulares de periódico desacreditándolo.

—¿Le gustaría saber cómo empleaban este juguete los buenos apostadores de los años treinta? —preguntó con suavidad Gaunt.

—Desde luego —asintió Keeton, pero no tenía un especial interés en saberlo. No lo tenía... hasta que levantó la vista. Los ojos de Gaunt se clavaron entonces una vez más en los suyos, los capturaron de nuevo, y la idea de utilizar un juego infantil para escoger ganadores volvió a parecerle perfectamente lógica.

—Pues bien —explicó Gaunt—, tomaban el periódico del día o el «Boletín del Hipódromo» y hacían las carreras. En el tablero, quiero decir. En cada una, daban a cada caballo el nombre de uno de los que salían en el periódico; lo hacían tocando cada caballito de latón con el dedo y diciendo al mismo tiempo el nombre. Luego pulsaban la palanquita y los soltaban. Y lo repetían con todo el programa del día: ocho, diez, una docena de carreras. Después acudían al hipódromo y apostaban a los caballos que habían ganado en casa.

—¿Y funcionaba? —preguntó Keeton. Su voz parecía llegarle de otro lugar. De un lugar lejano. Le parecía estar flotando en los ojos de Leland Gaunt. Flotando en una espuma roja. Era una sensación extraña pero muy agradable, en realidad.

—Por lo visto, sí. Probablemente no era más que una estúpida superstición, pero... ¿quieres comprar este juguete y probar tú mismo?

—Sí —dijo Keeton.

—Eres un tipo que necesita urgentemente un Boleto Ganador, ¿verdad, Danforth?

—Necesito más de un Boleto Ganador. Necesito todo un fajo de ellos. ¿Cuánto?

Leland Gaunt se echó a reír.

—¡Oh, no...! ¡No me vengas con esas! ¡Y menos cuando ya estoy en deuda contigo! Te propongo una cosa: abre la cartera y dame el primer billete que encuentres en él. Estoy seguro de que será el correcto.

De modo que Keeton abrió la cartera y sacó un billete sin apartar la vista de los ojos de Gaunt, y por supuesto era un billete con la efigie de Thomas Jefferson; un billete como el que lo había metido en todo aquel lío.

5

Gaunt lo hizo desaparecer con la habilidad de un prestidigitador al hacer un truco y dijo:

—Pero hay un pequeño detalle...

—¿Cuál?

Gaunt se inclinó hacia delante. Miró directamente a Keeton y le puso la mano en la rodilla por un instante.

—Señor Keeton, usted está al corriente de la existencia de... de Ellos, ¿verdad?

A Keeton se le cortó la respiración, como sucede a veces en sueños, cuando uno se encuentra sumido en una pesadilla.

—Sí —susurró—. ¡Dios mío, sí!

—Pues este pueblo está lleno de Ellos —continuó Gaunt en el mismo tono grave y confidencial—. Absolutamente infestado. Hace menos de una semana que he abierto la tienda y ya me he dado cuenta. Creo que deben de andar detrás de mí. En realidad, estoy completamente seguro de ello. Tal vez necesite su ayuda, Keeton.

—Sí —respondió Keeton. Con voz más firme, añadió—: ¡Por Dios que tendrá usted toda la ayuda que necesite!

—Bueno... Usted acaba de conocerme y no me debe absolutamente nada...

Keeton, quien ya consideraba a Gaunt como el mejor amigo que había hecho en los últimos diez años, abrió la boca para protestar. Gaunt levantó la mano y las protestas cesaron al momento.

—... y no tiene la menor idea de si le he vendido algo que realmente funciona o solo otro saco de sueños... de esos que se convierten en pesadillas cuando uno empieza a vivirlos. Estoy seguro de que ahora lo ve todo muy claro; tengo unas grandes dotes de persuasión, si me está bien el decirlo. Pero yo me fío de los clientes satisfechos, señor Keeton, y solo de ellos. Llevo muchos años en este negocio y me he labrado una fama entre mis clientes satisfechos. Así que llévese el juguete. Si le

funciona, estupendo. Si no, regálole al Ejército de Salvación o arrójelo al vertedero municipal. ¿Qué puede costarle? ¿Un par de dólares?

—Un par de dólares —asintió Keeton vagamente.

—Pero si funciona y puede usted quitarse de la cabeza esos problemas económicos pasajeros, vuelva a visitarme. Nos sentaremos a tomar café como hemos hecho esta mañana... y hablaremos de Ellos.

—Es demasiado tarde para arreglar el asunto del dinero —dijo Keeton con la voz clara pero desconectada de quien habla en sueños—. No hay suficientes carreras en las que pueda apostar en cinco días.

—En cinco días pueden cambiar muchas cosas —dijo el señor Gaunt con aire pensativo. Se levantó con sinuosa agilidad y añadió—: Tiene por delante un día espléndido... y yo también.

—Pero... Ellos —protestó Keeton—. ¿Qué hay de Ellos?

Gaunt posó una de sus manos largas y heladas en el brazo de Keeton y este, incluso en su estado de aturdimiento, notó un nudo en el estómago ante el contacto.

—Ya nos ocuparemos de Ellos más adelante —murmuró el hombre—. No se inquiete por eso.

6

—¡John! —exclamó Alan cuando LaPointe se coló en la comisaría por la puerta del callejón—. ¡Me alegro de verte!

Eran las diez y media de la mañana del sábado y la comisaría de Castle Rock estaba más desierta que nunca. Norris andaba de pesca por alguna parte y Seaton Thomas había ido a Sanford a visitar a sus dos hermanas solteras. Sheila Brigham estaba en la rectoría de Nuestra Señora de las Aguas Serenas, ayudando a su hermano a redactar otra carta al periódico explicando la naturaleza esencialmente inocua de la Noche de Casino. El padre Brigham también quería expresar en la carta su convencimiento de que William Rose estaba más chiflado que un escarabajo pelotero en un montón de estiércol. Uno no podía decir algo así directamente, por supuesto, y menos en un periódico familiar, pero el padre John y la hermana Sheila estaban haciendo todo lo posible para transmitir el mensaje entre líneas. Andy Clutterbuck se encontraba de servicio en alguna parte, o eso suponía Alan; no había tenido noticia de él desde que había llegado al despacho, hacía una hora. Hasta la irrupción de John LaPointe, el único ocupante del edificio municipal aparte de él parecía ser Eddie Warburton, que estaba atareado con el aparato del agua fría del rincón.

—¿Qué hay, doc? —preguntó John, sentándose en la esquina del escritorio de Alan.

—¿Un sábado por la mañana? No mucho. Pero mira esto. —Alan se desabrochó el puño derecho de la camisa caqui y levantó la manga—. Por favor, fíjate que la mano no se separa en ningún momento de la muñeca.

—¡Mmm! —murmuró John. Sacó una barra de chicle del bolsillo del pantalón, la desenvolvió y se la llevó a la boca.

Alan mostró la palma de la diestra abierta, le dio la vuelta para enseñar el revés y cerró los dedos en un puño. Introdujo el dedo índice de la zurda en el puño y sacó de él una punta de un tejido de seda. Luego interrogó con las cejas a John.

—No está mal, ¿verdad?

—Si eso es el pañuelo de Sheila, no le va a gustar nada encontrarlo arrugado y oliendo a tu sudor —respondió John. Parecía bastante indiferente ante aquella demostración.

—No es culpa mía que lo dejase en la mesa —replicó Alan—. Además, los magos no sudan. Y ahora, ¡eh! ¡Abracadabra!

Sacó el pañuelo de Sheila de su puño y lo agitó espectacularmente en el aire. La tela se hinchó y fue a posarse sobre la máquina de escribir de Norris como una mariposa de brillante colorido.

Alan miró a John y suspiró.

—No te ha impresionado mucho...

—Es un buen truco —respondió John—, pero ya lo he visto unas cuantas veces. Treinta o cuarenta, tal vez.

—¿Tú qué dices, Eddie? —dijo Alan en voz más alta—. No está mal para un cochino policía de pueblo, ¿no?

Eddie apenas apartó la mirada del aparato del agua, que en aquel momento estaba rellenando con un puñado de botellas de plástico con la etiqueta AGUA MINERAL.

—No lo he visto, comisario. Lo siento.

—Sois imposibles. Los dos —protestó Alan—. Pero estoy practicando una variante, John. Y esa sí que va a asombrarte, te lo prometo.

—¡Mmm! Alan, ¿todavía quieres que vaya a inspeccionar los retretes de ese restaurante nuevo en River Road?

—Sí, todavía quiero.

—¿Por qué me toca siempre a mí el trabajo más desagradable? ¿Por qué no va Norris...?

—Norris comprobó los servicios del campamento de montaña Senderos Felices en julio y en agosto —le cortó Alan—. En junio lo hice yo. Deja de protestar, Johnny. Te toca a ti. Y también quiero que tomes muestras de agua. Utiliza un par de esas bolsas especiales que nos mandaron de Augusta. Todavía queda un puñado de ellas en el armario del pasillo. Creo que las vi detrás de la caja de galletas Hi-Ho de Norris.

—Está bien —aceptó John—, tú ganas. Pero aunque lo interpretes como otra

queja, me parece que la comprobación de la salubridad de las aguas es responsabilidad del propietario del restaurante. Lo he consultado.

—Desde luego que lo es, pero estamos hablando de Timmy Gagnon.

—Johnny... ¿Qué te sugiere ese nombre?

—Me sugiere que no compraría una hamburguesa en ese nuevo local de Riverside, el Barbacoa Delish, aunque me estuviera muriendo de hambre.

—¡Pues eso! —exclamó Alan. Se levantó y asió por el hombro a John—. Espero que podamos cerrarle el local a ese chapucero hijo de su madre antes de que la población de perros y gatos abandonados de Castle Rock empiece a disminuir.

—Es un chiste bastante macabro, Alan.

—No, es lo que se puede esperar de Timmy Gagnon. Coge las muestras de agua esta mañana y las mandaré al laboratorio de Sanidad de Augusta antes de marcharme esta noche.

—¿Qué piensas hacer esta mañana?

Alan se bajó la manga y se abrochó el puño.

—Ahora mismo voy a hacer una visita a Cosas Necesarias —respondió—. Quiero conocer a ese tal Leland Gaunt. Le ha causado una gran impresión a Polly y, por lo que he oído, no es la única que ha quedado prendada de él. Y tú, ¿le has conocido?

—Todavía no —respondió John LaPointe. Los dos se encaminaron hacia la puerta—. Pero he estado cerca del lugar un par de veces. En el escaparate tiene un interesante revoltillo de cosas.

Pasaron charlando junto a Eddie, que en ese momento estaba sacando el polvo al gran botellón de cristal con un trapo que había extraído del bolsillo posterior.

Cuando los dos hombres pasaron a su lado, no los miró. Parecía sumido en su universo privado. Pero en cuanto la puerta se hubo cerrado tras ellos, Eddie Warburton corrió a la mesa de la centralita y descolgó el teléfono.

7

—Está bien... Sí... Sí, entiendo.

Leland Gaunt estaba junto a la caja registradora, con un teléfono inalámbrico Cobra pegado a la oreja. Una sonrisa fina como los cuernos de la luna iluminaba sus labios.

—Gracias, Eddie. Muchas gracias.

Gaunt dio unos cuantos pasos hacia la cortina que separaba el local de la trastienda. Incluyó el cuerpo a través de la cortina y recogió algo. Cuando volvió a sacar el cuerpo, tenía un rótulo en la mano.

—Ya puedes ir a casa... Sí..., puedes estar seguro de que no lo olvidaré. Jamás

olvido una cara ni un servicio, Eddie, y esa es una de las razones por las que me disgusta profundamente que me recuerden tanto una cosa como la otra. Adiós.

Pulsó el botón de COLGAR sin esperar respuesta, recogió la antena y se guardó el aparato en el bolsillo de la chaqueta. La cortina de la puerta estaba bajada de nuevo.

El señor Gaunt coló la mano entre ella y el cristal para quitar el rótulo que decía

ABIERTO

y reemplazarlo por el que acababa de coger de la trastienda. Después se acercó al escaparate para ver a Alan Pangborn mientras este se aproximaba.

Pangborn echó una ojeada al escaparate tras el cual estaba Gaunt y permaneció allí unos momentos antes de acercarse a la puerta; incluso se llevó las manos a los lados de la cara y apretó la nariz contra el cristal durante unos instantes. Pero, aunque Gaunt estaba justo delante de él con los brazos cruzados sobre el pecho, el comisario no lo vio.

Al señor Gaunt le desagradó el policía nada más verle la cara. Lo cual tampoco fue una gran sorpresa para él. Aún era más experto en leer expresiones que en recordarlas, y las palabras que veía en aquella eran muchas y, de algún modo, estaban cargadas de peligro.

La expresión de Pangborn cambió de pronto; sus ojos se agrandaron un poco, el gesto bienhumorado de su boca se convirtió en una apretada rendija. Gaunt experimentó un acceso de miedo, breve pero absolutamente insólito. ¡Me está viendo!, fue lo primero que pensó. Aunque, por supuesto, tal cosa era imposible. El comisario retrocedió medio paso... y se echó a reír. Gaunt comprendió al instante lo sucedido, pero ello no moderó un ápice su instantánea y profunda aversión hacia Pangborn.

—Lárgate de aquí, comisario —musitó—. Lárgate y déjame en paz.

8

Alan se quedó mirando el escaparate largo rato y se descubrió preguntándose a qué se debía, exactamente, tanto alboroto con aquel local. Había hablado con Rosalie Drake antes de acudir a casa de Polly la tarde anterior, y Rosalie le había descrito la tienda como una especie de réplica de Tiffany's en Nueva Inglaterra, pero el juego de porcelana del escaparate no parecía nada del otro mundo, nada que justificase levantarse de la cama a media noche para escribir a mamá contándoselo; como mucho, parecía sacado de una subasta benéfica. Varios de los platos estaban descantillados y uno de ellos mostraba una raja como la raya del cabello de parte a parte.

En fin, pensó Alan, cada cual sabía de lo suyo. Tal vez aquella porcelana tenía cien años, costaba una fortuna y él era demasiado inculto para saberlo.

Se llevó las manos a los costados de la cara y apoyó los cantos en el cristal para observar el interior de la tienda, pero no había nada que ver: las luces estaban apagadas y el local aparecía desierto. Entonces le pareció captar algo, una extraña silueta transparente que lo observaba con fantasmagórico y malévolo interés.

Retrocedió medio paso antes de darse cuenta de que estaba viendo el reflejo de su propio rostro. Sonrió ligeramente, avergonzado del error.

Alan se encaminó a la puerta. La cortina estaba echada y, colgado del gancho de una ventosa de plástico transparente adherida al cristal, pendía un rótulo escrito a mano.

HE IDO A PORTLAND A RECOGER
UN LOTE DE MERCANCÍA.
DISCULPEN LAS MOLESTIAS.
VUELVAN CUANDO GUSTEN, POR FAVOR.

El comisario sacó el billetero del bolsillo trasero del pantalón, tomó una de sus tarjetas de visita y escribió una breve nota al dorso.

Apreciado señor Gaunt:

He pasado por aquí el sábado por la mañana para saludarlo y darle la bienvenida al pueblo. Lamento no haberlo encontrado. Espero que le guste Castle Rock. Volveré a acercarme el lunes. Tal vez podamos tomar un café. Si hay algo que pueda hacer por usted, tiene mis números de teléfono —el de la oficina y el de mi domicilio particular— en la tarjeta.

ALAN PANGBORN

Se inclinó, deslizó la tarjeta bajo la puerta y se incorporó. Se detuvo un momento más a contemplar el expositor y se preguntó quién iba a querer aquella vajilla inclasificable. Mientras miraba, le invadió una sensación extrañamente penetrante: la sensación de ser observado. Se volvió, pero solo vio a Lester Pratt. Lester estaba pegando una de aquellas condenadas octavillas en un poste de teléfonos y no parecía en absoluto pendiente de él. Alan se encogió de hombros y emprendió el regreso al edificio municipal por la calle principal. Ya habría tiempo el lunes para conocer a Leland Gaunt. Sí, el lunes sería buen día.

Gaunt lo siguió con la mirada hasta que Alan desapareció de la vista; luego se acercó a la puerta y recogió la tarjeta que el comisario había introducido por debajo de ella. Leyó con atención ambas caras y sonrió. De modo que tenía intención de volver el

lunes, ¿eh? Eso era estupendo, porque Gaunt tenía la premonición de que, para ese día, el comisario de Castle Rock iba a tener otros asuntos de los que ocuparse. Un buen montón de otros asuntos. Y eso también era estupendo porque había tenido ocasión de conocer a otros hombres como Pangborn y era mejor mantenerlos a distancia, sobre todo cuando uno estaba todavía abriendo su negocio y tanteando a la clientela. Los hombres como Pangborn veían demasiado.

—A ti te ha sucedido algo, comisario —masculló—. Algo que te ha hecho aún más peligroso de lo que deberías ser. Lo he visto en tu cara. ¿Qué ha sido? ¿Ha sido algo que hiciste, algo que viste, o ambas cosas?

Se quedó allí, contemplando la calle, y sus labios se entreabrieron lentamente hasta dejar a la vista su dientes grandes e irregulares. Hablaba en el tono de voz grave y relajado de quien ha sido durante mucho tiempo su propio y mejor interlocutor.

—Según me han contado, eres una especie de prestidigitador de salón, mi uniformado amigo. Te gustan los trucos, ¿no? ¡Pues yo voy a enseñarte algunos nuevos antes de marcharme del pueblo! Y estoy seguro de que te asombrarán.

Cerró la mano en torno a la tarjeta de Alan, doblándola primero y luego estrujándola. Cuando estuvo completamente oculta en el puño, una lengua de fuego azulada saltó entre sus dedos corazón y anular. Abrió de nuevo la mano y, aunque aún se alzaban unas pequeñas volutas de humo de la palma, no había en ella el menor rastro de la tarjeta. Ni siquiera unos restos de ceniza.

—¡Abracadabra! —añadió Gaunt en un susurro.

10

Myrtle Keeton se acercó a la puerta del despacho de su marido por tercera vez en lo que iba de día y escuchó con atención. Aquella mañana, cuando se había levantado de la cama hacia las nueve, Danforth ya estaba allí dentro con la puerta cerrada. En aquel momento, a la una de la tarde, aún seguía allí, con la llave echada. Un rato antes, cuando le había preguntado si quería el almuerzo, él le había respondido con voz apagada que se largara, que estaba ocupado.

La mujer levantó los nudillos para llamar otra vez... e hizo una pausa. Ladeó ligeramente la cabeza. Del otro lado de la puerta le llegaba un ruido extraño, un traqueteo chirriante que le recordó el sonido del reloj de cuco de su madre durante la semana anterior a que se estropeará definitivamente.

Dio unos ligeros toques a la puerta.

—¿Danforth...?

—¡Lárgate! —La voz de su marido sonaba agitada, pero Myrtle no acertó a decir si era de excitación o de miedo.

—¿Te encuentras bien, Danforth?

—¡Sí, maldita sea! ¡Largo! ¡Salgo enseguida!

Chirridos y traqueteos.... Sonaba como un puñado de tierra en una batidora. Myrtle se asustó un poco. Ojalá a Danforth no le hubiera dado una crisis nerviosa allí dentro, pensó. Últimamente se había comportado de una forma tan extraña...

—Danforth, ¿quieres que baje a la panadería y compre unos bollos?

—¡Sí! —gritó él—. ¡Sí, sí! ¡Bollos! ¡Papel higiénico! ¡Lo que te dé la gana! ¡Ve a donde te parezca y haz lo que quieras, pero déjame en paz!

La mujer permaneció ante la puerta un momento más, preocupada. Pensó en volver a llamar pero decidió no hacerlo. Ya no estaba segura de querer saber qué hacía Danforth en el despacho. Ni siquiera estaba ya segura de querer que abriera la puerta.

Se puso los zapatos y el grueso abrigo de otoño —hacía sol, pero el día era frío— y se dirigió al coche. Fue con él hasta The Country Oven, al final de Main Street, y compró media docena de donuts: con azúcar glaseado para ella y con chocolate y coco para Danforth. Esperaba que los bollos le alegraran el ánimo; a ella, un poco de chocolate siempre la animaba.

De regreso, volvió casualmente la vista hacia el escaparate de Cosas Necesarias. Y lo que allí descubrió le hizo apretar el pedal del freno con ambos pies, en seco. Si hubiera llevado a alguien detrás, la habría embestido sin ninguna duda.

En el expositor se encontraba la muñeca más magnífica que había visto nunca.

La cortina estaba levantada, por supuesto. Y el rótulo colgado del gancho de la ventosa de plástico transparente decía de nuevo:

ABIERTO.

Por supuesto.

11

Polly Chalmers se pasó la tarde del sábado de la manera más insólita en ella: no haciendo nada en absoluto. Estaba sentada junto a la ventana en su mecedora Boston con las manos recogidas sobre el regazo, observando el paso esporádico de los coches por la calle. Alan la había llamado antes de salir de patrulla, le había contado que no había visto a Leland Gaunt y le había preguntado si se encontraba bien y si necesitaba algo. Ella le había asegurado que estaba bien y que no necesitaba nada, gracias. Ambas cosas eran falsas; no se encontraba bien en absoluto y había varias cosas que precisaba. Encabezaba la lista un remedio contra la artritis.

No, Polly; lo que necesitas en realidad es un poco de valor, pensó. El suficiente

para plantarte ante el hombre al que quieres y decirle: «Alan, he falseado la verdad en algunas de las cosas que te conté sobre los años en que estuve lejos de Castle Rock y te he mentido abiertamente sobre lo que fue de mi hijo. Ahora querría pedirte perdón y contarte la verdad».

Parecía fácil dicho así, abiertamente. Tan solo se hacía cuesta arriba cuando se encontraba mirando a los ojos al hombre que amaba. O cuando intentaba encontrar la llave que abriera su propio corazón sin que este se rompiera en pedazos, sangrante y doliente.

Dolor y mentiras; mentiras y dolor. Los dos temas en torno a los cuales parecía girar su vida últimamente.

—*¿Qué tal te encuentras hoy, Polly?*

—*Bien, Alan. Me encuentro bien.*

En realidad, estaba aterrada. No era que las manos le dolieran terriblemente en aquel momento, pero casi deseaba que así fuera porque el dolor, por terrible que resultara cuando por fin la asaltase, era preferible a aquella espera.

Aquel mismo día, poco antes de mediodía, había notado en las manos un cosquilleo cálido, casi una vibración, que formaba aros de calor en torno a los nudillos y en la base del pulgar; ahora lo percibía acechando en el nacimiento de cada uña, formando pequeños arcos acerados como sonrisas desprovistas de humor. Había notado aquel hormigueo en dos ocasiones anteriores y sabía qué significaba. Iba a sufrir lo que su tía Betty, que había padecido aquel mismo tipo de artritis, llamaba «un ataque realmente malo». Según Betty, «cuando empiezan a cosquillearme las manos, siempre sé que ha llegado el momento de asegurar las escotillas». En aquel momento, también Polly intentaba asegurar las suyas, aunque con una notoria falta de éxito.

En el exterior, dos chicos caminaban por la calle, lanzándose un balón de fútbol de un lado a otro de la calzada. El de la derecha, el hijo pequeño de los Lawe, intentó parar un pase alto. El balón se le escurrió de los dedos y botó en el jardín de Polly. El chico la vio asomada a la ventana y la saludó con la mano antes de recogerlo. Polly levantó la suya para corresponder al saludo... y notó una sorda punzada de dolor, como un grueso lecho de brasas bajo una ráfaga errante de viento. Después el dolor desapareció de nuevo y solo quedó aquel cosquilleo de mal agüero, que le evocaba aquella sensación especial que se percibía a veces en el aire antes de una violenta tormenta eléctrica.

El dolor llegaría cuando fuera el momento, y ella no podía hacer nada para impedirlo. En cambio, las mentiras que había contado a Alan acerca de Kelton..., eso era harina de otro costal. Y no era que la verdad fuera tan horrible, tan escandalosa... o que Alan no sospechara, o supiera a ciencia cierta incluso, que le había mentado. Sí, Polly había visto la incredulidad en su rostro. Entonces ¿por qué le resultaba tan

difícil? ¿Por qué?

En parte, debido a la artritis, supuso. Y, en parte, por la medicación para el dolor a la que, últimamente, había recurrido cada vez más. Las dos cosas, juntas, la dejaban sumida en una especie de aturdimiento que hacía que hasta el ángulo recto más nítido pareciera extrañamente sesgado. Y también estaba el dolor del propio Alan... y la sinceridad con que había hablado de él. Alan le había expuesto sus sentimientos sobre lo sucedido sin la menor vacilación.

Los sentimientos de Alan respecto al extraño accidente que había costado la vida a Annie y a Todd eran confusos y terribles, y estaban envueltos en un torbellino desagradable (y atemorizador) de emociones negativas, pero los había expuesto ante ella a pesar de todo. Lo había hecho porque quería descubrir si ella había advertido algo en el estado mental de Annie que a él se le había pasado por alto..., pero también porque jugar limpio y ser sincero respecto a aquellos temas formaba parte de su carácter. Polly temía qué pensaría Alan cuando descubriese que ella no siempre jugaba limpio, que no solo sus manos sino también su corazón habían sido tocados por una helada madrugadora.

Inquieta, cambió de posición en la mecedora.

Tenía que decírselo. Tarde o temprano, tenía que hacerlo. Y nada de lo anterior explicaba por qué le resultaba tan difícil; nada de aquello explicaba por qué le había mentido de entrada. Es decir, no se trataba de que hubiese matado a su propio hijo ni nada semejante...

Emitió un suspiro, un sonido que casi pareció un sollozo, y volvió a agitarse en el asiento. Buscó con la vista a los chicos del balón, pero ya se habían marchado. Polly se arrellanó en la mecedora y cerró los ojos.

12

Polly no era la primera chica en quedar embarazada como resultado de un combate de lucha libre al término de una cita nocturna, ni la primera en discutir agriamente con sus padres y demás parientes a consecuencia de ello. Sus padres habían querido que se casara con Paul «Duke» Sheehan, el chico que la había dejado en estado.

Polly había replicado que no se casaría con Duke aunque fuera el último chico de la tierra. Eso era cierto, pero lo que su orgullo no le permitía decirles era que Duke tampoco quería casarse con ella: el mejor amigo del chico le había dicho que ya estaba haciendo preparativos despavoridos para alistarse en la Marina en cuanto cumpliera los dieciocho..., lo cual sucedería en poco más de cinco semanas.

—A ver si lo entiendo bien —había intervenido Newton Chalmers, y sus palabras habían roto el último débil puente que aún seguía tendido entre él y su hija—. Ese

chico ha sido lo bastante hombre para echar un polvo pero no lo bastante para casarse..., ¿no es eso?

Polly había intentado largarse de casa en aquel momento, pero su madre la había cogido por su cuenta. Si no quería casarse, le había dicho Lorraine Chalmers con la voz tranquila, dulce y razonable que casi había vuelto loca a Polly durante su adolescencia, tendría que enviarla a casa de tía Sarah, en Minnesota. Se quedaría en Saint Cloud hasta que tuviera al bebé, y luego lo entregaría en adopción.

—Ya sé por qué quieres que me vaya —le había replicado Polly—. Es por la tía abuela Evelyn, ¿verdad? Temes que se entere de que me han preñado y te borre del testamento. Es por el dinero, ¿verdad? Yo no te importo en absoluto. No te importo una m...

La voz dulce y razonable de Lorraine Chalmers siempre había enmascarado un temperamento de gato salvaje, y en aquel momento había roto el frágil último puente que seguía tendido entre ella y Polly al cruzarle la cara de un bofetón.

Así pues, Polly había huido. Hacía tantísimo tiempo de aquello... Fue en julio de 1970.

Salió corriendo y no se detuvo hasta llegar a Denver, donde trabajó durante una temporada hasta que nació el niño en un dispensario de beneficencia que sus pacientes llamaban «el Parque de las Agujas».

Había decidido entregar al niño en adopción, pero algo, tal vez el contacto con él cuando la comadrona lo había puesto en sus brazos tras el parto, le hizo cambiar de idea. Puso al bebé el nombre de Kelton, como el abuelo paterno de Polly. La decisión de quedarse con el niño la asustó un poco porque le gustaba considerarse una chica práctica y sensata, y nada de lo que le había sucedido durante el último año encajaba con tal imagen.

Primero, la chica práctica y sensata había quedado embarazada de soltera en una época en que las chicas prácticas y sensatas, simplemente, no hacían aquellas cosas. Luego, la chica práctica y sensata había huido de su casa y había tenido a su hijo en una ciudad que no había pisado antes y de la cual no sabía nada. Y, para colmo, aquella chica práctica y sensata había decidido quedarse el bebé y llevarlo consigo hacia un futuro que no podía ver, que no podía ni siquiera intuir.

Por lo menos, no se había quedado el bebé por despecho o por desafío; nadie podría echarle eso en cara. Polly se había visto sorprendida por el amor, la más simple, poderosa e implacable de todas las emociones.

Después había reanudado su viaje. No; habían reanudado su viaje. Trabajó en diversos empleos temporales y terminaron en San Francisco, que había sido su destino, probablemente, desde que Polly saliera de Castle Rock. A principios del verano de 1971, la ciudad era una especie de Xanadú hippy, una tienda psicodélica entre colinas, llena de *freaks*, *folkies*, *yippies* y grupos de música con nombres como

Moby Tic o los Ascensores Planta Trece.

Según la canción sobre San Francisco que popularizó Scott MacKenzie durante uno de aquellos años, se suponía que el verano era un campo de amor en la ciudad. Polly Chalmers, que no había sido el ideal de una hippy ni siquiera en aquel tiempo, no supo encontrar aquel campo de amor. El edificio donde vivían ella y Kelton estaba lleno de buzones forzados y de yonquis que llevaban el signo de la paz en torno al cuello y, las más de las veces, navajas automáticas en las botas de motorista, sucias y llenas de rozaduras.

Los visitantes más habituales del vecindario eran los portadores de citaciones judiciales, los periodistas y los policías. Muchos policías, y entonces nadie los llamaba «maderos» a la cara; los policías tampoco habían encontrado el campo del amor y estaban muy molestos por ello.

Polly solicitó el subsidio de paro y se encontró con que no llevaba en California el tiempo suficiente; tal vez con el tiempo las cosas hubiesen cambiado, pero en 1971, para una joven madre soltera, la vida era tan difícil en San Francisco como en cualquier otra parte.

Presentó una solicitud a la Asistencia Social y esperó conseguir algo por aquel conducto. A Kelton no le faltó nunca una comida, pero ella vivía al día, una mujer joven y flaca, a menudo hambrienta y siempre asustada, una mujer joven que muy pocos de sus antiguos conocidos habrían reconocido. Sus recuerdos de aquellos tres primeros años en la costa Oeste, unos recuerdos guardados en lo más hondo de su mente como unas ropas viejas en el desván, eran inconexos y extravagantes, imágenes de pesadilla. ¿No era esa la causa de gran parte de sus reparos a contar a Alan lo sucedido en aquellos años? ¿No era que, simplemente, quería mantenerlos donde estaban, sin despertarlos? Polly no había sido la única en sufrir las consecuencias dantescas de su orgullo, de su terca negativa a solicitar ayudas y a la perversa hipocresía de la época, que proclamaba el triunfo del amor libre al tiempo que marcaba a las muchachas solteras con hijos como seres al margen de la sociedad normal; también Kelton las había padecido. Kelton había sido rehén de su fortuna mientras Polly había recorrido pesadamente la senda de su sórdida cruzada de locos.

Lo horrible era que su situación había ido mejorando lentamente. En la primavera de 1972 había podido optar por fin a la ayuda estatal; le habían prometido que recibiría el primer cheque de la oficina de AS y había empezado a hacer planes para mudarse a un lugar un poco mejor, cuando se produjo el incendio.

Había recibido la llamada en el restaurante donde trabajaba y, en sus sueños, Norville, el cocinero de platos rápidos que siempre intentaba meterse en su cama por esa época, se volvía hacia ella una y otra vez, tendiéndole el teléfono, y repetía sin cesar: «Polly, es la policía. Quieren hablar contigo. Polly, es la policía. Quieren hablar contigo».

Desde luego que querían hablar con ella, porque habían encontrado los cuerpos de una mujer joven y de un niño en el tercer piso humeante del edificio de viviendas. Los dos habían quedado irreconocibles.

Ya sabían quién era el niño; si Polly no estaba en el trabajo, también sabrían quién era la mujer.

Había seguido trabajando durante tres meses tras la muerte de Kelton. Su soledad había sido tan intensa que casi se había vuelto loca, tan profunda y completa que ni siquiera había tenido conciencia de cuánto estaba sufriendo. Por fin, escribió a casa. Solo les dijo a sus padres que estaba en San Francisco, que había tenido un niño y que ya no lo tenía con ella. No habría dado más detalles aunque la hubieran amenazado con atizadores al rojo.

En esa época, volver a casa no formaba parte de sus planes —al menos de sus planes conscientes—, pero empezaba a considerar que si no restablecía algunos de sus viejos vínculos, una parte valiosa de sí misma empezaría a morir poco a poco, igual que un árbol vigoroso muere desde las ramas hasta el tronco cuando es privado de agua demasiado tiempo.

Su madre contestó enseguida al apartado de correos que Polly le dio como dirección, rogándole que volviera a Castle Rock..., que volviera a casa. Le enviaba un giro postal de setecientos dólares.

En el piso donde vivía desde la muerte de Kelton hacía mucho calor, y Polly se detuvo a tomar un vaso de agua fría a media tarea de hacer las maletas. En aquel momento se dio cuenta de que se disponía a volver a casa solo porque su madre se lo había pedido, casi suplicado. En realidad, ni había pensado en lo que hacía; un error, casi con seguridad. Era aquella conducta irreflexiva, y no el revolcón con Duke Sheehan, lo que la había llevado a la situación en que estaba.

Así pues, se sentó en su cama estrecha de soltera y consideró el asunto. Reflexionó largo y tendido. Por fin, anuló el giro y escribió una carta a su madre. Ocupaba menos de una página, pero tardó más de cuatro horas en redactarla.

«Quiero volver o, al menos, intentarlo, pero no quiero que volvamos a sacar los trapos sucios y a revolcarnos en ellos —escribió—. No sé si nadie puede conseguir lo que realmente quiero, empezar una nueva vida en un lugar viejo, pero deseo intentarlo. Se me ha ocurrido una idea: carteémonos durante un tiempo. Tú y yo, yo y papá... Me he dado cuenta de que es más difícil mostrar enfado y resentimiento cuando se escribe, de modo que probemos a comunicarnos así algún tiempo antes de hablar cara a cara.»

Se relacionaron de aquella manera durante casi seis meses, y luego, un día de enero de 1973, los señores Chalmers se presentaron a su puerta, maleta en mano. Tenían habitación en el hotel Mark Hopkins, le dijeron, y no pensaban volver a Castle Rock sin ella.

Polly reflexionó, presa de todo un abanico de emociones: rabia de que fueran tan despóticos, mortificada sorpresa ante la naturaleza dulce y casi infantil de aquella arbitrariedad, pánico porque las preguntas que tan de plano había evitado contestar en las cartas le fueran repetidas con insistencia en casa.

Prometió ir a cenar con ellos, nada más. Cualquier otra decisión tendría que esperar. Su padre le dijo que solo habían reservado una noche en el Mark Hopkins. Tendrían que prorrogar la estancia, replicó Polly.

Las viejas discusiones, tan fáciles de evitar por correspondencia, empezaron de nuevo antes de que apuraran la copa del aperitivo. Al principio fueron ligeros chispazos, pero cuando su padre continuó bebiendo, se convirtieron en un muro de fuego incontrolable. Fue su padre quien prendió la llama al decir que ambos consideraban que Polly había aprendido la lección y que era hora de enterrar el hacha de guerra. Su madre la había avivado al adoptar su voz fría, dulce y razonable de siempre. ¿Dónde está el bebé, querida? Al menos, eso tendrías que contárnoslo. Supongo que lo entregaste a las hermanas, ¿no?, dijo.

Polly reconoció aquellas voces y lo que significaban. La de su padre expresaba su necesidad de restablecer el control. Era preciso que volviera el control, a toda costa. La de su madre pretendía expresar amor y preocupación del único modo que la mujer conocía: pidiendo información. Ambas voces, tan familiares, tan amadas y tan odiadas, despertaron en Polly su vieja cólera ciega. Dejaron el restaurante a medio segundo plato, y al día siguiente, los señores Chalmers tomaron el avión de regreso a Maine sin su hija.

Tras un paréntesis de tres meses, la relación epistolar se había reanudado, al principio con ciertas vacilaciones. La madre de Polly fue la primera en escribir, disculpándose por lo desastroso del encuentro. Los ruegos para que volviera a casa desaparecieron, lo cual sorprendió a Polly... y llenó de ansiedad un rincón profundo de su ser, cuya existencia casi desconocía. Creyó percibir que su madre, por fin, la rechazaba. A la vista de las circunstancias, era una reacción estúpida e indulgente consigo misma, pero eso no cambiaba en lo más mínimo aquellos sentimientos elementales.

«Supongo que ya sabrás lo que haces —escribió a Polly—. A tu padre y a mí nos resulta difícil aceptarlo porque todavía te vemos como nuestra chiquitina. Creo que a tu padre le asustó encontrarte tan guapa y tan mayor. Y no debes tenerle muy en cuenta su comportamiento. Últimamente no se ha encontrado demasiado bien; el estómago le ha dado otro achuchón. El doctor dice que es la vesícula y que cuando acceda a pasar por el quirófano todo se arreglará, pero me preocupa verlo así.»

Polly había contestado en el mismo tono conciliador. Le resultó más sencillo hacerlo así, ahora que había empezado un curso de comercio y había pospuesto indefinidamente sus planes de regresar a Maine. Y entonces, a finales de 1975, había

recibido el telegrama. Era breve y brutal: TU PADRE TIENE CÁNCER. ESTÁ MURIÉNDOSE. POR FAVOR, VUELVE A CASA. TE QUIERE, MAMÁ.

Su padre aún vivía cuando Polly llegó al hospital de Bridgton, con la cabeza dándole vueltas debido al largo viaje en avión y a los viejos recuerdos que despertaba en ella la visión de los lugares por los que iba pasando. A cada curva de la carretera que conducía desde el aeropuerto de Portland hacia las colinas altas y las montañas bajas del Maine occidental, asaltaba su mente el mismo pensamiento: ¡La última vez que vi esto, era una niña!

Newton Chalmers yacía en una habitación privada, entrando y saliendo de la inconsciencia, con cánulas en los orificios nasales y rodeado de máquinas que formaban un voraz semicírculo en torno a él. Murió tres días después. Polly tenía intención de volver enseguida a California, que ya casi consideraba su hogar, pero cuatro días después del funeral por el padre, su madre sufrió un ataque cardíaco que la dejó incapacitada.

Polly se instaló en la casa y se encargó de cuidar a su madre durante los tres meses y medio siguientes. Y cada noche, en algún momento, soñaba con Norville, el cocinero de platos rápidos del restaurante.

En aquellos sueños, Norville se volvía hacia ella una y otra vez, sosteniendo el teléfono con la mano derecha, la que tenía tatuada en el dorso un águila y la leyenda ANTES LA MUERTE QUE EL DESHONOR. «Polly, es la policía —decía Norville—. Quieren hablar contigo. Polly, es la policía. Quieren hablar contigo...»

Su madre ya se levantaba de la cama y hablaba de vender la casa y trasladarse a California con Polly (algo que no haría nunca, pero Polly no quería desengañarla; para entonces ya era más adulta y un poco más considerada), cuando le sobrevino el segundo ataque. Y así fue cómo una tarde desapacible, en marzo de 1976, Polly se encontró en el cementerio Tierra Natal, junto a su tía abuela Evelyn, contemplando el ataúd colocado en andas junto a la sepultura recién excavada de su padre.

El cuerpo de este había reposado en la cripta de Tierra Natal durante todo el invierno, a la espera de que la tierra se deshelara lo suficiente para permitir el entierro. En una de esas grotescas coincidencias que ningún novelista decente se atrevería a inventar, la inhumación del marido había tenido lugar justo el día antes de que muriera la esposa. La alfombra de césped que debía cubrir la sepultura aún no había sido repuesta; la tierra aún estaba a la vista y la tumba parecía obscenamente desnuda. La mirada de Polly no dejó de ir del féretro de su madre a la sepultura de su padre. Es casi como si ella solo estuviese esperando a que su marido recibiera una sepultura decente, reflexionó.

Cuando el breve servicio funerario terminó, la tía Evvie la llamó aparte. La última pariente viva de Polly, una anciana seca como un palillo, vestida con un gabán de hombre y con unas botas impermeables de un rojo extrañamente festivo, se detuvo

junto al coche funerario de Hay & Peabody. Sostenía en la comisura de sus labios un Herbert Tareyton, y cuando Polly se acercó, pellizcó entre las uñas una cerilla y la llevó a la punta del cigarrillo. Aspiró profundamente y expulsó el humo al frío aire primaveral. Tenía el bastón (una sencilla vara de fresno; aún faltaban tres años para que le concediesen el Bastón del *Post* como persona de más edad del pueblo) firmemente plantado entre los pies.

Allí sentada tras la ventana, en una mecedora que habría merecido sin duda la aprobación de la anciana, Polly calculó que tía Evvie debía de tener ochenta y ocho años esa primavera —ochenta y ocho años y seguía fumando como una chimenea—, aunque su aspecto no había cambiado apenas desde que Polly era un chiquilla que esperaba un dulce del suministro, aparentemente infinito, que guardaba tía Evvie en el bolsillo de su delantal. Muchas cosas habían cambiado en Castle Rock durante los años que había estado ausente, pero tía Evvie no era una de ellas.

—Bueno, ya ha terminado —le había dicho tía Evvie con su voz ronca por el tabaco—. Ya están enterrados, Polly. Los dos, tu padre y tu madre.

A Polly, al oírla, le saltaron las lágrimas en un torrente de pesar. Al principio pensó que tía Evvie intentaría consolarla y se le puso la piel de gallina al imaginar el contacto con la anciana. No quería que la reconfortara.

Pero no tenía de qué preocuparse, en realidad. Evelyn Chalmers no había sido nunca una mujer partidaria de consolar al triste. En realidad, había reflexionado Polly tiempo después, la anciana tal vez estaba convencida de que la idea misma del consuelo era una ilusión. En cualquier caso, se quedó allí plantada con el bastón entre sus botas impermeables rojas, fumando y esperando a que las lágrimas de Polly dieran paso a unos lloriqueos y unos hipidos conforme recobraba el dominio.

Cuando lo hubo recuperado del todo, tía Evvie le preguntó:

—Ese niño que tuviste... Tu hijo..., ese con el cual tus padres perdieron tanto tiempo dándole vueltas a qué habría sido de él..., está muerto, ¿verdad?

Aunque Polly había ocultado celosamente su secreto a todo el mundo, se descubrió asintiendo.

—Se llamaba Kelton —dijo.

—Me parece un buen nombre —comentó tía Evvie. Aspiró el humo del cigarrillo y luego lo exhaló lentamente de la boca para poder inhalarlo de nuevo por la nariz, en lo que Lorraine Chalmers había denominado «doble bombeo», y arrugó esta en gesto de desagrado mientras lo hacía—. Lo supe la primera vez que viniste a verme a tu regreso. Lo vi en tus ojos.

—Hubo un incendio —explicó Polly, levantando los ojos hacia ella. Tenía un pañuelo en la mano, pero estaba tan empapado que ya no le servía para nada. Se lo guardó en el bolsillo del abrigo y utilizó los puños para enjugarse las lágrimas, frotándose los ojos con ellos como una niña pequeña que se hubiera caído del

patinete y se hubiera hecho un rasguño en la rodilla—. Probablemente lo causó la muchacha que había contratado para cuidarlo.

—Una lástima —dijo tía Evvie—. ¿Quieres saber un secreto, Trisha?

Polly asintió con una ligera sonrisa. Su verdadero nombre era Patricia, pero había sido Polly para todo el mundo desde la infancia.

Para todos, menos para tía Evvie.

—El pequeño Kelton ha muerto..., pero tú no. —Tía Evvie arrojó el cigarrillo y, con un dedo índice largo y huesudo, dio unos golpecitos en el pecho a Polly para dar más énfasis a sus palabras—. Tú no. ¿Qué piensas hacer ahora?

Polly meditó la respuesta.

—Volver a California —contestó por fin—. Es lo único que sé.

—Sí, y está bien para empezar. Pero eso no basta. —Y a continuación tía Evvie dijo algo muy parecido a lo que la propia Polly diría, varios años después, cuando salió a cenar a Los Abedules con Alan Pangborn—: Tú no tienes ninguna culpa de lo sucedido, Trisha. ¿Te has convencido ya de ello?

—Yo... no lo sé.

—Eso significa que no. Hasta que lo asumas por completo, no importará adónde vayas ni qué hagas. No tendrás ninguna oportunidad.

—¿Oportunidad de qué? —preguntó Polly desconcertada.

—Oportunidad para ti. Para vivir tu propia vida. Ahora mismo tienes el aspecto de una mujer que ve fantasmas. No todo el mundo cree en ellos, pero yo sí. ¿Sabes quiénes son los fantasmas, Trisha?

Polly movió la cabeza en un lento gesto de negativa.

—Los hombres y las mujeres que no pueden superar el pasado —explicó tía Evvie—. Esos son los fantasmas de verdad, y no ellos —continuó, señalando con el brazo extendido el ataúd dispuesto todavía sobre las andas junto a la tumba recién excavada—. Los muertos muertos están. Los enterramos, y enterrados quedan.

—Pero yo pienso...

—Sí —la cortó tía Evvie—. Ya sé que lo haces. Pero ellos no. Tu madre y mi sobrino, no. Ni tampoco tu hijo, el que murió mientras estuviste fuera. ¿Comprendes lo que te digo?

Sí, Polly lo comprendía un poco.

—Tienes razón al no querer quedarte aquí, Polly. Al menos, de momento. Regresa donde estabas. O vete a otro lugar nuevo: Salt Lake City, Honolulu, Bagdad, a donde te parezca... No importa porque, tarde o temprano, volverás aquí. Estoy segura de ello; este lugar te pertenece y tú perteneces a él. Está escrito en cada rasgo de tu cara, en tu modo de caminar, en tu manera de hablar, incluso en tu gesto de entornar los ojos cuando miras a un desconocido. Castle Rock fue hecho para ti y tú para él. De modo que no hay prisa; «Ve a donde quieras», como dicen las Escrituras, pero ve allí

viva, Trisha. No seas uno de esos fantasmas. Si te conviertes en uno de ellos, quizá sea mejor que no regreses.

La anciana miró a su alrededor con aire meditabundo, girando la cabeza por encima del bastón, antes de añadir:

—Este condenado pueblo ya tiene suficientes fantasmas.

—Lo intentaré, tía Evvie.

—Sí, sé que lo harás; lo llevas en tu carácter, también. —Tía Evvie la estudió detenidamente—. Eras una niña lista y emprendedora, aunque nunca tuviste mucha suerte. Pero, en fin, la suerte es para los estúpidos, para los pobres diablos que no tienen otra esperanza a que aferrarse. En cuanto a ti, me da la impresión de que sigues siendo lista y emprendedora, y eso es lo importante. Creo que lo conseguirás. —Luego, con brusquedad, casi con arrogancia, añadió—: Te quiero, Trisha Chalmers. Siempre te he querido.

A continuación, con el tacto habitual que emplean jóvenes y mayores a la hora de mostrarse afecto, se dieron un abrazo. Polly aspiró el viejo aroma del *sachet* de tía Evvie, un suave perfume de violetas que la hizo llorar de nuevo.

Cuando terminó el abrazo, tía Evvie se llevó la mano al bolsillo del gabán. Polly creyó que iba a sacar un pañuelo, pensando con gran asombro que por fin, después de tantos años, iba a verla llorar. Pero se equivocaba. En lugar del pañuelo, la anciana extrajo del bolso un solitario caramelo, como en aquellos tiempos de su infancia, cuando Polly Chalmers era una chiquilla con las trenzas colgando sobre la pechera de su blusa marinera.

—¿Quieres un dulce, cariño? —le preguntó con afectuosa alegría.

13

El crepúsculo había empezado a extenderse por el firmamento.

Polly se enderezó en la mecedora, consciente de que casi se había quedado dormida. Se dio un golpe en una de las manos y una intensa punzada de dolor le subió por el brazo antes de ser reemplazada una vez más por aquel hormigueo cálido y de mal agüero. Esta vez iba a pasarlo fatal. Aquella misma noche, o tal vez al día siguiente, el dolor sería terrible.

No te preocupes por lo que no puedes cambiar, Polly. En cambio, hay una cosa que sí puedes, que debes cambiar. Tienes que decirle a Alan la verdad acerca de Kelton. Tienes que dejar de guardar ese fantasma en tu corazón.

Pero otra voz se alzó en respuesta; una voz irritada, asustada, clamorosa. La voz del orgullo, supuso, nada más, pero se quedó asombrada de la fuerza y el ardor con que exigía que aquellos viejos tiempos, que aquella vida pasada, no fueran

exhumados... ni por Alan, ni por nadie. Que, por encima de todo, la breve vida y la penosa muerte de su hijo no debían ser entregadas a la lengua afilada y perversa de la habladuría popular.

¿Qué tontería es esa, Trisha?, preguntó en su mente tía Evvie, la anciana que había muerto a tan avanzada edad, dándole al doble bombeo con sus queridos Herbert Tareyton hasta el final. ¿Qué importa que Alan sepa cómo murió en realidad Kelton? ¿Qué importa si se enteran todas las viejas cotorras del pueblo, desde Lenny Partridge hasta Myrtle Keeton? ¿Crees que a alguien le importa ya un pimientito tu bombo, tonta? No te hagas ilusiones; lo tuyo ya es agua pasada. Apenas merece una segunda taza de café en Nan's.

Tal vez fuera cierto, pero el niño había sido suyo. Sí, maldita fuera, suyo. Durante su vida y en su muerte, había sido suyo. Y ella también había sido suya, no de su padre, de su madre o de Duke Shehan. Solo se había pertenecido a sí misma. Aquella chica asustada y solitaria que se lavaba las medias cada noche en el fregadero oxidado de la cocina porque solo tenía tres pares, la chica asustada que siempre tenía un afta a punto de salirle en la comisura de los labios o en las aletas de la nariz, la muchacha que a veces se sentaba junto a la ventana que daba al patio de luces y posaba la frente febril sobre los brazos y lloraba, aquella chica le pertenecía. Los recuerdos de sí misma y de su hijo juntos en la oscuridad de la noche, de Kelton mamando de sus pequeños pechos mientras ella leía una novela de bolsillo de John D. MacDonald y las sirenas inconexas ululaban a través de las calles empinadas y abigarradas de la ciudad, aquellos recuerdos eran suyos. Las lágrimas que había vertido, los silencios que había soportado, las largas tardes nebulosas en el restaurante, tratando de evitar las manos largas y los dedos rápidos de Norville Bates, la vergüenza con la que había firmado finalmente una paz incómoda, la independencia y la dignidad que había intentado mantener con tanta decisión y de manera tan poco concluyente... todas aquellas cosas eran suyas, y el resto del pueblo no debía compartirlas.

Polly, la cuestión no es lo que compartas con el pueblo, y lo sabes. La cuestión es lo que compartas con Alan.

Sentada en la mecedora, movió la cabeza a un lado y a otro, completamente inconsciente de que estaba haciendo aquel gesto de negación. Pensó que, probablemente, había oído demasiadas veces dar las tres de la madrugada en interminables noches oscuras para decidirse a revelar su paisaje interior sin oponer resistencia.

Más adelante se lo contaría todo a Alan (Polly ni siquiera había tenido intención de ocultar la verdad completa durante tanto tiempo), pero aún no había llegado el momento. Desde luego que no..., sobre todo cuando sus manos le decían que en los días siguientes no iba a ser capaz de pensar apenas en nada más que en ellas.

Oyó sonar el teléfono. Debía de ser Alan, que llegaba de patrullar y quería saber cómo estaba. Polly se incorporó y cruzó la sala hasta el aparato. Lo descolgó cuidadosamente con ambas manos, dispuesta a decirle lo que creía que él quería escuchar. La voz de tía Evvie intentó entrometerse, intentó decirle que su comportamiento era inadecuado, infantil y autocomplaciente; tal vez incluso peligroso. Polly acalló la voz rápidamente, con aspereza.

—¿Diga? —respondió con animación—. ¡Ah, hola, Alan! ¿Cómo estás? Estupendo.

Polly escuchó unos momentos y sonrió. Si hubiera observado su imagen en el espejo del pasillo, habría visto una mujer que parecía estar gritando, pero no miró.

—Bien, Alan —contestó—. Me encuentro bien.

14

Casi era hora de salir para el hipódromo.

Casi.

—Vamos —susurró Danforth Keeton. El sudor le resbalaba por el rostro como si fuera aceite—. Vamos, vamos, vamos.

Estaba sentado, encorvado sobre Boleto Ganador. Había barrido todo lo demás del escritorio para hacerle sitio y se había pasado casi todo el día jugando con él. Había empezado con su ejemplar de *Historia del Turf: cuarenta años del derbi de Kentucky*. Había corrido al menos dos docenas de Derbys, dando a los caballitos de latón de Boleto Ganador el nombre de los participantes con los gestos exactos que había descrito el señor Gaunt. Y los caballitos de latón que llevaban el nombre de los caballos ganadores del derbi según el libro habían llegado en cabeza cada vez. Era asombroso, tan asombroso que ya eran las cuatro de la tarde cuando se dio cuenta de que había pasado todo el día reviviendo carreras del pasado, y había diez absolutamente nuevas que se celebrarían en el hipódromo de Lewiston aquella misma tarde.

Todo aquel dinero esperándolo...

Durante la última hora, el ejemplar del día del *Daily Sun* de Lewiston había permanecido a la izquierda del tablero de Boleto Ganador, doblado por la página de las carreras. A la derecha tenía una hoja de papel que había arrancado de la agenda. En la hoja, con la letra grande y apresurada de Keeton, aparecía escrita la siguiente lista:

1.^a Carrera: BAZOOKA JOAN

2.^a Carrera: FILLY DELFIA

3.^a Carrera: TAMMY'S WONDER

- 4.^a Carrera: I'M AMAZED
- 5.^a Carrera: BY GEORGE
- 6.^a Carrera: PUCKY BOY
- 7.^a Carrera: CASCO THUNDER
- 8.^a Carrera: DELIGHTFUL SON
- 9.^a Carrera: TIKO-TIKO

Solo eran las cinco de la tarde, pero Danforth Keeton ya estaba corriendo la última carrera de la noche. Los caballos traqueteaban y oscilaban a lo largo de las ranuras. Uno de ellos tomó seis largos de delantera y cruzó la línea de llegada con gran ventaja sobre los demás.

Keeton cogió el periódico y repasó de nuevo el programa de carreras de la sesión. Su rostro despedía tal luminosidad que parecía un santo de los altares.

—¡Malabar! —musitó, y agitó los puños en el aire. El lápiz que tenía asido salió volando y cayó como una aguja de coser fugitiva—. ¡Es Malabar! ¡Treinta a uno! ¡Treinta a uno, por fin! ¡Malabar, Dios santo!

Garabateó el nombre en el papel con entrecortados jadeos. Cinco minutos después, el juego del Boleto Ganador estaba a buen recaudo en el armario del despacho y Danforth Keeton salía camino de Lewiston en su Cadillac.

NUEVE

1

A las diez menos cuarto del domingo por la mañana, Nettie Cobb se puso el abrigo y lo abrochó rápidamente. Su rostro mostraba una expresión de torva determinación. Estaba en la cocina. Raider, a sus pies, la miraba como preguntándole si en efecto estaba decidida a hacerlo esta vez.

—Sí, completamente decidida —le aseguró.

Raider batió el suelo con la cola, como para decir que estaba seguro de que podía hacerlo.

—Le he preparado una buena lasaña a Polly y voy a llevársela. La pantalla de la lámpara está guardada en el armario, y sé que está segura allí; no necesito volver a comprobarlo porque lo sé en mi cabeza. Esa polaca loca no va a tenerme prisionera en mi propia casa. Si la veo en la calle, le cantaré las cuarenta. ¡Se lo he advertido!

Tenía que salir. Tenía necesidad de hacerlo y lo sabía. No había pisado la calle en dos días y había comprendido que, cuanto más tardara en hacerlo, más difícil le resultaría. Cuanto más tiempo pasara sentada en la sala con las cortinas echadas, más le costaría volver a correrlas. Era consciente de aquel terror confuso que le resultaba familiar y que penetraba furtivamente en sus pensamientos.

De modo que se había levantado temprano aquella mañana —¡a las cinco!— y había preparado una buena lasaña para Polly, como a ella le gustaba, con muchas espinacas y champiñones. Las setas eran de lata porque no se había atrevido a ir al supermercado la noche anterior, pero le parecía que había salido bastante bien a pesar de ello. En aquel momento la lasaña estaba colocada sobre la encimera, con un papel de aluminio cubriendo la parte superior de la fuente.

Nettie la cogió y cruzó el salón hasta la puerta.

—Sé buen chico, Raider. Volveré dentro de una hora. A no ser que Polly me invite a café, entonces tardaría un poco más. Pero no me sucederá nada. No tengo de qué preocuparme. No le he hecho nada a las sábanas de esa polaca loca, y si me molesta, la mandaré al carajo.

Raider emitió un severo ladrido para demostrar que entendía y creía lo que su ama decía.

Nettie abrió la puerta, se asomó y no vio nada. Ford Street estaba desierta como solo puede estarlo una calle de pueblo un domingo por la mañana. A lo lejos, la campana de una iglesia llamaba a la reunión a los baptistas del reverendo Rose, y la de otra convocaba a los católicos del padre Brigham.

Haciendo acopio de todo su valor, Nettie salió al sol dominical, dejó la fuente de

la lasaña en el peldaño, cerró la puerta y dio vuelta a la llave. Después cogió la llave y se rascó con ella el antebrazo, dejando en la piel una ligera marca roja. Mientras se agachaba para recuperar la fuente, pensó: Ahora, cuando llegues a media manzana, o tal vez antes, empezarás a pensar que en realidad no has cerrado la puerta, después de todo. Pero lo has hecho. Has dejado la lasaña para cerrar la puerta. Y si todavía no estás segura, mírate el brazo y recuerda que te has hecho ese rasguño con tu propia llave... después de emplearla para cerrar la puerta. Recuerda eso, Nettie, y no pasará nada cuando empiece a asaltarte la duda.

Era un pensamiento maravilloso, y usar la llave para marcarse el brazo había sido una idea magnífica. La marca roja era algo concreto y, por primera vez en los dos últimos días (y, sobre todo, en las dos noches de insomnio), Nettie se sintió mejor. Avanzó por el camino particular de la casa hacia la acera con la cabeza alta y los labios apretados con tal fuerza que apenas resultaban visibles. Cuando llegó a la acera, volvió la cabeza en ambas direcciones buscando el cochecito amarillo de la polaca loca. Si lo veía, se proponía dirigirse abiertamente hacia él y exigir a la polaca loca que la dejara en paz. Sin embargo, no había el menor rastro del vehículo. El único que había a la vista era una vieja camioneta naranja estacionada calle arriba, y estaba vacía.

Bien.

Nettie puso rumbo a la casa de Polly Chalmers, y cuando las dudas la asaltaron, recordó que la pantalla de cristal emplomado estaba bajo llave. Raider montaba guardia y la puerta de la casa estaba cerrada. Sobre todo, esto último. La puerta delantera estaba cerrada y solo tenía que echar una mirada a la marca rojiza del brazo para asegurarse.

Así pues, continuó adelante con la cabeza alta y, al llegar a la esquina, dobló por ella sin mirar atrás.

2

Cuando la mujeruca chiflada desapareció de la vista, Hugh Priest se incorporó tras el volante de la camioneta naranja que había sacado del desierto aparcamiento de camiones a las siete de la mañana (Priest se había tendido en el asiento cuando Nettie apareció en la puerta). Puso el vehículo en punto muerto y dejó que se deslizara lentamente y sin hacer ruido por la ligera pendiente hasta la casa de la mujer.

3

El timbre de la puerta despertó a Polly de un estado de sopor que no era realmente sueño, sino una especie de somnolencia narcótica plagada de pesadillas. Se incorporó en la cama y advirtió que llevaba puesta la bata de andar por casa. ¿Cuándo se la había puesto? Por unos instantes fue incapaz de recordarlo y aquello la asustó. Luego cayó en la cuenta. El dolor que había estado esperando había llegado según lo previsto: a las cinco de la madrugada, la había despertado el peor acceso de dolor, probablemente, de toda su vida de artrítica. Había ido al baño a orinar y allí había descubierto que ni siquiera era capaz de romper un trozo del rollo de papel higiénico para secarse. Luego había tomado una píldora, se había enfundado la bata y se había sentado en la silla junto a la ventana del dormitorio a esperar que surtiera efecto. En algún momento debió de entrarle sueño y había vuelto a la cama.

Notaba las manos como toscas figuras de cerámica, cocidas hasta el punto de empezar a cuartearse. El dolor era caliente y frío a la vez, y penetraba profundamente en su carne como una compleja red de alambres ponzoñosos. Sostuvo las manos en alto con desesperación; unas manos de espantapájaros, horribles, deformes.

Abajo, el timbre de la puerta volvió a sonar y Polly emitió un pequeño gemido de aturdimiento. Saltó de la cama y salió al rellano con las manos colgando ante el cuerpo como la pata de un perro que se ha sentado ante su dueño para pedirle un dulce.

—¿Quién es? —preguntó. La voz le salió ronca, pegajosa de sueño. La lengua le sabía a un serrín que hubiera sido utilizado para rellenar la caja del gato.

—¡Soy Nettie! —le llegó la respuesta desde abajo—. ¿Te encuentras bien, Polly?

Nettie. Dios santo, ¿qué hacía Nettie allí un domingo por la mañana, antes de que amaneciera por completo?

—¡Sí, Nettie! —respondió—. ¡Tengo que ponerme algo encima! ¡Abre con tu llave, querida!

Cuando oyó que la llave de Nettie se introducía en la cerradura, Polly volvió corriendo al dormitorio. Consultó el reloj de la mesilla y comprobó que hacía varias horas que era de día. No había vuelto a la habitación para vestirse; tratándose de Nettie, la bata casera era suficiente. Pero Polly necesitaba una píldora. Nunca, en toda su vida, había necesitado tanto una pastilla como en aquel momento.

No se dio perfecta cuenta de lo terrible de su estado hasta que intentó coger una. Las pastillas —cápsulas, en realidad— estaban en un platillo de cristal sobre la repisa de la chimenea ornamental de la habitación. Polly consiguió llevar la mano hasta el plato sin problemas, pero una vez la tuvo allí, se descubrió absolutamente incapaz de coger una de las cápsulas. Sus dedos eran como las pinzas de una máquina agarrotada por falta de lubricante.

Lo intentó de nuevo, concentrando toda su voluntad en obligar a sus dedos a cerrarse en torno a una de las cápsulas gelatinosas. Sus esfuerzos se vieron

recompensados con un ligero movimiento y un gran estallido de dolor. Nada más. La mujer emitió un leve murmullo de agonía y frustración.

—¿Polly? —La voz de Nettie, procedente ahora del pie de la escalera, tenía un tono de preocupación. Los vecinos de Castle Rock tal vez consideraran que Nettie no se enteraba de nada, pensó Polly, pero en lo que se refería a las vicisitudes de su artritis, Nettie sabía muy bien cómo estaban las cosas. Llevaba demasiado tiempo frecuentando la casa para llamarse a engaño... y quería demasiado a Polly para no darse cuenta—. ¿De veras te encuentras bien, Polly?

—¡Ahora mismo bajo, querida! —le respondió, intentando hablar en tono animado y distendido. Y al tiempo que retiraba la mano del platillo de cristal e inclinaba el rostro sobre él, pensó: ¡Cielos, por favor, que no suba ahora! ¡Que no me vea hacer esto!

Hundió el rostro en el plato como un perro disponiéndose a beber de su cuenco y sacó la lengua. La envolvió el dolor, la vergüenza, el horror y, sobre todo, una lóbrega depresión, todo marrones y grises. Apretó la lengua contra una de las cápsulas hasta que la notó pegada. La introdujo en la boca —ahora no como un perro, sino como un oso hormiguero engullendo un sabroso bocado— y la tragó.

Mientras la píldora recorría su breve y duro camino a lo largo de la garganta, pensó de nuevo: Daría cualquier cosa por librarme de esto. Cualquier cosa. Lo que fuese.

4

Hugh Priest apenas soñaba ya; últimamente, más que dormir, caía inconsciente. Pero aquella noche había tenido un sueño, una auténtica maravilla de sueño que le había revelado todo lo que debía saber y todo lo que se esperaba de él.

En el sueño estaba sentado ante la mesa de la cocina, tomando una cerveza y viendo un concurso de televisión llamado *La venta del siglo*. Todos los premios eran objetos que había visto en aquella tienda, Cosas Necesarias. Y a todos los concursantes les rezumaba sangre de los oídos y del rabillo de los ojos. Se reían, pero parecían aterrorizados.

De repente, una voz sofocada empezó a llamarlo:

—¡Hugh! ¡Hugh! ¡Déjame salir, Hugh!

La voz procedía del armario. Se acercó a él y lo abrió, dispuesto a retorcer el cuello a quien se ocultara allí dentro. Pero no había nadie; solo el habitual embrollo de botas, bufandas, abrigos, aparejos de pesca y las dos escopetas.

—¡Hugh!

Levantó la mirada, porque la voz procedía del estante superior.

Era la cola de zorro. La cola de zorro le estaba hablando y Hugh reconoció al momento la voz. Era la de Leland Gaunt. Cogió el pedazo de piel y se deleitó de nuevo en su afelpada suavidad, en su textura un poco como la seda, un poco como la lana y, en realidad, diferente a cualquier otra cosa que no fuera su secreta esencia.

—*Gracias, Hugh* —le dijo la cola de zorro—. *Ahí dentro estaba muy apretada. Además, tenías la vieja pipa en ese estante, ¡qué peste!*

—¿Quieres que te guarde en otra parte? —preguntó Hugh. Incluso en sueños, se sentía un poco estúpido hablando con una cola de zorro.

—*No, ya voy acostumbRANDOME. Pero tenía que hablar contigo. Tienes que hacer una cosa, ¿recuerdas? Lo has prometido.*

—Nettie, la chiflada —asintió—. Tengo que gastarle una broma a la chiflada de Nettie.

—*Exacto* —continuó la cola de zorro—, *y tienes que hacerlo en cuanto despiertes. Así que escucha...*

Hugh había escuchado.

La cola de zorro le había dicho que en casa de Nettie no habría nadie, solo el perro, pero una vez estuvo ante la puerta, Hugh decidió que sería mejor llamar. Lo hizo y oyó unas pezuñas que traqueteaban sobre el suelo de madera en dirección a la puerta, pero nada más. Llamó de nuevo, solo para convencerse. Dentro sonó un solitario ladrido seco.

—¿Raider? —dijo Hugh. La cola de zorro le había revelado el nombre del perro. Aunque la mujer que se lo había puesto estaba loca de remate, Hugh había pensado que aquel nombre sonaba bien.

El solitario ladrido se repitió, esta vez no tan seco.

Hugh sacó un juego de llaves del bolsillo superior de la cazadora de cuadros y lo examinó. Hacía mucho tiempo que tenía aquel puñado de llaves y ya no se acordaba de adónde pertenecían algunas, pero entre ellas había cuatro gánzúas, fácilmente identificables por sus largas tijas, que eran las que buscaba.

Echó un vistazo a un lado y a otro, comprobó que la calle seguía tan desierta como cuando había llegado y empezó a probar las llaves una tras otra.

5

Cuando Nettie vio la cara pálida y abotargada y los ojos hundidos de Polly, olvidó de pronto todos aquellos miedos que la habían roído como los dientes afilados de una comadreja mientras se dirigía hacia la casa. Ni siquiera tuvo que ver sus manos, que Polly sostenía aún a la altura de la cintura (cuando le daban accesos como aquel, dejarlas colgando a los costados le producía un dolor terrible), para saber cómo

estaban las cosas.

Depositó la lasaña sin la menor ceremonia sobre una mesa al pie de la escalera. Si la fuente hubiera caído al suelo, Nettie no le habría prestado la menor atención. La mujer nerviosa que Castle Rock se había acostumbrado a ver por sus calles, la mujer que siempre parecía andar escabulléndose de alguna actividad inconfesable aunque solo se dirigiera a echar una carta a correos, había desaparecido. En su lugar había una Nettie diferente; la Nettie de Polly Chalmers.

—Vamos —ordenó con tono enérgico—. Ve al salón. Yo buscaré los guantes térmicos.

—Nettie, me encuentro bien —protestó débilmente Polly—. Acabo de tomarme una pastilla y estoy segura de que en unos minutos...

Pero Nettie ya le había pasado un brazo por la cintura y la conducía hacia la sala de estar.

—¿Qué ha sucedido? ¿Te has quedado dormida encima de ellas?

—No... De lo contrario, me habría despertado. Es solo... —Soltó una risilla, pero le salió un sonido débil, aturdido—. Es solo que me duele. Sabía que hoy iba a tener un mal día, pero no sospechaba hasta qué punto. Y los guantes térmicos no son ningún alivio.

—A veces sí. Ya sabes que a veces sí. Ahora siéntate ahí.

El tono de Nettie no admitía negativas. Se quedó junto a Polly hasta que esta tomó asiento en un sillón de mullidos cojines. A continuación fue al baño de la planta baja a buscar los guantes. Polly había dejado de usarlos hacía un año, pero Nettie, al parecer, sentía por ellos una veneración casi supersticiosa. Alan había comentado en una ocasión que los guantes eran su versión del caldito de pollo de las abuelas, y los dos habían celebrado la ocurrencia con una carcajada.

Polly permaneció sentada con las manos apoyadas en los brazos del sillón como pedazos de madera procedentes de un naufragio y contempló con añoranza el sofá del otro extremo de la sala, donde ella y Alan habían hecho el amor el viernes por la noche. Las manos no le habían dolido en absoluto, aunque desde entonces ya parecían haber transcurrido mil años. Se le ocurrió que aquel placer, por profundo que fuera, había sido algo fantasmal, efímero. Tal vez el amor hiciera girar el mundo, pero Polly estaba convencida de que eran los gritos y las lágrimas de los malheridos y de quienes sufrían penosos dolores lo que movía el universo en torno al gran poste de cristal de su eje.

¡Ah, estúpido sofá!, pensó para sí. Estúpido sofá vacío, ¿de qué me sirves ahora?

Nettie regresó con los guantes térmicos. Tenían el aspecto de unos mitones de cocina acolchados, conectados por un cable eléctrico aislado. Del dorso del guante izquierdo salía un cordón enrollado, con un enchufe en el extremo. Polly había visto un anuncio de aquellos guantes en *La buena ama de casa*, precisamente. Había

llamado a la Fundación Nacional de la Artritis, al número de información gratuita, y allí le habían asegurado que los guantes proporcionaban un alivio temporal en algunos casos. Cuando le había mostrado el anuncio al doctor Van Allen, este había recitado el estribillo que ya le resultaba fastidiosamente familiar dos años atrás: «Bueno, no te hará ningún mal».

—Vamos, Nettie, estoy segura de que en unos minutos...

—... te sentirás mejor —terminó la frase su interlocutora—. Sí, claro que sí. Y quizá los guantes contribuyan a ello. Levanta las manos, Polly.

Polly se dio por vencida y levantó las manos. Nettie sostuvo los guantes por las puntas, los abrió todo lo posible y los deslizó con el cuidado de un experto en desactivación de explosivos al cubrir unos paquetes de goma dos con una manta amortiguadora de estallidos. Sus gestos eran suaves, expertos y amorosos. Polly no creía que los guantes sirvieran de nada..., pero la evidente preocupación de Nettie ya estaba produciendo sus efectos.

Nettie cogió la clavija, se arrodilló y la introdujo en el enchufe de la pared más próximo al sillón. Los guantes empezaron a zumbiar por lo bajo y los primeros hilillos de calor seco acariciaron la piel de las manos de Polly.

—Eres demasiado buena conmigo, ¿sabes? —musitó esta en voz baja.

—Imposible —replicó Nettie—. Nunca jamás. —Su voz sonaba un poco ronca y en sus ojos había un brillo acuoso—. Polly, no soy nadie para meterme en tus asuntos, pero no puedo callar por más tiempo. Tienes que hacer algo con esas pobres manos tuyas. Es preciso que hagas algo. No puedes dejar que las cosas sigan así.

—Ya lo sé, querida, ya lo sé. —Polly hizo un enorme esfuerzo para escalar el muro de depresión que se había ido levantando en su mente—. ¿Cómo es que has venido, Nettie? Seguro que no lo has hecho para ponerme en las manos estas tostadoras.

—¡Te he preparado una lasaña! —respondió Nettie radiante.

—¿De veras? ¡Oh, Nettie, no deberías haberte molestado!

—¿Qué no? Pues yo no opino lo mismo. Para mí que no vas a poder cocinar en todo el día, ni mañana tampoco. La guardaré en la nevera.

—Gracias. Muchas gracias.

—Me alegro de haber tenido la idea. Me alegro doblemente, ahora que te veo. —Llegó hasta el umbral de la sala y volvió la cabeza. Un rayo de sol le cruzó el rostro, y de no haber estado tan abrumada por el dolor, Polly habría podido apreciar en aquel instante lo cansada y ojerosa que se veía a Nettie—. Y ahora no te muevas —añadió esta.

Polly se echó a reír y la carcajada sorprendió a ambas.

—¡No podría! ¡Estoy atrapada!

Nettie fue a guardar la lasaña en la nevera y Polly oyó cómo se abría y se cerraba

la puerta. Después le llegó su voz desde la cocina:

—¿Quieres que prepare un café? ¿Te apetece una taza? Puedo ayudarte con eso...

—Sí, eres muy amable —respondió Polly. El zumbido de los guantes era ahora más sonoro; estaban muy calientes. Y, o bien tenían realmente una acción beneficiosa, o la píldora le estaba produciendo mucho más efecto que la que había tomado a las cinco. Lo más probable era que fuese una combinación de ambas cosas, pensó—. Pero si tienes cosas que hacer en casa...

Nettie apareció en el quicio de la puerta. Había cogido el delantal de la despensa, se lo había puesto y traía la vieja cafetera de latón en la mano. Ella jamás utilizaría aquella nueva cafetera digital Toshiba... y Polly tenía que reconocer que la infusión que salía del cacharro de Nettie era mejor.

—No tengo ningún lugar mejor que este donde estar —declaró—. Además, la casa está bien cerrada y Raider vigila.

—Desde luego —asintió Polly con una sonrisa. Conocía muy bien a Raider. Era un perrillo que no llegaba a los diez kilos de peso y se ponía patas arriba enseñando el vientre cada vez que alguien, cartero, agrimensor o vendedor a domicilio, acudía a la casa.

—En cualquier caso, supongo que ella me dejará en paz. Ya se lo he advertido. No la he visto rondar ni ha vuelto a llamar, de modo que ha terminado por entender que hablaba en serio, supongo.

—¿Advertir a quién? ¿De qué? —inquirió Polly, pero Nettie ya había abandonado el quicio de la puerta y Polly estaba realmente prisionera en el sillón, con los guantes eléctricos por esposas. Cuando Nettie regresó con la bandeja del café, el Percodan había empezado a nublarle la mente y le había borrado de la memoria el extraño comentario de Nettie... que no resultaba, en cualquier caso, nada sorprendente, ya que Nettie hacía comentarios extraños continuamente.

Nettie añadió crema de leche y azúcar al café de Polly y sostuvo la taza en alto para que pudiera tomar un sorbo sin esfuerzo. Charlaron de diversas cosas y, por supuesto, no tardó en salir en la conversación una referencia a la nueva tienda. Nettie le contó de nuevo la compra de la pantalla de lámpara de cristal emplomado, pero no con el extremo detalle que Polly esperaba, dado lo extraordinario de tal suceso en la vida de Nettie. Sin embargo, la charla le hizo recordar otra cosa: la nota que el señor Gaunt había dejado en el recipiente del pastel.

—Casi me había olvidado..., el señor Gaunt me pidió que pasara por la tienda esta tarde. Dijo que tal vez tuviera un objeto que me interesaría.

—Pero no irás, ¿verdad? Con las manos en ese estado...

—Quizá sí. Las noto mejor. Creo que los guantes han dado resultado esta vez, al menos un poco. Y es preciso que haga algo... —añadió, mirando a Nettie con gesto casi de súplica.

—Bueno... supongo que... que... —A Nettie se le ocurrió una idea—. ¿Sabes qué?, podría pasarme por allí camino de casa y preguntarle si podría venir él aquí.

—¡Oh, no, Nettie...! Tendrías que desviarte de tu camino.

—Solo un par de manzanas. —Nettie dirigió una furtiva mirada de reojo a Polly—. Además, tal vez haya recibido otra pieza de cristal emplomado. No tengo dinero para comprar otra, pero el señor Gaunt no lo sabe, y echar un vistazo no cuesta nada, ¿verdad?

—Pero pedirle que venga aquí...

—Le explicaré cómo te encuentras —replicó Nettie en tono resuelto, y empezó a recoger el servicio de café en la bandeja—. A menudo, los comerciantes ofrecen demostraciones a domicilio..., si tienen algo que merezca la pena vender, claro está.

Polly la contempló con sorpresa y cariño.

—¿Sabes, Nettie?, cuando estás aquí pareces un poco distinta.

Nettie la miró desconcertada.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Cómo?

—Agradablemente distinta, te lo aseguro. Pero no importa. Y creo que esta tarde voy a salir, a menos que sufra una recaída. Pero si finalmente pasas por Cosas Necesarias...

—Lo haré.

Una mirada de impaciencia mal contenida brilló en los ojos de Nettie. Desde que se le había ocurrido, la idea se había apoderado de ella con la intensidad de una obsesión. Hacer cosas por Polly había sido un tónico para sus nervios, en absoluto un error.

—... y si el señor Gaunt está allí, dale mi teléfono de casa y dile que me llame si ha encontrado el objeto que quería enseñarme. ¿Podrías hacerme ese favor?

—¡Desde luego! —respondió Nettie.

Se levantó con la bandeja y la llevó a la cocina. Dejó el delantal en el gancho de la despensa y volvió al salón para quitarle a Polly los guantes térmicos. Ya llevaba puesto el abrigo. Polly le dio las gracias otra vez, y no solo por la lasaña. Las manos aún le dolían mucho, pero el dolor era soportable. Y podía mover los dedos de nuevo.

—No tienes de qué darlas —respondió Nettie—. ¿Y sabes una cosa? Tienes mejor aspecto. Estás recobrando el color. Cuando te he visto al entrar, me has asustado. ¿Puedo hacer algo más por ti antes de marcharme?

—No, creo que no. —Alargó las manos, todavía calientes y algo enrojecidas por los guantes, y tomó torpemente entre ellas las de Nettie—. Me alegro muchísimo de que hayas venido, querida.

Las raras ocasiones en que Nettie sonreía, lo hacía con toda la cara; su sonrisa era

como ver salir el sol entre las nubes al final de una mañana encapotada.

—Te quiero, Polly.

Emocionada, Polly contestó:

—Yo también te quiero, Nettie.

Nettie se marchó. Fue la última vez que Polly la vio con vida.

6

La cerradura de la puerta delantera de la casa de Nettie Cobb no era más complicada que la de una caja de caramelos; la primera ganzúa que probó le bastó a Hugh para hacerla saltar.

Abrió la puerta. En el suelo del recibidor, sentado sobre los cuartos traseros, vio a un perrillo de pelaje rubio con el pecho blanco. El animal emitió su solitario ladrido seco cuando la gran sombra de Hugh se cernió sobre él, privándole del sol que disfrutaba.

—Tú debes de ser Raider —murmuró Hugh, al tiempo que se llevaba la mano al bolsillo.

El perro ladró de nuevo y enseguida rodó sobre el lomo, mostrando el vientre y completamente despatarrado.

—¡Vaya, muy bonito! —le dijo Hugh. Raider batió su corta cola contra el suelo de madera, presumiblemente de acuerdo. Hugh cerró la puerta y se agachó junto al animal. Con una mano le rascó el flanco derecho, en ese lugar mágico que está conectado de algún modo con la pata trasera de ese lado, y Raider empezó a rascar el aire con ella enérgicamente. Con la otra mano sacó del bolsillo una navaja multiuso del ejército suizo.

—¡Vaya, eres un tipo simpático! —canturreó Hugh—. ¿Verdad que sí?

Dejó de rascar y sacó un fragmento de papel del bolsillo de la camisa. En él había escrito con su laboriosa caligrafía de escolar el mensaje que le había transmitido la cola de zorro. (Hugh se había sentado a la mesa de la cocina y lo había escrito antes incluso de vestirse, para que no se le olvidara una sola palabra.)

*Nadie me mancha de barro mis sábanas
limpias. ¡Te dije que me las pagarías!*

Hugh sacó el sacacorchos recogido en uno de los huecos de la gruesa navaja y atravesó la nota con él. Luego colocó el cuerpo del utensilio de costado y cerró el puño en torno a él de modo que la espiral puntiaguda del sacacorchos sobresaliera entre los dedos corazón y anular de su recia diestra. Volvió a rascar el flanco de

Raider, que mientras tanto había seguido patas arriba, observando a Hugh con aire amistoso. Aquel perro era más tonto de lo que parecía, pensó Hugh.

—Sí, señor, eres un perrito muy simpático, ¿verdad? El más simpático de todos —murmuró, rascándolo con energía. En esta ocasión, Raider agitó las dos patas traseras a la vez, como si pedaleara en una bicicleta invisible—. ¡Claro que sí! ¡Claro que sí! ¿Y sabes qué tengo en casa? ¡Tengo una cola de zorro! ¡Sí, señor!

Hugh sostuvo el sacacorchos con la nota sobre el babero blanco de Raider.

—¿Y sabes otra cosa? ¡Voy a quedármela!

Su mano derecha hundió con fuerza el sacacorchos en el pecho del animal. La zurda, con la que había acariciado a Raider hasta aquel instante, tenía ahora inmovilizado al perro mientras Hugh daba tres vueltas secas y enérgicas al utensilio. Un chorro de sangre cálida brotó de la herida y le bañó ambas manos. El perro se debatió en el suelo unos instantes y luego quedó inmóvil. Ya no volvería a emitir su ladrido seco e inofensivo.

Hugh se incorporó con el corazón desbocado. De pronto, se sintió muy culpable por lo que acababa de hacer. Se sintió casi enfermo. Tal vez Nettie estaba chiflada, o tal vez no, pero la mujer estaba sola en el mundo y ahora él acababa de matarle el que, probablemente, era su único amigo.

Se restregó la mano ensangrentada por la camisa. La mancha apenas se notó sobre la lana oscura. Hugh no podía apartar los ojos del perro. Aquello era obra suya. Sí, era obra suya y lo sabía, pero casi no podía creerlo. Era como si hubiera estado en trance, o algo parecido.

Y la voz interior, la que a veces le hablaba de las reuniones de Alcohólicos Anónimos, intervino de pronto: *Sí, y supongo que llegarás a convencerte de ello, con el tiempo. Pero no estabas en ningún maldito trance; sabías muy bien lo que hacías.*

Y por qué.

El pánico empezó a adueñarse de él. Tenía que irse de allí. Sin darse la vuelta, retrocedió lentamente por el recibidor y soltó un grito ronco al tropezar con la puerta principal, cerrada. Con las manos a la espalda, buscó a tientas el tirador hasta encontrarlo. Lo hizo girar, abrió la puerta y salió rápidamente de la casa de Nettie, la chiflada. Miró con gesto nervioso a un lado y a otro, esperando encontrar a la mitad del pueblo congregada allí, contemplándolo con ojos solemnes y acusadores. Sin embargo, solo vio a un chiquillo pedaleando calle arriba. En el cesto de la bicicleta, el chico llevaba colocada en un ángulo extraño una nevera de excursión. Playmate. Enfrascado en su pedaleo, no dedicó siquiera una mirada a Hugh Priest al pasar junto a él, y cuando hubo desaparecido, solo rompieron el silencio las campanas de la iglesia..., en esta ocasión llamando a los metodistas.

Hugh apretó el paso por el sendero de la casa, ordenándose a sí mismo no echar a correr, pero a pesar de todo ya iba al trote cuando llegó a la furgoneta. Abrió la puerta

con movimientos torpes, se deslizó tras el volante y trató de introducir la llave en el contacto. Lo intentó tres o cuatro veces, pero la condenada llave se negaba a entrar. Tuvo que sujetarse la mano derecha con la zurda para, por fin, lograr ensartar la llave en la ranura. Tenía la frente perlada de sudor. Hugh había padecido muchas resacas, pero nunca se había sentido de aquella manera. Era como si sufriera un acceso de malaria, o algo parecido.

El vehículo se puso en marcha con un rugido y un eructo de humo azulado. A Hugh se le escapó el pie del embrague, la camioneta dio dos bruscos saltos separándose del bordillo y el motor se ahogó. Jadeando ásperamente entre dientes, Hugh arrancó de nuevo y se alejó a toda prisa.

Cuando llegó al aparcamiento público de camiones (que aún seguía tan desierto como las montañas de la luna) y cambió la furgoneta por su Buick viejo y abollado, Hugh ya se había olvidado por completo de Raider y de lo que había hecho con el sacacorchos. Tenía otra cosa en que pensar, otra cuestión mucho más importante. Durante el viaje de vuelta al aparcamiento, lo había invadido una febril certeza: alguien había entrado en su casa mientras estaba ausente, y el intruso le había robado la cola de zorro.

Hugh voló hacia allí a más de noventa, se detuvo a cuatro dedos del porche destartado de la entrada entre una granizada de grava y una nube de polvo, y subió los peldaños de dos en dos. Entró en la casa como una exhalación, corrió al armario y abrió la puerta. De puntillas, empezó a explorar el estante superior con manos temblorosas, llenas de pánico.

Al principio no encontró nada más que madera desnuda, y lanzó un sollozo de miedo y de rabia. Luego, su zurda palpó aquel objeto de tacto afelpado, que no se parecía a la seda ni a la lana, y una gran sensación de paz y de satisfacción recorrió su cuerpo. Era como la comida para el hambriento, el descanso para el cansado, la quinina para el enfermo de malaria. El retumbar sostenido de su corazón empezó por fin a apaciguarse. Sacó la cola de zorro de su escondite y se sentó ante la mesa de la cocina. Extendió la cola sobre sus muslos musculosos y se puso a acariciarla con ambas manos.

Y así permaneció durante más de tres horas.

7

El chico que Hugh había visto pasar sin reconocerlo, el de la bicicleta, era Brian Rusk. Brian también había tenido un sueño aquella noche y, en consecuencia, también debía hacer un trabajito esa mañana.

En el sueño, estaba a punto de empezar el séptimo y decisivo partido de la Serie

Mundial, de una antigua Serie Mundial de los tiempos de Elvis, que ofrecía la vieja rivalidad apocalíptica, el avatar del béisbol, el enfrentamiento entre los Dodgers y los Yankees. Sandy Koufax estaba en el descansadero, calentando el brazo con el que iba a lanzar para los «Da Bums». También estaba hablándole a Brian Rusk, que se encontraba a su lado, entre bola y bola. Sandy Koufax acababa de decirle a Brian exactamente lo que debía hacer. Se lo había explicado con toda claridad y precisión, poniendo todos los puntos sobre las íes.

El problema era que Brian no quería hacerlo.

Se sentía fatal, poniendo reparos a una leyenda del béisbol como Sandy Koufax, pero se mantuvo en sus trece a pesar de ello.

—*Usted no lo entiende, señor Koufax. Quedamos en que le gastaría una broma a Wilma Jerzyck, y cumplí la promesa. Ya se la he gastado.*

—¿Y qué? —insistió Sandy Koufax—. *¿Qué pretendes decir con eso?*

—*Que ya he cumplido el trato. Ochenta y cinco centavos y una broma.*

—*¿Estás seguro de eso, mocoso? ¿Una broma? ¿Estás seguro? ¿Dijo él algo como «una única broma»? ¿Algo legal por el estilo?*

Brian no lo recordaba con exactitud, pero la sensación de que su ídolo le había pillado se hizo cada vez más intensa en su interior. No..., no solo pillado. Atrapado. Como un ratón con un pedazo de queso.

—*Deja que te diga una cosa, mocoso. El trato...*

Dejó la frase a medias y emitió un pequeño «¡unnnh!» mientras lanzaba una bola rápida y dura de arriba abajo. La pelota sonó en el guante del receptor como un disparo de fusil. Se levantó una nubecilla de polvo del guante y Brian se dio cuenta con perpleja consternación de que conocía los ojos intensamente azules que observaban tras la máscara del receptor. Aquellos ojos eran los del señor Gaunt.

Sandy Koufax recogió la bola que le devolvió el señor Gaunt y miró a Brian con unos ojos insulsos, como dos cristales pardos.

—*El trato es el que yo diga, mocoso.*

Pero los ojos de Sandy Koufax no eran en absoluto pardos, advirtió Brian en el sueño; también eran azules, lo cual era perfectamente lógico, ya que Sandy Koufax también era el señor Gaunt.

—*Pero...*

Koufax/Gaunt levantó la mano enguantada.

—*Mira, mocoso: odio esa palabra. De todas las palabras de nuestro idioma, seguramente es la que más odio. Incluso diría que es la que más me repugna en cualquier idioma.*

El hombre ataviado con el viejo uniforme de los Dodgers de Brooklyn escondió la bola en el guante y se volvió hacia Brian. Era el señor Gaunt, sin duda, y Brian notó un terror paralizante, funesto, en el corazón.

—Es muy cierto que te dije que gastarás una broma a Wilma, Brian, pero nunca mencioné que fuera la única broma que quería que le gastarás. Eso solo lo entendiste tú, mocosito. ¿Me crees, o quieres escuchar la grabación de nuestra conversación?

—Le creo —respondió Brian, peligrosamente a punto de lloriquear—. Le creo, pero...

—¿Qué acabo de decirte acerca de esa palabra, mocosito?

Brian bajó la cabeza y tragó saliva con esfuerzo.

—Tienes mucho que aprender sobre regateos —continuó Koufax/Gaunt—. Tú y todos los que viven en Castle Rock. Pero esa es una de las razones de mi presencia en el pueblo: dirigir un seminario sobre el arte del regateo. Una vez hubo en el pueblo un tipo, un caballero llamado Merrill, que sabía un poco del asunto, pero hace mucho que ese individuo desapareció sin dejar rastro. —En el rostro fino y sombrío de Sandy Koufax apareció una sonrisa que dejó a la vista los dientes grandes e irregulares de Leland Gaunt—. Y hablando de tratos, Brian..., también tengo mucho que enseñar respecto a eso.

—Pero...

La palabra salió de la boca de Brian antes de que el muchacho pudiera contenerla.

—Nada de peros —replicó Koufax/Gaunt. Se inclinó hacia delante y su rostro contempló con solemnidad a Brian por debajo de la visera de la gorra—. El señor Gaunt sabe más que nadie. ¿Puedes repetir eso, Brian?

Las palabras se formaron en su garganta, pero no logró articular ningún sonido. Brian notó unas lágrimas calientes a punto de saltar de sus ojos.

Una mano grande y fría descendió sobre su hombro y lo agarró.

—¡Repítelo!

—El señor Gaunt... —Brian tuvo que tragar saliva otra vez para dejar paso a las palabras—. El señor Gaunt sabe más que nadie.

—Así es, mocosito. Exactamente así. Y eso significa que vas a hacer lo que te diga, de lo contrario...

Brian reunió todas sus fuerzas en un último intento de resistencia.

—¿Y si digo que no, de todos modos? ¿Y si me niego porque no entendí bien los..., cómo se llaman..., los términos?

Koufax/Gaunt sacó la pelota del guante y cerró la mano desnuda en torno a ella. Unas gotas de sangre empezaron a rezumar de las costuras.

—No estás en condiciones, Brian —dijo sin alzar la voz—. Ya no. Entiéndelo, este es el partido definitivo de la Serie Mundial. Todas las bases están llenas y ha llegado la hora de la verdad. Echa un vistazo a tu alrededor. Anda, fíjate bien.

Brian miró a su alrededor y vio con horror que Ebbets Field estaba tan lleno que hasta había gente en los pasillos, y él conocía a todo el mundo. Vio a su padre y a su madre sentados con su hermano pequeño, Sean, en el palco de autoridades detrás de

la base de bateo. La clase de logopedia, flanqueada por la señorita Ratcliffe en un extremo y su novio grandullón y estúpido, Lester Pratt, en el otro, ocupaba una zona a lo largo de la línea de primera base, y vio a sus compañeros engullendo bocadillos de frankfurt y tomando Royal Crown Cola. En las gradas de sol estaba todo el departamento de policía de Castle Rock, tomando cerveza en vasos de papel con las fotos de las concursantes candidatas a Miss Rheingold de aquel año. Vio a sus compañeros de clase en la escuela dominical, a los miembros del Consejo Municipal, a Myra y Chuck Evans, a sus tíos, tías y primos. Allí, en una localidad detrás de la tercera base, estaba Sonny Jackett, y cuando Koufax/Gaunt lanzó la pelota ensangrentada y esta volvió a chocar con el guante del receptor con aquel chasquido como un disparo de fusil, Brian vio que el rostro tras la máscara era ahora el de Hugh Priest.

—*Te he cazado, muchachito* —le dijo Hugh mientras devolvía la bola—. *Te haré confesar.*

—*En fin, mocoso, que ya no se trata del cromo de béisbol* —intervino Koufax/Gaunt a su lado—. *Lo comprendes, ¿verdad? Cuando arrojaste ese barro a las sábanas limpias de Wilma Jerzyck, desencadenaste algo. Como el que provoca un alud por el mero hecho de hablar demasiado alto un día cálido de invierno. Ahora tu decisión es muy sencilla. O sigues adelante... o te quedas donde estás y te cae encima la avalancha.*

En el sueño, Brian se echó a llorar finalmente. Lo entendía. Entendía perfectamente a qué se refería, cuando ya era demasiado tarde para que tuviera ninguna importancia.

Gaunt estrujó la pelota de béisbol. Rezumó de ella más sangre y sus dedos se hundieron profundamente en la superficie blanca y carnosa.

—*Si no quieres que todo el mundo en Castle Rock sepa que has sido tú quien ha desencadenado el alud, Brian, será mejor que hagas lo que te digo.*

Brian siguió llorando con más fuerza.

—*Cuando hagas tratos conmigo* —continuó Gaunt, preparándose para un nuevo lanzamiento— *tienes que recordar dos cosas: que el señor Gaunt sabe más que nadie... y que el trato no está cerrado hasta que el señor Gaunt decide que lo está.*

Ejecutó aquel sinuoso lanzamiento inesperado que había hecho a Sandy Koufax tan difícil de batear (esa era, al menos, la humilde opinión del padre de Brian) y esta vez, cuando tocó el guante de Hugh Priest, la pelota estalló. Sangre, cabellos y fragmentos de carne deshilachada salieron despedidos bajo el brillante sol otoñal.

Brian había despertado en aquel punto, llorando contra la almohada.

Brian se dirigía a cumplir lo que el señor Gaunt le había dicho que debía hacer. Conseguirlo había sido bastante fácil; sencillamente, había dicho a sus padres que no quería ir a la iglesia esa mañana porque no se encontraba bien del estómago (lo cual no era mentira). Una vez se hubieron marchado, había hecho sus preparativos.

Costaba mucho esfuerzo pedalear y aún más mantener el equilibrio en la bicicleta con aquella nevera portátil en la cesta. Pesaba mucho, de forma que Brian llegó a la casa de los Jerzyck sudoroso y jadeante.

En esa ocasión no hubo titubeos, llamadas al timbre ni excusas preparadas. Allí no había nadie. Sandy Koufax/Leland Gaunt le había contado en el sueño que los Jerzyck se quedarían en la iglesia después de misa de once para hablar de las inminentes celebraciones de la Noche de Casino y luego irían a visitar a unos amigos. Brian lo había creído. Lo único que quería en aquel momento era zanzar aquel horrible asunto lo antes posible. Y cuando hubiera terminado, volvería a casa, guardaría la bici y se pasaría en cama el resto del día.

Sacó la nevera portátil de la cesta, empleando para ello ambas manos, y la depositó en el suelo. Estaba detrás del seto, donde nadie podía verlo. Lo que se disponía a hacer resultaría muy ruidoso, pero Koufax/Gaunt le había asegurado en el sueño que no debía preocuparse por eso. Había dicho que casi todos los vecinos de Willow Street eran católicos y que, en general, quien no estuviera en misa de once habría ido a la de las ocho y habría ido a pasar el domingo fuera. Brian no sabía si eso era verdad.

El chiquillo solo sabía dos cosas con certeza: que el señor Gaunt sabía más que nadie, y que el trato no estaba cerrado hasta que el señor Gaunt decidía que lo estaba.

Y el trato era ese.

Brian abrió la nevera. En el interior había una decena de piedras de buen tamaño. En torno a cada una, sujeta con un par de gomas elásticas, había una hoja de papel del cuaderno escolar del chico que llevaba escrito con grandes letras este sencillo mensaje:

**TE DIJE QUE ME DEJARAS EN PAZ.
ES MI ÚLTIMA ADVERTENCIA.**

Brian cogió una de las piedras y avanzó por el césped hasta quedar a menos de cuatro metros de la gran puerta acristalada del salón de los Jerzyck, lo que a principios de los sesenta, cuando había sido construida la casa, se denominaba una «ventana panorámica». Preparó el brazo, titubeó un brevísimo instante y, a continuación, la lanzó como Sandy Koufax ante el primer bateador rival en el séptimo y definitivo partido de la Serie Mundial. Se produjo un enorme estruendo, nada musical, seguido de un golpe sordo cuando la piedra fue a caer sobre la moqueta

del salón y rodó por el suelo.

Aquel sonido produjo un extraño efecto en el muchacho. Le abandonó el miedo y, con él, se evaporó también su desagrado ante aquella nueva tarea, que ni por asomo podía considerarse algo intrascendente, como una travesura inocente. El ruido del cristal al romperse lo excitó..., de hecho, le hizo sentirse como cuando se le disparaba la imaginación con la señorita Ratcliffe. Aquello habían sido bobadas y en aquel momento se daba plena cuenta de ello, pero en lo que estaba sucediendo no había nada de fantasioso. Aquello era real.

Se daba cuenta, asimismo, de que ambicionaba aquel cromo de Sandy Koufax más que nunca.

Había descubierto otro hecho capital respecto a las posesiones y el peculiar estado psicológico que provocan: cuantas más penalidades tiene uno que pasar por causa de lo que posee, más desea conservarlo.

Brian cogió dos piedras más y avanzó hasta la cristalera hecha añicos. Se asomó al interior y vio la piedra que había arrojado. Estaba en el umbral entre el salón y la cocina. Ofrecía una imagen insólita, como ver una bota de goma sobre el altar de una iglesia o una rosa sobre el motor de un tractor. Una de las gomas elásticas que sujetaban la nota había saltado, pero la otra seguía en su sitio.

Brian dirigió la mirada hacia la izquierda y se descubrió observando el televisor Sony de los Jerzyck.

Levantó el brazo y lanzó. La piedra acertó de pleno en el Sony. Se oyó un estallido hueco, hubo un chispazo y una lluvia de cristales menudos cayó sobre la moqueta. El televisor se tambaleó sobre su soporte pero no llegó a caer.

—¡Striike dos! —murmuró Brian, y soltó una carcajada extraña, sofocada.

Arrojó la otra piedra a un puñado de figurillas de cerámica dispuestas sobre una mesilla junto al sofá, pero falló. La piedra dio en la pared con un golpe sordo e hizo saltar un pedazo de yeso.

Brian tomó la nevera por el asa y la arrastró hacia el costado de la casa. Allí rompió dos ventanas del dormitorio. En la parte trasera, arrojó una roca del tamaño de una rebanada de pan contra el cristal de la mitad superior de la puerta de la cocina y luego introdujo varias más por el hueco. Una de ellas hizo trizas la vajilla colocada sobre la encimera. Otra atravesó la puerta de cristal del microondas y aterrizó justo dentro.

—¡Striike tres! ¡Eliminado, mocoso! —gritó Brian, y se echó a reír con tantas ganas que estuvo a punto de mearse en los pantalones.

Cuando le hubo pasado el ataque, completó el recorrido en torno a la casa. La nevera ya pesaba menos y comprobó que podía llevarla con una mano. Utilizó los tres últimos proyectiles para romper las ventanas del sótano que asomaban entre las flores de Wilma y, para terminar, arrancó unos cuantos puñados de plantas. Hecho esto,

cerró la nevera, volvió hasta la bicicleta, puso el recipiente en la cesta y montó para emprender el regreso a casa.

En la casa contigua a la de los Jerzyck vivían los Mislaburski. Al tiempo que Brian dejaba atrás el camino particular de la casa, la señora Mislaburski abría la puerta de la suya y salía al porche. Iba vestida con una bata verde brillante y llevaba los rulos puestos bajo un pañuelo rojo. Tenía el aspecto de un anuncio de «Navidades en el infierno».

—¿Qué sucede ahí, chico? —inquirió la mujer con voz cortante.

—No sé muy bien. Creo que el señor y la señora Jerzyck están discutiendo —respondió Brian sin detenerse—. Solo venía a preguntar si necesitan a alguien que les limpie el camino de nieve este invierno, pero creo que volveré en otro momento.

La señora Mislaburski dirigió una mirada breve y funesta a la casa de al lado. Debido a los setos, desde donde estaba solo alcanzaba a ver el segundo piso.

—Yo, en tu lugar, no volvería a intentarlo —dijo—. Esa mujer me recuerda esos pececillos de Sudamérica..., los que se comen enteras a las vacas.

—¿Las pirañas? —apuntó Brian.

—Exacto. Esas.

Brian continuó pedaleando. La mujer de la bata verde y la especie de cofia roja quedaba cada vez más lejos. Tenía el corazón un poco acelerado, pero no le martilleaba ni le latía desbocado ni nada semejante. Una parte de él se sentía completamente segura de que aún estaba soñando. No se sentía en absoluto él mismo: no se sentía el Brian Rusk que sacaba todo sobresalientes y notables, el Brian Rusk que era miembro del consejo de estudiantes y de la Liga de Buenos Ciudadanos de la escuela secundaria, el Brian Rusk de comportamiento intachable.

—¡Un día de estos matará a alguien! —exclamó con indignación la señora Mislaburski a la espalda de Brian—. ¡Recuerda bien lo que te digo!

Brian murmuró para sí:

—No me sorprendería en absoluto.

Finalmente, se pasó todo el día en cama como había pensado. En circunstancias normales, aquello habría preocupado a Cora, quizá hasta el punto de llevar a Brian al médico de guardia de Norway. Sin embargo, aquel domingo apenas prestó atención al hecho de que su hijo no se encontrara muy bien. Y esa despreocupación se debía a las maravillosas gafas de sol que le había vendido el señor Gaunt; Cora estaba absolutamente extasiada con ellas.

Brian se levantó hacia las seis, unos quince minutos antes de que llegara su padre de pasar el día de pesca en el lago con un par de amigos. Cogió una Pepsi del frigorífico y se quedó en la cocina a tomarla. Se sentía mucho mejor.

Se sentía como si por fin hubiera cumplido su parte del trato que había hecho con el señor Gaunt.

También había llegado a otra conclusión: efectivamente, el señor Gaunt sabía más que nadie.

9

Sin la menor premonición de la desagradable sorpresa que la esperaba en casa, Nettie Cobb se sentía muy animada mientras caminaba calle abajo hacia Cosas Necesarias. Tenía la firme intuición de que, a pesar de ser domingo por la mañana, encontraría abierta la tienda. Y no se equivocó.

—¡Señora Cobb! —exclamó Leland Gaunt al verla entrar—. ¡Cuánto me alegro de verla!

—Yo también me alegro de verle a usted, señor Gaunt —respondió ella, y era cierto.

El señor Gaunt se acercó y le tendió la mano, pero Nettie rehuyó el contacto. Era un comportamiento espantoso, muy descortés, pero simplemente no pudo evitarlo. Y el señor Gaunt pareció comprenderlo, bendito fuera.

Con una sonrisa, cambió el gesto y se ocupó de cerrar la puerta tras la visitante. Dio media vuelta al rótulo, de ABIERTO a CERRADO, con la rapidez de un jugador profesional al sacarse un as de la manga.

—¡Siéntese, señora Cobb, por favor! ¡Tome asiento!

—Bueno, está bien..., pero solo he pasado por aquí a decirle que Polly... Polly está...

Nettie se sentía rara. No mal, exactamente, sino rara. Medio mareada.

Se dejó caer sin gracia en una de las cómodas y elegantes sillas del local. Acto seguido, el señor Gaunt se plantó ante ella, con los ojos fijos en los suyos, y el mundo pareció volver a concentrarse en él y a detenerse.

—Polly no se encuentra muy bien, ¿no es eso? —inquirió el señor Gaunt.

—Sí, en efecto —asintió Nettie agradecida—. Son sus manos, ¿sabe? Tiene...

—Artritis. Sí, ya lo sé, una lástima; la vida es muy dura y nos trae muchos sinsabores. Ya lo sé, Nettie. —Los ojos del señor Gaunt volvían a hacerse enormes—. Pero no es preciso que la llame, ni que la visite. Ahora mismo ya tiene mejor las manos.

—¿De veras? —preguntó Nettie desde la lejanía.

—¡Desde luego! Todavía le duelen, lo cual es bueno, pero no le duelen lo suficiente para impedirle venir, lo cual es todavía mejor..., ¿no te parece, Nettie?

—Sí —convino ella vagamente, pero no tenía la menor idea de a qué estaba respondiendo.

—Y a ti —añadió el señor Gaunt en su tono de voz más dulce y alegre— te

espera un gran día, Nettie.

—¿De veras? —Aquello sí que era una sorpresa, pues había pensado pasar la tarde en su silla favorita del salón, haciendo calceta y viendo la tele con Raider a sus pies.

—Sí. Un día grandioso. Así que quiero que te quedes aquí sentada y descanses un momento mientras voy a buscar una cosa. ¿Querrás hacerlo?

—Sí...

—Bien. Y cierra los ojos, ¿quieres? ¡Para descansar de verdad, Nettie!

Obediente, la mujer cerró los ojos. Transcurrido un rato que fue incapaz de precisar, el señor Gaunt le ordenó que volviera a abrirlos. Lo hizo y experimentó una punzada de decepción. Cuando alguien le decía a otro que cerrara los ojos, muchas veces era para darle una sorpresa agradable. Un regalo. Era lo que Nettie había esperado al abrir de nuevo los ojos. Pensaba que tal vez el señor Gaunt traería en la mano otra pantalla de lámpara de cristal emplomado, pero lo único que vio en ella fue un bloc de notas. Cada hoja del taco iba encabezada por las siguientes palabras

ADVERTENCIA DE INFRACCIÓN DE TRÁFICO.

—¡Oh! —musitó—. Creía que traía alguna pieza de cristal.

—Me parece que ya no vas a necesitar más piezas de esas, Nettie.

—¿Ah, no? —Volvió a notar la punzada de decepción, más intensa esta vez.

—No. Una pena, pero así es. De todos modos, supongo que recuerdas que prometiste hacerme un favor. —El señor Gaunt tomó asiento a su lado—. Lo recuerdas, ¿verdad?

—Sí —respondió ella—. Quiere que le gaste una broma a Buster. Quiere que le deje unos papeles en su casa.

—Exacto, Nettie, muy bien. ¿Tienes aún la llave que te di?

Con gestos lentos, como si formara parte de un ballet subacuático, Nettie sacó la llave del bolsillo derecho del abrigo y la sostuvo en alto para que el señor Gaunt la viera.

—¡Estupendo! —exclamó él con entusiasmo—. Ahora vuelve a guardarla, Nettie. Vuelve a ponerla a buen recaudo.

La mujer obedeció.

—Bien, aquí están esos papeles.

Gaunt le puso el taco de papeles rosa en una de las manos. En la otra depositó un pesado soporte de cinta adhesiva con su correspondiente rollo. En aquel momento sonaron unas campanas de alarma en algún rincón de la cabeza de Nettie, pero resultaban demasiado lejanas, casi inaudibles.

—Espero que no me llevará mucho tiempo. Tengo que irme a casa pronto para dar de comer a Raider. Es mi perrito, ¿sabe?

—Sé perfectamente quién es Raider —le respondió el señor Gaunt, al tiempo que dirigía una amplia sonrisa a Nettie—. Pero tengo la impresión de que hoy no tiene mucho apetito. Y me parece que no debes preocuparte tampoco de que vaya a ensuciarte el suelo de la cocina.

—Pero...

Gaunt le tocó los labios con uno de sus largos dedos y la mujer experimentó una súbita arcada.

—¡No! —gimió, apretándose contra el respaldo de la silla—. ¡No haga eso! ¡Es horrible!

—Eso dicen —asintió el señor Gaunt—. De modo que, si no quieres que sea horrible contigo, Nettie, no debes volver a decirme esa palabreja horrible.

—¿Qué palabra?

—«Pero.» Me desagrada esa palabra. De hecho, creo que es justo decir que la odio. En el mejor de los mundos posibles, esa palabreja quejosa sería innecesaria. Y quiero que digas algo más por mí, Nettie. Quiero que repitas unas palabras que me encantan. Unas palabras que adoro absolutamente.

—¿Qué palabras?

—El señor Gaunt sabe más que nadie. Dilo.

—El señor Gaunt sabe más que nadie —repitió ella. Y tan pronto como surgieron de su boca, Nettie comprendió hasta qué punto eran absoluta y completamente ciertas.

—El señor Gaunt siempre es el que más sabe.

—El señor Gaunt siempre es el que más sabe.

—¡Exacto! ¡Igual que papá! —exclamó el señor Gaunt, y soltó una carcajada espantosa. Era un sonido como unas placas de roca moviéndose en las entrañas de la tierra, y el color de sus ojos cambió rápidamente del azul al verde, al castaño y al negro mientras reía—. Y ahora, Nettie, escucha con atención. Tienes que hacerme este recadito y luego podrás irte a casa. ¿Entendido?

Nettie entendió.

Y escuchó con mucha atención.

South Paris es una pequeña y miserable población dedicada a la industria textil, situada a unos veinticinco kilómetros al nordeste de Castle Rock. No es el único pueblo remoto de Maine que lleva el nombre de una ciudad o país de Europa; hay un Madrid, una Sweden (es decir, Suecia), un Etna, un Calais (pronunciado de forma que rima con Dallas), un Cambridge y un Frankfurt. Quizá alguien sepa cómo o por qué tantos lugares apartados han terminado adoptando tan exótica diversidad de nombres, pero yo lo ignoro.

Lo que sí sé es que, hace unos veinte años, un excelente cocinero francés abandonó Nueva York y abrió su propio restaurante en la región de los lagos de Maine, y que decidió que no podía existir lugar mejor para tal negocio que un pueblo llamado South Paris. Ni siquiera el hedor de las curtidurías consiguió disuadirlo. El resultado fue un establecimiento llamado Maurice. Aún sigue abierto hoy día, en la carretera 117, cerca de la vía férrea y frente por frente con el McDonald's.

Y fue a Maurice donde Danforth «Buster» Keeton llevó a comer a su esposa el domingo 13 de octubre. Myrtle había pasado buena parte de la mañana de aquel domingo en un estado de aturdimiento extasiado. Durante los últimos meses —casi un año, en realidad—, la vida con Danforth había sido sumamente desagradable. Su marido no le había prestado la menor atención... salvo para gritarle y, como consecuencia de ello, el amor propio de Myrtle, que nunca había sido muy acusado, había sufrido una nueva y profunda merma. La mujer sabía mejor que nadie que no era preciso administrar los malos tratos con los puños para que resultaran efectivos; la capacidad para zaherir con palabras era igual en las mujeres que entre los hombres, y Danforth Keeton sabía muy bien cómo emplearla; la pobre Myrtle había recibido mil heridas invisibles de su afilada lengua durante el último año.

La mujer no sabía nada de las apuestas y seguía convencida de que su marido acudía a las carreras, sobre todo, a mirar. Tampoco sospechaba el desfalco. Estaba al corriente de que varios miembros de la familia de Danforth habían dado muestras de un comportamiento inestable, pero no se le había pasado por la cabeza relacionar tal conducta con la de su Danforth. Este no bebía en exceso, no se olvidaba de ponerse la ropa antes de salir de casa cada mañana ni hablaba con gente invisible, de modo que Myrtle había supuesto que no le sucedía nada. En otras palabras, había dado por sentado que era a ella a quien le sucedía algo y que, en algún momento, aquel «algo» había hecho que Danforth, simplemente, dejara de quererla.

Había pasado los últimos seis meses intentando afrontar la lúgubre perspectiva de

los treinta o cuarenta años sin amor que la esperaban como pareja de Danforth, de aquel hombre cuyo comportamiento con ella había pasado, sucesivamente, de la irritación colérica al más frío sarcasmo y a una absoluta despreocupación. Myrtle se había convertido en un mueble más, por lo que a Danforth concernía..., salvo, naturalmente, que se interpusiera en su camino. Cuando tal cosa sucedía —si la cena no estaba a punto cuando él la pedía, si el suelo del despacho le parecía sucio, incluso si las secciones del periódico no venían en el orden habitual cuando se sentaba a la mesa a desayunar—, la llamaba estúpida. Le decía que si se le caía el culo no sabría encontrarlo. Le decía que si el cerebro fuera pólvora negra, ella sería incapaz de volarse la nariz sin un detonante. Al principio, Myrtle había intentado resistirse a aquellas diatribas, pero él desarticulaba sus defensas como si fueran los muros de cartón de un castillo infantil. Y si respondía con muestras de enfado, él la apabullaba con explosiones de rabia ciega que la dejaban aterrorizada. Así pues, había abandonado la cólera y, en su lugar, se había sumido en el abismo del aturdimiento. En los últimos tiempos, se limitaba a sonreír con aire desvalido ante las explosiones de cólera de su esposo, a prometer que se esforzaría más y a refugiarse corriendo en su habitación, donde yacía en la cama y lloraba y se preguntaba qué iba a ser de ella y deseaba —ojalá, ojalá, ojalá— tener una amiga con la que poder hablar.

En lugar de con esa amiga, hablaba con sus muñecas. Había empezado a coleccionarlas durante los primeros años de matrimonio y siempre las había guardado en cajas en el desván. Sin embargo, durante el último año, las había bajado al cuarto de costura y a veces, después de haber llorado, acudía en secreto al cuartito para jugar con ellas. Las muñecas nunca gritaban, nunca la trataban con indiferencia, nunca le preguntaban cómo podía ser tan estúpida, si era así de nacimiento o si había tomado lecciones.

La tarde anterior, en la tienda nueva, Myrtle había encontrado la más maravillosa de toda la colección.

Y a continuación todo había cambiado.

Aquella mañana, para ser más exacta.

Deslizó la mano bajo la mesa y se pellizcó (no por primera vez) para asegurarse de que no estaba soñando. Pero después del pellizco seguía allí, en Maurice, bañada por un radiante sol de octubre que entraba por la ventana. Y Danforth también seguía allí, al otro lado de la mesa, comiendo con buen apetito y con una sonrisa en el rostro que a Myrtle le resultó casi desconocida, porque no le había visto ninguna en muchísimo tiempo.

No sabía a qué se debía aquel cambio y tuvo miedo de preguntarlo. Sabía que Danforth había acudido al hipódromo de Lewiston la tarde anterior, como hacía casi todas las tardes (probablemente, porque la gente que conocía allí era más interesante que la que veía cada día en Castle Rock: que su esposa, por ejemplo), y al despertar

aquella mañana, Myrtle había pensado que encontraría la otra mitad de la cama vacía (o incluso sin deshacer, lo cual significaría que Danforth había pasado el resto de la noche dormitando en el sillón del despacho) y que lo oiría en el piso de abajo, murmurando para sí con su habitual malhumor.

Sin embargo, cosa extraña, encontró a su marido en la cama, luciendo el pijama de rayas rojas que le había regalado por Navidad. Era la primera vez que le veía ponérselo; la primera vez que lo sacaba de la caja, que ella supiera. Estaba despierto y se volvió de costado para mirarla, con una sonrisa en los labios. Al principio, la sonrisa atemorizó a Myrtle, quien pensó que tal vez significaba que Dan se disponía a matarla.

Entonces él le acarició un pecho y le guiñó el ojo.

—¿Te apetece, Myrt? ¿O aún es demasiado temprano para tu gusto?

Así pues, habían hecho el amor, por primera vez en más de cinco meses habían hecho el amor, y Dan había estado absolutamente magnífico, y ahora allí estaban, comiendo en Maurice a primera hora de una tarde de domingo como una pareja de jóvenes amantes. Myrtle no sabía qué podía haber producido aquel maravilloso cambio en su marido, y tampoco le importaba. Solo deseaba disfrutarlo y esperar que durara.

—¿Está todo a tu gusto, Myrt? —preguntó Keeton, levantando la vista del plato y restregándose enérgicamente los labios con la servilleta.

La mujer alargó la mano por encima de la mesa con gesto tímido y le acarició los dedos.

—Está todo estupendo. Todo es sencillamente... sencillamente maravilloso.

Myrtle tuvo que retirar enseguida la mano para enjugarse unas lágrimas con la servilleta.

2

Keeton continuó masticando el «bef borñin», o como quiera que lo llamaran los gabachos, con buen apetito. La razón de su alegría era muy sencilla. Todos los caballos que había escogido la tarde anterior con la ayuda de Boleto Ganador le habían reportado buenas ganancias en las carreras. Incluso Malabar, que se había pagado treinta a uno en la décima. Había vuelto a Castle Rock flotando, más que conduciendo por el asfalto, con dieciocho mil dólares en los bolsillos del gabán. Probablemente, su corredor de apuestas aún estaba preguntándose dónde había ido a parar el dinero. Keeton lo sabía muy bien; estaba guardado a buen recaudo en el fondo del armario de su despacho. En un sobre. Y el sobre estaba en la caja de Boleto Ganador, junto con el precioso juego.

Había dormido bien por primera vez en meses y, al despertar, había tenido una vaga noción de qué hacer con la auditoría. Una vaga noción no era gran cosa, por supuesto, pero era mejor que la confusa oscuridad que había invadido su mente desde que recibiera aquella maldita carta. Lo único que había necesitado para sacar su cerebro de aquella atonía era, al parecer, una noche afortunada en las carreras.

Una cosa estaba clara, de todos modos: no podría reponer todo el dinero antes de que cayera el hacha. El hipódromo de Lewiston era el único donde se celebraba sesión todas las tardes durante la temporada de otoño y, por otra parte, las apuestas no eran muy cuantiosas. Podía recorrer las ferias del condado y ganar unos cuantos miles en las carreras que se organizaban en cada localidad, pero eso tampoco bastaría. Y tampoco podía arriesgarse a muchas noches como aquella última, ni siquiera en Lewiston. Su corredor de apuestas empezaría a tomar precauciones y, muy pronto, no querría saber nada de él.

Sin embargo, Keeton calculaba que podría hacer una reposición parcial de fondos y minimizar, al mismo tiempo, la gravedad del desfalco. Y también podía urdir una historia. Un proyecto de desarrollo de éxito seguro que había fracasado. Un error terrible... pero del cual había asumido toda la responsabilidad y que ahora intentaba corregir. Podía añadir allí que un hombre realmente poco escrupuloso, colocado ante una situación semejante, habría utilizado el período de gracia para sacar aún más dinero del erario municipal —todo el que hubiese podido— y luego habría huido a algún lugar (un lugar soleado con muchas palmeras y muchas playas blancas y muchísimas chicas con biquinis minúsculos) donde la extradición fuera difícil o rotundamente imposible.

Podía hacerse el mártir e invitar, como Cristo, a que quien estuviera libre de pecado tirase la primera piedra. Eso debería hacerles pensar. Si entre ellos había uno solo que no hubiera metido los dedos en el pastel de los fondos públicos de vez en cuando, Keeton se comería los calzoncillos del tipo. Sin sal.

Tendrían que darle tiempo. Ahora que era capaz de dejar a un lado la histeria y reflexionar sobre su situación con cierta claridad, estaba casi seguro de que se lo concederían. Al fin y al cabo, ellos también eran políticos. Comprenderían que, una vez hubiera acabado con Dan Keeton, la prensa echaría una buena dosis de brea y plumas encima de ellos, los supuestos guardianes de la gestión pública. Comprenderían las preguntas que surgirían como consecuencia de una investigación pública o incluso (Dios no lo quisiera) de un juicio por malversación. Preguntas como cuánto tiempo —en años fiscales, caballeros, si me hacen el favor— se habían prolongado las actividades fraudulentas del señor Keeton. Preguntas como a qué se debía que la oficina de impuestos del estado no se hubiera olido el pastel hacía tiempo. Preguntas que a cualquier hombre ambicioso resultarían sumamente embarazosas.

Sí. Keeton empezaba a creer que podría salir bien parado. No tenía garantía alguna, pero parecía posible.

Y todo gracias al señor Leland Gaunt.

¡Cielos, amaba a aquel hombre!

—¿Danforth? —preguntó Myrtle cohibida.

—¿Mmm? —contestó alzando la vista.

—Es el mejor día que he tenido en años. Solo quería que lo supieras. Quería decirte lo feliz que me siento de disfrutar de un día tan maravilloso. Contigo.

—¡Oh! —exclamó Keeton. Acababa de sucederle una cosa rarísima. Por un momento, había sido incapaz de recordar el nombre de la mujer que estaba sentada frente a él—. Bueno, Myrt, para mí también ha sido maravilloso.

—¿Piensas ir a las carreras esta tarde?

—No. Creo que hoy me quedaré en casa.

—Estupendo. —Myrtle suspiró. De hecho, le parecía tan estupendo que, de nuevo, tuvo que enjugarse las lágrimas con la servilleta.

Danforth le dirigió una sonrisa; no fue aquella sonrisa dulce de antaño, la que le había robado el corazón en sus primeras citas, pero se le pareció mucho.

—Oye, Myrt, ¿te apetece tomar postre?

Ella soltó una risilla y sacudió la servilleta en dirección a él.

—¡Vamos, calla!

3

La casa de los Keeton era un rancho de dos plantas en Castle View. Para Nettie Cobb fue una larga ascensión a pie, y cuando al fin llegó arriba, tenía las piernas cansadas y bastante frío. Solo se había cruzado con tres o cuatro peatones y ninguno de ellos la había mirado; todos iban bien arropados bajo los cuellos de los abrigos, pues un viento penetrante había empezado a soplar con fuerza. Un suplemento dominical del *Telegram* rodó por la calle y se elevó luego hacia el cielo intensamente azul como una extraña ave, al tiempo que Nettie penetraba en el camino particular de la casa de los Keeton. El señor Gaunt le había dicho que Buster y Myrtle no estarían en casa, y el señor Gaunt sabía más que nadie. Encontró la puerta del garaje levantada y comprobó que el espectacular Cadillac que conducía Buster no estaba allí.

Avanzó por el camino de la casa, se detuvo ante la puerta principal y sacó el bloc de avisos y la cinta adhesiva del bolsillo izquierdo del abrigo. Ardía en deseos de estar en su casa, viendo la superpelícula del domingo por la tele con Raider a sus pies. No tardaría en poder hacerlo; en cuanto terminara aquel encargo. Tal vez ni siquiera tuviese que preocuparse por la calceta. Tal vez se limitara a quedarse sentada

sin más, con la pantalla de cristal emplomado en el regazo. Arrancó el primer volante rosa y lo pegó con la cinta adhesiva sobre el rótulo del timbre de la puerta, el que llevaba grabado en relieve LOS KEETON y VENDEDORES NO, POR FAVOR. Guardó de nuevo la cinta y el bloc en el bolsillo izquierdo; del otro sacó la llave que había mostrado al señor Gaunt y la introdujo en la cerradura. Antes de hacerla girar, examinó brevemente el volante rosa que acababa de pegar junto al timbre.

Pese al frío y al cansancio, no pudo por menos que reírse un poco. Realmente, era una broma estupenda, sobre todo teniendo en cuenta la manera de conducir de Buster. Era un milagro que aún no hubiera matado a nadie. En cualquier caso, pensó, no le gustaría ser la persona que había firmado todas aquellas advertencias de infracciones. Buster podía ponerse de un malhumor terrible. Ni siquiera de niño había sabido aguantar una broma.

Dio vuelta a la llave y la cerradura se abrió sin resistencia. Nettie entró en la casa.

4

—¿Más café? —preguntó Keeton.

—No, gracias —dijo Myrtle—. Ya no me cabe nada más —añadió con una sonrisa.

—Entonces, vamos a casa. Quiero ver a los Patriots por televisión. —Consultó el reloj—. Si nos damos prisa, creo que incluso llegaremos para el saque inicial.

Myrtle asintió, más feliz que nunca. El televisor estaba en el salón y, si Dan se proponía ver el partido, eso significaba que no se pasaría la tarde cerrado a cal y canto en su despacho.

—Démonos prisa, pues —respondió.

Keeton levantó la mano con gesto imperioso.

—¿Camarero? La cuenta, por favor.

5

Nettie había olvidado su urgencia por volver a su casa, pues estaba encantada de encontrarse en la de Buster y Myrtle.

En primer lugar, allí no hacía frío. Además, estar allí le proporcionaba una inesperada sensación de poder; era como estar tras las bambalinas de la vida real de dos personas.

Empezó por ir al piso de arriba e inspeccionar las habitaciones. Había gran número de ellas; excesivo, teniendo en cuenta que no tenían hijos. Pero, como

siempre solía decir su madre, el que tiene retiene.

Abrió los cajones de la cómoda de Myrtle e investigó la ropa interior. Había algunas prendas de calidad, de seda, pero la mayor parte de esas prendas buenas le parecieron viejas. Lo mismo cabía decir de los vestidos colgados en el armario.

Nettie entró en el baño, donde hizo inventario de las píldoras del pequeño armario, y pasó luego al cuarto de costura, donde admiró las muñecas.

Una casa muy bonita. Una casa encantadora. Era una lástima que el hombre que vivía allí fuera un pedazo de bestia.

Nettie echó un vistazo al reloj y supuso que era hora de empezar a colocar los volantes rosa. Enseguida lo haría.

En cuanto terminara de echar una ojeada al piso de abajo.

6

—Danforth, ¿no crees que vas un poco demasiado deprisa? —preguntó Myrtle casi sin aliento mientras iniciaban el adelantamiento de un lento camión de pasta de madera. Un coche que venía en sentido contrario hizo sonar el claxon mientras Keeton volvía apuradamente a su carril.

—Quiero llegar a tiempo para el saque inicial —contestó, y torció a la izquierda por Maple Sugar Road, en cuya esquina había una señal que decía CASTLE ROCK 12 KILÓMETROS.

7

Nettie conectó el televisor —los Keeton tenían un gran Mitsubishi en color— y vio parte de la superpelícula del domingo. Salían Ava Gardner y Gregory Peck. Gregory parecía enamorado de Ava, aunque resultaba difícil asegurarlo; tal vez de quien estaba enamorado era de la otra mujer. Había habido una guerra nuclear. Gregory Peck mandaba un submarino. Nada de lo que vio despertó un gran interés en Nettie, de modo que apagó el televisor, pegó un volante rosa en la pantalla con la cinta adhesiva y se encaminó a la cocina. Inspeccionó los armarios (los platos eran de Corelle, muy bonitos, pero los cacharros de cocina no eran nada del otro jueves); después abrió el frigorífico y frunció la nariz. Demasiadas sobras. Un exceso de sobras era señal inequívoca de negligencia en la administración de la casa. Aunque Buster no debía de saberlo; Nettie se habría jugado cualquier cosa a que no. Los hombres como Buster Keeton no eran capaces de abrirse camino en una cocina ni siquiera con un mapa y un perro guía. Echó un nuevo vistazo al reloj y se sobresaltó.

Había pasado muchísimo rato rondando por la casa. Demasiado. Rápidamente, se puso a arrancar volantes de aviso del bloc y a pegarlos con la cinta por todas partes: el frigorífico, el horno, el teléfono colgado de la pared de la cocina junto a la puerta del garaje, el bargueño del comedor..., y cuanto más deprisa iba, más nerviosa se ponía.

8

Nettie acababa de poner manos a la obra cuando el Cadillac rojo de Keeton cruzó el puente metálico de Tin Bridge y enfiló Watermill Lane arriba hacia Castle View.

—¿Danforth? —intervino de pronto Myrtle—. ¿Podrías dejarme en casa de Amanda Williams? Sé que tienes que desviarte un poco, pero quiero pedirle mi servicio de *fondue*. He pensado... —La sonrisa tímida apareció y se desvaneció de nuevo en su rostro—. He pensado que podía prepararte... prepararnos algo especial. Para el partido. Solo tienes que dejarme allí y ya volveré andando.

Keeton abrió la boca para decir que la casa de los Williams quedaba muy apartada de su camino, que el partido estaba a punto de empezar y que ya recogería el maldito servicio de *fondue* otro día. A él no le gustaba el queso caliente y chorreante. Probablemente, aquel maldito plato estaba lleno de bacterias.

Sin embargo, se lo pensó mejor. Aparte de él, el Consejo Municipal estaba compuesto por dos imbéciles gilipollas y por una zorra idiota. La zorra idiota era Mandy Williams. El viernes anterior, Keeton había hecho lo posible por encontrarse con Bill Fullerton, el barbero de Castle Rock, y con Harry Samuels, el único empresario de pompas fúnebres del pueblo. También había hecho lo posible para que los encuentros parecieran casuales, pero no lo fueron. Siempre existía la posibilidad de que la oficina de impuestos hubiera empezado a enviarles cartas a ellos también. Tras su encuentro con ambos, había podido comprobar con satisfacción que no —al menos, de momento—, pero la zorra de Mandy Williams había estado ausente del pueblo aquel viernes.

—Está bien —dijo, y añadió—: Pregúntale si ha llegado a su conocimiento algún asunto que afecte al pueblo. Algo que merezca la pena que me ponga en contacto con ella.

—¡Oh, cielo!, ya sabes que nunca he conseguido retener esas cosas...

—Claro que lo sé, pero al menos puedes preguntar, ¿no? No eres tan estúpida como para no ser capaz ni de preguntar, ¿verdad?

—No —se apresuró a responder ella con un hilillo de voz.

Keeton le dio una palmadita en la mano.

—Lo siento...

Myrtle lo miró con una expresión de asombro. ¡Dan acababa de pedirle disculpas! La mujer creyó recordar que lo había hecho en alguna otra ocasión durante sus años de matrimonio, pero no supo concretar cuándo.

—Limitate a preguntarle si los muchachos de la administración estatal la han molestado para algo últimamente —insistió Keeton a continuación—. Regulaciones sobre el uso de tierras, las malditas conducciones de aguas residuales..., algo acerca de los impuestos, tal vez. Entraría a preguntárselo yo mismo, pero me apetece mucho ver el principio del partido.

—Está bien, Dan.

La casa de los Williams estaba a media pendiente de Castle View. Keeton introdujo el Cadillac en el camino particular y aparcó tras el coche de la mujer. Era extranjero, por supuesto. Un Volvo. Keeton se preguntó si no sería una comunista, una lesbiana o ambas cosas.

Myrtle abrió la portezuela y se apeó al tiempo que le dirigía otra de aquellas sonrisas tímidas y ligeramente nerviosas.

—Estaré en casa dentro de media hora.

—Muy bien. No te olvides de preguntarle si hay alguna novedad en los asuntos del pueblo —insistió. Y si la descripción de Myrtle (por inconexa y confusa que fuese, como sin duda resultaría) de los comentarios de Amanda Williams le erizaba un solo pelo de la nuca, Keeton iría a corroborarlo directamente de boca de la zorra... al día siguiente. Aquella tarde no. Aquella tarde era suya. Se sentía demasiado satisfecho para mirar siquiera a Amanda Williams, y mucho menos para ponerse a charlar con ella. Apenas Myrtle hubo cerrado la portezuela, Danforth Keeton puso la marcha atrás y el Cadillac retrocedió hasta situarse de nuevo en la calle.

9

Nettie acababa de colocar el último de los papelitos rosa en la puerta del armario del despacho de Keeton cuando oyó un coche que entraba en el camino particular de la casa. De su garganta escapó un gemido ahogado.

Por un momento se quedó quieta donde estaba, incapaz de moverse.

¡Atrapada!, chilló su mente mientras escuchaba el barboteo suave y armonioso del gran motor del Cadillac. ¡Atrapada! ¡Oh, por Dios bendito, va a descubrirme! ¡Me matará!

La voz del señor Gaunt respondió a su grito. Esta vez, el tono no era amistoso; era frío e imperioso y procedía de un lugar en lo más profundo del centro de su cerebro.

En efecto, es probable que te mate si te descubre, Nettie. Y si te dejas llevar por el pánico, seguro que te encontrará. La solución es muy simple: no te dejes llevar por el

pánico. Sal del despacho ahora mismo. No corras, pero camina a buen paso. Y haz el menor ruido posible.

Nettie atravesó a toda prisa la alfombra turca de segunda mano del suelo del estudio, con las piernas rígidas como palos y murmurando «el señor Gaunt sabe más que nadie» en una letanía casi inaudible, y pasó al salón. Los rectángulos de papel rosa la miraron con ira desde prácticamente todos los rincones de la estancia. Uno de ellos, incluso, colgaba de la lámpara central, al extremo de una larga tira de cinta adhesiva.

En aquel momento el ruido del motor del coche había adoptado un tono sordo, lleno de ecos. Buster había entrado en el garaje.

¡Vamos, Nettie! ¡Sal de la casa ahora mismo! ¡Es tu única oportunidad para escapar!

Cruzó el salón a la carrera, tropezó con un almohadón para los pies y cayó al suelo. La cabeza le chocó contra el suelo con tal fuerza que estuvo a punto de perder el sentido; lo habría perdido, casi seguro, de no ser por una alfombra pequeña que amortiguó un poco el golpe. Unas brillantes lucecitas globulares se deslizaron por su campo de visión. Se incorporó con dificultad, apenas consciente de que le sangraba la frente, y empezó a tirar del pomo de la puerta principal al tiempo que el ruido del motor cesaba en el garaje. Nettie volvió la cabeza y lanzó una mirada aterrorizada en dirección a la cocina. Desde donde estaba, podía ver la puerta del garaje, la puerta por donde entraría Buster en cualquier momento. En ella había pegado otro de los volantes rosa.

El pomo de la puerta giró bajo sus dedos, pero la puerta no se abrió. Parecía pegada con cola.

Del garaje le llegó un sonoro chasquido cuando Keeton cerró de un golpe la portezuela del coche. Después oyó el matraqueo de la puerta automática del garaje que empezaba a descender dentro de las guías. Por fin, percibió el crujido de las pisadas de Buster sobre el cemento. El hombre venía silbando. La mirada frenética de Nettie, nublada en parte por la sangre que le rezumaba de la herida de la frente, se volvió hacia el pestillo de seguridad del pomo. Estaba cerrado. Por eso no se había abierto la puerta. Seguramente lo había cerrado ella misma al entrar en la casa, aunque no recordaba haberlo hecho. Quitó el seguro, abrió la puerta y cruzó el umbral.

Menos de un segundo después, Danforth Keeton abrió la que comunicaba el garaje con la cocina y entró en la casa mientras se desabrochaba el abrigo. De pronto, se detuvo. El silbido murió en sus labios. Se quedó paralizado, con los dedos congelados en plena operación de desabrochar uno de los botones inferiores de la prenda y los labios aún sellados, y echó una mirada a la estancia. Los ojos empezaron a abrirsele de par en par.

Si hubiera acudido a la ventana del salón en aquel preciso instante, habría visto a Nettie corriendo a toda prisa por el jardín, con el abrigo desabrochado batiendo el aire a su alrededor como las alas de un murciélago. Tal vez no la habría reconocido, pero sin duda habría constatado que era una mujer, y tal vez eso habría cambiado considerablemente los acontecimientos posteriores. Sin embargo, la visión de aquellas hojitas rosas lo mantuvo inmóvil donde estaba y, en aquel primer momento de desconcierto, su mente solo fue capaz de generar dos únicas palabras. Dos palabras que destellaron dentro de su cabeza como un gigantesco rótulo de neón con letras de un escarlata chillón: ¡LOS ACUSADORES! ¡LOS ACUSADORES!

10

Nettie alcanzó la acera y tomó Castle View abajo a todo correr. El ruido de sus mocasines formaba un asustado taconeo y sus oídos se convencieron de que estaban captando más pisadas que las suyas. Buster iba tras ella; Buster la perseguía y, cuando la alcanzara, seguro que le daría una paliza... Pero eso no importaba. No importaba porque Buster podía hacerle algo mucho peor que darle una paliza. Buster era una persona importante en el pueblo, y si se proponía mandarla de nuevo a Juniper Hill, seguro que acabaría consiguiéndolo. Así pues, Nettie continuó corriendo.

Una gota de sangre de la frente le cayó en el ojo y, por un momento, vio el mundo a través de una lente de un color rojo pálido, como si todas las bonitas casas de Castle View hubieran empezado a rezumar sangre. Se limpió con la manga del abrigo y continuó huyendo.

La acera estaba desierta, y en las casas donde había alguien a aquella primera hora de la tarde del domingo, casi todas las miradas estaban concentradas en el partido de los Patriots y los Jets. Solo una persona se fijó en Nettie.

Tansy Williams, recién llegada de pasar un par de días en Portland, donde ella y su madre habían ido a visitar al abuelo, estaba chupando un caramelo junto a la ventana del salón con Owen, su osito de peluche, agarrado bajo el brazo izquierdo, cuando Nettie pasó ante la casa como una exhalación.

—Mamá, una señora acaba de pasar corriendo —informó al verla.

Amanda Williams estaba en la cocina, tomando café con Myrtle Keeton. El recipiente de la *fondue* se encontraba sobre la mesa, entre ambas. Myrtle acababa de interesarse por si había algún asunto municipal que Dan tuviera que saber y a Amanda le pareció una pregunta muy rara. Si Buster quería saber algo, ¿por qué no había entrado él mismo a preguntar? Además, ¿a qué venía aquello un domingo por la tarde?

—Mamá está hablando con la señora Keeton, cielo.

—Tenía sangre —siguió informando la pequeña Tansy.

Amanda sonrió a Myrtle.

—Le dije a Buddy que, si quería alquilar esa *Atracción fatal*, debería esperar hasta que Tansy estuviera acostada para ponerla.

Mientras tanto, Nettie continuó su carrera. Cuando llegó al cruce de Castle View y Laurel, tuvo que detenerse un momento. Allí se encontraba la biblioteca pública, cuyo terreno estaba circundado por un muro de piedra curvo. Se apoyó contra él, jadeando y tratando de recobrar el aliento, mientras el viento arreciaba y le tironeaba del abrigo. Nettie se llevó las manos al costado izquierdo, donde notaba una dolorosa punzada.

Volvió la vista pendiente arriba y comprobó que la calle estaba vacía. Definitivamente, Buster no la perseguía; solo había sido cosa de su imaginación. Al cabo de unos momentos, fue capaz de rebuscar en los bolsillos del abrigo un pañuelo de papel para limpiarse de la cara parte de la sangre. Encontró uno y descubrió, también, que había desaparecido de ellos la llave de la casa de Buster. Tal vez se le había caído del bolsillo mientras corría calle abajo, pero Nettie creyó más probable que la había dejado puesta en la puerta. De todos modos, ¿qué más le daba? Había conseguido escabullirse sin que Buster la viera, y eso era lo importante. Dio gracias a Dios de que la voz del señor Gaunt le hubiera hablado justo a tiempo, olvidando que era el señor Gaunt quien la había convencido de que entrara en casa de Buster.

Observó la mancha de sangre del pañuelo de papel y decidió que el corte era, probablemente, menos importante de lo que podía haber sido. Ya casi no sangraba. Y la punzada del costado también se le estaba pasando. Se apartó de la pared y echó a andar hacia su casa con la cabeza baja, para que no se le viera el corte.

Su casa. Aquello era en lo que tenía que pensar. Su casa y su hermosa pantalla de lámpara de cristal emplomado. Su casa y la superpelícula del domingo. Su casa y Raider. Cuando estuviera en casa, con la puerta cerrada, las cortinas echadas, el televisor conectado y Raider dormitando a sus pies, todo lo sucedido parecería un sueño horrible... La clase de sueño que había tenido en Juniper Hill, después de haber matado a su marido.

Su casa; aquel era su sitio favorito.

Apretó un poco el paso. Pronto llegaría.

Pete y Wilma Jerzyck tomaron un almuerzo ligero con los Pulaski después de misa, y al terminar de comer, Pete y Jake Pulaski se instalaron ante el televisor para ver cómo

los Patriots le daban una buena patada en el culo al equipo de Nueva York. A Wilma le traía sin cuidado el fútbol (tanto como el béisbol, el baloncesto o el hockey sobre hielo, si de eso se trataba). El único espectáculo deportivo que le llamaba la atención era la lucha libre, y aunque Pete no lo sabía, Wilma lo habría abandonado en un abrir y cerrar de ojos por un tipo como Jay Strongbow, «el Jefe Indio». Wilma ayudó a Frieda con los platos y luego anunció que se marchaba a casa a ver el resto de la superpelícula del domingo: *En la playa*, con Gregory Peck. Le dijo a Pete que se llevaba el coche.

—Muy bien —respondió él, sin apartar los ojos del televisor—. No me importa caminar un rato.

—No te hará ningún mal un paseo —murmuró ella en tono inaudible mientras salía de la casa.

Se sentía de excelente humor y la principal razón para ello tenía que ver con la Noche de Casino. El padre John no se estaba echando atrás como Wilma había pensado que haría, y le había gustado su actitud durante la homilía de aquella mañana, que había titulado «Que cada cual se ocupe de su propio huerto». El tono de voz del sacerdote había sido tan suave como siempre, pero en sus ojos azules y en su mentón prominente no se había percibido el menor apocamiento. Tampoco sus floridas y elegantes metáforas habían engañado a Wilma ni a ninguno de los fieles sobre el mensaje que intentaba transmitir: que si los baptistas insistían en meter su nariz colectiva en el huerto de los católicos, iban a recibir una buena patada en su trasero colectivo. Y la idea de dar patadas en el trasero (sobre todo a aquella escala) siempre ponía de buen humor a Wilma Jerzyck.

Además, la perspectiva de dar patadas en el trasero no era lo único que contribuía a alegrarle el domingo. Por una vez, Wilma no había tenido que cocinar en domingo y Pete estaba aparcado a salvo con Jake y Frieda. Con un poco de suerte, su marido se pasaría la tarde viendo a unos tipos que intentaban romperse el bazo mutuamente, y ella podría mirar la película en paz. Pero antes tal vez llamaría a su vieja amiga Nettie. Creía haber dejado confusa a Nettie la chiflada, y eso estaba muy bien... para empezar. Pero solo para empezar. Nettie aún tenía que pagar por lo que había hecho con las sábanas y había llegado el momento de tomar nuevas medidas contra Miss Enferma Mental 1991. Impaciente ante tal perspectiva, Wilma se dirigió a su casa lo más deprisa que pudo.

Como un sonámbulo, Danforth Keeton se acercó a la nevera y arrancó el volante rosa sujeto a la puerta con cinta adhesiva. El papel llevaba las palabras

impresas en la parte superior en mayúsculas negras. Debajo de ellas leyó el siguiente mensaje:

Esto es solo un AVISO, pero léalo con atención.

Ha sido usted observado cometiendo una o más infracciones de tráfico. El agente firmante ha decidido «dejarle seguir con una advertencia», por esta vez, pero ha tomado nota de la marca, modelo y número de matrícula de su automóvil y la próxima vez será usted sancionado. Por favor, recuerde que las normas de tráfico son para TODOS.

¡Conduzca con prudencia!

¡Llegue con vida!

¡El cuerpo de policía municipal le da las gracias!

Debajo del sermón había una serie de espacios en blanco para especificar MARCA, MODELO y MATRÍCULA. En los espacios correspondientes estaban anotadas las palabras Cadillac y Seville. Y, escrita con trazos nítidos en el lugar reservado al número de matrícula, Keeton leyó lo siguiente:

BUSTER 1

La mayor parte del volante repasaba una lista de infracciones de tráfico corrientes como no señalizar, no detenerse o aparcamiento indebido. Ninguna de ellas estaba marcada. Debajo de la lista, ponía OTRA(S) INFRACCIÓN(ES), seguido de dos líneas en blanco. En OTRAS(S) INFRACCIÓN(ES) había una anotación. El mensaje que aparecía en las líneas destinadas a la descripción de la(s) infracción(es) también estaba escrito con mayúsculas, y decía:

SER EL MAYOR SOPLAPOLLAS DE CASTLE ROCK.

En la parte inferior del volante rosa había una última leyenda impresa: AGENTE FIRMANTE. Y la firma que aparecía estampada con un sello de goma era la de Norris Ridgewick.

Poco a poco, muy despacio, Keeton estrujó en su puño el volante rosa. El papel crujió, se dobló y se arrugó, hasta desaparecer entre los grandes nudillos de Keeton. Este se plantó en medio de la cocina, contemplando el resto de las hojitas rosas a su alrededor. En el centro de la frente le latía visiblemente una vena.

—Lo mataré —susurró Keeton—. Juro por Dios y por todos los santos que mataré a ese condenado saco de huesos.

Cuando Nettie llegó a casa apenas era la una y veinte, pero le daba la impresión de que habían transcurrido meses, años tal vez. Mientras recorría el sendero de cemento hasta la puerta, sus terrores le resbalaron de los hombros como pesos invisibles. Aún le dolía la cabeza del golpe, pero consideró que un dolor de cabeza era un precio muy pequeño a cambio de haber llegado sana y salva a casita.

Aún tenía la llave; estaba en el bolsillo del vestido. La sacó y la introdujo en la cerradura.

—¿Raider? —llamó al perro al tiempo que la hacía girar—. ¡Raider, ya estoy aquí!

Terminó de abrir.

—¿Dónde está el cariñito de mamá? ¿Eh...? ¿Dónde está? ¿No tiene hambre mi muchachito? —El vestíbulo estaba a oscuras y, en un primer momento, Nettie no distinguió el pequeño bulto tendido en el suelo. Sacó la llave de la cerradura y entró—. ¿No está terriblemente hambriento el muchachito de mamá? ¿No está muuuy ham...?

Su pie tropezó con algo rígido pero que se hundió bajo el contacto, y la mujer se interrumpió a media palabra. Luego bajó la mirada y descubrió a Raider.

Al principio intentó decirse que no estaba viendo lo que le decían sus ojos; no lo estaba viendo, no, no. Aquello que yacía en el suelo con algo sobresaliéndole del pecho no era Raider..., ¿cómo podía serlo?

Cerró la puerta y golpeó frenéticamente el interruptor de la luz de la pared con una mano. Por fin, la lámpara del recibidor se encendió y Nettie lo distinguió. Raider estaba tendido en el suelo. Tendido de espaldas, como se ponía cuando quería que lo rascase, y había algo rojo que sobresalía de él, algo que parecía... que parecía...

Nettie emitió un chillido agudo, quejumbroso, tan agudo que sonó como el zumbido de un mosquito enorme; luego cayó de rodillas junto al perro.

¡Raider! ¡Oh, Jesús misericordioso! ¡Oh, Dios mío! Raider, no estás muerto, ¿verdad? ¿Verdad que no?

Su mano —una mano fría, helada— golpeó aquella cosa roja que sobresalía del pecho de Raider igual que lo había hecho con el interruptor unos segundos antes. Por fin, lo agarró y tiró de él, apelando a una fuerza que le llegaba de las más profundas simas de la pena y del horror. El sacacorchos salió con un sordo sonido a desgarrar, extrayendo consigo fragmentos de carne, pequeños coágulos de sangre y mechones de pelo. En el pecho del perro quedó un agujero de bordes irregulares del diámetro de una bala de nueve milímetros. Nettie lanzó un chillido. Soltó el sacacorchos ensangrentado y cogió en brazos el cuerpecillo rígido del animal.

—¡Raider! —sollozó—. ¡Oh, mi perrito! ¡No! ¡Oh, no! ¡No!

Lo acunó contra su pecho, tratando de devolverle la vida con su calor, pero le pareció que no tenía ningún calor que dar. Estaba fría. Fría.

Un rato después, dejó de nuevo el cuerpo de Raider en el suelo y tanteó con la mano hasta encontrar la navaja del ejército suizo con el sacacorchos asesino sobresaliendo del mango. Lo levantó con torpeza, pero parte del embotamiento se le pasó cuando vio la nota atravesada en el arma asesina. Sacó el papel con dedos entumecidos y se lo acercó a los ojos. El papel estaba manchado de sangre coagulada del pobre perro, pero Nettie pudo leer las palabras garabateadas en él:

*Nadie me mancha de barro mis sábanas
limpias. ¡Te dije que me las pagarías!*

La expresión de aturdimiento, de pena y horror desapareció lentamente de los ojos de Nettie, reemplazada por una especie de horrenda inteligencia que brillaba en ellos como plata deslustrada. Sus mejillas, pálidas como la cera al comprender por fin lo sucedido, empezaron a llenarse de un rojo encendido. Sus labios se entreabrieron lentamente, dejando a la vista los dientes. Los mostró a la nota y dos ásperas palabras surgieron entre ellos, ardientes y roncadas y hoscas:

—¡Maldita... zorra!

Estrujó la nota entre los dedos y la arrojó contra la pared, pero rebotó y fue a caer junto al cuerpo de Raider. Nettie se lanzó sobre ella, la cogió y escupió en ella. Después, volvió a arrojarla lejos de sí. Se incorporó y se dirigió lentamente a la cocina abriendo las manos, cerrándolas con furia y abriéndolas enérgicamente para volver a cerrarlas de inmediato.

14

Wilma Jerzyck entró en el camino particular con su pequeño Yugo amarillo, detuvo el coche, se apeó y se dirigió con paso rápido hacia la puerta delantera mientras buscaba la llave en el bolso. Iba tarareando «Love Makes the World Go Round» por lo bajo. Sí, el amor hacía girar el mundo. Encontró la llave, la introdujo en la cerradura... y se detuvo al captar un movimiento inesperado con el rabillo del ojo. Miró a su derecha y se quedó boquiabierta.

Las cortinas del salón ondeaban bajo la brisa fresca de la tarde. Ondeaban fuera de la casa. Y la razón de que ondearan fuera de la casa era que la gran ventana panorámica, cuya reparación había costado cuatrocientos dólares a los Clooney cuando el idiota de su hijo la había roto con su pelota de béisbol tres años atrás, estaba hecha añicos. Largas flechas de vidrio apuntaban desde el marco hacia dentro, hacia el agujero central.

—¿Qué coño...? —gritó Wilma, e hizo girar la llave en la cerradura con tal

fuerza que estuvo a punto de romperla.

Corrió adentro, asiendo la puerta para cerrarla con violencia tras ella, y se quedó paralizada antes de hacerlo. Por primera vez en su vida adulta, la sorpresa dejó reducida a una absoluta inmovilidad a Wilma Wadlowski Jerzyck.

El salón estaba hecho trizas. El televisor, su hermoso televisor de pantalla panorámica del cual aún debían once plazos, estaba destrozado. El tubo de imagen estaba roto en mil brillantes fragmentos sobre la moqueta. Al otro lado de la estancia, un objeto contundente había abierto un profundo boquete en una de las paredes. Debajo del boquete descubrió un paquete en forma de hogaza. En el umbral de la cocina había otro.

Cerró la puerta y se acercó al objeto del umbral. Una parte de su mente, no muy coherente, le dijo que tuviera cuidado: podía ser una bomba. Al pasar ante el televisor, captó un aroma caliente y desagradable, una mezcla entre cable aislante chamuscado y tocino quemado.

Se acuclilló junto al paquete del umbral de la cocina y vio que no era tal paquete..., al menos en el sentido normal de la palabra. Era una piedra envuelta con un pedazo de papel de cuaderno sujeto a ella con una goma elástica. Sacó el papel y leyó este mensaje:

**TE DIJE QUE ME DEJARAS EN PAZ.
ES MI ÚLTIMA ADVERTENCIA.**

Cuando lo hubo leído, miró hacia la otra piedra. Se inclinó a recogerla y arrancó el pedazo de papel sujeto con la goma elástica. Idéntico papel, idéntico mensaje. Se incorporó con una de las notas arrugadas en cada mano, pasando la mirada de una a otra repetidas veces y moviendo los ojos como una espectadora en un partido de ping-pong arduamente disputado. Finalmente, masculló tres palabras.

—Nettie. Esa puta...

Entró en la cocina y exhaló el aliento entre dientes en un áspero jadeo sibilante. Se cortó la palma de la mano con una astilla de cristal mientras sacaba la piedra del microondas y extrajo el vidrio con gesto abstraído antes de separar el papel sujeto a ella. Llevaba el mismo mensaje.

Wilma recorrió rápidamente las restantes estancias de la planta baja y observó más desperfectos. Recogió todas las notas. Todas decían lo mismo. Después volvió a la cocina. Contempló los destrozos sin dar crédito a sus ojos.

—Nettie... —masculló de nuevo.

Por fin, el iceberg de sorpresa que la envolvía empezó a fundirse, y la primera emoción en reemplazarlo no fue la cólera, sino la incredulidad. ¡Vaya!, aquella mujer debía de estar realmente loca. Tenía que estarlo, si creía que podía hacerle algo así a ella..., ¡a ella...!, y vivir para contarlo. ¿Con quién creía que estaba tratando, con una

Rebeca como la de la jodida película?

Wilma cerró la mano en torno a las notas en un espasmo. Se inclinó hacia delante y se pasó por su amplio trasero el clavel de papel arrugado que sobresalía de su puño.

—¡Me paso por el culo tus advertencias! —exclamó, y arrojó las notas lejos de sí.

De nuevo, su mirada recorrió la cocina con la expresión asombrada de un niño. Un agujero en el microondas. Una gran abolladura en el frigorífico. Todo lleno de cristales rotos. El televisor de la otra habitación, que les había costado casi mil seiscientos dólares, olía como una freidora llena de mierda de perro caliente. ¿Y quién había hecho todo aquello? ¿Quién?

Nettie Cobb, naturalmente. Ella había sido. Nettie Cobb, Miss Enferma Mental 1991.

Wilma esbozó una sonrisa.

Quien no conociera a Wilma podría haber tomado su expresión por una sonrisa dulce, amable, por una sonrisa de amor y de camaradería. En sus ojos brillaba una poderosa emoción que el incauto podría haber interpretado erróneamente como de exaltación. Pero si Peter Jerzyck, que conocía bien a su esposa, hubiera visto su rostro en aquel momento, habría salido corriendo en dirección contraria tan deprisa como sus piernas pudieran transportarlo.

—No —murmuró Wilma con una voz suave, casi acariciadora—. Nada de eso, encanto. No lo has entendido. No entiendes con quién estás tratando. No tienes la más puñetera idea de qué significa tocarle las pelotas a Wilma Wadlowski Jerzyck.

Su sonrisa se agrandó.

—Pero ya te enterarás...

En la pared, junto al microondas, Wilma había instalado dos bandas de hierro imantado. La mayoría de los cuchillos que colgaban de esas bandas metálicas habían caído de ellas por el impacto de una piedra y formaban un revoltillo sobre la encimera, como un juego de palillos. Wilma extrajo el más largo, un trinchante Kingsford con el mango de hueso blanco, y con gesto lento pasó la palma de su mano herida por el costado de la hoja, manchando de sangre el borde afilado.

—Voy a enseñarte todo lo que necesitas aprender.

Empuñando el trinchante, Wilma cruzó la sala de estar a grandes zancadas. Los tacones bajos de sus zapatos negros de ir a la iglesia aplastaron los fragmentos de vidrio de la cristalera y del tubo del televisor esparcidos por el suelo. Salió de la casa sin cerrar la puerta y atajó por el césped en dirección a Ford Street.

la encimera, Nettie Cobb procedía a sacar una cuchilla de carnicero de uno de los cajones de su cocina. Sabía que estaba afilada porque Bill Fullerton, el de la barbería, le había hecho el favor de ocuparse de ello hacía menos de un mes.

Nettie se volvió y recorrió lentamente el pasillo hasta la puerta principal. En el vestíbulo, hizo un alto para hincar la rodilla junto a Raider, el pobre perrito que nunca le había hecho mal a nadie.

—Se lo advertí —murmuró en voz baja mientras acariciaba el pelaje de Raider—. Se lo advertí. Ya le he dado a esa polaca loca todas las oportunidades del mundo. Todas. Mi perrito querido... Espérame. Espérame, porque pronto estaré contigo.

Se incorporó y salió de la casa, sin preocuparse de la puerta más de lo que Wilma se había preocupado de la suya. La seguridad había dejado de interesar a Nettie. Hizo una breve pausa en el umbral, respiró hondo varias veces y luego atajó por el césped en dirección a Willow Street.

16

Danforth Keeton corrió al despacho y abrió violentamente la puerta del armario.

Alargó la mano hacia el fondo del mueble. Por un terrible momento, temió que el juego del Boleto Ganador hubiese desaparecido, que aquel maldito entrometido hijo de puta acusador del ayudante del comisario se lo hubiera llevado. Y, con él, su futuro.

Entonces, sus manos tocaron la caja y levantaron la tapa. La pista de carreras de hojalata aún estaba allí. Y el sobre del dinero seguía oculto debajo de ella. Lo sacó, lo dobló en un sentido y otro, prestando atención al crujido de los billetes, y volvió a guardarlo.

Luego corrió a la ventana, pendiente de Myrtle. Su esposa no debía ver los volantes rosa. Tenía que recogerlos todos antes de que Myrt volviera. ¿Y cuántos había, un centenar? Paseó la mirada por el despacho y los vio pegados por todas partes. ¿Un millar? Sí, tal vez. Quizá había mil. Incluso dos mil seguía siendo un cálculo razonable.

En fin, si su esposa llegaba antes de que hubiera terminado la limpieza, tendría que esperar en el umbral porque Keeton estaba dispuesto a no dejarla entrar hasta que la última de las malditas hojas acusadoras ardiese en el horno de leña de la cocina. Hasta el último de aquellos condenados papeles.

Agarró la notificación que colgaba de la lámpara. La cinta adhesiva se le pegó a la mejilla y la arrancó de un zarpazo con una pequeña exclamación de rabia.

En aquella, solo aparecía una palabra en la línea reservada a OTRA(S) INFRACCIÓN(ES):

DESFALCO.

Corrió hacia la lamparita de lectura próxima al sillón y arrancó el volante sujeto a la pantalla.

OTRA(S) INFRACCIÓN(ES)
MALVERSACIÓN DE FONDOS PÚBLICOS.

El del televisor:

LÍOS CON LOS CABALLOS.

El del trofeo de cristal del premio al Buen Ciudadano del Club de los Leones, colocado sobre la repisa de la chimenea:

ESTAFAR A TU PROPIA MADRE.

El de la puerta de la cocina:

JUGADOR COMPULSIVO CON GRANDES PÉRDIDAS
EN EL HIPÓDROMO DE LEWISTON.

El de la puerta del garaje:

MENTE ENFERMA; PSICÓTICO PARANOICO.

Los recogió todos lo más deprisa que pudo, con los ojos desorbitados sobresaliendo de su rostro fofo y sus ralos cabellos completamente desordenados. Pronto empezó a jadear y a toser mientras un feo color entre rojo y púrpura comenzaba a extenderse por sus mejillas. Tenía el aspecto de un chico gordo con facciones de adulto concentrado en una extraña caza del tesoro, desesperadamente importante.

Arrancó otra hojita rosa de la puerta de la vitrina donde Myrt guardaba la vajilla:

ROBAR DINERO DEL FONDO DE PENSIONES
DEL PUEBLO
PARA JUGAR A LOS CABALLOS.

Keeton corrió jadeando al despacho con una pila de volantes en la mano derecha, de la que sobresalían las tiras de cinta adhesiva, y empezó a arrancar las hojitas rosas que tachonaban la estancia.

Todas las de allí dentro hacían referencia a un único tema, y con horrible precisión:

DESFALCO

ROBO
APROPIACIÓN INDEBIDA
DESFALCO
FRAUDE
MALVERSACIÓN
PREVARICACIÓN
DESFALCO.

Esta última palabra, más que ninguna otra. Conspicua, acusadora, como un grito:

OTRA(S) INFRACCIÓN(ES): DESFALCO.

Le pareció oír algo en el exterior y corrió de nuevo a la ventana. Tal vez era Myrtle. O quizá era Norris Ridgewick, que venía a burlarse de la jugarreta que le había gastado. Si era él, Keeton sacaría la escopeta y le pegaría un tiro. Pero no en la cabeza. No; en la cabeza sería demasiado fácil, demasiado rápido, para una escoria como Ridgewick. Le metería una bala en las tripas y asistiría a su lenta y penosa agonía sobre el césped.

Sin embargo, solo era el todo terreno de los Garson, que traqueteaba Castle View abajo. Scott Garson era el banquero más importante del pueblo. Keeton y su esposa cenaban a veces con los Garson; formaban una pareja agradable y el banquero era una figura de cierta relevancia política. ¿Qué pensaría Garson si veía aquellos papeles? ¿Qué pensaría de aquella palabra, DESFALCO, que proclamaban las multas y que sonaba como el grito de una mujer violada en plena noche?

Regresó corriendo al comedor, aún jadeando. ¿Se habría dejado alguno? No lo creía. Los había recogido todos, al menos allá abajo...

¡No! ¡Allí había uno! ¡En el poste de la escalera! ¡Cielos!, ¿qué habría sucedido si se lo hubiera dejado?

Corrió hasta él y arrancó la hojita.

MARCA: MIERDAMÓVIL
MATRÍCULA: GILIPOLLAS 1
OTRA(S) INFRACCIÓN(ES): MALVERSACIÓN
FINANCIERA.

¿Más? ¿Había más? A la carrera, Keeton recorrió de nuevo las habitaciones del piso inferior. Los faldones de la camisa se le habían salido de los pantalones y su vientre peludo se bamboleaba furiosamente por encima de la hebilla del cinturón. No encontró ningún volante más, al menos allí abajo.

Tras una nueva mirada rápida y frenética por la ventana para cerciorarse de que Myrt no estaba aún a la vista, se dirigió a toda prisa al piso de arriba con el corazón galopándole en el pecho.

Wilma y Nettie se encontraron en la esquina de Willow y Ford. Allí se detuvieron, observándose como pistoleros de un *spaghetti western*. El viento batía con fuerza sus abrigos en una y otra dirección. El sol apareció entre las nubes y volvió a ocultarse tras ellas; las sombras de las dos mujeres se recortaron en el suelo y se desvanecieron de nuevo, como fugaces visitantes.

No había tráfico en ninguna de las dos calles, ni gente por las aceras. La pequeña esquina era suya en plena tarde otoñal.

—¡Has matado a mi perro, zorra!

—¡Me has roto el televisor! ¡Me has roto los cristales! ¡Me has roto el microondas, loca hija de puta!

—¡Te lo advertí!

—¡Métete tus advertencias en el culo!

—¡Voy a matarte!

—¡Da un paso más y alguien va a morir aquí, te lo aseguro, pero no seré yo!

Wilma pronunció aquellas palabras con alarma y cierta sorpresa; la expresión de Nettie le hizo darse cuenta por primera vez de que su loca vecina y ella podían estar a punto de entablar a algo un poco más serio que tirarse del pelo o hacerse desgarrones en la ropa. Para empezar, ¿qué hacía allí Nettie? ¿Qué había sido del elemento sorpresa? ¿Cómo era que las cosas habían llegado tan deprisa a aquel punto tan extremo?

Pero en la sangre polaca de Wilma había una profunda veta cosaca, una parte para la que tales cuestiones eran irrelevantes. Allí había una batalla que librar: eso era lo que contaba.

Nettie corrió hacia ella alzando la cuchilla de carnicero. Su boca se abrió en una mueca que dejaba a la vista los dientes y un largo alarido surgió de su garganta.

Wilma se agachó, sosteniendo el trinchante como una enorme navaja. Cuando Nettie se abalanzó hacia ella, Wilma asestó un golpe con el arma. El acero se hundió profundamente en el vientre de Nettie y siguió una trayectoria ascendente que le seccionó el estómago, del que saltó un chorro repentino de maloliente bolo alimenticio. Wilma experimentó un instante de horror ante lo que acababa de hacer —¿era posible que fuese Wilma Jerzyck quien sostenía el mango del cuchillo hundido en el cuerpo de Nettie?— y sus músculos se relajaron un poco. El impulso del trinchante hacia arriba cesó antes de que el filo alcanzara el corazón de Nettie, que latía frenéticamente.

—¡Oooh, túuu, puuuta! —gritó Nettie, y descargó un golpe con el brazo alzado.

La cuchilla de carnicero se clavó hasta la empuñadura en el hombro de Wilma, partiéndole la clavícula con un crujido seco.

El dolor, como un enorme tablón de madera, cayó sobre la mente de Wilma y borró de ella cualquier pensamiento objetivo. Solo quedó en ella la cosaca loca de furia. Wilma extrajo el trinchante de un tirón.

Nettie extrajo la cuchilla de carnicero de un tirón. Necesitó ambas manos para hacerlo, y cuando al fin consiguió desencajarlo del hueso, una porción de intestinos escapó del roto ensangrentado del vestido y colgó ante ella en un ovillo reluciente.

Las dos mujeres se movieron lentamente en círculo, dejando en el suelo un rastro de pisadas impreso con su propia sangre. La acera empezaba a parecer un diagrama de alguna extraña danza de Arthur Murray. Nettie se dio cuenta de que el mundo empezaba a desaparecer y reaparecer con cada latido, en grandes círculos lentos, y que las cosas perdían color y ella quedaba sumida en una bruma blanquecina hasta que, poco a poco, la imagen volvía a enfocarse. Se escuchó el corazón en los oídos, con grandes golpes sordos, pausados y contenidos. Sabía que estaba herida, pero no notaba ningún dolor. Pensó que Wilma debía de haberla rozado en el costado, o algo parecido.

Wilma, en cambio, era plenamente consciente de la gravedad de sus heridas; sabía que ya no podía levantar el brazo derecho y que tenía toda la espalda del vestido empapada de sangre. Sin embargo, no tenía la menor intención de huir. Jamás en su vida había huido de nada, y no empezaría entonces.

—¡Eh! —gritó una voz aguda al otro lado de la calle—. ¡Eh! ¿Qué están haciendo ahí, señoras? ¡Será mejor que lo dejen correr, sea lo que sea! ¡Deténganse ahora mismo o llamaré a la policía!

Wilma volvió la cabeza en la dirección de donde procedía la voz. En el mismo instante en que desvió la atención, Nettie avanzó un paso y blandió la cuchilla de carnicero en un arco amplio, paralelo al suelo. La hoja cortó de cuajo el saliente de la cadera de Wilma y chocó con estruendo contra el hueso pélvico, fracturándolo. Del lugar del impacto saltó un chorro de sangre. Wilma lanzó un chillido y se tambaleó hacia atrás, cortando el aire delante de ella con el trinchante. Sus pies tropezaron y cayó sobre la acera con un ruido sordo.

—¡Eh! ¡Eh!

La autora de los gritos era una anciana que las observaba desde el porche de su casa, con un chal de color morado envolviéndole el cuello y los hombros. Unas gafas amplificaban sus ojos hasta convertirlos en acuosas ruedas de terror. Esta vez, la voz clara y penetrante de la anciana anunció a voz en grito:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Policía! ¡Se están matando! ¡Se están MATAAANDO!

Las dos mujeres de la esquina de Willow y Ford no prestaron atención.

Wilma había caído en un ovillo ensangrentado junto a la señal de stop y, cuando Nettie avanzó tambaleándose hacia ella, se incorporó hasta quedar sentada y sostuvo el trinchante en el regazo, apuntado hacia arriba.

—¡Vamos, desgraciada! —borbotó en tono altivo y burlón—. ¡Ven a por mí, si tienes agallas!

Nettie fue a por ella, con la boca desencajada. El ovillo de intestinos se balanceaba adelante y atrás contra el vestido como un feto malogrado. Su pie derecho tropezó con la pierna izquierda extendida de Wilma y cayó hacia delante. El trinchante la empaló justo por debajo del esternón. A través de una bocanada de sangre, Nettie emitió un gruñido, alzó la cuchilla de carnicero y descargó un golpe. La hoja de la pequeña hacha se enterró en el cráneo de Wilma Jerzyck con un único sonido apagado: ¡chonck! Wilma empezó a convulsionarse. Su cuerpo dio una sacudida y se arqueó debajo de Nettie. Y cada movimiento hundió todavía más el trinchante en el pecho de esta.

—Has matado... a mi... perrito —gimió, escupiendo con cada palabra una fina lluvia de sangre sobre la cara de Wilma, vuelta hacia el cielo. Después se estremeció de pies a cabeza y yació inmóvil. La cabeza golpeó el poste de la señal de stop al caer hacia delante.

Con una nueva sacudida, a Wilma le resbaló el pie a la cuneta. El zapato negro de ir a la iglesia salió despedido y aterrizó en un montón de hojas con el tacón bajo apuntando hacia las nubes apresuradas. Los dedos del pie se contrajeron una vez..., otra más..., y luego se relajaron.

Las dos mujeres yacían abrazadas como amantes, y la sangre de ambas teñía las hojas color canela de la cuneta.

—¡Se están MATAAANDOOO! —chilló de nuevo la anciana al otro lado de la calle; luego cayó hacia atrás y quedó tendida en medio del vestíbulo, sin sentido.

Otros vecinos se asomaban ya a las ventanas y abrían las puertas, se preguntaban unos a otros qué había sucedido, salían a los porches y a los patios delanteros y se acercaban a la escena con cautela para retroceder enseguida, con las manos sobre la boca, al advertir no solo lo que había sucedido, sino lo sangriento que había resultado.

Finalmente, alguien llamó a la comisaría.

Polly Chalmers caminaba lentamente Main Street arriba hacia Cosas Necesarias con sus manos transidas de dolor enfundadas en el par de guantes más cálido que tenía, cuando oyó la primera sirena de la policía. Se detuvo y observó uno de los tres coches

patrulla Plymouth marrones del condado, que pasaba lanzado por el cruce de Main y Laurel con las luces encendidas y parpadeantes. Iría a ochenta, y seguía acelerando. Un segundo coche patrulla lo seguía de cerca.

Estuvo observándolos hasta que se perdieron de vista y frunció el ceño. Las sirenas y los vehículos policiales a toda velocidad eran una cosa muy rara en Castle Rock. Se preguntó qué habría sucedido; algo más serio que un gato subido a un árbol, pensó. Ya se lo contaría Alan cuando la llamara por la noche.

Polly miró de nuevo calle arriba y vio a Leland Gaunt en el umbral de la puerta de su tienda, observando también el paso de los coches patrulla con una expresión de ligera curiosidad. Bueno, aquello respondía a una de las preguntas: el hombre estaba en el local. Nettie no la había llamado para decirle una cosa u otra, aunque ello no había sorprendido demasiado a Polly; Nettie tenía una mente olvidadiza, de la que parecían resbalar enseguida las cosas.

Continuó calle arriba. El señor Gaunt volvió la cabeza y la vio. Su rostro se iluminó ligeramente.

—¡Señora Chalmers! ¡Cuánto me alegro de que se haya acercado por aquí!

Ella le dirigió una vaga sonrisa. El dolor, que había remitido un rato por la mañana, volvía a aumentar entonces, extendiendo su red de alambres finos y crueles a través de los músculos de sus manos.

—Habíamos quedado en que me llamaría Polly.

—Polly, entonces. Pase adentro... Me alegro muchísimo de verla. ¿A qué viene tanto alboroto?

—No lo sé —respondió ella. Gaunt sostuvo la puerta, Polly la cruzó y entró en la tienda pasando ante el hombre—. Supongo que alguien se habrá herido y necesitará ser trasladado al hospital. La asistencia médica en Norway es lentísima los fines de semana. Aunque no entiendo por qué iban dos coches patrulla...

El señor Gaunt cerró la puerta tras de sí. La campanilla tintineó. La cortina de la puerta estaba bajada y, con el sol del otro lado a aquella hora, el interior de Cosas Necesarias quedaba sumido en la penumbra, aunque si la penumbra podía ser agradable, se dijo Polly, aquella lo era como ninguna. Una lamparilla de lectura proyectaba un círculo de luz en el mostrador, junto a la anticuada caja registradora del señor Gaunt. Encima del mostrador había un libro abierto. Era *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

El señor Gaunt la observaba detenidamente, y Polly tuvo que sonreír de nuevo ante la expresión preocupada que leyó en sus ojos.

—Las manos me han dolido de mil demonios estos últimos días —comentó—. Supongo que no tengo un aspecto demasiado agradable.

—Tiene usted el aspecto de una mujer muy cansada y muy afligida.

A Polly le vaciló la sonrisa. En la voz del hombre había comprensión y una

profunda compasión, y por un instante Polly tuvo miedo de estallar en lágrimas. El pensamiento que la ayudó a contenerlas fue muy extraño: «Sus manos. Si lloro, intentará consolarme. Me pondrá sus manos encima y...».

Reafirmó la sonrisa y respondió:

—Sobreviviré. Siempre lo hago. Dígame... ¿Nettie Cobb ha pasado por aquí, por casualidad?

—¿Hoy? —Gaunt frunció el ceño—. No; hoy, no. Si lo hubiera hecho, le habría enseñado otra pieza de cristal emplomado que llegó ayer. No es tan bonita como la que le vendí la semana pasada, pero creo que podría interesarle. ¿Por qué lo pregunta?

—¡Oh...! Por nada —respondió Polly—. Dijo que tal vez lo haría, pero Nettie... Nettie suele olvidar las cosas.

—Da la impresión de una mujer que ha tenido una vida muy difícil —apuntó el hombre en tono grave.

—Sí. En efecto, la ha tenido.

Polly pronunció aquellas palabras con voz lenta y maquinal. Parecía incapaz de apartar sus ojos de los de Gaunt. Por fin, una de sus manos rozó el ángulo de una de las vitrinas de objetos y eso hizo que rompiera el contacto visual con el hombre. Un leve gemido escapó de sus labios.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —aseguró Polly, pero era falso. Estaba muy lejos de encontrarse bien.

Y el señor Gaunt lo entendió perfectamente.

—No, no está usted bien —replicó con rotundidad—. Y por eso voy a prescindir de rodeos. El objeto del cual le he hablado llegó con la nueva remesa, en efecto. Ahora voy a dárselo y a enviarla a casa.

—¿Dármelo?

—Bueno, no se lo estoy regalando —dijo Gaunt mientras pasaba por detrás de la caja registradora—. No nos conocemos tan bien como para ofrecernos regalos, ¿verdad?

Polly sonrió. Gaunt era, evidentemente, un hombre amable; un hombre que, como era bastante lógico, quería hacer algo agradable por la primera persona de Castle Rock que se había mostrado amable con él. Pero Polly tuvo dificultades para responder; incluso las tuvo para seguir la conversación. El dolor de las manos era monstruoso. En aquel momento deseaba no haber acudido allí y, aunque no fuera muy cortés por su parte, lo único que quería era abandonar la tienda, volver a casa y tomarse otra pastilla contra el dolor.

—Este es el tipo de artículo que un vendedor está obligado a ofrecer a prueba... si es un hombre de principios éticos, por supuesto. —Sacó del bolsillo un aro de llaves, escogió una y abrió un cajón bajo la caja registradora—. Si lo prueba un par de días y

descubre que no le produce efecto, cosa que debo advertirle que puede suceder, devuélvame. Si, por el contrario, descubre que le proporciona cierto alivio, entonces hablaremos del precio. Y, para usted —añadió con una sonrisa—, puedo asegurarle que el precio sería bajísimo.

Ella lo observó desconcertada. ¿Alivio? ¿De qué estaba hablando?

Gaunt sacó una cajita blanca y la depositó sobre el mostrador. Levantó la tapa con sus dedos largos y extraños y extrajo del fondo acolchado de la cajita un pequeño objeto de plata con una fina cadena. Parecía una especie de collar, pero el objeto que colgaba de la cadenita cuando el señor Gaunt lo tocó con los dedos parecía un pequeño infusor con forma de huevo para el té o un dedal de gran tamaño.

—Esto es egipcio, Polly. Es muy antiguo. No tanto como las pirámides, desde luego, pero muy antiguo a pesar de todo. En su interior hay algo. Algún tipo de hierba, creo, pero no estoy seguro.

Agitó la mano arriba y abajo. La esfera metálica perforada (el infusor para el té, si era eso el objeto en cuestión) saltó al final de la cadenita. Algo se movió en el interior. Algo que produjo un sonido polvoriento, resbaladizo. A Polly le resultó desagradable.

—Se llama un *azká*, o tal vez un *azakah* —apuntó el señor Gaunt—. En cualquier caso, es un amuleto que supuestamente libra de los dolores a quien lo lleva.

Polly esbozó una sonrisa. Deseaba ser cortés con Gaunt pero... ¿era posible lo que oía? ¿Había acudido hasta allí para encontrarse con una cosa como aquella? El objeto ni siquiera tenía valor estético. Era feo, y aún se quedaba corta en el calificativo.

—En realidad, no creo en...

—Yo, tampoco —la interrumpió Gaunt—, pero las situaciones desesperadas requieren a menudo medidas desesperadas. Le aseguro que es auténtico..., al menos en el sentido de que no ha sido fabricado en Taiwan. Es un objeto egipcio auténtico del ocaso del Imperio; no puede considerarse una reliquia, pero su origen es indiscutible. Viene con un certificado de procedencia que lo identifica como un útil de *benka litis*, o magia blanca. Quiero que lo coja y lo lleve. Supongo que parece una tontería y probablemente lo sea, pero en el cielo y en la tierra hay cosas más extrañas de las que algunos de nosotros soñamos incluso en nuestros momentos filosóficos más desbordantes.

—¿De veras piensa así? —inquirió Polly.

—Sí. A lo largo de mi vida he visto cosas que hacen de un medallón curativo o de un amuleto objetos perfectamente corrientes. —Un destello fugitivo brilló por un momento en sus ojos de color avellana—. Muchas cosas... Algunos pequeños rincones del mundo están llenos de cachivaches fabulosos, Polly. Pero no hablemos ahora de eso; hoy, usted es el tema central. Ya el otro día, cuando sospecho que el

dolor no era ni con mucho tan terrible como ahora, me formé una idea bastante clara de lo penosa que ha llegado a hacerse su situación. He pensado que tal vez merezca la pena probar este pequeño... objeto. Al fin y al cabo, ¿qué tiene usted que perder? Nada de lo que ha intentado hasta ahora ha dado resultado, ¿verdad?

—Le agradezco la intención, señor Gaunt, de veras, sin embargo...

—Leland, por favor.

—Sí, de acuerdo. Se lo agradezco mucho, Leland, pero me temo que no soy supersticiosa.

Polly alzó la cabeza y vio los brillantes ojos avellana del hombre fijos en ella.

—No importa que usted lo sea o no, Polly..., porque este amuleto lo es.

Movió los dedos y el *azká* se balanceó suavemente al final de la cadena.

Polly abrió de nuevo la boca, pero esta vez no salió de ella palabra alguna. Se descubrió recordando un día de la primavera anterior.

Nettie había olvidado el ejemplar de *Inside View* al marcharse a casa, y al echarle un somero vistazo, entre las historias de niños lobo en Cleveland y formaciones geológicas en la luna que parecían la cara de JFK, Polly había tropezado con un anuncio de algo llamado el Dial de Oraciones de los Antiguos, que supuestamente remediaba los dolores de cabeza, las afecciones de estómago y la artritis.

Dominaba el anuncio un dibujo en blanco y negro de un individuo de larga barba con un sombrero de mago (Nostradamus o Gandalf, imaginó Polly) sosteniendo algo que parecía un molinete infantil sobre el cuerpo de un hombre en una silla de ruedas. La especie de molinete emitía un cono de radiación sobre el inválido, y aunque el anuncio no lo decía explícitamente, la obvia conclusión parecía ser que, en un par de noches, el hombre de la silla estaría bailando con frenesí en el Copa. Era ridículo, por supuesto; palabrería supersticiosa para gente cuya mente había titubeado o incluso se había rendido ante un asalto sostenido de dolor e incapacidad. Pero aun así...

Polly se había quedado mirando el anuncio largo rato y, por ridículo que fuera, había estado a punto de llamar al número 800 para pedidos telefónicos que figuraba al pie de la página. Porque tarde o temprano...

—Tarde o temprano, cualquier persona que padezca dolores debe explorar incluso los caminos más heterodoxos, si cabe la posibilidad de que tales caminos puedan conducir al alivio —terció el señor Gaunt—. ¿No lo cree así?

—Yo... Yo no...

—Crioterapia..., guantes térmicos..., incluso el tratamiento por radiaciones... Nada de eso le ha dado resultado, ¿verdad?

—¿Cómo sabe todo eso?

—Un buen comerciante se preocupa por conocer las necesidades de sus clientes —dijo Gaunt con su voz suave, hipnótica. Avanzó hacia la mujer sosteniendo la cadena de plata en un amplio aro de cuyo extremo inferior colgaba el *azká*, y Polly

rehuyó el contacto de sus largos dedos y sus uñas coriáceas.

—No tema, querida. No le rozaré ni un cabello. Siempre que se tranquilice... y permanezca completamente quieta.

Y Polly se tranquilizó. Se quedó quieta como Gaunt le pedía. Se quedó de pie, inmóvil, con las manos (aún enfundadas en los guantes de lana) recatadamente cruzadas delante del cuerpo, y permitió que el hombre le pasara la cadena por la cabeza. Gaunt lo hizo con la dulzura de un padre al colocar el velo nupcial a una hija. Polly se sintió muy lejos del señor Gaunt, de Cosas Necesarias, de Castle Rock, incluso de sí misma. Se sintió como si estuviera en una llanura polvorienta bajo un cielo infinito, a cientos de kilómetros del ser humano más próximo.

El *azká* cayó contra la cremallera de su chaqueta de cuero con un ligero tintineo.

—Póntelo dentro de la chaqueta. Y cuando llegues a casa, métetelo bajo la blusa, también. Tiene que llevarse en contacto con la piel para que ejerza el máximo efecto.

—No puedo hacerlo —respondió Polly con voz muy lenta, como sonámbula—. La cremallera... No puedo bajar la cremallera...

—¿No? Inténtalo.

Así pues, Polly se quitó uno de los guantes y probó. Para su gran sorpresa, comprobó que era capaz de flexionar el pulgar y el índice de la mano derecha lo suficiente para coger la tirilla de la cremallera y tirar de ella.

—Ya está, ¿lo ves?

La pequeña pelota de plata cayó sobre la pechera de la blusa. Le pareció muy pesada y la sensación que producía llevarla no era precisamente cómoda. Se preguntó vagamente qué había en el interior, qué había producido aquel sonido polvoriento y resbaladizo. Algún tipo de hierba, había dicho Gaunt, pero a Polly no le había sonado a hojas, tampoco a polvo. A ella le había producido la impresión de que allí dentro se movía algo por su propia voluntad.

El señor Gaunt pareció comprender su desazón.

—Ya te acostumbrarás, y mucho antes de lo que piensas. Créeme, ya lo verás.

Fuera, a miles de kilómetros de distancia, se oían nuevas sirenas. Sonaban como espíritus perturbados.

El señor Gaunt dio media vuelta, y cuando sus ojos se apartaron de ella, Polly notó que empezaba a recuperar la concentración. Se sentía un tanto perpleja, pero también se encontraba bien. Como si acabara de despertar de una siesta breve pero reparadora. La sensación de incomodidad y desazón había desaparecido.

—Las manos todavía me duelen —murmuró, y era cierto, pero... ¿le dolían tanto como antes? Le parecía que el dolor había remitido un poco, pero aquello no podía ser otra cosa que la sugestión. Tenía la sensación de que Gaunt la había sometido a una especie de hipnosis en su empeño por obligarla a aceptar el *azká*. O tal vez era solo el calor de la tienda después del frío de la calle.

—Dudo mucho que el efecto prometido sea instantáneo —replicó el señor Gaunt con voz adusta—. Pero dele una oportunidad... ¿Lo hará, Polly?

—Está bien. Lo haré —asintió ella encogiéndose de hombros.

Al fin y al cabo, no tenía nada que perder. La bola era lo bastante pequeña para que apenas formara un bulto bajo una blusa y un suéter. No tendría que soportar preguntas si nadie sabía que la llevaba, lo cual era una ventaja; Rosalie Drake mostraría curiosidad y Alan, que era tan poco supersticioso como un tocón, probablemente lo encontraría divertido. En cuanto a Nettie... en fin, Nettie seguramente se quedaría muda de asombro si se enteraba de que Polly llevaba un auténtico amuleto mágico como los que anunciaban en su querida *Inside View*.

—No debe quitárselo, ni siquiera en la ducha —indicó el señor Gaunt—. No es necesario. Es plata de ley y no se oxidará.

—Pero ¿y si lo hago?

Gaunt tosió ligeramente con la mano sobre la boca, como con cierto apuro.

—Bien, el efecto beneficioso del *azká* es acumulativo. El portador se encuentra un poco mejor cada día: un poco hoy, un poco más mañana, etcétera. Al menos eso es lo que me han dicho.

¿Lo que le ha dicho quién?, se preguntó ella.

—Pero si el portador se lo quita, vuelve a su estado de dolor de repente, no poco a poco. Y luego, cuando se lo pone otra vez, ha de esperar días o incluso semanas para recuperar el terreno perdido.

Polly soltó una risilla. No pudo evitarlo y se sintió aliviada al ver que Leland Gaunt se unía a ella.

—Ya sé qué está pensando —dijo él—, pero solo pretendo ayudar, si puedo. ¿Puede usted creer esto, por lo menos?

—Sí —respondió Polly—, y se lo agradezco.

Pero mientras permitía que Gaunt le abriera la puerta para marcharse, la mujer se descubrió reflexionando también sobre otras cosas. En primer lugar, acerca de aquel estado casi hipnótico en el que había caído mientras el hombre le pasaba la cadena por la cabeza, por ejemplo. También acerca de su profundo desagrado a que Gaunt la tocara. Aquellas cosas estaban en abierta contradicción con los sentimientos de amistad, consideración y comprensión que proyectaba como un aura casi visible.

¿Acaso la había hipnotizado de alguna manera? Una idea estúpida..., ¿o no? Polly intentó recordar con exactitud cómo se había sentido mientras hablaban del *azká*, pero no lo consiguió. Si Gaunt la había hipnotizado, sin duda había sido por accidente, y con su colaboración. Más probablemente, lo sucedido era que había caído en ese estado de aturdimiento que a veces le provocaba el consumo excesivo de Percodan. Era lo que más le molestaba de las pastillas. No; aquello era la segunda cosa que más le disgustaba. Lo que realmente odiaba era que ya no producían

siempre el efecto que esperaba de ellas.

—La llevaría a casa si supiera conducir —se ofreció el señor Gaunt—, pero me temo que nunca he aprendido.

—No hay ningún problema —respondió ella—. Le agradezco mucho su amabilidad.

—Deme las gracias si el *azká* funciona. Que tenga una buena tarde, Polly.

Nuevas sirenas ulularon en el aire. Se oían en el lado este del pueblo, hacia las calles Elm, Willow, Pond y Ford. Polly se volvió en aquella dirección. En el sonido de las sirenas, sobre todo en una tarde tan tranquila como aquella, había algo que conjuraba pensamientos vagamente amenazadores —pensamientos, ni siquiera imágenes— de una inminente tragedia. El sonido empezó a acallarse, perdiendo fuerza como una invisible cuerda de reloj en el luminoso aire otoñal.

Quiso comentar algo al respecto al señor Gaunt, pero al darse la vuelta encontró la puerta cerrada. El rótulo de

CERRADO

colgaba entre la cortina bajada y el cristal de la puerta, balanceándose suavemente de un lado a otro. Gaunt había desaparecido en el interior de la tienda mientras estaba vuelta de espaldas; lo había hecho tan en silencio que ella ni siquiera se había enterado.

Echó a andar hacia su casa con paso lento. Antes de que llegara al final de Main Street, otro vehículo policial pasó a su lado como una centella. Esta vez, era un coche patrulla de la policía del estado.

19

—¿Danforth?

Myrtle Keeton cruzó el umbral de la puerta delantera y entró en la sala de estar. Antes de seguir, sujetó el recipiente para la *fondue* bajo el brazo izquierdo mientras pugnaba por sacar la llave que Danforth había dejado en la cerradura.

—¡Danforth, ya estoy en casa!

No obtuvo respuesta. Y el televisor estaba apagado. Era extraño; Danforth estaba tan impaciente por llegar a casa a tiempo del saque inicial... Por un momento pensó si habría ido a ver el partido a otra casa, la de los Garson tal vez, pero la puerta del garaje estaba bajada, lo cual significaba que había guardado el coche, y Danforth no iba andando a ninguna parte si podía evitarlo. Sobre todo en Castle View, que tenía cuevas empinadas.

—Danforth, ¿estás en casa?

Tampoco esta vez hubo contestación. En el comedor había una silla caída. Myrtle frunció el ceño, dejó el recipiente para la *fondue* y levantó la silla. Los primeros hilos de la preocupación, finos como los de una telaraña, se extendieron en su mente. Se dirigió a la puerta del despacho, que estaba cerrada. Cuando llegó junto a esta,ladeó la cabeza contra la madera y aguzó el oído. Tuvo la certeza de percibir el suave crujido del sillón tras el escritorio.

—¿Danforth, estás ahí dentro?

No hubo respuesta..., pero le pareció oír una tos grave. La preocupación se convirtió en alarma. Danforth había estado bajo una gran tensión últimamente —era el único administrador municipal que trabajaba de verdad— y pesaba más de lo recomendable. ¿Y si había sufrido un ataque de corazón? ¿Y si estaba allí dentro, tendido en el suelo? ¿Y si el sonido que acababa de oír no era una tos, sino los esfuerzos de Danforth por respirar?

La mañana deliciosa y la comida perfecta que habían pasado juntos hacían que tal pensamiento pareciera horriblemente posible: primero, el dulce *crescendo*; después, la caída en picado. Alargó la mano para asir el tirador de la puerta del despacho..., pero la retiró y la utilizó para tirarse de la piel floja de la parte inferior del cuello con gesto nervioso. Le habían bastado unas cuantas experiencias, pocas pero amargas, para aprender que no debía molestar a Danforth en su despacho sin llamar... y que nunca, nunca, nunca debía entrar en su sanctasanctórum sin haber sido invitada.

Sí, pensó; pero si ha tenido un ataque al corazón o... o...

Recordó la silla volcada y la recorrió una nueva sensación de alarma.

Supongamos que ha llegado a casa y ha sorprendido a un ladrón, se dijo. ¿Y si el ladrón le ha golpeado en la cabeza, lo ha dejado sin sentido y lo ha arrastrado al despacho?

Descargó una lluvia de golpes con los nudillos sobre la puerta.

—¿Danforth? ¿Te encuentras bien?

No hubo respuesta. No se oía en la casa otro sonido que el solemne tictac del reloj del abuelo en el salón, y, en efecto, ya no tenía ninguna duda: el crujido del sillón del despacho.

Su mano volvió a acercarse lentamente al tirador de la puerta.

—Danforth, ¿estás...?

Las yemas de sus dedos rozaban ya el pomo cuando la voz de Danforth llegó hasta ella como un rugido que la hizo apartarse de la puerta de un brinco, soltando un leve chillido.

—¡Déjame en paz! ¿Es que no puedes dejarme tranquilo, estúpida zorra?

Myrtle emitió un gemido. El corazón le latía desaforadamente, a punto de saltarle por la boca. No era solo la sorpresa; era también la rabia y el odio desenfrenado que transmitía su voz. Después de la mañana tranquila y agradable que habían pasado,

Danforth no le habría hecho más daño si le hubiera acariciado la mejilla con un puñado de cuchillas de afeitar.

—Danforth..., pensaba que te habías hecho daño... —Su voz era un leve jadeo que ella misma apenas lograba oír.

—¡Que me dejes en paz!

A juzgar por el sonido, Danforth estaba justo al otro lado de la puerta.

¡Oh, Dios mío, esa voz...! ¡Suenan como si se hubiera vuelto loco!, pensó. ¿Es eso posible? ¿Cómo puede serlo? ¿Qué ha sucedido desde que me ha dejado frente a la casa de Amanda?

Pero tampoco hubo respuesta a aquellas preguntas. Solo hubo dolor. Y por eso se deslizó escalera arriba, sacó su hermosa muñeca nueva del armario del cuartito de costura y luego se encaminó al dormitorio. Se descalzó y se tendió en su lado de la cama con la muñeca entre los brazos.

En alguna parte, lejos de allí, oyó unas sirenas en direcciones contrarias, pero no les prestó atención.

El dormitorio resultaba encantador a aquella hora del día, lleno de un radiante sol otoñal. Myrtle no lo vio. Lo único que vio fueron tinieblas. Solo sentía pena, una pena profunda y doliente que ni siquiera la espléndida muñeca lograba aliviar. Una pena que parecía llenarle la garganta e impedirle respirar.

Con lo feliz que se había sentido todo el día... Tan, tan feliz... Y él también lo había sido. Estaba segura de ello. Y ahora las cosas estaban aún peor que antes. Mucho peor.

¿Qué había sucedido?

¡Oh, Dios!, ¿qué era lo que había sucedido y de quién era la culpa?

Myrtle estrechó la muñeca entre sus brazos y levantó la vista al techo, y al cabo de un rato, empezó a llorar con grandes sollozos apagados que hacían temblar todo su cuerpo.

ONCE

1

A un cuarto de hora para la medianoche de aquel larguísimo domingo de octubre, una puerta del sótano del ala pública del hospital Kennebec Valley se abrió para dejar paso al comisario Alan Pangborn. Este avanzó con paso lento y la cabeza gacha. Sus pies, enfundados en las zapatillas con goma elástica del hospital, se arrastraban sobre el linóleo. En el rótulo de la puerta batiente que acababa de dejar atrás podía leerse:

DEPÓSITO DE CADÁVERES
PROHIBIDA LA ENTRADA A TODA PERSONA
NO AUTORIZADA.

Al otro extremo del pasillo, un conserje en mono de trabajo utilizaba una pulidora para abrillantar el suelo con pasadas lentas y perezosas. Alan se encaminó hacia él mientras se quitaba el gorro hospitalario de la cabeza. Levantó la bata verde que llevaba encima de su ropa y se guardó el gorro en uno de los bolsillos traseros de los pantalones tejanos. El leve zumbido de la pulidora tuvo un efecto adormecedor sobre él. Un hospital de Augusta era el último lugar en la tierra donde habría querido estar aquella noche.

Cuando se acercó al conserje, este alzó la cabeza y detuvo la máquina.

—No tiene usted muy buen aspecto —saludó a Alan.

—No me sorprende. ¿Tiene un cigarrillo?

El conserje sacó un paquete de Lucky del bolsillo del pecho, hizo asomar uno de una sacudida y se lo ofreció a Alan.

—Pero no se lo fume aquí dentro —dijo entonces. Indicó la puerta del depósito de cadáveres con un gesto de la cabeza y añadió—: El doctor Ryan se pone hecho una furia.

Alan asintió.

—¿Dónde, pues?

El conserje lo condujo hasta un pasillo que cruzaba el que ocupaban y señaló una puerta a medio camino en el nuevo corredor.

—Esa puerta da al callejón contiguo al edificio. Pero manténgala abierta con algo o tendrá que dar toda la vuelta hasta la entrada principal para volver aquí. ¿Tiene cerillas?

Alan echó a andar por el pasillo.

—Llevo encendedor. Gracias por el cigarrillo.

—He oído que ahí dentro había trabajo doble —comentó el conserje a su espalda.

—Es cierto —asintió Alan sin volverse.

—Las autopsias son una mierda, ¿verdad?

—Sí —murmuró Alan.

Detrás de él se reanudó el suave zumbido de la pulidora de suelos. Desde luego que eran una mierda. Las autopsias de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck habían sido las número veintitrés y veinticuatro de su carrera, y todas habían sido una mierda, pero aquellas dos se habían llevado la palma.

La puerta que había indicado el conserje era de esas equipadas con una barra de apertura de seguridad. Alan buscó algo con que impedir que se cerrara pero no encontró nada. Se quitó la bata verde, hizo una bola con ella y abrió la puerta. El aire nocturno penetró en el pasillo, frío pero increíblemente vigorizante después del rancio olor a alcohol del depósito de cadáveres y de la sala de autopsias anexa. Alan colocó la bata enrollada contra el dintel de la puerta y salió. Con cuidado, dejó que la puerta empezara a cerrarse, comprobó que la bata impedía que se ajustara el pestillo y se olvidó del asunto. Apoyó la espalda en la pared de bloques de hormigón ligero junto a la raya de luz que, como un trazo de lápiz, escapaba a través de la puerta ligeramente entornada y encendió el cigarrillo.

La primera bocanada que inhaló hizo que la cabeza le diera vueltas. Llevaba casi dos años intentando dejar el tabaco y casi lográndolo. Pero siempre sucedía algo. Esa era la maldición y la bendición del trabajo de policía; siempre sucedía algo.

Alzó la vista hacia las estrellas, que normalmente le resultaban relajantes, y no distinguió muchas. Los focos de alta densidad que rodeaban el hospital amortiguaban su brillo. Logró distinguir la Osa Mayor, Orion y un leve punto rojizo que probablemente era Marte, pero nada más.

Marte, pensó. Eso es. Sí, eso es, sin duda. Los señores de la guerra de Marte aterrizaron en Castle Rock hacia el mediodía y los primeros humanos que encontraron fueron Nettie y esa furia de Wilma Jerzyck. Los señores de la guerra las mordieron y les contagiaron la rabia. Es lo único que encaja.

Se le ocurrió volver allá adentro y decirle a Henry Ryan, el forense jefe del estado de Maine: «Ha sido un caso de intervención extraterrestre, doctor. Caso cerrado». Pero le dio la impresión de que a Ryan no le haría gracia. También para él había sido una noche muy larga.

Alan dio una profunda calada al cigarrillo. El sabor era absolutamente magnífico, por mucho que le mareara, y el comisario creyó entender perfectamente por qué habían prohibido fumar en las zonas públicas de todos los hospitales del país. Calvinó tenía toda la razón: nada que le hiciera a uno sentirse de aquella manera podía ser bueno. Mientras tanto, añadió Alan para sí, dadme más de esa nicotina... ¡da tanto gusto!

Pensó vagamente en lo estupendo que sería comprar un cartón entero de aquellos

Lucky, arrancar los dos extremos y luego encender todo el mazo con un soplete. Pensó en lo estupendo que sería emborracharse. Pero probablemente era un mal momento para eso. Era otra norma inflexible en su vida: cuando realmente necesitaba pillar una buena cogorza, no podía permitírselo por una u otra razón. Alan se preguntó si tal vez los alcohólicos del mundo eran los únicos que se ceñían de verdad a sus prioridades.

La raya de luz como un trazo de lápiz aumentó de grosor hasta convertirse en una barra, Alan volvió la cabeza y vio a Norris Ridgewick. Norris salió al callejón y se apoyó en la pared al lado de Alan. Aún lucía el gorro verde, pero lo llevaba ladeado y con las cintas de atarlo colgando sobre la espalda de la bata. Sus facciones tenían el mismo tono verdoso que la prenda.

—Dios santo, Alan...

—Han sido las primeras, ¿verdad?

—No. Ya había presenciado una autopsia cuando estaba en North Wyndham. Un caso de inhalación de humos. Pero estas... ¡Dios santo, Alan...!

—Sí —dijo el comisario, y soltó el humo—. ¡Dios santo!

—¿Tienes otro cigarrillo?

—No, lo siento. Este me lo ha dado el conserje. No sabía que fumaras, Norris —añadió, mirando con ligera curiosidad al agente.

—No fumo. Pero he pensado que podía empezar a hacerlo...

Alan se rió por lo bajo.

—Estoy impaciente por salir de pesca mañana —continuó Ridgewick—. ¿O se han acabado los días libres hasta que resolvamos este asunto?

Alan se lo pensó un momento y luego movió la cabeza en gesto de negativa. La verdad era que no habían intervenido los señores de la guerra de Marte; en realidad, el caso parecía bastante sencillo. En cierto modo, eso era lo que lo hacía tan horrible. No vio ninguna razón para anular los días libres de Norris.

—Me alegro —dijo este—. Pero si quieres, voy. Por mí no hay problema, Alan.

—No creo que te necesite, Norris —insistió el comisario—. John y Clut han estado en contacto conmigo; Clut ha acompañado a los chicos del departamento de investigación criminal a hablar con Pete Jerzyck, y John está con el grupo que investiga los pasos de Nettie. Los dos han estado en contacto. El asunto está bastante claro. Es desagradable, pero está claro.

Y así era, pero Alan seguía inquieto. En algún nivel profundo de su mente, seguía presa de una gran desazón.

—Y bien, ¿qué sucedió? Quiero decir que ese mal bicho de Wilma Jerzyck llevaba años buscándosela, pero estaba convencido de que, cuando por fin alguien le parase los pies, el asunto terminaría con un ojo amoratado o un brazo roto, no con algo como esto. ¿Acaso ha sido solo una cuestión de haber escogido la persona que

no debía?

—Sí, me parece que de eso se trata, más o menos —contestó Alan—. Wilma no podía escoger a una contrincante peor para empezar una enemistad continua y encarnizada.

—¿Wilma y Nettie andaban a la greña?

—Polly regaló un cachorro a Nettie la última primavera. El perrito ladró un poco al principio, y Wilma armó un buen cisco con sus protestas.

—¿De veras? No recuerdo haber visto denuncias de molestias.

—Solo presentó una, y yo me ocupé del asunto. Polly me pidió que lo hiciera. Se sentía responsable en parte, porque había sido ella quien le había dado el animal. Nettie me aseguró que tendría al perro dentro de casa todo el tiempo posible, y para mí ahí terminó el asunto.

»El perro dejó de ladrar, pero parece que Wilma siguió molestando a Nettie. Según Polly, Nettie cambiaba de acera cuando veía acercarse a Wilma, aunque estuviera a dos manzanas de distancia. Nettie incluso llegaba a hacerle signos deseándole mal de ojo. Y por fin, la semana pasada, cruzó la raya. Acudió a casa de los Jerzyck mientras Pete y Wilma estaban en el trabajo, vio las sábanas colgadas del tendedero y las embadurnó de barro del huerto.

Norris soltó un silbido.

—¿Hubo denuncia de eso, Alan?

El comisario movió la cabeza en gesto de negativa y respondió:

—Desde entonces hasta esta tarde, todo el asunto quedó entre las dos mujeres.

—¿Qué hay de Pete Jerzyck?

—¿Acaso no conoces a Pete?

—Bueno... —Norris dejó la contestación a medias y pensó en Pete. Y en Wilma. Y en los dos juntos. Después asintió lentamente—. Pete tuvo miedo de que Wilma se le comiera el hígado y se le tirara al cuello si intentaba hacer de moderador, de modo que se mantuvo al margen, ¿no es eso?

—Más o menos. Lo cierto es que tal vez logró apaciguar las cosas, al menos de momento. Clut dice que, según ha contado Pete a los tipos del DIC, Wilma quiso salir a por Nettie tan pronto vio lo sucedido con las sábanas. Estaba dispuesta a organizar un buen baile. Según parece, llamó por teléfono a Nettie y le dijo que iba a arrancarle la cabeza y a cagarse encima de su cuello.

Norris asintió. Entre la autopsia de Wilma y la de Nettie, había llamado a la comisaría de Castle Rock y había pedido una lista de las quejas y denuncias recibidas acerca de las dos mujeres. El expediente de Nettie era muy breve, solo un asunto: había matado a puñaladas a su marido. Fin de la historia. Ni antes ni después del suceso, incluidos los últimos años desde que había vuelto al pueblo, hubo noticia de otros accesos violentos. Wilma era decididamente harina de otro costal. Nunca había

matado a nadie, pero la lista de quejas y denuncias —tanto formuladas por ella como contra ella— era larga y se remontaba a lo que por entonces era la escuela de enseñanza media de Castle Rock, donde había hinchado un ojo a una profesora suplente que la había castigado a quedarse después de clase. En dos ocasiones, las mujeres que habían tenido la mala fortuna o el mal juicio de enemistarse con Wilma habían acudido, preocupadas, a pedir protección policial. Wilma también había sido objeto de tres denuncias por agresión a lo largo de los años. Finalmente, todas las denuncias habían sido retiradas, pero no eran precisos muchos estudios para llegar a la conclusión de que nadie en su sano juicio provocaría voluntariamente la cólera de Wilma Jerzyck.

—Las dos mujeres eran mala medicina, la una para la otra —murmuró Norris.

—La peor.

—¿Dices que su marido convenció a Wilma de que no fuese a por Nettie la primera vez que amenazó con hacerlo?

—Pete es demasiado prudente para intentarlo siquiera. Lo que hizo, según Clut, es dejar caer dos píldoras de Xanax en la taza de té de su esposa. Eso le bajó el termostato. De hecho, Pete pensaba que el asunto ya era agua pasada.

—¿Tú le crees, Alan?

—Sí..., todo lo que puedo creer a alguien sin tener una charla cara a cara con él, por supuesto.

—¿Qué es eso que le echó en el té? ¿Droga?

—Un tranquilizante. Jerzyck ha contado a los del DIC que ya lo había utilizado un par de veces cuando Wilma se acaloraba, y que las pastillas la enfriaban de una manera muy eficaz. Pete pensaba que aquella vez también habían funcionado.

—Pero no fue así.

—Creo que al principio sí. Por lo menos, Wilma no fue a por Nettie con la intención de hacerla picadillo. Pero estoy seguro de que continuó molestando a Nettie, de que siguió con la táctica establecida cuando la discusión era solamente acerca del perro: llamadas telefónicas, pasadas en coche por delante de la casa... Cosas así. Nettie era muy susceptible y todo eso debió de afectarla mucho. John LaPointe y el grupo del DIC al que acompaña han ido a ver a Polly hacia las siete. Dice que notó a Nettie preocupada por algo. Esta mañana, Nettie le hizo una visita y, en ella, dejó escapar algo. Entonces Polly no lo comprendió. Supongo que ahora estará deseando haber prestado más atención —añadió con un suspiro.

—¿Qué tal se lo ha tomado Polly?

—Bastante bien, creo.

Alan había hablado dos veces con ella, una desde una casa próxima a la escena del crimen y una segunda desde el hospital, poco después de que Norris y él llegaran. En ambas ocasiones, la voz de Polly había sonado tranquila y controlada, pero Alan

había notado las lágrimas y la confusión que se ocultaban tras aquella superficie cuidadosamente controlada. En la primera llamada, no le había sorprendido demasiado descubrir que Polly ya conocía la mayor parte de lo sucedido; las noticias, sobre todo las malas, viajan deprisa en los pueblos pequeños.

—¿Y qué ha provocado la gran explosión?

Alan miró a Norris, sorprendido, y entonces se dio cuenta de que su ayudante todavía no estaba al corriente. Entre autopsia y autopsia, Alan había recibido un informe más o menos completo de John LaPointe mientras Norris estaba al otro teléfono, hablando con Sheila Brigham y tomando nota de la lista de denuncias recibidas acerca de las dos mujeres.

—Una de ellas decidió intensificar las hostilidades —explicó—. Me inclino a pensar que fue Wilma, pero los detalles aún están difusos. Al parecer, esta mañana, mientras Nettie estaba de visita en casa de Polly, Wilma acudió a su casa. Nettie debió de marcharse sin cerrar con llave y sin siquiera ajustar la puerta, y el viento debió de abrirla. Ya has visto el día ventoso que hemos tenido...

—Sí.

—De modo que tal vez todo empezó como un paseíto más en coche por delante de la casa de Nettie para mantener a esta en tensión. Entonces Wilma debió de ver la puerta abierta y el acoso a distancia se convirtió en otra cosa. Bueno, tal vez no haya sucedido exactamente así, pero en general me suena bastante lógico.

Apenas habían salido de sus labios aquellas últimas palabras cuando Alan se dio cuenta de que no eran ciertas. No le sonaba nada lógico, y ese era el problema: debería haberle convencido, quería que le convenciera, pero no era así. Y lo que lo sacaba de quicio era que no había ninguna razón para tener aquella sensación de andar equivocado; al menos, ninguna que pudiera señalar con el dedo. A lo sumo podía concretarla preguntándose si Nettie habría cometido el descuido no solo de no echar la llave, sino de no comprobar que la puerta quedaba bien cerrada, si estaba tan paranoica respecto a Wilma como parecía haberse sentido, y aquel interrogante no bastaba para levantar sus suspicacias. No bastaba porque Nettie no estaba del todo en sus cabales y uno no podía hacer muchas suposiciones sobre lo que una persona en sus condiciones haría o dejaría de hacer. Aun así...

—¿Y qué hizo Wilma? —preguntó Norris—. ¿Poner la casa patas arriba?

—Le mató el perro.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¡Cielos! ¡Qué mala leche!

—Sí, pero ya sabíamos que la tenía, ¿verdad?

—Es cierto, pero aun así...

Allí estaba de nuevo. Incluso en boca de Norris Ridgewick, de quien a pesar de

los años transcurridos solo podía esperarse que llevara a cabo como era debido el veinte por ciento de su trabajo burocrático, como mucho: Es cierto, pero aun así...

—Lo hizo con uno de esos artilugios multiuso del ejército suizo. Utilizó el sacacorchos, donde clavó una nota en la que decía que era la respuesta por haberle manchado de barro las sábanas. Acto seguido, Nettie fue a casa de Wilma con un puñado de piedras de buen tamaño, envueltas con otras tantas notas sujetas con gomas elásticas. Las notas decían que era el último aviso para Wilma. Nettie arrojó las piedras contra los cristales de la casa de Wilma y no dejó uno sano en el piso de abajo.

—¡Madre de Dios! —exclamó Norris, no sin admiración.

—Los Jerzyck salieron hacia las diez y media para oír misa de once. Después de misa, comieron con los Pulaski. Pete Jerzyck se quedó a ver el partido de los Patriots con Jake Pulaski, de modo que esta vez ni siquiera pudo intentar enfriar los ánimos de su mujer.

—¿Y se encontraron en esa esquina por casualidad?

—Lo dudo. Tengo la impresión de que Wilma llegó a su casa, vio el estropicio y llamó a Nettie para desafiarla.

—¿Como en un duelo, quieres decir?

—Sí; eso, exactamente.

Norris dejó escapar un silbido; luego se quedó callado unos momentos, con las manos a la espalda y la mirada perdida en la oscuridad.

—De todos modos, ¿por qué tenemos que asistir a esas condenadas autopsias, Alan? —preguntó por fin.

—Cuestión de protocolo, supongo —respondió Alan, pero era más que eso, al menos para él. Cuando a uno le preocupaba el aspecto de un caso, o la sensación que le producía (y a Alan le inquietaban ambas cuestiones de aquel caso), cabía la posibilidad de encontrar en la autopsia algo que sacara su mente del punto muerto en que se encontraba y que hiciera entrar alguna de las marchas. Cabía la posibilidad de encontrar un gancho donde colgar el sombrero.

—Pues creo que ya es hora de que el condado contrate a un funcionario de protocolo —gruñó Norris, y Alan se echó a reír.

Pero por dentro no reía, y no solo porque lo sucedido iba a ser un golpe terrible para Polly en los días siguientes. Había algo en el caso que no acababa de casar. A primera vista, no había nada raro, pero en el lugar donde vivía el instinto (donde a veces se escondía), los dioses marcianos de la guerra aún parecían cobrar más sentido. Al menos para Alan.

¡Eh, vamos! ¿Es que no acabas de explicárselo todo a Norris, de pe a pa, en el tiempo que se tarda en fumar un cigarrillo?, se dijo.

Sí, era cierto. Y ahí estaba en parte el problema. ¿Era posible que dos mujeres,

aunque una estuviera medio chiflada y la otra fuera puro veneno, se encontrarán en una esquina y se despedazarán mutuamente como un par de adictos al crack pasados de rosca, por razones tan simples?

Alan no lo sabía. Y precisamente porque no lo sabía, arrojó la colilla del Lucky y empezó a repasar de nuevo todo el asunto.

2

Para Alan, el asunto había empezado con una llamada de Andy Clutterbuck. El comisario acababa de apagar el televisor donde estaba viendo el partido de los Patriots y los Jets (los Patriots ya perdían por un *touchdown* y un gol de campo, y apenas habían transcurrido tres minutos del segundo cuarto) y se estaba poniendo el abrigo cuando sonó el teléfono. Alan tenía pensado pasarse por Cosas Necesarias para ver si el señor Gaunt estaba en esa ocasión. Incluso era posible, suponía, que encontrase allí a Polly, después de todo. La llamada de Clut había cambiado aquellos planes.

Según Clut, al volver del almuerzo había sorprendido a Eddie Warburton en el momento de colgar el teléfono de la centralita. A decir de Eddie, había un alboroto en uno de los barrios del pueblo. Una pelea entre mujeres, o algo así. Sería buena idea, según él, que Clut llamara al comisario para ponerlo al corriente del problema.

—¿Qué diablos hace Eddie Warburton contestando el teléfono de la comisaría?
—preguntó Alan con irritación.

—Bueno, supongo que no había nadie atendiendo la centralita y habrá pensado...

—Eddie conoce perfectamente el procedimiento a seguir en esos casos: cuando la centralita está desatendida, las llamadas debe recogerlas El Hijoputa.

—No sé por qué ha cogido el teléfono —replicó Clut con impaciencia apenas contenida—, pero me parece que eso carece de importancia. Hace cuatro minutos, mientras estaba hablando con Eddie, ha llegado una segunda llamada acerca del incidente. Era una anciana. No me ha dado el nombre: o bien estaba demasiado nerviosa para dármelo o, simplemente, no ha querido hacerlo. En cualquier caso, va y dice que se ha producido una violenta pelea en la esquina de Ford y Willow. Se trata de dos mujeres. La comunicante dice que utilizan armas blancas. También dice que todavía están allí.

—¿Todavía están peleándose?

—No; están caídas en el suelo. Las dos. La pelea ha terminado.

—Ya. —La mente de Alan empezó a trabajar más deprisa, como un tren expreso acelerando—. ¿Has registrado la llamada, Clut?

—Por supuesto que sí.

—Bien. Seaton está de servicio esta tarde, ¿no? Dile que vaya al lugar de los hechos ahora mismo.

—Ya le he mandado hacia allí.

—Bendito seas. Ahora llama a la policía del estado.

—¿Quieres que venga una UIC?

—Todavía no. De momento, límitate a notificarles la situación. Nos encontraremos allí, Clut.

Cuando llegó a la escena del crimen y vio el alcance de lo sucedido, Alan llamó por la radio al cuartel Oxford, sede central de la policía del estado, y pidió que enviaran inmediatamente una Unidad de Investigación Criminal..., dos, si podían disponer de ellas. Para entonces, Clut y Season Thomas estaban ya ante las mujeres caídas en el suelo y, con los brazos abiertos, indicaban a la gente que cada cual se fuera a su casa. Norris llegó, echó un vistazo y luego sacó del portaequipajes del coche patrulla un rollo de cinta adhesiva amarilla con la leyenda ESCENA DEL CRIMEN - NO PASAR. La cinta tenía una gruesa capa de polvo, y más tarde Norris comentó a Alan que no había estado seguro de que aún pegara, de puro vieja.

Pero había servido, de todos modos. Norris la extendió en torno a los troncos de los robles, formando un gran triángulo alrededor de las dos mujeres, que parecían abrazadas al pie de la señal de stop. Los mirones no habían vuelto a sus casas, pero al menos se habían retirado a los patios de estas. Había una cincuentena de espectadores, y el número crecía conforme las llamadas telefónicas difundían la noticia y los vecinos acudían a toda prisa a contemplar el terrible suceso. Andy Clutterbuck y Seaton Thomas parecían casi lo bastante nerviosos para sacar sus armas y ponerse a lanzar disparos de advertencia. Alan comprendió muy bien cómo se sentían.

En Maine, el Departamento de Investigación Criminal se encarga de las pesquisas en los casos de asesinato, y para los policías de cuerpos menos importantes (que son casi todos), el momento más temible es el que transcurre entre el descubrimiento del crimen y la llegada del DIC. Los agentes de las policías locales y de los condados saben perfectamente que en ese lapso de tiempo a menudo se rompe la llamada «cadena de pruebas». La mayoría sabe también que todo lo que hagan durante ese período será revisado meticulosamente por tipos que siempre tienen algo que decir cuando ya es demasiado tarde —la mayor parte de ellos de los juzgados o de la oficina del fiscal general— y que creen que los policías de cuerpos poco importantes, incluso los de la policía del condado, son un puñado de patanes de manos torpes.

Además, aquellos grupos de gente silenciosa que observaban inmóviles desde sus patios al otro lado de la calle resultaban casi fantasmales. A Alan le recordaron los zombis de la galería comercial en *El amanecer de los muertos*.

Cogió el altavoz portátil del asiento trasero del coche patrulla y ordenó a todos los

mirones que entraran en sus casas de inmediato, cosa que empezaron a hacer. Luego repasó mentalmente una vez más el procedimiento de actuación y llamó por radio a la comisaría. Sandra McMillan se había presentado para ocuparse del trabajo allí. Sandra no le merecía tanta confianza como Sheila Brigham, pero no era momento para andarse con remilgos, y Alan supuso que Sheila se enteraría de lo sucedido y no tardaría en presentarse en la comisaría. Si no la llevaba allí su sentido del deber, lo haría la curiosidad.

Alan le dijo a Sandy que localizara a Ray van Allen. Ray era el forense del condado de Castle Rock y Alan quería que estuviese allí cuando llegaran los del DIC, si era posible.

—Muy bien, comisario —dijo Sandy dándose importancia—. Recibido.

Alan volvió junto a sus hombres en la escena del suceso.

—¿Quién de vosotros ha comprobado que están muertas?

Clut y Seat Thomas se miraron con incómoda sorpresa y a Alan se le cayó el alma a los pies. Un punto para los tipos de la oficina del fiscal, o tal vez no. Todavía no había llegado la primera de las Unidades de Investigación Criminal, aunque ya oía acercarse más sirenas. Alan pasó bajo la cinta y se acercó a la señal de stop, caminando de puntillas como un chiquillo que intentara escabullirse de casa después de la hora límite.

La mayor parte de la sangre vertida estaba encharcada entre las víctimas y la cuneta sembrada de hojas, pero una fina rociada de gotitas —lo que los del departamento forense denominaban retrosalpicaduras— punteaba la zona alrededor de los cuerpos formando casi un círculo. Alan hincó una rodilla justo en el límite de ese círculo, alargó la mano y observó que podía alcanzar los cadáveres —no tenía ninguna duda de que lo eran—, si se inclinaba hacia delante hasta casi perder el equilibrio.

Volvió la vista hacia Seat, Norris y Clut. Los tres estaban detrás de él, muy juntos, observándolo con los ojos muy abiertos.

—Sacadme una foto —les pidió.

Clut y Seaton se limitaron a seguir mirándolo, como si acabaran de recibir una orden en tagalo, pero Norris corrió al coche de Alan y rebuscó en la parte trasera hasta encontrar la vieja Polaroid, una de las dos que utilizaban para tomar fotografías de la escena del crimen. Alan proyectaba solicitar una cámara nueva, al menos, en la reunión del comité de asignaciones; sin embargo, aquella tarde, la reunión parecía importar muy poco.

Norris volvió corriendo con la cámara, enfocó y disparó. El motor de la máquina emitió un gemido.

—Es mejor que saques otra, solo para asegurarnos —indicó Alan—. Saca los también cuerpos. No quiero que esos tipos digan que hemos roto la cadena de

pruebas. ¡Y una mierda, vamos a romperla!

Fue consciente de que su voz sonaba un poco irritable, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Norris sacó otra instantánea para documentar la posición de Alan fuera del círculo de pruebas y la posición de los cuerpos al pie del poste de la señal de stop. Luego Alan se inclinó hacia delante otra vez, con cuidado, y apoyó los dedos en el cuello ensangrentado de la mujer que yacía encima. No encontró el menor pulso, por supuesto, pero al cabo de un segundo la presión de sus dedos hizo que la cabeza de la mujer resbalara del poste y el rostro quedara vuelto hacia él. Alan reconoció a Nettie y, de inmediato, pensó en Polly.

¡Oh, Señor!, se dijo, afligido. A continuación procedió a buscarle el pulso a Wilma, aunque esta tenía un cuchillo de carnicero hundido en el cráneo. Las mejillas y la frente estaban salpicadas de pequeños puntitos de sangre que parecían tatuajes paganos.

Alan se incorporó y volvió a donde aguardaban sus hombres, al otro lado de la cinta. Parecía incapaz de dejar de pensar en Polly y sabía que debía hacerlo. Tenía que quitársela de la cabeza o terminaría por cometer algún error en aquel asunto. Se preguntó si alguno de los mirones habría reconocido ya a Nettie. En tal caso, seguramente Polly se enteraría antes de que él pudiera llamarla. Alan rogó desesperadamente que no se le ocurriera acudir a verla por sí misma.

Ahora no puedes preocuparte por eso, se reprendió. Por lo visto tienes en las manos un caso de doble asesinato.

—Saca la libreta —le dijo a Norris—. Vas a ser la secretaria del club.

—Vamos, Alan, ya sabes que cometo muchas faltas de ortografía.

—Limítate a escribir.

Norris entregó la Polaroid a Clut y sacó la libreta de notas del bolsillo trasero. Al hacerlo, cayó al suelo un bloc de advertencias de tráfico con su nombre estampado con tampón al pie de cada volante. Norris se inclinó, recogió el bloc de la acera y volvió a meterlo en el bolsillo con gesto ausente.

—Quiero que apuntes que la cabeza de la mujer situada encima, a la que denominaremos Víctima Uno, estaba apoyada contra el poste de la señal de stop. La he desplazado inadvertidamente mientras le buscaba el pulso.

Qué fácil era, pensó Alan, pasar del lenguaje normal a la jerga policial, en la que los coches se convertían en «vehículos», los ladrones se convertían en «delincuentes» y los muertos en «víctimas» numeradas.

Se volvió hacia Clut y le indicó que fotografiase aquella segunda configuración de los cuerpos, sintiéndose tremendamente aliviado de haber ordenado a Norris que documentara la posición original antes de tocar los cadáveres.

Clut tomó la foto. Alan se volvió hacia Norris.

—Quiero que anotes también que, al moverse la cabeza de la Víctima Uno, he podido identificarla como Netitia Cobb.

Seaton soltó un silbido.

—¿Quieres decir que es Nettie?

—Sí. Eso es lo que quiero decir.

Norris escribió de prisa la información en la libreta. Luego preguntó:

—¿Qué hacemos ahora, Alan?

—Esperar a la unidad de investigación del DIC e intentar poner buena cara cuando llegue —respondió el comisario.

La UIC llegó menos de tres minutos después en dos coches, seguidos por Ray van Allen en su desvencijado Subaru Brat. Cinco minutos más tarde llegó un equipo de identificación de la policía del estado en una camioneta azul. Tras apearse, todos los miembros del equipo sacaron unos habanos y los encendieron. Alan ya sabía que lo harían. Los cadáveres eran recientes y estaban al aire libre, pero el ritual de los habanos era inmutable.

Se inició entonces el desagradable trabajo conocido en la jerga policial como «asegurar la escena», que se prolongó hasta después del anochecer. Alan había trabajado en otras ocasiones con Henry Payton, comandante del cuartel Oxford (y, por tanto, responsable formal del caso y de los tipos de la UIC que trabajaban en él), y nunca había advertido en Henry el menor atisbo de imaginación. Aquel hombre era perseverante; carecía de talento pero era meticuloso y trabajador. Precisamente porque Henry era el encargado de la investigación, Alan se sintió lo bastante tranquilo para alejarse unos momentos y llamar a Polly.

Cuando volvió, los agentes estaban protegiendo las manos de las víctimas con unas bolsas de cierre elástico. Wilma Jerzyck había perdido uno de los zapatos y su pie enfundado en la media fue objeto del mismo tratamiento. El equipo de identificación entró en acción y tomó casi trescientas fotos. Para entonces ya habían llegado más policías del estado. Unos mantuvieron alejada a la gente, que empezaba a arremolinarse de nuevo, y otros desviaron a un equipo de televisión recién llegado hacia el edificio municipal. Un dibujante de la policía trazó un rápido bosquejo de la escena del crimen sobre una plantilla cuadriculada.

Finalmente, llegó el momento de ocuparse de los cuerpos, aunque antes quedaba un último detalle. Payton entregó a Alan un par de guantes quirúrgicos desechables y una bolsa de cierre elástico.

—¿El trinchante o la cuchilla? —preguntó.

—Yo cogeré la cuchilla —respondió Alan. Sería más repugnante, con la hoja aún salpicada de los sesos de Wilma Jerzyck, pero no quería tocar a Nettie. La mujer le había caído bien.

Con las armas del crimen recuperadas, etiquetadas, embaladas y camino de

Augusta, los dos equipos de la UIC empezaron la investigación de la zona alrededor de los cuerpos, que aún yacían en su abrazo definitivo mientras la sangre embalsada entre ellos empezaba a adquirir la consistencia de un esmalte. Cuando Ray van Allen recibió por fin la autorización para cargarlos en la furgoneta de asistencia médica, la escena del crimen fue iluminada con las luces de carretera de un coche patrulla y los enfermeros tuvieron que proceder primero a separar a Wilma y a Nettie.

Durante la mayor parte de estas operaciones, la flor y nata de Castle Rock permaneció en torno al lugar, sintiéndose partícipe del drama.

Durante la última parte del ballet, extrañamente delicado, que se conocía como «investigación sobre el terreno», Henry Payton se acercó a Alan y los dos hombres contemplaron juntos las operaciones, sin intervenir.

—Qué manera tan asquerosa de pasar una tarde de domingo —comentó.

Alan asintió.

—Lamento que se te moviera la cabeza al tocarla. Mala suerte.

Alan asintió otra vez.

—De todos modos, no creo que nadie vaya a molestarte por eso. Al menos tienes una buena foto de la postura original. —Payton miró a Norris, que estaba hablando con Clut y con John LaPointe, recién llegado—. Has tenido suerte de que ese hombre tuyo no tapara el objetivo con el dedo.

—Vamos, Norris no es mal policía.

—No me gustaría que trabajase conmigo. De todos modos, el asunto parece bastante sencillo.

Alan estuvo de acuerdo. Y ahí estaba el problema; lo había sabido mucho antes de que Norris y él terminaran su turno dominical de servicio en un callejón detrás del hospital Kennebec Valley. Todo aquel asunto era, tal vez, demasiado sencillo.

—¿Piensas asistir al despiece? —preguntó Henry.

—Sí. ¿Se encargará Ryan?

—Eso he oído.

—He pensado que podría llevar a Norris conmigo. Los cuerpos irán primero al Oxford, ¿verdad?

—Sí. Allí es donde los registramos.

—Si Norris y yo nos vamos ahora, podemos estar en Augusta antes de que lleguen.

Henry Payton asintió.

—¿Por qué no? Creo que aquí ya está todo hecho.

—Me gustaría que uno de mis hombres acompañara a cada equipo de la UIC. Como observadores. ¿Tienes algún inconveniente?

Payton se lo pensó un poco.

—No, pero... ¿quién va a mantener el orden? ¿El viejo Seat Thomas?

Alan sintió un súbito estallido de algo que era tal vez demasiado fuerte para desecharlo como un simple comentario desafortunado. Había sido un día muy largo, había tenido que escuchar cómo Henry se burlaba de sus hombres a placer..., pero necesitaba tener a buenas a Henry para poder meter las narices en lo que, técnicamente, era un caso de la policía estatal. Así pues, contuvo la lengua.

—¡Vamos, Henry! Es domingo por la noche. Hasta El Tigre Achispado está cerrado.

—¿A qué viene ese interés en seguir el caso, Alan? ¿Acaso te hueles que hay algo raro detrás? Según me han dicho, las dos mujeres no se llevaban bien y la que estaba encima ya había liquidado a alguien. A su marido, nada menos.

Alan reflexionó unos instantes.

—No, no me huelo nada. Al menos, nada que pueda concretar. Es solo que...

—¿Que todavía no te entra en la cabeza?

—Algo así.

—Está bien. Acepto. Siempre que tus hombres entiendan que están para escuchar y observar, nada más.

Alan sonrió brevemente. Pensó en comentar a Payton que si daba orden a Clut y a John LaPointe de que hicieran preguntas, lo más probable era que no supieran por dónde empezar; sin embargo, decidió cerrar el pico.

—No os molestarán —aseguró Alan—. Puedes contar con ello.

3

Allí estaban pues, él y Norris Ridgewick, después del domingo más largo que alcanzaban a recordar. Sin embargo, el día tenía una cosa en común con las vidas de Nettie y de Wilma: había terminado.

—¿Pensabas pasar la noche en algún motel? —preguntó Norris vacilante. Alan no tuvo que emplear la telepatía para saber qué estaba pensando el agente. La jornada de pesca que se perdería al día siguiente.

—¡Diablos, no! —Alan se agachó y recogió la bata que había utilizado para mantener abierta la puerta—. Larguémonos de aquí.

—Buena idea —asintió Norris, dando la primera muestra de alegría desde que Alan se había encontrado con él en la escena del crimen.

Cinco minutos después se dirigían hacia Castle Rock por la carretera 43, con los faros del coche patrulla del condado taladrando la oscuridad ventosa. Cuando llegaron, ya habían transcurrido tres horas del lunes.

Alan detuvo el coche patrulla en la parte de atrás del edificio municipal y se apeó. Al otro lado del aparcamiento estaba su coche privado, junto al desvencijado Volkswagen Escarabajo de Norris.

—¿Te vas a casa enseguida? —preguntó a este.

Norris le dirigió una sonrisa de apuro y bajó la vista.

—En cuanto me ponga la ropa de civil.

—Norris, ¿cuántas veces te he dicho que no utilices el baño como vestuario?

—Vamos, Alan, no lo hago tan a menudo...

Los dos sabían, sin embargo, que Norris lo hacía siempre. Alan exhaló un suspiro.

—No me hagas caso. Ya has tenido suficiente por hoy. Lo siento.

—Ha sido una doble muerte violenta —respondió Norris con un encogimiento de hombros—. Cosas así no suceden todos los días por aquí. Cuando se produce una, supongo que todo el mundo echa una mano.

—Dile a Sandy o a Sheila que te extiendan un justificante de horas extra, si alguna de las dos está todavía ahí dentro.

—¿Y darle a Buster otro motivo para que me busque las cosquillas? —replicó Norris en un tono burlón cargado de acritud—. Prefiero evitarlo. Esas horas corren de mi cuenta, Alan.

—¿Buster ha seguido incordiándote? —Alan se había olvidado por completo del presidente del Consejo Municipal durante el último par de días.

—No, pero cuando nos cruzamos por la calle, me mira de una manera que pone los pelos de punta. Si las miradas matasen, ya estaría haciendo compañía a Nettie y a Wilma.

—Yo mismo me encargaré de ese justificante mañana por la mañana.

—Mientras el nombre que conste sea el tuyo, me parece bien —dijo Norris, al tiempo que echaba a andar hacia la puerta que indicaba SOLO EMPLEADOS MUNICIPALES—. Buenas noches, Alan.

—Buena suerte con la pesca.

A Norris se le iluminó la cara al momento.

—Gracias. Deberías ver la caña que he comprado en la tienda nueva, Alan. Es de primera.

—Seguro que sí —dijo Alan con una sonrisa—. Tengo ganas de ver a ese individuo de una vez. Parece que tiene algo para cada persona del pueblo; ¿por qué no va a tener, pues, algo para mí?

—¿Por qué no? —asintió Norris—. En esa tienda hay toda clase de cosas. Te

sorprenderá cuando lo veas.

—Buenas noches, Norris. Y gracias de nuevo.

—No hay de qué.

Pero Norris se marchó visiblemente complacido.

Alan llegó hasta su coche, se puso al volante, salió del aparcamiento marcha atrás y tomó Main Street abajo. Inspeccionó los edificios a ambos lados de la calle de forma automática, sin siquiera darse cuenta de que lo hacía, pero almacenando la información mentalmente a pesar de ello. Una de las cosas que advirtió fue que había luz en la vivienda situada encima de Cosas Necesarias. Era una hora muy intempestiva para que alguien estuviera despierto todavía en un pueblo como aquel. El comisario pensó que tal vez el señor Leland Gaunt padecía de insomnio y se recordó que seguía pendiente la visita a la tienda, pero eso habría de esperar, supuso, hasta que hubiera aclarado a su entera satisfacción el triste asunto de Nettie y Wilma.

Llegó a la esquina de Main y Laurel y puso el intermitente para girar a la izquierda, pero se detuvo en medio de la intersección y, finalmente, decidió continuar hacia la derecha. Nada de volver a casa, se dijo. Su casa era un lugar frío y vacío, ahora que su otro hijo vivía con su amigo en Cape Cod. Allí había demasiadas puertas cerradas con demasiados recuerdos acechando tras ellas. Al otro lado de la ciudad había una mujer de carne y hueso, una mujer viva, que en aquel mismo instante tal vez necesitaba desesperadamente de alguien que le hiciera compañía. Casi tan desesperadamente, quizá, como el hombre de carne y hueso, el hombre vivo que era él, la necesitaba a ella.

Cinco minutos más tarde, Alan apagó los faros y detuvo el coche con suavidad en el camino particular de la casa de Polly. La puerta estaría cerrada, pero él sabía bajo qué rincón de los escalones del porche debía buscar.

5

—¿Qué haces aquí todavía? —preguntó Norris cuando entró en la comisaría aflojándose la corbata.

Sandra McMillan, una rubia descolorida que llevaba casi veinte años trabajando a tiempo parcial como funcionaria del condado, se estaba poniendo el abrigo en aquel mismo instante. Parecía muy cansada.

—Sheila tenía entradas para ver a Bill Cosby en Portland —le dijo al agente—. Quería quedarse, pero la convencí de que fuera. Prácticamente la saque de aquí a empujones. Porque, a ver, ¿cuántas veces viene Bill Cosby a Maine?

¿Y cuantas veces deciden dos mujeres hacerse pedazos la una a la otra por un perro que, muy probablemente, salió de la perrera del condado?, pensó Norris, pero

no lo dijo en voz alta.

—No muchas, supongo —respondió.

—¡Casi nunca! —exclamó Sandy con un profundo suspiro—. Pero te diré un secreto: ahora que ya ha pasado todo, casi desearía haber aceptado cuando Sheila se ofreció a quedarse. Ha sido una noche de locura; creo que hasta la última emisora de televisión del estado ha llamado por lo menos nueve veces, y hasta las once más o menos, la comisaría parecía unos grandes almacenes en plena campaña de Navidad.

—En fin, ya puedes irte a casa. Te doy permiso. ¿Has conectado El Hijoputa?

El Hijoputa era el aparato que desviaba las llamadas a casa de Alan cuando no había nadie de servicio en la comisaría. Si nadie cogía el teléfono en casa de Alan a la cuarta señal, El Hijoputa intervenía para indicar al comunicante que marcara el número de la policía del estado en Oxford. Era un sistema algo chapucero que no habría funcionado en una gran ciudad, pero en el condado de Castle, que tenía el censo de población más pequeño de los dieciséis condados de Maine, era más que suficiente.

—Sí, lo he conectado.

—Bien hecho. Me da la impresión de que Alan no irá directamente a su casa.

Sandy enarcó las cejas en un gesto de complicidad.

—¿Ha habido alguna llamada del teniente Payton? —preguntó Norris.

—Ninguna en absoluto. —Sandy hizo una pausa—. ¿Ha sido muy horrible, Norris? A lo de esas dos mujeres me refiero...

—Sí, ha sido bastante horrible —asintió Ridgewick. Tenía su ropa de calle perfectamente ordenada en una percha que había colgado del tirador de un archivador. Desde hacía unos tres años tenía la costumbre de ponerse y quitarse el uniforme en la comisaría, aunque rara vez se cambiaba la ropa a horas tan intempestivas como aquella—. Vete a casa, Sandy. Ya cerraré yo cuando termine.

Empujó la puerta del servicio de caballeros y colgó la percha en la parte superior de la puerta del retrete. Estaba desabotonándose la camisa del uniforme cuando oyó unos golpecitos en la puerta.

—¿Norris? —preguntó Sandy.

—Me parece que soy el único aquí dentro —respondió él.

—Casi me olvido... Alguien te ha dejado un regalo. Está en tu mesa.

Norris hizo un alto antes de desabrocharse los pantalones.

—¿Un regalo? ¿De quién?

—No lo sé. Esta noche la comisaría era un auténtico manicomio. Pero el paquete lleva una tarjeta. Y un lazo. Debe de ser de tu amante secreta.

—Tan secreta que ni yo mismo la conozco... —murmuró Norris con verdadero sentimiento. Terminó de quitarse los pantalones y los colgó también de la puerta del retrete mientras se enfundaba los tejanos.

Fuera, Sandy McMillan sonrió con un punto de malicia.

—El señor Keeton ha estado por aquí esta noche —apuntó—. Quizá lo ha dejado él. Tal vez es un regalo de reconciliación.

—No caerá esa breva —respondió Norris con una carcajada.

—Bueno, ya me lo contarás mañana. Me muero de curiosidad. Es un paquete muy bonito. Buenas noches, Norris.

—Buenas noches.

¿Quién podía haberle dejado un regalo?, se preguntó mientras terminaba de subirse la cremallera.

6

Sandy se marchó. Al salir, se levantó el cuello del abrigo para resguardarse del frío nocturno, que le recordó que ya se acercaba el invierno.

Entre las muchas personas que había visto aquella noche estaba Cyndi Rose Martin, la esposa del abogado. Cyndi Rose había aparecido a primera hora de la noche, pero a Sandy ni siquiera se le había pasado por la cabeza comentárselo a Norris porque este no se movía en el restringido círculo profesional y social de los Martin. Cyndi Rose había entrado a preguntar por su esposo, lo cual había parecido bastante razonable a Sandy (aunque aquella noche había habido tal alboroto en la comisaría que no le habría parecido raro que la mujer preguntase por el mismísimo Mijail Barishnikov), ya que Albert Martin llevaba parte del papeleo legal del pueblo.

Sandy le había respondido que no había visto al señor Martin en toda la tarde aunque, si quería, podía ir al piso de arriba para comprobar si estaba reunido con el señor Keeton. Cyndi Rose dijo que probablemente lo haría, ya que estaba allí. Para entonces, la centralita telefónica volvía a estar iluminada como un árbol de Navidad y Sandy no vio que Cyndi Rose sacaba de su gran bolso el paquete rectangular con el brillante papel de aluminio y el lazo de raso azul y lo depositaba sobre el escritorio de Norris Ridgewick. Mientras lo hacía, las bonitas facciones de Cyndi Rose se iluminaron con una sonrisa, pero la sonrisa en sí no era en absoluto agradable. Era, de hecho, bastante cruel.

7

Norris oyó cerrarse la puerta de la comisaría y le llegó, apagado, el sonido del coche de Sandy al arrancar. Se metió los faldones de la camisa en los tejanos, se calzó las zapatillas deportivas y colocó con cuidado las prendas del uniforme en la percha.

Olió el sobaco de la camisa y decidió que aún no era preciso llevarla a la lavandería. Estupendo, se dijo; un dólar ahorrado era un dólar ganado.

Cuando salió del aseo, volvió a colgar la percha del mismo tirador del archivo, donde no lo vería cuando fuera a marcharse. Aquello también era estupendo, porque Alan se ponía hecho una furia cuando Norris se olvidaba y se dejaba la ropa en cualquier rincón de la comisaría. Según Alan, el lugar terminaba por parecer una lavandería automática.

A continuación, se acercó a su escritorio. En efecto, alguien le había dejado allí un regalo, una caja envuelta en papel de embalar de aluminio de color azul celeste y con una cinta de raso azul que estallaba en un florido lazo en la parte superior. Debajo de la cinta había un sobre blanco cuadrado. Picado por la curiosidad, Norris sacó el sobre y lo abrió. Contenía una tarjeta, y en ella, escrito a máquina con letras mayúsculas, había un mensaje corto y enigmático:

¡¡¡SOLO UN RECORDATORIO!!!

Frunció el ceño. Le venían a la cabeza únicamente dos personas que siempre le estuvieran recordando cosas: Alan Pangborn y su madre, y esta llevaba cinco años muerta. Cogió el paquete, rompió la cinta y dejó el lazo a un lado con gesto cuidadoso. Después lo desenvolvió y dejó a la vista una sencilla caja de cartón blanca, de un palmo y medio de larga, diez centímetros de ancha y otros tantos de alta. La tapa estaba cerrada con cinta adhesiva.

Rompió la cinta adhesiva y abrió la caja. El objeto que esta contenía estaba cubierto con una capa de papel de seda blanco, lo bastante fina para que se apreciara bajo ella una superficie plana con una serie de aristas y crestas prominentes, pero no lo suficiente para permitirle reconocer de qué objeto se trataba.

Alargó la mano para sacar el papel y su dedo índice tropezó con algo duro. Una lengüeta metálica. Al momento, una poderosa mandíbula de acero se cerró sobre el papel y también sobre los tres dedos centrales de la mano de Norris Ridgewick. Un dolor intenso le recorrió el brazo. Soltó un grito y dio un paso atrás trastabillando, mientras se agarraba la muñeca derecha con la otra mano. La caja blanca cayó al suelo y el papel de seda crepitó al arrugarse.

¡Ah, maldita fuera, cómo dolía! Norris agarró el papel, que colgaba como un velo de su mano atrapada, y lo arrancó a tirones. Debajo de él encontró una ratonera victoriana. Alguien la había montado, colocado en la caja, cubierto con papel de seda para ocultarla y envuelto luego con un bonito papel azul de regalo. Y en aquel momento la tenía cerrada sobre los tres dedos centrales de su mano derecha. La trampa le había arrancado limpiamente la uña del índice, como pudo comprobar; lo único que quedaba allí era una sanguinolenta medialuna en carne viva.

—¡La hostia! —exclamó.

Llevado del dolor y la sorpresa, en lugar de retirar el cepo de acero, lo primero que se le ocurrió fue golpear la ratonera contra la mesa de John LaPointe. Lo único que consiguió con ello fue golpearse los dedos heridos contra la esquina metálica de la mesa y enviar una nueva oleada de dolor brazo arriba. Soltó un nuevo grito y, por fin, cogió la barra del cepo y tiró de ella. Sacó los dedos y soltó la trampa. La barra de acero emitió un chasquido contra la base de madera mientras el artificio caía al suelo.

Norris se quedó quieto un momento, temblando; luego dio media vuelta sobre los talones y corrió al aseo de caballeros, abrió el grifo del agua fría con la mano izquierda e introdujo la derecha bajo el chorro. Los dedos le latían como una muela del juicio impactada. Se quedó allí un rato con los labios contraídos en una mueca, observando los hilillos de sangre que desaparecían por el sumidero, y recordó lo que había dicho Sandy: «El señor Keeton estuvo aquí, tal vez es un regalo de reconciliación».

Y la tarjeta: SOLO UN RECORDATORIO.

¡Sí, por supuesto! Había sido Buster. No cabía ninguna duda. Era justo el estilo de Buster.

—¡Hijo de puta! —masculló.

Notó cómo el agua fría le entumecía los dedos, amortiguando los latidos de dolor, pero era consciente de que este volvería con toda su intensidad antes de que llegara a casa. La aspirina lo mitigaría un poco, pero ya podía irse olvidando de pegar ojo aquella noche. O de salir de pesca por la mañana, añadió para sí.

¡Por supuesto que saldré! ¡Iré de pesca aunque las jodidas manos se me caigan a pedazos! ¡He hecho los planes, he esperado con impaciencia el momento, y ese cabrón de Danforth Buster Keeton no va a impedírmelo!

Cerró el grifo y utilizó una toalla de papel para secarse la mano con mucho cuidado. Ninguno de los dedos accidentados estaba roto —al menos, eso le parecía—, pero ya empezaban a hincharse, con agua fría o sin ella. El brazo de la trampa había dejado una marca amoratada que cruzaba los tres dedos a la altura de la segunda falange. La carne viva bajo lo que había sido la uña del dedo índice rezumaba pequeñas gotas de sangre, y las pulsaciones dolorosas ya empezaban otra vez.

Volvió a la zona de trabajo de la comisaría y contempló la ratonera caída de costado junto al escritorio de John. La recogió y la llevó a su mesa. Puso el artefacto en la caja y esta en el cajón superior del escritorio. Sacó el frasco de aspirinas del cajón de abajo y se llevó tres a la boca. Después recogió el papel de seda, el envoltorio, la cinta y el lazo y lo arrojó todo a la papelera, cubriéndolo con los papeles arrugados que ya había en ella.

No tenía la menor intención de contarle a Alan ni a nadie la treta ruin que le había gastado Buster. Sabía que no se reirían, pero estaba seguro de que pensarían: Solo

Norris Ridgewick caería en una cosa así; ¡mira que meter la mano en una ratonera!

«Debe de ser tu amante secreta ..., el señor Keeton estuvo aquí anoche ..., quizá es un regalo de reconciliación.»

—Me encargaré de esto personalmente —declaró Norris con voz ronca y torva, mientras sostenía la mano herida contra el pecho—. Lo haré a mi modo, cuando llegue el momento.

De pronto, se le ocurrió un nuevo pensamiento cargado de urgencia: ¿Y si Buster no se había contentado con la ratonera, la cual, al fin y al cabo, podía no haber funcionado? ¿Y si había decidido acercarse por su casa? La caña de pescar Bazun estaba allí, y Norris ni siquiera la había guardado bajo llave; se había limitado a dejarla en un rincón del cobertizo, junto a la nasa.

¿Y si Buster lo sabía y había decidido partirla en dos?

—Si lo ha hecho, yo lo partiré en dos a él.

Norris lo dijo con una voz ronca y colérica, como un gruñido, que Henry Payton —y la mayoría de sus demás colegas servidores de la ley— no habría reconocido ni por asomo. Cuando dejó la comisaría, casi se olvidó de echar la llave a la puerta. Incluso se olvidó por unos instantes del dolor de la mano. Lo único que importaba era llegar a casa. Llegar a casa y cerciorarse de que la caña de pescar seguía en su sitio.

8

Cuando Alan entró en la habitación, la silueta bajo las mantas no hizo el menor movimiento y el hombre pensó que Polly estaba dormida. Probablemente, con la ayuda de un Percodan al acostarse. Se desnudó sin hacer ruido y se deslizó entre las sábanas junto a ella. En el momento de descansar la cabeza en la almohada, advirtió que la mujer tenía los ojos abiertos, vueltos hacia él. Alan tuvo un momentáneo sobresalto y dio un respingo.

—¿Qué extraño viene a la cama de esta doncella? —preguntó Polly en un susurro.

—Solo yo —respondió él con una ligera sonrisa—. Pido excusas por haberos despertado, señora.

—Estaba despierta —dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos. Alan pasó los suyos en torno a su cintura. El intenso calor de su cuerpo bajo las mantas complació a Alan.

Polly era una especie de horno adormilado. Por un instante, notó algo duro contra el pecho y casi llegó a advertir que la mujer llevaba algo bajo el camisón de algodón, pero el bulto desapareció al instante, rodando entre el pecho izquierdo y la axila de Polly, sujeto a la cadenita de plata.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ella apretó la mejilla contra la suya, todavía abrazada a él. Alan notó sus manos acariciándole la nuca.

—Mal —respondió Polly. Pronunció la palabra en un suspiro tembloroso y luego rompió en sollozos.

Alan la retuvo entre sus brazos y le acarició los cabellos mientras ella lloraba.

—¿Por qué no me contó lo que le estaba haciendo esa mujer, Alan? —preguntó Polly por fin, al tiempo que se apartaba un poco de él. Ahora que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, Alan distinguía su rostro: el cabello oscuro, los ojos también oscuros, la tez blanca...

—No lo sé —respondió.

—¡Si me lo hubiera dicho, yo me habría encargado del asunto! Habría ido a ver a Wilma Jerzyck y le... le...

No era el momento adecuado para decirle a Polly que, al parecer, Nettie había participado en el juego casi con el mismo entusiasmo y la misma malicia que la propia Wilma. Tampoco era el momento de explicarle que llegaba un punto en que las Nettie Cobb del mundo —y las Wilma Jerzyck también, suponía— ya no tenían arreglo. Llegaba un punto en que nadie podía ya hacer nada por ayudarlas.

—Son las tres y media de la madrugada —dijo—. No es buena hora para darle vueltas a lo que se debería o se podría haber hecho. —Vaciló un instante antes de continuar—. Según John LaPointe, Nettie te dijo algo acerca de Wilma esta mañana..., ayer por la mañana, ya. ¿Qué fue?

Polly repasó otra vez la escena.

—Bueno, yo no sabía que se refería a Wilma..., al menos entonces no lo sabía. Nettie me trajo una lasaña. Y yo tenía las manos..., en fin, las tenía muy mal. Ella se dio cuenta enseguida. Nettie es..., era..., quizá fuese, no sé, imprecisa en algunas cosas, pero yo no tenía secretos para ella.

—Nettie te quería muchísimo —afirmó Alan muy serio, y sus palabras provocaron un nuevo ataque de llanto. Había sabido que lo provocarían, como también sabía que algunas lágrimas era preciso verterlas sin importar la hora que fuese, pues, hasta que brotan, no hacen sino abrasar y consumir por dentro.

Al cabo de un rato, Polly se recuperó lo suficiente para continuar. Mientras hablaba, sus manos se cerraron de nuevo en torno a la nuca de Alan.

—Se empeñó en que me pusiera esos estúpidos guantes térmicos, aunque esta vez parece que surtieron cierto efecto. Claro que, de todos modos, creo que la crisis ya empezaba a remitir. Luego preparó café. Le pregunté si no tenía cosas que hacer en su casa y aseguró que no. Dijo que Raider estaba de guardia y luego añadió algo así: «De todos modos, creo que me dejará en paz. No la he visto ni he tenido noticias de ella, de modo que supongo que por fin ha entendido el mensaje». No son sus palabras

exactas, Alan, pero eso fue, más o menos, lo que dijo.

—¿A qué hora vino a verte?

—Hacia las diez y cuarto. Puede que un poco antes o un poco más tarde, pero no mucho. ¿Por qué, Alan? ¿Te dice algo eso?

Cuando se había deslizado entre las sábanas, Alan habría sido capaz de quedarse dormido a los diez segundos de apoyar la cabeza en la almohada, pero en aquel momento volvía a estar totalmente desvelado y dando vueltas al asunto.

—No —respondió tras un momento de silencio—. No me dice nada, salvo que Nettie tenía a Wilma entre ceja y ceja.

—Todavía no puedo creerlo. Parecía tan mejorada... De verdad. ¿Recuerdas que te conté que el jueves pasado había reunido el valor suficiente para entrar por su cuenta en Cosas Necesarias?

—Sí.

Polly retiró los brazos y rodó boca arriba, incómoda. Cuando lo hizo, Alan oyó un ligero tintineo metálico, pero tampoco esta vez prestó atención al sonido. Su mente aún examinaba lo que Polly acababa de contarle, le daba vueltas como un joyero inspeccionaría una gema sospechosa.

—Tendré que encargarme de las gestiones para el funeral. —Polly suspiró—. Nettie tenía parientes en Yarmouth, algunos al menos, pero no querían saber nada de ella cuando vivía, así que menos les importará su muerte. De todos modos, tendré que llamarlos por la mañana. ¿Podré entrar en casa de Nettie, Alan? Creo que tenía una agenda y...

—Yo te la traeré. Tú no podrías sacar nada de la casa, al menos hasta que el doctor Ryan haga públicas las conclusiones de la autopsia, pero no veo ningún mal en dejarte copiar unos cuantos números de teléfono.

—Gracias.

De pronto, a Alan se le ocurrió una idea.

—Polly, ¿a qué hora se marchó Nettie?

—A las once menos cuarto, calculo. Incluso podían ser las once. No creo que estuviera aquí una hora entera. ¿Por qué?

—Por nada —respondió él.

Por un instante, se le había ocurrido que, si Nettie se había quedado lo suficiente en casa de Polly, no le habría dado tiempo de volver a su casa, descubrir al perro muerto, recoger las piedras, escribir las notas, sujetarlas a estas, ir a casa de Wilma y romperle los cristales. Pero si Nettie se había despedido de Polly a las once menos cuarto, le quedaban más de dos horas de margen. Mucho tiempo.

¡Eh, Alan! La voz, aquella vocecilla falsamente animada que casi siempre limitaba su intervención al tema de Annie y Todd, sonó de nuevo en su cabeza.

¿Cómo es que vuelves a buscar tres pies al gato en este asunto, colega?

Y Alan no supo qué decir. Había otra cosa para la que tampoco tenía respuesta: ¿cómo había transportado Nettie aquel cargamento de grandes pedruscos hasta la casa de los Jerzyck? La mujer no tenía permiso de conducir, ni la más remota idea de cómo se llevaba un coche.

Déjate de tonterías, muchacho, le aconsejó la voz. Escribió las notas en su casa, probablemente en el mismo vestíbulo y delante del cuerpo sin vida del animal, y cogió las gomas elásticas de su propia cocina. Y no tuvo que transportar las piedras; en el patio trasero de la casa de Wilma había suficientes para lo que se proponía, ¿verdad?

Verdad. Sin embargo, no podía quitarse de la cabeza la idea de que las piedras habían sido llevadas de otra parte, con las notas ya sujetas a ellas. No tenía ninguna razón en concreto para pensar tal cosa, pero le parecía estar ante... ante el típico estropicio que uno esperaría de un chiquillo. O de alguien que pensaba como un niño.

Alguien como Nettie Cobb.

¡Déjalo! ¡Olvidalo ya!

Pero no podía.

Polly le acarició la mejilla.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido, Alan. Para ti también debe de haber sido un día horrible.

—Los he tenido mejores, pero ahora ya ha pasado. Tú también deberías olvidar el asunto. Duerme un poco. Mañana te espera un montón de gestiones. ¿Quieres que te alcance una píldora?

—No. Por lo menos ya tengo un poco mejor las manos. Alan...

Polly dejó la frase sin terminar, pero se agitó bajo las mantas, inquieta.

—¿Qué?

—Nada —añadió—. Nada importante. Ahora que estás aquí, creo que sí podré dormir. Buenas noches.

—Buenas noches, cariño.

Polly se apartó de él, tiró de las mantas hacia arriba y se quedó quieta. Alan pensó por un momento en la forma en que lo había abrazado y evocó el tacto de sus manos acariciándole la nuca. Si había sido capaz de flexionar los dedos de aquella manera, era verdad que estaba mejor. Era una buena noticia, tal vez la mejor desde que Clut lo había llamado durante el partido de fútbol americano. Ojalá las buenas noticias continuasen.

La mujer tenía una leve desviación del tabique nasal y Alan oyó que empezaba a roncar ligeramente. El sonido le resultó, de hecho, incluso agradable. Era un alivio compartir la cama con otra persona, con una persona de carne y hueso que hacía ruidos de verdad... y que a veces tiraba de las mantas. Alan sonrió en la oscuridad.

Después, su mente volvió a las muertes de aquella tarde y la sonrisa se

desvaneció.

«De todos modos, creo que me dejará en paz. No la he visto ni he tenido noticias de ella, de modo que supongo que por fin ha entendido el mensaje.»

«No la he visto ni he tenido noticias de ella.»

«Supongo que por fin ha entendido el mensaje.»

No parecía haber puntos oscuros respecto a lo sucedido; incluso a Seat Thomas le habría bastado una breve inspección ocular de la escena del crimen a través de sus gafas trifocales para hacerse una idea exacta de los hechos. Las dos mujeres habían empleado utensilios de cocina en lugar de pistolas de duelo al amanecer, pero el resultado había sido el mismo: dos cuerpos en el depósito de cadáveres del hospital Kennebec Valley, abiertos en canal para la autopsia. El único interrogante por resolver era por qué había sucedido. Alan aún tenía algunas cuestiones que responder, algunos cabos sueltos que atar, pero no dudaba de que todo quedaría resuelto antes de que Wilma y Nettie recibieran sepultura.

Pero ahora las dudas eran más urgentes, y algunas de ellas
(*supongo que por fin ha entendido el mensaje*)
tenían nombre.

Para Alan, los casos criminales eran como un jardín rodeado de una alta tapia. Uno tenía que entrar, de modo que buscaba la puerta. A veces había varias, pero su experiencia le decía que siempre había por lo menos una. Era evidente que debía de existir. Si no, ¿cómo habría podido entrar el jardinero a sembrar y plantar? El acceso podía ser vistoso, con una flecha que lo indicara y un rótulo de neón parpadeante que pusiera ENTRADA AQUÍ, o bien podía ser pequeño y estar cubierto de tanta hiedra que fuese preciso emplear un buen rato buscándolo, pero siempre existía alguna entrada, y si uno la buscaba con suficiente empeño y no tenía miedo a hacerse rasguños o llagas en las manos de tanto apartar la maleza, siempre la encontraba.

A veces, la puerta de acceso a un caso era una prueba encontrada en la escena del crimen. Otras veces era un testigo presencial. Pero en algunos casos, era una serie de suposiciones basadas sólidamente en hechos y en la lógica. Las suposiciones que había formulado ante aquel caso eran: primera, que Wilma había seguido un patrón de conducta habitual en ella, basado en hostigar y fastidiar al objeto de su ira; segunda, que en aquella ocasión había escogido como víctima a quien no debía, y tercera, que Nettie había vuelto a reaccionar como cuando había matado a su esposo. De todos modos...

«No la he visto ni he tenido noticias de ella.»

Si Nettie había hecho realmente tal comentario, ¿en qué cambiaba aquello las cosas? ¿Cuántas suposiciones echaba por tierra aquella simple frase? Alan no sabía qué pensar.

Con la mirada perdida en la oscuridad del dormitorio de Polly, el comisario se

preguntó si, después de todo, había encontrado la puerta que buscaba.

Sobre el papel, cabía la posibilidad de que Polly no hubiera entendido bien el comentario de Nettie. Sin embargo, Alan no lo creía. La conducta de Nettie, al menos hasta cierto punto, confirmaba lo que Polly afirmaba haberle oído comentar. El viernes anterior, Nettie no había acudido al trabajo y había llamado a Polly para decirle que estaba enferma. Quizá lo estuviera, o quizá solo se había quedado en su casa por miedo a Wilma. Esto último tenía sentido, pues Alan sabía por Pete Jerzyck que Wilma, tras descubrir el estropicio vandálico cometido con sus sábanas, había realizado como mínimo una llamada amenazadora a Nettie. Y era posible que hubiese hecho alguna más al día siguiente, sin que su esposo lo supiera. Sin embargo, el domingo por la mañana, Nettie había acudido a ver a Polly con la lasaña que le había preparado, y Alan no creía que la mujer se hubiese atrevido a hacerlo si Wilma aún seguía atizando el fuego.

Por otra parte, estaba el asunto de las piedras arrojadas contra las ventanas de la casa de Wilma. Todas las notas sujetas a ellas llevaban el mismo mensaje: TE DIJE QUE ME DEJARAS EN PAZ. ES MI ÚLTIMA ADVERTENCIA. Por lo general, una advertencia significa que la persona que la recibe tiene algún tiempo por delante para corregirse, pero a las dos mujeres se les había terminado el tiempo. Wilma y Nettie se habían encontrado en aquella esquina de la calle apenas un par de horas después de que fueran arrojadas las piedras.

El comisario dio por hecho que podía encontrar una explicación a esto último, si se ponía a ello. Cuando Nettie encontró a su perro, debió de haberse enfurecido. Idéntica reacción cabía esperar de Wilma cuando esta llegó a casa y vio los destrozos producidos. Para hacer estallar la chispa definitiva debía de haber bastado con una simple llamada telefónica. Una de las dos mujeres había hecho esa llamada... y el conflicto había pasado a mayores.

Alan se revolvió en la cama y, tendido de costado, deseó estar de nuevo en los viejos tiempos, cuando aún se podía conseguir el registro de las llamadas locales. De haber podido constatar que Wilma y Nettie habían hablado antes de su encuentro final, Alan se habría sentido mucho mejor.

Sin embargo, incluso si daba por hecho que la llamada se había realizado, aún quedaba por explicar el asunto de las notas.

Así es como debió de suceder, pensó. Nettie vuelve de casa de Polly, encuentra al perro muerto en el suelo del vestíbulo y lee la nota del sacacorchos. Después escribe el mismo mensaje en catorce o dieciséis hojas de papel y se las guarda en un bolsillo del abrigo. También se lleva un puñado de gomas elásticas. Cuando llega a casa de Wilma, va al patio posterior de los Jerzyck, escoge catorce o dieciséis piedras de buen tamaño y, con las gomas elásticas, sujeta las notas a ellas. Debió de hacer todo eso antes de arrojar una sola piedra, puesto que le habría llevado demasiado tiempo

detenerse en medio de la fiesta para escoger más piedras y colocarles la nota correspondiente. Y una vez concluido el asunto, Nettie vuelve a casa y sigue llorando a su perrito un rato más.

Aquella explicación le sonaba completamente equivocada.

Le sonaba fatal, pues suponía una sucesión encadenada de pensamientos y de acciones que, sencillamente, no encajaban con su conocimiento de Nettie Cobb. El asesinato de su esposo había sido consecuencia de largos años de malos tratos, pero el acto en sí había sido un impulso criminal cometido por una mujer que había perdido la cordura. Si las declaraciones sobre el caso que constaban en los archivos de George Bannerman eran correctas, estaba claro que Nettie no había escrito ninguna nota previa de advertencia a su marido.

Alan se inclinaba por otra hipótesis mucho más sencilla: Nettie llegaba de casa de Polly, encontraba a su perro muerto en el recibidor, cogía la cuchilla de carnicero del cajón de la cocina y salía a la calle con la intención de hacer picadillo a la polaca.

Sin embargo, si era eso lo que había sucedido, ¿quién había roto los cristales de la casa de los Jerzyck?

—Además, la sincronización de los hechos sigue siendo demasiado extraña —murmuró. Inquieto, Alan se dio media vuelta en la cama.

John LaPointe había acompañado al equipo de la UIC que había dedicado la tarde y las primeras horas de la noche del domingo a seguir el rastro de los movimientos de Nettie. Primero, esta había acudido a ver a Polly con la fuente de lasaña. Durante la visita, le había comentado que, de regreso a su casa, se proponía pasarse por la tienda nueva, Cosas Necesarias, para hablar con Leland Gaunt si lo encontraba allí. Según Polly, Gaunt le había mandado recado a través de Nettie para invitarla a echar una ojeada a cierto objeto aquella misma tarde, y Nettie tenía la intención de acercarse a la tienda para anunciar a Gaunt que Polly acudiría a verlo, probablemente, a pesar del dolor atroz de sus manos.

Si Nettie hubiera acudido a Cosas Necesarias, si realmente hubiese pasado algún tiempo allí curioseando, hablando con aquel comerciante recién llegado a quien todos en el pueblo consideraban tan fascinante y a quien Alan aún no conocía, su margen de tiempo se habría reducido mucho y habría dejado abierta la posibilidad de que otra mano misteriosa hubiera arrojado las piedras. Pero no había sido así. Nettie había encontrado cerrada la tienda. Gaunt había asegurado tanto a Polly, quien finalmente se había acercado a la tienda un rato después, como a los agentes del DIC que no había vuelto a ver a Nettie desde el día en que le había vendido la pantalla de cristal emplomado. En cualquier caso, Gaunt había pasado toda la mañana en la trastienda, catalogando mercancías y escuchando música clásica; si alguien hubiera llamado a la puerta, lo más probable era que no lo hubiese oído. Así pues, Nettie debía de haber vuelto a casa directamente y, por tanto, había tenido tiempo suficiente para hacer

todas aquellas cosas que Alan consideraba tan impropias de ella.

El margen de tiempo para Wilma era aún más reducido. Su esposo tenía algunas herramientas de marquetería en el sótano y había estado ocupado allí desde las ocho hasta poco después de las diez. A esa hora, al ver que se le hacía un poco tarde, había guardado los útiles y había subido a vestirse para misa de once. Según había declarado a los agentes, Wilma estaba en la ducha cuando él entró en el dormitorio, y Alan no tenía ninguna razón para dudar del testimonio del recién viudo.

Las cosas deben de haber sucedido así, pensó Alan: Wilma sale de casa en su coche a las nueve treinta y cinco o las nueve cuarenta. Pete está en el sótano, fabricando jaulas para pájaros o lo que sea, y no advierte su ausencia. Wilma llega a casa de Nettie sobre las diez menos cuarto, apenas minutos después de que Nettie se haya marchado a ver a Polly, y ve la puerta abierta. Para Wilma, es como una invitación en bandeja de plata. Aparca, entra, mata al perro, escribe la nota en un acto impulsivo y luego se marcha. Aunque ninguno de los vecinos recuerda haber visto el Yugo amarillo canario, eso no significa que no haya estado allí. La mayoría de los vecinos estaba ausente, bien en la iglesia o pasando el día fuera del pueblo.

Wilma vuelve a su casa, va al piso de arriba y se desnuda mientras Pete termina de recoger el equipo de marquetería. Cuando el hombre entra en el baño principal para quitarse el serrín de las manos antes de ponerse la corbata y el abrigo, Wilma acaba de meterse en la ducha: de hecho, probablemente aún tiene medio cuerpo seco.

Que Pete Jerzyck encontrase a su esposa en la ducha era lo único en todo aquel asunto que Alan consideraba lógico. El sacacorchos empleado para acabar con el perro era un arma mortal, en efecto, pero bastante pequeña. Seguramente, Wilma habría querido limpiarse las manchas de sangre de manos y brazos.

Así pues, Wilma no se cruza con Nettie a la ida, ni con su marido a la vuelta, se dijo Alan. ¿Era posible que hubiese sucedido de ese modo? Sí. Por los pelos, pero era posible.

De modo que déjalo estar, Alan. Déjalo estar y duérmete.

Pero no podía dejarlo, porque el asunto aún le tenía abstraído. Profundamente abstraído.

De nuevo, dio media vuelta en la cama y oyó dar las cuatro en el reloj del comedor, en el piso de abajo. Aquello no le conducía a ninguna parte, pero parecía incapaz de quitarse de la cabeza el asunto.

Intentó imaginar a Nettie sentada pacientemente a la mesa de la cocina, escribiendo ESTE ES MI ÚLTIMO AVISO una y otra vez mientras, a menos de diez metros de ella, su querido perrito yacía muerto en el suelo. Por mucho que se esforzara, Alan era incapaz de imaginarlo. Lo que antes había tomado por una puerta de entrada a aquel jardín en concreto le parecía cada vez más un efecto óptico, una hábil pintura *trompel'oeil* sobre el muro alto y sólido que lo rodeaba.

¿De veras Nettie se había presentado ante la casa de Wilma en Willow Street y se había dedicado a romperle los cristales? Alan no lo sabía a ciencia cierta, pero de una cosa estaba seguro: Nettie Cobb seguía siendo una figura que despertaba interés en Castle Rock. Era la loca que había matado a su marido y que había pasado años encerrada en Juniper Hill. En las escasas ocasiones en que se desviaba de su rutina habitual, siempre llamaba la atención de la gente. Si aquel domingo por la mañana hubiera merodeado cerca de la casa de los Jerzyck —quizá murmurando para sí y, casi con seguridad, entre sollozos—, seguro que alguien se habría fijado. Por la mañana, Alan empezaría a llamar a las puertas entre las dos casas para formular algunas preguntas a los vecinos. Por fin, empezó a vencerle el sueño. La última imagen de que fue consciente fue una pila de rocas, cada una de ellas envuelta en una hoja de papel de cuaderno sujeta con gomas elásticas. Y su último pensamiento fue, de nuevo: Si no las arrojó Nettie, ¿quién lo hizo, entonces?

9

Mientras la madrugada desgranaba las horas camino del alba y del inicio de una nueva e interesante semana, un muchacho llamado Ricky Bissonette emergió del seto que rodeaba la casa parroquial baptista. En el interior del edificio, limpio como una patena, el reverendo William Rose dormía el sueño de los justos y de los virtuosos.

Ricky, de diecinueve años y no excesiva inteligencia, trabajaba en la gasolinera Sunoco de Sonny. Había cerrado el negocio horas antes pero se había quedado en la oficina esperando a que fuese lo bastante tarde (o lo bastante pronto) para ir a gastar una broma al reverendo Rose. El viernes por la tarde, Ricky se había detenido en la tienda nueva y había trabado conversación con el propietario, un tipo muy interesante. De una cosa habían pasado a otra y, en un momento determinado, Ricky se dio cuenta de que le estaba contando al señor Gaunt su deseo más profundo y secreto. Mencionó el nombre de una joven modelo y actriz —una jovencísima modelo y actriz— y aseguró al señor Gaunt que daría cualquier cosa por unas fotos de la chica desnuda.

—Escuche, tengo algo que tal vez le interese, ¿sabe? —respondió el señor Gaunt. Echó un vistazo a la tienda como para cerciorarse de que estaban a solas, se acercó a la puerta y dio la vuelta al rótulo, que de ABIERTO pasó a CERRADO. Tras esto, volvió a su lugar junto a la caja registradora, revolvió unos objetos bajo el mostrador y sacó un sobre de papel marrón sin marcas—. Échele un vistazo a estas, señor Bissonette —dijo entonces, dirigiendo al joven un guiño cargado de lascivia—. Creo que le dejarán sorprendido. Tal vez incluso asombrado.

Perplejo, más bien se diría. Eran las fotos de la joven actriz y modelo que tanto

codiciaba Ricky, y la chica estaba mucho más que desnuda. En algunas de las instantáneas estaba con un conocido actor. En otras, aparecía con dos conocidos actores, uno de los cuales era lo bastante viejo para ser su abuelo. Y en otras...

Pero antes de que pudiera ver más (y parecía haber al menos unas cincuenta, todas ellas en papel brillante y en tamaño dieciocho por veinticuatro, a todo color), el señor Gaunt se las había arrebatado de las manos.

—¡Esa es...! —Ricky tragó saliva y mencionó un nombre que sonaría mucho a los lectores de las revistas de papel satinado y a los espectadores de tertulias televisivas del corazón.

—¡Oh, no! —respondió el señor Gaunt, mientras sus ojos de color jade decían: «¡Oh, sí!»—. Estoy seguro de que no puede ser, pero el parecido es sorprendente, ¿verdad? Por supuesto, la venta de estas imágenes es ilegal; dejando aparte el contenido sexual, la chica, quienquiera que sea, no puede tener ni un minuto más de los diecisiete. Sin embargo, a pesar de ello se me puede convencer para que escuche una oferta por ellas, señor Bissonette. La fiebre que corre por mi sangre no es la malaria, sino el comercio. ¿Y bien? ¿Negociamos?

Habían negociado. Ricky Bissonette había terminado comprando setenta y dos fotografías pornográficas por treinta y seis dólares... y aquella pequeña broma.

Cruzó el césped de la casa parroquial a todo correr doblado por la cintura, se detuvo a la sombra del porche unos instantes para asegurarse de que no lo había visto nadie y luego subió los peldaños. Sacó una tarjeta blanca de tamaño postal del bolsillo de atrás, abrió la ranura del buzón, echó la tarjeta por ella y acompañó la pestaña de cobre con la yema de los dedos para que no hiciera ruido al cerrarse. Después saltó por encima de la barandilla del porche y atravesó de nuevo el césped a toda velocidad. Ricky tenía grandes planes para las dos o tres horas de oscuridad que aún le quedaban a aquella madrugada de lunes, y en aquellos planes entraban setenta y dos fotografías y un frasco grande de crema de manos Jergens.

La tarjeta, como una mariposa blanca, cayó revoloteando desde la ranura para el correo hasta el rodapiés descolorido del vestíbulo principal de la vicaría. Se posó en el suelo con la cara escrita boca arriba. El mensaje decía:

¿Cómo estás, estúpida mierda de rata baptista?

Te escribimos para advertirte que es mejor que dejes de ablar contra nuestra Noche de Casino. Solo queremos dibertirnos un poco no te hacemos ningún mal. Pero un grupo de nosotros, católicos leales, estamos artos de vuestra bazofia baptista. Todos sabemos que vosotros baptistas sois una pandilla de lamecoños. Y ahora más te vale que prestes atención a ESTO, reberendo Willy. Si tú y esos gilipollas que tienes por compinches no dejáis de meter vuestras narices de mamones en nuestros asuntos, os las vamos a llenar de tanta mierda que el olor os perseguirá eternamente.

Déjanos en paz, estúpida mierda de rata baptista O LO LAMENTARÁS, HIJO DE PUTA. Solo es una avenencia de

LOS CATÓLICOS PREOCUPADOS DE CASTLE ROCK

El reverendo Rose descubrió la nota cuando bajó en albornoz a recoger el periódico de la mañana. Su reacción es más fácil de imaginar que de describir.

10

Leland Gaunt estaba ante la ventana de la habitación que daba a la calle, en el piso superior del local de Cosas Necesarias; desde allí, con las manos cogidas a la espalda, contemplaba la panorámica de Castle Rock.

La vivienda de cuatro habitaciones que tenía detrás habría provocado muecas de sorpresa en el pueblo, pues en ella no había nada. Nada en absoluto. Ni una cama, ni un electrodoméstico, ni una simple silla. Los armarios estaban abiertos y vacíos. Unas cuantas pelusas de polvo rodaban perezosamente por los suelos desprovistos de alfombras, impulsadas por una ligera corriente de aire que barría las estancias a la altura del tobillo. El único añadido que adornaba la casa era la cortina de la ventana ante la cual se hallaba el señor Gaunt. Aquella cortina era el único elemento de decoración que necesitaba, porque era lo único que podía divisarse desde la calle.

A aquellas horas el pueblo dormía. Las tiendas estaban a oscuras, las casas también, y el único movimiento en Main Street era el semáforo intermitente de Main y Watermill, cuyo parpadeo ámbar centelleaba en soñolientos latidos. Leland Gaunt contempló el pueblo con mirada tierna y amorosa. Todavía no era suyo, pero pronto lo sería. Ya ejercía cierto poder sobre él. Los vecinos todavía lo ignoraban, pero no tardarían en averiguarlo. Desde luego que sí.

La gran inauguración había salido muy bien. Muy bien.

El señor Gaunt se veía como un electricista del alma humana. En un pueblo pequeño como Castle Rock, todas las cajas de fusibles estaban perfectamente alineadas. Lo único que tenía que hacer era abrir las cajas y empezar a cruzar los cables. Podía provocar una sobrecarga en una Wilma Jerzyck y en una Nettie Cobb utilizando cables de otras cajas de fusibles: las de un jovenzuelo como Brian Rusk y de un borracho como Hugh Priest, por poner un ejemplo. Y de ese modo iba calentando a una persona contra otra, a un Buster Keeton contra un Norris Ridgewick, a un Frank Jewett contra un George Nelson, a una Sally Ratcliffe contra un Lester Pratt.

Esporádicamente, probaba alguno de sus fabulosos trabajos de conexión, solo para asegurarse de que todo funcionaba como era debido —eso era lo que había hecho el día anterior—, y luego volvía al trabajo oscuro, sin olvidarse de mandar una descarga a través de los circuitos de vez en cuando, para mantener el suspense. Para mantener el calor. Pero, sobre todo, tenía que permanecer en segundo plano, sin llamar la atención, hasta que todo estaba a punto, y entonces lo ponía en marcha.

Lo ponía a plena marcha.

De golpe.

Lo único que se requería para hacerlo era comprender la naturaleza humana y...

—Y, naturalmente, en realidad es una cuestión de oferta y demanda —musitó Leland Gaunt, sin dejar de admirar el pueblo dormido.

¿Y por qué? Bien, en realidad, porque sí. Solo porque sí.

La gente siempre lo reducía todo a las almas y, naturalmente, se llevaría cuantas pudiera cuando cerrara la tienda; para Leland Gaunt, las almas eran lo que los trofeos para un cazador, lo que los peces disecados para su pescador. En aquellos tiempos tenían escaso valor para él en sentido práctico, pero a pesar de ello seguía apoderándose de cuantas podía cuando se le presentaba una ocasión, por mucho que dijera lo contrario; no hacerlo habría sido faltar a las reglas del juego.

Pero era sobre todo el entretenimiento, y no las almas, lo que mantenía el interés del señor Gaunt. El mero entretenimiento. Con el paso del tiempo, aquella era la única razón que importaba, porque cuando los años se hacían largos y aburridos, uno se procuraba diversión allí donde podía encontrarla.

El señor Gaunt soltó las manos que tenía a la espalda —aquellas manos que provocaban repulsión en cualquiera que tuviera la desgracia de experimentar el contacto con ellas— y volvió a juntarlas con firmeza delante de sí, con los nudillos de la mano derecha apretados contra la palma de la izquierda y los nudillos de esta apretados contra la palma de la mano diestra. Las uñas de sus dedos eran largas, gruesas y amarillentas. También estaban muy afiladas, y al cabo de un momento se hundieron en la carne de sus dedos provocando un flujo rojo negruzco de sangre espesa.

Brian Rusk soltó un grito en sueños.

Myra Evans se llevó las manos a la entrepierna y empezó a masturbarse furiosamente; en su sueño, El Rey le hacía el amor.

Danforth Keeton soñó que estaba tendido en medio de la recta de llegada del hipódromo de Lewiston y se cubrió el rostro con las manos mientras los caballos se abalanzaban sobre él a galope tendido.

Sally Ratcliffe soñó que abría la puerta del Mustang de Lester Pratt y lo encontraba lleno de serpientes.

A Hugh Priest, sus propios gritos lo despertaron de una pesadilla en la que Henry Beaufort, el encargado de El Tigre Achispado, vertía gasolina para encendedor sobre su cola de zorro y le prendía fuego.

Everett Frankel, el ayudante técnico sanitario de Ray van Allen, soñó que se llevaba a los labios su pipa nueva y, al hacerlo, descubría que la boquilla se había convertido en una cuchilla de afeitar y le había cercenado la punta de la lengua.

Polly Chambers emitió unos leves gemidos, y en el interior del pequeño dije de

plata que llevaba al cuello algo se movió y se agitó con un sonido como el revoloteo de unas pequeñas alas polvorientas. Y del amuleto surgió un aroma tenue y polvoriento, como un temblor de violetas.

Leland Gaunt relajó las manos lentamente. Sus dientes grandes e irregulares quedaron al descubierto en una ancha sonrisa, que resultaba a la vez alegre y terriblemente repulsiva. Por todo Castle Rock, las pesadillas se desvanecieron y los inquietos durmientes volvieron a su plácido reposo.

De momento.

Pronto saldría el sol. Y cuando asomara, se iniciaría una nueva jornada llena de sorpresas y de maravillas. Gaunt consideró que había llegado el momento de contratar a un ayudante, aunque tampoco ese ayudante sería inmune al proceso que había desencadenado. Cielos, no; eso estropearía toda la diversión.

Leland Gaunt permaneció ante la ventana y continuó contemplando el pueblo que se extendía bajo su vista, indefenso, entre aquella deliciosa oscuridad.

SEGUNDA PARTE

LA VENTA DEL SIGLO

El lunes 14 de octubre, día de Colón, amaneció despejado y caluroso en Castle Rock. Los vecinos se levantaron refunfuñando y quejándose de la elevada temperatura, y cuando se congregaron en grupos —en el parque municipal, en Nan's, en los bancos situados frente al edificio del Consejo Municipal—, el comentario general fue que aquel calor no era normal. Probablemente, decían algunos, tenía algo que ver con los malditos pozos de petróleo incendiados en Kuwait, o tal vez con aquel agujero en la capa de ozono del que tanto hablaban en la tele. Algunos viejos del pueblo declararon que, en su juventud, jamás se habían alcanzado los veintidós grados a las siete de la mañana en un día de mediados de octubre.

Por supuesto, aquello era exagerar las cosas y la mayoría de los vecinos (si no todos) era consciente de ello; cada dos o tres años, por regla general, el veranillo de aquellas fechas se desmadraba un poco y, durante cuatro o cinco días, se alcanzaban unas temperaturas propias de mediados de julio. A continuación, una mañana, uno se levantaba de la cama sintiéndose como si hubiera pillado un resfriado estival y, al asomarse a la ventana, descubría el césped del patio delantero tieso de la helada y observaba un par de remolinos de nieve impulsados por un viento helado. Todos en el pueblo eran conscientes de aquello, pero el tiempo era un tema de conversación demasiado bueno para echarlo a perder reconociéndolo. Nadie quería discutir; no era buena idea hacerlo cuando las temperaturas subían de forma tan anormal. Con el calor, la gente solía volverse desagradable y quisquillosa. Y si los vecinos de Castle Rock querían un ejemplo tangible de lo que podía suceder cuando la gente se volvía desagradable y quisquillosa, solo tenían que echar un vistazo a la intersección de las calles Willow y Ford.

—A esas dos mujeres les dio muy fuerte —opinó Lenny Partridge, el vecino de más edad del pueblo y el más chismoso, desde los peldaños que daban acceso a la sede del juzgado del condado, un recinto como una sombrerera que ocupaba el ala oeste del edificio municipal—. Las dos se volvieron más locas que un par de ratas en una letrina rebosante. Esa Nettie Cobb acabó con su marido a cuchilladas, ya sabéis. —Lenny se subió a tirones el braguero que llevaba debajo de los pantalones y añadió —: Lo degolló como a un cerdo, sí señor. ¡Vaya con algunas mujeres, cuando se les cruzan los cables! —El viejo alzó la vista hacia el cielo—. Con este calor, seguro que habrá más disputas. Ya lo he visto otras veces. Lo primero que debería hacer el comisario Pangborn es ordenar a Henry Beaufort que no abra el bar hasta que el tiempo vuelva a la normalidad.

—A mí eso me trae sin cuidado, viejo —replicó Charles Fortin al oírlo—. En el supermercado de Hemphill puedo comprarme cerveza suficiente para un par de días y bebérmela en casa.

El comentario provocó la risa del grupito reunido en torno a Lenny y le valió a Fortin una mirada ceñuda y feroz del propio señor Partridge. El grupo se disgregó. Día festivo o no, la mayoría de aquellos hombres tenía que trabajar. Algunos de los desvencijados camiones de transporte de madera aparcados frente a la cafetería de Nan estaban ya en movimiento, rumbo a Sweden y Nodd's Ridge y más allá del lago Castle, para recoger la carga de troncos.

2

Danforth «Buster» Keeton estaba sentado en el despacho de su casa, con los calzoncillos por única indumentaria. Los calzoncillos estaban empapados en sudor. No había abandonado la estancia desde el domingo por la tarde, cuando había hecho una breve escapada al edificio municipal. Allí había cogido el expediente de la oficina de impuestos y se lo había llevado a casa. El presidente del Consejo Municipal de Castle Rock estaba engrasando su revólver Colt por tercera vez. Tenía intención de cargarlo en algún momento de la mañana. Luego se proponía matar a su esposa. A continuación, pensaba ir otra vez al edificio municipal, encontrar a aquel hijo de puta de Ridgewick (Keeton no tenía idea de que Norris se había tomado el día libre) y matarlo. Finalmente, proyectaba encerrarse en su despacho oficial y pegarse un tiro.

Keeton había llegado a la conclusión de que solamente dando aquellos pasos podría escapar definitivamente a los Acusadores. Pensar lo contrario había sido una tontería por su parte. A Ellos no podía detenerlos ni siquiera un juego de salón que escogía por arte de magia los caballos ganadores en el hipódromo. No señor. Había aprendido la lección la tarde anterior, al llegar a casa y encontrar aquellos horribles papelitos rosa pegados con cinta adhesiva por toda la casa.

De pronto sonó el teléfono del escritorio. Sobresaltado, Keeton apretó el gatillo del Colt. Se escuchó un seco chasquido. De haber estado cargada el arma, la bala habría atravesado limpiamente la puerta del despacho.

Descolgó el auricular y vociferó irritado:

—¿Es que no podéis dejarme en paz ni un minuto?

La voz tranquila que respondió le hizo enmudecer en el acto. Era la voz del señor Gaunt, y su sonido fluyó sobre el alma en carne viva de Keeton como un bálsamo reconfortante.

—¿Ha tenido suerte con el juguete que le vendí, señor Keeton?

—¡Sí! ¡Funcionó! —respondió este en tono jubiloso. Había olvidado por completo, al menos por un instante, que hacía unos segundos estaba ultimando los preparativos para una agitada mañana de asesinatos y suicidio—. ¡Gané las apuestas en todas las carreras, cielo santo!

—Vaya, eso es estupendo —comentó el señor Gaunt con entusiasmo.

Pero a Keeton volvió a ensombrecérsele la expresión. Su voz se redujo a apenas un susurro.

—Luego..., ayer..., cuando llegué a casa...

Le resultó imposible continuar. Y entonces, al cabo de un momento, comprobó con gran sorpresa y aún mayor satisfacción que no necesitaba hacerlo.

—... descubrió que Ellos habían estado en su casa, ¿no es eso? —inquirió el señor Gaunt.

—¡Sí, en efecto! ¿Cómo lo ha sab...?

—Ellos están por todas partes, en este pueblo —lo interrumpió Gaunt antes de que terminara—. Ya se lo comenté la última vez que nos vimos, ¿recuerda?

—Sí. Y... —Keeton enmudeció bruscamente. Su rostro se contrajo en una mueca de alarma—. Señor Gaunt, ¿se da cuenta de que Ellos podrían tener intervenida la línea? ¿Podrían estar escuchando nuestra conversación en este momento!

El señor Gaunt mantuvo la calma.

—Podrían, en efecto, pero le aseguro que no nos oye nadie. Señor Keeton, no me considere tan estúpido, por favor. Como le dije, ya me las he tenido con Ellos otras veces. Muchas.

—No me cabe la menor duda —asintió Keeton. Estaba dándose cuenta de que el regocijo desbordante que había experimentado con Boleto Ganador era poco o nada en comparación con lo que sentía entonces al encontrar, después de lo que parecían siglos de lucha y de oscuridad, un alma gemela.

—Tengo un aparatito electrónico conectado a la línea —continuó el señor Gaunt con su voz calmada y melosa—. Si la comunicación está intervenida, se enciende una lucecita. En este momento la estoy viendo y permanece apagada, señor Keeton. Está tan oscura como el corazón de algunos en el pueblo.

—Usted también lo sabe, ¿verdad? —musitó Danforth con voz temblorosa y llena de fervor. Se sentía al borde de las lágrimas.

—Sí. Y te he llamado para decirte que no debes precipitarte, Keeton. —La voz era suave, adormecedora. Mientras la escuchaba, Keeton notó que la cabeza se le iba como un globo infantil lleno de helio—. Lo que te propones hacer solo serviría para facilitarles más las cosas a Ellos. ¿No te das cuenta de lo que sucedería si murieses?

—No —murmuró Keeton, vuelto hacia la ventana con la mirada perdida y borrosa.

—¡Ellos celebrarían una fiesta! —exclamó el señor Gaunt sin alzar la voz—.

¡Beberían hasta emborracharse en el despacho del comisario Pangborn y luego irían en comitiva al cementerio Tierra Natal para mearse sobre tu tumba!

—¿El comisario Pangborn? —inquirió Keeton con voz dubitativa.

—No creerás en serio que un zángano como ese agente Ridgewick se metería en un asunto así sin que se lo ordenaran sus superiores, ¿verdad?

—No, claro que no.

En aquel momento empezaba a ver las cosas con más claridad. Ellos. Hasta aquel momento, Ellos siempre habían sido como una torturadora nube oscura en torno a él; una nube que, cuando intentaba atraparla, se le escapaba entre los dedos y lo dejaba sin nada en las manos. En aquel momento, por fin, empezaba a entender que Ellos tenían rostros y nombres. Incluso podían ser vulnerables. Y ese conocimiento le resultaba tremendamente reconfortante.

—Pangborn, Fullerton, Samuels, la mujer de Williams, tu propia esposa. Todos forman parte del asunto, Keeton, pero sospecho..., sí, tengo firmes sospechas de que el comisario Pangborn es el cabecilla. Si estoy en lo cierto, seguro que él se sentiría feliz si acabaras con un par de sus subordinados y luego te quitaras de en medio. En fin, supongo que eso es lo que se ha propuesto conseguir desde el primer momento. Pero tú vas a engañarlo, Keeton.

—¡Sííí! —masculló Keeton con rabia—. ¿Qué debo hacer?

—Hoy, nada. Haz tu vida como de costumbre. Esta tarde, ve a las carreras si quieres y sácale provecho a tu reciente compra. Si te comportas ante Ellos con normalidad, como de costumbre, eso los desconcertará. Sembrará la confusión y la incertidumbre entre el enemigo.

—La confusión y la incertidumbre. —Keeton pronunció las palabras poco a poco, paladeándolas.

—Sí. Yo también estoy urdiendo mis planes, y cuando llegue el momento, te los haré saber.

—¿Me lo promete?

—Claro que sí, Keeton. Eres muy importante para mí. De hecho, incluso diría que no podría prescindir de ti.

El señor Gaunt colgó. Keeton guardó el revólver y el equipo de limpieza del arma. Después fue al piso de arriba, arrojó las ropas sudorosas al cesto de la colada, se duchó y se vistió. Cuando bajó, Myrtle rehuyó su proximidad al principio, pero Keeton le habló con ternura y le besó la mejilla. Tras aquello, Myrtle empezó a relajarse. La crisis, se debiera a lo que se debiese, parecía haber pasado.

Everett Frankel era un hombretón pelirrojo con aspecto de irlandés de pura cepa, lo cual no era de extrañar, ya que los antepasados de su madre procedían de la mismísima Cork. Llevaba cuatro años como ayudante del doctor Van Allen, que lo había contratado poco después de que se licenciara de la Marina.

Aquel lunes por la mañana, Everett llegó al consultorio general de Castle Rock a las ocho menos cuarto y Nancy Ramage, la enfermera jefe, le preguntó si podía ir inmediatamente a la granja de los Burgmeyer. Según le explicó, Helen Burgmeyer había sufrido un ataque epiléptico durante la noche. Si el diagnóstico de Everett confirmaba tal cosa, tendría que traerla al pueblo en el coche para que el doctor, que llegaría enseguida, la reconociera y decidiera si tenía que ser trasladada al hospital para hacerle más pruebas.

De ordinario, a Everett le habría disgustado que la primera tarea del día fuese tener que acudir a una visita domiciliaria, sobre todo a una casa tan alejada del pueblo, pero en una mañana tan anormalmente calurosa como aquella, una salida al campo parecía ideal.

Además, estaba la pipa.

Una vez en su Plymouth, abrió la guantera y la sacó. Era una pipa de espuma de mar, con una tabaquera ancha y profunda. La había tallado un maestro artesano; pájaros, flores y enredaderas rodeaban la cazoleta formando un diseño que realmente parecía cambiar cuando uno lo observaba desde diferentes ángulos. Everett había dejado la pipa en la guantera no porque estuviera prohibido fumar en la consulta del doctor, sino porque no le gustaba la idea de que otra gente (sobre todo una entrometida como Nancy Ramage) la viera. Primero querrían saber dónde la había conseguido. Después le preguntarían cuánto había pagado por ella.

Además, algunos de los curiosos podían codiciarla.

Se llevó la boquilla a los labios, la sostuvo entre los dientes y, una vez más, se maravilló de lo perfectamente que parecía encajar allí, de lo perfectamente en su sitio que la notaba en la boca. Por un instante, movió el retrovisor para verse en él y dio un rotundo aprobado a la imagen que le devolvió el espejo. La pipa, en su opinión, le hacía parecer mayor, más listo y más guapo. Y cuando apretó la pipa entre los dientes, con la cazoleta apuntando un poco hacia arriba justo en el ángulo más garboso, se sintió aún mayor, aún más listo, aún más guapo.

Tomó Main Street abajo con la intención de cruzar el puente metálico entre el pueblo y el campo, y redujo la marcha al acercarse a Cosas Necesarias. El toldo verde tiró de él como un anzuelo y, de pronto, le pareció muy importante —imperioso incluso— detenerse allí.

Aparcó el coche, empezó a apearse de él y entonces recordó que aún llevaba la pipa apretada entre los dientes. Se la quitó de la boca (notando una pequeña punzada de pena al hacerlo) y volvió a guardarla en la guantera. Esta vez llegó a poner los dos

pies en la acera antes de dar media vuelta y cerrar las cuatro puertas del Plymouth.

Con una buena pipa como aquella, no se podía correr riesgos. Cualquiera podía sentir la tentación de robar una pipa tan bonita. Cualquiera.

Se acercó a la tienda y se detuvo de pronto, decepcionado. En la puerta colgaba un rótulo.

CERRADO EL DÍA DE COLÓN

decía. Everett se disponía a dar media vuelta cuando se abrió la puerta y apareció el señor Gaunt, con un aspecto resplandeciente y sumamente garboso, también él, luciendo una chaqueta de color de cervato con parches en los codos y unos pantalones gris carbón.

—Pase, señor Frankel —invitó Gaunt—. Me alegro de verlo.

—Bueno, me dispongo a salir del pueblo por asuntos del trabajo y se me ha ocurrido detenerme para decirle otra vez lo mucho que me gusta la pipa. Siempre había querido una así.

Radiante, el señor Gaunt respondió:

—Ya lo sé.

—Pero he visto que tiene cerrado y no quiero molestar, así que...

—Mi tienda no está nunca cerrada para mis clientes favoritos, señor Frankel, y le cuento a usted entre ellos. En un lugar preferente de la lista, se lo aseguro. Entre.

Y le tendió la mano.

Everett rehuyó el contacto. Leland soltó una alegre carcajada al observarlo y se apartó para que el joven asistente sanitario pudiera pasar.

—En realidad, no puedo quedarme... —empezó a decir Everett, pero notó que sus pies lo impulsaban hacia la penumbra de la tienda como si actuaran por cuenta propia.

—Claro que no —asintió Gaunt—. El sanador debe cumplir las visitas concertadas, liberando las cadenas de la enfermedad que atan y constriñen el cuerpo y... —Una sonrisa, una mueca con las cejas enarcadas y las mandíbulas apretadas y prominentes, apareció en su rostro al añadir—: Y expulsando a los demonios que encadenan el espíritu, ¿me equivoco?

—Me parece que no —respondió Everett. Cuando el señor Gaunt cerró la puerta, notó un nudo de inquietud en el estómago. Esperaba que no le pasara nada a la pipa. No sería la primera vez que desvalijaban un coche en el pueblo. En ocasiones, lo habían hecho incluso a plena luz del día.

—A la pipa no le sucederá nada —le tranquilizó el señor Gaunt, al tiempo que sacaba del bolsillo un sobre blanco con una palabra escrita en el anverso. La palabra era «Amorcito»—. ¿Recuerda que me prometió gastarle una pequeña broma a alguien, doctor Frankel?

—No soy doc...

El señor Gaunt frunció las cejas de un modo que indujo a Everett a callar y desistir de explicaciones. El joven retrocedió medio paso.

—¿Lo recuerdas o no? —insistió Gaunt con brusquedad—. Será mejor que me contestes pronto, muchacho. Ya no estoy tan seguro de esa pipa como hace un momento.

—¡Ya recuerdo! —exclamó Everett. Su voz sonó apresurada y llena de alarma—. ¡Sally Ratcliffe! ¡La profesora de logopedia!

El abultado centro de la que parecía una única ceja del señor Gaunt se relajó. Everett Frankel se relajó con ella.

—Eso es. Y ha llegado el momento de gastar esa bromita, doctor. Toma esto.

Le entregó el sobre. Everett lo cogió, teniendo buen cuidado de no rozar los dedos del señor Gaunt al hacerlo.

—Hoy es fiesta escolar, pero la joven señorita Ratcliffe está en su despacho poniendo al día los archivos —explicó el señor Gaunt—. Ya sé que vas camino de la granja Burgmeyer...

—¿Cómo sabe eso? —inquirió Everett perplejo.

El señor Gaunt desechó la pregunta con un ademán de impaciencia y prosiguió:

—... pero quizá tengas un momento para pasarte a verla a la vuelta, ¿verdad?

—Supongo que sí...

—Y como los forasteros en una escuela, incluso cuando no están los alumnos, son vistos con cierta suspicacia, puedes explicar tu presencia dejándote caer un momento por el despacho de la enfermera de la escuela, ¿de acuerdo?

—Si ella está allí, supongo que podría hacerlo —admitió Everett—. De hecho, en realidad debería pasarme por allí, porque...

—... porque todavía no has recogido las actas de vacunación —acabó la frase el señor Gaunt—. Está bien. En realidad, ella no estará allí, pero tú no tienes por qué saber eso, ¿verdad? Solo tienes que asomar la cabeza por la enfermería y ya podrás marcharte. Pero, sea al llegar o al marcharte, quiero que dejes este sobre en el coche que la señorita Ratcliffe ha tomado prestado a su novio. Quiero que lo pongas debajo del asiento del conductor, pero no completamente debajo. Tienes que dejarlo allí con una esquina del sobre a la vista.

Everett sabía perfectamente quién era el novio de la señorita Ratcliffe: el profesor de educación física del instituto. De haber podido elegir, Everett habría preferido gastar la broma al propio Lester Pratt, antes que a su chica. Pratt era un joven baptista, rollizo y musculoso, que solía llevar camisetas de manga corta y pantalones de entrenamiento azules con una tira blanca en la parte exterior de cada pernera, desde la cintura hasta el tobillo. El fornido muchacho pertenecía a esa clase de personas por cuyos poros rezuma el sudor y el fervor por Jesucristo en cantidades

iguales (y copiosas). Everett nunca le había prestado mucha atención. Esta vez, se preguntó vagamente si Lester se habría acostado ya con Sally, que era un bocado muy apetitoso. Probablemente no, se dijo. También se le pasó por la cabeza que, cuando Lester se excitaba después de una buena sesión de magreo en el balancín del porche, era probable que Sally lo obligara a hacer unas cuantas flexiones en el patio trasero o a dar unas cuantas decenas de vueltas a la carrera alrededor de la casa.

—¿Sally ha vuelto a coger el Prattmóvil?

—Sí —respondió el señor Gaunt con cierta irritación—. ¿Has terminado ya de hacerte el gracioso, doctor Frankel?

—Desde luego —asintió.

En realidad, Everett experimentaba una sorprendente sensación de alivio. Hasta aquel momento había sentido cierta inquietud por la «bromita» que el señor Gaunt quería que gastase; ahora, sin embargo, quedaba claro que su preocupación era infundada. Gaunt no pretendía obligarlo a poner un petardo en el zapato de la maestra, o un poderoso laxante en su vaso de leche con cacao, o algo parecido. ¿Qué daño podía hacer un sobre?

La sonrisa del señor Gaunt, luminosa y resplandeciente, apareció de nuevo en sus facciones.

—Estupendo —asintió. Acto seguido, se aproximó más a Everett y este advirtió con horror que el señor Gaunt parecía a punto de pasarle el brazo por los hombros.

El muchacho se apresuró a retroceder un poco. De este modo, el señor Gaunt fue conduciéndolo hasta la puerta principal de la tienda y la abrió.

—Que disfrute de la pipa. —Gaunt cambió de nuevo el tratamiento—. ¿Le he dicho alguna vez que perteneció a sir Arthur Conan Doyle, el creador del gran Sherlock Holmes?

—¡No! —exclamó Everett Frankel.

—Por supuesto que no —asintió Gaunt con una sonrisa—. Eso habría sido una mentira y yo no miento nunca en cuestiones de negocios. No se olvidará de su pequeño encargo, ¿verdad, doctor Frankel?

—Le aseguro que no.

—Entonces, le deseo un buen día.

—Lo mismo le di...

Pero Everett se había quedado sin interlocutor. La puerta, con la persiana bajada, ya se había cerrado detrás de él.

El joven se quedó mirándola un momento y después regresó lentamente hasta el Plymouth. Si alguien le hubiera pedido que explicara detalladamente lo que le había contado al señor Gaunt y lo que este le había dicho, Everett habría pasado un mal rato, porque era incapaz de recordar una sola palabra con precisión. Se sentía como si le hubieran administrado una dosis de un anestésico ligero.

Cuando estuvo de nuevo tras el volante del coche, lo primero que hizo fue abrir la guantera, depositar en ella el sobre con la palabra «Amorcito» y sacar la pipa. Una cosa que sí recordaba era el comentario burlón del señor Gaunt sugiriendo que la pipa había pertenecido a A. Conan Doyle. Y pensar que casi lo había creído... ¡Qué estúpido! Uno solo tenía que llevársela a los labios y sujetar la boquilla entre los dientes para darse perfecta cuenta de que el propietario original de aquella pipa había sido Hermann Goering.

Everett Frankel puso en marcha el coche y dejó atrás el pueblo a velocidad moderada. Camino de la granja Burgmeyer, tuvo que detenerse un par de veces en la cuneta para admirar de nuevo lo mucho que la pipa mejoraba su apariencia.

4

Albert Gendron tenía su clínica dental en el edificio Castle, una construcción de ladrillos carente de gracia que se levantaba frente al edificio municipal y a la estructura de cemento, cuadrada y de poca altura, que albergaba la Compañía de Aguas del condado, al otro lado de la calle. El edificio Castle había extendido su sombra sobre el río Castle y el puente metálico desde 1924, y albergaba las oficinas de tres de los cinco abogados del condado, de un optometrista, de un médico especialista en oído, de varios agentes inmobiliarios independientes, de un consejero de créditos, de un servicio de recogida de mensajes telefónicos que llevaba una sola mujer, y de un taller de marcos. La otra media docena de despachos del edificio estaba desocupada en aquel momento.

Albert, que se contaba entre los feligreses más asiduos de Nuestra Señora de las Aguas Serenas desde los tiempos del viejo padre O'Neal, empezó a subir la escalera hacia su consulta; sus cabellos, negros en otro tiempo, estaban ya salpicados de canas y sus amplios hombros se hundían como no habían hecho nunca en sus años mozos, pero, a pesar de ello, Albert seguía siendo un hombre de proporciones imponentes: con sus dos metros largos y sus ciento veinte kilos, era el tipo más corpulento del pueblo, si no del condado entero.

Ascendió la estrecha escalera hasta el cuarto y último piso lentamente, haciendo pausas en los rellanos para recuperar el aliento antes de continuar, preocupado por el soplo cardíaco que le había diagnosticado el doctor Van Allen. Cuando llegó a la mitad del último tramo de peldaños, vio una hoja de papel sujeta con cinta adhesiva al cristal translúcido esmerilado de la puerta del consultorio, ocultando el rótulo en el que se leía ALBERT GENDRON, CIRUJANO DENTAL.

Cuando aún estaba a cinco peldaños del rellano, consiguió descifrar la salutación que encabezaba la nota y el corazón se le aceleró de inmediato, a pesar del soplo.

Pero esta vez no fue debido al esfuerzo físico, sino a un acceso de rabia.

¡PRESTA ATENCIÓN, COMEDOR DE SARDINAS!, decía el encabezamiento de la hoja en grandes letras rojas, escritas con rotulador.

Albert arrancó la nota del cristal y la leyó rápidamente. Mientras lo hacía, expulsó el aire de los pulmones por la nariz con unos resoplidos ásperos y estentóreos como los de un toro preparado para embestir.

¡PRESTA ATENCIÓN, COMEDOR DE SARDINAS!

Hemos intentado razonar con vosotros —«Que escuche quien tenga oídos»—, pero no ha servido de nada. SOIS TERCOS EN VUESTRO RUMBO A LA CONDENACIÓN Y POR SUS OBRAS LOS CONOCERÉIS. Hemos tolerado vuestra idolatría papista e incluso vuestra licenciosa adoración al Becerro de Oro, pero ahora habéis llegado demasiado lejos. ¡NO TOLERAREMOS QUE JUGUÉIS A DADOS CON EL DIABLO EN CASTLE ROCK!

Este otoño, cualquier cristiano decente puede captar el OLOR A AZUFRE Y A FUEGO INFERNAL en Castle Rock. Si vosotros no lo notáis, es porque tenéis la nariz taponada con vuestros propios pecados y vuestra degradación. ¡PRESTAD ATENCIÓN A NUESTRO AVISO Y SEGUIDLO: ABANDONAD VUESTRO PLAN PARA CONVERTIR ESTE PUEBLO EN UN CUBIL DE LADRONES Y TAHÚRES, O TENED LA SEGURIDAD DE QUE OLERÉIS EL FUEGO DEL INFIERNO! ¡ABANDONADLO, O CAERÁ SOBRE VOSOTROS UNA LLUVIA DE AZUFRE!

«Y serán arrojados al infierno los inicuos, y todas las naciones que han olvidado a Dios.» Salmos, 9, 17.

SEGUID NUESTRO CONSEJO, O VUESTROS GRITOS DE LAMENTACIÓN SE OIRÁN DESDE MUY LEJOS.

LOS BAPTISTAS PREOCUPADOS DE CASTLE ROCK

—¡Menuda mierda! —masculló Albert por fin, al tiempo que estrujaba la nota en un puño del tamaño de una maza—. Ese baptista idiota vendedor de zapatos finalmente ha perdido el juicio.

Lo primero que hizo una vez hubo abierto la consulta fue llamar al padre John para advertirle de que las cosas quizá se pusieran un poco más tensas durante los días que faltaban para la Noche de Casino.

—No se preocupe, Albert —respondió el padre Brigham con calma—. Si ese idiota intenta algo, le enseñaremos que nosotros, los comedores de sardinas, sabemos responder como es debido..., ¿no es cierto?

—Sí que lo es, padre —respondió Albert. Aún tenía la nota entre los dedos, hecha una pelota. Volvió la vista hacia ella y bajo su bigote de morsa asomó una sonrisilla antipática—. Rotundamente cierto.

A las diez y cuarto de la mañana, el panel digital de la fachada del banco anunciaba que la temperatura en Castle Rock era de veinticinco grados. Al otro lado del puente, el sol caluroso produjo un brillante guiño, un lucero fugaz, en el punto donde la

carretera estatal 117 aparecía sobre el horizonte para extenderse luego hacia el pueblo. Alan Pangborn estaba en su despacho, repasando informes sobre la muerte de las dos mujeres, y no advirtió aquel reflejo del sol sobre el metal y el cristal. Y aunque lo hubiera visto, no le habría despertado un gran interés; al fin y al cabo, solo era un coche que se aproximaba. Sin embargo, el destello salvajemente brillante del cristal y los cromados que se acercaban al puente lanzados a más de cien kilómetros por hora anunciaban la llegada de un personaje importante en el destino de Alan Pangborn... y en el del pueblo entero.

En la puerta de Cosas Necesarias, el rótulo que ponía

CERRADO EL DÍA DE COLÓN

fue descolgado por una mano de largos dedos que emergía de la manga de una chaqueta deportiva de color cervato. Un nuevo rótulo ocupó el lugar del anterior. En él se leía:

SE NECESITA AYUDANTE.

6

Al cruzar el puente, el coche aún iba a más de setenta en una zona limitada a cuarenta. Era un bólido que los chicos del instituto habrían admirado con asombro y envidia: un Dodge Challenger de color verde lima con la parte trasera levantada de manera que el morro apuntara hacia el asfalto. A través de los cristales ahumados de las ventanillas apenas se lograba distinguir la barra de seguridad que formaba un arco de lado a lado del techo, entre los asientos de delante y los traseros. La parte posterior de la carrocería estaba cubierta de adhesivos: HEARTS, FUELLY, FRAM, ESTADO CUÁQUERO, GOODYEAR CÁMARA ANCHA, BATERÍAS RAM. El motor rugía satisfecho, bien provisto de la gasolina de noventa y seis octanos que, más arriba de Portland, solo podía comprarse en la autopista de Oxford Plains.

El coche redujo un poco la marcha en la intersección de Main y Laurel y luego se detuvo, con un chirrido de ruedas, en uno de los espacios de aparcamiento en semibatería frente a la barbería The Clip Joint. En aquel preciso instante no había ningún cliente afeitándose o cortándose el pelo, y tanto Bill Fullerton como Henry Gendron, su ayudante, estaban sentados en las sillas de los clientes, bajo los viejos anuncios de jabón de afeitar y de lociones capilares. Bill y Henry se habían repartido el periódico de la mañana. Cuando el conductor del coche aceleró el motor unos instantes, provocando un petardeo en el tubo de escape, los dos barberos levantaron la

vista.

—Una máquina mortal como pocas he visto anteriormente —comentó Henry.

Bill asintió y se pellizcó el labio inferior entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

—Ajá —murmuró.

Los dos observaron con expectación cómo se apagaba el motor y se abría la puerta del conductor. De las oscuras entrañas del Challenger emergió un pie enfundado en una bota negra de motorista llena de rozaduras. Tras el pie apareció una pierna envuelta en la tela de dril de unos tejanos descoloridos y ajustados. Un momento después, el conductor salió por fin y se incorporó bajo el sol de aquel día insólitamente caluroso. Se quitó las gafas ahumadas, las colgó en el escote de la camisa y echó un vistazo a su alrededor con aire despreocupado y despreciativo.

—¡Vaya, vaya! —murmuró Henry—. Parece una falsa moneda recién fabricada.

Bill Fullerton contempló al recién llegado con la sección de deportes del periódico sobre los muslos y la boca ligeramente entreabierta.

—Ace Merrill —anunció—. Tan seguro como que vivo y respiro.

—¿Qué diablos hace aquí? —exclamó Henry en tono irritado—. Creía que estaba en Mechanic Falls, que ahora amargaba la existencia a los de allí.

—No lo sé —respondió Bill, y repitió el gesto de pellizcarse el labio—. Míralo. Gris como una rata y, probablemente, dos veces más ruin. ¿Qué edad tendrá, Henry?

Henry se encogió de hombros.

—Más de cuarenta y menos de cincuenta, es lo único que puedo decirte. De todos modos, ¿a quién le importa la edad que tenga? Para mí, su presencia solo significa problemas.

Como si lo hubiese oído, Ace se volvió hacia la cristalera de la barbería y levantó la mano en un gesto de saludo lento y sarcástico. Los dos hombres dieron un respingo y se revolvieron con aire indignado, como un par de solteronas que acabaran de darse cuenta de que el insolente silbido libertino procedente del salón de billar iba dirigido a ellas.

Ace hundió las manos en los bolsillos de sus Low Riders y se alejó calmamente. Era la estampa de un hombre con todo el tiempo del mundo y toda la insolencia del universo conocido.

—¿No crees que deberías llamar al comisario Pangborn? —preguntó Henry.

Bill Fullerton insistió en pellizcarse el labio. Finalmente, movió la cabeza en gesto de negativa.

—Seguro que no tarda en enterarse de que Ace anda otra vez por el pueblo —respondió—. No necesita que se lo diga yo. Ni tú, desde luego.

Los dos hombres enmudecieron y siguieron con la vista a Ace Merrill hasta que desapareció Main Street arriba.

Viendo a Ace caminar con insolencia Main Street arriba, nadie habría dicho que era un hombre con un gravísimo problema. Un problema con el que Buster Keeton habría podido identificarse hasta cierto punto; Ace debía a unos tipos una cantidad bastante elevada. Más de ochenta mil dólares, para ser exactos. Pero, en el caso de Buster, lo peor que podían hacerle los acreedores era meterlo entre rejas. Si Ace no tenía el dinero pronto, el 1 de noviembre para ser exactos, era probable que los suyos lo enviaran al otro mundo.

Los chicos a los que Ace Merrill había aterrorizado en otro tiempo —chicos como Teddy Duchamp, Chris Chambers y Vern Tessio— lo habrían reconocido al instante a pesar de su cabello gris. Durante los años en que Ace había trabajado en la fábrica textil de la localidad (la fábrica llevaba cerrada ya cinco años), tal vez no habría sido así. Por aquel entonces sus vicios habían sido la cerveza y los pequeños hurtos. A consecuencia de la primera había acumulado una considerable cantidad de kilos y como resultado de los segundos había atraído considerablemente la atención del difunto comisario George Bannerman. Más tarde, Ace descubrió la cocaína. Dejó el trabajo en la fábrica, perdió veinte kilos de la noche a la mañana y se graduó en robos de primera clase como consecuencia de aquella maravillosa sustancia. Su situación financiera empezó a fluctuar como un yoyó con los grandiosos altibajos que solo experimentan los negociantes de alto riesgo en la bolsa y los traficantes de cocaína. Podía empezar el mes en la ruina y terminarlo con cincuenta o sesenta mil dólares enterrados bajo las raíces del manzano muerto que se alzaba detrás de su casa-remolque en Cranberry Bog Road. Un día disfrutaba de una cena francesa de siete platos en Maurice, y al día siguiente tenía que contentarse con macarrones precocinados y queso en la cocina del remolque. Todo dependía del mercado y del suministro porque Ace, como la mayoría de los traficantes de cocaína, era su propio mejor cliente.

Casi un año después de que el nuevo Ace —alto, delgado, con algunas canas y enganchado hasta el cuello— emergiera de la capa de grasa que había ido acumulando desde que rompiera sus relaciones con la enseñanza pública, conoció a unos tipos de Connecticut. Aquellos tipos traficaban con armas, además de con polvos. Ace se entendió con ellos desde el primer momento; igual que él, los hermanos Corson eran sus propios mejores clientes.

Le ofrecieron lo que representaba una franquicia de alto calibre para la zona central de Maine, y Ace Merrill aceptó de buena gana. Igual que la decisión de empezar a traficar con coca había sido más que una simple cuestión comercial, también en aquel nuevo negocio había más que intereses económicos. Si había algo

en el mundo que a Ace le gustara más que los coches o la coca, eran las armas.

En una de las ocasiones en que se encontró apurado de fondos había acudido a ver a su tío, que le había prestado dinero a medio pueblo y tenía fama de haber amasado una fortuna. Ace no había visto ninguna razón para que su tío fuera a negarle el préstamo; era joven (bueno, cuarenta y ocho años; relativamente joven), tenía perspectivas y era de su propia sangre. Su tío, sin embargo, tenía una visión muy diferente de las cosas.

—No —respondió Reginald Marion «Papi» Merrill a su petición—. Sé muy bien de dónde sacas el dinero; cuando lo tienes, claro. Lo sacas de esa mierda de polvos.

—Vamos, tío Reginald...

—Déjate de «tío Reginald» —le interrumpió Papi—. Ahora mismo, llevas una mancha de esos polvos en la aleta de la nariz. Descuidados. Los tipos que usan esa mierda blanca y comercian con ella se vuelven siempre descuidados. Y la gente descuidada termina en la cárcel. Eso, si tiene suerte. De lo contrario, termina criando malvas en cualquier lodazal, bajo un metro de tierra. Y yo no puedo cobrar mi dinero cuando la persona que me lo debe está muerta o haciendo cola para el cementerio. Lo que quiero decir con esto es que no te prestaría ni el sudor de mi sucio culo.

El apuro que había llevado a Ace a pedir dinero a su tío se había producido poco después de que Alan Pangborn jurase el cargo de comisario en el condado de Castle. Y el primer gran éxito que se apuntó Alan fue sorprender a Ace y a dos de sus compinches tratando de forzar la caja fuerte del despacho de Henry Beaufort en El Tigre Achispado. Fue una actuación policial excelente, de manual, y Ace se encontró en la cárcel de Shaw menos de cuatro meses después de que su tío le hubiese advertido de que terminaría en ella. La acusación por intento de robo fue retirada en un acuerdo privado, pero, a pesar de ello, Ace fue sentenciado a una larga estancia a la sombra por escaló con nocturnidad.

Salió de la cárcel en la primavera de 1989 y se trasladó a Mechanic Falls, donde le esperaba un empleo: la empresa de la autopista de Oxford Plains participaba en el programa estatal de reinserción y John «Ace» Merrill consiguió un empleo de auxiliar de mantenimiento y de mecánico a tiempo parcial.

Para entonces, muchos de sus viejos amigos seguían allí todavía —por no hablar de sus viejos clientes—, y Ace no tardó en volver a hacer negocios y a sufrir hemorragias nasales.

Conservó el trabajo hasta que la sentencia se levantó oficialmente, y ese mismo día se despidió. Había recibido una llamada de los hermanos Corson desde Danbury, Connecticut, y muy pronto estuvo de nuevo vendiendo armas, además de *perico* boliviano.

Al parecer, mientras Ace estaba en chirona, el negocio había tomado mayores vuelos: en lugar de pistolas, rifles y fusiles de repetición, se encontró haciendo

suculentos trapicheos con armas automáticas y semiautomáticas. El punto culminante se produjo en junio de aquel año, cuando vendió un misil Thunderbolt tierra-tierra a un extranjero con acento sudamericano. El extranjero guardó el Thunderbolt a buen recaudo y pagó a Ace diecisiete mil dólares en billetes de cien con los números de serie no consecutivos.

—¿Para qué se utiliza una cosa como esa? —le había preguntado Ace a su cliente con cierta fascinación.

—Para lo que uno quiera, *señor* —había respondido el extranjero, sin un atisbo de sonrisa.

Luego, en julio, todo se había ido al traste. Ace aún no acababa de explicarse cómo podía haber sucedido; lo único que entendía era que probablemente habría hecho mejor quedándose con los hermanos Corson como proveedores de coca y de armas. Ace había negociado la compra de un kilo de nieve colombiana a un tipo de Portland, financiando el trato con la ayuda de Mike y Dave Corson. El precio quedó establecido en ochenta y cinco mil. El material parecía valer el doble de aquel precio, a juzgar por los análisis que había efectuado. Ace sabía que ochenta y cinco mil dólares eran mucho más de lo que estaba acostumbrado a manejar, pero se sentía confiado y dispuesto a dar el paso. En aquella época, el lema principal de la vida de Ace Merrill era «¡No hay problema!». Desde entonces, las cosas habían cambiado. Habían cambiado mucho.

Los cambios empezaron cuando Dave Corson lo llamó desde Danbury, Connecticut, para preguntarle a qué creía que estaba jugando, tratando de pasar bicarbonato de sosa por cocaína. Al parecer, el tipo de Portland había conseguido engañar a Ace, por muchos análisis que este hubiera hecho, y cuando Dave Corson empezó a comprenderlo, dejó de parecer tan amistoso. De hecho, se mostró abiertamente hostil.

Ace podría haber intentado desaparecer del mapa. En lugar de ello, había apelado a todo su valor —que no era poco, incluso a sus ya bastantes años— y acudió a ver a los hermanos Corson. Les ofreció su versión de lo sucedido en la parte trasera de una furgoneta Dodge con moqueta en el suelo, un sofá cama y un espejo en el techo. Fue muy convincente. Tuvo que serlo, porque la furgoneta había aparcado al final de una pista de tierra embarrada a varios kilómetros al oeste de Danbury, porque al volante iba un negrazo al que llamaban Timmi «Demasiado Alto» y porque los dos hermanos Corson, Mike y Dave, estaban sentados uno a cada lado de Ace, con sendos fusiles sin retroceso H&K entre las manos.

Mientras hablaba, Ace recordó lo que le había dicho su tío antes del golpe fracasado en El Tigre Achispado. «La gente descuidada termina entre rejas. Eso, si tiene suerte. De lo contrario, termina criando malvas en cualquier lodazal, bajo un metro de tierra.» Muy bien, Papi había acertado en cuanto a la primera parte; ahora,

Ace se proponía desplegar toda su capacidad de convicción para evitar la segunda. En los lodazales no había programas de reinserción.

Su alegato resultó, en efecto, muy convincente. Y en algún punto del mismo pronunció un nombre mágico: Ducky Morin.

—¿Le compraste esa mierda a Ducky? —exclamó Mike Corson, y sus ojos inyectados en sangre parecieron a punto de saltarle de las órbitas—. ¿Estás seguro de que era él?

—Claro que estoy seguro —dijo Ace—. ¿Por qué?

Los hermanos se miraron unos instantes y se echaron a reír. Ace no sabía a qué venían sus risas, pero se alegró de oírlas de todos modos. Parecían una buena señal.

—¿Qué aspecto tenía? —inquirió Dave Corson.

—Es un tipo alto..., no tanto como él. —Ace señaló con el pulgar al chófer, que llevaba puestos unos auriculares *walkman* y se mecía a un lado y a otro siguiendo un ritmo que solo él oía—. Pero es bastante alto. Es canadiense o, al menos, habla como ellos. Y lleva un pendiente de oro en la oreja.

—Es él, sin duda —asintió Mike Corson.

—A decir verdad, me sorprende que nadie se haya cargado ya a ese tipo —añadió Dave Corson. Miró a su hermano y los dos movieron la cabeza al unísono en un ademán de asombro perfectamente compartido.

—Pensaba que era un tipo de fiar —intervino Ace—. Siempre lo ha sido, que yo sepa.

—Pero estuviste una temporada a la sombra, ¿no? —apuntó Mike Corson.

—Sí, unas pequeñas vacaciones en el hotel de las rejas —añadió su hermano.

—Debías de estar encerrado cuando ese Ducky descubrió el crack —dijo Mike—. Fue entonces cuando su reputación empezó a caer en picado.

—Últimamente, a Ducky le gusta utilizar un pequeño truco con sus clientes —apuntó Dave—. ¿Sabes en qué consiste el timo de la estampita, Ace?

Ace reflexionó unos instantes; luego movió la cabeza en gesto de negativa.

—Claro que lo sabes —dijo Dave—. Porque esa es la causa de que te estés jugando el culo. Ducky te enseñó un montón de bolsas llenas de polvo blanco. Una estaba llena de coca buena. Las demás estaban llenas de mierda. Igual que tú, Ace.

—¡Pero si hicimos las pruebas! —protestó Ace—. ¡Escogí una bolsa al azar y analicé el polvo!

Mike y Dave se miraron con una siniestra mueca burlona.

—Hicieron las pruebas —murmuró Dave Corson.

—Escogió una bolsa al azar —añadió Mike Corson.

Los dos alzaron los ojos al techo y se miraron mutuamente en el espejo.

—¿Y bien? —intervino Ace, pasando la vista de un hermano a otro. Se alegraba de ver que conocían a Ducky, y también se alegraba de que aceptasen que no había

tenido intención de engañarlos, pero nada de todo aquello reducía su inquietud. Lo estaban tratando como a un imbécil, y Ace Merrill no era ningún imbécil.

—¿Bien qué? —Mike Corson se volvió hacia él—. Si no hubieras estado convencido de que la bolsa que analizabas era la misma que habías escogido, no habrías cerrado el trato, ¿verdad? Ducky es como un prestidigitador que, una y otra vez, hace el mismo viejo truco con los naipes. «Escoja una carta, cualquiera.» Seguro que has oído esa frase más de una vez, ¿verdad, Ace, tonto del culo?

A pesar de las armas, Ace no podía tolerar aquello.

—¡No vuelvas a llamarme eso!

—¡Te llamaremos lo que nos dé la gana! —replicó Dave—. Nos debes ochenta y cinco de los grandes, Ace, y lo que hemos obtenido hasta ahora a cambio de ese dinero es un montón de bicarbonato que no vale más de un dólar y medio. Si nos da la gana, podemos llamarte hijo de puta.

Los hermanos Corson intercambiaron una mirada, comunicándose sin palabras. Dave se levantó, dio unos golpecitos en el hombro a Timmy «Demasiado Alto» y entregó su arma al chófer.

A continuación, Dave y Mike se apearon de la furgoneta y organizaron un pequeño conciliábulo entre ambos junto a un montón de hojas de zumaque en el margen de un sembrado. Ace no sabía qué estaban diciendo, pero se daba perfecta cuenta de cuál era el tema de la conversación. Los Corson estaban discutiendo qué hacer con él.

Tomó asiento en el borde del sofá, sudando como un cerdo, y esperó a que volvieran. Sin dejar de apuntarle con el H&K y de mover la cabeza al ritmo de la música, Timmy «Demasiado Alto» se retrepó en el sillón tapizado que había dejado libre Mike Corson. Ace reconoció las voces que le llegaban, muy débilmente, de los auriculares del chófer. Eran Marvin Gaye y Tammi Terrell cantando «My mistake», su gran éxito del momento.

Mike y Dave regresaron por fin.

—Vamos a concederte tres meses para que pagues —anunció Mike, y a Ace casi le fallaron las rodillas de alivio—. De momento, tenemos más interés en recuperar nuestro dinero que en arrancarte la piel a tiras. Pero hay algo más.

—Queremos ajustar las cuentas a Ducky Morin —declaró Dave—. Lo de ese tipo ya dura demasiado.

—Ducky nos está dando mala reputación a todos —protestó su hermano.

—Y pensamos que tú puedes dar con él —continuó Dave Corson—. Creemos que si te encuentra pensará que tonto del culo una vez, tonto del culo para siempre.

—¿Tienes algo que comentar a eso, tonto del culo? —le preguntó Mike.

Ace no tuvo nada que comentar. Se sentía satisfecho con la alegría de saber que llegaría vivo al siguiente fin de semana.

—Te damos de plazo hasta el uno de noviembre —anunció Dave—. Tráenos el dinero el uno de noviembre y luego iremos todos a por Ducky. Si no lo traes, veremos cuántos pedazos podemos hacer con tu cuerpo antes de que te llegue la muerte.

8

Al estallar aquel feo asunto, Ace tenía en su poder una docena de armas diversas de gran calibre, tanto automáticas como semiautomáticas, y empleó la mayor parte de su período de gracia intentando convertir esas armas en dinero. Una vez vendidas, podría transformar el dinero en coca. No había mejor producto que la cocaína cuando uno tenía que reunir una gran suma a toda prisa.

Pero el mercado de las armas parecía atravesar un período de calma chicha. Consiguió colocar la mitad de las existencias —ninguna de las armas grandes— y nada más. Durante la segunda semana de septiembre había establecido un contacto prometedor en el bar Piece of Work de Lewiston. El contacto le había insinuado de todas las maneras posibles que le gustaría comprar un mínimo de seis armas automáticas, y tal vez hasta diez, si junto a ellas le daba el nombre de un proveedor de munición de confianza. Para Ace, aquello no representaba ningún inconveniente; los hermanos Corson eran los proveedores de munición más fiables que conocía.

Antes de cerrar el trato, Ace acudió al mugriento lavabo del local para hacerse un par de rayas. Se sentía bañado por el feliz y reconfortante resplandor que ha hechizado a tantos presidentes norteamericanos: creía empezar a ver luz al final del túnel.

Colocó el espejito que llevaba en el bolsillo de la chaqueta sobre la tapa del retrete y se agachó para depositar sobre él un poco de coca, cuando le llegó una voz del excusado contiguo al que ocupaba. Ace no llegó a descubrir nunca a quién pertenecía. Solo de una cosa estaba seguro: era muy posible que aquella voz le hubiera salvado de pasar quince años encerrado en una penitenciaría federal.

—El tipo con el que estás hablando lleva un micrófono —le informó la voz desde el retrete contiguo.

Ace salió del baño y abandonó el local por la puerta trasera.

9

Después de salvarse por los pelos en aquel mal encuentro (jamás se le ocurrió la posibilidad de que su desconocido informador solo pretendiera gastarle una broma), una especie de extraña parálisis se adueñó de Ace. Le entró miedo a hacer otra cosa

que comprar de vez en cuando un poco de coca para su uso personal. Nunca había experimentado semejante sensación de impotencia. Una sensación que odiaba, pero ante la cual no sabía cómo reaccionar. Lo primero que hacía cada mañana era mirar el calendario. Noviembre parecía echarse encima a toda velocidad.

Hasta que por fin, aquella mañana, había despertado antes del amanecer con un pensamiento iluminándole la mente como una extraña luz azul: tenía que volver a casa. Tenía que regresar a Castle Rock. Allí estaba la respuesta. Volver a casa parecía la decisión más sensata..., pero, incluso si resultaba equivocada, el cambio de escenario tal vez le ayudaría, al menos, a romper aquel extraño tapón que tenía en la cabeza.

En Mechanic Falls solo era John Merrill, un ex recluso que vivía en una chabola con plásticos en las ventanas y una puerta de cartones. En cambio, en Castle Rock siempre había sido Ace Merrill, el ogro que aparecía en las pesadillas de toda una generación de niños. En Mechanic Falls era un desgraciado, un blanco pobre que no tenía donde caerse muerto, un tipo que conducía un buen Dodge pero no tenía garaje donde guardarlo. Como mínimo, en Castle Rock había sido, al menos durante un tiempo, una especie de rey.

De modo que había vuelto al pueblo, y allí estaba. Y ahora ¿qué?

Ace no lo sabía. Castle Rock le pareció más pequeño, más siniestro y más vacío de lo que recordaba. Imaginó que Pangborn andaba rondando por alguna parte y que muy pronto Bill Fullerton lo llamaría por la radio para contarle quién había vuelto. Entonces Pangborn iría a su encuentro para preguntarle qué venía a hacer al pueblo. Le preguntaría si tenía algún empleo. Ace no lo tenía y ni siquiera podía decir que había acudido a visitar a su tío, porque Papi estaba en su tienda de baratijas cuando el local había sufrido el incendio. Imaginó que el comisario le diría entonces: «Muy bien, Ace; entonces ¿por qué no vuelves a meterte en esa máquina tuya y sigues tu camino lejos de Castle Rock?».

¿Qué iba a responder a eso? Ace no tenía ni idea; solamente sabía que el destello de luz azulada con el que había despertado seguía brillando tenuemente en su interior.

Comprobó que el solar donde se había levantado el Emporium Galorium seguía vacío. En el terreno solo quedaban malas hierbas, unos cuantos restos de tablones chamuscados y basura. Los fragmentos de cristales rotos reflejaban el sol en destellos de luz cálida que hacían lagrimear. No había allí nada que ver, pero Ace quiso, de todas formas, acercarse a mirar. Empezó a cruzar la calzada, y casi había llegado al otro lado cuando le llamó la atención el toldo verde de dos tiendas más arriba.

COSAS NECESARIAS

leyó en el lateral del toldo. ¿Qué nombre era aquel para una tienda? Ace dio unos pasos calle arriba para descubrirlo. Podía dejar para más tarde la visita al solar vacío

donde su tío había tenido su trampa para turistas; no parecía que nadie fuera a llevárselo.

Lo primero que vieron sus ojos fue el rótulo

SE NECESITA AYUDANTE

en la puerta. Apenas le prestó atención. Ace no sabía qué había ido a buscar en Castle Rock, pero, desde luego, no era un empleo como mozo de almacén.

En el escaparate había una serie de objetos que parecían de bastante calidad; la clase de material que Ace se llevaría si hiciera un trabajito nocturno en casa de algún ricachón. Un juego de ajedrez con figurillas talladas de animales salvajes como piezas. Una gargantilla de perlas negras que le pareció valiosa, aunque enseguida imaginó que las perlas serían artificiales. Desde luego, en aquel pueblucho de pelagatos no había nadie que pudiera permitirse un collar de perlas negras auténticas. De todos modos, era un buen trabajo; la impresión que producían era bastante real. Y...

Ace entornó los ojos para observar mejor el libro colocado detrás de las perlas. El tomo estaba situado de tal modo que quien echara una ojeada al escaparate pudiera ver fácilmente la portada, que mostraba la silueta de dos hombres en pie sobre un risco en plena noche. Uno llevaba un pico y el otro una pala. Los dos hombres parecían estar excavando un hoyo. El título del libro era *Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra*. El nombre del autor estaba impreso en pequeñas letras blancas bajo la ilustración.

Reginald Merrill, decía.

Ace se acercó a la puerta y probó el pomo. Este cedió sin esfuerzo. La campanilla del dintel emitió su tintineo. Acto seguido, Ace Merrill entró en Cosas Necesarias.

10

—No —dijo Ace, con la vista puesta en el libro que el señor Gaunt había sacado del escaparate y le había puesto en las manos—. Este no es el que quiero. Se ha equivocado al cogerlo.

—Es el único libro del escaparate, se lo aseguro —respondió el señor Gaunt con cierta perplejidad en la voz—. Si no me cree, puede comprobarlo usted mismo.

Por un momento, Ace estuvo tentado de hacerlo; finalmente, dejó escapar un pequeño suspiro de exasperación.

—No; está bien —murmuró.

El libro que le mostraba el hombre de la tienda era *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson. Para Ace, lo sucedido parecía bastante claro: tenía a Papi en la

cabeza y había cometido un error al leer el título. De todos modos, su primer y gran error había sido regresar a Castle Rock. ¿Por qué diablos lo había hecho?

—Escuche, este local que ha montado aquí es muy interesante, pero ahora tengo prisa. Ya nos veremos en otra ocasión señor...

—Gaunt —dijo su interlocutor tendiéndole la mano—. Leland Gaunt.

Ace le tendió la suya y los largos dedos de Gaunt la engulleron. En el momento de producirse el contacto, una energía poderosa, galvanizante, pareció recorrer a Merrill de pies a cabeza. Su mente se llenó de nuevo con aquella luz intensamente azul; pero esta vez fue como una llamarada enorme, abrasadora.

Retiró la mano perplejo y notó que le flojeaban las rodillas.

—¿Qué ha sido eso? —susurró.

—Creo que lo llaman «un toque de atención» —respondió el señor Gaunt, sin abandonar su plácida compostura—. Porque ahora, señor Merrill, va usted a prestarme atención.

—¿Cómo ha sabido mi nombre? Yo no se lo he dicho.

—¡Oh, vamos!, sé muy bien quién eres —replicó el señor Gaunt con una risilla—. Te estaba esperando.

—¿Cómo puede decir eso? Si yo mismo no he sabido que vendría hasta que he subido al maldito coche.

—Discúlpame un momento, por favor.

Gaunt volvió junto al escaparate, se agachó y levantó del suelo un rótulo que tenía apoyado contra la pared. Después se acercó a la puerta, descolgó el de

SE NECESITA AYUDANTE

y colocó el que decía

CERRADO EL DÍA DE COLÓN.

—¿Por qué ha hecho eso? —Ace se sentía como si hubiera tropezado con una valla por donde corriera una moderada carga eléctrica.

—Es habitual que los comerciantes retiren los rótulos de «se busca ayudante» una vez han cubierto la vacante —respondió el señor Gaunt en un tono de voz algo severo—. Mi negocio en Castle Rock ha crecido a un ritmo muy satisfactorio y me he dado cuenta de que necesito una espalda fuerte y un par de brazos extra en el local. Últimamente me canso demasiado.

—¡Eh, no...!

—También necesito un chófer —continuó Gaunt—. Y tengo entendido que tu fuerte es conducir. Tu primer trabajo, Ace, será ir a Boston. Tengo un automóvil aparcado en un garaje de la ciudad. El coche te sorprenderá agradablemente: es un Tucker.

—¿Un Tucker? —Por un momento, Ace olvidó que no había vuelto al pueblo para aceptar un empleo de mozo de almacén..., ni tampoco de chófer, si de eso se trataba—. ¿Como los de la película?

—No exactamente. —El señor Gaunt se dirigió al mostrador presidido por su anticuada caja registradora, pasó por detrás, sacó una llave y abrió un cajón. Extrajo de él dos pequeños sobres, depositó uno de ellos encima del mostrador y tendió el otro a Ace—. Le han realizado ciertas modificaciones —añadió entonces—. Aquí tienes las llaves...

—¡Eh, vamos, espere un momento! Le he dicho que...

El señor Gaunt tenía los ojos de un color extraño que Ace no conseguía concretar, pero cuando se ensombrecieron y luego le lanzaron una mirada llameante, feroz, Ace advirtió que volvían a fallarle las rodillas.

—Estás metido en un buen lío, Ace, pero si no dejas de comportarte como un avestruz que esconde la cabeza bajo la arena, creo que voy a perder interés en ayudarte. Los mozos de almacén se encuentran a dólar la docena, te lo aseguro. A lo largo de los años he tenido cientos de ellos. Miles, tal vez. Así que déjate de monsergas y coge las llaves.

Ace tomó el pequeño sobre. Cuando las yemas de sus dedos rozaron los del señor Gaunt, aquel fuego oscuro y abrasador le llenó la cabeza una vez más. Un gemido escapó de su boca.

—Irás con tu coche a la dirección que te diré, y lo dejarás aparcado en el lugar que ahora ocupa el mío. Espero que estés de vuelta para la medianoche, como mucho. En realidad, creo que podrás llegar bastante antes de esa hora. Mi coche es mucho más rápido de lo que parece —añadió con una sonrisa que dejó a la vista sus grandes dientes irregulares.

Ace intentó una nueva protesta:

—Escuche, señor...

—Gaunt.

Ace asintió, meneando la cabeza arriba y abajo como una marioneta movida por un titiritero novato.

—En otras circunstancias, me encargaría de hacerle ese trabajo. Usted resulta... interesante. —No era la palabra que buscaba, pero era la mejor que se le ocurrió en aquel momento—. Por lo demás, tiene razón: estoy metido en un buen apuro y si no encuentro un buen montón de dinero en las dos próximas semanas...

—Bueno, ¿qué me dices del libro? —inquirió el señor Gaunt. Su tono de voz era a la vez irónico y reprobatorio—. ¿No era eso lo que te ha empujado a entrar?

—Pero no es el que yo...

Ace descubrió que aún lo tenía en las manos y volvió a mirarlo.

La ilustración era la misma, pero el título había cambiado y volvía a ser el que

había visto en el escaparate: *Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra*, por Reginald Merrill.

—¿Qué es esto? —preguntó con voz apagada. Pero de repente lo comprendió. No estaba en Castle Rock; estaba en su casa, en Mechanic Falls, tendido en su cama sucia y revuelta, y todo aquello era un sueño.

—A mí me parece un libro —respondió el señor Gaunt—. Y por cierto, ¿no se llamaba así tu tío, Reginald Merrill? Qué coincidencia.

—Mi tío no escribió en su vida otra cosa que recibos y pagarés —replicó Ace con la misma voz apagada y soñolienta. Levantó de nuevo la mirada y descubrió que no podía apartarla del rostro de Gaunt. Los ojos de este cambiaban vertiginosamente de color: azules..., grises..., castaños..., pardos..., negros.

—Bueno —reconoció el señor Gaunt—, tal vez el nombre del autor sea un seudónimo. Tal vez he sido yo mismo quien ha escrito esas páginas.

—¿Usted?

—Quizá ni siquiera es un libro, en realidad. Quizá ninguna de las cosas tan especiales que vendo es lo que parece ser. Tal vez son, en realidad, cosas grises con una única propiedad notable: la capacidad de adoptar la forma de aquellas otras cosas que pueblan los sueños de hombres y mujeres. —Hizo una pausa y luego añadió con aire pensativo—: Tal vez son sueños ellas mismas.

—No acabo de entenderlo.

El señor Gaunt sonrió.

—Lo sé. No importa. Si tu tío hubiera escrito un libro, Ace, si realmente lo hubiera hecho, ¿no podría haber sido sobre tesoros enterrados? ¿No dirías que los tesoros, sea enterrados en el suelo o en los bolsillos de los demás, eran un tema que le interesaba profundamente?

—Desde luego, le gustaba el dinero —asintió Ace con voz sombría.

—Entonces ¿adónde fue a parar el que tenía? —le inquirió Gaunt—. ¿No te lo dejó a ti? Seguro que sí; ¿no eres acaso su único pariente vivo?

—¡No me dejó ni un maldito centavo! —replicó Ace en un grito de rabia—. En el pueblo, todos decían que el muy cerdo guardaba hasta el primer dólar que había ganado, pero cuando murió no tenía en sus cuentas bancarias ni cuatro mil dólares, que se fueron en el entierro y en limpiar las ruinas que había dejado el incendio. Y cuando abrieron la caja de seguridad que tenía en el banco, ¿sabe qué encontraron?

—Sí —respondió el señor Gaunt. Y aunque su expresión seguía seria, casi comprensiva, sus ojos se reían—. Cupones de ahorro. Seis libretas de cupones Plaid y catorce de cupones Gold Bond.

—¡Exacto! —Ace dirigió una siniestra mirada a *Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra*. Su inquietud y su sensación de brumosa desorientación habían quedado engullidas, al menos de momento, por la rabia—. ¿Y sabe otra cosa? ¡Los

cupones Golden Bond ni siquiera pueden canjearse ya! ¡La empresa ha cerrado! En Castle Rock, todo el mundo le tenía miedo, incluso yo se lo tenía, y todos pensaban que era más rico que el tío Gilito del pato Donald, pero murió pobre.

—Tal vez no confiaba en los bancos —argumentó el señor Gaunt—. Tal vez enterró su tesoro. ¿Te parece posible eso, Ace?

Ace abrió la boca. La cerró. Volvió a abrirla, y a cerrarla.

—¡Basta! —ordenó el señor Gaunt—. Pareces un pez en un acuario.

Ace miró el libro que tenía en la mano. Lo apoyó en el mostrador y pasó rápidamente las páginas, llenas de apretadas líneas impresas en un cuerpo pequeño. Y algo apareció entre ellas mientras las hojeaba.

Era un pedazo de papel marrón, grande y de bordes irregulares, y lo reconoció al instante: había sido arrancado de una bolsa de la compra del supermercado de Hemphill.

Cuántas veces, de muchacho, había visto a su tío cortar pedazos de papel marrón como aquel de las bolsas que guardaba bajo la vieja caja registradora Tokeheim.

Cuántas veces le había visto hacer cuentas, o redactar pagarés, en papeles como aquel...

Lo desdobló con manos temblorosas.

Era un plano, hasta ahí estaba claro, pero al principio no distinguió nada en él: solo un puñado de líneas y cruces y círculos garabateados al azar.

—¿Qué coño...?

—Necesitas algo para concentrar la atención, eso es todo. —El señor Gaunt suspiró—. Tal vez te sirva esto.

Ace alzó la vista. El señor Gaunt había colocado un pequeño espejo con un florido marco de plata sobre la vitrina de cristal próxima a la caja registradora. A continuación, abrió el otro sobre que había sacado del cajón del mostrador y vertió una generosa cantidad de cocaína sobre el espejo. A los ojos de Ace, nada inexpertos, el material parecía de fabulosa calidad; el foco situado sobre la vitrina arrancaba miles de pequeños destellos de las escamas limpias.

—¡Dios santo! —A Ace empezó a hormiguarle la nariz solo con ver la cocaína—. ¿Es colombiana?

—No, es un híbrido especial. Procede de las llanuras de Leng —respondió el señor Gaunt. Extrajo un abrecartas de oro del bolsillo interior de la chaqueta de cervato y empezó a extender el montón de polvo blanco en líneas largas y gruesas.

—¿Dónde queda eso?

—Más allá de las montañas, muy lejos —respondió el señor Gaunt sin levantar la vista—. Déjate de preguntas, Ace. Para quien debe dinero, lo mejor es disfrutar de las cosas buenas que surgen en su camino.

Guardó el abrecartas y, del mismo bolsillo, sacó un tubito de cristal y se lo ofreció

a Ace.

—Sírvete tú mismo.

El tubo era sorprendentemente pesado y Ace imaginó que no era de vidrio, en definitiva, sino de alguna especie de cristal de roca. Se inclinó sobre el espejo, pero entonces titubeó. ¿Y si aquel viejo tenía el sida o algo parecido?

«Déjate de preguntas, Ace. Para quien debe dinero, lo mejor es disfrutar de las cosas buenas que surgen en su camino.»

—Amén —murmuró en voz alta, y aspiró.

Su cabeza se llenó de ese vago sabor a plátano y limón que siempre parece tener la cocaína realmente buena. Era suave, pero también potente. Ace advirtió que su corazón empezaba a latir con fuerza. Al mismo tiempo, sus pensamientos se hicieron extraordinariamente nítidos y adquirieron la brillantez de unos cromados recién bruñidos. Recordó entonces un comentario que había oído a un tipo poco después de que se enamorara de aquel polvo blanco: «Las cosas tienen más nombres cuando uno va hasta arriba de coca. Muchos más nombres».

Entonces no había entendido a qué se refería; sin embargo, después de aquella raya le pareció que por fin lo sabía.

Ofreció el tubo de cristal a Gaunt, pero este hizo un gesto de negativa con la cabeza.

—Nunca antes de las cinco —rechazó—. Pero tú toma la que quieras.

—Gracias —murmuró Ace.

Miró de nuevo el plano y descubrió que podía interpretarlo perfectamente. Las dos líneas paralelas con la X entre ellas indicaban sin duda el puente, el Tin Bridge, y una vez descifrado aquello, todo lo demás encajaba sin problemas. El garabato sinuoso que corría entre las paralelas, atravesaba la X y seguía hasta el extremo superior del papel era la carretera estatal 117. El círculo pequeño con el grande debajo tenía que representar la vaquería de los Gavineaux; el círculo grande debía de ser el establo. Todo encajaba. Resultaba tan claro, tan nítido y tan rutilante como el tonificante montón de droga que aquel individuo tan increíblemente sofisticado había vertido de la papelina.

Ace se inclinó de nuevo sobre el espejo.

—Preparados, apunten..., ¡fuego! —murmuró, y aspiró dos líneas más. ¡Bang! ¡Zap!—. ¡Cielos, vaya coca tan potente! —exclamó en un jadeo.

—De primera —asintió el señor Gaunt con gesto grave.

Ace alzó la vista, con la súbita certeza de que su interlocutor se estaba burlando de él, pero la expresión del señor Gaunt era serena y franca. Ace se inclinó otra vez sobre el mapa.

En esta ocasión, las aspas le llamaron la atención. Había un total de siete..., no, en realidad eran ocho. Una parecía encontrarse en las tierras baldías y pantanosas del

viejo Trebehold, pero el viejo Trebehold estaba muerto, había fallecido hacía bastantes años y..., ¿pero no se había dicho en algún momento que su tío Reginald había adquirido la mayor parte de esas tierras como pago de un préstamo?

Otra de las aspas estaba en las lindes del parque natural, al otro lado de Castle View, si no le fallaba la geografía. Había dos más en la comarcal número 3, cerca de un círculo que probablemente era la propiedad del viejo Joe Camber, la finca Seven Oaks. Y otras dos en la tierra que presuntamente pertenecía a Diamond Match, en la ribera oeste del lago.

Ace miró a Gaunt con ojos frenéticos, inyectados de sangre.

—¿Mi tío enterró su dinero? ¿Es eso lo que significan las aspas? ¿Son esos los lugares donde enterró el dinero?

El señor Gaunt se encogió de hombros con gesto elegante.

—Te aseguro que no lo sé. Parece lógico, pero a menudo el comportamiento de la gente tiene poco que ver con la lógica.

—De todos modos, es posible. —Ace se entusiasmó. Se estaba poniendo frenético de nerviosismo y de exceso de coca; en los músculos largos de los brazos y del vientre, notaba como si le estallaran rígidos haces de alambre de cobre. Su rostro cetrino, salpicado de cicatrices de acné desde la adolescencia, había adquirido un intenso rubor—. ¡Es posible! Todos los lugares que tienen esas marcas..., ¡todo eso podría ser propiedad de Papi! ¿Se da usted cuenta? Tal vez mi tío colocó todas esas tierras en un fideicomiso, o como quiera que se llame..., para que nadie pudiera comprarlas..., para que nadie pudiera encontrar lo que había guardado en ellas...

Aspiró el resto de la coca del espejo y luego se inclinó sobre el mostrador. Sus ojos desorbitados y enrojecidos parecían a punto de saltarle de las órbitas.

—Esto podría sacarme del pozo de mierda en que estoy metido —masculló en un murmullo ronco y tembloroso—. Más incluso. ¡Podría hacerme rico!

—Sí —apuntó el señor Gaunt—. Yo diría que existe tal posibilidad. Pero ten presente eso de ahí, Ace.

Con un gesto del pulgar, Gaunt señaló la pared y el rótulo colgado en ella, que decía:

NO SE ADMITEN DEVOLUCIONES
NI SE EFECTÚAN CAMBIOS
CAVEAT EMPTOR!

Ace observó el rótulo.

—¿Qué significa?

—Significa que no eres el primero que cree haber encontrado la clave de grandes riquezas en un libro viejo —respondió el señor Gaunt—. También significa que sigo necesitando un mozo y un chófer.

Ace lo miró, casi perplejo. Luego se echó a reír.

—¿Está de broma? —dijo, y señaló el mapa—. Ahora tengo mucho que cavar.

El señor Gaunt suspiró apresuradamente, dobló el pedazo de papel marrón, lo puso de nuevo entre las hojas del libro y guardó este en el cajón bajo el mostrador. Llevó a cabo todo el proceso con increíble rapidez.

—¡Eh! —aulló Ace—. ¿Qué está haciendo?

—Acabo de recordar que ya había prometido ese libro a otro cliente, señor Merrill. Y en realidad la tienda está cerrada... Ya sabe, hoy es el día de Colón.

—¡Espere un momento!

—Naturalmente, si hubieras aceptado el empleo, estoy seguro de que habría podido arreglar las cosas. Pero ya veo que estás muy ocupado; seguro que quieres asegurarte de que tus asuntos están en orden antes de que los hermanos Corson te den el pasaporte.

Ace había empezado a abrir y cerrar la boca de nuevo. Intentaba recordar dónde estaban las pequeñas aspas del plano, pero le resultaba imposible. Todas las marcas del plano parecían fundirse en una gran cruz en su mente acelerada, una gran cruz como las que se ven en los cementerios.

—¡Está bien! —exclamó—. ¡Está bien, acepto el jodido empleo!

—En ese caso, creo que el libro vuelve a estar a la venta, después de todo —respondió el señor Gaunt. Sacó de nuevo el volumen del cajón y consultó la solapa—. Cuesta un dólar y medio. —Una sonrisa ancha, que recordaba la de un tiburón, dejó a la vista su dentadura irregular—. Un dólar treinta y cinco, con el descuento para empleados.

Ace sacó el billetero del bolsillo trasero, se le cayó de las manos y estuvo a punto de darse con la cabeza contra el borde de la vitrina cuando se agachó a recogerlo.

—Pero tiene que darme unas horas libres —le exigió al señor Gaunt.

—Desde luego.

—Porque, realmente, tengo mucho que cavar.

—Por supuesto.

—El tiempo vuela.

—Una observación muy aguda.

—¿Qué le parece cuando vuelva de Boston?

—¿No estarás demasiado cansado?

—Señor Gaunt, no puedo permitirme estar cansado.

—En eso quizá pueda ayudarte —apuntó el señor Gaunt. Su sonrisa se ensanchó aún más y sus dientes sobresalieron de ella como la dentadura de una calavera—. Me refiero a que tal vez pueda tener un poco de ese estimulante para ti.

—¿Qué? —exclamó Ace con los ojos como platos—. ¿Qué ha dicho?

—¿Perdón?

—Nada —dijo Ace—. No importa.

—Está bien..., ¿todavía tienes las llaves que te he dado?

Ace descubrió, sorprendido, que se había guardado el sobre que contenía las llaves en el bolsillo trasero del pantalón.

—Bien.

El señor Gaunt marcó un dólar con treinta y cinco en la vieja caja registradora, cogió el billete de cinco que Ace había depositado sobre el mostrador y le devolvió tres con sesenta y cinco. Ace los recogió como un sonámbulo.

—Ahora —dijo Gaunt cuando hubo terminado de cobrar— deja que te dé unas cuantas direcciones. Y recuerda lo que te he dicho antes: quiero que estés de vuelta para medianoche. Si no has regresado a medianoche, me enfadaré mucho. Cuando me enfado, a veces pierdo los estribos, y no te gustaría estar presente si tal cosa ocurre.

—¿Le sucede lo que a La Masa? —apuntó Ace Merrill en tono burlón.

El señor Gaunt lo miró con una sonriente ferocidad que hizo retroceder un paso a Ace.

—Sí —dijo a continuación—. Eso es precisamente lo que me sucede, Ace. Me transformo en La Masa. Te aseguro que es verdad. Ahora presta atención.

Ace prestó atención.

11

Eran las once menos cuarto y Alan se disponía a bajar a la cafetería de Nan para tomar un café rápido, cuando Sheila Brigham lo llamó por el intercomunicador para decirle que tenía a Sonny Jackett al teléfono. Sonny insistía en hablar con el comisario y solo con él.

Alan descolgó el auricular del teléfono.

—Hola, Sonny. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Verás... —dijo Sonny Jackett con su acento arrastrado del Este—. Me disgusta echarte otra tajada en el plato después de la ración doble que tuviste ayer, comisario, pero creo que ha vuelto al pueblo un viejo amigo tuyo.

—¿De quién se trata?

—De Ace Merrill. He visto su coche aparcado calle arriba, no lejos de aquí.

¡Oh, mierda! ¿Qué más pasará ahora?, pensó Alan.

—¿Lo has visto? —preguntó.

—No, pero el coche es inconfundible. Un Dodge Challenger verde chillón, del estilo que los jóvenes llaman un correccaminos. Lo he visto varias veces en la región.

—Muy bien. Gracias, Sonny.

—No hay de qué. Y bien, Alan, ¿qué crees que está haciendo ese sujeto en Castle Rock?

—No lo sé —dijo el comisario y, al colgar, pensó: Pero supongo que será mejor que lo averigüe.

12

Al lado del Challenger verde había un espacio vacío. Alan aparcó allí el coche patrulla número 1 y se apeó. Vio a Bill Fullerton y a Henry Gendron observándolo con un brillo de interés en los ojos tras el escaparate de la barbería y levantó una mano para saludarlos. Henry señaló con el índice el otro lado de la calle. Alan asintió y cruzó la calzada. Wilma Jerzyck y Nettie Cobb se mataban a cuchilladas en una esquina una mala tarde, y al día siguiente aparecía en el pueblo Ace Merrill. Castle Rock se estaba convirtiendo en el circo Barnum & Bailey, se dijo el comisario. Cuando llegó a la acera opuesta, vio a Ace saliendo de la sombra que proyectaba el toldo verde de Cosas Necesarias. Ace llevaba algo en una mano. Al principio no estuvo seguro de qué se trataba, pero cuando tuvo más cerca a Ace, Alan se dio cuenta de que había identificado perfectamente el objeto; lo único que sucedía era que su mente había sido incapaz de creer lo que le decían los ojos. Ace Merrill no era el tipo de persona que uno esperaba ver con un libro en la mano. Los dos hombres se cruzaron justo delante del solar donde en otro tiempo se había levantado el Emporium Galorium.

—Hola, Ace —dijo Alan.

Ace no pareció en absoluto sorprendido de verlo. Sacó las gafas de sol del escote de la camisa, abrió las patillas de un gesto seco con una sola mano y se las colocó.

—¡Vaya, vaya, vaya...! ¿Qué tal va todo, jefe?

—¿Qué haces en Castle Rock, Ace? —preguntó Alan con calma.

Ace levantó la mirada al cielo con exagerado interés. En los cristales de sus Ray-Ban parpadearon unos pequeños reflejos luminosos.

—Es un buen día para dar un paseo en coche —comentó—. De auténtico verano.

—Sí, un día precioso —asintió Alan—. ¿Tienes el permiso de conducir en regla, Ace?

Su interlocutor lo miró con una mueca de reproche.

—¿Cree que habría cogido el coche si no lo tuviera? Estaría cometiendo una infracción, ¿no?

—Me temo que eso no es una respuesta.

—Pasé otro examen cuando me dieron la libertad —le dijo Ace—. Tengo todos los documentos en regla. ¿Qué me dice ahora, jefe? ¿Le parece suficiente respuesta?

—Quizá sea mejor que lo compruebe personalmente. —Alan extendió la mano.

—¡Vaya, me parece que no se fía de mí...! —protestó Ace, sin abandonar aquel

tono de voz entre jocoso y burlón. No obstante, Alan captó la rabia que se ocultaba bajo el sarcasmo.

—Digamos que soy de Missouri...

Ace pasó el libro a la mano izquierda para sacar la cartera del bolsillo del pantalón con la diestra y Alan distinguió con más claridad la portada. En ella se leía *La isla del tesoro*, por Robert Louis Stevenson. Echó una ojeada al permiso de conducir. Estaba vigente y en orden.

—Los papeles del coche están en la guantera, si quiere cruzar la calle y comprobarlos también —apuntó Ace. Esta vez, Alan captó con más nitidez su cólera contenida. Y también su arrogancia de siempre.

—Creo que me fiaré de tu palabra, Ace. Y ahora ¿por qué no me dices qué es lo que has venido a hacer aquí realmente?

—He venido a echarle un vistazo a eso —respondió Ace, indicando el solar vacío—. No sé por qué, pero he sentido la necesidad de hacerlo. Supongo que no me cree, pero le aseguro que es la pura verdad.

Alan, cosa extraña, le creyó.

—Veo que también has comprado un libro.

—No se me ha olvidado leer —respondió Ace—. Espero que al menos me concederá eso, jefe.

—Está bien. —Alan enganchó los pulgares en el cinturón—. Has venido a echar un vistazo y has comprado un libro. Si no tienes nada más que hacer por aquí, supongo que te largarás enseguida del pueblo, ¿verdad?

—¿Y si no quiero? Supongo que se apresuraría a buscar algo para detenerme, ¿verdad? ¿Acaso en su vocabulario no existe la palabra «rehabilitación», comisario Pangborn?

—Claro que sí —replicó Alan—, pero en la definición no dice nada de Ace Merrill.

—Vamos, vamos, comisario, no me busque las cosquillas.

—No te las busco. Si me decidiera a hacerlo, te enterarías enseguida.

Ace se quitó las gafas de sol.

—Vosotros, los policías, nunca tenéis suficiente, ¿verdad? Nunca soltáis una presa.

Alan guardó silencio.

Al cabo de un momento, Ace pareció recuperar la calma y volvió a colocarse las Ray-Ban.

—¿Sabe una cosa? Creo que, a fin de cuentas, voy a marcharme. Tengo cosas que hacer en otra parte.

—Estupendo. Manos ocupadas, manos felices.

—Pero si me da la gana de volver, lo haré. ¿Me oye bien, jefe?

—Te oigo perfectamente, Ace, y quiero advertirte que será mejor que no lo hagas. ¿Entendido?

—No me da miedo, comisario.

—Si no me haces caso —replicó Alan—, eres aún más idiota de lo que pensaba.

Ace observó por un momento a Alan a través de los cristales ahumados de las gafas y soltó una carcajada. A Alan no le gustó en absoluto su sonido: era una risa inquietante, extraña e inconexa. Sin moverse de donde estaba, observó a Ace mientras este cruzaba la calle con su anticuado pavoneo de matón, abría la portezuela del coche y montaba en él.

Unos momentos más tarde, el motor se puso en marcha con un rugido. Los gases del tubo de escape produjeron un estentóreo petardeo; los transeúntes se detuvieron y volvieron la cabeza para ver qué sucedía.

Lleva un silenciador no reglamentario, pensó Alan. Podría denunciarlo por eso.

Sin embargo, ¿para qué hacerlo? Tenía asuntos más importantes entre manos que ocuparse de Ace Merrill, quien de todos modos ya se marchaba del pueblo. Esta vez para siempre, esperaba Alan.

Vio que el Challenger verde hacía un giro prohibido en Main Street y se enfilaba hacia el río y la salida del pueblo. Después el comisario se volvió y observó con aire pensativo el toldo verde, calle arriba. Ace había vuelto al pueblo de sus años mozos para comprar un libro; *La isla del tesoro*, para ser exacto. Y lo había comprado en Cosas Necesarias.

Pero la tienda estaba cerrada todo el día, ¿no? Al menos era lo que decía el rótulo, pensó.

Decidió acercarse hasta el local y comprobó que no se había equivocado respecto al rótulo. Este decía:

CERRADO EL DÍA DE COLÓN.

Si había recibido a Ace, también lo recibiría a él, se dijo Alan, y levantó la mano para llamar. Pero antes de que sus nudillos tocaran la puerta, sonó el buscapersonas que llevaba sujeto al cinturón. Alan pulsó el botón que hacía enmudecer el odioso artilugio y se quedó ante la puerta de la tienda un momento más, indeciso. Sin embargo, en realidad no había mucho que decidir respecto a lo que debía hacer. Si uno era abogado o ejecutivo de una empresa, tal vez podía permitirse el lujo de hacer caso omiso del buscapersonas durante un rato, pero cuando se era comisario del condado —y funcionario electo, no contratado—, no cabían muchas dudas respecto al orden de prioridades.

Alan se apartó de la puerta y cruzó la acera; al llegar al bordillo, se detuvo y dio media vuelta sobre sus talones. Se sentía casi como el jugador que hace de «cosa» en el juego del Semáforo Rojo, ese cuya tarea es cazar a los otros jugadores en

movimiento para enviarlos de nuevo a la casilla inicial. Volvía a experimentar la sensación de ser observado, y en esta ocasión era muy intensa. Alan tuvo la certeza de que, al volverse, advertiría algún movimiento delator en la cortina bajada tras el cristal de la puerta. Pero no percibió nada. La tienda seguía adormilada bajo el sol anormalmente cálido de octubre, y de no haber visto con sus propios ojos a Ace saliendo de ella, Alan habría jurado que el local estaba vacío, a pesar de la sensación de ser observado que lo asaltaba.

Cruzó la calle hasta el coche patrulla, se inclinó para coger el micrófono y llamó a comisaría.

—Ha llamado Henry Payton —le informó Sheila—. Ya tiene los informes preliminares de Henry Ryan acerca de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck... ¿Cambio?

—Le escucho. Cambio.

—Henry ha dicho que, si quiere conocer los detalles más interesantes, estará en su despacho desde ahora hasta mediodía. Cambio.

—Muy bien. Ahora estoy en Main Street. No tardaré en volver. Cambio.

—Esto... ¿Alan?

—¿Sí?

—Henry también ha preguntado si pensamos instalar un fax antes de final de siglo. Así podría mandarle los informes en lugar de tener que llamarle continuamente para leérselos. Cambio.

—Dígale que envíe una carta al presidente del Consejo Municipal solicitándolo —replicó Alan malhumorado—. Henry sabe muy bien que no soy yo quien hace los presupuestos.

—Bueno, bueno... Solo le estoy repitiendo lo que él ha dicho. No es necesario que se ponga tan quisquilloso. Cambio.

Pero Sheila también parecía bastante irascible y quisquillosa, pensó Alan.

—Corto y cierro —respondió por último.

Luego subió al coche y colgó el micrófono en el soporte. Echó un breve vistazo al panel digital de la fachada del banco, que indicaba las diez y cincuenta minutos de la mañana y una temperatura de veintiocho grados. ¡Santo cielo, no nos merecemos esto!, se dijo Alan. Este condenado calor nos está afectando a todos.

Alan regresó despacio al edificio municipal, perdido en sus pensamientos. No podía quitarse de encima la sensación de que en Castle Rock estaba sucediendo algo. Algo que estaba a punto de quedar fuera de control. Era una tontería, desde luego, una inmensa tontería, pero no podía quitársela de encima.

TRECE

1

Las escuelas del pueblo estaban cerradas con motivo de la festividad, pero Brian Rusk no habría acudido aunque hubiera habido clases.

Brian estaba enfermo.

No era ninguna enfermedad física; ni sarampión, ni varicela, ni siquiera diarrea (la más humillante y debilitadora de todas). Tampoco era una enfermedad mental, exactamente; su mente sufría los efectos, eso sí, pero parecía como si su estado mental solo fuera un efecto secundario de la enfermedad. La parte de su ser afectada por la dolencia estaba aún más honda que su mente; alguna parte esencial de su persona, una parte que no podía alcanzar la aguja o el microscopio de médico alguno, se había puesto gris y enferma. Brian siempre había sido un chico risueño y alegre, radiante como un sol, pero aquel sol había desaparecido, oculto tras densos bancos de nubes que aún seguían creciendo.

Las nubes habían empezado a aparecer la tarde que había embadurnado de fango las sábanas de Wilma Jerzyck y se habían hecho más espesas cuando el señor Gaunt se le había aparecido en el sueño, vestido con el uniforme de los Dodgers, para decirle que aún no había terminado de pagar el cromo de Sandy Koufax, pero los nubarrones no habían terminado de cubrir el cielo hasta que, aquella mañana, había bajado a desayunar.

Su padre, enfundado en el mono de trabajo gris que utilizaba en la Compañía de Puertas y Revestimientos Dick Perry, en South Paris, estaba sentado a la mesa de la cocina con el *Portland Press-Herald* abierto ante él.

—¡Jodidos Patriots! —le oyó mascullar tras la barricada del periódico—. ¡A ver si fichan de una puñetera vez a un tipo que sepa pasar la condenada pelota!

—No digas palabrotas delante de los niños —intervino Cora desde el otro extremo de la cocina. Pero no lo dijo con su habitual energía e irritación. Su voz sonaba distante y preocupada.

Brian ocupó su silla y vertió leche sobre los copos de avena del tazón.

—¡Eh, Bri! —dijo Sean animadamente—. ¿Quieres que vayamos al centro? Podemos echar unas partidas en los videojuegos...

—Tal vez —respondió Brian—. Supongo...

En aquel instante descubrió el titular de la primera página del periódico y dejó la frase a medias.

Había fotografías de dos mujeres, la una junto a la otra. Brian las reconoció a ambas. Una era Nettie Cobb, que vivía en Ford Street, al doblar la esquina. Su madre decía que estaba chiflada, pero a Brian siempre le había caído bien. En un par de ocasiones se había detenido a hacer unas caricias a su perrito mientras ella lo llevaba de paseo, y la mujer le había parecido tan normal como cualquiera.

La otra mujer era Wilma Jerzyck.

Hundió la cuchara en los cereales, pero no llegó a probarlos. Cuando su padre se hubo marchado al trabajo, Brian echó los copos de avena ablandados al cubo de la basura y se escabulló escalera arriba a su cuarto, pensando que su madre no tardaría en aparecer dando voces y preguntando cómo era capaz de echar comida a la basura mientras los niños se morían de hambre en África (al parecer, su madre creía que la idea de unos niños muriéndose de hambre podía estimular el apetito), pero no fue así; aquella mañana, su madre parecía perdida en su propio mundo. Sean, en cambio, estaba en plena forma. Incordiante, como de costumbre.

—Entonces ¿qué dices, Bri? ¿Quieres que bajemos al centro? ¿Quieres? —Sean casi bailaba de nerviosismo delante de él, saltando de un pie al otro—. Podríamos echar unas partidas en los videojuegos, o tal vez entrar a mirar en esa tienda nueva que tiene todas esas cosas raras en el escaparate...

—¡Ni se te ocurra acercarte por allí, Sean! —lo interrumpió Brian; al oírlo, su hermano pequeño retrocedió un paso y su rostro se cubrió con una expresión de sorpresa y consternación—. ¡Eh, vamos, lo siento! —dijo Brian al darse cuenta—. Pero no debes entrar en esa tienda, Sean. Ese local no vale nada.

A Sean le temblaba el labio inferior.

—Pues Kevin Pelkey dice...

—¿A quién vas a creer, a ese idiota o a tu hermano mayor? Hablo en serio, Sean. Esa tienda no es un buen sitio. Es... —Se humedeció los labios y luego proclamó lo que le pareció la más absoluta verdad—: Ese lugar es malo.

—¿Qué te pasa, Brian? —le preguntó Sean con voz irritada y llorosa—. ¡Llevas todo el fin de semana alelado! ¡Igual que mamá!

—No me encuentro muy bien, eso es todo.

—Bueno... —Sean se puso a pensar. Entonces se le iluminó el rostro—. Quizá te sientas mejor después de unas partidas de videojuegos. ¡Podemos jugar al Raid Aéreo, Bri! ¡En el salón de juegos tienen el Raid Aéreo, ese que te sientas dentro y se inclina adelante y atrás! ¡Es fabuloso!

Brian se lo pensó unos instantes. No. Se sentía incapaz de bajar a la galería de juegos; aquella mañana no se veía con ánimos. Tal vez no volvería a pisarla nunca más. Allí estarían los demás chicos —en un día como aquel, seguro que habría que

guardar cola para los buenos videojuegos como el Raid Aéreo—, pero en aquel momento él era distinto de todos los demás. Y quizá sería diferente para siempre.

Al fin y al cabo, él tenía un cromó de Sandy Koufax de 1956.

De todos modos, quiso hacer algo agradable por Sean, por quien fuera, algo que compensara un poco la jugarreta monstruosa que le había hecho a Wilma Jerzyck. Así pues, le dijo a Sean que quizá le apeteciera echar unas partidas de videojuegos por la tarde; mientras tanto, le daría unas cuantas monedas para que jugara por su cuenta.

Brian las sacó de la botella grande de plástico de CocaCola que le servía de hucha.

—¡Caray! —exclamó Sean con ojos desorbitados—. ¡Aquí hay ocho..., nueve..., diez monedas! ¡Realmente, debes de estar enfermo!

—Sí, creo que lo estoy. Que te diviertas, Sean. Y no se lo cuentes a mamá, o te obligaré a devolvérmelas.

—Está en su habitación, concentrada con esas gafas de sol —dijo Sean—. Ni tan siquiera se da cuenta de que estamos aquí. —Hizo una pausa antes de añadir—: Odio esas gafas. Son realmente repulsivas. —Observó más detenidamente a su hermano y murmuró—: Desde luego, no tienes muy buena cara, Brian.

—No me encuentro nada bien —le respondió Brian con franqueza—. Creo que me acostaré.

—Bueno... Te esperaré un rato, a ver si te mejoras. Estaré viendo los dibujos animados del canal Cincuenta y seis. Si te encuentras mejor, baja.

Sean agitó las monedas entre las manos.

—Lo haré —prometió Brian, y cerró la puerta sin hacer ruido mientras su hermano pequeño se alejaba.

Pero no mejoró. En el transcurso del día fue sintiéndose cada vez

(más nublado)

peor. Brian pensó en el señor Gaunt. Pensó en Sandy Koufax. Pensó en aquel destacado titular del periódico: RIÑA SANGRIENTA DEJA A DOS MUJERES MUERTAS EN CASTLE ROCK. Pensó en aquellas fotos, en aquellos rostros familiares formados por tramas de puntos negros.

En un momento dado, casi se quedó dormido, pero entonces se puso a sonar el pequeño tocadiscos del dormitorio de sus padres. Mamá había puesto otra vez sus estridentes discos de Elvis de 45 revoluciones. No había hecho otra cosa en todo el fin de semana. Los pensamientos le daban vueltas y vueltas en la cabeza como jirones de tela atrapados por un huracán.

RIÑA SANGRIENTA

«Decían que tenías mucha clase..., pero no era más que una mentira ...»

Fue un duelo.

SANGRIENTA: Nettie Cobb, la mujer del perro.

«Nunca has cogido un conejo...»

Cuando se hace un trato conmigo, se deben recordar dos cosas.

RIÑA: Wilma Jerzyck, la mujer de las sábanas.

El señor Gaunt sabe más que nadie...

«... y no eres amigo mío.»

... y el trato no estará cerrado hasta que el señor Gaunt decide que lo está.

Los pensamientos siguieron girando y girando, una mezcla confusa de terror, culpabilidad y sufrimiento, como un torbellino al compás de los éxitos de oro de Elvis Presley. A mediodía, el estómago empezó a molestarle. Corrió al baño del fondo del pasillo calzado solo con los calcetines, cerró la puerta y vomitó en la taza lo más silenciosamente que pudo. Su madre no lo oyó. Seguía en su dormitorio, donde Elvis le estaba diciendo en aquel momento que quería ser su osito de peluche.

Mientras regresaba lentamente a su habitación, sintiéndose peor que nunca, lo asaltó una inquietante y terrible certeza: su cromo de Sandy Koufax había desaparecido. Alguien se lo había robado durante la noche, mientras dormía. Había desencadenado un asesinato por aquel cromo, y ahora había desaparecido.

Rompió a correr, casi resbaló sobre la alfombra del centro de su habitación y, por fin, cogió el álbum de cromos de béisbol de encima de la cómoda. Pasó las hojas a tan aterrada velocidad que arrancó varias de ellas de las anillas. Pero el cromo —*el cromo*— seguía allí, con aquella cara delgada mirándolo desde debajo de la cubierta de plástico, en la última hoja. Seguía allí, y Brian sintió que lo invadía un alivio inmenso, atroz.

Extrajo el cromo de la bolsa, volvió a la cama y se tendió en ella con el cartoncito entre las manos. No se veía capaz de separarse de él nunca más. Era lo único que había sacado de aquella pesadilla. Lo único. Ya no le gustaba, pero era suyo. Si quemándolo hubiese podido devolver la vida a Nettie Cobb y a Wilma Jerzyck, ya estaría buscando una cerilla (al menos, Brian estaba convencido de que eso sería lo que haría), pero no podía resucitarlas, y como no podía, la idea de perder el cromo y quedarse sin nada le resultaba insoportable.

Así pues, lo sostuvo entre las manos, miró al techo y escuchó la voz apagada de Elvis, que había pasado a «Wooden Heart». No era de extrañar que Sean le dijese que tenía mal aspecto; estaba pálido, con los ojos saltones, sombríos y apáticos. Y ahora que pensaba en ello, también su corazón parecía de madera, como en el título de la canción.

De pronto, un nuevo pensamiento, realmente horrible, cortó la oscuridad que reinaba en su cabeza con el brillo fugaz y siniestro de un cometa: ¡Lo habían visto!

De un respingo, se incorporó hasta quedar sentado en la cama, mirándose en el espejo del armario con una expresión aterrorizada. ¡La bata verde chillón! ¡El pañuelo rojo chillón cubriendo los rulos! ¡La señora Mislaburski!

«¿Qué sucede ahí, chico?»

«No lo sé exactamente. Creo que el señor y la señora Jerzyck están discutiendo.»

Brian se levantó de la cama y se acercó a la ventana, casi esperando ver el coche patrulla del comisario Pangborn entrando en el camino particular de la casa en aquel mismo instante. No era así, pero Brian estaba seguro de que no tardaría en presentarse. Porque cuando dos mujeres se mataban mutuamente en una riña sangrienta, se abría una investigación. Interrogarían a la señora Mislaburski y la mujer contaría que había visto a un chico en casa de los Jerzyck. Y aquel chico, le diría al comisario, era Brian Rusk. En el piso de abajo sonó el teléfono. Su madre no lo descolgó, aunque tenía un supletorio en el dormitorio, y se limitó a continuar canturreando, a coro con la música del tocadiscos. Finalmente, Brian oyó que Sean atendía la llamada.

—¿Diga?

Con toda calma, Brian reflexionó: Me lo sacará. No sé mentir, y menos a un policía. Ni siquiera supe mentir a la señora Leroux respecto a quién rompió el jarrón de su mesa, ese día que salió de clase para acudir a las oficinas. El comisario me lo sacará y me meterán en la cárcel por asesinato.

Esa fue la primera vez que Brian Rusk pensó en el suicidio. Todos aquellos pensamientos no tenían nada de extravagantes, ni de románticos; eran muy tranquilos, muy racionales. Su padre tenía una escopeta de caza en el garaje, y en aquel momento la escopeta parecía perfectamente coherente. La escopeta parecía la respuesta a todo.

—¡Brian! ¡Teléfono!

—¡No quiero hablar con Stan! —le gritó a su hermano—. ¡Dile que lo llamaré mañana!

—No es Stan —respondió Sean—. Es un hombre. Una persona mayor.

Unas grandes manos heladas atenazaron el corazón de Brian y lo apretaron. Ya estaba, pensó. Seguro que era el comisario Pangborn.

Brian, tengo algunas preguntas que hacerte. Son preguntas muy serias. Me temo que si no las respondes satisfactoriamente, tendré que ir a detenerte. Tendré que ir en mi coche patrulla. Muy pronto, tu nombre aparecerá en los periódicos y tu cara saldrá por la tele y todos tus amigos lo verán, Brian. Tus padres también lo verán, y tu hermano pequeño. Y cuando enseñen tu foto, el locutor del noticiario dirá: «Este es Brian Rusk, el chico que contribuyó a la muerte de Wilma Jerzyck y de Nettie Cobb».

—¿Quién...? ¿Quién es, Sean? —preguntó desde su habitación con un hilo de voz muy chillona.

—No lo sé. —Sean había tenido que distraer su atención de *Transformers* y su voz sonaba irritada—. Creo que ha dicho que se llamaba Crowfix o algo parecido.

¿Crowfix?

Brian se detuvo en el umbral del pasillo. El corazón amenazó con salirse del pecho. En sus pálidas mejillas ardían dos grandes rosas coloradas, como las de un payaso.

Crowfix no.

Koufax.

Sandy Koufax lo llamaba por teléfono. Pero Brian tuvo una idea bastante clara de quién era en realidad.

Bajó la escalera como si tuviera plomo en los pies. Cuando cogió el auricular del teléfono, le pareció que pesaba doscientos kilos, por lo menos.

—Hola, Brian —dijo suavemente el señor Gaunt.

—¿Eh...? Hola —respondió Brian con el mismo hilillo de voz chillona.

—No tienes que preocuparte de nada —le aseguró el señor Gaunt—. Si la señora Mislaburski te hubiese visto arrojar las piedras, no te habría preguntado qué sucedía en la casa, ¿no te parece?

—¿Cómo ha sabido eso? —Brian se sintió de nuevo a punto de vomitar.

—¡Bah!, eso no importa. Lo principal es que hiciste lo que debías, Brian. Exactamente lo que debías. Dijiste que creías que los Jerzyck estaban discutiendo. Si la policía llega a enterarse de que estabas allí, solo pensará que oíste a la persona que arrojaba las piedras. Y pensará que no viste a esa persona porque estaba en la parte trasera de la casa.

Brian echó un vistazo a la sala de la tele desde la puerta, para asegurarse de que Sean no estaba escuchándolo a escondidas. No era así.

Su hermanito estaba sentado con las piernas cruzadas delante del televisor, con una bolsa de palomitas de maíz de microondas entre ellas.

—¡Pero no sé mentir! —dijo en un susurro al señor Gaunt—. ¡Cuando digo una mentira, siempre me pillan!

—Esta vez no sucederá, Brian —le respondió el hombre—. Esta vez vas a hacerlo como un campeón.

Y lo más terrible de todo fue que Brian estuvo seguro de que, también en aquello, el señor Gaunt sabía más que nadie.

2

Mientras su hijo mayor pensaba en el suicidio y luego conversaba con el señor Gaunt en un desesperado y quedo susurro, Cora Rusk continuó bailando calmosamente por el dormitorio, envuelta en su bata.

Pero Cora no estaba en el dormitorio.

Cuando se ponía las gafas de sol que el señor Gaunt le había vendido, Cora estaba

en Graceland.

Cruzaba bailando salones fabulosos que olían a Pine-Sol y a comida frita, estancias donde los únicos sonidos eran el suave zumbido de los acondicionadores de aire (en Graceland, solo unas pocas ventanas se abrían alguna vez; muchas estaban cerradas con clavos y todas tenían persianas), el susurro de sus pisadas sobre las gruesas alfombras y Elvis cantando «My Wish Came True», con su voz suplicante y perturbadora. Bailaba bajo la enorme araña de luces de cristal francés del comedor y ante las vidrieras con los pavos reales del anagrama de la compañía. Pasaba las manos por las cortinas de rico terciopelo azul. El mobiliario era de estilo colonial americano. Las paredes estaban pintadas de color rojo sangre.

La escena cambió como un fundido lento en una película y Cora se encontró en el cuarto del sótano. En una pared había hileras de cornamentas de animales, y en otra, columnas de discos de oro enmarcados. De una tercera sobresalían filas de pantallas de televisión apagadas. Detrás del mueble bar, largo y curvo, había estanterías repletas de Gatorade, de sabores naranja, lima y limón.

Con un chasquido, la aguja cambiadiscos de su viejo fonógrafo portátil con la foto de El Rey en la cubierta de vinilo dejó caer otro de los microsurcos de 45 revoluciones. Elvis empezó a cantar «Blue Hawaii» y Cora se encontró bailando el hulahula en la Jungle Room, la sala con los ceñudos dioses Tiki, el sofá con las gárgolas en los brazos, el espejo con su delicado marco de plumas arrancadas de las pechugas de faisanes vivos.

Continuó bailando. Con las gafas de sol que había comprado en Cosas Necesarias, Cora continuó bailando. Bailaba en Graceland mientras su hijo mayor volvía al piso de arriba, casi arrastrándose, y se dejaba caer en la cama y contemplaba el rostro delgado de Sandy Koufax y pensaba en coartadas y en escopetas de caza.

3

La escuela secundaria de Castle Rock, que se alzaba entre la oficina de correos y la biblioteca pública, era un adusto edificio de ladrillo rojo, superviviente de los tiempos en que los prohombres del pueblo no se sentían cómodos con una escuela a menos que pareciera un reformatorio. El edificio, erigido en 1926, cumplía admirablemente tal requisito. Cada año, el pueblo parecía un poco más cerca de tomar la decisión de construir otra nueva, una que tuviera ventanas de verdad en lugar de troneras y un terreno de juegos que no pareciera el patio de una penitenciaría y aulas con un sistema de calefacción eficaz para el invierno.

La sala de logopedia de Sally Ratcliffe era un cuchitril en el sótano, encajonado entre la sala de calderas y el cuarto de suministros con sus rimeros de toallas de

papel, tiza, libros de texto y bidones de fragante serrín rojo. Entre la mesa de la reeducadora y la media docena de pequeños pupitres para los alumnos, apenas quedaba espacio para darse uno la vuelta, pero, a pesar de todo, Sally había intentado hacer el lugar lo más alegre posible. Era consciente de que a la mayoría de los chicos a quienes se hacía acudir a terapia de lenguaje —los tartamudos, los que ceceaban, los disléxicos, los gangosos— la experiencia les producía temor e incomodidad. Sus compañeros se burlaban de ellos y sus padres los juzgaban con severidad. No había pues necesidad de que, encima, el ambiente en el aula fuera más desagradable de lo necesario.

Por eso había en la sala dos móviles colgados de las cañerías del techo, llenas de polvo, retratos de astros del rock y de la televisión en las paredes y un gran póster de Garfield en la puerta. El bocadillo de palabras que salía de la boca de Garfield decía: «¡Si un gato fino como yo puede decir esas tonterías, tú también puedes!».

Sally se había retrasado mucho en sus informes, a pesar de que la escuela solo llevaba abierta cinco semanas. Había previsto dedicar todo el día a ponerse al corriente, pero a la una y cuarto volvió a recogerlos todos, los devolvió al archivo de donde habían salido, cerró el mueble con un fuerte golpe y echó la llave. Se dijo a sí misma que se marchaba temprano porque hacía un día demasiado bonito para pasarlo encerrada en el sótano, por mucho que las calderas guardaran, por una vez, un piadoso silencio. Sin embargo, aquello no era toda la verdad. Sally tenía planes muy concretos para aquella tarde.

Quería marcharse a casa, sentarse en su silla junto a la ventana con el sol bañándole el regazo y meditar sobre la fabulosa astilla de madera que había comprado en Cosas Necesarias.

Cada vez se había convencido más de que el fragmento de madera era auténticamente milagroso, uno de los pequeños tesoros divinos que el Altísimo había esparcido por la tierra para que sus fieles los hallaran. Tenerlo en las manos era como un refrescante sorbo de agua de pozo en un día de calor. Tenerlo en las manos era como ser saciada cuando una estaba hambrienta. Tenerlo en las manos era como...

En fin, tenerlo en las manos era el éxtasis.

Además, había otra cuestión que inquietaba a Sally. Había dejado la astilla en el cajón inferior de la cómoda del dormitorio, debajo de la ropa interior, y había tenido buen cuidado de cerrar con llave al salir de casa, pero la invadía una sensación terrible, irritante, de que alguien podía entrar por la fuerza y robar

(la reliquia, la sagrada reliquia)

la astilla. Sabía que no era una idea muy lógica: ¿qué ladrón querría robar un pedazo de madera vieja y gris, aunque la encontrara? Pero si el ladrón, por casualidad, la tocaba..., si aquellos sonidos e imágenes llenaban su cabeza como habían llenado la de ella cada vez que encerraba el fragmento de madera entre sus

pequeñas manos..., entonces...

Así que decidió irse a casa. Se pondría unos pantalones cortos y una camiseta y se pasaría una hora o así en tranquila

(*exaltación*)

meditación, experimentando cómo el suelo bajo sus pies se convertía en una cubierta de embarcación que se balanceaba lentamente, escuchando los mugidos, balidos y demás voces de los animales, percibiendo la luz de un sol diferente, a la espera del momento mágico —Sally estaba segura de que llegaría si sostenía la astilla el tiempo suficiente, si permanecía muy, muy quieta y muy, muy devota— en que la proa del barco enorme y pesado iría a descansar en la cima de la montaña con un gran crujido. No sabía por qué Dios había juzgado conveniente bendecirla a ella, entre todos los devotos del mundo, con aquel milagro radiante y luminoso, pero ya que lo había hecho, Sally tenía la intención de experimentarlo de la forma más plena y completa posible.

Salió por la puerta lateral y cruzó el terreno de juegos hasta el aparcamiento de los profesores. Una mujer joven y bonita con el cabello rubio oscuro y unas piernas muy largas. Unas piernas que despertaban muchos comentarios en la barbería cuando Sally Ratcliffe pasaba por delante sobre sus recatados tacones bajos, casi siempre con el bolso en una mano y la Biblia —llena de folletos— en la otra.

—¡Cielos, a esa mujer le llegan las piernas hasta la barbilla! —comentó en una ocasión Bobby Dugas.

—No dejes que te impresionen —había respondido Charlie Fortin—. No vas a tenerlas nunca alrededor de tu culo. Sally pertenece a Dios y a Lester Pratt. Por este orden.

La barbería había estallado en una cordial carcajada machista el día que Charlie había tenido aquella ocurrencia, aquella auténtica patada en la espinilla. Al otro lado del cristal, Sally Ratcliffe había seguido su camino hacia la Reunión de Estudio de la Biblia para Adultos Jóvenes que dirigía el reverendo Rose los jueves por la tarde, ignorante de todo, despreocupada, envuelta en la seguridad de su alegre inocencia y de su virtud.

Pero si por casualidad Lester Pratt se hallaba en la barbería (y solía visitarla al menos una vez cada tres semanas para retocarse las puntas del cabello, que llevaba muy corto, al estilo militar), no se oía el menor chascarrillo acerca de las piernas de Sally, ni sobre ninguna otra parte de su anatomía. Para la mayoría de los vecinos del pueblo interesados en tales cosas, estaba claro que, en opinión de Lester, Sally cagaba petunias perfumadas. Y uno no le discutía tales cosas a un hombretón como Lester. Este era un tipo bastante amistoso, pero en lo referente a Dios y a Sally Ratcliffe, siempre se ponía absolutamente serio. Y un hombretón de su corpulencia, si quería, era muy capaz de arrancarle a uno brazos y piernas para luego volver a colocárselas

con una nueva e interesante distribución.

Sally y él habían tenido algunas citas bastante ardientes, pero nunca habían llegado a consumir el acto. Habitualmente, Lester regresaba a casa después de aquellas sesiones en un estado de absoluto desasosiego, con la cabeza a punto de estallar de alegría y las pelotas a punto de reventar de frustración, soñando con la noche, ya no lejana, en que no tendría que frenar. A veces, Lester se preguntaba si no la inundaría la primera vez que lo hicieran de verdad.

Sally también aguardaba con impaciencia el momento de casarse y poner fin a la frustración sexual, aunque aquellos últimos días las caricias de Lester le habían parecido un poco menos importantes. Había reflexionado sobre si contarle lo del fragmento de madera de Tierra Santa que había comprado en Cosas Necesarias, la astilla que contenía aquel milagro, pero al final no se había decidido. Pensaba hacerlo, desde luego. Los milagros debían compartirse; sin duda, era un pecado no compartirlos. Pero Sally se había sorprendido (y también decepcionado un poco) por el sentimiento de celoso egoísmo que experimentaba cada vez que se le ocurría la idea de mostrar la astilla a Lester e invitarlo a cogerla entre las manos.

¡No! —había gritado en su interior una voz enfadada, infantil, la primera vez que había pensado en ello—. *¡No! ¡Es mía! ¡Para él no significaría tanto como para mí! ¡Imposible!*

Llegaría el día en que la compartiría con él, igual que llegaría el momento en que compartiría su cuerpo, pero aún no había llegado la hora para ninguna de ambas cosas.

Aquel cálido día de octubre le pertenecía estrictamente a ella.

En el aparcamiento de los profesores había pocos vehículos, y el Mustang de Lester era el más nuevo y flamante de todos. Sally había tenido un problema tras otro con su coche —algo en el árbol de la transmisión se averiaba continuamente—, pero en realidad aquello apenas la preocupaba. Por la mañana, cuando había llamado a Les para preguntarle si podía disponer del coche otra vez (acababa de devolvérselo el día anterior, a la hora de comer, después de usarlo durante seis días), él había accedido a llevárselo hasta la puerta de su casa. Volvería haciendo *jogging*, había dicho, y luego iría con un grupo de amigos a jugar un rato a fútbol de contacto. Sally supuso que Lester habría insistido en dejarle el coche incluso si él lo hubiera necesitado, y le pareció absolutamente normal y natural que lo hiciese. La muchacha era consciente —de una forma vaga e imprecisa que era resultado de la intuición, más que de la experiencia— de que Les pasaría a través de aros de fuego si ella se lo pedía, y aquello establecía una cadena de adoración que Sally aceptaba con infantil complacencia. Les la adoraba; los dos adoraban a Dios; todo estaba como era debido; por los siglos de los siglos, amén.

Subió al Mustang, y cuando se volvió para dejar el bolso en el salpicadero, sus

ojos descubrieron algo blanco que sobresalía de debajo del asiento del acompañante. Parecía un sobre.

Se inclinó, alargó la mano y lo sacó, pensando únicamente lo raro que resultaba encontrar algo como aquello en el Mustang; por lo general, Les conservaba el coche tan escrupulosamente limpio como su persona. En la cara del sobre había una sola palabra, pero bastó para producir un pequeño aguijonazo de incomodidad a Sally Ratcliffe. La palabra era «Amorcito», escrita con una letra bastante fluida. Una letra femenina.

Dio la vuelta al sobre. Estaba cerrado y no llevaba nada escrito.

—¿Amorcito? —murmuró Sally dubitativa, y de pronto se dio cuenta de que estaba sentada en el coche de Lester, con todas las ventanillas cerradas todavía, sudando como una posesa.

Puso en marcha el motor, bajó el cristal de su lado y luego alargó el brazo para hacer lo mismo con el de la puerta del acompañante.

Al moverse, le pareció captar un leve aroma a perfume. Si era verdad, no era suyo. Sally no usaba perfumes, ni maquillaje; su religión le enseñaba que tales aditamentos eran cosa de fulanas. (Además, ella no los necesitaba.)

De todos modos, no era perfume. Lo que has oído era solo el aroma de las últimas madreselvas que crecen junto a la verja del patio de juegos, se dijo. Solo eso.

—¿Amorcito? —repitió contemplando el sobre.

El sobre no le respondió. Permaneció allí, entre sus manos, con aire relamido. Los dedos de Sally revolotearon sobre él; luego lo doblaron en un sentido y en otro. Le pareció que dentro había una hoja de papel —una por lo menos— y algo más. Ese «algo más» parecía, al tacto, una fotografía.

Sostuvo el sobre contra el parabrisas, pero no sirvió de nada porque el sol caía desde atrás. Pasado un instante de duda, bajó del coche y levantó el sobre al trasluz. Solo distinguió un rectángulo claro —la carta, supuso— y otro cuadrado más oscuro que, probablemente, sería una foto adjunta de

(*Amorcito*)

quienquiera que mandase la carta a Les.

Aunque, por supuesto, el sobre no había sido enviado. Al menos, no había llegado por correo. No llevaba sellos ni direcciones. Solo aquella inquietante palabreja. Y tampoco había sido abierto, lo cual significaba... ¿Qué? ¿Que alguien lo había deslizado en el Mustang de Lester mientras Sally estaba ordenando sus expedientes?

Tal vez. También podía significar que alguien lo había dejado en el coche la noche anterior —o por la tarde, incluso— y Lester no había reparado en él. Al fin y al cabo, cuando ella lo había visto solo sobresalía una esquina, y el sobre podía haber estado totalmente oculto bajo el asiento y haberse deslizado un poco hacia delante mientras iba hacia la escuela aquella mañana.

—¡Adiós, señorita Ratcliffe! —oyó que decía alguien. Sally bajó el sobre con un gesto brusco y se lo escondió entre los pliegues de la falda. El corazón se le aceleró acusador.

Era el pequeño Billy Marchant, que atajaba a través del patio de juegos con su monopatín bajo el brazo. Sally lo saludó con la mano y se apresuró a montar de nuevo en el coche. Notaba el rostro ardiente. Se había ruborizado. Era una tontería —no, una locura—, pero se estaba comportando casi como si Billy la hubiera sorprendido haciendo algo que no debía.

¿Y no es así?, pensó. ¿Acaso no intentabas echar un vistazo a una carta que no es tuya?

En ese momento Sally notó los primeros cosquilleos de los celos. Quizá sí que iba dirigida a ella; mucha gente en Castle Rock sabía que había utilizado el coche de Lester casi tanto como él durante las últimas semanas. Y aunque la carta no le perteneciera, Lester sí era suyo. ¿Acaso no acababa de pensar, con la sólida y placentera complacencia que solo sienten de forma tan exquisita las mujeres cristianas jóvenes y bonitas, que Lester atravesaría aros de fuego por ella? Pero no.

«Amorcito.»

El sobre y su contenido no iban dirigidos a ella, de eso estaba segura. Sally no tenía ninguna amiga que la llamara encanto, querida o amorcito. Iban dirigidos a Lester. Y...

La solución se le ocurrió de golpe, y Sally se derrumbó contra el asiento anatómico de color verdeazulado con un pequeño suspiro de alivio. Lester era instructor de educación física en el instituto; solo tenía chicos, por supuesto, pero cada día lo veían muchas alumnas, chicas jóvenes e impresionables. Y Les era un hombre joven y atractivo.

Alguna chiquita del instituto se ha enamorado platónicamente de él y le ha dejado una nota en el coche, se dijo. Eso es todo. Y ni siquiera se ha atrevido a dejarla en el salpicadero, donde Les pudiera verla de inmediato.

—A Les no le importará que la abra —decidió en voz alta al tiempo que rompía una esquina del sobre y depositaba el fragmento de papel en el cenicero, en el que nunca se había apagado un cigarrillo—. Esta noche nos reiremos con gusto de este asunto.

Terminó de rasgar uno de los lados del sobre, lo colocó hacia abajo y cayó en su mano una foto en papel Kodak. Sally la miró y, por un instante, su corazón se desacompasó como si fuera a detenerse. Luego exhaló un jadeo. Sus mejillas adquirieron un tono rojo subido y se llevó una mano a la boca, en cuyos labios se había formado una pequeña «o» de sorpresa y consternación.

Sally no había entrado nunca en El Tigre Achispado y, por tanto, no reconoció el local, pero la muchacha no era tan cándida como para no saber cómo era un bar;

había visto suficientes en la tele para reconocerlos. La foto mostraba a un hombre y a una mujer sentados alrededor de una mesa en lo que parecía un rincón (un rincón íntimo, insistía en calificarlo su mente) de una gran sala. Sobre la mesa había una jarra de cerveza y dos vasos. Detrás de la pareja y a su alrededor había más mesas y más gente sentada a ellas. Al fondo se veía una pista de baile.

El hombre y la mujer se estaban besando.

Ella llevaba un pequeño corpiño de lamé que dejaba la cintura al descubierto y una faldita que parecía de lino blanco. Una faldita cortísima. Una de las manos del hombre ceñía por la cintura a la mujer, acariciándole la piel con familiaridad. La otra mano desaparecía literalmente bajo la falda, tirando de la tela aún más hacia arriba. Sally alcanzó a distinguir borrosamente las braguitas de la desconocida.

Esa pequeña fulana..., pensó Sally con irritada consternación.

El hombre quedaba de espaldas al fotógrafo y Sally solo distinguía su barbilla y una oreja, pero advirtió que era muy musculoso y que tenía el cabello negro, cortado al cepillo y extremadamente corto. Vestía una camiseta azul de manga corta de esas que los chicos de la escuela llamaban «una camiseta de lucir músculos» y unos pantalones de chándal deportivo con una tira blanca en el lateral.

Lester.

Lester explorando el terreno bajo la falda de aquella golfa.

¡No!, proclamó su mente con pánico, negándose a aceptarlo. ¡No podía ser él! ¡Lester no salía de bares! ¡Ni siquiera probaba el alcohol! ¡Y jamás besaría a otra mujer, porque estaba enamorado de ella! Sí, Sally estaba segura de ello, porque...

—Porque él lo dice.

Su voz, apagada y apática, resultaba extraña a sus propios oídos. Sally tuvo ganas de estrujar la foto entre las manos y arrojarla por la ventanilla del coche, pero no se atrevió. Si lo hacía y alguien encontraba luego aquella instantánea, ¿qué iba a pensar ese alguien? Se inclinó de nuevo sobre la foto y la estudió con ojos celosos y atentos.

La cara del hombre tapaba la mayor parte de los rasgos de la mujer, pero Sally distinguió el perfil de su frente, el rabillo de un ojo, la mejilla izquierda y el perfil de la mandíbula. Y un detalle aún más importante: pudo precisar cómo llevaba peinados sus cabellos negros aquella mujer. Lucía una melena revuelta, con un flequillo desordenado sobre la frente.

Judy Libby tenía el cabello negro. Y lo llevaba peinado en una melena revuelta, con un flequillo desordenado sobre la frente.

Te equivocas, se dijo. No, peor aún: estaba loca. Les había roto con Judy cuando esta había abandonado la congregación. Luego, la joven se había marchado del pueblo. A Portland, o a Boston, o a algún lugar parecido. Todo aquello no era más que una broma de alguien, una ocurrencia retorcida y mezquina contra Lester. Sally sabía muy bien que Les jamás...

Pero... ¿de verdad lo sabía? ¿Estaba realmente segura?

Toda su anterior complacencia se volvió burlona contra ella y una vocecilla que no había oído nunca hasta entonces le habló de pronto desde algún rincón recóndito del corazón: *La confianza del inocente es la herramienta más útil del mentiroso.*

De todos modos, la mujer de la foto no tenía que ser necesariamente Judy; ni el hombre tenía que ser Lester. Al fin y al cabo, una no podía estar segura de quién formaba una pareja mientras se estaba besando, ¿verdad? Ni siquiera podía estarlo en el cine, si una llegaba tarde y entraba en pleno beso, aunque fuera entre dos estrellas famosas. No, había que esperar a que los actores terminaran y mirasen de nuevo a la cámara.

Aquello no era ninguna película, le aseguró la voz. Aquello era la vida real. Y si no eran ellos, ¿qué hace este sobre en el coche?

De nuevo sus ojos se fijaron en la mujer, cuya mano derecha se cerraba ligeramente alrededor del cuello

(de Lester)

de su amigo. Sus dedos terminaban en unas uñas largas y cuidadas, pintadas con un esmalte oscuro. Judy Libby tenía las uñas así. Sally recordó que no le había sorprendido en absoluto que Judy dejara de acudir a la iglesia. Una chica con unas uñas como aquellas, recordó haber pensado, debía de tener en la cabeza muchas más cosas que al Señor de los cielos.

Muy bien, se dijo; era probable que fuese Judy Libby, pero eso no significaba que su acompañante fuera Lester. Aquello podía ser una mezquina manera de vengarse de los dos porque Lester la había dejado plantada cuando, por fin, se había dado cuenta de que era tan cristiana como Judas Iscariote. Al fin y al cabo, muchos hombres llevaban aquel corte de pelo y cualquiera podía comprarse una camiseta de manga corta azul y un pantalón de chándal deportivo con ribetes blancos a lo largo de la pernera.

Entonces los ojos de Sally tropezaron con algo más y su corazón, súbitamente, pareció llenarse de perdigones de plomo. El hombre llevaba un reloj de muñeca. Un reloj digital. Y Sally lo reconoció aunque no estaba enfocado con nitidez. ¿Cómo no iba a reconocerlo, si ella misma lo había regalado a Lester por su cumpleaños el mes anterior?

Podía ser una coincidencia, insistió débilmente su razón. Solo era un Seiko; Sally no se había podido permitir otra cosa, y cualquiera podía tener un reloj como aquel. Pero la nueva voz que había aparecido en su mente soltó una carcajada áspera y desalentadora. La nueva voz quería saber a quién creía estar engañando.

Y había más. Sally no alcanzaba a ver la mano bajo la falda de la chica (¡gracias a Dios por sus pequeños favores!, pensó), pero sí el brazo que sobresalía de la tela. Y en aquel brazo había dos grandes lunares justo por debajo del codo. Casi se tocaban,

dibujando en la piel la figura de un ocho.

¿Cuántas veces, sentada junto a Lester en el columpio del porche, había pasado amorosamente las yemas de los dedos sobre aquellos mismos lunares? ¿Cuántas veces los había besado con ternura mientras Les le acariciaba los pechos (acorazados con un recio sujetador J. C. Penney especialmente escogido para tales conflictos amorosos en el porche trasero) y le jadeaba al oído palabras de cariño y promesas de fidelidad inquebrantable?

Era Lester, decididamente. Un reloj podía ponerse y quitarse, pero unos lunares no... Recordó un fragmento de una vieja canción discotequera: «Chicas malas... tut-tut... bip-bip...».

—Golfa, golfa..., ¡golfa! —masculló a la foto con una voz inesperadamente ronca y rencorosa. ¿Cómo era posible que Lester hubiera vuelto con ella? ¿Cómo?

Tal vez —apuntó la voz—, porque ella le deja hacer lo que tú no.

Sally alzó el pecho bruscamente; un pequeño resuello de desánimo, siseante, se coló entre sus dientes y garganta abajo.

¡Pero la pareja de la foto estaba en un bar! ¡Y Lester no...!

Entonces se dio cuenta de que aquella era una consideración muy secundaria.

Si Lester se veía con Judy, si la engañaba respecto a eso, una mentira sobre si tomaba o no cerveza carecía de importancia, ¿verdad?

Con mano temblorosa, Sally dejó a un lado la foto y extrajo del sobre la nota doblada que la acompañaba. Era una única hoja de papel de carta de color melocotón con borde de barbas.

Al sacarla percibió un ligero aroma, vago y dulzón, procedente del papel. Se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente.

—¡Golfa! —exclamó en un ronco murmullo angustiado.

Si Judy Libby hubiera aparecido en aquel momento, Sally se habría lanzado sobre ella para clavarle sus uñas, por muy cortas que las tuviera. Ojalá tuviera delante a Judy, se dijo. Y ojalá tuviera también a Lester. Desde luego, Les iba a tardar una buena temporada en volver a jugar a fútbol cuando hubiera terminado con él. Una larga temporada.

Desdobló la nota. Era breve y estaba escrita con la caligrafía redondeada, típica del método Palmer, de una escolar.

Querido Les:

Felicia sacó esta foto cuando estuvimos en El Tigre la otra noche. ¡Dijo que debería utilizarla para hacernos chantaje! Pero solo lo decía en broma. Me la dio y yo te la doy ahora como recuerdo de nuestra GRAN NOCHE. Fue TERRIBLEMENTE ATREVIDO Y PERVERSO por tu parte ponerme la mano bajo la falda de esa manera «y en un lugar público», pero me puso MUY CACHONDA. Además, eres TAN FUERTE... Cuanto más miro la foto, más «cachonda» me voy poniendo. ¡Si te fijas, incluso se me ven las bragas! Menos mal que Felicia ya no estaba después, ¡¡¡cuando ya no las llevaba!!! Nos veremos pronto. Mientras tanto, guarda la foto «en conmemoración mía». Yo seguiré pensando en ti y en ESO TAN GRANDE que tienes. Será mejor que no siga escribiendo, antes de que me ponga más caliente, o tendré

que hacer también algo atrevido y perverso. Y, por favor, deja de preocuparte de YA SABES QUIÉN. Está demasiado pendiente de onrar a Dios para ocuparse de nosotros.

Tuya,
JUDY

Sally permaneció sentada tras el volante del Mustang de Lester durante casi media hora, leyendo la nota una y otra vez, con la mente y las emociones revueltas en un guiso de rabia, celos y resentimiento.

Esa golfa estúpida no sabe ni cómo se escribe «honrar», pensó.

Sus ojos no dejaban de encontrar nuevas frases en las que fijarse. La mayoría de ellas eran las que venían escritas en mayúsculas:

«Gran noche.»

«Terriblemente atrevido y perverso.»

«Muy cachonda.»

«Tan fuerte.»

«Eso tan grande.»

Pero la frase que volvía a ella una y otra vez, la que más conseguía hacer crecer su rabia, era aquella perversión blasfema de la fórmula ritual de la Comunión:

«... guarda la foto *en conmemoración mía*».

Inopinadamente, unas imágenes obscenas asaltaron la mente de Sally. Los labios de Lester cerrándose sobre uno de los pezones de Judy Libby mientras esta canturreaba con voz ronca: «Tomad y bebed todos ... en conmemoración mía». Lester, de rodillas entre las piernas abiertas de Judy Libby mientras ella le decía que tomara y comiera de aquello, en conmemoración suya.

Estrujó la hoja de papel de color melocotón entre sus dedos hasta formar con ella una pelota, y la arrojó al suelo del coche. Luego se sentó muy erguida tras el volante, con la respiración jadeante y el cabello revuelto en mechones sudorosos (se había pasado la mano libre por la frente en un gesto inadvertido mientras estudiaba la nota). Al cabo de unos momentos inclinó el cuerpo, alargó la mano y recogió el papel arrugado. Lo alisó un poco y volvió a introducirlo en el sobre junto con la foto. Le temblaban tanto las manos que solo consiguió su propósito al tercer intento, y cuando por fin lo logró, rasgó sin querer hasta la mitad otro de los lados del sobre.

—¡Golfa! —exclamó de nuevo, y estalló en lágrimas. Unas lágrimas calientes, que escocían como si fuesen de ácido—. ¡Zorra! ¡Y tú..., tú, mentiroso hijo de puta!

Introdujo la llave en el contacto. El Mustang despertó con un rugido tan feroz como Sally se sentía. Puso la primera y salió a toda potencia del aparcamiento del profesorado entre una nube de humo azulado y un chirrido quejumbroso de caucho quemado.

Billy Marchant, que estaba practicando saltos de desniveles con el monopatín en el campo de juegos, levantó la vista sorprendido.

Un cuarto de hora más tarde, Sally estaba en el dormitorio de su casa, hurgando entre la ropa interior de la cómoda en busca de la astilla sin encontrarla. Su rabia contra Judy y contra el maldito mentiroso de su novio había quedado eclipsada por un terror abrumador... ¿Y si había desaparecido? ¿Y si se la habían robado, a pesar de todo?

Sally había entrado en casa el sobre roto y, por fin, se dio cuenta de que aún lo llevaba en la mano izquierda, entorpecidiéndole la búsqueda. Lo arrojó a un lado y empezó a sacar del cajón su recatada ropa interior de algodón a puñados, desperdigándola por todas partes. Cuando ya se disponía a soltar un grito, mezcla de pánico, rabia y frustración, encontró el fragmento de madera. Había abierto el cajón con tanta fuerza que la astilla se había deslizado hasta el rincón de la esquina izquierda.

Lo cogió con la mano derecha y, al momento, notó que fluía en su interior la paz y la serenidad. Tomó el sobre con la zurda y sostuvo ambos objetos delante de ella, el bien y el mal, lo sagrado y lo profano, el alfa y la omega. Luego dejó el sobre roto en el cajón y le arrojó encima la ropa interior, apilada de cualquier manera.

Se sentó, cruzó las piernas, inclinó la cabeza sobre la astilla y cerró los ojos esperando notar una vez más cómo el suelo empezaba a mecarse suavemente debajo de ella, esperando la paz que la embargaba cuando oía las voces de los animales, de los pobres animales irracionales salvados por la gracia de Dios en un tiempo de iniquidad.

Pero en lugar de ello Sally escuchó la voz del hombre que le había vendido la reliquia. *Realmente, deberías hacer algo respecto a ese asunto*, le dijo el señor Gaunt desde lo más hondo del fragmento de madera. *Realmente, deberías hacer algo respecto a este..., a este desagradable asunto.*

—Sí —murmuró—. Sí, ya lo sé.

Sally Ratcliffe se quedó sentada toda la tarde en su calurosa habitación de soltera, pensativa y soñadora, encerrada en el círculo de oscuridad que la astilla extendía a su alrededor. Una oscuridad como la piel de una cobra real.

—«Mira mi rey, todo vestido de verde ... iko-iko un día ... no es un hombre, es una máquina de amar...»

Mientras Sally Ratcliffe meditaba, sumida en su nueva oscuridad, Polly Chalmers estaba sentada bajo una franja de sol brillante que entraba por una ventana que había

abierto para respirar un poco de aire insólitamente cálido de aquella tarde de octubre. Polly estaba trabajando con su máquina de coser Singer Dress-O-Matic mientras cantaba «Iko-iko» con su voz clara y agradable de contralto.

Rosalie Drake entró en aquel momento y comentó:

—Sé de alguien que hoy se encuentra mejor. Mucho mejor, a juzgar por lo que oigo.

Polly alzó la vista y dirigió a Rosalie una sonrisa extrañamente compleja.

—Sí, y no —respondió.

—Eso significa que te sientes mejor y que no puedes evitarlo, ¿verdad?

Polly reflexionó un momento y asintió con la cabeza. No era aquello exactamente, pero Rosalie no andaba descaminada. Las dos mujeres que habían muerto juntas el día anterior volvían a estar juntas a aquellas horas, en la funeraria Samuels. Al día siguiente, por la mañana, serían objeto de sendos funerales en dos iglesias distintas; pero al caer la tarde, Nettie y Wilma volverían a ser vecinas, esta vez en el cementerio Tierra Natal.

Polly se consideraba responsable en parte de las muertes; al fin y al cabo, Nettie no habría regresado nunca a Castle Rock, de no haber sido por ella. Había escrito las cartas precisas, había asistido a las audiencias correspondientes e incluso había buscado a Nettie Cobb una casa donde vivir. Y todo eso, ¿por qué? Lo peor de todo era que Polly no conseguía recordarlo con precisión; en aquel momento solo recordaba que le había parecido un acto de caridad cristiana y una última responsabilidad de una vieja amistad familiar.

No pretendía escabullirse de su culpabilidad, ni estaba dispuesta a permitir que nadie la convenciera de que no tenía culpa alguna (Alan, juiciosamente, ni lo había intentado), pero no estaba segura de que, de haber podido, hubiera cambiado nada de cuanto había hecho. Según parecía, había estado siempre fuera de su alcance el cambiar o controlar la parte más profunda de la locura de Nettie; y sin embargo, la mujer había pasado tres años felices y productivos en Castle Rock. Tal vez aquellos tres años eran preferibles a la vida larga y gris que habría llevado en la institución mental antes de que la vejez o el simple aburrimiento la llevaran a la tumba. Y si Polly, con sus acciones, había firmado la orden de ejecución de Wilma Jerzyck, ¿no había sido la propia Wilma quien había escrito los pormenores de tal documento? Al fin y al cabo, había sido Wilma, y no Polly, quien había matado al cariñoso e inofensivo perrito de Nettie Cobb con un sacacorchos.

Había otra parte de ella, una parte más simple, que tan solo se lamentaba por la muerte de una amiga y seguía perpleja por el hecho de que Nettie pudiera haber realizado un acto tan espantoso cuando, a su modo de ver, la mujer parecía realmente muy mejorada.

Polly había pasado buena parte de la mañana ocupada con los preparativos

funerarios y llamando a los escasos parientes de Nettie (como ya esperaba, todos habían indicado que no asistirían a la ceremonia); aquellas tareas, aquellas gestiones burocráticas en torno a la muerte, la habían ayudado a dar salida a su propia pena... como se supone que debe hacer cualquier buen ritual funerario.

Con todo, había algunas cosas que no dejaban de rondarle la cabeza.

La lasaña, por ejemplo. Aún estaba en el frigorífico, tapada con el papel de aluminio para evitar que se resecara. Supuso que Alan y ella se la comerían para cenar, si Alan tenía tiempo para la cena, naturalmente. Ella sola sería incapaz de comerla. No soportaba la idea.

También seguía recordando lo pronto que Nettie había advertido su dolor, la precisión con que había medido aquel dolor, y cómo le había llevado los guantes térmicos insistiendo en que aquella vez era posible que la aliviasen. Y, por supuesto, recordaba lo último que le había dicho Nettie: «Te quiero, Polly».

—¡Tierra llamando a Polly, Tierra llamando a Polly! ¡Adelante, Polly! ¿Me escucha? —entonó Rosalie. Ella y Polly habían recordado juntas a Nettie aquella mañana, reviviendo anécdotas y momentos, y habían llorado juntas en la trastienda, apoyándose la una en la otra entre los rollos de tela. En aquel instante Rosalie también parecía feliz, tal vez por el mero hecho de haber oído canturrear a Polly.

O tal vez porque Nettie no era del todo real para ninguna de las dos, reflexionó Polly. Sobre aquella mujer había reinado una sombra. No de esas completamente negras, eso no; solo lo bastante opaca para que resultara difícil distinguir a la mujer que ocultaba. Eso era lo que hacía tan frágil la pena que inspiraba.

—Te escucho —respondió Polly por fin—. Me siento mejor, en efecto. Y no puedo evitarlo. Y estoy muy agradecida de que así sea. ¿Tienes suficiente con eso?

—De momento, me basta —asintió Rosalie—. No sé qué me ha sorprendido más cuando he entrado, si oírte cantar o verte dándole otra vez a la máquina de coser. Levanta las manos.

Polly obedeció. Sus manos, con los dedos torcidos y los nódulos de la artrosis que le agrandaban de forma grotesca los nudillos, jamás podrían confundirse con las de una reina de la belleza, pero Rosalie apreció enseguida que la hinchazón se había reducido espectacularmente desde el viernes anterior, cuando el dolor constante había obligado a Polly a marcharse muy pronto a casa.

—¡Vaya! —exclamó Rosalie preocupada—. ¿Te duelen todavía?

—Desde luego, pero hacía un mes que no las tenía tan bien. Mira.

Lentamente dobló los dedos hasta casi cerrar el puño. Luego volvió a extenderlos con el mismo cuidado.

—Hace un mes por lo menos que no conseguía cerrar así la mano.

La verdad era un poco más sombría, como bien sabía Polly; no era capaz de cerrar el puño sin experimentar agudos dolores desde abril o mayo por lo menos.

—¡Vaya!

—De modo que me siento mejor —repitió Polly—. Y si Nettie estuviera aquí para compartirlo, las cosas serían casi perfectas.

Las dos mujeres oyeron cómo se abría la puerta principal de la tienda.

—¿Querrás salir a ver quién es? —pidió Polly a Rosalie—. Me gustaría terminar de coser esta manga.

—Claro que sí. —Rosalie dio un paso, pero se detuvo un momento y se volvió hacia Polly—. A Nettie no le importaría que te sintieras bien, ¿sabes?

—Ya lo sé —asintió Polly con voz grave.

Rosalie abandonó la trastienda para atender a la cliente. Cuando hubo salido, Polly se llevó la mano izquierda al pecho y acarició con cuidado el bultito, no mayor que una bellota, que descansaba entre sus pechos bajo el suéter azul.

Azká. Qué palabra tan maravillosa, pensó mientras volvía a poner en marcha la máquina de coser y empezaba a mover en una dirección y otra la tela del vestido (su primera creación desde el verano) bajo el rápido y borroso movimiento plateado de la aguja.

Se preguntó vagamente cuánto querría el señor Gaunt por el amuleto. Todo lo que pida no será suficiente, se dijo. No voy a..., no debo pensar así cuando sea el momento de fijar el precio, pero es la pura verdad. Cueste lo que me cueste, será una ganga.

CATORCE

1

Los administradores (y la administradora) municipales de Castle Rock compartían una única secretaria, una joven con el exótico nombre de Ariadne St. Claire. Era una muchacha alegre, no excesivamente inteligente pero incansable y de figura agradable. Tenía unos pechos grandes, que se alzaban en sendas montañas muelles y empinadas bajo un surtido aparentemente inagotable de jerséis de angora, y una piel deliciosa. También tenía unos ojos muy miopes que navegaban, pardos y agrandados, tras los gruesos cristales de sus gafas de montura de concha. A Buster le caía bien. La consideraba demasiado estúpida para ser una de Ellos.

Ariadne asomó la cabeza por la puerta del despacho a las cuatro menos cuarto.

—El señor Deke Bradford estuvo aquí, señor Keeton. Necesita su firma en una solicitud de fondos de caja. ¿Quiere echarle un vistazo?

—Bueno, veamos de qué se trata —asintió Buster mientras ocultaba hábilmente en el cajón del escritorio la sección de deportes del ejemplar del *Daily Sun* de Lewiston, doblada por la página de las carreras.

Aquel día se sentía mucho mejor, despierto y lleno de determinación. Los condenados papeles rosas estaban hechos ceniza en el horno de la cocina, Myrtle había dejado de escabullirse como un gato escaldado cada vez que se le acercaba (Myrtle ya no le importaba un pimiento, pero seguía resultando molesto vivir con una mujer que le creía a uno el Estrangulador de Boston), y aquella noche esperaba hacerse con otro buen fajo de dólares en el hipódromo. Al ser un día festivo, la multitud (por no hablar de los dividendos) sería mayor.

De hecho, ya había empezado a pensar en términos de ganadores, colocados y triples gemelas.

En cuanto al agente Caraculo y al comisario Cabezademierda y a todos los demás de la feliz familia..., bueno, él y el señor Gaunt sabían que eran parte de Ellos, y Buster creía que los dos juntos iban a formar un equipo de primera.

Por todas estas razones había sido capaz de recibir a Ariadne en el despacho con cierta ecuanimidad; incluso había logrado experimentar parte de su antiguo placer al contemplar el suave bamboleo de sus pechos dentro de aquel sujetador, sin duda formidable.

La secretaria depositó el impreso de solicitud de fondos sobre el escritorio. Buster lo cogió y se retrepó hacia atrás en su sillón giratorio para echarle un vistazo. La cantidad solicitada estaba anotada en una casilla de la parte superior: novecientos cuarenta dólares. El librado era la Compañía de Suministros y Construcciones Case,

de Lewiston. En el espacio reservado a «Bienes y/o Servicios a suministrar», Deke había anotado 16 CAJAS DE CARTUCHOS DE DINAMITA. Debajo, en la sección de «Comentarios/Explicaciones», había escrito:

Finalmente hemos tropezado con la arista de granito en la cantera de grava de la comarcal 5, esa cresta de la que nos advirtieron los geólogos del estado en 1987 (vea mi informe y encontrará los detalles). En fin, que hay mucha más grava detrás, pero tendremos que volar la roca para llegar a ella. Y deberíamos hacerlo antes de que llegue el frío y empiecen las nevadas de invierno. Si tenemos que comprar la grava de todo un invierno en Norway, los contribuyentes se pondrán furiosos. Dos o tres explosiones deberían bastar, y Case tiene disponible una buena cantidad de Taggart Alta Potencia (me he enterado). Si queremos, podemos tenerla para mañana a mediodía y empezar a dinamitar el miércoles. Tengo los puntos marcados por si alguien del Consejo Municipal quiere venir a echar un vistazo.

Debajo de esto, Deke había puesto su firma.

Buster leyó dos veces la nota de Deke, dándose unos golpecitos en los incisivos en un gesto pensativo mientras Ariadne aguardaba de pie cerca de él. Por último, se inclinó de nuevo hacia delante en el sillón, cambió algo, añadió una frase, firmó las dos enmiendas con las iniciales y luego firmó con el nombre completo debajo de la rúbrica de Deke. Cuando devolvió el formulario rosa a Ariadne, Buster tenía una sonrisa en el rostro.

—¡Ya está! —dijo—. ¡Y todo el mundo piensa que soy un tacaño!

Ariadne examinó el papel. Buster había cambiado la cantidad de novecientos cuarenta a mil cuatrocientos dólares. Debajo de la explicación de Deke de para qué quería la dinamita, Buster había añadido lo siguiente: «Mejor compra veinte cajas, ya que el material es bueno».

—Entonces ¿querrá usted ir a echar un vistazo a la cantera, señor Keeton?

—No, no; no será necesario. —Buster se acomodó hacia atrás de nuevo en el sillón y juntó las manos detrás de la cabeza—. Pero di a Deke que me llame cuando reciba el suministro. Es mucho petardo junto y no queríamos que cayera en malas manos, ¿verdad?

—Claro que no —asintió Ariadne antes de abandonar el despacho. La muchacha se alegró de hacerlo. La sonrisa del señor Keeton tenía algo que le resultaba..., bueno, un poco inquietante.

Buster, mientras tanto, había girado la silla hasta tener una buena panorámica de Main Street, donde había mucha más actividad que cuando había contemplado el pueblo con tanta desesperación el sábado anterior por la mañana. Muchas cosas habían sucedido desde entonces, y Buster sospechó que muchas más sucederían en el par de días siguientes. ¡Qué caramba!, con veinte cajas de cartuchos de dinamita Taggart Alta Potencia guardadas en la caseta de obras públicas del pueblo —una caseta de la que él, por supuesto, tenía una llave—, podía suceder casi cualquier cosa.

Cualquier cosa, realmente.

Ace Merrill cruzó el puente Tobin y entró en Boston a las cuatro de la tarde, pero ya eran más de las cinco cuando llegó por fin a lo que esperaba fuese su destino. Era una zona pobre de Cambridge, extraña y prácticamente desierta, cerca del centro de una maraña de callejuelas sinuosas, la mitad de las cuales parecían de una sola dirección y la otra mitad calles sin salida. Los edificios en ruinas de aquella zona deprimida proyectaban largas sombras sobre la calle cuando Ace se detuvo ante una austera estructura de bloques de hormigón ligero, de una sola planta, en Whipple Street. El edificio se levantaba en el centro de un solar lleno de malas hierbas.

En torno a la propiedad había una valla metálica, pero esta no representaba ningún problema, pues alguien había robado la verja de acceso. Solo quedaban las bisagras. Ace advirtió en ellas unas marcas, probablemente cicatrices de la cizalla. Introdujo el Challenger por el hueco donde había estado la verja y avanzó despacio hacia el edificio de bloques de hormigón ligero. Las paredes eran lisas, sin ventanas. El camino lleno de rodadas donde se hallaba conducía a una puerta de entrada para vehículos, cerrada, en la pared que daba al río Charles. En la puerta del garaje tampoco había ventana alguna. El Challenger se meció sobre los amortiguadores y botó de mala manera en los baches de lo que en otro tiempo quizá había sido una superficie asfaltada. Pasó junto a un cochecito de niño, abandonado en un rincón del solar sembrado de cristales rotos. Una muñeca destrozada, con solo media cara, estaba acostada en el interior del cochecito y contempló el paso de Ace con un ojo azul cubierto de moho.

Ace Merrill detuvo el vehículo ante la puerta cerrada. ¿Qué diablos se suponía que debía hacer entonces? El edificio tenía el aspecto de un lugar que no se utilizaba desde 1945 más o menos.

Bajó del coche y sacó un pedazo de papel del bolsillo del pecho. Escrita en él llevaba la dirección del lugar donde se suponía que estaba guardado el coche del señor Gaunt. Leyó de nuevo el papel, con aire dubitativo. Los últimos números que había dejado atrás apuntaban a que aquel era, probablemente, el 85 de Whipple Street, pero no había modo de estar seguro. Los edificios como aquel no llevaban nunca el número, y Ace no vio por las inmediaciones a nadie a quien poder preguntar. De hecho, todo aquel barrio de la ciudad parecía desierto y producía una sensación inquietante que no le gustaba ni pizca. Solares vacíos. Coches saqueados a los que les faltaban todas las piezas útiles y hasta el último centímetro de cable eléctrico. Edificios de viviendas vacíos, a la espera de que los políticos sacaran su tajada antes de caer bajo la bola de acero de la grúa de derribos. Callejas retorcidas que morían en patios sucios y en solares sin salida llenos de desperdicios. Había tardado más de una hora en encontrar Whipple Street, y ahora que por fin lo había conseguido, casi

deseaba haber seguido perdido. Aquella era la zona de la ciudad donde la policía, de vez en cuando, encontraba cuerpos de recién nacidos ocultos en cubos de basura oxidados o en frigoríficos abandonados.

Avanzó a pie hasta la puerta de entrada para vehículos y buscó un timbre. No había ninguno. Pegó la oreja a la puerta oxidada e intentó determinar por los ruidos si había alguien en el interior. Ace suponía que el lugar podía ser un taller clandestino; un tipo que tenía acceso a una coca de alta calidad como la que Gaunt le había ofrecido era muy probable que conociera a la clase de gente que vendía Porsches y Lamborghinis al contado, bajo mano.

Pero no oyó más que silencio.

Probablemente ni siquiera es el sitio que busco, pensó. Sin embargo, había recorrido la maldita calle arriba y abajo, y era el único local lo bastante grande —y lo bastante sólido— para guardar en él un coche clásico. A menos que se hubiera liado del todo y hubiese ido a parar a otro barrio de la ciudad. Tal posibilidad lo inquietó. «Quiero que estés de vuelta a medianoche —había dicho el señor Gaunt—. Si no has regresado a medianoche, me enfadaré mucho. Y cuando me enfado, a veces pierdo los estribos.»

Ace, nervioso, se dijo que no debía tomarse demasiado en serio aquellas palabras. Gaunt no era más que un viejo con una mala dentadura postiza. Un viejo marica, probablemente.

Pero era incapaz de tomarse más a la ligera aquellas palabras amenazadoras y, en realidad, no creía en serio que el señor Leland Gaunt fuera solo un viejo con una mala dentadura postiza. Y tampoco quería averiguar definitivamente cuál de ambas suposiciones era la acertada.

De todas formas, una cosa estaba clara: no tardaría mucho en oscurecer y Ace no quería seguir en aquella zona de la ciudad cuando se hiciera de noche. Aquellas calles resultaban siniestras. Era algo que iba más allá de los lúgubres pisos con sus ventanas abiertas, sin vida, y de los coches reducidos a chasis desnudos en las cunetas. Desde que había empezado a aproximarse a Whipple Street, no había visto a una sola persona en la acera o sentada en un porche o asomada a una ventana..., pero a pesar de ello, había tenido la sensación de que lo observaban. De hecho, todavía experimentaba dicha sensación, en forma de un acusado hormigueo en el vello de la nuca.

Era casi como si no estuviera en Boston. Aquel condenado lugar parecía más bien sacado de la jodida Dimensión Desconocida.

«Si no has regresado a medianoche, me enfadaré mucho.»

Ace cerró el puño y golpeó con él la puerta metálica, lisa y oxidada, de la entrada para vehículos.

—¡Eh! ¿Alguien ahí dentro quiere echar un vistazo a un surtido Tupperware?

No hubo respuesta.

En la parte inferior de la puerta había un tirador. Ace lo probó, pero no sirvió de mucho. La puerta ni siquiera chirrió, y mucho menos se alzó en sus guías.

Ace expulsó aire entre dientes y miró alrededor nervioso. El Challenger estaba aparcado en las inmediaciones, y Ace deseó más que nunca subirse a él y largarse.

Pero no se atrevió a hacerlo.

Dio la vuelta en torno al edificio pero no encontró nada. Nada en absoluto. Solamente las paredes de bloques de hormigón ligero, pintadas de un desagradable verde moco. En la parte posterior del garaje alguien había dejado una extraña pintada con aerosol, y Ace la contempló unos momentos, sin entender por qué le ponía la piel de gallina.

VIVA YOG-SOTHOTH

decía en letras rojas descoloridas. Llegó de nuevo junto a la puerta del garaje. ¿Y ahora, qué?, pensó.

Y como no se le ocurría nada más, decidió volver al Challenger y quedarse sentado tras el volante contemplando la puerta. Entonces posó ambas manos en el claxon y lo hizo sonar en un largo lamento de frustración.

Al instante, la puerta del garaje empezó a subir silenciosamente entre sus guías.

Boquiabierto, Ace se quedó mirando la puerta y su primer impulso fue poner el coche en marcha y escapar de aquel lugar lo más deprisa y lo más lejos posible. Para empezar, Ciudad de México parecía un buen sitio. Entonces pensó de nuevo en el señor Gaunt y, lentamente, se apeó del Challenger. Luego, mientras la persiana terminaba de recogerse bajo el techo del edificio, Ace se acercó al hueco que había dejado, con intención de echar un vistazo al local.

El interior estaba brillantemente iluminado por media docena de bombillas de doscientos vatios que colgaban del extremo de unos gruesos cables eléctricos. Cada bombilla estaba dotada de una pantalla de latón en forma cónica, de modo que la luz que despedían formaba charcos circulares de brillante luminosidad en el suelo de cemento. Al otro extremo de este había un coche cubierto con una lona. Contra una de las paredes había una mesa llena de herramientas. Junto a otra de las paredes se encontraban tres cajas apiladas. Encima de ellas, Ace vio un anticuado magnetófono de bobinas.

Aparte de aquello, el garaje estaba vacío.

—¿Quién ha abierto la puerta? —preguntó Ace con una vocecilla seca—. ¿Quién ha abierto ese coño de puerta?

Pero no obtuvo respuesta.

Condujo el Challenger al interior del local y lo aparcó junto a la pared del fondo. Había espacio más que suficiente. Después volvió hasta la puerta. Junto a ella, en la pared, había una caja de controles y Ace pulsó el botón de CERRAR. El solar donde se alzaba aquel enigmático edificio se estaba llenando de sombras que le ponían aún más nervioso. No dejaba de imaginar que veía cosas moviéndose allí fuera.

La puerta descendió sin un solo chirrido, sin una sola vibración. Mientras esperaba a que se cerrase del todo, Ace echó un vistazo a su alrededor buscando el sensor de sonido que había respondido a la llamada del claxon, pero no lo encontró. Sin embargo, tenía que estar en alguna parte; las puertas de los garajes no se abrían solas.

Aunque si algo así sucedía en alguna parte de aquella ciudad, pensó, Whipple Street era probablemente el lugar más indicado.

Se acercó a las cajas apiladas sobre las cuales se hallaba el magnetófono. Sus pisadas resonaron sobre el cemento con un ruido hueco y crepitante. Viva Yog-Sothoth, pensó distraídamente, y luego se estremeció.

No sabía quién coño era Yog-Sothoth; probablemente, algún rastafari cantante de reggae con cuarenta kilos de apretados rizos cayéndole del sucio cuero cabelludo, pero a Ace no le gustaba el sonido de aquel nombre en su cabeza. Pensar en un nombre como ese en un lugar como aquel parecía una mala idea. Parecía una idea peligrosa.

Una de las bobinas de cinta del magnetófono llevaba adherido un fragmento de papel. En él había escritas tres palabras en grandes mayúsculas:

PONME EN MARCHA.

Ace despegó la nota y pulsó el botón de PLAY. La cinta empezó a girar, y cuando oyó la voz, dio un respingo. Aunque, bien mirado, ¿a quién esperaba oír, a Richard Nixon?

«Hola, Ace —dijo la voz grabada del señor Gaunt—. Bienvenido a Boston. Por favor, quita la lona del coche y carga en él estas cajas. Contienen una mercancía bastante especial que espero necesitar muy pronto. Me temo que tendrás que poner al menos una de ellas en el asiento posterior; el maletero del Tucker deja bastante que desear. Aquí dentro tu coche estará perfectamente a salvo y en el viaje de regreso no tendrás ningún problema. Ah, por favor, recuerda esto: cuanto antes estés de vuelta, antes podrás empezar a investigar los puntos marcados en el mapa. Que tengas buen viaje.»

Tras el mensaje solo quedó el siseo vacío de la cinta y el grave ronroneo del mecanismo de tracción.

A pesar de ello, Ace dejó que la cinta continuara girando durante casi un minuto. Toda aquella situación resultaba muy extraña... y cada vez se lo parecía más. El señor Gaunt había estado allí aquella tarde; debía de haber estado, porque había mencionado el mapa y Ace no había visto el libro ni había conocido al señor Leland Gaunt hasta aquella mañana. Sí, aquel viejo buitre debía de haber viajado a Boston en avión mientras él, Ace, lo hacía en coche. Pero ¿por qué? ¿Qué diablos significaba todo aquello?

Pero no ha estado aquí, pensó a continuación. Tanto da que sea imposible. Gaunt no ha estado aquí. Solo había que observar aquel condenado magnetófono, por ejemplo; ya nadie utilizaba aquel tipo de aparatos. Y el polvo de las bobinas. Incluso la nota estaba cubierta también de polvo. Todo aquello llevaba largo tiempo esperándolo. Tal vez estaba allí, acumulando polvo, desde que Pangborn lo había mandado a la cárcel.

¡Oh!, pero aquello era ridículo. Aquello no era más que una sarta de tonterías. Sin embargo, había una parte de él, una parte muy profunda, que creía que era verdad. El señor Gaunt no había estado en Boston aquella tarde. El señor Gaunt había pasado la tarde en Castle Rock —Ace estaba seguro de ello—, tras la puerta de la tienda, observando a los transeúntes, tal vez incluso quitando de vez en cuando el rótulo de

CERRADO EL DÍA DE COLÓN

y colocando el de

ABIERTO

en su lugar. Si veía que se acercaba la persona adecuada, naturalmente. La clase de persona con quien un individuo como el señor Gaunt viera posibilidades de hacer uno de sus negocios.

Por cierto, ¿qué negocios eran esos?

Ace no estaba seguro de querer saberlo. Lo que sí deseaba averiguar era qué contenían las cajas. Coño, si iba a transportarlas desde allí hasta Castle Rock, tenía derecho a saberlo.

Pulsó la tecla de STOP en el magnetófono y colocó el aparato a un lado. Cogió un martillo de las herramientas del banco de trabajo y una alzaprima que encontró cerca de este, apoyada en la pared.

Regresó junto a las cajas y deslizó el extremo plano de la palanca bajo la tapa de madera de una de ellas. Hizo fuerza en el otro extremo y los clavos cedieron con un leve chirrido. El contenido de la caja estaba cubierto con un retal cuadrado de hule

grueso. Levantó una esquina y se quedó boquiabierto ante lo que vio debajo.

Fulminantes detonadores.

Decenas de ellos.

Tal vez centenares de fulminantes detonadores, cada uno colocado en su pulcro nidito de viruta de madera.

¡Cielo santo! ¿Qué se propone hacer? ¿Empezar la Tercera Guerra Mundial?

Con el corazón desbocado en el pecho, Ace fijó de nuevo los clavos, bajó la caja y la dejó a un lado. Abrió la segunda, esperando encontrar ordenadas hileras de cartuchos rojos y gruesos con aspecto de bengalas de carretera.

Pero no contenía dinamita. Contenía armas.

Debía de haber en total un par de docenas. Pistolas automáticas de alta potencia. Percibió el olor de la grasa con que habían sido embadurnadas. No sabía de qué marca eran —alemanas quizá—, pero sabía qué significaban: de veinte años a perpetua si lo cogían con ellas en Massachusetts. En ese estado eran sumamente estrictos en cuestiones de armas, sobre todo si se trataba de armas automáticas.

Aquella segunda caja la dejó a un lado sin volver a taparla. Abrió la tercera. Estaba llena de cargadores con munición para las pistolas.

Ace dio un paso atrás, frotándose la boca con la palma de la mano izquierda en un gesto nervioso.

Fulminantes detonadores.

Armas cortas automáticas.

Munición.

¿Qué mercancía era esa?

—Que no cuente conmigo —murmuró Ace en voz baja, moviendo la cabeza a un lado y otro—. Con Ace Merrill no. De ninguna manera; no señor.

Ciudad de México le parecía cada vez mejor alternativa. Río, incluso. Ace no tenía idea de si Gaunt estaba perfeccionando una trampa para ratones o una silla eléctrica, pero de una cosa estaba seguro: no quería tener nada que ver, fuera lo que fuese. Él iba a largarse de allí, e iba a hacerlo inmediatamente.

Sus ojos se detuvieron en la caja de pistolas automáticas.

Se llevaría una de aquellas preciosidades con él. Algo que le compensara por la molestia, se dijo. Un recuerdo, por así decirlo.

Dio un paso hacia la caja y en aquel mismo instante las bobinas del magnetófono empezaron a girar de nuevo, aunque nadie había pulsado las teclas.

«Ni se te ocurra, Ace —le previno fríamente la voz del señor Gaunt, y Ace lanzó un chillido—. No hagas que me enfade. Porque, como intentes siquiera fastidiarme, lo que te habían preparado los hermanos Corson parecerá un día de campo, en comparación. Ahora eres mi chico de los recados. Quédate conmigo y nos divertiremos. Quédate conmigo y podrás vengarte de todos los de Castle Rock que te

han tratado mal alguna vez, y te marcharás de allí con una fortuna. Enfréntate a mí y tus gritos no cesarán jamás.»

La cinta se detuvo.

Los ojos desorbitados de Ace siguieron el cable hasta la clavija. Estaba en el suelo, cubierta de una fina capa de polvo.

Además, no había ningún enchufe a la vista.

4

De pronto, Ace empezó a sentirse un poco más calmado, lo cual no era tan extraño como pudiera parecer. Había dos razones para que su barómetro emocional se hubiera equilibrado.

La primera de ellas era que Ace estaba dominado por un comportamiento atávico. Habría estado perfectamente a gusto viviendo en una caverna y arrastrando a su mujer por el moño cuando no estuviera lanzando piedras a los enemigos. Era de esa clase de hombres cuya reacción solo resulta completamente predecible cuando se ve enfrentado a una fuerza y a una autoridad superiores. Confrontaciones de ese tipo no se producían muy a menudo, pero cuando sucedían, Ace se inclinaba ante tal fuerza superior casi al instante. Aunque no era consciente de ello, había sido esa característica, más que cualquier otra cosa, lo que le había impedido poner pies en polvorosa y huir, simplemente, de los hermanos Corson.

En hombres como Ace Merrill, el único instinto más poderoso que el de dominar era la profunda necesidad de ponerse patas arriba y ofrecer humildemente el cuello indefenso cuando hacía acto de presencia el auténtico jefe de la manada.

La segunda razón era aún más sencilla: Ace decidió convencerse de que estaba soñando. Una parte de él sabía que no, pero la idea seguía siendo más fácil de creer que las evidencias que le proporcionaban los sentidos. No quería considerar siquiera la posibilidad de un mundo que admitiera la existencia de un señor Gaunt. Sería más sencillo —y más seguro— desconectar los procesos mentales durante un rato y seguir automáticamente hasta la conclusión del asunto. Si lo hacía, era probable que terminara despertando de nuevo en el mundo que siempre había conocido. Dios sabía que aquel mundo tenía sus peligros, pero al menos le resultaba comprensible.

Procedió a clavar de nuevo las tapas de las cajas de las armas y de la munición. Después se acercó al automóvil guardado y asió la lona que lo protegía, que a su vez estaba cubierta por una capa de polvo. Tiró de ella... y por un momento el asombro y el placer le hicieron olvidarse de todo lo demás.

Era un Tucker, en efecto, y era precioso.

La pintura era color amarillo canario. La carrocería brillaba, con los cromados a

lo largo de los laterales y debajo del parachoques frontal curvilíneo. Un tercer faro miraba desde el centro del capó, bajo un adorno de plata que parecía el motor de un tren expreso futurista.

Ace rodeó el automóvil lentamente, como si quisiera devorarlo con los ojos.

A cada lado de la aleta trasera había un par de rejillas cromadas que no tenía ni idea de para qué servían. Las gruesas rayas blancas de los neumáticos Goodyear estaban tan limpias que casi brillaban bajo la luz de las bombillas. Escritas en fluidas letras cromadas, en la aleta trasera, leyó dos palabras: «Tucker Talisman». Ace no había oído hablar de tal modelo. Siempre había creído que el único modelo de coche que Preston Tucker había construido en su tiempo era el Torpedo.

Tienes otro problema, colega, se dijo. Este trasto no tiene placas de matrícula. ¿Se atrevería a hacer todo el viaje de vuelta hasta Maine en un coche que se hacía notar más que una herida en el pulgar, un coche sin matrículas y cargado de armas y artefactos explosivos?

Sí. Claro que sí. Era una mala idea, desde luego; una idea realmente mala..., pero la alternativa (que significaría irritar al señor Leland Gaunt) parecía muchísimo peor. Además, aquello era un sueño.

Sacó las llaves del sobre con una sacudida, se dirigió al maletero y buscó en vano la cerradura. Al cabo de unos momentos recordó la película de Jeff Bridges y entendió lo que sucedía. Igual que el Volkswagen Escarabajo alemán y que el Chevrolet Corvair, el Tucker llevaba motor trasero. El maletero estaba delante.

En efecto, encontró la cerradura justo debajo de aquel extraño tercer faro delantero. Abrió el capó. Realmente era muy pequeño, y estaba vacío, salvo por un único objeto. Era un frasquito de polvo blanco con una cucharilla atada a la tapa con una cadena. Esta llevaba pegada con cinta adhesiva un pequeño pedazo de papel.

Ace lo despegó y leyó el mensaje escrito en el papel con mayúsculas de pequeño tamaño:

DATE UN TOQUE

Ace obedeció órdenes.

Sintiéndose mucho mejor con un poco de aquellos incomparables polvos del señor Gaunt iluminándole el cerebro como la parte delantera de la máquina de discos del bar de Henry Beaufort, Ace cargó las armas y la munición en el maletero. Después colocó la caja de fulminantes en el asiento trasero, deteniéndose un instante a inhalar

profundamente. El sedán amarillo tenía ese olor incomparable a coche nuevo, mejor que cualquier otro aroma en el mundo (a excepción, tal vez, del olor de un buen coñito), y cuando se puso tras el volante comprobó que era absolutamente nuevo. El cuentakilómetros del Tucker Talisman del señor Gaunt marcaba 00000.0.

Ace introdujo la llave en el contacto y la hizo girar.

El Talisman se puso en marcha con un ronroneo grave, ronco, delicioso. ¿Cuántos caballos habría bajo el capó? No lo sabía, pero sonaba como si tuviera toda una manada. En la cárcel había montones de libros sobre automóviles y Ace había leído la mayoría de ellos. El Tucker Torpedo había sido un seis cilindros de cinco litros y medio, muy parecido a los coches que había construido la Ford entre 1948 y 1952. Bajo el capó había algo así como ciento cincuenta caballos.

Pero aquel modelo se notaba más potente. Mucho más potente.

Ace sintió el impulso de salir, acercarse a la parte trasera y probar a abrir el capó..., pero fue como lo de pensar demasiado en aquel nombre sin sentido, Yog... lo que fuese. Por alguna razón, le parecía una mala idea. Mucho más acertada parecía la de llevar aquel automóvil a Castle Rock lo antes posible.

Se disponía a bajar del coche para utilizar el control de la puerta pero, en lugar de ello, hizo sonar el claxon para comprobar si sucedía algo. En efecto, algo sucedió. La puerta se levantó entre las guías sin el menor ruido.

Seguro que hay un sensor de sonidos en alguna parte, se dijo; pero ya no lo creía. Por otra parte, tampoco le importaba. Entró la primera y el Talisman salió del garaje con un rugido. Ace tocó de nuevo el claxon mientras tomaba el camino de tierra lleno de rodadas hasta el hueco de la valla y comprobó por el retrovisor que las luces del garaje se apagaban y la puerta empezaba a cerrarse. También distinguió por un instante el Challenger, con el morro contra la pared y la lona arrugada en el suelo, junto a las ruedas. Tuvo la extraña sensación de que nunca volvería a ver su coche. Y descubrió que aquello tampoco le importaba.

6

El Talisman no solo corría como un sueño sino que parecía conocer la ruta de regreso hacia Storow Drive y la autopista del norte. De vez en cuando los intermitentes se ponían a funcionar por su cuenta. Cuando tal cosa sucedía, Ace se limitaba a desviarse hacia donde indicaban. En un abrir y cerrar de ojos quedó atrás aquel siniestro barrio pobre de Cambridge, donde había encontrado el Tucker, y la silueta del puente Tobin, más conocido familiarmente como «el puente del río Místico», se cernió ante él como un caballete negro contra el cielo cada vez más oscuro.

Ace movió el interruptor de las luces y al momento se extendió ante él un abanico

luminoso perfectamente definido. Cuando giró el volante, el haz de luz se movió con él. Aquel faro central era todo un invento. No le extrañaba que hubieran sacado del negocio al pobre iluso que había diseñado aquel coche, pensó Ace.

Estaba a casi cincuenta kilómetros al norte de Boston cuando advirtió que la aguja del indicador de gasolina estaba apoyada en el tope, por debajo de la marca de «vacío». Salió de la autopista en el siguiente desvío y detuvo el coche del señor Gaunt junto a la gasolinera de la Mobil situado al pie de la rampa de salida. Con un pulgar grasiento, el chico de la estación de servicio se echó hacia atrás la gorra que llevaba en la cabeza y dio una vuelta en torno al automóvil con gestos de admiración.

—¡Bonito coche! —comentó—. ¿De dónde lo ha sacado?

Sin pensar lo que decía, Ace respondió:

—De las llanuras de Leng. Motores antiguos Yog-Sothoth.

—¿Cómo?

—Llena el depósito y déjate de preguntas, chico. Esto no es un concurso de la tele.

—¡Oh! —El mozo observó más detenidamente a Ace y se apresuró a añadir con una mueca servil—: ¡Desde luego! ¡Ahora mismo!

Intentó cumplir la orden, pero el mecanismo de la bomba de gasolina se detuvo cuando apenas había vertido catorce centavos de carburante en el depósito. El muchacho probó a echar más accionando la bomba manualmente, pero solo consiguió que la gasolina se derramara y corriera por el brillante costado amarillo del Talisman, para caer goteando sobre el asfalto.

—Supongo que no necesita más —apuntó el mozo tímidamente.

—Supongo que no.

—Tal vez tiene estropeado el indicador...

—Limpia esa gasolina de la chapa. ¿Quieres que se levante la pintura? ¿En qué estás pensando?

El muchacho se puso en acción como impulsado por un resorte y Ace se dirigió al baño para esnifar otra raya. Cuando salió, el mozo de la gasolinera se encontraba a una respetuosa distancia del Talisman, retorciendo el trapo entre ambas manos con un gesto nervioso.

Está asustado, pensó Ace. ¿Asustado de qué? ¿De él?

No; el muchacho con el mono de trabajo de la Mobil apenas prestaba atención a la presencia de Ace. Era el Tucker lo que atraía su mirada.

Ha intentado tocarlo, pensó Ace.

Tal revelación —y eso era realmente: una revelación— hizo que apareciera en las comisuras de sus labios una sonrisilla siniestra.

El muchacho había intentado tocar el coche y algo había sucedido. No importaba mucho qué había sido. El coche había enseñado a aquel mozo que podía mirar, pero

que era mejor no tocar. Eso era lo importante de verdad.

—No me debe nada —dijo el muchacho.

—¡Desde luego que no!

Ace se colocó al volante y abandonó la gasolinera a toda velocidad. Tenía una idea absolutamente nueva respecto al Talisman. En cierto modo le parecía una idea alarmante, pero desde otro punto de vista resultaba absolutamente magnífica. Ace tenía la impresión de que tal vez el indicador de la gasolina marcaba indefectiblemente «vacío», pero que el depósito estaba siempre lleno.

7

Las barreras de los peajes para turismos en las autopistas de New Hampshire son de tipo automático; uno arroja monedas por valor de un dólar en la cesta («Monedas de un centavo no, por favor»), el semáforo rojo cambia a verde y uno sigue su camino. Pero cuando Ace detuvo el Tucker Talisman junto a la cesta que sobresalía del poste, el semáforo cambió a verde por sí solo y el pequeño rótulo luminoso anunció:

PEAJE PAGADO, GRACIAS.

—Cojonudo —murmuró Ace Merrill, y continuó la marcha hacia Maine.

Una vez dejó atrás Portland, puso el Talisman a un promedio de ciento veinte por hora y notó que el motor bajo el capó tenía potencia para mucho más. Poco después de la salida de Falmouth, al coronar un cambio de rasante, vio un coche patrulla acechando junto a la calzada. De la ventanilla del conductor sobresalía la silueta inconfundible, en forma de torpedo, de un aparato de radar.

¡Mala cosa!, pensó Ace. Me ha pillado. In fraganti. Dios santo, ¿por qué voy a tanta velocidad, con toda la mierda que llevo en el coche?

Pero Ace sabía muy bien el porqué. Y no tenía que ver con la coca que había ensnifado. En otras ocasiones, tal vez fuera esa la causa. Pero esa vez, no. Esa vez era el Talisman. El coche quería ir deprisa.

En varios momentos del trayecto, Ace había echado un vistazo al indicador de velocidad, había levantado un poco el pie del acelerador... y cinco minutos después se había encontrado con que estaba presionando de nuevo el pedal, casi a fondo.

Aguardó a que el coche patrulla cobrara vida entre un resplandor de luces azules parpadeantes y saliera a toda prisa en su persecución, pero no sucedió nada parecido. Ace pasó como una centella a ciento veinte, y el coche patrulla de la policía del estado no mostró la menor reacción.

Diablos, el tipo debía de estar dormido.

Pero Ace sabía que no. Cuando uno veía un radar móvil asomando de una

ventanilla, podía estar seguro de que el tipo del interior del coche estaba perfectamente despierto e impaciente por salir en persecución de los infractores. No, lo que había sucedido era lo siguiente: aquel agente no había visto pasar el Talisman. Sonaba a locura pero, para Ace, resultaba rigurosamente exacto.

El gran coche amarillo con los tres potentes faros en la parte frontal era invisible tanto para los aparatos de alta tecnología como para los agentes que los utilizaban.

Con una sonrisa, Ace puso el Tucker Talisman del señor Leland Gaunt a ciento sesenta.

Llegó a Castle Rock a las ocho y cuarto, con casi cuatro horas de margen.

8

El señor Gaunt emergió de la tienda y, plantado bajo el toldo, contempló cómo Ace aparcaba el Talisman en una de las tres plazas en semibatería marcadas en el suelo frente a Cosas Necesarias.

—Has llegado muy pronto, Ace.

—Sí. Este coche suyo es una maravilla.

—Desde luego —asintió el señor Gaunt, pasando la mano por la aleta delantera del Tucker, ligeramente inclinada hacia el suelo—. Es muy especial. Supongo que me has traído la mercancía, ¿verdad?

—Sí. Verá, señor Gaunt..., en el viaje de vuelta me he formado cierta idea de hasta qué punto es especial este coche, pero creo que debería ocuparse de ponerle unas placas de matrícula, y tal vez un adhesivo de haber pasado la inspección técnica...

—No es necesario nada de eso —replicó el señor Gaunt con indiferencia—. Apárcalo en el callejón de detrás de la tienda, Ace, si me haces el favor. Yo me ocuparé de él más tarde.

—¿Cómo? ¿Dónde?

De repente, Ace se sentía reacio a devolver el coche al señor Gaunt. No era solo que hubiese dejado su Challenger en Boston y que necesitara un vehículo para el trabajo nocturno que le aguardaba, sino también que, comparados con aquel Talisman, todos los demás coches que había conducido en su vida, incluido el Challenger, parecían pura basura.

—Eso es asunto mío —dijo el señor Gaunt. Dirigió una mirada imperturbable a Ace y continuó—: Comprobarás que las cosas te van mejor, Ace, si enfocas el hecho de trabajar para mí como si estuvieras alistado en el Ejército. Ahora tienes tres maneras de hacer las cosas: la buena, la mala y la del señor Gaunt. Si te decides siempre por la tercera, no te verás nunca en problemas. ¿Me has entendido?

—Sí, sí. Lo he entendido.

—Estupendo. Ahora lleva el coche a la parte de atrás.

Ace dobló la esquina al volante del coche amarillo y avanzó lentamente por el angosto callejón que corría entre los edificios comerciales del lado oeste de Main Street. La puerta trasera de Cosas Necesarias estaba abierta. El señor Gaunt aguardó bajo una elipse sesgada de luz amarilla, sin hacer el menor gesto de ayudar a Ace mientras este transportaba las cajas a la trastienda, jadeante por el esfuerzo. Ace no lo sabía, pero muchos clientes se habrían llevado una buena sorpresa si hubieran visto aquella estancia. Cuántos de ellos habían oído al señor Gaunt revolviendo objetos y moviendo cajas tras la cortina de terciopelo que separaba la tienda de la parte de atrás..., y sin embargo la trastienda estaba absolutamente vacía hasta que Ace apiló las cajas en una esquina, según indicaciones del señor Gaunt.

Pero no. Algo había. En el extremo opuesto de la estancia una rata de alcantarilla de pelaje pardo yacía bajo el resorte de una gran ratonera Victory, con el cuello roto y los dientes incisivos a la vista en una mueca muerta.

—Buen trabajo —dijo el señor Gaunt, frotándose las manos de largos dedos con una sonrisa—. En conjunto, hemos hecho un buen trabajo por hoy. Has satisfecho con creces mis expectativas, Ace. Te has portado de maravilla.

—Gracias, señor. —Ace se quedó asombrado. Jamás en su vida había llamado a nadie «señor», hasta aquel momento.

—Aquí tengo algo para compensarte las molestias. —El señor Gaunt entregó a Ace un sobre marrón. Ace lo apretó entre las yemas de los dedos y notó el tacto granulento del polvo del interior—. Querrás llevar a cabo algunas investigaciones esta noche, ¿no? Esto te dará un poco de energía extra, como decía el anuncio de la Esso.

Ace dio un respingo.

—¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡Me he dejado el libro en el coche! ¡El libro y el mapa! ¡Están en Boston! ¡Maldita sea! —Cerró el puño y lo descargó sobre sus muslos.

—Me parece que no —intervino el señor Gaunt sonriendo—. Me parece que está en el Tucker.

—No. Yo...

—¿Por qué no lo compruebas?

Ace lo hizo, y por supuesto el libro estaba allí, en el salpicadero, con el lomo encajado contra el parabrisas ligeramente convexo, patente Tucker. *Tesoros perdidos y enterrados de Nueva Inglaterra*. Lo cogió y pasó las páginas. El plano seguía entre ellas y Ace se volvió hacia el señor Gaunt con muda gratitud.

—No volveré a necesitar tus servicios hasta mañana, hacia esta misma hora —le dijo Gaunt—. Te sugiero que pases las horas diurnas en tu guarida de Mechanics Falls. Seguro que eso te irá bien, porque supongo que querrás dormir hasta tarde. Aún

te queda por delante una noche ajetreada, si no ando equivocado.

Ace pensó en las pequeñas aspas del mapa y asintió.

—También sería prudente —continuó diciendo el señor Gaunt— que evitaras encontrarte con el comisario Pangborn durante un par de días. Después ya no creo que eso importe demasiado. —Echó los labios hacia atrás y sus dientes parecieron saltar adelante en grandes racimos depredadores—. Para el fin de semana, me parece que muchas de las cosas que hasta ahora han sido de capital importancia para los vecinos de este pueblo perderán todo su interés. ¿No lo crees así, Ace?

—Si usted lo dice... —respondió este. De nuevo volvía a sentirse en aquel extraño estado de aturdimiento. Aunque no le importaba en absoluto—. Pero no sé cómo voy a desplazarme.

—Me he ocupado de todo —dijo Gaunt—. Ahí fuera encontrarás un coche aparcado con las llaves en el contacto. Un coche de la empresa, por así decirlo. Me temo que solo es un Chevrolet, un modelo corriente, pero aun así te proporcionará un medio de transporte fiable y poco llamativo. Desde luego, te gustará más la furgoneta del noticiario de televisión, pero...

—¿Furgoneta? ¿Qué furgoneta? ¿Qué es eso del noticiario de televisión?

El señor Gaunt decidió no responderle.

—Vuelvo a asegurarte que el Chevrolet satisfará todas tus actuales necesidades de transporte. Pero no se te ocurra intentar huir de esas trampas para los excesos de velocidad que tiende la policía del estado. Me temo que no serviría de nada. Sobre todo con ese coche. No serviría de nada en absoluto.

A continuación Ace se oyó a sí mismo diciendo:

—No sabe cuánto me gustaría tener un coche como ese Tucker, señor Gaunt. Es fabuloso, señor.

—Bueno, tal vez podamos hacer un trato. ¿Sabes, Ace? Yo me rijo por una política comercial muy simple. ¿Te gustaría saber cuál es?

—Claro —respondió Ace, y era sincero.

—Todo está a la venta. Esta es mi filosofía. Todo está a la venta.

—«Todo está a la venta...» —repitió Ace adormilado—. ¡Vaya! ¡Muy rotundo!

—Eso es. Rotundo. Y ahora, Ace, creo que voy a prepararme un bocado. A pesar de ser fiesta, he estado tan ocupado que no he tenido tiempo de comer. Te ofrecería que me acompañases, pero...

—Gracias, pero no puedo. De veras que...

—Sí, claro. Tienes que ir a varios sitios y ponerte a cavar, ¿no es eso? Te espero mañana por la noche, entre las ocho y las nueve.

—Entre las ocho y las nueve.

—Sí, después de que oscurezca.

—Cuando nadie sabe y nadie ve —dijo Ace como en sueños.

—¡Ni más ni menos! Buenas noches, Ace.

El señor Gaunt le tendió la mano. Ace empezó a alargar la suya y, en ese momento, vio que su interlocutor ya había cogido algo. Era la rata parda de la trampa del almacén. Ace retiró la mano tendida con un leve gruñido de desagrado. No tenía la menor idea de cuándo había cogido la rata muerta. ¿O tal vez era otra distinta?

Ace decidió que no le importaba en absoluto. Lo único que sabía era que no tenía la menor intención de estrechar una mano con una rata muerta, por mucho temor reverencial que le produjera el señor Gaunt.

—Disculpa —dijo este con una nueva sonrisa—. Cada año me vuelvo un poco más olvidadizo. ¡Creo que estaba a punto de entregarte mi cena, Ace!

—Su cena... —murmuró Ace con una vocecilla desmayada.

—Sí, claro. —La uña gruesa y amarillenta del pulgar de Gaunt se hundió en la piel blanquecina que cubría el vientre de la rata; un momento después, sus intestinos se extendían sobre la palma de su mano, carente de marcas. Pero antes de que Ace pudiera ver algo más, el señor Gaunt ya había dado media vuelta y estaba cerrando la puerta del callejón—. Vamos a ver, ¿dónde he puesto el queso...?

Luego se oyó un fuerte chasquido metálico en la cerradura.

Ace se inclinó hacia delante, convencido de que iba a vomitar entre sus zapatos. El estómago se le contrajo, la garganta se le abrió..., pero entonces la sensación remitió y Ace empezó a recuperarse.

Porque no había visto lo que había creído ver.

—Ha sido una broma —murmuró—. El señor Gaunt llevaba una rata de goma en el bolsillo, o algo así. Solo ha sido una broma.

¿De veras? ¿De dónde salían aquellos intestinos, entonces? ¿Y la mucosidad fría y gelatinosa que los rodeaba? ¿De dónde salía todo aquello?

La imaginación le había jugado una mala pasada, se dijo. Cosa del cansancio. Era una rata de goma, sin duda. Y en cuanto al resto... ¡puf!

Pero, por un instante, todos aquellos sucesos —el garaje desierto, el Tucker que se conducía solo, incluso aquella siniestra pintada de la pared, VIVA YOG-SOTHOTH— intentaron asaltarle a la vez y una voz potente le gritó: *¡Aléjate de aquí! ¡Vete ahora que todavía estás a tiempo!*

Sin embargo, Ace se dijo que la auténtica locura la habría cometido haciendo caso de aquella voz. Allí fuera, en plena noche, había dinero esperándolo. Mucho dinero, tal vez. Una auténtica fortuna, quizá.

Ace permaneció inmóvil en la oscuridad varios minutos, como un robot con la reserva de energía agotada. Poco a poco recuperó cierto sentido de la realidad —cierto sentido de sí mismo— y llegó a la conclusión de que la rata no importaba. Y el Tucker Talisman tampoco. Importaban los excelentes polvos, importaba el mapa, y Ace tenía la vaga idea de que también era importante la sencillísima política

comercial del señor Gaunt, pero nada más. Ace no podía permitirse que le importara nada más. Recorrió el callejón hasta doblar la esquina de la calle y estudió la fachada de Cosas Necesarias. La tienda estaba cerrada y a oscuras, como todas las de la parte baja de la calle principal del pueblo.

En uno de los aparcamientos en semibatería frente a la tienda vio aparcado un Chevrolet Celebrity, tal como le había asegurado el señor Gaunt. Ace intentó recordar si el coche estaba allí cuando había llegado con el Talisman, pero no logró concentrarse. Cada vez que intentaba volver atrás en sus recuerdos, más allá de lo que había sucedido unos pocos minutos antes, se encontraba en un callejón sin salida.

Se vio de nuevo haciendo un gesto para estrechar la mano que le tendía el señor Gaunt, el gesto más natural del mundo, para advertir de pronto que el señor Gaunt sostenía en ella una gran rata muerta.

«Creo que voy a prepararme un bocado. Te ofrecería que me acompañases, pero...»

En fin, aquel comentario era otra de las cosas que no importaban. Ahí estaba el Chevrolet, y eso era lo que contaba. Abrió la portezuela, dejó el libro con el preciado mapa en el asiento del conductor y sacó las llaves del contacto. Se dirigió a la parte trasera del coche y abrió el maletero. Tenía una idea bastante precisa de lo que encontraría en él, y no quedó decepcionado. Un pico y una pala de mango corto habían sido colocados cuidadosamente uno sobre otra, en aspa. Ace se fijó mejor y vio que el señor Gaunt había depositado en el maletero incluso un par de guantes recios de trabajo.

—Señor Gaunt, piensa usted en todo —murmuró, y cerró el portaequipajes. Al hacerlo, observó que el Celebrity llevaba un adhesivo en el parachoques trasero y se agachó a leerlo.

YO ♥ LOS COCHES ANTIGUOS

Ace se echó a reír. Aún seguía riendo mientras cruzaba el puente metálico y se dirigía hacia la antigua finca Treblehorn, donde se proponía efectuar la primera excavación. Mientras subía la cuesta de Panderly Hill, al otro lado del puente, se cruzó con un descapotable que venía en sentido contrario, en dirección al pueblo. El descapotable iba lleno de jóvenes que cantaban «Qué amigo tengo en Jesús» a voz en grito y en perfecta armonía baptista.

Uno de aquellos jóvenes era Lester Ivanhoe Pratt. Después del partido de fútbol, él y un grupo de muchachos habían hecho una excursión en coche al lago Auburn, a unos

cuarenta kilómetros de distancia. Se celebraba allí una ceremonia religiosa al aire libre, y Vic Tremayne había anunciado que el día de Colón, a las cinco en punto, habría una reunión para la plegaria y canto de himnos. Ya que Sally tenía su coche y no habían hecho planes para la noche —ni salir al cine, ni ir a tomar algo al McDonald's de South Paris—, Lester había decidido ir con Vic y los demás muchachos, todos ellos buenos cristianos.

Desde luego, sabía por qué aquellos muchachos tenían tanto interés en el viaje, y la razón no era la religión; al menos, no era ese el único motivo. A las celebraciones religiosas al aire libre que tenían lugar de un extremo a otro de Nueva Inglaterra entre el mes de mayo y el último concurso estatal de bueyes de tiro, a finales de octubre, acudían siempre montones de chicas guapas, y un buen cántico de himnos (por no hablar de una buena sesión de prédica inflamada y una dosis de añejo espíritu cristiano) las ponía siempre de un humor alegre y bien dispuesto.

Lester, que tenía novia, contemplaba los planes y proyectos de sus amigos con la indulgencia que mostraría un marido veterano ante las payasadas de un grupo de jóvenes no iniciados. Los acompañó sobre todo por mostrarse amistoso, y porque siempre le apetecía escuchar un buen sermón y entonar unos himnos después de una tarde de diversión a base de choques y bloqueos. Era la mejor manera de calmar los ánimos que conocía de sobras.

La ceremonia había estado bien pero, al finalizar, un montón de gente entre los asistentes había manifestado su deseo de ser salvada. Como consecuencia de ello, la sesión se había prolongado un poco más de lo que Lester habría deseado. Sus planes eran llamar a Sally y preguntarle si le apetecía salir a Weeksie's a tomar un helado o algo así. Lester había advertido que, a veces, a las chicas les gustaba hacer cosas como aquella sin haberlo pensado con antelación.

Después de cruzar el puente, Vic lo dejó en la esquina de Main con Watermill.

—¡Un partido estupendo, Les! —dijo Bill MacFarland desde el asiento trasero.

—¡Desde luego que sí! —replicó Lester jubiloso—. ¿Por qué no lo repetimos el sábado? ¡Quizá entonces consiga romperte el brazo, en lugar de solo dislocártelo!

Los cuatro jóvenes del coche de Vic soltaron una carcajada como un rugido ante aquella muestra de ingenio; luego Vic continuó la marcha. Las notas de «Jesús es un amigo para siempre» se dispersaron en un aire extrañamente veraniego. Incluso en los días más calurosos del veranillo otoñal, cuando anocheecía cabía esperar que la temperatura cayera rápidamente. Sin embargo, aquella noche no.

Lester ascendió sin apresurarse la cuesta hacia su casa. Se sentía cansado y magullado, pero alegre. Todos los días eran buenos cuando uno había entregado su corazón al Señor, pero había unos mejores que otros. El que ya terminaba había sido uno de los más perfectos, y lo único que deseaba en aquel momento era darse una ducha, llamar a Sally y a continuación meterse en la cama.

Cuando cambió de dirección para entrar en el camino particular de la casa, andaba con la cabeza erguida para observar las estrellas, tratando de localizar la constelación de Orion. Por eso no vio el obstáculo y chocó —con la inglete por delante y a buen paso— contra la parte posterior de su Mustang.

—¡Uuuf! —gritó.

Retrocedió unos pasos, se dobló por la cintura y se llevó las manos a los doloridos testículos. Al cabo de unos momentos, consiguió alzar la cabeza y contempló el coche con ojos llorosos de dolor. ¿Qué diablos hacía allí su Mustang? En el taller habían dicho que el Honda de Sally no iba a estar listo hasta el miércoles, por lo menos; probablemente, hasta el jueves o el viernes, con el día de fiesta y todo.

Luego, con un estallido de radiante luz anaranjada y rosada, la respuesta iluminó su mente. ¡Sally estaba dentro! Había acudido a la casa mientras él estaba fuera y ahora lo aguardaba. ¡Tal vez había decidido que aquella fuera la noche! Las relaciones prematrimoniales no estaban bien, desde luego, pero a veces uno tenía que romper unos cuantos huevos para hacer una tortilla. Y, desde luego, él estaba dispuesto a asumir la expiación de aquel pecado en concreto, si ella también lo estaba.

—Tatararán —exclamó Lester Pratt con entusiasmo—. ¡Ha venido Sally, vaya un buen plan!

Corrió hasta el porche con un trotecillo que recordaba el de un cangrejo, sujetándose todavía los testículos palpitantes. Sin embargo, ahora, además de latirle de dolor, lo hacían también de expectación. Sacó la llave de debajo del felpudo y abrió la puerta.

—¿Sally? —preguntó al entrar—. ¿Estás aquí, Sally? Lamento llegar tarde; he ido a la reunión del lago Auburn con algunos de los chicos y...

No terminó la frase. Sally no respondía y eso significaba que no estaba allí, después de todo. A menos que...

Corrió escalera arriba a toda prisa, repentinamente seguro de que la encontraría dormida en su cama. Sally abriría los ojos y se incorporaría en el lecho, dejando que la sábana resbalara por sus pechos deliciosos (que Lester había acariciado —bueno, algo parecido—, pero que nunca había llegado a contemplar); Sally extendería sus brazos hacia él, con sus ojos —sus ojos adorables, soñolientos y azules como el aciano— muy abiertos, y cuando el reloj diera las diez, los dos habrían dejado de ser vírgenes. ¡Tatararán!

Pero el dormitorio estaba tan vacío como la cocina y la sala de estar. Las mantas y sábanas estaban en el suelo, como casi siempre; Lester era un tipo tan lleno de energía y de espíritu ferviente que por la mañana era incapaz de levantarse de la cama sin más; saltaba de ella literalmente, dispuesto no solo a afrontar el día sino a cargar contra él, derribarlo al césped y obligarlo a soltar el balón.

Esta vez, sin embargo, volvió a bajar la escalera con una mueca de perplejidad en sus facciones anchas e ingenuas. El coche estaba allí, pero Sally no. ¿Qué significaba aquello? Lester no lo sabía, pero no le hacía mucha gracia.

Encendió la luz del porche y salió a mirar en el coche. Tal vez le había dejado una nota. Llegó hasta lo alto de los peldaños del porche y quedó paralizado.

En efecto, había una nota. Estaba escrita en el parabrisas del Mustang con un aerosol de pintura rosa intenso, procedente probablemente de su propio garaje. Las grandes letras mayúsculas decían con su color chillón:

VETE AL INFIERNO, CERDO MENTIROSO.

Lester permaneció en lo alto de los peldaños del porche largo rato, leyendo el mensaje de su novia una y otra vez. ¿La reunión religiosa? ¿Era aquello? ¿Acaso Sally había pensado que iba a la celebración del lago Auburn para encontrarse con alguna mujer fácil? En su desconcierto, era la única idea que tenía algún sentido para él.

Volvió adentro y llamó a Sally. Dejó que el teléfono sonara dos decenas de veces, pero nadie lo cogió.

10

Sally sabía que Lester llamaría, y por eso le había pedido a Irene Lutjens que le dejara pasar la noche en su casa. Irene, a punto de estallar de curiosidad, respondió que sí, claro, desde luego. Sally parecía tan nerviosa por algo que casi no estaba bonita. Irene casi no podía creerlo, pero era cierto.

Por su parte, Sally no tenía intención de contar a Irene ni a nadie lo sucedido. Era demasiado horrible, demasiado vergonzoso. Se llevaría el secreto a la tumba. Así pues, se negó a contestar las preguntas de Irene durante más de media hora. Después toda la historia brotó de ella entre un mar de cálidas lágrimas. Irene la abrazó y la escuchó, con los ojos cada vez más saltones y sorprendidos.

—Vamos, vamos —murmuró Irene con voz tranquilizadora, acunando a Sally entre sus brazos—. Sé fuerte, Sally; Jesús te ama, aunque ese hijo de puta no lo haga. Y yo también te amo. Y el reverendo Rose. Y, desde luego, habrás dejado a ese estúpido saco de músculos algo para que se acuerde de ti, ¿verdad?

Sally asintió sorbiéndose las lágrimas, mientras la otra muchacha le acariciaba el cabello y emitía sonidos tranquilizadores. Irene casi no podía esperar a que llegara el día siguiente, cuando podría empezar a llamar a sus otras amigas. ¡No se lo creerían, seguro! Irene sentía lástima por Sally, realmente la sentía, pero también estaba contenta, en cierto modo, de que hubiera sucedido algo como aquello. Sally era tan

bonita, y tan condenadamente piadosa, que casi resultaba una delicia verla estrellarse, por una vez.

Y Lester era el chico más guapo de la iglesia. Si él y Sally rompían realmente, pensó Irene, quizá le pediría a ella para salir. A veces, había sorprendido a Lester mirándola como si se preguntara qué tipo de ropa interior llevaba, de modo que quizá no fuera del todo imposible...

—¡Me siento fatal! —sollozó Sally—. ¡Me siento tan... tan sucia!

—Por supuesto —asintió Irene sin dejar de acunarla entre sus brazos y de acariciarle el cabello—. No tendrás todavía esa carta y la foto, ¿verdad?

—No. ¡Las... las he quemado! —exclamó Sally en un sonoro gemido, con la cara contra el húmedo pecho de Irene. Y volvió a sumirse en un nuevo arrebato de pena y desamparo.

—Claro que sí —murmuró Irene—. Es exactamente lo que debías hacer.

De todos modos, podrías haber esperado a dejarme echar un vistazo, llorona, añadió para sí.

Sally pasó la noche en la habitación de invitados en casa de Irene, pero apenas concilió el sueño. Al cabo de un rato dejó de llorar, y pasó la mayor parte de la noche con los ojos abiertos y secos perdidos en la oscuridad, atenazada por esas siniestras fantasías de venganza, llenas de amargo placer, que solo pueden abrigar plenamente los amantes despechados.

QUINCE

1

La primera cliente «solo con cita concertada» del señor Gaunt llegó puntual a las ocho de la mañana del martes. Era Lucille Dunham, una de las camareras de la cafetería de Nan. Lucille había sido presa de un dolor profundo, desesperanzado, a la vista de las perlas negras de una de las vitrinas de Cosas Necesarias. La mujer sabía que no tenía la menor posibilidad de comprar un collar tan caro. Ni en un millón de años, considerando el sueldo que le pagaba la tacaña de Nan Roberts. A pesar de ello, cuando el señor Gaunt le había sugerido que hablaran del asunto sin tener a medio pueblo pendiente del trato (por así decirlo), Lucille se había apresurado a aceptar el ofrecimiento igual que un pez hambriento se lanzaría a por un cebo rutilante.

Lucille Dunham abandonó Cosas Necesarias a las ocho y media, con una expresión de perpleja y soñadora felicidad en el rostro. Acababa de comprar las perlas negras por el increíble precio de treinta y ocho dólares y cincuenta centavos. También había prometido gastar una bromita, absolutamente inocente, a aquel estirado pastor baptista, William Rose. Por lo que a Lucille se refería, aquella bromita no sería un trabajo, sino un puro placer. Aquel apestoso citabiblias no le había dejado nunca una propina, ni una sola moneda. La mujer (una buena metodista a quien no importaba en absoluto mover el trasero al ritmo de un buen boogie los sábados por la noche) había oído hablar de esperar la recompensa en el cielo, pero no estaba segura de que el reverendo Rose hubiera leído alguna vez que más virtuoso era dar que recibir.

Muy bien, aquella bromita sería una especie de compensación..., y además sería absolutamente inocente. El señor Gaunt se lo había asegurado.

El hombre, con una sonrisa de satisfacción, la observó mientras se alejaba. Según su agenda, le esperaba un día terriblemente ocupado, con citas cada media hora y un montón de llamadas telefónicas que efectuar.

El carnaval estaba bastante organizado; una de las grandes atracciones ya había sido probada satisfactoriamente y empezaba a acercarse el momento de ponerlas en marcha todas a la vez. Y como siempre sucedía cuando llegaba a aquel punto, fuera en el Líbano, en Ankara, en las provincias occidentales de Canadá o incluso allí en Estados Unidos, en Hicksville, a Gaunt le daba la impresión de que el día no tenía suficientes horas. Aun así, uno volcaba todos sus esfuerzos hacia el objetivo marcado, porque manos ocupadas eran manos felices, y porque esforzarse era en sí mismo noble, y...

... Y, si sus viejos ojos no lo engañaban, la segunda cliente del día, Yvette

Gendron, avanzaba a paso ligero por la acera hacia el toldo verde en aquel instante.

—Un día ajetreadísimo —murmuró el señor Gaunt, al tiempo que fijaba en su rostro una gran sonrisa acogedora.

2

Alan Pangborn llegó a su despacho a las ocho y media y ya encontró un mensaje en una nota pegada al lado del teléfono. Henry Payton, de la policía del estado, había llamado a las ocho menos cuarto. Había dejado recado de que Alan se pusiera en contacto con él lo antes posible. Alan se instaló en su sillón, sostuvo el auricular entre el hombro y la oreja y pulsó el botón que le ponía en contacto directo con el cuartel central de Oxford. Del cajón superior del escritorio sacó cuatro dólares de plata.

—¡Hola, Alan! —exclamó Henry al establecerse la comunicación—. Me temo que tengo malas noticias sobre tu doble asesinato.

—¡Vaya! ¿Así que, de pronto, el doble asesinato es mío...? —respondió Alan. Cerró el puño en torno a las cuatro monedas, apretó y abrió la mano de nuevo. Ahora solo había en ella tres monedas. Se repantigó en el asiento y puso los pies sobre el escritorio—. Esas noticias deben de ser realmente malas.

—No pareces sorprendido.

—No lo estoy. —Apretó el puño otra vez y utilizó su dedo meñique para hacer desaparecer el último dólar. Era una operación que requería bastante delicadeza, pero Alan tenía más que suficiente para realizar el truco. El dólar de plata se deslizó desde el puño y cayó en el interior de la manga. Se escuchó un leve tintineo metálico cuando la nueva moneda tocó la primera; un sonido que el prestidigitador disimularía con su palabrería en una actuación real. Alan abrió la mano de nuevo, y en ella solo aparecieron dos monedas.

—¿Te importaría decirme por qué no te sorprende? —insistió Henry en un tono ligeramente irritado.

—Verás, he pasado la mayor parte de estos últimos dos días dando vueltas al asunto —respondió Alan.

Incluso se quedaba corto. Desde el momento en que, aquel domingo por la tarde, había visto que Nettie Cobb era una de las dos mujeres que yacían muertas al pie del poste de la señal de stop, apenas había ocupado sus pensamientos en nada más. Incluso había soñado con el asunto. Y la sensación de que las cosas no encajaban había terminado por convertirse en una inquietante certeza. Por eso, la llamada de Henry no le resultaba una molestia, sino un alivio, y le ahorra el trabajo de tener que llamar él.

Apretó los dos dólares de plata en el puño. Clic. Abrió la mano. Solo quedaba una

moneda.

—¿Qué te preocupa? —preguntó Henry.

—Todo —respondió Alan llanamente—. Empezando por el hecho mismo de que sucediese aquella tragedia. Lo que más me desconcierta, supongo, es el poco tiempo que tuvieron para hacer todo lo que hicieron. Decididamente, el horario no cuadra. No dejo de pensar en Nettie Cobb descubriendo a su perro muerto y, a continuación, sentándose a escribir todas esas notas. ¿Y sabes una cosa, Henry? No consigo imaginármelo. Y cada vez que no consigo imaginármelo, me pregunto cuántas cosas de este condenado y estúpido asunto soy incapaz de ver.

Alan cerró el puño con feroz energía y la última moneda desapareció con las demás.

—Entiendo... —asintió Henry—. Entonces, quizá mis malas noticias sean buenas para ti. Alguien más participó en el asunto, Alan. No sabemos quién mató al perro de la señora Cobb, pero estamos casi seguros de que no fue Wilma Jerzyck.

Alan bajó los pies del escritorio al instante. Las monedas se deslizaron de su manga y fueron a parar sobre el escritorio como una pequeña cascada de plata. Una de ellas cayó de canto y rodó hacia el borde de la mesa.

La mano de Alan se movió con su desconcertante rapidez habitual y la cogió antes de que cayera.

—Será mejor que me cuentes lo que sabes, Henry.

—Ajá. Empecemos por el perro. Llevamos el cuerpo a John Palin, un veterinario de Portland que hace con los animales lo que Henry Ryan con las personas. Según él, dado que el sacacorchos penetró en el corazón del perro y este murió casi al instante, puede indicarnos la hora del deceso con bastante precisión.

—Estupenda novedad —dijo Alan. Le vinieron a la cabeza las novelas de Agatha Christie que Annie leía una tras otra. En ellas siempre parecía haber un viejo médico de pueblo, medio senil, dispuesto a establecer la hora de la muerte entre las cuatro y media y las cinco menos cuarto de la tarde. Con casi veinte años auestas como funcionario de cuerpos de seguridad, Alan sabía que la respuesta más realista a la pregunta del momento en que se había producido una muerte era: «En algún momento de la semana pasada. Probablemente».

—Sí, ¿verdad? En cualquier caso, ese doctor Palin dice que el perro murió entre las diez y las doce. Peter Jerzyck asegura que cuando entró en el dormitorio para cambiarse para ir a la iglesia, «un poco después de las diez», su esposa estaba en la ducha.

—Sí, eso ya lo sabíamos —apuntó Alan algo decepcionado—. Pero ese tal Palin tiene que admitir un margen de error, a menos que sea Dios. Y quince minutos bastan para que Wilma tuviera tiempo de hacerlo.

—¿Sí? Esa mujer no te caía demasiado bien, ¿verdad, Alan?

El comisario Pangborn meditó la respuesta y dijo al fin:

—Para ser sincero, amigo mío, no me gustaba nada. Nunca me había caído bien. De todos modos —se obligó a añadir—, parecería bastante estúpido por nuestra parte mantener abierto el caso apoyándonos solo en el informe de un veterinario y en un intervalo por aclarar de... ¿de cuánto? ¿De quince minutos?

—Muy bien, hablemos entonces de la nota del sacacorchos. ¿Recuerdas la nota?

—«Nadie me mancha de barro mis sábanas limpias. Te dije que me las pagarías.»

—Exacto. El grafólogo de Augusta todavía está examinándola, pero Peter Jerzyck nos proporcionó una muestra de la escritura de su esposa y tengo en la mesa, delante de mí, una fotocopia de ambas letras. No coinciden. No se parecen en absoluto.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes. ¿Pero no eras tú el que no se sorprendía?

—Sabía que algo no encajaba en el asunto, pero lo que me rondaba la cabeza todo el rato era la cuestión de las piedras con las notas. El poco margen de tiempo que parece dejar la secuencia de los hechos me tenía intranquilo, es cierto, pero supongo que estaba dispuesto a aceptarlo, en último término. Sobre todo, porque algo así parece muy propio de Wilma Jerzyck. ¿Estás seguro de que no disimulaba la letra?

El propio Alan dudaba de que así fuera —Wilma Jerzyck no solía hacer las cosas a escondidas, no era su estilo—, pero era una posibilidad que debía considerar.

—¿Yo? Rotundamente. Pero no soy el experto, y mi opinión no contaría en un tribunal. Por eso hemos enviado la nota al grafólogo.

—¿Cuándo recibiréis el informe?

—Quién sabe... Entretanto, fíate de lo que te digo, Alan: las letras son como naranjas y manzanas. No se parecen en nada.

—Entonces, si no fue Wilma, no cabe duda de que alguien se ocupó de que Nettie lo creyera. ¿Quién? ¿Y por qué? ¿Por qué, por el amor de Dios?

—No lo sé, muchacho. Es tu pueblo... Mientras lo averiguamos, tengo un par de cosas más para ti.

—Dispara.

Alan guardó los dólares de plata en el cajón y luego hizo caminar por la pared a un hombre alto y delgado con sombrero de copa. En el recorrido de vuelta, el sombrero se transformó en un bastón.

—Quien mató al perro dejó unas huellas digitales ensangrentadas en el pomo interior de la puerta principal de la casa de la Cobb. Esa es la primera novedad.

—¡Excelente!

—No tanto. Las huellas son borrosas. Probablemente, el autor las dejó cuando tiró del pomo para marcharse.

—¿No sirven para una identificación?

—Tenemos algunos fragmentos que tal vez sean de utilidad, aunque no es muy

probable que podamos presentarlas ante un tribunal. Las he mandado al centro de huellas del FBI en Virginia. Hoy en día realizan unos trabajos de reconstrucción asombrosos. Son más lentos que una tortuga, eso sí; probablemente, pasarán ocho o diez días hasta que me den alguna noticia, pero, entretanto, he comparado esas huellas parciales con las de Wilma Jerzyck que me mandaron anoche de la oficina del forense, siempre tan meticulosa.

—¿Y no coinciden?

—Bueno, es como la escritura, Alan: tengo que comparar cosas completas con otras parciales, y si tuviera que testificar en un tribunal o algo así, el abogado defensor me machacaría. Pero ya que estamos en familia, por así decirlo, te diré lo que creo: no se parecen en nada. Por un lado está la cuestión del tamaño. Wilma Jerzyck tenía unas manos pequeñas. Las huellas del tirador de la puerta proceden de una persona de manos grandes. Aunque estén poco definidas, se aprecia claramente que son de unas manazas mucho mayores.

—¿Unas manos de hombre?

—Estoy seguro de ello, pero una vez más no podría probarlo ante un juez.

—¿A quién le importa eso? —En la pared apareció de pronto la sombra de un faro, que se convirtió en una pirámide. La pirámide se abrió como una flor y se convirtió en un ganso que volaba ante el sol. Alan intentó ver el rostro de un hombre (no el de Wilma, sino el de un hombre), el que habría entrado en casa de Nettie después de que esta saliera el domingo por la mañana. Del hombre que había matado a Raider, el perrillo de Nettie, con un sacacorchos y luego le había cargado el asunto a Wilma. Buscó una cara y no encontró más que sombras—. Pero Henry, ¿quién iba a querer hacer una cosa así, sino Wilma?

—No lo sé. Pero creo que quizá tengamos a un testigo presencial del incidente de las ventanas rotas.

—¿Qué? ¿Quién?

—Recuerda que he dicho «quizá».

—Sé lo que has dicho. No me tomes el pelo. ¿Quién es?

—Un niño. La vecina de la casa contigua a la de los Jerzyck oyó los ruidos y salió a ver qué sucedía. Según dijo, pensó que a «aquella fiera» (son sus palabras) le había dado otro ataque de furia y esa vez, finalmente, había tirado a su marido por la ventana. La mujer había visto que un chico se alejaba pedaleando de la casa, con aire asustado. Le había preguntado qué sucedía y el chico le había contestado que quizá los Jerzyck se estaban peleando. Eso fue también lo que pensó la mujer, y como para entonces ya habían cesado los ruidos, no volvió a preocuparse del asunto.

—Supongo que te estás refiriendo a Jillian Misluburski —apuntó Alan—. La otra casa contigua a la de los Jerzyck está vacía. En venta.

—Sí, Jillian Misla... no sé qué. Es lo que tengo apuntado aquí.

—¿Y el niño? ¿Quién era?

—No lo sé. La mujer lo reconoció, pero no consiguió recordar el nombre. Dice que es del barrio; probablemente, del mismo bloque de casas. Lo encontraremos.

—¿Qué edad tenía?

—Según la mujer, entre once y catorce.

—¿Henry? Sé un buen amigo y deja que lo busque yo. ¿Te parece?

—Como quieras —asintió Henry al momento, y Alan se tranquilizó—. No entiendo por qué hemos de encargarnos de estas investigaciones cuando el delito sucede precisamente en el pueblo del comisario del condado. Si en Portland y en Bangor se ocupan de freír su propio pescado, ¿por qué no en Castle Rock? ¡Diablos, si ni siquiera estaba seguro de cómo se pronunciaba el nombre de esa mujer hasta que tú lo has dicho hace un momento!

—En el pueblo hay muchos polacos —comentó Alan distraído. Arrancó un impreso rosa de advertencia de tráfico del bloc que tenía sobre el escritorio y anotó en el revés: «Jill Mislaburski» y «chico de 11 a 14 años».

—Si mis hombres dan con él, el niño se encontrará frente a tres enormes agentes de la policía estatal y se asustará tanto que se le borrará todo de la cabeza —continuó Henry—. En cambio, a ti es probable que te conozca... ¿No acudes a dar charlas en las escuelas?

—Sí, sobre el programa antidrogas, y también el día de la Ley y la Seguridad —dijo Alan. Estaba intentando recordar qué familias con chicos vivían en la misma manzana de casas que los Jerzyck y los Mislaburski. Si Jill Mislaburski lo había reconocido pero no recordaba su nombre, eso significaba probablemente que el chico vivía al doblar la esquina, o tal vez en Pond Street. Alan escribió tres nombres en el papel rosa: «DeLois, Rusk, Bellingham». Seguramente había otras familias con chicos de aquella edad que no recordaba así de pronto, pero de momento empezaría por esas tres. Un rápido recorrido por las casas, se dijo, bastaría para dar con el muchacho.

—¿Supo decirlos Jill a qué hora oyó el alboroto y vio al chico? —preguntó a Henry.

—No está segura, pero cree que fue después de las once.

—Entonces no eran los Jerzyck peleándose, porque estaban en misa.

—Exacto.

—Entonces era la persona que arrojó las piedras.

—Sí señor.

—Eso es realmente extraño, Henry.

—Con este van tres aciertos seguidos. Uno más y te llevas la tostadora.

—Y ese chico... ¿no vería tal vez a quien lo hizo?

—Normalmente, te diría que sería «demasiado bueno para ser verdad», pero esa

señora Mislabski dijo que el chico parecía asustado, de modo que quizá sí lo vio. Y si realmente vio a quien lo hizo, te apuesto una copa y una cerveza a que no era Nettie Cobb. Me parece que alguien intervino para enfrentar a las dos mujeres, y lo peor, amigo mío, es que tal vez lo hizo solo por placer, por divertirse. Solo por eso.

Pero a Alan, que conocía el pueblo mejor de lo que Henry lo conocería nunca, aquella opinión le sonó a fantasiosa.

—Quizá lo hizo el propio chaval —apuntó—. Quizá por eso parecía asustado. Quizá estamos ante un simple caso de vandalismo.

—En un mundo donde existe un Michael Jackson y un gilipollas como Axl Rose, supongo que es posible cualquier cosa —replicó Henry—, pero la teoría de una gamberrada semejante me parecería más factible si el chico tuviera dieciséis o diecisiete años, ¿sabes?

—Sí —convino Alan.

—De todos modos, ¿para qué andar con suposiciones, si podemos encontrar al muchacho? Porque podrás dar con él, ¿no es cierto?

—Sí, estoy bastante seguro de ello. Pero me gustaría esperar a que terminen las clases, si te parece bien. Como has dicho, asustándolo no conseguiremos nada.

—Por mí, de acuerdo; y esas dos mujeres no van a moverse de donde están. Rondan por aquí los periodistas, pero no son más que una molestia. Tengo que sacudírmelos de encima como si fueran moscas.

Alan miró hacia la ventana a tiempo de ver pasar a marcha lenta una furgoneta del noticiario de la WMTW-TV, que probablemente se dirigía a la entrada principal del juzgado, al doblar la esquina.

—Sí —dijo—. También están por aquí.

—¿Puedes llamarme a las cinco?

—A las cuatro —respondió Alan—. Gracias, Henry.

—De nada —dijo Henry Payton antes de colgar.

El primer impulso de Alan fue llamar a Norris Ridgewick para contarle todo aquello; Norris era, por lo menos, una estupenda caja de resonancia a la que dirigir sus reflexiones en voz alta. Pero entonces recordó que Norris debía de estar aparcado en medio del lago de Castle, con su nueva caña de pescar en las manos.

Hizo unas cuantas sombras chinescas de animales más en la pared y se incorporó del asiento. Se sentía inquieto, presa de una extraña agitación. No estaría de más que se diera una pequeña vuelta por la calle donde habían ocurrido las muertes. Tal vez, si pasaba por delante de las casas, recordaría unas cuantas familias más con hijos en el grupo de edad indicado. ¿Quién sabía?, quizá lo que Henry había dicho de los chicos también servía para las mujeres polacas de mediana edad que compraban sus vestidos en Lane Bryant. Era posible que la memoria de Jill Mislabski mejorara si las preguntas se las hacía alguien cuyo rostro conocía.

Se dispuso a coger la gorra del uniforme colgada del perchero junto a la puerta, pero decidió dejarla donde estaba. En esa ocasión sería mejor dar a la vista un aire informal. Y ya puestos, no estaría de más coger el coche particular. Salió del despacho y se detuvo en la zona pública de la comisaría unos instantes, pensativo. John LaPointe había convertido su mesa de trabajo y el espacio circundante en algo que parecía necesitar la ayuda urgente de la Cruz Roja. Por todas partes tenía montones de papeles apilados. Los cajones estaban colocados uno sobre otro, formando una torre de Babel sobre el escritorio. Una torre que parecía a punto de desmoronarse en cualquier instante. Y John, normalmente el más risueño de los agentes de la comisaría, maldecía en voz alta con el rostro encendido.

—Tendré que lavarte la boca con jabón, Johnny —dijo Alan con una sonrisa.

John dio un respingo, se volvió y respondió a Alan con una sonrisa a la vez abochornada y aturdida.

—Lo siento, Alan. Yo...

Pero Alan ya estaba en movimiento. Cruzó la estancia con aquella misma rapidez líquida, silenciosa, que tanto había sorprendido a Polly Chalmers el viernes por la noche. John LaPointe se quedó boquiabierto. Luego, con el rabillo del ojo, vio qué se proponía el comisario: los dos cajones superiores de la pila que había hecho con ellos empezaban a caerse.

Alan llegó a tiempo de evitar un desastre completo, pero no fue lo bastante rápido para sujetar el primero, que le cayó sobre los pies esparciendo folios, sujetapapeles y ristras sueltas de grapas por todas partes. Con la palma de ambas manos, Alan sostuvo los otros dos cajones caídos contra el lateral del escritorio de John.

—¡Cielo santo! ¡Qué rapidez, Alan! —exclamó John.

—Gracias —respondió el comisario con una sonrisa dolorida. Los cajones empezaban a resbalar y no servía de nada empujar con más fuerza; con ello solo conseguía mover también la mesa. Además, le dolían los dedos de los pies—. Échame todos los elogios que quieras, pero mientras tanto a ver si me quitas el condenado cajón de encima de los pies.

—¡Oh! ¡Mierda! ¡Claro! ¡Ahora mismo!

John se apresuró a hacerlo, pero en su impaciencia por apartar el cajón, tropezó con Alan. Este perdió su tenue presión sobre los dos cajones que había cogido a tiempo y también estos aterrizaron sobre sus pies.

—¡Aaay! —aulló Alan. Se llevó la mano al pie derecho y luego decidió que el izquierdo le dolía más—. ¡Idiota!

—¡Vaya por Dios! ¡Lo siento mucho, Alan!

—Pero ¿qué estás haciendo con todo esto? —inquirió el comisario, apartándose de la mesa a la pata coja, con la mano en el pie izquierdo—. ¿Excavaciones arqueológicas?

—Supongo que hace mucho tiempo que no ordeno esos cajones.

John ensayó una sonrisa culpable y empezó a meter papeles y otros útiles de oficina en los cajones, de cualquier manera. Su rostro, de un atractivo convencional, estaba escarlata, encendido. Se había puesto de rodillas y, cuando pivotó sobre ellas para coger los sujetapapeles y las grapas que habían ido a parar bajo la mesa de Clut, volvió a desparramar por el suelo un considerable montón de impresos e informes que acababa de apilar en el suelo. Toda la zona pública de la comisaría empezaba a parecer una región asolada por un huracán.

—¡Uf! —exclamó John.

—Sí, ¡uf! —rezongó Alan al tiempo que se sentaba en el escritorio de Norris Ridgewick e intentaba darse un masaje en los dedos del pie a través de sus recios zapatos negros policiales—. «¡Uf!» es una descripción muy precisa de la situación. Si alguna vez he visto un «¡uf!», es esta.

—Lo siento —repitió John, al tiempo que se arrastraba materialmente sobre el vientre debajo del escritorio, barriendo clips y grapas errantes hacia sí con el canto de las manos. Alan no supo si echarse a reír o a llorar. Mientras movía las manos, John agitaba los pies adelante y atrás, esparciendo en todas direcciones y en un amplio círculo los papeles apilados en el suelo.

—¡Sal de ahí, John! —exclamó el comisario, esforzándose por contener la risa. Sin embargo, era evidente que esa iba a ser una causa perdida.

LaPointe levantó la cabeza y se dio un golpe en la coronilla con la cara inferior de su propio escritorio. Otro fajo de papeles, que había colocado casi en el mismo borde de la mesa para dejar espacio a los cajones, resbaló con el golpe. La mayoría de los documentos cayó directamente al suelo con un golpe sordo, pero decenas de folios volaron por los aires, descendiendo en un lento zigzag al azar.

Se va a pasar todo el día ordenando esas hojas, pensó Alan con resignación. Toda la semana, quizá.

Y ya no pudo contenerse más. Echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada estentórea. Andy Clutterbuck, que estaba encerrado en el despacho contiguo, asomó la cabeza para saber qué sucedía.

—¿Comisario? —preguntó—. ¿Todo va bien?

—Sí —respondió Alan. Después contempló de nuevo el revoltillo de informes y formularios esparcidos por el suelo y se echó a reír otra vez—. John está haciendo un poco de papeleo creativo, eso es todo.

John LaPointe salió gateando de debajo del escritorio y se levantó. Tenía el aire de un hombre que deseara con todas sus fuerzas que alguien le ordenara ponerse firmes, o tal vez tumbarse en el suelo y hacer cuarenta flexiones. La pechera de su uniforme, inmaculado hasta entonces, estaba cubierta de polvo, y Alan, a pesar de sus risas, tomó nota mental del detalle: hacía mucho que Eddie Warburton no se ocupaba

de limpiar debajo de las mesas. Después empezó a reír de nuevo; sencillamente, no podía evitarlo. Clut, desconcertado, miró a John, luego a Alan y, por fin, de nuevo a John.

—Está bien —dijo Alan, dominándose por fin—. ¿Qué andas buscando, John? ¿El Santo Grial? ¿El Acorde Perdido? ¿Qué?

—Mi cartera —respondió John, sacudiéndose sin éxito el polvo del uniforme—. No encuentro mi maldita cartera.

—¿Has mirado en el coche?

—En los dos —asintió John. Dirigió una mirada de disgusto al montón de objetos y papeles que rodeaba su escritorio como un cinturón de asteroides y añadió—: He mirado y rebuscado en el coche patrulla que llevaba anoche y en el Pontiac. Pero a veces, cuando estoy aquí, la dejo en un cajón de la mesa porque me abulta en el bolsillo trasero cuando me siento. Por eso estaba comprobando si...

—Esa cartera no te haría tanto daño en el culo si no te pasaras todo el maldito día sentado, John —apuntó Andy Clutterbuck, muy atinadamente.

—Clut —intervino Alan—, ve a ocuparte del tráfico, ¿quieres?

—¿Qué?

Alan puso los ojos en blanco.

—Que te busques algo que hacer. Me parece que John y yo podemos ocuparnos de esto. Somos investigadores experimentados; si resulta que te necesitamos, ya te lo haremos saber.

—Sí, claro. Solo trataba de ayudar, ¿sabes? He visto alguna vez esa cartera y parece que lleve en ella toda la Biblioteca del Congreso. De hecho...

—Gracias por tu colaboración, Clut. Ya nos veremos.

—Está bien —dijo Clut—. Siempre me complace colaborar. Hasta luego, colegas.

Alan puso los ojos en blanco otra vez. De nuevo tenía ganas de soltar una carcajada, pero se contuvo. La cara contrita de John indicaba claramente que para él no tenía ninguna gracia. Parecía apurado, pero había bastante más. Alan había perdido la cartera un par de veces en su vida y sabía que el hecho producía una sensación penosa.

Perder el dinero y el lío de cancelar las tarjetas de crédito solo era una parte del asunto, y no necesariamente la peor. Porque uno no dejaba de pensar en las otras cosas que había guardado en ella, cosas que a los demás les traerían sin cuidado pero que, para ese uno, eran irremplazables. John estaba acucillado, con las nalgas sobre los talones, recogiendo papeles, clasificándolos y apilándolos con aire desconsolado. Alan lo ayudó.

—¿Qué tal los dedos de los pies? ¿Te duelen mucho, Alan?

—No. Ya sabes cómo son estos zapatos; es como llevar baúles en los pies. ¿Llevabas mucho dinero en esa cartera, John?

—¡Bah!, no más de veinte dólares, me parece. Pero llevaba en ella la licencia de caza, que acababa de renovar la semana pasada. Y la tarjeta MasterCard. Si no encuentro la maldita cartera, tendré que llamar al banco para cancelarla. Pero lo que más me duele son las fotos. De mis padres, de mis hermanas..., ya sabes. Cosas así.

Pero la fotografía que le preocupaba de verdad era aquella de Sally Ratcliffe y él, la que les había tomado Clut en la feria estatal de Fryeburg unos tres meses antes de que Sally rompiera con él para salir con aquel tarugo de Lester Pratt.

—Bueno —dijo Alan—, ya aparecerá. El dinero y la tarjeta de crédito, tal vez no, pero la cartera y las fotos terminarán por aparecer, John. Normalmente sucede así, ya lo sabes.

—Sí —respondió John con un suspiro—. Es solo que..., maldita sea, por mucho que intento recordar si la traía esta mañana al llegar, no lo consigo.

—Bueno, espero que la encuentres. ¿Por qué no pones un aviso de CARTERA PERDIDA en el tablón de anuncios?

—Sí, lo haré. Y ahora me ocuparé de recoger y ordenar todo este lío.

—Sé que lo harás, John. Tómatelo con calma.

Alan salió al aparcamiento meneando la cabeza.

3

La campanilla de plata de la puerta de Cosas Necesarias tintineó y Babs Miller, miembro destacado del club de bridge de Ash Street, entró en la tienda con cierta timidez.

—¡Señora Miller! —la recibió Leland Gaunt tras consultar la hoja de papel que había colocado junto a la caja registradora—. ¡Cuánto me alegro de que haya podido venir! ¡Y justo a tiempo! Usted estaba interesada en la cajita de música, ¿verdad? Una pieza encantadora.

—Sí, he venido para hablar de ella —reconoció Babs—. Supongo que ya la habrá vendido.

Le costaba imaginar que un objeto tan delicioso no hubiera sido adquirido ya y notó que el corazón se le encogía un poco solamente de pensarlo. La música de la cajita, aquella que el señor Gaunt aseguraba no poder recordar... Babs Miller creía saber de cuál debía de tratarse. En una ocasión había bailado aquella melodía en el Pavillion de Old Orchard Beach con el capitán del equipo de fútbol, y más tarde, aquella misma velada, había entregado voluntariamente su virginidad al muchacho bajo una espléndida luna de mayo. Aquel chico le había proporcionado el primer y último orgasmo de su vida, y mientras la sensación corría por sus venas como un rugido, Babs había tenido aquella melodía taladrándole la cabeza como un alambre al

rojo.

—No, la tengo precisamente aquí —dijo el señor Gaunt. Sacó la cajita de la vitrina donde una cámara Polaroid la había ocultado a la vista de la mujer y la colocó sobre el mostrador. La expresión de Babs Miller se iluminó al verla.

—Estoy segura de que cuesta más de lo que puedo permitirme —se lamentó la mujer—. De una vez, me refiero, pero esa cajita me gusta mucho realmente, y si hubiera alguna posibilidad de podérsela pagar a plazos, señor Gaunt..., si hubiera alguna posibilidad...

El señor Gaunt sonrió. Fue una expresión exquisita, reconfortante.

—Creo que se preocupa usted innecesariamente —le dijo a continuación—. Le va a sorprender cuán razonable es el precio de esta deliciosa cajita de música, señora Miller. Le va a sorprender muchísimo. Siéntese y hablemos de ello.

La mujer se sentó.

Gaunt se acercó a ella.

Sus ojos capturaron los de Babs.

La melodía volvió a sonar en la cabeza de esta.

Y la mujer quedó absorta, ensimismada.

4

—Ya lo he recordado —le dijo Jillian Mislabsurski a Alan—. Fue el chico de los Rusk; Billy, creo que se llama. O quizá es Bruce.

El comisario y la mujer estaban en el salón de la casa de esta, dominado por el televisor Sony y un enorme crucifijo de yeso que colgaba de la pared detrás del aparato. En el televisor se veía a Oprah. Alan pensó que, a juzgar por el modo en que el Cristo tenía sus ojos vueltos hacia arriba bajo la corona de espinas, tal vez debía de preferir el show de Geraldo. O un episodio de *Tribunal de divorcios*. La señora Mislabsurski había ofrecido a Alan una taza de café, que el comisario había rechazado.

—Brian —precisó.

—¡Eso es! —asintió ella—. ¡Brian!

La mujer llevaba la bata de color verde chillón, pero aquella mañana había prescindido del pañuelo rojo sobre el cabello. En torno a la cabeza, como una grotesca corona, llevaba unos rulos del tamaño de los canutos de cartón que forman el ánima de los rollos de papel higiénico.

—¿Está segura, señora Mislabsurski?

—Sí. He recordado quién era esta mañana, al despertar. Hace un par de años, su padre nos instaló el revestimiento de aluminio en las paredes y el chiquillo vino a ayudarlo a ratos. Me pareció un muchachito muy simpático.

—¿Tiene idea de qué podía estar haciendo Brian por aquí?

—Dijo que quería preguntar a los Jerzyck si ya habían contratado a alguien para que les limpiara la nieve del camino particular este invierno. Me parece que dijo eso. Y añadió que volvería más tarde, cuando no se estuvieran peleando. El pobrecillo parecía llevar un susto de muerte, y lo comprendo. —La mujer movió la cabeza a un lado y a otro. Los grandes rulos se movieron ligeramente—. Lamento que Wilma muriera como lo hizo... —Jill Mislaburski bajó el tono de voz con aire confidencial—. Pero me alegro por Pete. Nadie sabe lo que ha tenido que aguantar, casado con esa mujer. Nadie... —repitió. Dirigió una mirada de complicidad al Cristo de la pared y se volvió de nuevo hacia Alan.

—Está bien —dijo este—. ¿Se fijó usted en alguna cosa más, señora Mislaburski? ¿Algo acerca de la casa, de los ruidos o del chico?

Su interlocutora se llevó un dedo a la punta de la nariz y ladeó la cabeza.

—Pues... en realidad no. Solo recuerdo que el chico, Brian Rusk, llevaba una nevera en la cesta de su bicicleta. Pero supongo que no es eso lo que a usted le interesa, comisario...

—¡Vaya! —exclamó Alan, al tiempo que alzaba la mano. Por un instante, había brillado en su mente un destello—. ¿Una nevera?

—Una de esas portátiles que suelen llevarse en las excursiones en coche. Si me acuerdo de ella es solo porque, en realidad, era demasiado grande para la cesta de la bicicleta. La llevaba torcida de mala manera y parecía que se le iba a caer en cualquier momento.

—Gracias, señora Mislaburski —dijo Alan lentamente—. Muchísimas gracias.

—¿Significa algo? ¿Es alguna pista?

—¿Eh? Lo dudo, señora...

Pero el propio Alan se estaba haciendo la misma pregunta.

«La teoría de una gamberrada semejante me parecería más factible si el chico tuviera dieciséis o diecisiete años», había comentado Henry Payton. Alan había compartido su opinión..., pero ya había tropezado con vándalos de doce años en otras ocasiones, y calculó que en una de aquellas neveras portátiles podía transportarse un número bastante grande de piedras.

De pronto empezó a sentirse mucho más interesado en la charla que mantendría con el joven Brian Rusk aquella misma tarde.

La campanilla de plata dejó oír su tintineo cuando Sonny Jackett entró en Cosas Necesarias con paso lento y cauto, manoseando la gorra manchada de grasa de la

Sunoco. Su actitud era la de quien está sinceramente convencido de que pronto va a romper un montón de objetos caros por mucho que intente evitarlo; romper cosas, anunciaba su rostro, no era un capricho sino su karma.

—¡Señor Jackett! —Leland Gaunt proclamó su habitual bienvenida con su acostumbrado vigor antes de efectuar otra breve anotación en la hoja que tenía junto a la caja registradora—. ¡Me alegro de que haya tenido un momento para venir!

Sonny se adentró tres pasos más en la estancia y desvió su cauta mirada desde las vitrinas hasta el señor Gaunt.

—Bueno —dijo entonces—, no he venido a comprar nada, que quede claro. El viejo Harry Samuels me ha dado su recado de que pasara por aquí esta mañana, si tenía un momento. Según me ha dicho, tiene usted un juego de llaves de casquillo que puede interesarme. Llevo mucho tiempo buscando uno, pero no he encontrado nada a mi gusto. Quiero que lo sepa usted de entrada, señor.

—Muy bien, aprecio su franqueza —replicó Gaunt—, pero no se precipite, señor Jackett. Ese juego de llaves es excepcional. Ajustable a los dos sistemas métricos.

—¿Ah, sí? —Sonny arqueó las cejas. Estaba enterado de que existían llaves de esa clase, que permitían trabajar tanto con coches nacionales como de importación sin cambiar de herramienta, pero nunca las había visto con sus propios ojos—. ¿De veras?

—Sí. Lo tengo en la trastienda, señor Jackett; las puse ahí en cuanto supe que buscaba unas herramientas como esas. De otro modo, me las habrían quitado de las manos casi al momento, y quería que por lo menos las viera usted antes de vendérselas a otro cliente.

Sonny Jackett reaccionó inmediatamente al comentario con típica suspicacia yanqui.

—¿Y por qué iba usted a hacer tal cosa?

—Porque tengo un coche antiguo y los coches antiguos necesitan reparaciones con frecuencia. Me han dicho que es usted el mejor mecánico del condado.

—¡Oh! —Sonny se relajó—. Quizá lo sea. ¿Qué coche es ese?

—Un Tucker.

A Sonny se le dispararon las cejas hacia arriba y contempló al señor Gaunt con nuevo respeto.

—¡Un Torpedo! ¡Vaya preciosidad!

—No. Tengo un Talisman.

—¿Eh? No he oído hablar nunca del Tucker Talisman.

—Solo se construyeron dos: el prototipo y el mío. Eso fue en mil novecientos cincuenta y tres. Poco después el señor Tucker se trasladó a Brasil, donde murió. —El señor Gaunt sonrió vagamente antes de añadir—: Preston era un tipo encantador y un genio como diseñador de automóviles..., pero no era un buen comerciante.

—¿De veras?

—Sí. —La bruma que cubría los ojos del señor Gaunt se desvaneció—. ¡Pero lo pasado pasado está! Borrón y cuenta nueva, ¿no, señor Jackett? Borrón y cuenta nueva; siempre digo: ¡Con la cabeza erguida, caminemos alegres hacia el futuro sin volver la vista atrás!

Sonny miró al señor Gaunt con el rabillo del ojo con cierta suspicacia y permaneció callado.

—Permítame que le enseñe ese juego de llaves.

Sonny no accedió de inmediato. Antes contempló de nuevo el contenido de las vitrinas, con aire dubitativo.

—No puedo permitirme nada demasiado caro. Tengo una pila de facturas de un kilómetro de alta. A veces pienso que tendría que cerrar ese carajo de negocio y vivir a cuenta del condado.

—Entiendo a qué se refiere —asintió el señor Gaunt—. Si quiere que le diga lo que pienso, es culpa de esos malditos republicanos.

Las facciones severas y desconfiadas de Sonny se relajaron al instante.

—¡En eso tiene toda la razón, amigo! —exclamó—. George Bush casi ha conseguido arruinar este país..., ¡él y su maldita guerra! ¿Pero le parece a usted que los demócratas tienen algún candidato con posibilidades en las elecciones del próximo año?

—Lo dudo —reconoció el señor Gaunt.

—Jesse Jackson, por ejemplo. Un negro...

Miró abiertamente al señor Gaunt, que respondió con una ligera inclinación de cabeza, como diciendo: «Sí, amigo mío, habla con toda franqueza. Los dos somos hombres de mundo que no tememos llamar negro a un negro». Sonny Jackett se relajó un poco más; se sentía más cómodo, menos cohibido por la grasa de sus manos.

—No tengo nada contra ellos, entiéndame, pero la idea de un negro en la Casa Blanca..., ¡en la Casa Blanca!, me produce escalofríos.

—Por supuesto que sí —convino el señor Gaunt.

—Y ese italiano de Nueva York, ese Mario *Cuo-Muo*... ¿Cree usted que un tipo con un nombre así puede ganar a ese imbécil cuatro ojos de la Casa Blanca?

—No —respondió Gaunt. Levantó su mano derecha con la yema del larguísimo dedo índice a un centímetro del feo pulgar, ancho y chato—. Además, desconfío de los hombres con la cabeza pequeña.

Sonny lo miró boquiabierto por un instante; luego se dio una palmada en la rodilla y soltó una risilla asmática.

—¡Desconfía de los hombres con la cabeza pequeña...! ¡Caramba! ¡Esa sí que ha sido buena, amigo! ¡Ha sido estupenda!

El señor Gaunt sonreía.

Los dos intercambiaron una sonrisa.

El señor Gaunt fue a buscar el juego de llaves, que venía en una caja de piel forrada de terciopelo negro. Era el juego de llaves de casquillo en aleación de cromo y acero inoxidable más bonito que Sonny Jackett había visto en su vida. Los dos hombres sonrieron por encima de las herramientas, con los dientes al descubierto como monos aprestándose a una pelea.

Por supuesto, Sonny compró el juego de llaves. El precio que pagó por él resultó asombrosamente bajo: ciento setenta dólares, más un par de bromas realmente divertidas que debería gastar a Don Hemphill y al reverendo Rose. Sonny le dijo al señor Gaunt que sería un placer; le encantaría incordiar a aquellos hijos de puta republicanos entonadores de salmos.

Los dos hombres sonrieron al comentar las bromas que gastarían al reverendo Willie y a Don Hemphill.

Sonny Jackett y Leland Gaunt: ni más ni menos que un par de sonrientes hombres de mundo.

Y, sobre la puerta, la campanilla de plata sonó una vez más.

6

Henry Beaufort, propietario y encargado de El Tigre Achispado, vivía en una casa a menos de medio kilómetro de su local comercial. Myra Evans detuvo el coche en el aparcamiento de El Tigre —vacío en aquel momento bajo el sol matinal insólitamente caluroso— y anduvo hasta la casa. Teniendo en cuenta la naturaleza de su misión, parecía una precaución bastante razonable, pero no habría sido necesario que se tomara la molestia. El local no cerraba hasta la una de la madrugada y Henry rara vez se levantaba antes de la misma hora de la tarde. Todas las cortinas, tanto en el piso de arriba como en la planta baja, estaban echadas. El coche de Henry, un Thunderbird de 1960 en perfecto estado de mantenimiento, se hallaba en el camino particular.

Myra llevaba unos pantalones tejanos y una de las camisas azules de trabajo de su marido. Uno de los faldones de la camisa se le había salido y le colgaba casi hasta las rodillas. La camisa ocultaba el cinturón que llevaba debajo, y la vaina de espada que colgaba de este. Chuck Evans era coleccionista de objetos y recuerdos de la Segunda Guerra Mundial (y, aunque Myra no lo supiera, Chuck ya había hecho una adquisición relacionada con su pasatiempo en la tienda recién abierta en el pueblo). Y en la vaina llevaba una bayoneta japonesa. Myra la había cogido hacía media hora de la pared del cuarto de trabajo de Chuck, en el sótano. A cada paso que daba, el arma y su funda le rebotaban pesadamente contra el muslo derecho.

La mujer estaba impaciente por terminar el trabajo y poder volver a la foto de Elvis. Había descubierto que, cuando la sostenía entre sus manos, la foto la sumía en una especie de aventura. No era una aventura real, pero en muchos aspectos —en todos, realmente— Myra la consideraba mejor que una experiencia real. El primer acto de la representación era El Concierto, donde El Rey la subía al escenario para bailar con ella. El segundo acto transcurría en La Sala Verde Después del Espectáculo, y el tercer acto, en La Limusina. Conducía el vehículo uno de los chicos de Memphis de Elvis, y este ni siquiera se molestaba en subir el cristal negro entre la parte del conductor y la de ellos antes de empezar a hacerle las cosas más atrevidas y deliciosas en aquel asiento trasero mientras iban camino del aeropuerto.

El cuarto acto se titulaba En el Avión. Durante este episodio estaban en el *Lisa Marie*, el reactor Convair de Elvis..., en la gran cama de matrimonio tras la mampara del fondo de la cabina, para ser exactos. Aquellas eran las escenas que Myra había estado disfrutando el día anterior y durante la mañana: volando a diez mil metros de altura en el *Lisa Marie*, revolcándose con Elvis en la cama. No le habría importado quedarse allí con él para siempre, pero sabía que eso no ocurriría. El avión los llevaba al quinto acto: Graceland. Cuando llegaran allí, las cosas solo podrían ser aún mejores.

Pero antes tenía que ocuparse de aquel asuntillo.

Aquella mañana estaba acostada en la cama después de que su marido se hubiera marchado, desnuda excepto por el liguero (El Rey había expresado muy claramente su deseo de que Myra se lo dejara puesto), con la foto asida con fuerza entre las manos, gimiendo y contorsionándose perezosamente entre las sábanas. Entonces, de pronto, la cama había desaparecido. El ronroneo de los motores del *Lisa Marie* había enmudecido. El aroma de English Leather de El Rey había desaparecido.

Y en lugar de aquellas cosas maravillosas había aparecido la cara del señor Gaunt..., solo que su aspecto no se parecía en absoluto al que tenía en la tienda. La piel de su rostro parecía llena de pústulas, consumida por algún fabuloso fuego interior. Sus facciones latían y vibraban como si debajo de la piel hubiera seres vivos que pugnaban por salir. Cuando sonrió, sus grandes dientes cuadrados se convirtieron en una doble fila de colmillos.

—*Ha llegado la hora, Myra* —le había dicho el señor Gaunt.

—*Quiero estar con Elvis* —había gemido ella—. *Ya lo haré, pero ahora mismo no... Por favor, ahora no.*

—*Sí, ahora mismo. Me lo prometiste y debes cumplir tu palabra. De lo contrario, lo lamentarás, Myra.*

A continuación, la mujer había percibido un ruido quebradizo, y al bajar la mirada, había visto con horror una grieta que recorría el cristal sobre el rostro de El Rey.

—¡No! ¡No haga eso! —había gritado.

—*Yo no hago nada* —había respondido el señor Gaunt con una risotada—. *Eres tú. Tú misma estás provocando eso por ser una pequeña zorra tonta y perezosa. Esto es América, Myra, donde solo las putas hacen negocios en la cama. En América, la gente respetable tiene que levantarse por la mañana y ganarse aquello que necesita, o lo pierde para siempre. Me parece que lo has olvidado. Por supuesto, siempre puedo encontrar a otro que le haga esa jugarreta a Beaufort, pero en ese caso, tu bello romance con El Rey...*

Como un rayo de plata, una nueva grieta recorrió el cristal que cubría la foto. Y el rostro que había debajo, comprobó Myra con creciente horror, envejeció, se arrugó y amarilleó cuando el aire corrompedor se filtró por ella y empezó a hacer efecto en la imagen.

—¡No! ¡Lo haré! ¡Lo haré ahora mismo! Ya me estoy levantando, ¿lo ve? ¡Pero que no siga! ¡Haga que no siga!

Myra había saltado de la cama con la rapidez de quien acabara de descubrir que está compartiéndola con un nido de escorpiones.

—*Cuando hayas cumplido tu promesa, Myra* —respondió el señor Gaunt, hablándole ahora desde algún rincón de lo más profundo de su mente—. *Recuerdas qué debes hacer, ¿verdad?*

—¡Sí, lo recuerdo! —Myra contempló con desesperación la fotografía, que mostraba ahora la imagen de un hombre avejentado y enfermo, con el rostro abotargado por los años de excesos y de caprichos. La mano que sostenía el micrófono era la zarpa de un buitre.

—*Cuando vuelvas de cumplir tu misión* —anunció el señor Gaunt—, *la foto volverá a estar como antes. Pero no permitas que nadie te vea, Myra. Si alguien advierte tu presencia, no volverás a estar con Elvis.*

—¡No me verán! —había balbucido ella—. ¡Se lo juro!

Y entonces, al llegar junto a la casa de Henry Beaufort, Myra recordó de nuevo la advertencia. Miró a un lado y a otro para asegurarse de que no venía nadie por la calle y observó que estaba desierta en ambas direcciones. Un cuervo lanzó un graznido soñoliento desde algún campo de labor, desierto en octubre. No percibió ningún sonido más. El día parecía latir como un ser vivo y la tierra yacía aturdida con el lento batir de su corazón extempóreo.

Myra se adentró en el camino particular mientras se recogía el faldón de la camisa azul y tanteaba con la mano bajo ella para cerciorarse de que la bayoneta y la vaina seguían donde debían. El sudor le corría como un reguero cosquilleante por el centro de la espalda y debajo del sujetador. En aquella calma campestre, la mujer había adquirido una efímera belleza (aunque no era consciente de ello y no habría creído a quien se lo dijera). Su rostro indefinido y descuidado se había llenado, al menos

durante esos momentos, de una firmeza y una determinación como nunca antes había mostrado. Se le marcaban claramente los pómulos por primera vez desde el instituto, cuando había decidido que su misión en la vida era devorar todos los pastelillos que se pusieran a su alcance. Durante los últimos cuatro días, había estado demasiado ocupada manteniendo relaciones sexuales cada vez más rebuscadas con El Rey, para pensar demasiado en la comida. Sus cabellos, que normalmente colgaban en torno a su rostro como una alfombra lacia y fofa, aparecían ahora recogidos en la nuca en una cola de caballo que le dejaba despejada la frente. Por efecto tal vez de la repentina sobredosis de hormonas y de la reducción, igualmente brusca, del consumo de azúcar después de años de sobredosis diarias, la mayoría de los granos que salpicaban su cara como volcanes despiertos e inquietos desde que tenía doce años habían empezado a remitir. Aún más sorprendente era el aspecto de sus ojos: grandes, azules y casi feroces. No eran en absoluto los ojos de Myra Evans, sino los de alguna fiera salvaje que podía atacar en cualquier momento.

Llegó al coche de Henry. Entonces vio que algo se acercaba por la carretera 117; un camión agrícola viejo y desvencijado se dirigía al pueblo. Myra se deslizó en torno al Thunderbird hasta la parte delantera y se agachó tras la rejilla del radiador hasta que el camión hubo pasado. Después volvió a incorporarse. Extrajo del bolsillo superior de la camisa una hoja de papel doblada, la abrió, la alisó con cuidado y luego la colocó bajo uno de los limpiaparabrisas del coche de modo que el breve mensaje escrito en el papel quedara claramente visible.

*¡PARA QUE VUELVAS A ECHARME Y LUEGO
TE QUEDES CON LAS LLAVES DE MI COCHE,
MALDITA RANA GABACHA!*

decía. Era hora de desenvainar la bayoneta. Myra echó otra rápida ojeada a su alrededor pero lo único que se movía en aquel mundo radiante de luz y calor era un solitario cuervo, tal vez el mismo que había graznado antes. El ave se posó con un revoloteo en lo alto de un poste de teléfonos, justo al otro lado del camino de la casa, y pareció observarla.

La mujer sacó la bayoneta, la agarró con ambas manos, se inclinó hacia delante y la hundió con fuerza, hasta la empuñadura, en la banda blanca del neumático delantero del lado del conductor. Tenía el rostro contraído en una mueca de expectación, al creer que se produciría una gran explosión, pero solo se produjo un repentino y largo susurro, ¡uuush!, como el jadeo de un hombretón que acabara de recibir un directo en la boca del estómago. El Thunderbird se inclinó sensiblemente hacia la izquierda. Myra movió la bayoneta para agrandar el agujero; por suerte, a Chuck le gustaba tener bien afilados sus juguetes.

Cuando hubo cortado una irregular sonrisa de caucho en el neumático, que se deshinchaba rápidamente, se trasladó a la otra rueda delantera y repitió el proceso. Myra seguía impaciente por volver a su foto, pero descubrió que, a pesar de ello, se alegraba de haber ido hasta allí. Aquello resultaba emocionante. Pensar en la cara que pondría Henry cuando viera lo sucedido con su precioso Thunderbird la estaba poniendo caliente. Dios sabía por qué, pero Myra pensó que, cuando por fin volviera a bordo del *Lisa Marie*, quizá tuviese un par de trucos que enseñarle a El Rey.

Pasó a las ruedas traseras. La bayoneta ya no penetraba con tanta facilidad, pero lo compensó con su propio entusiasmo, serrando enérgicamente las bandas blancas de los costados de los neumáticos.

Cuando hubo terminado el trabajo, cuando las cuatro ruedas estuvieron no solo pinchadas sino destripadas, Myra se retiró unos pasos para contemplar su obra. Tenía la respiración acelerada y se secó el sudor de la frente con el antebrazo en un gesto rápido, hombruno. El Thunderbird de Henry Beaufort se alzaba ahora medio palmo menos que cuando la mujer había llegado allí. Descansaba sobre el camino particular de la casa apoyado en las llantas, con los costosos neumáticos radiales esparcidos en torno a ellas en retorcidos amasijos de caucho. Entonces, aunque el señor Gaunt no le había pedido que lo hiciera, Myra decidió añadir uno de esos detalles finales que tanto significan y pasó la punta de la bayoneta por todo el lateral del coche, mellando la plancha metálica brillante y bruñida con una larga raya irregular.

La bayoneta produjo un pequeño chirrido quejumbroso contra el metal, y Myra dirigió la vista a la casa, súbitamente convencida de que Henry Beaufort lo habría oído y que la cortina de la ventana de su dormitorio se abriría de pronto y que entonces la vería.

No sucedió nada, pero Myra supo que era hora de irse. Había permanecido allí más tiempo del prudencial, y además El Rey la esperaba en casa, en el dormitorio. Desanduvo, pues, el camino particular al tiempo que envainaba la bayoneta y se la ocultaba de nuevo bajo el faldón de la camisa de Chuck. Un coche la alcanzó y la sobrepasó antes de que la mujer llegara de nuevo a El Tigre Achispado, pero el coche iba en su misma dirección y, a menos que el conductor la hubiese identificado en el retrovisor, solo la debía de haber visto de espaldas.

Subió a su coche, se quitó la goma elástica de la cola de caballo para dejar que los cabellos le cayeran en torno al rostro, lacios como de costumbre, y regresó al pueblo. Conducía con una mano. La otra la tenía ocupada en la entrepierna. Llegó a su casa, entró apresuradamente y subió los peldaños de la escalera de dos en dos. La foto estaba sobre la cama, donde la había dejado. Myra se descalzó, se quitó los tejanos, cogió la foto y saltó a la cama con ella. Las grietas en el cristal habían desaparecido y El Rey había recuperado su juventud y su atractivo.

Lo mismo podía decirse de Myra Evans..., al menos por el momento.

Desde el quicio de la puerta, la campanilla de plata dejó oír su tintineo una vez más.

—¡Hola, señora Potter! —exclamó Leland Gaunt con voz alegre, al tiempo que anotaba una nueva marca en la hoja colocada junto a la caja registradora—. Ya casi estaba convencido de que no vendría.

—He estado a punto de no hacerlo —respondió Lenore Potter. Parecía inquieta, agitada. Sus cabellos plateados, por lo general perfectamente peinados, estaban recogidos en un moño sin atractivo. Bajo el borde de la falda, de una tela de sarga gris de buena calidad, asomaban dos dedos de combinación y tenía unas marcadas ojeras en el rostro. Los ojos mismos estaban inquietos y saltaban de un punto a otro con un aire de furiosa y malsana suspicacia.

—Usted quería ver esa marioneta, ¿verdad? Creo que me contó que tenía una buena colección de juguetes infanti...

—En realidad, creo que hoy no estoy para disfrutar de esas cosas tan encantadoras, ¿sabe? —lo interrumpió Lenore. Era la esposa del abogado más rico de Castle Rock y solía hablar en tono cortante, como el de un picapleitos—. Me encuentro en un estado mental terriblemente bajo. Tengo un día magenta. No simplemente rojo, sino magenta.

El señor Gaunt salió de detrás de la vitrina principal y avanzó hacia ella con una expresión instantánea de comprensión e inquietud.

—¡Mi querida señora! ¿Qué ha sucedido? ¡Tiene usted un aspecto horrible!

—¡Por supuesto que tengo un aspecto horrible! —respondió ella con brusquedad—. El flujo normal de mi aura psíquica ha sido perturbado..., ¡gravemente perturbado! ¡En lugar de azul, el color de la calma y la serenidad, todo mi *calava* se ha vuelto magenta! ¡Y todo por culpa de esa zorra del otro lado de la calle! ¡Esa zorra de tacones altos!

El señor Gaunt hizo unos extraños gestos tranquilizadores que en ningún momento llegaron a rozar parte alguna del cuerpo de Lenore Potter.

—¿A qué zorra se refiere, señora Potter? —preguntó, perfecto sabedor de la respuesta.

—¡A esa Bonsaint, por supuesto! ¡Esa sucia mentirosa de Stephanie Bonsaint! ¡Nunca hasta hoy había tenido el aura magenta, señor Gaunt! Alguna vez la he tenido rosa intenso, sí, y en una ocasión, cuando un borracho estuvo a punto de arrollarme en Oxford, creo que llegó a ponerse roja durante unos minutos, pero jamás la había visto magenta. ¡Sencillamente, no puedo vivir así!

—Claro que no —la tranquilizó el señor Gaunt—. Nadie esperaría tal cosa, mi querida señora.

Por fin, los ojos de Gaunt encontraron los de la mujer. No resultaba fácil, con la mirada de la señora Potter saltando de un objeto a otro de la estancia presa de tal agitación, pero Gaunt terminó por conseguirlo. Cuando las miradas de ambos se encontraron, Lenore se tranquilizó casi al instante. Tuvo la impresión de que asomarse a los ojos del señor Gaunt era casi como asomarse a su propia aura después de haber hecho todos sus ejercicios, de comer los alimentos adecuados (brotes de soja y tofu, sobre todo) y de mantener los aspectos de su *calava* con un mínimo de una hora de meditación al levantarse por la mañana y otra antes de acostarse. Sus ojos tenían el azul claro y sereno del cielo del desierto.

—Ven —indicó Gaunt—. Por aquí.

La condujo a la breve hilera de tres lujosas sillas de respaldo alto, tapizadas de terciopelo, donde tantos vecinos de Castle Rock se habían sentado a lo largo de la semana anterior. Cuando estuvo acomodada, el señor Gaunt la invitó a contarle lo sucedido.

—Esa mujer me ha odiado siempre —se quejó Lenore Potter—. Siempre ha creído que su esposo no ascendía en la firma tan deprisa como ella deseaba porque mi marido se lo impedía. Y que yo le incitaba a ello. Es una mujer con un cerebro de mosquito y unas tetas grandes, con un aura gris oscura. Ya sabe usted a qué me refiero.

—Claro que sí —respondió el señor Gaunt.

—¡Pero hasta esta mañana no he tenido una idea clara de cuánto me odiaba! —A pesar de la influencia sedante del señor Gaunt, Lenore Potter empezaba a dar nuevas muestras de agitación—. Cuando me he levantado, he encontrado mis macizos de flores absolutamente destrozados. ¡Destrozados! ¡Todo lo que ayer estaba espléndido ahora está muriéndose! ¡Toda esa belleza, reconfortante para el aura y alimento para el *calava*, ha sido asesinada! ¡Por esa zorra! ¡Por esa jodida zorra de la Bonsaint!

Lenore cerró los puños, ocultando las uñas elegantemente cuidadas. Los puños tamborilearon sobre los brazos torneados del asiento.

—Crisantemos, cimicífugas, ásteres, caléndulas... ¡Esa zorra vino durante la noche y arrancó las flores, las arrojó por todo el jardín! ¿Sabe dónde están mis palmitos ornamentales esta mañana, señor Gaunt?

—No, ¿dónde? —preguntó él con suavidad, sin dejar de hacer aquellos gestos extraños justo por encima de su cuerpo.

En realidad, Gaunt tenía una idea bastante exacta de dónde estaban y sabía sin la menor sombra de duda quién era la responsable de aquel suceso destructor de *calavas*: Melissa Clutterbuck. Lenore Potter no sospechaba de la esposa del agente Clutterbuck porque ni siquiera la conocía... y tampoco Melissa Clutterbuck tenía más trato con Lenore que algún intercambio de saludos al cruzarse en la calle.

Melissa no lo había hecho por malicia (salvo, por supuesto, se dijo el señor

Gaunt, ese placer malicioso normal que siente cualquiera cuando destroza las posesiones más queridas de otro). El destrozo de los macizos de flores de Lenore Potter había sido un pago parcial por un juego de porcelana de Limoges. Bien mirado, era un estricto asunto de negocios. Divertido, en efecto, pensó el señor Gaunt, pero ¿quién decía que los negocios habían de ser siempre aburridos?

—¡En plena calle! ¡Todas mis flores están en medio de la calle! —chilló Lenore—. ¡En medio de Castle View! ¡No se ha dejado ninguna! ¡Incluso las margaritas africanas han desaparecido! Todas. ¡No ha quedado ni una!

—¿Viste que era ella?

—¡No es preciso que la viera! Es la única que me odia lo suficiente para hacer semejante atrocidad. Y la tierra de los macizos está llena de marcas de sus tacones finos. Juraría que esa hija de perra lleva esos tacones hasta en la cama. ¡Oh, señor Gaunt! —añadió con un gemido—, cada vez que cierro los ojos, todo se vuelve púrpura. ¿Qué voy a hacer?

Durante unos instantes, el señor Gaunt no dijo nada. Se limitó a mirarla, taladrándola con sus ojos, hasta que Lenore Potter se calmó.

—¿Mejor ahora? —preguntó al fin.

—¡Sí! —respondió ella con voz débil y aliviada, distante—. Creo que ya vuelvo a ver el azul...

—Pero estás demasiado enfadada para pensar siquiera en comprar nada.

—Sí...

—Teniendo en cuenta lo que esa zorra te ha hecho...

—Sí...

—... tiene que pagar por ello.

—Sí.

—Y si alguna vez vuelve a intentar algo semejante, lo pagará.

—¡Sí!

—Creo que tengo el artículo que necesitas. Quédate ahí sentada, Lenore. Vuelvo en un momento. Mientras tanto, concéntrate en pensamientos azules.

—Azules... —asintió ella como sonámbula.

Cuando el señor Gaunt regresó, puso en manos de la mujer una de las pistolas automáticas que Ace había traído de Cambridge.

Estaba cargada y despedía unos grasientos reflejos de un negro azulado bajo las luces de las vitrinas.

Lenore levantó el arma hasta la altura de los ojos y la contempló con profundo placer y con aún más profundo alivio.

—Desde luego, nunca incitaría a nadie a disparar contra otra persona. Al menos sin mediar una buena razón —dijo el señor Gaunt—. Pero en tu caso parecen haber motivos más que suficientes para hacerlo. Y no por las flores, pues los dos sabemos

que no son lo importante. Las flores se pueden reemplazar. Pero tu karma..., tu *calava*..., en fin, ¿qué otra cosa tenemos en realidad cada uno de nosotros?

Formuló la pregunta con una carcajada de menosprecio.

—Nada —asintió ella, y apuntó la automática hacia la pared—. ¡Pam! ¡Pam, pam, pam! ¡Toma esto, envidiosa golfa de mierda! ¡Ojalá tu marido termine de barrendero del pueblo! Es lo que se merece. Es lo que los dos os merecéis.

—¿Ves esa palanca de ahí, Lenore? —dijo Gaunt señalando una pieza del arma.

—Sí, la veo.

—Es el seguro. Si esa golfa aparece otra vez con la intención de causar más daños, primero tienes que bajar esa palanca. ¿Entendido?

—Sí, desde luego —respondió la mujer con su voz de sonámbula—. Lo entiendo perfectamente. ¡Pam, pam!

—Nadie te echaría la culpa. Al fin y al cabo, debes proteger tu propiedad, ¿no? Debes proteger tu karma. Esa condenada señora Bonsaint probablemente no volverá a acercarse, pero si lo hace...

Gaunt dirigió una expresiva mirada a la señora Potter.

—Si se acerca, será la última vez que lo haga. —Lenore se llevó el cañón corto de la automática a los labios y depositó un suave beso en el metal.

—Ahora guárdate eso en el bolso y vuelve a casa —indicó el señor Gaunt—. Pensándolo bien, esa mujer podría estar en tu jardín en este mismo momento. De hecho, podría haber entrado en tu casa.

Al oír aquello, Lenore pareció alarmarse. Finos hilos de siniestra púrpura empezaron a retorcerse y serpentear a través de su aura azul. Se levantó del asiento y guardó la pistola en el bolso. El señor Gaunt apartó los ojos de ella, y en cuanto lo hubo hecho, Lenore Potter parpadeó rápidamente varias veces.

—Lo siento mucho, pero tendré que echarle una ojeada a esa marioneta en otra ocasión, señor Gaunt. Será mejor que vuelva a casa enseguida. Pensándolo bien, esa Stephanie Bonsaint podría estar en mi jardín mientras yo pierdo el tiempo aquí. ¡Incluso podría haber entrado en mi casa!

—¡Qué idea tan horrible! —dijo el señor Gaunt.

—Sí, pero la propiedad es una responsabilidad. Es preciso protegerla. Son cosas que debemos afrontar, señor Gaunt. ¿Cuánto le debo por el... la...?

Pero Lenore fue incapaz de recordar con exactitud qué le había vendido el hombre de la tienda, aunque tuvo la certeza de que muy pronto lo sabría. Mientras tanto, hizo un gesto vago señalando su bolso.

—No le cobraré nada, señora Potter. Es el artículo en oferta especial de hoy. Considérelo un... —Su sonrisa se hizo más amplia—. Es un regalo para celebrar que nos hemos conocido.

—Gracias —dijo Lenore—. Ya me siento mucho mejor.

—Me alegro de haber sido de utilidad, como siempre —respondió el señor Gaunt con una ligera inclinación de cabeza.

8

Norris Ridgewick no estaba de pesca.

Norris estaba mirando por la ventana del dormitorio de Hugh Priest.

Hugh yacía en la cama como un saco, lanzando ronquidos al techo. Solo llevaba puesto un pantalón corto de boxeador manchado de orina. Asido entre sus manos grandes y nudosas tenía un enmarañado pedazo de piel de animal. Norris no estaba seguro del todo —las manazas de Hugh eran enormes y el cristal de la ventana estaba muy sucio—, pero le pareció que era una cola de zorro vieja y roída por la polilla. De todos modos, no importaba qué era aquel objeto; lo importante era que Hugh estaba dormido.

Norris desanduvo sus pasos por el césped hasta llegar a su coche, aparcado detrás del Buick de Hugh en el camino particular de la casa de este. Abrió la puerta del acompañante e introdujo su cuerpo en el vehículo. Su caña de pescar normal estaba en el suelo del coche. También llevaba la caña Bazun en el asiento trasero. Se sentía mejor, más tranquilo, teniéndola cerca de él.

La Bazun estaba todavía sin estrenar. La verdad era muy sencilla: le daba miedo utilizarla. La había llevado en su salida al lago el día anterior, perfectamente montada y preparada..., pero en el último momento, cuando ya tenía la caña echada atrás sobre el hombro para lanzar el primer anzuelo, le había asaltado una duda.

¿Y si pica el cebo un pez realmente grande?, se había preguntado en aquel instante. ¿Y si pica Smokey, por ejemplo?

Smokey era una vieja trucha parda en torno a la cual corría una auténtica leyenda entre los pescadores de Castle Rock. Se decía que era un pez macho de más de tres palmos, astuto como una comadreja, fuerte como un armiño y duro como un clavo. Según los más viejos del lugar, la mandíbula de Smokey brillaba con el acero de los anzuelos que se había clavado, pero que no habían bastado para retenerlo.

¿Y si rompía la caña?

Por desquiciada que pareciera la idea de que una trucha de lago, incluso del tamaño de Smokey (si realmente existía esta), pudiera romper una caña de pescar Bazun, Norris supuso que era posible, y que, con la racha de mala suerte que llevaba últimamente, no sería raro que tal cosa le sucediese a él. Casi podía oír el seco chasquido de la caña, y casi podía sentir la agonía de verla partida en dos pedazos, uno en el fondo de la barca y el otro flotando en el agua junto a esta. Una vez rota la caña, el mal sería irreparable; lo único que se podría hacer con ella sería tirarla a la

basura.

Así pues, Norris había terminado por utilizar la vieja Zebco, a pesar de todo. La noche anterior no había cenado pescado, pero había soñado con el señor Gaunt. El dueño de la tienda apareció en su sueño vestido con botas impermeables hasta la cintura y tocado con una fedora, un viejo sombrero de pescador de cuya ala ancha pendían cebos de plumas que oscilaban gallardamente con el movimiento de la cabeza. El señor Gaunt estaba en una barca a una decena de metros de la orilla del lago Castle mientras Norris se encontraba en la orilla occidental de este, con la vieja cabaña de troncos de su padre —que había sido arrasada por un incendio hacía diez años— detrás de él. Desde allí, de pie e inmóvil, escuchó lo que el señor Gaunt tenía que decirle.

El señor Gaunt había recordado a Norris su promesa, y Norris había despertado con una sensación de absoluta certeza: el día anterior había hecho muy bien renunciando a la Bazún en favor de la vieja Zebco. La primera era demasiado bonita. Excesivamente bonita. Arriesgarse a utilizarla de verdad habría sido un crimen.

En aquel momento en el camino particular de la casa de Hugh Priest, Norris abrió la nasa, extrajo de ella un cuchillo de limpiar pescado y se dirigió hacia el Buick de Hugh.

Pensó en lo que se disponía a hacer e intentó convencerse de que nadie se lo merecía tanto como aquel patán borracho. Sin embargo, algo en su interior expresó su desacuerdo. Algo dentro de él insistía en que estaba cometiendo un trágico y terrible error del cual nunca se recuperaría. Él era policía y parte de su trabajo consistía en detener a la gente que cometía delitos como el que él iba a perpetrar. Aquello era gamberrismo, ni más ni menos, y los gamberros eran mala gente.

Tú decides, Norris, dijo de pronto la voz del señor Gaunt en su mente. La caña de pescar es tuya. Y también es tuyo ese libre albedrío que te concedió Dios. Puedes escoger. Siempre puedes escoger, pero...

La voz que sonaba en la cabeza de Norris no terminó la frase. No era necesario. Norris sabía cuáles serían las consecuencias de una negativa. Cuando volviera a su coche, encontraría la Bazun partida en dos. Porque cada decisión, cada elección, tenía sus consecuencias. Porque en América uno podía tener lo que quisiera, siempre que pudiera pagarlo. Si uno no podía pagar, o se negaba a hacerlo, tenía que renunciar a lo que deseaba.

Además, Hugh no tendría ningún reparo en hacerle lo mismo a él, se dijo Norris. Y lo haría no por una buena caña de pescar como aquella Bazun; Hugh Priest degollaría a su propia madre por una botella de Old Duke y un paquete de Lucky.

Así pues, rechazó el sentimiento de culpa. Cuando aquella vocecilla interior intentó protestar de nuevo, cuando intentó decirle que se lo pensara dos veces, por favor, antes de actuar, Norris la acalló. Después, se agachó y empezó a hundir el

cuchillo en los neumáticos del Buick de Hugh. Su entusiasmo, como el de Myra Evans, creció conforme descargaba las cuchilladas. Como guinda de su actuación, procedió a romper los faros y las luces de posición traseras del Buick y terminó colocando una nota que decía

ESTO ES SÓLO UNA ADVERTENCIA.
YA SABES QUÉ VENDRÉ A BUSCAR LA PRÓXIMA
VEZ, HUBERT. ES LA ÚLTIMA VEZ QUE LE DAS
UNA PATADA A LA MÁQUINA DE DISCOS.
¡NO VUELVAS A PISAR EL BAR!

bajo el limpiaparabrisas del lado del conductor. Terminado el trabajo, Norris volvió a acercarse cautelosamente a la ventana del dormitorio, con el corazón desbocado bajo su estrecha caja torácica. Hugh Priest seguía profundamente dormido, agarrado a aquel andrajoso retal de piel peluda.

Norris se preguntó quién diablos querría un objeto viejo y sucio como aquel que Hugh tenía apretado contra su pecho, como si de un osito de peluche se tratara.

Regresó a su coche, se colocó al volante, puso punto muerto y dejó que el viejo Escarabajo rodara camino abajo sin hacer ruido. No arrancó hasta que el coche estuvo en la calzada; luego se alejó por la carretera a toda la velocidad posible. Tenía dolor de cabeza y el estómago desagradablemente revuelto, pero no dejó de decirse a sí mismo que nada de eso importaba. Lo cierto era que se sentía bien. Se sentía muy bien, maldita fuera. De maravilla.

Sus esfuerzos no dieron excesivo resultado hasta que llevó la mano atrás entre los asientos y tuvo entre sus dedos la fina y flexible Bazun. Solo entonces empezó a sentirse tranquilo de nuevo.

Norris no volvió a soltarla hasta que llegó a su casa.

9

La campanilla de plata tintineó.

Slopey Dodd entró en Cosas Necesarias.

—Hola, Slopey —lo recibió el señor Gaunt.

—Ho... ho... hola, señor Ga... Ga... Gaunt.

—No es preciso que tartamudees conmigo, Slopey —respondió el dueño de la tienda, al tiempo que alzaba una mano con los dedos índice y corazón extendidos en una uve. Los bajó en el aire delante del feo rostro de Slopey, y este notó que una especie de nudo apretado y enmarañado que tenía en su mente se disolvía como por

arte de magia.

—¿Qué me ha hecho? —inquirió Slopey, boquiabierto de asombro. Las palabras surgieron de sus labios con toda fluidez, como cuentas de un collar.

—Un truco que a la señorita Ratcliffe le encantaría aprender, sin duda —respondió el señor Gaunt.

Con una sonrisa, hizo una marca junto al nombre de Slopey en la hoja. Después consultó el reloj de péndulo que lanzaba su tranquilo tictac en un rincón. Era la una menos cuarto.

—Cuéntame cómo lo has hecho para salir de la escuela antes de la hora. ¿No sospechará nadie?

—No. —Slopey aún tenía cara de asombro y parecía querer mirarse su propia boca, como si pudiera ver tangiblemente las palabras que salían de ella con una fluidez tan insólita—. Le he dicho a la señora DeWeese que me encontraba mal del estómago. Me ha enviado a la enfermería de la escuela. Yo le he dicho a la enfermera que ya me sentía mejor, pero no del todo bien. Ella me ha preguntado si me veía capaz de volver a casa por mi cuenta. Le he dicho que sí, y me ha dejado marchar. —Slopey hizo una pausa—. He venido porque me he quedado dormido en la sala de estudio y he soñado que usted me llamaba.

—En efecto. —El señor Gaunt juntó bajo la barbilla las yemas de sus dedos extrañamente parejos y sonrió al chiquillo—. Dime, ¿le gustó a tu madre esa tetera de peltre que le compraste?

Un intenso rubor bañó las mejillas de Slopey, volviéndolas del color del ladrillo viejo.

Empezó a decir algo, pero se dio por vencido y se limitó a mirarse la puntera de los zapatos.

El señor Gaunt, con su voz más suave y amable, continuó:

—Te la quedaste para ti, ¿verdad?

Slopey asintió, sin levantar la vista de los pies. Se sentía avergonzado y confuso. Peor aún, lo embargaba una terrible sensación de pérdida y de pena; el señor Gaunt, de alguna manera, había disuelto aquel nudo tan molesto y exasperante de su cabeza..., pero ¿de qué le servía, si estaba demasiado avergonzado para decir nada?

—Lo que me gustaría saber es para qué quiere una tetera de peltre un chico de doce años como tú.

El mechón de pelo que le caía al chiquillo sobre la frente, y que hacía unos segundos se agitaba arriba y abajo, se meció ahora a un lado y a otro mientras movía la cabeza en un gesto de negativa. Slopey no sabía para qué quería la tetera; solo sabía que deseaba quedársela. Que le gustaba. Que le gustaba mucho, muchísimo.

—La sensación —murmuró por fin.

—¿Cómo dices? —preguntó el señor Gaunt levantando su ceja, única y ondulada.

—Me gusta la sensación que da...

—¡Ah, Slopey!, ¡qué me vas a contar! —exclamó el señor Gaunt, saliendo de detrás del mostrador—. Lo sé todo acerca de eso tan especial que la gente llama «orgullo de posesión». Lo he convertido en la piedra angular de mi negocio.

Slopey Dodd se encogió, alarmado, apartándose del señor Gaunt.

—¡No me toque! ¡Por favor, no!

—Slopey, no tengo más intención de tocarte que de obligarte a darle esa tetera a tu madre. Es tuya. Puedes hacer lo que quieras con ella. De hecho, aplaudo tu decisión de quedártela.

—¿De... de veras?

—Sí. Claro que sí. Los egoístas son personas felices. Estoy plenamente convencido de ello. Pero Slopey...

El chiquillo levantó un poco la cara y miró con temor a Leland Gaunt a través de su flequillo pelirrojo.

—Ha llegado el momento de que termines de pagarla.

—¡Oh! —Una expresión de enorme alivio llenó las facciones de Slopey—. ¿Solo me ha mandado venir para eso? Pensaba que tal vez...

Pero no pudo terminar la frase, o tal vez no se atrevió. Había acudido allí sin estar seguro de qué quería el señor Gaunt.

—Sí. ¿Recuerdas que me prometiste gastar una broma?

—Claro. Al entrenador Pratt.

—Exacto. La travesura consta de dos partes: tienes que poner algo en cierto sitio y luego decirle una cosa al entrenador Pratt. Y si haces exactamente lo que te pido, la tetera será tuya para siempre.

—¿Y podré seguir hablando así? —preguntó Slopey con afán—. ¿Podré seguir hablando sin tartamudear?

El señor Gaunt suspiró, apesadumbrado.

—Me temo que volverás a ser como siempre en cuanto abandones la tienda, Slopey. Creo que tengo un aparato antitartamudeo entre mis existencias, es cierto, pero...

—¡Por favor! ¡Por favor, señor Gaunt! ¡Haré lo que quiera! ¡Lo que sea y a quien sea! ¡No soporto tartamudear!

—Sé que harías lo que dices, pero ahí está el problema precisamente, ¿entiendes? Se me están acabando las bromas que consideraba necesario gastar; podría decirse que tengo el carnet de baile casi completo. Por tanto, no podrías pagarme.

Slopey titubeó largo rato antes de volver a hablar. Cuando lo hizo, su tono de voz era grave y apocado.

—¿Y usted no podría...? Quiero decir, ¿nunca le... le ha regalado algo a alguien, señor Gaunt?

Leland Gaunt puso una expresión de profundo pesar.

—¡Ah, Slopey! ¡He pensado tantas veces en hacerlo, y con tantas ganas...! ¡Tengo en el corazón un profundo pozo de caridad por perforar, pero...!

—¿Pero?

—... pero eso no sería buen negocio —terminó la frase el señor Gaunt. Aunque dedicó a Slopey una sonrisa comprensiva sus ojos centellearon, tan lobunos que Slopey dio un paso atrás—. Lo comprendes, ¿verdad?

—¿Eh...? ¡Sí, claro!

—Además —añadió el señor Gaunt—, las próximas horas son cruciales para mí. Cuando las cosas se desencadenan de verdad, rara vez pueden ser detenidas..., pero en la etapa actual debo tener por lema la prudencia. Seguro que, si de pronto dejaras de tartamudear, la gente se extrañaría. Y eso sería malo. El comisario ya anda metiendo las narices en lo que no le importa. —Su expresión se ensombreció un instante; sin embargo pronto apareció de nuevo su sonrisa desagradable, seductora y forzada—. Pero tengo intención de ocuparme de él. Vaya si lo haré.

—¿Del comisario Pangborn, quiere decir?

—Sí, eso es, del comisario Pangborn. A él me refería. —Gaunt levantó los dedos índice y corazón de su mano derecha y los pasó por delante de la cara de Slopey, desde la frente hasta la barbilla—. Pero no hemos hablado ni una palabra acerca de él, ¿verdad?

—¿Acerca de quién? —le preguntó Slopey desconcertado.

—Exacto.

Leland Gaunt vestía en esta ocasión una chaqueta de gamuza gris oscura y sacó un billetero de cuero negro de uno de los bolsillos. Lo entregó a Slopey, que lo tomó con gran cuidado de no rozar los dedos del señor Gaunt.

—Conoces el coche del entrenador Pratt, ¿verdad?

—¿El Mustang? ¡Claro!

—Pon esto dentro. Bajo el asiento del acompañante, y que solo asome una esquina. Ve al instituto enseguida; esa cartera tiene que estar donde te he dicho antes de que suene el timbre de final de clases. ¿Lo has entendido todo?

—Sí.

—Luego espera a que el entrenador salga. Cuando lo veas...

El señor Gaunt continuó hablando en un grave murmullo y Slopey lo miró, con las mandíbulas flojas y los ojos ofuscados, asintiendo de vez en cuando.

Slopey Dodd salió de Cosas Necesarias unos minutos después, con la cartera de John LaPointe guardada bajo la camisa.

DIECISÉIS

1

Nettie yacía en un sencillo féretro gris que había pagado Polly Chalmers. Alan le había pedido que le dejara compartir el gasto, pero Polly se había negado con aquel ademán sencillo pero terminante que él había acabado por conocer, respetar y aceptar. El ataúd estaba colocado en unas andas de acero sobre un hoyo abierto en el cementerio Tierra Natal, cerca de la zona donde estaba enterrada la familia de Polly. El túmulo de tierra junto al féretro estaba cubierto con una alfombra de hierba artificial de un verde luminoso que despedía un febril centelleo bajo los cálidos rayos del sol. La falsa hierba siempre causaba escalofríos a Alan. Había en ella algo obsceno, repulsivo, que le desagradaba aún más que la costumbre de los empresarios de pompas fúnebres de, primero, maquillar a los muertos y, después, vestirlos con sus mejores galas para darles el aspecto de quien se dirige a una reunión de grandes negocios en Boston, en lugar de a una larga temporada de descomposición entre las raíces y los gusanos.

El reverendo Tom Killingworth, el ministro metodista que dirigía los servicios en Juniper Hill dos veces por semana y que había conocido bien a Nettie, se encargó del funeral a petición de Polly. La homilía fue breve pero cálida, llena de referencias a aquella Nettie Cobb que él había conocido, una mujer que lenta y valientemente estaba saliendo de las sombras de la locura, que había tomado la animosa decisión de intentar relacionarse una vez más con el mundo que tanto daño le había hecho.

—Cuando era pequeño —contó Tom Killingworth—, mi madre tenía en la salita de costura una placa con un precioso refrán irlandés. Decía: «Que llegues al cielo media hora antes de que el diablo se entere de que has muerto». Nettie Cob tuvo una vida dura, en muchos sentidos triste, pero a pesar de todo no creo que ella y el diablo tuvieran nunca mucho que ver. A pesar de su muerte terrible y prematura, el corazón me dice que Nettie ha subido al cielo y que el diablo aún no se ha enterado de la noticia. —El reverendo Killingworth alzó los brazos en el tradicional gesto de bendición y añadió—: Oremos por ella.

Del otro lado de la colina, donde Wilma Jerzyck estaba siendo enterrada al mismo tiempo, llegó el sonido de numerosas voces alzándose a coro en respuesta a las invocaciones del padre John Brigham. En aquella comitiva, los coches aparcados formaban una cola desde el lugar de la sepultura hasta la puerta de entrada este del cementerio. Toda aquella gente había acudido por Peter Jerzyck, el superviviente, más que por su difunta esposa. En cambio, solo cinco personas acompañaban a Nettie: Polly, Alan, Rosalie Drake, el viejo Lenny Partridge (quien acudía a todos los

funerales por norma general, salvo que se enterrara a algún miembro del ejército de los papistas) y Norris, que estaba muy pálido y parecía aturdido. Los peces no debían de haber picado, pensó Alan.

—Que el Señor os bendiga y conserve fresco y verde el recuerdo de Nettie Cobb en vuestros corazones —dijo Killingworth, y junto a Alan, Polly rompió a llorar otra vez. El hombre le pasó un brazo por los hombros y Polly se apoyó en él agradecida. La mano de la mujer buscó la suya y le entrelazó los dedos con fuerza—. Que el Señor vuelva su rostro hacia vosotros; que Él os bañe con su gracia; que alegre vuestras almas y os dé la paz. Amén.

A aquella hora de la tarde hacía aún más calor que el día de Colón y, cuando Alan levantó la cabeza, unos brillantes rayos de sol se reflejaron en las barras de acero del féretro, casi cegándolo. Se pasó la mano libre por la frente, bañada por un sudor plenamente veraniego. Polly buscó un pañuelo de papel en el bolso y se enjugó las lágrimas.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó Alan.

—Sí..., pero tengo que llorar por ella, Alan. ¡Pobre Nettie! ¡Pobrecilla! ¿Por qué ha sucedido esto? ¿Por qué?

Y rompió otra vez en sollozos.

Alan, que también se hacía la misma pregunta, la estrechó en sus brazos. Por encima del hombro, vio que Norris se alejaba hacia donde estaban aparcados los coches de la comitiva de Nettie. El agente tenía el aire de un hombre que no sabe dónde está, que no parece del todo despierto. Alan frunció el ceño. Entonces, Rosalie Drake se acercó a Norris, le dijo algo, y el agente la abrazó.

Norris también la conocía, pensó Alan. El agente estaba triste por lo sucedido, eso era todo. Estos últimos días estás persiguiendo un montón de sombras, se dijo. Tal vez la verdadera cuestión es qué te sucede a ti.

Momentos después, Killingworth se acercó a ellos, y Polly, recobrando el dominio de sí misma, se volvió hacia él para agradecerle el sermón. Killingworth le tendió las manos y Alan, con contenido asombro, observó la tranquilidad con que Polly permitía que una de las suyas quedara engullida entre las manazas del reverendo. No recordaba haber visto a Polly ofrecer la mano con tanta naturalidad y de tan buena gana.

Polly no estaba solo un poco mejor; estaba mucho mejor. ¿Qué demonios había sucedido?

Al otro lado de la colina, la voz nasal, casi irritante, del padre John Brigham proclamó:

—La paz sea con vosotros.

—Y con tu espíritu —respondió a coro el cortejo fúnebre.

Alan contempló de nuevo el sencillo féretro gris junto a la repulsiva alfombra de

hierba artificial y pensó: Que la paz sea contigo, Nettie. Ahora y por fin, que la paz sea contigo.

2

Mientras se desarrollaban los funerales gemelos en Tierra Natal, Eddie Warburton aparcaba frente a la casa de Polly. Se deslizó fuera del coche —no un coche nuevo y reluciente como el que le había echado a perder aquel blanco de mierda del taller de la Sunoco, sino un simple medio de transporte— y miró con cautela a un lado y a otro. Todo parecía en orden; la calle seesteaba bajo lo que podría haber sido una tarde de primeros de agosto.

Eddie avanzó a paso rápido por el camino particular de la casa al tiempo que sacaba un sobre de aspecto oficial del interior de la camisa. El señor Gaunt lo había llamado apenas diez minutos antes para decirle que era hora de liquidar la cuenta pendiente por el medallón, y acudió enseguida, naturalmente. El señor Gaunt era uno de esos hombres que, cuando dicen «¡rana!», uno salta.

Ascendió los tres peldaños de acceso al porche. Una ligera ráfaga de brisa cálida agitó las campanillas situadas sobre la puerta, haciéndolas tintinear a coro. Pese a ser el sonido más suave y civilizado del mundo, Eddie dio un respingo al oírlo. Echó un nuevo vistazo a un lado y a otro, no vio a nadie y bajó la mirada al sobre. Iba dirigido, con mucha formalidad, a la «Sra. Patricia Chalmers». Eddie no tenía ni idea de que Polly se llamara en realidad Patricia, y el descubrimiento le trajo sin cuidado. Su objetivo era gastar aquella bromita y, acto seguido, largarse de allí lo antes posible.

Dejó caer la carta por la ranura del buzón y el sobre se deslizó hasta el suelo, donde aterrizó sobre el resto del correo: dos catálogos y una programación de televisión por cable. Era un simple sobre de pedidos comerciales con el nombre y la dirección de Polly centrados sobre el franqueo mecánico, con el sello correspondiente en el ángulo superior derecho y los datos del remitente en el superior izquierdo:

Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco
Geary Street, 666
94112, San Francisco, California.

3

—¿Qué les has hecho? —preguntó Alan mientras él y Polly descendían

lentamente por la cuesta en dirección al coche familiar del hombre.

Alan había esperado poder cruzar unas palabras con Norris, pero el agente se había introducido en su Volkswagen y ya se marchaba. Probablemente, de vuelta al lago para seguir pescando un rato más, antes de que el sol se pusiera.

Polly se volvió hacia él. Estaba demasiado pálida y tenía los ojos aún enrojecidos, pero en sus labios apareció una sonrisa vacilante.

—¿A qué te refieres?

—A tus manos. ¿Qué has hecho para tenerlas tan bien? Parece cosa de magia.

—Sí —respondió ella, y las abrió delante de sí con los dedos extendidos, de modo que ambos pudieran contemplarlas—. Lo parece, ¿verdad?

Ahora, su sonrisa era un poco más natural. Aún tenía los dedos retorcidos, nudosos y con las articulaciones abultadas, pero la hinchazón aguda que presentaban el viernes anterior por la noche había desaparecido casi por completo.

—Vamos, Polly, explícamelo.

—No estoy segura de querer contártelo —respondió ella—. En realidad, me da un poco de apuro.

Se detuvieron a decir adiós a Rosalie cuando esta pasó ante ellos al volante de su viejo Toyota azul.

—Vamos —insistió Alan—. Confiesa.

—Bueno, supongo que solo ha sido cuestión de encontrar por fin al médico adecuado. —Polly suspiró. Poco a poco, el color iba volviendo a sus mejillas.

—¿Y qué médico es ese?

—El doctor Gaunt —le reveló ella con una risilla nerviosa—. El doctor Leland Gaunt.

—¡Gaunt! —Alan la miró con sorpresa—. ¿Qué tiene que ver con tus manos?

—Llévame a su tienda y te lo contaré por el camino.

4

Cinco minutos más tarde (una de las mejores ventajas de vivir en Castle Rock, se decía Alan en ocasiones, era que casi todo estaba a solo cinco minutos de cualquier parte), aparcó el coche en uno de los espacios en semibatería frente a Cosas Necesarias. En la puerta de la tienda había un rótulo que el comisario ya había visto antes:

MARTES Y JUEVES SOLO CITAS CONCERTADAS.

De pronto, a Alan —quien no había pensado hasta entonces en aquel aspecto de la tienda nueva— se le ocurrió que tener cerrado excepto para «citas concertadas» era

una extraña manera de llevar un comercio en un pueblo.

—¿Alan? —inquirió Polly indecisa—. Pareces enfadado.

—No estoy enfadado —respondió él—. ¿Por qué narices tendría que estarlo? La verdad es que no sé cómo me siento. Supongo... —Emitió una breve risilla, meneó la cabeza y repitió—: Supongo que estoy lo que Todd llamaba «apabullado». ¿Remedios de curandero? No parece muy propio de ti, Polly.

Ella apretó los labios de inmediato, y al volverse a mirarlo, en sus ojos había un destello de advertencia.

—¿A qué viene ese tono despectivo? Esto no es una cadena de oraciones en los anuncios de la última página del *Inside View*. No debes burlarte de algo si funciona, Alan. ¿No te parece?

Él abrió la boca (no estaba seguro de para decir qué), pero Polly continuó antes de que pudiera pronunciar palabra.

—Mira esto.

Alzó las manos a la luz del sol que entraba por el parabrisas; luego las abrió y las cerró sin esfuerzo varias veces.

—Está bien, no debería haber usado ese tono. Lo que quería...

—Sí, no deberías haberlo usado.

—Lo siento.

Entonces ella volvió todo el cuerpo para mirarlo de frente, allí sentada donde tantas veces había estado Annie, sentada en lo que un día había sido el coche de la familia Pangborn. Alan se preguntó por qué no había vendido aún el vehículo. ¿Qué le pasaba, estaba loco acaso?

Polly posó sus manos sobre las de Alan, suavemente.

—Esto está empezando a resultarme realmente incómodo, Alan. Nosotros no discutimos nunca, y no voy a empezar a hacerlo ahora. Acabo de enterrar a una buena compañera y no pienso tener, además, una pelea con mi novio.

Una lenta sonrisa iluminó el rostro de Alan.

—¿Es eso lo que soy? ¿Tu novio?

—Bueno..., mi amigo, entonces. ¿Puedo llamarte así, por lo menos?

Él la abrazó, un poco sorprendido de lo cerca que habían estado de tener una bronca. Y no porque Polly se sintiera peor, sino paradójicamente porque se sentía mejor.

—Encanto, puedes llamarme como quieras. Sabes que te quiero un montón.

—Y no vamos a pelearnos, por nada del mundo.

—Por nada del mundo —asintió él con gesto solemne.

—Porque yo también te quiero, Alan.

Él la besó en la mejilla antes de retirar los brazos.

—Déjame ver esa aspa que te ha dado el tal Gaunt.

—No es un aspa; es un *azká*. Y no me lo ha dado; me lo ha prestado a prueba. Por eso estoy aquí, para comprarla. Acabo de decírtelo. Espero que no me pida por él la luna y las estrellas.

Alan observó el rótulo de la puerta y la cortina bajada tras el cristal. Me temo que eso será lo que te pedirá, querida, pensó.

Todo aquello no le hacía ninguna gracia. Le había costado mucho apartar los ojos de las manos de Polly durante el funeral, y la había visto manipular el cierre del bolso sin esfuerzo, hurgar en él hasta encontrar un Kleenex, y volver a cerrar con las yemas de los dedos en lugar de mover el bolso torpemente para ajustar el cierre con los pulgares, maniobra que por lo general le resultaba menos dolorosa.

Alan sabía muy bien que Polly tenía mejor las manos, pero todo aquello acerca de un amuleto mágico —y de eso se trataba en el fondo, si uno hurgaba un poco en el azúcar glaseado que cubría el pastel— le ponía terriblemente nervioso. Aquello apestaba a fraude.

MARTES Y JUEVES SOLO CITAS CONCERTADAS.

No. Desde que había llegado a Maine, no había visto comercios que tuvieran horarios solo para citas concertadas, excepto unos cuantos restaurantes de lujo como Maurice. Y nueve de cada diez veces, en Maurice, uno podía entrar sin más y conseguir una mesa, excepto en verano, por supuesto, cuando los turistas se multiplicaban como setas.

SOLO CITAS CONCERTADAS.

Sin embargo, durante toda la semana había visto (con el rabillo del ojo, por así decirlo) gente entrando y saliendo de la tienda. No multitudes, tal vez, pero era evidente que la manera de hacer negocios del señor Gaunt, por extraña que resultara, no le había perjudicado. A veces los clientes llegaban en grupitos, pero con mucha mayor frecuencia se acercaban en solitario... o así se lo parecía a Alan si hacía memoria de la semana anterior. ¿Y no era aquella la forma de proceder de los timadores? Lo aislaban a uno del grupo, lo dejaban solo, le hacían sentirse a gusto y luego le convencían para que aprovechara una ganga única y comprara el túnel Lincoln por un precio ridículo.

—¿Alan? —Polly dio unos ligeros golpes con los nudillos en la frente del hombre—. ¿Alan, estás ahí?

Él se volvió para mirarla con una sonrisa.

—Sí, estoy aquí, Polly.

La mujer había acudido al funeral de Nettie con una blusa larga sin mangas y un pañuelo de cuello. Mientras Alan rumiaba, se había quitado el pañuelo y procedía a desabrocharse con dedos ágiles los dos botones superiores de la blusa blanca.

—¡Más! —dijo él con una mirada de reojo—. ¡El escote! ¡Queremos el escote!

—Basta —replicó ella con modestia pero sonriendo—. Estamos en medio de la calle principal del pueblo y son las dos y media de la tarde. Además, venimos de un entierro, por si lo has olvidado.

—¿Tan tarde es? —preguntó Alan sorprendido.

—Si las dos y media es tarde, sí. —Polly dio unos golpecitos con la yema del índice en la muñeca del hombre—. ¿No miras nunca eso que llevas sujeto ahí?

Alan consultó el reloj y observó que estaban más cerca de las tres menos veinte que de las dos y media. La escuela secundaria terminaba a las tres. Si quería estar allí cuando Brian Rusk saliera, tenía que ponerse en marcha enseguida.

—Déjame ver ese dije —contestó.

Polly asió la cadenita de plata que llevaba en torno al cuello y sacó con ella el pequeño objeto de plata. Lo acunó en la palma de la mano y cerró los dedos en torno a él cuando Alan hizo un gesto de ir a tocarlo.

—Esto..., me parece que no deberías hacerlo. —Polly lo dijo con una sonrisa, pero su incomodidad saltaba a la vista—. Podría perturbar las vibraciones, o algo así.

—¡Oh, Polly, vamos! —exclamó él molesto.

—Escucha —le dijo la mujer—, dejemos las cosas claras, ¿de acuerdo? ¿Quieres? —En su voz asomaba de nuevo la cólera. Polly intentaba dominarla, pero ahí estaba—. Para ti es fácil tomarte esto a la ligera. No eres tú quien debe emplear esas teclas enormes en el teléfono, ni tomar esas recetas de Percodan.

—¡Vamos, Polly, eso son...!

—No, nada de «¡Vamos, Polly!» —Brillantes puntos de color habían inundado sus mejillas. Más adelante, al reflexionar sobre el asunto, la mujer comprendería que parte de aquella ira procedía de un hecho muy sencillo: el domingo anterior se había sentido igual que Alan se sentía ahora. Algo había sucedido desde entonces para cambiar de punto de vista, y asimilar aquel cambio no era fácil—. Esto funciona. Sé que es una locura, pero funciona. El domingo por la mañana, cuando Nettie vino a verme, yo estaba consumida de dolor. Incluso había empezado a pensar que la auténtica solución a todos mis problemas podría ser una doble amputación. El dolor era tan terrible que le daba vueltas en la cabeza a tal idea con una sensación que era casi de sorpresa. Algo así como: «¡Por supuesto! ¡La amputación! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Si es evidente!». Pues bien, Alan, hoy, apenas dos días después, lo único que tengo es lo que el doctor Van Allen llama «dolor fugitivo», e incluso este parece estar desapareciendo. Recuerdo que hace un año más o menos pasé una semana a dieta de arroz integral porque se suponía que tenía efectos beneficiosos. ¿Tan distinto te parece esto?

Conforme hablaba, la cólera había desaparecido de su voz; sus ojos miraban a Alan con un aire casi de súplica.

—No lo sé, Polly. Te aseguro que no lo sé.

La mujer abrió la mano y sostuvo el *azká* entre los dedos pulgar e índice. Alan se inclinó hacia delante para observarlo, pero esta vez no hizo el menor movimiento para tocarlo. Era un objeto de plata de pequeño tamaño, no completamente esférico. Unos minúsculos agujeros, no mucho mayores que los puntos negros que componen las fotografías de un periódico, tachonaban su mitad inferior.

El dije despedía un apagado brillo bajo la luz del sol.

Mientras lo observaba, le invadió un sentimiento poderoso e irracional: no le gustaba. Aquel objeto no le gustaba en absoluto. Alan tuvo que contener el impulso, súbito y poderoso, de alargar la mano y, simplemente, arrancarlo del cuello de Polly y arrojarlo por la ventana abierta.

Exacto. Una idea fantástica. Hazlo, y te encontrarás recogiendo los dientes por todo el coche, se dijo.

—A veces me da la impresión de que algo se mueve en su interior —apuntó Polly con una sonrisa—. Como un frijol saltarín mexicano, o algo parecido. Qué tontería, ¿verdad?

—No lo sé.

Alan contempló el dije con profundo recelo mientras Polly volvía a colocárselo en el interior de la blusa. Sin embargo, una vez hubo desaparecido de la vista y los dedos de la mujer —sus dedos innegablemente más ágiles— hubieron terminado de abrochar la blusa hasta el cuello, la sensación empezó a diluirse. Lo que no se desvaneció fue su creciente sospecha de que el señor Leland Gaunt estaba timando a la mujer que amaba... Si así era, Polly no debía de ser la única.

—¿No has pensado que podría ser otra cosa? —Alan hablaba ahora con el cuidado de un hombre que utiliza las piedras resbaladizas de un vado para atravesar un río de aguas rápidas—. Ya sabes que en alguna ocasión has tenido remisiones.

—¡Pues claro que lo sé! —replicó Polly con nerviosa paciencia—. ¡Son mis manos!

—Solo intento...

—Estaba segura de que reaccionarías así, Alan. Las cosas son bastante sencillas: sé muy bien qué se experimenta en una remisión de los dolores artríticos y te aseguro que esto no tiene nada que ver. Durante los cinco o seis últimos años he tenido períodos en los que me encontraba bastante bien, pero ni en el mejor de esos momentos me he sentido tan bien como ahora. Esto es diferente. Es como... —Dejó la frase en el aire, pensativa, y luego hizo un gesto de frustración casi exclusivamente con manos y hombros—. Es como estar bien otra vez. No espero que entiendas exactamente a qué me refiero, pero no puedo expresarlo mejor.

Alan asintió ceñudo. Entendía muy bien lo que ella decía, y también entendía que hablaba en serio. Tal vez el *azká* había liberado algún poder curativo latente en su

propia mente. ¿Era posible tal cosa, aunque la enfermedad en cuestión no fuera de origen psicosomático? Los rosacruces pensaban que ese tipo de cosas se producían continuamente. Bien mirado, lo mismo creían los millones de personas que habían comprado el libro de L. Ron Hubbard sobre la dianética. Alan no sabía qué pensar; lo único que podía afirmar con rotundidad era que nunca había sabido de un ciego que recuperara la vista por la fuerza de la voluntad o de un herido que detuviera una hemorragia mediante un esfuerzo de concentración.

Y de una cosa más estaba seguro: en aquella situación había algo que olía mal. Algo apestaba como un pez que llevara tres días muerto bajo el cálido sol.

—Dejemos ya el asunto —propuso Polly—. Estoy agotada de tanto contenerme para no enfadarme contigo. Entra ahí conmigo y habla con el señor Gaunt tú mismo. Ya es hora de que lo conozcas, de todos modos. Quizá él pueda explicarte mejor qué hace el amuleto... y qué no.

Alan consultó de nuevo el reloj. Las tres menos catorce minutos. Durante un breve instante, pensó en hacer lo que Polly proponía y dejar a Brian Rusk para más tarde. Sin embargo, parecía conveniente ir a encontrarlo a la salida de la escuela, hablar con él lejos de su casa. Conseguiría mejores respuestas si charlaba con el chico sin la presencia de su madre; de lo contrario, esta rondaría en torno a ellos como una leona protegiendo a su cachorro, los interrumpiría y quizá hasta le diría a su hijo que no respondiera. Ahí estaba el meollo del asunto: si resultaba que su hijo tenía algo que ocultar o, simplemente, la señora Rusk lo pensaba, a Alan le podía resultar muy difícil, si no imposible, conseguir la información que necesitaba.

En la tienda lo aguardaba un posible artista del timo; en Brian Rusk podía tener la clave para la solución de un doble asesinato.

—No puedo, cariño —respondió Alan—. Quizá hoy mismo, un poco más tarde, pero ahora debo acudir a la escuela secundaria para hablar con alguien, y tengo que irme pitando.

—¿Es algo relacionado con Nettie?

—Con Wilma Jerzyck..., pero si mi corazonada es cierta, también afectará a Nettie. Si descubro algo, te lo contaré más tarde. Mientras tanto, ¿puedo pedirte una cosa?

—¡Estoy decidida a comprarlo, Alan! ¡No son tus manos!

—No es eso. Doy por sentado que lo comprarás. Solo quería decirte que le pagues con un cheque. Gaunt no tiene por qué no aceptarlo..., si es un comerciante honrado, por supuesto. Tú vives en el pueblo y tienes el banco al otro lado de la calle, pero si sucede algo raro, dispondrás de unos días para dar orden de que no se atienda el pago.

Sí, era un consejo muy razonable. Polly tuvo que reconocerlo. Y era aquella postura tan lógica, aquella terca racionalidad frente a lo que a ella le parecía una auténtica curación milagrosa, lo que provocaba en aquel momento la cólera de la

mujer, que reprimió el impulso de chasquear los dedos delante de la cara de Alan y gritarle: «¿No ves esto? ¿Acaso estás ciego, Alan?». El hecho de que Alan tuviera razón, de que el señor Gaunt no debería tener problemas con el cheque si era un comerciante honesto, no hacía sino enfurecerla aún más.

Ten cuidado, le susurró una voz. Ten cuidado, no te precipites, piénsatelo bien antes de abrir la boca. Recuerda que amas a este hombre.

Pero otra voz, una voz más fría y que apenas reconoció como suya, replicó: *¿De veras? ¿Le quiero de verdad?*

—Está bien... —Polly suspiró al fin con los labios apretados, al tiempo que se apartaba de él deslizándose por el asiento—. Gracias por cuidar de mis intereses, Alan. A veces se me olvida lo mucho que necesito a alguien que lo haga, ¿sabes? Me aseguraré de extenderle un cheque.

—Polly...

—No, Alan. Dejémoslo ya. Hoy no quiero seguir discutiendo contigo ni un momento más.

Ella abrió la puerta y se apeó con agilidad. Al hacerlo, se le subió la falda dejando a la vista por unos instantes sus muslos larguísimos, que le cortaban a uno la respiración.

Alan se dispuso a salir por su lado, decidido a detenerla, a hablar con ella, a tranquilizar las cosas y a hacerle ver que solo había expresado sus dudas en voz alta porque le preocupaba lo que le sucediese. Después echó otro vistazo al reloj. Las tres menos nueve. Aunque se diera prisa, Brian Rusk podía escapársele.

—Hablares esta noche —dijo por la ventanilla.

—Estupendo —respondió ella—. Llámame, Alan.

Se encaminó hacia la puerta bajo el toldo sin volver la cabeza. Antes de poner el coche marcha atrás y reincorporarse al tráfico, Alan escuchó el tintineo de una campanilla de plata.

5

—¡Señora Chalmers! —exclamó el señor Gaunt con satisfacción, al tiempo que hacía una pequeña marca en la hoja de papel colocada junto a la caja registradora. La lista de nombres ya estaba casi completa; el de Polly era el penúltimo.

—Por favor, llámeme Polly.

—Perdone. —La sonrisa de Leland Gaunt se hizo más franca—. Polly.

Ella le devolvió la sonrisa, pero su mueca era forzada. Una vez dentro de la tienda, sentía cierta pena por el modo en que se habían separado, enfadados, ella y Alan. De pronto se encontró esforzándose por no romper en sollozos.

—Señora Chalmers... Polly... ¿Se encuentra usted mal? —Gaunt salió de detrás del mostrador—. Está un poco pálida.

Su rostro tenía una expresión de genuina preocupación. Y aquel era el hombre que Alan creía un estafador, pensó Polly. Si pudiera verlo en aquel momento...

—Es el sol, creo —respondió con una voz no del todo firme—. Hace mucho calor ahí fuera.

—Pero aquí se está fresco —apuntó él en tono tranquilizador—. Vamos, Polly. Venga a sentarse.

La condujo hasta una de las sillas de terciopelo rojo, con la mano cerca de su rabadilla pero sin llegar a tocarla en ningún momento. Polly se sentó, con las rodillas juntas.

—Casualmente, estaba mirando por la ventana —comentó Gaunt, tomando asiento en la silla contigua y recogiendo las manos sobre el regazo—. Me ha parecido que usted y el comisario discutían.

—No es nada —susurró ella, pero al instante un grueso lagrimón le cayó del ojo izquierdo y le resbaló por la mejilla.

—Al contrario —dijo Gaunt—. Significa mucho.

Polly levantó la vista hacia él sorprendida, y los ojos color avellana del señor Gaunt cautivaron su mirada. ¿Eran de aquel color cuando los había visto la vez anterior? No lograba recordarlo con certeza. Lo único que sabía era que, al mirarlos, todas las penas del día —el funeral de la pobre Nettie, la estúpida pelea que había tenido con Alan— empezaban a disolverse.

—¿De... de veras?

—Creo que todo va a salir perfectamente, Polly —afirmó con voz suave—, si confías en mí. ¿Qué me dices? ¿Confías en mí?

—Sí —contestó ella, aunque algo en su interior, algo lejano y difuso, le gritó un aviso desesperado—. Sí. Diga lo que diga Alan, confío en usted con todo mi corazón.

—Eso está muy bien —asintió el señor Gaunt. Alargó la mano y tomó una de las de Polly. Ella hizo una mueca de desagrado, pero enseguida recuperó su expresión indiferente y adormilada—. Está muy, muy bien. Y no era preciso que tu amigo, el comisario, se preocupara; para mí, tu cheque personal es tan bueno como el oro.

6

Alan vio que iba a llegar tarde a menos que conectara la luz intermitente y la pusiera sobre el techo del vehículo, y no quería hacerlo. No quería que Brian Rusk viera un coche de la policía; quería que el chico viera un automóvil familiar algo desvencijado, parecido al que conducía su padre, probablemente.

Era demasiado tarde para llegar a la escuela antes de que terminara la jornada. Alan aparcó en el cruce de Main Street y la calle de la escuela. Era la ruta más lógica que podía coger Brian, y Alan iba a tener que esperar que la lógica funcionara un poco aquella tarde.

Se apeó del coche, se apoyó en el parachoques y se palpó los bolsillos buscando un chicle. Estaba desenvolviéndolo cuando oyó el timbre de las tres en punto en la escuela, vago y distante en el aire cálido.

Decidió hablar con el señor Leland Gaunt, de Akron, Ohio, con cita previa o sin ella, tan pronto como terminara con Brian Rusk, pero, de forma igualmente repentina, cambió de idea. Antes llamaría a la oficina del fiscal general en Augusta y haría que comprobasen el nombre de Gaunt en el listado de timadores. Si no encontraban nada allí, podrían enviar el nombre al ordenador LAWS de búsqueda e identificación, en Washington. En opinión de Alan, aquel ordenador era una de las pocas cosas buenas que había hecho la administración Nixon.

Los primeros chiquillos bajaban ya por la calle entre gritos, brincos y risas. De pronto, a Alan se le ocurrió una idea y abrió la puerta del conductor del coche. Alargó la mano hasta el asiento del acompañante, abrió la guantera y revolvió lo que había dentro. Mientras lo hacía, la lata de nueces de broma que había sido de Todd cayó al suelo del vehículo.

Estaba ya a punto de rendirse cuando encontró lo que buscaba. Lo cogió, cerró la guantera enérgicamente y volvió a salir del coche. En las manos tenía un pequeño sobre de cartón con un adhesivo en el centro que decía:

El truco de la flor plegable
Piedra Negra, Compañía de Magia
Greer St., 19 Paterson, N. J.

A continuación sacó del sobre otro aún más pequeño, una especie de grueso bloc de papel de seda multicolor que procedió a colocar bajo la pulsera del reloj. Todos los magos tienen diversos «escondites» de «recursos» sobre su persona y en sus ropas, y cada cual tiene su escondite favorito. El de Alan era bajo la pulsera del reloj. Una vez en su sitio el famoso truco de la flor plegable, Alan volvió a la vigilancia por si aparecía Brian Rusk. Vio a un chico en bicicleta que zigzagueaba armando alboroto entre los grupos de jóvenes peatones y se puso en guardia al instante. Luego comprobó que era uno de los gemelos Hanlon y se permitió relajarse un poco.

—Ve más despacio o te pondré una multa —le gruñó Alan cuando el chico pasó a toda velocidad por las inmediaciones. Jay Hanlon lo miró desconcertado y casi chocó contra un árbol. Cuando continuó pedaleando, lo hizo a una velocidad mucho más reducida y tranquila.

El comisario lo siguió con la mirada unos instantes, divertido; luego se volvió de nuevo en dirección a la escuela y reanudó su búsqueda de Brian Rusk.

Sally Ratcliffe subió la escalera desde su pequeña sala de logopedia hasta la planta baja de la escuela secundaria cinco minutos después de que sonara el timbre de las tres en punto y cruzó el vestíbulo en dirección a su despacho. El vestíbulo se estaba vaciando rápidamente, como sucedía siempre que los días eran cálidos y despejados. Fuera, entre un griterío, grupos de alumnos cruzaban el césped hacia los autocares números 2 y 3, que aguardaban soñolientos junto al bordillo. Los zapatos bajos de Sally resonaban en el suelo con un taconeo. En la mano llevaba un sobre de papel marrón. El nombre escrito en el sobre, Frank Jewett, estaba vuelto contra su pecho, suavemente redondeado.

Hizo una pausa ante la sala 6, la puerta contigua a la del despacho, y echó un vistazo a través del cristal reforzado con alambres. Al otro lado, el señor Jewett estaba hablando con la media docena de maestros encargados de dirigir los deportes de otoño e invierno.

Frank Jewett era un hombrecillo gordinflón que siempre le recordaba a Mr. Weatherbee, el director del colegio en las tiras de Archie. Igual que Mr. Weatherbee, a Jewett siempre se le deslizaban las gafas por la nariz.

Sentada a su derecha estaba Alice Tanner, la secretaria de la escuela. Parecía estar tomando notas.

El señor Jewett miró a su izquierda, vio a Sally asomada a la ventana y le dedicó una de sus melindrosas sonrisitas. Ella levantó la mano a modo de saludo y se obligó a devolverle la sonrisa, recordando los tiempos en que la alegría asomaba espontáneamente a sus labios; sonreír, después de rezar, era entonces para ella lo más natural del mundo.

Algunos de los otros maestros se volvieron para averiguar a quién miraba su intrépido líder. Lo mismo hizo Alice Tanner. Alice agitó los dedos en dirección a Sally con aire tímido y una mueca de dulzura de sacarina.

Lo saben, se dijo Sally. Todos y cada uno de ellos sabían que Lester y ella ya eran agua pasada. Irene había estado tan encantadora la noche anterior, tan comprensiva, y tan impaciente por vomitar lo que había escuchado... Aquella pequeña zorra...

Sally respondió agitando los dedos y advirtió la correspondiente sonrisa tímida — y absolutamente falsa— que se formaba en sus labios. Ojalá te aplaste un camión camino de tu casa, estúpida con aspecto de puta, pensó para sí. Después continuó su camino taconeando con sus recatados zapatos.

Cuando el señor Gaunt la había llamado durante su hora libre y le había dicho que había llegado el momento de terminar de pagar la maravillosa astilla santa, Sally

había reaccionado con entusiasmo y una especie de amargo placer. Percibía que la «bromita» que había prometido gastar al señor Jewett era muy perversa, pero eso le parecía estupendo. Aquella tarde se sentía perversa.

Puso la mano en el tirador de la puerta del despacho... y se detuvo.

¿Qué te pasa?, se preguntó de pronto. Tienes la astilla, ese maravilloso pedazo de madera santa que lleva en su interior esa visión maravillosa y sagrada. ¿No se supone que objetos como ese hacen mejor a la persona? ¿Que la hacen más serena, más en contacto con Dios Padre Todopoderoso? Tú no pareces más serena ni más en contacto con nadie. Te sientes como si alguien te hubiera llenado la cabeza con alambre de espino.

—Sí, pero no es culpa mía, y tampoco de la astilla —murmuró Sally—. Es culpa de Lester. Del señor Lester «Gran Polla» Pratt.

Una chica bajita, con gafas y un gran aparato en los dientes, apartó la vista del cartel que estaba estudiando y observó con curiosidad a Sally.

—¿Qué miras tú, Irvina? —inquirió Sally.

—Nada, zeñorita Ratcliff —respondió la niña con un parpadeo.

—Entonces ve a mirar a otra parte —soltó Sally—. La escuela ya ha terminado, ¿sabes?

Irvina echó a correr pasillo abajo, lanzando de vez en cuando una mirada desconfiada por encima del hombro.

Sally abrió la puerta del despacho y entró. Había encontrado el sobre exactamente donde el señor Gaunt le había dicho que estaría, detrás de los cubos de basura junto a las puertas de la cafetería. El nombre del señor Jewett lo había escrito ella de su puño y letra.

Echó un nuevo vistazo por encima del hombro para asegurarse de que aquella putilla de Alice Tanner no salía tras ella. Después abrió la puerta del despacho interior, cruzó la estancia y dejó el sobre en el escritorio de Frank Jewett.

Ahora quedaba el otro asunto. Abrió el cajón superior del escritorio y sacó unas tijeras de buen tamaño. Se inclinó y tiró del último cajón de la izquierda. Estaba cerrado. El señor Gaunt ya le había advertido que probablemente lo estaría. Sally lanzó una mirada a la antesala y comprobó que seguía vacía y que la puerta que daba al pasillo continuaba cerrada. Estupendo. Excelente. Introdujo la punta de las tijeras en la rendija superior del cajón cerrado y tiró de ellas con fuerza. La madera se astilló y Sally notó la sensación, extraña y placentera, de que los pezones se le ponían erectos. Aquello resultaba divertido. Arriesgado pero divertido.

Introdujo de nuevo las tijeras —esta vez, las puntas se hundieron bastante más— y las movió hacia arriba haciendo palanca. La cerradura saltó y el cajón se deslizó sobre las guías, dejando a la vista el contenido. Sally abrió la boca en un gesto de absoluta sorpresa. Después inició una risilla con unos grititos amortiguados que, en

realidad, más parecían chillidos que carcajadas.

—¡Vaya, señor Jewett! ¡Eres un chico muy descarado!

En el cajón había un grueso montón de revistas de pequeño formato y, en efecto, el título de la que estaba encima era *Chico descarado*. La imagen borrosa de la tapa mostraba a un niño de unos nueve años con una gorra de motorista estilo años cincuenta y nada más.

Sally introdujo las manos en el cajón y sacó las revistas. Había una decena de ellas, tal vez más. *Chicos felices*, *Ricuras desnudas*, *La flauta dulce*, *La granja de Bobby*. Hojeó una y no pudo creer lo que estaba viendo. ¿De dónde salían aquellas revistas? Desde luego, no las vendían en el almacén, ni siquiera en aquel estante superior sobre el cual predicaba el reverendo Rose a veces en la iglesia, el que tenía aquel rótulo de SOLO PARA MAYORES DE 18 AÑOS, POR FAVOR.

De pronto, una voz que conocía bien habló en su cabeza: *Deprisa, Sally. La reunión casi ha terminado y no querrías que te sorprendieran aquí, ¿verdad?*

Y también escuchó una segunda voz, de mujer, que Sally fue incapaz de identificar. Aquella segunda voz era como la que se oía en el teléfono cuando se habla con alguien y se produce un cruce de líneas: *Más que justo*, decía la voz desconocida. *Me parece divino*.

Sally acalló la voz y llevó a cabo lo que el señor Gaunt le había indicado que hiciera: esparcir las revistas sucias por todo el despacho del señor Jewett. Después dejó las tijeras en su sitio y abandonó la estancia rápidamente, cerrando la puerta tras ella. Abrió la del antedespacho y se asomó. No había nadie en el pasillo..., pero las voces procedentes del aula 6 eran más audibles y se oían unas risas. Estaban a punto, en efecto, de levantar la sesión; había sido una reunión inusualmente breve.

Menos mal que tenía al señor Gaunt, pensó Sally mientras salía al pasillo. Casi había llegado a la puerta principal de la escuela cuando oyó salir al grupo del aula 6. Sally no se volvió. Se dio cuenta de que no había pensado en Lester Pratt durante los últimos cinco minutos, cosa que le pareció estupenda. Podía irse a casa, prepararse un buen baño de burbujas, meterse en la bañera con su astilla maravillosa y pasarse las dos horas siguientes sin pensar en el señor Lester «Gran Polla» Pratt. ¡Qué fantástico sería! ¡Sí, qué cambio tan fantástico...!

Pero ¿qué acababa de hacer allí dentro? ¿Qué contenía el sobre? ¿Quién lo había puesto allí, junto a la cafetería? ¿Y cuándo? Y, lo más importante, ¿qué había provocado con su intervención?

Se quedó inmóvil unos instantes, notando cómo la frente y las sienes se le perlaban de sudor. Abrió los ojos, saltones y alarmados, como los de un cervatillo asustado. Después los entornó y echó a andar otra vez. Llevaba puestos unos pantalones ajustados que le rozaban de un modo extrañamente placentero, lo cual le recordó sus frecuentes sesiones de besuqueo con Lester.

No me importa qué he hecho, pensó. En realidad, espero que sea algo realmente perverso. Jewett se merece una broma perversa, con ese aire de Mr. Weatherbee pero con esas asquerosas revistas en el cajón. Espero que le dé un ataque cuando entre en el despacho.

—Sí, espero que a ese jodido le dé un ataque —susurró para sí. Era la primera vez en su vida que pronunciaba aquella palabra, y los pezones se le endurecieron y empezaron a cosquillear otra vez. Sally apretó el paso, pensando vagamente que quizá había otras cosas que podía hacer en la bañera. De pronto le pareció que ella también tenía un par de necesidades. No estaba muy segura de cómo satisfacerlas exactamente, pero tenía la impresión de que sabría descubrirlo.

Al fin y al cabo, ya se sabe, a Dios rogando y con el mazo dando.

8

—¿Te parece un precio justo? —preguntó el señor Gaunt a Polly.

Ella se dispuso a responder, pero se interrumpió. De repente, algo parecía haber desviado la atención del señor Gaunt; su mirada estaba perdida en el vacío y sus labios se movían en silencio, como si rezara.

—¿Señor Gaunt?

El dueño de la tienda se sobresaltó ligeramente. Luego volvió a fijar la mirada en ella y sonrió.

—Perdona, Polly. A veces mi cabeza divaga y...

—El precio parece más que justo. —Polly sonrió—. Me parece divino.

La mujer sacó el talonario de cheques del bolso y empezó a escribir. De vez en cuando se preguntaba vagamente qué estaba haciendo allí, pero luego notaba los ojos del señor Gaunt buscando los suyos, y cuando los alzaba para cruzar sus miradas, las dudas y las preguntas se acallaban al instante.

—Asegúrate de rellenar la matriz —le indicó el señor Gaunt—. Seguro que ese entrometido amigo tuyo querrá verla.

—Quiere venir a visitarle —le dijo Polly, mientras realizaba lo que Gaunt le acababa de sugerir—. Cree que es usted un timador.

—Tu amigo hace muchas suposiciones y también muchos planes —murmuró el señor Gaunt—, pero sus planes van a cambiar y sus suposiciones se desvanecerán como la niebla una mañana ventosa. Puedes estar segura.

—Usted no... no va a hacerle daño, ¿verdad?

—¿Yo? Me tienes en muy mal concepto, Patricia Chalmers. Yo soy un pacifista, uno de los grandes pacifistas del mundo. No levantaría un dedo contra nuestro comisario. Solo me refiero a que esta tarde estará ocupado al otro lado del puente.

Todavía no lo sabe, pero tendrá mucho trabajo.

—¡Oh!

—Verás, Polly...

—¿Sí?

—Ese cheque no constituye el pago completo por el *azká*.

—¿Ah, no?

—No. —Gaunt tenía en las manos un sobre blanco sin marcas. Polly no tenía la más remota idea de dónde había salido, pero no le dio la menor importancia al detalle—. Para terminar de pagar el amuleto, tendrás que ayudarme a gastar una pequeña a alguien.

—¿A Alan? —De pronto se sintió alarmada como un conejo de bosque al captar el olor de un incendio una tarde de canícula—. ¿Gastarle una broma a Alan?

—¡Claro que no! —respondió él—. Pedirte que gastaras una broma a alguien que conoces, y más aún a alguien a quien crees que amas, sería poco ético, querida.

—¿De veras?

—Sí..., aunque creo que deberías reflexionar con calma sobre tu relación con el comisario. Tal vez descubrirías que todo se reduce a una elección bastante simple: un pequeño dolor ahora para ahorrarte un gran dolor más tarde. Dicho de otro modo, los que se casan con prisas suelen tener tiempo de sobra para arrepentirse.

—No lo comprendo.

—Ya lo sé. Me entenderás mejor, Polly, cuando hayas visto tu correo. ¿Sabes?, no soy el único que ha atraído la atención de ese fisgón. Pero de momento hablemos de esa broma que quiero que gastes. El objeto de la broma es un tipo al que he empleado hace poco. Se llama Merrill.

—¿Ace Merrill?

La sonrisa del señor Gaunt se desvaneció al instante.

—No me interrumpas, Polly. No me interrumpas nunca cuando esté hablando. No vuelvas a hacerlo si no quieres que las manos se te hinchen como pequeños neumáticos llenos de gas venenoso.

Polly se apartó hacia atrás, rehuyéndolo, con los ojos brumosos y soñadores muy abiertos.

—Yo... lo siento.

—Está bien. Acepto tus disculpas... por esta vez. Ahora escúchame. Y presta mucha atención.

la escuela secundaria, salieron del aula 6 y se dirigieron al antedespacho del director pisando los talones a Alice Tanner.

Frank, sonriente, iba contándole a Brion un chiste que le había explicado aquel mismo día un representante de libros de texto. Era sobre un médico que no conseguía diagnosticar la enfermedad que sufría una mujer. Finalmente, había conseguido determinar que era una de dos, el sida o la enfermedad de Alzheimer, pero era incapaz de concretar cuál de ellas.

—Entonces el marido de la enferma coge aparte al médico —continuó Frank mientras entraba en el antedespacho. Alice estaba inclinada sobre su mesa repasando una pequeña pila de mensajes, y Frank bajó la voz. Alice podía ser una verdadera lata cuando había por medio un chiste que fuera un poco subido de tono.

—¿Sí?

—Sí. El tipo está realmente preocupado y dice: «Vaya, doctor, ¿no puede hacer nada más? ¿No hay ninguna manera de averiguar cuál de las dos padece?».

Alice escogió dos de los volantes rosas y se dirigió al despacho con ellos. Llegó hasta la puerta, la abrió y se detuvo en seco, como si hubiera chocado contra un muro de piedra invisible. Ninguno de los dos sonrientes blancos pueblerinos de mediana edad se dio cuenta de ello.

—«Claro, es muy fácil», contesta el doctor. «Intérnese cuarenta kilómetros en el bosque con su esposa y déjela allí. Si encuentra el camino de vuelta, no folle con ella.»

Brion McGinley miró a su jefe con la boca abierta y una expresión estúpida; permaneció así unos instantes y luego estalló en sonoras carcajadas. Jewett se unió a ellas. Sus carcajadas eran tan estentóreas que ninguno de los dos oyó a Alice la primera vez que llamó al director.

La segunda vez no hubo problemas. La segunda vez pronunció el nombre en un auténtico alarido.

Frank Jewett se apresuró a acercarse a ella.

—¿Alice? ¿Qué...?

Y entonces vio de qué se trataba y lo asaltó un miedo terrible, vidrioso. Se quedó mudo. Notó un furioso hormigueo en el saco de los testículos; las pelotas parecían querer volver al lugar del que habían salido.

Las revistas.

Las revistas secretas del cajón inferior.

Estaban esparcidas por todo el despacho como un confeti de pesadilla: niños de uniforme, niños en henares, niños con sombreros de paja, niños cabalgando caballitos de madera.

—Por Dios santo, ¿qué...?

La voz, ronca de horror y de fascinación, surgió de la izquierda de Frank. Este

volvió la cabeza en esa dirección (los tendones del cuello le crepitaron como los muelles oxidados de una puerta batiente) y vio a Brion McGinley contemplando el confuso revoltijo de revistas con unos ojos tan saltones que parecían a punto de salirse de las órbitas.

Es una travesura, intentó decir. Una estúpida broma pesada, nada más; esas revistas no son mías. Basta con mirarme para ver que unas revistas como esas no tienen... no tienen ningún interés para un hombre... un hombre de mi... mi...

¿Su qué?

No lo sabía y, en realidad, tampoco importaba porque, de todos modos, se había quedado sin habla. La había perdido por completo.

Los tres adultos permanecieron donde estaban, en un silencio estupefacto, contemplando el despacho de Frank Jewett, director de la escuela secundaria.

Una revista, que había estado en precario equilibrio en el borde del asiento para las visitas, agitó sus páginas en respuesta a una corriente de aire algo caliente que entraba por la ventana entreabierta y luego cayó al suelo. *Jovencitos descarados*, prometía la cubierta.

Una broma, sí, pensé. Diré que es una jugarreta, pero ¿me creerán? ¿Y si el cajón está forzado? ¿Me creerán si lo está?

—¿Señora Tanner? —preguntó una voz de muchacha detrás de ellos.

El trío —Jewett, Tanner, McGinley— se volvió con aire culpable. Dos chicas de octavo curso, con el uniforme rojo y blanco de las animadoras deportivas, habían entrado en el antedespacho. Alice Tanner y Brion McGinley se movieron casi a la vez para impedir la visión del despacho del director (Frank Jewett parecía clavado en el suelo, petrificado), pero llegaron un poco tarde.

Los ojos de las animadoras se abrieron de par en par. Una de ellas, Darlene Vickery, se llevó las manos a su boquita de rosa y miró al director con aire incrédulo.

Estupendo, pensó Frank. Al día siguiente, a mediodía, todos los alumnos de la escuela lo sabrían. Y a la hora de la cena, todo el pueblo se habría enterado.

—Marchaos, chicas —ordenó la señora Tanner—. Alguien le ha gastado una broma de mal gusto, de muy mal gusto al señor Jewett. No debéis decir a nadie una palabra de esto, ¿entendéis?

—Sí, señora Tanner —respondió Erin McAvoy; tres minutos después ya estaba contando a su mejor amiga, Donna Beaulieu, que el despacho del señor Jewett estaba decorado de fotos de chicos que llevaban brazaletes de heavy metal y poco más.

—Sí, señora Tanner —dijo Darlene Vickery; a los cinco minutos estaba explicando lo sucedido a Natalie Priest.

—Vamos —intervino Brion McGinley. Intentó sonar severo, pero aún tenía la voz afectada por la conmoción—. Largaos.

Las dos chicas salieron a toda prisa, con un revuelo de falditas de animadoras en

torno a sus rodillas robustas.

Brion se volvió lentamente hacia Jewett.

—Para mí que... —empezó a decir, pero Frank Jewett no le prestó atención. Entró en su despacho con movimientos lentos, como sonámbulo. Cerró la puerta en la que había pintada la palabra DIRECTOR con meticulosos trazos negros y empezó a recoger las revistas lentamente.

¿Por qué no te limitas a darles una confesión por escrito?, gritó una parte de su mente.

No hizo caso de aquella voz. Otra parte más profunda de su ser, la voz primitiva de la supervivencia, se dejaba oír también, y esta parte le decía que en aquel momento era más vulnerable que nunca. Si hablaba con Alice o con Brion en aquel instante, si intentaba explicarse, no haría más que colgarse como el Amán de la Biblia.

Alice llamaba a la puerta. Frank no hizo caso y continuó su vagar de sonámbulo por el despacho, recogiendo las revistas que había acumulado a lo largo de los últimos nueve años, pidiéndolas por correo una a una y yendo a buscarlas cada vez a la oficina de correos de Gates Falls, convencido en cada ocasión de que la policía del estado o algún equipo de inspectores fiscales caería sobre él como una tonelada de ladrillos. Nunca había sucedido nada. Pero, ahora, aquello...

No creerán que son tuyas, insistió la voz primitiva. No se permitirán creerlo; lo contrario perturbaría demasiado este pequeño pueblo alegre y confiado. Cuando recobres el dominio de ti mismo, deberías ser capaz de convencerlos, se dijo. Pero... ¿quién había hecho una cosa como aquella? ¿Quién podía haberlo hecho? (A Frank no se le ocurrió en ningún momento preguntarse qué loco arrebató le había empujado a trasladar las revistas allí, ¡a su despacho!, precisamente.)

Solo se le ocurría un nombre; el de la única persona de Castle Rock con la que había compartido su vida secreta. George T. Nelson, el maestro de trabajos manuales del instituto. George T. Nelson, quien, bajo su fachada de macho, era un homosexual de pies a cabeza. George T. Nelson, con quien Frank Jewett había asistido una vez a una fiesta en Boston, una fiesta en la que había muchos hombres de mediana edad y un grupito reducido de jovencitos desnudos. Una fiesta de esas que pueden llevarle a uno a la cárcel por el resto de su vida. Una de esas fiestas...

Sobre el escritorio había un sobre de papel marrón, en cuyo centro vio escrito su nombre. Frank Jewett notó una horrible sensación de temor en la boca del estómago. Era como si tuviera allí un ascensor fuera de control. Levantó la vista y encontró a Alice y a Brion mirándolo, casi mejilla con mejilla. Tenían los ojos muy abiertos, como la boca, y Frank pensó que por fin sabía cómo debía de sentirse un pez en un acuario.

«¡Marchaos!», les dijo con un gesto. Pero no se fueron, y por alguna razón,

aquello no le sorprendió. Aquello era una pesadilla, y en las pesadillas las cosas no salían nunca como uno quería. Por eso eran pesadillas. Experimentó una profunda sensación de pérdida y de desorientación, pero en algún lugar bajo aquella sensación, como una chispa viva bajo un montón de leña menuda húmeda, ardía una llamita azulada de rabia.

Ocupó su asiento tras el escritorio y puso el montón de revistas en el suelo. Vio que el cajón había sido forzado, como temía. Rasgó el sobre y volcó el contenido sobre la mesa. La mayor parte de este eran fotografías satinadas. Fotografías suyas y de George T. Nelson en aquella fiesta de Boston. Estaban retozando con varios jovencitos (el mayor de aquellos muchachitos no debía de tener más de doce años), y en todas las fotos, la cara de George T. Nelson estaba borrada, pero la de Frank Jewett aparecía nítida como el cristal.

Lo cual tampoco sorprendió mucho a Frank.

En el sobre venía una nota. La sacó y la leyó.

Frank, viejo amigo.

Lamento hacer esto, pero tengo que dejar el pueblo y no me queda tiempo para andarme con rodeos. Quiero dos mil dólares. Tráemelos a casa esta tarde a las siete. De momento puedes salir bien librado de esta; aunque te costará esfuerzo, no será un auténtico problema para un cerdo escurridizo como tú. Pero pregúntate si te gustaría ver clavadas en cada poste de teléfonos del pueblo, justo debajo de los carteles contra la Noche de Casino, copias de estas estampitas. Te meterán entre rejas, amigo. Recuerda, dos mil dólares en mi casa, a las siete y cuarto como máximo, o desearás haber nacido sin polla.

Tu amigo,
GEORGE

Tu amigo.

¡Tu amigo!

Sus ojos no dejaban de releer aquella última línea con una especie de incredulidad, de asombro y de horror.

¡Hijo de puta, Judas traidor! ¿AMIGO?

Brion McGinley seguía golpeando la puerta, pero cuando Frank Jewett alzó la vista de lo que había captado su atención en el escritorio, el puño de Brion se detuvo a medio gesto. El director estaba pálido como la cera, salvo por dos brillantes círculos sonrojados en las mejillas, como los de un payaso. Los dientes asomaban entre sus labios, abiertos en una tensa sonrisa. En aquel momento no se parecía en nada a Mr. Weatherbee.

Mi amigo, pensó Frank. Estrujó la nota con una mano al tiempo que devolvía las fotografías satinadas al interior del sobre. La llama azul de rabia se había convertido en anaranjada. La leña menuda húmeda empezaba a prender. Iré a verlo, claro que sí, se dijo. Iré a tratar este asunto con mi amigo George T. Nelson.

—Claro que sí —murmuró en tono audible—. ¡Desde luego que iré a verlo! —añadió, y sonrió de nuevo.

Iban a dar las tres y cuarto y Alan estaba llegando a la conclusión de que Brian Rusk debía de haber tomado otra ruta distinta, pues el flujo de alumnos que salía de la escuela casi había cesado. Y justo cuando ya se llevaba la mano al bolsillo para sacar las llaves del coche, descubrió una figura solitaria en bicicleta que se acercaba por la calle de la escuela. El chico pedaleaba lentamente, casi arrastrándose sobre el manillar, y llevaba la cabeza tan hundida que Alan no conseguía verle la cara.

En cambio, no tenía ninguna dificultad para identificar lo que el muchacho llevaba en la cesta de la bicicleta. Una nevera portátil.

—¿Lo has entendido? —preguntó Gaunt a Polly, que tenía el sobre en las manos.

—Sí, lo... lo he entendido. —Sin embargo, en su rostro ausente apareció una ligera mueca de inquietud.

—No pareces muy contenta.

—Bueno, yo...

—Los objetos como el *azká* no siempre funcionan bien en las personas que no están contentas —dijo el señor Gaunt. Señaló con el índice el bultito que formaba la bolita de plata sobre la piel de su escote y, una vez más, Polly creyó notar que algo se movía en el interior del amuleto. En aquel mismo instante, unos horribles calambres de dolor invadieron sus manos, extendiéndose como una red de crueles garfios de acero.

Polly exhaló un sonoro gemido.

El señor Gaunt dobló el dedo con el que había señalado el amuleto, abandonando su aire imperioso. Polly notó de nuevo el movimiento en la bolita de plata, esta vez más claramente, y el dolor desapareció.

—No querrás que las cosas vuelvan a ser como antes, ¿verdad? —le preguntó el señor Gaunt con voz sedosa.

—¡No! —exclamó Polly. Sus pechos subían y bajaban aceleradamente. Empezó a frotarse las manos con movimientos frenéticos y sus ojos no se apartaron un instante de las pupilas de Gaunt—. ¡No, por favor!

—Porque las cosas podrían ir de mal en peor, ¿verdad?

—¡Sí, claro que podrían!

—Y nadie lo entiende, ¿verdad? Ni siquiera el comisario. Él no sabe qué es

despertarse a las dos de la madrugada con el infierno en las manos, ¿verdad?

Polly asintió y rompió a llorar.

—Haz lo que te digo y nunca más tendrás que volver a despertarte en ese estado. ¡Ah, otra cosa!: haz lo que te digo, y si alguien en Castle Rock averigua que tu hijo murió quemado en un incendio en San Francisco, no lo sabrá por mí.

La mujer emitió un grito ronco, desorientado; el grito de una mujer desesperada, presa impotente de una terrible pesadilla.

El señor Gaunt sonrió.

—Existe más de una clase de infierno, ¿no es cierto, Polly?

—¿Cómo se ha enterado de eso? —musitó—. No lo sabe nadie. Ni siquiera Alan. A él le dije que...

—Me he enterado porque saber las cosas es mi oficio. Y el suyo es sospechar, Polly. Alan no se tragó lo que le contaste.

—Pero si me dijo...

—Seguro que te dijo muchas cosas, pero no te creyó. La mujer que contrataste para cuidar del niño era una drogadicta, ¿verdad? Lo sucedido no fue culpa tuya, pero, por supuesto, las cosas que condujeron a esa situación fueron el resultado de decisiones personales, ¿no es así, Polly? De tus decisiones. La chica que pagabas para cuidar de Kelton perdió el conocimiento y dejó caer una colilla de cigarrillo (o tal vez de porro) en una papelera. Suyo fue el dedo que apretó el gatillo, podría decirse, pero el arma estaba cargada debido a tu orgullo, a tu negativa a someterte e inclinar la cabeza ante tus padres y demás buena gente de Castle Rock.

Los sollozos de Polly eran más intensos.

—Sin embargo, ¿acaso una mujer joven no tiene derecho a su orgullo? —inquirió con suavidad el señor Gaunt—. Cuando ha perdido todo lo demás, ¿no tiene al menos derecho a este, a la moneda sin la cual el bolso está absolutamente vacío?

Polly alzó su rostro surcado de lágrimas, desafiante.

—Entonces pensé que era asunto mío —afirmó—. Y aún sigo creyéndolo. Si es o no es orgullo, ¿qué más da?

—Sí —respondió el hombre en tono conciliador—. Has hablado como una valiente..., pero ellos te habrían obligado a desdecirte, ¿verdad? Tus padres, me refiero. Quizá no habría sido agradable (sobre todo con el niño siempre presente para recordarles lo sucedido, y con las malas lenguas que viven en un delicioso remanso de paz como este pueblo), pero sin duda habría sido posible.

—¡Claro! ¡Y me habría pasado el día tratando de escabullirme de mi madre! —estalló ella en un tono furioso y ofensivo que casi no se parecía en nada a su voz normal.

—Sí —convino el señor Gaunt en el mismo tono tranquilizador—. Por eso te mantuviste en tus trece. Tuviste a Kelton y conservaste tu orgullo. Y cuando Kelton

murió, todavía te quedó el orgullo..., ¿verdad?

Polly lanzó un grito de pena y de dolor y hundió su rostro, bañado en lágrimas, entre las manos.

—Eso duele más que las manos, ¿no? —continuó el señor Gaunt. Polly asintió con la cabeza sin apartar el rostro de las manos. El dueño de la tienda se llevó los largos dedos de las suyas, repulsivas, detrás de la cabeza y añadió con el tono de voz de quien pronuncia un panegírico—: ¡La naturaleza humana! ¡Cuánta nobleza! ¡Cuánta disposición a sacrificar al compañero!

—¡Basta! —gimió ella—. ¿No puede callar?

—Es un secreto, ¿verdad, Patricia?

—Sí.

Gaunt le tocó la frente. Polly emitió un gemido sofocado pero no se apartó.

—Esa es una puerta al infierno que te gustaría mantener cerrada, ¿no es eso?

La mujer asintió, con el rostro aún entre las manos.

—Entonces haz lo que te digo, Polly —le susurró él. Cogió una de las manos de Polly, la apartó de su rostro y empezó a acariciarla—. Haz lo que te digo y ten la boca cerrada. —Contempló detenidamente las mejillas húmedas y los ojos enrojecidos y llorosos de la mujer y frunció los labios en una breve mueca de disgusto—. No sé qué me pone más enfermo, una mujer llorando o un hombre riéndose. Sécate esas jodidas mejillas, Polly.

Con gesto lento, adormilado, la mujer sacó del bolso un pañuelo con los bordes de encaje y empezó a hacerlo.

—Así está mejor —dijo Gaunt, y se levantó—. Ahora dejaré que te vayas a casa, Polly; tienes cosas que hacer. Pero quiero que sepas que ha sido un placer hacer tratos contigo. Siempre me han gustado las mujeres que se enorgullecen de sí mismas.

12

—Eh, Brian, ¿quieres ver un truco?

El chico de la bicicleta alzó la cabeza rápidamente, apartándose el cabello de la frente, y Alan vio en su rostro una expresión inconfundible: miedo puro, sin adulteraciones.

—¿Un truco? —le dijo el muchachito con voz temblorosa—. ¿Qué truco?

Alan no sabía de qué tenía miedo el muchacho, pero se dio cuenta de una cosa: sus trucos de magia, en los que había confiado a menudo para romper el hielo con los niños, habían provocado en esta ocasión el efecto exactamente opuesto. Era mejor realizar el truco lo antes posible, olvidarlo y empezar de nuevo.

Levantó el brazo izquierdo, en cuya muñeca llevaba el reloj, y dirigió una sonrisa

al rostro asustado, vigilante y pálido de Brian Rusk.

—Como verás, no tengo nada en la manga y el brazo está descubierto hasta el hombro. Pero ahora... ¡abracadabra!

Alan pasó la mano derecha abierta por el antebrazo izquierdo, lentamente, y al hacerlo soltó sin esfuerzo, con el pulgar, el pequeño paquete que guardaba bajo el reloj. Cuando cerró el puño, abrió el lazo casi microscópico que mantenía cerrado el paquete. Juntó las palmas y, cuando las separó, apareció un gran ramo de inverosímiles flores de papel donde un momento antes no había más que aire.

Alan había hecho el truco cientos de veces y nunca mejor que aquella calurosa tarde de otoño, pero en el rostro de Brian no apareció la reacción esperada: un momento de desconcierto y sorpresa, seguido de una sonrisa que era una parte asombro y dos partes admiración. El chico lanzó una mirada sumaria al ramo (al comisario le pareció advertir alivio en aquella breve mirada, como si Brian esperara que el truco fuera de características mucho menos agradables) y volvió a clavarla rápidamente en el rostro de Alan.

—No está mal, ¿verdad? —preguntó Alan, y abrió los labios en una gran sonrisa que resultaba tan genuina como la dentadura de su abuelo.

—Ajá —dijo Brian.

—¡Vaya!, me parece que no estás muy impresionado...

Alan juntó las manos, recogiendo el ramo con gran habilidad. Era muy fácil..., demasiado, en realidad. Sería cuestión de ir pensando en comprar otra versión del truco de la flor plegable. Aquellos juegos no duraban mucho. El pequeño resorte que acababa de utilizar empezaba a aflojarse y el papel de brillantes colores no tardaría en rasgarse.

Abrió las manos de nuevo, con una sonrisa más esperanzada en esta ocasión. El ramo había desaparecido, convertido de nuevo en un pequeño cuadrado de papel bajo la pulsera del reloj. Brian Rusk no le devolvió la sonrisa; su rostro no mostraba la menor expresión.

Los restos del bronceado estival no podían enmascarar la palidez que había debajo, ni el hecho de que sus facciones estuvieran en un estado inhabitual de agitación prepuberal: una rociada de granos en la frente, otra más considerable junto a la comisura de los labios y varias espinillas de cabeza negrísima anidadas bajo las aletas de la nariz. Bajo los ojos se le adivinaban unas sombras amoratadas, como si hiciera mucho tiempo desde la última noche que había dormido a pierna suelta.

Aquel muchacho estaba muy lejos de encontrarse bien, pensó Alan. Allí había algo bastante dislocado, tal vez incluso roto. Parecía haber dos posibilidades claras: o bien Brian Rusk había visto al causante de los destrozos en casa de los Jerzyck, o los había efectuado él mismo. Tanto en un caso como en el otro, el chiquillo era un filón, pero si se trataba de lo segundo, Alan casi no podía hacerse idea del tamaño y del

peso del sentimiento de culpa que debía de estar atormentando al pobre Brian en aquellos momentos.

—Es un truco excelente, comisario —dijo el muchacho en una voz inexpresiva, carente de emoción—. De verdad.

—Gracias... Me alegro de que te haya gustado. ¿Sabes de qué quiero hablar contigo, Brian?

—Yo... supongo que sí —respondió este, y Alan, de pronto, tuvo la certeza de que el chiquillo iba a confesarle que había sido él quien había roto los cristales de la casa. Allí mismo, en aquella esquina, se lo confesaría, y Alan daría un paso de gigante para descubrir lo que había sucedido entre Nettie y Wilma.

Pero Brian no añadió nada más. Se limitó a mirar a Alan con sus ojos cansados y ligeramente enrojecidos.

—¿Qué sucedió, hijo? —preguntó Alan con su misma voz calmada—. ¿Qué pasó mientras estabas junto a la casa de los Jerzyck?

—No lo sé —le respondió Brian. Su voz sonaba apática—. Pero anoche soñé con eso. Y el domingo por la noche también. Soñé que iba a esa casa, solo que en el sueño veía quién hacía realmente todo ese ruido.

—¿Y quién era, Brian?

—Un monstruo —respondió este. Su tono de voz no cambió, pero un gran lagrimón había aparecido en cada uno de sus ojos, hinchándose en los arcos inferiores de los párpados—. En el sueño, llamo a la puerta en lugar de alejarme en la bici como hice, y la puerta se abre y aparece un monstruo que... que se me... come.

Las lágrimas rebosaron de sus ojos y rodaron lentamente por la perturbada piel de sus mejillas.

Y Alan se dijo que, en efecto, también podía tratarse de eso, de simple miedo. El miedo que podía sentir un chico de la edad de Brian que abriera la puerta del dormitorio de sus padres en un mal momento y los encontrara jodiendo. Al ser demasiado pequeño para saber qué estaban haciendo, creería que se estaban peleando. Y si hacían mucho ruido, tal vez incluso pensaría que estaban matándose.

Pero...

Pero no acababa de convencerlo. Así de simple. Alan tenía la impresión de que el muchacho le estaba mintiendo a pesar de su mirada macilenta, de aquella mirada que decía: «Quiero contárselo todo». ¿Qué significaba aquello? No estaba seguro, pero la experiencia le indicaba que la respuesta más probable era que Brian conocía a quien había arrojado las piedras. Quizá era alguien a quien Brian se sentía obligado a proteger. O quizá el autor del estropicio sabía que Brian lo había visto y el chiquillo también lo sabía. Tal vez Brian tenía miedo de las represalias.

—Alguien lanzó un montón de piedras contra la casa de los Jerzyck —dijo Alan en voz baja y (esperaba) tranquilizadora.

—Sí, señor —respondió Brian, casi en un suspiro—. Supongo que sí. Supongo que pudo ser eso. Yo pensé que se estaban peleando, pero pudo ser alguien arrojando piedras. ¡Crash, bum, bang!

—¿Pensaste que se estaban peleando?

—Sí, señor.

—¿De veras fue eso lo que pensaste?

—Sí, señor.

Alan exhaló un suspiro.

—En fin, ahora ya sabes lo que sucedió. Y sabes que fue una cosa mala. Arrojar piedras a las ventanas de las casas es un asunto muy grave, aunque no suceda nada más a consecuencia de ello.

—Sí, señor.

—Pero en esta ocasión sí que sucedió algo. Lo sabes, ¿verdad, Brian?

—Sí, señor.

Aquellos ojos lo observaban desde la cara pálida y tranquila. Alan empezó a entender dos cosas: el muchacho quería, en efecto, contarle lo sucedido, pero casi con toda seguridad no lo haría.

—Pareces muy desgraciado, Brian.

—¿Sí, señor?

—Ese «sí, señor»... ¿significa que, efectivamente, eres desgraciado?

Brian asintió, y otros dos lagrimones brotaron de sus ojos y le corrieron por el rostro. Alan experimentó dos poderosas emociones contradictorias: una profunda lástima y una incontenible exasperación.

—¿Por qué te sientes desgraciado, Brian? Cuéntamelo.

—Antes tenía un sueño fabuloso —explicó Brian en una voz tan baja que resultaba casi inaudible—. Era una estupidez, pero resultaba fabuloso a pesar de todo. Era sobre la señorita Ratcliffe, mi logopeda. Ahora sé que era una estupidez, pero entonces no lo sabía y así resultaba mejor. ¿Y sabe qué, comisario? Ahora sé muchas más cosas.

Aquellos ojos terriblemente desgraciados se alzaron hasta encontrar de nuevo los de Alan.

—Ese sueño que tengo..., el del monstruo que arroja rocas..., me da miedo, comisario. Pero lo que realmente me hace sentir desgraciado son las cosas que ahora sé. Es parecido a saber cómo hace su truco el mago.

Inclinó la cabeza ligeramente y Alan habría jurado que Brian le observaba la pulsera del reloj.

—A veces es mejor ser tonto. Ahora también sé eso.

Alan posó una mano en el hombro del muchacho.

—Brian, vamos a dejarnos de tonterías, ¿quieres? Cuéntame qué sucedió. Dime lo

que viste y qué hiciste.

—Me acerqué a preguntar si querían que les limpiara de nieve el camino particular este invierno —dijo el chiquillo con una voz mecánica, monocorde, que sobresaltó terriblemente a Alan.

El chico tenía el aspecto de uno de tantos chicos norteamericanos de once o doce años (deportivas Converse, tejanos, una camiseta con la cara de Bart Simpson), pero su voz sonaba como la de un robot mal programado en peligro de sobrecargarse. Por primera vez, Alan se preguntó si Brian no habría visto a sus propios padres arrojando las piedras a los cristales de los Jerzyck.

—Oí ruidos —continuó el chiquillo. Hablaba empleando frases sencillas, enunciativas, como se enseña a los detectives de la policía a hablar ante los tribunales—. Eran ruidos alarmantes. Golpes y cosas que se rompían. Así que me alejé en la bici lo más deprisa que pude. La mujer de la casa de al lado estaba en el porche y me preguntó qué sucedía. Creo que ella también estaba asustada.

—Sí —dijo Alan—. Jillian Mislabski. Hablé con ella.

El comisario tocó la nevera portátil colocada a duras penas en la cesta de la bicicleta de Brian. No le pasó inadvertida la mueca de tensión en los labios del chico cuando lo hizo.

—¿Llevabas contigo esa nevera el domingo por la mañana, Brian?

—Sí, señor. —El chico se secó las mejillas con el revés de la mano y observó con cautela el rostro de Alan.

—¿Qué llevabas en ella?

Brian no dijo nada, pero Alan creyó captar un temblor en sus labios.

—¿Qué había ahí dentro, Brian?

El chico continuó callado.

—¿No la llevarías llena de piedras...?

Con gesto lento y solemne, Brian movió la cabeza: no.

Por tercera vez, el comisario preguntó:

—¿Qué había ahí dentro?

—Lo mismo que hay ahora —susurró Brian.

—¿Puedo abrirla y verlo?

—Sí, señor —respondió Brian con su voz apática—. Supongo que sí.

Alan abrió un ala de la tapa e inspeccionó el interior de la nevera. Estaba llena de cromos de béisbol, de todas las colecciones: Topps, Fleer, Donruss.

—Son para cambiarlos. Los llevo conmigo casi a todas partes —explicó Brian.

—¿Que... los llevas contigo?

—Sí, señor.

—¿Por qué, Brian? ¿Por qué arrastras una nevera llena de cromos de béisbol dondequiera que vas?

—Acabo de decírselo: son para cambiarlos. Uno nunca sabe cuándo surgirá la oportunidad de hacer un buen trato con alguien. Todavía estoy buscando un Joe Foy, que estuvo en el equipo del Sueño Imposible de mil novecientos sesenta y siete, y un cromó del primer año de Mike Greenwell como profesional. El Caimán es mi jugador favorito.

Y esta vez Alan creyó ver un leve y fugaz destello de diversión en los ojos del chico; y casi percibió una voz telepática que entonaba: «¡Te he engañado! ¡Te he engañado!». Pero seguro que solo eran imaginaciones suyas; solo la voz de su propia frustración, remedando la del muchacho.

Era eso, ¿no?

Bueno, ¿y qué esperaba encontrar en aquella nevera, de todos modos? ¿Un montón de piedras y, en cada una, una nota sujeta con gomas elásticas? ¿Realmente había pensado que Brian se encaminaba a hacer lo mismo en otra casa?

Sí, reconoció. Una parte de él había pensado exactamente aquello. Brian Rusk, El Diminuto Terror de Castle Rock. El Lapidador Loco. Y lo peor de todo fue que estaba bastante seguro de que Brian Rusk sabía lo que le pasaba por la cabeza.

«¡Te he engañado! ¡Te he engañado, comisario!»

—Brian, por favor, dime qué está pasando aquí. Si lo sabes, cuéntamelo, por favor.

Brian cerró la tapa de la nevera portátil y permaneció mudo. La tapa produjo un leve chasquido en la soñolienta tarde otoñal.

—¿No lo sabes?

Brian movió la cabeza lentamente y Alan interpretó que el gesto significaba algo más: el chiquillo no podía responder.

—Dime una cosa al menos: ¿tienes miedo de algo? ¿Estás asustado por algo, Brian?

Brian volvió a mover la cabeza con la misma parsimonia.

—Vamos, hijo, dime de qué tienes miedo. Tal vez yo pueda hacer que desaparezca. —Alan se llevó el índice a la insignia que lucía junto al bolsillo izquierdo de la camisa de uniforme y dio unos golpecitos sobre ella—. El pueblo me paga por llevar esta estrella y por algo más, ¿sabes? Porque a veces puedo hacer que desaparezcan las cosas que asustan a la gente.

—Yo... —empezó a decir Brian, pero en aquel instante cobró vida, con su voz chillona, la radio policial que Alan había instalado bajo el salpicadero de su coche privado hacía tres o cuatro años.

—¡Coche uno, coche uno, aquí base! ¿Me recibes? Cambio.

Brian apartó su mirada de Alan y la dirigió hacia el coche y hacia la voz de Sheila Brigham. La voz de la autoridad, de la policía. Alan advirtió que, si el chico había estado a punto de decirle algo (y tal vez solo eran ilusiones suyas pensar que lo había

estado), el momento había pasado. Su rostro había vuelto a cerrarse como una concha de almeja.

—Por ahora, ve a casa, Brian. Ya volveremos a hablar de ese... de ese sueño tuyo un poco más adelante, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —respondió el chico—. Supongo que sí.

—Mientras tanto, piensa en lo que te he dicho: la mayor parte del trabajo de un comisario consiste en hacer desaparecer las cosas que asustan a la gente.

—Ahora tengo que irme, comisario. Si no llego enseguida a casa, mi madre se pondrá furiosa conmigo.

Alan asintió:

—Claro, Brian. Ni tú ni yo queremos tal cosa. Hasta luego.

Observó al muchacho mientras se alejaba. Brian llevaba la cabeza hundida y, de nuevo, más que pedalear parecía caminar penosamente con la bici entre las piernas. Allí pasaba algo raro, tanto que determinar lo que había sucedido entre Wilma y Nettie empezó a parecerle menos importante que descubrir la causa de aquella expresión fatigada y perturbada en las facciones del chiquillo.

Al fin y al cabo, las dos mujeres estaban muertas y enterradas. Brian Rusk, en cambio, aún estaba vivo.

Regresó junto al viejo coche familiar que debería haber cambiado hacía más de un año, introdujo la cabeza por la ventanilla, cogió el micrófono y pulsó el botón de transmisión.

—Sí, Sheila, aquí coche uno. La recibo. ¿Qué quiere?

—Henry Payton ha llamado preguntando por usted, Alan —dijo Sheila—. Ha dicho que era urgente. Quiere que le ponga en contacto con usted. Cambio.

—Hágalo —respondió Alan, mientras notaba que el pulso se le aceleraba.

—Quizá tarde un par de minutos. Cambio.

—Muy bien, esperaré aquí. Coche uno. Cambio y cierro.

Se apoyó en el costado del coche bajo la sombra moteada de un árbol, micrófono en mano, a la espera de saber qué era tan urgente en la vida de Henry Payton.

Cuando Polly llegó a su casa, a las tres menos veinte, se sentía arrastrada en dos direcciones completamente diferentes. Por una parte, experimentaba la necesidad imperiosa y acuciante de llevar a cabo la tarea que el señor Gaunt le había encomendado (a la mujer no le gustaba darle el nombre que él había utilizado, una «broma»; Polly Chalmers no tenía nada de bromista), de cumplir lo prometido para que, de una vez por todas, el *azká* fuera definitivamente suyo.

Por otra parte, experimentaba la necesidad imperiosa y acuciante de ponerse en contacto con Alan, de contarle exactamente lo que acababa de sucederle... o al menos todo lo que lograba recordar. Y una de las cosas que recordaba muy bien — una cosa que la llenaba de vergüenza y de una especie de horror sordo, pero que recordaba a pesar de todo— era la siguiente: el señor Leland Gaunt odiaba al hombre que ella amaba. Polly también sabía que el señor Gaunt estaba haciendo algo —«algo»— que estaba muy mal. Alan tenía que saberlo. Aunque el *azká* dejara de surtir efecto, tenía que decírselo.

No hablarás en serio, se recriminó.

Pero sí, una parte de ella hablaba absolutamente en serio. Era aquella parte que se sentía aterrada ante Leland Gaunt aunque no fuese capaz de recordar qué había hecho este, exactamente, para provocarle tal sensación de terror.

«¿Quieres que las cosas vuelvan a ser como antes, Polly? ¿Quieres volver a sentir las manos como si estuvieran llenas de metralla?»

No..., pero tampoco quería que le pasara nada a Alan. Ni que el señor Gaunt consiguiera lo que se proponía hacer, si era algo que iba a perjudicar al pueblo (y Polly sospechaba que así sería). Finalmente, tampoco quería participar en aquello siguiendo sus instrucciones de acudir a la vieja casa desierta de los Camber, al final de la carretera comarcal 3, para gastar allí una especie de jugarreta que ni siquiera entendía.

Así, aquellos sentimientos encontrados, cada uno comandado por su propia voz imperiosa, tiraban de ella mientras regresaba lentamente a su casa. Si el señor Gaunt la había hipnotizado de alguna manera (había salido de la tienda convencida de ello, pero, a cada momento que pasaba, se sentía menos segura de lo sucedido), los efectos ya habían desaparecido. (Polly estaba realmente segura de ello.) Y nunca en la vida se había sentido tan incapaz de decidir qué camino tomar. Era como si le hubieran sorbido del cerebro algún elemento químico vital para la toma de decisiones.

Finalmente, entró en casa dispuesta a hacer lo que le había aconsejado el señor Gaunt (aunque ya no recordaba con claridad cuál había sido ese consejo). Echaría un vistazo al correo y luego llamaría a Alan para contarle qué le había pedido el señor Leland Gaunt.

Si lo haces, susurró la voz interior, el azká dejará de funcionar de verdad.

Sí, pero aún quedaba la cuestión de lo que estaba bien y lo que estaba mal. Aún quedaba eso. Llamaría a Alan, se disculparía por haber sido tan desagradable con él y luego le contaría qué quería de ella el señor Gaunt.

Tal vez incluso le daría el sobre que le había entregado el hombre de la tienda, el que se suponía que debía colocar en la caja metálica.

Tal vez.

Sintiéndose un poco mejor, Polly introdujo la llave en la puerta delantera de la

casa, regocijándose de nuevo ante la agilidad con que lo hacía, casi sin darse cuenta de ella, y dio la vuelta a la cerradura. El correo estaba en su lugar de costumbre sobre la moqueta. Aquella tarde no había mucho; normalmente se juntaba más propaganda cuando el servicio de correos tenía un día libre. Se agachó a recogerlo. Había un programa de televisión por cable con el rostro sonriente e increíblemente atractivo de Tom Cruise en la portada, un catálogo de la colección Horchow y otro de The Sharper Image. También había...

Polly vio la única carta y un nudo de pánico empezó a crecerle en el estómago. Iba dirigida a Patricia Chalmers, de Castle Rock, y la remitía el Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco, sito en el 666 de Geary Street. Polly recordaba muy bien la dirección, 666 de Geary Street, después de las tres visitas que había hecho al departamento. Tres entrevistas con tres burócratas del servicio de asistencia social, dos de los cuales habían sido hombres. Hombres que la habían mirado como se miraría un envoltorio de caramelo que se le hubiera pegado en uno de sus mejores zapatos. La tercera de las burócratas había sido una mujer negra, muy grande y corpulenta, que sabía escuchar y sabía reír, y había sido aquella mujer la que había estampado finalmente su aprobación a la solicitud de Polly. Pero esta recordaba el número 666 de Geary Street, segundo piso, aún con más detalle. Recordaba la luz del ventanal del fondo del pasillo, que formaba una larga mancha lechosa sobre el linóleo; el eco de las máquinas de escribir de los despachos, con las puertas siempre abiertas; el grupo de hombres que consumía cigarrillos en torno al cenicero lleno de arena del otro extremo del pasillo. Recordó su forma de mirarla, pero, sobre todo, evocó la sensación que había experimentado allí, vestida con su única ropa buena — un traje pantalón oscuro de poliéster, una blusa blanca de seda, unas medias muy finas y zapatos de tacón bajo—, y lo aterrizada y sola que se había sentido allí, porque el lúgubre pasillo del 666 de Geary Street, segundo piso, le había producido la impresión de un lugar sin corazón y sin alma. Allí se había aprobado su solicitud de Ayuda a Menores, pero lo que más recordaba de aquel sitio era, por supuesto, las negativas; y las miradas de los hombres, cómo le habían mirado los pechos (iban mejor vestidos que Norville, el tipo del restaurante, pero salvo eso no eran muy distintos a él, se dijo), y las bocas de los hombres, la mueca de decorosa desaprobación que aparecía en ellas mientras estudiaban el problema de Kelton Chalmers, el hijo bastardo de aquella pequeña golfa, de aquella recién llegada a la ciudad que en aquel momento no tenía aspecto de hippy, claro que no, pero que sin duda volvería a quitarse aquella blusa de seda y aquel decente traje pantalón en cuanto saliera del edificio, por no hablar del sujetador, para ponerse un par de tejanos ajustados por arriba y acampanados en las perneras y una camiseta teñida a mano que le marcara los pezones. Sus ojos habían dicho todo aquello y más, y aunque la respuesta oficial había llegado a través del correo, Polly había sabido de inmediato

que su petición sería rechazada.

Cada una de esas dos primeras veces había abandonado el edificio deshecha en llanto, y al recordarlo revivió el sabor amargo de las lágrimas rodándole por las mejillas. Eso, y cómo la había mirado la gente por la calle.

En sus ojos no había preocupación; solo cierta curiosidad embotada.

Polly había querido borrar de su recuerdo para siempre aquella época y aquel sórdido pasillo del segundo piso, pero de repente todo volvía a su mente con tanta claridad que percibía el olor de la cera del suelo, veía el reflejo lechoso de la luz que entraba por el ventanal, oía el eco vago de las máquinas de escribir mecánicas dando cuenta de un día más en las entrañas de la burocracia.

¿Qué querrían? Dios santo, ¿qué podía querer de ella la gente del 666 de Geary, después de tanto tiempo?

¡Rompe ese sobre!, casi gritó una voz dentro de ella, y la orden fue tan imperiosa que estuvo a punto de obedecerla, pero en lugar de eso lo abrió.

En el interior había una solitaria hoja de papel. Una fotocopia. Y aunque el sobre estaba dirigido a ella, Polly advirtió con desconcierto que no sucedía lo mismo con la carta; iba dirigida al comisario Alan Pangborn.

Bajó la vista hasta el pie del escrito. El nombre mecanografiado bajo la firma decía John L. Perlmutter, y ese nombre despertó un remotísimo recuerdo en ella. Sus ojos descendieron un poco más y, en el mismo margen inferior de la carta, observó una nota: «cc: Patricia Chalmers».

En fin, no era una «cc», una copia con papel carbón, sino una fotocopia, pero ello no modificaba en nada el desconcertante hecho de que la carta iba dirigida a Alan (y ese detalle sembró en su mente la primera idea confusa de que se la habían enviado a ella por error).

Pero por todos los santos, ¿qué...?

Polly se sentó en el banco del vestíbulo y empezó a leer el escrito.

Mientras lo hacía, una sorprendente serie de emociones cruzó su rostro como formaciones de nubes un día revuelto y ventoso: perplejidad, comprensión, vergüenza, horror, cólera y, finalmente, furia.

Lanzó un solitario grito, «¡No!», y volvió atrás y se obligó a releer toda la carta lentamente, de principio a fin.

Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco
Geary Street, 666
94112, San Francisco, California.

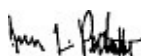
23 de septiembre de 1991

Comisario Alan J. Pangborn
Comisaría de policía del condado de Castle
Edificio municipal, 2
04055, Castle Rock, Maine.

He recibido su carta de fecha 1 de septiembre y le escribo para decirle que no puedo ofrecerle ninguna ayuda en este asunto. Este departamento tiene como política no proporcionar información sobre los solicitantes de ayudas para niños en la asistencia social más que cuando le obliga a hacerlo una orden válida de un tribunal. Le he enseñado su carta a Martin D. Chung, responsable de nuestro departamento legal, quien me ha encargado que le diga que se ha remitido una copia de su carta a la oficina del fiscal general de California. El señor Chung ha solicitado un dictamen sobre si su petición cumple los requisitos legales. Sea cual fuere el resultado de este dictamen, debo decirle que encuentro impropia y ofensiva su curiosidad por la vida de esa mujer en San Francisco.

Le sugiero, comisario Pangborn, que deje en paz este asunto antes de que incurra en dificultades legales.

Sinceramente,



JOHN L. PERLMUTTER
Director ayudante
cc: Patricia Chalmers

Después de la cuarta lectura de aquella carta, Polly se levantó del banco y se dirigió a la cocina. Lo hizo con pasos lentos, más como quien nada que como quien camina. Al principio, sus ojos estaban confusos, pero un rato después, cuando hubo descolgado el teléfono y marcó el número de la comisaría en las teclas de gran tamaño, ya se habían despejado y la mirada que ardía en ellos expresaba una emoción muy simple e inconfundible: una rabia tan profunda que casi era odio.

Su amante había estado husmeando en su pasado. A Polly la idea le parecía increíble, y a la vez extraña y horriblemente posible. Durante los últimos cuatro o cinco meses se había comparado muchas veces con Alan Pangborn, lo cual significaba que se había sentido inferior en muchísimas ocasiones. A las lágrimas de él había correspondido con una serenidad engañosa, que escondía muchísima vergüenza y dolor y secreto orgullo desafiante. A la sinceridad de Alan, con su pequeña sarta de mentiras. ¡Qué virtuoso le había parecido! ¡Qué abrumadoramente perfecto! ¡Y qué hipócrita le había sonado la insistencia con que ella le aconsejaba que olvidase el pasado!

Mientras tanto, él había estado siguiéndole el rastro e intentando descubrir la verdadera historia de Kelton Chalmers.

—¡Cerdo! —murmuró Polly. Mientras escuchaba los zumbidos del teléfono a la espera de que descolgaran, los nudillos de la mano que sostenía el auricular palidecieron de tensión.

amigos y, juntos, bajaban al supermercado Hemphill a tomar unos refrescos y luego seguían hasta la casa o el piso de alguien para dedicar un par de horas a cantar himnos, a echar una partidita o, simplemente, a charlar. Aquel día, en cambio, Lester abandonó la escuela en solitario, con la mochila a la espalda (despreciaba el tradicional maletín de maestro) y la cabeza gacha. Si Alan hubiera estado allí para ver a Lester cruzando a paso lento el césped de la escuela en dirección al aparcamiento de profesores, le habría sorprendido el parecido entre la actitud del hombre y la de Brian Rusk.

En tres ocasiones durante la mañana, Lester había intentado ponerse en contacto con Sally para saber qué diablos la había enfurecido tanto. El último intento había sido durante el descanso para almorzar. El hombre sabía que Sally estaba en la escuela secundaria, pero lo máximo que había logrado acercarse a ella había sido una breve conversación con Mona Lawless, profesora de matemáticas de sexto y de séptimo curso y amiga de Sally.

—No se puede poner al teléfono —le había dicho Mona, con todo el calor de un ultracongelador cargado de helados.

—¿Por qué? —había replicado él, casi en un gemido—. ¡Vamos, Mona, explícame por qué!

—No lo sé. —El tono de voz de Mona había pasado de la temperatura de un helado en un congelador a la del equivalente verbal del nitrógeno líquido—. Lo único que puedo decirte es que se ha quedado a dormir en casa de Irene Lutjens, que hace cara de haberse pasado toda la noche llorando y que dice que no quiere hablar contigo.

Y todo esto es culpa tuya, decía también el tono gélido de Mona. Lo sé porque eres un hombre y todos los hombres son pura mierda; el tuyo es solo un ejemplo más, un caso concreto e ilustrativo de la situación general.

—¡No tengo la más remota idea de a qué viene todo esto! —había exclamado Lester—. ¿Querrás decirle una cosa de mi parte, al menos? Dile que no sé por qué está enfadada conmigo. Dile que, sea lo que sea, debe de tratarse de un malentendido, porque no tengo la menor idea de qué es.

Se había producido entonces una larga pausa, y cuando Mona volvió a hablar, la temperatura de su voz había subido algunos grados. No muchos, pero ya no producía aquella sensación de hidrógeno líquido.

—Está bien, Lester. Se lo diré.

Al llegar al aparcamiento de profesores, Lester Pratt alzó la cabeza por fin, medio esperando que Sally estuviera en el asiento del acompañante del Mustang, dispuesta a besarle y darlo todo por olvidado. Sin embargo, el coche estaba vacío. La única persona en las inmediaciones era aquel simplón de Slopey Dodd, que practicaba con su monopatín por el aparcamiento.

Steve Edwards apareció detrás de Lester y le dio una palmada en el hombro.

—¡Qué hay, Les! ¿Te apetece venir a mi casa a tomar una Coca-Cola? Varios muchachos han dicho que se acercarían. Tenemos que hablar de ese ultrajante hostigamiento de los católicos. No olvides que esta noche se celebra en la iglesia la gran reunión, y estaría bien que los Adultos Jóvenes pudieran presentar un frente unido cuando sea el momento de decidir qué hacer. Le mencioné la idea a Don Hemphill y me dijo que sí, estupendo, adelante.

Steve miró a Lester como si esperara de él unas palmaditas en la cabeza.

—Esta tarde no puedo, Steve. Tal vez en otro momento.

—¡Eh, Les! ¿No me has entendido? ¡Quizá no haya otro momento! ¡Esos papistas ya no se andan con chiquitas!

—Te digo que no puedo ir —replicó Les. «Y más te vale que no sigas insistiendo», añadió su expresión.

—Está bien, pero... ¿por qué no?

Porque tengo que averiguar qué demonios he hecho para que mi novia se enfade tanto, pensó Lester. Y voy a averiguarlo, aunque tenga que zarandearla para que me lo diga.

Pero en voz alta respondió:

—Tengo cosas que hacer, Steve. Cosas importantes, acepta mi palabra.

—Si se trata de Sally, Les...

Los ojos de Lester centellearon peligrosamente.

—Ni una palabra de Sally.

Steve, un joven inofensivo cuyo celo se había inflamado a consecuencia de la controversia sobre la Noche de Casino, aún no ardía con el suficiente fulgor para no tener en cuenta la línea que Lester Pratt acababa de trazar con tanta claridad. Pero tampoco estaba del todo dispuesto a darse por vencido. Sin Lester Pratt, una reunión de estrategia de los Adultos Jóvenes sería un fiasco, por muchos miembros del grupo de los AA. JJ. que se presentaran. En un tono de voz más moderado, preguntó:

—¿Sabes lo de ese anónimo que recibió Bill?

—Sí —contestó Lester.

El reverendo Rose lo había encontrado en el suelo del vestíbulo de la casa parroquial. Era el anónimo de la «Jodida Rata Babtista», ya conocido por todos. El reverendo lo había hecho circular en una reunión de AA. JJ., varones solo, convocada apresuradamente, porque según él era imposible dar crédito a lo que decía a menos que uno viera con sus propios ojos aquel vil escrito. Resultaba difícil de entender, había añadido el reverendo Rose, lo bajo que habían caído los católicos en sus intentos por acallar la legítima oposición a su noche de juego inspirada por el diablo; leer con sus propios ojos aquella detestable inmundicia tal vez ayudara a aquellos «sanos jóvenes» a comprender con qué se enfrentaban. «Pues ¿no decimos que más

vale prevenir que curar?», había concluido el reverendo Rose con grandilocuencia. A continuación había sacado el anónimo (lo llevaba guardado en una bolsa de plástico, como si quienes lo manejaban tuvieran que protegerse de una infección) y lo había hecho circular entre el grupo.

Al terminar de leerlo, Lester había estado dispuesto a hacer sonar un buen puñado de campanas católicas, pero ahora le traía sin cuidado, le parecía lejano y un tanto infantil. ¿A quién le importaba si los católicos jugaban con dinero de broma y regalaban unos neumáticos nuevos o un par de electrodomésticos? Si se trataba de escoger entre los católicos y Sally Ratcliffe, Lester sabía muy bien cuál iba a ser su elección.

—¡... una reunión para intentar decidir el siguiente paso! —seguía diciendo Steve, que empezaba a calentarse de nuevo—. Tenemos que tomar la iniciativa en este asunto, Lester. ¡Es preciso que lo hagamos! Según el reverendo Bill, es de esperar que esos que se hacen llamar Católicos Preocupados no hayan dicho con esa nota su última palabra. Su siguiente paso podría ser...

—¡Oye, Steve, haz lo que te dé la gana, pero déjame en paz!

Steve enmudeció y lo miró, visiblemente sorprendido, esperando de forma igualmente patente que Lester, por lo general un tipo de lo más pacífico, recobrara el dominio de sí y se excusara. Cuando comprendió que no iba a escuchar ninguna disculpa, dio media vuelta y empezó a retroceder hacia la puerta de la escuela, poniendo distancia entre él y Lester.

—Muchacho, estás de un humor de perros —murmuró mientras se alejaba.

—¡Exacto! —replicó Lester agresivo. Cerró sus manazas con fuerza y apoyó los puños en las caderas.

Pero Lester estaba más que enfadado; estaba dolido, maldita fuera; se sentía agraviado, y cuantas más vueltas daba al asunto, peor se sentía. Tenía ganas de sacudir a alguien. Al pobre Steve Edwards no, desde luego; lo único que sucedía era que dejarse irritar por Steve parecía haber disparado un conmutador en su cerebro. Aquel conmutador había permitido que fluyera electricidad a un montón de recursos e instrumentos mentales que normalmente estaban silenciosos y en sombras. Por primera vez desde que se enamorara de Sally, Lester —por lo general el más pacífico de los hombres— también se sentía enfadado con ella. ¿Qué derecho tenía Sally a mandarlo a la mierda? ¿Qué derecho tenía a llamarlo cerdo?

Estaba furiosa por alguna causa, ¿verdad? Sí, lo estaba. Incluso era posible que él, de algún modo, le hubiera dado un motivo para enfurecerse de aquella manera. No tenía la más remota idea de cuál podía ser tal causa, pero decidió suponer (solo por seguir con su argumentación) que existía. ¿Le daba ello derecho a perder los estribos y dejarlo plantado sin tener siquiera el detalle de exigirle antes una explicación? ¿Le daba derecho a quedarse en casa de Irene Lutjens para escabullirse de sus intentos de

verla, a negarse a contestar sus llamadas, o a emplear a Mona Lawless como mensajera?

Voy a encontrarla, se dijo Lester, y a enterarme de qué he hecho para molestarla. Luego, cuando lo averigüe, podremos arreglar las cosas. Entonces, le largaré el mismo discurso que dirijo a los novatos cuando empiezan los entrenamientos de baloncesto, respecto a que la confianza es la clave del trabajo en equipo.

Se quitó la mochila de la espalda, la arrojó al asiento trasero y se instaló al volante. Al hacerlo, vio algo que asomaba debajo del asiento del copiloto. Algo negro. Parecía un billetero.

Lester lo levantó del suelo al instante, pensando en un primer momento que debía de pertenecer a Sally. Si lo había dejado olvidado en algún momento del largo fin de semana, ya debía de haberlo echado en falta. Estaría preocupada, y si él podía aliviar su preocupación respecto al billetero perdido, tal vez el resto de la conversación resultaría un poco más sencillo.

Pero no era de Sally; lo comprobó en cuanto echó una mirada de cerca al objeto que había recuperado de debajo del asiento. El billetero que tenía en las manos era de cuero negro. El de Sally era de gamuza azul sin curtir, y más pequeño.

Lo abrió por curiosidad. Y lo primero que vio le dejó sin aliento como un directo en el plexo solar. Era la tarjeta de identificación oficial del agente John LaPointe.

¿Por todos los santos, qué hacía John LaPointe en su coche?

Sally lo ha tenido todo el fin de semana, le susurró su mente. ¿Y qué diablos piensas que hacía aquí ese tipo?

—No —dijo en voz alta—. De ninguna manera. Sally no lo haría. No aceptaría verle. Ni pensarlo.

Pero no había duda de que se habían visto. Ella y LaPointe habían salido juntos más de un año a pesar de los crecientes enconos entre los católicos y los baptistas de Castle Rock. Habían roto antes del alboroto acerca de la Noche de Casino, pero...

Lester se apeó del coche e inspeccionó los bolsillos del billetero. Su sensación de incredulidad aumentó. Allí estaba el permiso de conducir de LaPointe, en cuya fotografía llevaba el bigotillo que se había dejado crecer mientras salía con Sally. Lester sabía cómo llamaba cierta gente los bigotes de aquel estilo: «el placer del conejito». También encontró la licencia de pesca de John LaPointe, una foto de sus padres, la licencia de caza y luego...

Lester contempló fijamente la foto que acababa de encontrar. Era una instantánea de John y Sally. Un foto de un tipo y de su novia. Estaban delante de lo que parecía una caseta de tiro de una feria. Se miraban mutuamente y se reían. Sally tenía en los brazos un gran oso de peluche. Probablemente, LaPointe acababa de ganarlo para ella.

Contempló la escena. Una vena se le había hinchado en medio de la frente y latía

con potentes impulsos, muy prominente.

¿Qué le había llamado Polly? ¿Cerdo mentiroso?

—¡Pues vaya quién fue a hablar! —masculló.

Dentro de él empezó a crecer la rabia. Muy deprisa. Y cuando alguien le tocó en el hombro, Lester Pratt se volvió, soltando el billeteo y levantando los puños. Estuvo en un tris de enviar hasta mediados de la semana siguiente, de un puñetazo, al inofensivo y tartamudo Slopey Dodd.

—¿Entrena... nador P... Pratt? —preguntó Slopey. Tenía los ojos muy abiertos y saltones, pero no parecía asustado. Interesado tal vez, pero no asustado—. ¿Se encu... cuenta bien?

—Sí, estoy bien —respondió Lester con voz apagada—. Vete a casa, Slopey. No deberías andar con el monopatín por el aparcamiento de los profesores.

Se inclinó para recoger el billeteo, pero Slopey estaba tres palmos más cerca del suelo y se le adelantó. Echó un vistazo curioso a la foto del carnet de conducir de LaPointe y luego devolvió el billeteo al entrenador Pratt.

—Sí —dijo Slopey—. Es el mismo ti... tipo, no hay du... duda.

El chico saltó a su tabla y se dispuso a alejarse sobre ella. Lester lo agarró por la camisa antes de que pudiera hacerlo. El monopatín se deslizó bajo los pies de Slopey, avanzó por su cuenta, encontró un bache y volcó. La camiseta de AC/DC —A LOS QUE VAN A VIVIR EL ROCK, NUESTRO SALUDO, decía— que llevaba Slopey se rompió por el cuello, pero al chiquillo no pareció importarle; tampoco mostró una gran sorpresa, y menos aún miedo, ante las acciones de Lester. Este no se dio cuenta. Lester ya no estaba para apreciar matices. Era uno de esos hombres normalmente sosegados que tienen bajo esa capa de placidez un genio vivo y áspero, un arrasador huracán emocional a la espera de desencadenarse. Hay gente que vive toda su existencia ignorando ese temible torbellino. Lester, en cambio, acababa de descubrir el suyo (o, mejor, este lo había descubierto a él), y se encontraba completamente bajo su poder.

Lester, sin dejar de sujetar a Slopey por la camisa con su manaza, casi del tamaño de una lata de jamón, inclinó su rostro sudoroso sobre el de Slopey. La vena del centro de su frente latía más deprisa que nunca.

—¿Qué es eso de que «es el mismo tipo, sin duda»?

—Que... que es el mi... mismo tipo que se fu... fue con la señori... rita Ra... atcliffe después de cla... clase, el viernes.

—¿Que se fue con ella después de clase? —repitió Lester con voz ronca, al tiempo que sacudía a Slopey con tal fuerza que al chaval le castañetearon los dientes—. ¿Estás seguro de eso?

—Sí —respondió el chico—. Se fu... fueron los dos en su co... oche, entrenador Pratt. Con... conducía el hombre.

—¿Que conducía él? ¿Que ese hombre conducía mi coche? ¿Que John LaPointe

conducía mi coche con Sally a su lado?

—Sí, e... es el mismo, sin du... duda —insistió Slopey, señalando de nuevo la foto del carnet de conducir de John LaPointe—. Pe... pero antes de su... subir, él le dio un be... beso.

—¿En serio? —inquirió Lester. Su expresión se había serenado repentinamente—. ¿Eso hizo?

—¡Oh, sí, va... aya si lo hizo! —aseguró Slopey, y una amplia sonrisa, un tanto lasciva, iluminó su rostro.

Con una voz suave y sedosa, absolutamente distinta del tono áspero de «¡Eh, chicos, vamos a por ellos!» que era habitual en él, Lester preguntó:

—¿Y ella le devolvió el beso? ¿Qué dirías tú, Slopey?

Slopey puso los ojos en blanco en un gesto de arrobamiento.

—¡Yo di... diría que s... sí! Los dos se ba... babeaban la ca... ara, entrena... ador Pratt!

—Se babeaban la cara... —murmuró Lester con su nueva voz suave y sedosa.

—Sí.

—Se babeaban la cara... —Lester se asombró con su nueva voz suave y sedosa.

—Se lo a... aseguro.

Lester soltó a Slopester, como lo llamaban sus contados amigos, y se enderezó. La vena del centro de su frente seguía latiendo con fuerza. Había empezado a sonreír. Era una mueca desagradable que dejaba a la vista una dentadura que parecía poseer muchas más piezas, blancas y cuadradas, de las que tiene un hombre normal. Sus ojos azules se habían convertido en dos pequeños triángulos bizcos. Sus cabellos, de corte militar, salían de punta de su cabeza en todas direcciones.

—¿En... entrena... ador Pratt? —preguntó Slopey—. ¿Su... ucede a... algo?

—No —respondió Lester Pratt con su nueva voz suave y sedosa. La sonrisa de su rostro no vaciló lo más mínimo—. Nada que no pueda remediar.

Mentalmente, Lester tenía ya sus manos en torno al cuello de aquel falso, aquel papista, aquel ganador de ositos de peluche, ladrón de chicas y comemierdas gabacho de John LaPointe. Aquel gilipollas de uniforme. El mismo gilipollas que, según las apariencias, había enseñado a la chica que Lester amaba, a la chica que apenas entreabría los labios unos milímetros cuando Lester la besaba, a babearle toda la cara.

Primero se ocuparía de John LaPointe. Eso no sería ningún problema. Cuando lo hubiera hecho, tendría que hablar con Sally.

O algo.

—Nada en absoluto que no pueda remediar —repitió con su nueva voz suave y sedosa, mientras volvía a sentarse al volante del Mustang.

El coche se ladeó sensiblemente hacia la izquierda cuando, con sus casi cien kilos de puro solomillo y filete, se instaló en el asiento anatómico. Puso el motor en

marcha, aceleró con una serie de rugidos como los de un tigre hambriento en una jaula y salió lanzado con un chirriar de neumáticos.

Slopester, entre toses y apartando con gesto teatral el polvo que le venía a la cara, se dirigió hacia donde había quedado volcado el monopatín.

El cuello de la camiseta había quedado completamente arrancado del resto de la prenda y formaba una especie de gargantilla negra justo por encima de las prominentes clavículas del muchacho.

Slopey sonreía. Acababa de hacer exactamente lo que el señor Gaunt le había ordenado y todo había salido a pedir de boca. El entrenador Pratt se había puesto más furioso que un gato panza arriba.

Ahora ya podía irse a casa a disfrutar de su tetera.

—So... solo me f... falta una co... cosa. Ojalá me pu... udiera librar de la tar... tartamu... udez —dijo, sin dirigirse a nadie en particular.

Slopey montó en el monopatín y se alejó de la escuela.

15

Sheila tuvo dificultades para conectar a Alan con Henry Payton. Hubo un momento en que estuvo segura de haber perdido la comunicación con Henry, quien parecía sumamente nervioso, y temió que tendría que volver a llamarlo a Oxford. Luego, cuando apenas acababa de conseguir semejante hazaña tecnológica, se iluminó la señal de la línea privada de Alan. Sheila dejó a un lado el cigarrillo que se disponía a encender y atendió la llamada.

—Comisaría de Castle Rock; despacho del comisario Pangborn.

—Hola, Sheila. Quiero hablar con Alan.

—¿Polly? —Sheila frunció el ceño. Estaba segura de que era su voz, pero nunca había oído a Polly Chalmers emplear el tono que utilizaba en aquella ocasión: un tono frío y cortante, como el de una secretaria ejecutiva de una gran empresa—. ¿Eres tú?

—Sí —respondió Polly sin cambiar el tono—. Quiero hablar con Alan.

—No puedo ponerte ahora, Polly. Está hablando con Henry Payton en este...

—No importa —la cortó Polly—. Esperaré a que termine.

Sheila empezó a sentirse aturdida.

—Bueno..., verás, lo haría, pero es un poco más complicado de lo que crees. Alan está..., en fin, está de patrulla. He tenido que pasarle la llamada de Henry Payton por la radio del coche.

—Si le has podido pasar la llamada de Payton, también podrás pasarle la mía —replicó Polly en tono frío—. ¿De acuerdo?

—Bueno, sí, pero no sé cuánto tiempo van a...

—No me importa si hablan hasta que el infierno se congele —volvió a interrumpirla Polly—. No cortes mi llamada, y cuando hayan terminado, ponme con Alan. Ya sabes que no te pediría que lo hicieras si no fuera importante, ¿verdad, Sheila?

Sí, Sheila lo sabía. Y sabía también otra cosa: Polly empezaba a darle miedo.

—¿Te encuentras bien, Polly?

Se produjo un largo silencio, hasta que por fin Polly respondió con otra pregunta.

—Oye, Sheila, ¿no habrás mecanografiado alguna carta del comisario dirigida al Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco? O, por casualidad, ¿no habrás visto salir para el correo algún sobre con esa dirección?

De pronto, en la cabeza de Sheila se encendieron unas luces rojas, toda una serie de ellas. Sheila casi idolatraba a Alan Pangborn y Polly Chalmers lo estaba acusando de algo. No estaba segura de qué, pero reconocía un tono acusatorio cuando lo oía. Lo reconocía muy bien.

—No puedo dar ese tipo de información —respondió; su tono de voz había descendido veinte grados—. Supongo que será mejor que se lo pidas al comisario, Polly.

—Sí, supongo que será mejor. Retén la llamada y ponme con él cuando puedas, por favor.

—¿Qué sucede, Polly? ¿Te has enfadado con Alan? Porque debes saber que él nunca haría nada que...

—Ya no sé nada de nada —replicó Polly—. Si te he pedido algo que no debía, lo siento. Y ahora, ¿retendrás mi llamada y me pondrás en contacto con él lo antes posible, o tendré que salir a buscarle personalmente?

—No, no, te pondré cuando pueda —dijo Sheila. Su corazón era presa de una extraña inquietud, como si hubiera sucedido algo terrible. Como tantas mujeres de Castle Rock, ella también había creído que Alan y Polly estaban profundamente enamorados, y como tantas mujeres del pueblo, también Sheila tendía a ver a la pareja como personajes de un cuento de hadas, con tintes oscuros, donde al final todo acabaría felizmente. De algún modo, el amor encontraría un camino. Pero en esa ocasión la voz de Polly sonaba más que enfadada; parecía llena de dolor y de algo más. Para Sheila, aquel algo más sonaba casi a odio—. Mantente a la espera, Polly. Puede tardar un rato.

—Está bien. Gracias, Sheila.

—De nada.

Sheila pulsó la tecla correspondiente de la centralita y buscó un cigarrillo. Lo encendió y aspiró una profunda chupada mientras observaba con expresión ceñuda la lucecita parpadeante.

—¿Alan? —dijo Henry Payton—. ¿Estás ahí, Alan?

Parecía un locutor transmitiendo desde el interior de una gran caja de galletitas saladas vacía.

—Sí, te oigo, Henry.

—He recibido una llamada del FBI hace apenas media hora —informó Henry desde el interior de la caja de galletas—. Hemos tenido una suerte increíble con esas huellas de que te hablé.

A Alan se le aceleró el corazón como si cambiara de marcha.

—¿Las del pomo de la puerta de la casa de Nettie? ¿Las parciales?

—Exacto. Tenemos una posible identificación con un tipo del pueblo. Un tipo con antecedentes por raterías en mil novecientos setenta y siete. También coinciden con las huellas que le tomaron en el servicio militar.

—¡No me tengas en ascuas! ¿Quién es?

—El nombre del individuo es Hugh Albert Priest.

—¡Hugh Priest! —exclamó Alan. No se habría sorprendido más si Payton hubiera mencionado a J. Danforth Quayle. Hasta donde alcanzaba a saber Alan, ambos hombres conocían por igual a Nettie Cobb—. ¿Por qué iba Hugh a querer matarle el perro a Nettie? O, ya puestos, ¿a querer romperle los cristales a Wilma?

—No conozco al caballero, de modo que no sé qué responder —dijo Henry—. ¿Por qué no le haces una visita y se lo preguntas? Y, ya puestos, ¿por qué no te ocupas de ello enseguida, antes de que el tipo se ponga nervioso y decida irse a casa de unos parientes en algún rincón de Dakota del Sur, por ejemplo?

—Buena idea —respondió Alan—. Me pondré en contacto contigo más tarde. Gracias.

—Mantenme al corriente, colega; se supone que el caso es mío, ¿recuerdas?

—Sí. Te mantendré informado.

Se oyó un seco sonido metálico, ¡bink!, al cortarse la comunicación; tras ello, la radio transmitió el zumbido de fondo de una línea telefónica. Alan se preguntó por un momento qué pensarían la Nynex y la AT&T de los juegucitos que estaban haciendo. Luego se inclinó para descolgar el micrófono. Al hacerlo, el zumbido dio paso a la voz de Sheila Brigham. Una voz inusitadamente vacilante.

—Alan, tengo al teléfono a Polly Chalmers. Me ha pedido que le pusiera con usted cuando estuviera libre. Cambio.

El comisario parpadeó.

—¿Polly? —De pronto se asustó, como uno se asusta cuando suena el teléfono a

las tres de la madrugada. Polly no había solicitado nunca un servicio como aquel, y si le hubiesen preguntado, Alan habría asegurado que nunca lo haría; habría ido contra su noción de lo que era un comportamiento correcto, y para Polly, el comportamiento correcto era de capital importancia—. ¿Qué sucede, Sheila? ¿Te lo ha dicho? Cambio.

—No, comisario. Cambio.

No, claro que no. Alan también estaba seguro de ello; Polly no pregonaba sus asuntos por ahí.

El mero hecho de preguntarlo demostraba lo sorprendido que estaba.

—¿Comisario?

—Pásamela, Sheila. Cambio.

—De acuerdo, Alan.

¡Bink!

El comisario permaneció inmóvil bajo el sol, con el corazón latiéndole demasiado deprisa y demasiado fuerte. Aquello no le gustaba.

Se escuchó un nuevo ¡bink!, seguido de la voz de Sheila. Distante, casi perdida.

—Adelante, Polly. Ahora deberíais poder hablar.

—¿Alan?

La voz sonó tan fuerte que Alan dio un respingo. Era la voz de un gigante. De un gigante enfadado. Al menos ya sabía eso. Una palabra había bastado.

—Aquí estoy, Polly. ¿De qué se trata?

Durante unos momentos solo hubo silencio. En alguna parte, muy dentro de aquel silencio, se escuchaba el leve murmullo de otras voces en otras llamadas. Alan tuvo tiempo de preguntarse si se habría cortado la comunicación..., tiempo casi de albergar la esperanza de que así fuera.

—Alan, ya sé que la línea está abierta, pero seguro que entiendes a qué me refiero. ¿Cómo has podido? ¿Cómo has podido?

Había algo que le sonaba familiar en aquella conversación. Algo.

—Polly, no entiendo qué...

—Sí, claro que lo sabes —replicó ella. Su voz se hacía cada vez más apagada, más difícil de entender; Alan se dio cuenta de que, si todavía no lloraba, pronto lo haría—. Resulta duro descubrir que no se conoce a una persona como creía. Resulta duro descubrir que la cara del ser amado no es más que una máscara.

Algo familiar, sí, y finalmente sabía de qué se trataba. Aquello era como las pesadillas que habían seguido a la muerte de Annie y de Todd, las pesadillas en las que él, Alan, se encontraba en la cuneta y los veía pasar en el coche, camino de la muerte. Él lo sabía, pero no podía hacer nada por impedirlo. Intentaba agitar los brazos pero le pesaban demasiado. Intentaba gritar y no podía recordar cómo se hacía para abrir la boca. Y Annie y Todd pasaban junto a él como si fuera invisible.

En aquel momento sucedía algo parecido; era como si, de una forma misteriosa,

también se hubiera vuelto invisible para Polly.

—Annie... —Advirtió con horror el nombre que había surgido de sus labios y se corrigió de inmediato—. Polly. No tengo idea de qué estás diciendo, Polly, pero...

—¡Claro que sí! —replicó ella a gritos—. ¡No digas que no cuando lo sabes muy bien! ¿No podías esperar a que yo te lo contara, Alan? Y, si no podías esperar, ¿por qué no me lo preguntaste, al menos? ¿Por qué tenías que hacer eso a mis espaldas? ¿Cómo has podido hacer algo a mis espaldas?

Alan cerró los ojos con fuerza en un esfuerzo por contener sus pensamientos acelerados y confusos, pero no sirvió de gran cosa. Al hacerlo, recordó una imagen espantosa: Mike Horton, del *Journal-Register* de Norway, inclinado sobre el interceptador de comunicaciones del periódico y tomando notas afanosamente con su taquígrafía de andar por casa.

—No sé qué crees que he hecho, pero te equivocas. Encontrémonos y hablemos de ello...

—No. Creo que ahora no podría verte, Alan.

—Sí, claro que puedes. Y vas a hacerlo. Voy a...

En aquel instante recordó el comentario de Henry Payton: «¿Por qué no le haces una visita enseguida, antes de que se ponga nervioso y decida irse a casa de unos parientes en algún rincón de Dakota del Sur, por ejemplo?».

—¿Vas a qué? —preguntó ella—. Dime, ¿qué vas a hacer?

—Acabo de recordar una cosa —respondió Alan en voz baja.

—¿Ah, sí? ¿Recuerdas ya una carta que escribiste a principios de septiembre, Alan? ¿Una carta a San Francisco?

—Sigo sin saber de qué me estás hablando, Polly. No puedo ir a verte ahora mismo porque tengo que atender otro asunto muy... muy urgente, pero más tarde...

Polly continuó hablando entre una serie de sollozos y jadeos que deberían haber hecho difícil de entender lo que decía, pero no era así.

—¿No me has entendido, Alan? Ya no habrá un «más tarde». Tú...

—¡Polly, por favor...!

—¡No! ¡Déjame en paz! ¡Olvídate de mí, maldito fisgón!

¡Bink!

De pronto, Alan se encontró escuchando de nuevo el zumbido de la línea telefónica abierta. Volvió la mirada hacia el cruce de Main y la calle de la escuela como si no supiera dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. Sus ojos tenían la expresión vacía y perpleja que se apreciaba a menudo en la mirada de los boxeadores los momentos anteriores a que les fallen las rodillas y caigan derrumbados sobre la lona para echar un sueñecito.

¿Cómo había sucedido aquello? ¿Y cómo había sucedido tan deprisa?

No tenía la menor idea. Todo el pueblo parecía haberse vuelto ligeramente loco

durante la última semana... y, ahora, incluso Polly se había contagiado. ¡Bink!

—¿Hum..., comisario?

Era Sheila y, por su tono de voz susurrante y dubitativo, Alan comprendió que había escuchado parte, al menos, de la conversación.

—¿Está usted ahí, Alan? ¿Me recibe?

Alan sintió un súbito impulso, sorprendentemente poderoso, de arrancar el micrófono del soporte y arrojarlo a los arbustos, más allá de la cuneta, y luego alejarse en el coche. A cualquier parte. Dejar de preocuparse por todo y lanzarse tras el sol en el coche.

En lugar de ello, reunió todas sus fuerzas y se obligó a pensar en Hugh Priest.

Eso era lo que tenía que hacer, porque daba la impresión de que tal vez había sido Hugh quien había provocado la muerte de las dos mujeres. En aquel momento, de quien debía ocuparse era de Hugh, no de Polly, y descubrió que tras aquella decisión se ocultaba una gran sensación de alivio.

Pulsó el botón de TRANSMITIR.

—Aquí estoy, Sheila. Cambio.

—Alan, creo que he perdido la comunicación con Polly. Yo... no tenía intención de escuchar lo que decían, pero...

—Está bien, Sheila; ya habíamos terminado. —Había algo horrible en aquellas palabras, pero Alan se negó a pensar en ello de momento—. ¿Quién está ahí con usted? Cambio.

—John está de guardia —respondió Sheila, visiblemente satisfecha del giro que había tomado la conversación—. Clut está de patrulla. Cerca de Castle View, según su última comunicación.

—De acuerdo.

La cara de Polly, encendida de una cólera de origen desconocido, intentó inundar la superficie de su mente. Alan la obligó a retirarse y se concentró de nuevo en Hugh, pero por un instante no vio ningún rostro en absoluto; solo una terrible oscuridad.

—¿Alan? ¿Sigue ahí? Cambio.

—Sí, claro. Llama a Clut y dile que acuda a casa de Hugh Priest, cerca del final de Castle Hill Road. Él sabrá dónde es. Imagino que Hugh estará trabajando, pero, por si se le ha ocurrido tomarse el día libre, quiero que Clut pase por su casa y le traiga a la comisaría para interrogarlo. ¿Recibido?

—Recibido, Alan.

—Dígale que actúe con extremo cuidado. Dígale que se busca a Hugh para interrogarlo acerca de la muerte de Nettie Cobb y de Wilma Jerzyck. Supongo que Clut será capaz de imaginar el resto de las instrucciones. Cambio.

—¡Oh! —Sheila sonaba alarmada y a la vez excitada—. Entendido, comisario.

—Yo voy a ver si encuentro a Hugh en el aparcamiento para camiones. Cambio y

cierro.

Mientras colgaba de nuevo el micrófono (parecía como si llevara cuatro años sosteniéndolo), Alan pensó que si le hubiera contado a Polly lo que acababa de revelar a Sheila, la situación que tenía entre manos habría resultado un poco menos desagradable.

O tal vez no. ¿Cómo podía saberlo, cuando ni siquiera conocía cuál era la situación? Polly lo había acusado de entrometerse, de meter las narices en algo. Aquello abarcaba un gran territorio, del cual no tenía mapa alguno. Además, había otra cosa. Decir a la telefonista de la comisaría que emitiera una orden de busca y captura formaba parte de su trabajo, igual que asegurarse de que los agentes supieran que el hombre que buscaban podía ser peligroso. En cambio, ofrecer la misma información a la novia de uno por un canal de radioteléfono abierto era un asunto completamente distinto.

Había hecho lo que debía y era consciente de ello. Pero no mitigaba el dolor de su corazón, y se esforzó de nuevo por concentrar su mente en el asunto que tenía entre manos: encontrar a Hugh Priest, encerrarlo, conseguirle un maldito abogado si lo quería y luego preguntarle por qué había clavado un sacacorchos en el pecho de Raider, el perro de Nettie.

El esfuerzo dio resultado por unos instantes, pero cuando puso en marcha el motor del coche familiar y se separó del bordillo, la cara que seguía viendo en su mente era la de Polly y no la de Hugh.

DIECISIETE

1

Aproximadamente al mismo tiempo que Alan cruzaba el pueblo para detener a Hugh Priest, Henry Beaufort estaba en el camino particular de su casa, contemplando su Thunderbird. En una mano tenía la nota que había encontrado bajo el limpiaparabrisas. El daño que aquel maldito bastardo había causado en las ruedas era grave, pero los neumáticos podían cambiarse. Lo que realmente le tocaba los huevos a Henry era el arañazo que había dejado a lo largo de todo el costado derecho del coche.

Contempló de nuevo la nota y la releyó en voz alta:

—«Esto, por haberme echado del bar y haberte quedado las llaves de mi coche, maldita rana gabacha.»

¿A quien había echado del bar últimamente? ¡Oh, a toda clase de gente! En realidad, rara era la noche en que no tenía que echar a alguien. Pero ¿echar a un tipo y guardar las llaves del coche bajo el mostrador del bar? Solo podía recordar uno de tales casos, recientemente. Solo uno.

—Hijo de puta —masculló el propietario y encargado de El Tigre Achispado con voz grave y meditabunda—. Maldito imbécil mamón hijo de puta.

Se le ocurrió la idea de volver a la casa y coger el rifle de cazar ciervos, pero cambió de parecer. El bar quedaba muy cerca y allí guardaba una caja bastante especial bajo el mostrador. En ella había una carabina Winchester de doble cañón recortado. El arma llevaba allí desde que aquel idiota de Ace Merrill había intentado robarle unos años atrás. Era un arma absolutamente ilegal y Henry no la había utilizado nunca.

Se le ocurrió que había llegado el día de emplearla.

Tocó la fea raya que Hugh le había hecho en el costado del Thunderbird, arrugó la nota y la arrojó al suelo. Billy Tupper debía de estar ya en El Tigre, pasando la escoba y cargando los frigoríficos. Cogería la recortada y tomaría prestado el Pontiac de Billy. Al parecer, tenía que llevar a cabo una pequeña caza del hijoputa.

De un puntapié, mandó la nota hasta el césped.

—Has vuelto a tomar esas estúpidas pastillas, Hugh, pero en adelante no volverás a tomar ninguna. Te lo garantizo. —Tocó la raya por última vez. En toda su vida no había estado tan furioso—. ¡Te lo garantizo, cabrón!

A continuación, Henry salió a la acera y echó andar calle arriba hacia El Tigre Achispado, a paso vivo.

Mientras se dedicaba a destrozar el dormitorio de George T. Nelson, Frank Jewett descubrió media onza de coca bajo el colchón de la cama doble. La echó por el retrete y, mientras la veía perderse por el sumidero, notó un súbito retortijón de estómago. Empezó a desabrocharse el cinturón, pero antes volvió al dormitorio destrozado. Frank supuso que se había vuelto completamente loco, pero ya no le importaba gran cosa. Los locos no tienen que preocuparse del futuro. Para los locos, el futuro cuenta muy poco en un orden de prioridades.

Uno de los escasos objetos intactos del dormitorio de George T. Nelson era un cuadro colgado en la pared, que mostraba el retrato de una anciana. El marco de oro le sugirió a Frank que la anciana del cuadro debía de ser la santa madre de George T. Nelson. Sufrió un nuevo retortijón. Descolgó el cuadro y lo colocó en el suelo, se desabrochó los pantalones, se puso en cuclillas sobre el retrato e hizo lo habitual en esos casos.

Fue el mejor momento de lo que, hasta entonces, había sido un día malísimo.

Lenny Partridge, el vecino más anciano de Castle Rock y poseedor del Baston del *Post* de Boston que una vez había ostentado la tía Evvie Chalmers, conducía también uno de los coches más viejos del pueblo. Era un Chevrolet Bel-Air de 1966 que una vez había sido blanco. Ahora era de un color indefinido, sucio y genérico, que podría catalogarse de «gris camino de tierra». Tampoco estaba en muy buena forma. El cristal del parabrisas de atrás había sido reemplazado hacía algunos años por una cortina batiente de plástico resistente a las condiciones atmosféricas; la chapa de la parte delantera estaba tan oxidada que Lenny, al conducir, veía la calzada a través de una compleja filigrana de óxido, y el tubo de escape colgaba de los bajos del coche como el brazo putrefacto de alguien que hubiera muerto en un clima seco. Además, los obturadores del aceite habían desaparecido. Cuando Lenny conducía el Bel-Air, dejaba tras él grandes nubes de fragante humo azul, y los campos junto a los que pasaba en su recorrido cotidiano hasta el pueblo tenían el mismo aspecto que si un aviador homicida acabara de rociarlos con herbicida. El Chevrolet tragaba tres (a veces, cuatro) litros de aceite al día. Este tremendo consumo no preocupaba en absoluto a Lenny, quien compraba aceite de motor reciclado Diamond en bidones económicos de veinte litros y siempre se aseguraba de que Sonny Rockett le hiciera el diez por ciento de descuento, privilegio de su tarjeta de Comprador de la Tercera

Edad. Como Lenny no había conducido el Bel-Air a una velocidad superior a los sesenta por hora en los últimos diez años, era probable que el vehículo aguantara entero más tiempo que el propio Lenny.

Mientras Henry Beaufort tomaba la carretera hacia El Tigre Achispado, al otro lado del puente metálico, a casi siete kilómetros, Lenny llegaba con su oxidado Bel-Air a la cima del promontorio de Castle Hill.

De pronto, vio a un hombre plantado en medio de la carretera con los brazos levantados en un gesto imperioso. El hombre iba descalzo y con el torso desnudo. Solo llevaba encima unos pantalones caqui con la bragueta abierta y, en torno al cuello, una tira de piel de animal, con el pelaje roído por la polilla.

Lenny notó que el corazón le daba un gran brinco asmático en su pecho flaco y apoyó ambos pies, enfundados en un par de zapatos en estado de lenta desintegración, en el pedal del freno. Este se hundió casi hasta el suelo con un gemido sobrenatural y el Bel-Air se detuvo finalmente a menos de un metro del hombre, a quien Lenny reconoció entonces como Hugh Priest.

Este ni siquiera había parpadeado. Cuando el coche se detuvo, rodeó rápidamente el vehículo hasta llegar junto a Lenny, que se había llevado las manos a la camiseta interior de fibra térmica e intentaba recuperar el aliento mientras se preguntaba si aquella sería su crisis cardíaca definitiva.

—¡Hugh! —exclamó en un jadeo—. Pero ¿qué diablos hacías ahí? ¡Por poco te atropello! Yo...

Hugh abrió la portezuela del conductor e introdujo la cabeza y los hombros. La estola de piel que llevaba en torno al cuello se deslizó hasta colgar delante de su pecho, y Lenny se apartó, rehuyendo el contacto con ella. Parecía una cola de zorro medio podrida a la que faltaban grandes mechones de pelo. Olía mal.

Hugh lo asió por los tirantes del pantalón de trabajo y lo sacó del coche a rastras. Lenny emitió un graznido de terror y de indignación.

—Lo siento, viejo —dijo Hugh con la voz ausente de quien tiene la cabeza ocupada en problemas mucho mayores que aquel—. Necesito tu coche. El mío está un poco estropeado.

—No puedes...

Pero Hugh, decididamente, podía. Arrojó a Lenny al otro lado de la calzada como si el anciano no fuera más que un saco de harapos. Cuando Lenny cayó, se escuchó un nítido chasquido y sus graznidos se convirtieron en gritos lastimeros y ululantes de dolor. Se había roto una clavícula y dos costillas.

Sin prestarle la menor atención, Hugh se puso al volante del Chevrolet, cerró la puerta y apretó a fondo el acelerador. El motor emitió un chillido de sorpresa y una nube azul de humo de aceite surgió del estropeado tubo de escape. Ya corría colina abajo a ochenta por hora antes de que Lenny Partridge consiguiera, con gran

esfuerzo, darse media vuelta para quedar tendido de espaldas.

4

Andy Clutterburg entró en Castle Hill Road a las cuatro menos veinticinco de la tarde aproximadamente. Se cruzó con el viejo tragaaceite de Lenny Partridge y no le prestó la menor atención; la mente de Clut estaba completamente ocupada en Hugh Priest, y el oxidado Bel-Air no era sino una pieza más del escenario.

El agente no tenía la menor idea de cómo o por qué Hugh podía estar relacionado con las muertes de Wilma y de Nettie, pero eso era lo de menos; él era un mandado y no había más que hablar. Los cómo y los porqués eran trabajo de otros, y aquel era uno de esos días en que se alegraba muchísimo de que así fuera. Una cosa sí sabía: Hugh era un bebedor de malas pulgas a quien los años no habían apaciguado. Un tipo como aquel era capaz de cualquier cosa, sobre todo cuando bebía en exceso.

Probablemente estaría en el trabajo, pensó Clut; pero aun así, cuando se acercó a la casa desvencijada que Hugh tenía por hogar, el agente no olvidó desabrochar la cartuchera de su revólver reglamentario. Un momento después, en el camino particular de la casa, percibió el reflejo del sol en el cristal y en los cromados y sus nervios se tensaron hasta que casi le zumbaron como los cables del teléfono en plena ventolera. El coche de Hugh estaba allí, y cuando un hombre tenía su coche en casa, él también estaba, por lo general. Era lo normal en el campo.

Cuando Hugh había salido de su casa a pie, había tomado a la derecha, alejándose del pueblo en dirección a la cima del altozano de Castle Hill. Si Clut hubiera mirado en aquella dirección, habría visto a Lenny Partridge tendido en la mullida cuneta de la carretera y agitándose como un pollo en pleno baño de arena, pero el agente no miró hacia allí. Toda su atención se concentraba en la casa de Hugh. Los gritos débiles de Lenny, como la voz de un pajarillo, le entraban a Clut por un oído, cruzaban directamente su cerebro sin despertar la menor alarma, y salían por el otro.

Clut sacó el arma antes incluso de bajar del coche patrulla.

5

William Tupper solo tenía diecinueve años y nunca obtendría una beca en Rhodes, pero era lo bastante listo para sentirse aterrado ante la conducta de Henry cuando este se presentó en el local a las cuatro menos veinte de aquel día, que iba a ser el último de su existencia en Castle Rock. También era lo bastante inteligente para saber que intentar negar a Henry las llaves del Pontiac no serviría de mucho; en el estado en

que se encontraba, Henry (quien en circunstancias normales era el mejor jefe que Billy había tenido nunca) era capaz de arrebatárselas por las malas.

Así pues, por primera y tal vez única vez en su vida, Billy intentó una estratagema.

—Henry —apuntó con timidez—, tiene usted cara de necesitar una copa. Y a mí, desde luego, no me vendría mal. ¿Por qué no me deja servir un par de tragos y los tomamos antes de que se marche?

Henry había desaparecido detrás de la barra. Billy oyó que el chico revolvía algo allí, mascullando maldiciones por lo bajo. Finalmente, vio que se incorporaba y sacaba una caja rectangular de madera con un pequeño candado. Henry dejó la caja sobre el mostrador y empezó a buscar en el llavero que llevaba al cinto.

Mientras lo hacía, reflexionó sobre lo que acababa de decir Billy y empezó a mover la cabeza en un gesto de negativa, pero luego cambió de opinión. En realidad, un trago no era tan mala idea; le tranquilizaría los nervios y las manos. Encontró la llave que buscaba, abrió el candado de la caja y lo dejó a un lado sobre la barra.

—Está bien —concedió—. Pero ya que vamos a hacerlo, que sea a lo grande. Chivas. Sencillo para ti, doble para mí. —Apuntó con el índice a Billy y este se encogió; de pronto estaba seguro de que Henry añadiría: «Pero tú vienes conmigo»—. Y no le cuentes a tu madre que te he dejado tomar bebidas fuertes aquí, ¿entendido?

—Sí, señor —respondió Billy aliviado, y fue rápidamente a por la botella antes de que Henry cambiara de idea—. Le entiendo perfectamente.

6

Deke Bradford, el hombre que dirigía el departamento mayor y más costoso de Castle Rock, obras públicas, estaba absolutamente disgustado.

—No, no está aquí —le dijo a Alan—. No ha venido en todo el día. Pero si lo encuentra usted antes que yo, hágame el favor de decirle que está despedido.

—¿Cómo es que lo ha soportado tanto tiempo con usted, Deke?

Los dos hombres conversaban bajo el cálido sol de la tarde a la puerta del garaje municipal número 1. A la izquierda de este, un camión de Construcciones y Suministros Case tenía la parte trasera adosada a un cobertizo. Tres hombres descargaban allí unas cajas de madera pequeñas pero pesadas. Cada una de ellas llevaba estampado el rombo rojo indicativo de explosivos de gran potencia. Alan captó el siseo del aire acondicionado procedente del interior del cobertizo. Le pareció bastante extraño escuchar un acondicionador de aire en funcionamiento a aquellas alturas del año, pero en Castle rock aquella había sido una semana llena de

circunstancias extrañas.

—Lo he soportado más tiempo del que debía —reconoció Deke, y se pasó las manos por el cabello, corto y ya bastante canoso—. Lo he hecho porque pensaba que había un buen hombre oculto en algún lugar dentro de él. —Deke era uno de esos personajes bajos y rechonchos, bocas de incendios con piernas, que siempre parecen dispuestos a pegarle bronca a todo el mundo. Sin embargo, era uno de los hombres más amables y bonachones que Alan había conocido en su vida—. Cuando no estaba borracho o con resaca, no había nadie en el pueblo que trabajara más duro que Hugh. Y había algo en su cara que me hacía pensar que tal vez no fuese uno de esos que tienen que continuar bebiendo hasta que el diablo los tumba. Creí que con un trabajo estable se corregiría y encauzaría su vida. Pero esta última semana...

—¿Qué ha sucedido esta última semana?

—Pues que se le han empezado a cruzar los cables otra vez. Parecía estar todo el rato colocado, y no me refiero necesariamente al alcohol. Los ojos parecían hundidos en el fondo de su cabeza, y cuando hablabas con él, siempre miraba por encima de tu hombro, sin mirarte directamente en ningún momento. Además, empezaba a hablar solo.

—¿Acerca de qué?

—No lo sé. Y dudo que los demás muchachos lo sepan. No me gusta despedir a nadie, pero ya había decidido hacerlo con Hugh antes de que apareciera usted aquí hace un rato. No quiero saber nada más de él.

—Disculpe, Deke.

Alan volvió al coche, llamó a Sheila y le comunicó que Hugh no había ido a trabajar en todo el día.

—Sheila, intente ponerse en contacto con Clut y díglele que se ande con mucho cuidado. Y envíe allí a John para que lo apoye. —Alan vaciló antes de proseguir, consciente de que la advertencia que se disponía a realizar había provocado más de un tiroteo innecesario. Luego decidió continuar. Tenía que hacerlo; se lo debía a sus agentes en acción—. Clut y John tienen que considerar a Hugh armado y peligroso, ¿entendido?

—Armado y peligroso. Cambio.

—Muy bien. Unidad uno, cambio y corto.

Colgó el micrófono y regresó junto a Deke.

—¿Le parece que habrá dejado el pueblo, Deke?

—¿Él? —Deke volvió la cabeza a un lado y escupió jugo de tabaco—. Los tipos como Hugh no se van nunca de un sitio hasta haber cobrado su última paga. La mayoría no se va nunca. Cuando se trata de recordar los caminos que llevan lejos del pueblo, los tipos como Hugh parecen padecer una extraña afección amnésica.

Algo captó la atención de Deke y lo impulsó a volverse hacia los hombres que

descargaban las cajas de madera.

—¡Tened más cuidado con lo que hacéis, muchachos! ¡Se supone que las estáis descargando, no jugando con ellas!

—Tiene usted ahí una buena cantidad de explosivos —comentó Alan.

—Ajá. Veinte cajas. Vamos a volar un afloramiento de granito en la cantera próxima a la carretera Cinco. A mi modo de ver, nos quedarán suficientes para que uno pueda enviar a Hugh hasta el mismo Marte, ¿sabe?

—¿Cómo es que ha pedido tanto?

—No fue idea mía; Dios sabrá por qué Buster aumentó la cantidad que le había solicitado. Una cosa sí puedo decirle, sin embargo: se va a cagar en los pantalones cuando vea la factura de electricidad de este mes..., a menos que llegue pronto un frente frío. Ese acondicionador de aire devora energía cosa mala, pero es preciso mantener frío ese material para que no sude. Todo el mundo asegura que estos nuevos explosivos no precisan guardarse al frío, pero yo opino que más vale prevenir que curar.

—De modo que Buster incrementó el pedido —musitó Alan.

—Sí. En cuatro o seis cajas, no lo recuerdo con exactitud. Uno nunca deja de llevarse sorpresas, ¿verdad?

—Supongo que no. Deke, ¿me permite usar el teléfono?

—Adelante.

Alan permaneció sentado tras la mesa de Deke durante un minuto entero, mientras el sudor formaba dos manchas oscuras en los sobacos de su camisa de uniforme y el zumbido del teléfono sonaba una y otra vez sin que nadie lo descolgara en casa de Polly. Finalmente, volvió a dejar el auricular en la horquilla. Abandonó el despacho con paso lento y la cabeza gacha. Deke estaba cerrando con candado la puerta del cobertizo de la dinamita y, cuando se volvió hacia Alan, tenía la cara larga y triste.

—En algún lugar del interior de Hugh Priest existía una buena persona, Alan. Se lo juro. Muchas veces esa buena persona acaba por surgir. He visto cómo sucedía en otras ocasiones. Más a menudo de lo que se suele creer. Con Hugh, en cambio... —Se encogió de hombros—. Con él no hubo manera.

Alan asintió.

—¿Se encuentra bien, comisario? Ha puesto usted una cara un poco rara.

—Sí, me encuentro bien —respondió Alan con una pequeña sonrisa. Pero era verdad. Estaba un poco raro. Y Polly también. Y Brian Rusk. Parecía que todo el mundo estaba un poco raro aquel día.

—¿Quiere un vaso de agua, o un té frío? Tengo un poco por aquí.

—Gracias, pero será mejor que me vaya.

—De acuerdo. Hágame saber qué sucede.

Aquello era algo que Alan no podía prometer que haría, pero tuvo la nauseabunda sensación, en la boca del estómago, de que su interlocutor podría leer todos los detalles del asunto con sus propios ojos en un par de días. O verlos por televisión.

7

El viejo Chevrolet Bel-Air de Lenny Partridge se detuvo en uno de los espacios de aparcamiento en semibatería delante de Cosas Necesarias poco antes de las cuatro, y el hombre que conducía se apeó de él. Hugh aún llevaba la bragueta abierta y la cola de zorro alrededor del cuello. Cuando cruzó la acera, sus pies desnudos resonaron sobre el asfalto caliente. Al abrir la puerta de la tienda, se oyó el tintineo de la campanilla.

La única persona que lo vio fue Charles Fortin, que se encontraba a la puerta de la Western Auto fumando uno de sus apestosos cigarrillos liados a mano.

—Al viejo Hugh se le han quemado los fusibles por fin —comentó sin dirigirse a nadie en concreto.

Dentro, el señor Gaunt recibió a Hugh con una sonrisilla agradable y expectante, como si los hombres descalzos y de torso desnudo con colas de zorro roídas por la polilla alrededor del cuello aparecieran en la tienda todos los días. Efectuó una pequeña anotación en la hoja de papel que tenía junto a la caja registradora. Era la última marca.

—Tengo problemas —dijo Hugh mientras avanzaba hacia el señor Gaunt. Sus ojos iban de un lado a otro de sus cuencas como la bola de una máquina de billar mecánico—. Esta vez estoy en un verdadero lío.

—Ya lo sé —respondió el señor Gaunt con su voz más sedante.

—Me ha parecido que este era el mejor lugar adonde ir. No sé..., sueño continuamente con usted. Yo... yo no sé adónde más acudir.

—Aquí es a donde debías acudir, Hugh —le aseguró el señor Gaunt.

—Me ha destrozado los neumáticos —dijo Hugh—. Beaufort, ese cerdo de encargado de El Tigre Achispado. Me dejó una nota: «Ya sabes qué vendré a buscar la próxima vez, Hubert», decía. Sé muy bien qué significa eso. Puede estar seguro de que lo sé. —Con los dedos largos de una de sus mugrientas manos, Hugh acarició la roñosa tira de piel y una expresión de adoración llenó su rostro. Habría parecido imbécil de no haber sido tan claramente auténtica—. Mi hermosa, mi maravillosa cola de zorro.

—Quizá deberías encargarte de él —le sugirió el señor Gaunt con aire pensativo —, antes de que él se te adelante. Ya sé que eso suena..., en fin..., excesivo..., pero bien mirado...

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es lo que quiero hacer!

—Entonces creo que tengo justo lo que necesitas —respondió el señor Gaunt. Se agachó, y cuando volvió a incorporarse, tenía en la zurda una pistola automática que deslizó sobre la superficie de cristal del mostrador—. Está cargada.

Hugh la cogió. Su estado de confusión pareció desvanecerse como el humo cuando el sólido peso del arma le llenó la mano. Captó el olor a grasa, profundo y fragante.

—Es que... me he dejado la cartera en casa —murmuró.

—¡Oh!, ahora no tienes que preocuparte de eso —replicó Gaunt—. En Cosas Necesarias, Hugh, aseguramos los objetos que vendemos. —De pronto, su expresión se endureció. Echó los labios hacia atrás dejando la dentadura al descubierto y sus ojos centellearon—. ¡Ve a por él! —exclamó con voz grave, ronca—. ¡Ve a por el cerdo que quiere destruir lo que es tuyo! ¡Ve a por él, Hugh! ¡Protégete! ¡Protege tu propiedad!

De pronto, Hugh sonrió.

—¡Gracias, señor Gaunt! Muchísimas gracias.

—De nada —contestó este, volviendo inmediatamente a su tono de voz normal, pero la campanilla de la puerta anunció que Hugh ya estaba fuera, guardándose la automática en la cintura floja de los pantalones mientras caminaba.

El señor Gaunt se acercó al escaparate y observó a Hugh mientras este se ponía al volante del fatigado Chevrolet y se reincorporaba al tráfico. Un camión de la Budweiser que bajaba a marcha lenta por Main Street hizo sonar la bocina y Hugh hizo una maniobra para esquivarlo.

—Ve a por él, Hugh —repitió Gaunt con voz ronca. Unas pequeñas columnas de humo empezaron a surgir de sus oídos y de sus cabellos; otras columnas más gruesas emergían de las fosas nasales y de entre las blancas lápidas rectangulares de sus dientes—. ¡Ve a por todos los que puedas! ¡Empieza la fiesta, muchacho!

El señor Gaunt echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

8

John LaPointe apresuró el paso hacia la puerta secundaria de la comisaría, la que daba al aparcamiento del edificio municipal. Estaba excitado. «Armado y peligroso.» No era habitual colaborar en el arresto de un sospechoso armado y peligroso. O no lo era en un pueblecito soñoliento como Castle Rock. El agente se había olvidado por completo (al menos de momento) del billettero desaparecido, y Sally Ratcliffe quedaba aún más lejos de su mente.

Alargó la mano para coger el tirador de la puerta en el preciso instante en que

alguien la abría desde el otro lado. De repente, John se encontró ante él con los cien kilos de un colérico instructor de educación física.

—Precisamente te andaba buscando —dijo Lester Pratt con su nuevo tono de voz sedoso. En la mano sostenía un billetero negro de cuero—. ¿No has perdido nada, asqueroso traidor, jugador, descreído hijo de puta?

John no tenía la más remota idea de qué hacía allí Lester Pratt, ni de cómo habría encontrado la cartera que había perdido. Lo único que sabía era que le habían encargado apoyar a Clut y que tenía que acudir de inmediato a donde estaba este.

—Sea lo que sea, ya hablaremos más tarde, Lester —dijo, alargando la mano para recuperar la cartera. Cuando Lester la apartó, lejos de su alcance primero, y la lanzó luego hacia delante, dándole con ella en medio de la cara, John LaPointe se quedó más desconcertado que enfadado.

—No tengo ganas de hablar —replicó Lester, sin abandonar aquella nueva voz sedosa—. No estoy dispuesto a perder el tiempo.

Dejó caer el billetero, agarró a John por los hombros, lo levantó del suelo y lo arrojó de nuevo al interior de la comisaría. El agente LaPointe voló un par de metros por los aires y aterrizó sobre la mesa de Norris Ridgewick. Sus posaderas se deslizaron sobre ella, abriendo un surco entre el montón de papeleo pendiente de su compañero y echando al suelo las bandejas de ENTRADAS y SALIDAS. Tras ellas cayó John, que aterrizó sobre la espalda con un doloroso golpe sordo.

Sheila Brigham contemplaba la escena boquiabierta, a través de la ventanilla de la centralita.

John empezó a levantarse. Estaba sorprendido y desconcertado y no acertaba a imaginar de qué iba aquel asunto.

Solo vio que Lester avanzaba hacia él con gesto de pelea. Tenía los puños levantados en una anticuada pose a lo John L. Sullivan que debería haber resultado cómica pero que no lo era.

—Voy a darte una lección —anunció Lester con su nuevo tono de voz sedoso—. Voy a enseñarte qué les sucede a los católicos que se llevan a las chicas de los baptistas. Voy a enseñártelo, y cuando termine la lección, la habrás aprendido tan bien que nunca más la olvidarás —añadió, y se acercó a la distancia precisa para iniciar las clases.

Billy Tupper tal vez no fuera un intelectual, pero en cambio era un oyente comprensivo y precisamente eso era la mejor medicina para la furia que experimentaba Henry Beaufort aquella tarde. Henry apuró su trago y le contó a Billy

lo sucedido... y, mientras hablaba, notó que iba tranquilizándose. Se le ocurrió pensar que, si hubiera cogido el arma y hubiera seguido su camino sin detenerse, lo más probable habría sido que terminase el día no detrás de la barra del bar, sino tras los barrotes de la celda de la comisaría. Apreciaba muchísimo su Thunderbird, pero empezaba a darse cuenta de que su afecto no bastaba para ir a la cárcel por él. Podía cambiar los neumáticos y el chapista haría desaparecer finalmente la raya de la carrocería. En cuanto a Hugh Priest, la ley se encargaría de él.

Cuando hubo terminado el whisky, se levantó.

—¿Aún sigue pensando en ir tras él, señor Beaufort? —preguntó Billy con voz temerosa.

—No. No voy a perder el tiempo con eso —respondió Henry, y Billy exhaló un suspiro de alivio—. Dejaré que sea Alan Pangborn quien se encargue del tipo. Para eso pago los impuestos, ¿no te parece, Billy?

—Supongo que sí. —Billy echó un vistazo por la ventana y se animó un poco. Un coche desvencijado, que en otro tiempo había sido blanco pero que ahora mostraba un color indefinido, un color que podía catalogarse de «gris camino de tierra», subía por la cuesta hacia El Tigre Achispado extendiendo tras él una espesa niebla azul por el tubo de escape—. ¡Mire! ¡Es el viejo Lenny! ¡Hacía siglos que no lo veía!

—De todos modos, el local no abre hasta las cinco —respondió Henry, al tiempo que pasaba detrás de la barra para usar el teléfono. La caja que contenía la escopeta de cañones recortados seguía aún sobre la barra. Henry la miró y reflexionó: Creo que estaba dispuesto a usarla. Estaba realmente decidido a hacerlo. ¿Qué diablos se dispara en la gente, alguna especie de veneno?

Billy se encaminó hacia la puerta al tiempo que la vieja cafetera de Lenny se detenía en el aparcamiento.

10

—Lester... —empezó a decir John LaPointe, pero en aquel mismo instante un puño casi tan grande como un jamón cocido Daisy pero mucho más duro se estrelló contra el centro de su rostro. Oyó un atroz crujido, seguido de un terrible estallido de dolor, al quebrársele el hueso de la nariz. Se le cerraron los ojos y, tras los párpados, la vista se le llenó de estrellitas de brillantes colores. Tambaleándose, el agente cruzó la estancia a ciegas, agitando los brazos y librando una batalla perdida de antemano por sostenerse en pie. La sangre le manaba a raudales de la nariz y le cubría la boca. Fue a dar contra el tablero de anuncios y este cayó de la pared. Lester empezó a avanzar hacia él otra vez, con el ceño fruncido en una expresión de patente concentración bajo su llamativo corte de pelo. En la centralita de la oficina, Sheila

conectó la radio y empezó a llamar a gritos a Alan.

11

Frank Jewett se disponía a abandonar la casa de su «buen amigo», George T. Nelson, cuando de pronto lo asaltó un pensamiento de alarma. Cuando George T. Nelson llegara a la casa, reflexionó Frank, y encontrara su dormitorio patas arriba, la cocaína arrojada por el retrete y el retrato de su madre por el suelo, con el regalito encima, era probable que saliera en busca de su viejo compañero de juerga. Así pues, Frank decidió que sería estúpido marcharse sin terminar lo que había empezado..., y sin terminar lo que había empezado significaba volarle los cojones a aquel cerdo chantajista que así fuera. En la planta baja de la casa había un armero, y la idea de realizar el trabajo con una de las armas del propio George T. Nelson le pareció a Frank de justicia poética. Si no conseguía abrir la cerradura del armero, o forzar la puerta, recurriría a uno de los cuchillos de cortar carne de aquel viejo compañero de juerga para acabar con él. Se ocultaría tras la puerta principal, y cuando George T. Nelson entrara, Frank le volaría los cojones de un disparo o lo agarraría por el pelo y le rebanaría el cuello con el cuchillo. Probablemente dispararle sería la más segura de las dos alternativas, pero cuanto más pensaba Frank en la sangre caliente manando a borbotones del cuello degollado de George T. Nelson y bañándole las manos, más adecuada le parecía esa opción. *Et tu, Georgie. Et tu, jodido chantajista.*

Las reflexiones de Frank se vieron perturbadas en aquel punto por la voz del periquito de George T. Nelson, Tammy Faye, que había escogido el peor momento posible de su breve vida aviar para ponerse a cantar. Cuando Frank reconoció lo que captaban sus oídos, una sonrisa extraña y terriblemente desagradable empezó a formarse en su rostro. ¿Cómo había podido pasar por alto al maldito pájaro hasta aquel momento?, se preguntó mientras se encaminaba a la cocina.

Tras una breve búsqueda, encontró el cajón de los cuchillos y se pasó el cuarto de hora siguiente introduciendo la punta de uno de ellos entre los finos barrotes de la jaula de Tammy Faye y obligando al ave, aterrorizada, a batir las alas con un revuelo de plumas. Así continuó Frank, martirizando al periquito, hasta que se aburrió de jugar y lo ensartó en la punta del cuchillo, como en un espetón. Después bajó a ver qué podía hacer con el armero. El cerrojo resultó bastante fácil de forzar, y cuando subió de nuevo los escalones hasta el piso superior, Frank empezó a entonar una canción extempórea pero muy alegre:

*¡Oh... Deja de resistirte, deja de llorar,
deja de hacer pucheros y no armes más jaleo,
porque Papa Noel ya se acerca en su trineo!*

*¡Él te observa cuando duermes
y está pendiente de ti toda la jornada!
¡Siempre sabe si has sido malo o bueno,
así que pórtate bien o no te dejará nada!*

Frank, que nunca había dejado de ver el programa de Lawrence Welk los sábados por la noche en compañía de su adorada madre, entonó el último verso con una voz grave de bajo al estilo de Larry Hooper. Se sentía estupendamente. ¿Cómo era posible que, apenas una hora antes, hubiera pensado que su vida tocaba a su fin? ¡Aquello no era el fin, sino el comienzo! ¡Abajo con lo viejo, en especial con los viejos «amigos» como George T. Nelson, y viva todo lo nuevo!

Se colocó detrás de la puerta, perfectamente pertrechado para lo que se proponía hacer: tenía una carabina Winchester apoyada en la pared, una pistola Llama automática, de nueve milímetros, en la parte de atrás del pantalón y un cuchillo de carnicero Sheffington en la mano. Desde su posición alcanzaba a ver el montoncito de plumas verdes de lo que había sido Tammy Faye. Una sonrisilla asomó en las facciones de Frank, que recordaban las del Mr. Weatherbee de las tiras cómicas, mientras sus ojos, completamente desquiciados en aquel momento, se movían sin cesar de un lado a otro tras las gafas redondas y sin montura que le daban el aire de Mr. Weatherbee.

—«¡Así que pórtate bien o no te dejará nada!» —murmuró para sí en tono admonitorio. Mientras aguardaba allí, repitió varias veces aquel último verso, y algunas más cuando se instaló cómodamente, sentado tras la puerta con las piernas cruzadas, la espalda apoyada en la pared y las armas entre los muslos.

Empezó a sentirse alarmado ante la modorra que le estaba entrando. Parecía cosa de locos estar a punto de caer dormido mientras aguardaba para cortarle el cuello a aquel tipo, pero eso no cambiaba el hecho. Creía haber leído en alguna parte (tal vez en una de sus clases de la Universidad de Maine, en Farmington, una institución poco destacada en la que se había graduado sin el menor honor) que una alteración grave del sistema nervioso producía a veces aquel efecto, y él había sufrido una buena alteración del sistema nervioso, desde luego. Era un milagro que el corazón no le hubiera reventado como un neumático viejo al ver aquellas revistas esparcidas por todo el despacho.

Frank decidió que no convenía correr riesgos. Apartó un poco de la pared el sofá de George, de color harina de avena, se colocó a gatas detrás del mueble y se tendió de espaldas con la carabina junto a la mano izquierda. La diestra, aún cerrada en torno a la empuñadura del cuchillo de carnicero, quedaba apoyada sobre el pecho. Mucho mejor así, se dijo. La gruesa moqueta de la casa de George resultaba mullida y cómoda.

—«Así que pórtate bien o no te dejará nada» —entonó Frank en un susurro. Aún seguía cantando cuando, diez minutos más tarde, cayó dormido finalmente.

—¡Unidad uno! —chilló la voz de Sheila por la radio colocada bajo el tablero de instrumentos del coche de Alan, mientras este cruzaba el puente metálico de regreso al pueblo—. ¡Adelante, unidad uno! ¡Responda enseguida!

Alan experimentó una sensación de vértigo, un vacío en el estómago. Seguro que Clut se había metido en un avispero mientras husmeaba en las cercanías de la casa de Hugh Priest, en Castle Hill Road.

¡Por todos los santos!, se reprendió, ¿cómo no le había ordenado a Clut que esperase a John antes de ir a por Hugh?

Lo sabes muy bien, se respondió a sí mismo: porque al dar las órdenes no tenías toda la atención concentrada en el trabajo.

Si a Clut le sucedía algo como consecuencia de su error, tendría que afrontarlo y asumir la parte de culpa que le correspondía. Pero eso vendría más tarde. En aquel momento, su tarea era precisamente realizar su trabajo. ¡Ánimo, pues, Alan!, añadió para sí. Olvídate de Polly y dedícate a tu maldito trabajo.

Descolgó el micrófono de la horquilla y respondió con decisión:

—Unidad uno, al habla.

—¡Un tipo está pegando a John! —gritó Sheila—. ¡Vuelva pronto, Alan! ¡Ese hombre le está dando una paliza!

La información resultaba tan absolutamente contradictoria con lo que Alan había esperado escuchar que, por un instante, se quedó totalmente desconcertado.

—¿Qué? ¿Quién? ¿Ahí?

—¡Deprisa, Alan! ¡Lo está matando!

De pronto todo encajó en la mente de Alan. El tipo era Hugh Priest, sin duda. Por alguna razón, Hugh había acudido a la comisaría, había llegado antes de que John pudiera salir hacia Castle Hill y se había puesto a atizar a quien se le había cruzado por delante. Así pues, era John LaPointe, y no Andy Clutterbuck, quien corría peligro. Alan cogió la luz de emergencia policial, conectó su centelleo y la adhirió al techo del automóvil. Cuando llegó al extremo del puente más próximo al pueblo, tras dirigir una muda disculpa al viejo coche familiar, pisó el acelerador a fondo.

Clut empezó a sospechar que Hugh no estaba en casa cuando vio que los cuatro neumáticos del coche no estaban simplemente deshinchados, sino hechos trizas.

Estaba a punto de acercarse a la casa de todos modos cuando, finalmente, oyó unos débiles gritos de socorro. Se quedó unos instantes donde estaba, indeciso, y luego volvió sobre sus pasos a toda prisa. Esta vez vio a Lenny tendido en la cuneta de la carretera y echó a correr hacia el viejo, con la cartuchera desabrochada aleteando al costado.

—¡Ayúdeme! —gimió Lenny cuando Clut hincó la rodilla a su lado—. ¡Hugh Priest se ha vuelto loco! ¡Ese maldito chiflado me ha sacado del coche a golpes!

—¿Dónde se ha hecho daño, Lenny? —preguntó Clut.

Tocó el hombro del anciano y este soltó un chillido. Fue una respuesta tan buena como cualquier otra. Clut se incorporó, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Se le habían acumulado demasiadas ideas en la cabeza y lo único que sabía con seguridad era que deseaba desesperadamente no meter la pata en aquel asunto.

—No se mueva —indicó por último—. Voy a llamar a asistencia médica.

—No tengo ninguna intención de levantarme y bailar un tango, maldito estúpido —replicó Lenny. Gruñía y gemía de dolor como un galgo viejo con una pata rota.

—Muy bien —asintió Clut. Echó a correr hacia el coche patrulla, se detuvo y volvió junto a Lenny—. Se ha llevado su coche, ¿verdad?

—¡No! —exclamó Lenny con un jadeo, llevándose las manos a las costillas rotas—. Me ha sacado de él a golpes y luego se ha ido volando en una maldita alfombra mágica. ¡Pues claro que se ha llevado el coche! ¿Qué cree, si no, que estoy haciendo aquí, en el suelo? ¿Tomar un poco el sol?

—Muy bien —repitió Clut, y corrió carretera abajo. Varias monedas le saltaron del bolsillo y rodaron por el asfalto como pequeños arcos voltaicos brillantes.

Introdujo la cabeza por la ventanilla del coche tan deprisa que estuvo a punto de golpearse con el marco de la portezuela. Agarró el micrófono. Tenía que ponerse en contacto con Sheila para que mandara ayuda al viejo, pero eso no era lo más importante. Tenía que comunicar a Alan y a la policía del estado que Hugh Priest conducía ahora el viejo Chevrolet Bel-Air de Lenny Partridge. Clut no estaba seguro del año del modelo, pero el desvencijado quemador de aceite de color polvo era inconfundible.

Sin embargo, no consiguió comunicar con Sheila. Lo intentó tres veces y no obtuvo respuesta.

Ninguna en absoluto.

Oyó que Lenny empezaba a quejarse de nuevo y entró en casa de Hugh para llamar por teléfono a los servicios de rescate de Norway.

Un momento oportunísimo para que Sheila tuviera que ir al baño, pensó.

Henry Beaufort también estaba tratando de ponerse en contacto con la comisaría desde el teléfono de la barra del bar. Con el auricular pegado a la oreja, escuchó una y otra vez la señal de espera.

—Vamos —murmuró—, que alguien atienda la maldita llamada. ¿Qué está haciendo todo el mundo en la oficina del comisario, jugar a las cartas?

Billy Tupper había salido. Henry le oyó gritar algo y levantó la vista con impaciencia. El grito fue seguido de un súbito estampido. En un primer momento, Henry pensó que había reventado uno de los gastados neumáticos de Lenny..., pero entonces sonaron dos estampidos más.

Billy apareció de nuevo en la puerta del local, caminando muy despacio. Tenía una mano a la altura del cuello y le manaba sangre entre los dedos.

—¡Henry! —gimió con una extraña voz sofocada—. ¡Henry! ¡Hen...!

Llegó hasta la máquina de discos, se detuvo allí un momento tambaleándose y luego todo su cuerpo pareció relajarse de pronto y se desmoronó como un guiñapo.

Una sombra cubrió sus pies, que estaban casi fuera de la puerta, y a continuación apareció su dueño. Llevaba una cola de zorro en torno al cuello y empuñaba una pistola cuyo cañón aún humeaba. Unas gotitas de sudor como pequeñas gemas salpicaban la tupida mata de vello entre sus tetillas. Las bolsas bajo los ojos eran acusadas y pardas. El hombre pasó por encima de Billy Tupper y penetró en la penumbra de El Tigre Achispado.

—Hola, Henry —saludó Hugh Priest.

15

John LaPointe no sabía por qué estaba sucediendo todo aquello, pero sabía que Lester iba a matarlo si seguía..., y Lester no daba la menor muestra no ya de detenerse sino de aflojar siquiera. Intentó escurrirse junto a la pared y ponerse fuera de su alcance, pero Lester lo agarró por la camisa y le obligó a incorporarse de un tirón. Lester seguía respirando sin problemas. Y ni siquiera se le había salido la camisa de la banda elástica de sus pantalones de chándal.

—¡Aquí tienes, Johnny! —exclamó Lester, y descargó un nuevo puñetazo en el labio superior del policía. John LaPointe notó que se le partía la carne contra los dientes—. ¡Para que vuelvas a dejarte crecer ese maldito bigotillo!

A ciegas, John sacó una pierna de debajo de Lester, la encogió y lanzó una patada lo más fuerte que pudo. Lester soltó un alarido de sorpresa y se dobló por la cintura, pero, al tiempo que caía hacia delante, alargó ambas manos, sujetó con ellas la camisa manchada de sangre del agente y arrastró a este encima de él. Después, sin desasirse, ambos rodaron por el suelo golpeándose con los puños y con la cabeza.

Los dos estaban demasiado ocupados para ver a Sheila Bringham salir del cubículo de la centralita y entrar en el despacho de Alan. La mujer descolgó el fusil de la pared, lo amartilló y volvió con él a toda prisa hasta la zona pública de la comisaría, ahora en absoluto desorden. Lester estaba sentado encima de John y se dedicaba a golpearle metódicamente la cabeza contra el suelo.

Sheila sabía utilizar el arma que tenía en las manos; había asistido a prácticas de tiro desde que tenía ocho años. Se echó la culata al hombro y gritó:

—¡Apártate de él, John! ¡Déjame un blanco claro!

Al escuchar su voz, Lester se volvió con un brillo de furia en los ojos. Descubrió los dientes en una mueca como un gorila colérico y no tardó en seguir golpeando la cabeza de John contra el suelo.

16

Cuando Alan se acercaba al edificio municipal, recibió la primera sorpresa incuestionablemente buena de la jornada: el Volkswagen de Norris Ridgewick se acercaba desde la dirección contraria. Norris vestía de paisano, pero a Alan no le importó en absoluto. Aquella tarde necesitaba a su agente. ¡Vaya si lo necesitaba!

Entonces, también aquello se fue al carajo.

Un gran coche rojo, un Cadillac con placa de matrícula KEETON-1, surgió del estrecho callejón que accedía al aparcamiento del edificio. Alan observó, boquiabierto, cómo Buster lanzaba su Cadillac contra el lateral del Escarabajo de Norris. El Cadillac no iba muy deprisa, pero tenía casi cuatro veces el tamaño del coche de Norris. Se oyó un crujido de la plancha al doblarse y el Volkswagen volcó sobre el costado del acompañante con un estampido sordo y un tintineo de cristales rotos.

Alan clavó el freno y salió de su coche.

Buster salía de su Cadillac.

Norris luchaba por arrastrarse a través de la ventanilla del Volkswagen con una expresión de desconcierto en el rostro. Buster echó a andar hacia Norris, al tiempo que cerraba los puños. Una sonrisa helada empezaba a asomar en su cara redonda y gruesa.

Alan observó aquella sonrisa y echó a correr.

17

La primera bala que disparó Hugh hizo trizas una botella de Wild Turkey detrás de la

barra. La segunda destrozó el cristal de un documento enmarcado que colgaba en la pared justo encima de la cabeza de Henry y dejó un agujero redondo y negro en la licencia de expedición de licores. La tercera rasgó la mejilla derecha de Henry Beaufort y la convirtió en una nube rosada de sangre y carne volatilizada.

Henry soltó un grito, agarró la caja donde guardaba la escopeta de cañones recortados y se agachó tras el mostrador. Sabía que Hugh le había pegado un tiro, pero no sabía si era grave o no. Solo notaba que el costado derecho de su rostro le ardía de pronto como un horno y que un reguero de sangre caliente, húmeda y pegajosa, le caía por el cuello.

—Hablemos de coches, Henry —masculló Hugh mientras se acercaba a la barra—. Mejor aún, hablemos de mi cola de zorro... ¿Qué te parece?

Henry abrió la caja. El interior estaba forrado de terciopelo rojo. Introdujo sus manos temblorosas e inestables y sacó el Winchester de cañones recortados. Se dispuso a abrirla, pero comprendió que no le daría tiempo. Tendría que esperar que estuviera cargada. Recogió las piernas debajo del cuerpo, disponiéndose a levantarse de un salto y dar a Hugh lo que esperaba, sinceramente, que fuera una gran sorpresa.

18

Sheila se dio cuenta de que John no iba a salir de debajo de aquel loco furioso, que ya había identificado como Lester Platt, o Pratt..., o como diablos se llamara el profesor de gimnasia del instituto. Sheila advirtió que John no podría salir de debajo de él. Lester había dejado de golpear la cabeza de John contra el suelo y, en lugar de ello, tenía sus manazas cerradas en torno al cuello.

La mujer dio la vuelta al arma, cerró las manos en torno al cañón y llevó la culata hacia atrás, por encima del hombro, como un bateador de béisbol. Después impulsó el arma hacia delante en un movimiento enérgico y fluido.

Lester volvió la cabeza en el último momento, justo a tiempo para que la culata de madera de castaño con el canto de acero le acertara entre los ojos.

Se oyó un desagradable chasquido cuando la culata abrió un agujero en el cráneo de Lester y convirtió en gelatina el lóbulo frontal de su cerebro. Sonó como si alguien hubiera pisado con mucha energía una caja llena de palomitas de maíz. Lester Pratt estaba muerto antes de tocar el suelo.

Sheila Brigham lo miró y empezó a gritar.

19

—¿Creías que no sabría quién había sido? —bramó Buster Keeton mientras tiraba de Norris, que estaba confuso pero indemne, hasta extraer el resto de su cuerpo por la ventanilla del lado del conductor del Volkswagen—. ¿Creías que no lo sabría, con tu nombre escrito al pie de cada uno de esos malditos volantes rosa que me dejaste? ¿Eso creías? ¿Eh?

Echó un puño hacia atrás para descargarlo sobre Norris... y Alan Pangborn pasó limpiamente unas esposas en torno a la muñeca levantada.

—¿Qué...? —exclamó Buster, dándose la vuelta pesadamente.

En el interior de la comisaría, alguien se puso a gritar.

Alan se volvió en dirección hacia donde había sonado el grito y utilizó la esposa abierta al otro extremo de la corta cadena para tirar de Buster hacia la portezuela abierta del Cadillac. Mientras lo hacía, Buster le golpeó repetidas veces. Alan encajó varios puñetazos en el hombro sin resentirse y cerró el extremo libre de las esposas en torno al tirador de la portezuela del coche.

Se volvió y encontró a Norris a su lado. Tuvo tiempo de advertir que este tenía un aspecto terrible, y de atribuirlo al hecho de haber sido embestido de pleno por el presidente del Consejo Municipal.

—Vamos —dijo al agente—. Tenemos problemas.

Pero Norris no le hizo caso, al menos de momento. Pasó junto a Alan y lanzó a Buster Keeton un golpe directo a los ojos. Buster dejó escapar un chillido sobresaltado y cayó hacia atrás contra la puerta del coche. Esta aún estaba abierta y se cerró bajo su peso, pillándole el faldón de su camisa blanca empapada en sudor en la cerradura.

—¡Este por el truco de la ratonera, mierda grasienta! —gritó Norris.

—¡Ya te cogeré! —replicó Buster también a gritos—. ¡Tenlo por seguro! ¡Os cogeré a todos!

—De momento, coge esta —gruñó Norris. Y ya se lanzaba de nuevo hacia delante, con los puños a los costados de su hinchado pecho, cuando Alan lo agarró y lo contuvo.

—¡Deja eso! —le gritó a Norris a la cara—. ¡Tenemos problemas ahí dentro! ¡Problemas graves!

El grito hendió de nuevo el aire. Para entonces se empezaba a congregarse gente en las aceras de Lower Main Street. Norris se volvió hacia los espectadores y luego de nuevo hacia Alan. El comisario comprobó con alivio que la mirada de su ayudante se había despejado y que Norris volvía a parecer él mismo. Más o menos.

—¿De qué se trata, Alan? ¿Tiene algo que ver con él? —inquirió, señalando con la barbilla hacia el Cadillac. Buster seguía allí de pie, mirándolos con aire hosco y tirando con la mano libre de las esposas sujetas a su otra muñeca. Daba la impresión de no haber oído en absoluto los gritos.

—No —respondió el comisario—. ¿Tienes tu pistola?

Norris movió la cabeza en gesto de negativa.

Alan desabrochó la tirilla de seguridad de la cartuchera, sacó su arma oficial de nueve milímetros y se la tendió a Norris.

—¿Y tú qué? —le preguntó Norris.

—Quiero tener las manos libres. Vámonos de una vez. Hugh Priest está en la comisaría. Y se ha vuelto loco.

20

Hugh Priest se había vuelto loco, en efecto —no cabían muchas dudas al respecto—, pero estaba a unos buenos cinco kilómetros del edificio municipal de Castle Rock.

—Hablemos de... —empezó a decir, y fue en ese instante cuando Henry Beaufort se levantó de un salto detrás del mostrador, como el muñeco de una caja de sorpresas, con la parte derecha de la camisa empapada en sangre y la escopeta de cañones recortados preparada.

Henry y Hugh dispararon simultáneamente. El estampido de la pistola quedó engullido por el rugido difuso y primitivo de la escopeta. Los cañones recortados escupieron una lengua de humo y fuego que levantó a Hugh del suelo y lo arrojó al otro extremo del salón, con los talones desnudos arrastrándose por el suelo y el pecho convertido en un cenagal rojo de carne desintegrada. La pistola voló de su mano. Las puntas de su cola de zorro empezaron a arder.

La bala de Hugh le atravesó a Henry el pulmón derecho y lo lanzó hacia atrás hasta que chocó con el fondo de la barra. Las botellas del aparador cayeron al suelo y se rompieron en pedazos alrededor del hombre. Un gran entumecimiento se extendió a través de su pecho. Dejó caer la escopeta y se tambaleó hacia el teléfono. El aire estaba lleno de un olor extravagante a licor derramado y pelos de zorro chamuscados. Henry intentó tomar aliento, y aunque el pecho se hinchó normalmente, pareció como si no le entrara aire. Y un sonido fino, agudo, le indicó que este se le escapaba por el agujero del pecho.

El teléfono parecía pesar mil kilos, pero finalmente logró llevárselo al oído y pulsar el botón que marcaba automáticamente el número de la comisaría.

Ring... ring... ring...

—¿Qué coño sucede con vosotros? —jadeó entrecortadamente—. ¡Me estoy muriendo! ¡Coged el maldito teléfono!

Pero el teléfono continuó dando la misma señal.

Norris alcanzó a Alan en medio del callejón y los dos avanzaron hombro con hombro hasta el pequeño aparcamiento del edificio municipal. Norris sostenía el revólver de servicio de Alan con el dedo índice cerrado en torno al guardamonte y el cañón, corto y grueso, apuntado hacia el caluroso cielo de octubre. En el aparcamiento vieron el Saab de Sheila Brigham junto al coche patrulla número 4, el de John LaPointe, pero nada más. Alan se preguntó por un instante dónde estaba el coche de Hugh, y casi al momento se abrió de improviso la puerta secundaria de la comisaría. Apareció en el quicio alguien que sostenía el fusil del despacho del comisario entre unas manos ensangrentadas. Norris apuntó la pistola de nueve milímetros de cañón corto y deslizó el índice al interior del guardamonte. Alan advirtió dos cosas al instante. La primera fue que Norris se disponía a disparar. La segunda, que la persona que había aparecido gritando con el arma entre las manos no era Hugh Priest, sino Sheila Brigham.

Los reflejos casi milagrosos de Alan Pangborn salvaron la vida a Sheila aquella tarde, pero por muy poco. Alan no se molestó en intentar gritar o tan siquiera en utilizar la mano para desviar el cañón de la pistola. Ninguna de ambas cosas habría dado resultado. En lugar de ello, alargó el codo y luego lo levantó como un bailarín haciendo un escorzo en una danza folclórica. El codo acertó en la mano de Norris que sostenía el arma, desviando el cañón hacia arriba un segundo antes de que el agente abriera fuego. El disparo sonó como el restallido de un látigo en el recinto rodeado de paredes. En el segundo piso del edificio principal, una ventana de la oficina de servicios municipales saltó hecha añicos. A continuación, Sheila dejó caer el fusil que había utilizado para abrirle el cráneo a Lester Pratt y echó a correr hacia la pareja entre gritos y sollozos.

—¡Cielo santo! —exclamó Norris con un hilo de voz, conmocionado. Su rostro estaba blanco como el papel cuando tendió la pistola a Alan, sujetándola por el cañón—. ¡Dios misericordioso, he estado a punto de disparar a Sheila!

—¡Alan! ¡Gracias a Dios!

Sheila se le echó encima casi sin aflojar su carrera y estuvo a punto de derribarlo. El comisario enfundó su revólver y luego la abrazó. La mujer temblaba como un cable eléctrico por el que pasara demasiada corriente. Alan sospechó que también él estaba temblando incontinentemente, y que había estado a punto de mojarse los pantalones. Sheila estaba histérica, ciega de pánico, y el comisario consideró que aquel estado era casi una bendición: probablemente, ni se había enterado de lo cerca que había estado de recibir un disparo.

—¿Qué sucede ahí dentro, Sheila? —le preguntó—. ¡Cuéntemelo, deprisa!

El disparo de la pistola y el eco consiguiente le habían provocado tal pitido en los oídos que casi habría jurado que escuchaba el timbre de un teléfono en alguna parte.

22

Henry Beaufort se sentía como un muñeco de nieve fundiéndose al sol. Las piernas no le sostenían y se dejó caer lentamente hasta quedar de rodillas, con el teléfono pegado aún al oído y escuchando una y otra vez la señal de llamada, que nadie atendía. La cabeza le daba vueltas con la mezcla de olores del licor derramado y de la cola de zorro quemada. Otro hedor penetrante se había añadido ahora a estos, y Henry sospechó que procedía de Hugh Priest. Fue vagamente consciente de que aquello no funcionaba y que tendría que marcar otro número para pedir ayuda, pero no se creyó capaz de hacerlo. Sencillamente, le resultaba imposible marcar otro número en el teléfono. Así pues, permaneció arrodillado detrás de la barra en un charco cada vez mayor de su propia sangre, escuchando el silbido del aire que se le escapaba por el agujero del pecho, como el ulular de un silbato de vapor, y resistiéndose desesperadamente a perder la conciencia. Faltaba una hora para abrir el bar. Billy estaba muerto, y si nadie contestaba pronto al teléfono, también él lo estaría cuando empezaran a llegar los primeros clientes para aprovechar el descuento en las copas durante la «hora feliz».

—Por favor —susurró Henry con una voz sin aliento que quería ser un grito—. Por favor, contestad al teléfono. ¡Que alguien atienda la maldita llamada!

23

Sheila Brigham empezó a recuperar cierto control de sí misma y Alan consiguió sacarle enseguida lo más importante: que había puesto fuera de combate a Hugh con la culata del fusil. Así pues, nadie iba a intentar dispararles cuando cruzaran la puerta de la comisaría.

Eso esperaba, al menos.

—Vamos allá —indicó a Norris—. Adelante.

—Alan... Cuando Sheila ha salido..., yo he creído que...

—Ya sé lo que has creído, pero no ha sucedido nada. Olvídalo, Norris. Piensa en John, que está ahí dentro. ¡Vamos!

Los dos policías llegaron hasta la puerta y se resguardaron a ambos lados del marco. Alan se volvió hacia Norris.

—Agáchate al entrar —le previno.

Norris asintió.

Alan agarró el tirador, abrió la puerta de golpe y se asomó al interior. Norris entró en la comisaría agachado, por debajo del cuerpo de su jefe.

John había conseguido levantarse y recorrer tambaleándose casi toda la distancia que lo separaba de la puerta. Alan y Norris se arrojaron sobre él como la primera línea de defensa de los viejos Pittsburgh Steelers, y John sufrió una última y dolorosa indignidad: sus colegas lo derribaron de lleno y lo mandaron resbalando por el suelo de baldosas como un proyectil de una partida de bolos en un bar. LaPointe golpeó la pared del fondo con un ruido sordo y lanzó un grito de dolor que transmitía a la vez sorpresa y cierto hastío.

—¡Cielos, si es John! —exclamó Norris—. ¡Vaya plancha!

—¡Ayúdame con él! —dijo Alan.

Los dos cruzaron la sala a toda prisa hasta llegar junto a John, quien poco a poco se había incorporado por sí mismo hasta quedar sentado. Su rostro era una máscara ensangrentada. Tenía la nariz completamente desviada hacia la izquierda y el labio superior se le estaba dilatando como una cámara de neumático excesivamente hinchada. Cuando Alan y Norris se agacharon junto a él, se llevó una mano bajo la boca y escupió en ella un diente.

—Ezztaba loco —balbució con una voz débil y aturdida—. Zzheila le dio con el fuzzil. Zzeguro que lo ha matado.

—¿Cómo estás tú, John? —preguntó Norris.

—Hecho zzisco —le contestó LaPointe. Acto seguido, como para demostrarlo, inclinó el cuerpo hacia delante y vomitó abundantemente entre sus piernas abiertas.

Alan miró a su alrededor, vagamente consciente de que no era solo cosa de sus oídos. El sonido del teléfono era real. Pero en aquel momento una llamada telefónica carecía de importancia. Vio a Hugh tumbado boca abajo junto a la pared del fondo y se acercó a él. Apoyó la oreja contra la espalda de Hugh, tratando de captar los latidos de su corazón a través de la camisa. Al principio, lo único que consiguió oír fue el repetido timbrado del teléfono. Parecía como si todos los aparatos de todas las mesas estuvieran sonando a la vez.

—¡Contesta esa condenada llamada o descuelga el auricular! —ordenó con malos modos a Norris.

Este se acercó al teléfono más cercano (casualmente, el de su propio escritorio), pulsó la tecla parpadeante y descolgó el auricular.

—No nos moleste ahora —dijo—. Estamos en plena situación de emergencia. Tendrá que llamar más tarde.

Y volvió a dejar el aparato en la horquilla sin esperar respuesta.

Henry Beaufort apartó el teléfono, el pesadísimo teléfono, del oído y lo miró con ojos empañados e incrédulos.

—¿Cómo dice? —susurró.

De pronto ya no pudo seguir sosteniendo el auricular.

El peso le resultaba excesivo. Lo dejó caer al suelo, se derrumbó lentamente junto a él y se quedó allí tendido, jadeando.

25

A juicio de Alan, Hugh estaba decididamente muerto. Lo agarró por los hombros, le dio media vuelta... y resultó que no era Hugh. El rostro estaba demasiado cubierto de sangre, sesos y fragmentos de hueso para poder decir quién era, pero, con seguridad, no se trataba de Hugh Priest.

—¿Qué coño está pasando aquí? —preguntó perplejo.

26

Danforth «Buster» Keeton, sujeto con las esposas a su propio Cadillac en medio de la calle, observó cómo Ellos lo contemplaban. Ahora que el Comisario Perseguidor y su Ayudante Perseguidor se habían marchado, Ellos no tenían nada más que mirar. Los observó y comprendió que todos formaban parte de Ellos. Todos y cada uno de Ellos.

Bill Fullerton y Henry Gendron habían salido a la puerta de la barbería. Bobby Dugas estaba entre los dos, con el delantal de barbero aún atado en torno al cuello y colgándole por delante como una servilleta gigantesca. Charlie Fortin había asomado la cabeza del taller de la Western Auto. Scott Garson y sus asquerosos amigos abogados, Albert Martin y Howard Potter, estaban delante del banco, donde probablemente habían estado hablando de él cuando había estallado el alboroto. Miradas.

Jodidas miradas.

Por todas partes veía miradas.

Todas dirigidas hacia él.

—¡Os estoy viendo! —exclamó de pronto—. ¡Os veo a todos! ¡A todos! ¡Y sé muy bien lo que tengo que hacer! ¡Sí señor! ¡Podéis estar seguros de que lo sé!

Buster abrió la puerta del Cadillac e intentó meterse en él, pero no pudo. Las esposas estaban sujetas al tirador exterior de la portezuela, y aunque la cadena entre las manillas era larga, no alcanzaba.

Uno de Ellos se echó a reír.

Buster captó la carcajada con toda nitidez.

Y miró a su alrededor.

Muchos vecinos de Castle Rock se habían detenido frente a los comercios de la calle principal del pueblo para observarlo con unos ojillos negros, como perdigones, de ratas inteligentes.

Allí estaban todos menos el señor Gaunt.

Pero, aun así, el señor Gaunt estaba presente en cierto modo; el señor Gaunt estaba dentro de la cabeza de Buster, diciéndole exactamente lo que debía hacer.

Buster escuchó... y empezó a sonreír.

27

El camión de la Budweiser que Hugh casi había tocado de refilón con su coche hizo un par de breves paradas ante sendas tiendas de alimentación al otro lado del puente y finalmente se detuvo en el aparcamiento de El Tigre Achispado, a las cuatro y un minuto de la tarde. El conductor se apeó, cogió la tablilla con las hojas de ruta y demás papeles, se subió hasta la cintura los pantalones caqui y se encaminó hacia el local.

Se detuvo a un par de metros de la puerta, con una expresión de perplejidad. Del umbral del bar sobresalía un par de pies.

—Pero ¿qué...? —exclamó el conductor—. ¿Le pasa algo, amigo?

Un débil gemido asmático llegó hasta sus oídos: «... socorro...»

El chófer corrió al interior y descubrió a Henry Beaufort, agonizante, encogido en el suelo tras la barra.

28

—Ezz Lezzter Pratt —graznó John LaPointe. Sostenido por Norris a un lado y por Sheila al otro, había avanzado renqueando hasta Alan, que estaba arrodillado junto al cuerpo.

—¿Quién? —preguntó Alan. Se sentía como si de pronto se encontrara metido en una comedia absurda. *Ricky y Lucy se van al carajo*. Eh, Lester, pensó; tendrás que dar unas cuantas explicaciones.

—Lezzter Pratt —repitió John con dolorosa paciencia—. El profezzor de educazzión fízzica del inztituto.

—¿Y qué hace aquí? —inquirió Alan.

John LaPointe movió la cabeza con gesto fatigado.

—Ni idea, Alan. Zólo zé que entró y ze volvió loco.

—Que alguien me dé una explicación —exigió el comisario—. ¿Dónde está Hugh Priest? ¿Dónde está Clut? ¿Qué demonios está pasando aquí?

29

George T. Nelson se detuvo a la entrada del dormitorio y miró a su alrededor incrédulo.

La estancia producía la impresión de haber acogido una fiesta de un grupo punk —los Sex Pistols, tal vez los Cramps—, junto con sus fans.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero no pudo continuar. Tampoco tuvo necesidad de hacerlo. Ya sabía qué. Era la coca. Tenía que serlo. Llevaba vendiéndola entre los profesores del instituto de Castle Rock los últimos seis años (no todos los profesores sabían apreciar lo que Ace Merrill llamaba a veces «el polvo del bingo boliviano», pero los que sí sabían, lo apreciaban muchísimo) y había dejado media onza de coca casi pura bajo el colchón.

Era el polvo, sin duda. Alguien se había ido de la lengua y uno de los testigos se había vuelto codicioso. George supuso que lo había sabido en el mismo momento de detener el coche en el camino particular de la casa, cuando había visto la ventana rota de la cocina.

Cruzó la habitación y levantó el colchón con las manos entumecidas e insensibles. Debajo no encontró nada. La coca había desaparecido. Unos dos mil dólares en cocaína casi pura se habían esfumado. Como un sonámbulo, se dirigió al baño para comprobar si su pequeña reserva secreta seguía en el frasco de Anacid, en el estante superior del armario de las medicinas. Nunca había necesitado una dosis tanto como en aquel momento.

Llegó al quicio de la puerta y se detuvo, con los ojos como platos. No era el desorden lo que llamó su atención, aunque también aquel cuarto había sido puesto patas arriba con gran ahínco. Era el retrete. El aro de la taza estaba bajado y cubierto de una fina capa de polvo blanco.

George tuvo la certeza de que el polvo blanco no era talco infantil Johnson's.

Se acercó al retrete, se humedeció el dedo y lo pasó por el polvillo. Se llevó el dedo a la boca y la punta de la lengua se le quedó dormida casi al instante. En el suelo, entre la taza y la bañera, había una bolsita de plástico vacía. La escena estaba clara. No tenía sentido, pero estaba clara.

Alguien había entrado, había encontrado la coca... y luego la había tirado por el retrete. ¿Por qué? ¿Por qué? No lo sabía, pero decidió que cuando diera con el autor

de aquel desaguizado, se lo preguntaría. Justo antes de arrancarle la cabeza de los hombros. No perdería nada con probar.

Su reserva, sus tres gramitos, estaba intacta. Salió con ella del cuarto de baño y de pronto se detuvo otra vez cuando sus ojos advirtieron con sorpresa un nuevo espanto. No había visto aquella abominación al cruzar el dormitorio desde el pasillo, pero desde aquel ángulo era imposible pasarlo por alto.

Permaneció inmóvil un largo momento, con los ojos abiertos de horrorizada perplejidad y una vibración convulsiva en la garganta. Las venas hinchadas de sus sienes latieron apresuradamente como las alas de un pajarillo. Por fin, consiguió emitir una sola palabra, breve y sofocada:

—¡Mamá...!

En el piso de abajo, detrás del sofá de color harina de avena de George T. Nelson, Frank Jewett seguía dormido.

30

Los espectadores de Lower Main Road, que habían salido a las aceras atraídos por los gritos y el tiroteo, eran testigos ahora de un nuevo espectáculo: la fuga a cámara lenta del presidente de su Consejo Municipal.

Buster introdujo la cabeza y un brazo en el Cadillac, se estiró todo lo que pudo y puso el contacto en posición ENCENDIDO. Luego pulsó el botón que hacía bajar el cristal del lado del conductor. Volvió a cerrar la puerta y empezó a introducirse cuidadosamente en el vehículo a través de la ventanilla.

Todavía tenía las piernas fuera desde las rodillas, el brazo izquierdo detrás del cuerpo en un gesto forzado, debido a las esposas sujetas al tirador de la portezuela, y la cadena de estas sobre su grueso muslo izquierdo, cuando Scott Garson avanzó hasta él.

—¡Eh, Danforth! —dijo el banquero con un titubeo—, me parece que no deberías hacer eso. Creo que estás detenido.

Buster miró por debajo de su sobaco derecho, percibiendo su propio olor —muy intenso, a aquellas alturas; realmente, muy penetrante— y vio a Garson del revés. El banquero estaba justo detrás de Buster, como si tuviera la intención de volver a sacarlo del coche a rastras.

Buster encogió las piernas cuanto pudo y luego las disparó con un movimiento enérgico, como un poni quitándose de encima los mosquitos a coces en medio de un prado. Los tacones de sus zapatos acertaron en pleno rostro de Garson con un chasquido que a Buster le resultó absolutamente satisfactorio. A Garson se le hicieron trizas las gafas de montura de oro. Lanzó un aullido quejumbroso, retrocedió

tambaleándose con el rostro ensangrentado entre las manos y cayó de espaldas en medio de Main Street.

—¡Ja! —resopló Buster—. No te lo esperabas, ¿verdad? No te lo esperabas en absoluto, ¿verdad, hijo de puta perseguidor?

Con movimientos serpenteantes, terminó de introducirse en el coche. La cadena de las esposas fue suficientemente larga para permitirlo. La articulación del hombro le crepitó alarmantemente y luego giró lo suficiente para permitirle colarse bajo su propio brazo y deslizar el trasero en el asiento. Por fin estaba sentado al volante con la mano esposada fuera de la ventanilla, y arrancó.

Scott Garson incorporó el tronco del asfalto a tiempo de ver cómo el Cadillac se le venía encima. La rejilla del radiador, como una enorme montaña de cromados, pareció mirarlo de reojo.

El banquero rodó frenéticamente sobre sí mismo hacia la izquierda, evitando la muerte por una fracción de segundo. Uno de los grandes neumáticos delanteros del Cadillac le pasó por encima de la mano derecha, aplastándosela con considerable eficacia. Después se la pisó el neumático trasero del mismo lado, completando el trabajo. Garson se quedó tendido boca arriba, contemplando sus dedos grotescamente machacados, que ahora tenían más o menos el aspecto de una espátula de extender masilla, y empezó a gritar al cálido cielo azul.

31

—¡TAMMMYYY FAAAYYYE!

El grito sacó a Frank Jewett de su profundo sopor. Durante los primeros instantes de confusión no tuvo la menor idea de dónde estaba, solo que era un lugar estrecho, angosto. Un lugar desagradable. También notó que tenía algo en la mano y se preguntó qué sería.

Levantó la mano y estuvo a punto de sacarse un ojo con el cuchillo de la carne.

—¡Oooooohhh, noooooo! ¡TAMMMYYY FAAAYYYE!

De repente lo recordó todo: estaba detrás del sofá de su viejo y buen «amigo» George T. Nelson, y quien gritaba era el propio George, llorando a grandes voces por su periquito muerto. Junto con eso, volvió a su mente todo lo demás: las revistas esparcidas por el despacho, la nota del chantaje, la posible..., no, la probable (cuanto más pensaba en ello, más probable le parecía) ruina de su carrera y de su vida.

Y ahora le llegaban los sollozos de George T. Nelson. Frank no daba crédito a lo que oía. Llorar por un maldito pajarraco... En fin, se dijo Frank, muy pronto voy a poner fin a tu pena, George. ¿Quién sabe?, tal vez incluso termines en el paraíso de los pájaros.

Los sollozos se aproximaban al sofá. Tanto mejor. Así podría saltar sobre él — ¡sorpresa, George!— y el muy cerdo estaría muerto antes de sospechar siquiera lo que estaba pasando. Frank ya estaba a punto de saltar cuando George T. Nelson, sollozando todavía como si fuera a romperse el corazón, se dejó caer pesadamente en el sofá. Era un hombre corpulento y su peso llevó el sofá hacia atrás, contra la pared. No oyó el sorprendido ¡uuuf! sofocado que surgió de detrás de él; sus propios sollozos lo acallaron. Alargó la mano para coger el teléfono, marcó entre lágrimas y escuchó que Fred Rubin respondía (casi milagrosamente) a la primera.

—¡Fred! —gritó—. ¡Fred, ha sucedido algo terrible! ¡Quizá todavía esté pasando! ¡Oh, Dios, Fred! ¡Dios santo!

Debajo y detrás de él, Frank Jewett pugnaba por respirar. Recordó las historias de Edgar Allan Poe que había leído de niño, relatos sobre tipos enterrados vivos. Su rostro estaba adquiriendo el color de un ladrillo viejo. La recia pata de madera que le había aprisionado el pecho cuando George T. Nelson se había derrumbado en el sofá era como una barra de plomo. El respaldo del mueble le presionaba el hombro y un lado del rostro.

Encima de él, George T. Nelson estaba haciéndole a Fred Rubin una confusa descripción de lo que había encontrado al llegar a la casa. Por último, hizo una breve pausa y añadió en un alarido:

—¡Me da igual si no debería hablar de eso por teléfono...! ¿Cómo va a importarme eso si me ha matado a Tammy Faye? ¡Ese cerdo ha matado a Tammy Faye! ¿Quién puede haberlo hecho, Fred? ¿Quién? ¡Tienes que ayudarme!

Otro silencio, mientras George T. Nelson escuchaba a su interlocutor, y Frank se dio cuenta, con creciente pánico, de que estaba a punto de desmayarse. De pronto comprendió qué tenía que hacer: utilizar la Llama automática para disparar a través del sofá. Tal vez no matara a George T. Nelson, quizá ni siquiera lo tocara, pero de lo que no cabía duda era de que atraería su atención, y Frank calculó que, cuando tal cosa sucediera, había muchas posibilidades de que George T. Nelson levantara su gordo trasero del sofá antes de que él muriese allí abajo, con la nariz aplastada contra el calefactor del zócalo.

Abrió la mano con la que sostenía el cuchillo e intentó alcanzar la pistola que llevaba bajo el cinturón. Como en una pesadilla, una oleada de terror lo asaltó al advertir que no podía alcanzarla. Sus dedos se abrían y cerraban a unos centímetros de la empuñadura con incrustaciones de marfil del arma. Intentó alargar la mano todo lo que le permitían las fuerzas que le quedaban, pero el hombro atrapado no podía moverse en absoluto. El gran sofá y el considerable peso de George T. Nelson lo mantenían firmemente encajado contra la pared. Era como si lo hubieran clavado a ella.

Unas rosas negras —anuncio de la proximidad de la asfixia— empezaron a abrir

sus capullos ante los ojos saltones de Frank.

Desde una distancia que parecía imposible, escuchó a su viejo «amigo» gritar a Fred Rubin, quien sin duda era el socio de George T. Nelson en el asunto de la cocaína.

—¿De qué estás hablando? ¡Llamo para contarte que han entrado en mi casa y tú me dices que vaya a ver al tipo de esa tienda nueva? ¡Ahora no necesito chucherías, Fred, lo que necesito es...!

Dejó la frase a medias, se levantó y deambuló por la estancia. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Frank consiguió apartar el sofá de la pared unos centímetros. No era gran cosa, pero al menos volvía a ser capaz de aspirar pequeños sorbos de un aire increíblemente maravilloso.

—¿Que vende qué? —exclamó George T. Nelson—. ¡Vaya, vaya! ¡Dios bendito! ¿Por qué no has empezado por ahí?

Un nuevo silencio. Frank permaneció tendido tras el sofá como una ballena varada, tomando aire y esperando que el monstruoso pálpito de su cabeza no terminara haciéndola estallar. Al cabo de un momento se levantaría y le volaría las pelotas a su viejo «amigo» George T. Nelson. Al cabo de un momento. Cuando recuperara el aliento. Y cuando las grandes flores negras que en aquel momento llenaban su visión hubieran desaparecido. Al cabo de un momento. De dos, como mucho.

—Está bien, iré a verlo —accedió George T. Nelson—. Dudo mucho que sea el hacedor de milagros que tú crees, pero cualquier maldito puerto es bueno en una tormenta, ¿verdad? De todos modos, tengo que decirte una cosa: me importa un carajo si ese hombre trafica o no. Me propongo encontrar al hijo de puta que me ha hecho esto; ese es el asunto que encabeza mi orden de prioridades. Y cuando dé con él, voy a estamparlo en la pared más cercana, ¿lo has entendido bien?

Lo he entendido perfectamente, pensó Frank; pero queda por ver quién estampa a quién en esa pared de que hablas, mi querido y viejo compañero de juergas.

—¡Sí, he anotado el nombre! —gritó George T. Nelson por el teléfono—. ¡Gaunt! ¡Gaunt, maldita sea!

Colgó el auricular con un fuerte golpe y luego debió de arrojar el teléfono al otro extremo de la sala, pues Frank oyó el ruido de unos cristales al romperse. Instantes después, George T. Nelson soltó un último juramento y abandonó la casa a toda prisa. El motor de su Iroc-Z cobró vida con un rugido. Frank oyó que maniobraba en el camino particular de la casa mientras él, lentamente, separaba el sofá de la pared. En el exterior sonó un chillido de los neumáticos sobre el asfalto y George T. Nelson, el viejo «amigo» de Frank, desapareció de la escena.

Dos minutos después, un par de manos asomó de detrás del sofá y agarró el respaldo del mueble tapizado de color harina de avena. Y un momento más tarde

apareció entre las manos el rostro de Frank M. Jewett, pálido y contraído, con las gafas sin montura a lo Mr. Weatherbee torcidas sobre su nariz pequeña y respingona y una de las lentes cuarteada. La tapicería trasera del sofá había dejado unas marcas rojas punteadas en su mejilla derecha. Entre sus cabellos, que mostraban una incipiente calvicie, llevaba varias pelotillas de polvo.

Poco a poco, como un cadáver inflado que se eleva desde el lecho de un río hasta flotar justo por debajo de la superficie, la sonrisa reapareció en el rostro de Frank. Su querido «amigo», George T. Nelson, se le había escapado esta vez. Pero George T. Nelson no tenía ninguna intención de abandonar el pueblo; la conversación telefónica lo había dejado muy claro. Seguro que lo encontraría antes de que terminara el día, pensó Frank. No podía ser de otra manera, en un pueblo del tamaño de Castle Rock.

32

Sean Rusk estaba en el quicio de la puerta de la cocina de su casa, mirando con inquietud hacia el garaje. Cinco minutos antes, su hermano mayor se había metido allí; Sean estaba asomado a la ventana de su habitación y lo había visto por casualidad. Brian llevaba algo en una mano. Estaba demasiado lejos para que Sean distinguiese qué era, pero no necesitaba verlo. Lo sabía muy bien. Era aquel cromo de béisbol nuevo, el que obligaba a Brian a escabullirse escalera arriba para echarle vistazos. Brian no sabía que Sean conocía la existencia de aquel cromo, pero así era. Sean incluso sabía quién salía en el cromo, porque aquella tarde había vuelto a casa mucho antes que su hermano y se había colado en la habitación de este para echarle un vistazo. No tenía ni la menor idea de por qué Brian se preocupaba tanto por aquel cromo viejo, sucio, de bordes picados y colores difuminados. Además, el jugador era un tipo del que Sean no había oído hablar nunca, un lanzador del Los Angeles Dodgers llamado Sammy Koberg que tenía una estadística de una victoria y tres derrotas como únicos partidos disputados en toda su carrera. Aquel tipo no había estado ni siquiera una temporada completa en las ligas mayores. ¿Por qué Brian se preocupaba tanto por un cromo tan vulgar?

Sean lo ignoraba. Solo estaba seguro de dos cosas: de que Brian estaba ofuscado con el cromo y de que su comportamiento durante la última semana, más o menos, le daba miedo. Su hermano parecía salido de uno de esos anuncios de la tele sobre los jóvenes enganchados a las drogas. Pero Brian no tomaría drogas, ¿verdad?

Algo en la expresión de Brian en el momento de encaminarse al garaje había asustado tanto a Sean que este había corrido a contárselo a su madre. No estaba seguro de qué decirle exactamente, pero su indecisión resultó no tener importancia porque no tuvo ocasión de decir nada. Encontró a su madre dando vueltas por el

dormitorio, soñando despierta; iba envuelta en su albornoz y llevaba puestas las estúpidas gafas de sol que había comprado en la tienda nueva.

—¡Mamá, Brian está...! —empezó a decir, pero no pudo continuar.

—Vete, Sean. Mamá está ocupada en este momento.

—¡Pero mamá...!

—¡Vamos, Sean! ¡Te he dicho que salgas!

Y antes de que pudiera añadir una palabra más, Sean se vio expulsado del dormitorio sin contemplaciones. Mientras su madre lo echaba a empujones, se le abrió el albornoz y el pequeño, antes de que pudiera apartar la mirada, advirtió que no llevaba nada debajo. Ni siquiera un camisón.

Tras esto, su madre había cerrado de un portazo. Y se había encerrado por dentro.

Sean se encontraba ahora junto a la puerta de la cocina, esperando impaciente a que Brian saliera otra vez del garaje... Pero Brian no aparecía.

La inquietud del pequeño había aumentado progresiva y furtivamente hasta convertirse en un terror apenas controlado. Sean cruzó el umbral de la cocina, recorrió al trote el camino que separaba la casa del garaje y entró en este.

Dentro estaba oscuro, olía a aceite y hacía un calor explosivo. Al principio no vio a su hermano en las sombras y pensó que tal vez había salido al patio por la puerta trasera. Luego sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y emitió un leve jadeo quejumbroso.

Brian estaba sentado contra la pared del fondo, junto a la cortadora de césped. Había cogido el fusil de su padre y tenía la culata apoyada en el suelo. La boca del cañón apuntaba hacia su rostro. Brian sostenía el cañón con una mano mientras la otra agarraba el cromo de béisbol, viejo y sucio, que de algún modo se había adueñado de su vida durante la semana anterior.

—¡Brian! —gritó Sean—. ¿Qué haces?

—No te acerques más, Sean o te saltará todo encima.

—¡Brian! ¡No! —exclamó Sean, rompiendo a llorar—. ¡No digas esas cosas! ¡Me... me asustas!

—Quiero que me prometas una cosa. —Brian se había quitado los zapatos y los calcetines y procedió a introducir el dedo gordo de uno de sus pies en el guardamonte del Remington.

Sean notó la entrepierna mojada y caliente. Jamás en su corta vida había tenido tanto miedo.

—¡Brian, por favor! ¡Por favor!

—Quiero que me prometas que nunca entrarás en la tienda nueva —continuó Brian—. ¿Me has oído?

Sean avanzó un paso más hacia su hermano. El dedo del pie de Brian se dobló un poco más sobre el gatillo del fusil.

—¡No! —chilló Sean, retrocediendo al instante—. Quiero decir, ¡sí! ¡Sí!

Brian bajó un poco la boca del cañón al ver que su hermanito se apartaba. El dedo gordo apoyado en el gatillo se relajó un poco.

—Prométemelo.

—¡Sí! ¡Lo que tú quieras! ¡Pero no hagas eso! ¡No... no sigas tomándome el pelo, Brian! ¡Vamos a casa a ver *Transformers*! ¡No..., escoge tú el programa! ¡El que quieras! ¡Incluso el de Wapner! ¡Veremos a Wapner, si quieres! ¡Toda la semana! ¡Todo el mes! ¡Y yo lo veré contigo! ¡Pero deja de asustarme, Brian, por favor, deja de asustarme!

Brian dio la impresión de no haberle oído. Sus ojos parecían flotar en su rostro distante y sereno.

—No entres nunca ahí —prosiguió—. Cosas Necesarias es un lugar perverso y el señor Gaunt es un hombre perverso. Solo que el señor Gaunt no es un hombre como los demás, Sean. Ni siquiera es un ser humano. Júrame que nunca comprarás una de esas cosas perversas que vende el señor Gaunt.

—¡Lo juro! ¡Lo juro! —balbuceó Sean—. ¡Lo juro por mamá! ¡Lo juro!

—No —replicó Brian—. No puedes jurar por ella, porque el señor Gaunt también la ha atrapado. Júralo por ti, Sean. Júralo por ti mismo.

—¡Está bien! —exclamó Sean en el interior caluroso y en penumbra del garaje, al tiempo que extendía las manos hacia su hermano en un gesto implorante—. ¡Está bien, lo juro por mí! ¡Y ahora baja el fusil, Brian, por favor...!

—Te quiero, hermanito. —Brian contempló el cromo durante unos instantes—. ¡A la mierda, Sandy Koufax! —añadió, y presionó el gatillo del arma con el dedo del pie.

El agudísimo alarido de horror de Sean se alzó por encima del estampido, que sonó potente y grave en el garaje caluroso y oscuro.

33

Leland Gaunt contempló Main Street desde detrás del escaparate de la tienda, con una ligera sonrisa en los labios. El sonido del disparo procedente de Ford Street le llegó muy apagado, pero Gaunt tenía un oído muy fino y lo captó.

La sonrisa se le ensanchó un poco.

Descolgó el rótulo de la puerta, el que anunciaba que solo estaba abierto mediante cita concertada, y colocó otro nuevo. Este decía:

CERRADO HASTA NUEVO AVISO.

—Ahora vamos a divertirnos de verdad —dijo Leland Gaunt sin dirigirse a nadie

en concreto—. ¡No veas!

DIECIOCHO

1

Polly Chalmers no estaba al corriente de ninguno de aquellos sucesos.

Mientras Castle Rock empezaba a dar los primeros frutos reales del trabajo del señor Gaunt, Polly estaba donde terminaba la carretera comarcal número 3, en la antigua casa Camber, adonde había acudido tan pronto había terminado de hablar con Alan.

¿Terminado de hablar? ¡Oh, vamos!, se dijo. Aquella era una descripción demasiado civilizada de lo sucedido. ¿No se ajustaba más a la realidad decir «en cuanto le había colgado el teléfono»?

Muy bien, asintió para sí. En cuanto le había colgado el teléfono. Pero Alan había maniobrado a sus espaldas. Y cuando ella le había recriminado su comportamiento, él se había mostrado aturdido y confuso y luego había insistido en negarlo. ¡Había insistido en su mentira! Y Polly volvió a reafirmarse en que semejante conducta merecía una respuesta poco civilizada.

En su interior, algo se revolvió inquieto. Algo que habría podido hablar si ella le hubiera dejado tiempo y espacio, pero Polly no le concedió ninguna de ambas cosas. Polly no quería voces discrepantes; de hecho, no quería pensar en absoluto en su última conversación con Alan Pangborn. Lo único que deseaba era ocuparse del asunto que la había llevado hasta allí, hasta el final de la carretera comarcal número 3, y luego regresar a casa. Cuando llegara, se daría un baño frío y luego se echaría a dormir doce o dieciséis horas seguidas.

Aquella voz que salía de lo más profundo de sí solo consiguió apuntar cuatro palabras: *Pero Polly..., ¿has pensado...?*

No. No había pensado. Suponía que en algún momento tendría que pensar, pero aún era demasiado pronto. Cuando empezara a pensar, también empezaría el dolor y la pena. De momento, lo único que deseaba era llevar a cabo el asunto que tenía pendiente y no pensar en nada.

La casa Camber era un lugar fantasmal, que algunos tachaban de embrujado. No hacía tantos años, dos personas —un chiquillo y el comisario George Bannerman— habían muerto en el patio de entrada de aquella casa. Otras dos, Gary Pervier y el propio Joe Camber, habían fallecido en las cercanías, colina abajo. Polly aparcó el coche junto al lugar donde una mujer llamada Donna Trenton había cometido en cierta ocasión la equivocación fatal de aparcar su Ford Pinto, y se apeó. Cuando lo hizo, el *azká* se mecía a un lado y a otro entre sus pechos.

Se detuvo un instante a contemplar, inquieta, el porche en ruinas, las paredes

desconchadas invadidas por la hiedra trepadora y las ventanas, la mayoría de las cuales tenía los cristales rotos y le devolvía la mirada a ciegas. Los grillos repetían su estúpido canto entre la hierba y los cálidos rayos de sol batían el lugar como lo habían hecho en esos días terribles en que Donna Trenton había luchado allí por su vida, y por la de su hijo.

¿Qué estoy haciendo aquí?, se preguntó Polly. Por Dios bendito, ¿qué estoy haciendo aquí?

Pero lo sabía muy bien, y la razón no tenía nada que ver con Alan Pangborn, con Kelton o con el Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco. Aquel pequeño viaje al campo no tenía nada que ver con el amor. Tenía que ver con el dolor. Eso era todo, pero era suficiente. Dentro del pequeño dije de plata había algo. Algo que estaba vivo. Si ella no cumplía con su parte del trato que había cerrado con Leland Gaunt, aquello moriría. Polly no sabía si sería capaz de volver a soportar el dolor terrible, torturante, con el que había despertado el domingo por la mañana. Si tenía que afrontar aquel sufrimiento el resto de sus días, estaba dispuesta a poner fin a su vida.

—Y no tiene nada que ver con Alan —murmuró mientras se encaminaba al granero, con su vasto portalón y su siniestro tejado semihundido—. Dijo que no levantaría una mano contra él.

¿Qué te importa ya eso?, le cuchicheó aquella voz perturbadora.

Le importaba porque no quería hacer daño a Alan. Estaba enfadada con él, furiosa incluso, pero eso no significaba que tuviera que rebajarse a su nivel, que tuviera que dar a Alan el mismo trato vil que había recibido de él.

Pero Polly..., ¿has pensado...?

No. ¡No!

Se disponía a gastar una broma a Ace Merrill y este no le importaba un pimiento; no lo había tratado nunca, y solo lo conocía de referencias. La broma se la iba a gastar a Ace, pero... pero aquel asunto guardaba alguna relación con Alan, quien había mandado a la cárcel a Ace Merrill. Se lo decía el corazón.

Además..., ¿podía echarse atrás? ¿Podía hacerlo, aunque quisiera? Porque también estaba lo de Kelton. El señor Gaunt no había llegado a decirle textualmente que la noticia de lo sucedido con su hijo terminaría en boca de todo el pueblo a menos que llevara a cabo lo que le proponía, pero lo había sugerido con suficiente claridad.

Polly no podría soportar que tal cosa sucediera. «¿Acaso una mujer no tiene derecho a su orgullo? Cuando ha perdido todo lo demás, ¿no tiene al menos derecho a eso, a esa moneda sin la cual el bolso está completamente vacío?»

Sí. Y sí. Y otra vez sí. El señor Gaunt le había dicho que encontraría en el granero la única herramienta que necesitaría, y Polly empezó a caminar lentamente hacia allí.

«Ve a donde quieras, pero ve viva, Trisha —le había dicho la tía Evvie—. No seas un fantasma.»

Pero en aquel momento, mientras penetraba en el granero de la casa Camber a través de unas puertas que colgaban entreabiertas e inmóviles de sus bisagras oxidadas, no pudo evitar sentirse como un fantasma. No se había sentido un fantasma en toda su vida tanto como en aquellos momentos. El *azká* se movió entre sus pechos, por sí mismo. Dentro había algo. Algo vivo. A Polly no le gustaba, pero aún le agradaba menos la idea de lo que sucedería si aquello moría.

Haría lo que el señor Gaunt le había ordenado, al menos por una vez: cortaría todos sus lazos con Alan Pangborn (Polly comprendía entonces con claridad, con toda claridad, que había sido un error incluso empezar a relacionarse con él) y mantendría oculto su pasado como lo había hecho hasta entonces. ¿Por qué no?

Al fin y al cabo, era poca cosa.

2

La pala estaba exactamente donde Gaunt le había dicho que la encontraría, apoyada contra una pared e iluminada por un rayo de sol polvoriento. Posó la mano en la empuñadura, lisa y gastada. De pronto le pareció oír un gruñido ronco y ronroneante que salía de las densas sombras del granero, como si el San Bernardo rabioso que había matado al gran George Bannerman y había causado la muerte de Tan Trenton estuviera todavía allí, resucitado de entre los muertos y más feroz que nunca. Polly notó los brazos en piel de gallina y salió del granero apresuradamente. El patio no era precisamente alegre, con aquella casa vacía cerniéndose tétricamente sobre él, pero era mejor que el lóbrego granero.

¿Qué estoy haciendo aquí?, volvió a preguntarse en tono lastimero, y fue la voz de la tía Evvie quien le respondió: «Volverte fantasma. Eso es lo que estás haciendo. Volverte fantasma».

Polly cerró los ojos con fuerza.

—¡Basta! —susurró con ferocidad—. ¡Basta ya!

Así me gusta, dijo Leland Gaunt. *Además, no es tan terrible, ¿no? Solo se trata de una pequeña broma. Y si fuera a tener alguna consecuencia grave —no la tendrá, pero supongamos, solo por poner un caso hipotético, que la tuviera—, ¿de quién sería la culpa?*

—De Alan —volvió a susurrar Polly. Sus ojos fueron de un lado a otro en un gesto nervioso y sus dedos se entrelazaron y volvieron a separarse entre sus pechos—. Si estuviera aquí para hablar con él, si no se hubiera separado de mí al husmear en asuntos que no eran de su incumbencia...

La vocecilla intentó hablar otra vez, pero Leland Gaunt la acalló antes de que pudiera decir una palabra.

Muy bien, así me gusta. Respecto a qué estás haciendo aquí, Polly, la respuesta es bastante simple: estás pagando. Eso es lo que estás haciendo, y eso es lo único que estás haciendo. Los fantasmas no tienen nada que ver. Y recuerda esto, porque es el aspecto más sencillo y más maravilloso del comercio: cuando el comprador ha pagado su artículo, este le pertenece por completo. No esperarías que un artículo tan maravilloso resultara barato, ¿verdad? Pero cuando hayas terminado de pagar, será tuyo. Tendrás derecho absoluto sobre el objeto que has pagado. Y ahora, ¿piensas quedarte ahí escuchando todas esas viejas voces asustadas, o vas a empezar de una vez la tarea que has venido a hacer?

Polly abrió los ojos otra vez. El *azká* colgaba inmóvil en el extremo de la cadena. Si antes se había movido (y Polly ya no estaba segura de que lo hubiera hecho) ahora permanecía quieto. La casa era solo una casa, que mostraba los inevitables signos de abandono después de estar demasiado tiempo vacía. Las ventanas no eran ojos, sino meros huecos cuyos cristales había roto a pedradas algún grupito de chicos aventureros. Si había oído algo en el granero (y Polly ya no estaba segura de que lo hubiera hecho), debía de haber sido el crujido de un tablón al dilatarse por efecto de aquel calor insólito en el mes de octubre.

Sus padres estaban muertos. Su chiquitín estaba muerto. Y el perro que once años atrás había dominado aquel patio de manera tan terrible y absoluta durante tres días y tres noches de verano también estaba muerto.

No había ningún fantasma.

—Ni siquiera el mío —murmuró, y echó a andar alrededor del granero.

3

«Cuando llegues a la parte posterior del granero, —le había dicho el señor Gaunt—, verás los restos de un viejo remolque.» Así fue. Polly distinguió un Air-Flow de costados plateados, casi oculto por las matas de vara de oro y los altos matojos de girasoles tardíos.

«A la izquierda del remolque encontrarás una gran roca plana.»

Dio con ella fácilmente. Era del tamaño de una losa de jardín.

«Aparta la roca y cava. A medio metro de profundidad encontrarás una lata de galletas Crisco.»

Apartó la losa y empezó a cavar. Menos de cinco minutos después, la hoja de la pala topó con la lata. Dejó la herramienta a un lado y excavó la tierra suelta con las manos, rompiendo la pequeña telaraña de raíces con los dedos. Al cabo de un rato,

tenía en sus manos la lata de Crisco. Estaba oxidada pero intacta. La etiqueta podrida se desprendió y Polly vio una receta de pastel sorpresa de piña tropical en el dorso (la lista de ingredientes estaba cubierta en su mayor parte por una mancha negra de moho), junto a un cupón Bisquick que había caducado en 1969. Introdujo los dedos bajo la tapa e intentó abrirla. La vaharada de aire que escapó del interior le hizo esbozar una mueca y echar atrás la cabeza unos instantes. Por última vez, la voz intentó preguntarse qué estaba haciendo allí, pero Polly la silenció.

Inspeccionó la lata y encontró lo que el señor Gaunt le había dicho que vería: un fajo de cupones de ahorro Gol Bond y varias fotografías descoloridas de una mujer en pleno encuentro sexual con un perro collie.

Sacó todo aquello, se lo guardó en un bolsillo delantero del pantalón tejano y luego se restregó la mano enérgicamente contra la pernera, haciéndose el firme propósito de lavarse las manos en cuanto tuviera ocasión. Tocar aquellas cosas que habían estado tanto tiempo bajo tierra la hacía sentirse sucia.

Del otro bolsillo sacó un sobre comercial sellado.

Mecanografiado en mayúsculas en el anverso, podía leerse:

UN MENSAJE PARA EL INTRÉPIDO BUSCADOR
DE TESOROS.

Polly puso el sobre en el interior, ajustó la tapa y devolvió la caja al agujero. Utilizó la pala para rellenarlo, trabajando deprisa y sin cuidado. En aquel momento lo único que quería era largarse de aquel lugar lo antes posible.

Cuando hubo terminado, se alejó a toda prisa. Se deshizo de la pala arrojándola entre las altas zarzas. No tenía la menor intención de volver a guardarla en el granero, por muy racional que fuese la explicación del sonido que había escuchado.

Al llegar al coche, abrió primero la puerta del acompañante y luego la guantera. Revolvió el interior de esta hasta encontrar entre un montón de papeles un viejo librito de cerillas. Tuvo que probar cuatro de ellas hasta conseguir una pequeña llama. Las manos habían dejado de dolerle prácticamente, pero le temblaban de tal manera que rascó las tres primeras cerillas con excesiva fuerza, de forma que dobló las cabezas de papel y las inutilizó.

Cuando la cuarta se encendió por fin, la sostuvo entre el pulgar y el índice de la mano derecha, con la llama casi invisible bajo el cálido sol de la tarde, y sacó el montón de cupones de ahorro y las fotos obscenas del bolsillo del pantalón. Aplicó la llama al puñado de papeles y la mantuvo allí hasta asegurarse de que había prendido. Después arrojó la cerilla y volvió los papeles del revés para avivar la llama todo lo posible. Fue un alivio observar cómo la superficie de la única fotografía que podía ver empezaba a burbujear y a oscurecerse. Cuando las fotos empezaron a enroscarse por los bordes, arrojó el puñado de papeles en llamas al suelo, en el mismo lugar

donde, una vez, una mujer había apaleado con un bate de béisbol a otro perro, un San Bernardo, hasta darle muerte.

Las llamas crecieron. El puñado de cupones y fotos se redujo rápidamente a negras cenizas. Las llamas vacilaron, se apagaron... y, en el momento que lo hicieron, una inesperada ráfaga de viento se levantó en la calma chicha de la tarde, esparciendo en pequeños copos el montón de cenizas. Los copos se levantaron en el aire en un remolino que Polly siguió con unos ojos que, de pronto, parecían sobresaltados y asustados. ¿De dónde había salido aquella extraña ráfaga de viento?

¡Oh, por favor!, pensó. ¡No puedes dejar de ser tan condenadamente...!

En aquel preciso instante, el gruñido que antes había oído, grave y ronco como el de un motor fuera borda al ralentí, surgió de nuevo de las fauces calurosas y oscuras del granero. No era producto de su imaginación, ni era el crujido de un tablón.

Era un perro.

Polly volvió la vista hacia allí, atemorizada, y descubrió dos hundidos círculos de luz rojiza que la observaban desde la oscuridad.

Rodeó el coche a la carrera, dándose un doloroso golpe en la cadera con el extremo derecho del capó debido a las prisas; saltó al volante, subió las ventanillas y puso el seguro de las puertas. Movié la llave de contacto. El motor empezó a toser, pero no arrancó.

Nadie sabía dónde estaba, reflexionó. Nadie salvo el señor Gaunt... y él no se lo diría a nadie.

Por un instante, se imaginó atrapada allí como lo habían estado Donna Trenton y su hijo. Entonces el motor cobró vida por fin y Polly dio marcha atrás por el camino de la casa a tal velocidad que estuvo a punto de caer por la cuneta del otro lado de la carretera. Sacó la marcha atrás, puso primera y emprendió el regreso al pueblo todo lo rápido que se atrevió.

Se había olvidado por completo de limpiarse las manos.

4

Ace Merrill se levantó de la cama casi al mismo tiempo que, a cincuenta kilómetros de distancia, Brian Rusk se volaba la cabeza.

Se dirigió al baño, despojándose de la ropa interior mientras caminaba, y se pasó una o dos horas orinando. Mientras lo hacía, levantó un brazo y se olió el sobaco. Volvió la vista hacia la ducha y decidió no tomarla. Tenía un gran día por delante. La ducha podía esperar.

Salió del baño sin molestarse en tirar de la cadena —la higiene, decididamente, estaba reñida con la filosofía vital de Ace— y se encaminó directamente a la cómoda

donde, sobre un espejo de afeitarse, tenía lo que le quedaba de aquel polvo del señor Gaunt. Era un material de primera: suave en la nariz, potente en la cabeza. Casi se le había terminado. Tal como había dicho el señor Gaunt, había necesitado un montón de carburante extra la noche anterior, pero Ace tenía una idea bastante clara de que había más en el lugar de donde había salido aquel.

Ace utilizó el borde del permiso de conducir para extender un par de rayas. Las aspiró con un billete de cinco dólares enrollado y le estalló en la cabeza, algo parecido a un misil.

—¡Buum! —exclamó Ace Merrill en su mejor voz de lobo feroz de la Warner—. ¡Vámonos a montar la película!

Se enfundó unos tejanos descoloridos sobre sus caderas desnudas y una camiseta de manga corta de la HarleyDavidson. La indumentaria de moda aquel año entre todos los cazadores de tesoros que se preciaban de elegantes, pensó, y soltó una carcajada estentórea. ¡Vaya, qué estupenda era aquella coca!

Iba camino de la puerta cuando sus ojos se posaron en el botín de la noche anterior y recordó que tenía pendiente una llamada a Nat Copeland, en Portsmouth. Volvió al dormitorio, hurgó entre la ropa apilada de cualquier manera en el cajón superior de la cómoda y, finalmente, encontró una manoseada agenda. Regresó a la cocina, tomó asiento y marcó el número que tenía. Dudaba mucho que fuera a encontrar a Nat, pero merecía la pena probar. La cocaína zumbaba en su cabeza como una sierra, pero ya notaba cómo iba perdiendo fuerza el efecto inicial. Una buena raya de coca le convertía a uno en un hombre nuevo; el único problema era que ese hombre nuevo lo primero que quería era otra dosis, y las reservas de Ace estaban prácticamente agotadas.

—¿Sí? —dijo una voz cautelosa al otro lado de la línea, y Ace se dio cuenta de que, de nuevo, había tenido la suerte de cara.

—¡Nat! —exclamó.

—¿Quién demonios llama?

—¡Soy yo, colega! ¡Soy yo!

—¿Ace? ¿Eres tú?

—¿Quién, si no? ¿Cómo te va, Natty?

—He estado mejor. —Nat no parecía muy entusiasmado de oír a su viejo compañero del taller mecánico de la cárcel—. ¿Qué quieres, Ace?

—¡Vamos, vamos! ¿Esa es forma de hablarle a un viejo colega? —exclamó Ace Merrill con tono de reproche. Sostuvo el auricular entre el oído y el hombro y atrajo hacia sí un par de latas oxidadas.

Una de ellas la había sacado del suelo detrás de la vieja casa Treblehorn y la otra del sótano de la antigua granja Masters, que había ardido cuando Ace solo tenía diez años. La primera de las latas únicamente contenía cuatro libretas de cupones verdes

de ahorro S&H y varios paquetes de cupones de descuento de cigarrillos Raleigh sujetos con una goma elástica. En la segunda había encontrado unas cuantas hojas de cupones diversos y seis cartuchos de monedas de un centavo. Salvo que los centavos no parecían monedas normales.

Eran blancos.

—Quizá solo quería tocar la base —dijo en son de broma—. Ya sabes, comprobar el estado de tus pilas, ver cómo va tu suministro de carburante... Cosas así.

—¿Qué quieres, Ace? —repitió Nat Copeland con suma cautela.

Ace sacó uno de los cartuchos de monedas de la vieja lata de galletas. El papel se había descolorido con el tiempo, pasando del púrpura original a un apagado rosa claro. Ace extrajo dos monedas, las agitó en la mano y las contempló con curiosidad.

Si alguien sabía de aquellas cosas era Nat Copeland, que una vez había sido propietario de una tienda llamada Monedas y Artículos de Coleccionista Copeland. También había sido propietario de una colección privada de monedas, una de las diez mejores de Nueva Inglaterra (al menos, según el propio Nat). Después, también él había descubierto las maravillas de la cocaína. Durante los cuatro o cinco años siguientes a tal descubrimiento, Nat se había desprendido de su colección moneda a moneda para metérsela por la nariz. En 1985, al atender una alarma silenciosa en la tienda de monedas Long John Silver de Portland, la policía había sorprendido a Nat Copeland en la trastienda, metiendo dólares de plata con la Estatua de la Libertad en una bolsa de gamuza. Ace lo había conocido poco después.

—En fin, ya que lo mencionas, sí que quería hacerte una consulta.

—¿Una consulta? ¿Eso es todo?

—Eso es absolutamente todo, colega.

—Está bien. —La voz de Nat se relajó ligerísimamente—. Pregunta, pues. No tengo todo el día.

—¡Vaya! —exclamó Ace—. Ocupado, ocupado. Muchos sitios que visitar y gente con quien almorzar, ¿verdad, Nat?

Acompañó sus palabras de una risa descontrolada. No era solo el polvo; era el día. No se había acostado hasta las primeras luces, la coca que había tomado lo había mantenido despierto hasta casi las diez de la mañana a pesar de las cortinas echadas y del ejercicio físico, y aún seguía sintiéndose dispuesto a comer barras de acero y escupir clavos de siete centímetros. ¿Y por qué no? ¿Por qué diablos no? Estaba al borde de una fortuna. Lo sabía. Lo notaba en cada fibra de su cuerpo.

—Ace, ¿de verdad tienes algo en eso que llamas cerebro, o solo has llamado para fastidiarme?

—No, no he llamado para fastidiarte. Dame la información que busco, Natty, y quizá tenga algo bueno para ti. Algo muy bueno.

—¿En serio? —De pronto, la voz de Nat Copeland perdió su tono irritado—.

¿Puedo fiarme de lo que dices, Ace?

—Es de lo mejor. El material más fino que he tocado nunca, Natty, colega.

—¿Hay sitio para mí en la movida?

—Yo no tendría ni la más mínima duda —respondió Ace en un tono de voz que sugería todo lo contrario. Había extraído tres o cuatro más de aquellas extrañas monedas de su cartucho viejo y descolorido y procedió a colocarlas en línea recta con el dedo—. Pero tienes que hacerme un favor.

—Habla.

—¿Qué sabes de unos centavos blancos?

Hubo una pausa al otro extremo de la línea. Luego, Nat inquirió con cautela:

—¿Centavos blancos? ¿Quieres decir centavos de acero?

—No sé. El coleccionista de monedas eres tú, no yo.

—Fíjate en las fechas. Mira si son de los años mil novecientos cuarenta y uno al mil novecientos cuarenta y cinco.

Ace dio la vuelta a las monedas que tenía delante. Una era de 1941, otras cuatro eran de 1943 y la última era de 1944.

—Sí, son de esos años. ¿Cuánto valen, Nat? —Intentó disimular la impaciencia de su voz sin conseguirlo por completo.

—Uno a uno, no mucho —respondió Nat—, pero siempre mucho más que un centavo ordinario. Quizá dos dólares cada uno. Tres, si son S. C.

—¿Qué significa eso?

—Sin Circulación. Recién acuñados. ¿Tienes muchos, Ace?

—Bastantes —respondió Ace—. Bastantes, mi buen amigo.

Sin embargo, estaba decepcionado. Tenía seis cilindros, trescientas monedas, y las que sostenía en la mano no le parecían en especial buen estado. No estaban demasiado desgastadas, pero distaban mucho de ser nuevas y relucientes. Seiscientos dólares; ochocientos como mucho. No era lo que podía llamarse un gran golpe.

—Bueno, tráelos y les echaré un vistazo —dijo Nat—. Te conseguiré el mejor precio. —Tras un titubeo, añadió—: Y trae un poco de ese carburante.

—Me lo pensaré —respondió Ace.

—¡Eh, vamos! ¡No me vengas con esas!

—Que te den mucho por ahí, Natty —replicó Ace, y colgó el teléfono.

Se quedó sentado donde estaba durante unos momentos, meditando acerca de las monedas y las dos latas oxidadas. Había algo muy extraño en todo aquello. Cupones de descuento inútiles y centavos de acero por valor de seiscientos dólares. ¿Adónde le conducía todo aquello?

Ahí estaba lo jodido del asunto, se dijo. No le llevaba a ninguna parte. ¿Dónde estaba el tesoro de verdad? ¿Dónde estaba el maldito botín?

Se apartó de la mesa de un empujón, pasó al dormitorio y se tomó el resto de los

polvos que el señor Gaunt le había proporcionado.

Cuando volvió a salir, llevaba el libro con el mapa y se sentía considerablemente más animado. Aquello sí que conducía a alguna parte. Lo llevaba de maravilla. Ahora que se había despejado un poco la cabeza, lo veía perfectamente.

Al fin y al cabo, en aquel mapa había muchas cruces. Y había encontrado algo en dos de los puntos donde aquellas cruces sugerían que lo habría, ambos marcados con una gran piedra plana. Cruz + Piedra plana = Tesoro enterrado. Finalmente, parecía que Papi, en su vejez, había chocheado un poco más de lo que la gente del pueblo había creído, que al final su tío había tenido algunos problemas para distinguir los diamantes de la arena, pero el gran botín —oro, divisas, tal vez títulos negociables— tenía que estar en alguna parte, bajo una o más de aquellas piedras planas.

Eso había quedado demostrado. Su tío había enterrado cosas de valor, no simples fajos de cupones de compra viejos y mohosos. En la granja del viejo Masters había encontrado seis cartuchos de centavos de acero que valían al menos seiscientos dólares. No mucho, pero ya era algo.

—Está ahí —dijo Ace por lo bajo, con un destello desquiciado en la mirada—. Está todo ahí fuera, en uno de esos otros siete hoyos. O dos. O tres.

Lo sabía.

Sacó el mapa de papel marrón del libro y su dedo vagó de una cruz a otra mientras se preguntaba si algunas serían más probables que otras. El dedo de Ace se detuvo en la vieja casa de Joe Camber. Era el único punto del plano que tenía dos cruces juntas. El dedo empezó a ir y venir lentamente de una a otra marca.

Joe Camber había muerto en una tragedia que se había llevado otras tres vidas. La mujer y el hijo del hombre estaban fuera cuando se habían producido los hechos. De vacaciones. La gente como los Camber no solía tomarse vacaciones, pero Charity Camber había ganado un pequeño premio en la lotería, creyó recordar Ace. Intentó acordarse de más, pero no logró concretar otros detalles. En aquella época, tenía sus propios problemas de que ocuparse. Y no eran pocos.

¿Qué había hecho la señora Camber cuando ella y el chico habían regresado de su pequeño viaje para descubrir a Joe —un hijo de la gran puta, según todo lo que Ace había oído— muerto y enterrado? ¿Se habían trasladado fuera del estado, no era eso? ¿Y la propiedad? Tal vez la mujer había querido sacársela de encima deprisa. Y en Castle Rock, cuando se trataba de vender algo deprisa, un nombre destacaba sobre todos: el de Reginald Marion Papi Merrill. ¿No habría ido Charity Camber a verlo? Seguro que su tío le habría ofrecido una minucia —era su costumbre—, pero si la mujer estaba impaciente por marcharse, una minucia podía haberle parecido bien. En otras palabras, la casa de los Camber también podía haber pertenecido a Papi en el momento de su muerte.

Tal posibilidad se solidificó en certeza en la cabeza de Ace apenas momentos

después de que se le ocurriera.

—¡La casa de los Camber! —exclamó en voz alta—. ¡Apuesto a que está allí! ¡Seguro que está allí!

¡Miles de dólares! ¡Tal vez decenas de miles! ¡Dios santísimo!

Agarró el mapa y volvió a guardarlo en el libro. Después se encaminó casi a la carrera hacia el Chevrolet que le había prestado el señor Gaunt. Pese a todo, seguía inquietándole un detalle: si Papi había sido, en efecto, capaz de distinguir los diamantes de la arena, ¿por qué se había molestado en enterrar la caja con los cupones de descuento?

Ace apartó la pregunta de su mente con impaciencia y continuó la marcha hacia Castle Rock.

5

Danforth Keeton llegó a su casa de Castle View en el instante en que Ace dejaba la suya camino del pueblo. Buster aún seguía esposado al tirador de la puerta del Cadillac, pero su estado de ánimo era de furibunda euforia. Había pasado los dos últimos años luchando contra sombras y estas se habían impuesto progresivamente. Había llegado el punto en que Buster había empezado a temer que quizá se estaba volviendo loco, lo cual, por supuesto, era justo lo que Ellos querían inducirle a creer.

En el trayecto desde Main Street hasta su casa vio varias antenas parabólicas. Ya había reparado en ellas en otras ocasiones y se había preguntado si formarían parte de lo que se estaba cociendo en el pueblo. Ahora estaba seguro. No eran, en absoluto, antenas para captar la señal de los satélites. Eran armas destructoras de mentes. Quizá no todas apuntaran hacia su casa, se dijo, pero seguro que las demás apuntaban hacia las pocas personas que, como él, se daban cuenta de que existía una conspiración monstruosa.

Buster entró en el camino particular de la casa, levantó la mano libre hasta la visera y pulsó el botón del aparato que abría a distancia la puerta del garaje. La puerta empezó a levantarse, pero en aquel mismo instante Buster notó una monstruosa punzada de dolor que le atravesaba la cabeza. Comprendió al momento que aquello también era parte del asunto: Ellos habían cambiado su mando a distancia por otra cosa, algo que disparaba rayos nocivos contra su cabeza al tiempo que activaba el motor de la puerta. Arrancó el aparatito de la visera y lo arrojó por la ventanilla antes de introducir el coche en el garaje.

Cortó el contacto, abrió la puerta del coche y se apeó. Las esposas lo sujetaban a la puerta con absoluta eficacia. En el garaje tenía herramientas colgadas ordenadamente de sus correspondientes ganchos en las paredes, pero quedaban lejos

de su alcance. Volvió a introducir la cabeza por la ventanilla del coche y se puso a tocar el claxon.

6

Myrtle Keeton, que también había tenido que cumplir su pequeño encargo aquella tarde, estaba acostada en su cama del piso de arriba, en un estado de inquieto amodorramiento, cuando empezó a sonar el claxon. Se incorporó con un respingo hasta quedar sentada sobre el lecho, con los ojos a punto de saltarle de las órbitas de puro terror.

—¡Ya lo he hecho! —exclamó—. ¡Ya he hecho lo que me pedía! ¡Ahora déjeme en paz, por favor!

Se dio cuenta de que había estado soñando, de que el señor Gaunt no estaba allí, y dejó escapar el aire de sus pulmones en un suspiro prolongado y tembloroso.

¡MOOOC! ¡MOOOC! ¡MOOOOOOOOOOOOC!

Parecía la bocina del Cadillac. Myrtle cogió la muñeca que tenía a su lado en la cama, la hermosa muñeca que había comprado en la tienda del señor Gaunt, y la abrazó en busca de consuelo.

Aquella tarde había hecho algo..., algo que una parte apagada y asustada de su mente consideraba una cosa mala, una cosa muy mala, y desde entonces la muñeca se había vuelto indeciblemente preciosa para ella. Como habría dicho el señor Gaunt, el precio siempre incrementa el valor..., al menos a los ojos del comprador.

¡MOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOC!

No cabía duda: era la bocina del Cadillac. ¿Qué haría Danforth en el garaje tocando el claxon? La mujer supuso que sería mejor ir a echar un vistazo.

—Pero será mejor que Dan no le haga daño a mi muñeca —dijo en voz baja mientras la colocaba cuidadosamente en las sombras bajo su lado de la cama—. Será mejor que no lo haga, porque eso sí que no estoy dispuesta a tolerarlo.

Myrtle era una de las muchísimas personas que habían visitado Cosas Necesarias aquel día. Solo un nombre más con una marca al lado en la lista del señor Gaunt. Había acudido, como tantos otros, porque el señor Gaunt se lo había ordenado. Y Myrtle había recibido el mensaje por un conducto que su marido habría entendido perfectamente: había oído su voz en la cabeza.

El señor Gaunt le había dicho que había llegado el momento de terminar de pagar su muñeca... si quería conservarla, por supuesto. Tenía que llevar una caja metálica y una carta sellada al Salón de las Hijas de Isabel, contiguo a Nuestra Señora de las Aguas Serenas. La caja tenía una tupida rejilla en cada uno de los lados, menos el fondo, y Myrtle había captado un leve ruido, como un hormigueo, en el interior.

Había intentado mirar por una de las rejillas redondas, que recordaban el altavoz de una antigua radio de mesa, pero solo había conseguido distinguir un objeto indefinido de forma cúbica. A decir verdad, no había mirado demasiado. Parecía mejor, más seguro, no hacerlo.

Cuando Myrtle, que iba a pie, llegó al complejo de la pequeña iglesia, había un coche en el aparcamiento. Sin embargo, el salón parroquial estaba vacío. La mujer lo comprobó tras echar un vistazo por la ventanilla de la mitad superior de la puerta, en cuyo cristal había una nota pegada con cinta adhesiva. Después leyó la nota:

REUNIÓN DE LAS HIJAS DE ISABEL,
EL MARTES A LAS 19 H.
¡AYUDADNOS A PREPARAR LA
«NOCHE DE CASINO»!

Myrtle se deslizó al interior. A la izquierda, contra la pared, había una hilera de compartimientos pintados de colores brillantes, donde comían los niños del servicio de guardería y donde llevaban a cabo sus diversos trabajos manuales y dibujos los niños de la escuela dominical. El señor Gaunt le había dicho a Myrtle que dejara la caja en uno de esos compartimientos, y así lo hizo. Al fondo de la sala estaba la mesa de la presidencia, con la bandera nacional a la izquierda y un estandarte con la imagen del Niño de Praga a la derecha. La mesa ya estaba preparada para la reunión, con lápices, bolígrafos, recibos para la Noche de Casino y, en el centro, la hoja con el orden del día de la presidenta. Myrtle colocó el sobre que le había dado el señor Gaunt debajo de la hoja, de modo que Betsy Vigue, la presidenta de Actividades de las Hijas de Isabel aquel año, lo viera en cuanto la levantara.

LEE ESTO INMEDIATAMENTE, PUTA PAPISTA

llevaba escrito en mayúsculas el anverso del sobre. Con el corazón galopándole aceleradamente en el pecho y la presión sanguínea un poco más allá de la luna, Myrtle abandonó furtivamente el Salón de las Hijas de Isabel. Se detuvo un momento en el exterior, con la mano apretada sobre su voluminoso escote, tratando de recuperar el aliento. Entonces vio que alguien salía a toda prisa del Salón de los Caballeros de Colón, al otro lado de la iglesia.

Era June Gavineaux. Y parecía tan asustada y culpable como se había sentido Myrtle. La otra mujer bajó a la carrera los peldaños de madera que conducían al aparcamiento, tan deprisa que estuvo a punto de caerse; luego se encaminó rápidamente al único coche aparcado, acompañada de un enérgico taconeó de sus zapatos de tacón bajo contra el asfalto.

June Gavineaux alzó la cara, vio a Myrtle y palideció. Después estudió con más detenimiento el rostro de Myrtle... y entendió.

—¿Tú también? —preguntó en voz baja. Una extraña sonrisa, entre divertida y asqueada, asomó en su rostro. Era la expresión de una niña normalmente buena que, por alguna razón que ni ella misma entendía, acabara de poner un ratón en el cajón de la mesa de su maestra favorita.

Myrtle notó en su propia cara otra sonrisa exactamente igual, pero intentó disimular.

—¡Por el amor de Dios! ¡No sé de qué me hablas!

—Claro que sí. —June lanzó una rápida mirada a su alrededor, pero las dos mujeres disponían de aquel momento en aquella tarde tan extraña para ellas solas—. El señor Gaunt.

Myrtle asintió y notó que las mejillas le ardían con un rubor intensísimo e insólito en ella.

—¿Qué le has comprado? —preguntó June.

—Una muñeca. ¿Y tú?

—Un jarrón. El jarrón de *cloisonné* más bonito que he visto nunca.

—¿Qué has venido a hacer?

Con una sonrisa de astucia, June replicó:

—¿Qué has venido a hacer tú?

—Qué más da. —Myrtle volvió la vista hacia el Salón de las Hijas de Isabel y puso una expresión de desdén—. De todos modos, no importa. Solo son un hatajo de católicos.

—Exacto —replicó June, católica de origen aunque alejada de la Iglesia, antes de continuar camino hacia el coche. Myrtle no le pidió que la llevara, ni June Gavineaux se ofreció a hacerlo.

Myrtle había abandonado el aparcamiento rápidamente, sin levantar la mirada cuando June había pasado junto a ella a toda velocidad en su Saturn blanco.

Lo único que deseaba Myrtle en aquellos momentos era llegar a casa, dormir una siesta abrazada a su deliciosa muñeca y olvidar lo que acababa de hacer.

Pero eso, y estaba descubriéndolo en aquel momento, no iba a resultar tan sencillo como había esperado.

7

¡MOOOOOOOOOOOOUUUUUUUUUOOOOOOOOOC!

Buster apoyó la palma de la mano en el claxon y la mantuvo allí un buen rato. El estridente sonido le taladró los oídos mientras se preguntaba dónde diablos estaría la zorra de su mujer.

Por fin, la puerta entre el garaje y la cocina se abrió y Myrtle asomó la cabeza por

la rendija. Tenía los ojos saltones y asustados.

—¡Vaya, por fin! —exclamó Buster, al tiempo que levantaba la mano de la bocina—. Ya creía que te habías muerto en el lavabo.

—¿Danforth? ¿Qué sucede?

—Nada. Las cosas van mejor de lo que han ido este último par de años. Solo necesito un poco de ayuda, eso es todo.

Myrtle no se movió.

—¡Mujer, acerca hasta aquí tu gordo trasero!

Ella no quería ir —su marido le daba miedo—, pero la costumbre era antigua y arraigada y difícil de vencer. Myrtle dio la vuelta hasta la ventanilla del lado de Danforth, deslizándose por el estrecho espacio en forma de cuña tras la portezuela abierta del coche. Avanzó con pasos lentos, arrastrando las zapatillas por el suelo de cemento de un modo que le hizo rechinar los dientes a su marido.

Cuando vio las esposas, Myrtle abrió todavía más los ojos.

—¡Danforth! ¿Qué ha sucedido?

—Nada que no pueda solucionar. Pásame esa sierra, Myrt. La de la pared... ¡No! Pensándolo mejor, de momento no quiero la sierra. Dame el destornillador grande. Y ese martillo.

La mujer se dispuso a apartarse de él tras llevarse las manos al pecho y juntarlas allí en un nudo de angustia. Rápido como una serpiente, antes de que Myrtle pudiera ponerse fuera de su alcance, Buster alargó la mano libre a través de la ventanilla abierta y la agarró por el cabello.

—¡Aaay! —chilló ella, aferrándose inútilmente al puño de su marido—. ¡Danforth, ay! ¡AAAYYY!

Buster la arrastró hacia él con el rostro contorsionado en una mueca horrible. Dos grandes venas le latían en la frente. La mano que le golpeaba el puño no le producía más efecto que el aleteo de un pajarillo.

—¡Coge lo que te digo! —gritó, y tiró de Myrtle hasta golpearle la cara una, dos, tres veces, contra el marco superior de la portezuela del coche—. ¿Eres tonta de nacimiento o te has vuelto idiota con el tiempo? ¡Coge lo que te digo! ¡Cógelo!

—¡Danforth, me haces daño!

—¡Exacto! —replicó él con un nuevo grito, y volvió a golpearle la cabeza contra el marco de la portezuela abierta del Cadillac, esta vez con más fuerza. A Myrtle se le abrió una herida en la frente, de la que empezó a caerle sangre por el lado izquierdo del rostro—. ¿Vas a hacer lo que te digo, mujer?

—¡Sí, sí, sí!

—Bien. —Buster relajó un poco el puño con que le tiraba del pelo—. Entonces dame el destornillador grande y el martillo. Y no intentes nada raro.

Myrtle alargó el brazo derecho hacia la pared.

—No llego.

Buster se inclinó hacia delante, estirándose un poco y permitiendo a Myrtle dar un paso más hacia la pared de la cual colgaban las herramientas. Mientras ella alargaba la mano, Buster mantenía sus dedos firmemente enroscados en sus cabellos. Unas gotas de sangre del tamaño de pequeñas monedas salpicaron las zapatillas de la mujer. Su mano se cerró en torno a una de las herramientas y Danforth le meneó la cabeza a un lado y a otro como un terrier sacudiría a una rata muerta.

—Eso no, idiota —dijo—. Eso es un taladro. ¿Te he pedido un taladro? ¿Eh?

—¡Pero Danforth... AAAYYY! ¡No veo nada...!

—Supongo que te gustaría que te soltara. Así podrías escapar de la casa y avisarles a Ellos, ¿verdad?

—¡No sé de qué estás hablando!

—¡Oh, no! Eres un corderito inocente, ¿verdad? Fue una casualidad que me sacaras de casa el domingo para que ese maldito agente pudiera dejar esos papeles acusadores por toda la casa..., ¿es eso lo que esperas que crea?

Ella le devolvió la mirada entre los mechones de cabello revuelto. La sangre había formado finas perlas sobre sus pestañas.

—Pero... pero Danforth..., fuiste tú quien me propuso salir el domingo. Dijiste que...

Él le dio un enérgico tirón. Myrtle lanzó un grito.

—Limítate a coger lo que te he dicho. Ya hablaremos de eso más tarde.

Myrtle palpó de nuevo la pared con la cabeza gacha y el cabello (menos el mechón que tenía Buster en el puño) colgándole sobre el rostro. Sus dedos vacilantes tocaron el destornillador.

—Eso es —asintió él—. Ahora vamos a por lo otro, ¿qué dices?

La mujer volvió a alargar la mano y por fin sus dedos temblorosos alcanzaron la funda de goma perforada que cubría el mango del martillo.

—Estupendo. Ahora dámelo todo.

Myrtle descolgó el martillo de sus ganchos y Buster tiró de ella. Luego le soltó el cabello, dispuesto para agarrarlo de nuevo si mostraba la menor intención de apartarse. Myrtle no lo hizo. Estaba completamente intimidada. Lo único que quería era que Danforth la dejara volver al dormitorio, donde podría abrazarse a su maravillosa muñeca y dormir un poco. Tenía ganas de dormir eternamente.

Danforth cogió las herramientas de sus manos sin encontrar la menor resistencia. Puso la punta del destornillador contra el tirador de la puerta y luego descargó varios golpes de martillo sobre el extremo del mango. Al cuarto golpe, el tirador saltó. Buster deslizó el aro de las esposas y a continuación dejó caer al suelo de cemento tanto el tirador de la puerta como el destornillador. Lo primero que hizo, una vez libre, fue ir a pulsar el botón que cerraba la puerta del garaje. Luego, mientras esta

descendía por las guías con un ruidoso matraqueo, avanzó hacia Myrtle con el martillo en la mano.

—¿Te acostaste con él, Myrtle? —preguntó en un susurro.

—¿Qué? —Ella lo miró con ojos empañados, apáticos.

Su marido había empezado a darse golpes con la cabeza del martillo plana en la palma de la mano. Producía un ruido blando, carnoso: ¡paf!, ¡paf!, ¡paf!

—¿Te acostaste con él, después de que entre los dos llenarais la casa con esos malditos volantes rosas?

Ella siguió mirándolo con expresión confusa, de incompreensión; el propio Buster había olvidado que Myrtle estaba con él en Maurice mientras Ridgewick irrumpía en la casa y llevaba a cabo su acción.

—¿De qué estás hablando, Buster...?

Él se quedó paralizado, con los ojos cada vez más abiertos.

—¿Cómo me has llamado?

La apatía desapareció de la mirada de Myrtle. Empezó a apartarse de su marido, encogiendo los hombros en un gesto de protección. Detrás de ellos, la puerta terminó de cerrarse. El único ruido en el garaje era el de sus pies arrastrándose por el cemento y el leve tintineo de la cadena de las esposas al balancearse.

—Lo siento —susurró la mujer—. Lo siento, Danforth.

A continuación, dio media vuelta y echó a correr hacia la puerta de la cocina.

Buster la alcanzó a tres pasos de la puerta y utilizó de nuevo su cabello para arrastrarla hacia sí.

—¿Qué me has llamado? —gritó, y levantó el martillo.

Myrtle alzó la mirada para seguir su ascenso.

—¡Danforth, no, por favor!

—¿Qué me has llamado? ¿Qué me has llamado?

Repitió la frase una y otra vez. Y cada vez que hacía la pregunta, la subrayaba con aquel sonido blando y carnoso: Paf. Paf. Paf.

8

Ace llegó al patio delantero de la casa Camber a las cinco en punto. Se guardó el mapa del tesoro en el bolsillo posterior y luego abrió el maletero. Sacó el pico y la pala que el señor Gaunt había tenido la previsión de proporcionarle y se encaminó hacia el porche inclinado y cubierto de maleza que corría a lo largo de uno de los costados de la casa. Sacó el mapa del bolsillo y se sentó en los escalones a examinarlo. Los efectos a corto plazo de la coca habían desaparecido, pero el corazón aún le latía enérgicamente en el pecho. Buscar tesoros, según había descubierto,

también era un estimulante.

Estudió por unos instantes el patio invadido por las zarzas, el granero semihundido y los matojos de girasoles que lo miraban a ciegas. No era gran cosa, pensó, pero daba igual. Aquel parecía ser el sitio, el lugar donde iba a quitarse de encima para siempre a los hermanos Corson y del cual, además, saldría rico. El tesoro estaba allí. Una parte de él, o quizá todo. Lo presentía. Pero era más que un presentimiento. Podía oírlo cantándole dulcemente. Cantando bajo el suelo. No ya decenas, sino cientos de miles. Tal vez hasta un millón.

—Un millón de dólares —susurró Ace en un jadeo sofocado, y se inclinó sobre el mapa.

Cinco minutos después había emprendido la búsqueda por el lado oeste de la casa Camber. Casi al fondo del sendero junto a la pared, prácticamente oculta entre los matojos de hierba alta, encontró lo que buscaba: una piedra grande y plana. La levantó, la arrojó a un lado y empezó a cavar frenéticamente. Menos de dos minutos después, se oyó un apagado sonido metálico cuando la hoja de la pala golpeó una caja oxidada. Ace se arrodilló, hurgó en la tierra como un perro en busca de un hueso escondido y, un minuto más tarde, desenterró la lata de pintura Sherwin-Williams del fondo del hoyo.

Los consumidores de cocaína más aplicados son también concienzudos roedores de uñas, y Ace no era una excepción. No tenía uñas para poder abrir la tapa. La pintura del borde de esta se había secado formando una especie de goma obstinada. Con un gruñido de rabia y frustración, Ace sacó la navaja, colocó la punta bajo el borde de la tapa e hizo palanca hasta que cedió. La apartó y miró el interior con expectación.

¡Billetes!

¡Fajos y fajos de billetes!

Con un grito, los cogió, los sacó... y vio que su impaciencia lo había traicionado. Solo eran más hojas de cupones de descuento. Esta vez, cupones Red Ball de una serie que solo era recuperable al sur de la línea Mason-Dixon... o que lo había sido en ese lugar solo hasta 1964, año en que la compañía había cerrado.

—¡Cría cuervos...! —exclamó Ace. Arrojó los cupones lejos de sí. Las hojas se despegaron y empezaron a esparcirse bajo la ligera brisa cálida que se había levantado. Algunas se enredaron en las zarzas y se agitaron allí como polvorientos estandartes—. ¡Cerdo! ¡Bastardo! ¡Hijoputa!

Hurgó en la lata, incluso la volvió del revés para ver si había algo pegado al fondo, pero no encontró nada. La arrojó al suelo, la miró un instante, corrió hasta donde se había detenido y la golpeó con el pie como si fuera una pelota de fútbol.

Luego se palpó el bolsillo para sacar de nuevo el mapa. Experimentó un instante de pánico temiendo no tenerlo allí, haberlo perdido de alguna manera, pero comprobó

que solo lo había hundido en el fondo del bolsillo, en su impaciencia por ponerse en acción. Lo extrajo y le echó un vistazo. La otra cruz estaba detrás del granero... y de pronto se le ocurrió una idea maravillosa, que iluminó la enojada oscuridad que allí reinaba como una bengala el Cuatro de Julio.

¡La lata que acababa de desenterrar era una pista falsa! Papi debía de haber pensado que alguien podía descubrir casualmente el hecho de que había marcado sus diversos escondites con piedras planas. Por eso allí, en la casa Camber, había puesto en práctica el viejo truco de dejar un cebo falso. Para asegurarse. Un buscador que encontrara un tesoro sin valor no adivinaría nunca que había otro escondrijo en aquella misma finca, pero en un lugar un poco más apartado...

—A menos que tuviera el mapa —susurró Ace—. Como es mi caso.

Agarró el pico y la pala y corrió hacia el granero con los ojos desorbitados, sudoroso, con el cabello ya canoso enmarañado en las sienes.

9

Ace distinguió el viejo remolque Air-Flow y corrió hacia él. Casi había llegado cuando tropezó con algo y cayó al suelo cuan largo era.

Se incorporó en un instante, miró a su alrededor y vio al momento lo que le había hecho tropezar.

Era una pala. Con restos de tierra recién excavada.

Un mal presagio empezó a adueñarse de Ace; una sensación realmente atroz que le empezó en el estómago y luego se le extendió hacia el pecho y hacia los testículos. Abrió los labios muy lentamente, dejando a la vista los dientes en una mueca repulsiva.

Se levantó y descubrió en las inmediaciones la piedra plana que servía de marca, vuelta del revés. Alguien la había movido de su sitio. Alguien había estado allí antes que él..., y no hacía mucho, a juzgar por lo que veía. Alguien se le había adelantado con el tesoro.

—No —susurró. La palabra surgió de su boca encajada como un escupitajo de sangre contaminada o de saliva infectada—. ¡No!

No lejos de la pala y de la losa vuelta del revés, Ace vio un montón de tierra suelta con la que, descuidadamente, se había vuelto a tapar un hoyo. Prescindiendo tanto de sus herramientas como de la pala que el ladrón había dejado tras él, Ace se arrodilló de nuevo y empezó a sacar tierra del hoyo con las manos. Apenas tardó un instante en encontrar la lata de Crisco.

La sacó y abrió la tapa.

Dentro solo encontró un sobre blanco.

Lo sacó y lo abrió. Cayeron de él dos cosas: una hoja de papel doblada y un sobre más pequeño. Ace no prestó atención al segundo sobre, de momento, y desplegó el papel. Era una nota mecanografiada. La boca se le abrió de estupor al leer su propio nombre en el encabezamiento de la hoja.

Querido Ace:

No estoy muy seguro de que llegues a encontrar esto, pero no hay ninguna ley contra la esperanza. Mandarte a la cárcel fue divertido, pero esto ha sido aún mejor. ¡Me gustaría ver qué cara pones cuando termines de leer esto!

Poco después de que te metiese entre rejas, fui a ver a Papi. Nos veíamos bastante a menudo; una vez al mes, en realidad. Teníamos un arreglo: él me pasaba cien al mes y yo le dejaba seguir con sus préstamos ilegales. Todo muy civilizado. Cuando estábamos a medias de esa reunión en concreto, tu tío se excusó diciendo que tenía que ir al baño. «Algo que he comido», me dijo. ¡Ja, ja! Aproveché la oportunidad para echarle un vistazo a su escritorio, que había dejado sin cerrar. Tal descuido no era propio de él, pero creo que tenía miedo a ensuciarse los pantalones si no salía a «escribir una carta» inmediatamente. ¡Ja, ja!

Solo encontré un asunto de interés, pero resultó ser extraordinario. Parecía un mapa. Tenía un montón de aspas o cruces, pero una sola de ellas —la que indicaba este punto— estaba marcada en rojo. Me apresuré a guardar el mapa antes de que Papi volviera, y él nunca supo que lo había estado mirando. Justo después de que muriera, vine aquí y desenterré esta lata de Crisco. Dentro había más de doscientos mil dólares, Ace. Pero no te preocupes. He decidido que nos los repartamos como buenos hermanos y voy a dejarte exactamente lo que te toca y te mereces.

¡Bienvenido de nuevo al pueblo, gilipollas!

Sinceramente tuyo,

ALAN PANGBORN

Comisario del condado de Castle

P.D.: Un buen consejo, Ace: ahora que lo sabes, encaja el golpe y olvídalos todo. Ya conoces el viejo dicho: «Lo que se da no se quita». Si alguna vez intentas reclamarme el dinero de tu tío, te haré un culo nuevo y te meteré la cabeza por él.

Puedes estar seguro de que lo haré.

A. P.

Ace dejó que la hoja de papel se deslizara de entre sus dedos entumecidos y abrió el segundo sobre.

De él cayó un solitario billete de un dólar.

«He decidido que nos los repartamos como buenos hermanos y voy a dejarte exactamente lo que te toca y te mereces.»

—¡Maldito piojoso! —masculló Ace, y recogió el billete con dedos temblorosos.

«¡Bienvenido de nuevo al pueblo, gilipollas!»

—¡HIJO DE LA GRAN PUTA! —gritó Ace, tan fuerte que notó que algo se tensaba y casi se rompía en su garganta. Le llegó el débil eco de su voz: «... puta... puta... puta...». Se dispuso a romper en pedazos el billete y luego se obligó a relajar los dedos.

No, no. De eso, nada.

Iba a guardarlo. Aquel mamón había codiciado el dinero de Papi, ¿verdad? Había

robado lo que legalmente pertenecía al último pariente vivo de Papi, ¿verdad? Muy bien, estupendo. De acuerdo. Perfecto. Pero tenía que quedárselo todo. Ace se proponía que al comisario no le faltara un solo dólar. Por eso, una vez le hubiera cortado los testículos con su navaja, tenía intención de meterle aquel último billete en el agujero ensangrentado donde los había tenido.

—¿Quieres el dinero, mamón? —preguntó Ace con una voz grave y meditabunda—. Está bien. Está muy bien. No hay problema. No hay ningún... maldito... problema.

Se puso en pie y empezó a desandar sus pasos hacia el coche con una versión rígida y tambaleante de su habitual pavoneo chulesco.

Cuando llegó al vehículo, iba casi corriendo.

TERCERA PARTE

LIQUIDACIÓN TOTAL

DIECINUEVE

1

A las seis menos cuarto, un extraño crepúsculo había empezado a cernirse sobre Castle Rock; al sur, en el horizonte, se estaban formando unas nubes de tormenta. Fuertes truenos lejanos barrían los bosques y campos, procedentes de aquella dirección. Las nubes se acercaban al pueblo, creciendo conforme avanzaban. Las farolas del alumbrado público, gobernadas por una célula fotoeléctrica maestra, se encendieron una hora antes de lo que solían hacerlo en aquella época del año.

La zona baja de Main Street estaba en plena confusión, llena de gente y bloqueada por vehículos de la policía del estado y furgonetas de los noticiarios de televisión. Las llamadas por radio crepitaban y se entremezclaban en el aire caluroso y calmado. Los técnicos de televisión tendían cables y lanzaban gritos a la gente —chiquillos sobre todo— que tropezaba con los hilos antes de que los hombres tuvieran tiempo de fijarlos provisionalmente al pavimento con cinta adhesiva. Fotógrafos de cuatro periódicos estaban plantados al otro lado de la línea policial frente al edificio municipal y tomaban fotos que aparecerían en la primera página de la edición del día siguiente. Un puñado de vecinos del pueblo —sorprendentemente pocos, si alguien se hubiera preocupado en advertir tal cosa— se había acercado a husmear. Un corresponsal de televisión, bajo el resplandor de un foco de alta intensidad, grababa su información con el edificio municipal al fondo.

—Una ola de violencia sin sentido se abatió esta tarde sobre Castle Rock... —empezó, para detenerse de inmediato—. ¿Sentido? —se interrogó a sí mismo con aire de fastidio—. Mierda, volvamos al principio.

A su izquierda, un locutor de otra cadena de televisión observaba a su equipo en plenos preparativos para lo que sería una crónica en directo, al cabo de menos de veinte minutos. Eran más los mirones atraídos por las caras familiares de los corresponsales de televisión que por lo que ocurría tras la línea policial, donde no había sucedido nada especial desde que dos enfermeros de asistencia médica habían sacado al desgraciado Lester Pratt dentro de un saco de plástico negro, lo habían cargado en la ambulancia y se lo habían llevado.

La zona alta de Main Street, a distancia de las luces estroboscópicas de los coches patrulla de la policía del estado y de los brillantes focos de los equipos de televisión, estaba casi completamente desierta.

Casi.

De vez en cuando, un coche o una camioneta rural se detenía en uno de los aparcamientos en semibatería frente a Cosas Necesarias. De vez en cuando, un peatón

se acercaba a la tienda nueva, que tenía las luces del escaparate apagadas y la cortina echada tras el cristal de la puerta. De vez en cuando, uno de los mirones de calle abajo se separaba del cambiante grupo de espectadores y ascendía la cuesta de Main Street, dejando atrás el solar vacío que un día había ocupado el Emporium Galorium y el local de Coser y Cantar, cerrado y a oscuras, hasta la tienda nueva.

Nadie se fijó en aquel goteo de visitantes. Ni la policía, ni los equipos de cámaras, ni los corresponsales, ni la mayoría de los curiosos. Todos estaban concentrados en LA ESCENA DEL CRIMEN, con la espalda vuelta al lugar donde, a menos de trescientos metros, el crimen aún seguía en marcha.

Si algún observador desinteresado hubiera estado pendiente de Cosas Necesarias, no habría tardado en detectar una repetida pauta de conducta. Los visitantes se acercaban a la tienda y veían el rótulo de la puerta que decía

CERRADO HASTA PRÓXIMO AVISO.

Los visitantes daban un paso atrás, con idénticas expresiones de frustración e inquietud todos ellos. Parecían adictos resentidos que acabaran de descubrir que su camello no aparecía donde había prometido estar. «¿Qué hago ahora?», decía cada rostro. La mayoría volvía a avanzar un paso para leer el rótulo de nuevo, como si una segunda lectura más detenida pudiera cambiar, de algún modo, el mensaje.

Después, unos cuantos volvían a su coche y se marchaban, o se alejaban a pie en dirección al edificio municipal, con aire confuso y de cierta decepción, para dedicarse un rato a contemplar el espectáculo gratuito.

Sin embargo, en el rostro de la mayoría aparecía una mueca de súbita comprensión. Era la expresión de quien, de pronto, entendía un concepto básico, como analizar una frase sencilla o buscar el mínimo común denominador de dos quebrados.

Aquellos visitantes doblaban la esquina y se introducían en el callejón que recorría la parte posterior de los edificios comerciales de Main Street. El callejón donde Ace había aparcado el Tucker Talisman la noche anterior.

A quince metros de la bocacalle, un óvalo de luz amarilla surgía de una puerta abierta y bañaba el asfalto lleno de parches. La luz fue ganando intensidad conforme el día daba paso a la oscuridad nocturna. En el centro del charco de luz había una sombra, como una silueta recortada de papel rizado, negra como el luto. La sombra, naturalmente, era la de Leland Gaunt.

Este había colocado una mesa en el umbral. Sobre ella tenía una caja de puros Roi-Tan, donde guardaba el dinero que le entregaban los clientes y de la que sacaba el cambio correspondiente. Tales clientes se acercaban titubeantes, incluso temerosos en algunos casos, pero todos ellos tenían una cosa en común: eran gente irritada con graves ofensas que vengar. Algunos, no muchos, daban media vuelta antes de llegar

al improvisado mostrador del señor Gaunt. Entre estos, algunos se alejaban corriendo, con los ojos desorbitados de quien ha visto por un instante una fiera espantosa apostada entre las sombras, relamiéndose de gusto ante la proximidad de su presa. La mayoría de los visitantes, sin embargo, se quedaba a comprar. Y mientras el señor Gaunt bromeaba con ellos, tratando aquel extraño trapicheo de trastienda como una entretenida diversión al término de una larga jornada, los compradores se relajaban.

El señor Gaunt había disfrutado con su tienda, pero nunca se sentía tan cómodo tras un mostrador de cristal y bajo un techo como allí fuera, casi al aire libre, con el cabello agitado por las primeras brisas de la tormenta que se aproximaba. La tienda, con las luces del escaparate sabiamente dispuestas en las guías sujetas al techo, no estaba mal..., pero aquello era mejor. Aquello siempre era mejor.

Había empezado su negocio hacía muchos años, como buhonero ambulante llegado de una tierra lejana, un buhonero que llevaba sus artículos a la espalda, un buhonero que solía aparecer a la caída de la noche y que, al clarear el día, ya se había marchado dejando atrás la sangre, el horror y la desdicha. Tiempo atrás, en la Europa asolada por la peste y entre las carretas de muertos, había vagado de ciudad en ciudad y de país en país en un carromato tirado por un escuálido caballo blanco, de terribles ojos ardientes y lengua más negra que el corazón de un asesino. En esa época vendía sus artículos en la parte trasera del carromato... y se marchaba antes de que sus clientes, que le pagaban con pequeñas monedas melladas o incluso en especies, pudieran descubrir qué habían comprado en realidad.

Los tiempos cambiaban, al igual que los métodos y los rostros. Pero cuando los rostros reflejaban necesidad siempre terminaban siendo lo mismo: caras de ovejas que han perdido a su pastor. Y era aquel tipo de comercio el que le hacía sentirse más a gusto, más cerca del buhonero ambulante de antaño, que atendía a sus clientes no desde detrás de un mostrador elegante con una caja registradora Sweda en un extremo, sino desde detrás de una sencilla mesa de madera, sacando el cambio de una cajita de puros y vendiéndoles el mismo objeto una y otra vez, y aún otra más.

Los artículos que tanto habían atraído a los vecinos de Castle Rock —las perlas negras, las reliquias sagradas, las piezas de cristal emplomado, las pipas, los viejos cuadernos de cómics, los cromos de béisbol, los calidoscopios antiguos— habían desaparecido. El señor Gaunt se había concentrado por fin en su auténtico artículo de venta, y al cabo, ese artículo era siempre el mismo. El objeto en sí había cambiado con los años, como todo lo demás, pero tal cambio era algo superficial, como coberturas de diferentes sabores para el mismo pastel oscuro y amargo.

Al cabo, el señor Gaunt siempre vendía a sus clientes armas... y ellos siempre las compraban.

—¡Vaya, gracias, señor Warburton! —exclamó el señor Gaunt cogiendo el billete de cinco dólares de la mano del conserje negro. A cambio, le devolvió un dólar y le

entregó una de las pistolas automáticas que Ace había traído de Boston.

—¡Gracias, señorita Milliken! —Cogió un billete de diez y le devolvió ocho.

Les cobraba lo que podían pagar: ni un centavo más, ni un centavo menos. «De cada cual según sus capacidades», era el lema del señor Gaunt. En cuanto a lo de «A cada cual según sus necesidades», eso importaba menos. Porque toda aquella gente estaba necesitada, y el señor Gaunt había acudido para llenar su vacío y poner fin a su dolor.

—¡Me alegro de verlo, señor Emerson!

¡Ah!, era estupendo, magnífico, volver a hacer negocios a la antigua. Y el negocio nunca había marchado mejor.

2

Alan Pangborn no estaba en Castle Rock. Mientras los periodistas y la policía del estado se congregaban en un extremo de Main Street y Leland Gaunt llevaba a cabo su venta por liquidación del negocio calle arriba, en medio de la cuesta de la calle principal del pueblo, Alan estaba sentado en el cuarto de enfermeras del ala Blumer del hospital Northern Cumberland, en Bridgton.

El ala Blumer era pequeña —solo catorce habitaciones—, pero lo que le faltaba en tamaño lo compensaba en colorido. Las paredes de las habitaciones de los internados estaban pintadas de brillantes colores primarios.

Del techo de la sala de enfermeras colgaba un móvil de pájaros que se balanceaban y se inclinaban graciosamente en torno a un eje central.

Alan estaba sentado ante un enorme mural que contenía una miscelánea de rimas de la Mamá Oca. Una parte del mural mostraba a un hombre inclinado sobre una mesa que le ofrecía algo a un chiquillo, un patán de pueblo sin duda, que parecía entre asustado y fascinado.

Al observar aquel dibujo, Alan experimentó una sensación extraña y le vino a la mente, como en un susurro, una cancioncilla de la infancia:

*El tonto Simón encontró a un pastelero
camino de la feria.*

*—Tonto Simón —dijo el pastelero—,
¡ven a probar mis dulces!*

Un estremecimiento le erizó el vello de los brazos: la piel se le llenó de bultitos como gotas de sudor frío. Alan no lograba explicarse la razón, pero aquello le pareció absolutamente normal. Nunca en su vida se había sentido tan conmovido, tan asustado, tan profundamente confuso como en aquel momento. En Castle Rock estaba sucediendo algo que escapaba por completo a su capacidad de comprensión.

Algo que solo se había puesto claramente de manifiesto a última hora de aquella tarde, pero que había empezado hacía varios días, tal vez una semana. El comisario no sabía de qué se trataba, pero tenía la certeza de que el asunto de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck solo había sido la primera muestra visible. Y tenía un miedo terrible a que las cosas aún continuaran agravándose mientras él estaba allí sentado con el Tonto Simón y el pastelero.

Una enfermera (la señorita Hendrie, según anunciaba la pequeña placa que lucía en el pecho) se acercó por el corredor con un ligero crujido de sus suelas de crepé, sorteando con agilidad los juguetes diseminados por el pasillo. Cuando Alan había llegado, media docena de chiquillos, algunos con el brazo o la pierna enyesados o en cabestrillo y otros con la calvicie parcial producto de los tratamientos de quimioterapia, ocupaba aquel pasillo jugando a construcciones, arrastrando camiones y gritándose amistosamente unos a otros. En ese momento era la hora de la cena y los pequeños habían bajado a la cafetería o estaban de nuevo en sus respectivas habitaciones.

—¿Cómo está? —preguntó a la enfermera.

—Sin cambios. —La señorita Hendrie miró a Alan con una expresión tranquila que contenía un elemento de hostilidad—. Duerme. Es lo que debe hacer. Ha sufrido una gran conmoción.

—¿Qué se sabe de sus padres?

—Llamamos a la empresa de South Paris donde trabaja el padre. Nos han dicho que esta tarde estaba haciendo una instalación en New Hampshire. Según tengo entendido, ya ha salido hacia su casa y allí le informarán cuando llegue. Calculo que debería estar aquí alrededor de las nueve, pero, por supuesto, es imposible saberlo con certeza.

—¿Y la madre?

—No lo sé —respondió la señorita Hendrie. La hostilidad era más patente en aquel momento, pero ya no iba dirigida contra Alan—. Yo no me he ocupado de llamarla. Lo único que sé es lo que veo: que no está aquí. Ese chiquillo acaba de ver a su hermano suicidándose con un fusil, y aunque el hecho se produjo en su casa, la madre no ha aparecido todavía. Ahora tendrá que disculparme. Tengo que llenar el carrito de las medicinas.

—Por supuesto —murmuró Alan. Siguió a la enfermera con la vista cuando empezó a alejarse y, al momento, se levantó del asiento—. ¿Señorita Hendrie...?

La enfermera se volvió. Su mirada seguía serena, pero sus cejas enarcadas expresaban fastidio.

—Señorita Hendrie, le repito que necesito hablar con Sean Rusk. Es importantísimo que hable con él lo antes posible.

—¿Ah, sí? —El tono de voz de la enfermera era glacial.

—Algo... —De pronto, Alan pensó en Polly y la voz se le quebró. Carraspeó y se esforzó en continuar—: Algo está sucediendo en mi pueblo y creo que el suicidio de Brian Rusk forma parte del asunto. También creo que Sean Rusk puede tener la clave del resto.

—Comisario Pangborn, Sean Rusk solamente tiene siete años. Además, si el pequeño sabe algo, ¿por qué no hay aquí otros policías?

Otros policías, pensó Alan. A lo que se refería la mujer era a otros policías competentes. Policías que no entrevistaran a niños de once años en medio de la calle y luego los mandaran a casa para que se suicidaran en el garaje.

—Porque están ocupados en otras cosas —respondió— y porque no conocen el pueblo como yo.

—Ya entiendo —dijo ella, y dio media vuelta.

—Señorita Hendrie...

—Comisario, esta tarde ando escasa de personal y muy ata...

—Brian Rusk no ha sido el único vecino de Castle Rock que ha muerto violentamente en lo que va de día. Ha habido tres muertes más, como mínimo. Otro hombre, el propietario de la taberna local, ha sido trasladado al hospital de Norway con heridas de bala. Tal vez se salve, pero estará entre la vida y la muerte durante las próximas treinta y seis horas. Y tengo el presentimiento de que las muertes aún no han terminado.

Por fin había conseguido captar la atención de la enfermera.

—¿Y usted cree que Sean Rusk sabe algo al respecto?

—Tal vez sepa por qué se ha quitado la vida su hermano. Si lo sabe, eso podría darnos la clave para desvelar el resto del asunto. Por eso le pido que me avise si se despierta. ¿Querrá hacerlo?

La mujer titubeó y, por fin, respondió:

—Dependerá del estado mental en que se encuentre, comisario. No voy a permitirle que empeore la situación de un chiquillo histérico, sea lo que sea lo que esté sucediendo en ese pueblo suyo.

—Lo comprendo.

—¿De veras? Estupendo.

La señorita Hendrie le dirigió una mirada en la que se leía: «Entonces quédese ahí sentado y no me moleste», y pasó al otro lado del escritorio. Tomó asiento y Alan la oyó colocar frascos y cajas sobre el carrito.

El comisario se levantó, acudió a la cabina del vestíbulo y marcó de nuevo el número de Polly. Una vez más, el teléfono se limitó a sonar sin que nadie lo cogiera. Marcó el número de Coser y Cantar, le respondió el contestador automático y Alan colgó. Volvió a su asiento, se dejó caer en él y continuó mirando el mural de la Mamá Oca.

Se le ha olvidado hacerme una pregunta, señorita Hendrie, pensó Alan. Se le ha olvidado preguntarme por qué me quedo aquí, si están sucediendo tantas cosas en la capital del condado que me ha elegido para preservarlo y protegerlo. Se le ha olvidado preguntarme por qué no estoy dirigiendo la investigación mientras algún otro agente menos esencial —el viejo Seat Thomas, por ejemplo— se queda aquí a esperar que Sean Rusk despierte. Se le ha olvidado preguntarme estas cosas, señorita Hendrie, y yo tengo un secreto. Me alegro de que se haya olvidado. Este es el secreto.

La razón de su presencia allí era tan simple como humillante. En todo Maine, salvo en Portland y Bangor, las muertes violentas eran cosa de la policía del estado, y no del comisario local. Henry Payton había hecho la vista gorda con el asunto del duelo entre Nettie y Wilma, pero eso había terminado. Payton ya no podía permitírselo. Ya habían llegado a Castle Rock, o estaban camino del pueblo, representantes de todos los periódicos y de todas las emisoras de televisión del sur de Maine. No tardarían mucho en unirse a ellos sus colegas del resto del estado..., y si aquello no había terminado todavía, como sospechaba Alan, en breve vendrían a acompañarlos más periodistas de otros puntos del país.

Pero aunque esa era la simple realidad de la situación, ello no cambiaba cómo se sentía Alan. Se sentía como un *pitcher* incapaz de lanzar como es debido y a quien el entrenador manda a la ducha. Era una sensación indescriptiblemente nauseabunda.

Sentado ante el Tonto Simón, empezó a hacer recuento de nuevo.

Lester Pratt, muerto. Había llegado a la comisaría en un frenesí de celos y había atacado a John LaPointe. Al parecer, por algo referente a su novia, aunque, antes de que llegara la ambulancia para llevárselo, John había asegurado a Alan que no se había visto con Sally Ratcliffe desde hacía más de un año. «Zzolo he hablado con ella de vez en cuando, por la calle. Y ella zzolo me daba los buenozz díazz. Según Zzally, iré de cabeza al infierno.» El agente se había tocado la nariz rota y, con una mueca, había añadido: «Ahora mizzmo, me zziento a las puertas de ezze infierno».

En aquellos momentos, John estaba ingresado en un hospital de Norway con la nariz rota, la mandíbula fracturada y posibles heridas internas. Sheila Brigham también estaba en el hospital. Conmocionada.

Hugh Priest y Billy Tupper estaban muertos. La noticia había llegado en el momento en que Sheila empezaba a desmoronarse. La comunicó por teléfono un repartidor de cerveza que tuvo el buen juicio de llamar a la asistencia médica antes de hacerlo a la policía. El tipo parecía casi tan histérico como Sheila Brigham, y Alan no le culpó por ello. Para entonces, también él se sentía bastante histérico.

Henry Beaufort se encontraba en estado crítico como resultado de múltiples heridas por arma de fuego.

Norris Ridgewick había desaparecido..., y eso, por alguna razón, era lo que más le dolía.

Alan lo había buscado después de recibir la llamada del repartidor de cerveza, pero Norris parecía haberse esfumado.

En aquel momento, Alan había pensado que su agente tal vez había ido a detener formalmente a Danforth y que volvería con el presidente del Consejo Municipal, pero los acontecimientos no tardaron en demostrar que a Keeton no lo había detenido nadie. Alan supuso que los agentes de la policía del estado lo harían si tropezaban con él en el curso de otras líneas de investigación, pero de lo contrario, el hombre seguiría libre. Todos tenían cosas más importantes que hacer. Mientras tanto, Norris no aparecía. Y estuviera donde estuviese, había ido a pie. Cuando Alan había salido del pueblo, el Volkswagen de Norris aún seguía volcado sobre un costado en medio de Main Street.

Quienes vieron lo sucedido declararon que Buster se había colado en el Cadillac por la ventanilla y luego, sencillamente, se había marchado en el coche. La única persona que había intentado impedírselo había pagado un alto precio. Scott Garson estaba hospitalizado allí mismo, en el Northern Cumberland, con la mandíbula rota, un pómulo hundido y otras fracturas en una muñeca y en tres dedos. Podría haber sido peor; los testigos afirmaron que Buster había intentado atropellar al tipo cuando estaba tendido en la calle.

Lenny Partridge, con la clavícula y Dios sabía cuántas costillas rotas, también estaba allí en alguna parte. Andy Clutterbuck había llegado con noticias de aquel nuevo desastre, mientras Alan aún intentaba asimilar el hecho de que el presidente del Consejo Municipal del pueblo fuera entonces un fugitivo de la justicia esposado a un gran Cadillac rojo. Al parecer, Hugh Priest había obligado a Lenny a detenerse, lo había arrojado a la cuneta y se había largado en el coche del viejo. Alan supuso que encontrarían el vehículo en el aparcamiento de El Tigre Achispado, ya que Hugh había mordido el polvo allí.

Y, por supuesto, también estaba Brian Rusk, que se había comido una bala a la tierna edad de once años. Clut apenas había empezado a contar su historia cuando el teléfono había vuelto a sonar. Para entonces, Sheila ya no estaba y Alan había descolgado y había escuchado al otro lado de la línea la voz de un chiquillo histérico: era Sean Rusk, que había marcado el número del adhesivo anaranjado brillante situado junto al teléfono de la cocina.

En total, aquella tarde habían prestado servicios en Castle Rock ambulancias de la asistencia médica y unidades del servicio de rescate de cuatro poblaciones distintas.

Y en aquel momento, allí sentado de espaldas al Tonto Simón y al pastelero, mientras observaba los pájaros de plástico del móvil que giraban y se mecían en vaivén alrededor del eje, Alan volvió una vez más a pensar en Hugh y en Lenny Partridge. La suya no había sido la confrontación más sonada que se había producido en Castle Rock durante la jornada, pero sí la más extraña..., y Alan tenía la sensación

de que en esa misma rareza podía ocultarse una clave de todo aquel asunto.

—Por todos los santos, ¿por qué no se llevó Hugh su propio coche, si tenía una cuenta pendiente con Henry Beaufort? —había preguntado a Clut mientras se pasaba los dedos por un cabello que ya llevaba absolutamente despeinado—. ¿Por qué molestarse en coger la vieja cafetera de Lenny?

—Porque el Buick de Hugh tenía las cuatro ruedas pinchadas. Parece como si alguien hubiera intentado sacarles las tripas con una navaja. —Clut se había encogido de hombros, contemplando con inquietud el desorden en que había quedado la comisaría—. Tal vez Hugh pensó que había sido Henry Beaufort.

Sí, pensó Alan. Tal vez sí. Sonaba bastante absurdo, pero ¿no lo era aún más que Wilma Jerzyck supusiera que había sido Nettie Cobb quien le había salpicado las sábanas de barro, primero, y le había roto los cristales de su casa a pedradas, unos días más tarde? ¿Y no era igual de absurdo por parte de Nettie pensar que Wilma le había matado el perro?

Antes de tener ocasión de seguir interrogando a Clut, se había presentado Henry Payton para comunicar a Alan, con todo el tacto de que fue capaz, que lo relevaba en el caso. Alan había asentido.

—Hay una cosa que necesitas descubrir lo antes posible, Henry —le había dicho.

—¿Cuál es, Alan? —había respondido Payton, pero Alan observó con profunda decepción que su interlocutor solo le prestaba atención a medias. Su viejo amigo, el primero que Alan había hecho en la amplia comunidad de servidores del orden después de acceder al cargo de comisario y cuya amistad había demostrado ser muy valiosa, ya estaba concentrado en otros asuntos. Entre ellos, sin duda, uno de los principales debía de ser cómo desplegaría sus fuerzas, dada la amplia extensión geográfica de los incidentes.

—Tienes que descubrir si Henry Beaufort estaba tan furioso con Hugh Priest como este, al parecer, lo estaba contra él.

—Lo haré —había asegurado Henry, al tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Lo haré. —Luego, alzando la voz, había exclamado—: ¡Brooks! ¡Morrison! ¡Venid aquí!

Alan lo vio alejarse y pensó en ir tras él. En agarrarlo y obligarle a prestar atención. Pero no lo hizo porque Henry, como Hugh, Lester y John, e incluso Wilma y Nettie, habían empezado a perder para él cualquier sensación de verdadera importancia. Los muertos estaban muertos, los heridos recibían los cuidados correspondientes y los crímenes habían sido cometidos...

... salvo que Alan tenía la sospecha vaga y terrible de que el auténtico crimen aún se estaba produciendo.

Cuando Henry se había alejado para impartir órdenes a sus hombres, Alan había llamado otra vez a Clut. El agente había acudido con las manos en los bolsillos y una

expresión malhumorada.

—Nos han reemplazado, Alan —masculló—. Nos han dejado al margen, limpiamente. ¡Maldita sea!

—No del todo —respondió Alan, con la esperanza de que su tono de voz transmitiera convencimiento—. Vas a ser mi enlace aquí, Clut.

—¿Adónde vas tú?

—A casa de los Rusk.

Pero cuando llegó allí, Brian y Sean Rusk ya no estaban. La ambulancia que llevaba al desgraciado Scott Garson se había desviado para recoger a Sean antes de emprender camino hacia el hospital Northern Cumberland. El segundo coche fúnebre de Harry Samuels, un viejo Lincoln transformado, había cargado el cuerpo de Brian Rusk y lo conducía a Oxford para someterlo a la autopsia. El mejor de los coches fúnebres de Harry, el que su dueño siempre denominaba «el coche de la empresa», ya había partido hacia el mismo destino con los cadáveres de Hugh y de Billy Tupper.

Los cuerpos debían de estar amontonados en el pequeño depósito como una pila de leña, pensó Alan.

Fue al llegar a la casa de los Rusk cuando Alan se dio cuenta —en la boca del estómago, además de en la cabeza— de hasta qué punto lo habían dejado fuera de juego. Dos hombres del DIC de Henry se le habían adelantado y dejaron muy claro que Alan podía rondar por allí solo mientras no hiciera el menor intento de entrometerse o de echar un remo para ayudar a bogar. Así pues, se había quedado un momento en la puerta de la cocina, observándolos, con la sensación de ser tan útil como una tercera rueda en un ciclomotor. Cora había respondido a las preguntas con lentitud, casi como si estuviera drogada. Alan pensó que tal vez se debía a la conmoción, o que los enfermeros de la ambulancia que trasladaba a su hijo superviviente hacia el hospital habían administrado a la mujer algún tranquilizante antes de marcharse. Cora le había recordado terriblemente el aspecto de Norris al salir por la ventanilla de su Volkswagen volcado. Fuera cosa del sedante o de la conmoción, los policías no sacaron gran cosa en limpio de ella. Cora no llegaba a llorar, pero era claramente incapaz de concentrarse en las preguntas lo suficiente para responderlas. Les dijo que no sabía nada, que estaba en el piso de arriba, dando una cabezada. Pobre Brian, no dejaba de repetir. Pobrecito Brian. Pero expresaba aquel sentimiento con un sonsonete que a Alan le resultó escalofriante, y no dejaba de manosear unas viejas gafas de sol que tenía junto a ella sobre la mesa de la cocina. Una de las patillas estaba sujeta con cinta adhesiva y uno de los cristales se había astillado.

Alan se había sentido a disgusto en la casa y había acudido allí, al hospital.

Llegado a aquel punto en sus reflexiones, el comisario se levantó y acudió al teléfono público del vestíbulo principal, al fondo del pasillo. Una vez más, intentó

hablar con Polly sin obtener respuesta y marcó el número de la comisaría. La voz que respondió soltó un gruñido: «¡Policía del estado!», y Alan experimentó una descarga de celos infantil. Se identificó y preguntó por Clut. Tras una espera de casi cinco minutos, Clut se puso al aparato.

—Lo siento, Alan. Se han limitado a dejar el auricular encima de la mesa. Menos mal que me he acercado a preguntar, o de lo contrario aún estarías esperando. A estos condenados tipos de la policía estatal les traemos sin cuidado.

—No te preocupes por eso, Clut. ¿Ya ha detenido alguien a Keeton?

—Bueno..., no sé cómo decirte esto, Alan, pero...

Alan experimentó una sensación de aprensión en la boca del estómago y cerró los ojos. Había acertado en su suposición: el asunto aún no había terminado.

—Dímelo —respondió—. Olvídate del reglamento.

—Buster..., quiero decir, Danforth, volvió a su casa en el coche y utilizó un destornillador para arrancar el tirador de la portezuela del Cadillac. Ya sabes, donde estaba esposado.

—Sí, ya sé —asintió Alan, con los ojos cerrados todavía.

—Luego... Luego mató a su mujer, Alan. Con un martillo. No ha sido ningún agente del estado quien la ha descubierto, porque los estatales no tenían gran interés por Buster hasta hace veinte minutos. Ha sido Seat Thomas, que se había acercado a casa de Buster para volver a inspeccionar. Seat informó de lo que había descubierto y ha llegado de vuelta a la comisaría hace menos de cinco minutos. Dice que siente punzadas en el pecho, y no me sorprende. Me ha dicho que Buster le destrozó toda la cara. Dice que hay sesos y cabellos de la mujer por todas partes. Ahora hay más o menos un pelotón de agentes uniformados de Payton en la casa del mirador. He llevado a Seat a tu despacho. He pensado que era mejor que se sentara allí, antes que cayera desmayado en cualquier sitio.

—¡Cielo santo, Clut!, llévalo a ver a Ray van Allen enseguida. Seat tiene sesenta y dos años y lleva fumando Camel toda su maldita vida.

—Ray está en Oxford, Alan. Ha ido a intentar ayudar a los médicos de allí a remendar a Henry Beaufort.

—Entonces llama a su secretario personal..., ¿cómo se llama? Frankel. Everett Frankel.

—No está. He llamado a la oficina y a su casa.

—¿Y qué dice su mujer?

—Everett es soltero, Alan.

—¡Oh, vaya! —Alguien había garabateado unas palabras en el teléfono. «No te preocupes, sé feliz», ponía. Alan repitió mentalmente la frase con acritud.

—Puedo llevarlo al hospital yo mismo —se ofreció Clut.

—No. Te necesito donde estás —respondió Alan—. ¿Han aparecido los

periodistas y la gente de la televisión?

—Sí. Esto está abarrotado.

—Entonces, cuando terminemos de hablar, ve a comprobar qué tal está Seat. Si no se siente mejor, haz lo siguiente: sales a la puerta de la comisaría, coges a cualquier periodista que te parezca medianamente inteligente, nómbrale alguacil provisional y oblígale a traer a Seat en coche hasta aquí. Hospital Northern Cumberland.

—Muy bien. —Tras una breve vacilación, Clut estalló—: He querido ir a casa de Keeton, ¡pero los estatales no me han dejado acceder a la escena del crimen! ¿Qué te parece eso, Alan? ¡Esos desgraciados no permiten el acceso a la escena del crimen a un agente de la policía local!

—Sé cómo te sientes. A mí tampoco me gusta, pero esos hombres están cumpliendo con su deber. ¿Alcanzas a ver a Seat desde donde estás, Clut?

—Sí.

—¿Y bien? ¿Sigue vivo?

—Está sentado tras tu escritorio, fumando un cigarrillo y echando una ojeada al ejemplar de la *Revista del policía rural* de este mes.

—Estupendo —dijo Alan, sin saber si reírse, echarse a llorar o hacer ambas cosas a la vez—. Muy propio de él. ¿Ha llamado Polly Chalmers, Clut?

—Nnn..., espera un momento. Aquí tengo el registro. Pensaba que había desaparecido. Sí que ha llamado, Alan. Poco antes de las tres y media.

Alan torció el gesto.

—Esa ya la contesté. ¿Alguna más?

—Por lo que veo aquí, no. Pero eso no significa nada, tal como están las cosas. Con Sheila ausente y esos condenados polis estatales revolviendo por todas partes, no es seguro que el registro esté...

—Gracias, Clut. ¿Hay algo más que deba saber?

—Sí. Un par de cosas.

—Dispara.

—Por fin han encontrado el arma con la que Hugh disparó a Henry, pero David Friedman, del departamento de balística de la policía estatal, dice que no la conoce. Es una pistola automática de alguna clase, pero el tipo afirma que jamás ha visto una igual.

—¿Estás seguro de que era David Friedman? —le preguntó Alan.

—Sí, Friedman. Eso me dijo el tipo.

—Pues Dave Friedman debería saber qué arma era. Ese hombre es una *Enciclopedia del Tirador* ambulante.

—Pues no lo sabe. Me encontraba presente cuando ese hombre se lo contó a tu amigo Payton. Dijo que se parecía un poco a un Mauser alemán, pero que le faltaban

las marcas normales y que la corredera era diferente. Creo que la han enviado a Augusta junto con una tonelada más de pruebas e indicios.

—¿Qué más?

—Han encontrado una nota anónima en el patio de la casa de Henry Beaufort —le informó Clut—. Estaba hecha una pelota junto al coche. ¿Recuerdas ese Thunderbird clásico que tiene Henry? También lo han encontrado con señales de vandalismo, como el de Hugh.

Alan recibió esas palabras como si una mano grande y suave acabara de cruzarle la cara de un bofetón.

—¿Qué decía la nota, Clut?

—Un momento... —El comisario oyó un leve susurro mientras Clut pasaba las hojas de su libreta de notas—. Aquí lo tengo: «Esto por haberme echado del bar y haberte quedado las llaves de mi coche, maldita rana gabacha».

—¿Rana?

—Es lo que pone —asintió Clut con una risilla nerviosa.

—¿Y dices que el coche tiene muestras de vandalismo?

—Exacto. Todos los neumáticos destrozados, como los del coche de Hugh. Y una raya larga y profunda que recorre todo el lateral de la carrocería por el lado del acompañante.

—Muy bien, quiero que hagas otra cosa más. Ve a la barbería y, si es preciso, visita luego la sala de billares. Descubre a quién expulsó Henry de su bar durante esta semana o la pasada.

—Pero la policía estatal...

—¡Al diablo con la policía estatal! —lo interrumpió Alan—. Estamos en nuestro pueblo. Sabemos a quién conviene preguntar y dónde podemos encontrarlo. ¿Vas a decirme que no puedes dar, en menos de cinco minutos, con alguien que esté al corriente del asunto?

—¡Claro que puedo! —respondió Clut—. Cuando volvía de Castle Hill he visto a Charlie Fortin charlando con un grupo de gente delante de la Western Auto. Si Henry se había enfadado con alguien, Charlie tiene que saberlo. ¡Qué diablos, ese bar es para Charlie su hogar lejos de casa!

—Sí, pero ¿lo han interrogado los estatales?

—Bueno..., no.

—No. Entonces pregúntale tú. Aunque me parece que los dos sabemos ya cuál va a ser su respuesta, ¿verdad?

—Sí. Hugh Priest —asintió Clut.

—Exacto. Creo que está tan claro como el agua —afirmó Alan, y pensó para sí que, al fin y al cabo, su conclusión no debía de ser muy distinta de la primera impresión que habría sacado Henry Payton.

—Está bien, comisario. Me ocuparé de ello.

—Y vuelve a llamarme cuando lo hayas comprobado. Llámame enseguida. —Dio el número a Clut y se lo hizo recitar para estar seguro de que lo había anotado sin errores.

—Lo haré —prometió el agente. Luego añadió en un estallido de rabia—: ¿Qué está sucediendo, Alan? ¡Maldita sea! ¿Qué diablos está pasando aquí?

—No lo sé. —Alan se sentía muy viejo, muy cansado... y enfadado. No con Payton por haberlo apartado del caso, sino con el responsable de aquellos horrendos fuegos artificiales. Porque el comisario se sentía cada vez más convencido de que, cuando llegaran al fondo del asunto, descubrirían que en todo lo sucedido se ocultaba la acción de una misma mano. Wilma y Nettie, Henry y Hugh, Lester y John... Alguien había preparado el detonante para hacerles saltar como cartuchos explosivos de alta potencia—. No lo sé, Clut, pero lo descubriremos.

Colgó y marcó de nuevo el número de Polly. La urgencia por arreglar las cosas con ella, por entender qué había sucedido para que se hubiera puesto tan furiosa con él, se estaba difuminando. Pero la sensación que había empezado a invadirlo en su lugar resultaba aún más incómoda: una profunda aunque inconcreta sensación de amenaza; un creciente sentimiento de que se encontraba en peligro.

Ring, ring, ring... Pero no obtuvo respuesta.

Polly, te quiero y tenemos que hablar. Por favor, contesta al teléfono, rogó en silencio. Polly, te quiero y tenemos que hablar. Por favor, contesta al teléfono. Polly, te quiero y...

La jaculatoria le dio vueltas y más vueltas en la cabeza, como un juguete con mecanismo de cuerda. Tuvo el impulso de llamar otra vez a Clut y pedirle que, antes de hacer nada más, fuera a ver si le había sucedido algo a Polly, pero se contuvo. No podía hacerlo. Habría estado muy mal por su parte cuando quizá había más cartuchos de explosivos a punto de estallar en Castle Rock.

Sí, Alan, pero imagina..., supón que Polly es uno de ellos...

Aquel pensamiento despertó alguna asociación de ideas en su mente, pero Alan fue incapaz de concretarla antes de que se difuminara otra vez.

Con gesto lento, colgó de nuevo el teléfono, depositando el auricular en la horquilla mientras sonaba el enésimo timbrado.

3

Polly no pudo soportarlo más. Rodó sobre el costado, alargó la mano hacia el teléfono... y este enmudeció a medio zumbido.

Estupendo, se dijo. Pero ¿lo era?

La mujer estaba tendida en la cama, escuchando el sonido de la tormenta que se aproximaba. En el piso de arriba hacía tanto calor como en pleno mes de julio, pero ya no tenía la opción de abrir las ventanas porque la semana anterior, precisamente, había hecho que Dave Phillips, uno de los mozos del pueblo a quien solía encargar trabajos diversos, le instalara las contraventanas y las contrapuertas de la casa. Así pues, Polly yacía en la cama en ropa interior con la intención de hacer una pequeña siesta antes de levantarse y darse una ducha, pero no conseguía conciliar el sueño.

En parte era por las sirenas, pero sobre todo era por Alan. Por lo que Alan había hecho. Polly no podía entender aquella grotesca traición a todo lo que ella había creído, a todo en lo que había confiado, pero tampoco podía huir de ello. Su mente pensaba en otra cosa (en aquellas sirenas, por ejemplo, que sonaban como si anunciaran el fin del mundo) y, de pronto, volvía a descubrirse dando vueltas a lo mismo, a cómo Alan había actuado a sus espaldas, cómo había husmeado en su vida a escondidas. Era como si alguien hurgara con el extremo astillado de un palo en algún rincón tierno y secreto de su ser.

Oh, Alan, ¿cómo pudiste...?, le preguntó y se preguntó a sí misma otra vez.

La voz que le respondió le produjo un sobresalto. Era la voz de tía Evvie y, bajo la sequedad y la ausencia de sentimentalismo que siempre habían sido características de la anciana, Polly percibió una cólera profunda e inquietante.

Si le hubieras contado la verdad desde el principio, muchacha, no habría tenido necesidad de hacerlo.

Polly se incorporó rápidamente hasta quedar sentada en la cama. Aquella voz resultaba inquietante, desde luego, y lo más perturbador era que parecía su propia voz. Tía Evvie llevaba muchos años muerta. Y la voz era la de su propio inconsciente, que utilizaba a la tía Evvie para expresar su enfado igual que un ventrílocuo tímido usaría a su muñeco para pedirle una cita a una chica guapa, y...

Basta ya, muchacha. ¿No te dije una vez que este pueblo estaba lleno de fantasmas? Quizá sea yo, realmente. Quizá lo que te dije es verdad.

Polly dejó escapar un grito atemorizado, gimoteante, y se llevó la mano a la boca.

O quizá no lo sea. Al fin y al cabo, tampoco importa mucho quién sea, ¿no? La cuestión es esta, Trisha: ¿quién pecó primero? ¿Quién mintió primero? ¿Quién empezó a ocultar cosas? ¿Quién arrojó la primera piedra?

—¡Eso no es justo! —exclamó a voz en grito en la calurosa alcoba. A continuación, observó el reflejo de su cara asustada, con los ojos muy abiertos, en el espejo de la estancia. Esperaba que la voz de tía Evvie sonara de nuevo, y al comprobar que guardaba silencio, volvió a tenderse lentamente en el lecho.

Tal vez era cierto que ella había sido la primera en mentir, si podía llamarse mentir a omitir parte de la verdad y contar algunas inexactitudes inocentes. Quizá fuera cierto que ella había ocultado cosas. Pero eso no daba derecho a Alan a abrir

una investigación sobre ella como haría un funcionario de policía ante un conocido delincuente. No le daba derecho a poner su nombre en una petición de información interestatal, ni a mandar una requisitoria sobre ella, si era así como lo llamaban, ni a... a...

Da igual, Polly, susurró una voz, una que Polly conocía. Deja de recriminarte por lo que ha sido un comportamiento muy correcto por tu parte. ¡Solo faltaría eso! ¿Acaso no captaste el tono de culpabilidad de su voz?

—¡Sí! —murmuró fieramente, con la cara contra la almohada—. ¡Sí señor! ¡Claro que lo capté! ¿Qué me dices a eso, tía Evvie?

No hubo respuesta... solo una leve agitación, extraña y misteriosa

(la cuestión es esta, Trisha)

en su mente subconsciente. Como si hubiera olvidado algo, como si se hubiera dejado algo

(¿te apetece un caramelo, Trisha?)

en la ecuación.

Polly rodó inquieta sobre sí misma, hasta quedar de costado. Al hacerlo, el *azká* rodó sobre uno de sus pechos y la mujer oyó cómo algo en su interior arañaba delicadamente la pared de plata de su prisión.

No, pensó de inmediato. Solo es algo que se mueve. Algo inerte. La idea de que ahí dentro hay realmente algo vivo... solo es cosa de tu imaginación.

Scratch, scratch, scratch.

La bolita de plata se movió ligerísimamente entre la copa de algodón blanco del sujetador y el embozo de la cama.

Scratch, scratch, scratch.

Eso de ahí dentro está vivo, Trisha, afirmó la voz de tía Evvie. Esa cosa está viva y lo sabes perfectamente.

No seas tonta, contestó Polly, volviéndose hacia el otro lado. ¿Cómo podría haber alguna criatura ahí dentro? Suponiendo que fuera capaz de respirar a través de esos minúsculos agujeros, ¿de qué diablos iba a alimentarse?

Y la voz de tía Evvie respondió entonces con implacable suavidad: *Quizá se alimenta de ti, Trisha.*

—Polly —murmuró—. Me llamo Polly.

Esta vez, la agitación en su subconsciente fue más profunda —incluso alarmante— y por un instante fue casi incapaz de controlarla.

Entonces el teléfono empezó a sonar de nuevo. Se le escapó una exclamación y se incorporó con una expresión de cansancio y consternación. En sus facciones se contraponían el orgullo y la añoranza.

Habla con él, Trisha. ¿Qué daño puede hacer eso? Mejor aún, escúchalo. Apenas le has dado la oportunidad de explicarse, ¿verdad?

No pienso hablar con él, después de lo que me ha hecho.

Pero tú todavía lo quieres.

Sí, era cierto. Lo único que sucedía era que ahora también lo odiaba.

La voz de tía Evvie se alzó una vez más en su mente, insistiendo con acritud: *¿Quieres ser un fantasma toda tu vida, Trisha? ¿Qué te sucede, muchacha?*

Polly alargó la mano hacia el teléfono con un amago de firmeza. Sin embargo, su mano —aquella mano ágil, libre de dolores— titubeó antes de llegar al auricular. Porque quizá no era Alan. Quizá era el señor Gaunt. Tal vez el señor Gaunt quería hablar con ella para decirle que aún no habían terminado, que todavía no había terminado de pagar.

Hizo otro movimiento hacia el teléfono —esta vez, las yemas de sus dedos llegaron a rozar la carcasa de plástico— y retiró de nuevo el brazo. La mano terminó agarrada a su compañera y recogida con esta en un nudo nervioso sobre el vientre. Polly tenía miedo de la voz de la difunta tía Evvie, de lo que había hecho aquella tarde, de lo que el señor Gaunt (¡o Alan!) pudieran contar por el pueblo acerca de su hijo muerto, de lo que pudiera significar la confusión de sirenas y coches a toda velocidad que reinaba no lejos de su casa.

Pero Polly había descubierto que, por encima de todas esas cosas, a quién más temía era a Leland Gaunt. Se sentía como si alguien la hubiera atado al badajo de una gran campana de acero, una campana que, si empezaba a sonar, la ensordecería, la volvería loca y la convertiría en pulpa simultáneamente.

El teléfono enmudeció.

Fuera, otra sirena empezó a ulular, y cuando su sonido comenzó a apagarse en dirección al puente, se alzó un nuevo trueno. Esta vez, aún más cerca.

Quítatelo, susurró la voz de tía Evvie. Quítatelo, cariño. Puedes hacerlo. Solo tiene poder sobre la necesidad, no sobre la voluntad. Quítatelo. Rompe el influjo que ejerce sobre ti.

Pero Polly contempló el teléfono y recordó la noche —¿era posible que hiciese menos de una semana?— en que había alargado la mano para descolgarlo y sus dedos habían chocado con él, derribándolo al suelo. Recordó el dolor que le había subido por el brazo como si lo devorara una rata hambrienta con los dientes mellados. No podía volver a aquello. Sencillamente, no podía.

¿O sí?

Esta noche está sucediendo algo malicioso y terrible en Castle Rock, afirmó la voz de tía Evvie. ¿Quieres despertarte mañana y tener que calcular hasta qué punto ha sido a causa de tu malicia? ¿De verdad es ese el resultado al que quieres contribuir, Trisha?

—Tú no lo entiendes —dijo Polly con un gemido—. ¡No le he hecho nada a Alan, sino a Ace! ¡A Ace Merrill! ¡Y este se merece todo lo que le suceda!

La voz implacable de tía Evvie replicó: *Entonces tú también, cariño. Tú también.*

4

A las seis y veinte de la tarde de aquel martes, mientras las nubes de tormenta se acercaban y la oscuridad empezaba a ganarle la partida al crepúsculo, el agente de la policía del estado que había reemplazado a Sheila Brigham en la centralita de comunicaciones abandonó su puesto y se dirigió a la zona abierta de la comisaría. Dio un rodeo en torno a la zona, con forma de rombo más o menos, marcada con la cinta impresa con la leyenda ESCENA DEL CRIMEN, y corrió hacia Henry Payton.

El jefe de policía, desgredado, tenía un aire abatido. Había pasado los cinco minutos anteriores con las damas y caballeros de la prensa y se sentía como siempre que salía de una de tales confrontaciones: como si lo hubieran embadurnado de miel y le hubieran obligado a revolcarse en un montón de mierda de hiena infestada de hormigas. Su declaración no había estado tan bien preparada —no había sido tan inexpugnablemente vaga— como había deseado. La gente de la televisión le había obligado a apresurarse. Querían informaciones en vivo durante la franja horaria de seis a seis treinta, cuando se emitían los noticiarios locales; consideraban imprescindible hacer resúmenes actualizados a esa hora y, si no les arrojaba un hueso de alguna clase, los reporteros eran muy capaces de crucificarlo para el servicio nocturno de las once. De todos modos, casi lo habían crucificado ya. Payton había estado más cerca entonces de admitir que no tenía ni una miserable pista que en toda su carrera. Y no había abandonado la improvisada conferencia de prensa; había huido de ella.

Henry Payton se encontró deseando haber prestado más atención a Alan. Cuando llegara un rato antes, el objetivo principal había parecido consistir en una labor de control de daños. Ahora, sin embargo, no estaba tan seguro, puesto que se había producido otro asesinato más desde que él se había encargado del caso. Era una mujer llamada Myrtle Keeton. Su marido aún seguía suelto por alguna parte; probablemente, ya había escapado por las montañas, lejos de allí. Pero también existía la posibilidad de que aún anduviera trotando briosamente por aquel pueblo fantasmal. Un tipo que había acabado con su mujer a martillazos. En otras palabras, un psicópata primario.

El problema era que no conocía a toda aquella gente. Alan y sus agentes, sí. Pero tanto Alan como Ridgewick habían desaparecido. LaPointe estaba en el hospital, probablemente a la espera de ver si los médicos podían enderezarle la nariz. Payton miró a su alrededor buscando a Clutterburg y apenas se sorprendió cuando comprobó que este también se había desvanecido.

¿Quieres llevar tú el asunto, Henry?, oyó que decía la voz de Alan en su cabeza. Muy bien, tuyo es. Y respecto a los sospechosos, ¿por qué no pruebas con la guía telefónica?

—¿Teniente Payton? ¡Teniente Payton! —Era el agente encargado de las comunicaciones.

—¿Qué? —gruñó Henry.

—Tengo al doctor Van Allen en la radio. Quiere hablar con usted.

—¿Respecto a qué?

—No ha querido decirlo. Solo insiste en que es preciso que hable con usted.

Henry Payton acudió a la cabina de la centralita sintiéndose cada vez más como un chiquillo montado en una bicicleta sin frenos, bajando por una pendiente pronunciada con un precipicio a un lado, una pared de roca al otro y una jauría de lobos hambrientos con cara de periodistas a su espalda.

Cogió el micrófono.

—Aquí Payton, cambio.

—Teniente Payton, aquí el doctor Van Allen, forense del condado.

La voz sonaba hueca y distante, interrumpida en ocasiones por grandes crepitaciones de electricidad estática. Harry sabía que eran los efectos de la tormenta que se aproximaba.

—Sí, ya sé quién es —respondió Henry—. Usted acompañaba al señor Beaufort a Oxford. ¿Qué tal está? ¿Ha recobrado el conocimiento?

—Beaufort ha...

Crac crac bzzzzzz crac.

—Hay interferencias, doctor Van Allen —dijo Henry, hablando con toda la paciencia de que fue capaz—. Parece que por aquí se prepara una tormenta eléctrica de primera categoría. Por favor, repita lo que ha dicho, cambio.

—¡Ha muerto! —le llegó el grito de Van Allen en una interrupción entre las crepitaciones—. Ha muerto en la ambulancia, pero no creemos que la causa del fallecimiento haya sido la herida por arma de fuego. ¿Me ha entendido? NO CREEMOS QUE HAYA MUERTO DE TRAUMATISMO POR ARMA DE FUEGO. El cerebro de este hombre sufrió un edema atípico primero, y luego se desgarró. El diagnóstico más probable es que, con el disparo, se introdujo en su sangre alguna sustancia tóxica, una sustancia sumamente tóxica. Esta misma sustancia parece ser la causa de que el corazón le reventara, literalmente. Por favor, confirme que me ha entendido.

¡Oh, Dios santo!, pensó Henry Payton. Se aflojó el nudo de la corbata, desabrochó el botón del cuello de la camisa y volvió a pulsar el botón de transmitir.

—He recibido su mensaje, doctor Van Allen, pero maldita sea si lo entiendo. Cambio.

—Muy probablemente, la toxina estaba en las balas del arma con la que le

dispararon. La infección parece extenderse poco a poco al principio, y luego su acción se acelera. Tenemos dos zonas claras de introducción en las heridas de la mejilla y del pecho. Es muy importante que...

Crac crac bzzzzzz.

—¿... entendido? Cambio.

—Repítalo, doctor Van Allen. —Henry rogó a todos los santos que el hombre se hubiera limitado a descolgar el teléfono—. Por favor, repita la última parte.

—¿Quién tiene el arma? —gritó Van Allen—. ¡Cambio!

—David Friedman, de balística. Se la ha llevado a Augusta. Cambio.

—La habrá descargado primero, ¿verdad? Cambio.

—Sí. Es el procedimiento normal. Cambio.

—¿Era un revólver o una automática, teniente Payton? En este momento, eso es de la mayor importancia. Cambio.

—Una pistola automática.

—Ese Friedman habrá retirado el cargador, ¿no? Cambio.

—Se encargará de eso en Augusta. —Payton se dejó caer pesadamente en la silla de la centralita. De pronto, necesitaba descansar en algo—. Cambio.

—¡No! ¡No debe hacerlo! ¡No tiene que hacerlo bajo ningún concepto! ¿Me ha entendido?

—Le he entendido —asintió Henry—. Dejaré un mensaje para él en el laboratorio de balística diciéndole que deje las malditas balas en el maldito cargador hasta que hayamos aclarado de una maldita vez esta nueva complicación en este condenado caos. —Payton experimentó un placer infantil al recordar que todo aquello estaba difundiéndose por el aire..., y luego se preguntó cuántos de los periodistas de allá fuera estarían escuchándolo con sus rastreadores de ondas—. Escuche, doctor Van Allen, no deberíamos hablar de esto por radio. Cambio.

—No se preocupe por el asunto de las relaciones públicas —replicó Van Allen con voz áspera—. Estamos hablando de la vida de un hombre, teniente Payton. He intentado llamarle por teléfono y no ha habido modo de comunicar. Dígale a su amigo Friedman que se examine las manos con cuidado, que observe si tiene rasguños, pequeñas heridas o incluso padrastrós en los dedos. Si tiene el menor orificio en la piel de las manos, debe acudir a un hospital inmediatamente. No puedo descartar que el veneno con que nos enfrentamos no estuviera en el cargador, además de en las balas. Y se trata de algo con lo que ese hombre suyo no debe correr el menor riesgo. Es una sustancia letal. Cambio.

—Recibido —oyó Henry que respondía su propia voz. Se descubrió deseando estar en cualquier lugar, menos allí; pero, ya que estaba, deseó tener a su lado a Alan Pangborn. Desde que había llegado a Castle Rock aquella tarde, Henry Payton se sentía cada vez más fuera de lugar—. ¿De qué se trata? Cambio.

—Todavía no lo sabemos. Curare no es, porque no se ha producido parálisis hasta el último momento. Además, el curare es relativamente indoloro y el señor Beaufort sufrió muchísimo. Lo único que sabemos por el momento es que empezó poco a poco y luego se aceleró como un tren de carga. Cambio.

—¿Eso es todo? Cambio.

—¡Dios santo! —imploró Ray van Allen—. ¿No le parece suficiente? Cambio.

—Sí, supongo que sí. Cambio.

—Puede alegrarse de...

Crac, crac, bzzzzzz.

—Repita, doctor Van Allen. Repita lo que ha dicho. Cambio.

Entre el rugiente océano de electricidad estática Payton captó la voz del médico que decía:

—Puede alegrarse de tener el arma intervenida. Así no tendrá que preocuparse de si causa más daño. Cambio.

—En eso estamos de acuerdo, amigo. Corto y cierro.

5

Cora Rusk salió a Main Street y anduvo sin forzar el paso hacia Cosas Necesarias. Pasó junto a una furgoneta Ford Econoline con el rótulo WPDT CANAL 5 NOTICIAS EN ACCIÓN esmaltado en vivos colores en el costado, pero no vio a Danforth «Buster» Keeton observándola por la ventanilla del conductor con los ojos fijos, sin el menor parpadeo. Probablemente no lo habría reconocido de todos modos; Buster se había convertido, por decirlo así, en un hombre nuevo. E incluso si lo hubiera visto y lo hubiese reconocido, Cora no habría encontrado nada de raro en ello. La mujer tenía sus propios problemas y sus propias penas. Sobre todo, tenía su propia rabia. Y nada de ello tenía que ver con su hijo muerto.

En una mano, Cora Rusk sostenía unas gafas de sol rotas.

A Cora le había parecido que la policía iba a interrogarla eternamente... o, al menos, hasta que se volviera loca. ¡Marchaos!, había querido gritarles. ¡Dejad de hacerme todas esas preguntas estúpidas acerca de Brian! ¡Si se ha metido en algún problema, detenedlo! ¡Ya le arreglará su padre; arreglar cosas es lo único para lo que sirve, pero dejadme en paz! ¡Tengo una cita con El Rey y no puedo hacerle esperar!

En un momento determinado había visto al comisario Pangborn apoyado en el quicio de la puerta entre la cocina y el porche trasero, con los brazos cruzados ante el pecho, y había estado muy a punto de soltarle a él todo aquello, convencida de que Pangborn lo entendería. Él no era como los demás; era vecino del pueblo, conocería Cosas Necesarias, habría comprado también su objeto especial allí. El comisario la

comprendería.

Pero en aquel preciso instante el señor Gaunt le había hablado en la cabeza, con su voz calmada y juiciosa de siempre. *No, Cora, no hables con él. No te entendería. Él no es como tú. No es un comprador inteligente. Diles que quieres ir al hospital a ver a tu otro chico. Con eso te librarás de ellos, al menos durante un rato. Y después ya no tendrá importancia lo que hagan.*

Así pues, había dicho a los policías lo que le había sugerido el señor Gaunt, y la frase había tenido el efecto de un hechizo. Incluso se las había arreglado para derramar un par de lágrimas, aunque no pensando en Brian, sino en cómo debía de sentirse Elvis, vagando por Graceland sin ella. ¡Pobre Rey perdido!

Los agentes se habían marchado, salvo un par o tres que husmeaban por el garaje. Cora no sabía qué andaban haciendo ni qué podían buscar allí, y tampoco le importaba. Había cogido sus gafas de sol mágicas de encima de la mesa y había corrido escalera arriba. Una vez en su habitación, se había quitado la ropa y, tendida en la cama, se había puesto las gafas.

Al instante se encontró de nuevo en Graceland y se sintió llena de alivio, de expectación y de increíble lujuria.

Ascendió por la escalinata curva, fría y desnuda, hasta el corredor del piso superior, revestido de tapices con motivos de la jungla y casi tan ancho como una autopista. Avanzó hasta la puerta de doble hoja del fondo del pasillo acompañada del leve susurro de sus pies descalzos sobre la gruesa lana de la moqueta. Vio cómo sus dedos se adelantaban hasta cerrarse en torno a los tiradores. Y por fin abrió las puertas hacia dentro y tuvo ante su vista el dormitorio de El Rey; una estancia absolutamente en blanco y negro —paredes negras, alfombra blanca de lana gruesa, cortinas negras en las ventanas, embozo blanco sobre el cubrecama negro—, salvo el techo, pintado de azul medianoche con un millar de estrellitas eléctricas titilantes.

Entonces Cora Rusk se fijó en la cama y fue en ese momento cuando la atenazó el horror.

El Rey estaba en el lecho, pero El Rey no estaba solo.

Sentada encima de él, cabalgándolo como un poni, estaba Myra Evans. Al abrirse las puertas, Myra había vuelto la cabeza y miraba a Cora. El Rey solo estaba pendiente de Myra y la observaba con un parpadeo de aquellos ojos azules, soñolientos y maravillosos.

—¡Myra! —exclamó Cora—. ¿Qué haces aquí?

—Bueno... —fue la réplica burlona de Myra—, desde luego no estoy encerrando el suelo.

Cora, completamente anonadada, casi no podía respirar.

—¡Vaya...! ¡Pero bueno...! ¡Que me aspen si...! —exclamó por fin, alzando la voz conforme recuperaba el resuello.

—¡Pues ve a que te aspen! —replicó Myra, moviendo más deprisa las caderas—. Y quítate esas estúpidas gafas mientras estés en ello. Tienen un aspecto estúpido. Lárgate de aquí. Vuelve a Castle Rock. Aquí estamos ocupados..., ¿verdad, E?

—Y tan verdad, encanto —asintió El Rey—. Ocupados como un par de escarabajos retozones sobre una alfombra.

El horror se convirtió en furia y la parálisis de Cora se rompió con un chasquido. Se abalanzó sobre su presunta amiga con la intención de sacarle los ojos falaces de las órbitas. Pero cuando alzó una mano con los dedos como garras para hacerlo, Myra alargó la suya —sin perder por un solo instante el ritmo de sus caderas mientras lo hacía— y le arrancó las gafas de la cara.

Cora había cerrado los ojos ante la sorpresa..., y al volver a abrirlos, se había encontrado tendida en su cama otra vez. Las gafas de sol estaban en el suelo, con los dos cristales hechos añicos.

—¡No! —gritó Cora, arrojándose de la cama. Quería chillar, pero una voz interior (una voz que no era suya) le advirtió que los policías del garaje la oirían si lo hacía, y acudirían corriendo—. ¡No, por favor, por favor, noooooo...!

Intentó encajar los cristales rotos en la montura dorada de perfil aerodinámico, pero el esfuerzo fue en vano. Las gafas estaban rotas. Rotas por aquella golfa desvergonzada y perversa. Rotas por su «amiga», Myra Evans. Por su «amiga», que había encontrado la manera de llegar a Graceland, su «amiga», que en aquel mismo instante, mientras ella intentaba recomponer un objeto inapreciable que había quedado irremisiblemente roto, le estaba haciendo el amor a El Rey.

Cora alzó la vista. Sus ojos se habían convertido en dos brillantes rendijas negras.

—La destrozaré —susurró con voz ronca—. Ya lo verá.

6

Leyó el rótulo de la puerta de Cosas Necesarias, se detuvo un momento pensativa y luego dobló la esquina y penetró en el callejón de servicio.

Al hacerlo se rozó con Francine Pelletier, que salía del callejón mientras guardaba algo en el bolso. Cora apenas le prestó atención.

A medio camino del fondo del callejón, vio al señor Gaunt de pie detrás de una mesa que había colocado atravesada en el quicio de la puerta trasera de la tienda, como una barricada.

—¡Ah, Cora! —exclamó al verla—. Me preguntaba cuándo pasaría usted por aquí.

—¡Esa zorra! —escupió Cora—. ¡Esa mentirosa zorra asquerosa!

—Perdóneme, Cora —intervino el señor Gaunt con puntillosa educación—, pero

me parece que se ha dejado un par de botones por abrochar.

Al tiempo que lo decía, señaló con uno de sus dedos largos y extraños la parte delantera del vestido de la mujer.

Cora se había puesto lo primero que había encontrado en el armario para cubrir su desnudez, y solo se había acordado de abrochar el botón superior. Debajo, llevaba el vestido abierto hasta los rizos del vello púbico. Su vientre, hinchado por los numerosos pastelillos, caramelos y cerezas cubiertas de chocolate que había consumido mientras veía *Santa Bárbara* (y todos sus restantes programas favoritos), mostraba una suave curva.

—¿Y a quién coño le importa? —soltó al verse.

—A mí no —admitió el señor Gaunt con toda calma—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Esa zorra está jodiendo con El Rey. Y me ha roto las gafas. Quiero matarla.

—¿De veras? —respondió el señor Gaunt alzando las cejas—. Bueno, no puedo decir que no simpatice con usted, Cora, porque la verdad es que sí. Puede que una mujer que le roba el hombre a otra merezca vivir. Yo no me definiría sobre tal asunto en un sentido u otro; he sido comerciante toda la vida y sé muy poco sobre asuntos del corazón. Pero una mujer que deliberadamente rompe la posesión más sagrada de otra..., bueno, eso es un asunto mucho más serio. ¿Está de acuerdo conmigo?

Cora Rusk empezó a sonreír. Era una sonrisa dura. Una sonrisa despiadada. Una sonrisa absolutamente desprovista de cordura.

—Estoy de total y completo acuerdo con usted —asintió.

El señor Gaunt le dio la espalda unos momentos. Cuando volvió a mirarla, tenía en las manos una pistola automática.

—¿Acaso venía buscando algo parecido a esto? —preguntó.

VEINTE

1

Después de acabar con Myrtle, Buster cayó en una especie de profunda amnesia. Parecía haber perdido por completo el rumbo y el sentido de sus actos. Volvió a pensar en Ellos —todo el pueblo estaba infestado de Ellos—, pero en lugar de la rabia nítida y justa que tal idea le provocaba escasos minutos antes, en ese momento solo experimentó cansancio y depresión. Tenía un martilleante dolor de cabeza y notaba el brazo y la espalda resentidos de sostener el martillo.

Bajó la vista y comprobó que aún tenía la herramienta en la mano. Abrió los dedos y el martillo cayó sobre el linóleo de la cocina, dejando en él una mancha de sangre. Buster se quedó contemplando la mancha casi un minuto entero, con una especie de concentración idiota, creyendo ver en ella un esbozo del rostro de su padre dibujado en sangre.

Cruzó la sala de estar y entró en el estudio mientras se masajeaba el brazo y el hombro. La cadena de las esposas producía un tintineo enloquecedor. Abrió la puerta del armario, se dejó caer de rodillas, hurgó bajo las ropas que colgaban en primer plano y cogió la caja con los trotones dibujados en la tapa. Con gestos torpes, retiró el objeto del armario (las esposas engancharon uno de los zapatos de Myrtle y Buster lo arrojó de nuevo al fondo del armario con una maldición malhumorada), llevó la caja hasta el escritorio y se sentó ante ella. En lugar de excitación, solo sentía tristeza. El Boleto Ganador era maravilloso, desde luego, pero ¿de qué podía servirle ahora? Ya no importaba si devolvía o no el dinero. Acababa de asesinar a su mujer, y aunque era indudable que Myrtle se lo merecía, Ellos no iban a entenderlo así. Y no tendrían el menor reparo en arrojarlo a la celda de la penitenciaría de Shawshank más profunda y oscura que encontraran, para tirar luego la llave.

Observó que había dejado grandes manchas de sangre en la tapa de la caja y se miró de arriba abajo. Por primera vez, advirtió que estaba cubierto de sangre. Sus antebrazos carnosos parecían los de un matarife de cerdos de Chicago. La depresión se abatió sobre él en una suave oleada negra. Lo habían derrotado, de acuerdo, pero aún podía escapar de Ellos. Sí, escaparía de Ellos a pesar de todo.

Se levantó, rendido de cansancio, y se dirigió lentamente al piso de arriba. Mientras subía fue desnudándose: se descalzó en la sala de estar, dejó los pantalones al pie de la escalera y luego, a media subida, se sentó en uno de los peldaños para quitarse los calcetines. Incluso estos estaban ensangrentados. La camisa fue lo que más le costó. A la hora de quitarse la camisa, unas esposas colgando de una muñeca eran un engorro de mil diablos.

Entre la muerte de Myrtle Keeton y el momento en que Buster terminó de darse la ducha transcurrieron casi veinte minutos. En cualquier momento de ese período, Buster habría podido ser detenido casi sin el menor problema, pero en esos instantes se estaba produciendo el traspaso de autoridad en Main Street, en la comisaría reinaba un caos casi total y, en pocas palabras, el paradero de Danforth «Buster» Keeton no parecía muy importante.

Una vez se hubo secado con la toalla, se puso unos pantalones limpios y una camiseta de manga corta —no tenía ánimos para forcejear otra vez con unas mangas largas— y bajó de nuevo al estudio. Se instaló en la silla del escritorio y contempló de nuevo la caja de Boleto Ganador con la esperanza de que la depresión que lo atenazaba fuera algo pasajero y de que el juego le devolviera parte de su anterior exaltación. Pero el grabado de la tapa de este parecía empañado, descolorido. El color que más destacaba era una mancha de la sangre de Myrtle en el flanco del trotón con el número dos.

Quitó la tapa, y cuando contempló el interior, constató con estupor que los caballitos de latón estaban penosamente inclinados hacia un lado o hacia el otro, algo oxidados y con los colores también difuminados. Cuando introdujo la llave para dar cuerda al mecanismo, un fragmento de muelle roto asomó por una ranura.

¡Alguien había estado allí!, gritó su mente. ¡Alguien había tocado la caja! ¡Uno de Ellos! ¡No les había bastado con arruinar su vida! ¡También tenían que destrozarle el juego!

Pero otra voz más profunda, acaso la voz de la cordura que se desvanecía gradualmente en su cerebro, le susurró que no era cierto. El juego ha sido siempre así, desde el primer momento, le cuchicheó la voz. Solo que tú no te dabas cuenta.

Buster volvió al armario con la intención de coger el fusil, después de todo. Era hora de utilizarlo. Ya hurgaba con la mano en el interior del mueble, buscándolo, cuando sonó el teléfono. Buster lo descolgó muy lentamente, sabedor de quién estaba al otro lado de la línea.

Y no se llevó ninguna sorpresa.

2

—Hola, Dan —dijo el señor Gaunt—. ¿Qué tal te va esta espléndida tarde?

—Fatal —respondió Buster en tono melancólico y sombrío—. El mundo se me cae encima. Voy a matarme.

—¡Oh! —La voz del señor Gaunt sonó ligeramente decepcionada, nada más.

—Ya nada funciona. Incluso el juego que usted me vendió está estropeado.

—¡Oh, eso lo dudo muchísimo! —replicó el señor Gaunt con un matiz de

aspereza—. Yo compruebo toda mi mercancía con mucho cuidado, señor Keeton. Con sumo cuidado, diría. ¿Por qué no mira otra vez?

Buster lo hizo, y lo que vio lo dejó desconcertado. Los caballos volvían a estar derechos sobre sus ranuras. Todos los *jockeys* parecían recién pintados y relucientes. Incluso los ojos de los animales parecían despedir fuego. La pista de carreras de latón era una mezcla de verdes brillantes y de polvorientos tonos pardos estivales. La pista parece rápida, pensó vagamente, y sus ojos se desviaron hacia la tapa de la caja. O la vista, empañada por su profunda depresión, lo había engañado antes, o los colores se habían intensificado misteriosamente durante los escasos segundos transcurridos desde que había sonado el teléfono. Ahora la sangre de Myrtle apenas destacaba en la tapa e iba tomando un tono pardusco conforme se secaba.

—¡Dios mío! —exclamó en su susurro.

—¿Y bien? —preguntó el señor Gaunt—. ¿Y bien, Dan? ¿Me he equivocado? Porque si es así, deberías posponer tu suicidio al menos hasta que puedas devolverme tu compra y recuperar el valor íntegro de esta. Yo siempre respondo de mi mercancía. He de hacerlo, ¿sabes? Tengo una fama que proteger, y esta es una cuestión que me tomo muy en serio en un mundo donde hay miles de millones de Ellos y solo un yo.

—¡No..., no! —respondió Buster—. ¡El juego está... está magnífico!

—Entonces ¿eras tú quien se equivocaba? —insistió el señor Gaunt.

—Yo... Supongo que sí.

—¿Reconoces que habías cometido un error?

—Yo... Sí.

—Bien —añadió el señor Gaunt, y el tonillo de ira desapareció de su voz—. Entonces de acuerdo: sigue adelante y suicídate. Aunque debo reconocer que estoy decepcionado. Pensaba que por fin había encontrado a un hombre que tenía suficientes agallas para ayudarme a darles una buena lección a todos Ellos, pero supongo que se te escapa toda la fuerza por la boca, como a los demás.

El señor Gaunt exhaló un suspiro. Era el suspiro de un hombre que se da cuenta de que no ha visto luz al final del túnel, después de todo.

Algo extraño empezó a sucederle a Buster Keeton. Advirtió que su vitalidad y su determinación volvían a cobrar fuerza, como si sus propios colores internos estuvieran recuperando brillo e intensificándose otra vez.

—¿Quiere decir que no es demasiado tarde?

—Debe de haber olvidado usted la sentencia. Nunca es demasiado tarde para buscar un mundo nuevo, si uno es hombre de coraje y energía. Fíjese, ya lo tenía todo preparado para usted, señor Keeton. Contaba con su colaboración, ¿sabe?

—Prefiero que me llame Dan y que siga tuteándome —respondió Buster casi con timidez.

—Muy bien, Dan. ¿De veras estás decidido a terminar tu vida con un mutis tan

cobarde?

—¡No! —exclamó Buster—. Es solo que pensé... pensé que era inútil. ¡Ellos son tantos...!

—Pero tres hombres buenos pueden hacer mucho daño, Dan.

—¿Tres? ¿Ha dicho tres?

—Sí..., con nosotros hay alguien más. Alguien que también ve el peligro y comprende lo que Ellos se proponen.

—¿Quién es? —quiso saber Buster impaciente—. Dígame, ¿quién es?

—Te lo diré en su momento —respondió el señor Gaunt—. Pero, por ahora, andamos cortos de tiempo. Ellos van a venir a buscarte.

Buster volvió la vista hacia la ventana del estudio con los ojos entornados de un hurón que ventea el peligro en el aire. La calle estaba vacía, pero solo de momento. Percibía la presencia de Ellos, los presentía agrupándose para ir contra él.

—¿Qué tengo que hacer?

—Entonces ¿entras en mi equipo? —inquirió el señor Leland Gaunt—. ¿Puedo contar contigo?

—¡Sí!

—¿Hasta el final?

—¡Hasta que el infierno se hiele o hasta que usted diga otra cosa!

—Muy bien —asintió Gaunt—. Presta mucha atención.

Mientras el señor Gaunt hablaba y Buster escuchaba, sumiéndose gradualmente en aquel estado hipnótico que Leland Gaunt parecía inducir a voluntad, los primeros truenos de la tormenta que se acercaba empezaron a agitar el aire en el exterior.

3

Cinco minutos después, Buster abandonó la casa. Se había puesto una chaqueta ligera sobre la camiseta y llevaba hundida en uno de sus profundos bolsillos la mano de la que aún pendían las esposas.

Antes de llegar al primer cruce, encontró una furgoneta aparcada junto al bordillo, precisamente donde el señor Gaunt le había asegurado que la encontraría. El vehículo era de un color amarillo chillón que garantizaba que la mayoría de quienes la vieran se fijaría más en la pintura que en el ocupante. Casi carecía de ventanillas y en ambos costados llevaba pintado el logotipo de una emisora de televisión de Portland. Buster dirigió un vistazo rápido pero cuidadoso en una dirección y otra antes de subir. El señor Gaunt le había dicho que encontraría las llaves bajo el asiento. Allí estaban. Sobre el asiento del acompañante había una bolsa de papel de la compra, en cuyo interior encontró una peluca rubia, unas gafas de montura metálica propias de un

yuppy y un frasquito de cristal.

Se puso la peluca con ciertas reticencias —con sus guedejas largas e hirsutas parecía la cabellera de un difunto cantante de rock—, pero cuando se miró en el espejo retrovisor de la furgoneta, se asombró de lo bien que le sentaba. Le rejuvenecía mucho. Los cristales de las gafas de yuppy eran claros y le cambiaban la fisonomía aún más que la peluca (al menos en opinión de Buster). Le daban un aire de inteligencia, como el de Harrison Ford en *La costa de los Mosquitos*, y se contempló fascinado. De repente, parecía tener treinta y tantos en lugar de cincuenta y dos, y el aspecto de un hombre que bien podría trabajar para una cadena de televisión. No como corresponsal de noticias, ni en un puesto destacado por el estilo, pero sí como cámara, tal vez, o incluso como productor.

Desenroscó el tapón del frasco y frunció la nariz. El líquido que contenía olía a batería de tractor en mal estado. De la boca del frasco salían unas volutas de humo. Debes tener cuidado con ese líquido, pensó Buster. Debes andarte con muchísimo cuidado.

Sujetó el grillete libre de las esposas bajo el muslo derecho y tensó la cadena. Después vertió un poco del contenido del frasco sobre la cadena, justo en su unión con el grillete que le rodeaba la muñeca, teniendo buen cuidado de no derramar sobre su piel una sola gota de aquel líquido oscuro y viscoso. De inmediato, el acero empezó a humear y burbujear. Algunas gotas de líquido cayeron a la alfombrilla de goma del suelo del vehículo, que también empezó a burbujear. Una columna de humo y un espantoso olor a fritanga se alzaron de ella. Al cabo de unos momentos, Buster sacó la manilla vacía de debajo del muslo, introdujo los dedos en ella y tiró enérgicamente. La cadena se partió como si fuera papel, y Buster la arrojó al suelo. Aún llevaba una pulsera de acero, pero eso podía soportarlo; lo más irritante había sido la cadena y el brazalete vacío que colgaba en su extremo. Introdujo la llave en el contacto, puso en marcha el motor y se alejó.

Apenas tres minutos después, un coche patrulla de la policía del condado de Castle, conducido por Seaton Thomas, se detuvo en el camino particular de la casa de los Keeton y el viejo Seat descubrió a Myrtle Keeton tendida en el suelo junto a la puerta entre el garaje y la cocina, medio cuerpo en una estancia y el otro medio en la otra. No mucho después, cuatro coches patrulla de la policía estatal se unieron al primero. Los agentes revolvieron la casa de arriba abajo en busca de Buster o de alguna pista sobre adónde podría haber ido. Nadie prestó atención a la caja del Boleto Ganador colocada sobre la mesa. Era un juguete viejo, sucio y visiblemente estropeado. Parecía un objeto sacado del desván de un pariente pobre.

Eddie Warburton, el conserje del edificio municipal, llevaba más de dos años resentido contra Sonny Jackett. Pero durante el último par de días, su enojo se había convertido en una furia ciega.

Durante el verano de 1989, cuando al pequeño y precioso Honda Civic de Eddie se le había agarrotado la transmisión, su dueño no había querido llevarlo al concesionario Honda más cercano porque le habrían cobrado un buen pico por la grúa. Ya era suficiente desgracia que la transmisión hubiera fallado justo tres semanas después de que caducara la garantía de las piezas. Así pues, había acudido primero a Sonny Jackett para preguntarle si tenía experiencia en coches extranjeros.

Sonny le había asegurado que sí. Se lo había dicho en aquel tono efusivo y condescendiente que utilizaban tantos yanquis de pueblo al hablar con Eddie. «Aquí no tenemos prejuicios, muchachos», sugería aquel tono. «Esto es el Norte, ¿sabes? No aprobamos toda esa mierda del Sur. Por supuesto que eres un negro, salta a la vista, pero eso no significa nada para nosotros. Negros, amarillos, blancos o verdes, a todos los timamos por igual en todo lo que tenemos. Trae ese coche para aquí.»

Sonny había reparado la transmisión del Honda, pero la factura había subido cien dólares más de lo que Sonny había dicho al principio, y por culpa de eso una noche habían estado a punto de pelearse a puñetazos en El Tigre. Tras aquello, se había presentado en casa de Eddie un abogado de Sonny (Eddie Warburton había constatado a lo largo de su vida que, yanquis o sureños, todos los blancos tenían abogado) para anunciarle que Sonny iba a llevarlo a un juicio de faltas. Como resultado de aquella experiencia, Eddie había terminado soltando cincuenta dólares de su bolsillo. Y el incendio del sistema eléctrico del Honda se produjo cinco meses después. El coche estaba aparcado en el recinto del edificio municipal. Alguien había avisado a gritos a Eddie, pero cuando este salió por fin con un extintor, el interior del coche era una pira de llamas amarillas. El vehículo había sido declarado siniestro total.

Desde entonces, Eddie no había dejado de preguntarse si el incendio no habría sido cosa de Sonny Jackett. El inspector del seguro dijo que había sido un accidente causado por un cortocircuito, el habitual «caso entre un millón». Pero ¿qué sabía aquel tipo? Probablemente nada. Además, no era su dinero. Aunque eso no significaba que el seguro alcanzara a cubrir todo el valor de la inversión de Eddie.

Y ahora, por fin, lo sabía. Ahora tenía la prueba.

Aquel mismo día había encontrado un pequeño paquete en el correo. Los objetos que contenía habían resultado profundamente esclarecedores: varias pinzas eléctricas de cocodrilo chamuscadas, una vieja fotografía de bordes doblados y una nota.

Las pinzas eran de las que uno podía usar para originar un incendio eléctrico. Solo había que pelar el aislante del par de cables adecuado en los lugares precisos, conectar los cables y... *voilà*.

La fotografía mostraba a Sonny y su grupo de amigos blanquitos, aquellos tipos que siempre estaban haraganeando en las sillas de la oficina de la gasolinera cuando uno pasaba por allí. El lugar que aparecía en la foto no era la Sunoco de Sonny, sin embargo; era el depósito de chatarra de Robicheau, en la carretera comarcal número 5. Los blanquitos estaban ante los restos quemados del Civic de Eddie, tomando cerveza, riendo y comiendo rodajas de sandía.

La nota era breve e iba al grano. «Querido negro: buscarme las cosquillas fue un grave error.»

Al principio, Eddie se preguntó por qué Sonny le mandaba una nota como aquella (aunque no lo relacionó con la carta que él, a instancias del señor Gaunt, había deslizado por la ranura del correo de la puerta de Polly Chalmers). Llegó a la conclusión de que lo había hecho porque Sonny era aún más idiota y más mezquino que la mayoría de los blanquitos. De todos modos, si a Sonny todavía le revolvía el estómago aquel viejo asunto, ¿por qué había esperado tanto tiempo para reabrirlo? Pero cuanto más pensaba en aquellos viejos tiempos

(*Querido negro:*)

menos parecían importar las preguntas. La nota y las pinzas eléctricas renegrecidas y la vieja fotografía no se apartaban de su mente, zumbando en ella como una nube de mosquitos hambrientos. Un rato antes, aquella tarde, había comprado un arma al señor Gaunt.

Los fluorescentes de la oficina de la gasolinera proyectaban un trapezoide blanco sobre el asfalto entre los postes cuando Eddie llegó... al volante del Oldsmobile de segunda mano que había reemplazado al Civic. Eddie se apeó con una mano en el bolsillo de la chaqueta, donde sostenía el arma.

Se detuvo un instante ante la puerta y miró al interior. Sonny estaba sentado tras la caja registradora, en una silla de plástico en la que se mecía sobre las dos patas traseras. Eddie solo alcanzaba a ver la visera de la gorra de Sonny por encima del periódico abierto de par en par. ¡Leyendo el periódico, naturalmente! Los blancos siempre tienen abogados y, después de pasar el día estafando a negros como Eddie, siempre se sentaban en sus oficinas, se mecían sobre las patas traseras de las sillas y echaban una ojeada al diario.

Los jodidos blancos, con sus jodidos abogados y sus jodidos periódicos.

Eddie sacó la pistola automática y entró. Una parte de él, hasta entonces dormida, despertó de pronto y le gritó alarmada que no debía hacer aquello. Que era un error. Pero la voz no importaba. No importaba porque, de pronto, a Eddie le parecía que no estaba en absoluto dentro de sí. Le parecía que era un espíritu que flotaba sobre su propio hombro, observando lo que se producía. Un espíritu maligno se había adueñado de sus actos.

—Tengo algo para ti, maldito estafador hijo de puta —oyó Eddie que decía su

boca.

Luego vio cómo su dedo apretaba el gatillo de la automática dos veces. Dos pequeños círculos negros aparecieron en un titular que decía SUBE EL ÍNDICE DE ACEPTACIÓN DE MCKERNAN. Sonny Jackett soltó un grito y se contorsionó. Las patas traseras de la silla resbalaron hacia delante y Sonny cayó con ella al suelo, con el peto de los pantalones de faena empapado en sangre... solo que el nombre bordado con hilo dorado en el peto decía RICKY. El tipo no era Sonny, sino Ricky Bissonette.

—¡Ah, mierda! —exclamó Eddie—. ¡Me he cargado al maldito blanco que no era!

—Hola, Eddie —le saludó la voz de Sonny Jackett a su espalda—. Menuda suerte he tenido de estar en el lavabo, ¿verdad?

Eddie empezó a darse la vuelta. Tres balas de la pistola automática que Sonny había comprado al señor Gaunt aquella misma tarde le entraron por la zona lumbar, destrozándole la columna, casi antes de que pudiera iniciar el gesto.

Con ojos saltones y desvalidos, Eddie observó cómo Sonny se inclinaba sobre él. La boca del cañón del arma que Sonny empuñaba era más grande que la entrada de un túnel y más oscura que la eternidad. Encima de ella, las facciones de Sonny aparecían pálidas y tensas. Una mancha de grasa le corría por una mejilla.

—Tu error no ha sido querer robarme mi nuevo juego de llaves de casquillo —dijo Sonny al tiempo que apoyaba la boca del cañón de la automática en el mismo centro de la frente de Eddie Warburton—. El error ha sido escribirme contándome tus planes. Ahí es donde te has equivocado.

Una gran luz blanca, la luz de la comprensión, se encendió de pronto en la mente de Eddie. En aquel momento sí recordó la carta que había introducido en la ranura para el correo en casa de Polly Chalmers, y consiguió relacionar aquella carta, aquella broma, con la nota que él había recibido y con esa otra de la que hablaba Sonny.

—¡Escucha! —susurró—. Tienes que escucharme, Jackett. Nos han tomado el pelo. Se han burlado de nosotros, de los dos. Nos...

—Adiós, negrito —lo interrumpió Sonny, y apretó el gatillo.

Sonny contempló fijamente lo que quedaba de Eddie Warburton durante casi un minuto entero, preguntándose si debería haber escuchado lo que Eddie tuviera que decir. Por fin, llegó a la conclusión de que no. ¿Qué podía importar lo que tuviera que decir un tipo lo bastante idiota para haber mandado una nota como aquella?

Se incorporó, entró en la oficina y pasó por encima de las piernas de Ricky Bissonette. Abrió la caja de caudales y sacó de ella el equipo de llaves ajustables que le había vendido el señor Gaunt. Aún estaba admirándolas, levantándolas una tras otra, empuñándolas con cariño y volviendo a dejarlas en su lugar correspondiente del maletín, cuando llegó la policía estatal para ponerlo en custodia.

«Aparca en la esquina de Birch y Main —le había dicho el señor Gaunt a Buster por teléfono— y límitate a esperar. Te enviaré a alguien.»

Buster había seguido las instrucciones al pie de la letra y, desde su posición a una bocacalle de distancia, había observado gran número de idas y venidas a la entrada del callejón. Casi todos sus amigos y vecinos, al parecer, tenían algún asunto que tratar con el señor Gaunt aquella tarde. Hacía diez minutos, la señora Rusk se había presentado con el vestido desabrochado y todo el aspecto de salir de una pesadilla.

Luego, apenas cinco minutos después de que Cora saliera del callejón guardándose algo en el bolsillo del vestido (este seguía desabrochado y se veía mucho debajo de él, pero quién en su sano juicio querría mirar, se preguntó Buster), se habían escuchado varios disparos procedentes de la parte alta de Main Street. Buster no estaba seguro, pero calculó que habían sonado en la gasolinera de la Sunoco.

Pronto, varios patrulleros de la policía estatal salieron del edificio municipal, zigzagueando Main Street arriba con las luces encendidas y dispersando a los periodistas como si fueran palomas. Con disfraz o sin él, Buster decidió que era más prudente pasar a la parte posterior de la furgoneta y quedarse allí un rato.

Los coches de la policía pasaron rugiendo a su lado y sus luces destelleantes iluminaron algo colocado contra las puertas traseras del vehículo.

Era una bolsa de lona verde. Picado por la curiosidad, Buster deshizo el nudo de la cuerda que cerraba aquella especie de petate, lo abrió y miró el contenido.

Encima había una caja. Buster la sacó y vio que el resto de la bolsa estaba lleno de temporizadores. Mecanismos contadores de tiempo para explosivos. Había al menos dos docenas de ellos. Sus esferas blancas y lisas lo observaban como los ojos de unas huerfanitas Annie sin pupilas.

Abrió la caja que había sacado y observó que contenía pinzas de cocodrilo, de esas que empleaban a veces los electricistas para hacer conexiones rápidas.

Buster frunció el ceño y entonces, de pronto, vio en su mente un formulario oficial. Una autorización de fondos del Consejo Municipal de Castle Rock, para ser preciso. Pulcramente mecanografiado en la casilla destinada a «Bienes y/o servicios a ser suministrados» había las siguientes palabras: 16 CAJAS DE DINAMITA.

Sentado en la parte de atrás de la furgoneta, Buster esbozó una sonrisa. Luego se echó a reír. Fuera, los truenos retumbaban. Un relámpago como una lengua surgida del vientre hinchado de una nube descargó sobre el río.

Buster continuó riéndose. Siguió con sus carcajadas hasta que toda la furgoneta se

movió con ellas.

—¡Para Ellos! —exclamó Keeton entre risas—. ¡Oh, vaya, ahora sí que tenemos algo para Ellos! ¡Algo realmente bueno!

6

Henry Payton, que había acudido a Castle Rock para sacarle las castañas del fuego al comisario Pangborn, se detuvo en el umbral de la oficina de la gasolinera Sunoco con la boca abierta. Allí había dos tipos más. Uno era blanco y el otro era negro, pero los dos estaban muertos.

Un tercer individuo, el propietario de la gasolinera, según el nombre que lucía en el peto de los pantalones de trabajo, estaba sentado en el suelo junto a la caja fuerte abierta, con un sucio maletín de acero acunado en los brazos como si fuera un bebé. En el suelo, al lado del hombre, había una pistola automática. Al fijarse en ella, Henry sintió como si un ascensor le bajara hasta las tripas. Era idéntica a la que Hugh Priest había utilizado contra Henry Beaufort.

—Mire —apuntó uno de los agentes detrás de Henry, en voz baja y con tono de asombro—. Ahí hay otra.

Cuando Henry volvió la cabeza, oyó crepitar los tendones del cuello. Otra arma —una tercera pistola automática— yacía junto a la mano extendida del negro muerto.

—No las toquen —advirtió a los demás policías—. Ni se acerquen a ellas.

Pisó el charco de sangre, agarró a Sonny Jackett por los tirantes del pantalón y lo puso en pie.

Sonny no se resistió, pero apretó con más fuerza contra su pecho el maletín de acero.

—¿Qué ha sucedido aquí? —le gritó Henry a corta distancia de la cara—. ¿Qué ha sucedido, por todos los santos?

Sonny señaló con un gesto a Eddie Warburton, empleando el codo para no tener que soltar el maletín.

—Se ha presentado aquí. Llevaba un arma. Estaba loco. Es evidente que estaba loco; vea lo que le ha hecho a Ricky. Le ha confundido conmigo. Quería robarme mi juego de llaves ajustables. Vea.

Sonny sonrió y abrió ligeramente la caja de acero para que Henry pudiera ver el revoltijo de quincalla oxidada que guardaba en ella.

—No podía permitírselo, ¿verdad? Quiero decir..., las llaves son mías. Las he pagado y son mías.

Henry abrió la boca para decir algo. No tenía idea de qué, y nunca lo supo porque no llegó a salir nada por ella. Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, se

escucharon unos nuevos disparos, esta vez procedentes de lo alto de Castle View.

7

Lenore Potter se plantó junto al cuerpo caído de Stephanie Bonsaint con una pistola automática humeante en la mano. El cuerpo yacía en el macizo de flores de la parte posterior de la casa, el único que aquella zorra malvada y vengativa no había destrozado en sus dos visitas anteriores.

—No... no deberías haber vuelto —murmuró Lenore.

Hasta aquel momento, nunca en su vida había disparado un arma. Ahora acababa de matar a una mujer, pero el único sentimiento que experimentaba era el de un siniestro regocijo. Había sorprendido a la mujer en su propiedad, destrozándole el jardín (Lenore había esperado hasta que la muy guarra se había puesto manos a la obra; ¡su madre no había criado hijos tontos!), y había actuado dentro de su legítimo derecho. Perfectamente en su legítimo derecho.

—¿Lenore? —la llamó su esposo, asomado a la ventana del cuarto de baño del piso superior, con la cara llena de espuma de afeitar. Su voz parecía alarmada—. ¿Qué sucede, Lenore?

—Acabo de disparar a una intrusa —respondió Lenore tranquilamente, sin mirar a su alrededor. Introdujo la punta del pie bajo el cuerpo pesado de la mujer y la empujó. La sensación del dedo gordo del pie al hundirse en el flanco de aquella zorra de la Bonsaint sin encontrar resistencia la llenó de una súbita y ruin satisfacción—. Es Stephanie Bon...

El cuerpo rodó boca arriba. No era Stephanie Bonsaint. Era aquella simpática mujer del agente de policía.

Acababa de matar a Melissa Clutterbuck.

En un abrir y cerrar de ojos, el *calava* de Lenore Potter pasó al azul, al púrpura, al magenta. Recorrió toda la gama de colores hasta el negro medianoche.

8

Alan Pangborn seguía sentado mirándose las manos, con la vista perdida más allá de ellas, en una oscuridad tan negra que solo podía percibirse al tacto. Acababa de ocurrírsele que aquella tarde podía haber perdido a Polly no por un tiempo, hasta que se aclarara aquel malentendido, sino para siempre. Y eso lo dejaría con treinta y cinco vacíos años de su vida por delante.

Escuchó un leve sonido de pasos arrastrándose y alzó la vista rápidamente. Era la

enfermera Hendrie. Parecía nerviosa, pero también tenía el aspecto de haber tomado una decisión.

—El pequeño Rusk se está agitando —explicó—. No está despierto, pues le han administrado un tranquilizante y tardará algún tiempo todavía en estar despierto de verdad, pero está medio consciente.

—¿Ah, sí? —inquirió Alan sin moverse, y esperó.

La señorita Hendrie se mordió el labio y continuó:

—Sí. Y le dejaría verle si pudiera, comisario, pero no puedo hacerlo. Lo comprende, ¿verdad? Quiero decir, sé que tiene problemas en su pueblo, pero ese chiquillo apenas ha cumplido los siete años.

—Sí.

—Ahora voy a bajar a la cafetería a tomar una taza de té. La señora Evans llega tarde, como siempre, pero estará aquí en un par de minutos. Si va usted a la habitación de Sean Rusk, la número nueve, justo después de que yo me vaya, es muy probable que la señora Evans no se entere de que está usted allí. ¿Me sigue?

—Ajá —asintió Alan con gratitud.

—La ronda pasa a las ocho, de modo que si estuviera usted en la habitación, la señora Evans probablemente no se daría cuenta de su presencia. Por supuesto, si le descubriera, usted le diría que yo he seguido las normas del hospital y le he negado el acceso. Que se había colado aprovechando un momento en que el mostrador estaba desatendido. Es lo que diría usted, ¿verdad?

—Sí —respondió Alan—. Puede estar segura.

—Luego podría marcharse por la escalera del otro extremo del pasillo. Si se hubiera colado en la habitación de Sean Rusk, quiero decir. Cosa, naturalmente, que yo le he prohibido.

Alan se puso en pie y, siguiendo un súbito impulso, besó a la mujer en la mejilla.

La señorita Hendrie se ruborizó.

—Gracias —dijo Alan.

—¿Por qué? Yo no he hecho nada. Creo que voy a tomarme ese té. Por favor, quédese sentado donde está hasta que vuelva, comisario.

Alan tomó asiento, obediente. Se quedó allí, con la cabeza entre el Tonto Simón y el pastelero, hasta que la puerta de doble hoja se hubo cerrado casi por completo tras la enfermera con un susurro. Entonces se levantó y avanzó en silencio por el pasillo de brillantes colores, con el suelo salpicado de juguetes y de piezas de rompecabezas, hasta la habitación número nueve.

Sean Rusk le pareció a Alan totalmente despierto.

Estaban en la sala de pediatría y la cama de la habitación era pequeña pero, incluso así, el chiquillo parecía perdido en ella. Su cuerpo apenas formaba un ligero bulto bajo el cobertor, dándole el aspecto de una cabeza sin cuerpo apoyada en una almohada blanca limpiísima. Su carita estaba muy pálida. Bajo los ojos —que miraban a Alan con una tranquilidad carente de sorpresa— tenía unas sombras púrpura, casi como cardenales. Un mechón de cabello oscuro le caía sobre el centro de la frente como una coma. Alan cogió la silla junto a la ventana y la colocó al lado de la cama, que tenía sendas barras para evitar que Sean se cayera. El pequeño no volvió la cabeza, pero siguió sus movimientos con los ojos.

—Hola, Sean —saludó Alan con calma—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo la garganta seca —respondió el niño en un susurro ronco.

En la mesilla junto a la cama había una jarra de agua y dos vasos. Alan llenó uno de ellos y se inclinó sobre la barandilla de la cama de hospital.

Sean intentó incorporar el cuerpo, pero no pudo y volvió a caer contra la almohada con un leve suspiro que encogió el corazón a Alan. Su mente revivió la imagen de su propio hijo, del pobrecillo Todd. Cuando deslizó la mano tras el cuello de Sean Rusk para ayudarlo a incorporarse, tuvo un momento infernal de recuerdo absoluto. Vio a Todd junto al Scout aquel día aciago, respondiendo al gesto de despedida de Alan con otro gesto de la mano, y, en aquel ojo de la memoria, una especie de luz nacarada, menguante, parecía jugar en torno a la cabeza de Todd, iluminando cada una de sus queridas formas y facciones.

Su mano fue presa de un temblor. Un poco de agua se derramó del vaso sobre el pijama de hospital que llevaba Sean.

—Lo siento.

—No importa —respondió el pequeño con su ronco susurro, y bebió con avidez. Casi vació el vaso. Después eructó.

Alan le ayudó a bajar el cuerpo con cuidado. Sean parecía ahora un poco más despierto, pero su mirada seguía carente de brillo. Alan se dijo que no había visto nunca a un chiquillo que pareciera tan espantosamente solo, y su mente intentó evocar una vez más aquella última imagen de Todd, pero la rechazó con energía.

Tenía un trabajo que hacer allí. Era un trabajo desagradable, y terriblemente delicado además, pero cada vez estaba más convencido de que también era desesperadamente importante. Sucediera lo que sucediese en Castle Rock en aquel mismo instante, estaba cada vez más seguro de que al menos algunas de las respuestas se hallaban allí, tras aquella frente pálida y aquellos ojos tristes, sin brillo.

Paseó la mirada por la estancia y esbozó una sonrisa forzada.

—Un sitio un poco aburrido —comentó.

—Sí —respondió Sean con su voz ronca y grave—. Totalmente soso.

—Quizá unas flores lo alegrarían —apuntó Alan, y pasó la mano derecha por delante del antebrazo izquierdo, sacando con habilidad el ramo plegable de su escondite bajo la correa del reloj.

Sabía que estaba forzando su suerte pero había decidido, sobre la marcha, intentarlo de todos modos. Casi lo lamentó. Dos de los capullos de papel de seda se rompieron cuando soltó el lazo y abrió el ramo. Oyó que el resorte lanzaba un gemido fatigado. Era, sin duda, la última representación de aquella versión del truco de la flor plegable, pero Alan consiguió llevarla adelante a duras penas. Y Sean, al contrario que su hermano, pareció claramente divertido y complacido a pesar de su estado mental y de los fármacos que recorrían su organismo.

—¡Fantástico! ¿Cómo lo ha hecho?

—Con un poco de magia... ¿Las quieres? —Alan hizo el gesto de poner el ramo de flores de papel en la jarra del agua.

—No. Son de papel. Además, están rotas en algunas partes. —Sean reflexionó sobre lo que acababa de decir, pareció llegar a la conclusión de que sonaba desagradable y añadió—: De todos modos, buen truco. ¿Puede hacerlas desaparecer?

Lo dudo, hijo, pensó Alan, pero dijo en voz alta:

—Lo intentaré.

Sostuvo el ramo en alto de modo que Sean pudiera verlo bien, dobló un poco la mano derecha y luego la llevó hacia abajo. Hizo el pase mucho más despacio de lo habitual en deferencia al lamentable estado del artilugio y se sintió sorprendido e impresionado con el resultado. En lugar de desaparecer bruscamente de la vista como sucedía otras veces, las flores plegables parecieron disolverse en su mano ligeramente encorvada como si fuesen humo. Notó que el pequeño muelle, flojo y demasiado usado, intentaba saltar y enredarse, pero al final decidió colaborar por última vez.

—Eso es realmente total —dijo Sean con voz respetuosa, y Alan estuvo de acuerdo con él, para sus adentros.

Era una variación maravillosa de un truco con el que había cautivado a los escolares durante años, pero enseguida dudó que pudiera repetirlo con una versión nueva del truco de la flor plegable. Con un muelle nuevo, aquel pase lento, soñoliento, resultaría imposible.

—Gracias —respondió, y ocultó el ramo bajo la pulsera del reloj por última vez —. Si no quieres flores, ¿qué te parece una moneda para la máquina de Coca-Cola?

Alan se inclinó hacia delante y, como si tal cosa, sacó una moneda de cuarto de dólar de la nariz del chiquillo. Este sonrió.

—¡Ah!, ya no me acordaba. Ahora la Coca-Cola cuesta setenta y cinco centavos, ¿verdad? ¡La inflación! En fin, no hay problema. —Sacó otra moneda de la boca de Sean y descubrió una tercera en su propia oreja. Para entonces, la sonrisa de Sean se había difuminado un poco y Alan se dio cuenta de que debía ir al grano enseguida.

Dejó las tres monedas en la mesilla junto a la cama.

—Para cuando te recuperes un poco —dijo.

—Gracias, señor.

—De nada, Sean.

—¿Dónde está mi papá? —preguntó Sean. Su voz sonaba ligeramente más fuerte.

La pregunta pareció algo extraña a Alan, quien habría esperado que Sean pidiera primero por su madre. Al fin y al cabo, el chiquillo solo tenía siete años.

—Llegará enseguida, Sean.

—Eso espero. Le quiero.

—Ya lo sé. —Alan hizo una pausa y añadió—: Tu madre también llegará enseguida.

Sean reflexionó y movió la cabeza en un lento y meditado gesto de negativa. Al hacerlo, la funda de la almohada emitió unos ligeros crujidos.

—No. Ella no querrá venir. Está demasiado ocupada.

—¿Demasiado ocupada para venir a verte? —inquirió Alan.

—Sí. Está muy ocupada. Mamá está de visita con El Rey. Por eso ya no me deja entrar en su habitación. Cierra la puerta, se pone las gafas de sol y se va de visita con El Rey.

Alan recordó el comportamiento de la señora Rusk mientras respondía a los agentes estatales que la interrogaban. Su voz, baja e inconexa. Unas gafas de sol en la mesa, junto a ella. La mujer parecía incapaz de dejarlas en paz y una de sus manos jugueteaba con ellas casi constantemente. La señora Rusk retiraba la mano, como si temiera que alguien se diera cuenta, pero apenas unos segundos después sus dedos volvían a tocarlas, como si la mano se moviera por su propia voluntad. Allí, en la casa de los Rusk, Alan había pensado que la mujer estaba afectada por la conmoción o bajo la influencia de algún tranquilizante, pero ya no estaba tan seguro. También dudaba si debía preguntar a Sean acerca de su hermano, o si era preferible profundizar en aquel último comentario. ¿O tal vez ambas cosas formaban parte de lo mismo?

—Tú no eres un mago de verdad —declaró Sean—. Eres un policía, ¿verdad?

—Ajá.

—¿Eres de la policía estatal y tienes un coche patrulla azul que corre muchísimo?

—No, soy comisario del condado. Normalmente llevo un coche patrulla marrón con una estrella en la puerta que, en efecto, corre bastante, pero esta tarde he venido en mi viejo coche familiar, que nunca me acuerdo de cambiar por otro más nuevo. Va lentísimo —añadió con una sonrisa.

La explicación despertó cierto interés en Sean.

—¿Y por qué no llevas el coche patrulla marrón?

Para no sobresaltar a Jill Mislabski ni a tu hermano, pensó Alan. No sabía si el

truco había funcionado con Jill, pero tenía la clara impresión de que no había dado demasiado resultado con Brian.

—La verdad es que no me acuerdo —dijo—. Ha sido un día muy largo.

—¿Eres un comisario como el de *Jóvenes detectives*?

—Ajá. Supongo que sí. Algo parecido.

—Yo y Brian alquilamos la película y la vimos juntos. Era tope alucinante. Quisimos ir a ver *Jóvenes detectives II* cuando la pusieron en La Linterna Mágica de Bridgton el verano pasado, pero mamá no nos dejó porque estaba clasificada para mayores. Nunca nos dejan ver las películas clasificadas para mayores, menos a veces en casa, cuando papá y mamá nos dejan ver alguna en el vídeo. A Brian y a mí nos gustó mucho *Jóvenes detectives*. —Sean hizo una pausa y una sombra cubrió sus ojos—. Pero eso fue antes de que Brian consiguiera el cromo.

—¿Qué cromo?

En los ojos de Sean apareció por primera vez un destello de auténtica emoción. De terror.

—El cromo de béisbol. El fabuloso cromo de béisbol especial.

—¿Oh? —Alan recordó la nevera portátil y los cromos de béisbol que contenía. Cromos para cambiar, le había explicado el pequeño—. A Brian le gustaban mucho los cromos de béisbol, ¿verdad, Sean?

—Sí. Así fue como él lo cogió. Creo que usa cosas distintas para coger a cada cual.

Alan se inclinó hacia delante y preguntó:

—¿Quién, Sean? ¿Quién cogió a tu hermano?

—Brian se ha matado. Yo lo vi. Fue en el garaje.

—Lo sé. Lo siento.

—Por detrás de la cabeza le salía una cosa extraña. No solo sangre. Otra cosa. Amarilla.

A Alan no se le ocurrió nada que decir. El corazón le latía lenta y pesadamente en el pecho, tenía la boca seca como un desierto y notaba el estómago revuelto. El nombre de su hijo le resonaba en la mente como el repique a difuntos de una campana tañida por manos idiotas en medio de la noche.

—Ojalá no lo hubiera hecho —continuó Sean. Su voz sonaba extrañamente desapasionada, pero Alan vio que asomaba una lágrima en cada uno de sus ojos, se hinchaba y por último se derramaba por la suave piel de sus mejillas—. Ya no veremos juntos *Jóvenes detectives II* cuando la saquen en vídeo. Tendré que verla solo y ya no será divertido sin Brian y sus estúpidas bromas. Estoy seguro de que no lo será.

—Tú querías mucho a tu hermano, ¿verdad? —preguntó Alan con voz ronca, al tiempo que alargaba la mano a través de los barrotes de protección de la cama. La

manita de Sean Rusk se deslizó hasta ella y se cerró con fuerza en torno a sus dedos. Alan notó aquella manita caliente. Y pequeña. Muy pequeña.

—Sí. Brian quería jugar de *pitcher* con los Red Sox cuando fuera mayor. Decía que iba a aprender a lanzar bolas con efecto como Mike Boddicker. Ahora ya no lo hará. Me dijo que no me acercara más o me pondría perdido. Yo me eché a llorar. Estaba asustado. No era como en una película. ¡Estábamos en nuestro garaje!

—Sí, lo sé —dijo Alan. Y su mente evocó la imagen del coche de Annie. Las lunas astilladas de las ventanillas. Los grandes charcos negros de la sangre en los asientos. Aquello tampoco había sido una película—. Lo sé, hijo —repitió, y rompió a llorar.

—Brian me pidió que lo prometiera y lo hice. Y voy a mantener la promesa. La voy a mantener toda la vida.

—¿Qué le prometiste, hijo?

Alan se secó las mejillas con la mano libre, pero sus lágrimas no se detenían. El chiquillo yacía ante él con la piel casi tan blanca como la funda de la almohada sobre la que reposaba su cabeza; el pequeño había presenciado el suicidio de su hermano, había visto sus sesos salpicando la pared del garaje como una rociada de mocos... ¿Y dónde estaba su madre? De visita con El Rey, había dicho Sean. «Cierra la puerta, se pone las gafas de sol y se va de visita con El Rey.»

—¿Qué le prometiste?

—Quise jurarlo por mamá, pero Brian no me dejó. Insistió en que tenía que jurarlo por mí mismo. Porque él también la tiene cogida a ella. Brian dice que atrapa a todos los que juran por alguien que no sea ellos mismos. Por eso se lo juré por mí mismo, pero Brian disparó la escopeta de todos modos. —Sean lloraba entonces con más intensidad, pero dirigió una mirada franca a Alan a través de las lágrimas—. No era solo sangre, señor policía. Había otra cosa. Una cosa amarilla.

Alan le apretó la manita.

—Lo sé, Sean. ¿Qué te hizo prometer tu hermano?

—Si te lo digo, quizá Brian no vaya al cielo.

—Sí que irá. Te lo prometo. Y soy el comisario.

—¿Los comisarios siempre mantienen sus promesas?

—Siempre. Sobre todo cuando las hacen a un niño en un hospital —respondió Alan—. Los comisarios no pueden romper sus promesas a niños en esa situación.

—¿Van al infierno si lo hacen?

—Sí. Eso es. Van al infierno si las rompen.

—¿Me prometes que Brian irá al cielo aunque te lo cuente? ¿Me lo juras por ti mismo?

—Sí, te lo juro por mí mismo —asintió Alan.

—Está bien. Brian me hizo prometer que nunca entraría en la tienda nueva donde

encontró ese cromó de béisbol tan especial. Él pensaba que el jugador del cromó era Sandy Koufax, pero se equivocaba. Era otro jugador. Y el cromó era viejo y estaba sucio, pero no creo que Brian se diera cuenta de ello. —Sean hizo una pausa, reflexionó, y luego continuó con la misma calma escalofriante—: Un día llegó a casa con las manos llenas de barro. Se lavó y luego oí que lloraba en su habitación.

Las sábanas, pensó Alan. Las sábanas de Wilma. Había sido Brian.

—Me dijo que Cosas Necesarias es un lugar perverso y que él es un hombre perverso y que no debía entrar allí jamás.

—¿Brian dijo eso? ¿Dijo Cosas Necesarias?

—Sí.

—Sean...

Alan hizo una pausa, reflexionó. Sentía todo su cuerpo atravesado por unas chispas eléctricas que le pinchaban como finas púas azuladas.

—¿Qué?

—¿Tu madre... tu madre compró esas gafas de sol en Cosas Necesarias?

—Sí.

—¿Te lo dijo ella?

—No, pero sé que las trajo de allí. Mamá se pone las gafas de sol y entonces se va a visitar a El Rey.

—¿A qué Rey, Sean? ¿Lo sabes?

Sean se quedó mirando a Alan como si creyera que estaba de broma.

—¡Elvis, claro! ¡Él es El Rey!

—Elvis... —murmuró Alan—. ¡Claro! ¿Quién, si no?

—Quiero que venga mi padre.

—Ya lo sé, muchacho. Solo un par de preguntas más y te dejaré en paz. Entonces volverás a dormirte, y cuando despiertes, tu papá ya habrá llegado. —Eso esperaba—. Sean, ¿te dijo Brian quién era ese hombre perverso?

—Sí. El señor Gaunt, el de la tienda. Él es el hombre perverso.

En aquel instante la mente de Alan evocó de improviso a Polly, después del funeral de Nettie, diciéndole: «Supongo que solo ha sido cuestión de encontrar por fin al doctor adecuado... El doctor Gaunt. Leland Gaunt». La vio sostener en alto la bolita de plata que había comprado en Cosas Necesarias para mostrársela, pero recordó también cómo había puesto la mano en torno al dije con gesto protector cuando él había intentado tocarlo. En aquel momento Polly tenía en su rostro una expresión totalmente impropia de ella. Un aire de profunda suspicacia y de acusado sentido de la propiedad. Alan recordó también cuando, más adelante, le había oído decir con una voz estridente, temblorosa y llena de lágrimas que también era muy insólita en ella: «Resulta duro descubrir que el rostro que creías amar no es más que una máscara... ¿Cómo has podido hacer eso a mis espaldas? ¿Cómo has podido?».

—¿Qué le dijiste? —murmuró, sin darse cuenta en absoluto de que había agarrado la colcha de la cama de hospital entre los dedos de una mano y la estaba retorciendo lentamente en su puño contraído—. ¿Qué le dijiste a Polly? ¿Y cómo diablos conseguiste que se lo creyera?

—¿Señor comisario? ¿Se encuentra bien?

Alan se obligó a abrir el puño.

—Sí, estoy bien. Estás seguro de que Brian se refirió al señor Gaunt, ¿verdad, Sean?

—Sí.

—Gracias —dijo Alan. Se inclinó sobre las barras de protección de la cama, estrechó la manita de Sean entre las suyas y le besó la frente pálida y fría—. Gracias por hablar conmigo.

Soltó la manita del chiquillo y se incorporó. Durante la semana anterior, aquel había sido un asunto pendiente del que, sencillamente, no había tenido ocasión de ocuparse: una visita de cortesía al establecimiento más recientemente abierto en Castle Rock. Nada importante; un simple saludo amistoso, una bienvenida al pueblo y un repaso rápido del procedimiento a emplear en caso de problemas. Alan había tenido intención de acercarse a la tienda, incluso había llegado hasta la puerta en una ocasión, pero todavía no había podido hablar con el dueño. Y precisamente en aquel momento, cuando la conducta de Polly empezaba a hacerle dudar de que el señor Gaunt fuera un comerciante honesto y cuando la mierda había empezado a salpicar en todas direcciones, él había terminado allí, a más de treinta kilómetros de distancia.

¿Me estará manteniendo a distancia?, pensó. ¿Me habrá situado lejos de él a propósito desde el primer momento?

La idea debería haberle parecido ridícula, pero en aquella habitación tranquila y en penumbra no se lo pareció en absoluto.

De pronto sintió la necesidad de volver. Experimentó la imperiosa urgencia de volver lo más deprisa posible.

—¿Señor comisario?

Alan miró al pequeño.

—Brian también dijo otra cosa —le confió Sean.

—¿De veras? ¿Qué dijo, Sean?

—Brian dijo que el señor Gaunt no era un ser humano.

Alan recorrió el pasillo hacia la puerta bajo el rótulo de SALIDA con todo el sigilo que pudo, esperando verse paralizado en cualquier momento por un grito desafiante de la

sustituta de la señorita Hendrie, pero la única persona que le dirigió la palabra fue una chiquilla que lo vio pasar desde el umbral de su habitación. La muchacha, de cabellos rubios peinados en trenzas que le caían sobre la pechera del pijama de franela rosa pálido, llevaba agarrada una pequeña manta; su favorita, a juzgar por su aspecto ajado por el uso. Iba descalza, llevaba ladeados los lazos de las puntas de las trenzas y los ojos parecían enormes en su rostro macilento. Era un rostro en el que se leía más dolor del que debería conocer ningún rostro infantil.

—Llevas una pistola —observó la niña.

—Sí.

—Mi papá también tiene una.

—¿De verdad?

—Sí. Y es más grande que la tuya. Es la más grande del mundo. ¿Eres el hombre del saco?

—No, cariño —respondió Alan. Luego, pensó: El hombre del saco tal vez esté ahora mismo en mi pueblo.

Cruzó la puerta del fondo del pasillo, bajó la escalera y, tras abrir otra puerta, salió a un crepúsculo agonizante tan bochornoso como cualquier atardecer de pleno verano. Se encaminó hacia el aparcamiento a paso vivo, aunque sin lanzarse a la carrera. Hacia el oeste, en dirección a Castle Rock, estalló un potente trueno.

Abrió la portezuela del coche, se sentó al volante y descolgó el micrófono de la radio.

—Coche uno a base. Cambio.

La única respuesta fue un rugido de electricidad estática.

La maldita tormenta.

Quizá también eso sea cosa del hombre del saco, susurró una voz en algún rincón profundo de su interior. Alan sonrió con los labios muy apretados.

Intentó de nuevo la comunicación, obtuvo la misma respuesta y probó entonces la central de la policía del estado en Oxford. Desde allí le contestaron sin interferencias. El agente de la centralita le informó, alto y claro, de que había una gran tormenta eléctrica en la zona de Castle Rock y por eso las comunicaciones eran defectuosas. Incluso el teléfono parecía funcionar solo cuando quería.

—Bien. Póngase en contacto con Henry Payton y dígame que detenga a un hombre llamado Leland Gaunt. Para empezar, que lo ponga bajo custodia como testigo material. El nombre es Gaunt, con G de George. ¿Recibido? Cambio.

—Le he recibido perfectamente, comisario. Gaunt, con G de George. Cambio.

—Dígame que ese Gaunt puede ser, en mi opinión, cómplice en las muertes de Nettie Cobb y Wilma Jerzyck. Cambio.

—Recibido. Cambio.

—Nada más. Corto y cierro.

Colgó el micrófono en el soporte, arrancó y emprendió el regreso a Castle Rock. En las afueras de Bridgton, se detuvo en el aparcamiento de una tienda y llamó a la comisaría desde un teléfono público. Tras dos zumbidos, una voz grabada le anunció que el número estaba fuera de servicio provisionalmente.

Colgó y volvió al coche. Esta vez lo hizo corriendo. Antes de salir del aparcamiento y tomar de nuevo la carretera 117, conectó la luz policial de emergencia y la colocó en el techo. Apenas había recorrido un kilómetro cuando el Ford familiar, entre vibraciones y chirridos de protesta, iba ya lanzado a ciento diez.

11

Ace Merrill y la oscuridad nocturna volvieron juntos a Castle Rock.

A bordo del Chevrolet Celebrity, Ace cruzó el puente del río Castle mientras los truenos se sucedían en el cielo sobre su cabeza y los relámpagos herían la tierra sin que esta ofreciera resistencia. Llevaba las ventanillas abiertas, pues aún no caía una gota y el aire resultaba denso como el almíbar.

Estaba sucio, cansado y furioso. A pesar de la nota, había visitado tres lugares más de los señalados en el mapa, incapaz de creer lo que había sucedido, incapaz de aceptar que pudiera haber pasado. En cada uno de aquellos emplazamientos había encontrado una piedra plana y una lata metálica enterrada. Dos de ellas contenían más fajos de cupones de ahorro mugrientos. La tercera, en el terreno cenagoso de la granja Strout, solo guardaba un viejo bolígrafo en cuyo fuste se veía la figura de una mujer con un peinado de los años cuarenta, cubierta con un traje de baño de la época. Cuando se ponía el bolígrafo del revés, el traje de baño desaparecía.

Todo un tesoro.

Ace había regresado a Castle Rock a toda velocidad, con los ojos desorbitados y los pantalones tejanos manchados de barro hasta las rodillas, con un único y simple propósito: matar a Alan Pangborn. Después se limitaría a largarse a la costa Oeste, donde ya debería estar desde hacía bastante tiempo. No sabía si conseguiría sacarle el dinero a Pangborn, pero una cosa era segura: aquel hijo de puta iba a morir, e iba a tener una muerte penosa.

Todavía a cinco kilómetros del puente, se dio cuenta de que no tenía ningún arma. Había tenido intención de quedarse una de las pistolas automáticas de la caja en el garaje de Cambridge, pero en aquel momento se había puesto en marcha el condenado magnetófono, que le había dado el susto de su vida.

De todos modos, sabía dónde estaban.

Claro que sí.

Llegó hasta el puente, lo cruzó y luego se detuvo en el cruce de Main Street y

Watermill Lane, aunque tenía preferencia de paso.

—¿Qué diablos...? —masculló.

La zona baja de Main Street era un confuso revoltijo de coches patrulla de la policía estatal, luces azules destellantes, furgonetas de televisión y corrillos de gente. La mayor parte de los congregados se arremolinaba en torno al edificio municipal. Parecía como si los padres del pueblo hubieran decidido llevar a cabo un carnaval callejero improvisado.

A Ace le importaba muy poco qué había sucedido; por lo que a él concernía, el pueblo entero podía agostarse y ser barrido por el viento. Pero quería a Pangborn, quería arrancarle la cabellera a aquel jodido comisario y colgársela al cinto, ¿y cómo iba a conseguirlo si hasta el último policía de Maine, al parecer, estaba congregado ante la comisaría?

La respuesta le llegó enseguida. El señor Gaunt lo sabrá. El señor Gaunt tiene la artillería y tendrá las respuestas que la acompañan. Ve a ver al señor Gaunt, se dijo.

Miró por el retrovisor y vio más luces azules que asomaban en el último cambio de rasante al otro lado del puente. Se acercaban aún más policías. Ace se preguntó de nuevo qué coño estaba sucediendo allí aquella tarde. Sin embargo, era una incógnita que tal vez tendría respuesta más adelante, o nunca, quizá, si así lo determinaban las cosas. Mientras tanto, tenía sus propios asuntos que atender, y el primero de ellos era salirse de en medio antes de que los coches patrulla que se acercaban le dieran alcance allí, en el cruce. Tomó a la izquierda por Watermill Lane y luego a la derecha por Cedar Street, rodeando el centro comercial antes de volver a Main Street. Se detuvo un momento en el semáforo, observando el enjambre de destellos azules al pie de la cuesta. Después se detuvo ante Cosas Necesarias. Salió del coche, cruzó la calle y leyó el rótulo de la puerta. Por unos instantes, experimentó una abrumadora decepción —no solo necesitaba el arma sino también un poco de aquellos polvos del señor Gaunt—, pero entonces recordó la puerta de servicio del callejón. Avanzó por la acera y dobló la esquina del callejón sin fijarse en la furgoneta amarillo brillante aparcada veinte o treinta metros más allá, ni en el hombre que, sentado en su interior (Buster se había instalado de nuevo en el asiento delantero), lo observaba.

Al entrar en el callejón, tropezó con un hombre que llevaba una gorra de tweed calada en la frente.

—¡Eh, mire por dónde va, amigo! —bufó Ace.

El hombre de la gorra alzó la cabeza, mostró los dientes y soltó un gruñido. Al mismo tiempo, sacó una automática del bolsillo y la apuntó hacia Ace.

—No me busques las cosquillas, amigo, si no quieres probar esto tú también.

Ace levantó las manos y dio un paso atrás. No estaba asustado; estaba completamente asombrado.

—Claro que no, señor Nelson —respondió—. No quiero nada con usted.

—Está bien —asintió el hombre de la gorra de tweed—. ¿Has visto a ese mamón de Jewett?

—¿Esto..., el del instituto?

—El director, sí. ¿Acaso hay algún Jewett más en el pueblo? ¡Dímelo de una vez, por todos los diablos!

—Acabo de llegar —respondió Ace con cautela—. Le aseguro que no he visto a nadie, señor Nelson.

—Da igual. Voy a encontrarlo y, cuando lo haga, lo dejaré como un jodido saco de mierda. ¡Me ha matado el periquito y se ha cagado en el retrato de mi madre! —George T. Nelson entornó los ojos y añadió—: Esta noche más vale que nadie se ponga en mi camino.

Ace no lo discutió.

El señor Nelson guardó de nuevo el arma en el bolsillo y desapareció tras la esquina, caminando con el paso decidido de quien está realmente enojado. Ace permaneció como estaba, con las manos aún en alto, unos momentos más.

El señor Nelson era profesor de carpintería y metalurgia en el instituto. Ace siempre lo había considerado uno de esos tipos que no tenían coraje ni para aplastar una mosca que se le hubiera posado en un ojo, pero ahora daba la impresión de que tendría que cambiar de opinión. Además, Ace había reconocido el arma. No podía ser de otro modo, pues precisamente la noche anterior había traído desde Boston una caja llena de ellas.

12

—¡Ace! —exclamó el señor Gaunt—. Llegas justo a tiempo.

—Necesito una pistola —dijo Ace—. Y también un poco de ese excelente material, si le queda.

—Sí, sí..., en su momento. Cada cosa en su momento. Ayúdame con esa mesa, Ace.

—Voy a matar a Pangborn —proclamó—. Me ha robado el maldito tesoro y voy a matarlo.

El señor Gaunt observó a Ace con la mirada inexpresiva y amarilla de un gato al acecho de un ratón, y en aquel instante Ace se sintió exactamente así, como un ratón.

—No me hagas perder el tiempo contándome cosas que ya sé —respondió—. Si quieres que te ayude, Ace, ayúdame tú a mí.

Ace cogió la mesa por un extremo y entre los dos la entraron de nuevo en la trastienda. El señor Gaunt se inclinó y recogió un rótulo apoyado contra la pared.

decía. Lo colgó de la puerta y la cerró. Ya había pasado el pestillo cuando Ace se dio cuenta de que el rótulo no tenía nada de donde colgarlo: ni gancho, ni chinchetas, ni cinta adhesiva. Nada. Pero se sostenía allí a pesar de ello.

Después sus ojos descubrieron las cajas que habían contenido las pistolas automáticas y los cargadores de munición. Solo quedaban tres armas y otros tantos cargadores.

—¡Dios santo! ¿Dónde están las demás?

—Esta tarde el negocio ha marchado viento en popa, Ace —comentó el señor Gaunt, frotándose aquellas manos de largos dedos—. Una delicia. Y todavía irá mejor. Tengo un trabajo para ti.

—Acabo de decírselo —replicó Ace—. El comisario me ha robado el...

No había tenido tiempo ni de ver que se movía cuando de pronto Ace se encontró encima a Leland Gaunt. Aquellas manos grandes y repulsivas lo agarraron por la pechera de la camisa y lo levantaron en el aire como si estuviera hecho de plumas. Un grito de alarma escapó de su boca. Las manos que lo agarraban eran fuertes como el hierro. El señor Gaunt lo alzó del suelo y Ace se encontró de pronto frente a un rostro rabioso e infernal sin tener la más remota idea de cómo había llegado allí. Incluso en el paroxismo de su repentino terror, advirtió que de las orejas y de las fosas nasales del señor Gaunt salía humo (o tal vez era fuego). En aquel momento parecía un dragón humano.

—¡Tú no me dices NADA! —le gritó el señor Gaunt. Su lengua asomó entre aquellos dientes prominentes, grandes como lápidas, y Ace vio que tenía dos puntas, como la de una serpiente—. ¡Soy yo quien lo dice todo! ¡Cállate, Ace, cuando estés en presencia de tus superiores y mayores! ¡Calla y atiende! ¡Calla y atiende! ¡CALLA Y ATIENDE!

Hizo girar a Ace por encima de su cabeza dos vueltas completas, como un luchador de feria haciendo el avión con su oponente, y lo arrojó contra la pared. Ace se golpeó la cabeza contra el yeso y en el centro de su cerebro estallaron unos grandes fuegos artificiales. Cuando se le aclaró la vista, vio a Leland Gaunt cerniéndose sobre él. Su rostro era un espanto de ojos, dientes y chorros de humo.

—¡No! —chilló—. ¡Señor Gaunt, por favor, no! ¡NO!

Las manos se habían convertido en garras, las uñas se habían vuelto largas y afiladas zarpas en un abrir y cerrar de ojos... ¿O tal vez han sido así siempre?, farfulló la mente de Ace. Tal vez han sido siempre así y, sencillamente, no lo veías.

Las garras rasgaron la tela de la camiseta de Ace como cuchillas y el hombre se vio levantado de nuevo frente a aquel rostro colérico.

—¿Estás dispuesto a atender, Ace? —inquirió el señor Gaunt. Calientes vaharadas de humo le escocieron en las mejillas y en la boca con cada palabra—. ¿Estás dispuesto, o te abro en canal esas tripas despreciables y terminamos de una

vez?

—¡Sí! —sollozó Ace—. Quiero decir, ¡no! ¡Atenderé!

—¿Vas a ser un buen chico de los recados y obedecer mis órdenes?

—¡Sí!

—¿Sabes qué sucederá si no lo haces?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eres asqueroso, Ace —dijo el señor Gaunt—. Y eso me complace en una persona. —Lanzó de nuevo al desgraciado contra la pared y la espalda de Ace resbaló por ella hasta quedar casi de rodillas, entre jadeos y sollozos, con la vista fija en el suelo. Tenía miedo de mirar directamente a la cara del monstruo—. Si alguna vez se te ocurre ir contra mis deseos, Ace, me ocuparé de que te den un trato especial en el infierno. Tendrás al comisario, no te preocupes. Sin embargo, de momento está fuera del pueblo. Ahora levántate.

Ace se puso en pie lentamente. La cabeza le martilleaba y la camiseta le colgaba a tiras.

—Permíteme una pregunta... —El señor Gaunt había recuperado sus modales corteses y sonrientes, sin un solo cabello fuera de sitio—. ¿Te gusta este pueblo? ¿Lo quieres? ¿Guardas fotografías de él en las paredes de tu mierda de cabaña para recordar sus rústicos encantos cuando te levantas con el pie izquierdo?

—¡Claro que no! —respondió Ace en tono inseguro. Su voz se alzaba y bajaba con los latidos de su corazón. Solo conseguía mantenerse en pie gracias a un supremo esfuerzo. Notaba las piernas como si fueran fideos y mantuvo la espalda apoyada en la pared mientras observaba con recelo al señor Gaunt.

—¿Si te dijera que quiero que borres del mapa todo este pueblo asqueroso mientras esperas a que vuelva el comisario te produciría una gran consternación?

—Yo... no sé muy bien qué significa esa palabra —respondió Ace con aire nervioso.

—No me sorprende. Pero creo que entiendes a qué me refiero, ¿verdad, Ace?

Ace revivió mentalmente una escena. Se remontaba a muchos años atrás, al día en que cuatro chicos les habían estafado a él y a sus amigos (Ace tenía amigos, por aquel entonces; o al menos algo razonablemente parecido a ellos) algo que Ace había deseado. Más tarde habían cogido a uno de los chicos, Gordie LaChance, y le habían dado una paliza de muerte, pero eso no había cambiado las cosas. En la actualidad LaChance era un escritor importante que vivía en otra parte del estado y, probablemente, se limpiaba el trasero con billetes de diez dólares. De algún modo, aquellos chicos habían ganado, y desde entonces las cosas nunca habían vuelto a ser iguales para Ace. Aquel había sido el momento en que su suerte se había torcido. Las puertas que había tenido abiertas habían empezado a cerrársele, una tras otra. Poco a poco se había ido dando cuenta de que no era un rey, ni Castle Rock su reino. Si tal

cosa había sido verdad alguna vez, esa época había empezado a decaer aquel fin de semana del día del Trabajo, cuando tenía dieciséis años, en que aquellos chicos le habían quitado con malas artes lo que en justicia les pertenecía a él y sus amigos. Cuando Ace cumplió la edad legal para beber en El Tigre Achispado, había pasado de rey a soldado sin uniforme, emboscado en territorio enemigo.

—Odio este agujero de mierda —le declaró a Leland Gaunt.

—Bien —asintió este—. Muy bien. Ahí fuera, aparcado en la calle, hay un amigo que te ayudará a hacer algo al respecto, Ace. Tendrás a tu comisario... y tendrás al pueblo entero también. ¿Qué te parece la idea?

Gaunt había capturado los ojos de Ace con la mirada. Ace se mantuvo ante él con los restos rasgados de su camiseta y empezó a sonreír. La cabeza había dejado de dolerle.

—Vaya —dijo—. Me parece más que perfecta.

El señor Gaunt llevó una mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una bolsita de plástico hermética llena del polvo blanco y se la entregó.

—Tienes trabajo que hacer, Ace.

Ace cogió la bolsita, pero mantuvo la vista fija en los ojos de Gaunt. Dentro de ellos.

—Bien —respondió—. Estoy preparado.

13

Buster observó que el último hombre a quien había visto entrar en el callejón salía de nuevo.

Ahora el tipo llevaba la camiseta hecha jirones y cargaba una caja. De la cintura de sus tejanos asomaban las culatas de dos pistolas automáticas.

Cuando vio que el individuo, al que reconoció como John «Ace» Merrill, se encaminaba directamente hasta la furgoneta y depositaba la caja en el suelo junto a ella, Buster se retiró de la ventanilla con brusca alarma.

Ace llamó al cristal con los nudillos.

—¡Abre atrás, amigo! —dijo—. Tenemos trabajo que hacer.

Buster bajó el cristal.

—¡Lárgate de aquí! —replicó—. ¡Largo, rufián, o llamo a la policía!

—¡Claro que sí! —gruñó Ace. Sacó una de las pistolas de la cintura del pantalón y Buster dio un respingo, pero Ace le ofreció el arma por la ventanilla, sosteniéndola por el cañón. Buster la miró con un pestañeo.

—¡Cógela! —insistió Ace con impaciencia—. Y luego ábreme atrás. Si no sabes quién me envía, eres aún más tonto de lo que pareces. —Introdujo la otra mano por la

ventanilla y palpó la peluca de Buster—. Me encanta tu pelo —murmuró con una sonrisilla—. Simplemente maravilloso.

—Ya basta —replicó Buster, pero la rabia y la indignación habían desaparecido de su voz. «Tres hombres buenos pueden hacer mucho daño —había dicho el señor Gaunt—. Te enviaré a alguien.»

Pero ¿precisamente Ace? ¿Ace Merrill? ¿Si era todo un delincuente!

—Escucha —dijo Ace—, si quieres discutir los detalles con el señor Gaunt, creo que aún lo encontrarás ahí dentro. Pero, como puedes ver... —Pasó las manos por las largas tiras de la camiseta que le colgaban sobre el pecho y el vientre y añadió—: Gaunt está de un humor algo irritable.

—¿Y se supone que tú vas a ayudarme a librarnos de Ellos? —inquirió Buster.

—Exacto —asintió su interlocutor—. Vamos a convertir todo este condenado pueblo en una gran hamburguesa asada a la barbacoa. —Levantó la caja del suelo—. Aunque no sé cómo vamos a hacer tanto daño con solo una caja de detonantes. Él me dijo que tú tendrías la respuesta a eso.

Buster había esbozado una sonrisa. Se incorporó, pasó gateando a la parte de atrás de la furgoneta y abrió la puerta corredera.

—Me parece que sí —respondió—. Arriba, señor Merrill. Tenemos un encargo que entregar.

—¿Dónde?

—Para empezar, vamos al aparcamiento público para camiones —dijo Buster sin abandonar su sonrisa.

El reverendo William Rose, que había subido por primera vez al púlpito de la Iglesia Baptista Unida de Castle Rock en mayo de 1983, era un fanático de pies a cabeza, sin la menor duda. Por desgracia, también era un hombre exaltado, astuto —de una astucia en ocasiones extraña, cruel— y muy apreciado por sus feligreses. Su primer sermón como líder de la comunidad baptista había sido una muestra de por dónde iban a ir las cosas. Llevaba por título «Por qué los católicos irán al infierno». Desde ese día, el reverendo Rose había mantenido aquel mismo tono, que también era muy apreciado por sus feligreses. Los católicos, según él, eran seres blasfemos y descarriados que, en lugar de adorar a Jesucristo, adoraban a la mujer que lo había llevado en su seno. ¿Cómo podía extrañar, pues, que también fueran tan propensos al error en tantos otros asuntos?

Así, explicaba a su grey que los católicos habían perfeccionado la ciencia de la tortura durante la Inquisición y que los inquisidores habían quemado a los verdaderos creyentes en lo que denominaba el Suplicio de las Llamas hasta finales del siglo XIX, cuando los heroicos protestantes (baptistas sobre todo) los habían obligado a parar. Les decía que cuarenta papas distintos, a lo largo de la historia, habían conocido a sus propias madres y hermanas, e incluso a sus hijas ilegítimas, en impías relaciones sexuales; que el Vaticano se había construido con el oro de los mártires protestantes y de las naciones expoliadas...

Esa clase de patrañas ignorantes no era una novedad para la Iglesia católica, que había tenido que vérselas con herejías semejantes durante siglos. Muchos sacerdotes se habrían tomado el asunto sin alterarse o incluso, tal vez, ligeramente a broma. El padre Brigham, sin embargo, no era un hombre que se tomara las cosas a la ligera. Muy al contrario. Irlandés iracundo, patizambo, Brigham era uno de esos hombres sin sentido del humor incapaces de soportar a los estúpidos, en especial a los estúpidos que se las daban de importantes como el reverendo Rose.

Brigham había soportado en silencio las estridentes provocaciones anticatólicas de Rose durante casi un año, antes de replicarle por fin desde su propio púlpito. Su homilía, que no contenía un gramo de moderación, se tituló «Los pecados del reverendo Willie». En ella calificaba al ministro baptista de «necio cantor de salmos que cree que Billy Graham anda sobre las aguas y que Billy Sunday está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso».

Aquel domingo, un rato después, el reverendo Rose y cuatro de sus diáconos más

corpulentos habían hecho una visita al sacerdote. Venían sorprendidos y enfadados, dijeron, por los comentarios calumniosos que había vertido.

—¿Tenéis el valor de venir a decirme que me modere —replicó el padre Brigham—, después de que Rose se ha pasado la mañana diciendo a los fieles que estoy sirviendo a la Ramera de Babilonia?

Las mejillas del reverendo Rose, pálidas por lo general, se cubrieron rápidamente de un intenso rubor que se extendió por su frente y su cabeza casi calva. Él nunca había dicho nada de la Ramera de Babilonia, aseguró, aunque sí había mencionado en algunas ocasiones a la Ramera de Roma, y si Brigham se sentía picado por sus palabras, él sabría por qué.

El padre Brigham abandonó entonces el dintel de la puerta de la rectoría y avanzó unos pasos con los puños cerrados.

—Si quiere que discutamos eso en la calle, amigo mío —proclamó—, diga a su pequeña unidad de la Gestapo que no intervenga y discutiremos lo que quiera.

El reverendo Rose, que sacaba casi diez centímetros al padre Brigham pero pesaba unos diez kilos menos que este, retrocedió un paso con un gesto de desdén.

—No quiero ensuciarme las manos —respondió.

Uno de los diáconos de Rose era Don Hemphill. Don era más alto y más corpulento que el combativo sacerdote.

—¡Ya discutiré yo con él, reverendo, si usted quiere! —se ofreció—. ¡Voy a barrer la calle con tu culo de miserable irlandés papista!

Los demás diáconos, quienes sabían que Don era muy capaz de cumplir sus amenazas, lo habían detenido justo a tiempo, pero, tras el incidente, la atmósfera había continuado igual.

Hasta aquel octubre, el enfrentamiento había sido de baja intensidad: chistes étnicos y chismorreos maliciosos en los grupos de hombres y de mujeres de ambas iglesias, intercambios de burlas entre los chicos de las dos facciones en el patio de la escuela y, sobre todo, granadas retóricas arrojadas de púlpito a púlpito cada domingo, ese día de la paz en que, según enseña la historia, se inicia la mayoría de las guerras. De vez en cuando se producía algún incidente desagradable —un lanzamiento de huevos en el salón parroquial durante un baile de la Hermandad de Jóvenes Baptistas, una piedra arrojada en cierta ocasión contra el cristal de la ventana del salón de la rectoría—, pero ante todo se había tratado de un enfrentamiento dialéctico.

Como todas las guerras, había tenido sus momentos cálidos y sus fases de calma, pero desde el día en que las Hijas de Isabel habían anunciado su proyecto de la Noche de Casino, un encono cada vez más acusado había impregnado ambas comunidades. Cuando el reverendo Rose recibió la infamante nota que lo trataba de «jodida rata babtista», ya era demasiado tarde, probablemente, para evitar una confrontación de algún tipo; la abierta grosería del mensaje solo parecía garantizar que cuando el

enfrentamiento se produjera, iría en serio. La leña ya estaba preparada; solo quedaba que alguien prendiera una cerilla y la acercara a la hoguera.

Si alguien había cometido el error fatal de subestimar lo explosivo de la situación, era el padre Brigham. El sacerdote sabía que a su contrincante baptista no le gustaría el proyecto de la Noche de Casino, pero no era consciente de hasta qué punto la idea de que una Iglesia apoyara el juego enfurecía y ofendía al reverendo. Brigham no sabía que el padre del predicador Willie había sido un jugador empedernido que había abandonado a la familia en numerosas ocasiones cuando la fiebre del juego se apoderaba de él, ni que el hombre había puesto fin a su vida de un disparo en la trastienda de una sala de baile después de una noche de pérdidas a los dados. Y la desagradable verdad acerca del padre Brigham era que, probablemente, le habría traído sin cuidado aunque lo hubiera sabido.

El reverendo Rose movilizó sus fuerzas. Los baptistas empezaron con una campaña de cartas contra la Noche de Casino en el *Call* de Castle Rock (Wanda Hemphill, la mujer de Don, escribió la mayoría de ellas) y reforzaron la campaña con los carteles de LOS DADOS Y EL DIABLO. Betsy Vigue, presidenta de la Noche de Casino y gran regente del capítulo local de las Hijas de Isabel, organizó el contraataque. Durante las tres semanas anteriores, el *Call* se había ampliado hasta las dieciséis páginas para dar cabida al debate consiguiente (la pena fue que se trató más bien de una disputa a gritos, más que de una exposición razonable de opiniones diferentes). Hubo nuevas pegadas de carteles, que fueron arrancados con la misma celeridad. Un editorial instando al buen juicio de ambas partes cayó en saco roto. Algunos de los participantes se lo estaban pasando en grande: se consideraba de buen tono verse envuelto en aquella especie de tempestad en un vaso de agua. Pero conforme se acercaba el momento decisivo, el reverendo Willie ya no encontraba el asunto tan divertido. Y el padre Brigham tampoco.

—¡Odio a ese desgraciado santurrón farisaico! —exclamó Brigham ante un sorprendido Albert Gendron el día que este le llevó la infame carta encabezada por aquel PRESTA ATENCIÓN, COMEDOR DE SARDINAS, que Albert había encontrado prendida con cinta adhesiva a la puerta de su clínica dental.

—¡Imagino que ese hijo de puta acusará a los buenos baptistas de una cosa así! —había escupido el reverendo Rose ante Norman Harper y Don Hemphill, que lo habían escuchado tan estupefactos como Albert al oír al padre Brigham. Aquello había sucedido el día de Colón, después de una llamada de aquel. Brigham había intentado leer la carta del comedor de sardinas al reverendo, pero Rose (con acierto, en opinión de sus diáconos) se había negado a escuchar.

Norman Harper, un hombretón que superaba en diez kilos a Albert Gendron y casi lo igualaba en altura, se sentía inquieto por el tono agudo, casi histérico, de la voz de Rose. Sin embargo, no lo comentó.

—Yo les diré lo que sucede —dijo con su voz grave—. Ese irlandés pendenciero se ha puesto un poco nervioso con esa carta que ha recibido usted en la casa rectoral, Bill. Se ha dado cuenta de que estaba yendo demasiado lejos e imagina que si dice que uno de sus feligreses más próximos ha recibido otra llena con el mismo tipo de basura, las culpas quedarán repartidas.

—¡Pues no se saldrá con la suya! —exclamó Rose con una voz más aguda que nunca—. ¡Nadie entre mis feligreses participaría en algo tan vil! ¡Nadie!

La voz se le quebró en aquella última palabra. Abrió y cerró las manos convulsivamente y Norman y Don intercambiaron una breve mirada de inquietud. Durante las últimas semanas, habían comentado varias veces aquel tipo de comportamiento, que cada vez era más habitual en el reverendo. El asunto de la Noche de Casino estaba destrozando a Bill, y los dos hombres temían que sufriera una crisis nerviosa antes de que la situación se resolviera por fin.

—No se preocupe —dijo Don, tratando de apaciguarlo—. Nosotros sabemos la verdad del asunto, Bill.

—¡Sí! —clamó el reverendo Rose, contemplando a los dos hombres con una mirada temblorosa y líquida—. Sí, vosotros dos la conocéis, y yo también, pero ¿y el resto del pueblo? ¿La saben ellos? ¿Eh?

Norman y Don no tenían respuesta para aquello.

—¡Espero que alguien ate a ese mentiroso adorador de ídolos en la vía de un tren! —gritó William Rose, apretando los puños y agitándolos con impotencia—. ¡En una vía! ¡Pagaría por ver eso! ¡Pagaría generosamente!

El mismo lunes, más tarde, el padre Brigham había hecho unas llamadas por teléfono para pedir a los interesados «en la actual atmósfera de represión religiosa en Castle Rock» que se acercaran por la rectoría para una breve reunión a última hora de la tarde. Se había presentado tanta gente que fue preciso trasladar la reunión al Salón de los Caballeros de Colón anexo a la parroquia.

Brigham empezó refiriéndose a la carta que Albert Gendron había encontrado en su puerta —la carta que firmaban los Baptistas Preocupados de Castle Rock— y luego había hablado de su decepcionante conversación telefónica con el reverendo Rose. Cuando comunicó al grupo que Rose afirmaba haber recibido otra nota obscena similar, una nota que firmaba un presunto grupo de Católicos Preocupados de Castle Rock, se levantó un murmullo entre la multitud: de sorpresa primero; de irritación después.

—¡Ese hombre es un maldito mentiroso! —gritó alguien desde el fondo del salón. El padre Brigham pareció asentir y negar con la cabeza al mismo tiempo.

—Tal vez sí, Sam, pero no es esa la cuestión. Ese hombre está completamente loco, y me parece que esa sí es la cuestión.

Un silencio pensativo y preocupado acogió sus palabras, pero el padre Brigham

percibió, pese a todo, una sensación de alivio casi palpable. «Completamente loco.» Era la primera vez que pronunciaba aquellas palabras en voz alta, aunque llevaban rondándole la cabeza desde hacía al menos tres años.

—No estoy dispuesto a que un chiflado religioso nos detenga —prosiguió el padre Brigham—. Nuestra Noche de Casino es una diversión sana e inocente, no importa lo que opine de ella el reverendo Willie. De todos modos, en vista de que se ha puesto cada vez más estridente y furibundo, considero que deberíamos someterla a votación. Si estáis a favor de suspender la Noche de Casino, de ceder a esta presión en nombre de la seguridad, debéis decirlo.

La votación a favor de mantener la Noche de Casino según lo planeado resultó unánime.

El padre Brigham asintió complacido. Después se volvió a Betsy Vigue.

—Mañana por la noche celebrarán una reunión preparatoria, ¿verdad, Betsy?

—Sí, padre.

—Entonces sugiero que los hombres se reúnan aquí, en el Salón de los Caballeros de Colón, a la misma hora que las señoras.

Albert Gendron, un hombretón voluminoso que tardaba en montar en cólera y también en desmontar de ella, se puso en pie poco a poco hasta quedar completamente erguido. Varios cuellos se volvieron para seguir su movimiento.

—¿Sugiere usted que esos estúpidos baptistas podrían intentar molestar a las señoras, padre?

—No, no, en absoluto —le tranquilizó el sacerdote—. Pero sí sería conveniente discutir algunos planes para asegurar que la Noche de Casino salga bien...

—¿Protección? —apuntó otra voz con entusiasmo—. ¿Guardianes, padre?

—Bueno..., ojos y oídos —le respondió este, sin dejar lugar a dudas de que se estaba refiriendo a guardianes, y no a otra cosa—. Si nos reunimos el martes al mismo tiempo que lo hacen las mujeres, estaremos cerca por si acaso hubiera, finalmente, algún problema.

Así pues, mientras las Hijas de Isabel se reunían en un edificio junto al aparcamiento, los varones católicos del pueblo hacían lo propio en el salón al otro lado del mismo. Y en el otro extremo del pueblo, el reverendo William Rose había convocado a la misma hora una reunión para hablar de la última calumnia de los católicos y para planificar la confección de carteles y la organización de piquetes para la Noche de Casino.

Las diversas alarmas e idas y venidas que sobresaltaron Castle Rock a primera hora de la tarde no restaron asistencia a tales reuniones, ya que la mayoría de los mirones reunidos en torno al edificio del ayuntamiento cuando se acercaba la tormenta eran gente que se mantenía neutral en la gran controversia de la Noche de Casino.

En cuanto a los católicos y baptistas involucrados en el frenesí, un par de asesinatos no le llegaba a la suela de los zapatos a una buena trifulca por motivos sagrados. Porque, al fin y al cabo, los demás asuntos tenían que dejarse a un lado cuando estaban por medio cuestiones de religión.

2

Más de setenta personas se presentaron a la cuarta reunión de lo que el reverendo Rose había denominado Ejército Baptista de Soldados Cristianos Contra el Juego de Castle Rock. Fue todo un éxito; la asistencia había descendido considerablemente en la convocatoria anterior, pero los rumores acerca de la nota obscena echada por la ranura para el correo de la casa parroquial la habían hecho crecer de nuevo. La presencia de tanta gente fue un alivio para el reverendo Rose, contrarrestado por su decepción y su desconcierto al observar que Don Hemphill no se contaba entre los asistentes. Don le había prometido que acudiría; además, Don era su brazo derecho.

Rose echó un nuevo vistazo al reloj y vio que ya eran las siete y cinco. No había tiempo para llamar al supermercado y comprobar si Don se había olvidado. Todos los que tenían que llegar lo habían hecho ya, y el reverendo quería cogerlos mientras su indignación y su curiosidad estuvieran en el punto álgido. Concedió a Hemphill un minuto más; luego se encaramó al púlpito y levantó sus brazos flacos en un gesto de bienvenida. Sus feligreses —vestidos aquella noche con ropas de trabajo, la mayoría— ocuparon los sencillos bancos de madera y tomaron asiento.

—Empecemos este acto como se inician todas las grandes empresas —dijo el reverendo sin alzar la voz—. Inclinemos la cabeza en señal de oración.

Todos inclinaron la cabeza y fue en ese instante cuando la puerta del atrio se abrió, con un estampido como un cañonazo, tras la espalda de los reunidos. Varias mujeres soltaron un grito y algunos hombres se levantaron dando un respingo.

Era Don. En el supermercado, se encargaba en persona de la carnicería y todavía llevaba el delantal blanco manchado de sangre. Tenía la cara roja como un tomate y sus ojos furiosos manaban agua. Restos de mocos a medio secar le colgaban de la nariz, sobre el labio superior y las comisuras de los labios.

Además, apestaba.

Don hedía como un grupo de mofetas al que primero se hubiera pasado por una tina de azufre, después se hubiera rociado con estiércol de vaca fresco y, finalmente, se hubiera dejado en una habitación cerrada para que dieran rienda suelta a su pánico. El hedor lo precedía; el hedor lo seguía; pero, sobre todo, el hedor lo envolvía en una nube pestilente. Las mujeres se apartaron del pasillo y buscaron a tientas un pañuelo en el bolso mientras Don Hemphill avanzaba entre los bancos trastabillando, con el

delantal batiendo el aire delante de sus muslos y los faldones de la camisa por fuera del pantalón, agitándose detrás de él. Los pocos niños que había entre los asistentes rompieron a llorar y los hombres soltaron rugidos, mezcla de repugnancia y de perplejidad.

—¡Don! —exclamó el reverendo Rose con una voz melindrosa y sorprendida. Aún tenía los brazos en alto, pero cuando Hemphill se acercó al púlpito, los bajó y se llevó involuntariamente una mano a la nariz y la boca. Creyó que iba a vomitar. Era el pestazo más ofensivo para la nariz que había experimentado en su vida—. ¿Qué... qué ha sucedido?

—¿Sucedido? —rugió Don Hemphill—. ¿Sucedido? ¡Yo le diré qué ha sucedido! ¡Se lo diré a todos!

Dio media vuelta sobre los talones, contempló a la concurrencia y, a pesar del hedor terrible que flotaba a su alrededor y que se extendía desde él, los presentes enmudecieron bajo la mirada de sus ojos furibundos, enloquecidos.

—¡Esos hijos de puta han arrasado mi tienda con bombas fétidas, eso es lo que ha sucedido! ¡No había dentro más de media docena de personas porque había puesto un cartel diciendo que cerraba pronto, y doy gracias a Dios por eso, pero las existencias se han echado a perder! ¡Todas las existencias! ¡Cuarenta mil dólares en artículos! ¡Perdidos! ¡No sé qué han usado esos cerdos, pero va a apestar durante días!

—¿Quién? —preguntó el reverendo Rose con voz timorata—. ¿Quién lo ha hecho, Don?

Don Hemphill hurgó en el bolsillo del delantal. Sacó una cinta de tela negra, curva y rígida, con un fragmento blanco en el centro, y un puñado de octavillas. La cinta de tela era un alzacuellos católico. Don lo sostuvo en alto para que todos lo vieran.

—¿Quién diablos creéis que ha sido? —gritó—. ¡Mi tienda! ¡Mis productos! Todo a la mierda, ¿y quién creéis que ha sido?

Arrojó las octavillas a los anonadados Soldados Cristianos Contra el Juego. Los papeles se dispersaron en el aire y descendieron como confeti. Algunos de los presentes alargaron la mano y cogieron uno. Todos eran iguales, y mostraban a un grupo de hombres y mujeres riendo en torno a una mesa de ruleta.

¡DIVIÉRTASE UN RATO!

decía sobre la imagen. Y, debajo:

VENGA A NUESTRA «NOCHE DE CASINO»
EN EL SALÓN DE LOS CABALLEROS DE COLÓN
EL 31 DE OCTUBRE DE 1991
A BENEFICIO DEL FONDO
DE CONSTRUCCIONES CATÓLICAS.

—¿De dónde has sacado estos papeles, Don? —preguntó Len Milliken con voz siniestra y retumbante—. ¿Y ese alzacuellos?

—Alguien los ha dejado junto a la puerta principal —respondió Don—, justo antes de que todo se fuera al inf...

La puerta del atrio retumbó otra vez, haciendo que todos saltaran, solo que esta vez fue al cerrarse y no al abrirse.

—¡Espero que disfrutéis del olor, gusanos baptistas! —gritó una voz, seguida de una carcajada aguda y desagradable.

La concurrencia se volvió hacia el reverendo William Rose con ojos asustados. Él les devolvió la mirada con parecido destello de temor. En ese instante fue cuando la caja escondida en el coro empezó a sisear de pronto. Al igual que la colocada en el Salón de las Hijas de Isabel por la difunta Myrtle Keeton, la caja (dejada allí por Sonny Jackett, ahora también difunto) contenía un temporizador que había funcionado toda la tarde.

Unas nubes de un hedor pestilente de increíble potencia empezaron a surgir de las rejillas situadas en los costados de la caja.

En la Iglesia Baptista Unida de Castle Rock, la diversión había empezado.

3

Babs Miller avanzó furtivamente junto a la pared lateral del Salón de las Hijas de Isabel, deteniéndose cada vez que cruzaba el cielo el destello blanco azulado de un relámpago. La mujer llevaba una palanca de hierro en una mano y una de las pistolas automáticas del señor Gaunt en la otra. La caja de música que había comprado en Cosas Necesarias estaba a buen recaudo en el bolsillo del gabán de hombre que llevaba puesto, y si alguien intentaba robársela, ese alguien se tragaría una onza de plomo.

¿Y quién querría hacer una cosa tan baja, rastrera y vil? ¿Quién querría robarle la cajita de música antes de que Babs pudiese averiguar siquiera qué tonada tocaba?

Bueno, pensó la mujer, digámoslo de esta manera: espero que Cyndi Rose Martin no se me ponga por delante esta noche. Si lo hace, no volverá a ponerse por delante de nadie nunca más. Al menos en este lado del infierno. ¿Por quién me ha tomado, por una... una estúpida?

Entretanto, tenía que gastar una pequeña broma. Una travesura sin importancia. A petición del señor Gaunt, por supuesto.

—¿Conoces a Betsy Vigue? —le había preguntado el señor Gaunt—. Sí, ¿verdad?

Claro que sí. Conocía a Betsy desde la escuela primaria, donde habían formado equipo muchas veces como vigilantes de pasillo y habían sido compañeras

inseparables.

—Bien. Asómate a esa ventana. Betsy se sentará, levantará una hoja de papel y verá algo debajo.

—¿Qué? —había preguntado Babs, curiosa.

—Eso no importa. Si quieres encontrar alguna vez la llave que abre la cajita de música, será mejor que cierres la boca y abras los oídos. ¿Me entiendes bien, querida?

Babs había entendido. Y también se había dado cuenta de algo. El señor Gaunt, a veces, resultaba un hombre inquietante. Muy inquietante.

—Betsy cogerá eso que va a encontrar. Lo examinará y empezará a abrirlo. Para entonces, tienes que estar junto a la puerta del edificio. Espera hasta que todo el mundo vuelva la cabeza hacia el fondo del salón, hacia el rincón de la izquierda.

Babs había sentido deseos de preguntar por qué harían tal cosa, pero llegó a la conclusión de que era mejor no decir nada.

—Cuando se vuelvan a mirar, coloca el extremo bifurcado de la alzaprima bajo la perilla de la puerta e hincas el otro extremo en el suelo. Clávalo firmemente.

—¿Y cuándo grito? —había preguntado ella.

—Ya lo sabrás. Todas parecerán como si alguien les hubiera metido una lavativa de pimienta picante por el culo. ¿Recuerdas lo que tienes que gritar, Babs?

Lo recordaba. Le había parecido una broma bastante pesada para gastársela a Betsy Vigue, con quien de pequeña había hecho novillos en la escuela tantas veces, pero también había parecido inocua (bueno, bastante inocua). Y ya no eran dos niñas, ella y la chiquilla a la que, por alguna razón, siempre había llamado Betty La-La; todo aquello había sido hacía mucho tiempo. Y como había apuntado el señor Gaunt, nadie la relacionaría nunca con el asunto. ¿Por qué iban a hacerlo? Al fin y al cabo, Babs y su marido eran adventistas del Séptimo Día, y por lo que a ella se refería, tanto los católicos como los baptistas se merecían lo que tenían, incluida Betty La-La.

Un nuevo relámpago iluminó el cielo. Babs se quedó inmóvil de nuevo; luego avanzó con su aire furtivo hasta otra ventana más próxima a la puerta y miró por ella para asegurarse de que Betsy todavía no había ocupado su asiento en la mesa de la presidencia.

Y las primeras gotas vacilantes de la poderosa tormenta empezaron a caer en torno a ella.

4

El hedor que empezó a llenar la iglesia baptista era como el que había traído consigo Don Hemphill, pero mil veces peor.

—¡Oh, mierda! —rugió Don. Había olvidado por completo dónde estaba, pero

aunque lo hubiera recordado, lo más probable era que eso no hubiera cambiado mucho su lenguaje—. ¡Han echado otra aquí también! ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Que salga todo el mundo!

—¡Moveos! —gritó Nan Roberts con su voz poderosa de barítono, como la que empleaba durante la hora punta de comidas en su cafetería—. ¡Moveos! ¡Daos prisa, vamos!

Todos vieron de dónde procedía el olor nauseabundo: espesas columnas de un humo blanco amarillento rebosaban de la barandilla del coro, cuyo pasamanos estaba a la altura de la cintura, y escapaban a través de los huecos en forma de rombo de los paneles inferiores. La puerta auxiliar estaba justo debajo de la galería del coro, pero a nadie se le ocurrió ir en aquella dirección. Una pestilencia como aquella podía matarle a uno, pero antes le haría saltar los ojos de las órbitas y le haría caer el pelo y le cerraría el ojete del culo de puro horror.

Los Soldados Baptistas de Cristo Contra el Juego se convirtieron, en menos de cinco segundos, en un ejército derrotado que salió en estampida hacia el atrio del fondo de la iglesia, entre gritos y jadeos sofocados. Uno de los bancos se volcó y golpeó el suelo con un sonoro estruendo. A Deborah Johnstone le quedó atrapado el pie debajo del banco, y mientras trataba de liberarlo, Norman Harper le golpeó en la cadera al pasar junto a ella. Deborah perdió el equilibrio y se oyó un seco crujido cuando, al caer, se fracturó el tobillo. La mujer soltó un chillido de dolor, con el pie aún atrapado bajo el banco, pero sus gritos pasaron inadvertidos entre la algarabía.

El reverendo Rose era el más próximo al coro y la nube se cernió sobre su cabeza como una gran máscara hedionda. Era el olor de los católicos ardiendo en el infierno, pensó confusamente, y saltó del púlpito. Cayó de lleno con ambos pies sobre el cuerpo de Deborah Johnstone, precisamente sobre su diafragma, y los chillidos de la mujer se convirtieron en un largo gemido sofocado que se desvaneció al tiempo que Deborah perdía el sentido. El reverendo Rose, ajeno al hecho de que acababa de dejar inconsciente a una de sus feligresas más fieles, se abrió paso a empujones hacia el fondo de la iglesia.

Los primeros en alcanzar la salida descubrieron que por allí no había escapatoria. Las puertas estaban cerradas y no había modo de abrirlas. Antes de que pudieran darse la vuelta, quienes encabezaban aquel intento de éxodo fueron aplastados contra ellas por quienes iban detrás.

Gritos, rugidos de rabia y maldiciones furiosas atronaron la iglesia. Y al tiempo que fuera empezaba la lluvia, dentro empezaron los vómitos.

Betsy Vigue ocupó su lugar en la mesa de la presidencia, entre la bandera norteamericana y el estandarte del Niño de Praga. Pidió orden golpeando con los nudillos sobre la mesa y las señoras, unas cuarenta en total, empezaron a tomar asiento. Fuera, un trueno hizo temblar el aire provocando algunos gritos y risas nerviosas.

—Se abre la reunión de las Hijas de Isabel —declaró Betsy, y levantó la hoja del orden del día—. Empezaremos, como de costumbre, por la lectura...

Se detuvo. Sobre la mesa había un sobre comercial, de color blanco, que había tapado la hoja del orden del día. Las palabras mecanografiadas en él tenían un aire agresivo:

LEE ESTO INMEDIATAMENTE, PUTA PAPISTA.

Ellos, pensó. Aquellos baptistas. Aquella gente zafia y desagradable de mentalidad estrecha...

—¿Betsy? —preguntó Naomi Jessup—. ¿Suced algo malo?

—No lo sé —respondió—. Creo que sí.

Abrió el sobre y sacó de él una hoja. Escrito en ella, también a máquina, había el siguiente mensaje:

¡ESTE ES EL OLOR DE LOS COÑOS CATÓLICOS!

De pronto se escuchó una especie de siseo procedente del rincón de la izquierda de la parte trasera del salón, un sonido como una tubería de vapor sobrecargada. Varias mujeres soltaron una exclamación y se volvieron en aquella dirección. Un trueno estalló con toda su fuerza sobre sus cabezas y, esta vez, los gritos fueron en serio.

Un vapor amarillo blancuzco surgió de uno de los cubículos colocados a lo largo de la pared, y de pronto, el pequeño edificio de una sola estancia se llenó del hedor más espantoso que ninguna de las presentes hubiera percibido nunca.

Betsy se puso en pie, derribando la silla. Acababa de abrir la boca para decir algo —no sabía en absoluto qué— cuando una voz de mujer gritó en el exterior del edificio:

—¡Esto es por la Noche de Casino, zorras! ¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos!

Betsy captó la silueta de alguien al otro lado de la puerta trasera antes de que la nube nauseabunda procedente del cubículo cubriera por completo la ventanilla de la puerta, pero muy pronto dejó de importarle. El olor era insoportable.

Aquello era el pandemonio. Las Hijas de Isabel, como ovejas enloquecidas, se arremolinaron en una dirección y otra dentro de la estancia invadida por aquella bruma apestosa. Cuando Antonia Bissette recibió un empujón, cayó hacia atrás y se desnucó contra el canto metálico de la mesa de la presidencia, nadie oyó el crujido ni

advirtió lo sucedido.

Fuera, centelleaban los relámpagos y rugían los truenos.

6

Los hombres reunidos en el Salón de los Caballeros de Colón habían formado un amplio círculo en torno a Albert Gendron. Utilizando la nota que había encontrado fijada a la puerta de su despacho como punto de partida («¡Oh!, eso no es nada; deberíais haber estado allí cuando...»), estaba deleitándolos con historias horribles, pero fascinantes, de emboscadas tendidas a los católicos y venganzas de estos en Lewiston, allá por los años treinta.

—Así que, cuando ve que esa banda de ignorantes fanáticos han cubierto de estiércol los pies de la Virgen, salta a su coche y se dirige a...

Albert se interrumpió de pronto para escuchar algo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Un trueno —respondió Jake Pulaski—. Va a caer una buena tormenta.

—No..., eso —insistió Albert, y se levantó—. Parecen gritos.

El trueno se redujo por unos instantes a un mero gruñido y en el intervalo todos lo oyeron con claridad: mujeres. Mujeres gritando.

Luego se volvieron hacia el padre Brigham, que se había levantado de su silla.

—¡Vamos todos! —exclamó—. Veamos qué...

Entonces se inició el siseo y el hedor empezó a avanzar en una nube desde el fondo del salón hacia los hombres agrupados en el círculo. El cristal de una ventana saltó en pedazos y una piedra rebotó varias veces en el suelo, pulimentado hasta adquirir un leve brillo por el roce de tantos pies que habían bailado allí a lo largo de los años. Los hombres, entre exclamaciones, se apartaron para esquivar la piedra. Esta salió despedida hacia la pared opuesta, rebotó una vez más y se detuvo por fin.

—¡Esta es la respuesta de los baptistas! —gritó una voz en el exterior—. ¡No queremos juego en Castle Rock! ¡Corred la voz, folladores de monjas!

La puerta del vestíbulo del Salón de los Caballeros de Colón también había sido atrancada con una palanca. Los hombres chocaron contra ella y empezaron a amontonarse.

—¡No! —aulló el padre Brigham, y se abrió paso a través de la creciente pestilencia hasta alcanzar una pequeña puerta lateral. Estaba abierta—. ¡Por aquí! ¡Por aquí!

Al principio nadie le prestó atención; llevados por el pánico, continuaron apilándose contra la puerta principal del salón, que permanecía inamovible. Por fin, Albert Gendron alargó sus manazas, agarró dos cabezas y las hizo chocar.

—¡Haced lo que dice el padre! —rugió—. ¡Están matando a las mujeres!

A base de fuerza bruta, Albert se abrió paso entre la multitud apretujada y los demás empezaron a seguirle. Lo hicieron en una fila desordenada y vacilante, tropezando en la oscuridad impregnada de aquel vapor, entre toses y maldiciones. Meade Rossignol no pudo contener por más tiempo los retortijones de estómago, abrió la boca y vomitó la cena sobre la ancha espalda de la camisa de Albert Gendron. Este apenas se enteró. El padre Brigham ya se encaminaba, tambaleándose, hacia los escalones que conducían al aparcamiento y al Salón de las Hijas de Isabel, al otro lado de este. Cada pocos pasos, se detenía para soltar una seca arcada. La pestilencia se adhería a él como un papel cazamoscas. Los demás hombres empezaron a seguirlo en una penosa procesión, sin apenas darse cuenta de la lluvia, que había empezado a caer con más intensidad.

Cuando el padre Brigham estuvo a medio camino del corto tramo de escalera, el resplandor de un relámpago le permitió ver la alzaprima colocada contra la puerta del Salón de las Hijas de Isabel. Un instante después, el cristal de una de las ventanas del lateral derecho del edificio estalló hacia fuera y las mujeres empezaron a lanzarse por el orificio y caer desplomadas sobre el césped como grandes muñecas de trapo que hubieran aprendido a vomitar.

7

El reverendo Rose no llegó al atrio; había demasiada gente apilada delante de él. Se volvió, tapándose la nariz, y se internó de nuevo en la iglesia, tambaleándose. Oyó gritar a los demás, pero cuando abrió la boca, solo salió de ella una bocanada de vómitos. Los pies se le enredaron y, al caer hacia delante, se dio un fuerte golpe en la cabeza con uno de los bancos. Intentó reincorporarse, pero fue en vano. Entonces, unas manazas le tomaron por las axilas y le ayudaron a hacerlo.

—¡Por la ventana, reverendo! —gritó Nan Roberts—. ¡Arrójese por la ventana!

—El cristal...

—¡Olvídese del cristal! ¡Vamos a asfixiarnos todos aquí dentro!

Nan lo empujó hacia delante y el reverendo Rose tuvo el tiempo justo de protegerse los ojos con una mano antes de atravesar, haciéndola pedazos, una cristalera de vidrio emplomado que representaba a Cristo conduciendo a sus ovejas por una colina del mismo color exacto que un fresco de lima Jell-O. El reverendo voló por los aires, golpeó el césped y rebotó. La dentadura postiza de la mandíbula superior le saltó de la boca y Rose soltó un gruñido.

Se incorporó hasta quedar sentado en el suelo, dándose cuenta bruscamente de la oscuridad que le rodeaba, de la lluvia... y del bendito perfume a aire libre. Pero no

tuvo tiempo de saborearlo; Nan Roberts lo agarró por el cabello de la cabeza y, a tirones, le obligó a ponerse en pie.

—¡Vamos, reverendo! —le gritó. Su rostro, entrevisto bajo el destello blanco azulado de un nuevo relámpago, tenía la expresión contraída de una arpía. Todavía llevaba el uniforme blanco de rayón (Nan se había acostumbrado a vestir igual que obligaba a hacerlo a sus camareras), pero en la prominencia de sus pechos lucía ahora un babero de vómitos.

El reverendo Rose la siguió a trompicones, con la cabeza gacha. Quería decir a la mujer que le soltara el cabello, pero cada vez que lo intentaba, un trueno sofocaba su voz.

Algunos asistentes habían seguido a Rose y a Nan Roberts a través del hueco de la ventana, pero la mayoría estaba aún amontonada al otro lado de la puerta del atrio. Nan descubrió la causa al instante; dos palancas, dos patas de cabra, habían sido colocadas bajo los tiradores para imposibilitar que la puerta doble se abriera desde dentro. Hizo saltar las palancas de dos puntapiés, y en aquel mismo momento cayó en el parque municipal un rayo que redujo a astillas llameantes el quiosco de la banda, donde un joven atormentado llamado Johnny Smith había descubierto en cierta ocasión el nombre de un asesino. El viento empezaba a soplar con más fuerza, agitando los árboles bajo el cielo negro, surcado por veloces nubes.

En el instante en que desaparecieron las palancas, las puertas se abrieron de golpe. Una de ellas quedó completamente arrancada de sus goznes y cayó de plano sobre el macizo de flores a la izquierda de la escalinata. Una oleada de baptistas de ojos desencajados salió disparada, tropezando y cayendo unos sobre otros mientras se dispersaban por los peldaños de acceso a la iglesia. Todos apestaban. Todos lloraban. Todos tosían. Todos vomitaban.

Y todos estaban furiosos como demonios.

8

Los Caballeros de Colón, conducidos por el padre Brigham, y las Hijas de Isabel, encabezadas por Betsy Vigue, se reunieron en el centro del aparcamiento al tiempo que los cielos se abrían y empezaba a llover a cántaros. Betsy alargó las manos hacia el padre Brigham y lo agarró; la mujer tenía los ojos enrojecidos y llenos de lágrimas y el cabello aplastado contra el cráneo como una gorra mojada y brillante.

—¡Todavía queda alguien dentro! —exclamó—. Naomi Jessup... Tonia Bissette... ¡No sé cuántas más!

—¿Quién ha sido? —rugió Albert Gendron—. ¿Quién diablos lo ha hecho?

—¡Oh, han sido los baptistas! ¡Por supuesto que han sido ellos! —chilló Betsy, y

luego se echó a llorar mientras un relámpago se extendía a través del cielo como un filamento candente de tungsteno—. ¡Me han llamado puta papista! ¡Han sido ellos, los baptistas! ¡Han sido los condenados baptistas!

Mientras Betsy gritaba todo aquello, el padre Brigham logró desembarazarse de ella y alcanzó a saltos la puerta del Salón de las Hijas de Isabel. Apartó la palanca de un puntapié —la puerta se había astillado alrededor de ella, en un círculo— y abrió de un tirón. Del otro lado surgieron tres mujeres mareadas, sumidas en náuseas, y una nube de aquel humo hediondo.

A través de ella distinguió a Antonia Bissette, la bonita Tonia, siempre tan rápida y hábil con la aguja y el hilo y siempre tan dispuesta a colaborar en cualquier proyecto de la iglesia. Yacía en el suelo cerca de la mesa presidencial, oculta en parte por el caído estandarte del Niño de Praga. Naomi Jessup estaba arrodillada junto a ella, sollozando. Tonia tenía la cabeza vuelta en un ángulo extraño, imposible. Sus ojos vidriosos miraban al techo.

El olor había dejado de molestar a Antonia Bissette, quien no había comprado nada al señor Gaunt ni había participado en ninguno de sus jueguecitos.

Naomi vio al padre Brigham de pie en la puerta, se levantó y se dirigió hacia él arrastrando los pies. Sumida en un estado de conmoción, el hedor de la bomba fétida tampoco parecía afectarle a ella.

—¡Padre! —exclamó—. ¿Por qué, padre? ¿Por qué han hecho esto? Se suponía que solo era un poco de diversión... que solo iba a ser eso. ¿Por qué?

—Porque ese hombre está loco —le respondió el padre Brigham, mientras estrechaba a Naomi entre sus brazos.

A su lado, con una voz grave y letal, Albert Gendron propuso:

—Vamos a por ellos.

9

El Ejército Baptista de Soldados Cristianos Contra el Juego avanzó por Harrington Street desde la iglesia baptista, bajo la lluvia torrencial, encabezado por Don Hemphill, Nan Roberts, Norman Harper y William Rose. Los ojos de todos ellos eran globos enrojecidos y furiosos que parecían a punto de saltar de sus órbitas inflamadas e irritadas. La mayoría de los Soldados Cristianos había vomitado encima de sus pantalones, de sus camisas, de sus zapatos o de las tres cosas a la vez. El olor a huevos podridos de la bomba fétida se adhería a ellos pese a la intensa lluvia, negándose a desaparecer.

Un coche patrulla de la policía estatal se detuvo en la intersección de Harrington con Castle Avenue, que, a menos de un kilómetro, se convertía en Castle View Road.

El agente que viajaba en él se apeó y se quedó observando al grupo, boquiabierto.

—¡Eh! —gritó—. ¿Adónde va todo el grupo?

—Vamos a darles un buen escarmiento a esos mamones papistas, y si sabe lo que le conviene, agente, apártese de en medio —le respondió Nan Roberts, también a gritos.

De pronto, Don Hemphill abrió la boca y se puso a cantar con una voz rica y melodiosa de barítono:

—«Adelante, soldados de Cristo, marchemos como a la guerra...»

No tardaron en unírsele otras. Pronto se le hubo añadido el resto de la grey, y el grupo empezó a avanzar más deprisa. Ya no se limitaba a caminar, sino que marchaba casi marcando el paso. Las caras estaban pálidas, con una expresión colérica y vacía de cualquier pensamiento, cuando empezaron, no ya a cantar, sino a rugir las palabras. El reverendo Rose cantó con ellos, aunque ceceaba terriblemente sin su dentadura postiza.

Cristo, el regio Maestro, contra el enemigo nos guía. ¡Vamos a la batalla, por la victoria de su enseña en este día!

Para entonces, casi se habían lanzado a la carrera.

10

El agente Morris se quedó de pie junto a la portezuela del coche patrulla, con el micrófono en la mano, observando al grupo que pasaba. El agua rebosaba del ala del sombrero Smokey Bear en pequeños riachuelos.

—Adelante, unidad dieciséis —dijo entre crepitaciones la voz de Henry Payton.

—¡Será mejor que envíe algunos hombres aquí arriba ahora mismo! —exclamó Morris con voz excitada y asustada. Morris no había cumplido todavía el primer año en la policía estatal—. ¡Se está preparando algo! ¡Algo malo! ¡Un grupo de unas setenta personas acaba de pasar ante mí! ¡Cambio!

—Bueno, ¿y qué hacían? —inquirió Payton—. Cambio.

—Cantaban «Adelante soldados de Cristo». Cambio.

—¿Es usted, Morris? Cambio.

—¡Sí, señor! Cambio.

—Bueno, agente Morris, por lo que yo sé, no existe aún ninguna ley que prohíba cantar himnos religiosos, aunque sea bajo una lluvia torrencial. Personalmente, creo que es una actividad estúpida, pero no ilegal. Muy bien, ahora solo quiero decirle esto una vez: tengo cuatro asuntos distintos entre manos, no sé dónde está el comisario del pueblo ni ninguno de sus condenados ayudantes, ¡y no quiero que me molesten con

trivialidades! ¿Lo ha entendido, agente? ¡Cambio!

El agente Morris tragó saliva con dificultad.

—Esto... sí, señor. Entendido, señor, desde luego. Pero alguien de ese grupo, creo que una mujer, decía que iban a «darle un buen escarmiento a esos mamones papistas», me parece que han sido sus palabras. Sé que no tiene mucho sentido, pero no me ha gustado demasiado el tono que empleaba. —A continuación, Morris añadió tímidamente—: ¿Cambio?

El silencio se prolongó tanto que Morris se dispuso a llamar de nuevo a Payton — desde hacía un rato, la electricidad del aire impedía las comunicaciones por radio a larga distancia e incluso dificultaba las transmisiones dentro del pueblo—, pero al fin escuchó su voz, cauta y temerosa.

—¡Oh! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Cristo misericordioso! ¿Qué está sucediendo ahí?

—Bueno, esa mujer ha dicho que iban a...

—¡Te he oído perfectamente! —aulló Payton en un tono tan agudo que su voz se distorsionó hasta quebrarse—. ¡Ve hasta la iglesia católica! Si sucede algo, intenta impedirlo, pero no te arriesgues a resultar herido. Repito, ¡no corras riesgos! Te enviaré apoyo tan pronto como sea posible..., si me queda algún apoyo que enviar. ¡Hazlo ahora mismo! ¡Cambio!

—Esto..., teniente Payton... ¿Dónde está la iglesia católica de este pueblo?

—¿Cómo coño voy a saberlo yo? —aulló Payton—. ¡Yo no voy a misa aquí! ¡Siga a ese grupo! ¡Corto y cierro!

Morris colgó el micrófono. El grupo quedaba ya fuera de su vista, pero aún podía oír sus voces entre el retumbar de los truenos. Puso en marcha el coche patrulla y siguió a los cantores.

11

El camino que conducía a la puerta de la cocina de la casa de Myra Evans estaba bordeado de piedras pintadas en diferentes tonos pastel. Cora Rusk levantó una y la sopesó en la mano que no sostenía el arma. Intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, como era de esperar. Arrojó la piedra a través del cristal y utilizó el cañón de la pistola para hacer caer las astillas y fragmentos que quedaron colgando del marco. Después introdujo la mano, quitó el cerrojo de la puerta, la abrió y entró. Tenía el cabello pegado a las mejillas en mechones mojados y desordenados. Aún llevaba abiertos varios botones del vestido y unas gotas de lluvia resbalaban sobre sus enormes pechos salpicados de granos.

Chuck Evans no estaba en casa, pero Garfield, el gato de angora de Chuck y Myra, sí rondaba por allí y acudió al trote a la cocina, maullando y pidiendo comida.

Y Cora se la dio. El gato saltó hacia atrás en una nube de sangre y pelo.

—¡Cómete eso, Garfield! —masculló Cora.

Salió al salón entre la humareda de la pólvora y empezó a subir la escalera. Sabía dónde encontraría a aquella golfa. La encontraría en la cama. Cora sabía eso con la misma certeza que sabía cómo se llamaba.

—Sí, señora, es hora de acostarse —murmuró—. ¿Puedes creértelo, Myra querida?

Cora lucía una sonrisa en los labios.

12

El padre Brigham y Albert Gendron encabezaron un pelotón de católicos furiosos por Castle Avenue hacia Harrington Street. Habían recorrido media avenida cuando oyeron cánticos. Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—¿Cree que podríamos enseñarles otra melodía distinta, Albert? —inquirió el sacerdote con voz suave.

—Creo que sí, padre —respondió Albert.

—¿Les enseñamos, pues, a cantar «Recorrí todo el camino a casa»?

—Una canción excelente, padre. Creo que, por muy imbéciles que sean, conseguirán aprendérsela.

Un relámpago cruzó el cielo, iluminando Castle Avenue con un breve fulgor, y dejó a la vista de los dos hombres la pequeña multitud que avanzaba colina arriba hacia ellos. Bajo la luz del relámpago, los ojos de aquella gente brillaban blancos y vacíos, como los de las estatuas.

—¡Ahí están! —gritó alguien, y una mujer exclamó—: ¡Vamos a por esos sucios hijos de puta que nos han apeestado!

—¡Vamos a por esa gentuza! —asintió el padre John Brigham de todo corazón, y cargó contra los baptistas.

—Amén, padre —exclamó Albert corriendo a su lado.

Entonces todos echaron a correr.

Cuando el agente Morris dobló la esquina, un nuevo relámpago hendió el cielo hasta caer sobre uno de los viejos olmos de la orilla del río Castle. Bajo su resplandor, vio a dos masas de gente corriendo al encuentro. Una de las multitudes corría pendiente arriba y la otra lo hacía en sentido inverso, y los dos grupos gritaban pidiendo sangre. De pronto, el agente Morris se descubrió deseando haber solicitado la baja por enfermedad aquella tarde.

Cora abrió la puerta del dormitorio de Chuck y Myra y vio exactamente lo que esperaba: aquella zorra yacía desnuda en una cama de matrimonio de sábanas arrugadas, que parecía haber sido sometida a un uso extraordinario en los últimos tiempos. Tenía una de las manos tras la cabeza, metida bajo las almohadas. Con la otra sostenía una foto enmarcada. Tenía la foto entre los muslos carnosos, como si estuviera jodiéndola, y gemía, con los ojos entornados de éxtasis:

—¡Ohhh, E! ¡Ohhh, E! ¡OOOH, EEE... EEEEEEE!

Los celos inflamaron el corazón de Cora y le subieron por la garganta hasta que notó su amargo sabor en la boca.

—¡Oh, rata de cloaca! —jadeó, y levantó la automática.

En aquel mismo instante, Myra la miró. Y Myra sonreía. Sacó la mano libre de debajo de la alhomada; en ella empuñaba su propia pistola automática.

—El señor Gaunt aseguró que vendrías, Cora —se limitó a decir, y disparó.

Cora notó que la bala taladraba el aire junto a su mejilla y la oyó incrustarse en el revoque de la pared a la izquierda de la puerta. Fue su turno de disparar. Su bala acertó en la foto que sostenía Myra, rompiendo el cristal y hundiéndose en su entrepierna.

También dejó un agujero en el centro de la frente de Elvis Presley.

—¡Mira lo que has hecho! —chilló Myra—. ¡Has disparado a El Rey, zorra estúpida!

Apretó el gatillo tres veces contra Cora. Dos balas fallaron, pero la tercera dio a Cora en la garganta y la envió hacia atrás contra la pared bajo una lluvia de sangre. Mientras caía de rodillas, Cora disparó otra vez. El proyectil le hizo un agujero en la rótula a Myra y la derribó de la cama. Luego Cora cayó boca abajo en el suelo y el arma se deslizó de su mano.

Voy hacia ti, Elvis, quiso decir. Pero algo andaba terrible, horrorosamente mal. Allí solo parecía haber oscuridad, y ninguna compañía.

Los baptistas de Castle Rock, conducidos por el reverendo William Rose, y los católicos de Castle Rock, guiados por el padre John Brigham, se encontraron al pie de Castle Hill y su choque fue casi audible. No hubo peleas a puñetazos, ni reglas del boxeo del marqués de Queensberry; iban dispuestos a sacar ojos y arrancar narices.

Con toda probabilidad, a matar.

Albert Gendron, el enorme dentista que tardaba en enfurecerse pero que era terrible una vez montado en cólera, agarró a Norman Harper por las orejas y tiró de su cabeza hacia él, al tiempo que lanzaba la suya hacia delante. Los cráneos chocaron emitiendo un ruido como el de la loza en un terremoto. Norman se estremeció y cayó exánime. Albert lo arrojó a un lado como un saco de ropa sucia y alargó la mano hacia Bill Sayers, quien vendía herramientas en la Western Auto. Bill lo esquivó y lanzó un directo a la mandíbula de Albert. Este lo encajó, escupió un diente, agarró a Bill en un enorme abrazo de oso y apretó hasta que oyó el crujido de una costilla. Bill empezó a chillar. Albert lo arrojó prácticamente al centro de la calle, donde el agente Morris frenó justo a tiempo de evitar arrollarlo.

El campo de batalla era una confusión de figuras que luchaban, se golpeaban y trataban de sacarse los ojos entre alaridos. Tropezaban unas con otras, resbalaban en la lluvia, se incorporaban otra vez, repartían golpes y los recibían. Los destellos luminosos de los relámpagos producían la impresión de que se trataba de un extraño baile en el cual uno arrojaba a su pareja contra el árbol más cercano en lugar de abrazarla, o le hundía la rodilla en la entrepierna en lugar de marcar un paso.

Nan Roberts agarró a Betsy Vigue por la espalda del vestido mientras esta tatuaba las mejillas de Lucille Dunham con las uñas. Nan tiró de Betsy hacia sí, la obligó a dar media vuelta e introdujo dos dedos por las fosas nasales de Betsy hasta el segundo nudillo. Betsy emitió un chirrido nasal como una bocina de niebla mientras Nan empezaba a sacudirla enérgicamente por la nariz, adelante y atrás, una y otra vez. Frieda Polaski golpeó a Nan con su libro de bolsillo y la hizo caer de rodillas. Sus dedos salieron de la nariz de Betsy Vigue con un sonoro estampido, ¡pop! Cuando intentó levantarse, Betsy le asestó una patada en la cara y la mandó rodando por el asfalto.

—¡Guarra, me las vas a pagar! —chilló Betsy—. Me las vas a pagar.

Trató de dar un pisotón en el vientre a Nan, pero esta la agarró del pie, se lo retorció e hizo caer al suelo, de cara, a la en otro tiempo Betty La-La. Nan se arrastró hacia ella; Betsy la estaba esperando. Un momento después, las dos rodaban agarradas por la calle, dándose arañazos y mordiscos.

¡¡¡BASTA!!!,

gritó el agente Morris, pero su voz quedó ahogada por una descarga de truenos que sacudió toda la calle.

Empuñó su arma y apuntó al aire... pero, antes de que pudiera disparar, alguien —solo Dios sabe quién— le descerrajó un tiro en la entrepierna con uno de los artículos de la venta especial de Leland Gaunt. El agente Morris salió despedido hacia atrás contra el capó del coche patrulla y rodó por la calzada agarrándose las

ruinas de su equipo sexual e intentando gritar.

Era imposible saber cuántos de los combatientes llevaban armas adquiridas al señor Gaunt aquel día. No muchos, y algunos de los que iban armados habían perdido las automáticas en la confusión que se había desencadenado al tratar de escapar del olor nauseabundo. Sin embargo, al menos cuatro disparos más fueron efectuados en rápida sucesión. Unos disparos que pasaron prácticamente inadvertidos en la confusión de gritos exacerbados y truenos retumbantes.

Len Milliken vio que Jake Pulaski apuntaba con una de las pistolas a Nan, que había dejado escapar a Betsy e intentaba ahora estrangular a Meade Rossignol. Len alargó la mano hacia la muñeca de Jake y la desvió hacia arriba, apuntando al cielo surcado de relámpagos, un segundo antes de que el arma disparara. Luego llevó la muñeca del hombre hacia abajo y la quebró contra su rodilla como una astilla de madera para encender el fuego. La pistola cayó al suelo y resbaló sobre la calle mojada. Jake empezó a aullar. Len se apartó un paso de él y empezó a mascullar:

—Eso te enseñará a...

No llegó a decir más, pues alguien escogió aquel instante para hundirle la hoja de una navaja de bolsillo en la nuca, segando la médula espinal y el bulbo raquídeo de Len.

Estaban aproximándose ya más coches de policía con las luces azules centelleando furiosamente en la oscuridad bañada por la lluvia. Los combatientes no prestaron atención a las llamadas amplificadas para que se separaran y dejaran de pelear. Cuando los agentes intentaron intervenir para conseguirlo, solo lograron verse engullidos también en el tumulto.

Nan Roberts vio al padre Brigham, con su condenada camisa negra rasgada de arriba abajo en la espalda. El sacerdote tenía sujeto al reverendo Rose por la nuca con una mano. La otra estaba cerrada en un firme puño y con ella golpeaba una y otra vez en la nariz al reverendo. El puño daba en el blanco, la mano que sostenía por la nuca al reverendo Rose cedía un poco bajo el impacto, y enseguida volvía a colocarlo en posición para el siguiente golpe.

Gritando al límite de su capacidad pulmonar, haciendo caso omiso del agente de la policía del estado que le estaba diciendo —suplicando casi— que se callara, que se callara enseguida, Nan dejó a un lado a Meade Rossignol y se lanzó sobre el padre Brigham.

El inicio de la tormenta obligó a Alan a reducir la marcha a un paso de tortuga a pesar de su creciente sensación de que el tiempo se había hecho vital y amargamente importante y de que si no regresaba pronto a Castle Rock daría igual que ya no volviera a poner los pies allí. Gran parte de la información que necesitaba, le pareció en aquel momento, había estado siempre en su mente, encerrada tras una recia puerta. La puerta tenía un rótulo meticulosamente impreso en ella, pero no decía *DESPACHO DEL PRESIDENTE O SALA DE SESIONES*, ni siquiera *PRIVADO, NO ENTRAR*. La inscripción de aquella puerta de la mente de Alan decía *ESTO NO TIENE SENTIDO*. Lo único que había necesitado para abrirla había sido la llave adecuada, la llave que le había proporcionado Sean Rusk. ¿Y qué había detrás de ella?

Cosas Necesarias, por supuesto. Y su propietario, el señor Leland Gaunt.

Brian Rusk había comprado un cromó de béisbol en Cosas Necesarias, y el chico estaba muerto. Nettie Cobb había comprado una pantalla de lámpara en Cosas Necesarias, y también ella estaba muerta. ¿Cuántos vecinos más de Castle Rock habían ido al pozo y habían comprado agua envenenada a aquel hombre ponzoñoso? Norris, seguro: una caña de pescar. Y Polly: un amuleto mágico. Y la madre de Rusk: unas gafas de sol baratas que tenían algo que ver con Elvis Presley. Incluso Ace Merrill había comprado algo en la tienda; un libro viejo. Alan habría apostado a que Hugh Priest también había hecho alguna compra... y Danforth Keeton...

¿Quién más? ¿Cuántos más?

Detuvo el coche antes de cruzar el puente en el preciso instante en que un relámpago cayó del cielo y derribó uno de los viejos olmos de la otra orilla del río Castle. Se produjo una enorme crepitación eléctrica y un destello deslumbrante. Alan se llevó un brazo ante los ojos, pero el fogonazo había quedado ya impreso en sus retinas en un azul intenso, mientras la radio del coche transmitía un potente rugido de electricidad estática y el olmo caía en el río con pomposa y pesada dignidad.

Bajó el brazo y lanzó un aullido cuando el trueno estalló directamente sobre su cabeza, con la potencia suficiente para resquebrajar el mundo. Por un instante, sus ojos deslumbrados no pudieron distinguir nada y temió que el árbol hubiera caído sobre el puente, bloqueándole el camino al pueblo. Luego lo vio tendido corriente arriba de la vieja estructura metálica oxidada, enterrado en una pequeña zona de rápidos. Alan entró una marcha y empezó a cruzar. Mientras lo hacía oyó el ulular del viento, que ya alcanzaba cotas de vendaval, entre los puntales y las vigas del puente.

La lluvia batía contra el parabrisas del viejo coche familiar, convirtiendo todo lo que había más allá en una confusa alucinación. Cuando Alan dejó atrás el puente y entró en la parte baja de Main Street, en el cruce con Watermill Lane, la lluvia se hizo tan intensa que los limpiaparabrisas, incluso a toda velocidad, resultaban completamente inútiles. Alan bajó el cristal de la ventanilla, sacó la cabeza y continuó así. Quedó empapado al instante.

La zona en torno al edificio municipal estaba atestada de coches de la policía y furgonetas de noticiarios, pero también tenía un extraño aire desierto, como si los ocupantes de todos aquellos vehículos hubieran sido teletransportados de pronto al planeta Neptuno por unos extraterrestres malvados.

Alan vio a algunos reporteros escrutando el exterior desde el refugio de sus furgonetas y a un agente de la policía estatal corriendo por el callejón que conducía al aparcamiento del edificio municipal, levantando un gran chapoteo. Sin embargo, eso fue todo.

Tres bocacalles más arriba, en dirección a Castle Hill, un coche patrulla de la policía del estado cruzó Main Street a gran velocidad hacia el oeste por Laurel Street. Un momento después, otro coche patrulla cruzó la calle principal del pueblo. Este circulaba por Birch Street e iba en dirección contraria al primero. Sucedió tan deprisa —zip, zip— que pareció una escena sacada de una comedia de policías ineptos. *Loca academia de policía IV*, quizá. Alan, sin embargo, no vio nada de divertido en ella. Le produjo la sensación de una acción sin objetivo, una especie de movimiento al tuntún, provocado por el pánico. De pronto, tuvo la certeza de que Henry Payton había perdido el control de lo que sucedía aquella noche en Castle Rock, si es que en algún momento había tenido algo más que una falsa ilusión de controlar algo.

El comisario creyó oír unas voces lejanas procedentes de Castle Rock. Resultaba difícil asegurarlo, con la lluvia y los truenos y el viento que arreciaba, pero a Alan no le pareció que los gritos fueran producto de su imaginación. Como para confirmarlo, un coche de la policía del estado salió rugiendo del callejón contiguo al edificio municipal, con las luces del techo centelleando y formando haces que iluminaban varias franjas de lluvia plateada, y se encaminó en aquella dirección. Al hacerlo, estuvo a punto de rozar de costado un camión de gran tamaño de los noticiarios de la WMTW.

Alan recordó haber percibido, durante la semana precedente, que había algo profundamente inquietante en el pueblo; que alguna cosa que no alcanzaba a comprender andaba mal y que Castle Rock estaba temblando al borde de una sacudida impensable. Ahora la sacudida se había producido, y todo había sido urdido por aquel hombre

(Brian dijo que el señor Gaunt no era humano)
al que Alan no había conseguido conocer.

Un grito se alzó en la noche, agudo y taladrador. Le siguió un ruido de cristales al romperse y luego, procedente de alguna otra parte, un disparo y una risotada desquiciada, idiota. Un trueno resonó en el aire como una pila de tableros que se derrumbara.

Pero ahora tengo tiempo, pensó Alan. Sí, mucho tiempo. Señor Gaunt, creo que ya va siendo hora de conocernos. Y creo que ya va siendo hora de que descubra usted qué les sucede a los que vienen a mi pueblo a fastidiar.

Haciendo caso omiso del lejano estruendo de caos y violencia que entraba por la ventanilla abierta, sin mirar siquiera hacia el edificio municipal desde el cual, presumiblemente, Henry Payton coordinaba las fuerzas de la ley y el orden —o al menos intentaba hacerlo—, Alan siguió Main Street arriba hacia Cosas Necesarias.

Antes de llegar, el intenso fogonazo candente de un relámpago se extendió por el cielo como un árbol de fuego eléctrico, y mientras el cañonazo del trueno acompañante aún rugía sobre el pueblo, todas las luces de Castle Rock se apagaron.

2

Al agente Norris Ridgewick, ataviado con el uniforme que guardaba para los desfiles y otras ocasiones de gala, estaba en el cobertizo anexo a la casita que había compartido con su madre hasta que esta había muerto de un infarto cerebral en otoño de 1986; la casita en la que desde entonces había vivido solo. Estaba de pie sobre un taburete. De una de las vigas del techo colgaba una cuerda con un lazo anudado. Norris colocó la cabeza dentro del lazo y lo estaba cerrando con fuerza contra su oreja derecha cuando cayó el relámpago y las dos bombillas que iluminaban el cobertizo parpadearon y se apagaron.

Pese a ello, Norris continuó viendo la caña de pescar Bazun apoyada contra la puerta que conducía a la cocina. Había deseado muchísimo aquella caña y había creído conseguirla baratísima, pero al final el precio había sido muy alto. Demasiado alto para que Norris pudiera pagarlo.

Su casa estaba en la zona alta de Watermill Lane, donde la calle torcía de nuevo hacia Castle Hill y el mirador. Gracias al viento favorable, le llegaba el sonido de la batalla campal que aún proseguía allá arriba: los gritos, los alaridos, los disparos esporádicos.

Soy responsable de eso, pensó. No de todo —¡eso no, cielos!—, pero sí de una parte. He participado. Soy el causante de que Henry Beaufort esté herido o agonizante; tal vez incluso muerto, allá en Oxford. Soy la razón de que Hugh Priest yazca en una camilla del frigorífico del depósito de cadáveres. Yo soy el causante. El tipo que siempre quiso ser policía y ayudar a los demás, que lo deseó desde que era

un crío. El estúpido, gracioso y torpe Norris Ridgewick, que había creído necesitar una caña de pescar Bazun y poder conseguirla barata.

—Lamento lo que hice —balbuceó Norris—. Con eso no se arregla nada, pero si de algo vale, lo siento de veras.

Se dispuso a saltar del taburete cuando, de pronto, una nueva voz le habló dentro de su mente. *Entonces ¿por qué no intentas arreglar las cosas, pedazo de gallina?*

—No puedo —murmuró. Otro relámpago cruzó el cielo; la sombra del hombre dio unos saltos alocados en la pared del cobertizo, como si ya hubiese empezado a bailar la danza del ahorcado—. Es demasiado tarde.

Entonces, por lo menos, echa un vistazo a la razón que te impulsó a hacerlo todo, insistió la voz enfadada. *Eso puedes hacerlo, ¿verdad? ¡Echa un vistazo! ¡Obsérvala bien!*

Otro relámpago iluminó el cobertizo. Norris contempló la caña Bazun, y emitió un gran grito de agonía e incredulidad. Dio un respingo y estuvo a punto de volcar el taburete y colgarse por accidente.

La Bazun de línea esbelta, tan flexible y resistente, había desaparecido, reemplazada por una pértiga de bambú sucia y astillada, apenas una vara con un carrete Zebco de niño sujeto a ella mediante una tuerca oxidada.

—¡Alguien me la ha robado! —exclamó Norris.

Todos sus amargos celos y su codicia paranoica volvieron a su cabeza en un abrir y cerrar de ojos, y el hombre solo pensó que tenía que salir a la calle y encontrar al ladrón. Los mataría a todos, hasta al último vecino del pueblo, si era necesario, con tal de atrapar la perversa mano responsable.

—¡Alguien me ha robado mi Bazun! —aulló de nuevo, meciéndose sobre el taburete.

No, replicó la voz irritada. *La caña siempre ha sido así. Lo único que te han robado son tus anteojoeras, las que tú mismo te pusiste por tu propia voluntad.*

—¡No! —Norris notó como si tuviera la cabeza aprisionada entre dos manos monstruosas; dos manos que ahora empezaban a presionar—. ¡No, no, no!

Pero el relámpago iluminó de nuevo la sucia caña de bambú donde momentos antes había estado la Bazun. La había colocado allí para que fuese la última cosa que viera cuando saltara del taburete. No había entrado nadie; nadie la había tocado. Por lo tanto, lo que decía la voz tenía que ser verdad.

Siempre ha sido así, insistió la voz colérica. *La única cuestión es esta: ¿vas a hacer algo al respecto, o piensas huir y perderte en la oscuridad?*

Norris empezó a llevar las manos hacia el nudo de la cuerda y, en ese preciso instante, intuyó que no estaba solo en el cobertizo. En aquel instante, le pareció percibir un olor a tabaco y a café y a alguna colonia suave... Southern Gentleman, quizá. Los olores del señor Gaunt.

No supo si perdía el equilibrio o unas manos irritables e invisibles lo empujaban. Su cuerpo se abalanzó hacia delante y uno de sus pies derribó el taburete.

El grito de Norris quedó sofocado cuando la cuerda se tensó en torno a su cuello. Una mano extendida hacia lo alto encontró la viga de la que colgaba y se agarró a ella. Consiguió encaramarse a medias, hasta que la cuerda se aflojó un poco, y llevó la otra mano al lazo. Notaba el cáñamo aprisionándole el cuello.

—*¡Exacto: No!* —oyó que gritaba el señor Gaunt enfurecido—. *¡Esa es la palabra exacta, maldito estafador: No!*

El señor Gaunt no estaba allí. No lo estaba realmente. Norris sabía que nadie lo había empujado. Sin embargo, tuvo la absoluta certeza de que una parte de aquel hombre estaba allí de todos modos... Y el señor Gaunt no estaba satisfecho, porque no era así como se suponía que debían ir las cosas. Se suponía que los incautos no debían ver nada. Al menos hasta que fuera demasiado tarde para que tuviese importancia.

Dio desesperados tirones del lazo, pero era como si el nudo corredizo estuviera bañado en cemento rápido. El brazo del cual se sostenía le temblaba descontroladamente. Sus pies se abrían y cerraban como tijeras a un metro del suelo. No podía mantener aquella postura mucho más tiempo. Ya era sorprendente que hubiera conseguido encaramarse con una mano hasta aflojar la tensión de la cuerda.

Por fin consiguió introducir dos dedos bajo el lazo. Lo abrió un poco y extrajo la cabeza en el preciso instante en que un calambre terrible, entumecedor, le recorría el brazo del que se sostenía. Cayó al suelo hecho un guiñapo sollozante, sujetándose el brazo acalambrado contra el pecho. Estalló un relámpago que convirtió la saliva de sus dientes desnudos en delicados arcos de luz púrpura. Entonces se le nubló la conciencia —no supo decir durante cuánto tiempo—, pero la lluvia seguía cayendo y los relámpagos aún cruzaban el cielo cuando su mente empezó a despertar de nuevo.

Se levantó tambaleándose y se acercó a la caña de pescar sin dejar de sostenerse el brazo. El calambre empezaba a remitir pero Norris aún jadeaba. Cogió la caña y la examinó con detenimiento y rabia.

Bambú. Bambú sucio y vulgar. Absolutamente del montón. No valía nada.

Norris hinchó su pecho poco voluminoso tomando aliento y soltó un grito de vergüenza y de rabia. Al mismo tiempo, levantó la rodilla y rompió la caña de pescar sobre ella. Juntó los dos pedazos y repitió la operación. Los fragmentos tenían un tacto desagradable, casi enfermizo. Un tacto fraudulento. Los arrojó a un lado y rebotaron en el suelo hasta detenerse junto al taburete caído como otros tantos palillos chinos de consulta mágica cuya lectura no tenía sentido.

—*¡Ya está!* —gritó—. *¡Ya está! ¡Ya está! ¡YA ESTÁ!*

Los pensamientos de Norris se concentraron en el señor Gaunt. El señor Leland Gaunt, con sus sienes plateadas y su tweed y su sonrisa hambrienta y forzada.

—Voy a cogerte —masculló Norris Ridgewick—. No sé qué va a suceder después, pero te juro que te pillaré.

Se encaminó a la puerta del cobertizo, la abrió de un empujón y salió bajo el diluvio. El coche patrulla, la unidad dos, estaba aparcado en el camino de la casa. Incluyó su cuerpo enjuto contra el viento y se dirigió hacia él.

—No sé qué eres —dijo en voz alta—, pero voy a por tu culo mentiroso y timador.

Montó en el coche y dio marcha atrás por el camino particular de la casa. En su rostro se mezclaban la humillación, el dolor y la rabia. Cuando salió a la calle, tomó a la izquierda y puso rumbo a Cosas Necesarias tan veloz como pudo.

3

Polly Chalmers estaba soñando.

En el sueño, entraba en Cosas Necesarias pero la figura de detrás del mostrador no era Leland Gaunt, sino la tía Evvie Chalmers. Tía Evvie llevaba su mejor vestido azul y su chal del mismo color, el del ribete rojo. Sujeto entre sus dientes postizos, grandes e improbablemente uniformes, tenía un Herbert Tareyton.

—¡Tía Evvie! —gritó Polly en su sueño. Un inmenso placer y un alivio aún más inmenso (ese alivio que solo conocemos en los sueños felices y en el momento de despertar de los más aterradores) la llenó como una luz—. ¡Tía Evvie, estás viva!

Pero tía Evvie no dio muestras de reconocerla.

—*Compre lo que quiera, señorita* —le dijo—. *Por cierto..., ¿cómo te llamabas, Polly o Patricia? A veces se me olvidan las cosas.*

—*Tía Evvie, claro que sabes cómo me llamo. Soy Trisha. Siempre he sido Trisha para ti.*

Tía Evvie no pareció oírla.

—*Como quiera que te llames, hoy tenemos una oferta especial: Liquidación total.*

—*Tía Evvie, ¿qué haces aquí?*

—*Pertenezco a este lugar* —respondió tía Evvie—. *Todo el pueblo pertenece a este lugar, señorita Dos Nombres. De hecho, toda la gente del mundo pertenece a este lugar, porque a todo el mundo le encanta una ganga. A todo el mundo le gusta tener algo a cambio de nada..., aunque le cueste todo.*

La sensación placentera desapareció de repente. La reemplazó el temor. Polly contempló las vitrinas y vio unas botellas de un líquido oscuro con el rótulo TÓNICO ELÉCTRICO DEL DOCTOR GAUNT. Había unos juguetes mecánicos toscamente elaborados que escupían los muelles y tosían las piezas la segunda vez que se les daba cuerda.

Había zafios artilugios sexuales y unos frasquitos de algo que parecía cocaína, y que llevaban escrito en la etiqueta POLVOS PARA LA POTENCIA VIRIL DEL DOCTOR GAUNT. Abundaban los artículos de broma baratos: cagadas de perro de plástico, polvos de picapica, petardos para cigarrillos, flores que lanzaban chorros de agua... Había un par de esos prismáticos de rayos X que, se suponía, permitían a uno ver a través de puertas cerradas y de las ropas femeninas pero que, en realidad, no hacían otra cosa que dejarle tizado todo el contorno de los ojos al acercárselos a ellos. Había ramos de flores de plástico, cartas de juego marcadas y frascos de perfume barato con la etiqueta POCIÓN AMOROSA NÚMERO 9 DEL DOCTOR GAUNT, CONVIERTE LA LASITUD EN LUJURIA. Las vitrinas eran un catálogo de inoportunidades, inconveniencias e inutilidades.

—*Lo que tú quieras, señorita Dos Nombres* —dijo tía Evvie.

—*¿Por qué me llamas así, tía Evvie? Por favor..., ¿no me reconoces?*

—*Todo tiene garantía de funcionamiento. Lo único que no tiene garantía de funcionamiento después de la venta eres tú. De modo que ánimo y compra, compra, compra.*

Tía Evvie la miraba ahora directamente, y Polly notó que el terror la atravesaba como una cuchilla.

En los ojos de tía Evvie veía compasión, pero era una compasión terrible, cruel.

—*¿Cómo has dicho que te llamas, hija? Me parece que antes lo sabía...*

En el sueño (y en su cama) Polly se echó a llorar.

—*¿Se ha olvidado de tu nombre alguien más?* —preguntó tía Evvie—. *Supongo que sí. Da la impresión de que sí.*

—*¡Tía Evvie, me estas asustando!*

—*Te estás asustando tú misma, hija* —respondió tía Evvie sin apartar sus ojos de Polly—. *Solo recuerda que cuando compras aquí, señorita Dos Nombres, también estás vendiendo.*

—*¡Pero lo necesito! ¡Mis manos...!* —exclamó Polly, y continuó llorando con más fuerza.

—*¡Sí, eso es lo que cuenta, señorita Polly San Francisco!* —replicó tía Evvie, y sacó de la vitrina una de las botellas con la etiqueta TÓNICO ELÉCTRICO DEL DOCTOR GAUNT. La colocó sobre el mostrador. Era una botellita no muy alta llena de algo que parecía fango claro—. *No puede hacer que se vaya el dolor, claro (no hay nada que pueda hacer eso), pero lleva a cabo una transferencia.*

—*¿A qué te refieres? ¿Por qué me asustas?*

—*Eso que llevas cambia la localización de tu artritis, señorita Dos Nombres; en lugar de las manos, la enfermedad ataca tu corazón.*

—*¡No!*

—*Sí.*

—¡No! ¡No! ¡No!

—Sí. Claro que sí. Y tu alma, también. Pero así conservarás tu orgullo. Por lo menos te quedará eso, ¿y no tiene una mujer derecho a su orgullo? Cuando haya desaparecido todo lo demás (corazón, alma, incluso el hombre al que amas) te quedará eso, señorita Polly San Francisco, ¿verdad que sí? Que ese sea tu alivio durante el resto de tu vida. Ojalá te sirva de algo. Es preciso que te sirva porque, si sigues por este camino, seguramente no habrá otro consuelo.

—¡Basta, por favor! ¿No puedes...?

4

—¡Basta! —murmuró en el sueño—. ¡Basta, por favor! Por favor.

Polly se revolvió en la cama hasta quedar de costado. El *azká* tintineó suavemente al rozar con la cadena. Un relámpago iluminó el cielo y derribó el olmo junto al río, haciéndolo caer sobre las aguas bravas de la corriente mientras Alan Pangborn permanecía sentado al volante de su coche, cegado por el resplandor.

El estampido del trueno que lo acompañó despertó a la mujer. Polly abrió los ojos. Su mano buscó al instante el *azká* y se cerró en torno a él con un gesto protector. La mano se movió con agilidad; las articulaciones se movían con la suavidad y facilidad de cojinetes de bolas bañados en un aceite denso y limpio.

«Señorita Dos Nombres..., señorita Polly San Francisco.»

—¿Qué...?

Tenía la voz espesa, pero ya notaba la mente clara y alerta. Como si no acabara de despertar de un sueño sino de un estado de reflexión tan profundo que casi podía confundirse con un trance. Notaba que algo pugnaba por asomar en su mente, algo del tamaño de una ballena. Fuera, los relámpagos centelleaban y parpadeaban en el cielo como brillantes cohetes púrpura de fuegos artificiales.

«¿Se ha olvidado de tu nombre alguien más...? Da la impresión de que sí.»

Alargó la mano hacia la mesilla de noche y encendió la lámpara. Junto al teléfono Princesa, el teléfono equipado con las teclas de tamaño especial que ya no necesitaba, estaba el sobre que había encontrado en el suelo del vestíbulo junto al resto del correo, al regresar a casa aquella tarde. Polly había vuelto a doblar la terrible misiva y la había guardado de nuevo en el sobre.

Entre el potente retumbar de los truenos le pareció captar voces de gente gritando, procedentes de algún rincón de la noche. Polly no les prestó atención. Estaba pensando en el cuco, ese pájaro que pone sus huevos en un nido ajeno cuando su propietario está ausente. Cuando la futura madre regresa, ¿se da cuenta de que hay un huevo de más? Claro que no; sencillamente, lo acepta como propio. De la misma

forma que ella había aceptado como auténtica aquella maldita carta solo porque la había encontrado en el suelo del vestíbulo junto a un par de catálogos y un anuncio de la cadena de televisión por cable de Maine Occidental.

Se había limitado a aceptarla, pero cualquiera podía echar una carta por la ranura del correo de su casa, ¿no?

—Señorita Dos Nombres —murmuró con voz desmayada—. Señorita Polly San Francisco.

Y de eso se trataba, ¿no era cierto? Era aquello lo que su subconsciente había recordado y le había transmitido mediante la elaboración de la figura de tía Evvie: ella había sido la señorita Polly San Francisco.

Hacía mucho tiempo ya, pero lo había sido.

Alargó la mano hacia el sobre.

¡No!, le dijo una voz. Y en esta ocasión era otra voz que Polly también conocía muy bien. *¡No toques eso, Polly...! ¡No lo hagas si sabes lo que te conviene!*

Una punzada de dolor tan fuerte y negro como el café del día anterior le recorrió las manos.

«No puede hacer que el dolor desaparezca..., pero puede efectuar una transferencia.»

Aquella cosa del tamaño de una ballena empezaba a asomar en la superficie. La voz del señor Gaunt no podía detenerla; nada podía hacerlo.

Tú puedes detenerla, Polly, dijo el señor Gaunt. *Créeme, debes hacerlo.*

La mano se retiró antes de tocar la carta. Volvió al *azká* y se convirtió en un puño protector en torno a él. Polly notó algo en su interior, algo que había sido calentado con el calor de su cuerpo y que se movía frenéticamente dentro del amuleto de plata hueco, y le embargó una profunda repulsión. Notó el estómago débil y suelto, y las tripas descompuestas.

Soltó el dije y, de nuevo, alargó la mano hacia el sobre.

Última advertencia, Polly, la previno la voz del señor Gaunt.

Sí, replicó la de tía Evvie. *Creo que lo dice en serio, Trisha. A ese hombre siempre le han gustado las mujeres que se enorgullecen de sí mismas, pero ¿sabes una cosa?, me parece que detesta a quienes deciden que no merece la pena mantener el tipo. Me parece que ha llegado el momento de que decidas, de una vez por todas, cuál es tu verdadero nombre.*

Polly cogió el sobre sin hacer caso de un nuevo hormigueo de advertencia en las manos, y observó la dirección, perfectamente mecanografiada. La carta —la «presunta» carta, la «presunta» fotocopia— había sido remitida a la «Sra. Patricia Chalmers».

—No —susurró—. Eso está mal. No es el nombre que debería constar. —Su mano se cerró lenta y firmemente sobre el papel, arrugándolo. Un dolor sordo le

invadió el puño, pero Polly hizo caso omiso. Tenía los ojos brillantes, febriles—. En San Francisco siempre fui Polly. Allí era Polly para todo el mundo, ¡incluso para el Servicio de Bienestar Infantil!

Usar aquel nombre había formado parte de su intento por romper con todos los aspectos de su vida anterior a los que achacaba la culpa de sus desgracias (nunca, ni en sus noches más oscuras, se había permitido en esa época soñar siquiera que la mayoría de las heridas se las había infligido ella misma). En San Francisco no había existido ninguna Trisha, ni Patricia; solo Polly. Ese era el nombre que había empleado en las tres solicitudes que había presentado en el Servicio de Bienestar Infantil, y el que había estampado en la firma: Polly Chalmers, sin ninguna inicial en medio.

La mujer supuso que, si Alan había escrito realmente a aquella oficina de San Francisco, habría pedido antecedentes acerca de Patricia Chalmers. En tal caso, ¿no daría resultado negativo la búsqueda en el fichero? Sí, por supuesto. Ni siquiera la dirección correspondería, porque, durante todos aquellos años, las señas que había indicado en la casilla reservada a DIRECCIÓN DE LA ÚLTIMA RESIDENCIA habían sido las de la casa de sus padres, que estaba en el otro extremo del pueblo.

¿Y si Alan les dio los dos nombres, el de Patricia y el de Polly?

Aunque así hubiera sido. Polly conocía suficientemente el funcionamiento de la burocracia gubernamental para creer que no importaba qué nombre o nombres le hubiera dado Alan; al enviarle a ella aquella carta, la gente de San Francisco lo habría hecho al nombre y la dirección que constaba en sus archivos. Polly tenía una amiga en Oxford que aún recibía la correspondencia de la Universidad de Maine remitida a su nombre de soltera, aunque ya llevaba más de veinte años casada.

En cambio, el sobre había llegado remitido a Patricia Chalmers, no a Polly Chalmers. ¿Y quién en el pueblo la había llamado Patricia hacía apenas unas horas, aquel mismo día?

La misma persona que había sabido que Nettie Cobb se llamaba en realidad Netitia. Su buen amigo Leland Gaunt.

Todo esto de los nombres es interesante, intervino de pronto la tía Evvie, pero no es lo principal. Lo importante es el hombre, tu hombre. Porque es tu hombre, ¿verdad? Incluso ahora. Sabes muy bien que él nunca actuaría a tus espaldas como esta carta dice que ha hecho, no importa qué nombre aparezca en ella o lo convincente que pueda resultar... Lo sabes muy bien, verdad.

—Sí —susurró ella—. Conozco a Alan.

¿Realmente había llegado a creer todo aquello? ¿O solo había dejado a un lado sus dudas sobre aquella carta absurda e increíble porque tenía miedo (terror, en realidad) de que Alan descubriera la desagradable verdad sobre el *azká* y la obligara a escoger entre el amuleto y él?

—No, no. Eso sería demasiado sencillo —se susurró a sí misma—. Lo has creído de verdad. Solo durante medio día, pero te lo has creído. ¡Oh, Jesús, Señor! ¿Qué he hecho, Dios mío?

Arrojó al suelo la carta arrugada con la expresión asqueada de una mujer que acaba de darse cuenta de que tiene en las manos una rata muerta.

No le he contado la causa de mi enfado, pensó. No le he dado la menor oportunidad de explicarse. Simplemente me... me he limitado a dar por sentado lo de la carta, sin más. ¿Por qué? ¿Por qué, Dios santo?

Lo sabía muy bien. La culpa había sido de aquel temor, súbito y avergonzado, a ver descubiertas sus mentiras sobre la causa de la muerte de Kelton, intuitas las penalidades de su vida en San Francisco, evaluada su culpabilidad en la muerte de su hijo..., y todo ello por parte del único hombre del mundo cuya aprobación ella quería y necesitaba.

Pero aquello no era todo. Ni siquiera la parte más importante. Sobre todo había sido una cuestión de orgullo. De orgullo herido, ultrajado, palpitante, engreído y malévolo. De orgullo, esa moneda sin la cual su bolso estaría completamente vacío. Había creído lo que decía la carta porque la había asaltado un acceso de pánico a la vergüenza. A una vergüenza nacida del orgullo.

«Siempre me han gustado las mujeres que se enorgullecen de sí mismas.»

Una terrible oleada de dolor inundó sus manos. Con un gemido, las recogió contra sus pechos.

Aún no es demasiado tarde, Polly, dijo en tono meloso la voz del señor Gaunt. *Incluso ahora, aún no es demasiado tarde.*

—¡Oh, a la mierda el orgullo! —chilló Polly de pronto en la penumbra sofocante de su habitación cerrada, y se arrancó el *azká* del cuello.

La sostuvo en alto sobre su cabeza, con el puño cerrado en torno a él y la cadenita de plata meciéndose agitadamente a un lado y a otro, y notó que la esfera de plata del amuleto se rompía dentro de su mano como la cáscara de un huevo.

—¡A la mierda el orgullo!

Al instante, el dolor se abrió camino en sus manos como un animalillo hambriento, pero Polly supo en aquel preciso momento que el dolor no era tan terrible como había pensado. No era en absoluto tan insoportable como había temido. Lo supo con la misma certeza que sabía que Alan no había escrito nunca al Departamento de Bienestar Infantil de San Francisco pidiendo datos acerca de ella.

—¡A LA MIERDA EL ORGULLO! ¡A LA MIERDA! ¡A LA MIERDA! —gritó, y arrojó el *azká* al otro extremo de la alcoba.

El dije se estrelló contra la pared, rebotó en el suelo y se abrió. A la luz de un relámpago, Polly vio asomar por la hendidura dos patas peludas. La grieta se amplió y del interior salió una pequeña araña que se escabulló hacia el cuarto de baño. El

resplandor de un nuevo relámpago dejó impresa en el suelo su sombra, un óvalo alargado, como un tatuaje eléctrico.

Polly saltó de la cama y la persiguió. Tenía que matarla... y deprisa. Porque, ante su horrorizada mirada, la araña estaba creciendo. El bicho se había estado alimentando del veneno que absorbía de su cuerpo, y una vez libre del recipiente que lo había contenido, no había modo de saber cuánto podía crecer.

Descargó la mano sobre el interruptor de la luz del baño y el fluorescente del espejo del lavamanos se encendió con un parpadeo. Polly localizó la araña escabullándose hacia la bañera. Al cruzar la puerta del baño no era mayor que un escarabajo; ahora, ya tenía el tamaño de un ratón.

Cuando Polly entró, la alimaña dio media vuelta y avanzó hacia la mujer. Sus patas producían un espantoso sonido chirriante al golpear las baldosas. Estaba entre mis pechos, estaba apoyada contra mí, estaba en contacto conmigo... todo el rato, tuvo tiempo de pensar Polly.

La araña tenía un cuerpo marrón negruzco erizado de pequeñas cerdas. De las patas también sobresalían unos finos pelos. Sus ojos, faltos de brillo como dos rubíes falsos, la miraron, y Polly observó que de su boca sobresalían dos colmillos como los dientes curvos de un vampiro. Y de ellos rezumaba un líquido de color claro cuyas gotas, al tocar las baldosas, abrían en ellas pequeños cráteres humeantes.

Soltando un grito, Polly agarró el desatascador que guardaba junto al inodoro. Sus manos volvieron a lanzarle un grito de dolor, pero las cerró en torno al mango de madera del utensilio y golpeó con él a la araña. Esta retrocedió, con una de sus patas rota y colgándole a un lado, inutilizada. Polly la persiguió mientras el bicho corría hacia la bañera.

Herida o no, continuaba creciendo. Ahora, tenía ya el tamaño de una rata. Su abdomen abultado se había arrastrado por las baldosas, pero al llegar a la cortina de la ducha, empezó a subir por ella con extraña agilidad. Las patas rascaban el plástico con un sonido como el de un pequeño chapoteo. Las anillas de la cortina tintineaban al bailar en la barra de acero de la que pendían.

Polly descargó el desatascador como si fuera un bate de béisbol, con la recia ventosa de caucho surcando el aire y lanzando un sonoro zumbido, y golpeó de nuevo aquel ser espantoso. La ventosa de caucho alcanzó una gran zona de la araña, pero, por desgracia, no fue muy efectiva una vez dio en el blanco. La cortina de la ducha se hinchó hacia dentro y el bicho cayó en el interior de la bañera emitiendo un chasquido carnoso.

Y en aquel instante se fue la luz.

Polly se quedó inmóvil en la oscuridad, con el desatascador en la mano, y escuchó el movimiento de la araña. Entonces descargó un nuevo relámpago y alcanzó a ver el lomo giboso y peludo sobresaliendo del borde de la bañera. La cosa que había

salido de aquel *azká* del tamaño de un dedal, el ser que se había estado nutriendo de la sangre de su corazón al tiempo que eliminaba el dolor de sus manos, era ya grande como un gato.

Ese sobre que dejé en la vieja casa Camber... ¿qué debía de contener?, se dijo Polly.

Con el *azká* lejos ya de su cuello y el dolor despierto y aullante en sus manos, ya no podía decirse a sí misma que no tenía nada que ver con Alan.

Los colmillos de la araña chasquearon contra la superficie de porcelana. Sonó como si alguien golpeará deliberadamente una superficie dura con el canto de una moneda para llamar la atención. Sus ojillos sin vida miraban ahora a la mujer por encima del borde de la bañera.

Es demasiado tarde, parecían decir aquellos ojos. Demasiado tarde para Alan, demasiado tarde para ti. Demasiado tarde para todo el mundo.

Polly se lanzó contra el bicho.

—¿Qué me has obligado a hacer? —gritó—. ¿Qué me has obligado a hacer, monstruo? ¿Qué me has obligado a hacer?

La araña se levantó sobre las patas traseras, dando obscenos zarpazos con las delanteras hacia la cortina de la ducha para mantener el equilibrio, dispuesta a responder a su ataque.

5

Ace Merrill empezó a sentir un poco de respeto por el tipo cuando Keeton sacó una llave que abría el cobertizo con los carteles rojos en forma de rombo que decían EXPLOSIVOS en la puerta. Empezó a respetarlo un poco más cuando notó el aire helado, oyó el ronroneo grave y constante del aparato de aire acondicionado y vio las cajas apiladas. Dinamita comercial. Un montón de dinamita comercial. No era exactamente lo mismo que tener un arsenal lleno de misiles Stinger, pero se parecía lo suficiente para organizar un buen rock and roll. ¡Vaya que sí!

En la bandeja entre los dos asientos frontales de la furgoneta había, además de una serie de otras herramientas y útiles, una potente linterna de ocho pilas, y en aquel momento —mientras Alan se acercaba a Castle Rock en su viejo coche privado, mientras Norris Ridgewick estaba sentado en la cocina de su casa preparando un nudo de ahorcar con una recia sogá de cáñamo, mientras el sueño de Polly Chalmers con su tía Evvie llegaba a su conclusión— Ace pasó el foco brillante de la linterna de una caja a la siguiente. Encima de ellos, la lluvia tamborileaba sobre el techo del cobertizo. Caía con tal fuerza que Ace casi pensó que volvía a estar en las duchas de la cárcel.

—¡Vamos allá! —dijo Buster con voz ronca y áspera.

—Un momento más, Papi —respondió Ace—. Es hora de un descanso.

Pasó la linterna a Buster y sacó la bolsa de plástico que le había dado el señor Gaunt. Volcó un montoncito de coca en el revés de la mano, en el hueco de la base del pulgar, y aspiró rápidamente.

—¿Qué es eso? —preguntó Buster en tono suspicaz.

—Polvo sudamericano de primera. De lo mejorcito.

—¡Oh! —Keeton soltó un bufido—. Cocaína. Ellos venden cocaína.

Ace no tuvo que preguntar quiénes eran Ellos. El tipo no había hablado de otra cosa durante el trayecto hasta allí y Ace sospechaba que no cambiaría de tema en toda la noche.

—No es cierto, Papi —replicó—. Ellos no la venden; la quieren acaparar toda. —Colocó otro montoncito de polvo en la petaca del pulgar y extendió la mano—. Pruébala y dime si me equivoco.

Keeton le miró con una mezcla de duda, curiosidad y sospecha.

—¿Por qué me llamas «Papi»? No tengo edad suficiente para ser tu padre.

—Bueno, dudo que hayas leído nunca un cómic *underground*, pero hay un dibujante que se llama R. Crumb —explicó Ace. La coca producía ya su efecto, encendiendo todas sus terminaciones nerviosas—. Inventa unas historietas sobre un tipo llamado Zippy, y tú eres igualito al Papi de Zippy.

—¿Y qué tal es ese personaje? —dijo Buster receloso.

—Fabuloso —le aseguró Ace—. Pero, si quiere, le llamaré señor Keeton. —Hizo una pausa y añadió con toda premeditación—: Igual que le llaman Ellos.

—No —replicó Buster al instante—. Papi me parece bien. Mientras no sea un insulto.

—Desde luego que no —dijo Ace—. Vamos, pruébela. Un poco de este material y estará entonando «Aibó, aibó, cantando al trabajar» hasta el amanecer.

Buster le lanzó otra mirada de torva suspicacia y esnifó la coca que Ace le había ofrecido. Tosió, estornudó y se tapó la nariz con los dedos. Sus ojos lagrimeantes miraron amenazadoramente a Ace.

—¡Escuece!

—Solo la primera vez —le aseguró Ace con regocijo.

—De todos modos, no siento nada. Dejémonos de tonterías y llevemos la dinamita a la furgoneta.

—Desde luego, Papi.

Tardaron menos de diez minutos en cargar las cajas. Cuando hubieron terminado con la última, Buster dijo:

—Quizá esos polvos hagan algo, después de todo. ¿Tienes un poco más?

—Claro, Papi —asintió Ace con una sonrisa—. Y yo te acompañaré.

Montaron en la furgoneta y se encaminaron de nuevo al pueblo. Conducía Buster y a Ace le empezó a recordar, no ya al padre de Zippy, sino a Señor Sapo de *El viento en los sauces*, de Walt Disney. En los ojos del presidente del Consejo Municipal había aparecido una luz nueva y frenética. Era asombrosa la rapidez con que la confusión había desaparecido de su mente; ahora se sentía capaz de entender todo lo que Ellos habían estado urdiendo: cada plan, cada trama, cada maquinación. Se lo explicó todo a Ace mientras este permanecía sentado con las piernas cruzadas en la parte posterior de la furgoneta, acoplando temporizadores Hotpoint a los fulminantes. Al menos de momento, Buster se había olvidado de Alan Pangborn, que era el caudillo de todos Ellos. Estaba extasiado con la idea de volar Castle Rock, o cuanto de él fuera posible, y reducirlo a pedazos.

El respeto de Ace por Keeton se convirtió en rotunda admiración. El tipejo estaba chiflado y a Ace le caían bien los chiflados. Siempre le habían gustado. Se sentía a gusto con ellos. Y como mucha gente en su primer contacto con la cocaína, la mente de Papi andaba de ronda por los planetas exteriores. Era incapaz de callar. Lo único que tenía que hacer Ace era seguir diciendo «Ajá» y «Exacto, Papi» y «Tienes toda la razón, Papi».

Varias veces estuvo a punto de llamar a Keeton Señor Sapo, en lugar de Papi, pero se contuvo a tiempo. Llamar Señor Sapo a aquel tipo podía ser muy mala idea.

Cruzaron el puente cuando Alan estaba aún a más de cinco kilómetros de él y bajaron de la furgoneta bajo la lluvia torrencial. Ace encontró una manta en uno de los compartimientos de atrás de la furgoneta y cubrió con ella un paquete de cartuchos de dinamita y uno de los temporizadores con fulminante incorporado.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Buster nervioso.

—Será mejor que dejes el asunto en mis manos, Papi. Lo más probable es que te cayeras a ese maldito río, y tendría que perder tiempo pescándote. Límitate a tener los ojos bien abiertos, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas. Ace... ¿Por qué no esnifamos un poco más de esa coca, antes de empezar?

—Ahora mismo no —respondió Ace en tono condescendiente, al tiempo que daba unas palmaditas a Buster en uno de sus brazos carnosos—. Ese material es casi puro. ¿Quieres estallar?

—Yo no —replicó Buster—. Todo lo demás sí, pero yo no —añadió con una risotada desquiciada, a la que Ace se sumó.

—Nos lo estamos pasando bien esta noche, ¿verdad, Papi?

Buster descubrió, para su sorpresa, que era cierto. La depresión que lo había dominado después del... del accidente de Myrtle parecía entonces a años luz. Le daba la impresión de que él y su excelente amigo, Ace Merrill, tenían por fin a todos Ellos donde querían: en la palma de su mano colectiva.

—Desde luego —asintió, y contempló cómo Ace se deslizaba por la orilla mojada y cubierta de hierba al lado del puente, con el paquete de dinamita envuelto en la manta y sujeto contra el vientre.

Debajo del puente, el terreno estaba relativamente seco, aunque eso poco importaba, ya que tanto la dinamita como los fulminantes estaban impermeabilizados. Ace colocó el paquete en el codo formado por dos de los puntales y conectó el fulminante a la dinamita introduciendo los cables, que ya había pelado convenientemente, en uno de los cartuchos. Movi6 el gran disco blanco del temporizador hasta el 40 y oyó cómo empezaba a sonar el tictac.

Salió de debajo del puente y ascendió la resbaladiza pendiente casi a gatas.

—¿Y bien? —preguntó Buster con impaciencia—. ¿Qué opinas, estallará?

—Estallará —asintió Ace tranquilizándolo, y montó de nuevo en la furgoneta. Estaba calado hasta los huesos, pero no le importaba.

—¿Y si Ellos lo descubren? ¿Y si Ellos lo desconectan antes de que...?

—Papi... —respondió Ace—. Escucha un momento, Papi. Saca la cabeza por esa puerta y escucha.

Buster lo hizo y le pareció oír débilmente, entre el retumbar de los truenos, unos gritos y alaridos. Luego, mucho más nítido, escuchó el estampido seco y breve de un disparo de pistola.

—El señor Gaunt los mantiene ocupados. —Ace rió—. Es un hijo de puta muy listo. —Volcó un montoncito de cocaína en el hueco del pulgar, aspiró, llenó otra vez el hueco y colocó la mano bajo la nariz de Buster—. Aquí tienes, Papi. Que te aproveche.

Buster bajó la cara y aspiró.

Dejaron atrás el puente unos siete minutos antes de que Alan Pangborn lo cruzara. Debajo, la aguja negra del reloj marcaba 30.

6

Ace Merrill y Danforth Keeton (alias Buster, alias Papi de Zippy, alias Señor Sapo de la Mansión Sapo) avanzaron lentamente por Main Street en la furgoneta bajo la lluvia torrencial, como Santa Claus y su ayudante, dejando pequeños paquetes aquí y allá. En dos ocasiones, coches de la policía del estado pasaron rugiendo a su lado, pero ninguno de ellos mostró interés por lo que parecía uno más de los vehículos de las emisoras de televisión. Como había dicho Ace, el señor Gaunt los tenía muy ocupados.

Dejaron un temporizador y cinco cartuchos de dinamita en el umbral de la funeraria Samuels. Al lado de esta quedaba la barbería. Ace se envolvió el brazo con

la manta de la furgoneta y rompió el cristal de la puerta con el codo. Dudaba mucho que la barbería estuviera equipada con alarma... o que la policía se molestara en acudir, si sonaba. Buster le entregó otra bomba recién preparada —usaban un cable, que habían encontrado entre los útiles y herramientas de la furgoneta, para sujetar los relojes y los fulminantes a la dinamita— y Ace la arrojó por el hueco del cristal. Los dos contemplaron cómo rodaba hasta detenerse al pie de la silla más próxima a la puerta, con el reloj en marcha en la marca 25.

—Nadie vendrá por aquí a afeitarse en un buen rato, Papi —murmuró Ace casi sin aliento, y Buster lanzó una risilla jadeante.

Después se separaron. Ace arrojó un paquete al interior de Galaxia mientras Buster introducía otro en el buzón de depósitos nocturnos del banco. Cuando volvían a la furgoneta bajo el azote de la lluvia, un relámpago hendió el cielo. El olmo cayó sobre el río con un crujido desgarrador. Los dos se detuvieron en la acera un instante, vueltos hacia el río y convencidos de que la dinamita colocada bajo el puente había estallado veinte minutos antes de tiempo, pero no observaron rastro de fuego.

—Creo que ha sido un rayo —comentó Ace—. Habrá derribado un árbol. Vamos.

Cuando arrancaban, esta vez con Ace al volante, el coche familiar de Alan pasó junto a ellos. Bajo el diluvio, no se reconocieron.

Continuaron hasta la cafetería de Nan. Ace rompió el cristal con el codo y dejaron la dinamita y un temporizador en marcha, este marcando 20, justo a la entrada, cerca del mostrador de la caja registradora. Cuando ya se marchaban, un relámpago increíblemente brillante descargó de las nubes y todas las luces de la calle se apagaron.

—¡Es la electricidad! —exclamó Buster con regocijo—. ¡Se ha ido la luz! ¡Fantástico! ¡Vamos al edificio municipal! ¡Hagamos que salte en pedazos!

—Papi, ese sitio está abarrotado de policías, ¿no lo has visto?

—Están persiguiendo sus propios rabos —le replicó Buster con impaciencia—. Y cuando estos regalos empiecen a estallar, van a perseguírseles todavía más deprisa. Además, ya es de noche y podemos ir por el edificio del juzgado, por el otro lado. La llave maestra también abre esa puerta.

—¡Tienes más huevos que un toro, Papi! ¿Lo sabías?

Buster le dedicó una breve sonrisa.

—Tú también, Ace. Tú también.

Alan se detuvo en una de las plazas de aparcamiento en semibatería frente a Cosas Necesarias, paró el motor del coche y se quedó allí sentado un momento, observando

la tienda del señor Gaunt. En el rótulo de la puerta se leía un fragmento de una canción de los Beatles:

TÚ DICES HOLA YO DIGO ADIÓS
ADIÓS ADIÓS
NO SÉ POR QUÉ TU DICES HOLA YO DIGO ADIÓS.

Los relámpagos se encendían y apagaban como gigantescos neones, dando al escaparate el aspecto de un ojo inexpresivo, muerto. Sin embargo, un profundo instinto le sugería que Cosas Necesarias, aunque cerrada y sin actividad, tal vez no estaba vacía. El señor Gaunt podía haber abandonado el pueblo aprovechando la confusión, desde luego: con la tormenta en su punto álgido y los policías yendo de un lado a otro como gallinas decapitadas, nadie se lo habría impedido. Sin embargo, la imagen del señor Gaunt que se había formado en su mente durante el largo y agitado trayecto desde el hospital de Bridgton era la de un Joker, esa némesis de Batman. Alan tenía la intuición de que estaba tratando con la clase de individuo que consideraría la máxima muestra de humor instalar una válvula de retroceso con propulsión a chorro en la taza del retrete de un amigo. ¿Se marcharía un individuo así, la clase de tipo que le pondría a uno una chincheta en la silla o le acercaría una cerilla encendida a la planta del pie solo por divertirse un rato, antes de ver cómo uno se sentaba o cómo se daba cuenta de que tenía el calcetín ardiendo y el fuego empezaba a prender en la pernera del pantalón? ¡Por supuesto que no! ¿Cómo iba a perderse ese placer?

Creo que todavía estás por aquí, pensó Alan. Creo que quieres presenciar toda la juerga. ¿Verdad, hijo de puta?

Permaneció sentado, muy quieto, contemplando la tienda del toldo verde y tratando de sondear la mente de un hombre capaz de desencadenar una serie de sucesos tan compleja y malintencionada. Estaba demasiado concentrado para advertir que el coche aparcado a su izquierda era muy antiguo, aunque de diseño muy fluido, casi aerodinámico. Se trataba, concretamente, del Tucker Talisman del señor Gaunt.

¿Cómo lo has hecho?, pensó Alan. Hay muchas cosas que quiero saber, pero una sola bastará por esta noche. ¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido saber tanto de nosotros tan deprisa?

«Brian dijo que el señor Gaunt no era humano, en realidad.»

A la luz del día, Alan se habría mofado de semejante idea, como se había burlado de la posibilidad de que el amuleto de Polly tuviera poderes curativos sobrenaturales. Pero en aquel momento, en plena noche y estrujado en el puño desquiciado de la tormenta, mientras contemplaba el escaparate convertido en un ojo inexpresivo y muerto, la idea cobró una fuerza innegable y siniestra. Recordó el día en que se había acercado a Cosas Necesarias con la concreta intención de conocer y charlar con el señor Gaunt, y evocó la extraña sensación que lo había invadido al atisbar a través del

cristal con las manos en los costados de la cara para reducir los reflejos. Se había sentido observado, aunque la tienda estaba claramente vacía. Y no solo eso; había percibido que su observador era maligno, aborrecible. La sensación había sido tan intensa que por un momento había tomado su propio reflejo por el rostro desagradable (y semitransparente) de otra persona.

¡Qué poderosa había sido la sensación..., qué intensa!

Alan se descubrió recordando otra cosa, algo que le decía su abuela cuando era pequeño: «La voz del diablo es muy dulce de escuchar».

«Brian dijo...»

¿Cómo había averiguado tantas cosas el señor Gaunt? ¿Y por qué, en nombre de Dios, se había fijado en un lugar como Castle Rock?

«Brian dijo que el señor Gaunt no era humano, en realidad.»

De pronto, Alan se inclinó hacia delante y palpó con la mano el suelo del coche, en el lado del acompañante. Por un instante pensó que lo que andaba buscando ya no estaba, que se había caído del coche en algún momento del día mientras la puerta estaba abierta, pero al fin sus dedos tropezaron con la curva de metal. Se había deslizado rodando bajo el asiento, sencillamente. Lo sacó con dedos torpes, lo levantó... y la voz de la depresión, ausente desde que dejara la habitación de Sean Rusk en el hospital (o tal vez era solo que había estado demasiado ocupado para oírla) habló con su voz sonora y llena de un inquietante regocijo.

¡Hola, Alan! ¡Hola! He estado ausente, lo lamento, pero ahora ya he vuelto, ¿vale? ¿Qué tienes ahí? ¿Una lata de frutos secos? ¡No! Es lo que parece, pero no es eso, ¿verdad? Es la última compra que hizo Todd en la tienda de artículos de broma de Auburn, ¿verdad? Una falsa lata de surtido de frutos secos con una serpiente verde dentro. Una serpiente de papel rizado con un muelle en el interior. Y cuando te la trajo con los ojillos brillantes y una sonrisa ancha y embobada en la cara, tú le dijiste que devolviera aquella tontería, ¿no fue eso lo que le dijiste? Y cuando bajó la cara, fingiste que no te dabas cuenta. Le dijiste..., déjame recordar... ¿Qué le dijiste?

—Que los estúpidos y el dinero no duran juntos —murmuró Alan con voz embotada. Dio vueltas y más vueltas a la lata entre sus manos, mirándola y recordando la cara de Todd—. Eso fue lo que le dije.

¡Exaaacto!, asintió la voz. ¿Cómo he podido olvidar una cosa así? ¿Quieres hablar de malas intenciones? ¡Menos mal que me lo has recordado! Que nos lo has recordado a los dos, ¿verdad? Pero Annie arregló la situación. Te pidió que le dejaras quedárselo. Dijo..., déjame recordar, ¿qué fue lo que dijo?

—Dijo que era curioso, que Todd era idéntico a mí y que solo sería niño una vez.

La voz de Alan sonaba ronca y temblorosa. Se había echado a llorar otra vez, ¿y por qué no? ¿Por qué coño no iba a hacerlo? El viejo dolor había vuelto y se retorció

en torno a su apenado corazón como un trapo sucio.

¿Duele, verdad?, preguntó la voz de la depresión —aquella voz culpable, que se odiaba a sí misma— con una comprensiva simpatía que Alan, el resto de Alan, sospechaba que era completamente fingida. *Duele demasiado, como tener que vivir dentro de una canción country sobre buenos amores malogrados o buenos chicos muertos. Nada que duela así puede hacerte ningún bien. Vuelve a dejarlo en la guantera y olvídale. La semana que viene, cuando esta locura haya concluido, puedes vender el coche con la falsa lata de frutos secos aún ahí. ¿Por qué no? Es el tipo de broma barata y práctica que solo atraería a un niño, o a un hombre como Gaunt. Olvídale, olvídale...*

Alan cortó la voz a media charla. Hasta aquel momento no había sabido que podía hacerlo, y era reconfortante haberlo descubierto. Podía resultar útil en el futuro..., si existía un futuro para él. Observó con más detenimiento la lata, volviéndola a un lado y a otro, fijándose realmente en ella por primera vez, viéndola no como un penoso recuerdo de su hijo perdido sino como un objeto que era tan instrumento de distracción como su varita mágica hueca, su sombrero de copa con el falso fondo o el truco de la flor plegable que aún llevaba guardado bajo la correa del reloj.

Magia... ¿No era eso todo lo que estaba sucediendo? Magia malévola, desde luego; una magia calculada no para provocar risas y exclamaciones de admiración entre el público sino para convertirlos en toros furiosos dispuestos a embestir, pero no dejaba de ser magia. ¿Y cuál era la base de la magia? La distracción. Era la serpiente de metro y medio oculta en la lata de frutos secos... o, añadió para sí pensando en Polly, es una enfermedad que parece un remedio.

Abrió la puerta del coche y, cuando salió bajo la lluvia, llevaba todavía la falsa lata de frutos secos en la mano izquierda. Ahora que había logrado poner una pequeña distancia entre él y su peligroso señuelo sentimental, recordó su oposición a la compra de aquel objeto con una especie de desconcierto. Toda la vida le había fascinado la magia y, por supuesto, de niño se habría sentido extasiado con un viejo truco como el de la serpiente en la lata de frutos secos. Entonces ¿por qué había hablado a Todd de manera tan desabrida cuando el pequeño había querido comprarla? ¿Y por qué luego había fingido no ver lo dolido que se sentía el chiquillo? ¿Había sido por celos de la juventud y el entusiasmo de Todd? ¿Por incapacidad de recordar lo maravilloso de las cosas sencillas? ¿Por qué?

Lo ignoraba. Solo tenía la certeza de que aquel era exactamente el tipo de truco que alguien como el señor Gaunt entendería, y quiso llevarlo consigo en aquel momento. Introdujo de nuevo el cuerpo en el coche, cogió una linterna de la pequeña caja de utensilios diversos que llevaba en el asiento y pasó por delante del Tucker Talisman del señor Gaunt (sin fijarse en él todavía) hasta llegar bajo el toldo verde oscuro de Cosas Necesarias.

Bueno, aquí estoy. Aquí me encuentro por fin, se dijo.

Alan notó que el corazón le latía con fuerza, pero sin acelerarse.

Los rostros de su hijo, de su esposa y de Sean Rusk parecían haberse confundido en su mente. Echó un nuevo vistazo al rótulo de la puerta y probó el tirador. Estaba cerrada. Encima de él, la lona se agitó y se desgarró bajo el viento ululante. Se había guardado la lata dentro de la camisa. Introdujo la mano derecha para tocarla y pareció encontrar en el contacto un consuelo indescriptible pero perfectamente real.

—Muy bien —murmuró—. Preparado o no, allá voy.

Volvió la linterna del revés y utilizó la empuñadura para abrir un agujero en el cristal. Se preparó para el alarido de la alarma antirrobo, pero no sonó. O bien Gaunt la había desconectado, o no había ninguna. Introdujo la mano en el hueco del cristal astillado y probó la cerradura por dentro. Liberó el cerrojo y... Alan Pangborn puso el pie por primera vez en Cosas Necesarias.

Lo primero que lo asaltó fue el olor; era intenso, rancio y polvoriento. No era el olor de una tienda nueva, sino el de un lugar que había permanecido desocupado durante meses o incluso años. Empuñando la pistola en la mano diestra, encendió la linterna con la zurda y la movió a su alrededor. Bajo el haz observó un suelo desnudo, unas paredes desnudas y diversas vitrinas vacías, sin rastro de mercancías. Todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo que no mostraba ninguna huella reciente.

Hace mucho tiempo que nadie ha estado aquí, pensó.

Pero ¿cómo podía ser eso, si él mismo había visto entrar y salir de la tienda a tanta gente durante toda la semana?

Porque ese tipo no es humano, en realidad, se dijo. Porque la voz del diablo es dulce de escuchar.

Avanzó dos pasos más, moviendo la linterna para iluminar por zonas el local vacío y aspirando el polvo seco, como de museo, que flotaba en el aire. Volvió a dirigir la linterna hacia la entrada de la tienda; el haz de luz barrió de derecha a izquierda la gran vitrina que había servido de mostrador al señor Gaunt... y se detuvo.

Allí encima había un aparato de vídeo, junto a un televisor Sony portátil, uno de los modelos «deportivos», redondo en lugar de cuadrado y con una carcasa más roja que un coche de bomberos.

En torno al televisor había un cable. Y encima del vídeo había otro objeto. Bajo aquella luz, el objeto parecía un libro, pero Alan no creyó que lo fuese.

Se acercó y enfocó la linterna en el televisor. Estaba cubierto por la misma gruesa

capa de polvo que el suelo y las vitrinas. El hilo enrollado en torno a él era un pequeño alargado de cable coaxial con un conector en cada extremo. Alan llevó el haz de luz al aparato de vídeo y comprobó que el objeto que tenía encima no era un libro, sino una cinta de vídeo en una caja de plástico negro sin marcas.

Junto a la cinta había un sobre comercial blanco, también cubierto de polvo. Escrito en el sobre había un mensaje:

A LA ATENCIÓN DEL COMISARIO PANGBORN.

Dejó el arma y la linterna en el mostrador de cristal, cogió el sobre, lo abrió y sacó la única hoja de papel que contenía. Después cogió de nuevo la linterna y enfocó su potente círculo de luz sobre el breve mensaje mecanografiado.

Querido comisario Pangborn:

A estas alturas ya habrá descubierto que soy un comerciante bastante especial, uno de los escasos miembros de mi gremio que realmente pone todo su empeño en ofrecer siempre «algo para todo el mundo». Lamento que no hayamos tenido ocasión de conocernos en persona, pero espero que comprenderá que tal encuentro habría sido muy imprudente... al menos desde mi punto de vista, ¡ja, ja! En cualquier caso, aquí le he dejado algo que sin duda le interesará muchísimo. No se trata de un regalo —no soy nada parecido a Santa Claus, supongo que estará usted de acuerdo en eso—, pero todos en el pueblo me han asegurado que es usted un hombre honrado y creo que pagará el precio que le ponga. Ese precio incluye un pequeño servicio..., un servicio que, en su caso, es más una buena obra que una broma. Estoy seguro de que también estará de acuerdo conmigo en eso.

Sé que se ha preguntado largo y tendido qué sucedió durante los últimos momentos de la vida de su esposa y de su hijo menor. Creo que todos estos interrogantes quedarán contestados en breve.

Por favor, créame que solamente le deseo lo mejor, y que quedo

Su leal y obediente servidor
LELAND GAUNT

Lentamente, Alan dejó el papel sobre el mostrador.

—¡Cabrón! —masculó.

Enfocó la linterna de nuevo y siguió el cable del aparato de vídeo que descendía por el otro lado del mostrador y terminaba en una clavija caída en el suelo a más de un metro del enchufe más próximo.

Pero eso no importaba ya que, de todos modos, no había corriente eléctrica.

Pero ¿sabes una cosa?, se dijo Alan a sí mismo. Me parece que eso no importa. Me parece que no importa en absoluto. Me parece que una vez tenga conectados los aparatos y los ponga en funcionamiento e introduzca la cinta en el vídeo, todo va a funcionar como la seda. Porque no hay modo de que Gaunt haya podido provocar las cosas que ha provocado, ni conocer las cosas que sabe... Imposible, si es humano. La voz del diablo es dulce de escuchar, Alan, y hagas lo que hagas, no debes mirar lo que te ha dejado.

Pese a ello, volvió a dejar la linterna sobre el mostrador y cogió el cable coaxial. Lo examinó un momento y luego se inclinó hacia delante para enchufarlo en la toma

correspondiente de la parte posterior del receptor. Al hacerlo, la falsa lata de frutos secos estuvo a punto de escurrírsele de la camisa. La atrapó en el aire con una de sus manos rápidas y ágiles antes de que cayera al suelo y la depositó sobre el mostrador de cristal, junto al aparato de vídeo.

9

Norris Ridgewick estaba a medio camino de Cosas Necesarias cuando, de pronto, decidió que sería una estupidez por su parte —una estupidez mucho mayor que las que ya había cometido, y las había hecho muy gordas— ir a por Gaunt en solitario.

Levantó el micrófono de la horquilla y habló:

—Unidad dos a base. Aquí Norris, ¿me reciben?

Soltó el botón de emitir, pero solo recibió un espantoso chirrido de electricidad estática. El corazón de la tormenta se hallaba sobre Castle Rock en aquel instante.

—¡Mierda! —exclamó, y se volvió hacia el edificio municipal. Tal vez Alan estaba allí; si no, alguien sabría decirle dónde estaba. Alan sabría qué hacer..., y aunque no lo supiera, el comisario tendría al menos que escuchar su confesión. Había sido él quien había reventado a navajazos los neumáticos del coche de Hugh Priest, quien había enviado a aquel tipo a la muerte, y todo porque él, Norris Ridgewick, había deseado tener una caña de pescar Bazun como la de su añorado padre.

Llegó al edificio municipal mientras el temporizador bajo el puente alcanzaba la marca de 5, y aparcó justo detrás de una brillante furgoneta amarilla. Un vehículo de una emisora de televisión, a juzgar por su aspecto.

Norris se apeó del coche bajo la lluvia torrencial y corrió a la comisaría, donde pensaba encontrar a Alan.

10

Polly blandió la ventosa de caucho del desatascador hacia la araña, que se erguía obscenamente sobre sus patas traseras. Pero esta vez el bicho no retrocedió. Sus patas delanteras erizadas de cerdas se agarraron del mango y las manos de Polly lanzaron un grito agónico cuando el bicho apoyó el peso de su cuerpo trepidante en la ventosa. A la mujer le fallaron las fuerzas, el desatascador se le deslizó de las manos y, al instante, la araña empezó a encaramarse por el mango como un hombre obeso pasando por la cuerda floja.

Polly tomó aire para soltar un grito, pero, en un abrir y cerrar de ojos, las patas delanteras de la araña se posaron en sus hombros como los brazos de un escabroso

bailarín grotesco. Los ojillos indiferentes del animal, rojos como rubíes, se clavaron en los suyos. La boca armada de colmillos se abrió y Polly percibió su aliento, un hedor a especias picantes y a carne podrida.

Abrió los labios para gritar y una de las patas del bicho se introdujo en su boca. Unas cerdas ásperas, horripilantes, le acariciaron los dientes y la lengua. La araña soltó una especie de maullido expectante.

La mujer resistió el primer impulso instintivo de escupir aquel objeto extraño, repulsivo y pulsante. Su mano soltó el desatascador y agarró la pata de la araña al tiempo que cerraba las mandíbulas aplicando toda la fuerza de que era capaz. Entre sus dientes se produjo un crujido como el de unas patatas fritas, y un sabor frío y amargo como un té viejo le llenó la boca. La araña emitió un alarido e intentó retirar la pata. Las cerdas se deslizaron, ásperas, entre los puños de Polly, pero esta volvió a cerrar las manos, transidas de dolor, en torno a la pata del bicho antes de que pudiera escaparse del todo, y la retorció como si intentara arrancar el muslo de un pavo asado. Se produjo un ruido áspero, cartilaginoso, de algo que se desgarraba.

La araña emitió otro grito babeante de dolor. Intentó separarse de la mujer pero esta, escupiendo el amargo fluido oscuro que le llenaba la boca y consciente de que pasaría muchísimo tiempo hasta que se librara por completo de aquel regusto, volvió a tirar del bicho. Una remota parte de sí misma quedó asombrada ante aquella demostración de fuerza, pero otra parte la comprendió perfectamente. Polly estaba asustada, estaba asqueada, pero, más que ninguna otra cosa, estaba furiosa.

¡Me han utilizado!, pensó incoherentemente. ¡He vendido la vida de Alan a cambio de esto! ¡A cambio de este monstruo!

La araña intentó atacarla con los colmillos, pero sus patas traseras perdieron su tenue apoyo en el mango del desatascador y habría caído al suelo si Polly lo hubiera permitido.

Pero no fue así. La mujer agarró el cuerpo caliente y abultado de la araña entre sus antebrazos y apretó, al tiempo que lo levantaba en el aire hasta que quedó encima de ella, revolviéndose y agitando las patas e intentado alcanzar con ellas el rostro de Polly, vuelto hacia aquel ser monstruoso. Una sangre negra acompañada de otro líquido empezó a rezumar de su cuerpo y a chorrear por los brazos de Polly en corrosivos regueros.

—¡Ya basta! —exclamó Polly con un agudo chillido—. ¡Ya basta, ya basta, ya basta!

Y arrojó al bicho lejos de sí. La araña se estrelló contra la pared de baldosas del fondo de la bañera y reventó en un gran coágulo de aquella sangre extraña. Permaneció un instante allí colgada, pegada a las baldosas por sus propias tripas, y luego cayó a la bañera con un ruido sordo y pastoso.

Polly agarró de nuevo el desatascador y se lanzó sobre los restos. Empezó a

golpearlos como haría un ama de casa armada de una escoba contra un ratón, pero se dio cuenta de que no bastaba. La araña solo se estremecía e intentaba huir, agitando las patas sobre la alfombrilla de ducha de goma, con su estampado de margaritas amarillas. Polly dio la vuelta al desatascador, lo cogió justo por encima de la ventosa y a continuación lo hincó en el monstruo con todas sus fuerzas utilizando el mango como si fuera un estoque.

Acertó de pleno al bicho antinatural y grotesco y lo empaló. Se oyó un funesto sonido, como un pinchazo, y las tripas de la araña reventaron y se desparramaron por la alfombrilla de la ducha en una masa pestilente. Con movimientos frenéticos, el bicho enroscó infructuosamente las patas en torno a la estaca que la mujer le había clavado en el corazón, y luego, por fin, dejó de moverse.

Polly se apartó de la bañera, cerró los ojos y notó que el mundo le daba vueltas. Ya había empezado incluso a desmayarse cuando el nombre de Alan estalló en su mente como un cohete de fuegos artificiales. Entonces cerró las manos en sendos puños y los golpeó con fuerza, nudillos contra nudillos. El dolor fue cegador, inmediato y lacerante. El mundo volvió a detenerse en un frío destello.

Abrió los ojos, avanzó hacia la bañera y observó el interior. Al principio creyó que no había en ella nada en absoluto. Luego, junto a la ventosa del desatascador, descubrió la araña. No era mayor que la uña de su dedo meñique y estaba absolutamente muerta.

El resto no ha sucedido. Solo ha sido producto de tu imaginación, se dijo.

—¡Y una jodida mierda, ha sido! —exclamó Polly con un hilo de voz temblorosa.

Pero lo importante no era la araña. Lo que importaba era Alan. Él corría un peligro terrible por culpa de ella. Tenía que encontrarlo. Tenía que dar con él antes de que fuera demasiado tarde.

Si no era ya demasiado tarde.

Decidió acudir a la comisaría. Allí, alguien sabría dónde...

No, dijo en su mente la voz de tía Evvie. A la comisaría, no. Si vas allí, entonces sí que será demasiado tarde. Ya sabes adónde tienes que ir. Ya sabes dónde lo encontrarás.

Sí.

Sí, claro que lo sabía.

Polly corrió hacia la puerta mientras un pensamiento confuso se repetía en su mente como el aleteo de una polilla: ¡Por favor, Dios mío, que no compre nada! ¡Oh, Dios mío, por favor, por favor, que no compre nada!

VEINTITRÉS

1

El temporizador colocado bajo el puente del río Castle, conocido como el puente de Hojalata por los vecinos del pueblo desde tiempo inmemorial, llegó al cero a las 7.38 de la noche del martes 15 de octubre del año de Nuestro Señor de 1991. El leve impulso eléctrico que debía hacer sonar la alarma del reloj recorrió los cables pelados que Ace había doblado alrededor de los polos de la pila de nueve voltios que daba energía al mecanismo. La alarma llegó a sonar, pero, una fracción de segundo después, fue engullida junto al resto del aparato en un destello de luz cuando la electricidad hizo estallar el fulminante y este, a su vez, la dinamita.

Muy pocos en Castle Rock confundieron la explosión de la dinamita con un trueno. Este era como artillería pesada en el cielo; la explosión pareció el disparo de un fusil gigantesco. El extremo sur del viejo puente, que en absoluto estaba construido de hojalata, sino de recio hierro oxidado, se levantó de la ribera sobre una bola de fuego. Se alzó en el aire unos tres metros, convirtiéndose en una rampa ligeramente inclinada, y luego volvió a caer con un intenso crujido de cemento reventado y el estrépito de los fragmentos de metal chocando en vuelo. El extremo norte del puente se torció hasta partirse y toda la estructura cayó de lado en el río, ahora convertido en un mar de espuma. El extremo sur fue a posarse sobre el olmo derribado por el rayo.

En Castle Avenue, donde católicos y baptistas —junto a casi una decena de agentes estatales— estaban sumidos todavía en su violenta disputa, la lucha se detuvo. Todos los combatientes se volvieron hacia la columna de fuego que se elevaba en el extremo del pueblo cercano al río. Albert Gendron y Phil Burgmeyer, que habían estado intercambiando puñetazos con gran ferocidad momentos antes, dejaron de pelear y contemplaron el resplandor uno junto al otro. Albert tenía el lado izquierdo de la cara ensangrentado por efecto de una brecha en la sien, y Phil llevaba la camisa prácticamente hecha jirones.

Cerca de ellos, Nan Roberts estaba montada encima del padre Brigham como un buitre enorme (y, con su uniforme de rayón de camarera, blanquísimo). Nan tenía al padre agarrado por el pelo y tiraba de él, golpeándole la cabeza una y otra vez contra el pavimento. El reverendo Rose yacía en las proximidades, inconsciente como consecuencia de los oficios que le había dispensado el sacerdote.

Henry Payton, que ya había perdido un diente desde su llegada (por no hablar de las ilusiones que alguna vez hubiera tenido respecto a la armonía religiosa en Estados Unidos), se detuvo cuando se disponía a separar a Tony Mislabski y a Fred Mellon,

el diácono baptista.

Todo el mundo se quedó inmóvil, paralizado, como niños que jugaran a estatuas.

—Cielo santo, eso ha sido el puente —murmuró Don Hemphill.

Henry Payton decidió aprovechar el momento. Echó a un lado a Tony Mislaburski, se llevó las manos a los costados de su boca herida y exclamó:

—¡Muy bien, escúchenme todos! ¡Habla la policía! ¡Les ordeno...!

En ese instante, Nan Roberts alzó la voz en un alarido. La mujer había pasado muchos años gritando órdenes en la cocina de su local y estaba acostumbrada a hacerse oír por mucho estrépito que hubiera. No hubo comparación; la voz de Nan silenció fácilmente la de Payton.

—¡Los malditos católicos están usando dinamita! —exclamó.

Ya quedaban menos participantes en la pelea, pero lo que faltaba en número lo compensaron en torvo entusiasmo.

Segundos después del grito de Nan, el tumulto se reanudó, extendiéndose en una decena de escaramuzas a lo largo de un trecho de cincuenta metros de la avenida empapada por la lluvia.

2

Norris Ridgewick irrumpió en la comisaría momentos antes de que el puente volara, y lo hizo gritando a pleno pulmón:

—¿Dónde está el comisario Pangborn? ¡Tengo que encontrar al comisario Pang...!

No llegó a terminar. A excepción de Seaton Thomas y de un agente de la policía del estado que parecía no tener aún edad suficiente para tomar una cerveza en un bar, la comisaría aparecía desierta.

¿Adónde diablos había ido todo el mundo? Allá fuera, aparcados de cualquier manera, parecía haber seis mil coches patrulla de la policía del estado y otros vehículos diversos, uno de los cuales era su Volkswagen, que habría ganado fácilmente, de haber existido el galardón, los galones azules al aparcado más de cualquier manera. El coche seguía volcado de costado donde Buster lo había embestido.

—¡Cielos! —exclamó—. ¿Dónde está todo el mundo?

El agente estatal que no parecía tener edad suficiente para beber en público observó el uniforme de Norris y luego dijo:

—Hay una pelea en la parte alta del pueblo, no sé dónde. Los cristianos contra los caníbales o algo así. Se supone que estoy aquí a cargo de las comunicaciones, pero con esta tormenta no puedo emitir ni recibir una sola palabra. —Hizo una pausa e

inquirió con aire hosco—: ¿Quién es usted?

—Agente Ridgewick, de la policía local.

—Bien, yo soy Joe Price. ¿Qué clase de pueblo tienen aquí, agente? Todo el mundo se ha vuelto loco.

Norris no le respondió y se acercó a Seaton Thomas. Este tenía las facciones de un tono gris ceniciento y respiraba con gran dificultad. Tenía una de sus manos, llenas de arrugas, apretada en el pecho.

—Seat, ¿dónde está Alan?

—No lo sé. —Seat miró a Norris con ojos apagados, atemorizados—. Está sucediendo algo malo, Norris. Algo realmente malo. En todo el pueblo. Los teléfonos no funcionan, y eso no debería suceder porque la mayoría de las líneas ya son subterráneas. Pero ¿sabes una cosa? Me alegro de que no funcionen. Me alegro porque no quiero saber qué es.

—Deberías estar en el hospital —respondió Norris, observando al viejo agente con preocupación.

—Debería estar en Kansas —replicó Seat con voz abatida—. Mientras tanto, pienso quedarme aquí sentado y esperar a que termine. No...

El puente estalló en aquel momento, interrumpiéndolo. El enorme estampido desgarró la noche como un zarpazo.

—¡Señor! —exclamaron al unísono Norris y Joe Price.

—Sí —apuntó Seat Thomas con su voz fatigada, asustada, regañona y nada sorprendida—. Van a volar el pueblo, supongo. Sí, supongo que eso es lo que viene a continuación.

De pronto, en un acceso de horror, el viejo Seat Thomas se echó a llorar.

—¿Dónde está Henry Payton? —gritó Norris al agente Price. Pero este no le prestó atención. Corría ya hacia la puerta para ver qué era aquella explosión.

Norris dirigió una mirada a Seaton Thomas, pero este tenía la suya perdida en el vacío; unas lágrimas le resbalaban por el rostro y su mano seguía plantada en el centro del pecho. Norris siguió al agente Joe Price y lo distinguió en el aparcamiento del edificio municipal, donde el agente Ridgewick había multado al Cadillac rojo de Buster Keeton hacía mil años. Una columna de fuego agonizante destacaba claramente en la noche lluviosa, y bajo su resplandor, los dos policías observaron que el puente metálico había desaparecido.

El semáforo del otro extremo del pueblo había caído en medio de la calle.

—¡Virgen santísima! —exclamó el agente Price con voz reverente. El resplandor del fuego había puesto color en sus mejillas y ascuas en sus ojos—. Desde luego, me alegro de que este no sea mi pueblo.

La urgencia de Norris por encontrar a Alan se había intensificado, y decidió que sería mejor volver a su coche patrulla e intentar encontrar a Henry Payton primero. Si

había una pelea generalizada como había dicho Price, no le sería difícil localizarlo. Y tal vez Alan estuviera también allí.

Casi había llegado hasta la acera cuando un relámpago dejó a la vista de Norris dos figuras que se escabullían tras la esquina del edificio del juzgado, contiguo al edificio municipal. Las dos figuras parecían dirigirse hacia la furgoneta amarilla del equipo de noticias.

Una de las figuras no le sonaba, pero la otra, corpulenta y algo patizamba, le resultó inconfundible. Quien corría era Danforth Keeton.

Norris Ridgewick dio dos pasos a la derecha y pegó la espalda contra la pared de ladrillo a la entrada del callejón. Desenfundó el revólver de reglamento y lo alzó al nivel de los hombros con el cañón apuntado hacia el cielo tormentoso.

—¡Alto! —gritó a pleno pulmón.

3

Polly sacó el coche a la calle marcha atrás, conectó el limpiaparabrisas e hizo un giro a la izquierda. Al dolor de las manos se había unido una quemazón intensa y profunda en los brazos, allí donde el líquido de la araña le había tocado la piel. De alguna manera, el fluido la había envenenado y el veneno parecía estar abriéndose paso inexorablemente dentro de ella. Pero no había tiempo para ocuparse de aquello.

Estaba aproximándose a la señal de stop de Laurel y Main cuando el puente voló. Se encogió, protegiéndose instintivamente del gigantesco estampido, y contempló por un instante, asombrada, la brillante llamarada que se alzó del río. Por un instante, vio la silueta en forma de caballete del propio puente, todo él ángulos negros contra la luz cegadora; a continuación, la estructura quedó engullida por las llamas.

4

En una época de su vida, Alan Pangborn había sido un dedicado realizador de películas caseras; no tenía idea de a cuánta gente había aburrido hasta las lágrimas con sus películas saltonas, proyectadas sobre una sábana sujeta con chinchetas a la pared del salón, de sus hijos con pañales dando sus primeros pasos vacilantes por la sala de estar, de Annie bañándolos, de fiestas de cumpleaños y de excursiones familiares. En todas aquellas películas, la gente saludaba y hacía muecas a la cámara. Era como si existiera una especie de ley no escrita: cuando alguien le enfocaba a uno con la cámara, era obligado agitar la mano o poner muecas o ambas cosas. De lo contrario, uno podía ser detenido bajo la acusación de indiferencia en segundo grado,

que acarreaba una pena de hasta diez años, a cumplir viendo interminables rollos de películas caseras saltonas.

Cinco años atrás se había pasado a la cámara de vídeo, que era más barata y más fácil, y en lugar de aburrir a la gente hasta las lágrimas durante diez o quince minutos, que era lo que duraban tres o cuatro rollos de ocho milímetros una vez montados, pasó a poder hacerlo durante horas, y sin tener siquiera que introducir una cinta nueva.

Sacó de su caja la cinta que había encontrado sobre el aparato de vídeo y la contempló. No tenía etiqueta alguna. Por supuesto, pensó. Tendría que averiguar el contenido personalmente. Su mano se movió hacia el botón de conexión del vídeo pero vaciló al llegar a él.

La imagen compuesta en la que se fundían los rostros de Todd, de Sean y de su esposa desapareció de improviso y fue reemplazada por el rostro, conmocionado y palidísimo, de Brian Rusk cuando lo había visto a la salida de la escuela, aquella misma tarde.

—*Pareces triste, Brian.*

—*Sí, señor.*

—*¿Eso significa que estás triste?*

—*Sí, señor. Y si aprieta ese botón, usted también lo estará. Él quiere que vea eso, pero no porque quiera hacerle un favor. El señor Gaunt no hace favores. Quiere envenenarlo, ni más ni menos. Igual que ha hecho con todos los demás.*

Pero Alan tenía que mirar.

Sus dedos tocaron el botón, acariciaron su superficie lisa y cuadrada. Se detuvo y miró a su alrededor. Sí; Gaunt estaba allí todavía. En alguna parte, Alan lo percibía: una presencia pesada, a la vez amenazadora y lisonjera. Recordó la nota que le había dejado Gaunt: «Sé que se ha preguntado largo y tendido por lo que sucedió en los últimos momentos de la vida de su esposa y de su hijo menor...».

—*No lo haga, comisario* —susurró Brian Rusk. Alan vio de nuevo aquella cara pálida, dolida, presuicida, mirándolo por encima de la nevera que llevaba en la cesta de la bicicleta, la nevera llena de cromos de béisbol—. *Deje dormir el pasado. Es mejor así. Y él miente; usted sabe que miente.*

Sí. Lo sabía. Sabía que Gaunt mentía.

Pero tenía que mirar.

El dedo de Alan apretó el botón.

El piloto verde de encendido se iluminó al instante. El aparato de vídeo funcionó perfectamente, enchufado o no, como Alan había previsto que sucedería. Conectó el atractivo Sony rojo y, al cabo de un momento, el brillante resplandor blanco de la nieve del canal 3 iluminó su rostro con su luz blanquecina. Alan pulsó el botón correspondiente y el cajetín de la cinta asomó del aparato.

—*No lo haga* —susurró de nuevo la voz de Brian Rusk.

Pero Alan hizo caso omiso. Colocó la cinta, bajó el cajetín y escuchó los chasquidos mecánicos cuando las bobinas engancharon la cinta. Después respiró hondo y pulsó el botón de PLAY. La nieve blanca de la pantalla fue reemplazada por una negrura uniforme. Un momento más tarde, la pantalla cambió a gris pizarra y una serie de números centelleó en ella: 8... 7... 6... 5... 4... 3... 2... X.

Lo que siguió era una panorámica temblorosa, filmada a pulso, de una carretera rural. En primer plano, ligeramente desenfocada pero legible, había una señal de tráfico. 117, decía, pero Alan no necesitaba leerla. Había recorrido aquel trecho muchas veces y lo conocía bien. Reconoció el pinar, justo más allá del punto donde la carretera formaba la curva; era la arboleda donde se había detenido el Scout, con el morro aplastado en torno al árbol más grueso en un apretado abrazo.

Pero los árboles de la película no mostraban cicatrices del accidente, aunque estas aún eran visibles, si uno se acercaba a mirar (Alan lo había hecho, muchas veces). El asombro y el terror invadieron en silencio los huesos de Alan cuando este comprendió —no por las cortezas intactas de los árboles o por la curva de la carretera, sino por cada detalle del terreno y por cada intuición de su corazón— que aquella cinta de vídeo había sido filmada el día en que Annie y Todd habían muerto.

Iba a ver cómo sucedía.

Era absolutamente imposible, pero no cabía duda. Iba a presenciar, iba a ver con sus propios ojos, cómo su esposa y su hijo morían estrellados.

—*¡Apáguelo!* —gritó Brian—. *¡Apáguelo! ¡Es un hombre venenoso y vende cosas envenenadas! ¡Desconecte antes de que sea demasiado tarde!*

Pero Alan era tan incapaz de hacer lo que le pedía la voz como lo habría sido de ralentizar los latidos de su corazón por la mera fuerza del pensamiento. Estaba paralizado, absorto.

La cámara se movió a saltos hacia la izquierda, abriendo el plano hacia la carretera. Durante unos segundos no se vio nada, pero luego hubo un reflejo del sol, como un guiño. Era el Scout. El Scout se acercaba. El Scout avanzaba hacia el pino donde él y sus ocupantes terminarían sus días. El Scout se aproximaba a su punto terminal en la tierra. No vio que acelerara, que se moviera erráticamente. No vio la menor señal de que Annie hubiera perdido el control o estuviera en peligro de perderlo.

Alan se inclinó hacia delante junto al aparato de vídeo que zumbaba a su lado. El sudor le corría por las mejillas y la sangre le latía con fuerza en las sienes. Notó un nudo en el estómago.

Aquello no era real. Estaba preparado de antemano. Gaunt lo había hecho de alguna manera. No eran ellos; tal vez fueran una actriz y un niño actor los que iban allí fingiendo ser ellos, pero no lo eran. No podían serlo.

Pero Alan sabía que sí. ¿Qué otra cosa podía ver uno en unas imágenes transmitidas de un aparato de vídeo a un televisor que no estaba conectado a la red pero que funcionaba de todos modos? ¿Qué otra cosa, si no la verdad?

¡Una mentira! Creyó oír la voz de Brian Rusk, pero sonó lejana y poco relevante. *¡Una mentira, comisario! ¡Puede ser una mentira! ¡Una mentira!*

En aquel momento distinguía el número de matrícula del Scout que se acercaba. 24912 V. La matrícula del coche de Annie.

De pronto, detrás del Scout, Alan descubrió otro destello de luz. Otro coche, acercándose deprisa, reduciendo la distancia.

Fuera, el puente estalló con aquel estampido como de un rifle monstruoso. Alan no volvió la vista en dirección al estruendo. Ni siquiera lo oyó. Hasta el último gramo de su ser estaba concentrado en la pantalla del televisor Sony rojo, en la cual Annie y Todd se acercaban al árbol que se interpondría entre ellos y el resto de sus vidas.

El coche detrás de ellos circulaba a ciento diez, quizá a ciento veinte por hora. Mientras el Scout se acercaba a la posición del cámara, el segundo coche —del cual no había habido nunca ningún informe— se echó encima del Scout. Annie, al parecer, lo vio; el Scout empezó a acelerar, pero no lo suficiente. Ya era demasiado tarde.

El segundo coche era un Dodge Challenger de color verde lima, levantado por detrás de modo que el morro apuntaba a la carretera. A través de las lunas tintadas de las ventanillas se distinguía a duras penas el entramado de barras antivuelco en los laterales y el techo. La parte posterior de la carrocería estaba cubierta de adhesivos: HEARST, FUELLY, FRAM, ESTADO CUÁQUERO... Aunque la cinta era muda, Alan casi pudo oír el rugido y el petardeo de los gases de escape a través de los tubos sin silenciador.

—¡Ace! —gritó angustiado al caer en la cuenta. ¡Ace Merrill! ¡Por venganza! ¡Claro! ¿Cómo era posible que no se le hubiera ocurrido nunca pensarlo?

El Scout pasó ante la cámara, que giró a la derecha para seguirlo. Hubo un momento en el que Alan llegó a distinguir el interior, y sí, era Annie, con el pañuelo de algodón de dibujos vistosos que llevaba ese día atado al cabello, y Todd, con su camiseta de *La guerra de las galaxias*. Todd estaba vuelto hacia atrás, mirando el coche que les seguía. Annie observaba por el espejo retrovisor. Alan no alcanzó a ver su rostro, pero su cuerpo estaba inclinado hacia delante en el asiento, tenso, con el cinturón de seguridad tirante. Tuvo aquella última y breve visión de ambos, de su esposa y de su hijo, y una parte de él se dio cuenta de que no quería verlos de aquella manera si no había esperanzas de cambiar el resultado. No quería ver el terror de sus últimos momentos.

Pero ya no había retroceso posible.

El Challenger chocó con el Scout. No fue un golpe fuerte, pero Annie había acelerado y fue suficiente. El Scout no trazó la curva, y se salió de la calzada hacia la arboleda donde aguardaba el gran pino.

—¡NO! —gritó Alan.

El Scout cayó a la cuneta y la salvó. Se encabritó sobre dos ruedas, volvió a caer y se estrelló contra la base del tronco con un crujido mudo. Una muñeca de trapo con un pañuelo de algodón en el cabello salió despedida por el parabrisas, golpeó un árbol y cayó entre la maleza.

El Challenger de color verde lima se detuvo al borde de la carretera.

Se abrió la puerta del conductor.

Ace Merrill se apeó.

Alan lo vio volverse hacia los restos del Scout —ahora apenas visible entre el vapor que escapaba del radiador roto—, y echarse a reír.

—¡No! —gritó otra vez.

Empujó el vídeo con ambas manos hasta hacerlo caer. El aparato se estrelló contra el suelo pero no dejó de funcionar, y el cable era demasiado largo para desenchufarse. Una raya de electricidad estática recorrió la pantalla del televisor, pero eso fue todo. Alan vio que Ace volvía al coche riéndose todavía, y agarró el televisor, lo levantó por encima de la cabeza al tiempo que daba media vuelta, y lo arrojó contra la pared. Hubo un destello de luz, una explosión sorda y luego nada, salvo el zumbido del aparato de vídeo con la cinta aún corriendo en su interior. Alan le lanzó un puntapié y, por fin, el artefacto guardó un piadoso silencio.

Ve a por él. Vive en Mechanic Falls.

Una nueva voz le hablaba con palabras frías y disparatadas; aun así, tenían su propia lógica despiadada. La voz de Brian Rusk había desaparecido; solo sonaba en su mente aquella única voz, que repetía lo mismo hasta la saciedad.

Ve a por él. Vive en Mechanic Falls. Ve a por él. Vive en Mechanic Falls. Ve a por él. Ve a por él. Ve a por él.

Al otro lado de la calle se produjeron dos nuevas deflagraciones de aquel fusil monstruoso, y la barbería y la funeraria Samuels reventaron casi al mismo tiempo, escupiendo cristales y restos inflamados hacia el cielo y hacia la calle. Alan no se enteró.

Ve a por él. Vive en Mechanic Falls.

Cogió la falsa lata de frutos secos sin pensar en lo que hacía, conservándola solo porque era algo que había traído consigo y, por tanto, debía llevarse con él. Cruzó el local hasta la puerta, arrastrando los pies y volviendo incomprensible su anterior rastro de huellas, y abandonó Cosas Necesarias. Las explosiones no contaban para él. El agujero mellado y en llamas en la línea de edificios al otro lado de Main Street no contaba. Los escombros de madera y cristal y ladrillo en la calzada no contaban. Castle Rock y toda la gente que allí vivía, Polly Chalmers incluida, no contaban ya para él. Tenía una tarea que hacer en Mechanic Falls, a cincuenta kilómetros de allí. Aquella tarea sí contaba. De hecho, era lo único que importaba.

Alan rodeó el coche hasta la portezuela del conductor. Arrojó la pistola, la linterna y la falsa lata de frutos secos sobre el asiento. En su mente ya tenía las manos en torno al cuello de Ace Merrill y empezaba a apretar.

5

—¡Alto! —gritó de nuevo Norris Ridgewick—. ¡No se muevan!

Aquel sí que era un golpe de suerte increíble, se dijo. Acababa de encontrar a Dan Keeton a menos de cincuenta metros de la celda donde se había propuesto encerrarlo hasta el momento de llevarlo ante el juez. En cuanto al otro individuo..., bueno, dependería de lo que se trajera entre manos aquella extraña pareja. Desde luego, los dos hombres no tenían aspecto de haber estado auxiliando a los enfermos y dando consuelo al afligido.

El agente Price pasó la mirada de Norris a los hombres que avanzaban junto al rótulo anticuado donde se leía JUZGADO DEL CONDADO DE CASTLE. Después se volvió de nuevo a Norris. Ace y Papi de Zippy intercambiaron una mirada. Los dos deslizaron las manos hacia abajo, hacia la culata de las pistolas que sobresalían de la cintura de sus pantalones. Norris había apuntado el cañón de su revólver al aire, como le habían enseñado a hacer en situaciones como aquella. Entonces, siguiendo todavía las instrucciones aprendidas, sujetó la muñeca derecha con la otra mano y apuntó con el arma. Si los libros estaban en lo cierto, los dos hombres no se darían cuenta de que el cañón apuntaba justo entre ambos; cada uno pensaría que Norris lo estaba encañonando a él.

—¡Apartad las manos de las armas, amigos! ¡Enseguida!

Buster y su compañero intercambiaron otra mirada y dejaron caer las manos a los costados.

Norris lanzó una rápida mirada al joven agente.

—Tú, Price —le dijo—. ¿Quieres echarme una mano con esto? Si no estás demasiado cansado, por supuesto.

—¿Qué hace usted? —inquirió Price, inquieto y reacio a colaborar. Los sucesos de aquella noche, con la conmoción de la voladura del puente en cabeza de la lista, lo habían reducido a la categoría de espectador pasivo y, por lo visto, se sentía incómodo con la idea de volver a adoptar un papel más activo. Las cosas se habían hecho demasiado grandes demasiado deprisa.

—¿Qué diablos te parece a ti? ¡Detener a estos dos individuos! —respondió Norris.

—Detén esto, amigo —replicó Ace, y le lanzó un corte de mangas. Buster soltó una carcajada aguda y chillona.

Price los observó con nerviosismo y llevó de nuevo su trastornada mirada hacia Norris.

—Esto..., ¿bajo qué acusación?

El colega de Buster se echó a reír.

Norris concentró otra vez toda su atención en los dos hombres y se alarmó al advertir que las posiciones relativas de ambos habían cambiado. Cuando les había dado el alto, la pareja estaba hombro con hombro, casi tocándose. Ahora había metro y medio de distancia entre ellos, y seguían separándose.

—¡Quietos! —gritó. Buster y su compañero se detuvieron y cruzaron otra mirada—. ¡Volved a juntaros!

Los dos hombres permanecieron inmóviles bajo la lluvia torrencial, con las manos colgando a los costados y la vista fija en el policía.

—¡Los detengo por posesión ilegal de armas, para empezar! —gritó Norris enfurecido al agente Joe Price—. ¡Y ahora quítate el dedo del culo y ayúdame!

Aquello sacó por fin al muchacho de su estupor y lo puso en acción. Intentó desenfundar su revólver, descubrió que todavía tenía colocada la correa de seguridad y empezó a desatarla. Aún estaba en ello cuando la barbería y la funeraria volaron por los aires.

Buster, Norris y el agente Price volvieron la vista calle arriba. Ace no. Había estado esperando aquella oportunidad de oro. Sacó la automática del pantalón con la rapidez de un pistolero de película del Oeste y disparó. La bala impactó en el hombro izquierdo de Norris, en trayectoria ascendente, le atravesó el pulmón y le fracturó la clavícula. Norris se había alejado un paso de la pared de ladrillo al advertir que los dos hombres se estaban separando; el impulso del disparo lo envió de nuevo contra ella. Ace volvió a disparar y la bala abrió un pequeño cráter en el ladrillo a un par de dedos de la oreja de Norris. El rebote del proyectil produjo un ruido como el de un insecto muy grande y muy irritado.

—¡Oh, Dios santo! —gritó el agente Price, y empezó a poner más entusiasmo en su intento de liberar la correa de seguridad en torno a la culata del arma.

—¡Fríe a ese tipo, Papi! —aulló Ace con una gran sonrisa.

Disparó de nuevo contra Norris y la tercera bala abrió un surco ardiente en el flanco enjuto del agente cuando este se desplomaba de rodillas para cubrirse. Un relámpago descargó encima de él e, increíblemente, Norris captó el ruido de ladrillos y pedazos de madera que rodaban por la calle tras las últimas explosiones.

El agente Price había conseguido soltar por fin la correa de la funda del revólver y empezaba a sacar el arma cuando una bala de la automática que empuñaba Keeton le voló la cabeza desde las cejas hacia arriba. El impacto arrancó a Price de sus botas y lo arrojó contra la pared de ladrillos del callejón.

Norris alzó su arma una vez más. Ahora parecía pesar cincuenta kilos.

Sosteniéndola todavía con ambas manos, apuntó a Keeton. Buster era un blanco más claro que su compañero. Además, Buster acababa de matar a un policía y eso, decididamente, no podía tolerarse en Castle Rock. Allí podían ser unos paletos, quizá, pero no eran unos bárbaros. Norris apretó el gatillo en el mismo instante en que Ace intentaba dispararle otra vez.

El retroceso del revólver envió a Norris hacia atrás. La bala de Ace surcó con un zumbido el espacio vacío donde el agente había tenido la cabeza una fracción de segundo antes. Buster Keeton también salió impulsado hacia atrás, con las manos sobre el vientre. Entre sus dedos empezó a manar sangre en abundancia.

Norris se apoyó en la pared cerca del agente Price. ¡Dios, este sí que ha sido un día realmente asqueroso!, pensó mientras jadeaba a duras penas, con una mano apretada contra el hombro herido.

Ace lo apuntó con la automática, pero cambió de idea y decidió dejarlo correr, al menos de momento. En lugar de disparar, se acercó a Buster e hincó una rodilla junto a él. Al norte de su posición, el banco estalló en un rugido de fuego y de granito pulverizado. Ace ni siquiera volvió la mirada hacia allí. Apartó las manos de Papi para observar mejor la herida y lamentó que aquello hubiera sucedido. Había llegado a apreciar bastante al viejo Papi.

—¡Aaah, cómo duele! ¡Aaah, cómo duele! —gritó Buster.

Ace no dudaba de ello. Papi Keeton había recibido un balazo de grueso calibre justo por encima del ombligo. El orificio de entrada era del tamaño de una cabeza de tornillo. Ace no tuvo que darle la vuelta para saber que el agujero de salida sería del diámetro de una taza de café, probablemente con restos de la columna vertebral sobresaliendo de él como ensangrentadas barritas de caramelo.

—¡Dueleee! ¡DUELEEEEEEE! —gritó Buster a la lluvia.

—Sí. —Ace colocó la boca del cañón de su automática contra la sien de Buster—. Mala suerte, Papi. Voy a administrarte un calmante.

Apretó el gatillo tres veces. El cuerpo de Buster se estremeció y luego permaneció inmóvil.

Ace se incorporó con la intención de acabar con el maldito policía, si no lo había hecho todavía, cuando sonó un disparo y una bala pasó silbando a menos de un palmo de su cabeza. Ace alzó la vista y observó a otro agente apostado justo en la puerta de la comisaría que daba al aparcamiento. El nuevo policía parecía más viejo que Dios y sostenía el arma con una mano mientras mantenía la otra apretada contra su pecho, por encima del corazón.

El segundo disparo de Seat Thomas abrió un surco en el suelo junto a los pies de Ace, salpicando de tierra enfangada sus botas de motorista. El viejo era incapaz de acertarle, pero Ace recordó de pronto que, a pesar de ello, tenía que largarse de allí enseguida. Papi y él habían dejado en el juzgado dinamita suficiente para hacer volar

por los aires el edificio entero; habían puesto el reloj para que estallara al cabo de cinco minutos, y aún estaba allí, prácticamente apoyado en sus paredes mientras un jodido matusalén disparaba al azar contra él.

Que la dinamita se encargara de los dos.

Era hora de ir a ver al señor Gaunt.

Ace se incorporó y echó a correr hacia la calle. El viejo policía disparó de nuevo, pero esta vez la bala ni siquiera pasó cerca. Ace se protegió detrás de la furgoneta amarilla, pero no hizo el menor intento de subir a ella. Tenía el Chevrolet Celebrity aparcado junto a Cosas Necesarias, y sería un coche excelente para la huida. Pero antes se proponía encontrar al señor Gaunt y recibir el pago de sus servicios. Seguro que se había ganado algo, y seguro que el señor Gaunt se lo daría.

Además, también tenía que encontrar a cierto comisario ladrón.

—Devolver lo que uno tiene es un fastidio —murmuró Ace, y echó a correr Main Street arriba, hacia Cosas Necesarias.

6

Frank Jewett estaba en lo alto de la escalinata del juzgado cuando finalmente descubrió al hombre que había estado buscando. Frank llevaba allí un buen rato y nada de lo sucedido en Castle Rock desde hacía unas horas le había interesado demasiado. Ni el tumulto y el griterío procedente de Castle Hill; ni la aparición de Danforth Keeton y una especie de Ángel del Infierno entrado en años corriendo escalinata abajo en el propio edificio del juzgado, hacía apenas cinco minutos; ni las explosiones; ni el más reciente intercambio de disparos, esta vez justo al doblar la esquina, en el aparcamiento contiguo a la comisaría. A Frank todo aquello le traía sin cuidado. Tenía otras cosas más importantes que hacer. Frank tenía una cuenta pendiente con su excelente viejo «amigo», George T. Nelson.

¡Y allí estaba! ¡Por fin! Allí aparecía George T. Nelson en persona, en carne y hueso, avanzando por la acera al pie de la escalinata del juzgado. De no ser por la pistola automática que llevaba oculta bajo la banda elástica de sus pantalones de poliéster sin cinturón (y por el hecho de que caía una lluvia de mil diablos), cualquiera que lo viese habría creído que iba camino de una fiesta campestre.

Allí, paseando bajo la lluvia, caminando satisfecho y lleno de cristiana alegría al pie de la escalinata del juzgado, venía monsieur George T. «Hijo de Perra» Nelson, ¿y qué decía la nota que Frank había encontrado en el despacho? ¡Ah, sí! Decía: «Recuerda, 2.000 dólares en mi casa a las 7.15 como muy tarde, o desearás haber nacido sin polla». Frank echó un vistazo al reloj, comprobó que eran más cerca de las ocho que de las siete y cuarto y decidió que el detalle carecía de importancia.

Levantó la pistola Llama española de George T. Nelson y apuntó a la cabeza del maldito maestro de trabajos manuales causante de todos sus problemas.

—¡Nelson! —gritó—. ¡George Nelson! ¡Vuélvete y mírame, cerdo!

George T. Nelson se volvió en redondo. Movi6 la mano hacia la culata de su automática, pero la retir6 al comprender que le estaban apuntando. Llev6 entonces las manos a la cintura y alz6 la vista hasta lo alto de la escalinata del juzgado, donde distingui6 a Frank Jewett de pie, con la lluvia goteándole de la nariz, de la barbilla y de la boca del cañ6n del arma que le haba robado.

—¿Vas a dispararme? —pregunt6.

—¡Tenlo por seguro! —mascull6 Frank.

—Vas a pegarme un tiro como a un perro, ¿no?

—¿Por qu6 no? ¡Te lo mereces!

Para asombro de Frank, George T. Nelson asintió y sonrió.

—Claro —le oy6 decir—. Es lo que cabía esperar de un cerdo cobarde que entra en casa de un amigo y mata a un pajarillo indefenso. Es precisamente lo que cabía esperar. ¡Adelante, pues, jodido cobarde cuatro ojos! ¡Dispara y acabemos de una vez!

Un trueno estall6 sobre su cabeza, pero Frank no lo oy6. El banco salt6 en pedazos diez segundos despu6s y apenas se enter6 de ello. Estaba demasiado ocupado tratando de contener su furia y su asombro. Asombro ante el descaro, el temerario y abierto descaro de monsieur George T. «Hijo de Perra» Nelson.

Por fin, Frank consigui6 romper la parálisis de su lengua.

—¡SÍ, me he cargado tu pájaro! ¡Y me he cagado en ese estúpido retrato de tu madre, sí señor! ¿Y tú? ¿Qu6 has hecho tú, George, adem6s de asegurarte de que pierda mi trabajo y no vuelva a dar clases nunca m6s? ¡Dios, tendr6 suerte si no termino en la cárcel! —Un súbito destello de comprensi6n le hizo ver de nuevo la absoluta injusticia de lo sucedido. Fue como verter vinagre en una herida reci6n abierta—. ¿Por qu6 no te limitaste a venir a verme y pedirme el dinero, si lo necesitabas? ¿Por qu6 no viniste a pedírmelo? ¡Podríamos haber llegado a un acuerdo, cerdo idiota!

—¡No sé de qu6 me hablas! —replic6 George T. Nelson en el mismo tono de voz—. ¡Solo sé que eres lo bastante valiente para matar un periquito, pero que no tienes huevos para enfrentarte a mí en una pelea limpia!

—¿Que no sabes...? ¿Que no sabes de qu6 te hablo? —farfull6 Frank. El cañ6n de la Llama se movió furiosamente arriba y abajo. No podía creer el descaro del tipo que le hablaba desde el pie de la escalinata; sencillamente, no podía creerlo. Allí estaba, plantado con un pie en la acera y el otro prácticamente en la eternidad, y se limitaba a seguir mintiendo...

—¡No! ¡No lo sé! ¡No tengo ni la m6s remota idea!

En el paroxismo de la rabia, Frank Jewett recurrió a una respuesta infantil ante una negativa tan rotunda e indignante:

—¡Mentira, mentira! ¡Mentira podrida!

—¡Cobarde! —le replicó George T. Nelson en el mismo tono—. ¡Nena cobarde! ¡Mataperiquitos!

—¡Chantajista!

—¡Chiflado! ¡Guarda la pistola, chiflado! ¡Atrévete a una pelea limpia!

Frank le lanzó una sonrisa.

—¿Limpia? ¿Una pelea limpia? ¿Qué sabes tú de jugar limpio?

George T. Nelson alzó sus manos vacías y agitó los dedos en dirección a Frank.

—Más que tú, parece.

Frank abrió la boca para responder, pero no le salió nada. Por unos instantes, las manos vacías de George T. Nelson lo habían dejado sin habla.

—¡Vamos! —insistió George T. Nelson—. Guarda la pistola. Hagamos como en las películas del Oeste, Frank. Si tienes agallas, claro. El más rápido gana.

Y bien... ¿por qué no?, se dijo Frank. ¿Por qué diablos no?

De todos modos, no tenía muchos motivos para seguir viviendo, y si no otra cosa, al menos demostraría a su viejo «amigo» que no era ningún cobarde.

—Muy bien —resolvió pues, y se guardó la Llama en la cintura del pantalón. Luego extendió las manos al frente, justo a la altura de la culata del arma—. ¿Cómo quieres que lo hagamos, Georgie-Porgie?

George T. Nelson sonrió abiertamente.

—Tú empiezas a bajar —propuso—. Yo empiezo a subir. La próxima vez que suene un trueno...

—De acuerdo —asintió Frank—. Muy bien. Vamos.

Y empezó a descender los peldaños. Y George T. Nelson comenzó a subirlos.

7

Polly acababa de distinguir el toldo de lona verde de Cosas Necesarias cuando la barbería y la funeraria saltaron por los aires. La explosión de luz y el rugido que la acompañó fueron enormes. Vio salir volando del centro de la explosión una lluvia de escombros como asteroides de una película de ciencia ficción y se agachó instintivamente. Fue un acierto por su parte; varios fragmentos de madera y la palanca de acero inoxidable del costado de la silla número dos de la barbería —la silla de Henry Gendron— se estrellaron contra el parabrisas del Toyota. La palanca produjo un extraño zumbido hambriento mientras atravesaba el interior del coche y salía por la luna trasera. El cristal desmenuzado cruzó el aire con un susurro en una

nube de perdigones.

El Toyota, sin conductor que lo guiara, saltó un bordillo, chocó contra una boca de incendios y se detuvo.

Polly se incorporó parpadeando y miró a través del hueco en el parabrisas. Observó a alguien que salía de Cosas Necesarias y se dirigía a uno de los tres coches aparcados delante de la tienda. Bajo la luz brillante del incendio del otro lado de la calle, no le resultó difícil reconocer a Alan.

—¡Alan! —gritó, pero él no se volvió; continuó avanzando con un solo propósito en su mente, como un robot.

Polly abrió la puerta del coche de un empujón y corrió hacia él, pronunciando a gritos su nombre una y otra vez. De calle abajo le llegó el sonido de un tiroteo. Alan no se volvió en la dirección de donde procedían los disparos ni echó el menor vistazo hacia el solar en llamas de lo que, solo momentos antes, habían sido la funeraria y la barbería. Parecía completamente concentrado en lo que pasaba por su mente, y Polly de pronto comprendió que era demasiado tarde. Leland Gaunt se había apoderado de él. Finalmente, Alan había comprado algo. Y si ella no lograba llegar hasta el coche antes de que el hombre se embarcara en cualquier empresa quimérica a la que le hubiese incitado Gaunt, Alan se limitaría a marcharse... y solo Dios sabía qué sucedería entonces.

Continuó corriendo, aún más deprisa.

8

—Ayúdame —dijo Norris a Sean Thomas; pasó el brazo por detrás de la nuca de Seat y se levantó tambaleándose.

—Creo que le he herido —dijo Seaton. Resoplaba, pero había recuperado el color.

—Bien —respondió Norris. El hombro le dolía terriblemente y, a cada momento que pasaba, el dolor parecía penetrar más hondo en su carne, como si buscara su corazón—. Ahora, ayúdame.

—Te recuperarás —le aseguró Seaton. En su preocupación por Norris, Seat había olvidado el temor a estar, en sus propias palabras, a punto de sufrir un ataque cardíaco—. Tan pronto te haya llevado adentro...

—No —jadeó Norris—. Al coche.

—¿Qué?

Norris volvió la cabeza y miró a Thomas con ojos frenéticos, transidos de dolor.

—¡Llévame al coche patrulla! ¡Tengo que ir a Cosas Necesarias!

Sí. En el mismo instante en que las palabras salían de su boca, todo pareció encajar. Cosas Necesarias era donde había comprado la caña de pescar Bazun. Y el

hombre que le había disparado había huido también en aquella dirección. Cosas Necesarias era el lugar donde todo había empezado. Y era donde todo debía terminar.

El salón Galaxia reventó, bañando Main Street con un nuevo resplandor. Una máquina del Doble Dragon se elevó de las ruinas, dio un par de vueltas en el aire y aterrizó boca abajo en la calle con un crujido.

—Norris, estás herido...

—¡Por supuesto que estoy herido! —gritó Norris, y de sus labios escaparon unas gotitas de saliva ensangrentada—. ¡Ahora llévame al coche!

—No me parece una buena idea, Norris...

—Te equivocas —respondió Norris con aire sombrío. Volvió la cabeza y escupió sangre—. Es la única idea. Ahora, vamos. Ayúdame.

Sean Thomas empezó a acompañarlo hacia la unidad dos.

9

Si Alan no hubiera mirado por el retrovisor antes de dar marcha atrás en la calle, habría atropellado a Polly y habría completado la tarde aplastando a la mujer que quería bajo las ruedas traseras de su viejo coche familiar. No llegó a reconocerla; para él, era solo una silueta detrás del coche, una forma de mujer recortada contra la caldera de llamas del otro lado de la calle. Pisó el freno, y un momento después, la mujer golpeaba la ventanilla con los puños.

Prescindiendo de ella, Alan continuó marcha atrás. Aquella noche no disponía de tiempo para los problemas del pueblo; los suyos tenían prioridad. Que se mataran unos a otros como animales estúpidos, si eso era lo que querían. Él se iba a Mechanic Falls. Iba a buscar al hombre que había matado a su esposa y a su hijo en venganza por una condena de cuatro años en la cárcel.

Polly agarró el tirador de la puerta y se vio arrastrada en medio de la calle sembrada de escombros. Presionó el botón debajo del tirador, soportando el aullido de dolor de la mano, y la puerta se abrió de par en par, con la mujer asida desesperadamente a ella y arrastrando los pies por el asfalto, mientras Alan maniobraba. El morro del coche quedó apuntando Main Street abajo. Ciego de dolor y de rabia, Alan había olvidado que ya no había ningún puente por donde cruzar.

—¡Alan! —gritó Polly—. ¡Alan, espera!

Consiguió que la escuchara. Consiguió llegar hasta él a pesar de la lluvia, del trueno, del viento y del poderoso y voraz crepitar del incendio. A pesar del impulso que lo movía.

Alan la miró y a Polly se le rompió el corazón al ver la expresión de sus ojos. Tenía la mirada de un hombre sumido en las entrañas de una pesadilla.

—¿Polly? —inquirió con aire remoto.

—¡Alan, tienes que parar!

Polly quería soltar la puerta —el dolor de las manos era insoportable—, pero temía que, si lo hacía, él se limitaría a dar gas y dejarla allí, en medio de Main Street.

No solo lo temía. Estaba segura de que lo haría.

—Polly, tengo que irme. Siento mucho que estés enfadada conmigo, que creas que hice algo..., pero ya lo arreglaremos. Ahora, de verdad, tengo que ir...

—Ya no estoy enfadada contigo, Alan. Sé que no hiciste nada. Fue él; quería enfrentarnos, sembrar la discordia entre nosotros como ha hecho con casi todo el mundo en el pueblo. Porque en realidad se dedica a eso, ¿lo entiendes, Alan? ¿Escuchas lo que te digo? ¡Se dedica a eso! ¡Ahora deténte! ¡Apaga ese maldito motor y escúchame!

—Tengo que irme, Polly —insistió él. Le parecía que su propia voz llegaba de lejos. De la radio, tal vez—. Pero volveré a...

—¡No! ¡No lo harás! —exclamó ella. De pronto se sentía furiosa con él, furiosa con todos ellos, con toda aquella gente codiciosa, asustada, irritada y ávida de Castle Rock, ella incluida—. ¡No lo harás porque, si te vas ahora, no quedará nada a lo que puedas volver!

El salón de videojuegos estalló. Los escombros cayeron en torno al coche de Alan, detenido en medio de Main Street. La habilidosa mano diestra de Alan se movió rápidamente, cogió la lata de frutos secos y la colocó en el regazo, como si buscara consuelo en ella.

Polly no prestó atención a la explosión y continuó mirando a Alan con sus ojos sombríos, llenos de dolor.

—Polly...

—¡Mira! —exclamó ella de pronto, y se abrió de un tirón el escote de la blusa. La lluvia golpeó la curva de sus pechos y resbaló por el hueco entre sus clavículas—. ¡Mira, me lo he quitado! ¡El amuleto! ¡Ya no lo llevo! ¡Ahora quítate el tuyo, Alan! ¡Quítatelo, si eres hombre!

La mujer se dio cuenta de que Alan tenía dificultades para entenderla desde las profundidades de la pesadilla en la que se encontraba, la pesadilla que el señor Gaunt había tejido en torno a él como un ponzoñoso capullo de seda, y, en un súbito destello de inspiración, comprendió cuál era aquella pesadilla. Cuál tenía que ser, sin duda.

—¿Te ha contado lo que les sucedió a Annie y a Todd? —preguntó con voz suave.

Alan volvió la cabeza como si lo hubiesen abofeteado y Polly supo que había dado en el clavo.

—Claro que sí —continuó—. ¿Cuál es la única cosa del mundo, la única cosa inútil, que deseas tanto como para confundirte y pensar que la necesitas? En eso

consiste tu amuleto, Alan; eso es lo que Gaunt a puesto en torno a tu cuello.

Soltó el tirador e introdujo ambos brazos en el coche. La luz de la pequeña bombilla situada sobre el retrovisor los dejó a la vista. La carne tenía un color rojo oscuro, hepático. Estaban tan hinchados que los codos eran como unos hoyuelos abultados.

—Dentro del mío había una araña —continuó en el mismo tono de voz—. Una arañita minúscula. Pero crecía. Se alimentaba de mi dolor y crecía. Eso es lo que ha estado haciendo hasta que la he matado... y he recuperado mi dolor. Deseaba tanto que el dolor desapareciera, Alan... Sí, lo deseaba muchísimo, pero no necesitaba desprenderme de él. Puedo amarte y puedo amar la vida y soportar el dolor al mismo tiempo. Creo que este incluso puede hacer mejor el resto, igual que un buen engaste puede mejorar el aspecto de un diamante.

—Polly...

—Por supuesto, me ha envenenado —continuó ella meditabunda— y creo que el veneno puede matarme si no se hace algo para remediarlo. Pero ¿por qué no? Es justo. Es duro, pero justo. Compré el veneno cuando me quedé el amuleto. Ese hombre ha vendido un montón de amuletos en su repulsiva tienducha durante la última semana. Trabaja rápido, el muy desgraciado. Una arañita que crecía; eso es lo que había en el mío. ¿Y en el tuyo? ¿Qué hay en el tuyo? Annie y Todd, ¿no es eso? ¿No es eso?

—¡Polly! ¡Ace Merrill mató a mi mujer! ¡Mató a Todd! Ace Merrill...

—¡No! —gritó ella, y tomó el rostro de Alan entre sus manos dolientes—. ¡Escúchame! ¡Atiende a lo que te digo! No es solo tu vida, Alan, ¿no te das cuenta? Gaunt te hace comprar tu propia enfermedad, ¡y te hace pagar dos veces! ¿Todavía no lo has entendido? ¿No lo ves?

Alan se quedó mirándola boquiabierto... y luego, lentamente, cerró la boca. Una súbita expresión de sorpresa y perplejidad se dibujó en su rostro.

—Espera un momento... —murmuró—. Hay algo que no concuerda. En la cinta que me ha dejado hay algo que no concuerda. No puedo concretar...

—¡Sí que puedes, Alan! ¡No sé lo que te ha vendido ese cerdo, pero seguro que hay algo que no concuerda. Como el nombre en la carta que me dejó.

Alan la estaba escuchando realmente por primera vez.

—¿Qué carta?

—Eso no importa ahora. Si hay un después, te lo explicaré entonces. Lo importante es que Gaunt se excede. Está tan henchido de orgullo que es un milagro que no reviente. Alan, por favor, intenta comprenderlo: Annie ha muerto, Todd ha muerto, y si ahora te marchas a perseguir a Ace Merrill mientras el pueblo esta siendo arrasado a tu alrededor...

Una mano apareció sobre el hombro de la mujer. Un antebrazo la rodeó por el

cuello y tiró de ella hacia atrás con violencia. De pronto, Ace Merrill apareció detrás de Polly y la sujetó, apuntándola con una pistola y sonriendo a Alan por encima de su hombro.

—Hablando del diablo, señora —le dijo Ace, y encima de ellos...

10

... un trueno estalló en el cielo.

Frank Jewett y su viejo «amigo» George T. Nelson habían estado frente a frente en los peldaños de la entrada al juzgado como un par de extraños pistoleros con gafas durante casi cuatro minutos, con los nervios en tensión como cuerdas de violín afinadas en la octava más alta.

—¡Yig! —exclamó Frank. Su mano buscó la pistola automática guardada en la cintura del pantalón.

—¡Auk! —exclamó George T. Nelson, y echó mano a la suya.

Desenfundaron con idéntica sonrisa febril —una sonrisa que parecía un gran grito mudo— y apuntaron. Los dedos apretaron los gatillos. Los dos disparos fueron tan sincronizados que sonaron como uno solo. Un relámpago centelleó mientras las dos balas volaban... y se rozaban en pleno vuelo, desviándose lo justo para no acertar en lo que, de otro modo, habrían sido dos blancos perfectos.

Frank Jewett notó un soplo de aire junto a su sien izquierda.

George T. Nelson advirtió un zumbido junto al lado derecho del cuello.

Los dos se contemplaron, incrédulos, por encima de las armas humeantes.

—¿Eh? —dijo George T. Nelson.

—¿Qué? —dijo Frank Jewett.

Los dos hombres sonrieron de nuevo. Dos sonrisas idénticas, de incredulidad. George T. Nelson dio un paso vacilante hacia Frank; Frank dio un paso vacilante hacia George. Un par de momentos más y los dos hombres se habrían abrazado; su disputa reducida a una minucia por aquel par de leves soplos de eternidad...

... pero en ese instante el edificio municipal reventó con un rugido que pareció quebrar el mundo, volatilizando a los dos hombres antes de que llegaran a tocarse.

11

La explosión final dejó pequeñas todas las demás. Ace y Buster habían colocado en el edificio municipal cuarenta cartuchos de dinamita en dos paquetes de veinte. Una de las bombas la habían dejado sobre el asiento del juez en la sala del tribunal. Buster

había insistido en colocar la otra en el escritorio de Amanda Williams, en el ala de los miembros del Consejo Municipal.

—En cualquier caso, las mujeres no pintan nada en la política —había explicado Buster a Ace.

El ruido de la explosión fue ensordecedor, y por un instante todas las ventanas del mayor edificio del pueblo se llenaron de una luz violeta-naranja sobrenatural. A continuación, el fuego surgió a través de las ventanas, a través de las puertas, a través de los respiraderos y orificios, como brazos musculosos y despiadados. El tejado de pizarra despegó intacto, como una extraña nave espacial de formas angulosas, se elevó sobre un colchón de fuego y después se deshizo en cien mil fragmentos mellados.

En el instante siguiente, el resto del edificio reventó en todas direcciones, arrasando la zona baja de Main Street con una granizada de ladrillo y cristal a la que no sobrevivió ningún ser vivo de tamaño mayor que una cucaracha. Diecinueve hombres y mujeres murieron en la explosión, cinco de ellos periodistas que habían acudido para informar de la escalada de extraños sucesos en Castle Rock y que, en cambio, terminaron convertidos en parte de la historia.

Los coches de la policía estatal y los vehículos de los noticiarios fueron arrojados por el aire, dando vueltas, como si fueran de juguete. La furgoneta amarilla que el señor Gaunt había proporcionado a Ace y a Buster recorrió serenamente Main Street a tres metros del suelo con las ruedas girando, las puertas traseras colgando de sus goznes retorcidos y las herramientas y los temporizadores derramándose de su interior. Después se ladeó hacia la izquierda por efecto de una calurosa corriente de aire con la fuerza de un huracán y fue a estrellarse contra el despacho delantero de la agencia de seguros Dostie, barriendo máquinas de escribir y archivadores ante su abollada rejilla delantera como si fuera un quitanieves.

Un temblor como un terremoto sacudió el suelo. Los cristales de las ventanas reventaron por todo el pueblo. Las veletas, que habían apuntado hasta aquel momento al nordeste bajo la fuerza del fuerte vendaval de la tormenta (que ahora empezaba a apaciguarse, como desconcertada ante la irrupción de aquel avatar), empezaron a girar alocadamente. Varias de ellas salieron despedidas de sus espigas, y al día siguiente una se hallaría en la iglesia baptista, profundamente clavada en la puerta como la flecha de un indio merodeador.

En Castle Avenue, donde el curso de la batalla se estaba inclinando decisivamente a favor de los católicos, la lucha cesó. Henry Payton se quedó junto a su coche patrulla, con la pistola desenfundada colgando de su mano junto a la rodilla derecha, y volvió la vista hacia la bola de fuego que se alzaba al sur. La sangre le corría por las mejillas como lágrimas. El reverendo William Rose incorporó el cuerpo hasta quedar sentado, vio el monstruoso resplandor en el horizonte y empezó a sospechar que el fin

del mundo había llegado y que estaba viendo la Luz Divina. El padre John Brigham se acercó hasta él tambaleándose y zigzagueando como un borracho. Tenía la nariz considerablemente desviada hacia la izquierda y la boca convertida en un amasijo sanguinolento. Tuvo la tentación de patear la cabeza al reverendo Rose como si fuera un balón de fútbol pero, en lugar de ello, le ayudó a levantarse.

En Castle View, Andy Clutterbuck ni siquiera alzó la vista. Estaba sentado en los peldaños del porche de la casa de los Potter, llorando y acunando el cuerpo de su esposa muerta en sus brazos. Aún faltaban dos años para la zambullida en el lago helado, borracho, que lo mataría, pero para Andy estaba terminando el último día que pasaría sobrio el resto de su vida.

En Dell's Lane, Sally Ratcliffe estaba en el armario de su habitación con una fila de pequeños insectos, que serpenteaban como si bailaran una conga, descendiendo por la costura lateral de su vestido. Sally había oído lo que le había sucedido a Lester, había entendido que de algún modo se la consideraba responsable a ella (o había creído entenderlo así, y en el fondo vino a ser lo mismo) y se había colgado con el cinturón de su albornoz. Una de sus manos estaba metida en el bolsillo del vestido. Apretado entre los dedos había un fragmento de madera, una astilla renegrecida por el tiempo y esponjosa de puro podrida. Las cochinillas que la habían infestado la abandonaban ahora en busca de un nuevo hogar más estable. Alcanzaron el borde del vestido de Sally y continuaron su marcha por una de sus piernas oscilantes en dirección a la puerta.

Los ladrillos silbaron por los aires y convirtieron los edificios que se encontraban a cierta distancia del punto de la explosión en lo que parecía el día después de un duelo de artillería. Los más cercanos quedaron como ralladores de queso, o se desmoronaron totalmente.

La noche rugió como un león con una lanza envenenada atravesada en el cuello.

12

Seat Thomas, al volante del coche patrulla que Norris Ridgewick había insistido en tomar, notó que la parte trasera del vehículo se alzaba ligeramente, como si lo levantara la mano de un gigante. Un momento después, una tormenta de ladrillos rodeó el coche: dos o tres atravesaron el portaequipajes; otro rebotó en el techo; otro más aterrizó en el capó levantando una nube de polvo de ladrillo, del color de la sangre coagulada, y resbaló hasta caer al suelo.

—¡Dios santo, Norris, todo el pueblo está saltando por los aires! —chilló Seat con voz muy aguda.

—Sigue conduciendo —replicó Norris.

Se sentía ardiendo; el sudor brotaba de su cara enrojecida y sofocada en grandes gotas. Sospechaba que Ace no lo había herido mortalmente, que solo le había tocado partes no vitales en ambas ocasiones, pero seguía habiendo algo que no andaba nada bien. Notaba que algo ponzoñoso se extendía por su cuerpo y que la visión se le nublaba constantemente, pero se aferró con terquedad a la conciencia. Conforme aumentaba la fiebre, se sentía cada vez más seguro de que Alan lo necesitaba y de que, si tenía mucha suerte y era muy valiente, quizá aún podría expiar el mal terrible que había desencadenado al destrozar a navajazos los neumáticos del coche de Hugh.

Delante de él vio un pequeño grupo de gente en la calle, cerca del toldo verde de Cosas Necesarias. La columna de fuego que se alzaba de las ruinas del edificio municipal iluminó las figuras del cuadro, como actores en un escenario. Vio el coche privado de Alan, y al propio Alan saliendo de él. Frente al comisario, dando la espalda al coche patrulla en el que se acercaban Norris y Seaton Thomas, se alzaba un hombre con una pistola. El hombre retenía a una mujer delante de él, como un escudo. Norris no veía a la mujer lo suficiente para identificarla, pero el tipo que la mantenía como rehén llevaba los restos hechos jirones de una camiseta de la Harley-Davidson. Era el hombre que había intentado matar a Norris en el edificio municipal, el mismo que le había volado la tapa de los sesos a Buster Keeton. Aunque no lo había visto nunca, Norris estaba casi seguro de que había topado con Ace Merrill, la oveja negra del pueblo.

—¡Cristo Santísimo, Norris! ¡Ese es Alan! ¿Qué sucede ahora?

Fuera quien fuese, el tipo no podía oír que ellos se acercaban, pensó Norris. Imposible, con todo aquel ruido. Si Alan no miraba en aquella dirección, si no le ponía sobre aviso...

Norris tenía el revólver de reglamento sobre los muslos. Bajó el cristal de la ventanilla y levantó el arma. Si antes le había parecido que superaba los cincuenta kilos, ahora le daba la impresión de que al menos pesaba el doble.

—Conduce despacio, Seat, lo más despacio que puedas. Y cuando te toque con el pie, detén el coche. Al momento. No te molestes en pensártelo dos veces.

—¿Con el pie? ¿Qué quiere decir «con el pie»? ¿Qué te propones...?

—¡Cierra el pico, Seat! —respondió Norris en tono fatigado pero afectuoso—. Limítate a recordar lo que te he dicho.

Norris se volvió de lado, sacó la cabeza y los hombros por la ventanilla y se agarró a la barra que sostenía las luces del techo del coche patrulla. Lenta y penosamente, sacó el cuerpo del coche hasta quedar sentado en el marco de la ventanilla. El hombro herido lanzó un alarido agónico y la sangre comenzó a empapar de nuevo su camisa. Estaban a menos de treinta metros del trío plantado en medio de la calle y podía apuntar directamente, por encima del techo del vehículo, al hombre que retenía a la mujer. No podía disparar, al menos de momento, porque tenía

muchas posibilidades de acertar también a esta, además de al individuo. Pero si alguno de los dos se movía...

Norris no se atrevió a acercarse más. Tocó la pierna de Seat con la punta del pie y su compañero detuvo el coche con toda suavidad en la calle cubierta de ladrillos y escombros.

Moveos, suplicó Norris. Uno de los dos, moveos. No me importa quién, y solamente ha de ser un poquito, pero, por favor, moveos.

El agente no advirtió que la puerta de Cosas Necesarias se abría; toda su atención estaba demasiado concentrada en el hombre de la pistola y en su rehén para darse cuenta. Tampoco vio que el señor Leland Gaunt salía de la tienda y se detenía bajo el toldo verde.

13

—¡El dinero era mío, hijoputa —le gritó Ace a Alan—, y si quieres que te devuelva a esta zorra con todo su equipo intacto, será mejor que me digas qué diablos has hecho con él!

Alan se había apeado del coche.

—No sé de qué me hablas, Ace —respondió.

—¡Y una mierda! —chilló Ace—. ¡Sabes perfectamente a qué me refiero! ¡El dinero de Papi! ¡El dinero de las latas! ¡Si quieres que te devuelva a la mujer, dime qué has hecho con él! ¡Y mi oferta solo seguirá en pie durante un tiempo limitado, mamón!

Alan captó con el rabillo del ojo un movimiento en Main Street, un trecho más abajo de donde ellos estaban. Era un coche patrulla y le pareció que se trataba de una unidad de la policía local, pero no se atrevió a mirar mejor para comprobarlo. Si Ace se daba cuenta de que tenía a alguien detrás, mataría a Polly. Lo haría en un abrir y cerrar de ojos. Así pues, para disimular, Alan clavó la vista en el rostro de Polly. Sus ojos oscuros parecían cansados y llenos de dolor, pero no había en ellos miedo alguno.

Alan sintió que volvía a llenarle la cordura. Era un asunto extraño la cordura. Cuando uno estaba privado de ella, no se daba cuenta. No notaba su ausencia. Solo la percibía de verdad cuando la recuperaba, como una rara ave silvestre que vivía y cantaba dentro de uno, no por decreto sino por elección.

—Sí, cometió un error —le dijo a Polly con voz serena—. Gaunt cometió un error en la cinta.

—¿De qué coño estás hablando? —La voz de Ace era punzante, saturada de coca. El hombre apretó la boca del cañón de la automática contra la sien de Polly.

Del grupo, solo Alan vio abrirse furtivamente la puerta de Cosas Necesarias, y tampoco él lo habría advertido de no haber tenido tanto cuidado en apartar su mirada del coche patrulla que se acercaba lentamente por la calle. Solamente Alan alcanzó a vislumbrar —de forma borrosa, en el límite mismo de su campo de visión— la figura alta que salía de la tienda, una figura vestida no con una chaqueta deportiva o una americana de media gala, sino con un abrigo negro de velarte.

Un abrigo de viaje.

En una mano, el señor Gaunt llevaba una maleta de estilo anticuado, de esas donde, en otra época, un viajante o un vendedor ambulante habría podido llevar sus productos y muestras. La maleta era de piel de hiena y no estaba quieta. Bajo los largos dedos blancos que se cerraban en torno al asa, el saco de viaje se hinchaba y se contraía, se formaban en él protuberancias que volvían a desaparecer enseguida. Y de su interior le llegó el leve sonido de unos gritos, como el ulular de un viento lejano o como el gemido fantasmal que emiten los cables de alta tensión. Alan no captó aquel sonido horrísono y perturbador con el oído, sino que le pareció percibirlo con el corazón y en la mente.

Gaunt permaneció bajo el toldo, desde donde podía ver tanto la escena junto al coche privado del comisario como el coche patrulla que se acercaba, y en sus ojos apareció un destello de irritación, tal vez incluso de preocupación.

Un pensamiento cruzó la mente de Alan: No sabe que lo he visto. Estoy casi seguro de que no se ha dado cuenta. Por favor, Dios mío, que no me equivoque.

14

Alan no respondió a la pregunta de Ace. Siguió dirigiéndose a Polly al tiempo que apretaba las manos en torno a la falsa lata de frutos secos. Al parecer, Ace ni siquiera había advertido la presencia de esta, muy probablemente porque Alan no había hecho el menor intento de ocultarla.

—Ese día, Annie no llevaba puesto el cinturón de seguridad —dijo a Polly—. ¿Te lo había contado alguna vez?

—Yo... no lo recuerdo, Alan.

Detrás de Ace, trabajosamente, Norris Ridgewick estaba sacando el cuerpo por la ventanilla del coche patrulla.

—Por eso salió despedida por el parabrisas. —Al cabo de un momento, pensó Alan, tendría que lanzarse a por uno de los dos, Ace o el señor Gaunt. ¿Cuál de ellos? ¿Cuál?—. Eso es lo que siempre me he preguntado: ¿por qué no llevaba puesto el cinturón de seguridad? Annie tenía tan arraigada la costumbre de ponérselo que ni siquiera le hacía falta pensar en ello. En cambio, ese día no lo hizo.

—¡Es tu última oportunidad, comisario! —le aulló Ace—. ¡O me devuelves el dinero, o ya puedes ir despidiéndote de esta zorra! ¡Tú eliges!

Alan siguió sin hacerle caso.

—Pero en la cinta llevaba el cinturón abrochado —continuó. Y de pronto lo comprendió todo. La certidumbre surgió en medio de su mente como una nítida columna plateada de llamas—. Llevaba el cinturón abrochado ¡Y la ha cagado usted, señor Gaunt!

Alan se volvió en redondo hacia la figura alta que había aparecido bajo el toldo verde, a tres metros de él. Asió la tapa de la lata de frutos secos al tiempo que daba una única zancada larga hacia el más reciente empresario de Castle Rock y, antes de que Gaunt pudiera reaccionar, antes de que sus ojos pudieran hacer otra cosa que empezar a agrandarse, Alan destapó el último artículo de broma de Todd, el que Annie había dicho que le dejara quedárselo porque solo sería niño una vez.

La serpiente saltó de la lata, y en esta ocasión no fue ninguna broma.

Esta vez fue real.

Solo lo fue durante unos segundos, y Alan nunca llegó a saber si alguien más se percató de ello, pero Gaunt sí; de eso no le cupo la menor duda. Era grande, mucho más larga que la serpiente de papel de seda que había saltado del interior hacía más o menos una semana, cuando había quitado la tapa de la lata en el aparcamiento del edificio municipal después de su largo y solitario viaje de regreso de Portland. Su piel despedía una iridiscencia tornasolada y el cuerpo estaba salpicado de rombos rojos y negros como el de una serpiente de cascabel fabulosa.

El animal abrió las mandíbulas al caer sobre la hombrera del abrigo de velarte de Leland Gaunt y Alan entornó los ojos ante el brillo deslumbrante, crómico, de sus colmillos. Vio que la mortífera cabeza triangular se alzaba hacia atrás y luego se abatía como una centella sobre el cuello de Gaunt. Vio que este alzaba las manos y la agarraba... Pero antes de que lo hiciera, los colmillos de la serpiente se hundieron en su carne no una vez sino varias. La cabeza triangular subió y bajó vertiginosamente, como la aguja de una máquina de coser.

Gaunt lanzó un grito —Alan no estuvo seguro si de dolor, de furia o de ambas cosas— y soltó la maleta para agarrar la serpiente con ambas manos. Alan vio su oportunidad y saltó hacia delante mientras Gaunt apartaba de sí el ofidio y lo arrojaba contra el suelo ante sus pies calzados con botas. Cuando se estrelló en la acera, se había convertido de nuevo en lo que había sido antes: un artículo de broma sencillo y barato, metro y medio de muelle de alambre envuelto en papel de seda verde descolorido. La clase de artículo del que solo un niño como Todd podía enamorarse y que solo un ser como Gaunt podía apreciar de verdad.

Por el cuello de Gaunt corría la sangre en pequeños hilillos que brotaban de tres pares de agujeros. La enjugó con gesto ausente, pasando por la zona una de sus

extrañas manos de dedos larguísimo mientras se inclinaba para coger la maleta con la otra..., y de pronto se quedó paralizado. Allí inmóvil, con el cuerpo encorvado de aquella manera, las largas piernas encogidas y el largo brazo extendido, parecía una talla en madera de Ichabod Crane. Pero lo que buscaba su mano ya no estaba allí. La valija de piel de hiena que producía aquella horripilante sensación de respirar se encontraba ahora entre los pies de Alan. El comisario se había apoderado de ella mientras el señor Gaunt estaba ocupado con la serpiente, y lo había hecho con su destreza y rapidez habituales. Esta vez no hubo duda acerca de la expresión de Gaunt; una mezcla espeluznante de rabia, odio e incrédula sorpresa contorsionó sus facciones. El labio superior se retiró hacia atrás como el hocico de un perro y dejó a la vista una fila de dientes irregulares. Y entonces los dientes se convirtieron en agudos colmillos como limados para la ocasión. Extendió las manos abiertas y, con voz siseante, exclamó:

—¡Déme eso..., es mío!

Alan no sabía que Leland Gaunt había asegurado a decenas de vecinos de Castle Rock, desde Hugh Priest hasta Slopey Dodd, que no tenía el menor interés por las almas humanas, unas cosas tan carentes de valor, tan estropeadas y degradadas. De haberlo sabido, Alan se habría echado a reír y habría comentado que el principal artículo con que comerciaba el señor Gaunt eran las mentiras. En cambio, tenía una idea bastante clara de lo que contenía la maleta, de lo que, atrapado en su interior, lanzaba alaridos como los cables de alta tensión bajo un viento fuerte y jadeaba como un anciano asustado en su lecho de muerte. Sí, tenía una idea muy clara.

El señor Gaunt dejó al descubierto su dentadura completa en una sonrisa macabra. Sus manos espantosas avanzaron aún más hacia Alan.

—Se lo advierto, comisario, no se entrometa. Si lo hace, se arrepentirá. ¡La bolsa es mía, repito!

—Me parece que no, señor Gaunt. Tengo la impresión de que lo que lleva dentro es propiedad robada. Creo que será mejor...

Ace había observado boquiabierto la sutil pero sostenida transformación de Leland Gaunt de comerciante en monstruo. El brazo que tenía en torno al cuello de Polly se relajó un poco y la mujer vio su oportunidad.

Volvió la cabeza y hundió los dientes hasta las encías en la muñeca que la sujetaba. Ace la apartó de un empujón sin pensar en lo que hacía y Polly cayó de bruces en plena calle. Ace apuntó el arma hacia ella.

—¡Putá! —gritó.

—¡Por fin! —murmuró Norris Ridgewick agradecido.

Apoyó el cañón del revólver de reglamento sobre una de las barras de las luces. Contuvo el aliento, apretó el labio inferior entre los dientes y tiró del gatillo. Ace Merrill se vio empujado de pronto sobre la mujer caída en la calle —era Polly Chalmers, y Norris tuvo tiempo de pensar que debería haberlo imaginado—, mientras los restos de la parte posterior de su cabeza salían disparados en todas direcciones, convertidos en esquirlas y grumos.

De pronto Norris se sintió muy débil.

Pero también experimentó una increíble dicha.

16

Alan no prestó la menor atención al final de Ace Merrill.

Leland Gaunt tampoco.

Los dos se mantuvieron frente a frente: Gaunt en la acera; Alan de pie junto a su coche, con la espantosa maleta jadeante entre sus piernas.

Gaunt respiró hondo y cerró los ojos. Algo pasó por su rostro, una especie de brillo tenue. Cuando abrió de nuevo los párpados, reapareció aquel Leland Gaunt que había engañado a tanta gente en el pueblo, aquel señor Gaunt educado y encantador. Dirigió una mirada a la serpiente de papel caída en la acera, le dirigió una mueca de desprecio y la mandó a la cuneta de un puntapié. Después miró de nuevo a Alan y extendió una mano.

—Por favor, comisario, no discutamos más. Es tarde y estoy cansado. Usted quiere que me vaya del pueblo y yo deseo lo mismo. Me iré... tan pronto como me devuelva usted lo que es mío. Y es mío, se lo aseguro.

—¡Ya puede asegurar lo que quiera! ¡No le creo, amigo!

Gaunt miró a Alan con impaciencia y cólera.

—¡Esa maleta y su contenido me pertenecen! ¿No cree en la libertad de comercio, comisario? ¿Qué es usted, una especie de comunista? ¡He hecho un trato por todas y cada una de las cosas que contiene esa bolsa! ¡Las he conseguido de forma justa y honrada! Si lo que quiere es una recompensa, un emolumento, una comisión, un porcentaje de intermediario, una propina del tarro de las monedas o como quiera usted llamarlo, lo entenderé y se la pagaré con sumo gusto. Pero debe usted comprender que este es un asunto comercial, no legal...

—¡Nos ha engañado a todos! —gritó Polly—. ¡Nos ha engañado, nos ha mentado y nos ha estafado!

Gaunt le dirigió una mirada apenada y se volvió de nuevo a Alan.

—No es verdad. He comerciado como hago siempre. Enseño a los clientes los

artículos que tengo a la venta... y dejo que ellos decidan. Así pues..., si me hace el favor...

—Creo que me quedo con la maleta —replicó Alan sin cambiar el tono de voz. Una pequeña sonrisa, tan leve y afilada como una placa de hielo de noviembre, apareció en sus labios—. Digamos que es en calidad de elemento de prueba, ¿de acuerdo?

—Me temo que usted no puede hacer eso, comisario. —Gaunt bajó de la acera y puso el pie en la calzada. En sus ojos brillaban unos pequeños abismos rojos de luz—. Puede morir, pero no puede quedarse con lo que es mío. No puede, si yo quiero recuperarlo. Y eso es lo que pretendo hacer.

Dio otro paso hacia Alan y los pozos rojos de sus pupilas se hicieron aún más profundos. Al avanzar, dejó la huella de una bota sobre un amasijo, de color harina de avena, de masa encefálica de Ace.

Alan notó que su estómago trataba de encogerse dentro de sí mismo, pero no se amedrentó. En lugar de ello, juntó las manos delante del faro izquierdo del coche. Las cruzó haciendo la forma de un pájaro y empezó a mover las muñecas rápidamente hacia delante y hacia atrás.

Los gorriones vuelven a volar, señor Gaunt, dijo para sí.

La sombra proyectada de una gran ave —más un halcón que un gorrión y dotada de un inquietante realismo para ser una sombra inmaterial— aleteó de pronto sobre la falsa fachada de Cosas Necesarias. Gaunt la vislumbró con el rabillo del ojo, se volvió hacia ella, soltó un jadeo y se retiró de nuevo.

—Márchate del pueblo, amigo mío —exigió Alan.

Cambió la posición de las manos y esta vez la sombra de un perro de gran tamaño (un San Bernardo, quizá) avanzó por la fachada de Coser y Cantar iluminada por los faros del coche. Y en las proximidades (tal vez por mera coincidencia, tal vez no), un perro se puso a ladrar. Un perro grande, a juzgar por el sonido.

Gaunt se volvió en aquella dirección. Parecía algo molesto y, decididamente, desconcertado.

—Tienes suerte de que te deje escapar —continuó Alan—, pero ¿de qué iba a acusarte? El robo de almas quizá conste en el código legal que emplean Brigham y Rose, pero no creo que lo encontrase en el mío. De todos modos, te aconsejo que te marches mientras aún puedes hacerlo.

—¡Devuélveme la bolsa!

Alan lo miró tratando de parecer incrédulo y despectivo mientras el corazón le golpeaba furiosamente en el pecho.

—¿Todavía no lo has entendido? ¿Todavía no lo asimilas? Has perdido. ¿Tal vez se te ha olvidado qué es encajar una derrota?

Gaunt se quedó mirando a Alan un largo segundo y, finalmente, asintió.

—Sabía que era conveniente evitarte... —Suspiró. Casi parecía hablar para sí mismo—. Lo sabía muy bien. De acuerdo. Tú ganas. —Empezó a darse la vuelta y Alan se relajó ligeramente—. Me voy...

Y se volvió de pronto, tan deprisa que a su lado Alan parecía lento. Su rostro había cambiado de nuevo. Su aspecto humano había desaparecido por completo. Su rostro era el de un demonio, con los pómulos prominentes y alargados y unos ojos caídos que despedían un fuego anaranjado.

—¡... pero no sin lo que es mío! —gritó, y saltó a por la maleta.

De alguna parte, de allí mismo o de mil kilómetros de distancia, a Alan le llegó el alarido de Polly: «¡Cuidado, Alan!». Pero no había tiempo para tener cuidado; el demonio, con un hedor pestilente mezcla de azufre y de cuero de zapato frito, se le echaba encima. Solo tenía tiempo para actuar... o morir.

Llevó la mano derecha a la cara interna de la muñeca izquierda y buscó el pequeño lazo elástico que sobresalía de la pulsera del reloj. Una parte de él le anunciaba que no resultaría, que ni siquiera un nuevo milagro de transmutación de la materia podría salvarlo esta vez, porque aquel truco de la flor plegable ya estaba inutilizado, ya estaba...

El pulgar se deslizó dentro del lazo.

El pequeño paquete de papel saltó de la correa.

Alan alargó la mano hacia delante, al tiempo que soltaba el lazo por última vez.

—¡Abracadabra, jodido mentiroso! —exclamó, y lo que se abrió en su mano no fue un ramo de flores sino un cegador abanico de luz que bañó la parte alta de Main Street con un brillo fabuloso de colores cambiantes. De repente se dio cuenta de que los colores que surgían de su puño en una especie de fuente increíble formaban un único color, igual que los refractados por un prisma de cristal o los que pinta el arco iris en el cielo son un único color. Alan notó que una corriente de energía le recorría el brazo y por un momento se sintió embargado por un éxtasis profundo e incoherente:

¡El blanco! ¡La venida del blanco!

Gaunt aulló de dolor, de rabia y de miedo... pero no retrocedió. Quizá era lo que Alan había apuntado: hacía tanto tiempo que no perdía la partida que tal vez lo había olvidado. Intentó deslizarse bajo el haz de luz que brillaba en el puño de Alan y por un instante sus dedos llegaron a rozar el asa de la maleta entre las piernas de este.

De pronto, un pie calzado con una zapatilla apareció en escena. Y el pie de Polly pisó con fuerza la mano de Gaunt.

—¡No lo toques! —gritó la mujer.

Gaunt levantó la vista hacia ella emitiendo un gruñido... y Alan dirigió aquel haz de luz hacia su rostro. El señor Gaunt dejó escapar un largo gemido quejumbroso de dolor y de miedo, y retrocedió arrastrándose, con unas chispas azules crepitando en

sus cabellos. Sus largos dedos blanquecinos hicieron un último esfuerzo por asir la valija, y esta vez fue Alan quien los aplastó bajo su pie.

—Te ordeno por última vez que te vayas —proclamó con una voz que no reconoció como propia. Era demasiado firme, demasiado segura, demasiado llena de poder. Comprendió que probablemente no sería capaz de acabar con aquella cosa que se acurrucaba ante él con una mano crispada levantada para protegerse el rostro de aquel espectro de luz cambiante, pero al menos podía obligarlo a marcharse. Aquella noche tenía el poder para hacerlo..., si se atrevía a hacer uso de él. Si se atrevía a mantenerse firme y plantar cara—. Y te ordeno por última vez que te marches sin eso.

—¡Sin mí, morirán! —gimió el ser en que se había transformado Gaunt. Las manos le colgaban entre las piernas y unas largas zarpas emitían chasquidos al contacto con los escombros esparcidos por la calle—. Hasta la última de ellas morirá sin mí, como plantas sin agua en el desierto. ¿Es eso lo que quieres? ¿Eh?

Polly se había acercado a Alan y, apretada contra su costado, respondió con frialdad:

—Sí. Mejor que mueran aquí y ahora, si eso es lo que ha de suceder, a que te las lleves contigo y vivan. Todos hemos cometido actos reprobables, pero el precio es demasiado alto.

El ser monstruoso emitió un siseo y alzó las garras hacia ellos.

Alan cogió la maleta y retrocedió lentamente por la calzada sin separarse de Polly. Levantó la fuente de flores de luz y esta bañó de un fulgor extraño, vertiginoso, al señor Gaunt y su Tucker Talisman. Se llenó de aire los pulmones, más de lo que su cuerpo había aspirado nunca, y cuando habló, las palabras surgieron de él como un rugido en una voz inmensa que no era la suya.

—¡VETE DE AQUÍ, DEMONIO! ¡YO TE EXPULSO DE ESTE LUGAR!

El monstruo que había sido Gaunt chilló como si se escaldara con agua hirviendo. El toldo verde de Cosas Necesarias estalló en llamas y el escaparate reventó hacia el interior, con el cristal pulverizado en diamantes. Encima del puño cerrado de Alan surgieron brillantes rayos de todos los colores —azules, verdes, rojos, anaranjados, intensos tonos violáceos— en todas direcciones. Durante unos momentos pareció que sostenía en su mano una minúscula estrella en explosión.

La valija de piel de hiena se abrió con un lánguido chasquido y las voces quejumbrosas atrapadas en ella escaparon en un vapor invisible pero que todos —Alan, Polly, Norris y Seaton— percibieron.

Polly notó que el veneno caliente y penetrante de sus brazos y su pecho desaparecía.

El calor que poco a poco sofocaba el corazón de Norris se disipó.

Por todo Castle Rock, porras y armas fueron arrojadas al suelo mientras la gente se miraba con los ojos perplejos de quien acaba de despertar de una pesadilla

angustiosa.

Y la lluvia cesó.

17

Sin dejar de gritar, el ser infernal que había tomado la forma de Leland Gaunt se alejó a saltos y trompicones por la acera hasta el Tucker. Abrió la portezuela y se colocó al volante. El motor cobró vida con un rugido. No era el ruido de un motor fabricado por manos humanas. Una larga lengua de fuego color naranja surgió del tubo de escape como un eructo. Las luces traseras se encendieron y no eran bombillas con un vidrio rojo, sino unos ojillos repugnantes, los ojos de diablillos crueles.

Polly Chalmers lanzó un chillido y volvió la cara contra el hombro de Alan. Este, en cambio, no pudo apartar la mirada. Alan estaba condenado a ver y a recordar toda su vida lo que iba a suceder, igual que recordaría las maravillas más brillantes de la noche: la serpiente de papel que por unos instantes había cobrado vida, las flores de papel que se habían convertido en un ramo de luz y una provisión de poder...

Los tres faros del coche se encendieron simultáneamente. El Tucker maniobró en la calle, convirtiendo el asfalto bajo las ruedas en una pasta humeante. Dio un giro a la derecha marcha atrás, con un chirrido, y aunque no llegó a tocarlo, el coche de Alan salió despedido hacia atrás varios palmos como si un potente imán lo repeliera. La parte delantera del Talisman había empezado a brillar con una luminosidad blancuzca, lechosa, y bajo aquel fulgor parecía estar cambiando de forma.

El coche relinchó, apuntando pendiente abajo hacia la caldera hirviente de lo que había sido el edificio municipal, el amasijo de coches y furgonetas destrozadas y el río rugiente que ya no salvaba ningún puente. El motor rugió en un acelerón desquiciado, como almas aullando en un frenesí discordante, y el resplandor brillante y brumoso empezó a extenderse hacia atrás, abarcando todo el coche.

Durante un breve instante, el ser en que se había transformado Gaunt asomó por la ventanilla en plena transmutación y miró a Alan como si lo estuviera marcando para siempre con sus pupilas rojas, sus ojos romboidales y su boca abierta en un gruñido desmesurado.

Entonces el Tucker empezó a avanzar.

Tomó velocidad pendiente abajo y las transformaciones que experimentaba también se aceleraron. El coche pareció fundirse y cambiar de forma. El techo se desplazó hacia atrás y a los relucientes tapacubos les salieron radios, al tiempo que las ruedas se hacían más altas y más delgadas. Una figura empezó a cobrar forma de los restos del morro del Tucker. Era un caballo negro con los ojos tan encarnados como los del señor Gaunt, un caballo envuelto en un velo lechoso de luminosidad,

cuyas pezuñas levantaban fuego del pavimento y dejaban unas huellas profundas y humeantes impresas en medio de la calle.

El Talisman se había convertido en una calesa abierta con un enano jorobado sentado en el pescante. Las botas del enano se apoyaban con fuerza en el guardafango del carruaje y las punteras de aquellas botas, enroscadas hacia arriba como las de un califa, parecían estar en llamas.

Pero los cambios aún no habían concluido. Conforme la reluciente calesa corría hacia el extremo inferior de Main Street, los costados del carruaje empezaron a crecer; un techo de madera con un portaequipajes sobre él empezaron a tomar forma de aquella nube proteica que lo nutría. Apareció una ventana, y los radios de las ruedas despidieron unos fantasmales destellos de color cuando estas, junto a las pezuñas del caballo negro, despegaron de la calzada. El Talisman se había convertido en una calesa, y esta se transformó a su vez en una carreta de buhonero como las que habían cruzado el país un siglo atrás. Y en el costado del carromato había algo escrito que Alan apenas alcanzó a distinguir.

CAVEAT EMPTOR!

decía. El carromato, a cinco metros del suelo y ascendiendo cada vez más, pasó a través de las llamas que se alzaban de las ruinas del edificio municipal.

Las pezuñas del caballo negro galoparon por una senda invisible en el cielo, sin dejar de despedir chispas de brillantes tonos azules y anaranjados. Se elevó sobre el río como una caja brillante en el aire y pasó sobre el puente derruido, que yacía en el cauce como el esqueleto de un dinosaurio.

Después una columna de humo procedente del edificio en llamas formó un velo a través de Main Street, y cuando se dispersó Leland Gaunt y su carreta infernal habían desaparecido.

18

Alan acompañó a Polly hasta el coche patrulla que había traído a Norris y a Seaton calle arriba desde el edificio municipal. Norris aún estaba encaramado en la ventanilla, asido a las barras de las luces. Estaba demasiado débil para introducirse de nuevo en el coche sin caerse. Alan deslizó las manos en torno al vientre de Norris (aunque el agente, de constitución enjuta como un palo, apenas tenía) y lo ayudó a ponerse en pie.

—Norris...

—¿Qué, Alan? —Ridgewick estaba llorando.

—En adelante puedes cambiarte de ropa en el aseo siempre que quieras. ¿De

acuerdo?

Norris no dio muestras de haberlo oído.

Alan había notado la sangre que empapaba la camisa de su primer ayudante.

—¿Estás muy malherido?

—No demasiado. Al menos no me lo parece. Pero esto... —Movi6 la manos en direcci6n a las casas del pueblo, abarcando en el gesto todos los incendios y todos los escombros—. Todo esto es culpa mía. ¡Mía!

—No es verdad —replic6 Polly.

—¡No lo comprendéis! —El rostro de Norris era una mueca contorsionada de dolor y de vergüenza—. ¡Fui yo quien revent6 las ruedas del coche de Hugh Priest! ¡Fui yo quien lo provoc6!

—Sí, es probable que lo hicieras —convino Polly—. Y tendrás que vivir con ello. Igual que yo fui quien provoc6 a Ace Merrill y también tendré que vivir con ello. —Señal6 con la mano hacia donde cat6licos y baptistas se estaban dispersando en todas direcciones, sin que los escasos policías perplejos que seguían en pie los persiguieran. Algunos de los participantes en aquella guerra de religi6n avanzaban a solas; otros lo hacían acompañados. El padre Brigham parecía ayudar a sostenerse al reverendo Rose, y Nan Roberts tenía el brazo en torno a la cintura de Henry Payton. Luego la mujer continu6—: Pero ¿quién les provoc6 a ellos, Norris? ¿Y a Wilma? ¿Y a Nettie? ¿Y a todos los demás? Lo único que puedo decir es que, si lo has hecho todo tú solo, debes de ser una auténtica fiera en el trabajo.

Norris prorrumpió en unos sonoros sollozos de angustia.

—Lo siento tanto...

—Yo también —asintió Polly con voz apaciguadora—. Tengo el corazón destrozado.

Alan abraz6 brevemente a Norris y a Polly; luego se apoy6 en la ventanilla del asiento del acompañante y pregunt6 a Seat:

—¿Qué tal te sientes tú, muchacho?

—Bastante animado —le respondi6 el viejo agente. En realidad, parecía absolutamente alerta. Confuso pero alerta—. Todos vosotros tenéis mucho peor aspecto que yo.

—Lo mejor será que llevemos a Norris al hospital, Seat. Si tienes sitio ahí, podríamos ir todos.

—¡Claro, Alan! ¡Arriba! ¿A qué hospital?

—Al Northern Cumberland —dijo Alan—. Allí hay un chiquillo al que quiero visitar. Quiero asegurarme de que su padre ha ido a verlo.

—Alan, ¿tú has visto lo mismo que yo creo haber visto? ¿Sucedió de verdad que el coche de ese tipo se convirti6 en un carromato y sali6 volando por los aires?

—No lo sé, Seat —respondió el comisario—. Y te diré la más pura verdad: no

quiero saberlo nunca.

Henry Payton acababa de llegar y dio unos golpecitos en el hombro a Alan. Traía la mirada extraviada y perpleja y tenía el aspecto de un hombre que pronto experimentaría grandes cambios en su manera de vivir, en su manera de pensar, o en ambas.

—¿Qué ha sucedido, Alan? —inquirió—. ¿Qué ha sucedido en realidad en este maldito pueblo?

Fue Polly quien respondió:

—Ha habido una venta. La mayor que se ha visto nunca..., pero, al final, algunos de nosotros hemos decidido no comprar.

Alan había abierto la puerta y ayudó a Norris a acomodarse en el asiento delantero. Después tocó el hombro de Polly.

—Sube —dijo—. Nos vamos. Norris está herido y ha perdido mucha sangre.

—¡Eeeh! —protestó Henry—. Tengo muchas preguntas y...

—Ahórratelas. —Alan se sentó en el asiento trasero junto a Polly y cerró la puerta—. Hablaremos mañana, pero ahora estoy fuera de servicio. De hecho, creo que voy a estar fuera de servicio en este pueblo el resto de mi vida. Date por satisfecho con esto: se ha acabado. Fuera lo que fuese, lo sucedido en Castle Rock ha terminado.

—Pero...

Alan se inclinó hacia delante y dio una palmadita en el hombro huesudo de Seat.

—Vámonos —le indicó con voz pausada—. Y no te preocupes por el motor.

Seat enfiló Main Street arriba, en dirección al norte. El coche patrulla tomó a la izquierda en la bifurcación y empezó a ascender Castle Hill hacia el mirador. Al llegar a la cima de la colina, Alan y Polly se volvieron a la vez para contemplar el pueblo, donde los incendios brillaban como rubíes. Alan experimentó tristeza, y una sensación de pérdida, y una pena extraña, defraudada.

Mi pueblo, se dijo. Era mi pueblo. Pero ya no. Nunca más.

Los dos se volvieron hacia delante de nuevo en el mismo instante, y terminaron mirándose el uno al otro.

—Nunca lo sabrás —dijo ella en un susurro—. Lo que les sucedió realmente a Annie y a Todd ese día... nunca lo sabrás.

—Ya no quiero saberlo —le respondió Alan Pangborn, y la besó en la mejilla con ternura—. Eso pertenece a la oscuridad. Que la oscuridad se lo lleve.

Llegaron a lo alto del mirador y tomaron la carretera 119, al otro lado de la colina. Castle Rock desapareció de la vista. La oscuridad había engullido también el pueblo.

YA HAS ESTADO AQUÍ ANTES

Claro que has estado. Seguro. Yo nunca olvido una cara.

Acércate y deja que te estreche la mano. Te diré una cosa: te he reconocido por tu manera de andar antes de verte bien la cara. No podrías haber escogido un día mejor para volver a Junction City, el pueblo más bonito de Iowa, al menos a este lado del Ames. Adelante, riéte; eso pretendía ser un chiste.

¿Quieres sentarte un momento conmigo? Aquí mismo, en este banco junto al monumento al Soldado Desconocido estaremos bien. El sol calienta y desde aquí se puede ver casi todo el centro del pueblo. Solo debes tener cuidado con las astillas; este banco lleva aquí desde que Hector era un cachorro. Fíjate, mira hacia allí. No, un poco a la derecha. El edificio con las cristaleras enjabonadas. Ahí tenía la oficina Sam Peebles. Un agente inmobiliario, y estupendo en su profesión. Pero se casó con Naomi Higgins, de Proverbias, que está no muy lejos por esa carretera, y se marcharon del pueblo como hacen casi todos los jóvenes en estos tiempos.

Ese local ha permanecido vacío durante más de un año —la economía va de mal en peor por aquí desde que se pusieron en marcha todos esos negocios en el Medio Oeste—, pero ahora por fin alguien se lo ha quedado.

Han corrido multitud de rumores al respecto, he de reconocerlo, pero ya sabes cómo es la gente; en un pueblo como Junction City, donde las cosas no cambian mucho de un año a otro, la inauguración de una tienda nueva constituye una gran noticia. Y por lo que parece, no tardará en abrir; los últimos operarios recogieron las herramientas y se marcharon el viernes pasado. Pero lo que creo es...

¿Quién?

¡Ah, ella! Es Irma Skillins. Fue la directora del instituto de Junction City, la primera mujer en ocupar tal cargo en esta parte del estado, según he oído. Se jubiló hace dos años y me parece que se retiró también de todo lo demás al mismo tiempo: de la Estrella de Oriente, de las Hijas de la Revolución Americana, de la Sociedad Teatral del pueblo. Incluso dejó de formar parte del coro de la iglesia, según tengo entendido. Imagino que en parte lo hizo por su reuma, que ahora se le ha agravado terriblemente. ¿Ves cómo se apoya en el bastón? Supongo que, cuando una persona se encuentra en su estado, haría cualquier cosa por obtener un poco de alivio.

¡Fíjate! Está observando con mucha atención la tienda nueva, ¿verdad? Bueno, ¿por qué no? Quizá Irma sea vieja, pero no está muerta. Ni muchísimo menos. Además, ya sabes lo que dicen: La curiosidad mató al gato, pero la satisfacción lo resucitó.

¿Que si puedo leer el rótulo? ¡Por supuesto que sí! Hace dos años me puse gafas, pero solo son para ver de cerca; mi visión de lejos nunca ha sido mejor. Arriba pone PRÓXIMA APERTURA, y debajo, PLEGARIAS CORRESPONDIDAS, UNA NUEVA CLASE DE TIENDA. Y la última línea —espera un momento, la letra es más pequeña—, la última línea dice: ¡No dará crédito a sus ojos! Pero yo sí lo creeré, probablemente. Dice el

Eclesiastés que no hay nada nuevo bajo el sol, y yo comparto esa opinión. Irma, en cambio, volverá. ¡Como mínimo, supongo que querrá echar un buen vistazo a quien ha decidido colocar ese toldo rojo subido en la fachada de la vieja oficina de Sam Peebles!

Incluso es posible que yo mismo entre a echar un vistazo. Supongo que casi todos en el pueblo lo harán a no más tardar.

Interesante nombre para una tienda, ¿verdad? «Plegarias Correspondidas.» Le hace a uno preguntarse qué se vende en ella.

Con un nombre así, podría ser cualquier cosa.

Absolutamente cualquier cosa.

24 de octubre de 1988

28 de enero de 1991



STEPHEN KING es el maestro indiscutible de la narrativa de terror contemporánea, con más de treinta libros publicados. En 2003 fue galardonado con la Medalla de la National Book Foundation, por su contribución a las letras estadounidenses, y en 2007 recibió el Grand Master Award, que otorga la asociación Mystery Writers of America. Entre sus títulos más célebres cabe destacar *El misterio de Salem's Lot*, *El resplandor*, *Carrie*, *Christine*, *La zona muerta*, *Ojos de fuego*, *It*, *Maleficio*, *La milla verde*, *Cell*, *Duma Key* y las novelas que componen el ciclo *La Torre Oscura*. Vive en Bangor, Maine, con su esposa Tabitha King, también novelista.